JUAREZ Y SU MEXICO

Ralph Roeder

Desde su llegada a México, Ralph Roeder se convirtió en un asiduo investigador de nuestro pasado. El primer fruto de sus trabajos fue *Juárez y su México*, libro en que recrea, a la vista de una documentación de primera mano, los aspectos sobresalientes de las luchas entre conservadores y liberales hasta el triunfo de estos últimos. Su texto no es sólo una biografía ni una loa de la personalidad de Benito Juárez; tampoco intenta, como a menudo acontece con los escritores que abordan el tema, ser una diatriba contra quienes unieron la desesperación al desacierto político sino que, con criterio eminentemente científico, antes que enjuiciar prefiere dar una explicación objetiva de los hechos que describe. Conservadores y liberales, así sean los más eminentes o los de menor relieve, aparecen definidos por sus propias acciones y de acuerdo con su responsabilidad histórica. Por encima de ellos, la figura del Benemérito de las Américas sintetiza, con vigor, sobriedad e inteligencia, esa tormentosa época en que el país empezaba a madurar como nación.

epublibre

Ralph Roeder

Juárez y su México

ePub r1.0
Titivillus 17.04.2018

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Juarez and his Mexico*
Ralph Roeder, 1947
Diseño de cubierta: Signum S. A.
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre, 2018
Conversión a pdf: FS, 2018

A México y a los mexicanos de ayer
que hicieron posible el México de hoy
Al señor Presidente de la República
don ADOLFO RUIZ CORTINES,
al señor Secretario de Hacienda y Crédito Público
Lic. ANTONIO CARRILLO FLORES,

con el agradecimiento del autor por el honor que le hicieron al permitir que participara de esta manera en la celebración del primer centenario de la

Constitución de 1857

Los agradecimientos tienen también su historia y no serían completos sin recordar que la primera edición de este libro fue publicada por el Gobierno del Presidente MIGUEL ALEMÁN VALDÉS, y vio la luz en su versión castellana gracias al empeño de sus colaboradores,

y muy particularmente, del
señor Ing. ADOLFO ORIVE ALBA,
y del señor Lic. MANUEL R. PALACIOS,
cuya fe impulsó la obra.

Motivo también de recuerdo y de agradecimiento es la valiosa ayuda prestada al autor, en la preparación del libro, por el Lic. Pablo Prida Santacilia, el señor Pedro Hurtado, y el señor Arq. Carlos Obregón Santacilia, quienes le facilitaron los archivos privados de don Benito Juárez que obraban en su poder; y por el señor don Luis Chávez Orozco, quien hizo otro tanto

con algunos documentos inéditos.

Y retrocediendo siempre hacia el pasado, la historia del historiador termina donde empezó, con la dedicatoria original del libro que, en varias versiones,

tiene el mismo valor en todos los tiempos:

A MI ESPOSA

EL AUTOR

RALPH ROEDER

It is a privilege to belong to your age...

SÍ CIERTAMENTE, fue un privilegio pertenecer a su generación, haberlo conocido, haber sido su amigo. Ralph Roeder era una pura flor de la inteligencia, un amante y cultor de la belleza, la bondad y el amor; uno de los últimos destellos de un tiempo que parecía que en su generación tocaba a su ocaso. Todo él era aristocracia, distinción, refinamiento. «Así, y no de otra manera, me decía el corazón, debían ser los poetas», escribió Salomón de la Selva al recordar su encuentro.[1]

No son muchas las noticias que se tienen acerca de Ralph Roeder. Nada sabemos de su niñez y adolescencia, muy poco de su mocedad y juventud, ni fuera cosa fácil averiguarlo. Por hablar él de los otros no lo hizo de sí mismo. Escasas son las noticias, hasta el grado de que pudiera decirse que se reducen a las fechas de su nacimiento y muerte: el lunes 7 de abril de 1890, en Nueva York, y el miércoles 22 de octubre de 1969, en la ciudad de México. Dos fechas de las que el hombre ni se entera ni participa.

Era hijo de alemán y de francesa. Su segundo apellido fue Leclerc. Alguna vez, en las postrimerías de su vida, refirió entre líneas que el general francés Jacques Philippe Leclerc, de la segunda Guerra Mundial, era pariente lejano. La biografía de Roeder se encuentra en las biografías que escribió: tenía vagas, remotas reminiscencias con algunos de sus personajes. «Bastábame su presencia —escribió Salomón de la Selva— para que todo alrededor se me volviera Florencia, Roma o Italia». Este autor, que lo trató en Nueva York cuando muy jóvenes los dos, le da cuna en Charleston: «Oriundo de la embrujada Charleston», dice, acaso recordando que allí vivieron sus padres al llegar a América. Estudió en las dos más célebres y grandes universidades de los Estados Unidos: Columbia y Harvard. Se graduó en esta última en 1911. Veinte años después no recordaba a ninguno de sus compañeros de aula, porque «he never spoke to a living soul», mientras estuvo en la Universidad.[2]

Hizo largos viajes cuando muy joven por Francia, Italia, Alemania, cuyos idiomas hablaba y escribía. Por su estilo de vida, la finura de su espíritu, su estructura mental y la armónica extensión de sus conocimientos, más parecía un europeo, un mediterráneo, que un americano del Norte. En Nueva York, donde pasó una gran parte de su vida, mantuvo contacto permanente con las manifestaciones más altas y depuradas de la

cultura: universidad, museos, teatros, conciertos, vinos y viandas, el trato de hombres y artistas famosos y la cercanía de mujeres inteligentes y hermosas. En Nueva York conoció y fue amigo de dos hispanoamericanos selectos: Pedro Henríquez Ureña y Salomón de la Selva, a quienes deslumbró. «Un día primaveral en Nueva York —escribe Salomón de la Selva—, antes de la primera Guerra Mundial, me llevó el doctor Frank Grane —comentarista del *Globe*— a comer al Hotel Brevort, de admirable cocina francesa y vinos de leyenda, para presentarme (yo era su hallazgo más reciente) al periodista Mowrer, brillante corresponsal en París de un diario de Chicago. Mowrer llegó también acompañado. También él había descubierto un poeta. Mowrer era un petimetre de *goatee* afinada e indumentaria llamativa, pero más que la flor que llevaba en la solapa de la americana, lucía a su lado, muy joven, muy rubio, muy esbelto, Ralph Roeder, el ahora celebrado autor de *The Man of the Renaissance*, que lleva años en México escribiendo una biografía de don Benito Juárez. Aquel día Ralph, muy cuidadoso de su dicción, con una voz límpida, de infinitos colores transparentes, con todo y que no dijo mucho, superó para mi gusto a las viandas y a los vinos. Decir que me cautivó, como después cautivaría a Pedro, es rememorar pálidamente una intensa impresión de juventud…». Aquella primera impresión no se borró en el poeta nicaragüense. Lo recuerda muchos años después, entre los maestros y amigos de su niñez y mocedad, con gratitud y con admiración: «Y Ralph Roeder —cuyo monumental estudio sobre Juárez y su tiempo es lástima que todavía no se traduzca y publique en español—, quien me enseñó a amar el Renacimiento, en el libro de Gobineau, cuando éramos jóvenes los dos, en 1913, y amábamos no sólo las letras y las bellas artes, sino apasionadamente también, a Edna St. Vincent Millay y a Lydia Lopokova…».[3]

Un gran gustador de la vida fue Ralph Roeder, cuando joven y cuando hombre. Mientras le daba la vuelta al mundo buscándose, leyó a los clásicos de todos los tiempos, a algunos de los cuales tradujo y alguna vez representó. Porque, como otros grandes escritores, dramaturgos y poetas, Roeder fue actor. «Insuperable actor, Ralph hacía un San Antonio estupendo en el pequeño drama de Maeterlinck y un Mensajero sin igual en la *Medea* de Eurípides, bajo la dirección de Maurice Browne y al lado de una gran trágica polaca», recordaba Salomón de la Selva. Cuando aún no daba consigo mismo; cuando buscaba febril y frenético al artista que sería, intentó el teatro y tradujo a grandes dramaturgos: Shakespeare, Goldoni,

D'Annunzio, versiones que se quedaron inéditas, y de las cuales algunas se encuentran en mi poder, como queda una copia de su poema dramático *Nero and Agrippina*. Roeder fue un devoto de Shakespeare hasta el último día, lo que no es un mero decir: la víspera de su muerte estuvo a ver la película *Romeo y Julieta*, en una sala de barrio de esta ciudad de México. Fue en la Vida teatral, justamente, donde conoció a la coreógrafa y decoradora rusa Fania Windell, con quien casó. Recordándolo, contaba la esposa que una noche, al finalizar una representación, se le presentó un deslumbrante joven a quien había encontrado por casualidad en los escenarios. Vestía con pulcritud, su gran estatura remataba en unos ojos intensamente azules, un rubio mechón le caía sobre la frente, y era de actor el ademán: «Of course, you do not remember me…», dijo, y ésa fue u declaración amorosa. Cuando Fania Windell actuó la escena, ambos rieron alegres, los ojos y el alma vueltos hacia aquella noche. Ésa, la vida de Ralph Roeder cuando escribió *The Man of the Renaissance*, obra cuya larva se encuentra en *El Renacimiento* del conde de Gobineau, según se desprende de la devoción que profesaba al famoso escritor francés, y de que fuera esta obra la primera que obsequió a Salomón de la Selva el mismo día en que se encontraron por primera vez. «Su piedad y su pasión renacentistas me arrastraban», escribió más tarde el nicaragüense. Roeder contó brevemente cómo escribió su famosa obra. «Lo que me llevó a escribir el libro —*The Man of the Renaissance*— fue, obviamente, mi interés por el tema; más específicamente, fue el resultado de cierto compromiso circunstancial. Después de traducir el *Machiavelli* de Prezzolini, para Brentano, el editor me invitó a escribir el estudio de *Savonarola*, el cual fue mi primer libro; de ahí me vino la idea de un estudio de la vida moral del Renacimiento italiano, tipificada en cuatro figuras y cuatro actitudes fundamentales ante el mundo. Tres o cuatro años me llevó escribirlo, y fue entonces cuando contraje un muy mal hábito: el escribir libros voluminosos, y la devoción de dedicar más y más tiempo a su redacción. *Catherine de Medicis* fue el siguiente fruto de ese muy mal hábito; el más reciente son los dos volúmenes del estudio del Presidente mexicano, Benito Juárez».[4] Así construido, de ese modo pervadido del espíritu, pasión y piedad renacentistas estaba Ralph Roeder cuando escribió *El hombre del Renacimiento*, obra en que se describe y caracteriza una época histórica a través de cuatro hombres: Jerónimo Savonarola, el fanático; Nicolás Maquiavclo, el aparente y *maquiavélico* defensor del despotismo; Baltasar Castiglione, el cortesano; y Pedro Aretino,

el licencioso pero enemigo de príncipes —todos fanáticos—. Historia y biografía, creación y recreación, se reúnen en ese libro para dar al lector una lección de fácil acceso. Libro iridiscente, de poeta y de historiador, de filósofo y de erudito a quien no estorba la erudición, que por el contrario facilita que luzca soberano y esplendente el correcto juicio histórico.

Hecho escritor famoso, vino Ralph Roeder a México, al iniciarse la década de los cuarentas, en 1942. Venía a documentar, ambientar y escribir una vida de Benito Juárez; pero le tomó súbita querencia a México y se quedó para siempre entre nosotros. Visitó la sierra de Ixtlán, el pueblo de Guelatao, el lago de la leyenda. Hizo el mismo camino que el niño indio, sólo que de manera inversa, pero igualmente penosa: si el uno descendió al valle, el otro remontó las alturas, superó la sierra para vislumbrar desde allí el tamaño de la hazaña. Libro escrito con amor, *Juarez and his México* no podía ser sino lo que es: la historia de un hombre y una patria indisolublemente unidos y soldados, hasta el grado de que el uno se confunde con la otra, y ésta se ve reflejada en Juárez en el minuto aciago en que lo produjo para que velara por su honra, por su nombre y por su gloria. Es la historia de un ascenso: de la mayor oscuridad a la máxima luz. Es un camino: del pico de una sierra a un valle. Es el gran descenso en la geografía oaxaqueña y el prodigioso salto a la cumbre mexicana. Y es la enseñanza final permanente: salir del pueblo carne cobriza y volver al pueblo blanco mármol.

De años era en Roeder la imantación de México. Le atrajo la Revolución Mexicana, acaso por influencia de las crónicas periodísticas de John Reed, amigo de Francisco Villa, y luego autor de *Insurgent Mexico*, relatos precursores de la literatura revolucionaria mexicana. Parece seguro que como corresponsal de algún periódico estuvo en México por una breve temporada. Estalló entonces la guerra de 1914. Roeder se trasladó a Europa y sirvió en una ambulancia de la Cruz Roja del ejército italiano, con lo que se frustró su deseo de darse de alta en las filas villistas. «Supe —escribe Salomón de la Selva— que había querido ser villista, en la Revolución de México, y que corrió una aventura mexicana en que salvó la vida por milagro. El amor a México de Ralph —continúa— tiene raíces de entonces; a Juárez lo siente en las entrañas». En algunos apuntes inéditos de Roeder, que guardo, algo se dice de ludo esto, entre líneas.

¿Cómo y cuándo apareció en Ralph Roeder la idea —nunca lo suficientemente aplaudida y comprendida por todos los mexicanos— de escribir la biografía de Juárez? Algo dijo al

respecto alguna vez, así, como de pasada, porque no gustaba hablar de sí mismo. Después de publicado *The Man of the Renaissance*[5] y escritas las vidas de otros personajes famosos —*Catherine de Medicis* (1937), entre ellos—, volvió los ojos al pasado en busca de una figura, sin que ninguna le satisficiera, bien porque estuvieran ya muy tratadas, bien porque carecieran de aquella grandeza mezclada de un hálito de catástrofe, que él buscó y consideró condiciones del hombre superior, representativo. Puso entonces la mirada en América, en México. Y se irguió ante sus ojos Benito Juárez, el único que resistía el paralelo con sus figuras predilectas: par de Abraham Lincoln y de Simón Bolívar.

¿Cómo saltó este escritor del Renacimiento italiano al México de la Reforma? ¿De Savonarola, Miguel Ángel, Rafael y otros grandes del humanismo al indio de Guelatao? Así se preguntaba Antonio Carrillo Flores, ministro de Relaciones Exteriores de México al imponer a Roeder la condecoración del Águila Azteca (23 de septiembre de 1965). Para contestarse luego a sí mismo: «Ignoro la motivación interna, pero no encuentro difícil dar con la razón objetiva: la historia como *hazaña de la libertad* es obra que día a día forjan los hombres de todas las razas, pueblos de todas las latitudes, y es tarea de quienes la cultivan buscar a esos hombres, estudiar a esos pueblos, para después, sin lesión de sus raíces y de su marco, presentarlos a la comprensión de todos, de modo que nutran el patrimonio espiritual de las generaciones que se van sucediendo». Así fue, y están acordes Roeder y Carrillo Flores, ciertamente.

Juarez and his Mexico fue traducido al español, por su propio autor, y publicado el año de 1952, la primera vez y, sucesivamente, en 1958, 1967[6] y ahora, en el Año de Juárez, ésta, que es la cuarta y ha de considerarse la definitiva: retocada en su estilo y gramática, sólo lo necesario, por Alí Chumacero, para acercarla a aquel anhelo y sueño de perfección que Roeder quiso, y al que se acercó, cada vez más, en las tres versiones que llevó a cabo de sus dos grandes volúmenes. Esta edición en uno solo la debemos a Petróleos Mexicanos, que ha querido participar este año consagrado al Benemérito de América para darle una mayor difusión a esta obra, y como un acto de recordación a su autor, Ralph Roeder, cuyo nombre se encuentra para siempre unido a México y a Juárez.

Muy tristes fueron los últimos días de Ralph Roeder. Fania Windell había muerto el viernes 18 de julio, por una extraña coincidencia, en la misma fecha en que murió el hombre de quien su esposo escribió la biografía. La pérdida de la esposa lo

dejó de pronto sin amparo, sin manos y sin razón de vivir. Sin Antígona que lo guiara. Un anciano era por el número de sus años, que él disimulaba, siempre amante de lo armónico y lo bello, con elegante discreción en la indumentaria y el aliño personal. Tres meses sobrevivió Ralph a Fania, los que necesitaba para poner término a un libro que escribió por encargo y con el patrocinio de México: *Hacia el México moderno*. Irse sin terminarlo hubiera sido una contradicción de toda su vida. Un supremo homenaje a su patria adoptiva fue prolongar sus días para no dejarla inconclusa y para corresponder a los honores con que México lo distinguió.

Hacia el México moderno es la historia de los años que siguieron al triunfo de la República liberal, la democrática, la de Benito Juárez. Los días de don Porfirio, como quien dice. Hombres y hechos se sucedieron con una vertiginosa rapidez, todos tan trascendentales, que en la contienda muchos erraron el camino, murieron otros o pasaron de la luz a la sombra y de la sombra a la luz, en eclipses cercanos los unos a los otros. Manejar esa maraña de acontecimientos, en apariencia, y a veces en realidad contradictorios e inexplicables fue la hazaña máxima de Roeder. Deducir la moraleja de sucesos en apariencia ciegos, azarosos, producto del capricho de los hombres, ha sido el signo de la grandeza del Roeder historiador, biógrafo, filósofo y crítico de la Historia.

Para redactar *Hacia el México moderno* tuvo que revisar toda la bibliografía al respecto, reducirla a sus últimas líneas, tras de discutirla. No sólo: consultó periódicos de la época, folletería, hojas sueltas, papeles de toda índole. La tarea fue larga, difícil, ardorosa. De la muerte de Juárez a la entrevista Díaz-Creelman median varias décadas. Cuarenta años desde la caída del Imperio de Maximiliano. Esos mismos fueron los que México necesitó para reencontrarse, para anudar el hilo roto de su historia. Qué significó la entrevista Díaz-Creelman, cuáles fueron sus resultados, cuáles las peripecias a que dio lugar, y sus proyecciones, ése, pudiera decirse, es el tema central de *Hacia el México moderno*, al que Ralph Roeder dio el último toque sólo unas cuantas horas antes de su muerte. Quedan por verterse al español las semblanzas de algunos de los hombres de la Revolución, escritas en inglés, lengua de Roeder, si bien la nuestra fue cada vez más la suya.

En cierta manera *Hacia el México moderno* prolonga a *Juárez y su México* y procede a una posible tercera parte: las semblanzas ya aludidas, que el autor bautizó *Tetralogía mexicana*: Madero y Carranza, Villa y Obregón. «En la versión que acabo de terminar

—dice—, las últimas palabras sirven de enlace con el volumen sobre Madero que debía seguir a este de Díaz, y que tengo escrito en inglés, pero ya no me siento capaz de emprender la tarea de traducción, revisión y adaptación con Madero que hice con Díaz. Si la editorial (Fondo de Cultura Económica) cree necesario llevar la historia hasta la caída de Díaz se podría utilizar la parte correspondiente del texto inglés que le acompaño sin traducir...». Y concluye sombríamente: «Pero a mí me parece mejor que el libro termine, como el autor, tal como está».[7]

Su final fue el de un filósofo. Llegó Ralph Roeder por sus propios y contados pasos al sepulcro; ya que no pudo elegir el día de su nacimiento, eligió el de su muerte. El epicúreo murió estoico. Me dejó al morir una carta, escrita como desde el otro mundo, por un hombre que ya estuviera gozando de la gloria: sin lágrimas, sollozos ni suspiros. Se diría que en ella se compadece de mí y no me deja razón ni ocasión para que yo lo haga con él. Unas palabras escuetamente escritas, la mera transcripción de sus últimos sentimientos y pensamientos, acerca de nuestra amistad, de las últimas horas de nuestro trato. Tan verdadero todo, porque los muertos no pueden mentir, que ningún sentimiento promovió en mí que no fuera la aceptación resignada de las cosas, tal como ocurrieron.

Con respecto a la copia mecanografiada de *Nero y Agrippina*, que yo supongo única, me dice brevemente que su «único valor consiste en ser testimonio de que he vivido. Este legado no implica obligación o responsabilidad alguna, de ninguna especie: es, como dije, el abuso de un amigo por otro, inspirado en la debilidad humana que desea vivir en sus recuerdos». Lo tomo así. Intentaré, sin embargo, traducirlo y, puesto que no me lo prohíbe, publicarlo algún día. La copia llegó acompañada de una carta de Salomón de la Selva, de la que se ha tomado el epígrafe de este prólogo, escrita el 21 de noviembre de 1949, tal vez en respuesta a una consulta que Roeder le hizo acerca del valor de su poema.

Reconstruyo ahora los últimos días de tu vida, que ya eran los de tu muerte, Ralph Roeder. Aquellas ramitas veriles puestas en un florero, «para que haya algo vivo en esta casa de la muerte», que dijiste, eran el anuncio de que ya tenías un pie en la barca, pronta a partir. Pero no morirás del todo, Ralph. Mucha vida queda en tu muerte.

ANDRÉS HENESTROSA

(Domingo 27 de agosto de 1972)

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ANTERIOR

DESDE *las perspectivas del tiempo, cien años, para una Nación, son el ayer inmediato, tan cercano y presente que confluye en la actualidad y forma parte de ella.*

Sin embargo, si en la sucesión de los días que hicieron la centuria, en viaje hacia el pasado, se pulsa el palpitar de las tendencias colectivas, si se calibran episodios y se definen etapas y se llega hasta la captura de los instantes supremos, aquellos de crisis y decisión, en los que un sí o un no modifican los caminos de la Historia, el tiempo minimizado se agranda hasta dar la sensación profunda y misteriosa de que el péndulo trasciende los límites, no de uno, sino de muchos, interminables siglos...

Cien años, los últimos cien años de la vida de México. La Nación habrá de peregrinar por ellos bordeando el pantano de las décadas de dictadura, para tomar de cada año su lección, y hará examen de conciencia frente a las vicisitudes que la Patria y sus hijos padecieron y tomará fuerzas de las victorias y los progresos logrados. Un peregrinar que será doloroso, las ofensas, los errores, tos despojos, las traiciones y los desastres provocan ira y asco; y apena hasta la exasperación tanto infortunio, porque de antemano se sabe irremediable, a pesar de sacrificios y heroísmos.

Ya el año pasado enmarcó el homenaje a la Constitución de 1857 y al Pensamiento Liberal Mexicano; en ese homenaje participaron ciudadanos de todas las tendencias, en reconocimiento del legado político-jurídico que no sólo dio estructura a la República sino también principios que hasta el presente permanecen inalterables. Y en 1958 y en los que sigan hasta 1967, las actuales generaciones recorrerán los cruentos episodios de la Guerra de Tres Años y de la dramática emisión de las Leyes de Reforma y las etapas trágicas de la Intervención y el Imperio.

Así, paso a paso, recogiendo en el recuerdo cada fragmento de experiencia, México volverá a vivir los capítulos de una Historia en cuyas páginas aún están frescas la sangre y la tinta con que fueron escritas.

La Historia es experiencia; y aun cuando mucho se ha dicho que ésta en política es inútil, a la hora de los juicios, la culpa es mayor para aquellos que ignoran sus advertencias y también para los que, conociéndolas, se acomodan a las facilidades de la contemporización y de las concesiones, como si no supieran que los límites de éstas son los mismos que los del principio de la entrega y la traición.

La Historia de la segunda mitad del siglo XIX es aún escuela de revolucionarismo para quienes anhelan para México todas las formas de progreso; y advertencia para quienes, fuera de toda lógica, predican

la contrarrevolución y trabajan abierta o subrepticiamente pretendiendo la revalidación de situaciones de conservatismo, retroceso o dictadura.

De todos los libros escritos por mexicanos acerca de Juárez, seguramente es el de don Justo Sierra el que mejor puede equipararse con el que el lector tiene en sus manos. En sus obras don Justo y Roeder expresan sus capacidades de estetas e investigadores y por ello logran no sólo fieles, sitio hermosas reconstrucciones; y en ambos, la vocación filosófica les permite resumir, en una breve frase, la idea que a otros autores les implica el gasto de muchas páginas, y encontrar las fórmulas recónditas que explican el ser y el no ser en lo individual y la capacidad de influencia en el devenir colectivo.

Por otra parte, si el maestro Sierra aventaja a Roeder en un conocimiento más profundo del medio, Roeder, en cambio, presenta mayor amplitud de perspectiva y así ambas obras se complementan, ya que si la de don Justo tuvo la virtud de despejar las sombras intencionalmente puestas sobre la figura de Juárez, respondiendo con ello a la urgencia planteada por la opinión pública de nuestro país, de borrar las manchas que un Bulnes le arrojó, Roeder aporta con su libro un testimonio vibrante a la opinión pública internacional, que desbarata definitivamente los prejuicios y las mentiras que sobre el México liberal se fabricaron para influir sobre los intelectuales de otras latitudes, ya no sólo sobre los altos fines del movimiento reformista constitucional mexicano del siglo XIX, sino sobre la reforma social y económica de nuestra Revolución, pues la obra de los liberales de la centuria pasada no es otra cosa que el prólogo de la reivindicación que nuestro pueblo exigió y ha realizado a partir de 1910.

Roeder no oculta, porque no persígne la mentira de la historia objetiva, ni su pasión ni sus simpatías, a pesar de que siempre es absolutamente objetivo. Investigador minucioso, no sólo en archivos y bibliotecas, sino también mediante entrevistas y viajes, acumula datos precisos alrededor de cada tema, mas el acopio de testimonios no lo detiene en lanzar el desafío que implica para el historiador la exposición de un juicio.

Un ese castellano suyo en que ofrece la presente versión, labrada pacientemente, en frases cortadas que definen el estilo literario que lo hizo mundialmente célebre con la tetralogía en que configuró una visión panorámica y magistral del Renacimiento, persigue pistas de intrigas diplomáticas, cuenta anécdotas, narra acciones de guerra y redacta ensayos sobre temas palpitantes de nuestra nacionalidad, para dejar a través de descripciones y narraciones, que se animan con vida plena, no sólo las imágenes de los sujetos de la Historia, sino también la razón de la dinámica de los acontecimientos y así logra, mediante su técnica de exposición, el ideal de todo historiador: hacer inolvidable su

relato.

El México de Juárez, en su niñez, es el México insurgente de Hidalgo, Morelos y Guerrero; el México de Fray Servando, el Dr. Mora y Gómez Farías el de su juventud, y el de su madurez, el México de Santa Anna y Miramón. En el curso de su existencia, Juárez vivió el crecimiento doloroso de una Nación que pugna por arrancarse las supervivencias coloniales desenfrenadas que la ahogan, coronadas por un clero ultramontano, desesperado por conservar fueros y privilegios, con una cauda caciquil y militarista que no mira otro interés que no sea el de apoderarse de los raquíticos frutos del Erario Público.

Así, Juárez vive las primeras décadas de la vida independiente del país, que son a manera de crisol en que se funden las antiguas estructuras de la Colonia, la organización social en castas, los poderes teocráticos y las tendencias de gobierno absolutista. El precio de esa transformación lo paga México padeciendo despojos territoriales, motines, asonadas, saqueos y rapiñas que debilitan a la República hasta el agotamiento.

El lector verá cómo los factores humanos de tantas desgracias se materializan en personajes dignos de integrar una galería de criminales del orden común; y advertirá también cómo, frente a esa gatería de abyectos, se alza una constelación de personalidades en las que a su vez cristaliza lo mejor de las esencias anímicas del pueblo, y que a lo largo de su existencia, demuestran que la función política no es cuestión de ideas solamente, sino de conducta que coincida con las ideas.

Y Juárez es una de estas personalidades. Sus hechos, sus cartas y sus escritos, como ejemplos, persisten ante todos aquellos que tienen en sus manos responsabilidades públicas.

Así como Ocampo rehusó arrodillarse ante su pelotón de fusilamiento para estar «al nivel de las balas», Juárez volvió su vida al nivel de los demás, sin buscar nunca las alturas del heroísmo o del apostolado.

De convicciones inalterables, sufre en su propia carne y en su conciencia sus errores y sus faltas, y en el torbellino de la lucha armada, en el centro de las tempestades políticas, él no es otra cosa que un HOMBRE, *un hombre con letras mayúsculas, que sigue imperturbable el camino que se ha trazado, sin que lo alteren jamás las miserias de sus adversarios, ni siquiera la de aquellos manchados con el sello de la deslealtad. Tampoco lo trastornan nunca los incidentes, fundamentales para otros, que provocan las cosas enanas de la vida.*

Si Cuauhtémoc es el último gesto histórico de la Nación indígena vencida, Juárez es el ademán vital de la resurrección que coloca a México en un plano de igualdad política con las potencias de su tiempo.

Su personalidad tiene la virtud de repeler los detritus mentales de algunos retrasados que bien pudieran consumir sus ocios en tareas más honrosas y que fingen ignorar que, cuando todavía el eco de los disparos en el patíbulo del Cerro de las Campanas circundaba al mundo, de todas las latitudes de la tierra se alzaron voces que aclamaban el triunfo de la República y el fin de un Imperio filibustero, voces que hacían justicia al indio mexicano que había hecho posible tan magna y ejemplar hazaña.

En el libro de Roeder hay un personaje que está presente en todo el desarrollo, aun cuando la mención parezca ocasional; ese personaje, amigo invariablemente fiel, aliado constante de Juárez en el que siempre halló estímulo y aliento, es el Pueblo de México.

¿Qué define a ese personaje, el más importante de la Historia, a quien tanto se invoca en discursos, proclamas y manifiestos? ¿Qué lo caracteriza? No es Pueblo —y valga decirlo sin respeto a la gramática, sino a la manera campirana nuestra—, no es Pueblo ni la aristocracia ni la plebe, porque ambas carecen de conciencia patria y la vida gandula las identifica como parásitos. Tampoco es Pueblo la élite *intelectual que se nutre de ideas ajenas y desprecia cuanto forma el ambiente que la rodea; ni es Pueblo quien despoja al Pueblo de su pan, le arrebata su tierra, lo mantiene en la ignorancia o lo engaña.*

El Pueblo de Juárez, el Pueblo de siempre, es aquel que, disperso y sufrido, lleva sobre sus espaldas el sustentamiento de la Nación y que no tiene más patrimonio que su trabajo, o que identifica sus intereses con los de la Patria; el que sirve a los demás sin explotarlos, y en los momentos críticos, sin condiciones, aporta su vida y cuanto posee a la causa de una idea noble o ala defensa del país.

A Juárez y a su Pueblo jamás los alteraron ni las victorias ni las derrotas, ni los elogios ni las diatribas. Combatiendo contra fuerzas siempre más grandes, actuaron sin calcular ni precaverse de fracasos, sino en aras de un deber impuesto por la obligación de supervivir a cualquier desastre. Juárez y su Pueblo, invulnerables a la desgracia y al desaliento, fueron una sola voluntad de vencer cuanta adversidad interna o externa se opusiera a su destino. Juárez y su Pueblo resultaban insoportables, ya no sólo a sus enemigos, sino aun a algunos liberales de su tiempo, porque inertes en ocasiones, sufrían impasibles ambiciones y aberraciones de la politiquería y el militarismo.

Y es que ambos sabían e intuían lo que era válido y lo que era nulo, lo permanente y lo transitorio, lo positivo y lo negativo en hombres y acontecimientos.

Esta identidad indica por qué la epopeya de Juárez es la epopeya del pueblo de México.

La distancia entre la Nación en 1857 y la nuestra de hoy, tiene diversas

dimensiones. De la República de aquella época a la actual, hay distancias cuyas medidas de crecimiento nos las dan las estadísticas de todo orden. Esas cifras son por sí mismas la expresión de la magnitud de los esfuerzos logrados.

Mas si nuestras cifras se comparan con las de otras naciones, advertimos que la proporción de debilidad quizá sea aún mayor ahora que la del México de aquel entonces. No en vano la Nación quedó sujeta durante más de treinta años a un régimen con ambiciones limitadas, exclusivamente, al mantenimiento de una paz infecunda, asesina de la libertad.

Aparte de las cifras que pueden permitirnos comparaciones, y que corresponden a realidades palpables físicamente, hay situaciones que no pueden ser cuantificadas con números: son aquellas que radican sus orígenes en la mentalidad y el sentimiento de los mexicanos contemporáneos. Y si los números que denotan progreso material nos llevan a la decisión de acumular esfuerzos para superar nuestras presentes debilidades, a fin de no exponernos a riesgos irremediables, lo no cuantificable matemáticamente, en cambio, sí supera en mucho a la República de hace cien años.

Los vestigios del Virreinato —sus formas múltiples de feudalismo cimarrón—, las amenazas de pérdidas territoriales, la anárquica disparidad de criterios políticos, la debilidad gubernativa, han desaparecido para dar lugar a un estado de consenso nacional a favor de todo lo que significa progreso cultural y material, perfeccionamiento de leyes e instituciones. Esta distancia la marca la noción de superioridad que da al mexicano medio actual el conocimiento de la situación verdadera de países considerados antes como ejemplos de bienestar, organización y adelanto, así como el conocimiento de las situaciones negativas en que se hallan grandes núcleos de compatriotas, que deben ser rescatados de siglos de retraso.

El mexicano que conoce la Historia de su Patria sabe que la Carta de 1857 y el impulso iconoclasta de las Leyes de Reforma son los antecedentes directos de la Revolución de 1910 y de la Constitución de 1917 y que el Porfiriato significa la frustración del ideario liberal y el resurgimiento de nuevas formas de coloniaje.

Sólo unos cuantos, impotentes para crear algo positivo, pueden renegar de sí mismos y volver los ojos hacia las figuras sombrías de un Hernán Cortés o un Iturbide, e invocar con falsos argumentos las bondades de un Maximiliano o de un Porfirio Díaz, ansiando que reencarnen en una «mano firme», cuando las fallas propias de la condición humana plantean dificultades o problemas en el desarrollo de los programas previstos, o simplemente las situaciones no se desenvuelven de acuerdo con sus intereses de clase o grupo.

Los mexicanos de hoy han aprendido la lección de Juárez, la que

enseña que la Ley Civil, cuando corresponde al sentimiento del Pueblo, es más poderosa que la Excomunión y que la Espada; saben que la Ley Constitucional es capaz de normar y encauzar la existencia de la Nación y que ningún tipo de dictadura, de no ser la de la Ley, puede imperar en México. Ello a pesar de quienes fingen no tener fe en la Constitución.

De las muchas reflexiones que la lectura de este libro provocará en sus lectores, dos se destacan por su interés presente y futuro. Una de ellas se refiere a la polémica centralismo-federalismo; la otra al régimen preponderantemente presidencialista que caracteriza al Estado Mexicano moderno y que se inicia bajo el mandato del presidente Juárez.

La polémica centralismo-federalismo quedó legalmente liquidada con el pacto constitucional de 1857; mas la dinámica de la vida de la Nación proyecta, cada vez más acentuada, la tendencia hacia la coordinación económica integral que se explica por la disparidad del potencial humano y de los recursos naturales de las entidades que componen la Federación.

En algunas de las entidades que han logrado mayores desarrollos, se han alzado voces, fruto del egoísmo y de la falta de meditación, requiriendo la aplicación de los impuestos federales que en ellas se recaudan, para beneficio exclusivo de la población de esas jurisdicciones, como si esas entidades formaran nacionalidades aisladas, sin relación filial alguna con las entidades de desarrollo limitado, y como si no formaran parte de una misma patria, con obligación de ayudar a los menos dotados actualmente, los cuales, por otra parte, son tributarios de su progreso.

La única posibilidad de neutralizar estas tendencias negativas radica en la gestión presidencial, única capaz de armonizar el desarrollo equilibrado de la Nación y de hacer aplicar programas que las entidades federales están incapacitadas para llevar a cabo.

En lo político, el mismo régimen presidencialista ha actuado a manera de realizador fundamental de los principios sociales y económicos que la Revolución sustenta. Por otra parte, el régimen presidencial está limitado ya no sólo por los mandatos constitucionales, sino por la misma opinión pública. No ha habido ni habrá presidente que se atreva a abolir el derecho de huelga, ni a desbaratar el sistema ejidal, ni a poner tácita o implícitamente la riqueza petrolera en manos extrañas, como tampoco ha habido presidente que se haya atrevido a violar la Constitución, ni a usar —aquellos que las han tenido— las facultades extraordinarias, sino en la medida que las emergencias lo han requerido.

Las posibilidades de dar vigor al régimen federal tanto en lo político como en lo económico, radican en el régimen municipal, ya que en tanto

éste no sea autónomo y popular, con ingresos bastantes para cumplir su cometido, no sólo como administrador, sino también como promotor de progreso cultural y cívico y de mejoramiento material en las circunscripciones municipales, los gobiernos de los estados, a su vez, estarán incapacitados para ejercer a plenitud las facultades que para ellos requieren quienes gustan disertar sobre temas de Derecho Público.

El camino «corre entre dos mundos», dice Roeder al principiar su narración, el camino de la sierra que lleva hasta Guelatao.

Dos mundos, el occidental y el indígena. Los mismos que el relato cruza a través de todo el libro y que forman los contrastes y las contradicciones, sin explicación aparente, del México en el que Juárez, vivió y en el que vivimos nosotros...

RAÚL NORIEGA

Primera Parte

EDUCACIÓN

1

DE REPENTE el camino se empina. Subimos lentamente, apegados a la espalda de la montaña, bordeando una barranca abrupta y deteniéndonos dondequiera que brota un hilo de agua, para refrescar al motor, ya al rojo blanco. La máquina humana también pide un respiro: el indígena que maneja el viejo camión de carga, aunque acostumbrado desde los tiempos inmemoriales a caminar sin descanso, no alcanza a vencer la resistencia del motor y aprovecha la pausa para tragar, a su vez, el agua que corre incansable por el muslo de la montaña. Pero hay que llegar a las minas antes del anochecer; estamos apenas al pie de la cuesta y seguimos arrastrándonos hacia arriba. Los compañeros respaldan el ascenso con su silencio: cada palabra pesa, y ni una se pronuncia hasta ganar la cumbre. Entonces el panorama nos corta la voz. Los indígenas nos invitan a despedirnos de Oaxaca. Allá abajo, en la profundidad del valle, apenas si las cúpulas de la ciudad lejana evocan un vago recuerdo de la vida humana que va perdiéndose en el horizonte; y al volver la vista hacia adelante, se perfila, no menos profundo y vago, un laberinto de valles y montañas multiplicándose en confusión caótica, donde las peñas se encumbran hasta mostrarse innaccesibles: la cuna del hombre cuyo origen venimos buscando y cuyas huellas han dejado en su tierra una impresión tal que a toda esta región se le llama la Sierra de Juárez.

Aquí, en la cumbre, el camión corre entre dos mundos: aquel de la convivencia humana queda atrás; el otro que se aproxima parece despoblado, pero ya se vislumbra nuestra meta y los indígenas nos señalan, perdido entre las mil vertientes de una serranía lejana y visible sólo para sus ojos, algo que será San Pablo Guelatao. Nos miran sin curiosidad. No comprenden por qué vamos allá, mas como somos gente de razón, suponen que será para conocer la Laguna Encantada. La Laguna Encantada es una de las mil maravillas de la región; no así el hombre. Tan poco les importa la memoria de aquel que nació ahí o de hombre alguno que pasó ya a mejor vida, que al evocar su nombre, se callan: claro que lo conocen, pero sólo como un remoto coterráneo de los muertos, y volviéndonos la espalda, se olvidan luego de su presencia y de la nuestra, lo mismo que de todo lo ignoto entre la cuna y la tumba.

Así cruzamos la cumbre y bajamos al otro mundo. El camino huye cuesta abajo en las sombras de la selva tupida, serpeando como un arroyuelo seco entre las vertientes oscuras, orillando

de vez en cuando un caserío desierto, casi indistinguible del lodo y de la vegetación que lo reclaman, y desvaneciéndose luego en el vacío que lo devora. La vastedad del mundo que nos envuelve nos empequeñece y nos aleja de nuestros semejantes: de convivientes que fueron se vuelven viandantes que nos acompañan y nos abandonan, bajando y buscando uno tras otro la soledad propia que cada quien conoce en algún rinconcillo suyo de la sierra; y seguimos la vía solitaria, tierra adentro, hacia la meta invisible. Sólo la palpitación del motor surca el silencio, y al llegar al fondo del valle, hasta ese jadeo sordo se calma y se acalla poco a poco, y el pulso del presente se pierde en la pasividad impenetrable del pasado. Una vez, nos detenemos para entregar víveres a una mujer que se despide de un hombre en el camino. El hombre se aleja rápidamente, rumbo a Oaxaca, sin mirar atrás, y la mujer se queda llorando allí mismo, indiferente al encargo depositado a sus pies. A la sierra, tan pobre, le falta un hombre más, y ella, mientras pueda, detiene sus recuerdos.

Al cabo de seis horas de peregrinación por montes y valles, nos toca el turno de pisar la tierra taciturna. Al atardecer, el camión nos descarga en una aldea desierta y sigue subiendo hacia las minas que son su destino. No hay nadie a la vista y, al vagar a nuestro antojo, nos damos cuenta con sorpresa de que la tierra conoce al hombre. De entre las casas brotan los monumentos: aquí, un plinto; allí, una estatua; en la sala municipal, el retrato del Presidente: todo nos habla tácitamente del hijo de Guelatao, menos los vecinos, ahuyentados al parecer por su presencia. Poco a poco, sin embargo, los vecinos aparecen, de regreso de sus labores en el campo, y al enterarse del objeto de nuestro viaje, nos dan la bienvenida y nos presentan con sus descendientes, que no alcanzan a comprender qué interés tengamos en su parentesco con el antepasado de tanto renombre. ¿Recuerdos? Nos miran atónitos. —«Pero… no estábamos en el mundo entonces», protestan en un tono no exento de reproche. Descendientes de Juárez sí lo son; pero de la sexta generación y de una rama colateral; y en esta existencia monótona e invariable, sin novedad, sin memoria, no les queda ni un tenue hilo de tradición familiar que les ligue con aquel pariente remoto que se fue con los tiempos idos y que acaba de regresar hace poco a su tierra, sobre un pedestal, transformado en estatua. La ignorancia conserva la continuidad y la curiosidad rompe la liga frágil. Hace más de un siglo que el tiempo ha intervenido, y más que el tiempo, la estatua, tan extraña como nosotros y casi tan intrusa, mirando al horizonte como un

solitario turista de bronce. Ya lo sabemos: el culto es algo importado por los de afuera e impuesto a un pueblo que tiene con la efigie sólo una relación fortuita y ficticia.

Mortificados por su ignorancia y desconcertados por la nuestra, los ancianos nos mandan a la escuela. La escuela conmemora al hombre mejor que la estatua, perpetuando con un retorno vivo el anhelo del muchacho que huyó de su pueblo en pos del saber: hoy en día sesenta jóvenes de la sierra concurren a las aulas; los anima el mismo afán de conquistar con los conocimientos el dominio de la vida; pero por sus mismos adelantos la escuela señala, tan terminantemente como la estatua, el vuelo irrevocable del tiempo. Claro que los jóvenes conocen a Juárez, pero de la misma manera que nosotros, embalsamado en los libros, y con mayor razón les parece peregrina la idea de venir de tan lejos para buscar su presencia aquí. ¡Si todo el mundo conoce a Juárez! —De nombre, sí, pero ¿el hombre? —Pues, ahí está, en el jardín. —Pero ¿antes de transformarse en estatua? —¡Hombre! ¿Quién sabe? —¡Muchacho como ustedes! —¿Como nosotros? ¡Ay, señor! ¡Cosas del otro mundo son éstas!

Sin embargo, siendo jóvenes, nada les parece imposible y de repente recuerdan que efectivamente hay algunos datos de su niñez conservados en el archivo del pueblo. Arrastrados por un impulso de curiosidad colectiva, los muchachos, el maestro y los vecinos nos acompañan a la sala municipal, donde intentamos el último recurso. Ya es noche, pero para complacernos el alcalde enciende una vela, saca el registro y busca la cuartilla en que un anciano dejó constancia por escrito, hace cuarenta años, de lo poco que por tradición oral se recordaba todavía del muchacho, en 1902; no tiene, pues, nada de nuevo ni de original nuestra obsesión; ya otros han explorado el plácido olvido de San Pablo Guelatao y dejado sus hallazgos para satisfacer o para acallar para siempre a sus sucesores. Sentados a la mesa y rodeados por la concurrencia silenciosa y respetuosa, leemos los breves renglones que encierran las reminiscencias de su niñez, todavía insepultas en aquel tiempo; y convencidos al fin de que con nuestra quimérica curiosidad no logramos más que minar las nubes, nos levantamos, dispuestos a confesar que, en verdad, hemos venido a la sierra para conocer la Laguna Encantada.

Camino a la escuela, donde nos invitan a pernoctar, pasamos un pequeño charco oscuro, que ya habíamos visto de día sin sospechar que fuera una maravilla, pero que resulta ser la laguna legendaria. No nos atrevemos a investigar el misterio que encierra; a los misterios hay que respetarlos y dejarlos en las

tinieblas. Antes de retirarnos, nos despedimos de la estatua. Ahí está, la única autoridad competente que nos dice la última palabra: Saber es ser. Aquí donde empezó a ser, no queda del hombre más que el molde vacío: la sustancia viva se ha escurrido para siempre. El camino a San Pablo Guelatao no conduce a ninguna parte, y sólo al emprender el viaje de regreso a Oaxaca y seguir sus huellas en sentido contrario, tendrá razón el recorrido y la vía recordará al viandante.

2

Como la biografía es una amalgama de los conceptos que tiene el protagonista acerca de sí mismo y de los que se forman de él los demás, sería menester iniciarla con una página en blanco a no ser por un fragmento autobiográfico compuesto por Juárez para la ilustración de sus hijos. El valor de esta Memoria —que quedó trunca— consiste menos de los datos que nos proporciona que de aquella revelación íntima que, tratándose de cualquier hombre y sobre todo de un hombre tan discutido, será siempre la verdad más verídica. Pero los *Apuntes para mis hijos* son las reminiscencias del hombre hecho, que desde tiempo atrás había perdido contacto con su origen en la sierra, y que revivía su niñez con el desprendimiento de la madurez: relación escueta de los datos, la revelación íntima se desprende de la narración breve y reticente de los hechos mismos.

Dos fechas perduraron en su memoria. La primera la tomó prestada de las partidas del libro parroquial. Su nacimiento el día 21 de marzo de 1806 hubiera pasado inadvertido, si el niño se hubiese despertado del sueño prenatal, al igual que cualquiera otra criatura del campo, sin otro testigo que el equinoccio de primavera; pero al día siguiente su padre, su madrina y su abuelo paterno lo llevaron cuesta arriba, hasta Santo Tomás Ixtlán, donde el párroco lo bautizó y lo registró en el Libro de la Vida con el nombre de Pablo Benito Juárez. Reconocida la condición legal de nacido, los demás datos materiales que siguieron al baño bautismal quedaron también fuera del alcance de sus recuerdos. «Tuve la desgracia —nos dice la Memoria— de no haber conocido a mis padres, Marcelino Juárez y Brígida García, indios de la raza primitiva del país, porque apenas tenía yo tres años cuando murieron, habiendo quedado con mis hermanas María Josefa y Rosa, al cuidado de nuestros abuelos paternos, Pedro Juárez y Justa López, indios también de la nación zapoteca». A los pocos años murieron también los abuelos, las hermanas se fueron y el huérfano se quedó con un tío pastor. Conoció su nación y el ciclo normal de la vida indígena —nacer, morir; bautismo, entierro; dispersión, adopción—, pero dentro de la órbita inmemorial nacía ya el anhelo de superarla, y con el despertar de ese afán se inician sus propios recuerdos.

«Como mis padres no me dejaron ningún patrimonio y mi tío vivía de su trabajo personal, luego que tuve uso de la razón me dediqué, hasta donde mi tierna edad lo permitía, a las labores del campo. En algunos ratos desocupados mi tío me

enseñaba a leer, me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano, y como entonces era sumamente difícil para la gente pobre y muy especialmente para la clase indígena, adoptar otra carrera que no fuera la eclesiástica, me indicaba sus deseos de que yo estudiase para ordenarme. Estas indicaciones y los ejemplos que se me presentaban de algunos de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana, y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender; en términos de que cuando mi tío me llamaba para tomarme la lección, yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase si no la sabía; pero las ocupaciones de mi tío y mi dedicación al trabajo diario del campo contrariaban mis deseos y muy poco o nada adelantaba en mis lecciones. Además, en un pueblo corto como el mío, que apenas contaba con veinte familias, y en una época en que tan poco o nada se cuidaba de la educación de la juventud, no había escuela; ni siquiera se hablaba la lengua española, por lo que los padres de familia que podían costear la educación de sus hijos los llevaban a la Ciudad de Oaxaca con ese objeto, y los que no tenían la posibilidad de pagar la pensión correspondiente los llevaban a servir en las casas particulares, a condición de que les enseñasen a leer y a escribir. Éste era el único medio de educación que se adoptaba generalmente, no solo en mi pueblo sino en todo el Distrito de Ixtlan, de manera que era una cosa notable, en aquella época que la mayor parte de los sirvientes de las casas de la Ciudad, eran de ambos sexos de aquel distrito. Entonces, más bien por estos hechos que yo palpaba que por una reflexión madura de que aún no era capaz, me formé la creencia de que sólo yendo a la Ciudad podría aprender, y al efecto insistí muchas veces a mi tío, para que me llevara a la Capital; pero con el cariño que me tenía, o por cualquier otro motivo, no se resolvía y sólo me daba esperanzas de que alguna vez me llevaría».

La exactitud de su memoria queda plenamente confirmada —salvo en un pequeño detalle— por los recuerdos de los ancianos, recogidos en el registro municipal. Centenarios o casi centenarios, se acordaban de que aún en aquella remota época el pueblo tenía una escuela, regida por un indígena, y que el muchacho asistía a las clases todos los días antes de salir al campo; pero si hay alguna discrepancia respecto a la escuela, no hay ninguna respecto al educando. «Muy dedicado al estudio —dice el registro—, demostró aplicación y provecho en las letras. Su carácter fue obediente, reservado en sus pensamientos, y en general retraído; tuvo amigos, pero muy pocos; y demostraba

con ellos formalidad y cordura». Hasta en el campo siguió ensayando su vocación, y con tanta asiduidad que no le extrañaba a nadie verlo «subir a un árbol y arengar al rebaño en su lengua natural zapoteca».

Pero su vocación siguió muy eventual, y la oportunidad de llegar a ejercerla en la ciudad se retrasaba siempre. Su tío era hombre de pocos recursos: «Sus intereses se reducían —según el registro municipal— a un pequeño rebaño de ovejas y a un solarcito junto a la laguna». Sin más ocupación que contar o acrecentar su rebaño, la ambición más insomne cabeceaba, y el muchacho era obediente. Los años pasaron sin novedad y la vida hubiera seguido siempre igual, a no ser por la proximidad de la Laguna Encantada. Pero érase que se era una vez en que, cansado de predicar en el desierto, se quedó dormido en la orilla de la laguna legendaria, obedeciendo a una somnolencia profunda. Al despertar, se encontraba flotando en las tinieblas, sobre un lecho de matorral, bajo una turbonada de lluvias y vientos, rayos y truenos; y allí pasó la noche a bordo de las aguas oscuras, donde otrora otro pastor quedó dormido, y nunca jamás hallaron su cuerpo, trabado por la bruja. Pero sea que la bruja se quedara también dormida, o muerta, o harta, o fuera lo que fuera, lo más raro era que no le sucedió nada, y al amanecer tocó tierra sano y salvo. Fue ésta la aventura más tremenda de su mocedad, y por lo visto, involuntaria. Y cuando la laguna volvió a ser el agua mansa que era de día, ya no le vino en gana buscar otra aventura, lo que resultó una nueva calamidad, pues la vida siguió su curso sin novedad. Vigilando y evangelizando a sus ovejas sin provecho, veía transcurrir los días monótonos, los meses trashumantes, los años interminables, sin vislumbrar el otro mundo ni en el trasfondo de la laguna, ni en las ramas de un árbol.

A los doce años no estaba más cerca de Oaxaca. Su tío no solía separarse de él, ni el muchacho tampoco de su tío; y si sólo de ellos se tratase, tal vez nunca se hubiera dado con una solución del problema; pero cierto día les vino en su ayuda una oveja.

La segunda fecha que se perpetuó en su memoria quedó grabada imborrablemente en su conciencia: no sólo el año, sino el mes, el día de la semana y la hora del día. «Era el miércoles 17 de diciembre de 1818. Me encontraba en el campo, como de costumbre, cuando acertaron a pasar, como a las once del día, unos arrieros conduciendo unas mulas rumbo a la Sierra. Les pregunté si venían de Oaxaca; me contestaron que sí, describiéndome, a mi ruego, algunas de las cosas que allí

vieron». ¡Curiosidad fatídica! Pasada la recua, de repente se dio cuenta de que le faltaba una oveja y, peor aún —ya que los males no suelen venir solos—, se acercó «otro muchacho más grande y de nombre Apolonio Conde. Al saber la causa de mi tristeza, refirióme que él había visto cuando los arrieros se llevaron la oveja». No faltaba más, y pensando en la cara del tío, «ese temor y mi natural deseo de llegar a ser algo, me decidieron a marchar a Oaxaca».

Con el transcurso de los años, la pena que le costó abandonar a su pueblo y a su tío quedó siempre viva. «Por mi parte, yo también sentía repugnancia de separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi orfandad y abandonar a mis tiernos compañeros de infancia con quienes siempre se contraen relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima, marchitando el corazón. Era cruel la lucha que existía entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida para mí, para procurarme mi educación. Sin embargo, el deseo fue más fuerte que el sentimiento, y el 17 de diciembre de 1818, y a los doce años de edad, me fugué de mi casa y marché a pie a la Ciudad de Oaxaca, donde llegué la noche del mismo día».

El registro municipal conserva otra versión de la calamidad. «El día 16 de diciembre de 1818, distraído con sus amigos de infancia, descuidó el rebaño, y éste habiendo causado daño en una sementera ajena, le detuvieron para la respectiva indemnización de él. Asustado el joven Juárez por esto, no quiso hacerse presente a su tío, por lo severo que era; ausentándose desde luego de la población con rumbo a la capital del Estado, sin más elementos que sus mismos presentimientos; pero amoroso como era, quiso regresar varias veces a su hogar, impidiéndolo su carácter enérgico y resuelto, por lo que continuó su viaje a Oaxaca, refugiándose con una hermana suya, Josefa Juárez, que servía en la casa de don Antonio Maza, de origen español». Ambas versiones llevan el sello de la misma verosimilitud. Los ancianos comprendieron tanto sus sentimientos como sus presentimientos, y con éstos termina también su testimonio. «Éstos son los únicos datos que se han podido recoger de la tradición. Sus demás datos biográficos son generalmente conocidos y apreciados en la Historia». Por eso el alcalde puso al pie del relato tres palabras que sintetizan todo lo anterior: *Guelatao de Juárez*. La misma brevedad del relato basta para revelar, en ambos casos, la verdad de sus años verdes. Su tierra no era más que el fondo de su vida, y el transcurso de sus primeros doce años, el preludio al día en que, obedeciendo al

encanto de la ruta, siguió huyendo por montes y valles, fuera de la inmensidad avasalladora de las montañas, fuera de la soledad sin resonancia de los valles, hacia la ciudad soñada donde, en una sociedad nueva y desconocida, se descubrió a sí mismo y nos conoció a nosotros. Para la biografía, San Pablo Guelatao es el punto de origen; para la Historia, el punto de partida es Oaxaca.

3

En Oaxaca, refugiado en la casa donde su hermana trabajaba de criada, comenzó a ganar su pan, principio de la ciencia. «En los primeros días me dediqué a trabajar en el cuidado de la grana, ganando dos reales diarios para mi subsistencia, mientras encontraba una casa en que servir». Al cabo de tres semanas, y gracias al sistema tradicional que aseguraba a los jóvenes de la sierra una educación a cambio de servicios domésticos, y a los casatenientes de la ciudad una abundancia de mano de obra barata, halló conveniencia en la casa de don Antonio Salanueva. Era su patrón encuadernador de libros por oficio, y fraile lego de la Tercera Orden de San Francisco por vocación, «y aunque muy dedicado a la devoción y las prácticas religiosas, era bastante despreocupado y amigo de la educación de la juventud». Tenía, además, el mérito de conocer los libros que empastaba: las Epístolas de San Pablo y las obras del Padre Feijoo eran los libros favoritos de su lectura, y tanto los había aprovechado que recibió al gentil con caridad cristiana, ofreciendo mandarlo a la escuela para que aprendiese a leer y a escribir. El Padre Salanueva —pues así se le llamaba en el barrio — cumplió fielmente con su parte del pacto. Piadoso y honrado, adoptó al huérfano en cuerpo y alma, lo apadrinó, y le facilitó todos los recursos educativos con que Oaxaca contaba en 1818.

El muchacho no tardó en darse cuenta de que eran éstos muy cortos. «En las escuelas de primeras letras de aquella época no se enseñaba la gramática castellana. Leer, escribir y aprender de memoria el Catecismo del Padre Ripalda era lo que formaba entonces el ramo de instrucción primaria»; y como el castellano era una lengua extranjera que hablaba «sin reglas y con todos los vicios con que la hablaba el vulgo», muy pronto se disgustó con sus progresos lentos e imperfectos, y se presentó desde luego en una institución superior. En este plantel el maestro le impuso una tarea y el aspirante formó una plana que, por supuesto, no salió perfecta —«porque estaba yo aprendiendo y no era un profesor»—, mas el maestro, conociendo poco al alumno, «en vez de manifestarme los defectos que tenía mi plana y enseñarme el modo de enmendarlos, sólo me dijo que no servía y me mandó castigar». Ahora bien, esto no le convenía tampoco. «Esta injusticia me ofendió profundamente, no menos que la desigualdad con que se daba la enseñanza en aquel establecimiento que se llamaba la *Escuela Real*, pues mientras el maestro en un departamento separado enseñaba con esmero a un número determinado de niños, que llamaban decentes, yo y

los demás jóvenes pobres como yo, estábamos relegados a otro departamento, bajo la dirección de un hombre que se titulaba *ayudante*, y que era tan poco a propósito para enseñar y de un carácter tan duro como el maestro». Lo único que aprendió en la Escuela Real fue la conciencia de clase, y tan rápidamente que tomó desde luego una resolución radical. «Disgustado de este pésimo método de enseñanza y no habiendo en la ciudad otro establecimiento a qué ocurrir, me resolví a separarme definitivamente de la escuela y practicar por mí mismo lo poco que había aprendido para expresar mis ideas por medio de la escritura, aunque fuese de mala forma, como lo es la que uso hasta hoy».

La mecánica de la educación la dominó poco a poco, trabajando hasta altas horas de la noche, a la luz de un ocote que le obsequió una vecina del patio contiguo, y aunque el joven que tan pronto había agotado las facilidades primarias de Oaxaca no era muy calificado para llevar a cabo su educación formal, a fuerza de aplicación se preparó en menos de tres años para el próximo y último paso. Entretanto, había observado a muchos jóvenes de su edad entrando y saliendo diariamente del Seminario —«lo que me hizo recordar los consejos de mi tío, que deseaba que yo fuera eclesiástico», consejos que quizás hubiera desaprovechado a no ser por una circunstancia que le estimulaba mucho más a los quince años. «Además, era una opinión generalmente recibida entonces, no sólo en el vulgo, sino en las clases altas de la sociedad, que los clérigos, y aun los que sólo eran estudiantes sin ser eclesiásticos, sabían mucho; y de hecho observaba yo que eran respetados y considerados por el saber que se les atribuía. Esta circunstancia, más que el propósito de ser clérigo, para lo que sentía instintiva repugnancia, me decidió a suplicarle a mi padrino, para que me permitiera ir a estudiar al Seminario, ofreciéndole que haría todo esfuerzo para hacer compatible el cumplimiento de mis obligaciones en su servicio con mi dedicación al estudio a que me iba a consagrar».

El Padre Salanueva no sólo accedió a su súplica, sino que le animó a abrazar una vocación para la cual se hallaba habilitado por sus mismas deficiencias, explicándole que, en virtud de poseer su idioma natural zapoteca, tenía derecho a ser ordenado, conforme a las leyes eclesiásticas de América, sin necesidad de tener algún patrimonio para subsistir, mientras esperaba un beneficio. Esta ventaja no carecía de importancia y contribuyó a la satisfacción con que el Padre Salanueva aprobó la elección de una carrera sagrada por su ahijado, y como las

miras del joven sólo tenían de religioso el candor con que se las confesaba a sí mismo, los dos cayeron de acuerdo sin dificultad. El 18 de octubre de 1818, envuelto en un manto voluminoso, el autodidacto entró en el Seminario en calidad de capense, a estudiar gramática latina y «por supuesto, sin saber gramática castellana ni las demás materias de la educación primaria».

Hasta aquí, la Memoria nos ofrece el retrato de un joven señero, dedicado exclusivamente al estudio: retrato fiel del motivo dominante en su juventud, pero incompleto. En Oaxaca, lo mismo que en Guelatao, sus costumbres llamaron la atención de los vecinos, y lo que falta al autorretrato lo suplen los retoques de otros testigos. De estas personas, la más cercana era la vecina que contribuyó a su ilustración con un pedazo de ocote, y la más lejana, una anciana que vivía en la misma calle y que recordaba, ya nonagenaria, que «el sirviente del doctor Salanueva era muy humilde, muy dedicado al estudio y siempre se le veía con un libro en la mano». Estas ocupaciones, suponía la vieja, formaban parte de los quehaceres de la casa, ya que nunca se le veía salir, salvo en los días en que cruzaba la calle a la cabeza de las procesiones religiosas organizadas por el doctor. Salanueva hospedaba también en su casa un Cristo cargando la cruz y muy a menudo lo sacaba a paseo por el barrio, y al salir el Cristo, salía asimismo el mozo, vestido de lino inmaculado, llevando el libro en la mano y recitando el *Via Crucis*. Pero el punto de vista más favorable para observar la vida juvenil no es siempre la propincuidad: lo que vieron las señoras, sentadas a sus ventanas enrejadas, quedó reducido a su campo de observación; los muchachos de la vecindad vieron más, y en las reminiscencias de uno de ellos encontramos otras particularidades. «Aunque Juárez era muy tímido —dice uno de los acólitos callejeros—, era también muy travieso. Compraba manzanitas y nos las repartía, no para comerlas, sino para arrojarlas en el interior de las tiendas por donde pasábamos, sobre los compradores o a los vendedores. En las noches de ejercicios, en los momentos de disciplina, hacía la misma operación cuando la iglesia se obscurecía. Sobre toda la gente tirábamos las manzanitas hasta que fue sorprendido y fuimos castigados por Salanueva con una buena marteada; pero en la siguiente tanda de ejercicios seguimos la misma travesura, pero con más cuidado». Tan incorregible era esta costumbre como la dificultad de distinguir entre templo y tienda. Al joven le hacía falta alguna forma de ejercicio, y siempre que Salanueva cabeceaba con San Pablo o el Padre Feijoo, o ambos a la vez, salía con sus propios compañeros a la vuelta de la esquina.

Correr, saltar —en los ejercicios de la calle llevaba siempre la delantera, aunque a veces le costaban caro estos pasatiempos—: cierto día hubo en que retó a todos a carrera partida por la calle de las Campanas, salvando el arroyo, y con un solo brinco cayó adentro, «y no se enlodó porque lodo no había, pero se mojó y por esto llevó su marteada».

Entre estas escapatorias había algunas más memorables que otras. Las más inolvidables eran las fugas a la campiña, con licencia del Padre, hasta la laguna de Montoya. Esta laguna no era encantada, y en las orillas Pablo Benito hizo gala de su inventiva, formando un trampolín con césped, leña y barriles. La prueba inicial —lo mismo que su plan en la escuela— «nos daba el efecto que nos propusimos, no tan perfecto, pero sí aproximadamente»; mas antes de dar el paso irrevocable, los muchachos examinaron la cosa con cuidado y miraban de soslayo los unos a los otros, pues «faltaba un atrevido que diera el salto». El valor había que inventarlo también y al mecánico le tocó demostrarlo. «Juárez se decidió con todo el valor de un buen marinero; pero al llegar al centro de la longitud de la tabla o a la extremidad de ella, ambos resbalaron y Juárez y la tabla se fueron al agua; afortunadamente la tabla cayó cerca y el cuerpo de Juárez adelante, por más de una vara, y se salvó de ser aplastado por aquélla». Saliendo vivo, salió invencible. Luego que tuvo otra licencia, recompuso el mecanismo con la ayuda de un perito en trampolines, y esta vez la tabla trabajó como por encanto. Luego, el espíritu de empresa tomó vuelo; a los curiosos les cobraba tres o cuatro centavos por salto, y con las utilidades compraba dulces para los suyos. En seguida, se entregó a ensueños filantrópicos. «Juárez tenía aversión a los fuertes y miraba siempre favorecer al débil, y nos decía: si yo tuviera dinero, lo daría a los pobres, algún día lo tendré». Pero, a los quince años, primero los dulces.

Raras eran las salidas, sin embargo, y al atardecer todos volvían al camino trillado y a los ejercicios sedentarios. «Las noches que llegábamos a la capilla más temprano, Salanueva nos leía un libro que explicaba los misterios de la religión, el misterio de la conservación de la Iglesia y la destrucción de Jerusalén. Cuando se cansaba de leer, lo tomaba Juárez y éste nos lo explicaba con bastante claridad. Después venía el rosario o lo que cayera ese día, hasta las ocho y cuarenta de la noche». Por entonces todos cabeceaban y la rutina invariable terminaba con el toque de queda. Así finalizaron los días memorables de sus años de mozo, porque «todo esto pasaba en los últimos años, por el año 20; Juárez había mudado de traje y yo me separé

para no volver a la capilla de Salanueva, porque tenía dispuesto que pasara yo al Seminario».

Los apuntes del compañero quedan al margen del tema principal: en las reminiscencias de Juárez el motivo dominante sigue sin digresión alguna. Su educación formal fue lenta. En el Seminario entró tan ignorante de la gramática castellana como al salir de la Escuela Real, pero no por eso más atrasado, ya que sus condiscípulos andaban igual, y en el Seminario, en cambio, logró dominar la gramática latina. A esta disciplina dedicó cuatro años, y en agosto de 1825 salió premiado con la calificación de *Excelente*. Preparado ya para cursos superiores, pensaba dedicarse a la filosofía —materia que seguía normalmente al dominio de la gramática latina—; pero primero tuvo que dominar al padrino. En aquel año no se daba el curso de filosofía, y Salanueva manifestó gran interés en que, prescindiendo de filosofía, su ahijado pasase a cursar teología moral y se ordenara al año siguiente. «Esta indicación me fue muy penosa, tanto por la repugnancia que tenía a la carrera eclesiástica, como por la mala idea que se tenía de los sacerdotes que sólo estudiaban gramática y teología moral, y a quienes por este motivo se ridiculizaba, llamándolos *Padres de Misa y Olla o Lárragos*. Se les daba el primer apodo, porque por su ignorancia sólo decían misa para la subsistencia y no les era permitido predicar ni ejercer funciones que requerían instrucción y capacidad; y se les llamaba *Lárragos*, porque sólo estudiaban teología moral por el Padre Lárraga».

Ahora bien, habiendo abrazado una carrera antipática como un trampolín para subir en la escala social, no pensaba quedarse, a cambio de cuatro años de servicios domésticos, con un pequeño curato y la vida de un fámulo eclesiástico en algún rinconcito de la sierra. El Padre Salanueva, por su parte, cometió un disparate solemne en la prisa que tenía de proteger a su ahijado: si no sabía que un criado descontento, por dócil y obediente que parezca, siempre se sale con la suya, y que más valía no iniciar la empresa que dejarla inacabada, poco conocía al carácter indígena; pero esta filosofía sólo se aprendía en San Pablo Guelatao. Dotado de un carácter resuelto, el joven defendió con arte su derecho a una educación completa y no se dejó precipitar en las órdenes sagradas sin ciencia, y señalándole la desgracia de que quien poco sabe, presto lo reza, «del modo que pude, manifesté a mi padrino con franqueza esa inconveniencia, agregándole que no teniendo yo todavía la edad suficiente para recibir el Presbiterio, nada perdía con estudiar el curso de artes». Siendo gente de razón los dos, y habiendo

convivido por siete años bajo el mismo techo, el problema terminó de común acuerdo. Triunfaron las Artes.

Conjurado el peligro, el joven siguió avanzando a pasos contados, logrando prorrogar el indulto por cuatro años más y extender el amparo de la inmadurez hasta los años en que ya había perdido toda validez legal. Los años de estudio en Oaxaca transcurrieron, lo mismo que los años de ignorancia en Guelatao, a paso de buey, y el andar laborioso de las Memorias basta para pintar su lerda monotonía. El calendario se reduce al plan de estudios; la apertura y cierre de clases señalan las fechas memorables; la extensión de la palabra es tan corta como los corredores del convento y la vista de las puertas abiertas y cerradas que marcaban las piedras miliares de su adolescencia. Nunca interviene el mundo exterior; nunca aparece un compañero. La reseña es un monólogo y el autorretrato no luce más que un solo color. Del Padre Salanueva, ni una palabra; domado su tutor, la única dificultad que tuvo que vencer era la repugnancia a la carrera que había escogido, pero eso sí que era grave, porque, a pesar de su aversión a la vocación sagrada, tuvo la desgracia de manifestar una aptitud para sus estudios tan proficiente que no podía negar sus adelantos ni dilatar indefinidamente el día temido de su triunfo. Terminado el curso de Artes, en 1827 sufrió el examen público en filosofía escolástica, sustentando dos tesis con la calificación de *Excelente nemine discrepante*, y ganando la aprobación unánime de sus sinodales. Tenía veintiún años, ya era hombre, y el año siguiente pasó a cursar la teología moral, punto culminante de la carrera.

Había llegado al principio del fin, y el dilema se agravó. Sabía a ciencia cierta que no era apto para la carrera eclesiástica; pero no había otra. Las carreras seglares eran inaccesibles, fuera de la capital, «y para los pobres como yo era perdida toda esperanza». El monopolio de la educación por la Iglesia le quitaba toda elección libre; pero le quitaba la venda de los ojos. Víctima de los anhelos, y de la falta de facilidades para satisfacerlos, que provocaron su fuga de Guelatao, se debatía con el mismo problema en Oaxaca, agravado ahora por el conocimiento de una sociedad que ya no le era ni nueva ni desconocida. Al tramontar, había alcanzado una posición privilegiada, adoptado por un hombre bueno que puso a su alcance todas las facilidades filantrópicas que la ciudad ultramontana brindaba a su pueblo, desde la Escuela Real con sus distinciones de clase hasta el Seminario, refugio que ofrecía la cofraternidad religiosa a cambio de renunciar al mundo para disfrutar de un beneficio;

y se encontraba avanzando, a sabiendas, en un callejón sin salida. Dilema cruel, pero de su propia creación: no podía desandar lo andado, y con los conocimientos adquiridos en Oaxaca, triunfó la Iglesia.

Así transcurrió el último año en el Seminario. Aburrido y abúlico, fastidiado por los dogmas de la teología moral que le parecieran incomprensibles, topaba con una dificultad aparentemente insuperable; pero cumplió el contrato. Nada menos que una intervención directa de la Divina Providencia era capaz de resolver el problema, o un cambio milagroso del orden social, y al joven tan poco le entraba la teología, que no creía en milagros. Sin embargo, antes de finalizar el año, algo sucedió en Oaxaca que cambió por completo su destino. Al llegar a este punto, el relato se desvía en una digresión que forma parte integral de la crónica, y que le impuso un paréntesis indispensable para explicar cómo, andando el tiempo, le fue dable escribir estos *Apuntes para mis hijos*.

4

«En esa época se habían realizado ya grandes acontecimientos en la Nación». Las palabras que abren el paréntesis suenan como el reconocimiento tardío de una deuda; y así son, en verdad. La Nación es una palabra nueva en el relato y una novedad en su conciencia, y aparece en el momento preciso en que empieza a significar una nueva influencia en su destino. Nacido en 1806, el niño crecía en la época en que una colonia de España luchaba por transformarse en un pueblo independiente; su niñez coincidió con las angustias del alumbramiento, y su adolescencia, con el desenvolvimiento del momento de emancipación; pero entre aquel devenir y el suyo propio faltaba el vínculo hasta que, ya hombre, disfrutó de las primicias del triunfo en 1827. La deuda fue reconocida cuando el hombre maduro pudo apreciarla en su debido valor; pero los grandes acontecimientos de aquella época eran ya tan conocidos, qué no necesitaban más que una mención pasajera en la Memoria, y la mirada retrospectiva que les dedicó merece una consideración más amplia, en vista de los efectos que tuvieron en su vida, al reformar su destino y refugiar las fuerzas que determinarían, de ahí en adelante, su porvenir.

La separación de la colonia era un fenómeno previsto, casi desde su origen, por la Madre Patria: fenómeno natural, fruto de su misma constitución, inherente en las entrañas del mundo. Predeterminada por la geografía política, por la distancia entre un continente y otro, por el control remoto de la Metrópoli sobre la colonia, y por el desprendimiento del retoño del tronco, tanto la Naturaleza como la naturaleza humana conspiraron para hacer inevitable la ruptura. Pero las generalidades geopolíticas cuentan menos que los elementos específicos —la época, el lugar y los agentes humanos— que provocaron el desenlace predeterminado. El *porqué* fue previsto; no el *cómo* ni el *cuándo*. Al igual que otras fatalidades, la ruptura inevitable podía aplazarse con las providencias normales de la prudencia humana; y ninguna garantía fue desatendida para posponerla. Sistemáticamente aislada del mundo exterior, la Nueva España fue alejada del contacto ajeno mediante una reclusión rigurosa y hermética; y la política proteccionista practicada por más de dos siglos por la Corona dio el resultado apetecido, criando una estirpe de dependientes políticos y una mentalidad de minoría en los colonos, que garantizaban su pupilaje a perpetuidad; pero con el tiempo —y precisamente por el exceso de precaución— se le fue la mano paternal.

La evolución emancipadora, común a todo el Continente, y contagiosa, se inició para la Nueva España con la insurrección de las colonias británicas en Norteamérica. Al celebrarse el Tratado de Paz, firmado en París en 1783, Francia y España eran partes interesadas en el desenlace, ya que ambas potencias habían promovido la contienda para debilitar un imperio rival; y el Conde de Aranda, que firmó el convenio en nombre de España, señaló a su soberano las consecuencias previsibles del acontecimiento. «La independencia de las colonias inglesas ha sido reconocida, y esto mismo es para mí un motivo de dolor y de temor —decía—. La Francia tiene pocas posesiones en América, pero hubiera debido considerar que España, su íntima aliarla, tiene muchas que quedan desde hoy expuestas a terribles convulsiones. Desde el principio, la Francia ha obrado contra sus verdaderos intereses estimulando y favoreciendo esta independencia, y muchas veces lo he declarado así a los ministros de esa nación. No me detendré ahora a examinar la opinión de algunos hombres de Estado, así nacionales como extranjeros, con cuyas ideas me hallo conforme sobre las dificultades de conservar nuestra dominación en América. Jamás posesiones tan extensas y colocadas a tan grandes distancias de la Metrópoli se han podido conservar por mucho tiempo. Sin entrar, pues, en estas consideraciones, me limitaré ahora a la que nos ocupa sobre el temor de vemos expuestos a los peligros que nos amenazan de parte de la nueva potencia que acabamos de reconocer, en un país en que no existe ninguna otra en estado de contener sus progresos. Esta República Federal ha nacido pigmea, por decirlo así, y ha tenido necesidad del apoyo y de la fuerza de dos potencias tan poderosas como la España y la Francia para conseguir su independencia. Vendrá un día en que será un gigante, un coloso en esas comarcas. Olvidará entonces los beneficios que ha recibido de las potencias y no pensará más que en su engrandecimiento. El paso primero de esta potencia, cuando haya llegado a engrandecerse, será apoderarse de las Floridas para dominar el Golfo de México. Después de habernos hecho de este modo dificultoso el comercio con la Nueva España, aspirará a la conquista de este vasto imperio, que no nos sera posible defender contra una potencia formidable establecida sobre el mismo Continente y, más que eso, limítrofe».

Profeta de la fatalidad, el Conde de Aranda era, no obstante, un estadista que se creía capaz de burlar el Destino Manifiesto; y coronó el lamento con un consejo. Siendo inevitable la pérdida de la Colonia, y tan cercana la nueva nación destinada a

promover la catástrofe, bien por el ejemplo, bien por la conquista, la solución más sagaz era evidentemente, la de ceder de buen grado y de anticipar la necesidad. Por raro que pareciera, el consejo no era una locura genial, sino un plan maestro: el ministro propuso que se abandonaran todas las posesiones de la Corona en el Nuevo Mundo, menos Cuba, Puerto Rico y algunas islas hacia el sur, destinadas a servir como escalas de depósito para el comercio colonial; y que los dominios de ultramar se transformasen en una Confederación de Monarquías Americanas Autónomas, ligadas a la Madre Patria por una emisión de borbones: uno en el trono del Perú, otro en el de la Nueva España, y otro más en la Costa Firme. Tampoco había de ser la sombra de soberanía la única compensación de la cesión formal: como condición previa de esta magna manumisión, los reyes trasatlánticos tendrían que reconocer al Rey de España como jefe de familia y pagarle tributo en especie, oro del Perú, plata de la Nueva España, productos coloniales de Costa Firme. El comercio colonial, cimiento del imperio, debía establecerse sobre una base de absoluta reciprocidad, ligando a los cuatro tronos en una firme alianza, ofensiva y defensiva, para su mutua protección y prosperidad; y puesto que las fábricas de la Península no bastaban para satisfacer la demanda de América en artículos manufacturados, se invitaría a Francia, en plan de aliada, para que suministrara las deficiencias, con la exclusión absoluta de Inglaterra; debiéndose incorporar en tratados formales el boicot antibritánico. Según Aranda, las contribuciones de los reyes serían más provechosas que la plata sacada a la sazón de América; la población aumentaría; la emigración de España se cercenaría; y el bloque de potencias bastaría para prevenir el engrandecimiento de las colonias angloamericanas o de cualquier otro competidor en aquel hemisferio. «En fin —terminó diciendo—, gozaremos de todas las ventajas que nos da la posesión de América, sin tener que sufrir ninguno de sus inconvenientes».

Muy a menudo se han citado las admoniciones del Conde de Aranda por la exactitud de sus premoniciones; no son menos notables por la penetración con que un contemporáneo captó las causas, aparentes ya en 1782, de la decadencia del Imperio y de su inminente disolución. En las postrimerías del siglo XVIII ya no era España la potencia conquistadora que había colonizado un hemisferio en el siglo XVI, sino una nación en decadencia, apenas capaz de mantener su posición en el Viejo Mundo y visiblemente impotente para retener sus posesiones en ultramar

sin adaptar su sistema colonial a las exigencias de la época trashumante. El Imperio se debatía, agónico, contra el poder creciente e incontrastable de la Gran Bretaña, dueña de los mares y destinada, por lo tanto, a codiciar las colonias ajenas; y el Conde de Aranda, conformándose con la sazón otoñal, no sabía encontrar otra defensa que la solución senil. El subterfugio de convertir las colonias en protectorado y salvar la senectud del Imperio por un acto de quiebra política fraudulenta era un ardid propio de la ingenuidad de abogados y cancilleres, pero insuficiente para eludir la dura realidad: la adaptación al tiempo inexorable sólo perpetuaba la ilusión de la grandeza pretérita. En cambio, la idea de formar un bloque económico entre Francia y España contra la Gran Bretaña nació de una comprensión cabal de las fuerzas que iban a determinar el porvenir y, aceleradas por la Revolución industrial, a inclinar la balanza del poder mundial.

Con su percepción clara de las perspectivas históricas y sus medios exiguos para controlarlas, el Ministro era el estadista típico del fin del siglo, mirando hacia atrás y hacia adelante, incapaz de resolver el dilema y contemporizando entretanto con subterfugios aleatorios. Ensueño de un realista senil podría llamarse su plan, a no ser por la transformación que sufrió al resucitar y seducir a imperialistas posteriores que lo ensayaron medio siglo más tarde; pero, en los albores del nuevo siglo, sólo su autor lo tomó en serio. El Ministro dirigió su admonición a un monarca esclarecido; pero ni siquiera un Borbón liberal supo emanciparse de sus limitaciones regias y de la inercia de dos centurias de imperio colonial. Las instituciones, y no los hombres, rigen tales situaciones, y Carlos III, Borbón liberal, pero de ninguna manera un Borbón anómalo, no encontró medio más original de posponer la pérdida de sus dominios de ultramar, que el de apretar el puño, aumentar las guarniciones, y adoptar las precauciones tradicionales más indicadas para asegurar los resultados tradicionales de toda represión extremada. Lo que interesa hoy en las recomendaciones del Ministro es el esfuerzo que hizo, uno de los primeros y no el último en su género, para prever las evoluciones históricas, eliminar los conflictos, y anticipar las derrotas inevitables; triste demostración de la imposibilidad de tutelar al género humano y de componer la historia sin penalidades.

De los cómplices de la sublevación de las colonias británicas, Francia fue la primera en sufrir las consecuencias de su filantropía temeraria. Los Derechos del Hombre, descubiertos en América y el primer producto colonial exportado a Europa,

fueron proclamados en París, en pleno torbellino de la Revolución, minando el dominio de la Metrópoli sobre las colonias francesas en el Caribe. Al extenderse la conflagración, las chispas cruzaron el océano y en la isla de Santo Domingo, donde los conflictos de clases, de castas y de razas tenían acumulado el combustible para la insurrección, provocaron una serie de explosiones tan intensas que los negreros del Nuevo Mundo vieron en la columna de humo subiendo de la isla tropical la advertencia oportuna y la señal urgente para redoblar su vigilancia y apretar los rigores de la represión, tan claramente justificada por las venganzas seculares y las represalias irresistibles que amenazaban su imperio. Con el levantamiento de Haití, el peligro se acercaba a la Nueva España; pero los españoles no se inquietaban con las calamidades de sus vecinos, y su insensibilidad era notable, ya que la proximidad de Santo Domingo a la Nueva España, tan cercana política como geográficamente, multiplicaba las probabilidades de contagio.

Ambas provincias se regían por lo que se ha dado en llamar el Pacto Colonial, es decir, por las disposiciones de un código al cual esa denominación daba el último toque de sinrazón, ya que el pacto carecía de reciprocidad y aseguraba, por el contrario, la explotación incondicional de la colonia por la Metrópoli. El Pacto Colonial representaba la manía del monopolio en las formas más comprensivas y más absurdas concebidas por el ingenio humano: monopolio comercial, con la exclusión no sólo de las naciones extranjeras, sino del mismo comercio intercolonial; monopolio industrial, con la supresión de todo artefacto colonial capaz de competir con las exportaciones del mercado metropolitano; monopolio administrativo, en manos de los europeos, con la exclusión no sólo de los naturales del país, sino de su propia prole nacida en la colonia, los anómalos criollos que formaban una clase aparte, europeos por la sangre, americanos según la ley, y que no cabían ni en el Viejo Mundo ni en el Nuevo; monopolio de privilegios, con la consecuente división de familias en clases, y de clases en castas, conforme a su origen o su color, cada una celosa de la otra y todas destinadas, por sus divisiones, a sostener el sistema social y la clase gobernante; y, por último, monopolio de la educación, confiado a la Iglesia y sujeta a la censura. Aunque esta restricción no era una privación muy sensible en el trópico, donde el clima garantizaba la censura más efectiva, estando todas las labores indispensables a la vida a cargo de analfabetos y las clases dirigentes sin necesidad de actividad intelectual. Sobre estas bases amplias y previsoras se gobernaba en todas las

posesiones de Francia y España, y se fundaba la sociedad colonial. Tenían, por lo menos, el mérito racional de recopilar, en los términos más claros y más crudos, las relaciones naturales que rigen todos los imperios y todas las colonias, sin atenuantes propias para hacerlas tolerables a los coloniales, y admirablemente adaptadas, por lo tanto, para provocar la rebelión inevitable. Aunque, con el tiempo, las restricciones se habían atenuado con el comercio de contrabando y la laxitud administrativa de las postrimerías del siglo XVIII, las concesiones involuntarias a la necesidad sólo sirvieron para adulterar el sistema con la gota contagiosa de la liberación.

Aunque el régimen era idéntico en Santo Domingo y en la Nueva España, y la isla, dividida entre los españoles y los franceses, era un puerto de escala para la corriente revolucionaria, las dos colonias se diferenciaban por algunas idiosincrasias que explican la apatía de los españoles ante el levantamiento de Haití. En la colonia francesa, la capa inferior, que soportaba todo el peso de la estructura colonial, se componía de esclavos negros, y la esclavitud era una institución que repugnaba a los españoles, por lo menos en su forma de servidumbre bestial. Sin recurrir al ilotismo, sacaban el mismo rendimiento de sus siervos, ligados a la gleba por servidumbre feudal y coacción aborigen; y el indio manso del Continente no era el mismo primitivo que el negro de las islas, criado en la selva tropical, ni tan propenso a la sevicia de la insurrección dominicana. La sublevación en la colonia francesa demostró, sin embargo, que el peligro inicial radicaba no en la capa más baja sino en las clases superiores de la comunidad. La insurrección estalló en la cima, entre europeos y criollos, con la fricción de padres e hijos, extranjeros entre sí por los dictados del Pacto Colonial, y extendiéndose con la virulencia de una riña doméstica a las clases subordinadas, degeneró rápidamente en rabias aborígenes de guerra racial, derrumbando la construcción social con una completa demostración de la consanguinidad humana. La capa servil no era el primer peligro, sino el último; y las diferencias entre el negro y el indio eran una garantía dudosa contra la repetición del desastre francés en una colonia de la Corona de España, sometida a las mismas prácticas, a los mismos monopolios, a las mismas discriminaciones y a las mismas servidumbres a la potestad paternal.

No obstante, los españoles conservaron su inmunidad. Conquistadores, confiaban en Dios: la Providencia Divina amparaba a su colonia, sembrada de conventos y templos, y en la Nueva como en la Vieja España la Iglesia cumplió con su

misión social, sometiendo una población heterogénea al Estado con el precepto divino. Colonizadores, confiaban en el hombre: la docilidad del indígena y su aislamiento aseguraban su inocencia política, conservándolo en un estado de gracia tal que, en dos siglos y medio, apenas si unas cinco o seis sublevaciones insignificantes denunciaron su iniquidad original. Bien fundada fue la confianza de los españoles. Cinco años duró la conflagración en Santo Domingo y se apagó, por fin, sin sollamar los dominios contiguos, ni en la isla ni en el Continente. La Revolución francesa se extinguió también, y la época de crisis pasó sin turbar la paz providencial de la Colonia; y no fue hasta el día en que la Francia revolucionaria se transformó de militante en militarista e invadió a España, cuando las relaciones de la Colonia con la Metrópoli se volvieron totalmente tirantes.

De las brasas surgió el Fénix: fue Napoleón quien, desviando la energía de la Revolución hacia la conquista de Europa, comunicó, indirecta e inadvertidamente, el impulso emancipador a Hispanoamérica. En 1808 sus ejércitos habían inundado la Península ibérica; los borbones eran sus cautivos; su hermano ocupaba el trono; la defensa nacional se llevaba a cabo por las juntas patrióticas y la insurrección popular; y el desmembramiento de la Península planteó para el Virrey de la Nueva España un problema apremiante. ¿A quién reconocer como autoridad legítima? ¿A la dinastía representada por un monarca cautivo?, ¿o a la nación representada por juntas autónomas? Entre los cuernos del dilema, a cual más malo, optó por el medio justo, conservando la Colonia en fideicomiso, y en estado de animación suspendida, hasta la vuelta de los días normales. Profesando una lealtad intachable al Soberano y siguiendo el ejemplo de las juntas patrióticas, que también habían jurado fidelidad a Fernando VII, el Virrey convocó a todos los cuerpos administrativos de la Colonia —la Audiencia, el Arzobispado, la Municipalidad de México, los delegados de los Tribunales, las corporaciones seglares y eclesiásticas de la Nobleza, los magnates de la burocracia, los civiles eminentes, y los comandantes militares— para legitimar la solución: la Asamblea aprobó la soberanía provisional de la Nueva España y confirmó al Virrey la suprema autoridad en la Colonia. En previsión de una incursión de los ingleses, que aprovechaban la oportunidad para atentar contra la integridad del imperio en Sudamérica, y de los franceses y los holandeses que tenían sus bases de contrabando y piratería en las islas del Caribe, el Virrey movilizó también la guarnición real en una escala sin

precedente y dirigió maniobras imponentes entre la capital y la costa; y la guarnición, compuesta de tropas de ultramar, fue aumentada con una milicia colonial, en la que los criollos llevaban las armas.

La solución, tan sensata y leal, inquietó, no obstante, a los conservadores de la Colonia, siempre más ortodoxos que los de la Metrópoli y privados ahora de su protección. El gobierno autónomo, aunque provisional, les pareció una innovación peligrosa y un grupo de viejos españoles, sospechando miras ulteriores en el régimen de emergencia, fraguó un complot, depuso y deportó al Virrey, sustituyéndolo con otro de su confianza. Las juntas patrióticas de España constituidas también en gobierno provisional y reclamando la jurisdicción sobre la Colonia en nombre del Rey, aprobaron el golpe y lo aprovecharon a su vez para cobrar una fuerte contribución para la defensa de la Península y para nombrar sus propios representantes en la Colonia. Tantos cambios bruscos y la confusión en la Madre Patria dieron al traste con los dogmas coloniales, difundiendo el desasosiego en la Colonia, despertando el antagonismo de criollos y europeos y alertando a los viejos españoles que andaban sobre aviso, para que las castas inferiores no fueran a aprovechar el precedente. Las masas no se movieron; no se habían movido por siglos. El peligro estaba en las clases superiores, y allí el daño ya estaba hecho. Con sólo el nombre de autonomía, pronunciado por un virrey, aprobado por las autoridades y autorizado por la violenta destitución del representante del rey, se sentó el precedente: la idea germinó y la simiente se arraigó entre los criollos. Irritados por su inferioridad, a que estaban condenados a causa de su nacimiento en la Colonia, no tardaron en comprender la oportunidad que les brindaba el vaivén de la crisis para conquistar la venia de su vida; pero la desaprovecharon porque, efectivamente, eran hijos de sus padres. La inferioridad era ficticia: favorecidos por su-fortuna y sus fueros en la Colonia, codiciaban la independencia y el poder paternal; pero les faltaba la coacción de la libertad, el fecundo imperativo de la miseria y, como por su educación y su carácter eran indolentes e impresionables, adolecían de la mentalidad de mentores políticos y de la inclinación dependiente de los coloniales privilegiados. Si los criollos, como clase, eran inquietos, no eran activos, y la vigilancia de los viejos españoles les cerró el paso. La Colonia siguió tranquila por un año —por dos años— y ya se había relajado la vigilancia, cuando estalló la rebelión.

La rebelión tanto tiempo esperada llegó tarde y fue, no

obstante, prematura. En septiembre de 1810 el Intendente de Querétaro fue informado de una conjura sediciosa, con ramificaciones en toda la comarca, por uno de los conjurados que se espontaneó a denunciar a uno de los principales cabecillas, Ignacio Allende, joven oficial apostado en la vecina villa de San Miguel el Grande y vástago de la aristocracia criolla de la provincia. Prevenido por sus cómplices en Querétaro, Allende llevó la alarma a sus amigos de San Miguel y siguió a matacaballo hasta el pueblo de Dolores, para consultar al párroco, don Miguel Hidalgo y Costilla, autor intelectual del movimiento. Como llegó tarde, le costó una hora localizarlo en la casa de un español, donde se celebraba una tertulia, y no poco trabajo para que fuera a su propia casa; y ahí, por primera providencia, el cura, mientras se convocaba a los conjurados del pueblo, mandó hacer el chocolate con que se terminaba siempre un día normal en la Nueva España.

Reunidos todos como a las 9 de la noche, llegó de San Miguel otro oficial del cuerpo de caballería, el capitán Aldama, con un recado del coronel del regimiento, simpatizador de la conjura, para que se pusieran a salvo sin demora. Calurosamente acogido, el consejo fue discutido con ardor, hasta que Hidalgo intervino con la observación de que sería un crimen renunciar a la lucha y abandonar a los compañeros comprometidos e indefensos. «Olvídese, pues, semejante pensamiento —dijo—, que nada tiene de caballeroso, ni mucho menos algo de grande». Pero ¿qué otra cosa podía hacerse?, protestó una voz. «Morir —replicó el Padre—, habiéndose comprometido tan solemnemente a libertar a la patria...». Los militares vacilaron. El grito clásico del patriota les pareció destinado a la posteridad, más bien que a ellos mismos; y fue entonces cuando el cura reveló su don de mando. «Señores, se me ocurre una idea —dijo —, y ésta es nuestra verdadera salvación. Vamos, Balleza; en este momento, sin perder tiempo, me vas a aprehender a los eclesiásticos gachupines. Tú, Mariano, a los comerciantes gachupines. Aldama, lo mismo, y don Santos Villa con la misma misión. Todos a la cárcel, sin tocar sus intereses».

Estupefactos, todos protestaron que serían ellos las únicas víctimas de tanta temeridad. «Así discurren los niños que nunca miden las circunstancias de una situación —contestó el cura—; no calculan que las pequeñeces más insignificantes, teniendo el tacto necesario para unirlas, formarían un todo vigoroso. A la voz contra los gachupines, mañana todo nos sobra. Al negocio, sin perder un momento; el miedo, a la faltriquera». Cada quien a su oficio —los soldados se mandan, los hombres de acción se

ocupan— y, sin darles tiempo de pensar, el cura los puso a aprehender gachupines. «Este paso tan atrevido —dice un testigo—, ejecutado por el insignificante número de once hombres, parecerá fabuloso y tal vez así se entenderá; pero el hecho es enteramente cierto». La patrulla hizo la ronda del pueblo, sorprendiendo uno por uno a los españoles dormidos, y para las 5 de la mañana el último había sido cogido, cercado y encarcelado. Entretanto, Hidalgo meditaba con Allende el paso siguiente; meditación desigual, ya que el problema tan precipitadamente creado sólo podía solucionarse con el don de inspiración propio del cura, y él no concebía aún el paso siguiente, al emprender el primero.

Así, a la madrugada del 16 de septiembre de 1810, vino a nacer, en el ánimo de un párroco y de un puñado de prófugos obedeciéndolo ciegamente, hipnotizados por su determinación y por su sangre fría, una nación nueva. No era nueva la idea —hacía mucho que Hidalgo la había tenido en el pecho, madurándola con un reducido grupo de sus íntimos—, pero el plan formulado suponía una sublevación coordinada con tropas selectas, en el mes de diciembre, y la revelación prematura obliga al cura a modificar el movimiento en forma tal que alteraba profundamente su carácter. Allende había solicitado reclutas en sus regimientos y en los que conoció cuando las maniobras del Virrey, dos años antes, y se había comprometido a desenvainar la espada luego que contara con quinientos adeptos; pero sus compañeros siguieron sordos a la seducción de la independencia, y precipitar un movimiento tan vasto, sin organización y sin garantías previas, le pareció un absurdo tan evidente que, sin la fe de un socio, lo hubiera abandonado allí mismo. La empresa tan temerariamente iniciada sólo podía salvarse intentando lo imposible; y así la condujo Hidalgo, él siempre adelante y los compañeros a la zaga.

El día siguiente era domingo. A las 5 de la mañana, el pueblo pululaba con una multitud indígena, llegada de lejos para la misa, el mercado y el chisme dominical. Al difundirse la voz de que no iba a haber misa, ni mercado, ni chismes, pues el señor cura había pasado la noche encerrando a los gachupines, la gente concurrió a su casa para saber qué era lo que les quedaba de sus únicos recreos en la vida. «Aumentándose el número con la confusión, y viendo que por momentos crecía —dice la crónica—, parecía a aquel párroco respetable que era tiempo ya de dirigirle la palabra a aquella multitud, para informarle de los motivos que había tenido para un movimiento tan nuevo y desconocido». Pocas fueron las palabras; pero fecundas. Les

manifestó que ya no había Rey, ni tributos; que había que lavar la mancha de la gabela servil, sobrellevada por tres siglos; que la hora de la libertad había sonado; que la causa era sagrada y que Dios la protegería; y lanzando un grito por América y la Virgen de Guadalupe, les mandó marchar. Acostumbrada a la obediencia ciega y a los responsos litúrgicos, la muchedumbre contestó con un clamor antifonal y abrazó la causa por aclamación. Para las 10 de la mañana, cuando Hidalgo se presentó a caballo en la plaza, se vio rodeado por miles de siervos armados de navajas, estacas, azadones, hondas, horcas y piedras.

El ascendiente que tenía el cura sobre su grey no provenía sólo de su sotana, ni siquiera de su grito de guerra. Hidalgo fue uno de esos contados eclesiásticos que en la Nueva España practicaban su fe al aire libre y la cultivaban en beneficio de los naturales del país. Bendiciendo las artes y los oficios del labrador, fomentando sus industrias y cultivando la vid vedada del Pacto Colonial, había implantado en Dolores alfarerías y tenerías, colmenares y sederías, viñedos y destilerías; y siempre podía encontrársele en la sedería o en la alfarería, vigilando el rendimiento o sentado en un rincón, listo para servir en lo que fuera. Tenía ideas avanzadas. Según la crónica, «quería que toda industria fuera protegida por sociedades, que a más de proveerlas de un fondo suficiente, cada socio tomaría una o más acciones; pero muy particularmente los oficiales o trabajadores cooperarían con el valor del trabajo, dándoseles a buena cuenta una anticipación que les hiciera subsistir ínterin se divida la utilidad en que todos a proporción habían de tener parte». Era, en fin, opuesto a la tiranía del capital. Decía también que todo extranjero, al establecerse en el país, había de pertenecer a una sociedad de industria o por medio de acciones, o por medio de sus conocimientos o trabajo, sin cuya circunstancia no podría subsistir en el país. En suma, deseaba que todos fueran útiles a todos. Teorías eran éstas que habrían tenido su modificación en la práctica; pero en el fondo abundaban de buenas intenciones, cuya mira era el bien general, pues hasta nuestros hombres acomodados en todo el país mexicano habían de pertenecer a las sociedades industriales o comerciales; ya que él se oponía a la malicia de nuestros poderosos. Alguna que otra vez, se le oía decir uno de aquellos aforismos de Hipócrates: «Quien ha conocido el mal, ha hecho la mitad de la cura». Así fue. Con tales ideas, tenía ya concebida no sólo una nueva nación sino una nueva sociedad; y si no la técnica, creó, por lo menos en su parroquia, la costumbre de la cooperación, el ánimo de la

autonomía, cosechando las primicias de su labor pastoral en la multitud que respondió a su llamado en la mañana del 16 de septiembre de 1810.

Mucho antes de pronunciar su sermón subversivo, Hidalgo se había encariñado hondamente con sus feligreses; por eso, al despedirse de los alfareros, recomendándoles el cuidado de las abejas abandonadas y de los asiduos gusanos de seda, «que hoy forman un bello recurso de la clase pobre, y reiterando el consejo a los que cuidaban de la siembra del lino, que le dio las mejores esperanzas hasta lograr puntivo un poco grueso», abundante fue la cosecha, y la volvió a sembrar. Los que quedaban atrás no fueron los últimos ante sus ojos. «Reunidos todos, les dio un abrazo y les suplicó mucho cuidaran lo que tenían a su cargo. Hubo en este acto sus lágrimas, y les consoló diciéndoles que pronto volvería a verlos…», ya que eran la raíz. Así de la raíz y del fruto de su misión pastoral, el Cura de Dolores evocó un movimiento revolucionario en sus ideas, en sus motivos, en su apoyo en las masas y en su impulso contagioso. Indeterminados todavía los papeles particulares, la dirección competía al hombre que creó la flama y la fuerza eficiente, y el militar profesional quedó inevitablemente en segundo plano.

La muchedumbre salió de Dolores, camino a San Miguel el Grande, la grey se volvió hato, multiplicándose paso a paso con los reclutas que se sumaron a la marcha gregaria, y aumentada prodigiosamente con la exhibición de los cautivos, andando los gachupines bajo la guardia de los militares que iban a la retaguardia, «así fue que ellos mismos dieron impulso a tan colosal revolución». A medio camino de San Miguel se hizo un alto, mientras Allende con cien jinetes se adelantaba para reconocer la villa que se aseguraba estaba armándose presurosamente. En efecto, al llegar a la plaza, Allende se encontró frente a dos compañías en armas y se vio duramente increpado por un cabo que le agarró la brida del caballo; pero las tropas, rompiendo filas, se unieron a él, y una turba bulliciosa pisó sus talones hasta las Casas Reales, donde los españoles, tras solicitar en vano la protección del comandante militar, se habían encerrado. El comandante coronel Narciso María Loreto de la Canal, de rancio abolengo regional, llevaba un nombre casi sinónimo del de San Miguel, ya que su familia había dotado a la villa de iglesias y palacios de fabulosa riqueza; pero era criollo, simpatizador pasivo del movimiento, y asordado por la plebe que rodeaba su palacio aconsejó a los gachupines encerrarse y abandonó la defensa de la villa al

sargento mayor, quien contaba apenas con cincuenta leales para oponerse al alud. Obligados a rendirse, los gachupines encontraron asilo, por fin, en la cárcel, donde Hidalgo les garantizó la vida. Para las 4 de la tarde, la pequeña villa de San Miguel el Grande, grande sólo por la gracia del Arcángel, preñada ya de magna rebelión, había perdido toda pretensión de tamaño o autoridad, sumergida por una plaga patriótica que devoraba los haberes de los habitantes, hormigueaba en las calles, y ocupaba las barracas, pero que sólo saqueó una casa comercial. Tal milagro no podía repetirse y el problema de aprovisionar a los sublevados quedaba aún sin solución cuando la hueste salió, dos días más tarde, despedida con una acción de gracias, y avanzó hacia Celaya con veinticinco gachupines a remolque.

También en Celaya la táctica de celeridad y sorpresa paralizó a las autoridades, que se rindieron tras un breve intento de resistencia y se sumaron, más o menos voluntariamente, al movimiento. El problema del aprovisionamiento se resolvió con dos días de saqueo. Allende reprobó el método, Hidalgo le invitó a proponer otro mejor; el militar se dedicó a disciplinar la hueste hambrienta, y cinco días fueron sacrificados al entrenamiento. La próxima plaza era una plaza fuerte, urgía organizar la sublevación, y antes de dar el asalto, Hidalgo procuró parlamentar con el Intendente de Guanajuato. «Ya sabe usted el movimiento que ha tenido lugar en el pueblo de Dolores la noche del 15 del presente —le escribió—; su principio, ejecutado con el número insignificante de quince hombres, ha aumentado prodigiosamente en tan pocos días. Me encuentro actualmente rodeado de más de cuatro mil hombres que me han proclamado por su Capitán General. Yo, a la cabeza de este número, y siguiendo su voluntad, deseamos ser independientes de España y gobernamos por nosotros mismos». Le comunicó que, fuera de un poco de saqueo y un español herido, la marcha había sido pacífica hasta entonces, y «por eso verá usted que mi intención no es otra sino que los europeos salgan del país. Sus personas serán custodiadas hasta su embarque sin temor ninguno de violencia. Sus intereses quedarán a cargo de sus familias o algún apoderado de confianza. La Nación les asegura la debida protección; yo, en su nombre, protesto cumplirlo religiosamente». Pero le advirtió que, en caso de encontrar resistencia, no podía responder de las consecuencias, y se extendió sobre la fuerza de la insurrección y sus derechos. «No hay remedio, señor Intendente, el movimiento actual es grande y mucho más cuando se trata de

recobrar derechos santos, concedidos por Dios a los mexicanos, y usurpados por unos conquistadores crueles, bastardos e injustos que, auxiliados de la ignorancia de los naturales y acumulando pretextos santos y venerables, pasaron por usurparles sus costumbres y propiedad y vilmente de hombres libres convertirlos a la degradante condición de esclavos. El paso dado lo tendrá V. S. por inmaduro y aislado; pero éste es un error; verdad es que ha sido antes del tiempo prefijado, pero esto no quita que mucha parte de la Nación no abrigue los mismos sentimientos. Pronto, muy pronto, oirá V. S. la voz de muchos pueblos que respondan ansiosamente a la indicación de la libertad. Como el asunto es urgente, lo es también la resolución de V. S. El movimiento nacional cada día aumenta en grandes proporciones; su actitud es amenazante; no me es dado ya contenerlo y sólo V. S. y los europeos reflexivos tienen en su mano la facilidad de moderarlo, por medio de una prudente condescendencia; si, por el contrario, se resuelve por la oposición, las consecuencias en casos semejantes son tan desastrosas y terribles, que se deben evitar aun a costa de grandes sacrificios. Como los acontecimientos por momentos se precipitan, sólo podré esperar cuatro o cinco días para saber el resultado favorable o adverso: en consecuencia del cual arreglaré mis determinaciones». No habló de otra manera David a Goliat.

El Intendente, por supuesto, se hizo sordo. Hidalgo usaba *Nación* con mayúscula y *mexicanos* con minúscula: distinción con que tenía que contar en 1810: la Nación era una abstracción, los mexicanos eran una deducción de ella; y el Intendente supo interpretar la ortografía política del adversario y leer entre las líneas del reto perentorio. Sin prescindir, sin embargo, de las precauciones del caso, hizo tocar generala, puso la ciudad en defensa, mandó pedir auxilio y se cuidó de divulgar los términos de capitulación propuestos por Hidalgo o de aprovechar su consejo de «consultar a las principales clases y a los europeos de mayor influencia». Centro de una rica región minera, Guanajuato era la capital de los criollos aristócratas que, con la exportación de plata a la metrópoli durante dos siglos, habían acopiado títulos y tesoros suficientes como para asegurar su lealtad; por lo tanto, resultaba ocioso consultar su opinión. El pueblo, movilizado para la defensa común, cavó trincheras y construyó barricadas, disimulando su simpatía hacia los insurrectos; pero con tan poco éxito que, en vísperas del ataque, el Intendente se retiró a la Alhóndiga, granero público y baluarte militar, con las tropas, las armas, las provisiones de

boca y los caudales de la ciudad. El traslado se realizó de noche y al día siguiente el Ayuntamiento reclamó en nombre de la población indefensa, pero el Intendente se hizo el sordomudo; y la plebe, por cerros y barrios, propagó la voz de que «los gachupines y señores querían defenderse solos y dejarlos entregados al enemigo, y que aun los víveres los quitaban para que perecieran de hambre».

Al atacar la ciudad en la mañana del 28 de septiembre, los insurgentes —la misma turba hambrienta que salió de Celaya en pos de pelea y pasto, únicos medios de transformarla en tropa disciplinada— penetraron sin oposición hasta la ciudadela. Aquí se dio la primera batalla. La Alhóndiga de Granaditas, mole maciza construida en un declive abrupto, era una posición inexpugnable que burlaba la mera idea de tomarla por asalto, sin artillería, ciencia ni municiones de guerra; y el sitio puesto por los insurgentes con hondazos habría seguido indefinidamente, o hasta la llegada de refuerzos reales, a no ser por un individuo que salió de la masa y cuya hazaña quedó para siempre en los anales de Guanajuato. Desde una altura Hidalgo dominaba la mole, pero sólo con la vista, cuando se le informó que un minero se había propuesto quemar la puerta con el sacrificio de una sola vida. Lo mandó llamar. Un hombre corto y raquítico, consumido por un mal endémico de las minas, se presentó, explicó su plan y pidió permiso para ponerlo a prueba. Sólo necesitaba una mecha, una reata y una losa para escudar sus espaldas; y marchando cuesta abajo, bajo una granizada de balas, lento e invulnerable, cual un Atlas inválido, alcanzó la puerta y la incendió. Tras la puerta, hecha pedazos, se vio al Intendente, esforzándose por reparar el daño: una piedra de honda lo mató; y entre el clamor y la confusión triunfante los sitiadores irrumpieron y despedazaron a los de adentro, antes que Hidalgo y Allende lograran pasar la brecha y proclamar las leyes de la guerra.

Conquistada la ciudadela, con sus caudales valorizados en tres millones de pesos, comenzó el saqueo de la ciudad, que siguió incontenible por dos días. Hidalgo tenía en Guanajuato muchas relaciones, y los más íntimos fueron a hablarle al cuartel donde había instalado su lecho. La pieza era chica, la concurrencia grande, y como sólo había dos sillas los parlamentarios se sentaron en el catre o en el suelo, mientras uno hablaba por todos. «Bien —dijo Hidalgo—, ¿qué le ha parecido a usted mi visita?». —«Que no es como las otras que se ha dignado usted hacerme». —«Pues, ¿en qué está la diferencia?». —«En que ésta viene acompañada de mucha sangre

y destrozos, y seguida de muchos lutos y no menos espantos que aún tenemos sobre sí». —«Tal vez tendrá usted razón, señor licenciado —replicó el cura—, pero lo admirable es cómo no le espanta a usted el terrible destrozo que el León de las Españas hizo con la mayor sangre fría, cuando destrozó sin piedad la patria, la existencia y el bienestar de nuestros antepasados, terminando con el pueblo y haciéndole arrastrar una situación humillante y vergonzosa que aún tuviera y que las espaldas de los mexicanos han soportado sin murmurar el largo tiempo de tres siglos. Con estos destrozos se formaron los cimientos de ese terrible poder, y la argamasa de que hicieron uso nuestros conquistadores para formar el edificio de su nefanda dominación está humedecida con la sangre y las lágrimas de nuestros mayores, y aunque se halla muy elevado y fuerte, con todo lo que usted ha visto, que le sorprende y aterroriza, no es más que el primer golpe; no caerá con él, porque es sólido en la construcción, pero los que faltan lo harán bambolear y tal vez destruir; está muy elevado y debe caer; porque su sombra o mole impide penetrar a los rayos de la libertad, para fecundizar la menuda yerba que por desgracia le rodea. Consulte usted a la Francia en su revolución y sabrá que somos unos pigmeos y no podemos entrar en comparación con aquellos hechos terribles, sin embargo, los motivos algo se parecen a los nuestros. Ánimo, pues, señor licenciado, pues falta mucho que ver, y sólo estamos en el prólogo».

Pero el ánimo infundido al licenciado lo sofocó; y viéndolo mudo y confuso, Hidalgo le preguntó si había sufrido algún daño en sus intereses. —«Por ahora no otra cosa que un gran susto —confesó el licenciado— y a pesar de que he salido a la calle en solitud de una indulgencia». —«¿Y de quién la espera conseguir?». —«De usted, en favor de unos europeos que se hallan presos y sus intereses embargados». La gracia se concedió sin dificultad. Hidalgo le refirió la carta dirigida al Intendente desde Celaya, y fue así como se enteraron los guanajuatenses de las condiciones de capitulación; pero ya era tarde para cambiar su actitud: todos manifestaron su instinto político, pidiendo la liberación de los europeos. Igual reserva demostró la Junta Municipal, convocada por el cura para solicitar su apoyo: el Ayuntamiento quedó atónito, y contra todas las normas de los cuerpos municipales, mudo. Cuando se trató de formar un gobierno, nadie quiso ocupar un puesto, ni para hablar, ni para salvar el orden público: ya habían visto al cura regalando barras de plata a los mineros; ya habían oído bastante. La toma a mano limpia de la Alhóndiga por una horda de amotinados era un

portento de lo que podía alcanzar un pueblo sublevado; y la caída de la Bastilla local confundió, sin convertir, a la burocracia. Hidalgo puso término a la entrevista diciendo que interpretaba su silencio «bien como un vago temor que se tenía de que su proyecto y sus ideas no llegaran al cabo por falta de imitadores, o como una verdadera y muy marcada neutralidad que, como era tan nociva en aquellas circunstancias, la castigaría como una declarada parcialidad», y les impuso los nombramientos; acuerdo que fue proclamado desde la ventana y vitoreado por el pueblo afuera, celebrando la conquista de Guanajuato.

La Independencia tenía ya quince días de vida. Aunque varias poblaciones cercanas se habían declarado, o estaban a punto de declararse en pro de la causa, Hidalgo se preocupó por el silencio de sus partidarios en San Luis Potosí, donde más se había trabajado el terreno y preparado la organización preliminar del movimiento y se resolvió emprender una marcha rápida al norte. El desvío significaba, con la pérdida del tiempo, el sacrificio de las ventajas ganadas por la sorpresa y la celeridad, pero la necesidad de solidarizar el movimiento incipiente se impuso: Guanajuato no era una garantía: era una advertencia. A la gente decente le alarmaba la facilidad con que la plebe se emancipaba; los militares también se inquietaban por el giro que tomaba la guerra. La toma de la Alhóndiga era una hazaña revolucionaria, demasiado empírica para satisfacer la ciencia militar: triunfo fortuito sobre el cual sólo la locura hubiera basado las operaciones posteriores; y en eso se supo que en San Luis Potosí las autoridades se apresuraban a reunir una poderosa fuerza regular. Allende se dedicó a la instrucción, interrumpida por el triunfo, de sus fuerzas irregulares, mientras que Hidalgo salió, con seis mil hombres, para anticiparse a la concentración del enemigo en el norte; pero a medio camino recibió un aviso de los patriotas potosinos, urgiéndole para que regresara y atacara primero a la capital, y comprometiéndose, entretanto, a secundar sus esfuerzos y cubrir la retaguardia. San Luis Potosí también era una ciudad minera.

Hidalgo vaciló y retrocedió. Todavía había Alhóndigas que quemar, y de regreso a Guanajuato, donde revisó su plan de campaña, pasó cuatro días reuniendo a sus tropas bisoñas, y salió hacia el sur, violentando la marcha a Valladolid, camino a la capital. Sólo la velocidad era capaz de salvar la imprudencia táctica. Con un mes de vida, la insurrección era todavía una tentativa atrevida, un ensayo de fuerza fecundo, un magno movimiento de reconocimiento y un levantamiento de masas;

pero no una revolución popular. Urgía crear la fe con la obra, y la toma de la capital era indispensable para conquistar la imaginación y la lealtad del país: discutible desde el punto de vista militar, el plan era político y los partidarios de San Luis Potosí le prestaron un servicio al volverlo atrás y restituirle la inspiración y los pasos de gigante propios de su genio.

A mediados de octubre la hueste facciosa, formidable por su fuerza prolífica, habiéndose decuplicado los cuatro mil primitivos, se precipitó sobre Valladolid y se apoderó de la ciudad sin oposición. Ahí estaba Hidalgo como en su casa. En el antiguo Colegio había sido alumno, maestro y rector, y en la ciudadela de la ciencia, hojeando los volúmenes vedados de la literatura revolucionaria francesa, había sacado la sangre de los libros, volviendo repleto ahora a la cabeza de cuarenta mil discípulos descalzos. Premio de su ímpetu era la entrada triunfal en la plácida ciudad académica: victorioso sí, pero no bienvenido. Antes de su llegada, se habían improvisado furiosos ademanes de defensa; el obispo huyó lanzando excomuniones a la zaga, los curas clamaron a lo largo del valle levítico; pero al aproximarse la sombra de un sinnúmero de vagos victoriosos y veteranos, cayó el clamor, cayó la defensa, y las excomuniones se levantaron a punta de espada. La acogida fría y callada se pagó con un brote de matanza y pillaje, rápidamente reprimido por Allende, mientras Hidalgo sacaba medio millón de pesos de las arcas de la Catedral; pero lo mejor del botín era la guarnición que se incorporó al movimiento, asegurando un elemento profesional a la masa amorfa y bisoña. Al cabo de dos días Hidalgo salió de Valladolid con setenta mil hombres y emprendió la marcha hacia la capital; pero con el aumento de sus fuerzas y la dificultad de disciplinarlas, su propia confianza comenzó a turbarse. Retado por un escéptico a legitimar el levantamiento, contestó que «bien sabía lo que debía ser, pero no lo que era».

En tal trance, el enemigo era el mejor aliado. El enemigo sí sabía lo que era y lo que debía ser, desde el día en que se inició el movimiento. A su casa en Dolores se le llamaba comúnmente *la Francia chiquita*, y no en balde: nadie ignoraba las consecuencias cuando el abanderado movilizó sus millares de mexicanos indigentes; la insurrección política era asimismo una sedición social, las dos inseparables, e indispensable el triunfo de la una para la realización de la otra. Las autoridades anticiparon el próximo paso: pensaban lo mismo que él y más aprisa que él, y se valieron de sus ideas para detener su marcha. El Virrey lanzó un bando, dado por la Regencia en Cádiz, pero

sin efecto en la Colonia, que liberaba de tributos a los indios, a condición de concurrir a sofocar la rebelión. Igual defensa intentó el Intendente de Guanajuato; pero el pueblo, mofándose de las concesiones del miedo, acogió el bando con demostraciones de burla. Ya había caído la Alhóndiga, cuando se publicó el bando del Virrey, y el pueblo estaba en marcha: camino a Valladolid, ya se hablaba no sólo de Independencia sino de Tierra, y el polvo de las jornadas patrióticas se transformaba en pólvora de guerra. El mismo obispo de Valladolid, reformador otrora, había preconizado la repartición de tierras entre las masas; pero al llegar la revolución a su puerta la repudió con anatemas, protestando que «el proyecto del cura Hidalgo constituye una particular guerra civil, de anarquía y destrucción, asimismo eficiente y necesaria entre los indios, castas y españoles que componen todos los hijos del país». La alarma se propagó. Otro obispo señaló otro peligro: de triunfar la sublevación, todos se hallarían a merced de la primera potencia marítima que apareciera a la altura de la costa; todos sabían menos Hidalgo— que agentes franceses, ingleses y norteamericanos trataban de revolucionar la Colonia, y para sofocar la independencia el adversario apeló al patriotismo y acudió al espantajo de Bonaparte.

Cuanto más se aproximaba el cura a la capital, más aumentaba la consternación y el altercado con el enemigo. Con una guarnición muy reducida, el Virrey pregonó la cabeza de los cabecillas dejando la defensa en manos de la Iglesia, que puso a prueba las armas espirituales y la experiencia de la historia. La Inquisición anatematizó al abanderado y el arzobispo de México amonestó a sus partidarios. «Yerra efectivamente Hidalgo —les previno—, y su proyecto de reconquistar la América para los indios no solamente es anticatólico, sino quimérico, extravagante, ridículo y sumamente perjudicial al autor que lo propone, a la nación que intenta establecer, y a cuantas habitan sobre la tierra, pues apenas habrá el día de hoy nación alguna en el mundo que no se halle poseída por conquista, y por consiguiente que no debe alarmarse contra el soberano o república que la gobierne. Y aún prescindiendo (si posible es) de todo esto y concretando el proyecto único y precisamente a deshacerse de los europeos, ¿no se encendería una guerra civil entre los indios y españoles americanos sobre la posesión de las haciendas, minas y riquezas conquistadas a los naturales de España, y sobre los que poseen los americanos? ¿Y cuál sería la duración y el éxito de esta guerra? ¿Quiénes fatalmente serían los vencedores y los

vencidos? ¿No alegarían los indios que, según les dice ahora el cura Hidalgo, ellos son los dueños de la tierra, de la cual les despojaron los españoles por conquista, y por este medio la restituirá a los indios?». Y con los setenta mil pisando la Tierra de Promisión, el arzobispo recurrió al *Vade retro Satana*. «Hijos míos, no os dejéis seducir o engañar. El cura Hidalgo está procesado por hereje; no busca vuestra fortuna sino la suya, como ya os tenemos dicho en las exhortaciones del 24 de septiembre; no os la dará y os quitará la fe; os impondrá tributos y servicios personales, porque de otro modo no puede subsistir en la elevación a que aspira; y derramará vuestra sangre y la de vuestros hijos para conservarla y engrandecerla, como lo ha practicado Bonaparte. Ya estáis libres de tributos: gozad en paz de esta gracia; huid del que os enseña doctrinas que reprueba con las Santas Escrituras nuestra Santa Madre la Iglesia y que, puestas en práctica, revolverían y acabarían el mundo, siendo vosotros una de las víctimas. *¡Viva la Religión, que no vive con los que enseñan y obran contra la doctrina de la Santa Madre Iglesia! ¡Viva la Virgen de Guadalupe, que no vive con el que niega que sea Virgen ni con los que revuelven y amotinan los países de esta Señora! ¡Viva Fernando Séptimo, que no vive con la independencia de sus vasallos!*». Hidalgo y el arzobispo llegaban a la vista del otro mundo; y las protestas, las súplicas, las concesiones, los sobornos, y las persuasiones de un enemigo reducido a la razón eran la prueba más contundente de que el cura seguía el buen camino.

De Valladolid la congregación de los fieles llegó a Toluca y siguió incurriendo en el error triunfante; y en el último tramo del camino a la capital, en un desfiladero sinuoso del descenso del Valle de México, la vanguardia chocó con las tropas apresuradamente reunidas por el Virrey. Sumaban éstas no más de tres mil; pero tropas regulares, disciplinadas, atrincheradas en un terreno alto, con artillería dominando el tortuoso camino, donde los rebeldes perdieron la ventaja de la superioridad numérica y fueron barridos, hora tras hora, por un fuego mortífero. Allende desplegó toda su ciencia, arrojando contra la emboscada sus reservas inagotables de materia, o masa humana, mientras que, maniobrando con un solo cañón más arriba, dirigía ataques de flanco con las tropas aguerridas y agotaba el parque enemigo con la inmensa manada que sofocaba las bocas de fuego. La carnicería se prolongó desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Cayendo diezmados, dispersos, desesperados, pero gateando siempre para otro asalto, al fin y al cabo, por el puro peso del número y el sinnúmero de sus

sacrificios, los insurgentes lograron desalojar a los regulares, ponerles en fuga y dominar el camino. En eso se supo que refuerzos realistas venían avanzando a marchas forzadas de San Luis Potosí. Cogidos entre las tropas frescas y la capital invicta, la posición era crítica. Hidalgo convocó a un consejo de guerra. Los papeles se invirtieron: Allende optó por un ataque fulminante a la capital; Hidalgo, por una retirada táctica. Llevado el movimiento hasta donde podía llevarlo con el ímpetu de la improvisación, su inspiración se agotó y a la vista de la meta vaciló y retrocedió.

Desde ese día sobrevino el desastre. Su buena estrella lo abandonó: sus fieles siguieron su sombra y la retirada fue una serie de reveses irresistibles. Al pasar el Monte de las Cruces, donde se había librado la batalla que señaló la cima de su avance, esos millares de desanimados rompieron las filas para buscar y enterrar a sus muertos; y estaban todavía abatidos y desmoralizados cuando las tropas de San Luis Potosí los alcanzaron en Aculco. Ninguno de los dos bandos se atrevía a iniciar la acción; pero un caballo desbocado, arrastrando a un jinete decapitado, sembró el pánico entre los rebeldes, y éstos se dieron a la fuga casi sin combatir. Los caudillos se separaron. Con el grueso de la tropa Allende regresó a Guanajuato, donde, con ciencia y paciencia, logró reorganizar un ejército; pero al llegar el enemigo, la defensa se derrumbó. Allende se replegó hasta Guadalajara. Ahí Hidalgo había realizado el milagro de levantar un nuevo ejército de setenta mil hombres, y a las puertas de la ciudad se perdió otra batalla, por otro accidente. Los insurgentes, bien armados y en orden de batalla, esperaban el ataque del enemigo, cuando un depósito de municiones hizo explosión, incendiando el rastrojo y convirtiendo el campo en un mar de llamas que, por soplar un viento adverso del norte, avanzó contra los mexicanos; y los setenta mil se esfumaron aterrados y confusos.

En Guadalajara, Hidalgo hizo un esfuerzo supremo para recuperar el terreno perdido, promulgando un decreto contra la esclavitud, las castas y los tributos, y prometiendo la repartición de la tierra: reivindicaciones devoradas por la llama que le arrebató el campo de batalla. Tierra quemada; y ya era tarde. Perdida la batalla, Hidalgo perdió el mando y hasta su propia independencia. Destituido por Allende, el caudillo acompañaba la marcha más bien como cautivo que como comilitante. Derrotados, los cabecillas se retiraron hacia el norte, seguidos por unos cuantos fieles y reclutando siempre en el camino patriotas dispuestos «a una larga y tal vez eterna migración» en

pos de la libertad. Les quedaba una postrer esperanza: los Estados Unidos. Un agente, enviado de avanzada para solicitar auxilio en la vecina República, pereció; pero los prófugos siguieron eludiendo la persecución de las autoridades, alertas para prevenir cualquier contacto con la funesta constelación de las diez y siete estrellas del norte. Sus peores enemigos eran el calor y la sed que retardaron la marcha en los ardientes desiertos de Coahuila, y ahí sobrevino el desastre final que esta vez no fue fortuito. En las afueras de Monclova, al llegar a un abrevadero, cayeron en una emboscada, preparada por un traidor, el 21 de marzo de 1811. Los subalternos fueron condenados a trabajos forzados en los grandes latifundios de la comarca; los cabecillas, cargados de cadenas, llegaron hasta Chihuahua, donde pasaron cuatro meses antes de llegar al paredón. Matar a Hidalgo no fue empresa fácil. Sentado en una silla, con los ojos vendados, puso el dedo en el corazón, pero los soldados temblaban «como hombres azotados» y su puntería era malísima; con la primera descarga rompieron el viento y un brazo; con la segunda, los intestinos y un hombro; caída la venda, sus lágrimas turbaron al pelotón; se hizo fuego por tercera vez sin dar en el blanco; sólo al disparar a quemarropa les fue posible exhibir al público los restos despedazados del cura de Dolores. Llevada la cabeza a Guanajuato junto con las de sus tres capitanes, Allende, Aldama y Jiménez, los trofeos fueron colgados en los cuatro puntos cardinales de la Alhóndiga, donde quedaron pendientes, hasta que el tiempo les proporcionara cuerpos nuevos.

Seis meses había subsistido la sedición. Pero no había terminado. Entre los equinoccios de otoño y de primavera Hidalgo sembró la simiente de un movimiento destinado a la vez a morir y a perdurar. Dos cargos echaron los historiadores criollos sobre su tumba: que la empresa era prematura y que carecía de plan. Prematura lo era, sin duda, e Hidalgo fue el primero en reconocerlo; pero en las condiciones en que se inició no podía ser de otra manera, y fue prematura en más de tres meses. Al llevar la causa al pueblo, el cura dio al movimiento un carácter ordinario que lo perjudicó desde el principio, alarmando a las clases acomodadas y convirtiendo el sueño nebuloso de la liberación nacional en la pesadilla, presentida ya, de una lucha de clases. Las depredaciones de los sublevados no perdonaron ni al criollo ni al español, los ricos todos eran *gachupines*, y la resistencia que Hidalgo no supo vencer le obligó a tolerar represalias que no supo dominar. A la matanza de gachupines en la Alhóndiga sucedieron otras en

Aculco, Valladolid, Guanajuato y Guadalajara, atrocidades que provocaron las represalias implacables de los realistas y que alteraron profundamente la predisposición del país en pro de la independencia. La matanza y el pillaje pesan más en los tomos de los historiadores que en la historia, pero los excesos inevitables de una insurrección servil bastaban para determinar la lealtad de las clases privilegiadas: los criollos acudieron al gobierno o permanecieron neutrales, y a tal posición se adhirieron por diez años, hasta que la independencia se realizó sin ellos y a su pesar. En tal sentido, la sedición hubiera sido siempre prematura; pero en otro, más profundo, el movimiento sufrió también de precipitación. El único elemento apto y maduro para recibir la inspiración patriótica era el pueblo, y las masas eran incapaces de sostener la lucha armada contra tropas regulares; alcanzado el triunfo en el Monte de las Cruces, el cura sucumbió a la victoria costosa y precaria y se rindió a la razón al batirse en retirada. La empresa, sin embargo, no había nacido de la razón y no podía sobreviviría, y el abanderado sacrificó a la vez el poder imponderable, el arranque incalculado que la hizo factible. Al alejarse de Dolores, una mujer le gritó: —«¿Adónde se encamina usted, señor cura?». —«Voy a quitarles el yugo», replicó. —«Peor si hasta los bueyes pierde, señor cura». Y la mujer tenía razón. Malogrado el levantamiento, las masas recayeron en la sumisión secular y se desahuciaron en la postración y la desilusión.

El segundo cargo corre parejo con el primero. La marcha de los sucesos fue más precipitada que el plan. Del plan original poco se sabe: Hidalgo lo concretó en una sola palabra. *Independencia*, y sus prosélitos lo propagaron con un clamor guerrero y una cacería de *gachupines*; pero se sabe que la realización del proyecto debía confiarse a las clases cultas y a los dirigentes militares. Entre las consignas figuraban el lema de lealtad al trono, y entre las banderas de rebelión, el grito de combate de «Viva Fernando VII»: retazos de conciencia criolla arrebatados por el viento y pronto abandonados al soplo vertiginoso del movimiento; los principios se plasmaron con la fuerza motriz que los impulsaba. Las reformas sociales, las promesas de repartición de tierras, la abolición de privilegios, las reivindicaciones incipientes de la sublevación social, penetraron en la capital y repercutieron con tremenda resonancia en las excomuniones de la Inquisición y las exhortaciones del arzobispo; y de un movimiento que infundió tanto terror que no puede afirmarse que carecía de plan; pero los fines se esfumaron, consumados por el torbellino que el cura

suscitó y que no supo cabalgar.

Pionero indispensable, Hidalgo cumplió la función del explorador: viento en el desierto, llama abriendo el paso a la posteridad. Realizó la misión de todo precursor, promoviendo la revolución contra una oposición insuperable, por el sacrificio y el ejemplo fértil. Prematura, visionaria, invertebrada, la empresa era destinada a fracasar pero no a perecer. Aun en la derrota y la retirada, el apóstol dio siempre con un destello dondequiera que tropezaba, y con seis meses de provocación precipitó cambios que violentaron el pulso del pasado y del porvenir y quitaron a la conjugación los tiempos normales. Al regresar los rebeldes a Guanajuato, ya habían perdido la guerra, pero el pueblo abraza los cañones y las mismas mujeres los empujan con canciones a la manera de la Marsellesa. Al llegar a Guadalajara, las derrotas redoblan las filas rebeldes y setenta mil víctimas más sustituyen a los vencidos. Encada campo de batalla se pierde la acción y se salva la fe. En las afueras de Guadalajara los caudillos han perdido todo, menos el verbo, y huyendo hacia el norte hallaran enemigos dispuestos a cargar todavía con el peso del desastre. Sólo un traidor, ciego al futuro, les entregara al pasado; y la muerte es momentánea. La misma catástrofe promueve la causa; y las autoridades, convencidas ya de que solo Hidalgo puede sepultar la sublevación, sacan de su cadaver una retracción y la divulgan, a tambor batiente, como su testamento. Pero no logran deshacer su obra; el difunto no puede matarla ni legar una duda póstuma de la fe suscitada. La sublevación fue la primera oleada de un impulso prematuro, pero perenne; y entre el equinoccio de otoño y el de primavera la independencia ha penetrado en el suelo con la sangre vertida. Aplastada la insurrección, comienza la resurrección.

La segunda oleada no alcanza tampoco la meta; pero resulta más tenaz e incomparablemente más potente que la primera. En vez de seis meses, subsiste cuatro años y se abre paso por una conjura no sólo de hombres, sino de fuerzas con la difusión de la doctrina, con el robustecimiento del ánimo, con la formación de los adeptos, y sobre todo con la capacidad de un capitán a la altura del cometido. José María Morelos era también un cura de pueblo, del mismo temple militante, dueño de idéntica vision social, pero con dotes de inspiración militar y aptitudes para la organización del movimiento muy superiores a los de su antecesor. Discípulo de Hidalgo en Valladolid, se compenetró de las ideas libertarias del maestro, abrazó la causa en los primeros días aciagos, y recibió el encargo de reclutar patriotas en el Sur. Sufrió un descalabro en el asalto a Acapulco, pero lo aprovechó,

abandonando la táctica de ciego arrojo y sustituyéndola con paciencia y preparación. Reducido a sus propios recursos por la derrota de los insurgentes en el Norte, se atrincheró en su territorio y se dedicó a formar una milicia capaz de redimir la causa comprometida. Contando apenas con una veintena de voluntarios al principio, reunió rápidamente más de tres mil con los cuales, en 1812, sostuvo durante dos meses el sitio de las tropas realistas en Cuautla. Los sitiados fueron reducidos por el hambre, pero los sitiadores les rindieron los honores de la guerra, ofreciéndoles amnistía y víveres: concesión que Morelos rechazó, rompiendo el sitio y saliendo de la plaza con la bandera desplegada y la guarnición intacta. Poco después pasó a la ofensiva y en una serie de acciones tan venturosas que obligaron al Virrey a reconocerlo como «el genio de mayor poder entre los insurgentes, con enormes reservas e indudable astucia», Morelos mantuvo a raya al adversario y le hostilizó en su propio centro, amenazando y a veces cortando las rutas comerciales a la capital. Irrumpiendo de costa a costa, alternando periodos de entrenamiento intensivo con golpes repentinos, y agregando siempre nuevos trofeos al rosario patriótico —Acapulco, Tehuacán, Orizaba, Huajuapan, Oaxaca —, el caudillo dominó todo el Sur durante dos años, con una fuerza cuya movilidad compensaba los pocos contingentes que tenía para controlar un territorio tan vasto.

De brillantes episodios, sin plan estratégico, se ha calificado a los triunfos esporádicos del Caudillo del Sur; pero obedecían a un plan previsor, trazado con perspicacia y perseguido con paciencia tenaz y voluntad incansable. Morelos logró corregir las faltas de Hidalgo y dar al movimiento, después del primer paso en falso, la preparación que le faltaba. En vez de una sublevación de masas, espontánea, ciega, caótica, y condenada por lo tanto al fracaso, el discípulo creó, sin la ayuda y sin el freno de los militares de carrera, la insurrección organizada. Al iniciar la lucha, se valió de la colaboración de los rancheros de la región, gente de probada fidelidad y costumbres belicosas, criados en los clanes de los grandes latifundios, y con estos núcleos aguerridos formó el cuadro de un cuerpo compacto y flexible, bien adaptado a las condiciones de la lucha y del país. Menos que un ejército, más que una banda guerrillera, y convertible a voluntad en uno u otra según las sorpresas de la guerra, esta milicia tenaz y elástica sirvió a Morelos para cobrar bríos, reparar los fracasos de los patriotas prematuros, recuperar la iniciativa perdida en otro territorio, adquirir experiencia y crédito, y volver al Norte a conquistar los centros sacrificados

por su predecesor. Alentado por las pruebas preliminares, se lanzó al ataque y puso sitio a Valladolid en diciembre de 1813; pero, sorprendido por las tropas del Virrey, sufrió una derrota desastrosa, y al cabo de dos años de intentos desesperados por recuperarse, cayó preso y se fue al paredón en diciembre de 1815.

Morelos cumplió también su misión. Su función era la redención por la disciplina del crudo impulso inicial; pero se mostró más que un maestro militar. En el campo ideológico era también un emancipador al ampliar el alcance del movimiento y superar, aunque también en agraz, las miras de su preceptor. Reconociendo en los conflictos entre los intereses de clase y la solidaridad patriótica el obstáculo fundamental al avance de la causa, Morelos explota las fuerzas sociales no sólo como expedientes dictados por la estrategia militar, sino consciente y sistemáticamente como palancas de la revolución popular. «Deben considerarse enemigos y adictos al partido de la tiranía —dice en las instrucciones expedidas a sus subalternos— a todos los ricos, nobles y empleados de primer orden, criollos o gachupines, porque todos éstos tienen autorizados sus vicios y pasiones en el sistema y legislación europeos, cuyo plan se reduce en substancia a castigar severamente la pobreza y la tontería, que es decir la falta de talentos o dinero, únicos delitos que conocen los magistrados y jueces de esos corrompidos tribunales». Los oficiales llevaban órdenes de confiscar los bienes de la burocracia, destinando la mitad a las arcas de la guerra y el excedente al alivio de los pobres; de sacar el mismo provecho de la riqueza eclesiástica, y de expropiar los grandes latifundios, siempre que las extensiones de tierra laborable excedieran dos leguas y estuvieran sin cultivo, repartiéndolas en pequeñas parcelas en beneficio de los peones carentes de tierra. Además de implantar la reforma agraria, se valió de otras providencias revolucionarias para impulsar el movimiento, transformando siempre los expedientes militares en estrategia social; y en las provincias agrícolas del Sur tal vez la tierra lo hubiera sostenido, de no haber sido tan fugaces sus triunfos que no bastaron para acreditar su política. Las masas, hipnotizadas por Hidalgo y magnetizadas por Morelos, permanecieron pasivas, desilusionadas por el maestro y desconfiadas del discípulo, que sólo logró paralizar a las clases adineradas, ya desafectas por el pillaje casual y anticientífico que caracterizó la marcha de Hidalgo. Con mayor razón el movimiento social quedó aislado, pero Morelos amelgó el campo de batalla y dejó a su paso un gran surco en la conciencia popular.

Compenetrado de la vulnerabilidad de su causa, y reacio a reconocerse indispensable para el triunfo, el Caudillo del Sur dio un paso para asegurar el porvenir del movimiento, luego que tuvo dominado su territorio; en 1813 reunió un Congreso en Chilpancingo para redactar una Constitución y crear un embrión de vida nacional capaz de sobrevivir al abanderado. Con esta Constitución prenatal Morelos dio toda su medida manifestando un concepto democrático de la Independencia que revelaba los progresos realizados por la conciencia nacional, desde el día en que Hidalgo le comunicó el primer impulso, y el adelanto ya alcanzado sobre los ideales nebulosos del precursor. Las demandas de Morelos principian con la elegibilidad exclusiva de los americanos para los puestos públicos y la prohibición de la inmigración, salvo en los casos de artesanos útiles a la sociedad; pero miran más allá de las meras restricciones y atacan directamente a los elementos ajenos incorporados a la nación y a las instituciones incompatibles con la existencia de un pueblo libre. Como condición indispensable de la independencia, Morelos asienta la abolición de la esclavitud en todas sus formas, no sólo de servidumbre bestial e inferioridad y de castas, sino de privilegios de clase e inmunidades legales, incluso los fueros militares y eclesiásticos; así como la extinción de la Inquisición, la separación del Estado y la Iglesia, y por último, la moderación de la pobreza y la opulencia mediante disposiciones adecuadas para asegurar al pobre los medios de subsistencia y un jornal suficiente para salvarlo de los vicios de su condición —«ignorancia, rapiña y hurto»— que le condenan a la justicia de clases. Tan superior a Hidalgo en visión social como en genio militar, Morelos se adelantó aún más a su época; y discurriendo siempre del presente en términos del futuro, llega a la posteridad, porque en el porvenir tenía puesta su fe. Tanto le importaba la conservación de su doctrina que le costó la vida: precisamente por proteger al Congreso perseguido y pastorear su fuga cayó proscrito y acosado, en manos del enemigo.

Procesado por la Inquisición, el tribunal tan ligeramente condenado por el reo a la extinción, aprovechó la ocasión para demostrar la vitalidad que conservaba todavía como custodio de la sociedad colonial. Por más de dos siglos el Santo Oficio se había nutrido con una parca dieta de conversos reincidentes, de esclavos blasfemos y de judíos apóstatas, sin dar con un caso digno de sus funciones, hasta que Hidalgo y su discípulo cayeron en sus manos y le proporcionaron un patíbulo legítimo. Los cargos formulados contra el primero y el segundo

insurgentes dan la medida de la distancia entre los dos y de los progresos alcanzados por el movimiento en 1815. A Hidalgo se le condenó, menos como perturbador civil que como cismático religioso; sentenciado por las opiniones heréticas que profesaba, o que se le atribuían, sobre varias cuestiones canónicas —la confesión auricular, la virtud eucarística, la Concepción Inmaculada, la realidad del infierno, y algunas minucias más—, por todos los motivos ostensibles, en suma, menos el verdadero que motivaba su proceso, el tribunal recurrió al disimulo antes de entregarlo, desaforado, al brazo seglar. Tan reconcentrada fue la conspiración de silencio, tan esforzada la determinación de sofocar sus ideas, que no sólo se saco una retractación de su mortaja, sino que se echó tierra a la misma retractación; y la policía eclesiástica organizó, como providencia póstuma, una campaña de espionaje, en un intento sistemático de borrar todo vestigio de su memoria, y con tal éxito que ni siquiera un retrato auténtico del hereje llegó a la posteridad.

El primer cargo formulado contra Morelos fue, precisamente, el de haber violado el bando contra «todas las personas que aprueban la sedición de Hidalgo o reciben su proclama, guarden su retrato, mantengan su trato y correspondencia, le presten cualquier género de favor, amparen sus ideas revolucionarias o de cualquier modo las promuevan o propaguen»; y de haber aprovechado el papel del bando para la fabricación de sus cartuchos. Ya se hablaba claro, y al enfrentarse con el segundo insurgente los inquisidores cortaron por lo sano y lo condenaron sin ambages por el atentado político. El tribunal atacó su Constitución y denunció explícitamente las doctrinas disolventes de la autonomía popular: «Tales son decir que la Ley es la expresión de la voluntad; que la sociedad de los hombres es de mera voluntad y no de necesidad; y de aquí proviene el considerar al hombre independiente de Dios, de su eterna justicia, igualmente que de la Naturaleza, de la Razón y de la Honestidad. Como en el sistema de este libertino no es necesario y natural la sociedad de los hombres, decidió en su abominable constitución que los nacionales no tienen otras obligaciones que aquellas a que se comprometen por el pacto social o por la expresión de la voluntad general, que es el resultado de la representación nacional, como dijeron los impíos ya citados y se expresa terminantemente por este infame en el artículo 18 de su perversa y ridícula constitución». De Morelos también se procuró sacar una retractación —y eso antes que muriera — pero con tan escaso provecho que el tribunal se vio obligado a

exhibir como tal la confesión que hizo, durante el interrogatorio, de que su Constitución era intempestiva e impracticable. Morelos no pudo retractarse, no sólo por lo recio de su carácter y de sus convicciones, sino por la imposibilidad de desconocer la fuerza crecida del movimiento en 1815. Se imponía ya el peso del tiempo, y la prueba más contundente era la reacción del mismo tribunal: su franqueza en enfrentarse a la verdad; su condescendencia para discutir, no menos que su furia para condenar; la reconvención de pánico y recriminación; todo denunciaba una inseguridad profunda que transformaba cada artículo de la acusación en otro de defensa propia; y en hecho de verdad, sus días estaban contados; bien lo sabían los inquisidores y obraron con conocimiento de causa. Los procesos instituidos contra Hidalgo y Morelos eran no sólo los primeros, sino los últimos que justificaron la existencia del Santo Oficio en la Colonia; en 1815 ya estaba condenada por otra Constitución, no menos profana e implacable, que Morelos adoptó como modelo de la suya, y que fue formulada en la misma Madre Patria. En el horizonte surgía un aliado; y sólo con prolongar la lucha durante cuatro años, Morelos adelantó el movimiento inconmensurablemente.

Morelos llegó al paredón, como lo merecía, en las mismas afueras de la capital: sus doctrinas habían penetrado hasta el corazón de la ciudadela.

La segunda oleada no alcanzó tampoco la meta, pero la tenía ya casi al alcance de la vista. La tercera oleada sí llegó. Se prolongó por seis años más, pero llegó más débil y cruzó la marca enturbiada, adulterada, diluida y privada del ímpetu original.

En el informe que rindieron al Virrey, que quería acallar la causa de Morelos, los inquisidores defendieron la publicidad dada a sus doctrinas «por el buen efecto que ha producido entre los innumerables prosélitos que tenía, pues de ellos, muchos han dejado de compadecerse de él y otros se han convencido de la mala causa de los rebeldes, viéndola cimentada en tan malos principios y sostenida por tan inicuos jefes». Pero es de notoriedad pública que la raza inquisitorial, acostumbrada por su oficio a una conformidad de opinión que acaba por debilitar sus percepciones, está condenada siempre a conocer causas sin reconocer sus efectos. Muerto Morelos, la mala causa, quebrantada, derrotada, dispersa, pero tenaz, siguió agitando al país. Inextinguible, el movimiento disminuyó, sin embargo, en intensidad y en alcance, localizado, aislado, y reducido a los fulgores fugaces de luchas guerrilleras encabezadas por los lugartenientes de Morelos que sobrevivieron al caudillo. Entre

éstos el más relevante era Vicente Guerrero. Sin el genio del maestro, pero dotado de igual tenacidad, el tercer campeón de la independencia siguió guerreando en el Sur, cultivando el terreno quemado y feraz, abonado por el difunto, con un pequeño grupo de patriotas impenitentes, derrotados una y otra vez, pero rehaciéndose siempre, cuyas campañas despertaron al pueblo por el único medio capaz de convencer a los inertes y a los desanimados, con el ejemplo lento e implacable y el sacrificio aparentemente inútil. A fuerza de luchas heroicas, Guerrero supo mantener al movimiento en pie, pero no pudo hacer más; logró inquietar al gobierno, pero nunca fue lo bastante fuerte para ponerlo en peligro grave; y no cabe duda de que nunca se hubiera realizado la independencia por los esfuerzos de Guerrero y de sus comilitantes, sin el auxilio de otros factores. Pero, al cabo de seis años, vino el socorro, y vino de una fuente imprevista —del mismo enemigo y por conducto de la Madre Patria.

En 1812, el último reducto de la Península invadida por los franceses fue defendido, y el último jirón de soberanía nacional, reclamado por las Cortes, con sede en Cádiz, donde los patriotas acosados redactaron una Constitución liberal, nacida de la audacia, del apremio y de la emancipación del desastre. Expulsados los invasores y repatriados los borbones, la Constitución fue impuesta al Rey, quien la aprobó provisionalmente y la repudió tan pronto como se vio afianzado otra vez en el trono. Recobrada la independencia real, el absolutismo volvió a imperar sin freno en España por algunos años más; pero la invasión napoleónica, despertando las fuerzas populares con la defensa de la patria, dejó a cambio de una conquista fugaz otra más duradera; y en 1820, una rebelión militar obligó al Rey a restablecer la Constitución. Estos sucesos provocaron una serie de reflejos automáticos en la Colonia. En 1812 la Constitución de Cádiz, emanada de un parlamento proscrito que carecía de autoridad para promulgarla y de fuerza efectiva para ponerla en vigor, dejó intacta a la Colonia; pero, aprobada por el Rey, abrió el paso para la representación nacional en las Cortes de España, facilitando y fomentando las aspiraciones autónomas de la Nueva España; y cuando Morelos fue inspirado por ella para redactar la Constitución de Chilpancingo, cundió la alarma entre las autoridades coloniales, se intensificó la persecución del plagiario, y sólo con la represión de la original y la ejecución del caudillo pasó la zozobra. Hasta aquí los fenómenos fueron miméticos; pero en 1820, cuando la Constitución de Cádiz resucitó en España y se

extendió al virreinato, surgió una reacción violenta en la Colonia. La fuerza incontenible del liberalismo en la Península inquietó a los absolutistas americanos, y los interesados tomaron providencias para prevenir la difusión de sus estragos en el Nuevo Mundo.

Los interesados abarcaron a todos los privilegiados de la Colonia —a los latifundistas, a los magnates del comercio, a los militares, a la magistratura, a los criollos acomodados, a los burócratas— y todos estos sectores sociales hallaron su foco en la institución más comprensiva y más poderosa de los encumbrados: la Iglesia. La Constitución de Cádiz proclamaba muchos de los principios liberales odiosos a la Iglesia —libertad de opinión y de prensa, representación popular, la soberanía nacional constituida por las Cortes— y creaba, además, facultades políticas y reformas sociales incompatibles con los fueros, los intereses y los atributos soberanos del poder temporal.

En España se había reconocido desde tiempo atrás la necesidad de una reforma eclesiástica, y en las postrimerías del siglo se realizó un intento notable iniciado por un ministro de la Corona. El intento fracasó; pero el nombre de Manuel Godoy pasó a la historia por el solo hecho de haber abordado el problema en el país más levítico de Europa, donde las rentas de la Iglesia competían con las del Estado y la miseria del pueblo clamaba por una reforma fundamental de las dos. «Yo juzgué que era dable, si no sanarla enteramente, apartar de ella la gangrena —dijo Godoy en defensa de su fracaso—. Esta sagrada industria la hacía más necesaria la inmensa concurrencia, no se trataba de unos pocos; la orden sola de San Francisco en sus varias familias y colores, aún ya disminuida de lo que fue otras veces, contaba todavía en España (no hablo de aquí, de ultramar) setecientas sesenta casas y veinticinco mil viviendas de limosna, *victitantes precario*, sin ninguna otra industria que la religiosa, sin más bienes que el bolsillo de los pueblos. Y he aquí luego los otros religiosos mendicantes, calzados y descalzos, que aunque tuvieron bienes los más de ellos, se hacían un suplemento de las limosnas de los fieles, los primeros para salvar la mendiguez, que era esencial a su instituto, los segundos para aumentar sus conveniencias y hacer más numerosas sus familias. Cosa difícil era, muy difícil, reformarlas; pero no imposible». No imposible, se entiende, siempre que contara con colonias para descongestionar la Metrópoli; pero esta solución había dado resultados poco provechosos y menos edificantes. «Véanse las estadísticas de las regiones de América y habrá de

qué asombrarse, mirando aquel olvido y desamparo en que de parte nuestra se encontraba la propagación del Evangelio, con dos o tres millones de paganos a nuestras puertas; mientras entre nosotros estaban apiñados, y sobraban, y dañaban, tanto número de apóstoles y de profetas sedentarios». Además, el recurso de vaciar la población parásita de la Península en las colonias resultaba un remedio peor que la enfermedad, ya que las colonias adolecían del mismo mal, y en grado aún más agudo. En América, la plétora de iglesias, la competencia de conventos, el cultivo de zánganos, la manipulación de la piedad y el ordeñar de la fe, multiplicados por la extensión del territorio, la ignorancia de los naturales y las oportunidades del mercado eclesiástico, sobrepasaban las mismas condiciones vigentes en España. La calidad de la inmigración correspondía a la función de la Colonia y a la creación providencial del Nuevo Mundo. Lucrar con el derecho divino no era monopolio de la Corona: en el decurso de los siglos los eclesiásticos habían edificado, por su parte, una sociedad teocrática y explotadora, con un recaudador en cada pueblo recogiendo las primicias para la Iglesia, con un confesor en cada casa controlando las conciencias, y con la mitad de la riqueza del país en manos del clero. Una sociedad así constituida podría revolucionarse, quizás, pero no era posible reformarla: «Las leyes no son nada cuando tocan los abusos solamente en las ramas y no en la raíz. Las leyes carecen de poder contra aquellos numerosos cuerpos que gobiernan la conciencia y manipulan la opinión a su placer». Manuel Godoy fracasó. No obstante, tan apremiante era el problema clerical en España que las Cortes realizaron otro intento para resolverlo en 1812. La Constitución de Cádiz reglamentaba la posición de la Iglesia y sus relaciones con el Estado con una serie de providencias que principiaban con la supresión de las órdenes mendicantes, la reducción de los conventos en proporción a la población, y la creación de facilidades para la secularización de monjes y frailes, a expensas del gobierno, y que llegaban hasta la abolición de los fueros eclesiásticos en causas civiles y la extinción de la Inquisición: reformas que cercenaron las ramas sin atacar al tronco, pero que talaron siempre más cerca de la raíz. Si bien no implicaban la separación de la Iglesia y del Estado, rayaron en la conclusión radical; y la Constitución de Morelos y de su Congreso proscrito propuso el paso siguiente.

Por lo tanto, cuando la Constitución de Cádiz recobró vigor en 1820 y se reunieron los interesados para prevenir sus consecuencias en la Colonia, la confabulación tuvo lugar en la

sacristía de un oratorio elegante y bajo la dirección de un ex inquisidor. Jurisconsulto eminente, el doctor Monteagudo era uno de los inquisidores que sentenciaron a Morelos en 1815, y uno de los secuestradores del Virrey que inició la autonomía de la Colonia en 1808; sus antecedentes, pues, ponían fuera de duda su lealtad a la Corona, y le permitieron concebir una solución que a cualquier otro le hubiera costado la cabeza; y nunca fueron las lucubraciones de su cerebro más originales que en aquel trance. Propuso, primero, al Virrey la invalidación de la Constitución, o por lo menos de los artículos inadmisibles, conforme al precedente establecido por el soberano en 1813, y con el mismo fundamento, estando el Rey cautivo de los liberales y privado, por tanto, de su propia autonomía; pero el Virrey, aunque muy lejos de simpatizar con los liberales, era un funcionario responsable y no sólo publicó la Constitución, sino que puso en vigor los artículos anticlericales, incluso la extinción de la Inquisición. Privado de su vocación, el doctor Monteagudo prescindió del Virrey y acudió a su congregación. Había llegado la hora de los grandes remedios; más de una vez en el pasado la Iglesia se había impuesto a los virreyes contumaces; y visto que el mal era incontenible, el doctor Monteagudo falló que el único modo de salvar la Colonia de la contaminación liberal era el de acudir a los remedios heroicos y cortar el nexo con la Metrópoli —es decir, proclamar la Independencia. Propuesta por una autoridad que había derrotado a un virrey y condenado a un insurgente para prevenir esa misma consumación, la solución fue aprobada por los congregantes; los escrúpulos tradicionales se disiparon al conocer una carta del Rey, lamentándose de los liberales e insinuando la posibilidad de verse obligado a emigrar a la Colonia en busca de su independencia; y teniendo al mismo soberano como cómplice presunto, las consultas se transformaron rápidamente en una conspiración.

Para urdir la separación sólo faltaba un instrumento. Entre los asiduos del oratorio había un joven oficial de buena familia criolla, Agustín de Iturbide, que tenía en su favor dos recomendaciones. Simpatizador, de la Independencia en los primeros días de la rebelión, se había vuelto contra ella y derrotado a Morelos en el sitio de Valladolid en 1813; también se había distinguido por fraude a los asentistas del ejército, y gracias a ambas distinciones pescó su misión histórica. Citado por los demandantes para comparecer en su defensa, se valió de sus relaciones sociales, frecuentó el oratorio y cultivó al doctor Monteagudo. El director espiritual de la congregación anuló la

demanda, le inició en la cábala, y le consiguió el mando de un ejército levantado por el Virrey para acabar con la rebelión interminable de Guerrero en el Sur. Sin embargo, Iturbide no estaba a la altura del cometido; la victoria le eludía en el campo de batalla, y tuvo que acudir a la diplomacia para alcanzar el resultado apetecido. El vencedor de Morelos propuso a Guerrero la unión de sus armas en la causa común de independizar a la Colonia, y aunque la proposición fue rechazada al principio, los intermediarios insistieron y Guerrero, cándido pero desconfiado, rendido por seis años de lucha infructuosa, accedió, al fin, a una transacción. Se verificó el connubio de dos debilidades, y la simbiosis se llamó el Plan de Iguala.

Conforme a los términos del pacto, Guerrero e Iturbide se dieron la mano para proclamar la Independencia a base de tres garantías: la unión de los europeos y los americanos; el reconocimiento exclusivo de la religión católica; y la creación de una monarquía moderada, con la denominación de Imperio Mexicano y la obligación de ofrecer el trono a Fernando VII o a uno de los príncipes de su casa. Los dos bandos se abrazaron en Iguala; y el 27 de septiembre de 1821, bajo la bandera de las Tres Garantías, el ejército triunfante hizo su entrada en la capital. El Virrey se retiró, derrocado por sus tropas y relevado de toda responsabilidad por la llegada de su sucesor, que desembarcó oportunamente para presenciar el hecho consumado, ratificarlo por medio de un tratado, y regresar a España con las tropas leales.

Así terminó una década de lucha. Once años después de iniciarse el movimiento, Iturbide realizó la Independencia por una intriga. Nacía una nueva nación, pero en condiciones tales que suscitaban la duda de si era un alumbramiento o un aborto. Consumada la Independencia por los enemigos del movimiento, las miras de los insurgentes populares quedaban frustradas por las Tres Garantías: pactadas por la primera la unión, en vez de la separación, de europeos y americanos; por la tercera, la reversión de la Colonia a la Corona; y entre las dos, enlazándolas e interpretándolas, el predominio de la Iglesia. Se había realizado, pues, la Independencia —pero ¿de qué? La respuesta la dio la historia de México. Cuando los herederos de Hidalgo y Morelos se dieron cuenta de que lo sucedido el 27 de septiembre de 1821 era, no la consumación, sino la contradicción de lo acontecido el 16 de septiembre de 1810, se inició una nueva fase de la lucha por la liberación. La lucha por la independencia política terminó, la pugna por la

emancipación social comenzó, con el triunfo del Plan de Iguala, y toda la vida futura de la nación acusó la adulteración de su cuna. Dos condiciones congénitas dictaron el desarrollo del país. La nación se vio condenada por las falsas premisas de la Independencia a un desenvolvimiento revolucionario, y a seguir los movimientos del mundo contemporáneo con un atraso sumamente perjudicial a sus progresos posteriores. La revelación de la superchería vino tarde y el nuevo movimiento no se formó inmediatamente. Los patriotas que pactaron con Iturbide, incapaces de corregir el error, dejaron la responsabilidad de salvarlo a una nueva generación. A esta generación de insurgentes sociales pertenecía Juárez. Un mes después de entrar el ejército trigarante en la capital, el mozo del Padre Salanueva ingresó en el Seminario a cursar gramática latina.

5

Los turbios albores de la vida nacional se aclararon con los primeros intentos de reconstituir la Colonia en nación independiente. Los elementos antagónicos, unidos para proclamar el Plan de Iguala, se disgregaron rápidamente con su aplicación. El Imperio Mexicano fue proclamado por una Regencia, pero el trono quedó vacante, habiendo rechazado la Corona y las Cortes de España los tratados de independencia, hasta que la soberanía nacional pasó, al cabo de casi un año, a Iturbide, quien substituyó a los borbones proclamándose Emperador con el apoyo del ejército y de la plebe, que lo idolizaron. El Emperador advenedizo no tardó, empero, en perder popularidad al expoliar la plutocracia colonial, vejar a sus adversarios y disolver el Congreso. En 1823 fue derrocado por un cuartelazo y desterrado, y al volver al país en 1824, aprehendido y fusilado. El efímero reinado de Iturbide borró la Tercera Garantía. La monarquía correspondía a las miras de las clases privilegiadas que, al maquinar la independencia, querían una mera modificación del régimen colonial en defensa de los intereses creados; el ejército y el pueblo, igualando a Iturbide con la Independencia, aclamaron su coronación como un desafío a Fernando VII; y tan lejos estaban aún de independizarse ideológicamente de la Madre Patria, que los primeros pasos políticos fueron una mera función mimética. Pero, caído Iturbide, la reacción republicana se abrió paso y al ensayo de una monarquía mexicana siguió una tentativa de autogobierno. En 1824 se proclamó la República, resultando electos Presidente y Vicepresidente, respectivamente, dos viejos insurgentes, Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo. Un Congreso republicano redactó una Constitución calcada del mejor modelo accesible, la de los Estados Unidos; pero al igual que la declaración de independencia, la Carta constitutiva también resultó una componenda entre socios incompatibles. Plasmada en el prototipo norteamericano en cuanto a la forma de gobierno, la Constitución de 1824 reconocía la soberanía popular, con algunos corolarios de tal principio, pero sin ninguno de los preceptos radicales de la Constitución prenatal de Morelos, salvo la prohibición de la esclavitud, y reafirmaba explícitamente la intolerancia religiosa y el predominio de la Iglesia garantizado por el Plan de Iguala.

Los republicanos que llegaron al poder en 1824 eliminaron, poco a poco, a los españoles, borrando la Primera Garantía; pero la Segunda permaneció inviolable. Plegada la bandera de

España, la sociedad colonial sobre la cual había ondeado durante tres siglos quedó intacta; y en el tricolor libertador de la nueva nación, entre el verde de Hidalgo y el rojo de Morelos, era todavía la bandera blanca de tregua la que formaba el pendón nacional. A los pocos años de la falsa independencia de 1821, como se dio en llamarla en las autopsias políticas, los gobernantes de la República se vieron obligados a conocer el malparto en sus relaciones con la partera. La Iglesia había revelado su enseña durante el decenio militante: aunque el movimiento tuvo como abanderados a dos eclesiásticos y muchos curas siguieron su ejemplo, la jerarquía lo combatió a todo trance, hasta el día en que se valió del pendón para su propia protección y olvidó, condicionalmente, la causa nacional. Caída la monarquía, la Iglesia se resignó a la República y sacó provecho de un cambio que le brindaba varias ventajas: entre ellas la reivindicación del Patronato, prerrogativa reservada hasta entonces a la Corona, de otorgar los beneficios eclesiásticos y controlar la administración del clero; y con motivo de este derecho surgió la primera disputa entre los poderes eclesiásticos y seglares. Siendo un atributo de soberanía heredado de la Corona, el Gobierno republicano reclamó la misma prerrogativa, pero la oposición fue tan fuerte que tuvo que abandonar la pretensión. Pequeña en apariencia, la cuestión implicaba en realidad la muy grande de la preponderancia de la Iglesia o del Estado, y por lo tanto, la disputa fue una prueba de fuerza. Nada más legítimo que el derecho de autogobierno reclamado por la Iglesia; pero la Corona había ejercido el Patronato, con autorización del Papa, porque la Iglesia era el medio más efectivo de gobernar la Colonia. Por el mismo motivo, el Gobierno republicano reclamaba la prerrogativa real y con mayor razón, ya que una Constitución basada en la soberanía popular tenía que contar con el condominio de un poder independiente, autocrático y antidemocrático por su misma constitución. Éste fue el fondo del problema, y durante los debates en el Congreso la fricción incipiente entre la Iglesia y el Estado provocó una polémica apasionada en el público y la prensa, agravada por la publicación de una Encíclica Papal en la cual el Sumo Pontífice, reprobando la Independencia, exhortaba a los ex súbditos del Rey a que volvieran al vasallaje. En tales condiciones, aunque el Patronato era en sí un derecho menor y discutible, el espíritu suscitado por el contrasentido prefiguraba un conflicto por venir, que no era ni despreciable ni negociable; y la controversia aclaró el medio ambiente. Ya quedó manifiesto que, de todas las cargas bajo las cuales se empeñaba en vivir la naciente República, la más grande, por ser la más orgánica, era

la supervivencia de un cuerpo prepotente, empotrado en su misma constitución, desafiando su control y frustrando sus funciones a voluntad. Vencer el obstáculo era una tarea demasiado formidable para el gobierno del día, pero el problema suscitó la iniciativa ardiente de un pequeño grupo de liberales que se dedicaron a la empresa, dentro y fuera del Congreso. Pocos, pero previsores, se daban cuenta de que la lucha sería larga y desigual y que les haría falta tiempo, paciencia, preparación y la formación de la opinión pública; y a la escaramuza provocada por el Patronato siguió un ataque de flanqueo y la iniciación de una estrategia política de largo alcance. Los liberales enderezaron sus esfuerzos a circunvenir el monopolio eclesiástico de la educación y a emancipar a la juventud, mediante la creación de escuelas laicas: minaron la Segunda Garantía, y acá y allá con éxito.

Así fue cómo, tras de trazar un arco tan vasto, el arco iris de la Independencia llegó por fin a Juárez. Lejos del horizonte cerrado de Oaxaca, el verde, rojo y blanco de la enseña nacional abarcaba un mundo más allá de sus alcances, luminoso con el resplandor crepuscular del sol y de la tormenta, inaccesible hasta el día en que la larga concatenación de acontecimientos y la fecunda confusión de fuerzas mundiales, y la acción dilatada de ideas y la comunicación remota de sus agentes, sumándose todos para originar una nación nueva —la sublevación de las colonias británicas, y la Revolución francesa, y las guerras napoleónicas y la ocupación de la Península Ibérica, y la desvinculación colonial, y un decenio de batallar para romper los lazos, y las maniobras de la Iglesia, y la conclusión tardía pero predeterminada—, crearon, por ende, una escuela más. Ése fue el milagro.

En 1827, la Legislatura de Oaxaca, dominada por los liberales, fundó un colegio civil que proporcionó al joven la oportunidad que inconscientemente esperaba y que sólo la transformación de su patria podía depararle. Luego que se abrieron las puertas del Instituto de Ciencias y Artes, principiaron las deserciones del Seminario, y aunque Juárez no les siguió inmediatamente, dio el primer paso al concurrir a la ceremonia inaugural. Sea por este ejemplo, sea por curiosidad, sea por el fastidio que me causaba el estudio de la teología, por lo incomprensible de sus principios; o sea por mi natural deseo de seguir otra carrera distinta de la eclesiástica —nos dice, lo cierto es que yo no cursaba a gusto la cátedra de teología. La variedad de sus móviles sólo revelaba su inquietud. Por deferencia a su patrón, terminó los estudios teológicos, y no fue hasta un año y medio

más tarde cuando, alucinado por el arco iris, se inscribió en el Instituto. El Padre Salanueva cedió, como siempre, y con esta concesión, la penúltima, su misión tocó a su término. Cumplido el contrato, el joven dedicó su lealtad al Estado: cualesquiera que fuesen las obligaciones que tenía para con su tutor en el pasado, se ligaba para el porvenir a la nación de la cual era, de aquí en adelante, el pupilo.

Ambición, curiosidad, fastidio —fuera cual fuera el motivo que le atraía al Instituto— le faltaba todavía la convicción consciente: ésa iba a formarse como consecuencia de los otros. Pero la fuga del Seminario significaba, por sí sola, un paso político, aunque la creación de una escuela laica no levantó, al principio, el revuelo que se esperaba en Oaxaca. La somnolienta capital provinciana iba acostumbrándose poco a poco a los progresos de los siglos. Hacía treinta años que se había empedrado la vía pública y la plaza, frente a la Catedral, convertida en cenagal en cada aguacero, quedó consolidada; un poco más tarde, vino el alumbrado público en las noches sin luna; en 1824 se creó una escuela normal; y nadie se vio mejor o peor por estas innovaciones: las mejoras materiales se asimilaron, las intelectuales se aguantaron. Al igual que todas las capitales de provincia, Oaxaca conservaba su carácter plácido y pausado: pausado en el pulso de la existencia, pausado en la percepción pública, pausado en calar las consecuencias de la última novedad; y sólo cuando la innovación comenzó a formar la mentalidad de una nueva generación, se dieron cuenta los padres de familia de que el Instituto era el Seminario del porvenir. Entonces llovieron las protestas, las denuncias, las censuras, y se puso a prueba la constancia de los alumnos, y Juárez descubrió sus convicciones. «El director y los catedráticos que este nuevo establecimiento eran todos del partido liberal y tomaban parte, como era natural, en todas las cuestiones políticas que se suscitaban en el Estado. Por esto, y por lo que es más cierto, porque el clero conoció que aquel nuevo plantel de educación, donde no se ponía trabas a la inteligencia para descubrir la verdad, sería en lo sucesivo, como lo ha sido en efecto, la ruina de su poder basado sobre el error y las preocupaciones, le declaró una guerra sistemática y cruel, valiéndose de la influencia muy poderosa que entonces ejercía sobre la autoridad civil, sobre las familias y sobre toda la sociedad. Llamaban al instituto *casa de prostitución*, y a los catedráticos y discípulos *herejes y libertinos*. Los padres de familia rehusaban enviar a sus hijos a aquel establecimiento, y los pocos alumnos que concurríamos a las cátedras éramos mal vistos y

excomulgados por la inmensa mayoría ignorante y fanática de aquella desgraciada sociedad. Muchos de mis compañeros desertaron, espantados del poderoso enemigo que nos perseguía. Unos cuantos, no más, quedamos sosteniendo aquella casa con nuestra diaria concurrencia a las cátedras».

Hombre o muchacho, Juárez no fue apóstata. Para un pobre, nacido fuera del recinto social, sin posición que conservar más que la de un criado consentido, el ostracismo y la persecución resultaron una prueba menos dura, quizás, que para los demás libertinos de su edad; pero para un joven que había sacrificado siete años al Seminario, con el único propósito de mejorar su situación social, la experiencia era bastante penosa para poner a prueba su hombría. Tenía la dicha, sin embargo —dicho sea con todo respeto para su padrino—, de ser huérfano, mayor de edad y animado por el más poderoso móvil para proseguir la empresa: en el Instituto se revelaron sus dotes latentes y la índole natural de su inteligencia: de esa satisfacción era imposible renegar, y con ese incentivo poco le importaban las penalidades.

Inició, pues, su reeducación a los 22 años. Ya era tarde para revisar el error, pero era bastante maduro para comprender la necesidad de reformar su instrucción. La ignorancia ingénita de sus años de mozo se había refinado en el Seminario, transformada en la ignorancia dogmática indispensable a la vocación sagrada: los conocimientos adquiridos en las aulas del convento, ajenos por completo a la vida material, eran una disciplina perfectamente adecuada para capacitar al adepto para una vida contemplativa y un papel pasivo en las actividades del mundo; y al cabo de siete años magros —siete de los años más formativos de la juventud— conocía, por lo menos, la verdad axiomática de que la educación, como función social, está siempre determinada y limitada por la sociedad a la que sirve. Pero por lo que valía la lección, más valían siete años malgastados que toda una vida perdida; y mayor de edad, el mozalbete sabía repetir con más provecho que el muchacho la palabra *por qué*, raíz del saber. La razón le fue revelada en el Instituto. En la nueva escuela no aprendió ni la incredulidad ni el anticlericalismo —el director era eclesiástico, el cuerpo docente contaba con sacerdotes— sino las limitaciones impuestas por la Segunda Garantía al libre desarrollo de su ignorancia original.

La ciencia dispensada en el Instituto tenía una superioridad muy relativa sobre la doctrina diseminada en el Seminario; pero, en el sentido propio de la palabra, era una *educación*. Los

catedráticos apenas si eran más avanzados que los discípulos, y éstos sustituían a veces a aquéllos, alternando entre el banco y el estrado; de donde la empresa tenía el carácter de una aventura común, maestros y alumnos dándose la mano para abrir y explorar los senderos de la ciencia; pero el espíritu era progresista. Lo que acusaba el carácter subversivo del Instituto era el criterio que dominaba allí: la ilustración por la experiencia, la libre investigación de la verdad y el campo ilimitado de los estudios.

En el nuevo plantel se vertía un fermento de vino nuevo en odres viejos: en vez del *curriculum* formulado por el Concilio de Trento y limitado a cuatro cursos en el Seminario —gramática latina, filosofía, física elemental y teología—, los elementos indispensables a la vida social del siglo XIX; en vez de gramática latina, las lenguas vivas del mundo contemporáneo y el libre acceso al pensamiento foráneo; en vez de filosofía escolástica, economía política; en vez de física elemental, ejercicio metafísico en el Seminario, la ciencia misma; en vez de una gama exigua de erudición recóndita, un amplio teclado de estudios socialmente útiles y máxime en la rama que Juárez eligió para hacer carrera, el derecho; los secretos sociales se divulgaban y la ciencia se democratizaba. En materia de jurisprudencia el Instituto puso a su alcance, además del Código Canónico del Seminario, las disciplinas de derecho natural, civil y constitucional, minando el concepto de la autoridad dogmática por la investigación de los diversos sistemas de legislación profana, derivados todos del concepto de la sociedad como una convivencia contractual, experimental y progresiva, y despertando y fomentando la noción fundamental de la justicia social, ciencia pragmática en perpetuo ensayo y avanzando siempre y sólo por prueba y error. En el Instituto, Juárez manifestó la misma pericia que en el Seminario, y con el ensanchamiento de su horizonte intelectual, el despertar de sus facultades y la confianza en sus propias aptitudes, conoció por primera vez el pulso de una inteligencia positiva, activa y racional: tenía, y supo que lo tenía, el genio de su raza.

Sus progresos fueron rápidos y laureados con distinciones más relevantes que los trofeos ganados en el Seminario. En 1830, teniendo apenas un año en el Instituto, subió a la cátedra de física, en calidad de pasante, con honorarios que le ayudaron a cubrir sus gastos, y en 1831, capacitado ya en jurisprudencia, pasó a la práctica en el bufete de un abogado local. La abogacía, sin embargo, era una profesión tan congestionada, aun en aquel entonces, que alimentaba a muy pocos de sus adeptos y servía,

por lo tanto, a los ambiciosos como pasaporte a la política: tal fue el caso de Juárez. En 1831 resultó electo regidor del Ayuntamiento: en el mismo año presidió el acto de física presentado por unos de sus discípulos a los metafísicos del Seminario. Los dos triunfos, cívicos y académicos, se ligaron en su mente y no fortuitamente: fueron, por decirlo así, los dos brazos de un compás que abarcaban su punto de vista en la vida pública. Para un pasante de Leyes, con aptitudes para la física experimental, que realizaba sus primeros pasos políticos, tanto su afición como su profesión facilitaron su iniciación política. Todo estaba por hacerse o rehacerse también en la educación de la nación. La nación era un laboratorio de ensayos, y un principiante de Leyes y pasante de física tenía todas las posibilidades para investigar los principios de la autonomía política, participando en el experimento, observando diariamente la acción y la reacción, computando las fuerzas naturales, y analizando las propiedades físicas del proceso constitutivo de un nuevo cuerpo social. La demostración se realizó en el momento más propicio, en sus años de estudio, y con tanta evidencia que las leyes científicas saltaron a la vista.

Las naciones nuevas, por supuesto, no nacen en el laboratorio; se desprenden de las viejas. Arrebatadas de sus entrañas e impregnadas de la constitución parental, conservan la herencia en el esfuerzo de librarse de la matriz, y el problema que se planteaba por entonces era el de transformar la estructura social de la Colonia en una entidad independiente, y de determinar el método más adecuado para sacar, en las condiciones dadas, una identidad homogénea del conglomerado de materia cruda, con sus distinciones de raza, color, casta y clase, transmitida por el régimen parental y moldeada con suma ciencia por los españoles para confundir a sus sucesores. Consumada la emancipación política, había que resolver los conflictos internos originados por el movimiento libertador; a la sencillez de la insurgencia sucedía la complejidad de la reconstrucción. Y en la segunda fase, la fase propiamente creadora de la formación nacional, el esfuerzo por sacar una nueva síntesis de los elementos originales sacó a la luz, asimismo, las leyes orgánicas que rigen la creación de toda sociedad coherente. De los impedimentos heredados de la Colonia, el menos difícil de vencer era la diversidad de raza, ya que las naciones son resultados netos de una larga fusión de sangre; y aunque el proceso suponía varios siglos para su realización, los españoles lo habían iniciado, cultivando sistemáticamente el cruzamiento de castas durante más de tres

siglos. Sobre tales cimientos, sin embargo, los conquistadores habían elaborado un sistema de castas destinado a dividir y controlar al conglomerado étnico; pero este estorbo había sido borrado por la ley, y los prejuicios raciales formados por el antiguo código social, aunque arraigados y tenaces, se hallaban en vía de liquidación; ahí estaba el pasante de física para comprobarlo. Para lograr la consolidación étnica sólo faltaba la cultura común; y aquí principiaron las dificultades, porque la cultura social se determinaba por las clases dominantes y correspondía a sus intereses de clase, sinónimos de sus intereses económicos. Esto constituía el nudo del problema: los intereses económicos que dictaron la formación, la desintegración y la reorganización formaban precisamente el obstáculo mayor para la emancipación integral de la nueva nación.

Si las sociedades humanas fuesen un fenómeno racional, plan y previsión serían el primero en vez del último problema que interesara a la ciencia social; mas siendo lo contrario, se invierte el orden lógico y cronológico, y la civilización viene a ser el proceso perpetuo de revisar su origen y desembrollar su desarrollo. La regla se comprobó en México, donde todo se había hecho para impedir la Independencia y dificultar la reconstrucción de la Colonia. Plan y previsión, en grado sumo, demostró la administración española, al sacar sistemáticamente los recursos del país en provecho de la Madre Patria; plan y previsión, igualmente, demostraron los beneficiarios de la Independencia, al combatir o abrazar el movimiento, alternativamente, en defensa de sus bienes; pero plan y previsión brillaron por su ausencia en la flamante República. Llegados al poder con las arcas vacías, los republicanos acudieron a los empréstitos extranjeros para cubrir los gastos de gobierno y para armarse en previsión de hostilidades con España, dejando al porvenir la reorganización económica de la nación. Sustituyéndose a los españoles, los criollos conservaron intacta la sociedad colonial, bajo el mismo título de prioridad, y la plutocracia emancipada, gracias a cuyos intereses creados se había concedido una independencia nominal a las clases inferiores, se volvió el árbitro de una clase sin conciencia pública, sin capacidad productiva, y sin otro contrapeso que un pueblo pobre y sumiso, y una clase media incipiente e indigente que carecía de fuerza económica para hacer valer su voz política; y la plutocracia gravitaba, por afinidad natural, en la órbita de la Iglesia, cuya cultura amparaba sus intereses comunes, y constituía el monopolio material y moral más prepotente en México. Quebrantar el monopolio, purgar la

cultura, reivindicar los recursos del país, tales fueron las premisas del problema y las tres garantías indispensables a la supervivencia nacional: la consolidación de la Independencia llevaba, implícito e implacable, el mandato, la necesidad, la ley física de la reforma social.

Plan y previsión caracterizaban también a uno de los alumnos del Instituto que se apasionaba por el porvenir de la patria. Indígena de la sierra, siguiendo la senda tradicional de Ixtlán a Oaxaca en pos de saber, pasando por el Seminario, desertando al Instituto y subiendo al cuerpo docente, Miguel Méndez gozaba de renombre como agitador de doctrinas atrevidas y avanzadas. Dotado de una elocuencia dinámica que propagaba sus convicciones, tenía la costumbre de reunir a sus compañeros en sus aposentos, donde formaba escuela y predicaba libremente, dictando planes para el porvenir con previsión febril —era tísico condenado— y urgiendo a su auditorio a que llevara la causa liberal hasta la conclusión lógica, creando un Estado completamente emancipado del control eclesiástico. En cierta ocasión, según la tradición local, exaltado por su misión y la enfermedad mortal, buscó entre sus discípulos a uno que mereciera su confianza, y singularizando a un coterráneo que había seguido la misma ruta, dijo: «Y éste que ven ustedes, reservado y grave, que parece inferior a nosotros, éste será un gran político, se levantará más alto que nosotros; llegará a ser uno de nuestros grandes hombres y la gloria de la Patria». Y abrazó a Juárez.

Previsión, sin duda, y plan, quizás, había de tener el doctrinador para adivinar al prohombre eventual de la patria en el joven que acabada de poner el pie en el primer grado de la escala política, cuando le impuso la mano apostólica en la cabeza. Pero Méndez tenía, con la fe del misionero, la intuición del agitador consumado. Si para la lucha próxima hacían falta tiempo, paciencia, preparación y apoyo público, aquí tenía al hombre más indicado; porque tales fueron las dotes reconocidas de Juárez en aquel entonces; grave y reservado, sabía callar y escuchar, emprender la acción y confiar en el porvenir. Pero los principios de Méndez eran académicos; y no fue por las deducciones científicas, sino por las inducciones prácticas de la política, como los alumnos del Instituto se incorporaron al destino nacional.

Entre los dos partidos —liberales y conservadores, según su propia denominación, *vinagres y aceites*, según sus mutuos motes — que se disputaban la cosa pública en los primeros años del país independiente, no había principio más importante que el

primordial de su propia conservación. Las implicaciones de la Independencia penetraron lentamente en Oaxaca. Salvo por la breve incursión de Morelos en 1812, la ciudad había pasado el decenio de la insurgencia sin pena ni gloria, y el culto de la Independencia siguió, en vez de preceder, a su consumación. En 1828, empero, cuando Vicente Guerrero fue postulado a la Presidencia por el Partido Liberal, las elecciones levantaron un revuelo en Oaxaca sólo comparable a la agitación provocada un año antes por la inauguración del Instituto. Y en el Instituto, el partidarismo liberal se desbordó en una fiebre de patriotismo retrospectivo, y los alumnos se exaltaron en pro de su héroe con un ardor tanto más ardiente cuanto más tardío. La campaña preliminar provocó choques sangrientos, presagios de lo que había de suceder con las elecciones. El candidato conservador resultó electo; los partidarios de Guerrero acudieron a las armas. En el Sur, el general Juan Álvarez, veterano de la guerra de Independencia, se sublevó; en Veracruz el general Santa Anna se pronunció, y marchando para unirse con Álvarez, penetró en Oaxaca en pos de apoyo. Santa Anna ocupó un convento y sostuvo un sitio sin provocar el levantamiento previsto; pero el plan triunfó, gracias a una revuelta en la capital de la República, donde un congreso amedrentado se pronunció a favor de Guerrero. Oaxaca, convertida en teatro de la guerra, celebró la victoria. En los círculos liberales Santa Anna fue agasajado y en un banquete en su honor, en la casa de un catedrático del Instituto, conoció a Juárez… sin reconocer al prohombre del porvenir. Medio siglo más tarde el general se acordó del incidente con pena: tenía mucho mundo y con el genio del político que era, siempre atento a los hombres y a las caras relevantes, sólo recordaba que en 1829 Juárez servía la mesa y andaba descalzo. Pero la adivinación no era don de Santa Anna: soldado de fortuna, no sabía decir la buenaventura, y siendo él mismo uno de los prohombres del porvenir, no vio más que los pies del otro.

El triunfo de Guerrero costó caro a la nación. Al violar las elecciones y descomponer el mecanismo de las instituciones libres, sus partidarios sentaron un precedente, aprovechado luego por sus adversarios: al cabo de un año de su imposición, Guerrero fue derrocado, perseguido, vendido, aprehendido y pasado por las armas en 1831. La conclusión de la tragedia se verificó también en Oaxaca, donde el presidente prófugo llegó preso; abandonado por Álvarez y Santa Anna, acallados sus partidarios en Oaxaca, Guerrero pagó con la vida el festín liberal que celebró su triunfo en 1829. Más funesta que la suya, sin

embargo, fue la tragedia pública: el paso de las bolas a las balas provocó una pugna básica e inacabada, que los moralistas —y en aquellos días de inmadurez política los moralistas menudeaban — denunciaron como el destino ineludible de la nación. La imposición de Guerrero y su asesinato abrieron una brecha en el mecanismo del gobierno autónomo, dando paso libre a la violencia crónica, a la anarquía inveterada, a la desmoralización pública. Las balas determinaron la voluntad popular momentáneamente, y momentáneamente la ley se impuso —la ley del Tallón que no determinaba nada—, pero ambas partes se ponían al margen de la ley, violando el pacto sobre el cual se fundó la República, sacrificando el poder a la violencia, y abandonando el derecho a la fuerza sin freno de los bandos contrarios y al arbitrio irresponsable de los militares.

Los moralistas tenían razón, la tienen siempre, pero no la razón justa: la razón legal no tenía nada que ver con la razón social, y más de una conclusión podía sacarse de los sucesos: entre otros, si importaba más que se respetara la legalidad, o que la voluntad popular se valiera de la ley revolucionaria que dicta códigos y los deshace, por ser su fuente y su autoridad, duda que no competía al casuista, porque la justicia no podía medirse entre un partido que tenía todos los recursos del poder material y su contrincante que sólo tenía el derecho moral de sus servicios patrióticos. Guerrero era el símbolo de la lucha popular por la Independencia, y sus partidarios reclamaron el poder en premio de sus servicios: al perder la batalla electoral, se sublevaron en defensa de su propia conservación. Tales fueron los motivos —ciegos, instintivos, sentimentales e irracionales— que llevaron a los viejos insurgentes como Álvarez, fieles al hombre que representaba su causa comprometida, a pronunciarse en contra de sus enemigos de clase; y los conservadores los reconocieron en una revuelta que reprimieron con igual rigor, porque se revelaba ya como un brote de la lucha de clases que se presentía y que violaba la tregua sobre la cual se fundó la República. Al igual que la polémica provocada por el Patronato, la batalla electoral prefiguraba la pugna latente en la disputa ostensible; y la moraleja surgía, no de la violencia que se invocaba y que era común a ambos bandos, sino de la justicia de la causa que la provocaba.

Tales eran las condiciones que imperaban cuando Juárez empezó su aprendizaje político. Electo a su primer puesto público e iniciando su práctica legal en el mismo año en que Guerrero encontró la muerte en Oaxaca, la coincidencia

favoreció su formación política. La memoria de Guerrero fue venerada en el Instituto, donde se creó un culto al símbolo muerto del movimiento, cayendo cegado, y ciego, bajo las bocas de fuego de la reacción triunfante. La descarga del pelotón hizo pedazos el concepto legal del Estado, transformándolo de un contrato social en algo más parecido a una demostración científica de fuerzas físicas. El Estado no era una entidad coherente que podía estudiarse *a priori* y determinarse teóricamente; en realidad, era una condición crónica de violencia, estática o activa, de las clases que lo integraban, un conflicto alternadamente suspendido y exasperado, siempre recompuesto, controlado por la clase dominante y dominable sólo por prueba y error. Los conceptos predeterminados eran una noción teológica asimilada en el Seminario y apenas modificada por las revisiones científicas del Instituto. Méndez, emancipado de la predisposición moral tanto del Instituto como del Seminario, tenía quizás un concepto más claro del carácter de la lucha que se anunciaba, cuando eligió a Juárez para encabezarla; pero sus ideas también eran doctrinas académicas. Juárez determinó sus rumbos lentamente en la cruda escuela de la política práctica. Su porvenir, y el porvenir de la nación, no estaban con Méndez, sino con Santa Anna.

6

Porque Santa Anna representaba palmariamente el porvenir probable de la nación. Santa Anna era el producto, el portento, y la personificación de una época. Los años que siguieron a la eliminación de Guerrero y de la vieja guardia eran un lapso largo y triste de turbulencia incurable, insignificante, estática; una sucesión de gobiernos efímeros formados y derrocados por motines militares; un vaivén de aventureros transitorios, una viceversa de regímenes tan monótonamente idénticos, que los espectadores extranjeros, observando el fermento frustráneo y la inestabilidad tenaz del país, y hasta los mismos mexicanos, dieron por comprobada la incapacidad congénita de la nación para gobernarse: dictamen somero y superficial, porque la agitación era sintomática de un mal que aún no se había localizado. Si esta etapa de la formación nacional pudiera sintetizarse en una frase, sería, sin duda, llamándola el reinado de Santa Anna. Suya era la figura que volvía una y otra vez, ora en una forma, ora en otra, entre todas las vicisitudes variables de aquellos días destemplados: el elemento constante de su mutabilidad, el oportunista pertinaz, el renegado perenne, acomodándose a todos los giros, gobernando por intuición y sin brújula, especulando sobre cualquier viraje con tal de conquistar y retener el poder, Boyante, ambicioso, pueril y tan inconsecuente como confiado en sí mismo, Santa Anna era la creación acabada de una época que abarcaba como un coloso y que explotaba como un político; y por ser a la vez su criatura y su creador, fue también un fenómeno social.

El hombre que llevaba el nombre de Antonio López de Santa Anna Pérez de Lebrún era, por su genealogía, vástago de padres españoles, flor y nata del comercio colonial, y por su temperamento, un criollo consumado. Su padre, corredor de hipotecas en Veracruz, terrateniente acomodado en Jalapa, era un hombre de consideración en ambos parajes por sus rentas respetables. El hijo optó por una carrera militar. Ingresando en la Academia a los 17 años, salió teniente en 1811. Hizo sus primeras armas en la campaña contra Hidalgo, pero diez años más tarde se vio relegado, con el grado de capitán, a la caza de bandidos en la costa veracruzana, con motivo de un espadillazo escandaloso. En vísperas de la Independencia, comenzó a subir a saltos. Un día en 1821, le tocó la suerte de saltar dos grados en doce horas. Amaneciendo capitán, derrotó a una partida de guerrilleros y conquistó así el grado de teniente coronel antes de mediodía; en la tarde los patriotas sobrepujaron a los realistas

por sus servicios, y al atardecer, Santa Anna, coronel, jugó el albur y optó por la Independencia. Lo abigarrado lo llevaba en la sangre, y hasta en la sangre vertida, pero luciéndolo siempre con charreteras en los hombros y valor en la voz. Buen militar, sabía obedecer; buen subordinado, obedecía puntualmente a los giros del orden imperante. Nombrado general brigadier por Iturbide, se declaró partidario del Imperio; vuelto impopular Iturbide, se pronunció por la República. Lo único que sabía de repúblicas en aquel entonces —según lo refirió más tarde— era lo que le había platicado un licenciado en Jalapa; pues, educado en el cuartel, su cultura quedó acuartelada, y aunque con el tiempo y las armas conoció todos los sistemas políticos, hasta el fin de sus días siguió siendo un iletrado político. Caído Iturbide, se le ocurrió singularizarse, emancipando a Cuba, pero el proyecto despertó poco interés en México; y al cabo de cinco años pasados en el ocio, ora como gobernador de Veracruz, ora como gobernador de Yucatán, se cansó de la paz y aprovechó la lucha civil para volver a la carrera. En 1829 se pronunció a favor de Guerrero.

Hasta aquí su carrera no era notable: carrera corriente de un joven militar ambicioso, resuelto a llegar como sea, sin importarle los medios ni las banderas, no se diferenciaba en nada de los ejemplos que abundaban en su rededor. Su volubilidad denunciaba su ignorancia, y cambiando siempre de enseña, ensayaba cada causa para valorizar el interés que para él tenía. Sólo al integrarse a la vida pública, se volvió interesante su carrera; pero entonces su ascenso resultó portentoso. Criollo, y de los más caracterizados, Santa Anna era más que un aventurero individual; sus lealtades eventuales nacieron de la anomalía de su clase bajo el régimen colonial, desembarazada, al fin, pero desarraigada también, por la Independencia; su tierra original siguió siendo su patria de adopción, explotable en su propio provecho, y su patriotismo, la especulación de un oportunista emancipado. El medio ambiente favoreció su desarrollo. La ambición de Santa Anna al abrazar la rebelión de Guerrero era la antítesis del motivo que determinó a Álvarez a defender al veterano de la Independencia; pero los dos campeones de Guerrero tenían, por lo menos, un elemento en común: ambos fincaron su fe en los héroes populares. En un periodo de inseguridad, de tensión y de inmadurez política, la tendencia a confiar en las personalidades más bien que en los principios era muy marcada, y en aquella fase favorable la carrera del aventurero atravesó la República con un contacto contagioso. Igualmente indiferente, por su parte, a tirios y

troyanos, pero sumamente sensible al culto de la gloria encarnada por Guerrero, Santa Anna apostó al héroe popular y salió ganando; la bonanza se convirtió en sistema político y, caído Guerrero, el soldado de fortuna la explotó en provecho propio. Por algo había nacido criollo y la fórmula era fecunda. En 1829, Santa Anna conoció la gloria por derecho participando en la defensa de Tampico contra una expedición española llegada de Cuba para la reconquista de México. Aclamado como héroe nacional por su parte en el triunfo, sentó sus reales en la patria, completamente aclimatado. De ahí en adelante, la historia patria era la suya.

A los dos años de la muerte de Guerrero, el veterano de Tampico aprovechó los caprichos de la política y llegó al poder colaborando con un pronunciamiento contra el gobierno conservador. La buena ventura le valió la Presidencia de la República, por primera vez, en 1833; pero sabedor de su inexperiencia política, se retiró temporalmente a su finca en Jalapa, dejando las riendas del gobierno en manos del Vicepresidente. Conforme a la Constitución de 1824, se compensaba al candidato derrotado en los comicios con la Vicepresidencia, y como su contrincante perdió la elección con un margen tan reducido, que no cabía duda que contaba con el apoyo popular para su programa, el Presidente electo demostró su sagacidad al confiarle las responsabilidades del gobierno, quedando, por su parte, en actitud de observación, listo para aprovechar sus aciertos o sus errores. Con este experimento se inició la educación política de Santa Anna y del país.

El Vicepresidente, don Valentín Gómez Farías, era un médico de provincia, metido en política, que tenía ideas avanzadas y no tardó en ponerlas en práctica, con el consentimiento tácito de Santa Anna. Además de Santa Anna, contaba con la colaboración oficiosa del doctor Mora, doctor en filosofía y pionero sociológico, que se identificó con sus ideas y compartió sus responsabilidades tan íntimamente que figuró en la administración como su doble Intelectual y su mentor político. Los dos profesionales ministraron un choque profundo al país al iniciar un programa de reformas que se prolongó, con sobresaltos, por casi dos años —dos años para recuperar diez años de falsa independencia resultaron muy pocos y la empresa era apremiante—, y Mora y Gómez Farías, cobrando fuerza con la urgencia del remedio, se apresuraron en poner en vigor medida tras medida, cada una más drástica que la otra. La educación secularizada; la Universidad Pontificia suprimida; la reeducación racional iniciada; la coacción civil en el cobro de

los diezmos eclesiásticos abolida; la validez de los votos monásticos invalidada; el Patronato reivindicado por el Estado; las inhumaciones en los templos prohibidas por motivos higiénicos. Paso a paso, la invasión del terreno sagrado con un programa que no pasaba, en rigor, de ser un plan de saneamiento cívico, se impuso, gracias al arrojo de los reformadores y al apoyo de un Congreso liberal; pero los decretos de Reforma presagiaban tan claramente la separación de la Iglesia y del Estado, que el pánico se difundió entre los conservadores provocando agitación hasta en los confines más remotos del país, donde la joven generación se dio cuenta de cuánto podía lograrse, y cuán rápidamente, con el arranque y la resolución indispensables. Los brotes de rebelión provocados por el programa obligaron a Santa Anna a salir repetidamente de su retiro para reprimirlos; los ultrajados, sacudidos por los remedios bruscos, reaccionaron enérgicamente exigiendo en balde un alto a las represalias de la razón; las purgas se redoblaron, la cólera sorda se congestionó, las protestas llegaron al estertor; y entonces Santa Anna salvó la situación, expulsando a Gómez Farías del gobierno y restableciendo la confianza pública en un orden social en el cual no podían repetirse tales atentados a la ligera —y a la ligera no se repitieron.

Las repercusiones de estos sucesos llegaron a Oaxaca, donde los liberales, alentados por la presencia en el poder de Gómez Farías, eligieron para la Legislatura del Estado a sus mejores representantes; entre ellos, a Juárez. Uno de los decretos del Congreso Federal le valió a él también la liberación de sus compromisos coloniales y la independencia personal. Este decreto ordenaba la expulsión de los españoles, iniciada por los gobiernos anteriores, y el obispo de Oaxaca, aunque su nombre no figuraba en la lista negra, se solidarizó con sus compatriotas y se marchó a España con los demás obispos de la República; de modo que el Padre Salanueva, que acariciaba todavía la ilusión de ver tonsurado a su ahijado, se vio obligado a sacrificarla por falta de autoridad competente. «Esta circunstancia fue para mí sumamente favorable —dice Juárez—, porque mi padrino, conociendo la imposibilidad para ordenarme de sacerdote, me permitió que siguiera la carrera del foro. Desde entonces seguía yo subsistiendo con mis propios recursos». Emancipado moral y materialmente, y liquidada la deuda con el padrino, Juárez se valió de la tribuna liberal para reconocer su deuda con la patria, presentando en el Congreso del Estado una iniciativa para celebrar solemnemente la memoria de Guerrero. La iniciativa fue adoptada por unanimidad, y Oaxaca manifestó sus simpatías

en una ceremonia cívica que convocó a todos los sectores de la sociedad para rendir homenaje al héroe muerto y tributarle todos los desagravios posibles en 1833. Encabezada por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y escoltada por las tropas, una multitud imponente se fue de paseo por la campiña hasta llegar al convento donde la víctima encontró la muerte. En el mismo sitio de la ejecución, el párroco pronunció el elogio fúnebre. Rehabilitado el extinto, los restos, desenterrados y acomodados en una urna de plata, fueron transportados a Oaxaca, a paso ritual, pausado y solemne, deteniéndose el desfile cada cuarto de hora para descargar una salva de fusilería; y al llegar a la ciudad, la urna, saludada con repiques de campanas y truenos de cañones, fue exhibida en la Catedral, propiciada por una misa de réquiem, antes de seguir hasta el convento donde el último gran trío de libertadores había sido encarcelado y donde quedó depositada por los siglos de los siglos la reliquia consagrada: trofeo del tiempo impuesto a la eternidad. La participación del clero en los ritos patrióticos, tan conspicua como política, no dejó de llamar la atención del público.

Tampoco pasó inadvertida la participación de Juárez, cuya iniciativa movilizó el fervor patriótico. El gesto del joven diputado, extendiendo la mano al protomártir de la Independencia y recogiendo el toque de consagración, lo situó en la marcha del tiempo. Pero ¿dónde? ¿En las urnas del porvenir? Al mismo tiempo, Juárez se señaló con otra iniciativa proponiendo al Congreso la confiscación de los antiguos bienes de Cortés en beneficio del Estado. Ambas iniciativas no pasaban de ser gestos formales, conmemorativos del pasado, próximo o remoto; ejercicios de patriotismo retrospectivo, mientras que la nación se veía sorprendida por el llamado urgente del futuro. Recogiendo rápidamente la herencia de los insurgentes y sustituyendo el culto a los héroes con la Reforma heroica, Gómez Farías y Mora iniciaban el esfuerzo iconoclasta para implantar el Estado laico, preconizado por Méndez como la obligación ineludible del partido liberal; pero Méndez había muerto, Mora y Gómez Farías se hallaban lejos, y su vida política era pasajera y breve.

En Oaxaca la cruzada liberal levantó revuelo, pero un revuelo limitado al escándalo, a la murmuración, a los trastornos de la plácida maledicencia, a los sabrosos chismes callejeros y a una denuncia del Instituto. La prensa capitalina publicó una carta anónima, suscrita por algunas señoras que se llamaron las «Madres de Oaxaca», y que levantaron la voz para

protestar contra la corrupción de sus hijos en el plantel liberal; y la reacción del plantel liberal hubiera revuelto a Méndez en su tumba. La agitación tuvo de su lado al cuerpo docente, que se reunió precipitadamente para discutir si más convenía contestar al ataque o pasarlo por alto; los opinantes optaron por la refutación, pero sin ponerse de acuerdo sobre el modo más adecuado de defender su buen nombre: si se debía recurrir a una declaración conjunta recitando sus antecedentes y demostrando la respetabilidad y la ortodoxia de los dirigentes —el honorable dominicano que fue el primer Rector del Instituto, el honorable magistrado de la Suprema Corte, el segundo, el digno chantre de la Catedral, el tercero—; o bien invocando el testimonio del magnífico altar obsequiado a la Virgen de Guadalupe; o llamando a declarar en su favor a los vecinos; o demandando a las malas lenguas ante la ley, y en tal caso, citándolas ante el Tribunal de la Fe o la autoridad civil; o contratando, acaso, a un buen abogado para sacar a luz lo que había en las imputaciones de aquellas seudomadres, ya que a todas luces las mamás estaban inspiradas; hasta que, por fin, se acordó levantar la sesión y la Facultad, confusa y agitada, andando en dimes y diretes, mandó imprimir y publicar el acta correspondiente. Solución propuesta por Juárez, que asistía al debate en su calidad de profesor de física, y que fue sin duda la mejor defensa de sus colegas. A los seis años de inaugurarse, ya se había enmohecido la casa de estudios con la timidez institucional, dejando poco que escoger entre fariseos y saduceos; el Instituto se convertía en un seminario anodino y seguro, donde la salvación se ganaba de pico. Empero, precisamente en estos momentos, a Juárez mismo le tocó una desgracia oportuna: una de esas desgracias salvadoras que son, en realidad, revelaciones con disfraz, y que merece, por lo tanto, la amplia narración que dejó consignada en sus Memorias.

«Se hallaba todavía el clero en pleno goce de sus fueros y prerrogativas y su alianza estrecha con el poder civil le daba una influencia casi omnipotente. El fuero que le sustraía de la jurisdicción de los tribunales le servía de escudo contra la ley y de salvoconducto para entregarse impunemente a todos los excesos y a todas las injusticias. El pago de las obvenciones se regulaba según la voluntad codiciosa de los curas. Había, sin embargo, algunos eclesiásticos probos y honrados que se limitaban a cobrar lo justo, sin sacrificar a los fieles; pero muy raros eran estos hombres verdaderamente evangélicos, cuyo ejemplo, lejos de retraer de sus abusos a los malos, era motivo para que los censurasen, diciéndoles que *mal enseñaban a los*

pueblos y echaban a perder los curatos». A Juárez le tocó conocer un caso típico. Los vecinos de Loxicha acudieron a él en solicitud de amparo contra las exigencias del párroco, y como su clientela era de pobres, con la regla, no con la excepción, ganó la experiencia reveladora. Aceptó el pleito y compareció en defensa de sus clientes ante el Tribunal de la Fe. «Sin duda por mi carácter de diputado y porque entonces regía en el Estado una administración liberal, puesto esto pasaba a principios del año 1834, fue atendida mi solicitud y se dio orden al cura que se presentara a contestar a los cargos que se le hacían, previniéndosele de que no volviera a la Parroquia hasta que se terminase el juicio que contra él se promovía; pero desgraciadamente a los pocos meses cayó aquella administración»; y con ella cayó la causa instruida. El acusado volvió a la parroquia y a sus prácticas, mandó detener a cuantos habían informado en su contra, les puso incomunicados en la cárcel, y obtuvo órdenes de la ciudad para que se encarcelara a la delegación que tuvo la osadía de presentar la protesta. «Me hallaba yo entonces, a fines de 1834, sustituyendo la cátedra de derecho canónico en el Instituto y no pudiendo ver con indiferencia la injusticia que se cometía contra mis infelices clientes, pedí permiso al director para ausentarme unos días y marché al pueblo de Miahuatlán, donde se hallaban los presos, con objeto de obtener su libertad». A su llegada, pudo comunicarse con sus clientes; pero al día siguiente, el juez del pueblo consignó al demandante por delito de vagancia, y Juárez, temeroso de mayores atropellos, regresó a Oaxaca, resuelto a demandar al juez ante el Tribunal del Estado. Pero aquí también se le anticipó el párroco, obteniendo su aprehensión por incitar al pueblo en contra de las autoridades, y Juárez pasó a la cárcel, junto con otro abogado detenido por el mismo motivo. A pesar de la protesta formal que promovió inmediatamente ante el Tribunal del Estado, no fue hasta nueve días más tarde ruando recobró su libertad condicional; «y jamás se dio curso a mis quejas y acusaciones contra los jueces que me habían atropellado».

«Esos golpes que sufrí y que veía sufrir casi diariamente a todos los inválidos que se quejaban contra las arbitrariedades de las clases privilegiadas, en consorcio con la autoridad civil, me demostraron de bulto que la sociedad jamás sería feliz con la existencia de aquéllas, y de su alianza con los poderes públicos, y me afirmaron en mi propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas. Así lo hice en la parte que pude y así lo hacía el partido liberal; pero

por desgracia de la humanidad el remedio que entonces se procuraba aplicar no curaba el mal de raíz, pues aunque repetidas veces se lograba derrocar la administración retrógrada, reemplazándola con otra liberal, el cambio era sólo de personas y quedaban subsistentes en las leyes y en las constituciones los fueros eclesiásticos y militares, la intolerancia religiosa, la religión de Estado y la posesión en que estaba el clero de cuantiosos bienes de que abusaba, fomentando los motines para cimentar su funesto poderío. Así fue que apenas se estableció una administración liberal, cuando a los pocos meses era derrocada y perseguidos sus partidarios».

De tales experiencias nacen las convicciones militantes: el cura de Loxicha impulsó la evolución iniciada por Miguel Méndez. Al emprender el pleito, Juárez era catedrático del Instituto, diputado al Congreso y magistrado recién nombrado al Tribunal del Estado; al abandonarlo, era reformador vitalicio; pero inactivo. En 1834, Gómez Farías había caído, el lance liberal había terminado, y Juárez, jaqueado por el ubicuo cura de Loxicha, pasó varios meses en Tehuacán, confinado como proscrito político. «Implacable éste en sus venganzas, como lo son generalmente los sectarios de alguna religión», el cura lo encaminó por la vía de su destino. La revelación, aunque tardó mucho en manifestarse, penetró profundamente en el cuerpo y el alma de un hombre dotado de la memoria de un animal y de la paciencia de un inmortal, y que sólo esperaba el momento propicio para combatir la institución de la cual se había emancipado para siempre.

El fracaso de Mora y Gómez Farías puso de manifiesto que les faltaba todavía el apoyo suficiente para efectuar la Reforma; pero su éxito era la prueba contundente de que sólo se habían anticipado a la sazón propicia; que el ensayo prematuro volvería a repetirse, quedó garantizado por su descalabro, aunque el *cuándo* y el *cómo* eran las incógnitas de la ecuación. El lapso entre el nacimiento y el renacimiento de la Reforma era un hiato muy largo; la vuelta ocasional de un régimen liberal alternando con una reacción clerical sólo servía para variar, sin violar, las combinaciones dominantes del poder conservador, provocando improvisaciones de personas sin disonar con las institui iones de las clases privilegiadas. Sin embargo, el periodo produjo algo más que el contrapunto monótono de intervalos mayores y menores. El *statu quo ante* se prolongó otra década más, y todavía otra, debilitándose por su misma seguridad, antes de llegar al descubrimiento de que, tanto en la vida política como en la física, todo organismo que no se desarrolla tiende a

degenerar. Todo podía frustrarse menos la dialéctica de la Historia; y aunque la agitación política abundaba en los años posteriores a la Reforma abortada, la nación quedó inmovilizada, víctima del desarrollo detenido, hasta que la flaqueza fisiológica del cuerpo social se reveló bruscamente en el primer choque con las potencias extranjeras. Lo que las reformas de 1833 no lograron demostrar se manifestó con el impacto del mundo exterior sobre la organización enfermiza del país.

En 1835 Gómez Farías y Mora salieron al extranjero, anatematizados por la prensa clerical. «Ayer —anunció su voz más clamorosa— ha salido, por fin, de esta capital el execrable Farías, abrumado por las justas imprecaciones de una ciudad entera, la primera en el nuevo mundo de Colón, sobre la cual pesarán en el futuro sus terribles desafueros». Una epidemia de cólera morbo, coincidiendo con la crisis, contagió a la retórica de la prensa y la oratoria del púlpito: «Gómez Farías atrajo, cual ominoso cometa, el cólera y la miseria, la inmoralidad y el sacrilegio, la exaltación de los delincuentes y la depresión de los honrados, el triunfo de la canalla soez y el abatimiento de la porción escogida, el terror y el luto de las familias, las proscripciones, el llanto, la muerte bajo mil y más formas horrorosas»; y en el paroxismo de la ira, la peroración llegó a parangonarlo con el antiguo monarca, recién muerto: «Fernando VII se avergonzó de ver que en sus antiguas colonias se produjo, y fue elevado, un monstruo, que le excediera en escándalos y en terrorismo, y descendió al sepulcro satisfecho de que no era necesaria su presencia sobre la faz de la tierra para afligir a la humanidad».

Conjurado el peligro, quedó la alarma, porque faltaba la seguridad de que, efectivamente, se había conjurado el peligro. Por abortiva que sea, ninguna reforma fracasa, ninguna revolución se pierde por completo: malogradas y borradas sus conquistas, siempre subsiste un residuo: el movimiento retorna como el péndulo, por el mismo contragolpe de la reacción; y las Leyes de Reforma, rayadas, nulificadas en los códigos, eran todo menos que letra muerta en la conciencia política. Tanto era así que, al inaugurarse el nuevo Congreso, integrado por eclesiásticos y conservadores cuidadosamente seleccionados entre la porción escogida, uno de sus propios ministros dio lectura a un memorial defendiendo el derecho del Estado al Patronato; se supuso que, distraído, había escogido, por equivocación, un documento traspapelado por su predecesor; pero lejos de desdecirse, el ministro siguió en el error y abogó

por la reforma en la prensa. Poco después, un escándalo público suscitó el problema de la exclaustración, al realizarse en pleno centro de la ciudad el rapto de una monja, en presencia de una muchedumbre de simpatizantes y con los aplausos de una porción mal escogida de la misma prensa conservadora. Los pródromos del relapso brotaban, con la agravante de suscitar menos alarma que antes; casi se normalizaron, y hasta el fuelle que tan fuerte había soplado contra el reformador convino, al comentar el secuestro, que «no había cerradura lo suficientemente fuerte para detener el progreso del mundo». No se podía negar que el cometa ominoso había sembrado, cuando menos, la confusión en su trayectoria.

Pero a los conservadores inquietos siempre les quedaba Santa Anna. Ilustrado por la experiencia de su colega de lo impracticable, pero no por la suya de lo factible, el presidente dio una vuelta brusca hacia la derecha, sobrecargando su gobierno de garantías regresivas: reacción que provocó complicaciones más graves y dificultades imprevistas. Conservadores y liberales se habían identificado, desde la implantación de la República, con dos sistemas administrativos —Centralismo y Federalismo—, buscando ambos el control efectivo del país, los primeros por medio de un mecanismo centralizado, los últimos mediante la autonomía local, en una federación floja, favorable a la independencia efectiva de los estados: sistemas que interesaban mucho más a los políticos que las reformas sociales, porque correspondían a las condiciones amorfas del país y garantizaban, aparentemente, el desarrollo ulterior de la nación. Hasta entonces el sistema federal, incorporado en la Constitución de 1824, había regido al país sin alteración; pero Santa Anna, elemento inestable siempre inconforme con lo invariable, y el Congreso conservador, en previsión de una reacción liberal, incorporaron el Centralismo en la Constitución, reformándola *ad hoc*. El viraje abrupto provocó protestas armadas en algunos estados, despertando todas las fuerzas centrífugas afines al Federalismo, y la Irritación llegó al colmo en los confines del territorio. En Zacatecas, cuna de Gómez Farías y foco de la Reforma, estalló un conato de rebelión contra el despotismo centralista. Sofocada en sangre, la agitación se extendió al estado limítrofe de Coahuila, y de ahí a Texas, donde la tea de la discordia encendió, además, otro motivo de conflicto con la población extranjera de la frontera. Los colonos norteamericanos volaron a las armas en defensa de la autonomía local, concedida por todos los gobiernos sucesivos de México a los pobladores del territorio, y la mecha incendiaria

se transformó rápidamente en la conflagración que terminó con la separación de Texas.

La crisis le valió a Santa Anna una evasión marcial de la reforma social, proporcionándole un pretexto para unir al país con la represión de una rebelión que se ostentaba, al principio, insignificante, pero que terminó en desastre para él y para la nación. En la breve campaña contra los colonos insurrectos (de diciembre de 1835 hasta mayo de 1836) Santa Anna exhibió todas sus aptitudes militares, desde las mejores hasta las peores, y ampliamente en ambos aspectos: su genio organizador, al movilizar un ejército, casi sin recursos, y ponerlo en marcha, casi sin preparación; su patriotismo, al gravar sus bienes para impulsar la guerra; su tenacidad, en las largas marchas a través de los desiertos ardientes del Norte; su bizarría en el asalto al Álamo, y su sevicia, al matar a los prisioneros en Goliat; su impericia en la batalla de San Jacinto, donde fue vencido por un enemigo derrotado; su pusilanimidad, al caer prisionero; su felonía, al aprobar la separación de Texas, por un pacto secreto, para conseguir su liberación. En todas las fases de la campaña se puso de manifiesto un elemento constante y característico de su actividad: la guerra la dirigió como una empresa personal, y la devoción que demostró en la defensa de la patria sólo fue superada por la facilidad con que el caudillo criollo dispuso de su destino, cuando la suerte se volvió adversa. Ajeno todavía a la patria adoptiva, adoleció de la psicología del extranjero, soberano e irresponsable; y aunque cualquier otro comandante se hubiera desprestigiado irremisiblemente por un descalabro tan funesto, el soldado de fortuna regresó a México en 1837 y se retiró a su finca para recuperarse del desastre y mantenerse en disponibilidad para el próximo.

Para la nación el desastre resultó más grave. La incapacidad del gobierno, que disponía de todos los recursos del país, para dominar una rebelión insignificante, puso a descubierto su debilidad y acusó un mal radical en la organización de la República. Cuánto valían esos recursos, se vio claramente cuando el Presidente tuvo que gravar sus propios bienes para levantar un ejército, y recurrir a préstamos y expedientes de toda clase para hacer frente a la guerra. La crisis sorprendió al país en su crónica condición de desorganización y miseria: condición que se remontaba a la Independencia y a la misma Colonia. Formar la nación fue, desde el principio, un imperativo económico y un problema intocable. En 1821, cuando la colonia calificada por Cortés como el territorio más vasto, más rico y más variado en recursos naturales jamás concedido a un solo

pueblo, se proclamó independiente, la nación entró en posesión de su patrimonio, y con tres siglos de explotación sistemática sacando la riqueza exportable, prohibiendo la producción indígena, impidiendo el comercio exterior, los recursos naturales habían acabado por ser lo que bien podía preverse: descuidados, desorganizados, agotados, eran la miseria de mañana. Las minas, explotadas con exclusión de todas las demás fuentes de riqueza natural, se hallaban casi abandonadas por el escaso rendimiento y la técnica anticuada de extracción, y a fines del siglo XVIII la minería había caído en una depresión crónica. La agricultura, en un país cuyo mejor patrimonio era la tierra, era rutinaria y deficiente en manos de los grandes terratenientes, que dejaron incultas las extensiones más vastas de sus propiedades por falta de aliciente, bajo el régimen colonial, para explotarlas: el cultivo se limitaba a la necesidad inmediata de una clase que, por ser pobre de iniciativa, resultó, en realidad, pobre de tierras, y que sólo marchaba con préstamos de la Iglesia; tanto fue así que el peligro de la quiebra, al pretender la Corona controlar las hipotecas, fue uno de los motivos apremiantes que determinaron a los hacendados y a sus acreedores eclesiásticos a fomentar la independencia de la colonia. Tierra de secesión, tampoco la tierra cedió sus recursos a la nación. El comercio y la industria, sistemáticamente sacrificados a los monopolios de la Metrópoli, eran, más que rudimentarios, casi inexistentes, y tan nominales, al proclamarse la Independencia, como la Independencia misma.

Todo estaba por hacerse, en consecuencia, cuando la nueva nación comenzó a constituirse: rehabilitar las minas, desarrollar la agricultura, implantar la industria, fomentar el comercio, construir caminos, crear vías respiratorias a la República; pero la tarea era irrealizable, porque las clases que se apoderaron de la Independencia dieron vida sin sustento a la nueva nación. Negándose a toda modificación del orden colonial que amenazara sus privilegios, se obstinaron en obstruir el progreso del pueblo y en particular sus propios intereses: su inercia conservadora era ya de por sí antieconómica y contraproducente, y la fuga del capital y del espíritu emprendedor de los españoles privó la plutocracia mexicana tanto de los medios como de la iniciativa, para impulsar la reconstrucción del país. El capitalista principal de la nación era el clero; banquero hipotecario, manejando a los latifundistas, interesado en las minas, opulento en su propio derecho, rico en bienes raíces, en legados piadosos, en caudales copiosos y en las rentas acumuladas por los siglos, y pobre, proporcionalmente,

en espíritu público, el clero no tenía ningún incentivo civil para compartir la responsabilidad de regenerar al país. Inmovilizando la mitad de la riqueza nacional en manos muertas e independientes del Estado, la Iglesia no reconocía razón alguna para contribuir al bien común; teóricamente asociada al Estado, sólo se interesaba en la cosa pública cuando ésta amenazaba sus fueros, y la actitud antisocial de que siempre dio prueba en tales ocasiones, con el apoyo invariable de sus vasallos económicos, demostraba conclusivamente que ese monopolio de los recursos materiales y morales del país constituía el obstáculo más poderoso para la integración de la nación.

La nueva nación inició su vida, por lo tanto, pidiendo prestado en el extranjero, y a todas las cargas orgánicas se sumó el gravamen de la deuda exterior, que se acumulaba rápida e improductivamente porque los fondos se disiparon en cubrir los gastos corrientes del gobierno, siempre insolvente, siempre en apuros, y siempre incapaz de aprovechar sus obligaciones. Los empréstitos no realizaron los beneficios que dictaron la deuda, en tanto que las necesidades del crédito facilitaron la infiltración del capital extranjero, la explotación de los recursos naturales por empresas extranjeras, y la enajenación de las rentas nacionales. Tampoco fueron éstas las únicas penalidades del fracaso —del fracaso orgánico y organizado— de las clases responsables del sustento de la nación. En tanto que la mayoría menesterosa de la población se sumía en la miseria, la apatía y la delincuencia, una minoría inquieta se esforzaba por escalar la cima y arrebatar al Estado un medio precario de vivir; competencia que produjo esos desmanes conocidos en México por una palabra acuñada al propósito: la empleomanía. La política prebendaría alcanzó las proporciones de una obsesión nacional, produciendo y reproduciendo aquellos vuelcos periódicos de gobierno, instigados por militares ambiciosos, apoyados por soldados mal pagados y aprovechados por burócratas hambrientos, que perpetuaban la conmoción continua del país y que tan mal nombre valieron a la nación ante los inversionistas extranjeros. La tenacidad del fenómeno, impermeable por la reforma interna, llegó a normalizar la inestabilidad y vino a ser tan familiar que el deterioro del cuerpo social no se reveló hasta que el colapso de la campaña tejana lo puso de manifiesto; ni siquiera entonces fue generalmente reconocido, porque la opinión pública, manejada por una prensa asalariada al servicio del bando conservador, se empeñó en echar la culpa lo más lejos posible del hogar.

Hacía tiempo que se había previsto el conflicto tejano; problema inminente e inevitable de una vasta franja de territorio fronterizo escasamente poblada, situada entre dos pueblos, uno de los cuales no supo colonizarla, en tanto que el otro avanzaba rápidamente. La Naturaleza aborrece el vacío y el vecino del Norte era un pueblo natural; y en tanto que el pueblo del Sur no ocupara el territorio, su título legal pesaba menos que un amparo contra la ley de gravedad. De tratarse de derecho, éste se resolvía en el derecho de dejar improductiva indefinidamente una amplia extensión de tierra desocupada y feraz. Tarde o temprano la presión demográfica acabaría con el problema, y reconociendo la fuerza de los hechos, los varios gobiernos de México se apresuraron a legalizarla, aprobando la ocupación de la lejana comarca por los pioneros norteamericanos y asegurando su lealtad con un trato benévolo, con la nacionalización nominal y con un control laxo de su autonomía local; condiciones fielmente respetadas por ambas partes, pero débiles garantías contra las consecuencias del aislamiento, la dificultad de asimilar a una raza ajena, la proximidad de los colonos a su patria, con fácil acceso a los mercados y a las simpatías de sus paisanos, y su alejamiento de las plazas mexicanas y del gobierno central. Muy de antemano, pues, se había previsto la crisis; pero nada se había hecho, porque nada podía hacerse, para evitarla; y el golpe no por ser esperado fue menos duro. Se había previsto, y se había aplazado, asimismo, la secesión de México de España, y lo que importaba, históricamente, era el conjunto de circunstancias y la época en que se realizó la ruptura inevitable. La facilidad con que los tejanos consumaron su independencia puso al desnudo la debilidad del gobierno mexicano, y los dueños del poder se afanaron en defenderse desviando el cargo en el sentido contrario, en el sentido fatídico previsto por el Conde de Aranda al señalar a la naciente República del Norte como el poder prepotente destinado a precipitar tarde o temprano la desintegración de México.

Al igual que sus antepasados, los borbones mexicanos vieron la advertencia en el cuadrante del Norte. La guerra en esta tierra de nadie no se había librado en el vacío; se había librado en los límites y en el temor, de un vecino cuya sombra se había extendido sobre el territorio desde la misma Independencia. Hidalgo cayó preso, camino a la frontera, buscando auxilio en la República vecina; un año más tarde, los insurgentes recibieron y rechazaron la oferta de incorporar la colonia a la Unión Norteamericana. Conseguida la liberación independientemente,

las relaciones entre los dos pueblos se desarrollaron en el mismo sentido. Aranda había predicho que la expansión de la potencia preponderante se realizaría, sea por propaganda, sea por conquista, y los mexicanos se pusieron en guardia contra ambos peligros. Efectivamente, el primer ministro norteamericano acreditado ante la República realizó una labor de propaganda tan asidua en favor de los liberales que resultó *persona non grata* para los conservadores y fue retirado por haberse metido en la política interior del país. El segundo se hizo odioso a ambos bandos por su obstinación en conseguir mediante todos los medios a su alcance —intrigas, soborno, zalamería y bravatas, y a pesar de repulsas constantes— la venta de Tejas y de una faja de la costa californiana; fue retirado también. Desde entonces se había archivado el problema tejano; pero seis años más tarde, al estallar la rebelión, no era difícil suponer, pese a la neutralidad del gobierno norteamericano, que ni la iniciación ni el desenlace de la campaña eran espontáneos; y la credulidad creció con la sombra.

Al iniciarse la guerra, el gobierno se lanzó a la lucha sin tomar en cuenta los riesgos que entrañaba; pero la previsión se despertó con la derrota y se manifestó con el luto y la alarma nacionales. Las miras del gobierno norteamericano, tan notorias antes de la guerra, se anunciaron más amplias con la separación de Tejas: apenas terminadas las hostilidades, el tercer ministro norteamericano propuso la venta de California y del territorio de Nuevo México, y la oligarquía aprovechó los designios del vecino para su propia defensa. Con el patriotismo se salvaban todos los pecados políticos. Si la guerra de Tejas salvó al gobierno de la reforma social, al iniciarse la campaña, mejor provecho los conservadores sacaron aún del desastre. El comentario más cruel, quizás, y más revelador del estado de la nación, fue la conducta de Lorenzo de Zavala, un reformador decepcionado que hizo causa común con los insurrectos, anteponiendo la posibilidad de libertad bajo una bandera extranjera a la certeza de degeneración bajo la suya propia. Era una forma de patriotismo que distaba mucho del concepto convencional y del criterio de la clase dirigente: el suyo, arraigado en el instinto de posesión, se reducía a la integridad territorial, pero bastaba para encubrir la pérdida de Tejas con un velo de luto patriótico, arrebujar una República desabrigada en los amplios pliegues de la bandera nacional, y fomentar el recelo al vecino hasta convertirlo en una obsesión que no tardó en verificarse. Porque el problema de Tejas, a pesar de la derrota, quedó en pie. La República independiente de Tejas,

reconocida por los Estados Unidos pero no por México, que se negó a reconocer el hecho consumado o a ceder sus derechos sobre la provincia irredenta, era demasiado débil para sostener su posición de Estado provisional entre dos vecinos insomnes y se transformó en foco de agitación en ambos lados de la frontera. La tensión se prolongó por ocho años y en 1845 vino la solución inevitable. Los Estados Unidos se anexaron Tejas. El gobierno mexicano ya había declarado que dicho paso provocaría la guerra, y el problema resuelto, sumamente agravado con el transcurso del tiempo, precipitó una crisis interna y externa, infinitamente más grave que la de 1835, resucitándola y agigantándola.

De nada había servido a los borbones mexicanos la advertencia de 1835. La repetición de la crisis encontró al país tan impreparado como antes, paralizado por la impericia y la miseria endémicas y la inestabilidad indomable, con la agravante de que las grandes potencias, irritadas por las vejaciones a sus nacionales, se impacientaban, y una —Francia— ya había mandado una expedición punitiva a Veracruz. La misma oligarquía incorregible dirigía el mismo Estado anárquico, con el acompañamiento de los mismos pronunciamientos periódicos —revoluciones sólo de nombre— que barajaban personas y programas sin tocar los cimientos sociales: el desbarajuste bullicioso, inútil, incesante, denunciaba el burbujeo irreductible de una sociedad sofocada, estancada, cuyos medios de subsistencia, acaparados por los organismos parásitos y absorbentes de la Iglesia y del Ejército, se consumían sin provecho para la salud pública. Todavía feudal la agricultura; explotados el comercio, la industria, la minería, por extranjeros que explotaban el país; y con un decenio de desorden acumulando la deuda pasiva, la nación vivía del extranjero, que sostenía sus gobiernos efímeros con los ingresos aduanales, siempre más mermados por el servicio de la deuda exterior; mientras que el gobierno mismo servía de única industria nacional para los incontables candidatos al presupuesto que alternaban en el poder y aseguraban, en cortos turnos de oportunistas, un desgobierno perenne, con un déficit cada vez más insondable, y bajo la carga de una deuda exterior siempre en aumento, y una cuenta corriente desde tiempo atrás por daños y perjuicios al extranjero, ocasionada por su funcionamiento turbulento: tal era todavía la condición normal de la República Mexicana diez años después de la guerra de Tejas. No obstante, en tales condiciones y en defensa de los derechos ultrajados de la nación, los Arandas de México se

lanzaron a la guerra con los Estados Unidos.

Pero les quedaba, como siempre, Santa Anna. Durante aquella década inválida, el caudillo caído se había recuperado poco a poco de la desgracia de 1835, aunque a duras penas y sin rehabilitarse por completo. En 1838, salió de la encerrona en su finca y sacrificó una pierna a la patria, desafiando a los franceses que bombardearon Veracruz para cobrar una indemnización. La patria, agradecida, conservó el miembro. En 1841 se enfiló en un cuartelazo contra el gobierno y subió al poder, como Presidente-Dictador, en hombros de los amotinados y con el apoyo del clero; pero no tardó en tropezar con la dificultad que derrocaba todos los gobiernos clérigo-militares en turno. Gobernar con el clero resultaba tan difícil como gobernar sin él, y le tocó el turno de pasar por la regular experiencia. El clero, siempre dispuesto a fraguar la revuelta, pero renuente a financiar al gobierno, le cerró la mano y Santa Anna, abandonado a sus propios recursos, exacerbó la dictadura con la ostentación de la arbitrariedad, la persecución de los contrarios, y una orgía de corrupción y despilfarro. En 1843, derribado a su vez, salió del país bajo una turbonada de denuestos, vituperado por todos los bandos que había abrazado, aprovechado y abandonado en turno. Al huir a La Habana, parecía irremisiblemente terminada su carrera política; pero, boyante e insumergible, su buena estrella volvió a brillar entre las nubes que se amontonaban con la anexión de Tejas. La crisis le brindaba la oportunidad de otra vuelta patriótica; pero antes de beber el vino, se cauteló contra la cuba. Siendo a todas luces desesperada una guerra con los Estados Unidos, ¿no valía la pena —no sería, bien entendido, más patriótico— asentar un pacto antes de asestar el golpe? En México también se pensaba en parar el golpe, pero la exaltación patriótica vedaba la solución sensata. Santa Anna tuvo más decisión en Cuba y mandó un emisario a Washington con la proposición de vender todo el territorio al norte del Río Grande y del Colorado del oeste por treinta millones de dólares. La respuesta era favorable, siempre y cuando las autoridades responsables en México hicieran la oferta, pero como ningún gobierno podía cumplir con la condición y conservar el poder en México, el comisionado propuso que lo más conveniente sería, según su patrón, que los Estados Unidos mandasen una fuerza suficiente al Río Grande y una flotilla a Veracruz antes de descubrirse el pastel. Sobre esta base se llegó a un entendimiento preliminar. Santa Anna convino en negociar a cambio del apoyo norteamericano, y comunicó a Washington algunas

indicaciones específicas para la maniobra. El entendimiento le aseguraba varias ventajas, facilitando un arreglo satisfactorio en el caso de una derrota, y dejándole las manos libres para emprender las hostilidades en serio mientras le pareciera posible defender el suelo patrio en buena lid; y de todos modos no pasaba de ser un pacto de caballeros. Pero quedaba todavía un obstáculo que salvar, todo dependía de su vuelta a México, y en México su crédito estaba tan bajo que tuvo que aprovechar el primer pase, de dondequiera que viniera. El pase le fue facilitado por otro quebrado político: Gómez Farías.

Durante esa década mortal el reformador no se había recuperado de su derrota en 1834, pero tampoco se había dado por vencido. «Cuando se ha emprendido y comenzado un cambio social, es necesario no volver los ojos atrás hasta dejarlo completo, ni pararse en poner fuera de combate a las personas que a él se oponen, cualquiera que sea su clase, de lo contrario, se carga con la responsabilidad de los innumerables males de la *tentativa* que se hace sufrir a un pueblo, y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del éxito». El precepto, formulado por el doctor Mora con ecuanimidad filosófica y sangre iría revolucionaria, era sumamente aplicable al decenio próximo pasado en México. La intransigencia compasiva, la inmisericordia racional de una verdad axiomática, estaban más que autorizadas por la experiencia de una sociedad malsana en el intervalo, y sobraba razón para aprovechar la prescripción en 1846; y Gómez Farías no vaciló en aplicar el remedio. La inminencia de la guerra suscitó y llevó hasta el paroxismo todo el resentimiento inerme, todo el ardor patriótico, la mortificación, la confusión, el espanto, y las resoluciones desesperadas de un pueblo consciente, al fin, de su mal; la tensión rompió también el agarradero del gobierno centralista, y los elementos estallaron en agitación caótica; y en la confusión reapareció el viejo radical, resuelto a quitar el poder a los incompetentes quebrados que tanto tiempo habían abusado de su autoridad. Demasiado radical para representar más que una minoría, Gómez Farías necesitaba un aliado dotado de reconocido prestigio popular, y tanto faltaban los taumaturgos en 1846, que el único que sabía la receta era Santa Anna. Los riesgos que entrañaban la alianza eran palpables, pero el apremio no permitía la prudencia. Había que jugar el todo por el todo, y el profesional en apuros dio la mano al proscrito en Cuba, que esperaba el momento en que, con las primeras derrotas, se le reconociera indispensable; lo que no tardó en acontecer. En mayo de 1846, ya invadido el Norte, Gómez Farías

despejó el camino, colaborando con un pronunciamiento que derrocó al gobierno; en agosto llegó Santa Anna, pasando a través del bloqueo de Veracruz, con la venia de Washington, y se puso al frente de la tropa; y en diciembre el caudillo repatriado tomó también las riendas del gobierno, proclamado Presidente por el Congreso, con Gómez Farías en la Vicepresidencia. Así resucitó la Reforma, a los doce años de la derrota inicial, encabezada por el mismo equipo mutilado, gracias a una de aquellas combinaciones que sintentizan a una época, frente a una invasión incontenible, en un esfuerzo tardío, desesperado y supremo para salvar la integridad nacional. Faltaba Mora; faltaba también la pierna perdida de Santa Anna.

También en el torbellino de la crisis llegó Juárez por primera vez a la capital de su patria. Corriendo a la deriva hacia la vorágine de la guerra, la bancarrota y la liquidación, ya era tarde para salvar la cosa pública con los remedios sociales, pero se hizo frente a la emergencia con algunas de las inspiraciones originales del programa, y aunque estas medidas apresuradamente improvisadas distaban mucho de ser el renacer de la Reforma, eran un refulgir en las tinieblas, una señal de siniestro, que despertaron a los patriotas que entrevieron la luz indistintamente en 1834, y que eran aptos para recibir la revelación plena en 1846.

Y Juárez era apto, más que apto, porque si bien conservaba intacta la visión de la Reforma, en su vida política aquella década árida resultó también un lapso sin fruto. En el estancamiento de la vida nacional, la imposibilidad de avanzar impuso penalidades inevitables a todos; nadie era inmune al marasmo, y mucho menos aquellos que más sufrieron del vivir menos, y su reputación ha sufrido algún menoscabo por la parte que tuvo en las miserias comunes de la época. Después del choque con el cura de Loxicha, Juárez abandonó sus actividades políticas, dedicándose exclusivamente a las ocupaciones del bufete y a los quehaceres del Instituto de Ciencias y Artes; pero al cabo de seis años de encerrona, comenzó a recibir del régimen imperante varios nombramientos que han escandalizado a sus censores y apenado a sus amigos. Uno de sus censores clericales se ha empeñado, con un celo digno de mejor causa, en catalogar las diversas administraciones que le dieron empleo, con el propósito de demostrar la flexibilidad de sus convicciones y de afirmar que el político no era más que uno de los logreros vulgares de la época: triunfo estadístico. La imputación, tanto más grata a sus malquerientes por ser la única con que se podía tachar su integridad, ha sido agravada por sus

amigos que la admitieron con pena; de tal modo que se ha acreditado y acrecentado, hasta convertirse en un reproche completamente desproporcionado a su importancia intrínseca, exagerado por la pasión partidaria que ha colocado tanto a sus defensores como sus detractores en el mismo plan provinciano, canon de la cuestión en aquel tiempo, y que sigue siendo el verdadero plan de la polémica.

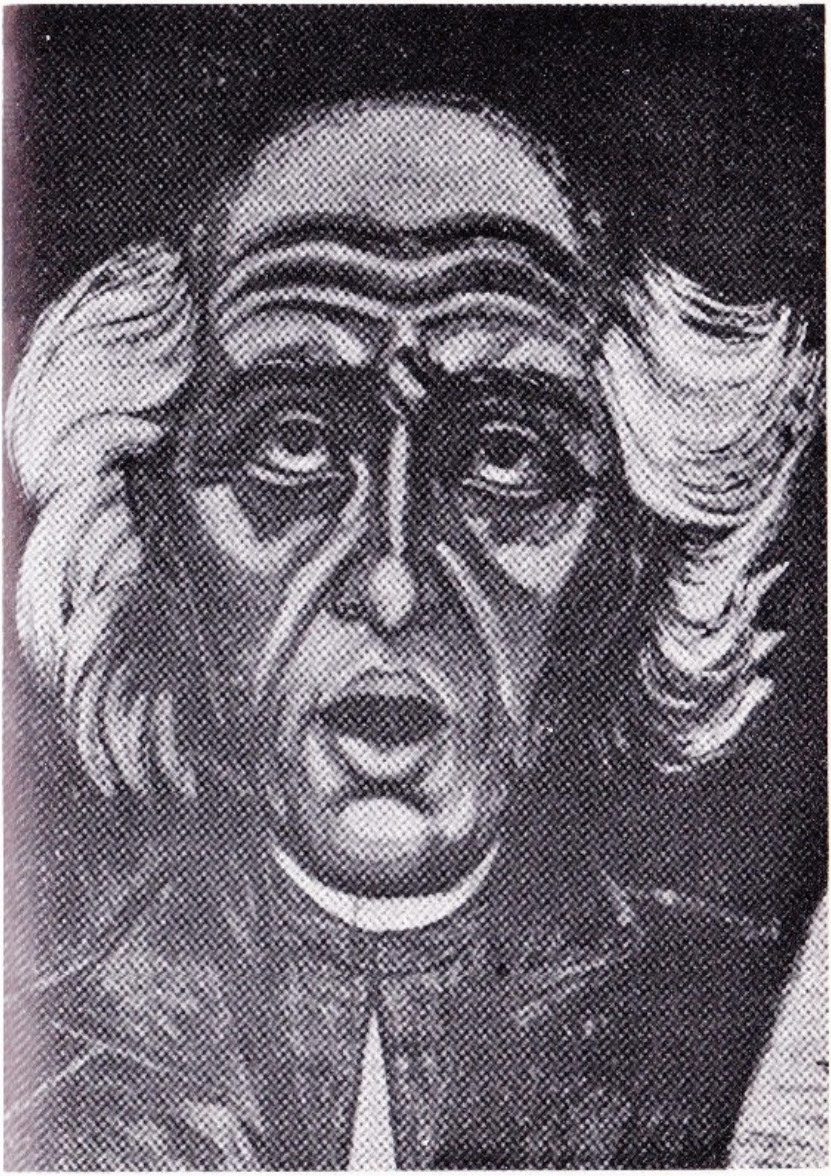
Más aparentes que reales, sus inconsecuencias políticas no pasaban de ser someras concesiones a la conveniencia y a la contemporización. Para sobrevivir el liberal tenía que vivir —motivo vulgar, sin duda, pero bastante imperioso—, si no para satisfacer a sus censores póstumos, sí para convencer a un abogado indigente, con una clientela de pobres, y miembro de un partido desterrado del poder. Nombrado juez de Primera Instancia en 1841, Juárez prestó servicios a la comunidad con una probidad intachable que bastaba para convertir el favor político en beneficio público. Dos años más tarde se casó; y el motivo vulgar cobró fuerza y respetabilidad, porque se casó bien: bien desde el punto de vista social, y mejor todavía desde el punto de vista personal. Su novia era hija de la casa que acogió al muchacho, cuando su fuga de Guelatao, y al cabo de veinticuatro años el robo de la oveja le valió la dicha de su vida. La familia Maza, aunque de origen italiano, se contaba entre los *gachupines* más respetables de Oaxaca, y la gente de bien recibió el enlace con la misma sencillez que Margarita Maza. La joven pintó a su pretendiente con dos palabras que a ambos hicieron honor —«es muy feo, pero muy bueno»— y con esta apreciación le concedió la mano, y le entregó el corazón, consciente de nada más y de nada menos.

Bien establecido en la burguesía de provincia por su matrimonio y su situación profesional, el hijo político de don Antonio Maza tenía la obligación de conservar la respetabilidad del nombre, si no del renombre, de don Benito Juárez. Todo conspiraba para conciliario con el orden imperante, compenetrarlo de sus ventajas y reducirlo, al igual que tantos otros idealistas maduros, al aprecio sensato de lo posible. Un año más tarde fue posible, por ejemplo, aceptar la posición de Secretario de Gobierno, aunque el gobernador era un satélite de Santa Anna, a la sazón en pleno auge de su dictadura clerical. Cuán comprometedor resultó este ascenso lo demuestra la satisfacción de su censor, que cita en serio su firma en una invitación al descubrimiento de un retrato de Santa Anna, en comprobación de su servilidad política. Pero cuando se trató de firmar una orden del gobernador para consignar a los tribunales

a quienes se negaban a pagar los diezmos eclesiásticos, Juárez renunció. Poco le perjudicó su independencia: volvió al foro y a los pocos meses fue nombrado magistrado de la Corte Suprema del Estado.

Sin embargo, las concesiones hechas al conformismo, por pocas e insignificantes que fuesen, le hicieron daño. Un decenio de contemporización era adormecedor, la arena sensata atascaba la corriente viva de la fe, el polvo de la rutina enterraba poco a poco su finada juventud. El mismo transcurso del tiempo era una rémora: el hombre maduro había llegado no a la flor de la edad vigorosa y activa sino a la corpulencia carnal, al pulso lánguido, a la sagacidad gris de los cuarenta, sin justificar la confianza depositada en él hacía tantos años por Miguel Méndez. Liberal constante pero continente, era un hombre sobrio, seguro, casero. La vida conyugal era sedante, la suya era feliz y fecunda, los niños apretaron los lazos, y el padre de familia pasaba por ser un hombre de toda confianza. En 1845 salió electo a la Asamblea Departamental, o sea a la Legislatura del Estado conservadora; pero ya se aproximaban los tiempos nuevos. Al sobrevenir la guerra en 1846, también en la provincia los conservadores perdieron el poder: un motín en Oaxaca, respondiendo al impulso dado por Gómez Farías en el Norte, derribó al gobierno del Estado, y se creó una administración interina encabezada por tres liberales de relieve. Juárez era uno de ellos, en honor a sus antecedentes, pero su figura salió de medio relieve en la terna, y al nombrar un nuevo gobernador, se postuló a uno de sus colegas que se había mostrado a la vez liberal y activo. Acomodándose a la vida, había sobrevivido; pero no era posible seguir pasándola con impunidad.

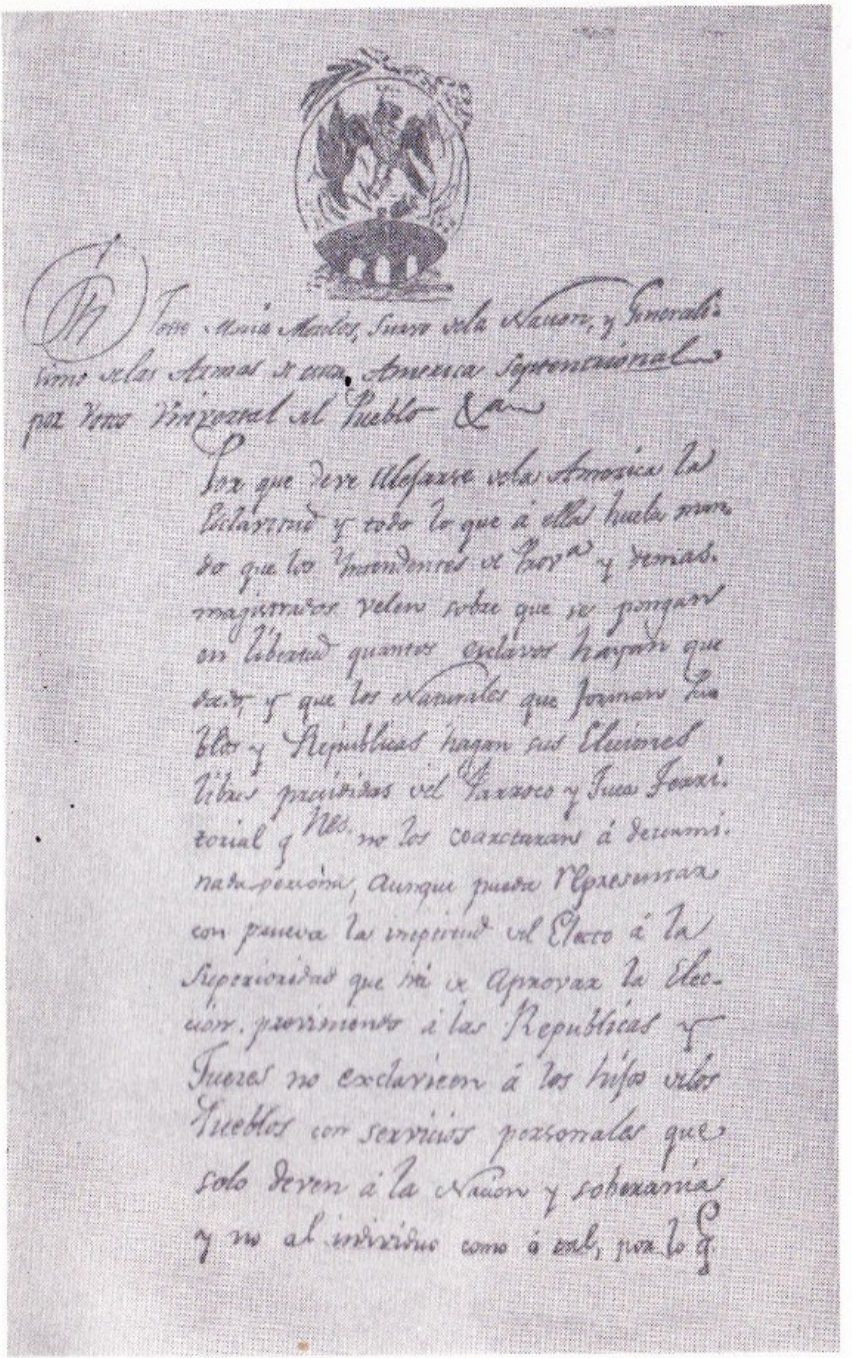
La guerra lo arrancó de sus contemplaciones, llamándolo fuera de la órbita de su patria chica y echándolo bruscamente en la lucha para la supervivencia nacional. Elegido al Congreso de la Unión convocado por Santa Anna para hacer frente a la crisis, Juárez llegó a la capital cuando la nación misma arrostraba la prueba de fuego de la invasión extranjera con la preparación de una provincia atrasada.



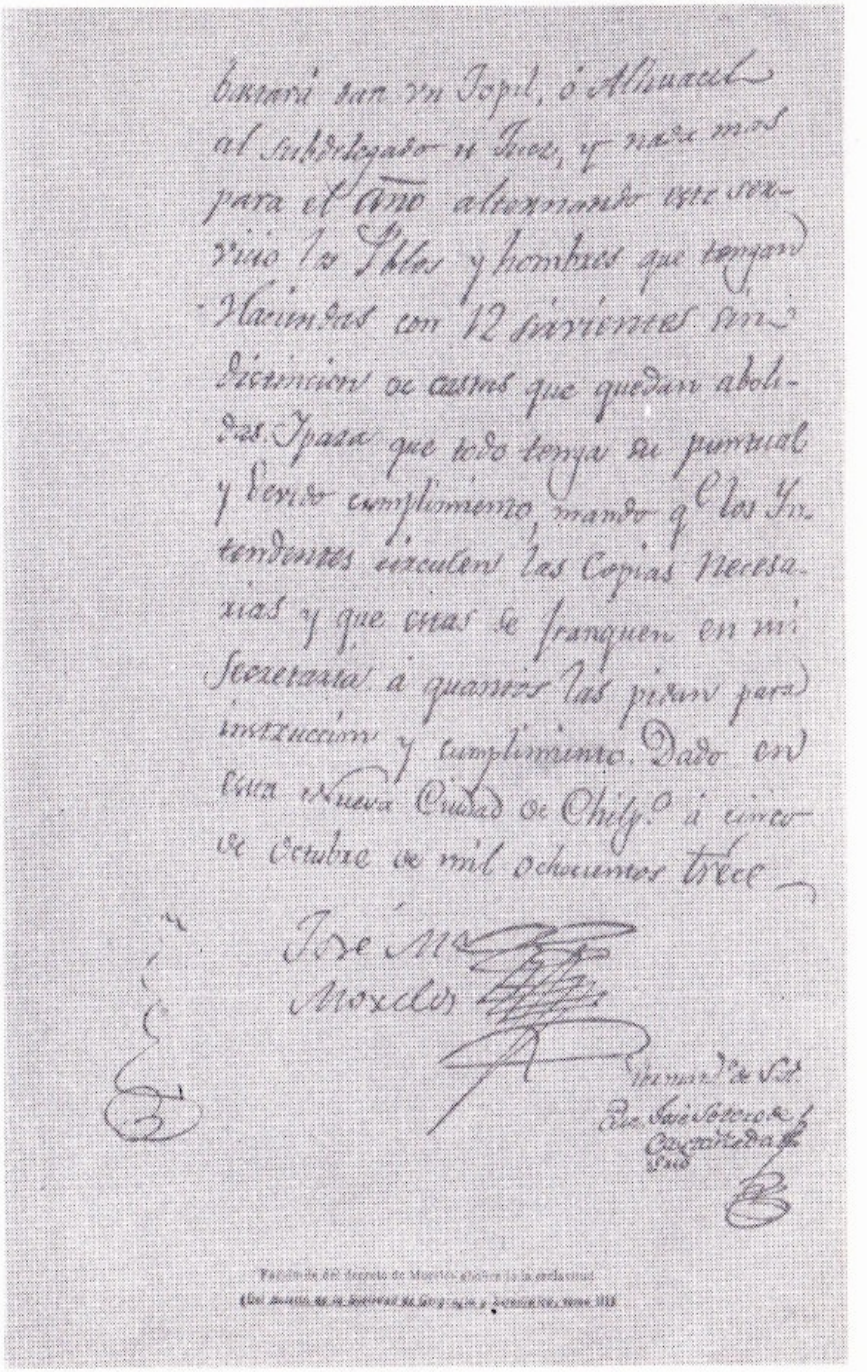
Miguel Hidalgo. Fresco de José Clemente Orozco.

José María Morelos. Retrato anónimo del siglo XIX.

José María Morelos.



Decreto con que Morelos abolió la esclavitud.



Valencia 30 Setiembre de Mil. ochocientos trece
(Dos Rubricas de los Señores Regentes)

Lucas Alamán.

Vicente Guerrero. Retrato anónimo del siglo XIX.

José María Luis Mora. Litografía de Raúl Anguiano.

7

El año terrible, como se denominó el año de 1847 en los anales mexicanos, fue terrible sobre todo porque puso a prueba el patriotismo de un pueblo privado de toda forma de defensa. El patriotismo formal —la forma fatal— ya había dado su fruto fomentando la guerra; el patriotismo popular —la forma pasional— pagó la provocación, presentando el pecho descubierto al enemigo. En enero de 1847 la guerra tenía ya nueve meses de imperar en el Norte; la invasión avanzaba incontenible, hacia el Centro; las fuerzas mexicanas, siempre en repliegue, habían perdido una batalla tras otra; y la patria que no supo dar el pecho a sus propios hijos daba el seno, abundante y sangriento, al norteamericano importuno. Santa Anna se esforzaba por levantar un ejército; todos desconfiaban de su patriotismo profesional, pero sólo Santa Anna sabía animar a la tropa con el arrojo ciego que se necesitaba, y con ese recurso tampoco podía contarse, porque el Santa Anna de 1847 demostraba una prudencia tan anormal que entorpecía el ardor del soldado y acrecentaba la desconfianza del civil; antes de dar la batalla decisiva, se la daba por perdida. Vulnerable por todos los conceptos, Santa Anna lo era, sobre todo, por la falta de recursos; empeñando sus bienes, recurriendo a empréstitos forzosos, apelando a las improvisaciones de siempre, hizo lo posible para evocarlos del vacío. En 1835, con menos apremio, había pellizcado al clero; en 1847, con mayor urgencia, acudió a los mismos extremos, pero delegando la responsabilidad en Gómez Farías y el Congreso, durante su ausencia en campaña. La delegación de Oaxaca, encargada de la iniciativa, presentó al Congreso un proyecto de ley autorizando al gobierno a hipotecar los bienes del clero por valor de 15 millones de pesos. Adoptada contra fuerte oposición, la medida costó caro al gobierno. Seis semanas más tarde, un regimiento de gala, a punto de salir a la defensa de Veracruz, se pronunció en defensa de la Iglesia, paralizando las operaciones por espacio de tres semanas. El empate fue roto por el regreso de Santa Anna del frente, derrotado, pero aclamado en son de triunfo por los rebeldes y saludado por el clero con una acción de gracias. El caudillo anuló la contribución a las arcas de la guerra y expulsó del gobierno al Vicepresidente.

Así terminó, una vez más, la breve y quimérica alianza del reformador y del aventurero, desbaratada por la misma potencia y por las mismas razones que en 1834, pero en circunstancias infinitamente más graves. La revuelta revelaba

tan cínicamente los extremos a los cuales el clero estaba dispuesto a recurrir para salvar sus bienes, que los patriotas ultrajados no tardaron en ampliar la denuncia: en el mismo día en que el motín estalló en la capital, Santa Anna perdió la batalla decisiva en el Norte contra un enemigo numéricamente inferior, y por un margen tan reducido que la derrota, en vez del desacierto acostumbrado, tuvo todas las apariencias de una victoria vendida. Circulaban ya rumores de sus relaciones con el enemigo, y la voz de la calle cobró crédito, porque todo el mundo se daba cuenta de que, en el fondo, la defensa era ficticia. Con la resistencia sólo se salvaba la ficción sagrada del honor, y la traición, más lesiva al sentimiento patriótico que al interés nacional, se transformaba en una culpa común y provocó una defensa conjunta. De modo que hasta los patriotas más recelosos rechazaron la versión de la complicidad del caudillo, y aunque el proyecto de entrega fue divulgado por un periódico norteamericano, en México se atribuyó la especie a la propaganda enemiga, desmoralizadora, y por lo tanto increíble. Negada en una forma, la imputación surgió en otra. El hecho de que Santa Anna perdiera la llave del reino en el Norte al mismo tiempo que el motín clerical paralizaba la defensa de la costa, parecía algo más que una coincidencia fortuita, cuando el caudillo regresó a la capital, aclamado por los rebeldes y el clero, y capituló a sus exigencias; era menos difícil, aunque no menos repugnante, creer que la batalla de La Angostura fracasó en provecho de la Iglesia. Con el motín subvencionado, nada era increíble; y los anticlericales no andaban equivocados al declarar que si la nación era tan vulnerable a la embestida extranjera y se enfrentaba a la lucha con la preparación de una provincia atrasada, eso se debía a que la nación no era, en realidad, más que una provincia atrasada de la Iglesia.

El motín de los *Polkos* —mote popular con que el pueblo tachó a los penitentes devotos y bailarines ágiles que integraban el regimiento rebelde— provocó un escándalo pasajero y dejó un estigma indeleble en la frente de la Iglesia, costando al clero mucho más que el dinero gastado en su defensa. La maniobra era muy cruda en plena guerra, y el cabildo, cediendo a la indignación pública, se apresuró a salvar el cálculo erróneo, facilitando a Santa Anna una cantidad superior a los millones negados a Gómez Farías. El costo en autoridad moral, empero, era irreparable: el crédito de una institución que se negaba a toda obligación civil se derrumbó sin remedio. Nadie salió ileso del trance. Para el reformador, el fracaso puso fin a su carrera. Para el caudillo, fue una capitulación sin provecho que le

entregaba, con las manos atadas, a una corporación sin conciencia pública, y eso en los momentos en que, con la sangre encendida por el ardor bélico, peleaba desesperadamente para sobreponerse a la situación comprometida. Sólo un triunfo sonado era capaz de salvar su desprestigio, y el triunfo eludía todos sus avances, siempre más esforzados cuanto más indefectibles sus derrotas. Pero el más perjudicado era el pueblo. Sin confianza en el caudillo, el pueblo contribuyó con su contingente de sangre y sacó fuerza de la desesperación para conjurar el siniestro con el sacrificio inútil. El Congreso daba el espectáculo acostumbrado de la impotencia parlamentaria, entregado a la confusión y la recriminación de rencillas febriles, como si no hubiera guerra en la agenda —condición mórbida de la cual los miembros se daban cuenta, pero de la cual, como enfermos delirantes o estupefactos aletargados, deliberando bajo una pesadilla, no podían despertar. Con el transcurso del tiempo, todas las fuerzas que se habían coligado desde la Independencia para frustrar la unidad nacional, salieron a la luz, expuestas por la presión de la invasión extranjera: la congestión de los dos grandes cuerpos encumbrados, un clero consagrado al bien propio, bien supremo y sin patria, y un ejército adiestrado a la rebelión; un gobierno en quiebra pactando con ambos; una minoría de patriotas inermes abajo y un conglomerado desmoralizado en el fondo; y sobre todo, y encima de todo, un Santa Anna extremándose por galvanizarlo todo con el magnetismo gastado. Y el derrumbe siguió su curso espasmódicamente.

La guerra se perdió, sin embargo, muy lentamente y con amplias pausas, entre golpe y golpe, propicias a una meditación detenida. Lo que significaba el patriotismo —el patriotismo crítico— para un mexicano culto, dotado de espíritu público, pero exento de partidarismos, puede apreciarse en la correspondencia de un observador independiente, liberal moderado, cuyas apreciaciones trazaron la curva descrita por el ánimo público durante el año siniestro con la precisión de una gráfica. El nombre de José Fernando Ramírez era genérico para una norma de mentalidad suficientemente ilustrada, indeterminada y católica, para asimilar muchas influencias disímbolas y para reflejar en un medio sensible los zigzagueos cotidianos, los puntos agudos y el eclipse final del pulso público en su propia reacción a las varias fases de la catástrofe. Por Gómez Farías no sentía más que impaciencia. «Lo más compacto, lo más ordenado es el partido de Farías, partido de inmensa base, pero poquísima altura»; mas compuesto de

fanáticos, había antagonizado a todo el mundo y llegado al colmo de la exageración. Por los *Polkos* no sentía sino desprecio. «Los escapularios, las medallas, las vendas y los zurrones de reliquias que en docenas pendían del pecho de los pronunciados, especialmente de la sibarita y muelle juventud que forma la clase de nuestros elegantes, habrían hecho creer a cualquiera que no conociera nuestras cosas, que ahí se encontraba un cuerpo de mártires de la fe, que todo serían capaces de sacrificarlo a la incolumidad de su religión», a no ser que todo el mundo sabía que se amotinaron con el único fin de extorsionar al clero. Por el clero sólo sentía —porque sólo eso merecía— la tolerancia despectiva de un mexicano acostumbrado a la mojigatería con que la sotana subvencionaba y santificaba la insubordinación del sable, aunque saboreando la grata sorpresa de verla víctima de su propio chantaje. En cuanto al Congreso, el furor partidarista y pueril de los diputados le desilusionó del sistema representativo en México. «Si no da vuelta, y bien larga, el puro y mero despotismo nos espera; eso es, suponiendo que conservemos una patria». Por Santa Anna expresó un sentimiento de desprecio adulterado de compasión al saber que el caudillo, convencido de su ineptitud, pensaba reclutar voluntarios españoles entre los emigrados carlistas —colmo de las incontables inconsecuencias de la Independencia. «Tarde ha venido el desengaño de que todos, en nuestros respectivos ramos, no pasamos de cabos; pero eso sí, juzgándonos almirantísimos. Si de este golpe sacamos siquiera la enmienda consiguiente al desengaño, no se habría perdido todo. Cualquiera que sea el término de la guerra no es fácil calcularlo, pues triste es decir que nada hay preparado, ni aun para la paz. Por lo demás, creo que la paz se hará, y muy pronto, aunque probablemente para recomenzar nuestras viejas guerras civiles». A tal punto llegó su pesimismo que, cuando el gobierno le ofreció una salida honorable del país —el mejor puesto en el servicio diplomático—, lo rehusó, mortificado. «Mi orgullo de mexicano —dijo— es superior a nuestra misma degradación, que es cuanto hay que decir, y no podré resolverme a representar a un pueblo que por sus insensatas querellas, por su petulancia pueril y su falta de sensatez, no ha sabido ni siquiera defenderse, manifestándose en esto inferior a los mismos irracionales».

Contando los meses hasta la capitulación y el desmembramiento del país, consecuencia previsible de la paz, Ramírez siguió apuntando los progresos de la desintegración interna con cansancio siempre más profundo y con comentarios

cada vez más fragmentarios. En abril, Santa Anna condujo otro ejército al matadero en Cerro Gordo, «sin otro consuelo que el haber salvado el honor», según los primeros informes, pero según los siguientes, ni siquiera con éste. Lo poco que podía salvarse del honor lo salvó el soldado raso, aferrándose al terruño con un derroche de valor convulsivo e irreflexivo, pero en pura pérdida. «Nuestra desgracia de Cerro Gordo ha sido una derrota tan completa como vergonzosa, en que todo se ha perdido sin salvarse nada, absolutamente nada; creo que ni aun la esperanza, último consuelo que los dioses habían dejado en el fondo de la famosa caja. Una pequeña parte de nuestras tropas peleó y murió heroicamente; el resto rindió las armas casi sin defensa, o huyó. Por este lado debemos considerar perdida la moral del soldado, en quien aún el instinto de raza no obra ya en el terror que les inspiran los invasores. En cuanto a recursos, no hay que decir: ni fondos, ni artillería, ni una plaza de reunión o de retirada». Puebla, el antemural de la capital, cayó en mayo, entregada por el clero y abandonada por los habitantes que huyeron al saber que Santa Anna pensaba salvarlos, y algunos altos dignatarios de la Iglesia declararon que si los yanquis respetasen su fe y sus bienes, conforme a los términos de la capitulación, nada habríase perdido con la invasión. Caída Puebla, corría la voz de que el comandante norteamericano usaba sus fondos secretos para ganar al Congreso y llevar la guerra a una conclusión rápida y humanitaria; pero «la perderá el primero que hable de paz, y por esta razón ninguno quiere pronunciar la fatídica palabra». En junio el enemigo llegó al Valle de México y en todas las inmediaciones de la capital se improvisó el último valladar para salvar el honor: concepto defendido a todo trance y purgado con prodigalidad por un puñado de cadetes heroicos en Chapultepec, que cayeron con el credo en la boca, y por sus mayores en Churubusco y Molino del Rey, y por un sinnúmero de proezas individuales sembradas por el pueblo acosado en el camino del invasor. Más y más erráticos y desesperados corrieron los zigzagues en la confusión convulsiva de la batalla culminante librada y abandonada en las afueras de la ciudad por Santa Anna, cuya huida dio un respiro a la población, más hastiada de la defensa que temerosa del enemigo. Durante las últimas fases febriles, Ramírez siguió registrando la catástrofe, hasta el día de la rendición, el día de la liberación, y todavía después, durante la ocupación, cuando, terminada la guerra formal, siguió palpitando otra, populachera y particular, contra los norteamericanos emboscados en los barrios pobres, en lupanares oscuros y contra la peste que acompañaba a la tropa rica de disentería y alivando su mal en

las calles sin drenaje.

Entonces, sumida la plaza en la paz sepulcral del armisticio, se dedicó a revisar el pasado y a pensar en el porvenir, cuentas en mano. Soñando en lo que haría, de ser suya la responsabilidad de recomponer la historia patria, se puso a esbozar sendas utopías. Citó con aprobación «una tan antigua como despreciada máxima política: que los hombres, más que los sistemas, son los que hacen la felicidad de los pueblos y dan un alto renombre a las naciones». Pero tal solución no venía al caso: el sistema personalista acabó con Santa Anna, el caudillismo era una improvisación quebrada, y de todos modos la ciencia política se basaba sobre el promedio humano. En seguida, a falta de hombres capacitados para dirigir a sus semejantes cifró su fe en providencias sociales y proyectó grandes reformas, demasiado recomendables para generalizarse, demasiado sabias para individualizarse; y cuando tocaban a la reforma del clero, las abandonó todas en pro de la unidad nacional. La apatía popular ante la pompa eclesiástica de la Semana Santa le parecía de siniestro augurio: «Este rasgo, que la falsa filosofía creada por nuestros revolucionarios verá como un síntoma de adelanto social, para mí lo es de muerte y destrucción, porque cuando nuestro pueblo no llegue a creer en nada, nada respetará, y es sabido que ninguno puede subsistir cuando la horca es el único término que puede medir la moralidad de las acciones». Para salvar la convivencia social, estaba dispuesto a tolerar la idolatría, la ignorancia, la superstición, la corrupción y todas las lacras sociales, con tal de prevenir la lucha de clases. «Suponga que me hará usted la justicia de creer —protestó en una de las últimas y más ponderadas de sus epístolas— que cuando hablo de reformas de abusos, no pienso romper lanzas con el clero, ni con ninguna otra clase de la sociedad, como podrían imaginarse algunos por las insensatas vulgaridades y aun groseras calumnias propagadas contra mí. La bien sentada reputación de aristócrata que disfruto, debía hacer comprender a muchos que aquella calidad era incompatible con el odio a las clases». Concepto de la aristocracia muy superior, por cierto, a lo corriente; pero en la práctica le llevaba a conclusiones rastreras. Perdida la guerra, por temor de reincidir en las penalidades del pasado, se resignó a volver hacia atrás rindiendo a la realidad, tal y como existía, su desprecio, su desesperación, su ira, sus sueños de reforma; todo en aras de la paz. La realidad fatal derrotaba a la razón tardía, y en su capitulación patriótica, aunque Ramírez tocaba el nadir del nihilismo, no cabe duda de que su reacción concordaba, en

varios grados, con la postración moral del mexicano de tipo medio, en las postrimerías de la guerra.

Tal fue la conclusión que Juárez también sacó de la misma experiencia, aunque en sentido inverso. Su epitafio, aunque tácito, no por eso era menos enfático, y lo expresó en hechos, sin palabras. Durante la guerra su actividad era inconspicua. Fuera de su contribución, como miembro de la delegación de Oaxaca, al apoyar la hipoteca de los bienes eclesiásticos, sólo hizo acto de presencia en el Congreso, y sólo llamó la atención de sus colegas por su «silencio de esfinge»; y en aquel Congreso denunciado por Ramírez por su incompetencia clamorosa, callar equivalía a condenar. Aquéllos eran los días en que un hombre descollaba con sólo cerrar la boca, y su reserva impresionó a los que observaban que ocupaba su curul únicamente para pronunciar un lacónico *sí* o *no* sobre los asuntos del día. Nunca abordó la tribuna, donde los diputados se apodaban, según Ramírez, «con los epítetos de traidores, perversos, corrompidos, que pasaban en fervores escolásticos…». Silencio significativo, atención crítica. De la experiencia adquirida en aquella escuela política, el hombre maduro, presenciando el debate en la actitud de quien calla, de quien piedras apaña, sacó sus propias conclusiones y salió con una percepción profunda de la tendencia de la vida nacional que supo aprovechar, cuando, por fin, le fue posible actuar.

El motín de los *Polkos* provocó un movimiento reflejo en Oaxaca, que se apoderó del gobierno del Estado. Con sus coterráneos en el Congreso de la Unión, Juárez presentó una iniciativa para que se destituyera a las autoridades intrusas, y a fuerza de presión, de regateos parlamentarios y del apoyo de un político influyente, logró la aprobación de la proposición. Pero como Oaxaca proporcionaba al Gobierno Federal una contribución apreciable de elementos de guerra, y el Congreso carecía de medios para hacer efectivo el decreto, la iniciativa quedó en letra muerta hasta agosto de 1847 cuando, firmado ya el armisticio y disperso el Congreso, Juárez regresó a Oaxaca con la delegación del Estado y se unió a sus correligionarios para expulsar del poder a los *Polkos* de provincia. El movimiento triunfó, y por su participación en el empuje, Juárez fue nombrado gobernador interino en noviembre de 1847.

El poder provincial le puso frente a las grandes responsabilidades nacionales. «Lo resuelto con respecto a Oaxaca puede ser de inmensas trascendencias, según el giro que en estos momentos comienzan a tomar las cosas», observó Ramírez, cuando el Congreso adoptó la iniciativa de la

delegación oaxaqueña; y con sobrada razón, porque el giro que tomaban las cosas en aquel momento corría en contra de la cohesión nacional. Cundía ya en los estados una tendencia muy marcada a independizarse de la autoridad central, consecuencia inevitable del derrumbe militar, cuando el poder del Gobierno Supremo no pasaba de ser una ficción formal; pero con una excepción notable, reconocida por Ramírez: «Un solo estado, Oaxaca, se ha mantenido firme, consecuente y aun heroico, facilitando todo, tropas y dinero, en medio de sus angustias». Si Oaxaca demostró un patriotismo tan relevante durante la desintegración de la defensa, de mayor trascendencia fue que aquel Estado excepcional estuviera en condiciones de sustentar a la nación con un ejemplo patriótico en la posguerra, cuando la vorágine, girando al revés, en un vértigo centrífugo, amenazaba con el desmembramiento tanto interno como externo del país. La escisión externa era irremediable: las condiciones de paz imponían la cesión de California, del territorio indefinido de Nuevo México y de un jirón de los estados fronterizos del Norte —condiciones irresistibles en el estado de postración del país. Combatir, pues, la tendencia a la desvinculación interna era la consigna del día: contrarrestar la propensión a la disgregación; resucitar la fuerza moral; iniciar la obra de reconstrucción; conservar la parte para el todo; fomentar la unidad nacional con el estímulo de un Estado eje; fusionar la patria chica con la grande —eso sí era posible, y lo único posible en aquel entonces — y eso fue el norte adoptado por Juárez y la misión a la cual se consagró en los escombros del siniestro. La guerra le impuso, con las responsabilidades de la posguerra, una política conservadora pero positiva y contraria a la actitud rendida a Ramírez, y que habría merecido su aprobación, si el desilusionado hubiese seguido observando la recuperación de Oaxaca y la gestión de su gobernador, inspirada ésta en sanar las heridas de la guerra, evitando las cuestiones candentes, superior al odio de clases, y demostrando lo cierto del dicho de que, más que los sistemas, son los hombres los que determinan el bienestar de los pueblos y dan renombre a las naciones. Pero tardó mucho el mexicano de tipo medio en reconocer la importancia de lo que pasaba en Oaxaca.

8

Asumiendo el poder en el reflujo de la guerra americana, la primera y la más apremiante de las tareas que confrontaba Juárez era la conquista de la paz, y el carácter conservador de su gobierno obedecía a las condiciones en las cuales se originó. Agotados los recursos del Estado con las aportaciones hechas a la guerra —a tal punto que el gobernador tuvo que empeñar al mismo Palacio de Gobierno para hacerse de fondos— y caída la capital de la nación, se temía que la invasión se extendiera hacia el Sur y se hicieran preparativos apresurados de defensa en el estado, preparativos que le aseguraron la ventaja inicial del espíritu público y de la cooperación espontánea e integral de la comunidad, incluso de las autoridades eclesiásticas, que contribuyeron al esfuerzo con prédicas patrióticas en los púlpitos y con campanas de los templos para la fundición de cañones. Apenas pasada la falsa alarma, se asomó la verdadera. Santa Anna, huyendo hacia el Sur, abandonado y repudiado dondequiera que pasaba, solicitó asilo en Oaxaca, y como su aproximación resucitaba la agitación local, Juárez tomó medidas preventivas cerrando las fronteras del estado al germen errante de la lucha civil.

Santa Anna nunca lo perdonó. Años más tarde, rememoraba siempre el golpe como el más cruel de los sinsabores sufridos en aquellos días, porque no sabía explicárselo. Con el resabio en la lengua, escribió, enjugándose la boca llena de Juárez: «Nunca me perdonó haberme servido la mesa en Oaxaca, en diciembre de 1829, con su pie en el suelo, camisa y calzón de manta, en la casa del licenciado don Manuel Embides… Asombraba —añadió — que un indígena de tan baja esfera hubiera figurado en México como todos saben». Aunque acostumbrado a los reveses de la suerte, no llegó a descifrar la carrera incomprensible del criado, sino como otro capricho de la fortuna; pero nunca supo Santa Anna explicarse nada, y hasta el fin de sus días siguió errando ignaro entre los misterios del mundo y los enredos de sus memorias de México —el único mundo que conocía y que creía conocer a fondo, y que lo dejó confundido en 1847. Tanto la memoria —la única facultad que le fue siempre fiel— como la previsión que siempre le faltaba, las dos limitaciones típicas del criollo, impidieron la comprensión de su rechazo por el indígena en aquel año catastrófico. Caído, no vio más que los pies que le sirvieron la mesa en 1829, sin conocer el rostro listo a limpiar la casa en 1847. Los papeles se habían invertido, el criado le cerraba la puerta, y con eso todo quedó dicho. Al llegar a la

frontera de Oaxaca, tocaba los límites de su inteligencia, y el cazador y cazado de la fortuna conservó el recuerdo del desaire con tanto más rencor por ser congénitamente incapaz de comprender que la fortuna era la divinidad de los pueblos primitivos, y de adivinar que el día de las improvisaciones personales tocaba a su fin en México, y que apuntaba otro en que los hombres significarían las fuerzas que personificaban. Pero el culto al caudillaje, al igual que todas las tendencias que sobreviven a su época y a las circunstancias que las fomentan, tardó mucho en morir, y el desgraciado confiaba en la mutabilidad de la suerte para desquitarse, llegada la hora, del advenedizo que, siendo nada en 1829, lo era todo en 1847. Santa Anna sabía volver; y la vida misma no sabe más.

Cinco años duró el gobierno de Juárez en Oaxaca, y la obra realizada en aquel lapso fue la antítesis de todo lo que entendía y personificaba Santa Anna. La administración del estado vino a ser un ejemplo para el país entero, demostrando lo mucho que podía lograrse con civismo, probidad, economía y sabia gestión; porque con tales recursos y con la fama ganada como gobernador de Oaxaca, el indígena de tan baja esfera llegó a figurar en México «como todos saben». Y la demostración asombrosa se realizó queda, paciente… y permanentemente.

Iniciando su gobierno bajo los graves estorbos de la ruina nacional, Juárez no sólo venció sus dificultades, sino las aprovechó movilizando el fervor patriótico de los días de guerra, encauzando su fuerza hacia las tareas pacíficas, manteniéndola al máximo, y conquistando la confianza de todos los sectores sociales tan unánimemente que, al terminar su periodo provisional en 1848, fue reelecto sin oposición al puesto avanzado en el cual se había ganado, en menos de un año, la buena voluntad popular. «Afortunadamente —dijo en su discurso inaugural— no una facción, no el favoritismo, no la entrega, sino la voluntad libre y espontánea de los escogidos del pueblo, me ha colocado en este puesto. No hay, pues, temor que en mi gobierno se oprima a una clase, o a una parcialidad de mis conciudadanos». No fueron estas afirmaciones de circunstancias: en sus manos se había remoldeado la fortuna, ya no la divinidad del azar ni el ídolo de barro de la edad menor, sino una fuerza racional formada y dominada por el hombre. Desde el primer día, su política se inspiró en la conciliación social, y hasta el último cumplió con su compromiso comprensivo, a pesar de muchas tentaciones y más de una provocación para que se apartara del camino que se había trazado.

Abundaban los pretextos. Vino primero la tentación a la cual estaba más susceptible, la parcialidad de su propia raza, al bajar sus paisanos de la sierra para concurrir a su toma de posesión, presentándole con sus parabienes y sus pequeñas ofrendas de frutas, flores y maíz, su amplio tributo de confianza y una petición común. «Usted sabe lo que nos falta y nos lo dará —dijo el portavoz de la delegación— porque es usted bueno y no olvidará que es uno de nosotros». El mandatario respondió a la confianza de los suyos asegurándoles que bien conocía sus necesidades y no había olvidado su origen; y con la promesa de hacer lo posible por su bien, los recibió en su casa donde pernoctaron, acostados en los pasillos; al apuntar el día, todos regresaron a la sierra llevando cada uno en la mano un peso, en garantía del compromiso contraído. Muy propicia la mansión gubernamental —imponente casa colonial, con sus patios, sus columnas labradas, sus amplias escaleras y su crucija de piezas solariegas— para inspirar a sus humildes visitantes sueños dorados, no cabía duda de que todo se cumpliría: por su misma *mismedad* la fortuna había de dispensarles sus mercedes en aquella casa señorial, ya que, mejor que él, se acordaban de su padrecito, yendo al mercado en los tiempos idos y cayendo muerto, un día, en los pasillos del Palacio; y al contemplar al hijo encumbrado, nada más natural, nada más justo que reclamarlo, en cuerpo y alma, por derecho de consanguinidad.

La súplica de su pueblo era de gran peso. Desde la independencia, las masas indígenas habían recaído en el silencio y en la sumisión a un sistema político que, con todos los cambios que aparentaba, permanecía siempre lo mismo para ellos; y sólo de vez en cuando se levantaba una voz de protesta.

En 1827 un satírico decía en su *Testamento político*: «Dejo a los indios en el mismo estado de civilización, libertad y felicidad a que los redujo la conquista, siendo lo más sensible la indiferencia con que los han visto los Congresos, según se puede calcular por las pocas y no muy interesantes sesiones en que se ha tratado sobre ellos desde el primer Congreso». Poco después, haciéndose eco del Pensador Mexicano, el doctor Mora resucitó en serio la burla sangrienta del satírico, esbozando proyectos filantrópicos en favor de la raza callada, con resultados más irrisorios aún en la práctica. Siendo éstas las voces del hombre blanco, urgía que un autóctono diera voz al resentimiento ardiente y a las aspiraciones reprimidas que palpitaban en la resignación aparente de su raza. En 1828 brotó en los barrios pobres de la capital un volante que llevaba por título: *Los indios quieren ser libres y lo serán con justicia*, obra anónima cuyo autor se

identificaba así: «Soy indio; por ellos y con ellos voy a manifestar verdades desnudas de todo follaje»; y que cumplió su palabra, recitando los agravios seculares de su raza con pleno conocimiento de causa. Todas sus dolencias se reducían a una: el robo de «nuestra cara tierra, de la que nunca hemos dudado ser reintegrados en toda su plenitud; siendo esto el sentido común de cuantos indios pueblan este vasto continente. Los indios se hallan en el más doloroso abatimiento y degradación. El color, la ignorancia y la miseria nuestra nos colocan a una distancia infinita de los que no lo son, y el favor de las leyes nos aprovecha tan poco que sus efectos son insignificantes». Con las tierras comunales cediendo cada vez más a la expansión de los grandes latifundios; sin propiedad particular, sin voz pública, sin iniciativa propia, los naturales del país constituían un cuerpo extraño a la población. «Aislados por su idioma y por la forma de gobierno que no entienden, porque nadie se entretiene en explicárselo, se perpetúan en sus costumbres, usos y supersticiones groseras, que procuran mantener misteriosamente en cada pueblo seis o más indios viejos, que viven a expensas del sudor de los otros, dominándolos con el más duro despotismo. Esta concurrencia de causas de todos conocidas, como de todos lamentadas, las constituyen verdaderamente en un estado apático, inerte e indiferente para lo futuro y para casi todo lo que no fomenta las pasiones groseras del momento». De lo mucho de que eran capaces con sólo la posibilidad de cambiar de condición, ya lo habían demostrado al lanzar Hidalgo y los insurgentes el grito de emancipación. Caído Hidalgo en 1811, caído Morelos en 1815, en 1828 cifraban su fe en Guerrero. «Cinco millones de indios que lo cercan esperan muy fundados sólo de él su dicha y su ventura. No queremos, pues, más revoluciones, en las que nosotros hemos hecho el gasto sin fruto… Indio es, por dicho nuestro, el primer hombre de este continente, indios serán, porque es justo, en adelante todos cuantos nos gobiernen; y para que así sea, no apelaremos al bárbaro arbitrio de las revoluciones, que es el remedio de los desesperados. Manténganse en buena hora en sus puestos y destinos los que ya lo están; pero, en lo sucesivo, las vacantes se proveerán precisamente en indios de instrucción, que no faltan, para toda clase de colocaciones. De esta manera únicamente desaparecerá la multitud de sanguijuelas que comienzan a rodear a nuestro futuro Presidente. De este modo se terminarán para siempre las convulsiones políticas movidas por esos mismos que hasta hoy han causado a la Nación males de incalculable tamaño y de trascendencias muy funestas; de este modo se cumplirán los

vaticinios de nuestros hombres célebres, que pronosticaron la conquista de este suelo por sus legítimos dueños; y de este modo, en fin, se cumplirán también los deseos de ese Dios bueno que manda: se restituyera al César lo que era del César, y a Dios lo que era de Dios».

Pero todas estas visiones exaltadas y estos rencores profundos, fluctuando entre la protesta racial y la condición social, entre la vanagloria atávica y la mansedumbre cristiana, y tan cándidamente razonadas, cayeron con Guerrero, blanco de las armas blancas en el cuartel-convento de Oaxaca; y los anhelos de la raza callada no se oyeron más en la tierra, hasta que en 1848, con el ascenso de otro hermano de sangre, surgieron y rodearon a otro redentor potencial que el pueblo reclamaba como su cacique. Fuerte hubiera sido la tentación, si no hubiese sido falaz. El mandatario se salvó de la seducción con el sentido común bien entendido, respondiendo a la súplica de su raza del mismo modo con que la Providencia Divina cumple las peticiones humanas, con medios que los hombres no siempre reconocen para su bien: ni por favores especiales, ni por reformas agrarias, ni por reivindicaciones raciales, ni con providencias parciales, sino con solicitud universal, fomentando su asimilación social y mejorando el nivel general de la vida, confiado en que el beneficio común acabaría por filtrarse poco a poco hasta el fondo, redimiendo con el tiempo su peso en prenda.

Levantar ese nivel fue todo su sistema de gobierno. La educación, mejora de la cual él mismo daba la prueba patente, latía en su pecho, y con este remedio extendió la mano derecha a su pueblo. «Hijo del pueblo —reiteró en su segundo discurso inaugural—, yo no lo olvidaré; por el contrario, sostendré sus derechos, cuidaré de que se ilustre, se engrandezca y se cree un porvenir y que abandone la carrera de desorden, de los vicios y de la miseria, a que lo han conducido los hombres que sólo con sus palabras se dicen sus amigos y libertadores, pero que con sus hechos son sus más crueles tiranos». Y cumplió su palabra. La instrucción popular era el ramo de gobierno en el cual alcanzó los mayores progresos difundiéndola en los distritos rurales, aumentando las 475 escuelas ya existentes con otras 50, subvencionando al Instituto, estableciendo dos sucursales en la serranía, y fomentando sobre todo la ilustración de la mujer como función imprescindible del sistema escolar. «Formar a la mujer, con todas las recomendaciones que exige su necesaria y elevada misión —declaró—; es formar el germen fecundo de regeneración y mejora social».

Sin embargo, fue el primero en reconocer que no alcanzó la meta y que, dando la mano, había que dar el brazo: en sus informes a la Legislatura subrayó siempre el error de ver en la educación una panacea popular e insistió en la causa fundamental de sus deficiencias. «Esta causa es la miseria pública. El hombre que carece de lo preciso para alimentar a su familia, ve la instrucción de sus hijos como un bien muy remoto, o como un obstáculo para conseguir el sustento diario. En vez de destinarlos a la escuela, se sirve de ellos para el cuidado de la casa o para alquilar su débil trabajo personal, con qué poder aliviar un tanto el peso de la miseria que lo agobia. Si ese hombre tuviera algunas comodidades; si su trabajo diario le produjera alguna utilidad, él cuidaría de que sus hijos se educasen y recibiesen una instrucción sólida en cualquiera de los ramos del saber humano. El deseo de saber y de ilustrarse es innato en el corazón humano. Quítense las trabas que la miseria y el despotismo le oponen; y él se ilustrará naturalmente, aun cuando no se le dé una protección directa».

Si la educación no había de resultar un fetiche, o un sanalotodo, ¿cuál era, pues, el remedio? ¿La revolución? No: las vías comerciales. «Yo veo que es fácil destruir las causas de esa miseria. Facilitemos nuestra comunicación con el extranjero y con los demás estados de la República, abriendo nuestros puertos y nuestros caminos; dejemos que los efectos y frutos de primera necesidad, de utilidad, y aun los de lujo, se introduzcan sin gravámenes ni trabas, y entonces lo habremos logrado todo». Con tal finalidad inició un programa de obras públicas, y dos piedras miliares señalaron sus progresos por aquel rumbo: la rehabilitación de un puerto abandonado en el Pacífico y la construcción de un camino a Tehuacán; el último no fue cumplido por falta de fondos, pero la carretera al Pacífico llegó al puerto gracias a una demostración de civismo sin precedente en la comarca. Los párrocos colaboraron con las autoridades reclutando voluntarios para la ruta; los peones construyeron el camino de su redención a cambio de exención del odiado servicio militar; y varios individuos acomodados contribuyeron a los gastos de la nueva panacea.

Solemne fue el día de la inauguración del puerto de Huautla, siendo la concurrencia del clero una, y no la menor, entre muchas otras indicaciones del progreso alcanzado; se celebró la misa al aire libre, bajo los mismos cielos, ya no bajo la planta del pie; y el corresponsal de la capital alcanzó un vuelo lírico al evocar el momento en que «por primera vez en cerca de trescientos años, se elevó de nuevo en este lugar la Hostia

Sagrada al mismo Jesucristo, a presencia del mar que en admirable calma parecía rendir a su modo un culto de adoración y respeto al Autor de la Naturaleza, que otra vez hizo resplandecer su poder en él, desde el cual se dejó admirar por una de sus obras más sorprendentes». Tal como los pioneros en Darién, camino a todas las conquistas, los asistentes contemplaron el mar pacífico con admirable calma también, y nadie se sorprendió de la marca ya superada por el autor de la obra al lograr la participación del clero en el servicio público. Para tal milagro no había admiración: se lo daba por supuesto. Las solemnidades terminaron con la consagración, el mismo día, de una capilla y de una escuela en las orillas del océano sonoro; y al regresar a Oaxaca, el arzobispo y el Cabildo recibieron a la comitiva oficial con sus felicitaciones más cordiales y rindieron tributo a «la eficacia característica» del gobernador, que había realizado una obra tan benéfica, y a la cual se asociaron, gozosos y gratuitamente.

Amén de caminos y puertos, había otros óbices que vencer para abrir el estado al mundo externo. El sistema anticuado de las alcabalas, legado de la Colonia, era una traba inquebrantable, pese a las frecuentes instancias del gobernador a favor del comercio libre; pero dentro de los límites infranqueables de la tradición y de la inercia seculares, siguió perseverando, cultivando cada pedacito de lo posible. En un estado agrícola, padeciendo la depresión prolongada de la posguerra, el gobernador labriego introdujo la rotación de cultivos, complementando al algodón y al maíz con el tabaco, y resucitó la industria minera con la fundación de una casa de moneda, a pesar de la oposición de un monopolio extranjero, apoyado por el Gobierno Federal. Tanto sus adelantos como sus fracasos eran tanteos que no llegaron siempre a la meta, pero que siempre se repitieron… La constante atención prestada al progreso económico en sus informes oficiales indicaba su preocupación incansable por las mejoras materiales, única alternativa de la fricción social; y el índice más sensible de sus adelantos era su obra financiera.

Al encargarse del poder en 1847, Juárez encontró el erario exhausto; al retirarse en 1852, dejó casi cubierto el déficit. Si el balance no fue totalmente favorable, fue por motivo de los gastos ocasionados por la represión de motines militares —consecuencia inevitable del retorno a la normalidad— y por erogaciones extraordinarias provocadas por una epidemia de cólera morbo. Empero, siempre se descuentan las calamidades divinas o humanas, tratándose del promedio de rendimiento de

un gobierno, y el término medio era muy elevado. El Estado era solvente. La corrupción la atacó en la raíz. La plaga de la *empleomanía* cedió poco a poco, y algo parecido a una cura se realizó insensiblemente, por el simple recurso de exigir capacidad e industria, en vez de merecimientos políticos, de los empleados públicos. La depresión contribuyó a la reforma: el botín oficial carecía de aliciente, faltando el peculio: «En otra época que no fuera de transición y de prueba, como la presente, yo habría rehusado el distinguido honor con que me veo abrumado, aun cuando apareciera marcado con la nota de egoísta —dijo Juárez al tomar las riendas del gobierno por primera vez—. Pero hoy que el poder no tiene los atractivos ni los encantos que lisonjean el amor propio en días de calma y de bienandanza; hoy que las fuentes del erario se ven agotadas y relajados los resortes de la moral, por consecuencia de nuestras revueltas intestinas; hoy, en fin, que el injusto invasor ocupa la capital de la República y amaga con la conquista completa de nuestro territorio, la primera magistratura del Estado no es más que un puesto avanzado de inminente peligro y una pesada carga que sólo produce desvelos, fatigas y sinsabores».

No tenía, ni entonces ni más tarde, otra recompensa que ofrecer a los subalternos de su gobierno, y los empleados aprendieron la disciplina, la competencia y la economía con su ejemplo, que acallaba toda queja. Todas las mañanas, a las 9 en punto, los funcionarios regulaban el reloj por su llegada al Palacio, y las horas largas y laboriosas de la jornada transcurrían sin descanso, toda la fuerza oficial trabajando al ritmo del jefe. La cómoda indolencia de otrora, los recreos gregarios, las charlas interdepartamentales, la ociosidad oficial que aliviaba la actividad oficial, y las horas corridas que compensaban el salario mínimo, todo se cambió para merecer su favor; y su favor era gratuito. En cambio, una burocracia reorganizada con rígida disciplina y pago regular ganó, del gerente que hizo andar la maquinaria, una conciencia nueva de lo que significaba el servicio público; y el público, por primera vez en muchos años de gobierno y desgobierno, experimentó la satisfacción de verse regido de veras. De no haber logrado más, Juárez hubiera merecido el reconocimiento de la patria; pero habría pasado a la posteridad como el más benemérito de los burócratas. Realizó más. Con su gestión prudente logró producir en su taller político innovaciones sólo posibles bajo una administración sin sectarismos. Acogiendo colaboradores de todos los bandos, su eclecticismo le valió el vigor de su régimen, coeficiente de su versatilidad al servir a todos los regímenes anteriores. Su misma

contemporización resultó provechosa y el hombre que había obtenido la confianza de todos supo unificar al público y conducirlo con su característica eficacia hacia metas que permanecieron insospechadas hasta el momento en que las superó. A un radical declarado se le hubieran negado las modificaciones más inofensivas, y las incursiones que realizó en el orden inmutable pasaron inadvertidas, porque dejaron intactas las instituciones intocables y evitaban los obstáculos insuperables. No intentó nada imposible; pero impulsando siempre lo posible, ensanchó lentamente los confines de lo factible.

Y todo se realizó con los medios más simples y más obvios. Nada radical, ni espectacular, ni original, había en los informes periódicos que rendía el gobernador metódico sobre la obra en marcha: nada más que la moralidad casera y el sentido común más elemental. Ni su verbo ni su obra eran revolucionarios, y por lo tanto los doctrinarios radicales de épocas posteriores han censurado tanto las miras como los medios de su gobierno del estado. En particular, les escandalizaron sus relaciones con la Iglesia. Tenían éstas el carácter correcto y ortodoxo, constantemente reconocido en la correspondencia cruzada entre ambos poderes, marcada por el sello de *Gobierno de Oaxaca* de una parte, y de la otra por el timbre de *Gobierno Eclesiástico de Oaxaca*: eco redundante de sus relaciones equilibradas, regidas por el carácter de su tarea gubernamental. El progreso, aun en la modesta medida emprendida, hubiera sido imposible contrariando al clero; le fue facilitado por la colaboración del otro poder en todas las fases importantes de su esfuerzo. La Iglesia correspondió a su cordura: respondió cuando le pidió cañones y sermones patrióticos para la defensa del estado; respondió cuando le solicitó ayuda en la vía trazada; respondió movilizando a los fieles para construir sus caminos; respondió patrocinando su puerto y bendiciendo su beneficencia; respondió con asilos, enfermeros y facilidades de toda clase, cuando el cólera morbo diezmaba la población; respondió, respondió, respondió con cada toque de ánimas a todas las llamadas sonoras del siglo, y enhorabuena, ya que el clero recobraba así su función social y algo del prestigio perdido y de la categoría ganada en los albores de la Colonia, cuando la Iglesia cumplía su misión evangélica, y no se había corrompido aún el celo civilizador con la atrofia de la inactividad y del ocio.

La asociación era provechosa y la Iglesia ganó en vigor moral con la estimulación de sus energías soñolientas, incluso cuando se despertaban con la fricción; pues fricción la había de vez en

cuando, y en tales ocasiones el Primer Magistrado se encaraba con el otro gobierno haciéndole presente sus obligaciones prístinas y sus responsabilidades contemporáneas. Cuando una confraternidad le negó el permiso de convertir un patio desocupado de su convento en un taller destinado a la rehabilitación de los presidiarios, el socio civil llevó la disputa a la autoridad competente, denunciándola ante la opinión pública. «La sociedad —decía— y la civilización harán el cargo a quien corresponda». La sociedad, sinónima de Dios, manifestación del Creador en la obra de la criatura, si tal no era todavía su creencia consciente, fue por lo menos la fe implícita que dictaba su obra social y que practicaba religiosamente dentro de los límites señalados y con las transacciones impuestas por las convenciones sociales. Porque, por supuesto, no faltaba el revés de la medalla. La colaboración del clero importaba el precio correspondiente y el gobernador lo pagó. Las concesiones hechas al conformismo eran, en general, de un carácter ceremonioso y formal. Cuando la peste azotó a Oaxaca, el gobernador encabezó las procesiones religiosas y asistió a las funciones solemnes de intercesión en la Catedral: formalidades oficiales tachadas por uno de sus detractores de condescendencia crasa a las prácticas supersticiosas del vulgo; pero cuando las observancias piadosas chocaron con las prácticas sanitarias, el gobernador supo oficiar con un ejemplo más eficiente. Por deferencia a una de las leyes de Reforma de 1834 que prohibía la inhumación en los templos —ley nulificada «por prejuicio en detrimento de la salud pública»—, el mandatario liberal aprovechó la ocasión para sepultar a una de sus hijas, muerta en la epidemia, en el cementerio público. A veces, empero, se aproximaba al sepelio de su propio pasado. Por deferencia a la salud eclesiástica, se prestó a la censura de los libros prohibidos y llevó la complacencia hasta prohibir la circulación de un opúsculo que no estaba a la venta en el estado. El precio, por lo común, era razonable. Pero el acomodamiento más grave, sin duda, era el apoyo prestado al otro gobierno en el cobro de las obvenciones parroquiales: concesión que el gobernante defendió citando la ley y demostrando la legitimidad de las exigencias del clero con un alarde de ciencia seminarista; «porque, como cultivadores de la viña, deben alimentarse de sus frutos; porque, como operarios en el espiritual, son dignos de sustento temporal; porque…». El *porque* reproducía, palabra por palabra, el dictamen del gobernador de quien se había separado, por el mismo motivo, en los días de la dictadura clerical de Santa Anna; pero se sinceró diciendo que «un sistema democrático y eminentemente liberal, como el que

nos rige, tiene por base esencial la observancia estricta de la ley. Ni el capricho de un hombre solo, ni el interés de ciertas clases de la sociedad forman su esencia... por consiguiente, está lejos de comprender cualquier ciudadano que se cree protegido por él para faltar a su deber o barrenar la ley. El puntual cumplimiento del primero y el profundo respeto y observancia de la segunda, forman el carácter del verdadero liberal, del mejor republicano». Los publicanos aprobaron el fallo. La circular fijando su posición, sellada con la fórmula oficial. *Dios y Libertad*, fue debidamente agradecida por el obispo de Oaxaca: el prelado convino en todas sus conclusiones, profesó su fe en el sistema federal —«el que llevado a cabo por la mano certera y eficaz de V. E. es muy capaz de llevamos a la felicidad»— y reafirmó su apoyo para los puertos y los caminos vecinales, «los que secundaré por mi parte, repitiendo a las parroquias cordilleras sobre auxilio para tan importante obra». Si resultaba cara la colaboración del clero, también lo era la construcción de caminos.

«En todo lo que se ha publicado bajo la firma de Juárez desde que nació hasta 1859 —insiste su censor— no hay una palabra que pruebe que su pensamiento proyectaba grandes transformaciones... No hay nada que pruebe en él ideas de revolucionario, temperamento de reformador, filosofía de misionero de alguna gran causa que debiera imponerse a su país por medio de rayos y centellas... Por el contrario, siempre que se sigue el desarrollo del pensamiento de Juárez en sus escritos de Oaxaca, si es que son suyos, pues siempre fue muy poco rutilante, se siente el movimiento apacible de sus ideas oficiales, la apatía de su conciencia, exenta de rencores contra el pasado, contra sus monumentos, contra sus instituciones... Para Juárez no faltan reformas a la religión o a la unión perfecta del Estado y de la Iglesia. Todas las cosas existentes en su momento histórico son buenas para él; todo lo que en ellas se levanta es digno de respeto; y a los oaxaqueños para ser felices sólo les falta cesar en sus divisiones, amarse los unos a los otros, fusionarse tiernamente dentro de lo bueno y bello existente, conocer su deber sencillo y fácil, que indica no turbar la paz jamás, y estar dispuesto a sacrificar su vida cuando la patria esté en peligro por la codicia de invasores extranjeros... Juárez alcanzó la edad de cuarenta y seis años sin ser más que un buen hombre, afable burócrata con inclinaciones a patriarca; una cariñosa oveja, muy apegada a su lana del rebaño del Buen Pastor... Su inteligencia era mediana y su instrucción insignificante; y en consecuencia, en vez de adelantarse a su

época, debía ser uno de sus más caracterizados moluscos».

Más adelante de su época no lo estaba; se sincronizaba a la hora histórica marchando con el mismo ritmo. Sobre el punto espinoso de los impuestos eclesiásticos, marcó el paso. Que era un punto sensible, lo confesó, debatiéndolo con las razones que motivaron su fallo: las quejas continuas de los curas, «la resistencia o morosidad de los feligreses al pago de las obvenciones», la santidad inviolable de la ley: apología discreta, que aseguraba la responsabilidad del funcionario público, pero que dejaba sin defensa la reforma social eludida. Aunque se negó a autorizar los abusos, se negó también a tolerar la violación de la ley; y aunque exhortaba a las autoridades eclesiásticas a que regulasen las cuotas convenientemente, dejaba a la discreción del otro gobierno la corrección de las irregularidades; de modo que los curas de Loxicha triunfaron, de hecho y de derecho, en toda la extensión de la línea campal. La batalla dada antes de la guerra, y la convicción de que la sociedad nunca prosperaría con la alianza de los poderes públicos y las clases privilegiadas, y la promesa de extirpar su complicidad al llegar la hora propicia, y la fe de su pueblo, y su peso en prenda; todo quedó comprometido por el triunfo de la conciliación social, la estabilidad del *statu quo*, la superioridad al odio de clase, y una política imparcial que garantizaba amplia libertad a los zorrillos para hacer a placer en la viña del Señor. Y por una coincidencia cruel, mientras Juárez echaba los latines legales a los ubicuos curas de Loxicha, comenzaba ya a rebullir el pulso del tiempo; y su comtempprización fue subrayada de repente por un incidente que vino a marcar la vuelta del siglo más allá de los confines de su estado neutral.

En 1851 se agitaba el mismo problema en Michoacán, gracias a una polémica clamorosa entre un párroco y un ex gobernador del estado, don Melchor Ocampo. La polémica tuvo su origen en un caso corriente. El párroco de Maravatío se negó a enterrar a un difunto que en vida fue un pobre peón y que dejó a una mujer sin recursos para pagar la cuota; y cuando por motivos sanitarios fue menester disponer del cadáver, el cura cumplió su oficio con una chanza, aconsejando a la viuda que salara y comiera lo que le quedaba de su compañero. La burla sangrienta llamó la atención de Ocampo, quien pagó primero la cuota y en seguida el ultraje, llevando el caso al conocimiento público y solicitando de la Legislatura del estado una reforma jurídica de las obvenciones parroquiales; con lo que el cura se lanzó al combate y la disputa traspasó los límites de la polémica personal y los confines del estado, ventilando el problema social

y llamando la atención nacional.

Un caso tan común y regular de rapacidad clerical hubiera pasado inadvertido, si el cura no hubiera chocado con un carácter poco común y muy irregular. Don Melchor Ocampo era un gran terrateniente y un gran señor que se preocupaba, con celo quijotesco, por la vida de sus vecinos; y no le pareció baladí un incidente que puso en la balanza la subsistencia del pobre y el sustento del párroco. El párroco pensaba igual y ambos llevaron la disputa hasta la conclusión lógica y legal. Mal equiparados los antagonistas: de un lado, un propietario y un político, sostén de la sociedad, que se había distinguido en la vida pública como diputado, senador y gobernador del estado; del otro, un cura de pueblo; pero el cura, acosado y peleando por su pan, se mostró más que igual al adversario en las condiciones en que se planteó la lucha. Al volverse graves las consecuencias de la chanza, él también la tomó en serio y se transformó en sostén de la sociedad, enfocando el problema en sus verdaderas dimensiones. La reforma de las obvenciones parroquiales no era un problema pequeño, ni político, ni profano, que competía al estado seglar: afectaba a la misma constitución, apuntaba a la sociedad perfecta de la Iglesia, y lastimaba en pleno corazón al organismo sagrado: herir al más mínimo de sus miembros era herir todo el cuerpo místico de Cristo; y el cura se enfrentó con el transgresor en su carácter corporativo, negando al Estado el derecho de invadir la soberanía de la Iglesia y amparándose con la cuestión intocable de las relaciones de los dos poderes. «Bien saben los reformadores —protestó— que el medio favorito para atacar a la Iglesia es empobrecer al clero; afuera los abusos, se dice primero, y después, fuera ministros y fuera Iglesia... Vea Michoacán hasta dónde vamos a rematar sin pensarlo el señor Ocampo: a la *libertad de cultos*, a la *libertad de conciencia*, dos programas tan impíos como funestos que actualmente sirven de estandarte al socialismo de Europa, y que si por un castigo de Dios llegaran a cundir entre nosotros, es seguro que la devastación universal sería nuestro paradero».

El cura que se pescó Ocampo, aunque de la misma especie que el cura de Loxicha, no era de la misma variedad. Liberal en el siglo antes de incorporarse al clero, combinaba con el celo del converso la inquietud del renegado y la astucia del apóstata luchando por el pan cotidiano; y supo defenderlo con ciencia y tino, tocando los intereses de los propietarios y fomentando los temores de la clase que le aseguraba su sustento. Señalando el peligro de trastornos sociales en el reflujo de la guerra

americana, difundió la alarma entre los legos y dejó correr su lengua hasta los peores extremos. «¿Y qué diremos, señor mío, si nos quieren robar, no ya los bárbaros, sino las masas hambrientas de mexicanos que existen entre nosotros y a quienes han alcanzado las desgracias del país por el casi ningún expendio que hoy tienen sus antiguos artefactos? Estas masas, para contestar sus depredaciones, así hablarían: nuestra industria ha concluido, trabajamos en balde y un trabajo que nada produce debe abandonarse, pero entretanto no hemos de perecer; nuestra manutención ha de pesar sobre las demás clases, y si éstas se resisten, usaremos de la fuerza; nuestros procedimientos son el impulso natural del derecho que tenemos a nuestra propia conservación… Vengan, pues, acá tales bienes, vengan esos tesoros, vengan esos terrenos… ¿por qué tanta desigualdad en las posesiones? ¿Por qué tanta abundancia en unos y tanta miseria en otros? ¿Por qué nuestra abyección ha de servir de pábulo al fausto de los poderosos?… He aquí, señor Ocampo, una pequeña parte de las *pestilentes doctrinas que emanan de aquellas paradojas*», refiriéndose siempre a la reforma de las obvenciones parroquiales.

Ocampo negó con indignación las implicaciones revolucionarias de su iniciativa, desconcertado él también por el espantajo. «Nadie hasta hoy había atrevídose, antes de usted, en México, a publicar cosa más peligrosa», protestó a su vez. Pero el espantajo conmovió a su clase y sin pensarlo Ocampo contribuyó con su grano a la alarma sembrada por el cura, al ensanchar la discusión y señalar entre las causas eficientes de la pobreza del peón la servidumbre de adeudo que le ligaba tanto a los grandes latifundios como a la Iglesia. La desventaja no estaba del lado del cura: éste contaba con el apoyo de los intereses creados, mientras que Ocampo luchaba solo. La contienda llegó a una tregua; mas siendo un ensayo de reforma y una prueba de fuerza, la polémica llamó la atención del país y, cuando se suspendió, Ocampo era ya un hombre señalado, señalado por el señor cura como un agitador destinado a acabar mal, señalado por los conservadores como un excéntrico peligroso, señalado por los liberales como un apóstol capaz de acaudillar su causa.

Al igual que el Gobierno Eclesiástico de Oaxaca, la Legislatura de Michoacán no se percató de la urgencia de regular las obvenciones parroquiales; pero sólo con agitar el problema candente, Ocampo aceleró el pulso del tiempo. Su escaramuza con el cura surtió efecto provocando una reacción nerviosa entre las clases conservadoras, cuyo temor de

trastornos sociales en pago de la guerra americana perduraba tres años después de la catástrofe y cobraba gravedad con la prolongada depresión económica y su recelo al socialismo —doctrina malsonante que cundía ya con los brotes revolucionarios en Europa—, a tal punto que la visión apocalíptica evocada por el cura les tocaba en el corazón; y dos años más tarde los escarmentados tomaron providencias con una proscripción política que contaba entre sus víctimas no sólo a Ocampo sino a Juárez. La misma ley, y la misma sentencia, alcanzaron a un hombre peligroso como Ocampo y a un inofensivo como Juárez, asociando a dos liberales de temperamentos muy distintos y por su experiencia política muy distanciados. Y no fue fortuita la causa de su suerte común: surgió del reflujo de la vida pública en la posguerra, llegada al punto crítico en que la alternativa entre la revolución y la contrarrevolución parecía ineludible y el término medio fue eliminado.

9

La nación tardó mucho en recuperarse del choque de la guerra con los Estados Unidos. Con el reflujo vino una depresión no sólo económica, sino moral: larga, profunda, irresistible. La liquidación de la guerra costó a la nación la cesión de Nuevo México, Arizona, la Alta California y las vastas comarcas colindantes: más de la mitad del patrimonio original fue la multa por la pérdida de Tejas, y el saldo de la paz se pagó con la mortificación nacional. Materialmente mutilada por el desmembramiento del territorio, moralmente destrozada por la demostración de su debilidad, la República se contrajo en una doble derrota, y la segunda resultó más desastrosa que la primera. De la lesión moral nunca se recobró la nación por completo: toda su historia posterior siguió acusando la herida y obedeciendo a un complejo de sentimientos mórbidos mortificación, encono, recelo y pavor, la pérdida de confianza irreparable, la obsesión de la inferioridad insanable— y la psicosis se apoderó de la generación de la posguerra con la fuerza de una fatalidad, transformando el patriotismo en una manifestación patológica. El abatimiento moral se reveló, primero, en la postración casi completa de la vida publica; con la paz vino una pausa prolongada; y el lento proceso de convalecencia se manifestó en la suspensión de actividad, que cedía a la reflexión, y los primeros síntomas de la recuperación tomaron la forma de autocrítica y de un doloroso examen de conciencia. Urgía detenerse y determinar, a sangre fría, las causas de la catástrofe, y los pensadores que no supieron formar la historia de la patria se dedicaron a escribirla.

Dos versiones fecundas llamaron la atención del publico: el análisis del doctor Mora, cuya obra, compuesta diez años antes, sólo entonces vino a divulgarse ampliamente; y el conservador de don Lucas Alamán, que salió bajo el impacto de la guerra americana. Antitéticas en sus doctrinas, las dos interpretaciones revelaban, sin embargo, afinidades fundamentales en los conceptos de los dos historiadores; y no faltaba tampoco un paralelismo notable en sus carreras. Después de desempeñar un breve aprendizaje en la vida pública, ambos se vieron condenados a una larga y triste encerrona; y cada uno dictó, bajo el disfraz de Historia Mexicana, su autobiografía.

Joven, Lucas Alamán, hizo su debut político como ministro y mentor de uno de los primeros presidentes de la República. Expulsado del poder por la coalición de Gómez Farías y Santa Anna en 1833, su función de estreno fue relevante porque le

relevó de la carrera. Desanimado por el primer revés, se encerró en su gabinete de estudio, dedicando los siguientes quince años al fomento de su fortuna y de sus ideas, basadas ambas en la estabilidad de la sociedad tradicional o, por lo menos, en su evolución lenta y pacífica, y perturbadas por los virajes violentos que marcaban el lapso entre la Reforma de 1833 y el ocaso de la guerra en 1847. Novicio veterano en 1833, ya se había vuelto un diletante inveterado en 1847. Ocupado entretanto en acopiar datos para la historia patria, empezó a escribirla; pero la marcha de los sucesos era más veloz que la pluma y cuando la guerra americana amenazaba con aniquilar su tema, salió la Historia, de relance, ya consumada.

Coincidiendo con el derrumbe nacional, la *Historia* de Alamán recapitulaba la Historia de México con un criterio sumamente apropiado a la sobriedad dolorosa del día siguiente a una larga borrachera política. Alamán tenía el propósito, según la advertencia al lector, de escribir una obra exacta, objetiva, imparcial; pero esto era la formulación de un propósito. En realidad el valor de su *Historia* estribaba en el interés de clase que constituía su fondo; los rasgos más relevantes de su versión eran la preocupación del autor con la propiedad, la timidez proveniente de tal criterio, y una búsqueda intensa de la seguridad. Con menos reticencia de la que suele caracterizar a los exégetas de su escuela, dijo: «Es condición esencial para el goce perfecto de un bien, la seguridad de gozarlo siempre». Y con tales premisas compuso su *Historia*. «Me pregunta usted en qué consiste el efecto que ha producido en México la publicación de mi *Historia de México*, y de la *Disertación*», escribió a un grande de España cuyos bienes administraba como apoderado. «Este ha sido variar completamente el concepto que se tenía a fuerza de declaraciones revolucionarias sobre la Conquista, dominación española y modo en que se hizo la Independencia. Creíase que la Conquista había sido un verdadero robo y por consiguiente se tenían los bienes de usted como parte de este robo, con derecho de la nación a recobrarlo… Todo esto ha cambiado enteramente; no se necesita más que ver algunos de los discursos de este año, en que se representa la Conquista como el medio con que se estableció la civilización y la religión en este país, y don Hernán Cortés como un hombre extraordinario que la Providencia destinó para cumplir estos objetos… La conveniencia de todo para usted es evidente, pues esto ha hecho desaparecer la odiosidad con que se veían su nombre y sus bienes, asegurando a usted en la posesión de ellos». Pero no para siempre.

Aristócrata criollo, y por lo tanto afín al patrón español, Alamán lamentó siempre el giro tomado por la Independencia bajo la bandera de Hidalgo. Oriundo de Guanajuato, conoció en sus años mozos el movimiento libertador y padecía todavía la herida psíquica del grito de guerra contra los gachupines: «Un grito de muerte y desolación que habiendo oído mil veces en los primeros días de mi juventud, después de tantos años resuena todavía en mis oídos con un eco pavoroso». La gritería de la turba le sirvió de criterio histórico toda su vida. Hidalgo era un visionario irresponsable a quien regañaba por haber suscitado una revolución que no supo dominar, agitando a los indígenas vandálicos con el cebo del saqueo y del botín, y obligando a los criollos, que de otra manera lo hubieran apoyado, a cambiarse en su contra, porque «la guerra vino a ser no ya la lucha entre los que querían la Independencia y los que la resistían, sino la defensa natural de los que no querían dejarse despojar de sus bienes, contra los que, siguiendo el impulso que Hidalgo había dado a la revolución, no tenían más objeto que robar, en son de proclamar la Independencia… ¡No! Si la Independencia no podía promoverse por otros medios, nunca hubiera debido intentarse».

Optó, pues, por atribuir la Independencia a Iturbide; pero al revisar los años posteriores, con los progresos de la anarquía y de la desolación del país, le faltaba otra vez corazón; y antes de ultimar la crónica la abandonó, lamentando el día en que le nació una patria. «Esta horrenda revolución es, sin embargo, la que se ha querido hacer que la República reconozca como su cuna —exclamó—. La Divina Providencia ha querido hacer un castigo ejemplar por esta solemnidad, cuando ha permitido que en el 1847, en los días en que escribo estos renglones, el ejército de los Estados Unidos, de aquella nación que los mexicanos veían al principio de su emancipación como su amiga y aliada natural, y de la que quisieron copiar las instituciones políticas, ocupase la capital el 14 de septiembre, e hiciese él mismo y permitiese hacer a la plebe, el 15 y 16, un terrible saqueo, como por recuerdo e imitación del que Hidalgo hizo ejecutar en Dolores y San Miguel en aquella misma fecha». Haciendo votos de que, tras tantas tribulaciones, la razón acabaría por vencer al prejuicio patriótico, y que se reconocería a los autores de la Independencia como los autores de todos los males de la nación, terminó el tomo correspondiente completamente descorazonado. «Veremos en el libro siguiente otros hombres, con otra capacidad y mayor valor y fortuna, seguir en la carrera que Hidalgo abrió con tan infeliz éxito». Pero Alamán no llevó la

Historia de México más adelante: el libro siguiente, por desgracia, era la vida.

Abatido, pero no acabado, volvió a la palestra política, envalentonado por el ardor de batallar contra las sombras y nada seguro de su triunfo sobre los muertos, para escribir la *Historia* de Alamán a través de la Historia de México en una página breve y portentosa. El caso de Alamán era el caso de México —una dolorosa lesión cardiaca—, y el valetudinario se dedicó a preparar la recuperación de la patria con la experiencia adquirida al analizar su mal común. Ya se vislumbraba el remedio en la conclusión del tomo anterior, preñado de nostalgia por la Madre Patria y del anhelo de una clase incapaz de vivir independientemente, de volver a la matriz; pero siendo ésta una operación imposible, solo le fue dable aproximarla en el tomo siguiente. El remedio que tenía pensado era impopular y hasta la aproximación necesitaba una preparación larga y prudente, y el pensador depuso la pluma con esta advertencia al lector: «Si mi trabajo diese por resultado hacer que la generación venidera sea más cauta que la presente, podré lisonjearme de haber producido el mayor bien que puede resultar del estudio de la Historia».

Sería mucho decir que Alamán escribió su *Historia* con el propósito de encarecer la versión de su rival, aunque tal vez fue éste su mayor mérito; pero recomendó la obra de Mora a sus íntimos, y no sólo por motivos de generosidad profesional. Mora también se había eclipsado con su fracaso político de 1834, y los doce años posteriores se esfumaron en París, en la oscuridad y el olvido del destierro voluntario. Padeciendo privaciones de toda clase; conociendo el ostracismo del indigente, del fracasado, del extranjero; practicando la pobreza en todas sus formas menos la bohemia que repugnaba a sus costumbres, desde la indigencia decente hasta la austeridad monástica; llegando a una estrechez tan apremiante que pidió empleo en la Legación con el sueldo de un criado; subsistiendo precariamente con la ayuda de sus amigos de ultramar; privado del trato intelectual de sus iguales y desdeñando la sociedad de sus inferiores; recogido, orgulloso, solitario y exigente, Mora se sostuvo rigurosamente con los recursos ricos, pero nada remunerativos, de su inteligencia privilegiada. En 1837 publicó el primer tomo de una obra que quedó trunca, *México y sus revoluciones*, y en 1838 una pequeña miscelánea de sus *Obras completas*, ambas invendibles y abandonadas por falta de demanda. Estos dos fragmentos despertaron poco interés en Francia, donde las revoluciones meteóricas de México parecían

y estaban, por entonces, más remotas que las revoluciones de Saturno; ni en México tampoco, donde el fenómeno era harto conocido para que llamara la atención de sus compatriotas, fuera de un reducido grupo de conocedores, principalmente de sus contrarios políticos, y de Alamán, quien tributó a la obra del expatriado el respeto que le merecía un tránsfuga de su clase. Porque Mora nació también en el seno de la aristocracia criolla y conservaba, a pesar de sus ideas progresistas, uno de sus privilegios; la autoridad. Con aquel atributo mucho se le perdonaba, y mucho había que perdonar; pero el éxito de estimación logrado en 1838 quedó en secreto sigiloso en México, hasta que las consecuencias de la guerra americana provocaron una revolución general del pasado. Entonces se divulgó la obra de Mora y se le leyó como el antídoto liberal de la tesis de Alamán y de su partido.

De mentalidades antitéticas, los dos historiadores tenían algo de común en su técnica. Alamán se propuso una norma de sobriedad, moderación y serenidad, y se empeñó en mostrarse escrupulosamente científico e imparcial; pero sus preocupaciones pervirtieron sus principios, y aún observándolos, su interpretación de la lucha de independencia falseaba el fenómeno profundamente. Inspirada por la depreciación, el resultado era pobre: un tono de justicia formal; un estilo seco y acompasado; una apreciación carente de la simpatía y penetración indispensables a la verdad; y como coeficiente del estilo, un fallo basado sobre una falacia fundamental: narrar una revolución desapasionadamente bastaba, por sí solo, para desvirtuarla. Mora no cayó en tal contrasentido; no tenía la pretensión de escribir la historia con imparcialidad; pero sí de estudiarla científicamente. Su genio era analítico, su lógica y su cordura prestaron a su versión una objetividad auténtica; su templanza, su sobriedad, su serenidad, frutos de la meditación, de la experiencia, de la comprensión, no del prurito inconfesable de desconceptuar, prestaron a su obra un desprendimiento y una ponderación auténtica. Con Alamán, la razón imperante emasculaba la razón operante; Mora, por el contrario, trataba la revolución virilmente, en revolucionario retirado de la lucha, pero no en retirada ante la realidad; sin desfallecer frente al hecho brutal, sin olvidarse de que por su mismo origen su patria estaba condenada a un desarrollo revolucionario. Patriota, pintaba la vida despótica con pluma magnánima y con las proporciones del caso, con los ojos puestos en la posteridad, no en un pasado sin porvenir posible; y compuso su panorama con las ventajas, además, de la

adversidad. Expatriado, aprovechó todos los recursos del destierro para tratar la cuestión a fondo, con la amplia perspectiva que le proporcionaba su alejamiento en Europa, con la comprensión amplia del proceso histórico y con una visión universal del fenómeno revolucionario: facultades todas que contrastaban singularmente con la miopía profesional y provinciana de su rival.

Pero si el distanciamiento causado por el destierro y el transcurso del tiempo robustecieron sus convicciones, las templaron también, refinando su rigidez y llevando al doctrinario a poner tanta discriminación en la aplicación de sus ideas, que a veces parecían frisar los principios de sus contrarios; y fue así como Alamán pudo leer al revolucionario con respeto y hasta con provecho. Un antídoto eficaz contiene siempre una dosis del virus original y la vacuna del doctor Mora no era una excepción.

Mora era todavía el reformador resuelto a consumar la emancipación de México y su Historia, el análisis militante del malogro del movimiento de Independencia. Nacido en la ortodoxia criolla, criado al son de la insurgencia y empobrecido por sus excesos, creía no menos firmemente que Alamán en la santidad de la propiedad; pero subordinándola siempre a la razón revolucionaria. «La revolución que estalló en 1810 ha sido tan necesaria para la consecución de la independencia como perniciosa y destructora del país», principió por asentar; porque, siendo preciso interesar a las masas en la insurrección e imposible levantarlas con sólo la promesa de beneficios remotos o con ideas abstractas de justicia social, «fue indispensable halagar las preocupaciones de la multitud y enardecer las pasiones populares para obtener su cooperación». A Hidalgo lo juzgaba con la misma severidad que Alamán, porque el abanderado se mostró incapaz de planear la revolución y de llevarla a cabo eficazmente, acabando, por lo tanto, con cargar con la responsabilidad del fracaso, el cargo más grave que un ideólogo, como Mora, podía echar al padre de aquel caos que llamaba su patria. Pero lo que perjudicó a toda la historia posterior de México no fue el principio del movimiento, sino el fin, ya que el desenlace dejó intacta la estructura social de la Colonia y la corrección del error a las generaciones venideras, impreparadas ellas también para la empresa. Con el nombre de república se había formado algo incompatible con el espíritu público, con el patriotismo y con la vida nacional. Sea por casualidad, sea con propósito deliberado, la Madre Patria había trasmitido al vástago el mismo mal profundo que padecía

España: la propensión feudal a crear corporaciones, a dotarlas de privilegios e inmunidades de la ley común, a enriquecerlas con donaciones y legados y a capacitarlas con todos los requisitos para su completa independencia. No sólo la Iglesia y el ejército, sino la Inquisición, la Universidad, los colegios, la Casa de Moneda, los *Majorats*, las confraternidades y aun los gremios tenían sus privilegios, sus propiedades, su existencia corporativa; sirviendo así de cuna, y creando una mentalidad fatal a la paz pública, a la moral cívica, al orden judicial y a la disciplina administrativa. De haberse realizado la Independencia cuarenta años antes, un hombre nacido en la Colonia no hubiera reconocido valor alguno al nombre de mexicano y se hubiera considerado completamente solo en el mundo, si le hubiese faltado otro apoyo; sus intereses y sus lealtades estaban con el cuerpo o los cuerpos de los cuales formaba parte; y la costumbre sobrevivía todavía. El error original, según Mora, había que buscarlo en el hecho de que, cuando la conciencia social o la autoridad civil chocan con el *esprit de corps*, «el empeño principal es sacar airoso al *cuerpo*, establecer su jurisdicción exclusiva y deprimir a la autoridad civil. Si estos lines pueden conciliarse con el castigo del delincuente y con la observancia de las leyes criminales y penales, no se pone obstáculo ni a lo uno ni a lo otro; pero si, como es más frecuente, el curso de la justicia está o se cree estar en oposición con los intereses del cuerpo, aquél será sacrificado irremisiblemente a éstos». Y el daño al poder civil no se limitaba a su impotencia moral, a la cual los particulares se conforman con facilidad. «El mayor obstáculo contra el que tiene que luchar la prosperidad pública de las naciones, es la tendencia a estancar, acumular y reunir eternamente las tierras y capitales. Desde que en la sociedad se puede aumentar indefinidamente una fortuna dada, sin que llegue la necesidad de repartirla, es claro que no se necesita más que el transcurso de algunos siglos para que los medios de subsistir vengan a ser muy difíciles o absolutamente imposibles en la masa. Este resultado es único y exclusivamente de los *cuerpos políticos*, y una nación en la que éstos llegan a multiplicarse o, aunque sean cortos en número, se hallan muy difundidos en la sociedad, ha abierto ya el abismo donde ha de sumergirse su fortuna pública».

La Independencia, pues, había creado un Estado corporativo que toleraba y dominaba la autoridad civil y que era la negación de la vida nacional. Epítome de todo el sistema era la Iglesia, que formaba un Estado teocrático dentro del Estado nominal, y que Mora denunció capítulo por capítulo, como cuerpo

antisocial por su misma esencia: porque el clero se componía «de hombres que sólo se hallan materialmente en la sociedad y en coexistencia accidental con el resto de los ciudadanos»; porque por su educación se dedicaban únicamente a los intereses divinos e identificaban éstos con la supremacía e independencia de su cuerpo; porque por el celibato se hallaban enteramente libres y aislados de los lazos familiares, primero y principal vínculo del hombre con la sociedad; porque les estaba prohibido practicar toda empresa lucrativa, y así «se halla extinguido del todo el amor al trabajo y los adelantos de fortuna, que son consecuencia de la industria personal y establecen en segunda línea los vínculos del hombre con la sociedad»; porque sentían una repugnancia invencible por la tolerancia de cultos y la libertad del pensamiento y de la prensa, principios incompatibles con su imperio sobre las conciencias; porque eran refractarios a la igualdad ante la ley, «que hace desaparecer los fueros y jerarquías y acaba con el poder y consideración que éstas y aquéllos proporcionan a su clase»; porque constituían un obstáculo permanente al aumento de la población con su oposición a la inmigración extranjera, germen de la libertad religiosa; porque, monopolizando y esterilizando los recursos nacionales que el clero controlaba e inmovilizaba, constituían un estorbo económico; y porque su monopolio de la educación fomentaba la ignorancia no sólo de las masas, sino, lo que era peor, de las clases. En este capítulo la requisitoria surgía de su propia experiencia. Con el mismo horror con que Alamán recordaba el vandalismo de los insurgentes, Mora tenía siempre presentes los años pasados en el colegio de San Ildefonso, donde conquistó honor y ciencia, gracias a una inteligencia privilegiada, y donde, gracias también a tal dote, supo apreciar el valor para las clases privilegiadas de una educación que las inhabilitaba para su función social, porque su carácter extramundano la viciaba para la vida. «El que se ha educado en un colegio ha visto por sus propios ojos que, de cuanto se le ha dicho y enseñado, nada o muy poco es aplicable a los usos de la vida ordinaria; que ésta reposa bajo otras leyes que le son desconocidas, de que nada se le ha hablado y que tienen por bases las necesidades comunes y ordinarias que jamás son el objeto de estudio, y se hallan por lo mismo abandonadas a la rutina… He aquí el origen del *charlatanismo* de México y de las gentes que se han encargado de gobernarlo, que son por lo general los que se han educado en los colegios; acostumbrados a hablar de mejoras sólo para lucir lo que llaman su talento, se atienen a la rutina, que es lo que bien o mal les ha servido de regla práctica de conducta».

Así, recortada, trazó el doctor Mora la evolución de México en la perspectiva tétrica de su tiempo; mas sin desanimarse por sus conclusiones. Reiteró, como remedio, las prescripciones de su ideario original: confiscar los bienes del clero; abolir los fueros militares y eclesiásticos; difundir la educación secular entre las clases populares; suprimir los conventos de monjas; garantizar la libertad del pensamiento, y otorgar los derechos civiles tanto a los extranjeros como a los nacionales. Negando nada y revisando poco de sus conceptos básicos, revisó, no obstante, y suavizó sus conclusiones, refinándolas con varias reservas inspiradas por la experiencia. Confundido por la impericia de sus compatriotas, Mora se vio obligado a determinar hasta qué punto la libertad era compatible con la igualdad. «La libertad mal entendida ha sido siempre uno de los tropiezos más peligrosos para los pueblos inexpertos que por primera vez han adoptado los principios del sistema representativo —empezó por asentar—. El mayor de los males que en nuestra República ha causado esta peligrosa y funesta palabra, ha consistido en la escandalosa profusión con que se han prodigado los derechos políticos, haciéndolos extensivos y comunes hasta las últimas clases de la sociedad». Y terminó con la conclusión categórica: «Para rectificar, pues, el edificio social, es necesario que el Congreso general fije las condiciones para ejercer el derecho de la ciudadanía en toda la República, y que por ellas queden excluidos de su ejercicio todos los que no pueden inspirar confianza ninguna, es decir, los no propietarios, haciendo que los propietarios disfruten de voz activa y pasiva; por el orden común sólo éstos tienen verdaderas virtudes cívicas; la beneficencia, el decoro en las personas y los modales, y el amor del bien público son virtudes casi exclusivas de los propietarios. ¿Cómo ha de pensar en socorrer a sus semejantes ni en fomentar la ilustración y piedad públicas, aquél a quien apenas basta el día para pensar el modo de ocurrir a las necesidades más urgentes?... Seamos francos: la miseria y la escasez fomentan y son una tentación muy fuerte para todos los vicios antisociales, tales como el robo, la falta de fe en las estipulaciones y sobre todo la propensión a alterar el orden público».

Dictamen de Mora, no de Alamán. Fórmula de libertad que no pareció muy peligrosa, por cierto, a sus contrarios: los propietarios leyeron al libertador con la conciencia tranquila y con la convicción firme de que, pese a sus teorías radicales, en el fondo el hijo pródigo era sano. Y la juventud liberal que le consultó como antídoto de Alamán vino a dar con el precepto

que reducía la libertad a un privilegio, otorgado bajo fianza, reservado a los que dieran la garantía de la desigualdad, e inaccesible a quienes carecían de algún modo de vivir. Pero una cosa era la República y otra la Democracia, y hasta aquel límite había evolucionado el expatriado.

No era ésta, tampoco, la única conclusión desconcertante de su ideología madura. A los herederos de la revolución mexicana, el luminar demostró el costo incalculable de las revoluciones mundiales. También tienen las revoluciones su rutina y Mora sentaba una distinción didáctica entre las benéficas y las otras. «Los movimientos que agitan a los pueblos pueden ser de dos maneras. Unos son producidos por una causa directa de que resulta un efecto inmediato» —las revoluciones británicas y americanas, por ejemplo— «éstas son las revoluciones felices: se sabe lo que se quiere, todos se dirigen a un objeto conocido, y logrado que sea, todo vuelve a quedar en reposo. Pero hay otras revoluciones que dependen de un movimiento general en el espíritu de las naciones. Por el giro que toman las opiniones, los hombres llegan a cansarse de ser lo que son, el orden actual les incomoda bajo todos sus aspectos, y los ánimos se ven poseídos de un ardor y actividad extraordinaria: cada cual se siente disgustado del puesto en que se halla, todos quieren mudar su situación: mas ninguno sabe a punto fijo lo que desea, y todo se reduce a descontento e inquietud. Tales son los síntomas de estas largas crisis a que no se puede asignar causa precisa y directa: de estas crisis que parecen ser el resultado de mil circunstancias simultáneas, sin serlo de ninguna en particular; que producen un incendio general porque todo se halla dispuesto a que prenda el fuego; que no tienen en sí ningún principio saludable que pueda contener o dirigir sus progresos; y que serían una cadena eterna de desgracias, de revoluciones y de crímenes, si la casualidad, y aun más que ella, el cansancio no les pusiese término»; la Revolución francesa, por ejemplo: ejemplo fatídico, porque en ella se inspiró la Revolución mexicana sin conocer el peligro que encerraba. «Una impaciencia tanto más violenta en sus ataques cuanto es más vaga en sus deseos, es la que produce el primer sacudimiento. Todos se entregan libremente a esta sensación sin reserva ni remordimiento. Se imaginan que la civilización amortiguará todas las pasiones, suavizando los caracteres, y que el equilibrio del orden social está tan bien sentado que nada podrá destruirlo: se olvidan de que jamás se podrá poner en fermentación impunemente los intereses y opiniones de la multitud». Pero viene entonces la anarquía, y la ferocidad innata del hombre

acaba pronto con la breve vanagloria de la civilización, «y entonces es cuando ese atrevimiento en opinar empieza a debilitarse, el temor de engañarse aumenta y cesa la confianza con que antes se aventuraba todo sobre las frágiles seguridades de la razón humana. Mas antes de que vengan estos saludables desengaños, es necesario pasar por toda la serie de calamidades que trae consigo el idealismo».

El idealismo, pues, tuvo también que ser revisado. La realidad brutal de la revolución alarmó a Mora, no menos que a Alamán, al alcanzar el punto vulnerable; cuando la extensión del movimiento no podía limitarse, localizarse, controlarse; cuando su envergadura sobrepasaba el plan y el objeto se diluía en una agitación indefinida y desorbitada; cuando la disolución parcial de la sociedad amenazaba al todo; cuando las frágiles seguridades de la razón humana y los sistemas exactos de los idealistas se esfumaban en el impulso inexorable de la naturaleza y el movimiento cósmico de los planetas; cuando, por decirlo así, la revolución vino a ser una revolución de Saturno. Entonces se paró frente al vacío implacable, donde los cuerpos planetarios y las corporaciones celestes arriba, y el estado de la naturaleza y el Estado corporativo abajo, eludieron todos el dominio racional; y le faltó corazón. La misma vaguedad de su fraseología revelaba el vértigo con que contemplaba tales convulsiones; y el pensador marcó un alto. Asiéndose a los confines del mundo conocido, se limitó a trazar con trepidación científica las fases funestas de la Revolución francesa en una espiral descendente; desde los doctrinarios que la iniciaron y los idealistas que la precipitaron, «tomando a la letra y sin modificaciones cuanto ciertos libros dicen sobre *libertad e igualdad*», hasta los oportunistas que aprovecharon el error y los fanáticos que lo diseminaron, violentando la vorágine voraz; hasta los viles y los envidiosos codiciando la inferioridad fraternal; siempre más bajo en las profundidades del abismo meteórico, hasta tocar a los ateos, los demagogos, los cínicos, los inconoclastas anárquicos, para llegar, por fin, en las tinieblas fulminantes, al terror y terminar con la reacción. Hasta aquí el cataclismo saturnino. «Cuando las cosas han llegado a este punto y los hombres se han cansado de sufrir, se aprovecha una circunstancia favorable para verificar un cambio, y entonces se van gradualmente volviendo atrás por la misma escala, aunque por un orden inverso. Dichoso el pueblo que no vuelve hasta el punto de donde partía, pues entonces sin mejorar en nada, ha tenido que pasar por todos los horrores de una revolución».

¿Qué cosa era ésta? ¿Un aviso o una confesión? ¿La morfología de la revolución o la del doctor Mora? Comenzando con los hombres cansados de ser lo que son y lanzándose a la lucha sin encontrar el modo de ser distintos, para terminar, rendidos, donde empezaron: ¿Qué parábola era aquélla? ¿Dinámica de la revolución o revelación de su cansancio? ¿Había llevado la historia de México hasta donde llegaba la historia de Mora? ¿Cegado el científico por la rutina revolucionaria, abandonaba las inspiraciones de la razón para abrazar los dictados de la fatalidad? Círculo vicioso, ciclo saturnino, del vacío surgía la duda profunda y peligrosa. La advertencia era clara; su estado de ánimo, ambiguo. La voz del oráculo se prestaba a todas las interpretaciones, y la muda máscara trágica coronaba, boca abierta, su obra. Si tal era su última palabra, bien pudiera interpretarla un conservador como una retractación; mientras un liberal no se equivocaría, quizás, al creer que las ideas de Mora, como las de Alamán, llevaban a la nueva generación una solemne admonición.

Pero los antagonistas no concordaban aún y ni el uno ni el otro habían pronunciado la última palabra. Vino otra vez, para ambos, la vida. En 1847, cuando Gómez Farías y Santa Anna volvieron a ocupar el poder, Mora fue nombrado Ministro en Londres. En la crisis provocada por la invasión norteamericana, la diplomacia tenía que combatir por la patria, y en aquel puesto de guerra que era la Legación de Londres a la sazón, el filósofo se vio llamado a defender a México contra otro peligro apremiante: la deuda exterior.

Problema tan viejo como la Independencia, la deuda era un gravamen sobre ella que iba siempre en aumento. El origen de la deuda y el origen de la Independencia eran inseparables: ambos salieron de la liquidación de viejas cuentas con España. España pagó el apoyo prestado a la rebelión de las colonias británicas al derrumbarse su propio Imperio: en todas partes la diplomacia británica maniobró, ubicua y ubérrima, para fomentar, animar y ayudar los movimientos separatistas que brotaban en las colonias hispanoamericanas. «He llamado a la vida un mundo nuevo», decía Canning, arrancando una hoja del Génesis y abanicándose con ella. Si bien se abstuvo de intervenir en la emancipación de México, el ministro prestó su protección a la flamante nación, cuando la sombra de la Santa Alianza amenazaba su porvenir; el primer gobierno que reconoció a la República era británico y el favor fue correspondido con la contratación de la deuda. El banco londinense lanzó dos empréstitos con el fin de dotar a la República con los medios de

vivir y de abrir un mercado, un crédito y una nueva zona de influencia al comercio, a la inversión y a la invasión británicos. Los fondos se disiparon en el cenagal de la política mexicana. Diez años pasaron antes de lograr la renovación de las minas con el fomento del capital británico; el comercio británico se debatió contra las altas tarifas que fomentaban sólo el contrabando; y la turbulencia política entibió la confianza de los inversionistas ingleses. Los beneficios se evaporaron; quedó la obligación; y la deuda se acumulaba con conversiones periódicas que aseguraban el alivio fugaz al deudor y la irritación creciente del acreedor, en tanto que los gobiernos efímeros que alternaban en México se pasaban el déficit hereditario los unos a los otros.

El primer intento para cubrir el déficit lo hicieron Mora y Gómez Farías al proponer en 1834 la liquidación de la deuda con los recursos de la Iglesia, y aunque la amenaza no se realizó, el clero previsor se apresuró a liquidar parte de sus bienes: flujo involuntario que se secó instantáneamente con la derrota de los reformadores y el alejamiento de la profundidad del abismo en que la República iba insensiblemente sumiéndose —declaró Mora—. «*Sospecharse* es la palabra propia y adecuada para indicar el estado de abandono en que la tribuna parlamentaria, la autoridad pública y la prensa periódica habían dejado hasta entonces un asunto de arreglo urgente y un ramo administrativo de la primera y más vital importancia». Faltaban todos los recursos normales. Con la propiedad territorial en quiebra, con las minas sumidas en la miseria, con la industria embrionaria, con el comercio sobrecargado de impuestos, y con las rentas públicas sobreabundando en hipotecas, la nacionalización de los bienes del clero se perfilaba como la única alternativa al derrumbe financiero y al abismo en cuyo fondo yacía la revolución saturnina.

Trece años más tarde, cuando Mora volvió a abordar el problema, lo encontró en las mismas condiciones en que lo había dejado, pero con la agravante de que se había agudizado con la impericia y la imprevisión perennes, y que se había demostrado la debilidad económica del país en sus dos colisiones con los Estados Unidos: choques que perjudicaron tanto al protector como al pueblo de México. Con el Imperio de España, los ingleses recibieron en herencia los temores del antiguo dueño; cuando la invasión norteamericana desmembró a una nación que la inversión inglesa había convertido casi en una dependencia del Imperio comercial británico, la deuda delincuente inspiró profundas preocupaciones en Londres,

donde el crédito mexicano, tanto diplomático como financiero, alcanzó una nueva baja.

Mora conjuró el peligro. Gracias a la guerra norteamericana, el ministro se encontraba en aptitud de negociar, por enésima vez, otra conversión de los bonos, cuya acumulación por más de un cuarto de siglo, con el aumento progresivo de caídas, conversiones y faltas, había asegurado a su patria tan mal nombre y un porvenir tan problemático en el centro financiero del mundo; y el milagro se realizó con puras promesas. Pero los recursos de la desgracia facilitaron su éxito, ya que se tenía la esperanza de que parte, por lo menos, de los millones concedidos a México por los Estados Unidos para indemnizar el robo del territorio sería destinada a la disminución de la deuda inglesa; y como el gobierno británico estaba muy lejos de desear la liquidación total de una obligación que le aseguraba el dominio del mercado mexicano, el ministro llegó sin dificultad a un arreglo con los acreedores; siendo las naciones, lo mismo que los individuos, dignos de confianza según el monto de deudas que les suponen capaces de sobrellevar.

Todos los interesados salieron ganando con la transacción. El deudor moroso ganó otro respiro; el protector, otra garantía; el diplomático, otra prueba de la urgencia de una reforma económica en México, si la crisis que acababa de conjurarse no fuera a volver en una forma más aguda; pero quien sacó más provecho de la experiencia fue, sin duda, el historiador. Las perspectivas de su patria, contempladas desde el punto de vista de las casas de contabilidad londinenses, cobraban mayor alcance que en su buhardilla en París. Al estudio sociológico iniciado allí le faltaba el elemento económico indispensable para redondear la historia de una colonia feudal, nacida al mundo capitalista en plena expansión y obligada a luchar con él para sobrevivir. Entregado en París a especulaciones idealistas que le mantenían ensimismado, Mora había permanecido alejado de la época y apartado del movimiento fecundo del siglo, inspirado por la Revolución industrial, y eso en los momentos mismos en que el materialismo histórico se manifestaba en brotes de rebelión social que agitaban a Europa, y que exigían una aportación nueva al ideario anacrónico de cuyo valor el mismo idealista comenzaba ya a dudar. Al cruzar el Canal de la Mancha el aspecto cambiaba por completo. Todos los puntos vulnerables de su patria, analizados en París, cobraron mayor intensidad en Londres, donde las lacras consabidas de México llevaban la pena correspondiente en la sangría creciente de la deuda extranjera, de la explotación

extranjera, de las reclamaciones extranjeras, y en el peligro de complicaciones extranjeras derivadas de dichos derechos, ya que con tales pretextos el gobierno norteamericano había fomentado la guerra y llevaba a cabo la expoliación del territorio. La invasión del vecino señalaba el punto clave en el destino nacional: punto eje de los virajes del país, sujeto en lo sucesivo a la presión del mundo exterior. Hasta aquí el historiador podía limitar la crónica de un pueblo que en los albores del siglo no representaba más que una provincia apartada del mundo, reduciéndola a sus propios contornos y refiriéndola retrospectivamente. Pero, de ahí en adelante, sería menester estudiarla internacionalmente, pues ya no sería posible separar la Historia mexicana del medio ambiente y analizarla fuera de contexto. Incorporada ya al conjunto cosmopolita, era imperativo enfocar el problema nacional en sus dimensiones eventuales, relacionando el pasado con el porvenir próximo, y calcular científicamente el desarrollo nacional, como parte integral que era de una evolución común a todo el mundo occidental, como consecuencia de la Revolución industrial. Evolución en que las fuerzas sociales operantes en cualquier parte provocaban una reacción simpática en cualquier otra, porque la mancomunidad de las naciones constituía una corporación controlada por el mismo sistema económico y un complejo nervioso en el cual los miembros más débiles y más vulnerables estaban expuestos a las reacciones más violentas. Por donde fuera el mundo, por ahí iría México, mal que bien, desde el día en que se veía envuelto en sus movimientos, asimilado al siglo y tomando los mismos rumbos, y tanto más listo por su lejanía, y tanto más impulsivo por su atraso. En 1848 esta conjunción de circunstancias se apreciaba aun en México.

Porque, si el año 1847 fue el año terrible para México, el año 1848 era alarmante para Europa: año siniestro señalado por una racha de revoluciones que estallaron en un punto tras otro del Continente, con una agitación comunicativa que parecía presagiar otra de aquellas epidemias tan temidas por el doctor Mora: un movimiento general en el espíritu de las naciones, un cansancio con la suerte común que se volvía intolerable, un ardor contagioso, una actividad extraordinaria, un descontento indefinido y una sublevación universal, otra revolución universal, otra revolución planetaria quizás, la vuelta quizás de otro petulante ciclo saturnino. En 1848, sin embargo, los síntomas eran específicos y acusaban un mal bien conocido que se revelaba en distintas formas y en varios grados, desde el nacionalismo insurgente y la insurrección de minorías

patrióticas en Italia, Hungría y Polonia, hasta el socialismo incipiente y la insurrección de masas oprimidas en Francia y Alemania: síntomas sinópticos de una era de expansión capitalista que inspiraba, con sus promesas de independencia política, los movimientos de liberación nacional, por una parte, y que provocaba, con sus prácticas de explotación social, las insurrecciones populares por la otra. Todos estos movimientos tenían sus miras definidas y un factor común en un área siempre más inflamable. Garibaldi en Italia, Kossuth en Hungría, Kosciusko en Polonia; los insurgentes patrióticos combatiendo los viejos imperios; los rebeldes proletarios combatiendo los nuevos en Prusia; la lucha de clases resucitando la revolución inacabada en Francia, y hasta los rescoldos del movimiento cartista en Inglaterra; todos anunciaban, con su coincidencia funesta, una fermentación profunda de los intereses de la multitud y una protesta exasperada de la miseria contra el despotismo de la propiedad. Mora y sus amigos de ultramar discutieron la relación de estos fenómenos con México —y sobre todo los movimientos de Francia— con suma preocupación. «Es muy justa la observación de usted —le contestaba uno de sus parciales en México— de que por los excesos a que se ha entregado la revolución en Europa debe temerse una reacción que vuelve las cosas más atrás; pero soy también de opinión de que eso tardará algún tiempo, y que no se verificará sin graves trastornos y mucha efusión de sangre. Cuando los pobres no se contienen por un principio religioso y el respeto a las clases superiores, y aspiran a participar o a tener los bienes de los ricos, no cederán el campo con mucha facilidad». La revolución de febrero en París, derribando la monarquía de Luis Felipe a favor de la gran burguesía que la procreó, y provocando a su vez la insurrección revolucionaria contra la misma clase media, les inquietaba sobremanera, por ser la más próxima. «Desde que la Revolución francesa, después de destruir la monarquía, amenazaba a la propiedad y a la familia —terminó diciendo su corresponsal—, me temí una reacción. ¿Y no llegará hasta nosotros?». Precisamente. Con la conmoción en Francia vino una reacción espasmódica en México, movimiento reflejo tanto más temible cuanto que amenazaba a un país en que la revolución era un mal endémico y la resistencia más débil. «Aquí hacen esfuerzos extraordinarios los santanistas y los puros, que son nuestros socialistas, para efectuar una revolución», siguió informando su corresponsal a renglón seguido: reacción automática que hubiera pasado inadvertida a no ser por los trastornos en Francia que facilitaban a los políticos irresponsables y a los

reformadores inexpertos de México la oportunidad de enganchar a los grandes movimientos foráneos las perturbaciones fortuitas que se llamaban revoluciones en México. Los movimientos miméticos, no menos ominosos por ser insignificantes, despertaron la alarma de los patriotas precavidos. El peligro doméstico no radicaba en la sublevación de un proletariado revolucionario, ya que faltaba tal elemento en México, sino en el temor a tal eventualidad, prevista desde los días de Hidalgo por la oligarquía, y de una reacción preventiva para anticipar otro desbordamiento de las masas hambrientas.

Sintomática de tal tendencia era la formación de un partido monárquico, que apuntaba ya en vísperas de la invasión norteamericana y que cobró fuerza en la posguerra, cuando el clima era propicio y la prolongada depresión económica favorecía la aparición de los dos grandes espantajos explotados por la propaganda conservadora: el espectro del socialismo europeo, por una parte, y el fantasma de otra invasión norteamericana, por la otra, si el país fuera a caer otra vez en la anarquía acostumbrada: temores ficticios, pero fuertes, que bastaban para que los supersticiosos buscaran aliados en Europa. Palmerston puso en guardia a Mora, advirtiéndole de que circulaban ofertas para un pretendiente en París; y aunque detenidas por la revolución de febrero, las tentativas eran reveladoras de una tendencia que siguió su curso bajo otra bandera, pero con las mismas intenciones, dirigidas por una facción cuyo jefe y mentor era Lucas Alamán. Ya se vislumbraba la contraparte de la crisis europea en México, y la reacción embriónica alarmaba a los liberales indefensos en una nación derrotada, desmoralizada y sumamente susceptible, por lo tanto, a las tentaciones revolucionarias y contrarrevolucionarias de la posguerra. Los amigos de Mora no dejaron de profundizar el fondo mórbido de estas manifestaciones. «Sobre nuestras cuestiones interiores, fundadas sobre la base de la nacionalidad —le avisaron— existen dos partidos que se fortifican en silencio y que tienden, el uno a la monarquía extranjera, y el otro a la agregación a los Estados Unidos; y lo que parece increíble, estos dos partidos se apoyan sobre una misma idea: la de nuestra incapacidad para gobernarnos».

Ante el dilema, los amigos de Mora invocaron una vez más sus luces. La posición que ocupaba en Londres era una atalaya que dominaba el horizonte político y un centro de información que recibía y coordinaba la interpretación cotidiana de los movimientos mundiales. Desde aquella eminencia resultaba

fácil para un observador experto descifrar la afinidad entre una conmoción de un lado del océano y la contraparte, aparentemente inconexa, del otro. Pero los amigos pusieron al maestro en un predicamento cruel. Para contrarrestar la reacción en México todos los medios indicados eran contraproducentes. Mora no simpatizaba con el socialismo; si una reacción provocada por la doctrina disolvente amenazaba con precipitar el retroceso en Europa, ¡cuánto más lejos llevaría el simulacro exótico a un país tan atrasado como México! En cuanto a la agregación a los Estados Unidos, ni hablar de ello: no se había llegado aún al suicidio nacional. ¿Cuál era, pues, la solución sensata? Propugnar su programa original, en las circunstancias críticas de la posguerra, con el peligro de provocar complicaciones incalculables para el progreso de la patria, significaba una responsabilidad pesada para el reformador, ya propenso a dudar de los remedios drásticos, a experimentar el temor de engañarse y a perder la confianza con que antes aventuraba todo sobre las frágiles seguridades de la razón humana. El oráculo enmudeció. Para la resolución de un problema tan delicado y difícil, sólo él tenía la autoridad suficiente para opinar; su cordura, su valor, su inteligencia y su contacto íntimo con las condiciones internacionales en aquel trance le daban el derecho de dirigir a sus discípulos; pero la invocación llegó tarde: superado ya por la historia, Mora había llegado al fin de su misión revolucionaria. Moralmente paralizado, estaba físicamente agotado. La tisis, fiel compañera de su vida de miseria, engordándose con los años magros del destierro, le obligó, al fin, a renunciar a todas sus actividades y a dejar trunca para siempre su obra; y regresando a París, se internó en una clínica. En los últimos meses de su existencia, casi se sentía en su casa en Francia, bajo aquella Segunda República que parecía, con sus turbias intrigas y sus múltiples combinaciones infructuosas, que estaba mexicanizando a su segunda patria. A través de la distancia que les separaba, y con el corto tiempo que les quedaba, sus amigos consultaban todavía al moribundo, pendientes de su última palabra. El triunfo de la burguesía liberal en Francia, la adopción de una Constitución forjada bajo la fórmula de *Propiedad, Religión, Familia y Orden*, que borraba a la original de *Libertad, Fraternidad e Igualdad*, tranquilizaba sus temores por lo pronto. Pero dudaban de la estabilidad del régimen republicano, se sentían preocupados por la elección de Luis Napoleón a la Presidencia de la República, anticipaban una vuelta monárquica con los rumores que corrían de que el Príncipe Presidente estaba preparando un golpe de Estado en la sombra. En tal caso, ¿llegaría la reacción

hasta México? ¿Y cómo?, ¿y cuándo?, ¿y en qué forma? Pero los sondeos quedaron sin respuesta, porque todas estas cuestiones palpitantes, todos esos enigmas apremiantes, tenían un interés muy remoto para el doctor Mora. El 14 de julio de 1850, con la resonancia lejana de quién sabe qué celebración nacional pulsando en su cerebro, sobrevino la muerte.

La última palabra, la que no llegó a pronunciar, era su legado a la generación venidera. A la juventud liberal Mora dejó un ejemplo de recia independencia y un ideario luminoso, oscurecido al fin por los obstáculos que la dilación suscitó a la realización de su iniciativa. Pero ¿dónde, en 1850, estaba la nueva generación? ¿Dónde se encontraba la juventud bastante madura para abrazar sus consejos cautos y contráctiles, y bastante verde para campear en su defensa? Aquella generación, siempre en marcha y tanto tiempo esperada, había tardado mucho en llegar y hasta la fecha contaba con pocas personalidades de relieve en sus filas. Aquí y allí se adivinaba alguno que otro valor, pero todavía en formación, y siempre que se le acercaba un adepto, Mora le recibía con agrado; pero pocos fueron lo suficientemente acomodados para viajar, y ninguno era lo bastante formidable para merecer el destierro. Tal fue el caso de Melchor Ocampo. En 1840 vino a París y por curiosidad o por respeto al ilustre expatriado, le hizo una visita de cumplido; pero la impresión que le dejó Mora le quitó el deseo de tratarlo. «Es sentencioso como un Tácito —declaró Ocampo—, parcial como un reformista y presumido como un escolástico». La apreciación revelaba a ambos por igual. Tanto se había extremado Mora en su misión, tanto se había mortificado en una vocación que no perdonaba a sus adeptos, que quedó, por ende, víctima de sus rigores; y en 1840 Ocampo no pensaba en reformas sociales. Diez años más tarde, al desempeñar el cargo de Ministro de Hacienda en México, Ocampo modificó su opinión del recluso y le dirigió una carta cordial, refiriéndole sus propios problemas. Pero en 1850 Mora estaba moribundo y Ocampo era apenas un pasante político. La capa apostólica quedó vacante.

Y hacía falta estatura para asumirla. Mora dio la medida en una breve nota autobiográfica. Formulados a la escala de su propia talla, los requisitos del reformador eran rigurosos, y como todas sus exigencias, difíciles de alcanzar: «Frío en sus pasiones e invariable en sus designios», empezó por asentar; preparado por una amplia cultura, máxime en las disciplinas morales, políticas y económicas —siguió diciendo—, y dotado de un carácter elevado, a la altura de su misión: independiente,

desinteresado, valiente, modesto, un aristócrata moral, en suma. De todos estos atributos Mora se preciaba de ser el modelo. Pero ¿dónde se hallaba el émulo capaz de pretender a tales prendas, sin sucumbir a su peso en México? Con su autorretrato, Mora dictó su propio óbito. Y si el aspirante tenía la vocación, no podía atribuirse más que la mitad de la sucesión; con el valor, la ilustración, el carácter, ¿quién era capaz de reunir la experiencia madura del maestro y la comprensión cosmopolita indispensable para promover la reforma en las arduas contingencias de la posguerra? La misión era más exigente que el hombre, y con Mora la raza privilegiada parecía haber muerto. La cruzada había llegado a una encrucijada sin salida; el dilema cerró el paso a los más intrépidos; la mortificación nacional se manifestaba en la postración de la vida pública; el cansancio de la lucha era tan general que nadie se postulaba por la sucesión revolucionaria; la juventud miraba al porvenir con los brazos cruzados. Los viejos políticos, por consiguiente, siguieron en el mando, a pesar de su ineptitud catastrófica, y los viejos pensadores volvieron al escenario.

Pero los viejos pensadores volvieron en una actitud radical. Alamán era tímido por temperamento, y su filosofía política se basaba sobre el temor; pero al volver a la palestra, el temor mismo le obligó a tomar la ofensiva y a asumir una actitud atrevida. Abandonando la *Historia* inacabada, se echó a cuestas la defensa errática de una reacción radical y se convirtió en mentor de un partido monárquico en todo menos el nombre. El nombre era anatematizado: el primer propagandista que se atrevió a abogar por la monarquía en México —se llamaba Gutiérrez Estrada— se vio obligado a emigrar a Europa en 1840; y aunque la idea había ganado terreno desde entonces, era todavía una piedra de escándalo que provocaba alborotos en las asambleas políticas. En vísperas de la guerra Alamán se había asociado con una camarilla monarquizante, encabezada por el arzobispo de México y por un general que abandonó la defensa de la frontera para apoderarse del gobierno; y cuando el autor de la *Historia* se reincorporó a la vida política, no se le perdonaban sus antecedentes. En los comicios se le tachaba de *borbonista, absolutista, antipatriota* y *enemigo de la independencia*, y a pesar de sus protestas, se siguió deturpándolo con tales epítetos: el historiador no logró librarse de su libro, y el autor que compuso la *Historia de México* en son de apología a Cortés y de endecho por la Independencia, y que la cerró con un homenaje a Iturbide, había puesto el índice sobre el corazón con demasiada franqueza para disimular la vena umbilical que la

hacía latir. Sin embargo, y sin renegar de su obra, Alamán negó rotundamente que era monárquico, y el mentís no era mentira; después de la revolución en Francia, la idea de pedir un pretendiente en París era poco recomendable en México. El año de 1848 fue funesto para la monarquía en todas partes, y acomodándose a las inclemencias del tiempo, el político se conformó con el dicho de Mora de que «el medio más sabio y más seguro de prevenir las revoluciones de los hombres es el de apreciar las revoluciones del tiempo y de acordar lo que ellas exigen». Andando el tiempo y adaptándose a sus rigores, Alamán llegó al Congreso; pero su partido perdió terreno en las elecciones y tuvo que contemporizar. Conservador, Alamán corrió la misma suerte que como monárquico vergonzante: por más terreno que cedía, siempre había más que ceder. Vino el año de 1850: el primer periódico socialista vio la luz en México, y la primera huelga; abundaban los sin trabajo; el malestar económico fomentó un brote de guerra de castas; los disturbios tomaron por consigna la repartición de las haciendas y la confiscación de los bienes del clero; y en 1851 Melchor Ocampo llamó fuertemente la atención nacional con su polémica con el cura de Maravatío —señales todas que indicaban la tendencia levantisca de los tiempos corrientes y que alarmaron a quienes andaban sobre aviso, poseídos de previsión y de pavor. Y mientras andaban sin defensa y obedeciendo al tiempo en México, en Francia el golpe de Estado de Luis Napoleón borraba la pobre ficción de la Segunda República. «Nosotros nos llamamos conservadores —decían en su profesión de fe— porque queremos conservar la débil vida que le queda a esta pobre sociedad». Pero ¿cómo conservarla siguiendo siempre a la defensiva?, ¿cómo contemporizar con los contratiempos incontrastables?, ¿cuánta vida les quedaba sin recurrir a la cura cáustica de las lágrimas? Corría el tiempo y con cada año más urgente se volvió la alternativa de la revolución o la contrarrevolución, más difícil, el término medio, y más peligroso, marcar el paso.

Mora y sus amigos habían vaticinado que la reacción tardaría mucho en manifestarse en Europa; que provocaría una resistencia acérrima allá; y que llegaría hasta México. Acertaron en la cola de sus deducciones. En México la tregua social duró lo que duraron los millones norteamericanos que estabilizaron al gobierno; cuando se agotaron, vino la reacción. Pero vino tarde y no en consecuencia de un levantamiento revolucionario, sino en forma de un movimiento contrarrevolucionario para prevenir tal eventualidad. Promovido por el temor, y

ocasionado por un estado de ánimo que no correspondía de manera alguna al estado de la nación, el profiláctico surtió el efecto contraproducente, provocando la verdadera revolución contra la cual se preparó la inmunización. La última palabra que Mora no llegó a pronunciar la formuló Alamán, y era la palabra fatídica: *¡Absit omen!*

En 1853 el gobierno fue derribado por un motín y Alamán y sus correligionarios llegaron al poder sin oposición. El motín hubiera sido sin significación a no ser por las fuerzas que se coligaron para darle impulso. Brotando como el acostumbrado cuartelazo, ya estaba a punto de fracasar cuando el clero y los terratenientes se solidarizaron con los pronunciados para resguardarse contra la premonición que todos compartían de una inminente oleada de reformas. Sublevándose a ciegas, los propietarios partieron de estampida, asustados por un presentimiento tan fuerte que bastaba la más mínima alarma para ponerlos en movimiento; y muy insignificante, en efecto, fue la amenaza que precipitó la estampida. Muchos eran los patrocinadores, pero para quienes tenían la responsabilidad de la reacción importaba menos que el porqué del movimiento, un estado de ánimo propenso a todos los extremos, y un pánico tan agudo que los arrieros clamaban por providencias fuertes, y hombres fuertes, para frenarlo. Alamán redactó un plan; mas Alamán era un ideólogo, y tanto escaseaban los hombres fuertes en aquel momento, que ni la percepción del sabio, ni el husmeo del hato, lograron localizar ninguno. Pero les quedaba siempre Santa Anna. Éste, por lo tanto, fue llamado del destierro y encargado de la ejecución del plan.

Las condiciones impuestas al caudillo, así como el origen, la causa y los fines del movimiento, le fueron comunicados por Alamán en una carta que solicitaba su colaboración y que puso al desnudo la triste anatomía de la sociedad y la débil vida que conservaba en 1853. Tres eran los responsables de la reacción. El autor intelectual era Alamán; el apoderado de ponerla en práctica, Santa Anna; v el crédito lo recibió Ocampo, a cuya querella con el cura de Maravatío, Alamán atribuyó el origen del mal. «La revolución, quien la impulsó, en verdad, fue el gobernador de Michoacán, con los principios impíos que derramó en materias de fe, con las reformas que intentó en los aranceles parroquiales, y con las medidas alarmantes que anunció contra los dueños de terrenos, con que sublevó al clero y propietarios de aquel estado, y una vez comenzado el movimiento, siguió lo de Jalisco, pero que no habría progresado si no se hubiesen declarado en su favor el clero y los

propietarios; desde entonces las cosas han ido encadenándose, como sucede en todas las revoluciones cuando hay acopiado mucho disgusto, hasta terminar en el llamamiento y elección de usted para la presidencia, nacido de la esperanza de que venga a poner término a un malestar general que siente toda la nación. Ésta y no otra es la historia de la revolución por la que vuelve usted a ver el suelo de su patria».

A cada cual su parte; y Alamán se reservó la suya al exponer, punto por punto, el plan maestro que le valía el derecho de propiedad intelectual. «Es el primero, conservar la religión católica, porque creemos en ella, y porque aun cuando no la tuviéremos por divina, la consideramos como el único lazo común que liga a todos los mexicanos, cuando todos los otros han sido rotos, y como lo único capaz de sostener la raza hispanoamericana y que puede librarle de los grandes peligros a que se está expuesta. Entendemos también que es menester sostener el culto con esplendor, y los bienes eclesiásticos, y arreglar todo lo relativo a la administración con el Papa, pero no es cierto, como han dicho ciertos periódicos para desacreditarnos, que queremos inquisición, ni persecuciones, aunque sí nos parece que se debe impedir por la autoridad pública la circulación de obras impías e inmorales». Plan razonable y conforme a la época: nada de Inquisición, nada de persecuciones anacrónicas, pero nada tampoco de sinrazón republicana. «Estamos decididos contra la Federación; contra el sistema representativo por el orden de elecciones que se ha seguido hasta ahora; contra los ayuntamientos electivos, y contra todo lo que se llama elección popular, mientras no descansa sobre otras bases… Estamos persuadidos de que nada de esto lo puede hacer un Congreso, y quisiéramos que usted lo hiciese, ayudado por consejeros poco numerosos que preparasen los trabajos. Éstos son los puntos esenciales de nuestra fe, que hemos debido exponer francamente y lealmente, como que estamos muy lejos de pretender hacer misterio de nuestras opiniones, y para realizar estas ideas se puede contar con la opinión general que está decidida en favor de ellas, y que dirigimos por medio de los principales periódicos de la capital y de los estados, que todos son nuestros. Contamos con la fuerza moral que da uniformidad del clero, de los propietarios, y de toda la gente sensata que está en el mismo sentido… Creemos que estará usted por las mismas ideas, mas si así no fuera, tememos que será gran mal para la nación y aun para usted». En tal caso, recomendó al desterrado que quemase la carta y se olvidase del asunto.

¿A Santa Anna qué le quedó? La repatriación, la dictadura y las luces de Alamán para suplir a las suyas; y sobre estas bases se cerró el contrato. Santa Anna regresó a México y no sólo se conformó con el plan, sino que lo puso en vigor con una energía gratuita que nada era capaz de justificar sino el temor a una revolución genuina. No hubo oposición; la seudorrevolución iba dirigida contra enemigos imaginarios, y los verdaderos fueron formados por un grupo de hombres que padecían de manía persecutoria y adolecían de hipertrofia de tino y precaución. Se adoptaron medidas de seguridad pública para conservar el orden, la familia, la religión y la propiedad; y a las garantías acostumbradas Santa Anna añadió las suyas, ya históricas. Su primera providencia era la de limpiar el país de personas indeseables; se redactó una lista de proscritos, pero corta e incompleta; ya que en las filas liberales faltaban, tanto como en las suyas, hombres fuertes. Sólo dos le parecieron lo suficientemente peligrosos para merecer la capa de Mora. Uno era Ocampo, que fue expulsado del país sin explicaciones y sin tardar. El otro era Juárez.

Al terminar su gobierno de Oaxaca en 1852, Juárez había vuelto al Instituto, como rector del plantel, y a las ocupaciones de su bufete. Los pobres constituían siempre su clientela, y los pleitos le llamaban muy a menudo a la sierra; acababa de despachar un litigio en el Distrito de Ixtlán, y estaba a punto de iniciar otro en un pueblo del valle, cuando fue detenido, el 27 de marzo de 1853, y se le condujo fuera del estado escoltado por un piquete de caballería, sin más explicación que un pasaporte, señalando como su destino inmediato la villa de Jalapa, capital del estado de Veracruz y sede de la hacienda ancestral de Santa Anna. En Jalapa fue confinado por casi tres meses, vigilado por la policía, pero siempre sin acusación formal, vejado por órdenes contradictorias de seguir adelante y burlado por vacilaciones oficiales y dilatorias despóticas. A pesar de sus protestas, las autoridades permanecieron impenetrables, hasta que el hijo de Santa Anna lo puso en un coche y lo acompañó a Veracruz. Aquí fue encarcelado en la fortaleza marítima de San Juan de Ulúa, pasando once días incomunicado en las mazmorras bajo el nivel de las aguas, con el rumor de las olas y el silencio de las piedras por única indicación de su suerte. Al duodécimo, recibió la intimación de hacer su maleta, y con un pasaporte para Europa, fue conducido, enfermo, a bordo del paquebote británico. Fuera del pasaporte, las autoridades no habían hecho ningún arreglo para su transporte y los pasajeros tuvieron que hacer una colecta para pagar su pasaje hasta el primer puerto de escala.

Desembarcado en La Habana, y provisto de fondos por su familia, prosiguió su viaje hasta Nueva Orleáns, donde, con un puñado de desterrados políticos, resueltos todos a reorganizar su patria, conoció, por fin, su destino.

10

Tanto o más misteriosos que los designios de la Providencia eran los designios de Santa Anna; pero en los designios de la Providencia estaba reservado para Santa Anna, siempre carente de previsión y dirigido por una camarilla sobredotada de tal mérito, la suerte de determinar, en un triunfo supremo de improvidencia, el destino de Juárez. La proscripción de Ocampo era la consecuencia lógica de su actividad como agitador. Ocampo representaba un peligro posible; pero el nombre de Juárez no sonaba a siniestro en 1853. Liberal moderado e inofensivo —como todos los liberales desarmados y morigerados por la guerra con los Estados Unidos— se le conocía sólo por su gobierno modelo de Oaxaca. En su propia comunidad era un hombre de talla; pero no fue hasta salir proscrito de su provincia cuando comenzó a figurar en el mundo. Tenía 47 años y poco había hecho hasta entonces en abono de la confianza con que Miguel Méndez lo había señalado, tanto tiempo atrás, como el futuro misionero de la causa liberal: la promesa tanto tiempo dilatada se había vuelto siempre más eventual, y si bien su fe permanecía firme, mucho de su fuerza se había disipado en la contemporización, los acomodamientos, la circunspección con que la practicaba. Había alcanzado la edad de discreción en que, por lo común, el carácter queda formado y las costumbres se han fijado, y con cada año los obstáculos se acumulaban y se hacían más pesados: la rutina de la vida normal, los lazos familiares, las obligaciones y las comodidades del conformismo, la satisfacción de un modesto triunfo, el plácido maridaje de las superficies y las profundidades, todo conspiraba insensiblemente para sosegar los ardores entibiados de la juventud. Entonces vino el golpe: agarrado de relance y arrancado de su complacencia, desarraigado de su tierra, arrojado a lo desconocido y separado de sus seguridades, Juárez recobró sus rumbos, gracias a la memoria implacable de Santa Anna.

Porque, si los designios de Santa Anna eran misteriosos, no eran indescifrables. No fue un capricho casual, ni siquiera una maquinación política, sino la manifestación lógica de la mentalidad de un hombre para quien lo político y lo personal eran inseparables, lo que llevó a Santa Anna a vengarse del presumido que le había cerrado las puertas de su estado seis años antes. Pero tan lejos estaba Juárez de adivinar el motivo personal, y tan poca importancia concedía al incidente de 1847, que no se le ocurrió relacionarlo con su desgracia en 1853. Al

relatarlo en sus *Memorias*, atribuyó su desgracia a los vuelcos normales de la política, imputándola a las intrigas de oportunistas anónimos pronto a congraciarse con el nuevo régimen —«hombres ambiciosos y vulgares —decía— que se hacían lugar entre los vencedores, sacrificando al hombre que durante su gobierno sólo cuidó de cumplir con su deber sin causarles mal ninguno. No tenían principios fijos, ni la conciencia de su propia dignidad, y por eso procuraban siempre arrimarse al vencedor, aunque por ello tuvieran que hacer el papel de verdugos». Y con el sentimiento de la inocencia ultrajada se enfrentó a un contratiempo que sinceramente creía no haber hecho nada para merecerlo. «Yo me resigné a mi suerte, sin exhalar una queja, sin cometer una acción humillante», terminó diciendo. No era éste el sentimiento de un rebelde ni de un resentido; cada palabra delataba su candidez política. La adversidad sólo tenía el valor que él mismo le concedía por su propia conducta; y no alzó los ojos hasta Santa Anna para no mirar tan bajo.

Pero, además de Santa Anna, había el partido. Tampoco a esta consideración le concedió la importancia que merecía. Lejos de sospechar que su suerte tuviera alguna significación política, la minimizó como una simple desgracia personal. Conocido como un liberal discreto y un gobernante ejemplar, no se le ocurrió que la combinación pudiera resultar tan peligrosa como la iconoclastia de Ocampo. ¿Cómo iba a suponer que su buen gobierno en Oaxaca, sin sectarismos y casi conservador en su constante manifestación de moderación y orden, había de inquietar a la reacción tanto o más que una provocación declarada? Juárez se preciaba de ser un hombre sensato; y hacía falta una credulidad extrema, o una intuición excepcional, para creer que un ejemplo tan seguro amenazara a un partido obsesionado por su propia inseguridad, o que un triunfo tan conservador tuviera proyecciones subversivas sólo por ser obra de un liberal. Tan poco adivinaba la psicología de la reacción que se creyó víctima de un accidente político, en vez de una regla política. Nunca le había pasado un accidente comparable a Alamán y tenía aún mucho que aprender: primero y por regla general, que de nada le habían servido los años de conformismo; que en los tiempos cargados de tensión social, nadie era insospechable y nadie podía ser neutral, ni inocente, ni inocuo; y que pedir razón a la reacción era pedir cuentas al culpable. La lección penetró tarde pero profundamente y para siempre, en el destierro, donde trató a reducido grupo de refugiados, víctimas de la misma experiencia

y resueltos todos a aprovecharla, acabando la obra iniciada por la sociedad anónima cuya razón social se llamaba Santa Anna. De los proscritos congregados en Nueva Orleáns ninguno era notable, sin su relevante desgracia, con la excepción de Ocampo, a quien conoció por primera vez en la emigración y con quien trabó una amistad fecunda.

Ocampo no era un rebelde nato. Criado en el mundo cerrado de la aristocracia criolla, había asimilado la mentalidad de su clase y adquirido el sesgo moral de una vida recogida, mucho antes de romper el molde. De un Lucifer no tenía otra marca que su origen oscuro. Hijo adoptivo o natural de una dama renombrada en Michoacán por el gran lujo, el gran tren, y la gran caridad que desplegaba una vez al año, al pasar la Semana Santa en la capital, y que regresó a su hacienda un día, llevando una criatura entre las reliquias que lucía en su pecho, el niño salió más a la madre adoptiva que al padre presunto. Éste era, o se reputaba, un insurgente perseguido, que disfrutó de la caridad de la dama durante la guerra de Independencia. De todos modos, cualquiera que fuese su origen, el niño tenía buena sangre por ambos lados y no tardó en demostrarlo. Menor de edad cuando su madre falleció, dejándole en herencia sus bienes y su tradición de caridad pródiga, el joven se encontró a pocos años tan cargado de deudas que un día de 1840 desapareció de la comarca, engañando a su tutor con una patraña extravagante de haber sido confundido con un enemigo de Santa Anna, asaltado, plagiado y embarcado para Europa. Pero siendo su tutor no sólo el apoderado de sus bienes, sino su padre presunto, al llegar a París, le reveló la verdad. «Sin recursos con qué cubrir mis deudas —le escribió—, iba bien pronto a aparecer en mi verdadero carácter, es decir, como un mentecato que, en parte por una tonta vanidad, en parte por una mal entendida beneficencia, había preferido en los últimos tres años cumplir con las obligaciones que sus pródigas promesas le habían contraído, más bien que atender a las sagradas de su verdadero deber. Había insensiblemente granjeádome una tal reputación de generoso, que no había semana, y en algunas ni un día, en que no se me presentara una nueva demanda… y débil e incapaz de decir un *no*, no podía cortar el mal en su origen, no veía en lo futuro sino humillaciones amargas, arrepentimiento tardío y merecido oprobio. Era, pues, indispensable evitar con tiempo todo esto, y el único medio que mi acalorada razón encontró fue venirme». Pero como no hay mal que por bien no venga, contaba con la venia del tutor y juró reformarse en París, ganar el hábito del

trabajo, «que nunca he tenido arraigado y que la falsa prosperidad de los últimos años me ha hecho perder», y al mejorar de carácter regresar a su tierra y servir a su patria con lo que había aprendido con la práctica de la autodisciplina. «No hay, señor, peor tormento —insistió— que el desprecio fundado de sí mismo».

En París, el pródigo se dedicó a la pobreza penitencial, privándose rigorosamente del socorro de su tutor por temor de que sus censores en Michoacán «tomaran mi pobreza por una refinada hipocresía y todas mis acciones por otras tantas falsedades». Al cernir el cilicio, vigilaba también sus motivos. «Aunque mi necesidad era grande, pues hasta mi camisa la publicaba —siguió explicando en medio de sus mortificaciones —, yo creo que el sentimiento de vanidad, por el cual creía probar que no eran ciertas estas versiones, pudo más en mí en aquel momento que el hambre, la desnudez y sobre todo la repugnancia que sentía de causar a usted este nuevo embarazo». ¡Vanidad! La palabra corría siempre bajo su pluma y la cosa bajo su talón, y aunque la vigilaba de cerca, el flaco tomaba las formas más proteicas; y cuando lo adivinó en acecho tanto en sus privaciones como en sus prodigalidades, quebrantó el ayuno. No fue sólo sus deudas, sino el afán de correr el mundo y de mejorar de educación, lo que motivó su fuga; no eran irreconciliables las dos razones, y al recibir un anticipo de sus rentas, facilitado por su tutor, se resolvió a viajar. La penitencia no era incompatible con la curiosidad; París no era el único purgatorio, ni la mortificación, la única forma de reformar el carácter; y hubiera sido el colmo de la improvidencia desaprovechar las oportunidades, tan abundantes en Europa, de adquirir también una disciplina científica. Vencidos, pues, los escrúpulos, hizo un viaje a pie a través de Francia, Suiza e Italia, informando escrupulosamente al tutor de los conocimientos recogidos en la ruta. «Es verdad que a veces mi estómago ha pagado el gasto, por no decir casi siempre, pues ha sido preciso *ayunar* para ver todo esto, pero le aseguro que, por lo que he visto, vale bien la pena de comer por algunos días sólo pan y manzana, y convendrá V. en que, una vez en Italia y con mis ideas, más fácil era consentir en *suicidio* que en resistir *la tentación de ver*». En Italia le tocó ver y reconocer otra vez los subterfugios de la vanidad, aunque en forma ajena a la suya. Roma era toda una revelación, con la vida sórdida de la plebe, con los barrios pobres del Transtévere, con los palacios parecidos a otras tantas ruinas antiguas, y sobre todo con la vanagloria del gran mundo ultramontano: en aquel centro de

ilustración lo que más le impresionó era lo que menos llamaba la atención de los devotos: la ostentación de la caridad, la pordiosería universal, solazándose en la opulencia y el ocio de la capital papal, y el hedor de la miseria saturando el olor de la santidad. «La muchedumbre de mendigos es asombrosa; piden limosna el Papa, los cardenales, los obispos, los clérigos, los frailes, los magistrados, los empleados, los ciudadanos, los rancheros», apuntó a vuelo de pluma; y no sólo la mendicidad, sino la anarquía de los estados pontificios le recordaba a México. Los caminos estaban tan infestados de bandidos, que optó por regresar a Francia por mar. Las impresiones recogidas en el recorrido no eran las livianas con que los jóvenes de su clase solían regresar de *la grande tournée*, sino las observaciones de un espectador curioso, y el mayor provecho que sacó del viaje era haber vuelto a París bastante ilustrado para resentirse de otros defectos que no los suyos propios: ya había superado el problema personal, *vanitas vanitatorum*.

En vísperas de emprender el viaje, conoció a Mora. Llevado por la curiosidad, le hizo una visita de cortesía, y la impresión que le dejó el reformador era tan significativa como desfavorable. Le cayó mal; le juzgó autoritario, arrogante, presumido; le disgustó su dogmatismo, le fastidió su fervor, le repugnaba su suficiencia, y sólo le concedió una gran cultura y mucha soltura y elegancia en la expresión de sus ideas: reacción que era el índice más fiel de su propia evolución a la sazón. La antipatía que le inspiraba Mora puso de manifiesto cuán lejos se hallaba de ser, o de pensar en ser, reformador en 1840. Sumamente preocupado con su propia salvación para interesarse en otras aspiraciones, su odio por aquella vocación le dictaba su juicio acerca del hombre, al que respetaba y sobre el cual cavilaba, pero tan alejado se sentía del autor de *México y sus revoluciones*, y de los problemas de su patria, que contemplaba a su famoso compatriota como si fuera otra de las curiosidades que convenía conocer en París. Y cumplida la visita de rigor, se retiró a su propio rincón, resuelto a no tratarlo más. Nunca se verificó una retirada más defensiva. La proximidad era peligrosa, porque efectivamente tenían mucho en común, disciplina, independencia, superioridad moral, una conciencia exigente, pero sólo servían sus afinidades para acusar sus diferencias, porque estas prendas, que Mora consagraba al progreso de un pueblo, Ocampo las dedicaba a su propia redención. Consciencia, voluntad, abnegación, todo lo tenía, pero le faltaba todavía una ambición digna de sus dotes. Aunque la distancia entre los dos era grande, no era una disparidad

intrínseca, sino de evolución. La reacción del joven era negativa, precisamente porque el maestro era tan absorbente. El Padre Mora lo llamó, un poco despectivamente, «parcial como un reformista, un apóstol demasiado ardiente para creerlo desinteresado en sus doctrinas». Ocampo dudaba de su sinceridad, temía su ardor, resistía su dominación, negaba su autoridad, y agotados todos los pretextos para desestimarlo, acabó para salvar su propia independencia con la fuga.

Pero se fue a Italia, y Roma contribuyó a la fecundación de su conciencia. Más que el Padre Mora, el Padre Santo le salvó de la incuria social. La miseria del pueblo, la mendicidad de la Curia, la explotación de la fe, le llamaron fuertemente la atención, pero también sin surtir efecto por lo pronto. De regreso a París, siguió dedicado a la disciplina de su carácter, practicando la pobreza en todas sus formas, ni santas ni saludables, y negándose inflexiblemente a regresar a México a cuidar sus intereses —«consentiría mejor en perderlo todo y mantenerme de chifonero que volver», contestó a su tutor— hasta terminar la prueba que se había impuesto.

Al cabo de casi dos años, Ocampo regresó a Michoacán bastante castigado, maduro y dueño de sí mismo para cumplir con sus obligaciones y redondear su hacienda, aunque sin alcanzar la solvencia financiera, pero economizando para conservar la independencia que le aseguraba la propiedad. Regresaba, sin embargo, a su tierra, a su vida acostumbrada, a su clase; y el hijo pródigo recayó en sus costumbres. Por más que se esforzaba en frenar sus flaquezas, no pudo y no quiso corregir su caridad. Aunque había aprendido, a duras penas, que «la beneficencia no consiste en *dar*, sino en *saber dar*», y sabía decir un *no* a cierta clase de personas: «Los pedigüeños cesarán de considerar como irrecusable, para ser servidos por mí, el solo acto de decirme que lo necesitaban». No pudo negarse a los demás, y los demás le rodeaban por todas partes, y sus necesidades eran siempre más apremiantes que las suyas. ¿Cómo apartar los pobres de los pedigüeños o distinguir entre los necesitados y los sanguijuelos? Más aún, ¿cómo negar que él necesitaba de los pobres tanto o más que ellos necesitaban de su socorro? Administrando sus bienes según la tradición feudal de responsabilidad por sus dependientes, se interesaba personalmente en el bienestar de sus peones y de sus vecinos con una devoción que daba que hablar en la comarca. Muchos fueron los servicios del señor celebrados por los humildes, y los servicios prestados al necesitado vinieron a ser obligaciones indeclinables que minaban insensiblemente su independencia.

A no ser por su disposición servicial, no cabe duda de que se hubiera entregado a la vida fácil y risueña de clase, ocupado con sus comidillas, cultivando sus plantas, hojeando sus libros, mimando a sus tres hijas, y cediendo a lo que llamaba su pereza española; pues en esta rutina apacible conoció la felicidad y no pedía más del mundo que una modesta competencia para satisfacer sus pocas necesidades.

Pero los demás pedían mucho más de don Melchor Ocampo. Propietario, se esperaba que participara en la política, obligación ineludible de su clase, y sus vecinos ricos no alcanzaban a comprender su modestia, ni sus vecinos pobres tampoco, siendo ambos sólo tan modestos como sus rentas. Todo el mundo ambicionaba una carrera para don Melchor, y resultaba difícil conciliar su pereza con su deber para con el prójimo. El ambiente se impuso y la ambición de los demás despertó la suya. Convencido por las conveniencias sociales, así como por la conciencia de sus responsabilidades, de que los hombres superiores no pueden ser lo que desean, sino lo que deben ser, según los demás, cedió a la demanda y demostró su civismo desempeñando una serie de cargos públicos, como diputado, senador y gobernador del estado, y cumpliendo con la palabra empeñada de regresar a la patria para servirla con lo que había aprendido en el extranjero. Apenas repatriado, salió electo al Congreso General de la República en 1842, bajo la dictadura de Santa Anna; en 1848 se encargó del gobierno de Michoacán durante la guerra norteamericana; en 1847 fue postulado para la Presidencia de la República; en 1850, siendo senador en representación de Michoacán, desempeñó también el cargo de ministro de Hacienda; en 1852 volvió al gobierno de Michoacán, y renunció al poder en 1853. Partidario de ideas avanzadas en materia social, Ocampo era intransigente en su biblioteca, pero las reformas iniciadas durante su administración del estado no pasaban de ser modestas mejoras materiales —reformas financieras, reformas carcelarias, reformas escolares—, y al aportar un poco de filantropía a la vida pública, se granjeó la confianza de todos los sectores sociales.

Mientras se limitaba a obras públicas que mejoraban poco a poco el promedio de la vida del estado, su gestión satisfacía las necesidades de su propia clase, preocupado por la difícil digestión de la guerra con los Estados Unidos: la regeneración interna y anodina aliviaba el dilema de los propietarios en la posguerra, apretados entre una economía menguada, por una parte, y el temor de la reforma social, por la otra. Pero la

condición del país preocupó a Ocampo al enterarse de la cosa pública, y la condición de su clase al tratar con el clero, y la suya propia, al tropezar con el cura de Maravatío en 1851. Una invocación casual a su caridad precipitó su ruina. Al coger lo que le parecía sólo una sanguijuela de los pobres, le picó una ortiga con virulencia suficiente para inflamar a su clase en contra suya, y aunque Ocampo negó, indignado, la nota de reformador peligroso, se volvió, por estigma y a su pesar, lo que se esperaba que fuera. Lo que no pudo el padre Mora, lo logró un cura de pueblo: el cura le hizo sangre. Al volver al gobierno de Michoacán, en 1852, Ocampo tenía ya formulado el ideario que tanta alarma infundió a Alamán; pero fue sólo al verificarse la patraña de su juventud cuando, confundido con un enemigo o dos de Santa Anna, tachado de subversivo y expulsado del país, se volvió un rebelde, en realidad.

El hombre que Juárez conoció en Nueva Orleáns fecundó su conciencia e influyó en su evolución en la única forma en que una influencia puede surtir efecto: estimulando sus propias aptitudes. Más adelantado en el camino revolucionario, Ocampo le prestó el mismo servicio que Mora le había rendido, despertando capacidades latentes e insospechadas y encaminándolo hacia un destino ignorado. De consuno, el pequeño grupo de refugiados recibió a Ocampo como su jefe nato, y al día siguiente de desembarcar en Nueva Orleáns, Juárez asistió a una reunión convocada para debatir los medios y arbitrios propios para derribar a Sania Anna. La empresa era muy ambiciosa, ya que ninguno tenía influencia o partidarios en México; pero estando malparados, y teniendo mucho que ganar y nada que perder con el intento, no les arredraron tales consideraciones. Contaban con un brote de rebelión en el estado de Guerrero, acaudillado por Juan Álvarez, y fincaron su fe en sus armas. Veterano de la guerra de Independencia, Álvarez tenía nombre como viejo insurgente, y un pie de fuerza guerrillera como cacique en su comarca, pero lo mismo que Guerrero y casi todos los héroes de su generación carecía de experiencia política. Los expatriados se encargaron de la dirección ideológica de la revuelta, formulando un plan político y remitiéndolo a Acapulco, donde Álvarez tenía establecido su cuartel general, por un correo cuyos gastos se cotizaron para cubrir. La distancia era grande y la comunicación muy lenta para sostener un contacto activo, pero tenían un apoderado en la persona de Ignacio Comonfort, voluntario liberal que militaba con Álvarez y le servía de asesor político, y Comonfort fue comisionado para que proclamara el plan.

El primer fruto del destierro era, pues, la confianza en sí mismos manifestada por esta iniciativa. Nada la fundaba en aquellas circunstancias, pero la sostuvieron por espacio de varios meses con las actividades esperanzadas a las cuales, por necesidad, los refugiados políticos son adictos, aprovechando todas las circunstancias favorables en México. El Tratado de Gadsden estaba pendiente en el Senado, y como el convenio entrañaba otra cesión territorial a los Estados Unidos, la posición del partido conservador, que basaba su derecho al poder sobre la conservación de la integridad territorial, era sumamente favorable. Ocampo redactó una protesta «en el nombre de la mayoría de los desterrados de Nueva Orleáns», exhortando al Senado a que suspendiera la tramitación del tratado, y fijando las condiciones en que el partido liberal convendría en tomar el poder. Al tardar la respuesta, se comunicó con el cónsul mexicano en Nueva Orleáns, llamando su atención sobre el asunto, y al pasar inadvertida también esta comunicación, encabezó una delegación encargada de recordar al funcionario sus obligaciones. Acalorado por la conferencia, se retiró a un hotel para registrar el resultado y puntualizar por escrito lo que había dicho y quiénes hicieron usa de la palabra. El acto formal dejó constancia de su actividad patriótica, pero de nada más: patentizaba su impotencia, más palpable aún por los ademanes de protesta con que la negaba. El Tratado fue aprobado y los millones norteamericanos aseguraron a Santa Anna otro plazo en el poder.

Pero no faltaban las compensaciones. Advertidas sus actividades, tuvieron la satisfacción de verse denunciador en la prensa oficial de México por más de lo que, en realidad, habían hecho: por fraguar conjuras sediciosas; por dirigir la sublevación en el Sur; por protestar contra el Tratado de Gadsden ante el gobierno de los Estados Unidos; por enganchar voluntarios para invadir el territorio nacional. Al mismo tiempo su postulación al poder fue reconocida en otros ámbitos; Álvarez acogió su colaboración con agrado y Comonfort publicó un plan —el Plan de Ayutla— que tenía cierto parecido con el suyo. Animado por ambas reacciones, Ocampo se trasladó a la frontera, radicándose en Brownsville, donde se dedicó a aguijonear a los gobernadores de los estados contiguos y provocar en el Norte una reacción simpática al movimiento en el Sur.

Juárez pasó a ocupar el puesto de Ocampo en Nueva Orleáns; pero la ausencia del animador dejó un vacío sensible en la casa de huéspedes que servía de cuartel general a los desterrados, y la correspondencia cruzada con Brownsville era

la relación monótona de días sin novedad y sin sabor. No más irrupciones en el consulado mexicano; no más protestas ni profesiones de fe; no más sesiones acaloradas ni discusiones exaltadas; no más proyectos de reformas, a las que prestaba una actividad y una importancia ilusorias; faltaba Ocampo, faltaba el porvenir. La revuelta en México no avanzaba, y hojeando los periódicos en balde buscaba apoyo por aquel rumbo.

A medida que pasaban los meses invariables y tediosos y no sucedía nada en México ni en Brownsville, la prolongada prueba de paciencia cernía el grupo reduciéndolo poco a poco a los miembros originales. Cansados de alimentarse de esperanzas, los comparsas se fueron al llegar el verano, so pretexto de los rigores del clima y de una epidemia de fiebre amarilla que ahuyentó a los endebles, y la fuerza numérica quedó reducida a la fuerza de convicciones. Los aptos sobrevivieron y los aptos eran cuatro. Al congregarse por primera vez, difícil hubiera sido adivinar quiénes estaban destinados a figurar en lo futuro, y quiénes a caer en la marcha. Pero seis meses más tarde la acción del tiempo y la selección natural descubrieron a los idóneos, y cuatro veteranos sabían que siempre podrían contar los unos con los otros; Juárez, Ocampo, Ponciano Arriaga y José María Mata. Pero sobre ellos también obraba el proceso cercenador. Juárez cayó enfermo de fiebre amarilla y se salvó por pura casualidad, «pues no teníamos fondos para que se le atendiera debidamente», según uno de sus compañeros. Se salvó, sin embargo, sin gastos médicos; y su recuperación demostró, para llegar al futuro, una vitalidad física no menos esencial que su resistencia moral; y de aquella otra dote indispensable dio constancia repetidas veces en las pruebas a las cuales fueron sometidos los sobrevivientes.

Éstas fueron muy severas. Nostalgia, abatimiento, dudas; contra tales fiebres estaban inmunes, resueltos todos a regresar a su tierra invictos o nunca. Y no faltaban las trampas, porque Santa Anna ofreció a los renegados una amnistía, pero no hubo más que un tránsfuga, y al saberlo Juárez fustigó al culpable con una vehemencia rara en sus labios. «Yo no he podido leer estos periódicos —escribió a Ocampo— pero los que los han visto me dicen que Sandoval, como si no le bastara su humillación para volver a la gracia del tirano, acrimina vilmente a sus camaradas del destierro. ¡Pobre diablo, que ha tenido el talento de cambiar su ser de hombre por el de un despreciable reptil, a quien todos debemos escupir!». Poco les costaba la constancia: denunciados por Santa Anna, ya se sabían bastante fuertes para saborear el tónico en la purga. Pero andando el tiempo conocieron otras

pruebas: el problema de conseguir medios y arbitrios para derribar a Santa Anna cedió al problema de conseguir medios y arbitrios para vivir. Contra la pobreza estaban armados; aunque muy a menudo apretados por la inedia, la miseria material era lo de menos en sus penalidades. Ocampo estaba curtido por las privaciones durante su disciplina en Europa y aguantaba sin pena la confiscación que de sus bienes había hecho Santa Anna. Juárez nació pobre y no había perdido las virtudes del necesitado. Recibía remesas de Oaxaca, donde su esposa había improvisado un pequeño comercio para sostener a su familia; pero las remesas eran pocas e irregulares. Al padre de familia le daba pena aprovecharlas, y a veces tuvo que estirar sus recursos, lo mismo que sus compañeros con los empleos al alcance de mexicanos menesterosos encallados en Nueva Orleáns. En los días aciagos todos se proletarizaban: Juárez trabajando en un taller de imprenta o en una fábrica de tabacos; Mata sirviendo de mesero en una fonda; Ocampo, de ollero en la calle. Manteniéndose al borde de la penuria y al margen de los límites sociales, todos llevaban una vida precaria con hombría; pero, como hombres, reaccionaron distintamente a la prueba común. Para los más sensibles, la experiencia resultó, por supuesto, más penosa, y en una ocasión Ocampo llegó casi al lamento. Poco le costaba despreciar las mortificaciones materiales, porque las aguantaba con orgullo, pero las morales, mezquinas y ruines, le herían en lo vivo. En Brownsville se relacionó con un compatriota que le sirvió de banquero, y gracias a cuya asistencia hubiera podido dedicarse libremente a sus labores políticas, a no ser por las mujeres. Pero el banquero tenía una mujer y una hija tan recogidas y caseras como las mexicanas del otro lado del río, y Ocampo vino acompañado de una hija que adoraba. Encontrándola un día deshecha en lágrimas, supo con pena igual a la suya que se le había ofendido en la casa del bienhechor, y todo con motivo de una gorra que escandalizó a las señoras hasta el grado de decir que las mexicanas que usaban tales modas eran unas sinvergüenzas. *Hinc illae lacrimae*… y la carta que Ocampo puso al banquero, cortando sus relaciones… «Vea usted qué fútil motivo para venir a parar en resultados que para mí son tan dolorosos como perjudiciales —le decía—, pero la pulla no podía ser más fuerte, la ofensa no podía ser más directa ni las palabras más ultrajantes», y la quemazón le hizo recordar que no estaba casado. Las palabras mayores le traían a las mientes otras mortificaciones que había sufrido en silencio: cómo se le había reprendido públicamente so pretexto de alguna nimiedad, cómo se le había recomendado para cuidar de su hija a una mujer amancebada; cómo… bien, futilezas, futilezas

sí, pero futilezas intolerables en los días aciagos de exilio, cuando la misma filosofía era una futileza y bastaba un arañazo para que perdiera la cabeza, y su susceptibilidad a tales miserias era la más mezquina, la más vil, la más vulnerable de sus humillaciones. La ruptura se remendó, pero no así el golpe a su orgullo, que quedó cargado a la cuenta de Santa Anna. De la tiranía de las menudencias, más lesiva que el despotismo del dictador, Ocampo miraba hacia Acapulco no sólo para asegurar la liberación de México sino para recuperar su propia independencia moral.

La desmoralización del destierro y las penalidades pedestres que la provocaban —la persecución ruin de la pobreza, la vulnerabilidad a indignidad vulgares, la privación de toda actividad compensable— constituían la prueba más corrosiva del carácter bien templado; y con el transcurso del tiempo y el progreso nulo de la revuelta, resultaba siempre más difícil conservar la confianza que los proscritos sacaban de su colaboración nominal con los combatientes en México. Reducidos a sus propios recursos, no eran más que refugiados políticos, sin otra cosa en común que su desdicha indisputable; y con la desintegración del grupo volvieron a ser lo que fueron antes de formar liga, individuos aislados que carecían de importancia sino para sí mismos, y el agobio del fracaso acabó por quitarles también aquel consuelo. El triunfo de Santa Arma era completo. Manteniendo un simulacro de actividad política, pero sólo un simulacro, se hundieron lenta e inevitablemente en las ocupaciones que les permitían disimular su impotencia. Ponciano Arriaga, impaciente con el disimulo, pasó la frontera para fomentar la agitación en los estados colindantes; Ocampo, incapaz de intrigar, se quedó cultivando su jardín en Brownsville; y Mata, discípulo ardiente, se dedicó a cortejar la niña consentida de Ocampo y a servir de oficial de enlace con los desocupados en Nueva Orleáns.

Juárez se quedó en Nueva Orleáns, descansando de las diligencias de sus amigos. Dedicado a sus propias ocupaciones, pasaba los días sin novedad entre el trabajo político —compulsando los periódicos y repasando el correo— y el estudio del Derecho Constitucional. Un día, sin embargo, invitado por un tribunal norteamericano a opinar sobre un pleito relativo a la adjudicación de terrenos en California, tomó asiento con los magistrados y prestó sus luces a la Corte: día fausto para sus amigos, ya que —según uno de ellos— la Corte acogió su opinión con aprobación unánime y el consultante fue «fervorosamente elogiado y favorecido con mil atenciones,

como lo merecía en lo personal». Todo honor tributado a uno redundaba en beneficio de todos, y la satisfacción de aquel día memorable fue compartido con gratitud por sus compañeros congloriados. Pero raras veces se realizaban tales tributos, y en la falta de atención que todos padecían por igual, los amigos eran los últimos en hacer justicia a Juárez y en reconocer sus aptitudes. Una mediocridad común y una triste monotonía de mutuo descuido entorpecía a todos. A medida que el nivel de la vida bajaba lo bastante, empero, para revelar sus dotes sumergidas, hasta los amigos comenzaron a percibirlas al escorar la marea y tocar los escollos. Durante los largos meses de desidia y fracaso, sus allegados descubrieron vagamente la autosuficiencia que lo sostenía siempre y que tanta falta hacía a los demás. A uno de ellos le llamaron la atención «sus costumbres irreprochables y su devoción al estudio que interrumpía sólo para visitar las instituciones de beneficencia o de enseñanza pública, o una que otra de las personas que trataba». De las 5 de la mañana hasta las 8 de la noche se encerraba con sus libros; pero no había nada de notable ni en su rutina ni en sus investigaciones: el Derecho Constitucional —un abogado sin ejercicio repasando sus conocimientos, a menos que pusiera su interés en los sistemas de colonización norteamericana—, el recreo intelectual de un expatriado. A nadie se le ocurrió que el Derecho Constitucional fuera el ramo de la Jurisprudencia más indicado para un político que se preparaba para el porvenir, o que los sistemas de colonización interesaran a una patriota previsor cinco años después de la guerra norteamericana. No había nada notable tampoco en la independencia intelectual que conservaba con una rutina impermeable a la desgracia; ni en la singularidad de que nunca le fastidiaban los amigos ni su propia compañía; ni en el rigor con que defendía su independencia material y su solvencia moral. Siempre rechazaba las repetidas ofertas de ayuda pecuniaria hechas por Ocampo o por uno que otro compatriota de paso por el puerto. Aunque su inflexibilidad le costaba algunas privaciones, nadie las conoció sino un compañero que las compartía con él y que nunca olvidó que por algún tiempo comieron en la cantina del Hotel San Carlos por diez centavos al día, hasta dar con una negrita que les proporcionaba el rancho por ocho dólares al mes y un cuarto por ocho más. Entonces les tocó la suerte de recibir una remesa por seiscientos pesos de Oaxaca y ambos andaban acomodados. En los días magros todos eran iguales, todos, Juárez, con la salvedad de una diferencia que les separaba. Irreprochable, Juárez era inaccesible. La pobreza no sólo robustecía su orgullo; lo

exasperaba. Ocampo pasó un mal rato un día al rehusar un puro que Juárez le obsequió, y citar en broma un dicho que resultó un disparate solemne: «No, señor, gracias, por aquello de que indio que chupa puro, ladrón seguro». Breve y brusca, vino la respuesta: «En cuanto al indio, no puedo negar, pero en el segundo, no estoy conforme». Y Ocampo se deshizo en disculpas. Si Juárez no se hubiera mostrado hipersensible, y si Ocampo no hubiera sido mortificado por uno de esos desatinos que a veces cometen los más sensibles, no hubiera sido memorable la anécdota —y nunca se hubiesen hecho amigos. Pero ambos se lastimaban fácilmente, y en su susceptibilidad a supuestos desaires, Juárez era más que el igual de Ocampo.

Las pequeñas particularidades que recapacitaron los desterrados de aquellos tiempos en que las menudencias parecían enormes a todos hubiesen pasado al olvido en vez de a la historia, a no ser por la revelación de cualidades en Juárez, entrevistas de paso, que sólo necesitaban días más espaciosos para manifestarse plenamente e impresionar a sus compañeros. Siempre se podía contar con él, fuese lo que fuese el servicio que se le pedía, sea expedir plantas a Ocampo en Brownsville; sea dar una vuelta con Mata, nervioso y ocioso, a lo largo de los *levées* del Mississipi; sea apreciar los informes expedidos del otro lado de la frontera por Ponciano Arriaga; sea interpretar las noticias del día con ponderación y cordura; y de todos sus buenos oficios éste era el más menester, porque cotejaba las noticias y analizaba la situación con una penetración que pasaba inadvertida hasta que los sucesos, corroborando su parecer, obligaron a los compañeros a respetar su perspicacia. Día crítico fue aquel en que la prensa difundió la noticia de la muerte de Álvarez; pero don Benito no se inmutó, calificando el informe de un infundido colado con el propósito de desanimar a los rebeldes. Como siempre, los hechos le dieron la razón. Entre todas las fluctuaciones de sus fortunas, don Benito conservaba siempre, con prudencia y ecuanimidad, una confianza igualmente a prueba del desaliento indebido y del optimismo prematuro, cualidades que superaban a la forma en que se manifestaban, y que los observadores más atentos no llegaron a sondear. Hacía falta una perspicacia poco común para descubrir su presencia, y una penetración microscópica para magnificar su importancia, en los quehaceres cotidianos y los modestos servicios que las limitaban; y entre sus amigos ninguno tenía el don de dramatizar lo trivial. Se dieron cuenta, vagamente, de una gran suficiencia, pero no de su alcance, porque la ocultaba una abnegación igualmente sin límites.

Para todos el exilio era un entrenamiento para su tarea, y la disciplina del destierro, la prueba de su aptitud para sobrevivir. La experiencia colectiva determinaba la aptitud individual para acometer la empresa eventual, y de todas las penalidades que entrañaba, la más dura era la prueba amoladora del tedio interminable que afilaba o embotaba el ánimo; pero era la preparación indispensable para llegar a ser algo. La serenidad de Juárez era un elemento estabilizador, y su longanimidad infundía ánimo a sus amigos en los días de abatimiento moral y ejercicios pedestres; pero vino el día en que no bastaban la resistencia ni la constancia filosófica, para compensar la inactividad política. Por aquello de que quien espera desespera, estaban siempre a la providencia de Santa Anna.

En México la rebelión comenzó a ganar terreno. A fines de 1853, Alamán falleció, no sin inocular antes a Santa Anna con el morbo monárquico que su mentor denegaba únicamente por ser impopular y prematuro, pero que fue el último aliento de su espíritu moribundo; y Santa Anna estaba bien preparado para propagar el germen y aclimatar la idea en México. Tanto como Alamán, sabía que carecía de autoridad para regir un país ingobernable por los métodos gastados y que su vuelta al poder era un suceso provisional, aceptado, al igual que las estaciones del año, como un fenómeno perenne y transitorio; mas esta vez su vuelta acostumbrada vino acompañada de una novedad anormal. Al afianzarse en el poder, el dictador adulterado —semi-Santa Anna, semi-Alamán— se atribuyó el trato de Príncipe-Presidente y el título de Alteza Serenísima, improvisó órdenes nobiliares, creó una corte de fasto exótico, y dio cima a la ambición de su mentor con una imitación doméstica de Luis Napoleón. El globo de prueba demostró su ligereza. Las pretensiones de Santa Anna provocaron el acre ridículo hasta que la parodia vino a ser intolerable; el aparato real realzaba las crudas realidades de la dictadura, y el precedente napoleónico agravaba el error. En anticipación de otro derrumbe, tan normal como sus vueltas al poder, Santa Anna, previsor por fin, preparó su sustitución por un príncipe extranjero. Las negociaciones se iniciaron con sigilo y discreción; pero siendo el agente Gutiérrez Estrada, no tardaron en divulgarse. Aunque el primer hombre que se atrevió a abogar por la monarquía en México había sido expulsado de la República por coger la fruta prohibida, se gloriaba en su pecado y recorrió Europa, Adán desnudo, ofreciéndola a quienquiera que la apeteciera; pero a nadie le vino la gana de sustituir a Santa Anna. El único fruto de la intentona fue el de minar la poca confianza que inspiraba el

dictador que calentaba el asiento para su sucesor, y de violentar su caída. La opinión pública simpatizaba con la rebelión; el descontento cundió, y Álvarez y Comonfort redoblaron sus esfuerzos para sacudir el yugo.

A medida que mejoraban las perspectivas en México y que la caída de Santa Anna parecía inminente, Juárez se turbó seriamente. «Destruido el tirano, ¿se habrá conseguido el triunfo verdadero de los principios? —escribió a Ocampo—. Esto es lo que no veo y lo que me entristece cada día, porque por más que se diga no hay la ilustración y el patriotismo suficientes para conquistar la libertad sin cometer excesos que la deshonran, ni para afianzarla, conseguido el triunfo, dejando a un lado las ambiciones personales. Puede ser que estas ideas sean falsas e hijas únicamente del mal humor que actualmente me domina. Ojalá así sea y que los resultados vengan a desmentirme. Así lo deseo». Pero la duda era indomable y entrañaba otras. La rebelión iba a triunfar, pero ¿cómo? ¿Sin ellos? Más aún, ¿podía triunfar sin ellos? ¿Se quedarían en espectadores de un movimiento que pensaban dirigir? ¿Su deber no era adoctrinarlo y evitar que resultara otra de las incontables seudorrevoluciones que perpetuaban al caos crónico de México?

A fines de 1855, perturbado por sus dudas y sus presentimientos, Juárez propuso a sus camaradas que se trasladasen todos a Acapulco, o que Ocampo y Ponciano Arriaga, por lo menos, se presentaran en el teatro de la guerra, donde su presencia sería suficiente para levantar el espíritu público. «Verá usted el estado que guarda la revolución —siguió insistiendo con Ocampo—. Me parece que un esfuerzo unánime de los pocos hombres que se interesan en el bien de la patria bastaría para destruir al tirano, y creo que ese esfuerzo se realizará cuando los hombres de capacidad y reputación intachable den el ejemplo». Por deferencia a Ocampo, y a su propia modestia, Juárez dejó la iniciativa al jefe nato. Mata era del mismo parecer. «Sobran hombres-máquinas para la revolución y faltan hombres-inteligencias —escribió a Ocampo —, y yo creo que su presencia en el seno de la revolución valdría más que todos los otros». Ocampo optó por quedarse en Brownsville. Las chispas flameaban, un general estaba a punto de pronunciarse, un gobernador se insubordinaba, y se resolvió a dedicar sus energías a solevantar la insurrección en el Norte.

Al mismo tiempo llegó una carta de Comonfort solicitando ayuda y pidiendo que Juárez se marchara a Oaxaca a provocar un levantamiento en su estado; pero el próximo correo llevó noticias de reveses en Acapulco, y Juárez, pensando que la

misión no provocaría más que gastos, se resolvió a quedarse en Nueva Orleáns y siguió siendo tan modesto como sus rentas. Sin embargo, sus días de retiro estaban contados. Dos meses más tarde, cuando Comonfort, en apuros de dinero, municiones y hombres-inteligencias, volvió a repetir la llamada, pidiendo que se le mandase, por lo menos, a Juárez, éste no vaciló más. Suyas eran, evidentemente, las cualidades de la hora menguada. Mata quiso acompañarlo, pero «las tristes noticias que vinieron de Acapulco —explicó a Ocampo— me impresionaron tan fuertemente que he estado por espacio de diez días con una fiebre nerviosa que me ha obligado a guardar cama y ha dado al traste con mi determinación. Estoy tan débil que hoy que me determiné a salir a la calle para un asunto preciso, el movimiento del ómnibus me desvaneció y por poco me caigo en la calle al apearme». A Juárez le pasó algo peor: para cumplir su misión, tuvo que aceptar la asistencia pública. Ocampo, Mata, Ponciano Arriaga y dos compañeros más se constituyeron en Junta Revolucionaria con atribuciones gubernamentales, giraron libranzas contra las aduanas de los estados desafectos a Santa Anna, y con esa garantía consiguieron un empréstito para sufragar su viaje a Acapulco. Si algo de presunción había en asumir la dirección del movimiento a última hora, nadie era capaz de cumplir con el encargo con más modestia que Juárez, y él también se daba cuenta de que su posición en Nueva Orleáns, inmovilizado en una casa de huéspedes, a sotavento de la vida, era insostenible. Después de pasar dieciocho meses en el destierro, su filosofía había dejado de ser pasiva o siquiera meditabunda: listo para una nueva partida y deportado a su patria por el acuerdo común de sus compañeros, estaba preparado para la empresa, consciente de su destino y aureolado por los anillos de Saturno. El último en justipreciar sus capacidades y el primero en manifestarlas se embarcó a fines de mayo de 1855, autorizado por sus comitentes para tratar a discreción cualquier problema que se presentara en México.

11

Llegado a Acapulco a fines de julio, Juárez se presentó desde luego en el cuartel general, en donde fue recibido, en la ausencia del general, por su hijo, el coronel Diego Álvarez, el cual, según la versión de la entrevista que refirió más tarde y que tiene todos los visos de verosimilitud, prestó poca atención al nombre del recién llegado.

—¿Qué desea usted? —le preguntó.

—Sabiendo que aquí se pelea por la libertad, he venido a ver en qué puedo ser útil —respondió.

El voluntario fue recibido sin otra investigación y llevado al campamento, donde el coronel lo presentó con su padre como un recluta casual a la causa. Padre e hijo lo miraron con lástima, embarazados por su aspecto: raído, empapado por un aguacero tropical, necesitaba que se le suministraran ropas. «Ocioso es decir —dijo el coronel— que estando nosotros desprovistos de ropa para el recién llegado, no sabíamos qué hacer para remediar la ingente necesidad que sobre él pesaba; hubo de usar el vestuario de nuestros pobres soldados, eso es, algún calzón y cotón de manta, agregando un cobertor de la cama del señor mi padre y su refacción de botines, con lo que, y una cajilla de buenos cigarros, se entonó admirablemente». Teniendo vestido al hombre, vino en seguida otro problema: ¿Qué hacer con él? «Por lo demás, el señor mi padre, que tuvo gusto en recibir a un colaborador espontáneo en la lucha comenzada contra Santa Anna, estaba en la misma perplejidad que yo, y al ofrecerse él a escribir en la secretaría, repitiendo que había venido a ver en qué podía ayudar aquí donde se peleaba por la libertad, se le encomendaron algunas cartas de poca importancia, que contestaba y con la mayor modestia las presentaba a la firma». Fue sólo algunos días más tarde, cuando se descubrió su identidad, al llegar al campamento una carta dirigida a un tal licenciado Benito Juárez. Entonces el coronel volvió a interrogarlo:

—Aquí hay un pliego rotulado con el nombre de usted; pues qué, ¿es usted licenciado?

—Sí, señor.

—Conque, ¿es usted el que fue gobernador de Oaxaca?

—Sí, señor.

Y sofocado de vergüenza repuso: —¿Por qué no me había dicho esto?

—¿Para qué? ¿Qué tiene ello de particular?

Eso tenía la anécdota de particular: la reserva del voluntario revelaba algo más importante que su modestia personal —su tacto político. Al embarcarse en Nueva Orleáns, la revolución estaba a punto de fracasar: al llegar a Acapulco, estaba en vísperas de triunfar. Quince días más tarde, Santa Anna se dio por vencido y salió del país. El viraje brusco de la situación, realizado durante las seis semanas que Juárez pasó en alta mar, restituyó a su misión su objeto original: no se enfrentaba ya con los peligros de la derrota, sino con los azares mucho más graves del triunfo. Llegado al teatro de la guerra en la penúltima hora, comisionado por un grupo que pensaba dirigir un movimiento ya triunfante sin su participación, Juárez era, en realidad, un entrometido y sólo podía cumplir su encargo, sin incurrir en la nota de presumido, a condición de observar la discreción más consumada; y la línea de conducta que adoptó desde luego correspondió a la confianza depositada en él por sus compañeros. Se incorporó imperceptiblemente en el movimiento y desempeñó su papel de consejero político con la misma invisibilidad que le distinguió en Nueva Orleáns. Las oportunidades no tardaron en presentarse. Luego que se vislumbraba la caída de Santa Anna, un cuartelazo estalló en la capital y sus generales le volvieron las espaldas, declarándose en favor del plan proclamado por la revolución, y nombrando a uno de los suyos presidente interino. La noticia provocó un júbilo desbordante en Acapulco y Juárez recibió instrucciones de escribir, para el periódico local, un artículo encomiástico. El entusiasmo irreflexivo con que se celebró este éxito daba la medida de la candidez de un movimiento puramente popular e indígena, sin experiencia política, y Juárez se vio obligado a intervenir, señalando al coronel que se trataba de una maniobra del enemigo para falsear la revolución, robar sus frutos y defraudar a «los patriotas que se habían arrojado a la lucha para librar a su patria de la tiranía clérigo-militar». El coronel convino en todo y el artículo fue revisado conforme a la realidad. La realidad hubiera sido evidente en cualquier otro lugar, pero en Acapulco eran indispensables los servicios de alguien que interpretara los hechos y urgía un asesoramiento político para salvar a los patriotas vírgenes de su inocencia en la selva. Con esta contribución a la causa, Juárez tenía asegurada su ocupación en el cuartel. El general Álvarez aprobó su opinión, siendo del mismo parecer, pues no era hombre para desdeñar los buenos consejos que le daba la razón. Indios los dos, y desconfiados ambos por virtud de su raza, se entendían intuitivamente. Juárez asistió en calidad de consejero a la conferencia con los comisionados de la capital encargados de

negociar el reconocimiento de su presidente postizo. La proposición fue rechazada, la selva rebosaba de ojos y oídos, y los emisarios regresaron a la capital, convencidos de la imposibilidad de sostener a su candidato. Despejado el camino, el ejército avanzó sobre la capital.

«Todo ha sido una farsa para seguir dominando al país y burlando la revolución —informó Juárez a Ocampo—. Casi lo mismo se ha hecho en Oaxaca, pues con muy pocas excepciones se hallan en la administración los egoístas que hubieran celebrado nuestra fusilada». De la parte que tuvo en evitar la trampa, no dijo nada. Intervino oportunamente con una indicación acertada, pero sin duda se habría tomado la misma decisión sin su advertencia, y las verdaderas dificultades estaban por venir. Álvarez marchaba sobre la capital con la intención de establecer un gobierno, encargado de poner en vigor el Plan de Ayutla y de desarrollar el programa de la revolución; y sintiéndose incapaz de hacer frente a la situación a solas, Juárez instó a Ocampo para que viniera sin tardanza. Su propia situación era todavía problemática. Al pasar el ejército por Morelia, un amigo suyo, buscándolo entre las filas e interrogando en balde a la soldadesca vagabunda, acabó por encontrarlo, muy a la retaguardia, montado en una jaca que le daba pena guiar. Era apenas un compañero castrense; había ganado un estribo en el movimiento, pero poco más y su lugar era inevitablemente con los zagueros. Era evidentemente incapaz de competir con Comonfort, el asesor oficial, que había cargado con el grueso de la guerra y que había prestado servicios a la rebelión que le daba el derecho indisputable de encabezar el equipo de gobierno. Juárez se había granjeado la confianza de Álvarez, pero tan poca confianza tenía éste en su propia capacidad de sortear las dificultades políticas del triunfo, que no se atrevió a poner pie entre las trampas, los problemas, las intrigas de la capital, y paró la marcha del ejército en Cuernavaca, donde se quedó en espera de los sucesos. Elegido presidente interino de la República por una junta nombrada por él mismo, el caudillo delegó sus facultades en Comonfort, quien se encargó de organizar el gobierno y se instaló en la capital como árbitro de la situación. Si Comonfort hubiera sido un ambicioso, poco esfuerzo le habría costado acaparar el poder; pero, generoso y sin experiencia, acogió con agrado la colaboración de los recién llegados. De acuerdo con Álvarez, colocó a los liberales de notables antecedentes en el gabinete. Ocampo se encargó del Ministerio de Gobernación; el Ministerio de Hacienda fue confiado a Guillermo Prieto, poeta y

economista que ya había purgado una pena en dicho ramo de gobierno, y el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, a Juárez.

A estos cuatro hombres les tocó la responsabilidad de realizar la revolución. El Plan de Ayutla, que proclamaba el programa del movimiento, era un plan político-militar limitado al derrocamiento de Santa Anna, a la recuperación de la libertad, y a la convocación de un Congreso liberal para reorganizar al país. Redactado en el fragor de la batalla, Comonfort había omitido cuanto era susceptible de perjudicar la popularidad del plan y de agravar sus dificultades, reduciéndolo a generalidades flexibles que garantizaban la libertad de obrar, y eliminando todo lo que pudiera interpretarse como imposición de principios predeterminados. Formulado así, el plan era un molde hueco que había que llenar con conceptos concretos, y ahí principiaron las dificultades. Para Ocampo la libertad significaba la eliminación no sólo de Santa Anna sino de todo el sistema clérigo-militar del cual Santa Anna era la criatura; pero en Comonfort encontraba un colaborador que personificaba todos los peligros del triunfo. En lo personal, poco dejaba que desear: desinteresado, honrado, escrupuloso y leal, Comonfort era, sin duda, uno de esos pocos mexicanos sinceramente dispuestos a posponer su ambición al bien público; pero propenso a transigir.

Apenas iniciada la labor común, surgieron sus divergencias. El primer asunto tratado por el gabinete era la preparación de la convocatoria del nuevo Congreso, y Ocampo, consecuente con sus ideas, insistió en privar al clero del voto; Comonfort se opuso a la providencia, y aunque acabó por ceder, fue con el sentimiento, francamente manifiesto, de que la junta liberal que eligió a Álvarez y de la cual tenía su propia autoridad, no hubiese sido integrada la mitad por eclesiásticos —providencia que hubiera obviado toda discusión, pero que habría dejado sin razón a la revolución. En cuanto al ejército, se negó rotundamente a reformarlo y se obstinó en conciliar a los generales del finado régimen; y como Ocampo no admitía transacciones en este capítulo tampoco, sus puntos de vista resultaron irreconciliables. Al cabo de quince días, Ocampo renunció. «Como me explicó de plano Comonfort que la revolución seguía el camino de las transacciones —escribió a Mata— y como yo soy de los que se quiebran, pero no se doblan, dejé el Ministerio. La casera pedía las llaves y yo, que me encontraba sin título para retenerlas, las entregué. Dudo mucho que con apretones de mano, como Comonfort me dijo

que había apaciguado a México y se proponía seguir gobernando, pueda conseguirlo, cuando yo creo que los apretones que se necesitan son de pescuezo. El tiempo dirá quién se engañaba».

Prieto y Juárez permanecieron en sus puestos, persuadido el primero por Comonfort y el segundo por su propia conciencia. Juárez tenía una conciencia demasiado exigente para que pudiera descargarla con una renuncia intempestiva dictada por la rectitud de sus principios. «Lo que más me decidió a seguir en el Ministerio —dijo más tarde— fue la esperanza que tenía de poder aprovechar una oportunidad para iniciar alguna de tantas reformas que necesitaba la sociedad para mejorar su condición, utilizando así los sacrificios que habían hecho los pueblos para destruir la tiranía que les oprimía». Si la decisión era la de un oportunista, bien lo valía la suerte que estaba en juego: una oportunidad histórica se presentaba para transformar un triunfo militar en una revolución social, oportunidad que quizás no volvería a presentarse, y que estaba en peligro inminente de perderse en otra barajadura política; y por su parte, Juárez no podía darse el lujo de la intransigencia. Una actitud tan inflexible sólo era posible en la emigración, en un jardín en Brownsville, o en las *levées* del Mississipi, o en un gabinete de estudio, o en el Empíreo; en México, en aquel momento, era irresponsabilidad; había que jugarse el todo por el todo y valerse de los medios empíricos, porque las llaves del porvenir las tenía la casera.

Ocampo, que pudo captar tanto al hombre como a la situación de una ojeada, recortó la vista, y previendo el fin en el principio, renunció al porvenir. Con la mirada penetrante del naturalista, reconocía en Comonfort los rasgos inconfundibles de su especie, porque las características eran inconfundibles: el sempiterno conciliador, semisabio y semipráctico, que todas las revoluciones procrean para su contusión, funesto para sus compañeros, para su causa y para sí mismo. A tal apreciación Juárez también tuvo que suscribirse con el tiempo; pero por lo pronto concedía al principiante el favor de una duda —pues una duda había—, aunque poco más para sostener su confianza. Convencido de la necesidad de llevar a cabo reformas básicas, pero temiendo los riesgos de un cambio brusco, Comonfort insistía en consolidar su gobierno antes de intentarlas. Contemporizar no equivalía necesariamente a transigir; en su propio concepto, por lo menos, había una distinción esencial, y bien que tenue, el margen podría determinar toda la diferencia entre el fracaso y el triunfo. Distinción sutil de un experto o de

un semidocto; pero Juárez no quiso cavilar y se determinó a especular. Juárez comprendió a Comonfort como no podía captarlo Ocampo, no sólo con perspicacia científica, sino con intuición simpática: la morosidad para obrar, la prudencia paralizante de un discreto triunfo, la evasión de los grandes problemas, la tentación y hasta la necesidad de transigir temporalmente; Comonfort resucitaba su propio pasado, por decirlo así, y Juárez abriga tal vez una indulgencia secreta para su *yo* ya superado; pero por su propia experiencia sabía lo falaz que era la contemporización, y pensaba encaminar a su *alter ego* por el recto camino, mientras el novicio no era todavía accesible a su influencia.

Pero el momento era de mal augurio. Precisamente por ser un novicio, las influencias a las cuales Comonfort era más sensible eran las de su propia especie, y apenas instalado en el poder, se vio rodeado por el enemigo. El enemigo no era la reacción, derrotada por la caída de Santa Anna, sino el partido liberal moderado, partido que servía de pararrayo a la reacción en los días aciagos, y cuya función amortiguadora muy a menudo había desviado la tempestad en las crisis anteriores. La reacción, desbandada y desconceptuada, pero siempre invicta, recurrió a la táctica acostumbrada, infiltrando subrepticiamente aquel numeroso y poderoso partido, que se preciaba de ser la tercera fuerza y de tener en sus manos la balanza del poder, y que la inclinaba siempre a favor del más fuerte. A este partido pertenecía Comonfort por temperamento, por convicción y por táctica; y sus correligionarios recibieron la consigna de apartarlo de Álvarez, partidario de una purga del ejército y de las demás medidas radicales implícitas en el programa de Ocampo. A tales instigaciones Comonfort se opuso pundonorosamente; su lealtad era intachable, y al decir de un político que le pulsaba, «el hombre era terriblemente quijotesco». Al darse cuenta de que los apretones de mano no bastaban para vencer su hidalguía, los moderados recurrieron a los apretones de pescuezo. De repente se difundieron rumores en el sentido de que Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato y uno de los prohombres del partido, estaba a punto de pronunciarse, y aunque desmentidas, las voces de la calle inquietaron a Comonfort. Obsesionado por el temor de provocar otra guerra civil, se puso a cortejar a Doblado, y durante varias semanas la neutralidad cautelosa del uno se emparejó con la incertidumbre calculada del otro en un sordo duelo de dudas; pero en una situación tan inestable el amago de guerra era un recurso tan explosivo que los mismos moderados se alarmaron y lo

pusieron en reserva, hasta probar el efecto de otra maniobra menos imprudente y más astuta.

A mediados de noviembre Álvarez se trasladó a la capital, aconsejado por Comonfort, que confiaba en que, una vez establecido en Palacio, el Presidente no tardaría en darse cuenta de su ineptitud y renunciaría espontáneamente en quince días; y no se dejó piedra por mover para desprestigiarlo. Con el viejo caudillo vino el ejército —el suyo— de los llamados *Pintos*, apodo con que se tachaba a los guerreros del Sur, sea por un mal endémico de la región que les desfiguraba la piel, sea por el maquillaje que usaban las tribus aborígenes y que les dio fama de ferocidad en tiempos primitivos. Y su aspecto, aunque natural, y su fama, aunque ficticia, sembraron la zozobra no sólo entre la gente decente, sino entre el pueblo bajo, surtiendo el efecto apetecido por el más primitivo de todos los medios políticos: una demostración visual no menos eficaz con el gentío culto que con el vulgo ignorante. Barzoneando en Palacio, acantonados en el Zócalo, paseándose por las calles, los *Pintos* eran bárbaros para unos, bobos para otros, y para todos una plaga; eran foráneos, eran vándalos, eran invasores, y el asco y el espanto que inspiraban entre el público capitalino redundaban en desprestigio de su Presidente. Álvarez conoció el ridículo y el ostracismo de los capitalinos; en una función de gala anunciada en su honor, la gente de bien hizo «cola» para alejarse del teatro y Comonfort brilló por su ausencia. No se escatimó esfuerzo para distanciar a éste de una asociación tan indigna de sus antecedentes; hijo de una familia decente, nunca antes había desmerecido de su casta; pero como recurso político la gazmoñería daba resultados muy lentos, y sus amigos se alarmaron con la ocupación de la capital por una horda de parias fáciles de evocar y duros de ahuyentar. «Yo no sé qué signo maldito nos persigue y nos hace víctimas del robo, del pillaje, de la prostitución y de la inmortalidad unas veces y otras de la inmoralidad también, de la ignorancia y aun de la barbarie y de la brutalidad —escribió a Doblado uno de sus amigos políticos—. ¡Oh, te morirías de vergüenza, como nos hemos muerto todos, al ver las hordas de salvajes que se llaman el Ejército del Sur y en cuyo poder se encuentra hoy la capital de la República! ¡Ya querría yo que fuesen las de Atila, porque siquiera nos dominaría el soldado feroz, pero valiente: éstos son tan bárbaros y tan brutos como aquéllos y a la vez tan imbéciles y tan degradados como el negro! Si la salvación no nos viene de por allá, aquí esto es absolutamente perdido».

Por allá Doblado estaba listo para pronunciarse, y el mismo

amigo siguió enviándole consejos que pintaban al hombre llamado a dominar la situación. «Tiene usted un bello porvenir y su capacidad le llama a figurar. Conserve usted su ambición de gloria, con el bien de la patria, y tendrá una brillante página en la Historia. Colocado a la cabeza de ese Estado, hay un elemento bastante para elevarse; procúrese usted los otros para dominar la situación». Encaminándolo por la vereda recta que, por supuesto, era la vía media, y poniéndolo en guardia contra el peligro de aislarse, por una parte, y el riesgo de comprometerse, por la otra, le tenía al tanto de la situación que empeoraba rápidamente. «Es imposible que la situación actual pueda conservarse ni ocho días más —le informó a fines del mes—. El Gobierno general, en completo desprestigio por el personal de que está formado (a excepción de Comonfort), carece de crédito y de medio real para subsistir; las clases todas de la sociedad en una continua alarma por las propensiones que se suponen, con razón, en el partido dominante, y el mismo Comonfort está envuelto en la odiosidad que reporta ya la administración tanto porque los mismos *puros* procuran desprestigiarlo, como porque se entiende, vistas las cosas superficialmente, que él tiene una participación directa en los disparates de don Juan Álvarez y su camarilla, lo que es absolutamente falso». Con la separación de Ocampo, el partido *puro*, como se llamaba a los liberales radicales, había abandonado al gobierno; el desacuerdo en el gabinete era incontrolable; Prieto también había renunciado y «los hombres de la situación están haciendo grande fuerza de vela para conseguir que don Valentín Gómez Farías, de feliz memoria, lo sustituya, para que todos podamos decir en coro: Si malo es San Juan de Dios, peor es Jesús Nazareno. Juárez está también por marcharse y esperará ocho o diez días… Quedan, pues, don Juan Álvarez y a la cola una chusma de pintos indecentes y degradados, que son la mejor representación de este infeliz país». En suma, la situación era tal, que los mismos moderados no sabían a qué santo encomendarse; y Doblado, cogiendo la ocasión por los cabellos, se pronunció.

La crisis asomó rápidamente, pero antes de alcanzar el punto máximo, una influencia contraria se manifestó. En el curso de ese mes de tensión siempre más intensa, Juárez trabajaba esforzadamente para conjurar la crisis. Comonfort aflojaba visiblemente, y la única posibilidad de prevenir su capitulación era la de comprometerlo, a tiempo, a un paso irremediable. A medida que la presión arreciaba y que Comonfort se inclinaba más y más hacia los moderados, listos para abordar su gobierno, Prieto dimitió y Juárez quedó a solas en su puesto. Tenía

preparado un proyecto de ley para reformar la administración de justicia, que había sido ampliamente discutido en el consejo de ministros y aprobado por sus colegas y por Álvarez. Comonfort no se había opuesto al proyecto, aunque la ley era sumamente subversiva, ya que se trataba nada menos que de abolir los fueros militares y eclesiásticos, y de someter a las clases privilegiadas a la jurisdicción de los tribunales civiles y del derecho común. Pero Comonfort estaba acosado. La reforma era un reto que le obligaba a declararse sin ambages, y mientras más se deslizaba hacia los moderados, más le repugnaba confesar su inconstancia ante sus colegas o en sus adentros, porque, cualesquiera que fuesen sus defectos, no carecía de conciencia —por lo contrario, la conciencia era el castigo del conciliador y la espina que lo atormentaba con cada concesión hecha a la conveniencia. Prestó, pues, su aprobación al anteproyecto y autorizó a Juárez a seguir elaborando la ley, y el día en que la versión definitiva fue sometida al gabinete, se ausentó de la sesión con motivo de un asunto urgente, dejando a sus colegas la responsabilidad de forzar su mano. A la última evasiva escrupulosa, Juárez respondió colando la ley por el consejo con la destreza de un conjurador y realizando un juego de manos político, hábil de dedos en apariencia, pero cargado de pesadas consecuencias, y que se ajustaba perfectamente a la fórmula de gobierno de la casera. La carrera contra el tiempo adverso y las intrigas contrarias se ganó apenas antes de sobrevenir la crisis. El 25 de noviembre de 1855 —a los cinco días de llegar Álvarez a la capital, y el mismo día en que Doblado recibió la señal de intervenir— la *Ley Juárez* fue promulgada por decreto presidencial.

El efecto fue instantáneo y de largo alcance. La ley salió de relance como un dique, conteniendo la corriente rauda y caudalosa del derrotismo, y dividiéndola y dispersándola alrededor del obstáculo. Más importante aún que el contenido era la oportunidad del decreto. Comprometido a sostener la reforma, Comonfort cobró ánimo con el contrapeso. «Con calor han corrido rumores ayer y hoy en esta capital de una próxima revolución —escribió a Doblado cinco días más tarde—. La fuga del general Uraga en la noche de ayer, y la facilidad con que se puede explotar por los enemigos de la paz pública la última ley sobre administración de justicia, son, en mi concepto, cosas que pueden alentar a los descontentos; sostener la citada ley es un deber, como usted conocerá, y perseguir a Uraga una necesidad». El general fugitivo se dirigía hacia una región ya en efervescencia, donde la propaganda clerical excitaba a los indios

de la sierra a levantarse en armas. Uno de sus caciques, Tomás Mejía, acababa de pronunciarse contra *puros* y *pintos*, o según la fraseología de su manifiesto, para salvar a todas las clases de la sociedad del peligro inminente de perder sus derechos: «Al clero, que hoy no tiene ni los derechos de ciudadanos; a la Iglesia, cuyos bienes, que pertenecen al pobre, están amenazados; al ejército, cuya clase está destruida y aniquilada, y más que todo, prostituida por la aceptación en su seno de hombres salidos del presidio y bandidos de nota; salvaremos al propietario, cuyos bienes en un gobierno sin freno, no dan garantías; al artesano, ese hijo del pueblo, que hoy se ve humillado con la presencia en la capital de la República de esa horda soez, presuntuosa e inmoral que la debilidad de unos ha vomitado sobre México de las montañas del Sur, y que amenazan sus vidas y el honor de sus mujeres e hijos…».

Pero no fue por ese rumbo por donde vino la rebelión. A los cinco días de publicarse la *Ley Juárez*, Doblado se sublevó enarbolando la bandera contrarrevolucionaria de *Religión y Fueros*. Pero, cogiendo la ocasión por el copete, la encontró calva y erró el tiro por haber perdido el momento psicológico. Sus propios amigos, que diez días antes insistían en que sólo una actitud amenazante de su parte era capaz de salvar la situación, protestaron ahora contra una actitud tan mal aconsejada. Porque entretanto algo había pasado. El mismo día en que Doblado se pronunció, Álvarez renunció a la Presidencia a favor de Comonfort, y los moderados habían realizado su propósito. Álvarez, empero, puso precio a su abdicación, estipulando que la legislación iniciada durante su breve permanencia en el poder fuera conservada inviolablemente, y los moderados, cumpliendo con la condición, hicieron presente a Doblado que la fórmula reaccionaria de *Religión* y *Fueros* no era, y no podía ser, un pasaporte al poder, ni mucho menos el medio de ocupar una página brillante en la Historia. Su consejero de cabecera denunció con indignación un plan en el cual «al clero y al ejército, y sobre todo al primero, al respetarse sus privilegios e inmunidades, se les da una preponderancia contra la que hemos estado siempre los liberales, porque sujeta al gobierno a una tutela vergonzosa, porque hace imposible toda especie de progreso y reforma, y porque sus constantes tendencias al *statu quo*, que son las mismas del partido conservador, imposibilitan al liberal para entrar en el verdadero camino del bien». Más que una reprobación, la protesta era una revelación. La *Ley Juárez*, cayendo en el montón de viejos expedientes, componendas y medidas a medias, hacía inservibles todas las viejas

combinaciones; influía sobre los elementos alrededor como un imán, obligándolos a reaccionar según sus propiedades intrínsecas; magnetizaba a los moderados, descubriendo sus verdaderas afinidades, neutralizando su amalgama tradicional con la reacción, y orientándolos por sus propios rumbos; y aunque se apoderaron del gobierno, los moderados tuvieron que seguir su política, y su triunfo resultó una victoria pírrica. Reconociendo su error, Doblado se despronunció y se transformó en uno de los prohombres más progresistas, o por lo menos en una de las veletas más alertas, del partido moderado.

La mano que levantó el dique era casi desconocida en la política nacional. Pocos días antes de publicarse la ley, el viejo político que aconsejaba a Doblado pintó al autor de la ley con estas palabras: «Hoy he hablado con el señor Juárez; me pareció un hombre bastante circunspecto, y si hemos de creer su conversación vaga y general, no nos dará muchas leyes, sino las puramente precisas, y consultando el interés general, sin marcar en sus disposiciones el espíritu de partida que tan funesto ha sido para nuestra pobre patria». Hasta que apareció su obra, el autor parecía un hombre inofensivo, y tan incoloro que se le concedían sólo unos cuantos días de vida oficial; pero se aferró a la cartera hasta dar a la nación una de esas reformas capitales cuya necesidad fue admitida, y cuyo efecto tonificante fue reconocido, hasta por los liberales tibios. El apoyo que Comonfort prestó a la ley sorprendió a muchos, así como la firmeza con que la sostuvo, bien porque sus virtudes vencieron las señales, bien porque hacía virtud de necesidad. Tanto fue así, que más tarde los escépticos afirmaron que la ley salió de contrabando, aprobada por el gabinete, no sólo en su esencia, sino sin su conocimiento: versión que Juárez desmintió categóricamente con la aclaración de que tenía el consentimiento previo de Comonfort, antes que éste saliera del consejo de ministros. Evidentemente exacto en cuanto a los hechos, la puntualización no explicaba el hecho mismo. Quedó una fuerte impresión, si no de arte de birlibirloque, de prestidigitación psicológica, recargada por la celeridad con que se realizó el pase; y aunque puramente moral, el escamoteo evocó un Comonfort que no se había visto antes.

Redactada aprisa, la ley era imperfecta, y el autor era el primero en decirlo: muchas inmunidades del clero quedaban intactas, y los fueros militares, sólo recortados; pero se había establecido un precedente e implantado una reforma estratégica apenas a tiempo. Quince días más tarde, Álvarez renunció, los moderados llegaron al poder, y Juárez salió del Ministerio. El

Presidente indio se retiró a su rancho en el Sur, no sin recordar a Doblado en una larga y resentida carta los señalados servicios que había prestado a la nación en la guerra de Independencia; sombra del pasado, se refugió en el pasado; pero aprovechó su breve ejercicio del poder para derramar sobre la ley del 25 de noviembre de 1855, que inició la fase final de la independencia y que fue fraguada también por mano india, la protección, el prestigio, la larga sanción luminosa de 1821.

Juárez también tuvo sus compensaciones: a un personaje tan importante no se podía despedirlo manivacío. Nombrado gobernador de Oaxaca por Comonfort, regresó a su hogar para recoger el fruto de su iniciativa. El legislador se retiró; quedaba la ley, conquista revolucionaria que el autor apreció en su debido valor, y trofeo de la desgracia que le daba la más legítima satisfacción. «Imperfecta como era esta ley —afirmó en sus *Memorias*— se recibió con grande entusiasmo por el Partido Progresista: fue la chispa que produjo el incendio de la reforma, que más adelante consumió el carcomido edificio de los abusos y preocupaciones; fue, en fin, el cartel de desafío que se arrojó a las clases privilegiadas y que el general Comonfort y todos los demás que, por falta de convicción en los principios de la revolución, o por conveniencia personal, querían detener el curso de aquélla, transigiendo con las exigencias del pasado, fueron obligados a sostener, arrastrados a su pesar por el brazo omnipotente de la opinión pública».

Luminosas fueron las consecuencias de su iniciativa. La ley era un fanal que llamaba a los trasnochados que aún no despertaban y que no tardaron en emular su ejemplo. Siete meses más tarde, vino la ley del 25 de junio de 1856, dada por el nuevo ministro de Hacienda, Lerdo de Tejada, y que desamortizaba los bienes del clero. En la forma esta ley era una medida a medias; no era confiscatoria, pero llegaba hasta abolir la inmunidad de los bienes de manos muertas e imponer la liquidación del capital eclesiástico invertido en bienes raíces o inmuebles, haciendo circular, en beneficio de la nación, un abundante caudal estancado, y asentaba el derecho de dominio eminente de la jurisdicción civil no menos terminantemente que la *Ley Juárez*.

Bien que mal, Comonfort se había transformado en Luzbel, y su fórmula de gobierno se había convertido, casi de la noche a la mañana, en una ciencia que levantaba, a fuerza de proezas de prestidigitación, las manos muertas del pasado, y que probaba con exactitud la reacción de la opinión pública con la manifestación viva de las afinidades y las repulsiones, las fuerzas

acumuladoras y las propiedades intrínsecas que la constituían; ya no se trataba de una mezcla de adivinación, barruntos y juegos de manos. Para el verano de 1856 su gobierno, integrado exclusivamente por moderados, estaba identificado con dos leyes fundamentales, ambas ensayos en física política: una eliminaba los fueros jurídicos de las clases privilegiadas, y la otra, los fueros económicos de la casta dominante; y entre estos dos hitos se habían expedido varios decretos complementarios que reforzaban la tendencia: la expulsión de los jesuitas, la abolición de la coacción civil en el mantenimiento de los votos monásticos y la regulación de las obvenciones parroquiales. El movimiento de Reforma resucitaba y estaba en marcha.

12

Ya no estaba vacante la sucesión de Mora; pero tampoco estaba ocupada. Pendiente brevemente sobre la cabeza de Ocampo, posándose por un momento más sobre la mano de Juárez, acercándose de paso a Lerdo de Tejada, buscando y descubriendo siempre nuevos reclutas, incluso un Comonfort y un Doblado, y designando un elegible tras otro con un vago toque tentativo y espectral, sin parar en ninguno para la consecución de sus fines ulteriores, la dirección que tomaba no estaba nunca en duda. La sucesión era una empresa colectiva, no una aventura individual, y el impulso dado por una sola voluntad tenía que dilatarse todavía. La iniciativa dinámica de Juárez se comunicó a unos cuantos corifeos de Comonfort, encumbrados en el poder, y se podían adivinar los rudimentos de un movimiento en el despertar de aquellos individuos, numerosos y anónimos y muy dispersos, que habían conservado la visión eventual de la Reforma en silencio y en soledad, en la añoranza de ensueños irrealizables, y en la inercia de la más completa desorganización. «Por desgracia —dijo Ocampo—, el partido liberal es esencialmente anárquico, ni dejará de serlo sino después de muchos miles de años. El criterio de nuestros enemigos es la autoridad, ellos obedecen uniforme y ciegamente, mientras que, cuando a nosotros se nos manda, si no se explica el cómo y el porqué, murmuramos, si es que no desobedezcamos o nos insurreccionemos. Porque cada liberal lo es hasta el grado en que sabe, o en que desea manumitirse; y nuestros contrarios son todos igualmente serviles y casi igualmente pupilos. Ser liberal en todo cuesta trabajo, porque se necesita el ánimo de ser hombre en todo». Sea que esta psicología fuera la causa o el efecto de sus repetidos fracasos, el individualismo invertebrado del partido liberal había favorecido el reinado de la reacción e imposibilitado todo progreso, hasta que uno de los suyos lanzó el reto que convocó y reorganizó a los fieles. Entonces, los creyentes señeros, tanto tiempo acallados por su ineptitud colectiva, salieron salomando a viva voz, obedeciendo a una llamada tanto más imperativa por ser una proeza individual de iniciativa política; lo único que les faltaba para fusionar sus esfuerzos era un foco, un centro, un punto de reunión; y eso se lo facilitó el Congreso convocado por Comonfort para dotar al país de una nueva Constitución.

El fruto más fecundo del Congreso no fue el código, sino los hombres que salieron de su seno —hombres que se descubrieron a sí mismos y a sus comilitantes en la empresa

común de reconstituir a su patria y que habrían quedado oscuros y efímeros desechos de su época a no ser por el dragado que los sacó a luz. Pocos de los delegados habían figurado previa o prominentemente en la vida pública. El más ilustre era Gómez Farías, pero el patriarca de la Reforma, viejo, enfermo y desde tiempo atrás acallado, participó poco en los debates. Don Valentín era un veterano venerable cuya presencia, en ausencia de Mora, era el símbolo de una tradición imperecedera y un recordatorio vivo de la nueva partida que a los delegados les tocaba emprender para perpetuarla; y su curul, raras veces ocupada, era un pedestal donde se reunían piadosamente sus discípulos en los días ceremoniales para recoger el toque de remuda en su carrera hacia la Reforma. Los discípulos tenían la ventaja de ser menos adelantados a su época, y sus augurios eran mejores: estaban a punto de iniciar una nueva etapa con un Congreso predominantemente liberal, del cual se había eliminado el elemento militar y clerical, y en cuyo seno la única división la formaba la línea entre moderados y radicales, flexibles los unos y dinámicos los otros. La demarcación, por cierto, no era bien definida, pues hasta en el sector progresista se notaba una escala variable de convicción y valor, y muy contados eran los que podían preciarse, según el criterio de Ocampo, de ser hombres en todo; pero a los vacilantes los dominaba un pequeño nudo de hombres enteros que compensaban con acometividad lo que les faltaba en número. El núcleo se formó con los confederados de Nueva Orleáns, aumentado por un grupo de innovadores que conocieron el exilio moral sin salir del país y que acudieron al Congreso para extender las fronteras sociales de su patria. Juárez estaba ausente en Oaxaca, pero se invocaba su pensamiento muy a menudo en los debates; Ocampo llegó tarde y se retiró temprano, disgustado con las transacciones parlamentarias; Mata se mostró campeón incansable de todas las reformas fundamentales, y de éstas la más atrevida fue planteada y pugnada por Ponciano Arriaga. En torno de ellos gravitaba un coro de comilitantes impertérritos —representantes típicos de la generación señalada por los precursores para realizar la Reforma: la segunda leva, la leva social de insurgentes que, cobrando fuerza con la experiencia y aleccionados por los años maestros, llegaban maduros con la remuda de 1856. Menos que un puñado en total, estos espíritus ardientes formaron la levadura de la Asamblea, y en todos los trances difíciles que tuvo que vencer el movimiento para penetrar y fecundar el Congreso, la draga reveló repetidas veces las virtudes magnéticas de los recién llegados.

Porque el movimiento pasó por el Congreso bajo fuerte presión de banda a banda. Al reunirse los delegados en febrero de 1856, las vibraciones de la *Ley Juárez* llenaban el ambiente, transformadas en las repercusiones de una asonada clerical en Puebla, y durante seis semanas la atención de los congresistas osciló entre sus deliberaciones y su preocupación con la campaña emprendida por Comonfort contra los rebeldes. Tanto se acercó, en cierto momento, la amenaza de las armas, que el gobernador de Jalisco, Santos Degollado, ofreció al Congreso el asilo de su estado; pero Comonfort aplastó la revuelta rápidamente con una energía ejemplar que estimuló a los legisladores. Espoleados por el peligro, los progresistas tomaron la ofensiva, y durante los primeros seis meses las fuerzas creadoras alcanzaron el ascendiente en la Asamblea; pero tuvieron que pugnar contra una resistencia que disputaba sus avances reñidamente. Los moderados, su *vis inertiae* empedernido por la revuelta que prestaba un acompañamiento disonante a las sesiones iniciales, comenzaron por disputar el mismo objeto que los convocaba. Efectivamente, la primera ponencia propuesta al Congreso fue una invitación a retroceder y a volver a la Constitución de 1824. «No corramos los grandes peligros de formar una nueva ley fundamental —expresó el opinante—. La experiencia ha acreditado que un país que ha podido constituirse y que está variando a cada paso sus leyes fundamentales no obtiene jamás los resultados del sistema constitucional, y vacilante siempre, camina de ensayo en ensayo hasta la anarquía, y desde aquí a su completa disolución. Por eso ha dicho un político, con verdad y profunda sabiduría que un país sólo una vez se constituye». Más sorprendente aún que la excitativa fue la respuesta: la proposición fracasó, pero con el margen de un solo voto. Mata corrió la balanza, depositando un peso magnético en la báscula. Antes de ponerse la ponencia a votación, la impugnó con un ataque de flanco, proponiendo, como deber primordial de los constituyentes la ratificación de la *Ley Juárez* —«piedra de toque se ha elevado a la categoría de dogma entre los verdaderos republicanos, y sin el cual la democracia sería imposible». La maniobra surtió efecto, obligando a los indecisos a declararse entre la República y la Democracia, y el debate llenó las galerías de un público apasionado; el gobierno participó en la discusión, y la prez de la ley se reveló tan claramente que el autor de la retirada parlamentaria tuvo que recurrir a una acción demoratoria para salvar su proposición: táctica torpe contra el imán, puesto que, lejos de detener su tirón, sólo sirvió para acumular el torrente de votos democráticos y la *Ley Juárez* fue adoptada casi por

unanimidad, con un solo voto en contra. Aclamada como «una de las bases de la futura Constitución» —más aún, como su piedra angular—, la *Ley Juárez* solidarizó al Congreso, como ya había solidarizado a Comonfort y a los moderados, y recogió la opinión fluctuante, encauzándola en una larga onda sonora que obligó a los *retardatarios* a abandonar toda veleidad de una Constitución que respetara los fueros de las clases privilegiadas.

Tan tenue, sin embargo, fue el margen de triunfo, que los demócratas, levantándose de sobresalto, acudieron, alarmados, a la brecha. Al someterse a la Cámara el proyecto de una Constitución calcada en el modelo más avanzado tanto en 1856 como en 1824 —la de los Estados Unidos—, el mismo presidente de la comisión constitucional, Ponciano Arriaga, se puso de pie para denunciar sus defectos. Impaciente como siempre con el disimulo, reconocía algo más en cualquiera Constitución que, blasonando derechos y garantías políticas, omitiera el derecho básico, la garantía económica de la democracia. «Se proclaman ideas y se olvidan las cosas —protestó—. La Constitución debería ser la ley de *la tierra*—, pero no se constituye ni se examina el estado de la tierra. ¿Hemos de practicar un gobierno popular, y hemos de tener un pueblo hambriento, desnudo y miserable? ¿No habría más franqueza en negar a nuestros cuatro millones de pobres toda participación en los negocios públicos, toda opción a los empleos públicos, todo voto activo y pasivo en las elecciones, declararlos cosas y no personas, y fundar un sistema de gobierno en que la aristocracia del dinero, y cuando mucho la del talento, sirviera de base a las instituciones?». Porque precisamente eso era lo que estaba aconteciendo. Aunque la comisión dictaminadora había acogido algunas reformas sociales, «fueron desechadas todas las conducentes a definir y fijar el derecho de propiedad, a procurar de un modo indirecto la división de los inmensos terrenos que se encuentran en poder de muy pocos poseedores, a corregir los infinitos abusos que se han introducido y se practican todos los días, invocando aquel sagrado e inviolable derecho, y a poner en actividad y movimiento la riqueza territorial y agrícola del país, estancada y reducida a monopolios insoportables, mientras que tantos pueblos y ciudadanos laboriosos están condenados a ser meros instrumentos pasivos de producción en provecho exclusivo del capitalista, sin que ellos gocen ni disfruten más que una parte muy ínfima del fruto de su trabajo, o a vivir en la ociosidad o en la impotencia, porque carecen de capital para ejercer una industria».

Arriaga negaba toda propensión al comunismo, o a la

promiscuidad, o a los falansterios, o a las extravagancias del socialismo utópico del día. «Quédense todos estos sistemas para el porvenir; la humanidad fallará si son quiméricos, y si en vez de seguir la realidad, sus autores han corrido tras una sombra. En el Estado presente, nosotros reconocemos el derecho de propiedad y lo reconocemos inviolable». Pero, con todo y lo que iba del siglo, quedó inconcuso que había que tener presente una verdad ineludible y perenne; a saber, que no son los legisladores los que constituyen las sociedades, sino los propietarios. «Mientras que en las regiones de una política puramente ideal y teórica, los hombres piensan en organizar cámaras, en dividir poderes, en señalar facultades y atribuciones, en promediar y deslindar soberanías, otros hombres se ríen de todo esto, porque saben que son dueños de la sociedad, que el verdadero poder está en sus manos, que son ellos los que ejercen la real soberanía. Con razón el pueblo siempre siente ya que nacen y mueren constituciones, que unos tras otros se suceden gobiernos, que se abultan y se intrincan los códigos, que van y vienen pronunciamientos y planes y que después de tantas mutaciones y trastornos, de tanta inquietud y tantos sacrificios, no queda nada de positivo para el pueblo, nada de provechoso para esas clases infelices de donde salen siempre los que derraman su sangre en las guerras civiles, los que dan su contingente para los ejércitos, que pueblan las cárceles y trabajan en las obras públicas, y para los cuales se hicieron, en suma, todos los males de la sociedad, ninguno de sus bienes».

En esta filípica sonaban ya las repercusiones del movimiento y del choque con que México se enganchaba al mundo moderno. Los precursores se habían inspirado en la Revolución francesa de 1789: Arriaga puso el movimiento al día, y sin contemporizaciones. «Sabe bien el soberano Congreso que al proclamar la República en la Revolución francesa de 1848, se suscitaron sobre el derecho de propiedad, el principio de asociación, la organización del trabajo, la suerte de las clases pobres y mil objetos de igual trascendencia, cuestiones tales y tan graves, que hicieron estremecer en sus cimientos la sociedad». Superando de un tranco al Mora saturnino, Arriaga planteó, sin estremecerse, la cuestión crucial ante el Congreso: si la Constitución había de trascender la democracia formal, y si había que invocar una doctrina extranjera para elevar a un pueblo de formación revolucionaria y ponerlo al nivel del mundo contemporáneo, había que sincronizar la Reforma con la Revolución francesa del 48 y tomar como palanca del progreso aquel movimiento reciente que resucitaba el problema

de la propiedad —tan intempestivamente resuelto en favor de la clase media— en pro del proletariado. Sin embargo, con todo lo drástico de las premisas, las deducciones de Arriaga no eran radicales. Muy a menudo —dijo— había oído discutir proyectos de colonización extranjera, propuestos como remedio para la pobreza de la tierra, y se había preguntado si no sería posible la colonización *mexicana*; si no fuera posible repartir las tierras feraces y hoy incultas de la República entre sus compatriotas; si sería difícil, dándoles semillas y herramientas, y declarándolos exentos de toda contribución por un determinado número de años, y dejándolos en aptitud de trabajar y de vivir en libertad, sin policías, sin esbirros, sin cofradías, sin obvenciones parroquiales, sin derechos de alcabala, ni derechos de estola, ni derechos de juez, ni derechos de escribano, ni derechos de papel sellado, ni derechos de capitación, ni derechos de carcelaje, ni derechos de peaje, ni tantos otros derechos que olvidaba, pero que no olvidaba el pueblo; si sería difícil, decía, producir dentro de poco tiempo en esos desiertos inmensos, en esos montes oscuros, poblaciones nuevas, ricas y felices... «Se cree o se afecta creer que los mexicanos *todos* son inmorales y perezosos, enemigos del trabajo e incapaces de todo bien, y se olvida cómo y con qué gente se ha poblado Australia, cómo y con qué gente se pobló California, cómo y con qué gente se está poblando Tejas. ¿Se piensa que nuestra gente es la peor de todo el mundo? ¿Se piensa que nuestros mexicanos, hoy tan dóciles y tan sufridos, estando en la ociosidad y en la miseria, no mejorarían en su educación y en su parte moral, teniendo una propiedad, un bienestar, que son elementos tan moralizadores como la misma educación?». Limitando, pues, le reforma agraria a una transacción, Arriaga propuso que se obligara a los grandes latifundistas a explotar sus extensiones baldías, o a venderlas a quienes sabían cultivarlas, implantando la reforma mediante pequeñas dotaciones de tierra; pero, cualquiera que fuese la solución adoptada, algo había que hacer, y sin tardanza: «El sistema económico actual de la sociedad mexicana no satisface las condiciones de la vida material de los pueblos», terminó diciendo; y cuando «un mecanismo económico es insuficiente para su objeto preciso, debe perecer. La reforma para ser verdadera debe ser una fórmula de la era nueva, una traducción de la nueva faz del trabajo, un nuevo código del mecanismo económico de la sociedad futura».

Rara vez vive un hombre en la historia por virtud de un solo discurso; Ponciano Arriaga fue una de esas figuras singulares. Aunque la solución propuesta era tan inferior a la magnitud del

problema planteado, por el solo hecho de captar la condición imprescindible del progreso político, se colocó muy por delante de sus colegas, y su clarividencia bastaba para singularizar al pionero que establecía un puesto avanzado en las fronteras del futuro, dejando atrás a los contemporizadores. Porque, por supuesto, el Congreso desatendió sus indicaciones, y el derecho fundamental, apartado, aislado, olvidado, no tuvo más eco que su admonición. Consecuencia previsible de desechar una reforma fácil era la seguridad de incurrir, con el tiempo, en un sacrificio mayor, y la solución propuesta por Arriaga era la más indicada para asegurar a los moderados; pero, puesto que él renunciaba a los grandes remedios, ellos prescindieron de los paliativos. La Asamblea cejó ante la magnitud del problema y también, paradójicamente, porque la iniciativa de Arriaga coincidía con la aprobación de la *Ley Lerdo* que le prestaba apoyo y le daba razón. Acogida por los moderados e incorporada en el proyecto constitucional, la *Ley Lerdo*, que liquidaba los bienes raíces del clero y minaba el monopolio territorial más extenso en México, satisfacía tanto la demanda de subdivisión y explotación de los terrenos baldíos, y la satisfacía en beneficio de la clase media —única capaz de aprovecharla— y era por sí sola tan arriesgada, que la Asamblea se dispensó de seguir más adelante y de llevar la reforma tan lejos como lo propusieron los *puros*. El triunfo de Lerdo de Tejada enterró la transacción de Ponciano Arriaga; pero en la tumba intranquila del futuro.

El fracaso de Arriaga acusaba el defecto cardinal de la nueva Constitución, que carecía de cimientos económicos, y que salió sobrecargada con derechos políticos, los que habían de convertirse, siendo puros derechos, en deberes más bien que en haberes. Calcado de la Constitución norteamericana, el nuevo código sancionaba, como el original, los derechos de propiedad ya imperantes, con una notable excepción. Reiterando la prohibición de la esclavitud, proclamada ya en todas las constituciones posteriores a la prenatal de Morelos, el último modelo extendió las fronteras sociales de México hasta prohibir todo tratado de extradición con los países esclavistas, y de declarar formalmente que «los esclavos que pisan el territorio nacional recobran, por el mismo hecho, su libertad». Pero la libertad de explotar y de ser explotado quedó intacta; la única promesa de manumisión económica era la garantía de libertad de trabajo, o más bien dicho —porque había que leer el artículo al revés en el espejo de la historia— la prohibición de los trabajos forzados. Tanto o más habían declarado los monarcas

españoles y siempre las cédulas reales, amparando a los siervos, habían cedido a la realidad soberana del poder económico. Abundaban, por otra parte, las declaraciones de libertad política, de derechos civiles y de garantías individuales: el sufragio universal, el derecho de acusar a los funcionarios públicos, los derechos de petición, de reunión, de amparo constitucional, de jurado, y las libertades clásicas de enseñanza, de prensa, de imprenta, de opinión, de comercio y de conciencia; y de dichas garantías la última llevó al Congreso a la culminación y a la crisis de sus avances.

No era de esperarse que un artículo que autorizaba la libertad de conciencia pasara sin oposición por el clero, ya desaforado jurídica y económicamente, y poco acostumbrado a quedarse a la defensiva; las protestas preliminares levantadas por el arzobispo de México y el obispo de Oaxaca anunciaban la ráfaga, y la tensión pública llegó al colmo al iniciarse el debate. Las galerías se llenaron, pletóricas de un público que vigilaba la lid con la atención intolerante y letal del respetable en una tarde dominical en la plaza de toros. Sin embargo, al paso que salían los contendientes, maniobrando en la arena estrecha, con destreza, con valor y con sangre fría, se concedió al problema una audiencia amplia y respetuosa. «Esta discusión ha hecho honor a la tribuna nacional, la buena fe, la franqueza y el valor civil han campeado en los discursos de todos los oradores, y su sinceridad es la mejor justificación del Congreso —apuntó el secretario, Francisco Zarco—. Sólo la discusión de materia tan importante es un triunfo de los buenos principios. En vano los reaccionarios se empeñaron en buscar gente que fuera a insultar a los representantes del pueblo. Estas intrigas fueron vistas con desprecio; si bien el público de vez en cuando parecía agitado, y al principio unos cuantos quisieron extraviarlo, después dio pruebas de circunspección, guardó el mayor orden, no hubo más que siseos que reprimían la dignidad de los demás, y los aplausos que más tarde estallaron fueron enteramente espontáneos. Asegurarse puede, que muchos de los que iban con ánimo hostil, se desengañaron de que no iban a una asamblea de heresiarcas y allí cambiaron de opinión. Y para conservar el orden no había guardias, ni agentes de policía. Esto debe decirse en honor de un público que ha burlado las torpes intrigas de los enemigos de la libertad». Circundado por el asedio y el apoyo apretados del público, el debate se prolongó ocho días y puso de relieve los talentos más caracterizados de la Asamblea. La dificultad mayor era la de enfocar el problema en sus justas dimensiones y de disociar el ataque al exclusivismo religioso de

todo lo que pudiera parecer un ataque a la fe religiosa: en eso concordaban los adversarios más encarnizados. Prieto, poeta cristiano, negaba su piedad, evocando el Evangelio en pro de la democracia religiosa con la esperanza de que se le sobrentendiera en México. Los partidarios de la libertad de conciencia eran apologistas todos y rivalizaban los unos con los otros en profesar su fe y en conciliar la constitución de su credo; casi unánimemente el Congreso se componía de creyentes ortodoxos. No hubo más que una excepción, pero el disidente era, sin disputa, el genio más brillante del bando racional. Ignacio Ramírez era ateo —tal vez el único declarado en México — y no cayó en el contrasentido de creer compatible la democracia religiosa con el régimen teocrático. Hacía años que había escandalizado a Prieto y a los jóvenes de un círculo de librepensadores, denegándoles una divinidad; desde entonces, siguiendo su camino, señero y parcial a su propia sociedad, frecuentando los puestos de libros viejos y las galerías del viejo Congreso, atento a los progresos del siglo, se había caracterizado en el periodismo y en la pedagogía, practicando, sin predicar sus herejías, padeciendo prisión y persecución por las políticas, fascinando y apenando a sus parciales por las religiosas, pero siempre al margen de la vida pública, en su propia órbita excéntrica, hasta que vino a ocupar una curul en el Congreso Constituyente de 1856. En el recinto parlamentario ocupaba un lugar aparte y una posición preeminente por las formidables dotes intelectuales que revelaba en defensa de todas las iniciativas atrevidas, y al llegar a la sumamente delicada de la libertad religiosa, se esperaba su voz con trepidación. De lo que tenía en su pecho ya había dado un aviso claro, al iniciarse la discusión del proyecto constitucional, levantándose como una sombra recta, recia, estigmática, y dando su medida al denunciar el mismo preámbulo del código. «Señores —dijo—, el pacto social que se nos ha propuesto se funda en una ficción, he aquí cómo comienza: *En el nombre de Dios*… Yo bien sé lo que hay de ficción, de simbólico y de poético en las legislaciones consabidas… pero juzgo que es peligroso suponernos intérpretes de la divinidad… El nombre de Dios ha producido en todas partes el derecho divino y la historia del derecho divino está escrita por la mano de los opresores con el sudor y la sangre de los pueblos; y nosotros que presumimos de libres e ilustrados, ¿no estamos luchando todavía contra el derecho divino? ¿No temblamos como unos niños cuando se nos dice que una falange de mujerzuelas nos asaltará al discutirse la tolerancia de cultos, armadas con el derecho divino? Si una revolución nos lanza de la tribuna, será el derecho divino el que nos arrastrará a

las prisiones, a los destierros y a los cadalsos. Señores, por mi parte, lo declaro, yo no he venido a este lugar preparado por éxtasis ni por revelación… Es muy respetable el encargo de formar una Constitución, para que yo comience mintiendo».

Con aquel exabrupto, el Congreso estaba ya alertado; pero la conducta de Ramírez superó a todo lo previsto. Al debate decisivo el iconoclasta contribuyó con una sorpresa más inaudita aún que su elocuencia mordaz, su humor sardónico, su razón irrecusable y su intransigencia soberbia: su silencio. Ocioso en su curul, sin lanzar un solo sarcasmo coruscante en la arena, hora tras hora, y pese a la más extrema provocación, se reconcentró y siguió sofocando su fuego, su fuego infernal, con una tensión visible, salvo por una breve fogata irresistible. Llegado el momento crítico, se puso de pie, saludado con estrepitosos aplausos y por uno que otro siseo, y hablando con frases cortas e incisivas hizo presente al Congreso que «en 1824, cuando aún estaban humeantes las hogueras de la Inquisición, con uno de sus tizones mal apagados se escribió en la Constitución de la República el artículo que estableció la intolerancia religiosa, y este artículo es el que venimos hoy a borrar en nombre de la humanidad, en nombre del Evangelio, y si es posible, a costa de nuestra sangre». Pero al estallar, entre el barullo de las galerías, el grito estridente de «¡Mueran los sacristanes!», levantó la voz para acallarlo. «Señores —protestó —, Jesucrito jamás lanzó gritos de muerte, nunca quiso que muriera nadie —y volviéndose hacia los contrarios—: vosotros los que queréis la intolerancia —les dirigió la apostrofe fulminante—, cuando estéis empapados de sangre y volváis los ojos al cielo para buscar una sonrisa de la divinidad, ¡estremecéos, porque la bóveda celeste será para vosotros de bronce y debajo de vuestros pies brotarán las llamas del infierno!». Luego, listo para la estocada y seguro de ganar la oreja, volvió la espalda al público y regresó a su curul. Su conciencia se sobrepuso a su ira, su responsabilidad dominó a su indignación; se negó a perjudicar la discusión con sus conceptos notorios y abandonó el trofeo a campeones más templados que no encontraron inseparables la razón y la ira; a Prieto, que suavizaba la lid con un flujo locuaz de fervor fácil y popular; a Zarco, que acosaba la presa con lógica acompasada e implacable; a Mata, que la braveaba con lances apretados; y a cuantos más supieron domar la intolerancia con la técnica racional que era tan difícil, y tan indispensable, conservar.

Efectivamente, un sentido de responsabilidad muy elevado dominaba el debate, que versaba menos sobre el principio en

disputa —en ello casi todos concordaban— cuanto sobre la conveniencia de adoptarlo en 1856. Al objetarse que las ventajas de la libertad de cultos eran remotas y problemáticas, y que en un país saturado de catolicismo los peligros no podían menos que llevar a la guerra civil, con el sacrificio consecuente de todos los otros beneficios de la constitución democrática, la admonición era tan bien fundada que arrojaba sobre los que la negaban una responsabilidad abrumadora, y las horas más sombrías del Congreso fueron aquellas en que los oportunistas y los inoportunistas disputaban el punto clave —protesta de los unos, burla de los otros, grito de guerra de ambos —de que no había llegado el tiempo para tal reforma. «A los que dicen *no es tiempo*, les pregunto: ¿Cuándo será tiempo? —vino la respuesta, por boca de Zarco—. Ellos responden que cuando el pueblo esté ilustrado, cuando haya bienestar. Esto es encerrar la cuestión en un círculo vicioso. Si se quiere que la reforma de la sociedad preceda a la libertad religiosa, basta examinar lo que el exclusivismo católico ha producido en 400 años, para perder toda esperanza. Ese exclusivismo produjo la miseria, la abyección y la esclavitud, fue un elemento de la dominación española y contrarió tenazmente a la independencia».

Zarco, conteniendo su coraje, era más que el igual de Ramírez, acallándolo; pero Zarco también tascaba el freno, porque tenía levantada la mano para dictar su Divina Comedia, y sofocada la voz por la visión del círculo vicioso que vedaba todo avance: círculo infernal de los condenados purgando sus penas interminablemente. ¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡No es tiempo! ¿Que no era tiempo, y tiempo de sobra, para una reforma tan tardía, si un país tan atrasado habría de sobrevivir, por no decir progresar, en el mundo moderno? Pero Zarco no era igual a los inconmovibles. Los contemporizadores crónicos y los tanteadores anacrónicos tiraron y aflojaron en una larga y lenta lucha, cambiando los apretones sin lograr romper la cuerda; el peso muerto de la inercia y de la prudencia era un freno contra el cual en vano tiraba la vanguardia, cogida en un abrazo tenaz que apretaba a los progresistas donde se sabían más débiles y les hacía caer, trompicados, sobre su propio terreno. «Señores —les avisó un veterano—, no nos equivocamos; la opinión de las mayorías parlamentarias no es la opinión pública, cuando difiere de la opinión del país. Una mayoría de esta asamblea que declara la tolerancia religiosa no daría por esto una ley, ni mucho menos una ley constitucional. El país la repudiaría y la ley quedaría escrita, como sucede con todas las que contrarían la voluntad nacional». Contra tales argumentos, por más que se

esforzaron, los más enteros luchaban en balde. Y por mayor amonestación, se les recordaban las guerras santas del siglo XVI en comprobación del precio que costó al Viejo Mundo la libertad de conciencia —¿estaban resueltos a pagarlo? Hacía falta una conciencia muy robusta para condenar a México a la repetición de aquellas tribulaciones históricas, y sólo para compensar el retraso social con un progreso problemático. Verdes y vulnerables, los radicales se vieron agarrados por los calambres, los achaques, los escrúpulos paralizantes de la senectud. Peor aún, les restaba fuerza el mismo paso del progreso. Llegaban tarde, pioneros rezagados, abriendo un camino trillado, pisado por sus predecesores desde tiempo atrás, y que no conducía a ninguna parte. Ya era tarde, además de temprano, para conquistar la libertad de conciencia —problema superado ya en las naciones avanzadas, y en las atrasadas una cuestión candente solamente si los doctrinarios arbitrarios e irresponsables se obstinaban con arrebato y obcecación en agitarla. Bien entendido, ¿no sería más sensato, pues, y más previsor, y más humanitario, marcar el paso con el presente? Casuística de la conciencia, o fallo de la fatalidad, a la misma disyuntiva había llegado Mora también al calcular el progreso posible de su pueblo.

Pero los contemporizadores tocaron la nota más trágica de la disputa al defender la intolerancia como un mal, sin duda, pero un mal necesario en México en 1856, «Las constituciones no se crean, no se inventan —repitieron—; para que sean buenas, para que den los resultados políticos y sociales que se esperan, no deben ser otra cosa que el retrato, por decirlo así, del pueblo para quien se forman. ¿No vemos en los Estados Unidos, en medio de esa democracia que tanto se admira, en esa su constitución liberal que tanto se decanta, consignado el principio más atroz, el más cruel, el más humillante para la especie humana, cual es la esclavitud? Si, pues, ese pueblo que hasta la hipérbole se proclama liberal y democrático en su constitución, tiene enclavado un artículo que deshonra a la civilización y al género humano, porque así lo exigen sus preocupaciones, sus necesidades o su holganza, ¿será mengua en nosotros que para establecer como derecho la libertad de cultos, esperemos a que de hecho exista entre nosotros?». Y el argumento más inapelable surgió cuando los retardatarios invocaron los mismos dogmas democráticos para asestar el golpe de gracia a sus contrarios, acusándolos de extralimitarse en sus facultades y de falsear el mandato del pueblo que decían representar. Zarco recibió la carga en pleno pecho y la rebatió

airadamente. «Se quiere, pues, que capitulemos con las preocupaciones del vulgo —protestó—, que no emprendamos ninguna reforma, que débiles y asustadizos, dejemos que el clero siga gobernando con manos postizas. Y para esto se invoca la libertad del pueblo, y se olvida que los legisladores deben ser superiores a su época, que desde Moisés hasta Pedro el Grande y el primer congreso americano, los reformadores, los fundadores de naciones, han encontrado resistencias que vencer».

Entre la vista larga y la corta, la contienda andaba muy desigual y los complacientes llevaban las ventajas preponderantes. Conforme a la vista corta, poco podía alegarse en favor de la tolerancia de cultos. La única ventaja práctica, aducida por los defensores de la reforma, era la posibilidad de facilitar la inmigración extranjera, socavando así en la esfera espiritual el monopolio de la Iglesia que autorizaba todos sus monopolios en lo temporal; pero en realidad lo que les interesaba era un ideal de ilustración popular en el porvenir, tan remoto que resultaba académico en las circunstancias actuales. Más que representantes del pueblo, los progresistas eran sus tutores, según los contrarios o, según su propio criterio, fideicomisarios encargados de su educación: tan adelantados, que eran evidentemente vulnerables a la imputación del idealismo irresponsable y tuvieron que invocar, en su defensa, su fe en el pueblo, su fe mística, indemostrable en el sano instinto de las masas y en su capacidad de reconocer a sus verdaderos representantes. Aunque el fanatismo, la ignorancia y la superstición parecían desmentir su fe, Mata llamó la atención del Congreso sobre una circunstancia elocuente: en 1848, cuando por vez primera se propuso la libertad de cultos, la polémica provocó millares de protestas espontáneas, en tanto que hoy en día, con sólo ocho años de intervalo, el pueblo no se había perturbado, y para reunir una oposición ostensible el clero se veía obligado a movilizar a las mujeres —«a las sencillas y cándidas mujeres, a quienes por primera vez se les ha obligado a presentarse en la escena pública»— y a presentar un puñado de peticiones dictadas, según las mismas firmantes, por el señor párroco. Ahí estaba el índice del progreso. Empero, ni las estadísticas de Mata ni las de Zarco hicieron impresión en la masa compacta de los moderados; y la contienda, esforzada pero estacionaria, hubiera seguido indefinidamente a no ser por la interposición del árbitro. El gobierno intervino e intervino decisivamente, para desaprobar la tolerancia de cultos y marcar un alto a las demás iniciativas peligrosas de los puros.

Desde entonces el bloque radical fue empujado fuera de sus

líneas y casi expulsado de la palestra, protestando paso a paso. Uno tras otro, sus prohombres agarraron los puntos de apoyo y se aferraron a la defensa suprema. «Se nos amenaza, Señor, con una revolución —exclamó un orador, apelando al presidente de la mesa directiva—. ¿Qué hubiera dicho don Benito Juárez cuando dio la ley sobre fueros, si pensando en que vendría la revolución de Puebla, le hubiera intimidado ese pensamiento? Don Benito Juárez, señor, vio que iba a conquistar un principio con su ley; don Benito Juárez nada temió, nada le detuvo, porque don Benito Juárez es hombre de corazón; porque ese mismo don Benito Juárez nos dice hoy desde Oaxaca: ¡reforma, tolerancia, todo lo que sea progreso!». Pero el nombre-norma había perdido su virtud magnética. Fanal en febrero, la *Ley Juárez* quedó muy por atrás seis meses más tarde y se había vuelto con el cambio de la marea una baliza que el Congreso se apresuraba a propasar para ganar el puerto. En la retirada precipitada, sólo se oía la campanilla de recreo.

Disputando el terreno palmo a palmo, los derrotados hicieron alto al pie de su primer pedestal. «El gobierno ha visto que la reforma cuenta con el apoyo del pueblo, porque, ¿quién si no el pueblo derribó las reacciones del clero? El pueblo, y sólo el pueblo, que es ilustrado, inteligente, comprende ya sus intereses y está dispuesto a sacrificarse por la libertad», protestó Mata. «Prodigar insultos al pueblo —protestó Zarco a su vez, recargando hasta el último momento— llamándolo fanático, ignorante, supersticioso, es toda el arma que emplean nuestros adversarios para retardar la reforma que proclamamos. Nuestro pueblo es como todos los pueblos. No hay un pueblo sin supersticiones, no hay un pueblo de filósofos, de teólogos, de literatos y abogados… Vosotros los hombres sabios, los hombres superiores, los que veis en México una tribu de salvajes, debéis ruborizaros de tener que presentarlos. Si yo pensara como vosotros me avergonzaría de ser diputado… Señores, aquí se evoca el pasado. Aquí tenemos un hombre que es monumento vivo de aquella época: el señor Valentín Gómez Farías, y yo estoy seguro de que este resto venerable de 1824 votará por la libertad de cultos». La decisión era dramática y a Zarco le tocó registrarla en su calidad de secretario del Congreso. «Reina el más profundo silencio, el público reprime su ansiedad y la votación tiene algo de grave y solemne, pues todos los representantes van poniéndose de pie y emiten sus votos con voz clara y firme. Al principio, a cada voto siguen vagos rumores en las galerías y señales de aprobación y de reprobación. Se declara el artículo sin lugar a votar por 65

señores contra 44. Hubo diputados que salieron del salón antes de la votación. El resultado produjo en las galerías una espantosa confusión, silbidos, aplausos, gritos de ¡Viva la religión, mueran los herejes, mueran los hipócritas, viva el clero!, etc.».

Esta sesión señaló la crisis de las labores del Congreso y el punto crítico de sus progresos. Descartada la reforma religiosa, siguió la desintegración. El reducido grupo radical que había dominado al Congreso durante los primeros seis meses, con el apoyo del gobierno, se volvió, luego que lo perdió, una minoría desacreditada que pugnaba tenaz, pero en general infructuosamente, por salvar los otros artículos de su credo. Se reconcentraron, cerrando filas, y volvieron al ataque con vigor redoblado y con una percepción más acertada de su táctica. Uno de los resultados del fracaso fue la comprensión clara de la indivisibilidad de las reformas y del error de despreciar los cimientos económicos de la Constitución en un país pobre, atrasado y levítico. Abandonando su cruzada por la libertad de cultos, se empeñaron en conquistar las demás libertades esenciales al progreso y que, con el tiempo, prohibirían el monopolio de la fe que les prohibía por lo pronto un porvenir. A los dos días de la derrota, vencidos al parecer, pero sólo lanzados de la cima al fondo de la contienda, y cobrando ímpetu, como el héroe mítico, al tocar la tierra, resucitaron la discusión de la reforma agraria. Las ideas de Ponciano Arriaga en las cuales «no hay nada de robo ni de despojo, ni de delirios comunistas» —recalcó Zarco— pero que habían alarmado a los grandes terratenientes, reaparecieron en una ponencia que recomendaba la limitación de los monopolios terrenales. El autor —un liberal oscuro, pero un ser oscuro que veía claro lo que era invisible para los más brillantes, y que perpetuó por eso el nombre de Isidoro Olvera— renunciaba a toda idea más drástica que la de Ponciano Arriaga. Las leyes agrarias eran un recurso —decía— al cual los legisladores acudían con menos frecuencia, a medida que se difundían la cultura y el respeto a los derechos del hombre; los convencionales franceses y Robespierre, especialmente, nunca pensaron en ellos, aunque profesaban el comunismo, «pero sabios, prudentes y trabajadores por la humanidad, más bien que por la generación a que pertenecían, trataron de fundarlo indirectamente, haciendo contribuir a los ricos para mejorar la condición de los pobres, por instrucción, por el trabajo, por los establecimientos de beneficencia, por la tasa a los efectos de primera necesidad, etc. Y Jesucristo, que es el comunista por excelencia, ¿qué fue lo

que ordenó? ¿Mandó al pobre que despojara al rico? No, sino se conformó con enseñar a éste que no le era lícito guardar lo exuberante, porque ello pertenece al necesitado». Pero negar la reforma mínima en 1856 era el modo más seguro de provocar en lo sucesivo una crisis que realizaría la reforma máxima por una revolución global. «Si, pues, es un hecho que la crisis terrible, que se va aproximando, no es simplemente un capricho de la fortuna, o un castigo inexplicable de la Providencia, sino de aquellos que aquí como en todo el mundo, en los tiempos antiguos y modernos, ha sido preparado muy de antemano por la opresión, por el orgullo de los fuertes y de los felices, y por la inhumanidad, el desenlace es incontestable y cumple a la sociedad, representada en su gobierno, dirigirlo para que no cause la ruina completa del demandado, ni la desmoralización de los que reclaman justicia. Hace más de diez años que en escritos, anónimos unos y firmados otros, estoy inculcando a los ricos la idea de que ellos mismos, si fuese posible, dirigieran el drama, sacrificando una corta porción de sus intereses para salvar el todo, en vez de gastarlo en necias revoluciones y resistencias armadas, buenos a lo más para disminuir temporalmente la acción, pero nunca para aniquilarla; y creo firmemente, Señor, que si me hubieran escuchado, dormirían hoy con la conciencia tranquila y seguros en la posesión de sus haciendas. Lo mismo he dicho a gobiernos pasados, y lo diré con más razón del actual. Si el gobierno se para, tendrá su jefe la suerte de Luis XVI, sucumbiendo a la execración de todos los partidos que representan la revolución».

Con frases preñadas de moderación evangélica y de vaticinio revolucionario, Olvera advirtió a Comonfort y al Congreso que las providencias parciales eran contraproducentes y las revoluciones a medias, catastróficas; el enemigo combatiría la mitad con la misma terquedad que el todo; tanto las promesas como las amenazas de la Reforma flameaban ya y se había avanzado demasiado lejos para retroceder; y la política contemporizadora era la más peligrosa de todas. «Quizá será tiempo todavía de remediar los males sin molestia grave de ninguna fracción de la sociedad» —pero ¿cuánto más oscura tenía que volverse la voz ominosa antes de que se le diera oídos? —. «Vuestra soberanía y el gobierno mediten seriamente sobre los peligros y la necesidad de conjurarlos, y los ricos, meditando también sobre sus verdaderos intereses y sobre la parte de justicia que hay en sus riesgos, ayuden al poder público y a la patria con la mejora de la clase pobre y con resolver definitivamente una cuestión social que va tomando

proporciones tan gigantescas como amenazantes». Revolución y religión, cristianismo y comunismo, la coalición era siempre posible, pero a condición de no aplazar las concesiones hasta el día fatídico en que se efectuarían por la fuerza; de agravarse el problema hasta tal punto, la responsabilidad sería de los contemporizadores. Pero, por supuesto, una admonición que pasó inadvertida antes del rechazo de la libertad de cultos resultó inadmisible después, y la proposición de Olvera cayó con la iniciativa de Ponciano Arriaga en el limbo de las reformas nonatas y el fermento sepulcral del futuro.

Tan inseparable, en realidad, era la libertad religiosa de la formación democrática, que la evasión de la cuestión crucial desanimó a los mismos vencedores, y hasta los principios democráticos que acogieron salieron emasculados y deformados —tan cierto es que los cuerpos morales sufren las mismas desazones que los materiales. Los derechos más elementales del gobierno autónomo salieron mutilados y encogidos por la desconfianza de los legisladores en el pueblo. El sufragio universal, adoptado en principio, fue falseado en la práctica por el filtro de las elecciones indirectas: el juicio por jurados fue reprobado so color de la ignorancia del pueblo; se desechó la facultad de procesar a los funcionarios públicos; se procuró sutilizar y desvirtuar los derechos de reunión pacífica y de petición legítima. La libertad de la prensa, circunscrita con restricciones capciosas que provocaron los sarcasmos de Ramírez, salió intacta, gracias a la defensa intrépida de Zarco. Redactor del más acreditado de los periódicos liberales, *El Siglo XIX*, Zarco salió a la defensa de su profesión con celo militante, pero se llevó el día menos por virtud sindical que por publicidad de un escándalo en que se encontraba implicado en aquel momento. M. de Gabriac, el ministro francés, había ofendido a la colonia francesa por lo tacaño de su contribución a una colecta en favor de las víctimas de una inundación en Francia, y sus compatriotas lo habían castigado con una *cencerrada*: serenata de cazuelas, sartenes y otros instrumentos de percusión domésticos. El incidente salió en el *Siglo*, celebrado por el mismo redactor, y sobre él el diplomático furibundo descargó su ira, amenazando al gobierno con un incidente internacional si no se castigaba públicamente al culpable. El gobierno tuvo la debilidad, o el tino, de someter la disputa a un juicio congresional —solución que Zarco acogió con agrado y aprovechó con creces. El pleito hubiera sido maná del cielo para el publicista menos calificado, y Zarco era todo un maestro del oficio. Convirtiendo el lío en juicio bufo, se dio el gusto de

divertir al Congreso con una versión solemne de la *cencerrada*, picando a la víctima con sal y gracia, y desplegando humor, buen humor, moderación y una urbanidad tal que demostraba su dominio de las más precisas cualidades francesas, y acabó por desinflar la amenaza de un incidente internacional con una sola punzadita. «Tengo que decir que recibir una *cencerrada* puede ser una verdadera mortificación —terminó diciendo, entre las carcajadas de la Corte—, pero nunca una de las funciones oficiales de un embajador. Triste sería que creyéramos que los vencedores de Oriente habían de venir a nuestras playas al son de una cazuela y que S. M. el Emperador, y sobre todo el pueblo francés, habría de hacer cuestión nacional de una ocurrencia que cuando más hará reír a todo París». Huelga decir que salió absuelto. Burla burlando, Zarco dijo claridades no sólo al ministro, sino al Congreso, y tocando el punto sensible de la intromisión extranjera, se llevó el día sin dificultad; y la libertad de la prensa fue incorporada a la Constitución con aplausos patrióticos.

Pero sólo gracias a la energía incansable de la minoría dinámica los principios medulares de la democracia penetraron la presión siempre más apretada de los moderados. La inercia de la mayoría iba consolidándose a medida que los trabajos del Congreso tocaban a su término y se aproximaba el fallo de la nación. En octubre estalló otra asonada en Puebla, motivada esta vez por la *Ley Lerdo*, y aunque vencida por Comonfort, el triquitraque de pronunciamientos no dejó de inquietar profundamente a los legisladores. Para unos cuantos, pero muy contados intrépidos, el nuevo motín confirmaba plena y oportunamente su pronóstico de que las medias medidas suscitarían la misma resistencia que las integrales, y que «si se quiere halagar al clero, bueno es recordar que esta clase no transigirá con la libertad». Pero ellos eran una minoría que luchaba por conservar el terreno ya conquistado. A tal grado llegó la nerviosidad parlamentaria, que se renovó la proposición de volver a la Constitución de 1824, y se reprobó la moción por un margen tan escaso que puso en peligro todo lo realizado y echó sobre las últimas sesiones una larga sombra mortal.

El transcurso del tiempo también hizo mella en el espíritu de los delegados, y la filosofía de los cuerpos legislativos, cansados por una asentada laboriosa y ansiando el reposo, sentados a la mesa por espacio de un año, se apresuraron a terminar, a rajatabla. El 5 de febrero de 1857 se proclamó la Constitución. Una solemne unanimidad caracterizó la sesión de clausura. Gómez Farías presidió la función arrodillado delante del

Evangelio, jurando fidelidad y firmando primero el convenio; cien diputados, puestos de pie, prestaron el juramento al unísono; y el volumen fue depositado en manos de Comonfort, quien juró conservarlo. Coronando la finalidad de la obra con el reconocimiento de su falibilidad, Comonfort pronunció algunas palabras en tal sentido, y León Guzmán, el Presidente del Congreso, le dio la réplica con la fidelidad del eco. «El Congreso —dijo— está muy lejos de lisonjearse con la idea de que su obra sea en todo perfecta. Bien sabe, como habéis dicho, que nunca lo fueron las obras de los hombres. Sin embargo, cree haber conquistado principios de vital importancia, y deja abierta una puerta amplísima para que los hombres que nos sigan puedan desarrollar hasta su último término una justa libertad».

Tal fue, en efecto, el triunfo de los Constituyentes de 1856: un triunfo eventual. La nueva Constitución era un esfuerzo inacabado, un vehículo para avanzar, y una transacción entre lo fundamental y lo factible. Código político más bien que social, representaba un adelanto muy relativo sobre la Constitución de 1824: al igual que aquel contrapeso tan difícil de superar, consagraba, tácita pero no menos implícitamente, el principio cardinal de la intolerancia religiosa, garantía perenne de todos los demás estancos de la sociedad colonial; y los dos estatutos anticlericales incorporados en la Constitución —la *Ley Juárez* y la *Ley Lerdo*— tuvieron su origen fuera en vez de dentro del Congreso. Los tabúes principales quedaban intactos. Pero, si los cimientos sociales eran defectuosos o fragmentarios, se había creado y puesto al alcance del pueblo, o de la porción consciente del pueblo; el mecanismo político, de la más acreditada marca moderna, con qué perfeccionarlos. La Carta Magna de 1857 establecía los principios estructurales de la democracia —las libertades técnicas de pensamiento, de enseñanza, de prensa, de trabajo, de reunión, de petición; y una réplica fiel de los Derechos del Hombre informaba por primera vez a una nación crónicamente inorgánica de sus derechos naturales e inajenables, conculcados en su cuna.

Las conquistas más apreciadas por los técnicos fueron, por lo tanto, las que contrastaban más visiblemente con las lacras del pasado. Una larga y amplia lista de derechos civiles —catálogo que por su mismo carácter y extensión recapitulaba y acusaba los abusos codificados de las décadas turbulentas de despotismo — garantizaba los derechos de apelación judicial, de fianza legal, de careo con el acusador en los procesos criminales, de acceso al material de defensa, de inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia; prohibía la prisión previa por todo delito que

no implicara el castigo corporal, así como la aprehensión por más de tres días, y más de un juicio por el mismo delito y las penas de mutilación y de infamia, la marca, los azotes, los palos, el tormento de cualquiera especie, la multa excesiva, la confiscación de bienes y cualesquiera otras penas inusitadas o trascendentales, y la prisión por deudas, y las leyes retroactivas; y dio cima a la obra con el amparo constitucional, con la abolición de la justicia de clases por la *Ley Juárez*, y con la derogación de la pena capital por los delitos políticos —tres garantías dictadas por la conciencia común que tenían los legisladores de la falibilidad humana. Cualesquiera que fuesen sus defectos, los Constituyentes de 1857 no carecían de humanidad; por el contrario, la calidad humana era a la vez su fuerza y su flaqueza, la causa de sus triunfos y la disculpa de sus debilidades, la inspiración y la apología de reformas parciales concebidas por liberales incompletos y carnales; las partes no eran iguales al todo, pero el todo era un mosaico compuesto de muchas y muy variadas mentalidades, disímbolas en valor y en visión individuales, pero informadas todas por un afán de generosidad, que se empeñaron en traducir en una aproximación de la siempre imposible justicia humana; y el esfuerzo interminable produjo unos obreros maestros, resueltos a llevarlo adelante.

El triunfo constitutivo del Congreso no fue el código que formó, sino los hombres que salieron de su seno. Las leyes dieron hombres-leyes. Los contados campeones que, por ser hombres en todo, dominaron al Congreso durante los primeros seis meses, y que descollaron por su constancia en los días de desintegración, llegaron a la clausura identificados con todas las bases democráticas del código y reconocidos como los protagonistas de la Reforma. Ramírez, el cáustico iconoclasta; Prieto, el demócrata sentimental; Zarco, el racionalista recio; Ocampo, el militante ocasional; Mata, el maestro discípulo; Guzmán, el apologista optimista; Arriaga y Olvera, los visionarios realistas; todos se habían caracterizado inconfundiblemente ante el país, y todos personificaban elementos del carácter nacional indispensables a la formación de un movimiento popular. Porque el movimiento, todavía en formación, sólo podía manifestar su fuerza y su continuidad por los conversos que reclutara; y ese triunfo también era por venir.

Un converso notable se sumó al recuento de liberales enteros antes de terminar el Congreso sus labores. Santos Degollado, el gobernador de Jalisco, era un ejemplo relevante del potencial humano producido por la Constitución. Partidario del Plan de

Ayutla, había militado al lado de Comonfort con intrepidez, pero al Congreso Constituyente aportó poco, y aquel poco desafortunado e impolítico, al proponer en las sesiones iniciales la refundición de un código anterior, hasta que, arrancado de sus contemplaciones por la marcha de las ideas, se entregó a la dinámica del progreso y se enfiló con los puros. La Constitución iba más lejos que sus convicciones, pero la suscribió con una lealtad igual al celo de los que la elaboraron, y por eso su adhesión tenía un valor particular. De todas las conversiones efectuadas por la gran aventura colectiva de reconstituir a una nación, ninguna era tan feliz como la evolución de Santos Degollado. Superando su timidez política y su visión defectuosa, ganó la fe con la disciplina; la disciplina era el crisol de su carácter, y hasta dónde era capaz de llevarla, lo demostró con motivo de un incidente que enfocó la atención sobre él antes de la clausura del Congreso. Terminada la redacción de la Constitución, la Asamblea prolongó sus sesiones con un epílogo a sus labores, en el cual Degollado figuraba como protagonista. Un año antes, había expulsado de su estado a un cónsul norteamericano y disciplinado a un cónsul británico, implicados en un motín reaccionario; la Legación británica había protestado ante el gobierno y Comonfort puso el caso en manos del Congreso, constituido en Gran Jurado. El lío era la contraparte del caso Zarco, pero mucho más grave; de la Legación británica no era posible burlarse con la misma impunidad que en el caso de M. de Gabriac: el cónsul era socio de un banco anglo-americano y aprovechaba el *exequatur* para encubrir un pingüe negocio de contrabando, y Comonfort tomó la cosa tan en serio que mandó un enviado especial a Londres para evitar un incidente internacional. Sin embargo, la sentencia fue idéntica; tratándose de la intromisión de un representante extranjero, Degollado salió absuelto, por decoro nacional. Lo notable del caso fue su defensa —la sacrificó en aras de la paz y terminó su peroración con la oferta de «continuar haciendo el papel de reo, con tal de prestar un servicio más a mi patria». La frase pintaba al hombre; pronunciada por cualquier otro acusado, hubiera sido aplaudida como un lance forense, pero Degollado ni siquiera se dio cuenta del efecto histriónico de su actitud. Ajeno al artificio, y dotado de la sinceridad y del candor de un adolescente, tenía la vocación del martirio y el afán de sacrificio; y fue aquella calidad, o aquella flaqueza, del reformador, lo que lo encariñó con el pequeño núcleo de radicales, ya que todos sabían que, al lanzarse la Constitución, les harían falta los mártires.

Con Degollado la lista quedó casi completa. Pero no se olvidaron los ausentes. Repetidas veces se invocaron dos nombres providenciales en la batalla parlamentaria. Cuando Ponciano Arriaga retaba al gobierno, siempre indeciso ante los pasos difíciles, para que tomara posición, «el partido del progreso —dijo— tiene derecho para preguntar al partido del gobierno: ¿Cuáles son sus reformas? La *Ley Juárez*, la *Ley Lerdo*. No es menester decir que los señores Juárez y Lerdo no pertenecen al partido moderado». Siempre que la lucha vacilaba, surgieron sus estandartes; siempre que se vieron vencidos, invocaban sus númenes; siempre que los contrarios avanzaban incontenibles, izaban los hombres-banderas para compensar el peso numérico. Y disuelto el Congreso, más que nunca necesitaban el apoyo de los hombres-leyes.

13

Porque el Congreso había demostrado el error radical de intentar reformas revolucionarias por la vía parlamentaria, y la insuficiencia del proceso democrático en que el factor decisivo era la fuerza numérica, para realizar los grandes cambios sociales. La iniciativa individual era todavía indispensable al avance popular. Como molde de hombres, el Congreso había cumplido su misión, desempeñando una función importante pero transitoria; luego que se levantaron las sesiones, la inspiración encendida, la energía soltada, la solidaridad improvisada, perdieron su foco, y los pocos próceres producidos por la empresa común se vieron otra vez desorganizados y disgregados.

Ocampo abandonó el Congreso mucho antes de la clausura y se retiró a su finca, afligido por las transacciones parlamentarias, y contemplando las fases finales de lejos, en su acostumbrada soledad crítica. Cuando la prensa citó cuatro nombres —el suyo y los de Ponciano Arriaga, Lerdo y Juárez— como jefes sucesivos de la fracción radical en el curso de un solo año, con el fin de demostrar la debilidad crónica del partido puro, Ocampo protestó, «lo que prueba falta de inteligencia —escribió a Mata —. Pero yo digo a mi turno que los liberales no gustamos de jefes; que cualquiera de nosotros en la ocasión dada puede ser el representante (no el jefe) de una o muchas de nuestras ideas de progreso, y que la cita misma del periódico, si fuera exacta, probaría que posponemos toda persona a la idea». No obstante, fue el primero en sucumbir a la anarquía tradicional del clan liberal: se negó a firmar la Constitución y se encerró en su finca, prefiriendo el aislamiento intelectual a la actividad solitaria. Desanimado por las medias medidas —«Somos un pueblo singularmente necio —suspiró—: el texto es amplio, pero el predicador es muy cansado»—, se limitó a estudiar la desintegración progresiva del Congreso con desprecio y dolor, concentrados en un solo hombre. Porque fue la influencia de un solo hombre, refrenando firmemente la marcha minoritaria y moderando la mansa temeridad de la mayoría moderada, la que Ocampo culpaba por la debilidad de una Constitución que, a fuerza de fraguar su seguridad, rebosaba de garantías contra todos los peligros, menos el de su propia fragilidad. «Hace más de un año que todos los que tuvimos necesidad de estudiar al actual Presidente, personaje que antes conocimos muy superficialmente —afirmó tristemente—, pudimos ver su falta absoluta de carácter, grande de convicciones y más que mediana

de instrucción. No me sorprende, pues, que el actual gobierno tenga miedo y siempre miedo a todos y de todo. ¿De dónde había de venirle el impulso interior, si faltan convicciones, organización, fisiología y aun el instinto de las grandes cosas? Es triste, sin embargo, por más que esté previsto, que las bellas oportunidades que sin cesar ha presentado México se hayan desvirtuado en manos tan incapaces».

De todas las personalidades evocadas por el Congreso, Comonfort era el último en revelarse y el más importante, dada la posición dominante que ocupaba y la flaqueza de su carácter: figura clave que confirmaba, hora por hora, el horóscopo trazado por Ocampo del complaciente incorregible. Si la fatalidad equivale a cumplir con las exigencias ajenas —y cada cual según su especie—, Comonfort estaba predestinado a transigir, a congraciarse con el clero, y con el tiempo, a deshacer la Constitución en favor de una clase incapaz de conformarse con las libertades ajenas. El pronóstico se fundaba sobre el temperamento del hombre y el carácter del periodo transitorio que le tocaba vivir, y por eso, al circular la voz, poco antes de la publicación de la Constitución, de un inminente golpe de Estado urdido por el mismo Presidente, Ocampo no se sorprendió; se contentó con comentar la especie con desprecio y escepticismo. «No creo en el golpe de Estado —escribió a Mata —, porque me parecen estas gentes demasiado tímidas para él, puede ser, sin embargo, que para eso que es malo tengan audacia». No obstante, se preparó para todas las eventualidades. «Yo también pienso como usted que mi permanencia en estas inmediaciones me expone más fácilmente a la persecución eclesiástica de mis malquerientes; pero de pronto no me es posible separarme de mi único modo de subsistencia». Mata le invitaba a refugiarse en Veracruz, donde tenía establecido su propio hogar, y donde abundaban tierras que cultivar, y como su discípulo predilecto era también su hijo político, Ocampo tomó en consideración el asilo eventual. «Tal vez vistas las tierras de que usted me habla y conocida la posibilidad de mantenerme por allá, me resolveré a dejar a mi querido Michoacán por un estado que como el de Veracruz siempre he estimado y ahora amo, considerándolo en parte mío». Pero su pereza superaba a sus premoniciones; no pudo resolverse a desarraigarse de su tierra y de su vida acostumbrada. Para el solitario, abandonar su soledad era privarse de todo, y se quedó a la providencia de Comonfort; pues, con la disolución del Congreso, faltaba ya todo freno al Presidente, y para contrarrestar su debilidad no había más que una docena

apostólica de puros dispersos y acéfalos, y sólo uno de ellos en el poder.

Del grupo original el único que ocupaba todavía un cargo público era Juárez. Al volver a Oaxaca a principios de 1856, portador de la primera ley de Reforma, vino preparado para la resistencia y autorizado a reprimirla por la fuerza. En el camino fue recibido con un bando que lo desconocía como gobernador del estado, con motivo de su ley, declarada írrita por el arzobispo de México, que amenazaba a todo miembro del clero que renunciara, de grado o por fuerza, a los fueros eclesiásticos con las penas impuestas por la Iglesia. Pero la resistencia era puramente formal y no llegó a ser efectiva, por falta quizás de un caso que pusiera a prueba la vigencia de su ley, y valiéndose de sus acostumbrados métodos de moderación y firmeza, Juárez volvió a gobernar el estado sin alteración de la paz pública, y sin abandonar su militancia en el movimiento. Al publicarse la *Ley Lerdo*, le prestó su apoyo, comprando una pequeña propiedad para animar a los que dudaban de la validez del decreto, nulificado también por las autoridades eclesiásticas en la capital, y con la misma conducta discreta siguió imponiendo la autoridad de su gobierno al otro. Un gobierno ejemplificante —la fórmula que tan provechosa resultó en sus administraciones anteriores le sirvió bien una vez más, y la tregua duró lo que duró su colaboración con Comonfort; pero precisamente con motivo de los medios de fuerza comenzó a manifestarse el desacuerdo entre los dos mandatarios. Comonfort se negó a quitar las comandancias generales en los estados, sistema anticuado que acuartelaba la capital en la provincia y que había servido siempre de garantía a los regímenes arbitrarios en el pasado; y aunque la necesidad de conservar un pie de fuerza en los estados era evidente en aquel momento, Juárez insistió en apropiarse la autoridad correspondiente y en eliminar la dominación militar, corolario de la dominación clerical, del Centro. Para complacerlo, Comonfort convino en cederle la autoridad en disputa en atención a la confianza que le merecía, personal y provisionalmente; pero las atenciones personales no satisficieron a Juárez, que siguió abogando por la reforma en el seno del Congreso Constituyente, donde fue adoptada. Con este paso Juárez se preparó para todas las eventualidades y se independizó paulatinamente de la influencia del Presidente; y para fines del año constituyente, se había alineado con el Congreso, adoptando sus iniciativas e incorporando sus conquistas en una Constitución reformada del estado, conforme

a cuyas disposiciones resultó electo gobernador, con una mayoría absoluta de votos, y siempre sin violar la tregua. La seguridad de su posición quedó manifiesta al proclamar la Constitución Federal. El gobernador invitó al obispo de Oaxaca a celebrar el acontecimiento con un solemne *Te Deum* en la Catedral, y el obispo accedió sin oposición ostensible, salvo por la expresión formal y al mismo tiempo cortés de ciertas reservas de rigor.

Tal fue el fruto maduro y otoñal de su colaboración con el clero en sus administraciones anteriores, y de los años lenitivos de contemporización que, casi imperceptiblemente, había superado; pero fue su último triunfo fácil. Ya se había despedido para siempre del pasado y se conformaba con el porvenir próximo, y si la Mitra se conformaba con su autoridad, fue del mismo modo con que se conformaba con las disposiciones del nuevo código, provisionalmente y con reservas mentales. Al manifestar Oaxaca su actitud favorable a la Constitución, reeligiendo al gobernador reformista, la ira sofocada del clero reventó solemnemente. Los dignatarios eclesiásticos se negaron a celebrar su toma de posesión y cerraron las puertas de la Catedral en son de protesta, con el propósito declarado de provocar un escándalo y de obligar a los poderes civiles a recurrir a la fuerza para romper la huelga; pero el mandatario eludió la trampa, prescindiendo de las ceremonias religiosas que consagraban siempre la instalación de un nuevo gobernador. Rompiendo con la tradición, rompió también la huelga. La sensación que causó al tomar posesión de su cargo sin acercarse a la gran fachada de la iglesia, donde los santos en sus nichos, las palomas en sus nidos, y la santidad del orbe esperaban, con agitación palpitante, la ruptura de los siglos, era un triunfo espectacular que Juárez recordó con satisfacción en sus Memorias; y no fue el único de tal carácter. «A propósito de malas costumbres —añadió en los *Apuntes para mis hijos*—, había otras que sólo servían para satisfacer la vanidad y la ostentación de los gobernadores, como la de tener guardias de fuerzas armadas en sus casas y la de llevar en las funciones públicas sombreros de una forma especial. Desde que tuve el carácter de gobernador, abolí esta costumbre, usando de sombrero y traje del común de los ciudadanos y viviendo en mi casa sin guardias de soldados y sin aparato de ninguna especie, porque tengo la persuasión de que la respetabilidad del gobernante le viene de la ley y de un recto proceder, y no de trajes ni de aparatos militares propios sólo para los reyes de teatro. Tengo el gusto de que los gobernadores de Oaxaca han

seguido mi ejemplo».

Más de un precedente quedó roto con la sencillez republicana. La reserva que observaba siempre que se trataba de una alusión personal, se teñía momentáneamente con la conciencia de sí mismo, al evocar el aspecto que presentaba en aquel entonces, y que ha llegado a la posteridad en un viejo daguerrotipo; una figura familiar y fácilmente accesible, con su levita floja mal ajustada a la corpulencia de su persona, su aire acomodadizo y tratable, y su porte acompañado: la personificación misma de la democracia en marcha. La era de Santa Anna había pasado a la historia, y se inauguraba la edad del hombre común. No fue el menor de sus dotes de gobernante el que Juárez apreciara el valor de vestir una idea convenientemente, y que tanto o más que el vistoso Santa Anna o el dorado clero, paseara la suya, sobria y edificante, ante un pueblo sumamente sensible a las impresiones visuales y gobernado por el aparato espectacular desde tiempos inmemoriales. El demócrata vistió su evangelio; y con este toque terminan los *Apuntes para mis hijos*.

Hasta aquí su vida era apta para menores; para comprender el porvenir, hacía falta la madurez. Al llegar al año de 1857, la autobiografía cedió a la precipitación de los sucesos, que arrancaron la pluma de su mano en un soplo formidable de vida nacional que borraba la individual, dejando lo sucesivo a la polémica encarnizada de la posteridad y a las apreciaciones parciales de otros autores. De ahí en adelante, su biografía pasó a ser un tratado político, los fragmentos se fusionaron con el conjunto, y el hombre se confundió con el movimiento. Discreción, paciencia, adaptabilidad, determinación muda —su técnica de progreso social ya había dado todo el rendimiento posible; el movimiento acelerado se acercaba rápidamente al punto en que el progreso dependía, según una máxima de Mora, de la ley del medio excluido; y Juárez se aparejaba para enfrentar la crisis previsible. Cómo se armaba, lo relató en sus Memorias en los últimos momentos tranquilos que le quedaban. La Constitución era todavía una ficción política que modificaba teóricamente la faz de la nación; la prueba de fuego estaba por venir, y todas las providencias tomadas por Juárez en su gobierno de Oaxaca durante aquel año crítico —la reorganización de la administración, la aclimatación de las reformas, la eliminación de las comandancias generales, la consolidación de su autoridad— obedecían a un sentimiento acertado de la realidad y a un presentimiento infalible de la reacción que el código, con todas sus garantías, aseguraba. «Era

mi opinión —apuntó en los últimos renglones de sus Memorias — que los estados se constituyeran sin pérdida de tiempo, porque temía yo que por algunos principios de libertad y de progreso que se habían consignado en la Constitución General, estallase o formase un motín en la capital de la República que disolviese a los poderes supremos de la nación: era conveniente que los estados se encontrasen ya organizados para contrariarlo, destruirlo y establecer las autoridades legítimas que la Constitución había establecido». Dispuso, pues, sus cosas; dejó constancia de su deposición; y se quedó, como Ocampo, a la providencia de Comonfort.

Larga y enervante fue la calma antes de la tempestad. La tempestad, evidentemente, no iba a ser una de esas nubes de verano, breves, fuertes y pasajeras, a las cuales el país estaba acostumbrado en sus frecuentes cambios de régimen. Tenía que ser, y fue efectivamente, una conmoción profunda que se acumulaba lentamente, precedida por un silencio largo y ominoso, una inquietud general e indefinida, una disminución del sol y una superación subrepticia de la atmósfera. A los primeros relámpagos de la reacción, rápidamente disipados por la represión de las dos asonadas en Puebla, siguió una pausa prolongada, lapso de recuperación y de preparación aprovechada por el enemigo para reunir sus fuerzas y para sondear la opinión pública; y la opinión pública —aquel poder hipotético e imponderable, invocado con tanta confianza por los teóricos de la democracia— cayó en confusión, conturbada por la importancia insólita atribuida a su arbitrio e incapaz de pronunciar su laudo. Para la numerosa burocracia de creyentes devotos y sus familias, resultó difícil pronunciarse entre los dos gobiernos; pero la disyuntiva era ineludible: el arzobispo de México prohibió a los fieles jurar la Constitución, so pena de excomunión, y el clero en su mayoría propagó el bando. Sin embargo, la misma Iglesia estaba dividida: hubo excepciones hasta en la jerarquía y en el clero bajo, casos comunes de curas intrépidos y patriotas que no vacilaron en declarar, en la prensa y en el púlpito, como siempre, que ninguna cuestión doctrinal, ningún problema propiamente religioso, estaban implicados en la controversia. No obstante, y también como siempre, lo que privaba era el espíritu institucional, la solidaridad de una corporación que al ser vulnerada en un punto, sangraba por todos y sufría sistemáticamente en el corazón sagrado; y no fue únicamente el gremio mexicano, cuyos miembros reaccionaron automáticamente. Roma recibió el choque, y se contrajo, y reaccionó con un largo tremor ultramontano en todas las

ramificaciones del sistema nervioso eclesiástico. El Papa condenó la Constitución en consistorio secreto, declarándola írrita tres meses antes de que viera la luz. El Sumo Pontífice señaló, anónima pero no menos notoriamente, a los autores de la *Ley Juárez* y de la *Ley Lerdo*, colocando sus doctrinas gremiales a la cabeza de un catálogo de atentados contra la fe; denunciando con una censura especial, como los rasgos más perniciosos del feto, la proscripción de los fueros eclesiásticos y la doctrina disolvente de que «nadie debe disfrutar de un emolumento oneroso a la sociedad»; y anatematizándolas, así como todas las otras obras de profanación concebidas y decretos contumaces contemplados por los Constituyentes. Hacía mucho que Pío Nono había renegado de las ideas liberales que profesaba al iniciar su pontificación, y caminaba, apresurado por la época, hacia la condenación categórica del espíritu independizante del siglo XIX. Las tendencias del mundo moderno, que oscilaban entre la libertad y la licencia, pusieron a la Iglesia a la defensiva en su propia capital, y con el resurgimiento del nacionalismo italiano amenazando al Poder Temporal en Roma, el momento era el menos indicado para tolerar la insubordinación en México. Empero, lejos de reprimir la sedición por acá, la interposición papal inflamó la discusión, provocando una intensa efervescencia política. Una racha de folletos irritó la conciencia pública, la prensa puso la polémica en cada casa accesible tanto al pensamiento como al párroco, y la controversia siguió sin resolución por seis meses febriles.

Fruto de aquel semestre de agitación fue la composición del Congreso elegido en septiembre de 1857. De los incendiarios del Constituyente sólo uno volvió a ocupar su curul. Ramírez, Zarco, Mata, Ocampo, Prieto, Ponciano Arriaga y los demás artífices de luz lóbrega y libertad vacilante fueron echados afuera, menos Olvera, el velador de la nocturnidad, y en su lugar vino a sentarse un cónclave de intermediarios sumisos a Comonfort, entregado, por su parte, a la penumbra y a la duda. Lo sucedido era más claro que la causa del suceso. Si la composición del Congreso era la representación fiel de la opinión pública, no cabía duda de que el fallo del país había rechazado a los radicales; pero ahí se arrimaban al punto de la dificultad. La maquinaria de las elecciones indirectas se prestaba a la manipulación por el gobierno, al cernedero de los colegios electorales, y a la depuración previa por el clero en parroquias de menores políticos. De todos modos, y cualquiera que fuera la causa, el resultado desilusionaba a aquellos discípulos de la democracia pura que se preciaban de ser los intérpretes de los

rectos instintos del pueblo. De la noche a la mañana se vieron convertidos en teorizantes académicos, idealistas inmaduros y Prometeos quemados. Pero el desengaño más duro que les quedó en el pecho era la duda profunda, la duda penetrante, de si fuera posible realizar una revolución democrática con métodos democráticos —si, en realidad, cualquier cambio social drástico pudiera lograrse sin un periodo inicial de dictadura, ejercida por una minoría ilustrada.

En general, los puros se conformaron, provisional y filosóficamente, con su fracaso, atribuyéndolo a la ignorancia del pueblo, a los ideales adulterados y a las componendas propias de los cuerpos parlamentarios, y a la impopularidad de un experimento cismático; pero algunos militantes en sus filas no se resignaban a la derrota. De estos recalcitrantes uno era un comparsa llamado Juan José Baz. Figurante ardiente y fanático, Baz era uno de esos botafuegos lanzados por todas las revoluciones para vivir su momento efímero y efervescente, en cuya cabeza palpitaba una idea superior a su cabida. Reputado un mentecato, era un instrumento igualmente capaz de acelerar el movimiento o de descomponer el mecanismo, de fuerzas ajenas a su control y a su responsabilidad. Tenía la convicción, y no la tenía oculta, de que la misma Constitución constituía un impedimento al progreso social, y que las reformas fundamentales serían irrealizables sin una dictadura personal. Fogoso e inquieto, confiaba en su obsesión que, por ser la única idea fija en su inestable constitución, pasaba por ser una manía inocua y pasajera, a cuantos le dieron oídos, y llegó a llamar la atención de Comonfort. El Presidente le abrió oídos y Baz hubiera entrado por uno y salido por el otro a no ser que por el otro venía el mismo zumbido, pero en el sentido opuesto.

Los conservadores no estaban menos desconcertados por las elecciones al Congreso que sus contrarios. Por cierto, los radicales habían sido expulsados; pero su nido quedó intacto. La Constitución misma salió ratificada por el voto, a pesar de seis meses de agitación furibunda, y un índice tan irrecusable de su fallido influjo sobre la opinión pública confirmaba su convicción de que la dictadura de una minoría ilustrada era esencial para su propia conservación. Pero les faltaba el hombre fuerte. En 1857 no había, como lo hubo siempre, Santa Anna. A falta de otro mejor, cifraban su fe en Comonfort, cuyo carácter conciliador, prestigio personal y política flexible les brindaban el refugio que buscaban. Incorruptible, Comonfort no era inaccesible. Ningún aliciente venal, ningún cebo de ambición vulgar, nada menos que sus eminentes virtudes personales, era

capaz de extraviarlo; y por aquel conducto se hicieron los primeros tanteos. Dedos finos, manoseando los densos filamentos de sus escrúpulos, buscaron la fibra sensible y no tardaron en localizarla. El hombre era vulnerable, gracias a una costumbre no muy común entre los mexicanos de consultar sus problemas a una mujer; y aunque una peculiaridad tan desacostumbrada era poco recomendable como regla general, el caso era excepcional y providencial; porque la mujer era su madre. Comonfort era un hijo cariñoso; su madre era una dama devota; y ella tenía su propio consejero en la persona de su padre confesor. El Padre Miranda era el brazo derecho del obispo de Puebla, desterrado por Comonfort por haber instigado las dos asonadas anticonstitucionales, y siendo asimismo el espíritu santo de una sociedad secreta dedicada a combatir la Constitución por todos los medios al alcance de una clase desaforada y sin voz política, tomó prestada la voz de la naturaleza para suavizar el corazón y perturbar la conciencia del persecutor del clero. A un sacerdote que tenía la misión de inculcar escrúpulos, no le resultó difícil fomentar los de un hombre ya por sí propenso a ellos e insinuar en ese espíritu tan congenial la conveniencia de reformar la Constitución, eliminando los artículos inaceptables, o si fuera imposible, todo el código equivocado e impracticable.

Solicitado de derecha e izquierda por las mismas sugestiones, Comonfort adoptó un medio ecléctico. «Tres eran los caminos que se presentaban —dijo más tarde en defensa del suyo—: 1) Dejar las cosas en el mismo estado en que se encontraban cuando triunfó la revolución de Ayutla; 2) Arrojarse en brazos del principio revolucionario e introducir todas las innovaciones exigidas por él; 3) Emprender con prudencia las reformas reclamadas por la opinión liberal. Pero el primero de estos caminos era un absurdo y un crimen y el segundo, otro absurdo y otra iniquidad; y yo no podía entrar en ninguno de ellos... Para innovarlo todo de repente, sin consideración a ningún derecho, a ningún interés, a ninguna opinión, ni a ninguna clase, era preciso que hiciera lo que han hecho en otros países las grandes conmociones populares en épocas cortas de violencia y de vértigo; tenía que entrar en una lucha desesperada no solamente con las clases afectadas por la revolución, sino con el pueblo entero, interesado también en controlar semejantes trastornos... Pues bien, esto es lo que nunca hacen los gobiernos que merecen este nombre: esto es lo que nunca hacen los hombres justos; si el mundo moderno debe algo a esos tremendos cataclismos, operados por las turbas desatadas, aunque sean a

veces resultado de la desesperación que producen los gobiernos opresores, no por eso han dejado de ser grandes iniquidades ni en ningún caso se puede adoptar como sistemas de política... Entre estos dos extremos a cual más vicioso, había un medio prudente y justo para hacer que el país llegara al término de sus deseos; y era la adopción de una política prudentemente reformadora que, satisfaciendo en lo que fuera justo las exigencias de la revolución liberal, no chocara abiertamente con los buenos principios conservadores, ni con las costumbres y creencias religiosas del pueblo».

Con esta apología sincera de un credo humanitario, Comonfort reveló lo que era, sin duda, su verdadera ambición: contarse entre los justos —de todas las ambiciones humanas la más ilusoria, y para un revolucionario, incapaz de conocer la justicia en sus propios días, la más engañosa. Las mismas cualidades que honraban a su vida personal le inhabilitaban para el mando público. Hombre bueno pero poco político, se revelaba, por pretender ser un hombre justo, más que el uno y menos que el otro; sin el valor de errar, le faltaba la condición humana y carecía de la fuerza misma de la falibilidad común; por eso su máxima virtud resultó su mayor debilidad. En la práctica, la vía media, la vía de menos resistencia, cedía siempre a la presión más fuerte, y en el lapso entre los dos Congresos, torcía más y más a la derecha y corría cubierta de concesiones al clero. Para gobernar entre dos aguas hacía falta un carácter fuerte y bien equilibrado, y entre Scilla y Caribdis no había más que Comonfort. Entregado a sus propias inspiraciones y esforzándose por resistir las tendencias extremas por ambos lados, andaba alucinado por la calígine en pleno mediodía, y en la bruma resultaba siempre más difícil distinguir entre los cabos contrarios y la salida común que ambos señalaban. Sólo faltaba que una voz le insinuara la conveniencia de salvar la mediocridad feliz con la dictadura personal; y no faltaba tampoco la sirena.

Cuando el Congreso se reunió en septiembre de 1857, Comonfort había llegado ya a la conclusión de que era imposible gobernar con la Constitución y que había que reformarla —constitucionalmente, si fuera posible, pero de todos modos sin vacilar. Con un Congreso moderado tenía despejado el camino: la vía media coincidía con la vía constitucional. Un mes más tarde, resultó electo a la Presidencia por una unanimidad abrumadora que equivalía a un voto de confianza y aseguraba su posición ante el país. Un mes antes de verificarse las elecciones, Baz lo auscultó y lo encontró

dispuesto a favorecer al clero con el voto; un mes después de los comicios, sus divergencias eran irreconciliables, y Baz salió de una conferencia sobre la situación convencido de que el Presidente estaba a punto de capitular con el clero, y que no había más que una posibilidad de frenarlo. «Aquel día —dijo— yo adquirí la convicción de que aceptaría el ministerio del señor Juárez, lo que me dio alguna esperanza de un cambio de política».

Un Congreso moderado y la elocuencia de las elecciones confirmaban la convicción de Comonfort de que él representaba el sentir del país; pero los comicios dieron un resultado que lo obligó a reflexionar. Simultáneamente con las elecciones presidenciales, se celebraron las elecciones para Presidente de la Suprema Corte, cargo que llevaba conexa la sucesión a la Presidencia de la República, en el caso de que faltara el titular; y el elegido era Juárez. La designación de un destacado puro para un puesto tan próximo al suyo, y cuyas funciones exigían un hombre justo, era desconcertante y engendraba una duda: o las urnas, o su intuición, le habían urdido un engaño; o el oráculo estaba adulterado, o su adivinación era dudosa; pero de todos modos había que tomar en cuenta el contrapeso y Comonfort convino, por lo tanto, en aceptar la colaboración de Juárez en el gabinete. La cartera que ofreció a su antiguo colaborador, y que Juárez aceptó, era la más importante y la más comprometedora que el Presidente tenía disponible en aquellos momentos: el Ministerio de Gobernación, que daba al titular pleno control de la policía y plena responsabilidad de la seguridad pública. El nombramiento propició a los puros, y para mayor garantía, Juárez obtuvo para su secretario, Manuel Ruiz, el Ministerio de Justicia; con lo que los radicales se sentían amparados, pues tenían dos cabezas visibles en el poder —Juárez era «bueno en un sentido absoluto», y el otro, por lo menos, «de bondad relativa».

Entre el Presidente y los puros mediaba la desconfianza recíproca, sorda y viva. Por su parte, Comonfort tomó también providencias, solicitando del Congreso la prórroga de las facultades extraordinarias que ejercía, *de facto*, desde la revolución de Ayutla, y la consiguió, aunque no sin dificultad y sólo, según uno de los diputados, «por la confianza que inspiraba la presencia de Juárez en el gabinete». De esta confianza el Congreso dio una prueba notable al suspender, excepcionalmente, en su favor el precepto constitucional que prohibía la ocupación simultánea de dos cargos públicos. Juárez, por su parte, no disimulaba las dificultades del puesto. «Lo

crítico de las circunstancias de la nación —dijo al aceptar la cartera— me obliga a aceptar dicho nombramiento, porque es un puesto de prueba, porque es un deber de todo ciudadano sacrificarse por el bien público y no esquivar sus servicios, por insignificantes que sean, cuando se los reclama el jefe de la nación, y porque mis convicciones me colocan en la situación de cooperar de todas maneras al desarrollo de la gloriosa revolución de Ayutla. Sin estas consideraciones, rehusaría el alto honor a que soy llamado por la bondad de Su Excelencia». Al llegar a la capital en noviembre de 1857 —dos años después de haber dimitido del gobierno de Ayutla— para hacerse cargo del puesto de prueba, se enfrentaba a una situación mucho más grave que la anterior. No se trataba de iniciar la Reforma, sino de salvarla. Varios brotes de rebelión cundían en el país, y a los quince días de entrar en funciones tuvo una conferencia con el Presidente, que puso de manifiesto la inseguridad del jefe. Comonfort le habló de sus dificultades; del respeto que le merecían las creencias de su madre, de sus relaciones de amistad con varios jefes del ejército, de la oposición a la Constitución y del deseo que tenía de renunciar. A todas estas confidencias —o sondeos— Juárez dio una respuesta *satisfactoria*, para emplear la palabra que puso en su diario: se trataba de un hombre inquieto que hablaba, como pensaba, a medias, y aunque se trataban en plan de amigos, Juárez sabía que no disfrutaba de la confianza política de Comonfort, y no hubiera dado una respuesta satisfactoria si no hubiera comprendido que el Presidente lo auscultaba.

Lo peligroso de la situación en aquel momento radicaba en la irresolución del Presidente. Preocupado, inquieto, vacilando entre el *¿qué hacer?* de la mañana y el *no hay que hacer* de la noche, era casi imposible mantenerlo derecho por más de un día, una hora, un momento a la vez. Víctima de la forma de propaganda más obvia, estaba profundamente impresionado por la correspondencia denunciando la Constitución, que se acumulaba en su mesa de trabajo; despachaba los negocios del día bajo las sombras de la noche; sospechaba defecciones y conjuras por todas partes, y en las tinieblas de su espíritu sólo le faltaba un paso para dudar de sí mismo. Aquel paso lo dio una noche de noviembre, al saber que uno de sus ministros que acababa de renunciar se confabulaba con uno de sus generales de confianza; resuelto a investigar la verdad antes de acostarse, llamó su coche y cayó por sorpresa en la casa del inculpado.

El ministro, don Manuel Payno, llevaba una vida retirada en Tacubaya, y al entrar en la casa, Comonfort lo encontró

charlando con Baz; los invitó a acompañarlo al Arzobispado, donde tenía acuartelado un batallón, cuyo comandante, el general Félix Zuloaga, era el otro acusado. Pero antes de iniciar el careo, se retiró con Payno a una pieza aparte. Sorprendido, pero nada indignado por la acusación —más bien, halagado por la sospecha—, Payno no la tomó en serio. «Nada, ni una palabra, había de esto —dijo en la defensa que publicó más tarde— pero las mentiras, las denuncias, los chismes que son pan de cada día en el palacio de México habían alarmado de una manera tan notable al Presidente, había supuestos hechos y combinaciones que ni aún en proyecto existían, y por último habían dado a nuestras personas una importancia que de verdad ni siquiera sospechábamos. Sea como fuera, el señor Comonfort quiso personalmente sondear este abismo, y éste fue el objeto de su visita a Tacubaya». El primer paso fue el más difícil: el acusado era sereno, con la serenidad de la inocencia; el acusador era nervioso, con la inquietud de la duda, y careciendo de pruebas, no sabía cómo principiar. Convencido al parecer por la actitud de Payno, se puso a charlar de cosas ajenas; luego tuvo un pronto y, levantándose, abrió la puerta y llamó a Baz y a Zuloaga, ambos molestos por su exclusión de la misteriosa conferencia.

«Tomamos asiento —siguió explicando Payno—, y Comonfort, con el auxilio de su cigarro, tan esencial, tan útil en todos los lances comprometidos de la raza española, comenzó la conversación. —¡Conque, vamos!, ¿qué tenemos de revolución?, ¿cuáles son los planes de ustedes?, ¿con qué elementos se cuenta? Nos quedamos en silencio y mirándonos unos a otros: cada uno pensaba que su compañero tenía ya su plan formado y sus elementos reunidos, y la realidad era que ninguno teníamos plan alguno; pero que supuesta la ancha puerta que abría el mismo Presidente para una explicación, no debíamos darnos por gente tan del todo inútil y desprevenida. Por mi parte, confieso que un movimiento de vanidad me hizo acomodarme en mi silla y tomar la palabra. —Plan —contesté al señor Comonfort— no hay ninguno; hemos hablado únicamente de lo que todos dicen respecto de las dificultades del gobierno; pero aquí están el señor Zuloaga, que puede decir a usted lo que pasa en la tropa, y Juan José que con la franqueza que acostumbra dirá a usted lo que piensa. —Pues, señor Presidente —dijo don Juan José Baz, apenas acabé de hablar—, es inútil que yo diga a usted que mis ideas son absolutas, que soy desde años atrás un partidario ciego de las reformas, en mi opinión no deben existir los frailes, pues ya pasó la época; el clero no debe tener bienes,

sino que debe dedicarse para la dotación de los curatos; a las monjas debe dárseles lo que puso cada una de dote, reducirlas a uno o dos conventos, y cerrar los noviciados de ambos sexos; en una palabra, no debe tolerarse que en una República haya fueros, ni jerarquías, ni distinciones, ni tampoco monopolios ni estancos. De todas maneras, he manifestado mis ideas en los puestos que he desempeñado y usted y todo el mundo las saben bien, pero no se trata ahora de éstos, sino de hablar como habla un hombre de Estado. Las preocupaciones de la multitud ignorante están en contra de muchas de estas reformas, que sólo con el tiempo pueden irse planteando; y así aunque como partidario pienso como he dicho, como persona que pudiera influir de una manera decisiva, tendría que prescindir algo de mis ideas y transigir con el clero, que en el confesionario, en el púlpito, y de cuantas maneras puede, hace una guerra sin tregua al gobierno. El general Zuloaga, asombrado, oía aquel sermón dicho con facilidad, con orden y hasta con elocuencia y entusiasmo; y Comonfort escuchaba con atención, dudando de si lo que oía era cierto o era sueño o una alucinación» —y con sobrada razón, porque si los motivos de Payno eran inconfesables, los de Baz eran inexplicables. Pero Baz, hablando en hombre de Estado, siguió discurriendo: —«Ahora diré algo sobre la Constitución: la Constitución, como no he tenido embarazo en decirle públicamente, es de tal naturaleza, que no se puede gobernar con ella. Si se trata de seguir el camino del progreso y de las reformas, tiene tales trabas y tales inconvenientes, que es imposible que el Ejecutivo pueda marchar, porque para todo tiene las manos atadas; si, por el contrario, hay necesidad de hacer algunas concesiones al partido que durante dos años ha combatido al gobierno de Ayutla, tampoco se puede, porque ya ha elevado a preceptos constitucionales varias de las leyes contra las cuales han protestado los obispos; así, por cualquier camino que debe marchar, la Constitución es un estorbo y no hay otro remedio, sino hacerla a un lado, y como paso necesario, quitar también el Congreso. —El señor Comonfort, cada vez más sorprendido, movía la cabeza. Se levantó, encendió otro cigarro y se volvió a sentar. El general Zuloaga, con un dedo en la boca y con la cabeza inclinada, meditaba profundamente; en cuanto a mí, habría querido ser taquígrafo para trasladar, punto por punto, la peroración de Baz». Y así lo hizo.

Los puntos que Baz estaba dispuesto a conceder al clero eran, precisamente, los tres cardinales, elevados al rango de preceptos constitucionales: la *Ley Juárez*, la *Ley Lerdo* y la regulación de las

obvenciones parroquiales. Respecto a la *Ley Lerdo*, la devolución era difícil, pues se habían transferido ya tantas propiedades bajo sus disposiciones que resultaba imposible revocarla; pero Baz no tuvo reparo en dejar la revisión en manos del clero, «porque ya se ha llegado hasta donde podía llegarse». El ultrarradical aventajaba a los mismos moderados, y Comonfort, moviendo la cabeza sin emitir opinión alguna, se volvió a Payno y le preguntó su parecer. Payno habló de la quiebra de las finanzas. Había renunciado a su cargo por tal motivo, y aconsejó al Presidente que hiciera lo mismo pero Comonfort consultó primero al otro inculpado. —«Y bien, compadre, ¿qué opina usted?». El general Zuloaga, saliendo de su profunda meditación, dio fe del malestar de la tropa. —«La verdad, les puede mucho que no les entierren en terreno sagrado, ni les den los auxilios espirituales a la hora de la muerte». Por su parte —siguió diciendo— tenía que vigilarlos muy de cerca, pues temía que la noche menos pensada se les hiciera pronunciar, ya que Miramón y Osollo —dos cadetes comprometidos en las asonadas de Puebla y perdonados por Comonfort— andaban muy ocupados y venían, curioseando, hasta las cercanías del Arzobispado. En cuanto a la Constitución, opinó lo mismo que los señores: había que quitarla.

La confabulación se volvió entonces una conspiración. —«Bien —dijo Comonfort, levantándose, como afligido y agobiado, más con el peso de sus propias reflexiones que con las muy triviales que le habíamos hecho—, yo veo que tenemos encima una tormenta deshecha y que es preciso adoptar un camino. Vamos a examinar con calma los elementos que tenemos… pero no vayamos a equivocamos. Veamos: en primer lugar, es menester contar con Veracruz, éste es el punto más importante de la República, no sólo por sus recursos, sino porque es una plaza fortificada y cuenta con gente activa. No nos hagamos ilusiones: en Veracruz la mayor parte de las gentes son liberales. En segundo lugar: el interior. Doblado tiene una importancia que ustedes no se pueden ni aún figurar; que es un hombre activo y atrevido, y cuenta con un pie de fuerza muy bien organizado, tiene la llave del interior y por donde vaya Doblado, por ahí irán Zacatecas, Aguascalientes y quizás Jalisco. En tercer lugar, el Distrito Federal: la guardia nacional está en manos de los puros y no es muy difícil que convengan en un cambio. Conque veamos cómo se pueden vencer estas dificultades». Baz las tenía ya vencidas: se comprometió a ganar la guardia nacional y Veracruz, siempre y cuando el cambio se hiciera sin dar un triunfo completo al clero. Los otros se

comprometieron a tantear a sus amigos, y Comonfort se dio por convencido, con una semirreserva.

«Pues bien —dijo Comonfort—, mis amigos me hablan contra la Constitución y los veo en eso conformes a los hombres de todos los partidos: así no me empeño en sostenerla; pero es menester explorar la opinión de la nación; si ella es contraria a la Constitución, no hay que imponérsela a fuerza; pero si los hombres influyentes opinan que debe sostenerse, yo la sostendré a todo trance, o en el último caso, presentaré mi renuncia al Congreso». A las tres de la mañana se levantó la sesión, y Comonfort regresó a México para disfrutar, al fin, del sueño de los justos.

Baz cumplió su palabra. Veracruz se prestó a la combinación, con tal que el cambio fuera a favor de la política liberal y que los conservadores y el clero quedaran excluidos del gobierno; Payno ganó la adhesión de varios políticos y Zuloaga de varios militares, bajo las mismas o semejantes condiciones. Pero el elemento incalculable, y por lo tanto indispensable, era Doblado, y Comonfort se encargó de sondearlo. Doblado vino a la capital y conferenció con el Presidente, manifestando la misma flexibilidad que en 1855; dijo sí y no de todas las maneras posibles; manifestó una repugnancia invencible para un cambio de política, pero convino en que se había llegado hasta donde se podía llegar; recomendó que se reformara la Constitución con el Congreso y, sólo si este proceder no diera resultado, que se disolviera la representación nacional; propuso la renuncia del Presidente y del gobierno; fértil en recursos y alternativas, pero reacio a tomar una resolución, se adaptó a Comonfort como su doble y le sirvió de espejo, porque se quedó Doblado y se negó a entregarle la llave del interior. Por vía de transacción, ofreció renunciar al gobierno de Guanajuato, dejando la situación y los recursos del estado en manos del Presidente; pero como lo que importaba a Comonfort era el nombre y prestigio de Doblado, la solución era poco satisfactoria, y al fin y al cabo, Doblado regresó a Guanajuato semicomprometido, con la promesa de ganar la adhesión del gobernador de Jalisco, el general Parrodi, y como cuatro estados, además de Veracruz, habían significado su asentimiento al plan, Comonfort se sentía con ánimo de llevarlo adelante.

Los contactos se formaron rápidamente y para el primero de diciembre, cuando Comonfort tomó posesión de la Presidencia, todo se sabía ya en provincia. En la capital circulaban rumores de la conspiración con tanta insistencia y tan poca discreción, que las varias versiones se discutían abiertamente en la calle.

Posiblemente por esta razón se les concedió poco crédito; tantos infundios brotaban en la plaza que se les descontaba de antemano; pero la falta de secreto no era una garantía contra el peligro; por lo contrario, revelaba la confianza de los conjurados, y tanto fue así, que uno de ellos señaló el hecho en su defensa. «¡Conspiración que se escribía *sin reserva* a los funcionarios y demás amigos de la libertad! —protestó Manuel Payno—. ¡Conspiración que se platicaba a todas horas y todos los días en el público! ¡Conspiración que sabía también la policía y el gobernador del Distrito! ¡Conspiración, en fin, que se inscribía en cartas a altos funcionarios, por el correo, sin más precaución que una oblea!».

Gracias a la complicidad de Baz, la colaboración de los radicales parecía asegurada; pero quedó un obstáculo que salvar. «Los únicos que no supieron nada realmente en los primeros días —afirmó Payno— fueron los señores don Manuel Ruiz y don Benito Juárez; pero el señor Comonfort no quiso mucho tiempo guardar secreto con ellos; una mañana, delante de mí, llamó a don Benito Juárez y se encerró con nosotros en una de las piezas del entresuelo. El señor Comonfort y el señor Juárez eran muy amigos, se tuteaban y se trataban con mucha confianza. —Te quería yo comunicar hace días —dijo el señor Comonfort al señor Juárez— que estoy decidido a cambiar de política, porque la marcha del gobierno se hace cada día más difícil, por no decir imposible; los hombres de algún valor se van alejando del Palacio, los recursos se agotan, y no sé qué va a ser del país, si no procuramos todos que las cosas vayan mejor. A la revolución física no la temo; la afrontaré, como hasta aquí, pero la revolución moral exige otra clase de medidas, que no son armas y la fuerza. —Alguna cosa sabía —le contestó el señor Juárez, con mucha calma—, pero, supuesto que nada me habías dicho, yo tampoco quería hablarte una palabra. —Pues bien —replicó el señor Comonfort—, ahora te lo digo todo, es necesario que cambiemos de política y yo desearía que tú tomaras parte y me acompañaras. —De veras —le contestó el señor Juárez, sin perder su calma y como si se le hablara de la cosa más llana del mundo—, de veras, te deseo muy buen éxito y muchas felicidades en el camino que vas a emprender; pero yo no te acompaño en él. —La conferencia terminó sin poder obtener del señor Juárez más que estas lacónicas palabras y sin que hiciese ninguna alusión a mí ni a alguna otra persona. Así desde ese momento dejó de ser un secreto aun para las únicas dos personas de quienes se lo había ocultado algunos días antes».

La deposición de Payno dejó en la duda el punto más importante. ¿Cuánto sabía Juárez en aquel momento? Comonfort le habló de un cambio de política, sin aclarar lo que importaba ni los medios con que debía realizarse; pero la respuesta de Juárez indicaba que bastante sabía o adivinaba para determinar su separación. Sin embargo, no hizo nada para disuadir a Comonfort y siguió acompañándolo sin renunciar a su puesto y sin dar un paso para evitar el tropiezo. Su reserva resultó más grave los días siguientes; ya prevenido, se abstuvo de levantar la alarma, y no fue hasta mediados de diciembre cuando el Congreso se enteró del peligro, al denunciar un gobernador la conjura y entregar la prueba documental; una carta invitándole a unirse a los confederados, firmada por Payno y Zuloaga.

La alarma cundió rápidamente. Comonfort llamó a los delegados del estado delator, tratando de apaciguarlos y de dar otro giro al plan, pero en vano: la Cámara, ya enterada, necesitaba sólo un documento oficial para proceder y al día siguiente —el 15 de diciembre— el gabinete recibió la demanda formal del Congreso para la aprehensión de Payno y Zuloaga. Juárez recomendó que se acatara la demanda y su opinión fue aprobada por el gabinete, pero se pospuso la ejecución del acuerdo hasta el día siguiente, y la única precaución tomada por el ministro fue la personal de apuntar su opinión y los puntos principales del plan, los que aparentemente ignoraba: el cese de la Constitución, la dictadura de Comonfort, la convocatoria a un nuevo Congreso para reformar el código, y la complicidad de siete gobernadores. Llamado al Congreso e interpelado sobre las previsiones del gobierno en caso de desórdenes, por toda defensa Juárez recomendó calma y circunspección: no habiendo concluido la reacción a mano armada en las provincias, el gobierno sólo contaba con 3 mil soldados de dudosa lealtad en la capital, y por lo tanto, tenía que proceder con tino y precaución; dio seguridades de que los acusados serían aprehendidos y procesados y reiteró que el gobierno, responsable de la tranquilidad pública, procuraría cumplir con las disposiciones del Congreso, pero salvando siempre la primera. Interrogado si creía conveniente que el Congreso trasladara sus sesiones a un lugar más seguro, opinó que tal paso sólo precipitaría el pánico y lo desaconsejó. La respuesta, a falta de otra mejor, fue declarada satisfactoria y el Congreso pospuso su seguridad a la tranquilidad pública.

Pero el día no había de terminar en tranquilidad. Llamado al despacho del Presidente, Juárez tuvo que calmar también a

Comonfort. Lo que pasó ahí lo apuntó en su diario en forma fragmentaria. «Al recibir instrucciones para informar, noté en el jefe una exaltación extraordinaria, porque creía que se le hostilizaba. —Toma el partido que te parezca, porque ya yo he tomado el mío —contesté—. No creo que estamos en ése porque hasta ahora se obra en el terreno legal. En los gobiernos representativos las interpelaciones del cuerpo legislativo son frecuentes y ordinarias, porque son la esencia de la institución, y no importan un ataque a la persona del jefe del Estado». Breve y enigmática, la nota casi podía pasar por la consulta de un abogado con su cliente, y hasta de complicidad tácita; de todos modos, lleva implícita la confirmación de la versión de Payno, que refería la revelación previa del complot, y en aquel momento Juárez quedó enterado de todo, incluso de la participación de Comonfort.

La conducta de Juárez durante las seis semanas que ocupó el Ministerio fue la más discutible de toda su carrera. Tal fue, probablemente, la intención de Comonfort al invitarlo para que formara parte del gobierno; pero no fue la suya al aceptar un cargo que él mismo calificó de *puesto de prueba*, y de deber cívico en circunstancias tan críticas para la nación, y distaba mucho de corresponder a la confianza despositada en él por el Congreso y a las providencias tomadas por él mismo en Oaxaca para contrariar un motín en la capital. Cuánto sabía, o cuánto quería saber, de la conjura incipiente, en los primeros días, queda dudoso; pero de todos modos, si ignoraba una maniobra que era un secreto a voces, o si se abstuvo a sabiendas de investigarla, su reserva resultó perjudicial a sí mismo, a su partido, al Congreso, al Presidente y al país. Cuando Comonfort le reveló su intención de cambiar de política, Juárez se declaró francamente, pero sólo en privado, sin separarse de su puesto, y con la crisis a la vista no hizo nada para conjurarla. ¿Por qué? ¿Le pareció inútil intervenir?, ¿o más útil callarse? Se reservaba para… ¿para qué? ¿A qué motivo obedecían su discreción, su inactividad, su pasividad ante el peligro? Sabiendo que Comonfort corría al desastre, ¿se abstuvo de intervenir, franqueándole el desliz con su silencio? ¿O se dejó arrastrar por la marcha de los sucesos, incapaz de impedir la catástrofe? Dudas insondables; pero dudas inevitables. Las lagunas en su diario dejan lugar a todas las ocurrencias. Pero según la interpretación más inocente, o la más equívoca de su reticencia, se libró de su responsabilidad demasiado tarde para salvarla. Su posición, sin duda, era sumamente difícil. Con la guarnición de la capital de dudosa lealtad; con la policía ministerial corrompida; con el mismo

Presidente cómplice del atentado, le faltaban los medios materiales de defensa, pero le quedaban los morales —denunciar la conspiración y renunciar su puesto— y no se valió de ellos tampoco. Tanto moral como materialmente, estaba encerrado en el entresuelo, con el Presidente tránsfuga arriba y el suelo movedizo cediendo abajo, y su prudencia era explicable; pero el gobernador que dio la voz de alarma no vaciló en cumplir con su deber, y lo de que el ministro responsable de la seguridad pública se dejó sorprender por el peligro era difícilmente disculpable. Cualesquiera que hayan sido los motivos de su morosidad, quedaron en secreto, y al sobrevenir la crisis, el ministro estaba moralmente comprometido por su mutismo.

El día siguiente lo dejó en blanco en su diario. La denuncia del complot precipitó el desenlace. Los acusados pasaron el día ultimando sus planes, sin que la policía les molestara. Payno se negó a entregarse y mandó decir al Congreso que no pensaba comparecer en su defensa. Zuloaga terminó los preparativos tranquilamente en Tacubaya, donde Baz estaba ocupado en revisar el Manifiesto, modificado inexplicablemente en su ausencia, y corregirlo conforme al plan original. Luego aquel radical errático voló al Congreso para avisar a sus colegas que estaban celebrando su última sesión. La noticia causó sensación en la Asamblea —«pues en presencia de las protestas que diariamente hacía el gobierno y de las seguridades que el señor Juárez como miembro del gabinete nos había dado, todos se resistieron a creer lo que yo afirmaba»— y la sesión terminó en confusión y algarabía. Al anochecer Payno entregó el Plan de Tacubaya al Presidente para su aprobación. «Apenas supo lo acaecido y leído el plan, que ya estaba impreso —dijo don Manuel—, cuando se dejó caer en el sofá, con el más profundo desaliento, diciendo: —Acabo en este momento de cambiar mis títulos legales de Presidente por los de un miserable revolucionario; en fin, ya está hecho y no tiene remedio. Acepto todo y Dios dirá por qué camino debemos marchar». Pero poco a poco se reanimó, se puso de pie, librado al fin de la carga de la irresolución, y fue a acostarse. Al amanecer, el batallón de Zuloaga ocupó el Palacio, el Manifiesto apareció en las calles, y el golpe de Estado se realizó sin oposición. El Presidente del Congreso fue encarcelado y al entrar en el Palacio, Juárez fue detenido —accidente que salvó se reputación política, convirtiéndolo de un cómplice aparente del pronunciamiento en su más eminente víctima.

En el Palacio, Juárez pasó tres semanas, rigurosamente

incomunicado en una pequeña pieza, vigilado de vez en cuando por Manuel Payno, que tenía el encargo de prevenir un atentado a su vida. Tal posibilidad le pareció a Payno poco probable. La verdadera víctima del golpe de Estado era el mismo Presidente, pues lejos de consolidar su posición, el golpe socavó y quebró la precaria paz que todas sus combinaciones tenían por objeto conservar. La suspensión del orden constitucional abrió una brecha que la reacción no tardó en aprovechar, avanzando y reclamando el derecho de paso. A sus pretensiones —la abolición de la *Ley Juárez* y de la *Ley Lerdo*, la reposición de las obvenciones parroquiales, y una amnistía que incluyera a Santa Anna— Comonfort se opuso, pero sin apoyo. «Todos nos abandonan», dijo un día a Payno, y dijo la pura verdad. Más de setenta diputados del Congreso disperso denunciaron su traición en una protesta enérgica, y día tras día las renuncias de los jueces y empleados del gobierno, y las retractaciones de sus colaboradores se acumularon sobre su mesa de trabajo. Los mismos estados comprometidos a apoyar el golpe de Estado se volvieron contra el error consumado y formaron una liga de gobernadores liberales en defensa de la Constitución. Veracruz inició la secesión y Baz hubiera pagado la defección de aquel estado ante el paredón —tan convencido estaba Comonfort de su mala fe—, si Payno no le hubiera facilitado la fuga.

Burlado y confundido, Comonfort había llegado hasta donde podía llegar: a la dictadura personal y al aislamiento completo. Todo lo que había perdido —dos años de gobierno prudente, el fruto de la revolución de Ayutla, la sangre derramada en su defensa— y todo lo que había ganado —la repudiación de todos los partidos, el desprecio de los radicales, el recelo de los conservadores, la desconfianza de los mismos moderados— se conjugaban para frustrarlo; y la vía media llegó, fatalmente, al suicidio político. Se verificó a la letra la profecía de Olvera: el jefe del Estado sucumbió, como Luis XVI, a la execración de todos los partidos de la revolución, con la salvedad de no perder la cabeza. Reconociendo su error capital, se hundió en un embrollo de dudas, expedientes y remordimientos, sin convicciones, sin arrimo, sin recursos. Hizo un intento para desandar lo andado. Propuso a los radicales el restablecimiento del orden constitucional, encabezado por Juárez, y ofreció introducir dos cuerpos de la Guardia Nacional en el Palacio en garantía de su buena fe; pero la oferta, interpretada como un ardid para descubrir y destruir sus fuerzas, fue rechazada con desdén. Procuró reconciliarse con su prisionero, pero sus

tanteos fueron desoídos con la misma independencia después de la crisis que antes, y con mayor razón. Cualquiera que fuese el motivo de su conducta antes de verificarse la transgresión de Comonfort, Juárez se mostró inflexible después: había llegado la hora del medio excluido y las consecuencias eran inevitables —desgracia para el uno y honor para el otro— y sólo la constancia podía redimir su discreción.

Por casi un mes el Presidente se debatió en una situación sin salida. Volver atrás era imposible; avanzar era imposible; e igualmente imposible, pararse y contemporizar con las fuerzas evocadas por su última proeza de prestidigitación. Por casi un mes logró conservar las apariencias de una dictadura personal. Por casi un mes habitó el Palacio, mera sombra de sí mismo. Despachando los negocios del día, debatiendo día tras día el mismo dilema, Comonfort quedó reducido a una pobre copia de su retrato oficial en la pared —un gran busto varonil ocupando un metro cuadrado en un muro de contención— pero siempre resuelto a contarse entre los justos. Acosado y apretado por los clericales que exigían su capitulación, se negó a renegar de su pasado. «No puedo, no puedo —decía a sus atormentadores—, no puedo convertirme en verdugo de los mismos que me han acompañado. No puedo desterrar a Juárez ni a Olvera. No puedo combatir con Doblado y Parrodi». Pero, justamente, no era más que Comonfort.

Durante aquel mes el árbitro de la situación era Doblado. Sus viejos amigos, los moderados, lo excitaban a solidarizarse con Comonfort y salvar al país de otra guerra civil: Santa Anna conspiraba en Cuba, una expedición española estaba en ruta para La Habana, los santannistas trabajaban en la capital y la desunión del partido liberal perdería a todos. Sus nuevos amigos, los progresistas, solicitaban su apoyo para la liga y su programa: acudir a las armas, desconocer a Comonfort, reconocer a Juárez como Presidente interino, y convocar una Convención encargada de elegir un Presidente, luego que se restablecieran la paz y el orden constitucional. Las alternativas eran difíciles —Doblado era patriota y Doblado era político. Los moderados, como siempre, eran alarmistas y la terrible consumación de sus temores era Comonfort. Los radicales, como siempre, eran temerarios, pero por una vez tenían razón, y sus amigos personales la apoyaron con una razón muy fuerte. «Los liberales cifran en sólo usted sus esperanzas, proclamándolo el hombre de la situación —le decía uno—; de día y de noche me veo asediado por mil personas que me piden noticias de usted y me conjuran a que le escriba diciéndole que

usted es su esperanza y que harían lo que usted quiera; tres jefes de la guardia nacional, que juntos mandan unos seiscientos hombres, me han ofrecido, sea para declararse aquí mismo contra el golpe de Estado, si es que pueden contar con el apoyo de usted, sea para llevarse sus fuerzas a Guanajuato… Creo que convendrá usted conmigo en que la vuelta de Santa Anna es casi segura, y que la crisis actual no es más que la transición violenta a su administración; usted debe basar sus operaciones en ese supuesto, sin olvidar que su conducta decidida, franca y enérgica, bajo la administración de Ayutla, lo constituye en la situación de optar entre el primer puesto de la República, o el papel de víctima de enemigos implacables. Usted elegirá». Y otro recalcaba: «Me es imposible ponderar a usted el descontento que se advierte en todas las clases, a causa de un pronunciamiento tan descabellado, pero sí puedo asegurar que una es la voz general que se deja oír en medio de los encontrados intereses que se discuten en la actualidad: el advenimiento del señor Doblado a la Presidencia de la República». Pero de sus amigos el más ardiente, y también el más sagaz, era Guillermo Prieto. «Yo tenía y tengo en mi conciencia —le escribió diez días después del golpe de Estado— que nadie puede ser Presidente más que usted, pero en vista de este conflicto, opino porque la legalidad sea la consigna de esta lucha por el movimiento, sin invocar nombre alguno que despierte celos; vendrá el poder a manos de Juárez, y Parrodi, Llave y Zamora, usted, todos tendrán que seguir ese empuje moral que está en el instinto público. Concediendo la facultad de elegir Presidente al Congreso, sea al actual, sea al venidero, en esa lucha electoral sé bien que usted tiene todas las simpatías y ninguna corona más digna de sus sacrificios que el ser exaltado por la mano de la legalidad y por el voto público a la primera magistratura… Por Dios, Manuel, eche usted al diablo a Comonfort, saque usted para su vida y su porvenir las ventajas posiblemente decentes y dedíquese a su gloria uniéndola con la salvación de la patria». Consejo heroico, político y patriótico a la vez, Prieto dio en el hito. Saludando a Doblado como el héroe venidero de la Reforma, con su don de poeta, lo hizo héroe. Doblado vaciló poco. Por quince días el destino de México estaba en sus manos; por quince días lo sopesó; por quince días renovó su duelo de dudas con Comonfort, pendiente del giro que tomara, la situación; y entonces, girando con ella y dirigiéndola a su vez, se declaró por la liga.

Teniendo la llave del interior, Doblado rompió el empate en la capital. Comonfort convino en combatir la liga, pero ya era

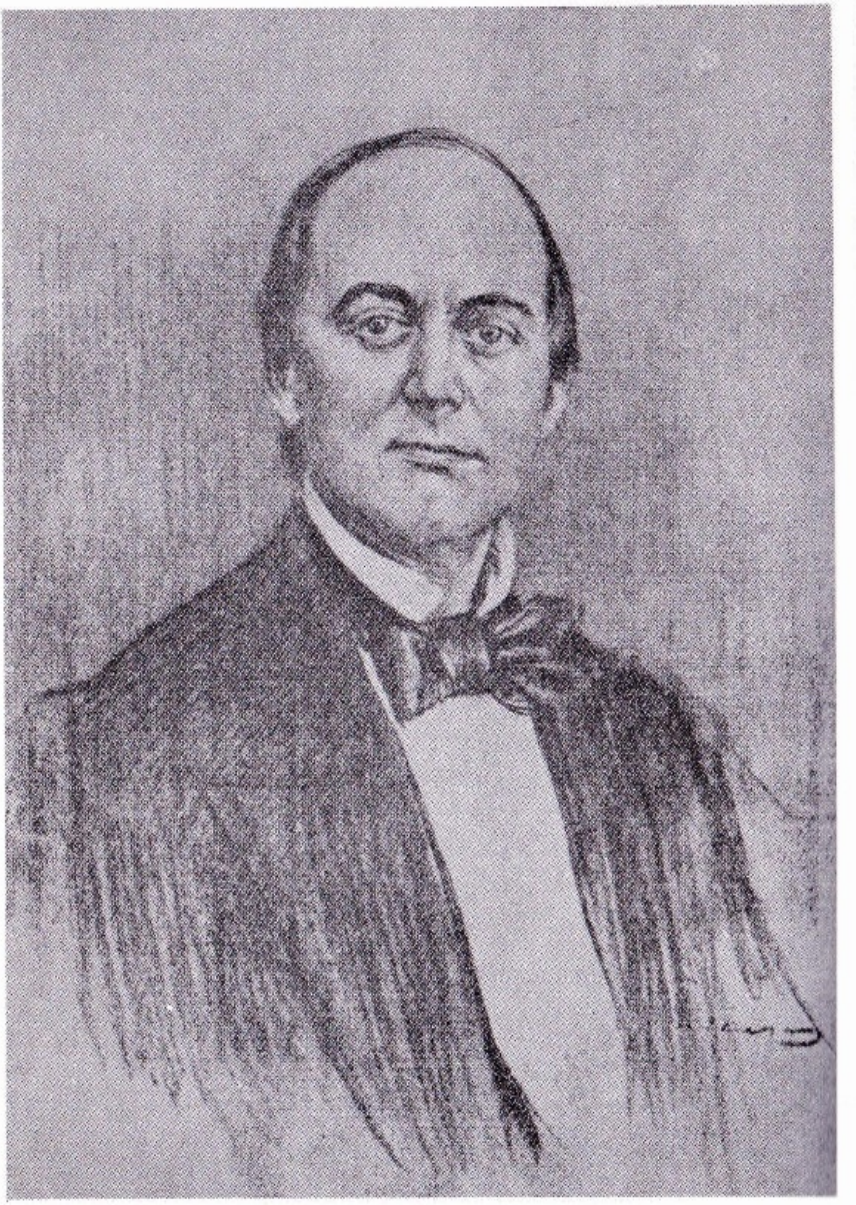
tarde. Al dar una vuelta por los cuarteles, Payno se encontró con un Zuloaga que no era el mismo que conoció en Tacubaya. El compadre del Presidente también había cambiado de política: ya no se chupaba el dedo, lo sacaba de la boca con todo y todo. «Mi compadre nos traiciona —dijo—, mi compadre nos quiere entregar a los *puros*, y nosotros estamos decididos a seguir nuestro camino». El 11 de enero de 1858, estalló el cuartelazo: el segundo, encabezado por Zuloaga, proclamó el mismo plan que el primero, menos la dictadura de Comonfort. El primero triunfó sin efusión de sangre; el segundo provocó combates esporádicos en los barrios pobres, donde los *puros* de la Guardia Nacional acudieron a las armas. Comonfort se fortificó en el Palacio, Miramón y Osollo tomaron por asalto varios edificios públicos, los amotinados se hicieron fuertes en los conventos y pusieron sitio al centro de la ciudad, y al cabo de ocho días de luchas callejeras Comonfort propuso una tregua para discutir las condiciones de su capitulación. Zuloaga propuso su renuncia a la Presidencia, a cambio de hacer lo mismo, por su parte. No se llegó a un acuerdo formal. El 21 de enero Comonfort salió del Palacio con destino a Veracruz y abandonó el país, y al día siguiente Zuloaga tomó posesión de la Presidencia.

Pero, antes de ceder, Comonfort tomó una providencia suprema: no podía sucumbir sin hacer un acto de justicia. En un manifiesto de despedida se desahogó ante la nación, recordando al público su deseo constante, y repetidas veces expresado, de soltar la carga del poder y de renunciar en favor de la persona designada por la Constitución como su sustituto legítimo —y diez días antes despidió su último dardo. El día del primer cuartelazo, detuvo a Juárez; el día del segundo, lo puso en libertad y le entregó la situación comprometida.

Benito Juárez.

Maximiliano de Habsburgo. Óleo de Santiago Rebull.

La Emperatriz Carlota.



Sebastián Lerdo de Tejada.

Miguel Lerdo de Tejada.

Manuel Doblado.

Miguel Negrete.

Santos Degollado.

Segunda Parte

LA GUERRA CIVIL

1

PUESTO en libertad el 11 de enero de 1858, Juárez salió del Palacio con poco más que una educación liberal en su favor; pero ésta, por lo menos, era completa. Al día siguiente, con el tiroteo del cuartelazo retrucando en las calles, salió de la capital, acompañado por Manuel Ruiz; y caminando a campo traviesa, huyendo de hacienda en hacienda, durmiendo en descampado, cogió el guayín del correo y llegó ocho días más tarde a Guanajuato, donde declaró establecido su gobierno. «Ha llegado a ésta un indio llamado Juárez, que se dice Presidente de la República», informó un chismoso a otro en la capital. La frase era algo más que una chanza; hasta donde alcanzaba la chismografía, no había llegado más que a ésta. A pesar de su fama como gobernador de Oaxaca, autor de la primera ley de Reforma, Presidente de la Corte Suprema y ministro de Gobernación, tan poco le valían sus antecedentes en aquel trance, que un *quidam* de provincia era capaz de creer, o de fingir creer, que era un desconocido, y su pretensión, una cosa inaudita en las peripecias de la política nacional. La política nacional en aquel momento era un cúmulo de incógnitas, explosivas todas y todas marcadas con la fatídica letra X. Nadie sabía qué giro tomaría la situación, todas las sorpresas eran posibles, y si a un indio llamado Juárez se le ocurriera transitar por Guanajuato y decirse Presidente de la República —pues, ¿por qué no? El cráneo de Hidalgo ya no se pudría en las alturas de la Alhóndiga.

El *quidam* no era del todo tonto. Un mes después del golpe de Estado de Comonfort, Juárez proclamó su gobierno en Guanajuato contra grandes obstáculos y con pocas seguridades. Su derecho legal descansaba sobre un código deshecho, la designación de un tránsfuga y el apoyo de una liga de gobernadores coligados en defensa de una Constitución que, hacía seis semanas, habían convenido en infringir. Pero su derecho moral era la carga misma: hijo de una raza acostumbrada desde los tiempos inmemoriales a cargar sin descanso, traía a las mientes su herencia al dictar su primer Manifiesto. «En condiciones sumamente difíciles alcanzó el hijo de Guelatao la primera magistratura», dijo; y al evocar su origen, revelaba también su meta. La ruta de Guelatao lo había llevado lejos, pero al llegar a Guanajuato sabía a dónde se dirigía, gracias a la educación liberal ganada en el camino. Ignoraba lo que la suerte le deparara al día siguiente, pero sabía que tenía un destino; sabía que la crisis señalaba la culminación del

movimiento iniciado con el origen de la nación y que había repetido por cincuenta años las convulsiones abortivas de un pueblo resuelto a constituirse libremente; sabía que era sumamente dudoso si la nación estaba destinada a avanzar o a recaer en su pasado insaciable; sabía que para determinar el empuje colectivo la iniciativa individual era indispensable y que, al dar el primer paso, entraba en la sucesión lineal, no sólo de Comonfort, sino de Hidalgo y Morelos, Mora y Gómez Farías, insurgentes y reformadores cuyas vidas gastadas estaban invertidas en la suya, vedándole el fracaso.

Herencia pesada, pero imperiosa e indeclinable; pues, si el ejemplo de los predecesores que adelantaron la lucha era un incentivo, mucho más fuerte fue el acicate de aquellos que esquivaron la lucha o que se acodillaron con la carga. El más próximo era Comonfort, cuya flaqueza, más que una falta de convicciones o de carácter, era una lacra recurrente en todas las crisis revolucionarias de México: la debilidad de un hombre mal preparado para su cometido histórico y cuya claudicación le condenaba a cargar con la responsabilidad —según la sentencia de Mora— «de los innumerables males de la *tentativa* que se hace sufrir a un pueblo, y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del éxito». Deficiencia compartida por toda la familia liberal, inmadura y mal equiparada para su misión, y obligada a ganar experiencia a costa del pueblo. «La especialidad de los liberales es el talento de los prólogos: las obras quedan truncas, pero los prólogos son divinos», decía Prieto —y los prólogos costaban caro; ya era tiempo de terminar la obra. Tarea formidable entre todas; pero él tenía los motivos más imperiosos para emprenderla. El primer paso lo había dado al franquear el desliz a Comonfort y facilitar su caída: sea que fuera reo de inadvertencia culpable, sea que pecara de remiso para eliminar el obstáculo, abrir paso al conflicto decisivo y llegar a la solución inevitable, sobre él recaía la responsabilidad de compensar la defección de Comonfort y de vindicar la catástrofe por su propia conducta. De un hombre cargado de una tal suma de vida y tomando a cuestas un tal mandato, nadie podía decir que era una nulidad; y al leer su primer Manifiesto, que anunciaba el triunfo próximo de la democracia en México, hasta los ignorantes comenzaron a adivinar quién era Juárez.

Su fuerza política, sin embargo, era todavía problemática. Quienes le otorgaron su papel histórico fueron los gobernadores, que constituían la fuerza efectiva en aquel momento, y que lo apoyaban provisionalmente, en función de

presidente sustituto, como término medio entre la convicción y la confianza que les inspiraba, hasta el restablecimiento de la paz y la convocación de una convención encargada de elegir un Presidente Constitucional, cuando se daba por supuesto que la selección natural designaría a Doblado. Gracias a la abnegación de Doblado, Juárez no tropezó con un obstáculo imprevisto entre los aspirantes al poder: aquel problema quedó resuelto —hasta donde fuera posible resolver tales problemas— por la previsión de otros ocho gobernadores. El triunfo de la disciplina, o de la discreción, sobre la popularidad era la primera victoria, y una victoria importante, de la causa liberal en 1858; pero la designación de Juárez para encabezarla representaba el triunfo de la legalidad más bien que un tributo personal. El sustituto era un maniquí de la legalidad, cuyo mayor mérito era la falta de celos que inspiraba, y una incógnita para sus patrocinadores, y hasta la lealtad de la liga a la Constitución era dudosa, ya que dos de sus miembros —Doblado y Parrodi— figuraban éntre los presuntos cómplices del golpe de Estado del finado Comonfort.

Pero la media vuelta de la liga dio impulso al partido liberal, desconcertado y dividido por la defección de Comonfort, y al declarar establecido su gobierno en Guanajuato, Juárez disponía de suficiente fuerza política y magnetismo moral para atraer a sus congéneres. Sus amigos no ignoraban sus antecedentes, y de los derrotados en el Congreso Constituyente que invocaban su nombre como sinónimo del hombre de corazón que no temía las consecuencias de sus iniciativas, algunos siguieron el ejemplo del hombre-ley. Ocampo, Prieto, León Guzmán y Manuel Ruiz formaron su gabinete en Guanajuato; ex gobernadores, ex ministros, ex diputados, todos ejercían las funciones de un gobierno en exilio, con atribuciones puramente nominales; y para esta tenue armazón de gobierno civil, la liga proporcionaba el apoyo militar.

La coalición abarcaba diez de los estados concéntricos de la República —Jalisco, Colima, Aguascalientes, Zacatecas, Querétaro, Michoacán, Guanajuato, Guerrero, Veracruz y Oaxaca—, colocados de tal manera que formaban un cordón capaz de sofocar el cuartelazo en la capital con una acción rápida y coordinada. El general Parrodi, designado jefe supremo de la liga, logró reunir una fuerza de 7 mil hombres en 7 semanas, con la ayuda de sus colaboradores más activos —Zamora en Veracruz, Doblado en Guanajuato, Degollado en Michoacán y Arteaga en Colima— y formó un plan de campaña basado en una serie de retiradas simuladas con el objeto de

distanciar al enemigo de su base y facilitar el ataque a la capital por los confederados. Conforme al plan, la sede del gobierno civil fue trasladada a su propia capital, y al llegar a Guadalajara a mediados de febrero, las disposiciones de Parrodi parecían tan acertadas y el triunfo tan seguro, que Juárez expidió una proclama en que se comprometía a convocar al Congreso y a celebrar elecciones presidenciales, y manifestaba su confianza en el resultado con la declaración de que su único deseo era el de renunciar al poder tan pronto como lo permitiera el breve periodo de su administración interna. Pero Parrodi propuso, y el Dios de la Guerra dispuso de otra manera. El 11 de marzo se libró la batalla decisiva en el campo de Salamanca contra un enemigo numéricamente casi igual, pero muy superior en ciencia militar, y el resultado fue una derrota desastrosa de las fuerzas constitucionalistas. Parrodi se replegó sobre Guadalajara con 2 mil hombres y lo que logró salvar de su parque; pero Doblado firmó una capitulación que lo eliminaba a él, a su contingente y a su estado de la lucha.

La derrota se supo en Guadalajara dos días después de la batalla. Prieto quedó muy impresionado por la sangre fría del Presidente y la frase gallarda con que recibió la mala noticia: «Guillermo —le dijo— nuestro gallo ha perdido una pluma». Pero poco hubiera importado la serenidad oficial del Presidente, si no hubiese sido apoyada por una prueba de entereza física mucho más apta a llamar la atención de los civiles en aquel trance. Al amanecer del día siguiente, la guardia del Palacio se amotinó y tomó presos al Presidente y a los ministros. Esta reacción era la primera indicación de la gravedad del desastre en Salamanca. Sin embargo, los amotinados no sumaban más que una sola compañía; la alarma se difundió, las tropas leales ocuparon los edificios contiguos, poniendo sitio al Palacio, y los rebeldes, para aumentar sus filas, abrieron la cárcel y apostaron a los presidiarios en la azotea. Uno de ellos, sentado en un ojo de buey que dominaba el cuarto en que se encontraban los presos, apuntó sobre Juárez y se divirtió dirigiéndole un fuego granado de bravatas hasta que cayó, acallado por los balazos de los sitiadores. Ninguna impresión produjo aquel conservador encumbrado sobre el Presidente, y menos aún aquellos que siguieron al hombre perdido. El comandante rebelde, avisado de la aproximación de Parrodi con 2 mil hombres, ofreció a los presos la vida salva a cambio del cese de fuego de los leales y de la retirada garantizada de los suyos: el Presidente contestó que, estando preso, carecía de autoridad para dictar órdenes y le invitó a

hacer lo que mejor le pareciera, ofreciendo su vida a cambio de la libertad de sus compañeros; pero, después de una discusión general, acabó por convenir, a ruego de los demás, en una tregua, y se prolongó el breve periodo de su administración interina. Las trompetas parlamentaron y los intermediarios se reunieron en un convento contiguo; pero mientras se entablaba la discusión, un oficial de los leales, ignorando la tregua, lanzó un ataque por sorpresa al Palacio. El ataque fracasó, pero produjo una pandemonium en el Palacio y una efusión literaria.

Prieto estaba encerrado en una pequeña pieza, preparando un Manifiesto para el Presidente. Privado de luz y de libertad, «las tinieblas en que estaba hundido —dijo— exageraban a mi mente lo que acontecía». Su mente era una placa sensible, y en aquella *cámara oscura* el tumulto quedó grabado tan imborrablemente que, veinte años más tarde, recordaba siempre las imágenes que relampagueaban ante su vista al clavar los ojos en la cerradura: un hilo de luz entrecortado por sombras frenéticas corriendo ante la puerta —fragmentos de un caleidoscopio hecho pedazos—, presidiarios desguindándose de la azotea, con cuchillos entre los dientes —disparos y gritos incitándolo para que se escapara—, una combustión de voces y visiones tan dinámica que le prestaron fuerza para derribar la puerta y prorrumpir en el pandemonium. Acercándose a los cabecillas, reconocibles de lejos por un cura desaforado que los arengaba, y preso de una exageración heroica, Prieto interrumpió la arenga, pidiendo el derecho de compartir la suerte del Presidente, y recibió una bofetada que lo dejó sin sentido; pero al reincorporarse se encontró con sus compañeros. «Juárez se conmovió también muy impresionado, porque me honraba con tierno cariño…». Se dio cuenta vagamente de una sala con columnas y un estrado, lleno de presos que también habían perdido toda noción del tiempo y del espacio, porque «se había anunciado que nos fusilarían dentro de una hora». Se puso a contarlos y llegaban a ochenta; se puso a recordarlos y llegaban a nada. A ambos lados del estrado vio dos pequeñas piezas, pletóricas también de compañeros que se habían refugiado en la penumbra. «Algunos, como Ocampo, escribían sus disposiciones. El señor Juárez se paseaba silencioso, con inverosímil tranquilidad; yo salí a la puerta a ver lo que ocurría…». Y luego…, luego el torbellino de sus impresiones, subiendo convulsivamente, alcanzó una velocidad vertiginosa que borró todo menos su pulso delirante. «Una voz tremenda salida de una cara que desapareció como una visión, dijo en la puerta del salón: —¡Vienen a fusilarnos!—.

Los presos se refugiaron en el cuarto donde estaba el señor Juárez. Unos se arrimaron a las paredes, los otros como que pretendían parapetarse en las puertas y las mesas. El señor Juárez avanzó hasta la puerta, yo estaba a su espalda… Los soldados entraron al salón arrollando todo. Aquella terrible columna, con sus armas cargadas, hizo alto frente la puerta del cuarto, y sin esperar más, y sin saber quién daba las voces del mando, oímos distintamente: —¡Al hombro! ¡Preparen! ¡Apunten!…». Y luego… Luego todos sabían quién era Juárez. «Como tengo dicho, el señor Juárez estaba en la puerta del cuarto; a la voz de *apunten* se asió al pestillo de la puerta, hizo atrás su cabeza y espero. Los rostros de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba a Juárez… yo no sé, se apoderó de mí algo de vértigo, o cosa de que no me puedo dar cuenta. Rápido como el pensamiento, tomé al señor Juárez de la ropa, le puse a mi espalda, le cubrí de mi cuerpo, abrí los brazos y ahogando la voz de *fuego* que tronaba en esos momentos, grité: —¡Levanten esas armas! ¡Los valientes no asesinan!—. Y hablé, hablé yo no sé qué; yo no sé qué hablaba en mí que me ponía alto y poderoso; veía, entre una nube de sangre, pequeño todo lo que me rodeaba, sentía que lo subyugaba, que desbarataba el peligro, que lo tenía a mis pies… A medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba. Un viejo de barbas canas que tenía enfrente y con quien me encaré, diciéndole: —¿Quieren sangre?—. ¡Bébanse la mía!— bajó el fusil. Los otros lo mismo. Entonces vitoreé a Jalisco. Los soldados lloraban, protestando que no nos matarían, y así se retiraron como por encanto. Juárez se abrazó de mí. Mis compañeros me rodeaban llamándome su salvador y salvador de la Reforma; mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas».

Desarmado el pelotón, se reanudaron las pláticas y las negociaciones llegaron a feliz término: los amotinados se retiraron de la ciudad. La verbosidad del poeta prestó un servicio señalado a la causa liberal, no menos notable porque él resultó el héroe de esa hora histérica. Notable también por el contraste con esta efusión literaria era la nota breve y lacónica con que Juárez apuntó el dato histórico en su diario: «El día 13 se sublevó la guardia del Palacio y fui hecho prisionero de orden de Landa, que encabezó el motín. El día 15 salí en libertad». Y eso fue todo. De la intervención de Prieto, ni una palabra.

Oportuno por su valor político, el bautismo de fuego en Guadalajara dio al gobierno el lustre que tanta falta hacía a los civiles en aquella coyuntura. La entereza y la ecuanimidad del

Presidente nulificaron una de sus dificultades iniciales: entre el 13 y el 15 de marzo el hombre de corazón venció al maniquí de la legalidad, y al dictar una proclama al ejército dos días más tarde, no había nada de valor postizo en las palabras con que el jefe de gobierno exhortaba a los combatientes a seguir «popularizando el heroísmo, vulgarizando el sentimiento de la gloria y reviviendo escenas que están iluminadas por los nombres de los caudillos de 1810». Y al mismo tiempo, en un Manifiesto a la Nación, despreciando la derrota en Salamanca y reafirmando su fe en el triunfo de la democracia en México, el Presidente se expresó en primera persona. «Perdamos o ganemos batallas; perezcamos a la luz del combate o en las tinieblas del crimen los que defendemos tan santa causa, ella es invencible. La desgracia de Salamanca no es más que uno de los azares harto comunes en la guerra. Pueden seguírsele otras, puesto que apenas hemos abierto la nueva campaña; puede verse el país ensayando volverse pupilo de 1821, como lo pretenden sus mil veces reconocidos por ineptos tutores; la democracia es el destino de la humanidad futura; la libertad, su indestructible arma; la perfección posible, el fin a donde se dirige. Con estas creencias, que son la vida de mi corazón; con esta fe ardiente, único título que enaltece mi humilde persona hasta la grandeza de mi encargo, los incidentes de la guerra son despreciables, el pensamiento está sobre el dominio de los cañones». Estas palabras, que hubieran sido convencionales cinco días antes, pronunciadas por un hombre que acababa de bautizar su fe en la magna democracia de la muerte, llevaban un acento de indisputable autoridad personal.

El poder, empero, era más remoto y problemático que nunca. El 18 de marzo Parrodi llegó a Guadalajara, seguido por el enemigo victorioso, y aconsejó la recapitulación. El motín en Guadalajara era sintomático de la reacción inevitable en toda la región al revés inicial en Salamanca, y como Landa esperaba refuerzos a sólo diez leguas de distancia, se tomó la decisión, a pedido de Parrodi, de poner al gobierno fuera del alcance de las operaciones militares. Con una pequeña escolta de 90 hombres el Presidente y los ministros salieron para Colima al amanecer del día 20; por la tarde lo atacó Landa en el pueblo de Santa Ana Acatlán. La superioridad numérica del enemigo era indisputable, y aunque la escolta rechazó el ataque hasta el anochecer, no cabía duda de que, al renovar el combate en la mañana, pese a la superioridad del pensamiento sobre el dominio de los cañones, los exponentes estaban destinados a sucumbir.

Sin esperanza, y sin peligro de salir con otra proeza de Prieto, el Presidente propuso que los ministros se largasen durante la noche, quedando él con la escolta a compartir su suerte, pero los compañeros rechazaron la idea con indignación; bajo las sombras de la noche todos salieron de la emboscada y, siguiendo a campo traviesa, llegaron cinco días más tarde a Colima. En Colima se enteraron de la caída de Guadalajara y de la rendición del ejército constitucional, sin resistencia, por Parrodi. La gravedad de la derrota en Salamanca era patente: dos de los gobernadores de la liga estaban fuera de combate y sus estados en poder del enemigo, y ante la necesidad de reformar el plan de campaña se adoptaron dos resoluciones, ambas de graves consecuencias en lo sucesivo. En sustitución de Parrodi, se nombró ministro de la Guerra, encargado de las operaciones en el interior, a Santos Degollado, y como sede del gobierno civil se escogió a Veracruz. Además de ofrecer un refugio seguro para el gobierno, Veracruz tenía varias ventajas estratégicas: baluarte liberal, controlaba los ingresos de las aduanas, dominaba el acceso a la capital del lado de la costa y las comunicaciones con el exterior, y formaba por lo tanto una base importante para la prosecución de la guerra; pero de ahora en adelante la autoridad civil y el mando militar quedaban separados por una distancia que dificultaba su colaboración, dividiéndolos efectivamente en dos esferas distintas, virtualmente independientes el uno de la otra.

De Colima los refugiados siguieron a Manzanillo, donde debían embarcarse en un largo viaje marítimo para llegar a Veracruz, y en Manzanillo, Prieto disfrutó de una experiencia apenas inferior a su día de gloria en Guadalajara. Para entonces los ministros llevaban el apodo popular de *familia enferma* por su lastimoso estado político y por la costumbre que tenían de viajar en un coche con las cortinas bajadas; tan lastimoso era su aspecto, que Prieto los comparaba a una compañía de cómicos de la legua, sin público y sin recursos; pero formaban, por lo menos, una familia y como tal disfrutaban de algunos privilegios negados a gobiernos más felices. Prieto se hallaba enfermo en realidad y muy deprimido por el ambiente de Manzanillo, que era en aquel entonces «una playa casi desierta en donde la fiebre se enseñoreaba», sin más recreo que «una tienda de leña habitada por unos alemanes que no interrumpieron su ensueño sino para agotar toneladas de cerveza o hacer excursiones a la aduana». El único encanto de Manzanillo era el mar, que nunca había visto antes, y el poeta suspiraba por un soplo de aire salino, pero andaba tan mal que

sus piernas le negaban el servicio acostumbrado y tuvo que pedir la colaboración del gobierno para levantarle el ánimo. Juárez y Ocampo, haciéndole sillas de manos, lo llevaron a pasear por la playa —«yendo yo orgulloso y triunfal, y con el alma luminosa dentro del pecho, más feliz que sobre el primer trono del mundo»— con uno de los comparsas de la legua haciendo farsas por delante y la familia oficial a la zaga. «De repente volvía los ojos y me sorprendieron las brillante huellas que iban dejando mis conductores (eran los efectos del fósforo); alegres con mis sorpresas, los acompañantes de mis amigos restregaban la arena con las manos y la esparcían refulgente como polvo de luceros». Nada más fácil que prescindir de la formalidad en aquellos parajes —y Prieto era el más informal de los mortales— pero nunca olvidó el encanto de ese desfile fantástico y el privilegio de aquel paseo oficioso, porque su alma era toda fantasía, efusión y fraternidad; y la vuelta por la playa se volvió un viaje infinito en el espacio y una visión interminable en el tiempo. Aún no formaba la familia enferma un desfile fúnebre, y allá en las orillas del Pacífico sonoro el mundo —más aún, el universo— era suyo.

Y por algunas semanas más. En Manzanillo finalizaba una aventura —la guerra— y se iniciaba otra —la gran aventura de la amistad con los prohombres de la Reforma—; y ésta también dejó huellas luminosas en la memoria del poeta. A la peregrinación por tierra siguió un mes de migración por mar —barloventeando de Manzanillo a Panamá, de Panamá a Cuba, de Cuba a Nueva Orleáns, de Nueva Orleáns a Veracruz— y el lapso pasado en alta mar era la etapa más feliz concedida al gobierno liberal: largos días ociosos, sin novedad, sin cuidado, sin responsabilidades, sin contacto con el mundo, sin ocupación más que la cotidiana de conocerse mejor los unos a los otros, lo mismo que en México o en cualquier parte del globo terráqueo; y Prieto era el hombre más indicado para conservar el recuerdo de aquellas horas de intimidad cordial. Un poeta tenía un elemento de importancia para contribuir a la formación de un movimiento popular en México —las revoluciones que cantan son las que triunfan— pero su talento, lo mismo que su carácter, era modesto, y aunque tenía una vena fácil y copleaba con fervor. Prieto cantaba mediocremente; su verdadera vocación era otra. De origen humilde, dio voz al alma popular por su genio sociable y su talento tenaz e intenso para la amistad. Las ideas que amaba, las amaba personificadas, y su carrera era toda una teoría de amistades ardientes con los protagonistas de la causa liberal. Entusiasta nato, concebido para fraternizar,

nutrido por sus propios fervores y consumido por una sed de sentimiento insaciable, prodigaba su cariño a uno tras otro de los prohombres que le simpatizaban y desempeñó su papel en el movimiento, reflejando sus personalidades en un espíritu impresionable y conmemorando a sus héroes con una devoción que prestó un servicio a la posteridad. Su nombre de pluma —*Fidel*— era un acierto; y también lo fue el título que puso a sus versos —*La musa callejera*.

Mucho antes de llegar a Manzanillo, tenía formada una colección de ídolos. El primero era Ocampo, con quien se hermanó y que lo «honraba con una tierna amistad», a pesar de las diferencias de origen, de educación y de posición social que los distanciaban; las artificiales se fundieron en su fe común, así como las auténticas de temperamento y mentalidad, aunque a veces el poeta se desconcertaba con las críticas a su estilo del purista, y al ser reprobado por una palabra chocante, chirriaba como un pájaro irritado, privado de su cantar. En seguida, se posó sobre Doblado; luego, sobre Degollado; y por último, sobre Juárez. Éste era el último, porque era el más difícil de apropiarse; pero ante el pelotón en Guadalajara, Prieto se adueñó del Presidente en cuerpo y alma. Por eso fue tan memorable la vuelta por la playa en Manzanillo, sentado en las palmas de las manos de su primer Héroe y del último; arrellanándose en sus brazos, frisaba el quinto cielo de su carrera sentimental; pero faltaba algo todavía para alcanzar la quintaesencia misma. Días hubo y meses y años en la vida de sus héroes que le echaban de menos, experiencias que no conocía, penalidades que no había compartido —una satisfacción imposible; pero hasta lo imposible le fue otorgado también. En Nueva Orleáns la comitiva se alojó en una posada en donde Juárez y Ocampo pasaron sus días de destierro, y ahí charlando de los tiempos idos y de los días por venir, Fidel logró llenar el vacío. Una vez restablecida la continuidad de su asociación, nada era capaz de borrarlo; para el poeta no tenía principio ni fin.

Recuperar el pasado —detener la fuga del tiempo—, retenerlo —perpetuarla—, tal fue su don de poeta, su genio de amigo, y la facultad que a él también le aseguró una relativa inmortalidad. Para el amigo, el tiempo no existía materialmente, y gracias a su memoria tenaz, siempre lograba revocar su vuelo fugaz y subsanar sus destrozos efímeros. Treinta años más tarde, de paso otra vez por Nueva Orleáns, se fue en busca del sitio; pero en vano, todo se había esfumado, o su facultad infalible le había traicionado al fin; mas se negó a

dudar —olvidarse era morir. Con dos compañeros que conocieron a la familia enferma en 1858 siguió rastreando y «en una de las noches más sombrías en que nos retiramos de la *Levée*, alguien torció por una callejuela que parecía en acecho de la calle, tan oscura que nuestras sombras parecían comunicarle luz. La mayor parte de las que podían parecer habitaciones eran bodegas y los que algún temerario hubiera sospechado tránsitos eran caminos excusados de las ratas, dominadoras absolutas de aquel nauseabundo terreno. Bajo aquellos tejados, entre aquellos cajones, arpilleras y barrilaje amontonado, vimos un farolillo colgado, pero colgado como para poner en suplicio la luz. Por un movimiento indeliberado, penetré a donde estaba ahorcándose de un cordel la luz, como queriendo suicidarse, y a su luz, en aquel patio extraño, descubrí medio borradas las letras que en otro tiempo eran el aviso triunfal de *Barranda house*». ¿Casualidad o fatalidad? ¿Fue un movimiento indeliberado el impulso que le llevó a sesgar por acá? Preso de una agitación febril, llamó a sus compañeros —«Vengan ustedes —les gritaba —, vengan aquí… aquí tienen ustedes la habitación de Juárez, más adelante estaba Ocampo… León Guzmán, Cendejas y yo por aquel corredor… en esa extremidad pasaba sus horas Manuel Ruiz… y estos recuerdos iluminaban mi alma y exigía mi voz cariño y homenaje a los hombres eminentes que en primera línea figuraron en la gran epopeya de la Reforma.

¿Para qué había sobrevivido él, que se llamaba Fidel, si no fuera para devolverlos al porvenir al cual pertenecían ya en vida? Y allí mismo, en aquel inmundo callejón sin salida, se puso a oficiar y a poblar las tinieblas con las sombras de sus antiguos habitantes. Uno tras otro, salieron de la cámara oscura de su memoria, engrandecidos contra el fondo del tiempo ignaro. «Juárez, con toda su elevación, se imponía a mi memoria; su frente despejada y serena, sus ojos negros, llenos de dulzura, su impasibilidad de semblanza, su cuerpo mediano, pero desembarazado y airoso, su cabello lacio y como de azabache, cayendo en abiertos hilos sobre su frente… todo quería se apareciese a los demás…». Luego, Ocampo. «Remedaba yo a Ocampo con su largo cabello cayendo hacia atrás, su faz redonda, su nariz chata, su boca grande pero expresiva, su palabra dulcísima y sus manos elocuentes, porque accionaba de un modo que las manos eran el complemento y la acentuación de la palabra…». La alucinación tomaba cuerpo, y antes que volviera a desvanecerse, se apresuró a enfocar la atención de sus acompañantes sobre aquel que, aún en vida, siempre iba retirándose. Su aspecto oficial todo el mundo lo conocía; pero

pocos, su manera de ser en la intimidad. «Juárez en el trato familiar era dulcísimo, cultivaba los afectos íntimos, su placer era servir a los demás, cuidando de borrar el descontento hasta en el último sirviente; reía oportuno, estaba cuidadoso de que se atendiera a todo el mundo, promovía conversaciones joviales y después de encender, callaba, disfrutando de la conversación y siendo el primero en admirar a los otros. Jamás le oí difamar a nadie y en cuanto a modestia no he conocido a nadie que le fuera superior». La vena abundante de sus recuerdos subió incontenible; siguió hablando, hablando —hablando como hablara aquel día en Guadalajara, sin saber cómo ni por qué, ni qué hablara en él que le ponía tan alto y poderoso, pero dominando otra vez a la muerte con el verbo—; y recogiendo el polvo mortal, le insufló su aliento y le obligó a volver a ser lo que fue en 1858.

La corriente de sus recuerdos absorbía todo a barrisco, porque la inteligencia del intérprete era porosa y fofa como una esponja; profusas, sus percepciones eran difusas; pero todo obedecía a una tendencia amplia y comprensiva y nada se perdió, por parvo o intrascendente que fuera. De aquellos tiempos —pero ¿qué significaba el tiempo donde el pasado y el presente y el futuro ya se habían confundido para siempre?— le quedaban todavía algunos cuentos que recordar para redondear el recorrido. El mejor era la gran aventura en Guadalajara, que para entonces no era más que una anécdota, pero que era cosa de oír, ya que Fidel figuraba en la historia por derecho propio; y no el peor era una anécdota que cobró brillo también por su narración, pero en la cual el poeta figuraba por faltarle, por una vez, la palabra. Al embarcarse para Veracruz, Ocampo lo encontró muy abatido, lamentando una pérdida penosa: acababa de improvisar una oda a la costa americana, que salió tan insípida como el paisaje; por más que la cortejaba, la Musa no soplaba. Pero en aquel momento salió una señora a la cubierta y Ocampo, siempre atento al sexo, codeó al compañero, murmurando: «La Musa», mientras que Juárez, picando de repente en poeta, entonó un retintín que recordaba sus lejanos días de colegio:

La señora *Musa Musae*
y el señor *Dominus Domini*
se fueron al *templum templi*
a oír el *sermo sermonis*...

Tan pocas oportunidades tuvo el Presidente de brillar en la historia, promoviendo conversaciones joviales, que valía la pena, sin duda, conservar el eco de aquélla; muy pronto el

viento se lo llevó, las gaviotas se alejaron, y se acercaba otra vez la sombra del Seminario. Las vacaciones tocaban a su término, el retintín evocaba el sermón recordando a todos el fin de una educación liberal; y al llegar a Veracruz y volver a la lucha con la gramática latina, la formalidad se impuso otra vez a la familia oficial.

Seis semanas pasadas lejos del campo de batalla eran un lapso largo y peligroso en la vida de un gobierno combatiente: bastante largo para merecer el olvido y la muerte. Al darles la bienvenida en Veracruz, el Gobernador dejó entender que la presencia del señor Presidente no era indispensable para la prosecución de la guerra, aunque el ardor de los combatientes cobraría ímpetu, sin duda, presenciando la contienda Su Excelencia. Con una palabra más, el discurso hubiera sido un sermón; con una palabra menos, hubiera relegado al gobierno a la sombra, donde salía sobrando; pero la banda tocó diana, el público aclamó al Presidente y una muchedumbre, pisando sus talones, lo acompañó a su domicilio. Allí se verificó el último de los pequeños incidentes que lo encariñaban con su familia oficial. El ama de llaves, una negrita de la costa, vio al Presidente por primera vez al amanecer del día siguiente, cuando él subió a la azotea pidiendo agua para su aseo, y tomándolo por un mozo presumido que tomaba las cosas con frescura, lo mandó salir por sí y atender a sus quehaceres: lo que hizo el regañado, como tantas veces lo había hecho antes de entrar al servicio público, y no fue hasta la hora de la comida cuando la negrita se dio cuenta de su error. Entonces, viéndolo sentado a la cabeza con los señores, puso el grito en el cielo y huyó de su presencia, persignándose, entre la hilaridad de los comensales.

Buen provecho sacó el señor Presidente del incidente: de todo cuanto se discurría sobre él en la plaza, esta hablilla alcanzó la mayor difusión y la mayor popularidad; circulando en varias versiones y andando en lenguas como una leyenda, le valió el aura pública de los humildes y lo acercaba al pueblo que representaba. Escaseaban las anécdotas, el Presidente se prestaba poco al parlotear, y por eso los cuentos que Prieto se dedicó a recoger tenían un valor doble —el de la carestía y el de semblanza: triviales en sí, pero no insignificantes, todos tenían un aire de familia y, revelando su origen en su misma modestia, servían para justipreciar el carácter del Presidente. Cualesquiera que fuesen sus obligaciones —la gama era amplia, desde la democracia de la muerte en Guadalajara hasta la democracia doméstica en Veracruz—, cumplía dignamente con su cargo, y sus compañeros apreciaron esa facultad —la única indisputable

que tenía por entonces— durante el largo recorrido en que le trataron familiarmente; y por eso no fue malgastado el tiempo que le aseguró el respeto y la confianza de su familia oficial, siendo la familia el vínculo fundamental de la vida mexicana, más fuerte aún que los lazos de religión o de política, y tan válida tratándose de familias oficiales como de las naturales.

Pero al llegar a Veracruz las obligaciones del Presidente se volvieron más pesadas. Prieto había acertado al vaticinar que, con la legalidad por consigna del movimiento, el poder vendría indefectiblemente a manos de Juárez y que todos tendrían que seguir el empuje moral que estaba en el instinto popular: el instinto popular era certero, estable e inequívoco, y todo lo que se apartaba de él, extraviado, efímero y migratorio, y en seis semanas aquel instinto se había extendido intensiva y extensivamente. Parrodi y Doblado se habían retirado de la lucha, pero la liga quedó en pie y ensanchaba su territorio. Santiago Vidaurri, el gobernador de Coahuila y Nuevo León, levantaba un ejército; González Ortega, el gobernador de Zacatecas, reclutaba contingentes frescos; en Colima, Santos Degollado organizaba sus fuerzas para emprender la reconquista del terreno perdido. No todo lo perdido era por mal. Antes de dar la batalla de Salamanca, se creía que la campaña sería breve y fácil; pero después de la caída de Guadalajara, se sabía que una lucha prolongada y desigual estaba por delante. Se había perdido la primera batalla; es decir, se había perdido la posibilidad de sofocar un cuartelazo antes que se transformara en guerra civil, y la guerra civil, larga, ardua y agobiante, era la penalidad del revés inicial; pero se había perdido una ilusión y ganado, en cambio, un incremento de moral, de determinación, de fuerza. El impulso popular, difundiéndose y fortaleciéndose, gravitaba en torno del gobierno que representaba, y del Presidente que polarizaba el ánimo popular. El giro tomado por la guerra puso fin a la teoría, si es que jamás se la sustentara en serio, de que Juárez representaba sólo una fórmula de transición: estaba en el poder por la duración de la guerra y su administración interina se prolongaba indefinidamente, porque pasado el prólogo de la lucha e iniciada la obra por emprender, ya no figuraba como sustituto para algún sucesor acreditado como Doblado, sino para sus predecesores populares, Hidalgo y Morelos, Mora y Gómez Farías. Tanto fue así, y tan permanente se sabía, que asentó casa en Veracruz y mandó venir a su familia; y su esposa le aportó una dotación de fuerza que le hacía falta, ya que ella sabía, más que nadie y mucho antes de su familia oficial, quién

era Juárez.

2

A principios de mayo, cuando el gobierno llegó a Veracruz, la capacidad del partido liberal para sostener una lucha prolongada era muy problemática, y ya quedó claro que la contribución del gobierno civil era de vital importancia. El enemigo tenía dos ventajas iniciales, ambas decisivas en la balanza de fuerzas en 1858.

La Constitución de 1857, que evocó los mejores talentos de los liberales en su formación, produjo también los talentos más relevantes de sus contrarios en la sublevación contra el código. Esos talentos eran exclusivamente de orden militar; políticamente, los pronunciados estaban a la defensiva. Fuera de la abolición de la Constitución y del restablecimiento del régimen clérigo-militar, carecían de programa. En su primer proclama a la nación, Zuloaga manifestó francamente que el único derecho al poder de la reacción era el derecho sagrado de su propia conservación y que no era suficiente lo confesó también al pedir consejos sobre el próximo paso que dar para conservar el poder; y sin esperar la respuesta, se lanzó a la guerra. Desde el momento en que los enconados principios quedaban reducidos al arbitrio de las armas, los conservadores tenían a su disposición la ventaja preponderante de un ejército profesional, abundantes municiones y pertrechos de guerra, tropas disciplinadas y una oficialidad de carrera que practicaba la ciencia militar con una proficencia sin igual en las filas de sus adversarios; y la superioridad fue suficiente para ganar el argumento en el campo de Salamanca. El vencedor de aquel día era Luis Osollo, joven graduado de la Academia Militar, que determinó los rumbos de la historia patria con una sola batalla. Poco después, falleció de una enfermedad, pero el Seminario que lo creó tenía amplias reservas, y en su lugar vino a remplazarlo un condiscípulo que vivió para reinar en los campos de batalla y grabar su nombre con brillo en los anales de la historia mexicana. Miguel Miramón era un ejemplo más relevante aún de la vocación de las armas, y los liberales no tardaron en conocer su capacidad a costa de repetidos reveses. Hijo de una estirpe marcial, pero flaco y enfermizo en su infancia, se transformó en la escuela militar y dio prueba de su vocación en la edad temprana. Descollando primero como cadete durante la guerra con los Estados Unidos, en seguida como capitán de un batallón disciplinario, y constantemente como un joven atrevido en varias aventuras de su adolescencia, vino a sobresalir con Osollo en las dos asonadas clericales en

1856 y en el asalto al poder, bajo el mando de Zuloaga, en 1857; y al sustituir a su camarada en 1858 a la edad de 22 años, era menos un joven prodigio que un maestro consumado en el oficio, lo que significaba mucho más. Si las ocasiones hacen a los hombres que requieren, Miramón, con el arrojo viril que puso al servicio de una causa decrépita, era, sin duda, el campeón providencial del partido conservador.

Los liberales, por el contrario, adolecían del defecto congénito de su causa. Civiles y laicos por definición, el militarismo mismo era el enemigo, y no eran aptos para una profesión que les repugnaba. Pocos eran los profesionales que militaban en sus filas, y aquellos pocos, poco afortunados —Parrodi era el tipo—, y como eran soldados improvisados, tenían que aprender el oficio a costa de experimentos costosos y castigos repetidos y penosos. Degollado era el tipo. Al sustituir a Parrodi, la causa dio con su campeón en un voluntario que era un soldado circunstancial y que no disimulaba sus deficiencias. Su primer Manifiesto al ejército, en que apelaba a la lealtad y a la combatividad de la tropa a base de su falta de experiencia común, era un documento inconcebible en la Academia Militar y que ninguno de sus graduados se hubiera atrevido a firmar. Degollado era la misma antítesis de Miramón en todo menos su constitución física, su valor, y su confianza en su causa. Por su aspecto hubiera podido pasar por un letrado delicado y enclaustrado, con su cráneo frágil ceñido de gafas, sus ojos miopes y visionarios, sus finas facciones y su cara pálida, ingrávida, imponderable; y en su caso las apariencias no eran del todo engañosas. Entre otras ocupaciones, había desempeñado el cargo de Rector de la Universidad de Morelia, y en tal capacidad había mantenido la disciplina académica con tanta severidad que en una ocasión Ocampo, a la sazón gobernador del estado, tuvo que intervenir e imponer su propia autoridad para conseguir la gracia de algunos estudiantes en cuyo favor había intercedido en vano. Esta rigidez era característica, porque Degollado era el producto de la autodisciplina más implacable.

Quién era —o lo que era— nadie lo sabía a ciencia cierta. De origen oscuro, hijo o pupilo de un párroco, sus malquerientes clericales lo pintaron como un pródigo que empobreció a su guardián con sus deudas de juego, y un ingrato que dejó a la colecta pública la responsabilidad de enterrar a su bienhechor. De ser así, los datos merecían la conmemoración más piadosa, ya que nunca se verificó conversión más milagrosa en las *Acta Sanctorum*. Al hombre maduro se le conoció como un santo

laico. Luego que se dio a conocer, sus correligionarios celebraron su carácter inmaculado, su abnegación ejemplar, y su conciencia rigurosa, y fueron éstos los motivos que incitaron al hombre a abrazar una carrera para la cual carecía de aptitud natural. Sus primeras armas las hizo colaborando con Comonfort en la revolución de Ayutla; caído Comonfort, fue uno de los primeros en salir en defensa de la Constitución, levantando fuerzas en Morelia y organizando recursos para la liga con una energía que le designaba para el mando supremo, cuando el gobierno buscaba un sustituto para Parrodi. La guerra buscaba al hombre, y Degollado se dedicó a borrar la derrota del militar profesional con el ardor del militante, que salvaba su falta de preparación técnica: lo que le faltaba en ciencia, lo compensaba en moral. Abrazando una profesión antipática con abnegación y fe, supo comunicar su inspiración a la tropa, compartiendo sus privaciones y penalidades y animándola con su indiferencia no sólo al sacrificio y al peligro —lo que era fácil — sino a la lenta agonía diaria del fracaso y de la fatiga —lo que resultó más difícil. Con los reclutas bisoños que integraban sus filas no tardó en hacerse popular: tenía todas las virtudes viriles que imponen respeto al soldado raso, y algo más: caudillo de una milicia popular, entrañaba a los conscriptos con el manual de armas en la mano y el ideario de la causa en los labios y preparaba a ciudadanos armados para el combate, enseñándoles por qué y para qué luchaban; y gracias a este pequeño margen de plusvalía el comandante civil pudo competir con el militar profesional. En Degollado la ocasión reveló también al campeón providencial.

Pero la moral de un ejército dependía de los recursos materiales que la sostenían, y la autoridad del comandante, de un éxito inicial capaz de acreditarlo ante el país, de ganar la confianza del pueblo, de solidarizar la liga, y de contrarrestar el contagio del derrotismo que era el desastre de la batalla de Salamanca. Nutrir la mecha que alimentaba la flama era la función del gobierno civil y la primera y la más apremiante de las obligaciones que confrontaban al Presidente al desembarcar en Veracruz. Al tomar el mando, Degollado tuvo que hacer frente a la carencia de armas, municiones y dinero, y a una situación agravada por la defección de Parrodi. A la caída de Guadalajara siguió rápidamente la pérdida de cuatro centros estratégicos más: Morelia, Orizaba, Tampico y San Luis Potosí. El cerco de estados destinados a sofocar la conflagración en marzo ya había sido perforado en cinco puntos en mayo: por todos lados el enemigo se había apoderado de la iniciativa, y

para apoyar sus avances contaba con una ventaja permanente de posición, operando a corta distancia de su base, en tanto que las fuerzas constitucionales, echadas a la defensiva, rehaciéndose con dificultad y luchando para recuperar el terreno perdido, se vieron empujadas siempre más lejos de la capital y de la sede de su propio gobierno en Veracruz. Y además de su superioridad militar, el enemigo tenía una ventaja política que neutralizaba en gran parte el valor de Veracruz como un puerto en contacto con el exterior y una posición capaz de aislar a la capital: todo el cuerpo diplomático había otorgado inmediatamente el reconocimiento oficial al gobierno de Zuloaga. La posesión de la capital daba la ley y valía una batalla ganada en el frente político, así como en el militar, y era la razón, o el pretexto, para el reconocimiento del gobierno *de facto* establecido allá, por las potencias extranjeras. Esta circunstancia repercutía en el campo de batalla y en Veracruz, donde el gobierno se enfrentaba con la dificultad de conseguir armas y municiones y crédito político y financiero en el mercado más cercano y más accesible, los Estados Unidos. Según sus informes, no faltaba simpatía para su causa en el país vecino; pero no era negociable sin la sanción oficial. El primer paso dado por el gobierno para cumplir con sus obligaciones fue, pues, el acuerdo de mandar a un agente a Washington para solicitar el reconocimiento.

El agente era José María Mata. Novicio diplomático, Mata accedió a la llamada de sus compañeros de destierro para servirles una vez más de recadero y tuvo la suerte de llegar a Washington oportunamente. El ministro norteamericano en México estaba a punto de romper sus relaciones con el gobierno de Zuloaga con motivo de una cuestión que servía de llave a la Casa Blanca y de *sésamo ábrete* a la simpatía americana. Buchanan recibió a Mata y tomó en consideración su proposición. Después de apuntar el nombre de Juárez y de enterarse de su probable término de vida política, el mandatario pasó a un asunto que conocía mejor y que le interesaba más inmediatamente, indicando las bases de un arreglo posible. Éstas principiaban con el tránsito por el Istmo de Tehuantepec. El asunto tenía ya un largo historial. El derecho de establecer una comunicación interoceánica a través del Istmo, concedido a un súbdito mexicano en 1842, había pasado por compraventa a una empresa norteamericana y se había convertido en un negocio semioficial del gobierno de Washington. Los empresarios de la compañía, Emile Le Sueur y Judah Benjamin, de Louisiana, eran amigos personales y políticos del Presidente, y el negocio circulaba por los conductos oficiales porque el

derecho original, disputado por reclamaciones embrolladas y cargado de litigación al pasar por varias manos, quedó sujeto a la protección del gobierno norteamericano y a la aprobación del gobierno mexicano. Los empresarios habían llegado a un arreglo con Comonfort, y el Presidente norteamericano dio por supuesta la ratificación del contrato, tratando la cuestión como el prerrequisito del reconocimiento del gobierno constitucional —como el comprobante, en suma, de su legitimidad— y propuso además una concesión para otro tránsito por ferrocarril a través del sector septentrional de México, entre la frontera de Texas y el Golfo de California.

Dispuesto a acceder a ambas condiciones. Mata las recomendó a su gobierno con una sola reserva. Además de un empréstito garantizado por el gobierno norteamericano, aseguraban una conexión política capaz de poner fin, en su concepto, a la conmoción continua de su patria. «Tal vez yo estoy equivocado —escribió a su gobierno— pero tengo la convicción de que México está forzosamente ligado con este país, y para conservar la independencia y la nacionalidad, es necesario adoptar una marcha que esté basada en principios ampliamente liberales, que satisfagan el interés recíproco de los dos países, que permitan que los dos pueblos se pongan en contacto para que, conociéndose mejor, lleguen a apreciarse y a perder el espíritu de agresión el uno y el espíritu de desconfianza y de resistencia ridícula, el otro». El único problema, pues, era el de determinar cuán amplios y cuán liberales deberían de ser dichos principios. Forsyth, el ministro norteamericano, era un cliente exigente y un contratista codicioso. «Aquí hay el mayor deseo de adquirir por medio de compra una nueva parte de nuestro territorio —siguió informando Mata—. Éste fue el anzuelo con que atraparon a Forsyth para que reconociera a Zuloaga. En vista de esta tendencia que raya en manía, me ha parecido necesario en todas mis conferencias manifestar que si bien estamos dispuestos a hacer concesiones justas y convenientes al desarrollo y seguridad de los intereses norteamericanos, en ningún caso y por ningún motivo convendremos en enajenar un palmo de territorio». Pero aquí fincaba el punto, y la reserva produjo un prolongado empate. Hasta aquí Mata había disfrutado de la suerte del principiante; mas ahora, echado el sedal, siguió una larga contienda de paciencia y prudencia y cálculo entre las dos partes. Establecido el contacto. Mata quedó colgado por varios meses, Buchanan echó en remojo el negocio, y el gobierno mexicano tuvo tiempo de sobra para dar a las condiciones

propuestas la consideración seria, muy seria, que merecían; porque sólo a un novicio pudieran parecer separables el tránsito por Tehuantepec, el ferrocarril proyectado en el Norte, y la manía por adquirir más territorio mexicano; cada punto formaba parte integral de un todo indivisible; y bastaban los antecedentes de la cuestión para apreciar los peligros de la negociación. La manía comenzó a manifestarse con la terminación de la guerra con los Estados Unidos. El Tratado de Paz celebró, juntamente con la cesión por la nación vencida de más de la mitad de su patrimonio original, el advenimiento de la política de expansión imperialista llamada por el vencedor el Destino Manifiesto. A partir de esa fecha cada ministro norteamericano en México había abordado la cuestión de otra cesión territorial y había salido desairado; pero la manía se conoce por ser tiesa, y *manía* era sin disputa la palabra justa para calificar una obsesión que no reconocía obstáculo alguno a su satisfacción y que cobraba fuerza con la represión. Mata era un novicio; pero en 1854 había firmado la protesta levantada por los desterrados en Nueva Orleáns, contra el Tratado de Gadsden, y aquel convenio tenía compendiado el problema que le tocó tratar en Washington en 1858. Conforme a dicho pacto, Santa Anna cedió un jirón del territorio nacional, corriendo a lo largo de la frontera septentrional —la Mesilla—, solicitado por una empresa norteamericana para la construcción de un ferrocarril a la costa del Pacífico; y la venta de la Mesilla representaba el término mínimo: el máximo era la manía.

El general Gadsden vino a México trayendo instrucciones para la compraventa de los estados fronterizos y se valió del acostumbrado argumento norteamericano. «No hay poder que pueda evitar que, con el tiempo, todo el valle del Río Grande se encuentre bajo el mismo gobierno —avisó a Santa Anna—. Todas las simpatías de los estados mexicanos al oeste de dicho río tendrían que ser, y serán, con el estado o los estados al este del mismo, y la parte occidental de Tejas tendrá que reincorporarse al gobierno mexicano o los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Chihuahua se unirán por compraventa o por una serie de revoluciones con Tejas. Solemnes verdades son éstas, a las cuales nadie puede ser ciego». Y mucho menos Santa Anna. Gadsden ofreció la cantidad de 50 millones de dólares por la cesión de la mayor parte de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora y toda la extensión de la Baja California; pero Santa Anna no era lo bastante dictador para despreciar el sentimiento nacional, y Gadsden tuvo que contentarse con menos. A falta de la cesión

territorial, llevaba instrucciones de conseguir una ruta para el ferrocarril al Pacífico, y sobre esta base se cerró el tratado; pero hasta el término mínimo bastaba para sacudir a Santa Anna y violentar su caída. Sin abandonar la proposición máxima, el gobierno americano la puso en reserva, pendiente de una oportunidad más favorable para renovar la oferta, y enfocó su atención, en seguida, en la cuestión de los tránsitos.

Esta cuestión remontaba también a la guerra. La necesidad de fundir el territorio arrebatado a México en la Unión Norteamericana dio a la construcción del ferrocarril el carácter de una cuestión nacional y justificaba el apoyo prestado a la adquisición de la Mesilla. Nadie mejor que Buchanan apreciaba su importancia: el Presidente recomendó el proyecto al Congreso, pero conforme a la tradición norteamericana, propuso que el apoyo del gobierno se limitara a facilitar la empresa libre del capital privado. Los beneficiarios eran Emile Le Sueur y Judah Benjamin. La cuestión nacional era asimismo una cuestión regional, ya que la ruta favorecida por la naturaleza corría a lo largo de la frontera meridional y servía los intereses de los estados del Sur, y el capital invertido en la empresa era de origen suriano. Debido a dificultades financieras, el ferrocarril estaba sin realizarse en 1858; pero entretanto se había combinado el proyecto con otros planes y los empresarios habían entrevisto atajos y rodeos de mucha mayor extensión que el fin original de una línea transcontinental doméstica. Dos años antes de concluirse el Tratado Gadsden, uno de los socios, hablando ante una Convención ferrocarrilera en Nueva Orleáns, había anunciado el destino y la terminal del Ferrocarril del Sudpacífico. «Esta línea directa llegará a Nueva Orleáns, pero no se terminará ahí la vía de comunicación —prometió el señor Benjamin—. Esta ruta nos lleva directamente a través del Golfo de México hasta la estrecha lengua de tierra que separa al Atlántico del Pacífico… Y al cruzar este Istmo —este Istmo de Tehuantepec—, ¿qué es lo que tenemos adelante? El Mundo Oriental. Su comercio ha provocado muchísimas contiendas sangrientas. Su comercio transforma a los países que lo reciben en imperios, y privados de aquel recurso, se convierten en sacos rotos, sin provecho, sin valor. ¡A Nueva Orleáns pertenece ese comercio!». El señor Benjamin se empeñaba en aquellos días en lanzar una compañía y una campana para la construcción de un camino a través del Istmo, y en tanto que el ferrocarril al Pacífico languidecía, la empresa subsidiaria cobró fuerza. En 1857 Benjamin vino a México, en representación de la Louisiana Tehuantepec

Company, con la bendición de Buchanan, y cerró un contrato con Comonfort, que lo autorizaba a levantar planos y a comenzar la construcción de la carretera transístmica. Desde la terminación de la guerra con los Estados Unidos, cuando el Presidente Polk ofreció 15 millones de dólares por el privilegio —la misma indemnización pagada por el territorio conquistado —, el Istmo había figurado en los planes de Washington, pero la oposición en México siguió inquebrantada hasta que Benjamin obtuvo la autorización en 1857; de modo que la iniciativa privada prestó un servicio señalado al mandatario norteamericano.

Con el transcurso del tiempo, el tronco se había convertido en filial del ramal y el Ferrocarril del Sudpacífico, siempre por construir, tomó cuerpo y ramificó en la forma prolífica no sólo del tránsito de Tehuantepec, sino de otro ramal en proyecto, a través del territorio mexicano entre Tejas y el Golfo de California: proyecto que interesaba también a Buchanan. A ambos el Presidente prestó su apoyo oficial. Las ramificaciones valían más que la línea troncal porque, además de asegurar la comunicación transcontinental, la extensión de una red de atajos y rodeos al territorio mexicano seguía la línea de la política norteamericana. Por esas líneas la imaginación viajaba rápidamente, y ni siquiera un novicio en diplomacia pudiera dudar de que, al patrocinar estas empresas privadas, un Presidente de los Estados Unidos obedecía a un concepto más lato del interés nacional. El tránsito de Tehuantepec y el ferrocarril en el Norte formaban dos caras de un cartabón topográfico cuyo alcance se leía a media vista en cualquier mapa; y para que nadie lo perdiera de vista, un diputado estadounidense ya lo había señalado, desde las alturas de la colina del Capitolio, cuando la misión de Gadsden en México. «Me agrada estar en paz con aquella nación —declaró—. Con un ferrocarril en su frontera septentrional y otra atravesando su territorio meridional, activando su organización política y económica como corrientes magnéticas, la energía americana, la inteligencia americana, el sentimiento americano, se pondrán en contacto con su carácter, y su oposición a nosotros, calmada por el intercambio amistoso, irá relajándose paulatinamente. Ella recibirá en sus venas nuestra sangre sana. Ella admitirá nuestros conceptos, se compenetrará con nuestro espíritu y se asimilará a nuestro carácter, y entonces todo el problema de sus futuras relaciones con nuestra República se convertirá en cuestión amistosa entre nosotros». Y con esa actitud de cálculo amistoso se enfrentó Mata en Washington en 1858.

La sustitución de una política de penetración pacífica por la marcha de la absorción territorial representaba un progreso, sin duda, pero un progreso en el mismo sentido; era un distingo, no una diferencia. Juntos con las negociaciones para los tránsitos iban los pedidos territoriales; las unas, las sombras de los otros. Forsyth vino a México con la misma misión de Gadsden, apenas modificada por la experiencia del general: llevaba instrucciones de negociar dos tratados, uno para el tránsito de Tehuantepec, otro para la compra de la Baja California, con una porción de Chihuahua y la mayor parte de Sonora; pero no salió más airoso que su predecesor. Forsyth también era discípulo del Destino Manifiesto, aunque de un carácter menos agresivo que Gadsden, y tenía motivos poderosos para obrar con discreción, ya que se le había prometido en Washington que, de lograr la venta territorial, su nombre brillaría entre los más ilustres de la diplomacia norteamericana. Diplomático de carrera, le repugnaba principiar con una provocación, y sabedor de la importancia que tiene en la diplomacia el orden táctico en la presentación de las cuestiones espinosas, empezó difiriendo la más difícil, y cuando, espoleado por el Departamento de Estado, la presentó a Comonfort, la reacción fue previsible: Comonfort contestó que se echaría por la ventana antes de tomar en consideración una cesión territorial. Forsyth se abstuvo de insistir, y resarciéndose con el mínimo fácil del otro tratado, descansó su reputación en la negociación del tránsito de Tehuantepec.

El asunto marchaba bien cuando los empresarios de la Louisiana Tehuantepec Company llegaron a México, armados con la bendición de Buchanan, y sin tomar en cuenta al ministro concertaron con Comonfort un contrato muy provechoso para sus propios intereses, pero poco para los del representante oficial de su gobierno. «Ya había sondeado al gobierno sobre la cuestión del Istmo —se quejó Forsyth en una comunicación airada a Washington—, y me había asegurado que, por una consideración, hubiera podido lograr concesiones más amplias que las mismas previstas en mis instrucciones del mes de julio: concesiones que habrían proporcionado a los Estados Unidos un virtual protectorado y la ocupación del tránsito». Los triunfos más brillantes son siempre los que se pierden, y siendo los alcanzados por Benjamin un saco roto para el diplomático, Forsyth se extendió sobre lo mucho que la competición irresponsable, la iniciativa antipatriótica y la piratería semioficial del capital privado habría de costar a su gobierno. «También hubiera yo podido conseguir la cesión del derecho de

tránsito a través de la región septentrional de la República, casi en la misma línea indicada en mis instrucciones como delimitadora de la nueva frontera, con concesiones de leguas alternativas de terreno entre el Río Grande y la Alta California hasta Guaymas en el Golfo de Cortés, tales que no sólo hubiesen contribuido un rico fondo para la construcción de la vía, sino que hubiesen cercado y concentrado para el usufructo, y con el tiempo, para la posesión americana, el territorio que mi gobierno quería comprar».

Perdida la proposición menor, no le quedó otro remedio que recurrir a la mayor; y a fines de 1857 volvió a asomarse la oportunidad apetecida. Comonfort, en apuros políticos y pecuniarios, estaba al borde de la ventana y Forsyth solicitó del Departamento de Estado la autorización previa de hacer una oferta irresistible al llegar el momento crítico. Antes de recibir la respuesta, la ocasión se presentó, y Forsyth tomó la iniciativa por su propia cuenta. Refiriendo el golpe de Estado de Comonfort y la suspensión de la Constitución, «yo mantengo — informó a Washington— que dichos acontecimientos tienen poca importancia intrínseca para el país; que son simplemente uno de los pasos en la marcha inevitable del destino mexicano. El Estado se encuentra en una condición de rápida desintegración y descomposición, y está tambaleando y a punto de caer… Puedo añadir, que si Comonfort logra mantenerse, tendrá el poder, si así lo quiere, de disponer del territorio público». La coincidencia del destino mexicano y del Destino Manifiesto estaba a la vista: Comonfort le pidió un empréstito de 600 mil dólares para pagar la tropa, y Forsyth volvió a sacar la cesión territorial del cartapacio; pero ya era tarde. «Recibió la proposición y la tomó en consideración por dos días, abandonándola finalmente, porque el alivio llegaba tarde para sus fines. Creo poder asegurar con toda seguridad que, de haber tenido yo la posibilidad de hacer un pago adelantado, inmediato y en efectivo, de medio millón de dólares y de ofrecer una cantidad apetecible por los territorios señalados en mis instrucciones del mes de julio, me habría sido posible conseguir su firma en un tratado de cesión». Otra vez la ocasión pasó desaprovechada; pero no se desanimó, ya que «lo que se verificó en este caso tiene todas las probabilidades de verificarse cincuenta veces más en las exigencias de los doce meses por venir. El gobierno, sea quien sea el que lo encabeza, como consecuencia de la revolución imperante en esta capital, es seguro que será muy necesitado, y vigilado el momento oportuno, la mayor ventaja podrá sacarse de la situación con la

oferta de dinero fresco para una negociación». Por consiguiente, apenas caído Comonfort, se puso a sondear a sus sucesores. En los cambios caleidoscópicos de la política mexicana el único elemento constante, firme y estabilizador era la política norteamericana.

El gobierno encabezado por Zuloaga era, como todas las administraciones conservadoras, acérrimamente antinorteamericano; pero el flamante régimen recibió en herencia las dificultades pecuniarias que identificaban a todos los gobiernos mexicanos en el concepto del ministro de los Estados Unidos, y Zuloaga y dos de sus colaboradores correspondieron a los tanteos lo suficiente para ganar, en pago adelantado, el reconocimiento de su gobierno. Forsyth contaba, sobre todo, con el clero, que tenía los motivos más poderosos —según el análisis de la situación que sometió al Departamento de Estado— para prestarle su ayuda y su influencia. El gobierno contaba con la Iglesia para sufragar los gastos corrientes, puesto que las costas y las aduanas se hallaban todas en manos de la coalición constitucionalista, y el clero había gravado su crédito por un millón y medio de pesos mexicanos; pero esta garantía era apenas negociable y se cotizaba en la Bolsa de valores con un descuento de 50%, porque los capitalistas mexicanos tenían poca confianza en la estabilidad de su gobierno y anticipaban la confiscación de los bienes del clero en el evento de un triunfo liberal. Para la Iglesia, condenada a la ruina segura por ese mismo triunfo liberal, o a una sangría lenta por sus campeones, no había otro recurso, pues, que la bolsa del extranjero. «He logrado que se sembrara esta idea en el ánimo de varios de los amigos y consejeros del clero, y el concepto ha germinado en una forma que corresponde perfectamente a mis esperanzas». Tanto el arzobispo de México —«el hombre más puro del poderoso cuerpo que encabeza»— como el obispo de Michoacán, encargado de sus finanzas, simpatizaban cordialmente con la solución, y en menos de seis semanas Zuloaga y el gabinete evolucionaron hasta el punto de reconocer la necesidad de una cesión territorial. Sin embargo, el ministro no se precipitó, porque, «si bien el gobierno admite la necesidad de adoptar tales providencias, le falta el valor de dar el paso» —y por su parte poco le costaba un poco de paciencia.

En eso se libró y se ganó la batalla de Salamanca. El efecto tonificante de la victoria se manifestó inmediatamente en el Palacio: Forsyth fue convidado a someter sus proposiciones, y no tardó en aprovechar la invitación; pero, tras un estudio detenido, la oferta fue rechazada, según su frase, «en un

paroxismo de pánico político»: el gobierno liberal acababa de desembarcar en Veracruz. Sin embargo, los altibajos de la guerra dejaban intacta su confianza, fundada en las amplias perspectivas de la historia mexicana y el corto plazo de los gobiernos mexicanos. «Las administraciones mexicanas tienen muy breve vida, y la actual exhibe ya los pródromos inconfundibles de decadencia —avisó a Washington—. En efecto, me parece resuelto ya su destino con el rechazo del tratado. Yo veo los elementos visibles de un cambio próximo, y de un cambio que tiene un carácter interesante para los Estados Unidos. Aún no es tiempo para una comunicación sobre este tema. Sólo puedo decir que, si nada imprevisto ocurre para impedir esta nueva eventualidad, he tomado mis disposiciones para dominar la situación, y que el conjunto tendrá que hacer de nuestro país el árbitro indisputable de los destinos de México, si así le convenga a nuestro gobierno». Las disposiciones aludidas no eran un secreto en México: se trataba de una conjura liberal en la capital y uno de los dirigentes, Lerdo de Tejada, se hallaba en la Legación de los Estados Unidos. Pero un mal signo siguió frustrando sus especulaciones: la conjura no materializó, ni el derrumbe del gobierno clerical tampoco, y para violentar el cambio el ministro norteamericano recurrió a un atajo. Siempre quedaba un recurso para cortar las vacilaciones o la vida de un gobierno mexicano; y lo propuso al suyo. «¿Queréis Sonora? La sangre americana vertida cerca de sus límites os autorizaría a tomarla. ¿Queréis otro territorio? Mandadme la autorización para poner un ultimátum por los varios millones que México debe a nuestro pueblo por expoliaciones y agravios personales… ¿Queréis el tránsito de Tehuantepec? Decid a México: la Naturaleza ha puesto en vuestras manos la vía más corta entre los dos océanos, tan necesaria para el comercio mundial. Os negáis a abrirla o a permitir que otros la abran a las necesidades del género humano. No podéis seguir haciendo de perro del hortelano… Dadnos lo que pedimos, en cambio de los beneficios evidentes que nos proponemos conferiros, o lo tomaremos». Después de dos años de labores que sólo sinsabores le habían devengado, Forsyth reincidió en su Destino Manifiesto y recayó en los argumentos que de nada sirvieron a Gadsden; pero no fue necesario recurrir a tales extremos. A fines de mayo Zuloaga lo mandó llamar, se declaró insolvente, y se comprometió a despedir al único miembro del gabinete que se oponía todavía a la cesión territorial. Al día siguiente, en espera de la notificación oficial del cambio, Forsyth se enteró de que Zuloaga, cambiando de parecer una vez más, había optado por defraudar

a la fatalidad con otro préstamo forzoso; y cuando, para colmo, un ciudadano norteamericano fue expulsado del país por negarse a contribuir su cuota, el ministro estalló y mandó pedir sus pasaportes.

En ese momento llegó Mata a Washington. La situación parecía favorable para trocar el reconocimiento de un gobierno mexicano por otro; pero Forsyth no se resignaba aún a consumar la ruptura, ni a despedirse de la escena de un fracaso del cual se obstinaba en dudar, y por lo tanto no tenía prisa en aprobar una nueva alianza, sin previas garantías antimexicanas. «Mi experiencia me ha convencido —dijo, cuando se sopesaban las alternativas en Washington— que tanto se parecen todos los partidos y los varios gobiernos en México, que no creo que la política mexicana que nuestro gobierno estima conveniente adoptar, cualquiera que sea, debe variar esencialmente, sea que los liberales, sea que los conservadores se establezcan en el poder. La única diferencia debe ser en la forma de insistir en nuestra política. Si el gobierno actual resiste, sólo la fuerza alcanzaría el fin. Si los liberales llegan al poder, puede ser que la persuasión sea suficiente… En ambos casos, la determinación es indispensable». Los consejos de Forsyth enfriaron naturalmente toda tendencia a acordar el reconocimiento al gobierno liberal precipitadamente, y después de su recepción inicial en la Casa Blanca, Mata pasó seis meses en la inactividad —una forma de persuasión sumamente eficaz. Entretanto se convenció de que la cuestión de los tránsitos, explorada en sus conferencias preliminares con Buchanan, no era más que el cabo superficial, la saliente parcial de la manía territorial subyacente y básica de la política norteamericana, y que la línea imaginaria entre la una y la otra era la ilusión de un novicio. Sin embargo, se sentía dispuesto a correr los riesgos de la negociación. Joven, intrépido y patriota. Mata se había distinguido durante la guerra con los Estados Unidos, pasando armas y fondos de contrabando a través del bloqueo de Veracruz; y creyó posible repetir la proeza en 1858.

Durante seis meses el gobierno de Veracruz dedicó a la cuestión de los tránsitos la muy grave consideración que merecía un problema cuya resolución había de determinar el triunfo o el fracaso de la causa constitucional. La relación de ambas cuestiones —una rayaba en manía y la otra en México— colocó al gobierno en una posición difícil, cogido en un empate de reclamaciones contrarias: la demora indefinida del reconocimiento norteamericano imposibilitaba el aprovisionamiento del ejército; las rentas aduanales, afectas al

pago de la deuda exterior y sujetas a la parcialidad de las potencias acreedoras al gobierno reconocido en la capital, apenas dejaban una filtración de fondos disponibles; y las fuerzas del interior tuvieron que improvisar sus propios recursos.

Afortunadamente, el saldo de la guerra dejó un balance favorable en el verano de 1858. En junio, Degollado sitió a Guadalajara, pero ante el empuje de Miramón tuvo que retirarse avanzando a marchas forzadas y atacando a sus fuerzas mientras atravesaban una quebrada inmensa; el combate se prolongó por ocho horas y terminó con la retirada de ambos contendientes. A la batalla indecisa de la Barranca de Atenquique siguió, sin embargo, una serie de triunfos liberales. El mismo mes de junio, San Luis Potosí fue arrebatado al enemigo; en julio, Durango fue ocupado; en agosto, Tampico fue reconquistado; en septiembre, Santiago Vidaurri, con un ejército de fronterizos aguerridos, fue derrotado por Miramón, pero el efecto del fracaso fue borrado por Degollado, que regresó al sitio de Guadalajara en los primeros días de octubre, y al tomar la plaza por asalto se anotó su primer sonado triunfo. El borrador de la campaña dejó un margen de ganancias militares, pero también un déficit político; las victorias fueron logradas sin la ayuda del gobierno, por los combatientes, que operaban independientemente, viviendo al ras de la tierra, improvisando y extorsionando sus recursos con los medios a su alcance y que culminaron con el saqueo de Guadalajara —fruto de la miseria armada. Para salvar la disciplina de la tropa y la autoridad del gobierno civil, se hacía siempre más urgente alguna contribución material a la causa para que el gobierno conservara su crédito y evitara que fuese relegado a la sombra y al rango de los civiles no combatientes.

A falta del reconocimiento norteamericano, quedaba una alternativa que Prieto propuso a sus colegas. En la frescura de una aldea donde vivía retirado de la insalubridad de Veracruz, se dedicó al problema financiero y esbozó un plan para violentar el desenlace de la guerra. El plan, basado en la nacionalización de los bienes del clero, era una providencia capaz de levantar el crédito político y financiero del gobierno y de desbaratar los recursos del enemigo con un solo golpe; de suministrar el material bélico; de amortizar la deuda exterior y de asegurar algo que a Prieto le importaba más que los recursos materiales: la fama de los que iniciasen tal reforma. En su concepto la medida no era un simple expediente militar; pensaba en el porvenir y en el lugar que ocuparían sus autores

en la historia mexicana; y lo que más le interesaba era el coronamiento de la reforma iniciada, y mal iniciada, por Lerdo de Tejada en 1856, «El eminente doctor Mora, Espinosa de los Monteros, Quintana, etc., en fin, la pléyade de sabios que ilumina lo futuro de la democracia en nuestro suelo desde la gloriosa administración de 33, concibió la ley de desamortización sobre las siguientes bases: 1) dejar como propietarios a inquilinos, arrendatarios y tenedores de capitales del clero sin más restricción que no poder enajenar las fincas y que, de no pagar el rédito de 5%, perder la propiedad; 2) dotar el culto y el clero; 3) la renta de esos capitales, recogerla en un banco de depósito y cambio que tendría los siguientes objetos: pago y amortización de las deudas interior y exterior, pago del culto y clero, administración de los bienes nacionales. Toda esta reforma, inmensa en sus consecuencias, parte del principio de que los bienes son nacionales, de la subordinación del clero al gobierno, de la dispersión de las cuotas en distintas manos y de la abolición de la clientela clerical que le da el prestigio de poder público. Lerdo falsificó esos principios, truncó el pensamiento en plagiador, hizo estribar la ley en una mentira, puso por la duda frente a frente dos propietarios con derechos indefinidos; por la mezquina percepción de la alcabala expuso cuantiosos caudales al despilfarro; dejó al clero el poder y la clientela; y de tantos absurdos sólo le queda la gloria, envidiable por cierto, de ser el primero que en el país quiso y puso la mano en la gran obra de la reivindicación del poder civil. Creo que nuestra conducta hoy debe ceñirse a restituir a la ley la ingenua expresión de la administración de Farías». Parcial a sus propios héroes —y Lerdo no era de ellos—, Prieto vigilaba celosamente su fama ante la posteridad. «Es cierto que no habrá el mérito de la originalidad —añadió— pero nosotros no debemos aspirar a patentes de invención, sino al título de buenos gobernantes. Busca las obras de Mora, lee, discute con nuestro don Benito esta materia; denme sus apuntaciones, porque será para nosotros honroso haber pensado en esto aun en medio de nuestras cuitas y dolores».

Celebrando su culto a los héroes en bien de la patria. Prieto cumplió su función en el movimiento acertadamente. No era nueva la idea, pero era aún anónima y merecía una frente bastante amplia para llevar en sus sienes los laureles de Mora; y el poeta los brindaba a los santos de su devoción. Ocampo estaba de acuerdo; el concepto formaba parte de un programa de reformas que tenía preparado para el fin de la guerra. Pero ¿cuándo terminaría la guerra?, ¿y cómo? ¿No era visionaria tanta

prudencia en aquel momento? Surgieron estas dudas cuando Prieto se enteró de que antes de ser despedido, su dardo estaba en peligro de caer embotado en manos del enemigo. Un grupo de agiotistas en la Capital, reunidos en consistorio secreto, acababan de ofrecer a Zuloaga 3 millones de pesos, tomando como garantía los bienes del clero. ¿De dónde les vino, después de tanta timidez, tanto valor? Prieto tenía la respuesta. «El Padre Miranda, alma hoy de los negocios, concurrió a esta junta, dando a entender que todo su anhelo era llegar a diciembre, que es cuando se reúnen las Cámaras de los Estados Unidos y que de allí sacaría dinero, bien por las ventas de California o Sonora, bien por la de Tehuantepec. Dijo que Mata anda debajo de la corriente, es decir, que no sabía sus manejos del Padre y que los yankees sólo buscaban el mejor mercado. Ya verás que los padres nacionalizan los bienes…». La fecha era el 9 de octubre y el calendario rezaba mal tiempo; el peligro era apremiante; el plazo, perentorio. Sea que el clero cediera a los agiotistas los bienes sagrados, o el territorio nacional a los Estados Unidos, urgía dar un paso hacia adelante para parar el golpe. Pero el aviso pasó inadvertido, porque, además de Ocampo, había que convencer a don Benito; y a don Benito nadie lo violentaba en sus determinaciones.

Las ventajas de la expropiación de los bienes del clero eran evidentes; pero también los peligros. El arrastre bien pudiera perder el juego; había que tomar en cuenta el riesgo de que una gran medida tan extensiva, promulgada prematuramente por un gobierno incapaz de imponerla, estallara en las manos de sus mismos autores: el enemigo apelaría a todos los medios a su alcance, y entre esos medios había uno al cual el gobierno de Veracruz era sumamente vulnerable en octubre de 1858. El reconocimiento unánime del gobierno clerical por el cuerpo diplomático era un elemento que cargaba pesadamente en las deliberaciones de la familia oficial, porque la opinión extranjera estaba oficialmente registrada en favor de la reacción, y en cualquier momento las potencias acreedoras pudieran favorecer al enemigo, valiéndose del cobro del servicio de la deuda exterior en Veracruz. Como sede de un gobierno sin reconocimiento, Veracruz era una posición expuesta a todas las sorpresas de la guerra, y una fuerte sugestión en ese sentido le había dado al gobierno la visita de una escuadra británica, precisamente con aquel motivo, ese mismo verano. Prieto adivinó desde luego el peligro. «El negocio de los buques ingleses lo veo gravísimo, y ningún sacrificio me parecería costoso para alejar ese peligro —escribió a Ocampo—. Yo no sé

por qué en ese paso veo una maquinación de capitalistas mexicanos que son tenedores de bonos y que tienen sus vidas y fortunas comprometidas en la presente lucha en favor del clero. Yo creo percibir tras esa escuadra a Barrón, Iturbide, Jecker, Mier y Terán y otros que aprovecharán la mano inglesa para que nos distraigan, mientras nos hieren por la espalda». El ministro británico era partidario declarado del gobierno clerical, la deuda británica era el crédito preponderante en la aduana, y el hecho de que los bonos los manejaban manos mexicanas obligaban al gobierno a contar con la bandera británica como aliado de la bandera negra de la reacción. Y además del británico, había que vigilar al ministro francés, cuya parcialidad era notoria y agresiva. M. de Gabriac era el mentor reconocido de su colega británico y el consejero y asesor de Zuloaga, y merecía la atención más aliñosa, porque la nacionalización de los bienes del clero era una cuestión candente en aquel momento en Francia, donde Napoleón acababa de anunciar un decreto expropiatorio, que agitaba a la opinión pública en París. La prensa republicana, imperialista y orleanista, así como los campesinos, apoyaban la medida ardientemente, pero ante las protestas de la prensa clerical y legitimista el Emperador vacilaba, y el decreto quedó en suspenso, aunque se vaticinaba que el Emperador, cuya popularidad estaba en mengua, acabaría por promulgarlo para conservar la confianza de sus partidarios. Ahora bien, si un político tan avisado como Luis Napoleón repensara el paso en Francia, no era censurable la actitud de Juárez al contemporizar en Veracruz, hasta observar el curso del globo de prueba en París. Cada paso dado o proyectado tenía que calcularse computando la posición de las potencias extranjeras, y antes que un gobierno débil y sin defensas, con la espalda al mar, diera un tranco tan arriesgado, la prudencia aconsejaba que se comprobara hasta qué punto los ministros de Francia y de la Gran Bretaña representaban, bien o mal la actitud de sus respectivos gobiernos. El valor del golpe dependía de su oportunidad, y la intuición del momento justo —don cuya virtud Juárez había demostrado tan memorablemente con su ley pionera en 1855— no le faltaba en 1858.

La capa de Mora quedó, pues, a trasmano —vestidura apolillada que Prieto sacó del armario y, viéndola desmedida para su talla o para los hombros de su compañero, la repuso con pena en el arsenal del tiempo. Pero, poco a poco, el dilema siguió agravándose. En diciembre, Lerdo de Tejada se evadió de la capital, y caminó a Veracruz, conferenció con Degollado,

proponiendo, para hacerse de recursos, que se quitara al clero lo equivalente de los empréstitos hechos a Zuloaga: solución que entusiasmó a los combatientes. El apoyo de la opinión pública se formaba donde más importaba, en los mismos campos de batalla, comprobando así la confianza de Prieto en el instinto popular: el instinto popular demostraba la legitimidad de la medida y la legalidad la daba la ley de la guerra; pero Juárez siguió desoyendo a los impacientes. Romper el cerco diplomático era la condición previa para acometer la empresa, la actitud de Buchanan quedaba siempre reservada, y hasta que se resolviera, lo mejor de los dados era no jugarlos. Por seis meses el Presidente hizo porra; la contemporización también era peligrosa para un gobierno beligerante que no había hecho ninguna contribución positiva a la prosecución de la guerra. Aunque los problemas, las alternativas, los dilemas que confrontaba el gobierno imponían la máxima circunspección, el Presidente y la familia oficial sorteaban las dificultades de la situación con una prudencia indistinguible de la inactividad. Por seis meses no cometieron otro error; por seis meses conservaron las palmas de la impecabilidad; pero a fines del año, cuando nuevos reveses se amontonaban en el teatro de la guerra, la necesidad de batir en brecha el bloqueo diplomático se volvió indeclinable, y lentamente, insensiblemente, toda otra consideración cedía al imperativo de conseguir el reconocimiento norteamericano.

En diciembre, Buchanan dio un paso para resolver la situación. En su mensaje anual al Congreso, el Presidente llamó la atención del país hacia las condiciones imperantes en México. Abundantes motivos —dijo— había para recurrir a hostilidades contra el gobierno en posesión de la capital con motivo de los atropellos padecidos por ciudadanos estadounidenses en el curso de la guerra civil, y toda esperanza de un arreglo pacífico se desvanecería si dicho gobierno venciera a sus contrarios. En cambio, si éstos triunfasen, había motivos para creer que les animaría un espíritu menos hostil; y de no haber tenido tal esperanza, ya hubiera recomendado al Congreso que se le autorizara a ocupar una porción del territorio remoto y despoblado de México y de retenerlo en garantía de la satisfacción de los referidos agravios. La recomendación reproducía, textualmente, la receta de Forsyth. Con el gobierno conservador, la única razón eficaz era la fuerza; con el liberal, la persuasión pudiera surtir efecto; y el objeto de combinar una amenaza al uno con una oferta condicional al otro era, evidentemente, el de preparar a la opinión pública en los

Estados Unidos para la aplicación de presión contra ambos.

A los dos días del informe presidencial, Forsyth ofreció sus buenos oficios a Mata con el objeto de facilitar un empréstito y de favorecer el reconocimiento del gabinete. Después de pasar seis meses en Washington sin otro objeto, al parecer, que el de apurar su paciencia, Mata recibió la oferta con cierta reserva; pero, recobrando ánimo, se fue a la Casa Blanca, confiado en que el reconocimiento era ya cosa resuelta. Empero, los buenos oficios de Forsyth alfombraron sólo la entrada, y en el interior el asunto quedaba en tablas. Buchanan no se dejaba violentar en sus determinaciones: había que *ir despacio* —decía— «porque se le había asegurado que Robles estaría aquí dentro de pocos días con proposiciones muy favorables a este país [la venta de los estados de Chihuahua y Sonora] y que era conveniente esperar y ver qué ventajas se podían sacar de la situación indefinida en que nuestro país se halla. Este simple rasgo —confesó a Ocampo — bastará para calificar al hombre con quien tenemos que tratar y también para comprender mi posición». Después de andar debajo de la corriente por seis meses, Mata salió sofocado por la presión encontrada al último momento. Estaba cansado; desconcertado, fastidiado, burlado por Buchanan, no sabía decir si las supuestas proposiciones del enemigo eran auténticas o eran fintas; bien pudieran resultar un infundio colado por el cuerpo diplomático, que había hecho todo lo posible en Washington, así como en México, para entorpecer el reconocimiento. Estaba en Washington, estaba en las tinieblas, estaba en la duda, y sólo sabía comunicar a su gobierno los datos en lo que valían, junto con el abatimiento que coloreaba sus informes, y que valía mucho en aquel momento. Si Buchanan no había tomado una resolución definitiva, había dado, por lo menos, un gran paso para despejar el camino; y dos días después de la entrevista, un agente confidencial del Departamento de Estado salió para Veracruz con la misión de sondear allá el terreno.

El momento psicológico estaba bien calculado. La toma de Guadalajara en octubre fue un triunfo transitorio; Degollado carecía de fuerzas para conservar la plaza y tuvo que abandonarla, a principios de diciembre, ante la ofensiva combinada de Miramón, avanzando del Sur, y de su mejor lugarteniente, Leonardo Márquez, bajando del Norte. Degollado se batió en retirada, seguido por el enemigo a dos días de marcha; Miramón ocupó Colima el día 24 y alcanzó a Degollado tres días más tarde en el pueblo de San Joaquín, donde se libró una batalla que resultó otra derrota para la bandera liberal

comparable al desastre de Salamanca. El ejército constitucionalista se dio a la fuga, abandonando su parque y trescientos prisioneros en manos del enemigo, y se refugió, quebrantado y desmoralizado, en Michoacán. Al mismo tiempo, las repercusiones políticas del golpe detuvieron los pródromos del derrotismo en las filas conservadoras; ya se habían pronunciado contra Zuloaga, en una sola semana, dos generales con motivo de su ineptitud y descrédito, ambos declarándose por alguna forma de Constitución reformada, y aspirando a la Presidencia; pero los dos fueron apagados por Miramón, quien, con la autoridad del triunfo, impuso la disciplina a los descontentos e insistió en la prosecución de la guerra hasta alcanzar el triunfo que ya no era ni distante ni dudoso. En una proclama expedida en Guadalajara para celebrar el año nuevo, Miramón pasó revista a los sucesos del año próximo pasado y se apropió lo mejor del botín: la palabra que los liberales se alardeaban de blandir y que pertenecía, de ahora en adelante, a su propia bandera. El año que acababa de pasar a la historia —dijo— había levantado en México la bandera del *progreso*: «Esta palabra, que es ya tan gastada en el lenguaje revolucionario usado para engañar al pueblo, en el democrático tiene una significación tan lasa como nociva porque con ella se expidieron las leyes de desafueros, la expoliatoria desamortización, la de obvenciones y el plagio ridículo de la del Registro Civil; con ella se discutió la Ley agraria, la de tolerancia, la de cultos y la que sancionaba la disolución del matrimonio, y finalmente, con la propia palabra se ha vejado a todas las clases de la sociedad y saqueado impunemente a las poblaciones inermes». La discusión, pues, estaba fuera de combate: la historia la escriben los vencedores. ¿Y quién podía disputar sus progresos? ¿Juárez? ¿Pero quién era Juárez?

3

Con la entrada del año nuevo todos los elementos de acción en suspenso comenzaron a rebullir, y el gobierno liberal tuvo que salir a la palestra. Apenas expedida su proclama, Miramón regresó a la capital, expulsó a Zuloaga de la Presidencia, asumió sus funciones y anunció, como su próximo paso, una campaña contra Veracruz para poner término a la guerra. La advertencia vino acompañada por otra, que garantizaba su confianza. La vulnerabilidad de Veracruz fue señalada, de un modo impresionante, por la visita de una flotilla francesa y británica, encargada de cobrar los pagos atrasados de la deuda exterior y de exigir indemnizaciones por los empréstitos forzados que a sus nacionales habían impuesto las fuerzas constitucionales en el interior. Presentadas en un tono y en un plazo perentorios, las demandas fueron reforzadas con la amenaza de bombardear la plaza; y la defensa diplomática corría a cargo de Ocampo, que ocupaba el puesto clave de ministro de Relaciones.

Tanto o más que Prieto, Ocampo creía que ningún sacrificio sería caro para alejar el peligro; pero logró tapar los cañones con una concesión insignificante, aceptando las demandas de los aliados y liquidando las cuentas con el ocho por ciento de las entradas aduanales y la promesa de aumentar la prorrata hasta el diez por ciento a favor de los británicos, al vencerse las reclamaciones francesas. Siendo ésta su primera negociación de importancia, se sentía complacido por el resultado, y con razón, ya que se había apuntado un tanto contra un adversario que no era ni el comandante Dunlop de la escuadra británica ni el almirante Penaud de la flotilla francesa, sino el mismísimo M. de Gabriac. Relatando el caso a un amigo, se extendió alegremente sobre «las insondables profundidades de la diplomacia», y dejó correr su pluma, invitándole a «exclamar como San Pablo: *¡O altitudo divinae scientiae sapientiae Dei! ¡Quam incomprehensibilis sunt juditiae ejus et investigabilis viae ejus!* Nuestros rancheros por Michoacán han hecho de este pasaje una traducción libre, muy libre, que dice: *¡Los altos juicios de Dios, ni el diablo que los entienda!* Creo que tal texto, aplicado a M. de Gabriac, se prestaría a amplios comentarios. Monsieur de… es bastante profundo en diplomacia para haber hecho que el pobre Monsieur Penaud, ignorante de los hechos, se metiese en tal algarabía de reclamaciones, que yo no tuve que hacer más que aflojar en los pedidos que hacían… ¡Mire usted si son hábiles! ¡De quince que tenían para un solo artículo exigen ocho para varios!». El embrollo era la mejor prueba de que la maniobra era

exclusivamente política; pero la prueba estaba de sobra. M. de Gabriac no era incomprensible: en su prisa de intervenir, el *Deus ex machina* se había enredado en sus propias maquinaciones y quedó suspendido por un hilo entre mar y tierra. Como consecuencia del saldo satisfactorio de la cuenta, surgió entre el ministro y el almirante francés una controversia, que puso al desnudo su desacuerdo, que fue sometida a París para la resolución oficial. Célebre ya por la cencerrada padecida en 1856, M. de Gabriac estaba destinado a sufrir la misma indignidad otra vez, en mayor escala y con consecuencias más graves, porque se descubrió su mano en el momento más propicio para la causa constitucionalista.

El hecho de que se intentara la maniobra en vísperas del ataque a Veracruz preocupó a todas las partes interesadas, y la parte más interesada en aquel momento —después del gobierno liberal— era el gobierno norteamericano. Hacía mucho que se anticipaba el paso en Washington. Dos meses antes, el cónsul norteamericano en la capital, aludiendo a la llegada de una flotilla francesa a Veracruz, a ruego del ministro, había predicho que el almirante Penaud presentaría ciertas reclamaciones pecuniarias al gobierno de Zuloaga, a sabiendas de que carecía de recursos para satisfacerlas; que ofrecería ponerlo en posesión de los puertos; y que se recurriría a alguna maniobra con dicho objeto. La exactitud del pronóstico quedó plenamente comprobada por el evento y la maniobra, aunque malograda, inquietó a la cancillería norteamericana, ya enterada de los designios de Gabriac por las denuncias de Forsyth. Uno de sus últimos informes fue dedicado al carácter de un colega al que conocía íntimamente como competidor, y de cuyas actividades dejó constancia en los archivos de la delincuencia diplomática. «Este caballero ha sido, desde el inicio de la revolución de Tacubaya, el partidario declarado y activo del partido de Zuloaga… Pasa un largo rato *todos los días* en el Palacio… Está mal visto por todos los extranjeros y odiado intensamente por los franceses… Es un intrigante, sumamente ambicioso y absolutamente exento de escrúpulos… Tiene la cabeza llena de sueños dorados de un protectorado europeo, preliminar de una monarquía o de un imperio mexicano, y estas visiones absurdas las inculca asiduamente en los cascos de los fanáticos e imbéciles que actualmente integran el gobierno… Es rabiosamente antiamericano y se le ha oído exclamar acaloradamente que estaba resuelto a defender a México contra los yankees… No cabe duda de que es el consejero regular del gobierno…». Tampoco omitió la famosa cencerrada de 1856 que

se empeñaba en emular. El cúmulo de cargos manifestaba la animosidad del ministro norteamericano hacia un entrometido cuya influencia con el gobierno clerical era indisputable; y una de las razones más fuertes que tenía para romper las relaciones con aquel gobierno era la esperanza de ocupar un lugar análogo con el gobierno liberal. Pero la requisitoria revelaba algo de mayor consecuencia que el patriotismo frustrado del delator. Forsyth magnificaba la importancia del hombre que tenía enfocado bajo su microscopio profesional.

M. de Gabriac no carecía de importancia: los microbios la tienen. Las visiones absurdas de su protectorado europeo impresionaron a Zuloaga. A los seis meses de haber llegado al poder, mandó llamar al ministro francés para disponer sus cosas. A lo mejor —le dijo— tenía asegurados doce, quince o tal vez dieciocho meses, antes de triunfar los liberales; luego Juárez y sus amigos ocuparían el poder; ellos serían expulsados a su vez por los conservadores; los conservadores volverían al poder, sin poder conservarlo, y el país seguiría revolviéndose «en un círculo anárquico», hasta caer en manos de los Estados Unidos. Tenía pensado, pues, conseguir un empréstito garantizado por los bienes del clero, comprar cuatro o cinco buques de guerra, y enganchar un cuerpo de diez mil soldados franceses bajo el mando de un comandante francés, el que «colocaría a cada quien en su lugar» —«y a mí el primero», añadió— porque la autoridad era indispensable, y no había nadie en México capaz de imponerla. La proposición, trasmitida por Gabriac, produjo poca impresión en París. El empréstito era lo de menos, la Casa Rothschild estaba dispuesta a lanzarlo con un descuento razonable (28%); pero la idea no interesaba al Ministerio del Exterior. El Quai d Orsay era una institución *sui generis*, una dependencia de gobierno desprendido, independiente, indiferente a los cambios de régimen y regida por la rutina rígida de un círculo aristocrático; y en aquel reducto de tradiciones intocables, resultaba inadmisible tratar a banqueros como diplomáticos y mucho menos darles la mano. Los intereses comerciales de Francia en México eran tan insignificantes, que no había razón para relajar la regla a favor de Rothschild; políticamente también, la idea era desdeñable, pues era la regla consagrada adoptar una actitud de indiferencia absoluta hacia los asuntos americanos, a menos de que interesaran directamente a Europa, la única esfera digna de *la haute politique* y de la propagación de la influencia francesa. Además, el ministro era el Conde Walewski, el primo del Emperador, poco dispuesto a aventuras y ligado por la alianza

inglesa que formaba la base de la política napoleónica; y el gabinete británico, al enterarse de la proposición, desaprobó toda veleidad de intervención en México. Para vencer tal cúmulo de obstáculos hacía falta una influencia muy superior a la de M. de Gabriac, ya que el ministro no era en Francia el influyente que era en México.

Su verdadera importancia era su insignificancia. Intrigante inquieto e irresponsable, incapaz de influir con su gobierno, pero muy capaz de despertar los temores de los extranjeros, el ministro francés era un ejemplo notable de las franquicias que se permitían los diplomáticos de su clase en puestos tan remotos del servicio como México. Gabriac era peligroso porque Gabriac era temido; los temores carecían de fundamento, pero bastaron para alarmar al ministro norteamericano, y Forsyth los magnificó en las exhortaciones que se encargó de dirigir al Departamento de Estado: «Para los estadistas de los Estados Unidos no hay seguridad en pasar por alto el hecho de que otras naciones, además de la nuestra, tienen fijadas sus miradas ansiosas sobre este rico y magnífico país. Sea que México mantenga su personalidad, sea que caiga disgregada, tenemos un interés profundo en su futuro y debemos influir en sus deliberaciones. Si México no puede sostenerse sin la ayuda de alguna potencia amiga» —lo que era evidente— «¿quién debe ocupar la posición dominante de amigo y bienhechor? Si los Estados Unidos se niegan, serán las otras. ¿Qué haremos si la ayuda llega en la forma de un príncipe francés, apoyado por diez mil bayonetas francesas? ¿O del oro británico hipotecando los territorios que rehusamos? Creedme, señor, no podemos desempeñar el papel del perro del hortelano con nuestra Doctrina Monroe… Puedo prever un sinnúmero de contingencias que convertirán a México en el campo de batalla para el mantenimiento de la supremacía americana en América». En política los recelos son realidades; y si M. de Gabriac no hubiese existido, hubiera sido menester que Forsyth o cualquier otro discípulo del Destino Manifiesto lo inventara para salvar al continente de un peligro imaginario. Pero Gabriac existía; existía muy materialmente, independientemente de las imaginaciones que lo exasperaban, y por un momento fugaz desempeñó su papel en la historia. La demostración naval en Veracruz en enero de 1859 hubiera carecido de importancia, si no se hubiese entrevisto su mano en la maniobra; pero, gracias a la reputación que se había ganado, el incidente redundó en beneficio del bando que debía dañar. El agente confidencial de Washington llegó a Veracruz a tiempo para presenciarlo y para

sumarlo a los motivos que tenía para recomendar el reconocimiento inmediato del gobierno liberal.

Ya se había tomado la decisión favorable en Washington, sujeta a las investigaciones practicadas por el agente en el terreno mismo, y el agente formó su opinión rápidamente. Poco tenía que añadir a las razones proporcionadas por Forsyth, salvo por algunas observaciones de menor importancia tales como la composición del gobierno: elemento que faltaba todavía al *dossier* del Departamento de Estado y que le parecía merecer alguna atención, aunque impertinente para la consumación de la política norteamericana. «Tal vez no será inconveniente ni carente de interés que diga algo sobre el Presidente y los ministros —informó después de quince días de observación—. El Presidente es un hombre como de cuarenta y cinco años de edad, indio de pura sangre, bien versado en las leyes de su país, jurisconsulto prudente y seguro, pero político tímido y receloso; severo e incorruptible, pero de un carácter suave y benigno; en su conversación, modesto como un niño. Tiene voz en el consejo y se le escucha con respeto, pero carece de influencia sobre los ministros y se encuentra, inconscientemente quizás, bajo su dominio absoluto e ilimitado». Descontando, pues, al jefe como un mero testaferro, el gobierno pudiera reducirse a dos ministros. «Ocampo es un caballero de gran inteligencia natural y de prendas y de educación considerables, inflexible en sus determinaciones, perentorio en sus opiniones, bastante listo en discurrir e impaciente de contradicción, pero noble, y como su jefe, incorruptible». El otro ministro no era desconocido en Washington. Había sido asilado por Forsyth en la Legación, antes de escapar a Veracruz. «Lerdo de Tejada (que se encuentra en el gabinete por la sugestión de vuestro agente) tiene todas las cualidades brillantes de los otros dos, es tan puro como ellos, pero manifiesta en grado mayor los hábitos prácticos que denotan una inteligencia orientada hacia las realidades de la vida, más bien que hacia sus sueños. Es el hombre más popular de su partido y con razón se le considera como el espíritu maestro del gabinete. Todas sus tendencias son proamericanas… Debemos estimarlo como el hombre más fidedigno en su preferencia para nosotros; franco, abierto y siempre dispuesto a discutir una cuestión y a asumir las responsabilidades consecuentes».

Una novedad caracterizaba la actividad del agente confidencial; la celeridad. La presteza con que formaba sus opiniones contrastaba con la táctica dilatoria del Departamento; pero tenía buenas razones para juzgar expeditamente a los

hombres como a la situación. Ésta era favorable, menos en un aspecto. El ataque inminente a la plaza lo descontaba de antemano, de acuerdo con el gobierno, que confiaba en que fracasaría y resultaría un desastre militar y político para Miramón, siempre que se eliminara el peligro de la intervención extranjera. Pero esta reserva era el punto de la dificultad. Una vez eliminado dicho factor, la balanza de fuerzas se enderezaría automáticamente, inclinándose hacia el gobierno constitucional, que tenía el apoyo de la opinión pública en diecisiete de los veinte estados y que ya se hubiera establecido a no ser por la falta de recursos materiales. Cosa notable era el hecho de que las tropas levantadas sin recurrir a la fuerza hubiesen seguido luchando sin recompensa alguna, sin indumentaria y sin provisiones adecuadas, contando sólo con la justicia de su causa y su fe en el triunfo final; y quedó inconcuso que en este caso el pueblo mexicano había demostrado una lealtad al principio constitucional apenas previsible en vista de su historia anterior. Algo muy insólito se había verificado en México, cuando un ejército cuya oficialidad percibía dos pesos diarios, los subalternos un peso, y el soldado raso veinticinco centavos —cuando lo percibían— y en cuyas filas Miramón provocaba las deserciones con amenazas y sobornos, y que había conocido la derrota casi continua, tornaba otra y otra vez, tras cada calamidad, al pendón herido. El respeto que le inspiraba tanta tenacidad obligó a recordar al Departamento que «no se había escatimado obstáculo alguno al partido liberal, bien envuelto en el manto de la diplomacia, que a veces encubre la destrucción, bien en forma de franco desfavor, y que recientemente poderosos adversarios habían auxiliado a Miramón al mutilar los pobres recursos del gobierno, so color de exigir sólo el justo cumplimiento de las condiciones de un convenio anterior». No cabía duda, pues, que había llegado la hora de amparar la causa liberal. «Las condiciones actuales en México nos brindan la mejor y acaso la última oportunidad que jamás se presentará para formar con esta República un tratado que nos asegurará no sólo la soberanía sobre un territorio que, según revelaciones recientes y las opiniones más autorizadas respecto al suelo y a los recursos minerales, representa un valor superior aun a la Alta California» —es decir, el largo apéndice de la Baja California— sino también los tránsitos. Valorizada la situación desde todos los puntos de vista, la conclusión era irrecusable. «En mi concepto, pues, aunque puede ser un experimento —terminó diciendo— no nos queda otra alternativa que el reconocimiento inmediato del gobierno de Juárez. La oportunidad es tan favorable que debemos

aprovecharla sin la intromisión de una sola hora de demora innecesaria».

En apoyo de estas promesas, el agente envió a su gobierno un memorándum que abarcaba los puntos propuestos por él mismo como condiciones convenientes del reconocimiento, y que señalaba la disposición de Ocampo de emprender la negociación en un sentido afirmativo, inclusive la cesión de la Baja California. No era poco, pues, el progreso alcanzado: donde Forsyth había fracasado, un factor salió airoso; y en la suposición de que el servicio prestado a su gobierno sería reconocido como lo merecía en Washington, Juárez favoreció su nombramiento como ministro en Veracruz. Pero, al igual que Forsyth, el nombre de William B. Churchwell no estaba destinado a brillar entre los diplomáticos más insignes de su país. Buchanan vacilaba, y Mata, perdiendo paciencia, estaba resuelto a marcharse «en el caso de que este señor Presidente apelase a otro subterfugio para no reconocer al gobierno constitucional» —lo que no tardó en verificarse. «Mis presentimientos en este punto se han realizado —siguió informando a Ocampo—. Este señor Presidente que todo es irresolución y tal vez miedo, después de que el gabinete había resuelto unánimemente reconocerme, halló el modo de evadirlo y de no contrariar abiertamente la opinión del país, pronunciado en nuestro favor, determinando que un ministro vaya a la República con instrucciones de reconocer al gobierno constitucional, si después de examinar las circunstancias del país, cree que ese gobierno puede considerarse como el gobierno de la República» —es decir, con la misma misión que Churchwell. «El objeto ostensible, en mi concepto, de parte de este señor Presidente, es tener alguno a quien echarle la culpa en todo caso». Forsyth, saciado ya de las uvas verdes, no aspiraba al empleo, y Buchanan acabó por nombrar a Robert McLane, senador de Maryland y amigo íntimo de los empresarios de la Louisiana Tehuantepec Company; pero de repente el empresario de la Casa Blanca, repensándolo todo, dio con otra coartada. Alarmado por la noticia de la llegada de Miramón ante Veracruz, y temeroso de que el gobierno que había adoptado hubiese dejado de existir antes de la llegada de su representante, Buchanan volvió a consultar con el gabinete; y en plan de transacción, se tomó el acuerdo de dejar la responsabilidad a McLane, facultándolo para otorgar o negar el reconocimiento, conforme a su discreción, al llegar a su puesto. El paso, tanto tiempo ponderado y dado con tanta festinación, fue más que nunca un experimento cuando, al fin, se realizó.

Veracruz se había vuelto el foco de la guerra civil. Allá estaban concentradas las fuerzas todas que habían de determinar la solución de la contienda —el talento militar de Miramón, la amenaza de la intromisión extranjera y el apoyo de los Estados Unidos— y el gobierno civil se convirtió en beligerante activo, obligado a defenderse a la vez contra sus adversarios domésticos, los aliados diplomáticos del enemigo, y sus amigos norteamericanos. De estas fuerzas, la menos formidable era la primera. La plaza estaba bien fortificada por las disposiciones de la Naturaleza y del arte militar, y conforme a las reglas de la ciencia en que Miramón estaba versado, el enemigo tenía todas las probabilidades de fracasar. El manual militar le brindaba cuatro, y sólo cuatro, posibilidades de triunfar. La primera, un asedio por hambre, suponía el dominio de las vías marítimas, y no lo tenía; la segunda, un sitio de acercamiento y de presión, era difícil en el terreno pantanoso y el clima mortífero de las afueras del puerto; la tercera, un sitio de nervios y de desmoralización, sólo era realizable con un bombardeo constante y eficaz, y le faltaba parque del calibre y del alcance adecuados; la cuarta, un asalto en regla, a costa de sangre sin fin, era caro, y Miramón carecía de reservas humanas. Todos esos sistemas fueron puestos a prueba en turno y el resultado comprobó la infalibilidad del manual militar. Iniciando el sitio a principios de marzo, Miramón dedicó un mes a demostrar, ante una clase de seis mil estudiantes, lo que no podía hacerse con los recursos a su disposición; puntualmente al fin del mes levantó sus reales y se retiró a su propia capital. Las escuadras aliadas presenciaron la demostración, en actitud de neutrales, pendientes del desenlace de la disputa entre Penaud y Gabriac.

El enemigo se esfumó; quedó el amigo. El 1.º de abril, McLane desembarcó en Veracruz; a los cinco días, acordó el reconocimiento al gobierno liberal y presentó sus credenciales al Presidente; al día siguiente, reconoció el terreno con Ocampo; y la verdadera lucha empezó, y empezó mal, para ambos. McLane se percató desde luego de que tenía por delante un largo asedio diplomático. Ocampo «manifestó mucha inquietud respecto a varios de los puntos propuestos como cuestiones propias para un arreglo, al establecerse las relaciones entre los dos gobiernos, especialmente por lo que toca a la Baja California». Para poner las cosas en claro, McLane le leyó el memorándum de Churchwell —«pero evité cuidadosamente toda intimación en el sentido de que él mismo, en su calidad de ministro de Relaciones, había firmado el memorándum»— tratando el punto, no como un compromiso formal, sino como

un pacto de caballeros, puesto que se trataba de un caballero visiblemente nervioso y evidentemente vulnerable; pero, con la ventaja apuntada, siguió entrecogiéndole textualmente. Ocampo «siguió renuente a comprometerse a una cesión territorial, pero yo le mantuve en la obligación implícita de darnos la Baja California, si la queríamos»; táctica contra la cual Ocampo se defendió con la oferta de negociar los tránsitos y las ventajas comerciales en el espíritu más liberal. Planteada la cuestión con tacto, McLane adoptó la regla de que quien menos procura, más alcanza: poco le costaba contemporizar, y tenía el medio más resolutivo de vencer la resistencia del mexicano: el sitio por hambre. «Hay que reconocer, sin embargo —terminó diciendo—, que la condición de la Tesorería Nacional, entorpecida y quebrada, es el impulso principal que le estimulará a obrar».

Establecido el contacto, pero nada más, los dos ministros se encontraban mal parados. Hasta qué punto Ocampo se había comprometido con Churchwell no resultaba claro; pero no cabía duda de que, el mes de marzo, Churchwell había caído bien con el gobierno. «Al llegar, les encontré bastante desanimados —había señalado el precursor. Se les había hecho creer que los Estados Unidos no tomarían ninguna decisión firme, pero ahora parecen seres nuevos, y manifiestan una amistad sincera y seria» —el efecto tonificante de su papirote llevaba el marbete: Baja California. Las tácticas dilatorias del Departamento de Estado y los informes deprimentes de Mata habían impresionado a la familia enferma, y el factor logró tocar el punto espinoso de una cesión territorial no sólo sin provocar una reacción adversa, sino con aparente estímulo. Pero también quedó claro que Churchwell no había ganado más que una fórmula vaga —«una disposición a negociar en un sentido afirmativo»— acordada antes del sitio y que Ocampo era evidentemente reacio a reconocer después: pasado el sueño pesado del sitio, los centinelas se despertaban con alarma.

Al llegar McLane en abril, la fuerza del tónico se había evaporado y sólo quedaba el resquemor; pero para Ocampo, repudiar el error resultó más difícil que cometerlo. Su palabra era prenda de oro y no sabía desdecirse: las evasivas lo exponían a la imputación de haber engañado al factor con una promesa hecha con el propósito de conseguir el reconocimiento y con la intención de olvidarla posteriormente, y Ocampo no era lo bastante diplomático para hacer gala de maña profesional. Pero su embarazo obedecía a algo más grave que la interpretación odiosa que ocasionaba su conducta. Lejos de ser una finta

diplomática, la cesión de la Baja California había merecido una consideración tan seria en Veracruz que Mata, iniciando su misión en Washington con el rechazo absoluto de toda cesión territorial en junio, había llegado al punto de verla inevitable en febrero y de discutir el precio —20 millones de dólares— con Ocampo, ya ablandado para entonces más de lo que quiso admitir o negar.

Apenas menos delicada era la posición del ministro norteamericano. McLane había concedido el reconocimiento, basándose en la suposición de que el memorándum de Churchwell representaba un acuerdo informal, formulado de buena fe, y un *modus operandi* entre los dos gobiernos, y se veía ahora en la necesidad de defender su precipitación con fuertes razones. Al explicar su premura a Washington, las consideraciones aducidas eran menos razones concluyentes que paliativas —los grandes intereses políticos y comerciales ya invertidos en el tránsito de Tehuantepec; el conocer que el derecho de paso estaba sujeto a decretos expedidos por ambos bandos; y por último, «el hecho de que las relaciones comerciales entre Estados Unidos y México, ya embarazadas a un grado sin precedente, parecían exigir imperativamente que el representante de los Estados Unidos fuera oído y su influencia respetada en un momento en que las escuadras de la Gran Bretaña y de Francia se encuentran ancladas frente a Veracruz exigiendo el cumplimiento de convenios contraídos con gobiernos que no sólo han dejado de existir, sino que existieron sólo lo que fuera necesario, al parecer, para destruir la independencia del país y garantizar la humillación de todos los gobiernos posteriores que sucediesen a la dirección de los asuntos públicos». De estas razones, la última era sin duda la más fuerte. Fuera lo que fuera el fin de la guerra para los mexicanos, para las potencias extranjeras el conflicto no era más que la lucha por el mercado. Tanto era así, que una de las estipulaciones propuestas por Churchwell, como condición previa del reconocimiento del gobierno liberal, era que se dedicara una parte del precio pagadero por la Baja California a la liquidación de los bonos de la Convención británica y a la amortización de la deuda exterior. Este punto, indispensable para combatir la preponderancia de la influencia inglesa en México, tenía tanta importancia en Washington como la adquisición de la Baja California, y constituía la mejor defensa del gobierno de Veracruz para acceder a la cesión territorial.

Pero todas estas razones sonaban a apología y pusieron de manifiesto la inseguridad del ministro: recién llegado, McLane

había adoptado las seguridades de Churchwell y hecho suyas las opiniones del factor, y al darse cuenta de que había obrado con ligereza y que el memorándum no era, en realidad, más que un lazo corredizo, se resolvió, como Buchanan, a *ir despacio*. Para evitar la imputación de haber recibido sus instrucciones de Buchanan y tomado sus resoluciones de Churchwell, revisó la situación con cuidado y terminó sus apreciaciones con algunas reflexiones prudentes. Resultaba claro, decía, «que se habían suscitado esperanzas extravagantes relativas a la negociación de empréstitos para dinero, armas y municiones en los Estados Unidos, en virtud de dicho reconocimiento»; el tiempo las calmaría. Ocampo era impresionable y «no fue difícil comprender que confiaba un tanto en las perspectivas más favorables de la causa liberal para mermar el valor del reconocimiento del gobierno de Juárez por el gobierno de los Estados Unidos»; y las fortunas de la guerra eran mutables.

Ocho días más tarde las perspectivas favorables de la causa liberal volvieron a encapotarse. El sitio de Veracruz había dejado expuesta a la capital, y Degollado había aprovechado la oportunidad para lanzar una ofensiva contra la plaza desguarnecida. Recuperándose rápidamente de la derrota en diciembre, logró reorganizar sus fuerzas para el contrataque; pero, padeciendo la misma falta de recursos que frustró la ofensiva de Miramón contra Veracruz, corrió la misma suerte. La ofensiva expiró en las puertas de la capital. Maniobrando en las afueras Degollado amenazó a la plaza con fintas y relances, concentraciones y demostraciones, destinadas a obligar al enemigo a levantar el sitio de Veracruz, pero condenadas a un desenlace fatal. En Guadalajara Miramón había dejado a un doble que salió de relance para poner fin a la finta y dar fama a su nombre. Corriendo a marchas forzadas a la defensa de la capital, Leonardo Márquez cayó sobre el ejército liberal y lo derrotó en las inmediaciones de Tacubaya. La batalla se prolongó durante dos días (10 y 11 de abril) y terminó en una desbandada caótica: las banderas liberales volaron dispersas a los cuatro vientos, y la misma camisa de Degollado ondeó entre los trofeos izados sobre las puertas del Palacio.

Demostración fulminante de la futilidad de emprender operaciones en grande escala con la falta de recursos y las tácticas infladas de la guerra guerrillera, el desastre repercutió inmediatamente en el campo político. Diez días más tarde, McLane tenía casi cerrado el lazo corredizo. «El ministro de Relaciones —informó a Washington con fecha del 21 de abril— admite la anuencia del presidente Juárez a ceder la Baja

California a los Estados Unidos, pero duda de la posibilidad de persuadir al Congreso, que debe elegirse en el mes de octubre venidero, para que ratifique tal provisión en el tratado que ocupa nuestra atención actualmente». Para obviar esta coartada, McLane recomendó a su gobierno —a ruego de Ocampo— la preparación de dos tratados, uno para los tránsitos, otro para la Baja California: expediente que facilitaría la tramitación del negocio sin perjuicio de su seguridad, ya que contaba con la anuencia del Presidente; y la confianza de Juárez en la victoria venidera quedó inalterable. «Si este Gobierno Constitucional se establece en la ciudad de México antes de la elección del próximo Congreso, y no cabe duda de que así sucederá, ya que ningún Congreso puede elegirse hasta que el gobierno quede instalado allá —explicó McLane—, se verificará un intervalo de varios meses; durante aquel lapso el Presidente quedará autorizado no sólo a negociar tratados, sino a ratificarlos, y en tales circunstancias no habrá dificultad en conseguir la ratificación del tratado entero». Basándose en esta suposición, se prestó a un acomodamiento y convino en separar la cuestión fácil de los tránsitos del arduo problema de la cesión territorial.

Pero McLane estaba demasiado presto a facilitar el negocio para Ocampo, así como para sí mismo. La concesión técnica, no por ser técnica, encontró menos oposición en Washington. «Diré a usted ahora cuáles son los grandes obstáculos que hay para la separación —explicó Mata a Ocampo—. Es el primero la idea que aquí se tiene formada de nosotros como mañosos o astutos en diplomacia, y creen que la proposición de separar los tratados procede de la intención de rehusar el relativo a California más adelante. El segundo, que este señor Presidente tiene grande empeño en señalar su periodo con algún negocio que dé grandes resultados, para crearse popularidad y probabilidades de ser reelecto. Ésta es la clave». La reacción de Washington era la prueba más clara de que Ocampo había dado en el hito y ganado un punto. Mata, por su parte, se comprometió a insistir en la separación de los tratados, pero, conociendo a Buchanan, con tan poca confianza, que se puso a preparar un contrato conforme al cual, a cambio de 12 millones de dólares en bonos garantizados por el gobierno norteamericano, México hipotecaría el territorio de la Baja California por seis años, y el derecho de propiedad pasaría al gobierno de los Estados Unidos si, al vencerse el plazo, el capital y los intereses no hubiesen sido puntualmente reintegrados.

Si el negocio se hubiese tratado en Washington, es posible que Buchanan hubiera sacado mayores ventajas de Mata que las

que McLane obtuvo, tratando con Ocampo en Veracruz; pero el hecho de que el tratado lo redactaron dos ministros, obligados a redimir una indiscreción inicial determinó su forma. La separación de la materia ligera de la sustancia pesada era un recurso diplomático que desnataba las dificultades para ambos: McLane la aprovechó para ganar terreno, y Ocampo, para ganar tiempo. Para el mexicano mañana era otro día, y un día de vida era vida; para el norteamericano, teniendo ya tragada la cesión, poco le importaba aflojar el sedal. Para cada uno el tiempo era un coeficiente en sus cálculos y para McLane una ventaja, sea que el asedio diplomático fuera por hambre, por presión, por nervios o por asalto; pero el tiempo era un aliado con quien ninguno podía contar con seguridad, y ambos basaban sus cálculos sobre un terreno movedizo y deleznable…

Siniestra desde el punto de vista militar, la batalla de Tacubaya era importante únicamente por sus consecuencias políticas, porque terminó con una atrocidad que resultó catastrófica para la causa conservadora. Regresando de su derrota ante Veracruz, Miramón llegó a la propia capital la mañana del 11 de abril, a punto de presenciar el triunfo de Márquez. Recorriendo el campo de batalla, humeante todavía, el caudillo inspeccionó los rastros de la lucha y regresó a la ciudad; a los pocos momentos, un ordenanza entregó a Márquez la orden de fusilar a los prisioneros. Tales prácticas se habían generalizado desde los primeros días de la guerra, cuando un comandante liberal sacrificó a sus cautivos, y Miramón había aprovechado el precedente, primero en son de represalias y en seguida, sistemáticamente, para provocar deserciones en las filas del enemigo. En esta ocasión, sin embargo, la orden era aplicable, según Miramón, únicamente a los tránsfugas de sus propias filas y estaba autorizada por las leyes de la guerra; pero, ejecutada por Márquez, se extendió indistintamente a todos los presos, inclusive a los heridos encamados en el hospital de Tacubaya y a los médicos y pasantes de medicina que los curaban; todos terminaron su carrera en el paredón. Fue esta matanza la que dio a la batalla de Tacubaya una celebridad imperecedera, que Miramón y Márquez esquivaron echándose mutuamente la culpa: protestando el primero que se había abusado de su autorización, y el segundo, que se había acatado la orden, pero que la furia bélica había desbordado sus instrucciones; y a la luz de su conducta posterior, la duda favorece a Miramón, cuya carrera demostró, más o menos consecuentemente, su respeto para aquellas sutilezas de su profesión que constituyen su triste ética; en tanto que Márquez siguió repitiendo los mismos

errores y las mismas disculpas y se distinguió como un delincuente nato, incapaz de aprovechar las ventajas del Colegio Militar. *El Tigre de Tacubaya*, se le llamó a partir de aquella fecha —apodo popular que se agarró del desgraciado y que fue confirmado no sólo por el husmeo de la caza sino por el hedor del cazador, que demostró su desprecio para los refinamientos de la guerra con una serie de fechorías que sacrificaron su fama militar a su renombre rastrero. Pero ni Márquez ni Miramón intentaron defensa alguna de su conducta a la sazón: la matanza fue condonada como un exceso normal de la guerra civil, ninguno de los responsables fue condenado en 1859, y sólo años más tarde se exigieron responsabilidades a uno de los inculpados. En defensa de una infracción de las leyes de la guerra que, según su propio criterio, era una irregularidad grave, Miramón alegó la dificultad de disciplinar a un general victorioso en pleno triunfo; regresando de su derrota ante Veracruz, tuvo que ser prudente; pero el caudillo sacrificó su buen nombre a su autoridad, y en lo sucesivo los nombres de Márquez y Miramón quedaron vinculados para siempre en fama e infamia.

Pero las responsabilidades personales tenían sólo una importancia relativa, porque la atrocidad no era ningún accidente. Lejos de ser una aberración, era sintomática de la fiebre progresiva de la guerra civil y santa. Ambos bandos habían cometido excesos en son de represalias, y de la defensa común provenía una disputa sangrienta, interminable y fútil que sólo servía para acumular las responsabilidades y las recriminaciones sobre los autores de la guerra, responsables, al encender la mecha, de todas las consecuencias inevitables. Los excesos eran las retribuciones de conciencias ultrajadas y los sueldos de una soldadesca mal remunerada y peor disciplinada, y los liberales también tenían que responder de su contribución al saldo común. A la toma de Guadalajara en 1858 varias fatalidades mancharon su bandera. «Fue una noche horrorosa —confesó un oficial— y siempre haré recuerdo de las atrocidades que presencié en esta noche de fuego, sangre y latrocinio». Frente al Palacio Episcopal una turba enfurecida ajustició a los asesinos de un gobernador liberal, en tanto que Degollado presenciaba el espectáculo, incapaz de imponer su autoridad por temor de perderla. Peor todavía fue el asesinato del comandante enemigo, que se había rendido a condición de tener salva la vida; y aunque en este caso el culpable fue dado de baja, Degollado lo reintegró a las filas más tarde en premio de servicios prestados a la causa, En ambos casos, la víctima era la

autoridad: el precedente provocaba la represalia, y la disculpa, el delito. Sin embargo, se olvidaron las fatalidades de Guadalajara y se recordaban las atrocidades de Tacubaya. ¿Por qué? ¿Por qué recordar las unas y olvidar las otras, o conmemorar con un estigma imborrable unas u otras, cuando toda la historia de la humanidad se escribe con sangre, secada tan pronto como es derramada? ¿No resultaba absurdo moralizar la guerra, reglamentar carnicerías, pesar culpa contra culpa y formar causa a la ley natural? Pero si la historia natural del hombre puede calificarse de historia humana, eso se debe precisamente a la lucha de la humanidad para dominar la Naturaleza, moderar la brutalidad aborigen, y defraudar la fatalidad con el libre albedrío. Entre las matanzas de Guadalajara y las de Tacubaya había, por lo menos, una señalada diferencia antropológica: los primeros no fueron cometidos contra no combatientes ni aprobados por un comandante responsable, y aunque el margen era tenue, bastaba para que la diferencia fuera fulminante. El día 11 de abril de 1859 señalaba una crisis en la tensión siempre más febril de la guerra civil, que deliraba al borde del abismo. La brecha practicada en las reglas convencionales de la guerra revelaba la verdadera naturaleza de una lucha que buscaba y encontraba su propia ley, rompiendo los pobres frenos con los cuales Miramón y su casta pretendieron combatir caballerosamente. El trasfondo emergía, y la verdad inhumana alcanzaba la cima, y Márquez era su campeón. La irrupción del ser prehistórico era ominosa para sus asociados y sus adversarios por igual, porque, mientras mil otras ofensas pasaron inadvertidas, los atentados de Tacubaya llamaron la atención del extranjero y fueron denunciados ante la opinión mundial.

El sacrificio de los enfermos y heridos y de los médicos, sagrados por su mismo oficio, daba al exceso precisamente aquel ápice de plusvalía necesaria para inclinar las simpatías vacilantes y la neutralidad tolerante del mundo exterior: transgresión de la medida justa que superaba a todos los precedentes y excedía a todos los límites; abuso de la mediocridad cruel que resultaba más de lo que la costumbre sabía digerir, y que ultrajaba la conciencia pública en el tierno siglo xtx. El clamor era vivo y duradero, porque no se le permitió que muriera. Los liberales ocultos en la capital explotaron sus mártires. Antes de que su sangre se secara, brotó un folleto anónimo que burló las pesquisas de la policía. Los arrestos realizados a diestro y siniestro no detuvieron la circulación del volante; la especie volandera llegó a Veracruz;

McLane la recogió, Bucbanan incorporó la protesta en su siguiente informe al Congreso. Pero no hacía falta la propaganda sistemática: la sensación se divulgó, espontánea e incontenible, y muchos conservadores, rehuyendo la vergüenza de la publicidad, volvieron las espaldas al gobierno culpable de tanta indiscreción, y para contrarrestar tan inopinada reacción el gobierno levantó un clamoreo propio.

Un tema estaba al alcance de la mano —inflamable, infalible, fulminante. En un contrataque concertado, y valiéndose de todos los órganos de publicidad a su disposición, el gobierno de Tacubaya denunció el reconocimiento norteamericano del gobierno de Veracruz, publicó la correspondencia diplomática de Forsyth y protestó de antemano contra todo tratado que entrañara la enajenación del territorio nacional. La cencerrada comenzó el 21 de abril, y para el 1.º de mayo el cónsul norteamericano en la capital creyó de su deber avisar a McLane que no sería difícil que el clamoreo favoreciera las veleidades de intervención ya manifestadas por los ministros de Francia y de la Gran Bretaña.

Aunque meros instrumentos de viento, ambos eran órganos de publicidad peligrosos, porque soplaban fuerte «y siempre han presentado a sus gobiernos, como pretextos para tal acción, los proyectos peligrosos del Coloso del Norte. La publicación, pues, en estos momentos de la correspondencia de Mr. Forsyth con el ministro de Relaciones de México es muy indicadora del temor de los despachos que expedirán los ministros británico y francés… Por equivocados que estén estos señores, en realidad sus despachos no pueden menos que llevar algún peso con sus respectivos gobiernos, hasta el día en que los hechos vengan a refutar sus suposiciones… El ministro francés, por supuesto, se meneará violentamente con tal propósito. Indiscutiblemente, Mr. Otway colaborará con su colega francés y mandará órdenes para la toma de una actitud hostil contra Veracruz inmediatamente —sin importarle que el paso sea autorizado o no por sus instrucciones. Quedo enterado de que ha declarado su determinación de aprovechar la primera oportunidad para aplastar al gobierno reconocido por los Estados Unidos… Aunque creo que el tono de las instrucciones de los gobiernos inglés y francés que llegarán con este correo será pacífico, y que el juego entre Gabriac y Penaud quedará en suspenso, es de temerse que el correo siguiente llevará directivas e instrucciones para que los ministros francés y británico impongan indemnizaciones por los atropellos cometidos contra sus súbditos; y no obstante que dichos atropellos han sido

cometidos todos por los generales de la facción clerical, los ministros se aprovecharán gustosos de la oportunidad de apoderarse de Veracruz y de arrastrar así a sus gobiernos en el primer paso para efectuar la intervención europea. Me parece muy temible tal eventualidad, sabiendo que es un elemento importante en el programa de Gabriac. Si fuera posible, creo que nuestro gobierno debería adoptar medidas preventivas muy fuertes». Específicamente, propuso la ocupación de la fortaleza a la entrada del puerto y «enarbolar cuanto antes en aquel punto la bandera de las Barras y las Estrellas».

De estos consejos McLane adoptó los más fáciles. Como medida preventiva, la más fuerte era la de cambiar la conversación. La cencerrada dirigida contra Veracruz provocó un clamor contrario y una defensa unida. Ocampo se encolerizó en términos diplomáticos y rechazó la protesta contra el tratado pendiente en una larga y vehemente respuesta que parafraseaba la réplica del comal llamando negro a la olla. Recapitulando los antecedentes de la reacción en dicha materia, dedicó una estocada por cornada al ministro que redactó la protesta y terminó diciendo: «No hay pues, que atender a los que con un hipócrita celo del honor nacional aparentan escandalizarse, horripilarse ante la idea de disminuir el territorio, cuando a sus torpezas se debe la separación de Tejas, los actos que prepararon el tratado de paz de Guadalupe y el negocio todo de la Mesilla, en que se perdieron las únicas ventajas del de Guadalupe, y que fue obra del imprudente señor Bonilla. A pesar de toda protesta, la nación, que no necesita de oficiosos tutores, hará lo que más le convenga, y las vanas palabras de un funcionario usurpador no tendrán más resultado que el que le permita la ilustrada soberanía de la República». Sin embargo, la carta que espetó a Bonilla quedó corta, y la mejor respuesta la dejó en el tintero: si los conservadores, que siempre habían identificado el patriotismo con la integridad del territorio, estaban dispuestos al sacrificio, y así lo habían demostrado al tratar con Forsyth, esto significaba que la cuestión social superaba en importancia a la cuestión territorial para ambos bandos; pero Ocampo sacrificó la defensa fundamental a la furia de la disputa. McLane tomó cartas en el asunto con una defensa de Forsyth y de la política norteamericana, notable al igual por su entereza y su reticencia y por el embarazo manifestado en su fina habilidad verbal. Secundando a Ocampo, pero sin quedarse a la defensiva, denunció las atrocidades de Tacubaya y reclamó la pena de muerte para los responsables, aprovechando la circunstancia de que el médico en jefe del

hospital se había naturalizado alguna vez en los Estados Unidos. Bonilla contestó con una alusión cáustica a la vigencia de la ley Lynch en el culto país representado por el ministro norteamericano. Siguió un vivo fuego cruzado de recriminaciones recíprocas entre los tres ministros cuyo único resultado fue, cuando se interrumpió el fuego, que el ministro norteamericano había sido personalmente ofendido al grado de convertirse en partidario declarado del gobierno liberal. Después de cambiar la conversación tantas veces, la medida preventiva más fuerte era la de darla por terminada. Los cargos lanzados por el gobierno de Tacubaya quedaban en pie, sin refutación; sólo los hechos podrían desmentir las cartas de Forsyth, y el mejor modo de desacreditar la acusación era, evidentemente, dejarla sin contestación, hasta que el tiempo se encargase de responder a su presunción. El momento era el menos indicado, con complicaciones internacionales a la vista, para discutir la Baja California; y consecuentemente Ocampo y McLane cortaron también la plática, dejando la materia pesada del tratado en suspenso…

Lo que no podía aplazarse, sin embargo, era la urgencia apremiante de agenciar recursos después del desastre de Tacubaya. Degollado era, como siempre, impertérrito. Reorganizando sus fuerzas dispersas en Michoacán, se dedicó con valor invicto y fe infatigable a repetir su acostumbrado milagro de recuperación. Había perdido una batalla; confiaba en ganar la guerra; pero en aquella batalla había perdido mucha de la reputación ganada en un año de pruebas y errores. Había incurrido en errores elementales; en su prisa por atacar a la capital, había dejado abierto su flanco al enemigo y había sido sorprendido y cargado, por castigo, con los trofeos espectrales de Tacubaya; y en las proximidades del cuartel general se esperaba con impaciencia su renuncia al mando. Ante la oficialidad el caudillo era ya un fracasado; tildado de nulidad, se le achacaban sus errores, se le culpaba de las fatalidades que el triunfo hubiese evitado, se lamentaba —signo funesto— su clemencia con los presos, y se le atribuía la desmoralización del ejército. Su conciencia le vedaba dimitir en la hora de la desgracia, cuando sus dotes peculiares eran indispensables, y se defendió insistiendo en que su derrota había salvado a Veracruz; pero el efecto del desastre era indiscutible y ni siquiera aquel fénix de las armas era capaz de resucitar sin auxilio; y después de varios intentos de salir de las cenizas, se marchó, a fines de mayo, a Veracruz para exponer la situación ante el Presidente.

Mutilado, desprestigiado, pero indomable, Degollado apeló

al gobierno con toda la pujanza de la catástrofe. Su misma presencia en Veracruz significaba un reproche, y su solicitud coincidía con los consejos particulares que el Presidente recibía de un amigo de confianza en la capital, un viejo estadista que se atrevía como patriota, partidario, y antiguo ministro, a servirle de guía político. Este veterano también planteó el problema con una fuerza apremiante que rayaba en reproche respetuoso. Degollado —dijo— no tenía la culpa de la hecatombe en Tacubaya; hizo lo posible con los elementos disponibles y sólo con amenazar a la capital había salvado a Veracruz; reparar el desastre era, pues, la obligación inexcusable del gobierno civil, y los medios estaban al alcance de la mano. Miramón se hallaba al borde de la bancarrota, tratando de salvarse con las tretas más desesperadas, vendiendo a la casa bancaria de Jecker, Torre & Cía. las propiedades de los Colegios de Ciencias y Artes, Medicina y Agricultura, y dichas instituciones estaban por cerrar sus puertas. El primer interés sacrificado por la reacción a su propia conservación era, por supuesto, la educación pública; el siguiente sería el capital eclesiástico. Miramón pedía un millón de pesos para seguir operando; amenazaba con nacionalizar los bienes del clero, y una sacudida del gabinete era inminente; pero antes de recurrir a tales extremos «se acabará poco a poco con los bienes de manos muertas mediante hipotecas y ventas en que el principal interesado será Jecker». Ahora bien: ¿por qué Jecker? ¿Por qué había de ser el beneficiario un banquero? ¿Por qué no Juárez? «Yo creo que es ya tiempo de que usted decrete la completa nacionalización de todos los bienes de manos muertas, respetando los derechos adquiridos por los adjudicatarios. Así se evitarán estos despilfarros y el mismo clero no se sorprenderá de una medida que tiene por inevitable. Recuerdo que tiene proyectos muy estudiados por el señor Lerdo, y por lo mismo será inútil y ridículo hacer más mis canciones. Lo que sí creo que debe hacer es aprovechar la oportunidad, pues no hay por qué retardar todavía una medida tanto tiempo ya esperada».

A falta de ese recurso, no había más que el tratado norteamericano, alternativa que el patriota sopesó con sumo cuidado. «Dejando a un lado las declamaciones, los insultos y las calumnias de la prensa reaccionaria, con motivo de la recepción del ministro norteamericano, no puedo negar que la publicación de las cartas cambiadas entre Forsyth y Cuevas sobre la elaboración de un nuevo tratado haya sido un motivo para serias alarmas, pues se creía que los buenos vecinos del Norte tendrían las mismas pretensiones que tuvieron antes… Por

desgracia, es cierto cuanto se diga para demostrar nuestra impotencia de conservar en utilidad del mundo nuestros desiertos del Norte; pero sobre estas cuestiones de interés material pesan las de honor y dignidad y los tristes recuerdos del Tratado de Guadalupe y de la venta de la Mesilla… Estas razones, que juzgo innecesario ampliar, me hacen desear ardientemente que el gobierno no consienta en ninguna cesión de territorio ni en el arreglo de reclamaciones propuesto por Forsyth». Pero el aviso iba acompañado de estímulo. «¿Bajo qué bases tratar entonces con los Estados Unidos, se dirá, si se desechan estos dos puntos capitales?». Se asomaba una magnífica oportunidad para que Buchanan pasara a la historia como uno de los estadistas más esclarecidos de América, iniciando una política nueva y desinteresada de buena vecindad. «Si los Estados Unidos quieren realmente inaugurar una política continental y generosa en América, si quieren amparar a las otras repúblicas y servir la libertad universal, no necesitan para esto de unas leguas de tierra a costa nuestra ni de intrincarse en cuestiones de dólares para no hacer justicia a nuestros reclamantes: ventajas más gloriosas y más positivas pueden sacar en el Continente, si elevan un poco sus miras sobre inmediatos intereses materiales. Yo que veo pasar en el mundo como cosa lícita, y aun útil en la opinión de muchos el pacto que se llama la Santa Alianza, que fue el convenio de los tronos de ampararse mutuamente a costa de los pueblos, para privarles de toda libertad, creo que es lícito y conveniente a los pueblos unirse para consolidar sus instituciones y librarse de perecer destrozados por la anarquía y el despotismo; de que reinen la paz, el orden y la prosperidad en las Repúblicas de América resultan ventajas no sólo a ellos, sino al mundo entero, y nada habría que decirse contra el gobierno de México que tuviera la fortuna de asegurar el porvenir del país… Tal ventaja no podría obtenerse sino en virtud de grandes concesiones…». Sin embargo, dado el premio, se sentía dispuesto a todos los sacrificios, menos la cesión territorial: los tránsitos y las concesiones comerciales representaban un precio muy moderado para lograr una alianza santa en el interés democrático. «Los Estados Unidos obtendrán ventajas incalculables que la Europa envidiará pero que no podrá disputarles. Con todo esto, además, podemos contar inmediatamente con recursos y en el porvenir con una hacienda rica y floreciente». En conclusión, se disculpó de ofrecer al gobierno un consejo oficioso, en virtud «del interés que como liberal y como amigo particular de ustedes tengo de su buen nombre. Demasiado conozco su patriotismo y su abnegación, sé

que no omitirán esfuerzo para la República y sé también que en todo esto tenemos una gran garantía en la inteligencia y la acrisolada honradez de nuestro amigo Mata. Todo esto me ha estimulado a hablar con perfecta franqueza, y augurándole todo éxito en sus labores, no seré yo quien censure las concesiones que quizás tendrá usted que hacer a la necesidad imperiosa».

Entre estas alternativas, Juárez no vaciló más: demasiado había vacilado ya para su bien, y el amigo dejó en el tintero algunas consideraciones harto conocidas y harto penosas para ponerlas por escrito. Entre los combatientes liberales, tanto los que campeaban con la pluma como aquellos que luchaban con la espada, crecían el descontento y la impaciencia con la inactividad de su gobierno. La guerra tenía ya más de un año de imperar, variable y desastrosa, triunfando espasmódicamente, fracasando inevitablemente, ¿y dónde estaba la contribución de los gobernantes civiles? Bien atrincherados en Veracruz, ¿qué elementos habían aportado a la lucha? ¿Los nervios de la guerra o la obesidad? ¿Cumplían, cuando menos, con su deber ideológico, prestando a la causa la inspiración revolucionaria que tanto se necesitaba? Estas preguntas se repetían y se divulgaban, siempre más pertinaces, y ya no era posible acallarlas o eludirlas en 1859. Degollado y el viejo estadista llevaban la voz de México. Hasta en los Estados Unidos la prensa de todos los colores abogaba por obtener ayuda material para el gobierno liberal, y no obstante, Mata no estaba más adelantado que a principios de su misión en Washington. Churchwell ofreció abonarle un empréstito en Wall Street, en anticipación del tratado pendiente, pero el negocio fracasó por falta de garantías; la contemporización se pagaba en la misma moneda, y el valor bursátil del reconocimiento otorgado estaba ya en baja. Buchanan pretendía ahora que no se debía compensación alguna a México por los tránsitos, ya que esto equivaldría a pagar por los beneficios que la iniciativa norteamericana acarrearía al país, y decía que cualquier remuneración convenida con McLane sería una regalía; el regateo embargaba la guerra y todo dependía —inclusive la reelección de Buchanan — del gran negocio que quedaba en suspenso. «Es una especie de manía —reiteraba Mata— la que este señor tiene de señalar su periodo con alguna adquisición territorial, y como su proyecto respecto de Cuba ha sido para él un terrible fracaso, quisiera hallar la compensación del lado de México». Con la manía no se discutía, y después de pasar un año en Washington, Mata estaba casi resignado a contribuir a la reelección del Presidente de los Estados Unidos con la circunscripción de la

Baja California. Mas no así el Presidente de México. Entre el futurismo del mandatario estadounidense y el porvenir de su patria, la alternativa no era dudosa; ante la disyuntiva de la enajenación del territorio o de la nacionalización de los bienes del clero, el estadista no tardó en optar; y cumpliendo con el mandato para el cual se vio elegido por la historia, y elevándose lento y firme a la altura de sus responsabilidades, cargado de años fecundos y apoyado por la voz activa y pasiva de vivos y muertos, Juárez decretó las Leyes de Reforma.

4

La primera de las Leyes de Reforma, base y cimiento de las demás, vio la luz el 12 de julio de 1859 en la forma de un decreto presidencial que nacionalizaba los bienes del clero. Siguieron de cerca las reformas anexas: la separación de la Iglesia y el Estado (12 de julio); la exclaustración de monjas y frailes y la extinción de corporaciones eclesiásticas (12 de julio); el registro civil para los actos de nacimiento, matrimonio y defunción (23 de julio); la secularización de los cementerios (31 de julio) y de las fiestas públicas (11 de agosto). La libertad de cultos, culminación lógica y coronamiento de las demás, fue reservada para una fecha posterior, pero vino anunciada en el programa promulgado el 12 de julio de 1859, fecha que hizo época en los fastos de la historia mexicana. Concebidas integralmente, las Leyes de Reforma proclamaban la emancipación del poder civil, realizaban las promesas y llenaban las omisiones de la Constitución de 1857, y constituían una segunda declaración de independencia nacional, que proporcionaba al partido progresista un porvenir que reanimaba la fe de los combatientes.

La palabra *progreso* fue arrancada al enemigo y restituida a sus dueños legítimos; y al reabrir la discusión, declarada terminada hacía seis meses por Miramón, el efecto fue dinámico para ambos bandos. En esa misma fecha Miramón expidió también una proclama, en anticipación de la otra, comprometiéndose una vez más a destruir la *Ley Juárez*, la *Ley Lerdo* y todos sus corolarios, y a defender «los intereses de la Iglesia, sosteniendo vigorosamente las prerrogativas y la independencia de esa institución»; pero confesando al mismo tiempo que, a pesar de los triunfos incontestables de sus armas, la causa no había adelantado y nadie sabía cuándo ni cómo habría de terminarse la guerra; y concluyó exhortando al país a responder «al hermoso grito de reacción» de que se gloriaba: la palabra *progreso* ya no figuraba en sus filas.

Más elocuente fue el efecto en las filas liberales. Los cansados, los medrosos, los quebrados, los díscolos, los vencidos, recobraron ánimo de la noche a la mañana y volvieron a la lucha con redoblado vigor. Doblado se reintegró a la guerra, ofreciendo su espada a Degollado y una disculpa a su partido. En una proclama al pueblo de Guanajuato, la veleta perenne se rehabilitó vigorosamente. No había defeccionado; nunca había dudado de su deber; si se había retirado del combate fue por la imposibilidad de sostenerlo y obedeciendo a motivos honrosos

y patrióticos, pues temía primero precipitar, y en seguida, prolongar una lucha desastrosa que acabaría por resquebrajar al país, renovando todos los horrores de la guerra de Independencia. Al capitular con el enemigo en marzo de 1858, «pesó más en mi corazón el porvenir de los propietarios y la sangre de los proletarios del estado que el sostenimiento de un principio que en cualquier tiempo podía reconquistarse, y me decidí al peligroso papel de ser yo el que primero diese el ejemplo de orillar las cosas a un acomodamiento pacífico que salvase las fortunas y las vidas de los guanajuatenses». Pero todo había sido inútil: «Los acontecimientos que después han tenido lugar me han demostrado con harto sentimiento mío, que el sacrificio que hice al capitular fue infructuoso, porque el país se ha visto hundido en una guerra asoladora, cuya conclusión es ya una necesidad apremiantísima. La reacción, violando con escándalo la fe sagrada de los tratados, castigando las simples opiniones, celebrando con regocijos la perpetración de asesinatos sin ejemplo, persiguiendo sin distinción a toda clase de personas, por medio de una policía arbitraria y corrompida, provocando las represalias con iniquidades y atentados inauditos, ha obstruido torpemente los caminos por donde se habría podido llegar a un término pacífico y ha hecho que el liberal, que es el partido nacional, avance de una vez en el camino de las reformas, afrontando definitivamente todas las que estaban indicadas mucho tiempo hace, como el remedio radical de los males envejecidos que nos legó la dominación española». Gracias a la promulgación de las Leyes de Reforma, ya podía cantar la palinodia de todas sus dudas: «Esas supremas disposiciones han fijado la cuestión de una manera tan neta y precisa, que después de ellas nadie puede dudar acerca del partido que debe abrazar y ellas han enarbolado una bandera saludada con entusiasmo del uno al otro extremo de la República y encomiada por todas las naciones extranjeras que ven con gusto que al fin en México se resuelve la cuestión de potestad y bienes eclesiásticos en el mismo sentido que ellas la habían resuelto muchos años antes». Y pasando de la contemporización a la contemporaneidad, fue el primero en entonar el coro matutino con voz tónica y en exhortar a los tibios y a los trasnochados a seguir su ejemplo. La apología de Doblado, al igual que el reto de Miramón, era una reacción automática que demostraba palmariamente la virtud mercurial de la Proclama de Emancipación.

Pero, por tonificante que fuera el efecto en las filas del partido, el Presidente que la promulgó sacó poco provecho de la

medida que hizo cantar la revolución. Cuando al fin Juárez se elevó a la altura de su mandato revolucionario, el rayo cayó retardado y la fulminación embotada por una combinación de circunstancias que amortiguaban el impacto. La política personalista cobró fuerza con el primer acto trascendental de su gobierno, y el crédito de las Leyes de Reforma, aunque colectivo, fue generalmente atribuido a Lerdo de Tejada, que llegó a Veracruz resuelto a terminar la reforma que había iniciado, si no mal, manca y tentativamente, en 1856. Las causas de esta parcialidad no eran difíciles de descifrar. Al incorporarse al gobierno, Lerdo llevaba dos ventajas: un programa radical y una personalidad dominante. El programa, revelado a Churchwell como su obra maestra, confirmaba su fama de estadista emprendedor, que el agente norteamericano recibió a fe de bueno, y con la misma confianza con que daba por comprobado que Juárez era un político tímido y receloso, y Ocampo, un idealista temperamental e intratable. Todas estas conclusiones estaban basadas en la voz de la calle. Colocado en el gabinete a ruego de Churchwell, con la garantía de sus simpatías pro-norteamericanas, Lerdo decepcionó a sus fiadores. McLane lo encontró «muy adverso a toda cesión territorial, lo mismo que a toda política nueva y acometedora respecto a las relaciones exteriores del país». En cambio, una política nueva y acometedora en las relaciones internas era la que recomendaba a sus colegas para evitar los peligros del tratado, y abogaba con porfía por la adopción del programa de reformas. A tal política no había oposición, pues sus ideas eran idénticas a las suyas. Sin embargo, divergencias de criterio se manifestaron en el seno del gobierno que más de una vez amenazaron con disolver la colaboración de sus miembros.

La última de estas crisis apareció en vísperas de la adopción del programa. Ya aprobada la providencia, Lerdo renunció achacando al Presidente la responsabilidad de su dimisión. «Usted y yo hacemos un esfuerzo que no puede convenir a nosotros mismos ni a la causa que defendemos —le expuso en su carta de despedida—. Usted está obrando contra sus ideas, y a mí me falta por esta razón la confianza que se requiere para entrar de lleno en el difícil camino que a mi juicio se debe adoptar. ¿Cómo puede ser bueno este principio al acometer una empresa tan espinosa como lo es la reforma radical de una sociedad como la nuestra? Mil veces preferible es para todos que yo me separe y que usted siga sus propias inspiraciones. Esto tendría que suceder, al fin, el día menos pensado, y vale más que sea antes de comprometer la situación en una vía que no es

enteramente conforme con la idea de usted». Juárez contestó deplorando la idea de una discrepancia que no existía de hecho, declarándose incapaz de explicársela, y dejando entender muy discretamente que el malentendimiento era intencionado, persuadió a Lerdo para que retirara su renuncia. Ocho días más tarde, salió el programa, tras una rápida lectura en el Consejo de ministros, con una precipitación tan conspicua como lo era el juicio que lo adjudicó al influjo de Lerdo.

¿Cuáles fueron esas divergencias? Nunca se revelaron; pero eran fácilmente adivinables. La tirantez que se manifestó en el gabinete desde el día en que Lerdo entró a formar parte del gobierno era tan visible que saltaba a los ojos. No eran discrepancias de principio, ni de política, las que separaban al ministro del Presidente, sino de personalidad y de paso. Mucho antes de llegar Lerdo a Veracruz, se habían adoptado las Leyes de Reforma en principio, pero la prueba de la política era su oportunidad, y el tino que Juárez siempre había demostrado en aquel respecto fue puesto en duda por su larga tardanza en decretarlas. Las razones estaban hondamente arraigadas en su temperamento y educación, y Lerdo no tenía ni el tiempo ni la paciencia, si es que tenía el deseo, de apreciarlas. Lo que le contrariaba era la ponderación de una mentalidad que era judicial antes de ser revolucionaria. La expropiación de los bienes eclesiásticos, propuesta por Prieto un año antes, había sido aplazada hasta una fecha favorable, y antes de convencerse de que había llegado la hora, Juárez tuvo que vencer escrúpulos y vacilaciones y tendencias mentales que, juzgadas por el criterio del político práctico o del revolucionario dogmático, no pasaban de ser evasivas, inspiradas por la timidez política. Para el jurisconsulto, la providencia representaba el despojo arbitrario de intereses creados; para el estadista, la conveniencia de la medida era dudosa en plena guerra; para el reformador, resultaba preferible reservarla para la terminación de la lucha; y para el Presidente provisional, su derecho de decretarla sin la aprobación del Congreso era discutible. De estos escrúpulos, el último era sin duda el más tenaz, pero el freno legal no resistió a la razón revolucionaria. La dictadura —funesta en manos de Comonfort— era imperativa en 1859, precisamente para salvar la Constitución, y los progresistas la pedían a voces en el campo de batalla, en la prensa, en el consejo y hasta en el extranjero. «Paréceme no sólo brillante, sino justo y político lo que usted se propone, tocante a la bestia de la Apocalipsis: esto es, los bienes de los mystagogos —escribió a Ocampo un amigo, secretario de la Legación en París—. Por Dios, amigo, piensa usted en que ya

triunfamos: piensa en que ya tendremos un Congreso que coarte las facultades del Ejecutivo, en que los moderados y los serviles tienen voz en el capítulo, en que desde la primera sesión conspirarán contra ustedes, en que *a coup* de votaciones les destruyen los proyectos de ley más bien combinados y en que por no querer ir ustedes contra la Constitución, los que más la han combatido se servirán de ella para impedir que hagan ustedes nada de provecho, para enajenarles el prestigio popular, y en suma, para que el pueblo sea su primera víctima. ¡Cómo! la sociedad dice a ustedes ¡defiéndeme!, ¡sálvame!, ¿y ustedes se desarmarían? *Dictadura, dictadura temporal si usted quiere...*» pero de todos modos dictadura: dictadura que ya existía de hecho y a la cual sólo le faltaba el derecho que daba el progreso. Y la razón revolucionaria se impuso por motivos prácticos: el edicto era una providencia de guerra y la circunspección del Presidente acabó por ceder a una combinación de circunstancias imperiosas: la miseria de Degollado, la necesidad apremiante de agenciar recursos y de anticiparse al adversario en el mismo plan, y la posibilidad de eludir la presión de la diplomacia norteamericana. Con estas consideraciones las recomendaciones de Lerdo coincidieron; pero los hechos y no Lerdo dictaron su determinación.

Las dificultades no paraban ahí. Al incorporarse al gobierno, Lerdo no se incorporó a la familia oficial que lo integraba: antes bien, parecía un pariente remoto que llegaba en un momento difícil para dirigir la cosa pública, para subsanar una administración que había sido notoriamente descuidada y mal manejada, y para patrocinar a sus miembros. Tal fue, cuando menos, la impresión que dejó entre sus colegas. A veces tenían la impresión de ser parientes pobres que apenas merecían la atención del bienhechor. La suficiencia del ministro hacía superflua toda colaboración y estorbaba su independencia, y a pesar de su cortesía pundonorosa, Lerdo no lograba disimular una actitud informal hacia sus colegas y hasta con el señor Presidente; especialmente con él. Con el tacto que le caracterizaba, Juárez hizo caso omiso de tanta presunción, pero sus amigos, menos sufridos, se indignaron profundamente. Ocampo, el más allegado de ellos, aguantó la situación en silencio lo más que pudo, pero cuando al fin le fue posible hablar alto, se acordó airosamente de «la superioridad con que nos veía el señor Lerdo, afectación que lo conducía a veces hasta a groserías increíbles en una persona de su educación; por ejemplo, a no concurrir en muchas veces a citas que convenía con el señor Presidente, o a llamadas que éste le hacía. Tan

buena era la voluntad que yo tenía de que permaneciésemos unidos, que al señor Lerdo aguanté entonces lo que nunca ni a nadie hubiera sufrido en otras circunstancias». Y desahogándose por completo, lo acusó de haber conspirado, desde los primeros días de la guerra, para sustituir al Presidente: ambición «que explica clara y satisfactoriamente toda la conducta del señor Lerdo, respecto al descrédito que con tanto ardor procuró echar sobre *la apatía, debilidad, ininteligencia* del gobierno del señor Juárez. No había recursos pecuniarios con qué impulsar la guerra, y aunque esto se palpaba por todos, el natural deseo que todos tenían de que terminara hacía olvidar con frecuencia tal falta y atribuirla a la de energía o de inteligencia». El antagonismo entre Lerdo y Ocampo, dotado él también de un temperamento perentorio e impaciente de contradicción, se convirtió en una querella oculta, tanto más acre por ser sofocada en aras de la discreción. Pequeñas mortificaciones perduraron en la memoria de Ocampo, porque provocaban una antipatía más profunda entre los dos prohombres. Fundamentalmente, su resentimiento se debía a la intrusión del elemento personalista, que se había logrado excluir del gobierno hasta entonces, y que desconcertaba tanto a él como al Presidente. Ni el uno ni el otro tenían las aptitudes del político profesional y no sabían disputar la superioridad de Lerdo en esa materia. El ministro era todo un maestro y tenía el don supremo de disimular su arte. Inconscientemente quizás, e imperceptiblemente, sin duda, logró opacar a sus colegas y relegarlos a la sombra, acaparando sus ideas, anticipando sus intenciones, monopolizando sus méritos, y llamando la atención pública sin solicitarla. Contra una influencia tan sutil, Ocampo estaba sin defensas. El filósofo, que siempre había protestado contra el culto al caudillismo, insistiendo en su inocencia que cualquier liberal pudiera ser el representante —no el jefe— de una idea dominante, se encontraba ahora frente al hecho indisputable de una personalidad prepotente que se adueñaba de un programa sobre el cual ninguno tenía derechos de propiedad o de prioridad patentizados. Y como Lerdo no desmentía tan grata atribución, y sus colegas se callaron en aras de la solidaridad, la suposición cobró asenso a la sazón.

Y en aquel momento las personalidades contaban por mucho. El ardor revolucionario, excitado por las Leyes de Reforma, exigía una figura que encarnara la idea. En los círculos radicales Lerdo pasaba por ser aquel mortal y la estatura del Presidente padeció, por comparación, la disminución correspondiente. Las posiciones respectivas de los dos

prohombres, que iniciaron sus carreras revolucionarias al mismo tiempo, estaban completamente invertidas: el impulso dado al movimiento por Juárez cuatro años antes había pasado tan patentemente a manos de Lerdo que, en vez de conducir, el Presidente parecía conducido; y entre los lerdistas se le reputaba un peso muerto y un estorbo para el movimiento. En la prensa de vanguardia se deploraba su irresolución, su ineptitud y su apatía, y se lamentaba el hecho de que «a todos los golpes de la fortuna opone la insensibilidad, el fatalismo, la inercia propia de su raza». Y la queja, a pesar de los motivos evidentes que la inspiraban, planteaba un problema fatídico: a saber, si fuera posible que jamás el hijo de una raza subyugada venciera sus limitaciones seculares, superando la prudencia, la paciencia, las virtudes mansas de los vencidos, para alcanzar la autoridad indispensable para cumplir con su responsabilidad. A tales miserias había llegado la guerra, que en el momento mismo en que las Leyes de Reforma respondieron al reto y aseguraban su eminencia en la historia, Juárez era el miembro más desprestigiado de su partido.

Sus amigos mordieron el freno en silencio y dejaron el dictamen a la posteridad —la prueba de la medida era todavía su oportunidad—. Juzgadas por el criterio de la política práctica, las Leyes de Reforma eran un expediente bélico, expedito para satisfacer una emergencia inmediata, y como tal representaba un parto forzoso. Apenas verificado el alumbramiento, Lerdo salió hacia los Estados Unidos para conseguir crédito en aquel mercado, llevando como garantía la confiscación del capital eclesiástico. El crédito político que cosechó del programa entero descansaba, en realidad, sobre el crédito financiero conseguible con los asignados revolucionarios, y su reputación de mago financiero era indisputable cuando se embarcó para los Estados Unidos. Pero hizo la cuenta sin la huéspeda. Por el mismo paquete salió una comunicación de McLane al Departamento de Estado. «Si lograse negociar un empréstito en los Estados Unidos con los bienes del clero como hipoteca o garantía —señalaba el ministro— es poco probable que él o sus colegas convengan en ceder la Baja California, en las condiciones actuales del gobierno constitucional. En cambio, si fracasa en esta negociación, estoy seguro de que ya no contrariará la cesión; antes bien, la apoyará». Huelga decir que Lerdo fracasó.

La estrategia política de la Proclama de Emancipación era bastante clara para que ese resultado fuese asegurado de antemano. La eficacia de las Leyes de Reforma, como expediente bélico, empero, era lo que menos importaba para

Juárez. «Tengo mucho gusto en remitirle el decreto que acabo de firmar —escribió a un amigo con fecha 12 de julio—. Ya verá usted que las cosas más importantes que contiene son la independencia absoluta del poder civil y la libertad de cultos. Para mí éstos fueron los puntos capitales que había que conquistar con esta revolución, y si triunfamos tendremos la satisfacción de haber prestado un servicio a nuestra patria y a la humanidad. Le acompaño también el programa que acaba de publicarse, en el cual se han votado otras medidas tendentes a mejorar la condición de esta sociedad». De estas otras medidas la nacionalización de los bienes del clero era una, pero distaba mucho de ser la principal. Para Juárez, la ley inicial, bien que fundamental para subvertir la fuerza económica y el poder político del clero, y provechosa como fuente de recursos bélicos, no era más que la palanca material que levantaba, que libraba y que apoyaba la estructura ideal de una sociedad laica; era una reforma para fomentar lo futuro y una contribución a la posteridad. Pero los dos aspectos eran inseparables, y lo oportuno de la reforma era un elemento que influyó también en su fama futura, porque los combatientes ya habían tomado la iniciativa y anticipado muchos de los puntos capitales del programa, obrando por su propia autoridad. Santiago Vidaurri no había esperado la autorización para confiscar los bienes eclesiásticos en su territorio; ni González Ortega tampoco, expropiándolos espontáneamente e introduciendo el registro civil en Zacatecas; la disolución de las comunidades monásticas se verificaba ya en Michoacán.

Dondequiera que pasaba la guerra, la guerra misma se encargaba de secularizar la sociedad que aniquilaba; de suerte que la acción del Gobierno Supremo vino a ser, o a parecer, la ratificación tardía del hecho consumado y una concesión hecha al arranque de las filas y a la presión subiendo desde abajo y obligando al Presidente mismo a ceder a la razón en armas. Tal era, sin duda, la forma en que un legislador seguro encaminaría a su pueblo hacia la tierra de promisión, y fue una manifestación de su instinto político el que, antes de precipitarse en el terreno que los Constituyentes temían pisar, Juárez esperase hasta que el empuje popular vino a forzar y reforzar su marcha; pero su paso sincronizado sólo podía justipreciarse en las amplias perspectivas históricas, y lo único que se señalaba a la sazón era su circunspección crónica. Tardar hasta que le levantara la marea crecida, denotaba la sagacidad del gobernante demócrata; pero antes de ponerlo a flote, lo sumergía. Una política tan pausada, tan sana y discreta, tenía

poca espectacularidad y menos popularidad, y la consecuencia fue que, cuando el Presidente dictó las leyes que señalaban la consumación del movimiento, la vanguardia ya lo había propasado y lo juzgaba su representante más atrasado. Útil para medir el progreso popular, tal actitud era de buen augurio desde un punto de vista sereno e impersonal; pero su filosofía, fundada en el respeto a la opinión pública, lo condenaba a ser consumido por su prole política. Concibiendo su función como un conducto para las fuerzas populares, se identificaba integralmente con su cargo y se subordinaba a la voluntad de las fuerzas vivas de la nación; y al practicar tan literalmente la teoría democrática, se adelantaba a su época y sentaba un precedente singular y contraproducente en un periodo de transición tormentosa. La democracia era un ideal remoto para un pueblo sin experiencia de su disciplina y cuya historia había sido dictada siempre por la anarquía colectiva de sus caudillos; y la reserva del Presidente, su abnegación, su modestia personal, méritos reconocidos y respetados en su vida privada, resultaban virtudes negativas en el hombre público y fomentaban la noción de su nulidad.

Ahora bien, esta consecuencia no era sin importancia; su desprestigio personal era más que una desventaja individual; la desestimación del Presidente reaccionaba a la vez en el movimiento, fomentando la anarquía inherente del partido liberal y produciendo brotes de insubordinación entre los caudillos en campaña y de desafecto en las filas civiles. Acá y allá se manifestaba ya en el verano de 1859 una tendencia incipiente a independizarse del control del Gobierno central. En Guerrero la prensa protestaba contra las guerrillas hambrientas e indisciplinadas que desolaban el estado y achacaba la responsabilidad a la improvidencia del Presidente. «Don Benito Juárez ni ha sabido ni intenta moralizar la revolución— rezaba la protesta—; para no hacerla odiosa, deja hacer tanto a los buenos como a los malos, sin preocuparse de los males que causa su apatía y completa ineptitud. Es ya tiempo de que la Legislatura del estado declare cortar sus relaciones con un gobierno que sólo causa males». El Club Rojo local propuso que se circulara una petición entre los gobernadores de la liga exigiendo la renuncia del Presidente. «No admitimos más soberanía que la de los estados, quienes deben delegarla en manos de reconocida actividad. Don Benito Juárez sabe esperar sin padecer, no sabe obrar sacrificándose; no es el hombre de la revolución sino de la contrarrevolución». La severidad de la censura fue subrayada por la firma del denunciante: Ignacio

Altamirano, revolucionario ardiente y hermano de raza, que vindicaba la reputación del indígena por la energía con que fustigaba a don Benito Juárez.

La democracia era lejos de ser un sustituto para la autoridad personal, y al recibir el *¡Arre!* del pueblo, nada ganaba ni la una ni la otra; y las murmuraciones que soplaban entre la cosecha del verano de 1859 no tardaron en tomar forma. En septiembre, Santiago Vidaurri inició la secesión, retirando sus tropas de la campaña y su apoyo al gobierno con el pretexto de que lo que el país necesitaba era una dictadura progresista; y aunque la difusión de la defección fue cortada por Degollado, que expulsó al desertor del mando y del país, bastaba el incidente para demostrar hasta cuáles extremos la impaciencia con el Presidente era capaz de llegar.

El único ambiente, quizás, en que su reputación quedó intacta era en el campo enemigo. El enemigo le prodigó una celebridad tremenda. El enemigo tenía buena memoria y atribuyó las Leyes de Reforma al mal original de la *Ley Juárez*, la que a su vez no era más que un «remedo de las leyes francesas de 1793», y puesto que la historia profana no era sino la repetición de yerros ya comprobados, vaticinó que «los resultados no serán distintos de los que aquéllos produjeron, una fermentación social que, estallando con mortífera detonación dio al traste con los impíos, haciéndolos morir en el cadalso que ellos mismos habían levantado sobre una montaña de ruinas». El enemigo no le dio cuartel. El enemigo le dio lo merecido. El enemigo lo sepultó bajo una montaña de denuestos. El enemigo denunció al «déspota constitucional». El enemigo lo tachó de *socialista, materialista, ateo, traidor, americano*, y de todo este repertorio de epítetos sangrientos el último era, sin duda, el más mortífero, porque el enemigo se percató inmediatamente de la relación entre las Leyes de Reforma y el tratado norteamericano, y convencido de que el reconocimiento de los Estados Unidos garantizaba la expedición del código, recurrió al patriotismo como su última defensa. «Las llamadas leyes con que don Benito Juárez, reduciendo a términos con insolente descaro su sistema de materialismo, sus tendencias disolventes, sus proyectos traidores, han echado por tierra en México la unidad católica, destruyendo de un solo golpe el miserable patrimonio que había quedado a la Iglesia, secularizando las instituciones más santas y calumniando atrozmente la Iglesia católica y su ministerio sagrado, no son más que otras tantas palancas de que ha creído deber servirse para trastornar nuestra sociedad desde sus cimientos; no son

más que otras tantas prendas otorgadas a nuestros enemigos nacionales, que les garantizarán sobreabundantemente la indemnización que hayan de reclamar por la protección que presten a los traidores, y esa indemnización nunca consistirá en otra cosa que en el sacrificio infame de nuestra nacionalidad por entero». Esta línea fue propagada con un celo tan pertinaz, que por generaciones se siguió enseñando a mexicanos devotos y mal informados que el reformador que despojó a la Iglesia con una mano, entregó su patria con la otra.

La imposibilidad de conseguir un empréstito en los Estados Unidos con la garantía de los bienes del clero hizo ineludible la negociación del tratado. Antes de la salida de Lerdo, McLane volvió a sondearlo respecto a la cesión de la Baja California, y en su última conferencia, la resistencia que siempre había manifestado Lerdo a la venta —a menos que fuera a un precio exorbitante y en alguna fecha posterior, cuando tuviera consolidada su influencia en la marcha del gobierno— se modificó materialmente. Prevenido por McLane de las escasas posibilidades de conseguir crédito en los Estados Unidos sin la cesión territorial, Lerdo propuso a sus colegas que repensaran la oferta y que, a falta de otros recursos, se cediera la Baja California en 15 millones de dólares. Sin embargo, con la partida de Lerdo, que se embarcó preparado para recibir coces del Becerro de Oro, la oposición quedó inalterable y McLane se encontró frente a una fuerza en el gabinete que no supo identificar, y que era tan inflexible que se vio obligado a adoptar sus defensas y a hacerlas suyas. «La cesión de territorio es el acto soberano más grave y más trascendental que puede realizar un gobierno —avisó a Washington—; es dudoso, pues, si debiera realizarse en un momento en que un gobierno está combatiendo a otro para la posesión de imperio, y esta consideración vale tanto para quien compre como para quien ceda el territorio». Sin renunciar a la pretensión territorial, Washington convino en ponerla en reserva, pendiente del arreglo de la cuestión subsidiaria de los tránsitos; pero, a partir de esa fecha, se abandonó el regateo en realidad. La complacencia de Buchanan, en el momento mismo de tener acosada a la prensa, era notable, pero no inexplicable. Además de la agitación suscitada en México y del peligro de precipitar la intervención europea, dos elementos más se conjugaban para indicar lo impolítico del paso en aquel momento. Uno era la influencia de simpatía soberana para la causa liberal que cundía en los Estados Unidos; una de esas formas de intervención popular, nacida de motivos desinteresados, que a veces

trastornan los planes y fuerzan las manos de los políticos, la presión de la opinión pública obligó a Buchanan a subordinar el imperialismo a su reelección y a convenir en una concesión involuntaria a Veracruz. El otro contratiempo era la promulgación de las Leyes de Reforma. La confiscación del capital eclesiástico suministraba a la facción en bancarrota una fuente de recursos suficientes para prescindir del empréstito; y de todas las contingencias que se conjugaban para frustrar a Buchanan, ésta fue, sin duda, la más decisiva. Las Leyes de Reforma, promulgadas en la coyuntura más propia para asegurar su mayor rendimiento, demostraron una vez más el instinto político del Presidente y su intuición correcta del momento justo.

Eliminada la Baja California de la agenda, las negociaciones entraron en la fase decisiva. La limitación del negocio a los tránsitos facilitaba la tarea a McLane, pero le puso también en el caso de compensar la condición mayor con la menor; y no le faltaban los incentivos de Forsyth. Las formas de persuasión disponibles las aprovechó en su debido valor. La presión financiera valía mucho todavía, ya que la liquidación del capital eclesiástico se realizaba más rápidamente con una plumada que en la realidad. El caudal más valioso se encontraba en el territorio dominado por el gobierno clerical; en los estados ocupados por la liga liberal los recaudadores luchaban contra las acciones morales al decreto expoliador. La profanación de los edificios sagrados escandalizaba a las masas: pobres, pero tan piadosas como los propietarios, se sentían doblemente lesionadas, heridas a la vez en sus sentimientos de superstición y de posesión: los templos eran los palacios de los pobres, y a los pobres se les privaba de una ilusión de esplendor y de una vida de fantasías, que codiciaban más que las comodidades carnales. Las clases acomodadas, temiendo incurrir en las penas decretadas por la Iglesia contra sus despojadores, se mostraron tan pobres de espíritu como las masas; y los bienes del clero, amparados por la invendibilidad canónica y económica, burlaban la autoridad de los vándalos. Los únicos que aprovecharon el decreto eran los agiotistas, que anticipaban al gobierno los fondos para cubrir sus gastos corrientes y se lucraban con la guerra, sin salvarlo de la insolvencia; de modo que la liquidación del botín dejaba a McLane amplias posibilidades de operar al margen de las Leyes de Reforma.

No obstante, antes de concertarse el tratado, transcurrieron otros seis meses. Inclusive en su forma reducida McLane tropezó con obstáculos constantes y tenaces. El carácter del

ministro con quien le tocó tratar era uno de ellos. La excursión de Lerdo a los Estados Unidos eliminó del gabinete al espíritu maestro cuya mentalidad práctica era naturalmente pronorteamericana. Ocampo también era pronorteamericano, pero por la razón contraria, y bien para emular a Lerdo, bien para manifestar su propia idiosincrasia, tomó la iniciativa durante su ausencia. Adoptando la idea del viejo estadista, Ocampo propuso que se convirtiera el tratado en una alianza entre las dos Repúblicas para la defensa de las instituciones republicanas en América, ambición «que demostraba tan poca apreciación del poderío y de las condiciones relativas de México y de los Estados Unidos —observó McLane—, que no me sentía con ánimo de anticipar ningún provecho práctico de ella». Para que una alianza santa en el interés democrático produjera ventajas más gloriosas y más positivas que algunas leguas de tierra mexicana, había que hacer grandes concesiones al paladín de la libertad; y la gloria que le brindaba Ocampo no bastaba para sobornar al gobierno norteamericano. Disipado aquel malentendimiento, y reducida la discusión a términos razonables, la regulación de los tránsitos suscitó otras dificultades que ocasionaron más demoras. De éstas la más importante era el derecho, reclamado por McLane, de proteger los tránsitos con tropas norteamericanas. Aunque justificada por la perturbación del país, la condición vulneraba sentimientos insensibles a la razón, y después de pasar semanas en discusiones infructuosas, McLane quedó convencido de que con aquel idealista incorregible nunca llegaría a hablar el mismo lenguaje. La discusión terminó en un empate: Ocampo renunció, pero su sucesor era igualmente inflexible. McLane se marchó a Washington, pero a su regreso encontró a Ocampo otra vez en el Ministerio, y echó mano de su último argumento. Aprovechando el asesinato de un ciudadano norteamericano por Márquez durante su ausencia, adoptó la idea de una alianza propuesta por Ocampo, pero en un sentido unilateral, y recomendó a Washington una expedición punitiva contra Miramón, con o sin el consentimiento del gobierno de Juárez. El argumento convenció a Ocampo, el empate quedó roto, y la protección de los tránsitos fue otorgada, bajo determinadas condiciones. «Con mucha dificultad —McLane informó al Departamento en buen romance— induje al gobierno constitucional a reconocer su obligación de solicitar la ayuda del gobierno de los Estados Unidos, cuando se ve en la imposibilidad de desempeñar las funciones propias de un gobierno, y sólo al declarar que tarde o temprano el gobierno de los Estados Unidos tomaría sus disposiciones, sin atenerse a él o

a cualquier otro gobierno o autoridad, en defensa de sus derechos reconocidos y para proteger a sus ciudadanos, logré una solución satisfactoria en mi concepto, respecto al punto». El punto más fácil, en cambio, fue la concertación de un tratado comercial, formulado en el espíritu liberal prometido por Ocampo y basado en el principio de intercambio libre, sin barreras aduanales y con la reciprocidad absoluta: principio que entrañaba también la cuestión del poderío económico y de las condiciones relativas de las dos Repúblicas, pero sin originar dificultades para el ministro norteamericano, y que el mexicano aceptó a cambio de la cancelación de las reclamaciones pecuniarias levantadas por Forsyth. El 14 de diciembre de 1859, las negociaciones terminaron y Ocampo calzó con su firma el convenio que había de ser, política y materialmente, su sentencia de muerte.

Poco antes de celebrar el tratado, un periódico estadounidense publicó un resumen del texto. Los puntos capitales aseguraban al gobierno de los Estados Unidos el derecho de paso por el Istmo de Tehuantepec en perpetuidad, y la vía férrea proyectada a través del sector noroccidental del país, así como el derecho de proteger las comunicaciones con sus propias fuerzas militares, con el consentimiento del gobierno mexicano, o en casos de emergencia, sin autorización previa. En cambio, el gobierno mexicano recibía la promesa de 2 millones de dólares en efectivo, 2 más en crédito a cuenta de indemnizaciones norteamericanas, y como regalía, una nota infamante. Las protestas prorrumpieron, tremendas y tonantes. El gobierno de Tacubaya encabezó el coro con denuncias en la prensa y una protesta formal, dirigida a Washington, contra un contrato inválido concertado por un gobierno irresponsable. «El gobierno de Veracruz —declaró Bonilla sin temor de contradicción—, al aprobar el tratado, se ha arrogado títulos y facultades que no tiene, ni siquiera por la constitución que invoca, y si llegara a triunfar, sus partidarios, para establecer regularidad en sus asuntos, lo obligarán a expiar con un castigo ejemplar un atentado tan enorme contra la soberanía nacional». Bonilla dio en el blanco y los liberales, espinados por el cargo y enfurecidos por la imposibilidad de refutarlo, pronunciaron la misma sentencia contra el tratado y condenaron a su gobierno por haberse extralimitado en sus facultades constitucionales y comprometido la soberanía nacional. Las protestas, principiando con ataques en la prensa, dimisiones en la milicia, y libelos pegados en las calles, cundieron como mancha de aceite y estallaron en un escándalo que, lejos de apagarse con el

tiempo, se perpetuó y se transformó en un reproche permanente al gobierno de Juárez. El pánico patriótico borró las banderías políticas; el siseo era universal; y el daño no se limitó a los efectos domésticos de la transacción. El *Times* de Londres la señaló como un acontecimiento histórico de funestas consecuencias. «Las noticias llegadas hoy de Nueva York tienen una importancia extraordinaria para los tenedores de bonos, pues si se ratificase definitivamente el tratado que se dice concluido ya en Veracruz, a partir de aquella fecha México pasará virtualmente bajo el dominio americano. Todo el norte del país quedará abierto a los colonos americanos, los que tendrán no sólo el privilegio de introducir sus efectos sin pagar los derechos de aduana, sino también el derecho de llamar en auxilio a las tropas americanas en cualquier dificultad que puede surgir con la población mexicana… En tales condiciones, se podrá realizar poco a poco la absorción de la República Mexicana, sin provocar la resistencia feroz y fútil ocasionada por métodos más directos».

En París y Madrid, donde el temor a la expansión norteamericana no era menos vivo, la prensa hizo capital político también del avance logrado. Pero el choque más brutal fue la reacción de la opinión pública en los Estados Unidos. Casi toda la correspondencia mexicana en la prensa estaba concentrada en los periódicos de Nueva York y de Nueva Orleáns, y como el servicio informativo corría a cargo de corresponsales gratuitos y de contribuciones voluntarias, y estaba sujeto a partidarismos personales y adaptado a la política editorial del vehículo, estas fuentes de información representaban polos de propaganda y focos de infección para el resto del país. Con contadas excepciones, la prensa de Nueva York se empeñó en desacreditar un convenio que carecía de ventajas comerciales y que adolecía de peligros políticos para los intereses del Norte; pero fue en Nueva Orleáns, en la cuna misma de la Louisiana Tehuantepec Company, en donde la prensa dedicó al tratado las burlas más sangrientas. El *Daily Picayune* apreciaba el valor del tratado en términos que despreciaban al perdidoso: la suma de 4 millones de dólares —decía— le pareció «muy poco que pagar para concesiones tan extensas y tan provechosas. Para sólo el derecho de paso por el Istmo de Tehuantepec, la administración de Polk autorizó, hace como doce años, la oferta de quince millones de dólares. Compramos el valle de Mesilla, hace pocos años, pagando más de lo que se nos pide ahora, con el objeto de tener asegurada una comunicación dentro de los límites de nuestro propio

territorio, y tan sólo para descubrir que la mejor ruta estaba siempre dentro del territorio mexicano. Tenemos adquiridos ahora el derecho de paso por Tehuantepec y un dominio sobre otras dos rutas tan absoluto, que no lo hubiéramos tenido mejor, comprando el territorio. En verdad, no sabemos decir si no vale más el tener el derecho de paso, con el poder ilimitado de protección, que la adquisición misma del territorio. No tenemos que apresurarnos en adquirir esas regiones, y podemos estar seguros de que las tendremos tan pronto como nos parezca necesario o útil». El desprecio para la ineptitud mexicana implícita en estas palabras fue subrayado por una exhortación a los mexicanos, animándolos a «confiar en la lealtad y la buena fe de los Estados Unidos, respecto al empleo de las facultades otorgadas», y por otra a los norteamericanos, animándolos a «abstenerse del abuso de dichas concesiones, evitando toda causa de fricción, y remunerando la liberalidad de los progresistas en México con ayuda activa y eficaz en su empresa». La alianza así propuesta tenía precisamente el carácter de favor mercantil señalado por el órgano de la diócesis católica de Nueva Orleáns al declarar, con un desprecio que no era ni implícito ni mitigado: «Puede ser que México esté destinado a perder su nacionalidad, pero hubiéramos querido que la perdiese noblemente, por lo menos. A Juárez le quedó el envilecer de la nación, para perderla más fácilmente, y para ahogar el espíritu de independencia en el cieno más asqueroso». El luto enarbolado por la bandera nacional era la revancha histórica del bando que acababa de perder la última de las Tres Garantías de 1821. El gobierno reo del tratado era rojo, era verde, pero ya no era blanco: el alarido de 1859 le llamaba amarillo.

Por lo pronto, se echaron al olvido las Leyes de Reforma en el clamor provocado por su precio —un clamor tan vehemente y tan universal que ahogaba toda posibilidad de defensa. Ninguna voz contraria podía hacerse oír en aquel momento, y mucho menos la del gobierno liberal. Justipreciar el tratado era imposible sin conocer las concesiones negadas, además de las acordadas, y el público ignoraba la suerte de la cesión territorial, felizmente perdida en la barajadura, aunque se sospechaba la presencia del as en el bulto, deducible de antiguos precedentes y adivinables en los privilegios otorgados. De éstos el más peligroso era la protección de los tránsitos por tropas norteamericanas. Sobre aquel punto escabroso Ocampo y McLane habían llegado a un acuerdo razonable, limitando el privilegio al fin legítimo y ostensible, la seguridad de las

comunicaciones públicas en regiones escasamente pobladas y anárquicas, y formulando garantías adecuadas para la conservación de la soberanía mexicana inclusive en casos de urgencia, con la estipulación de que el derecho de intervención quedara circunscrito a la conservación del orden y dejara de regir al vencerse la crisis, punto determinable por el gobierno mexicano. Hasta donde se pudiera asegurar el porvenir con garantías legales, éstas existían; pero resultaba evidente que las salvaguardias legales pesaban poco contra las leyes del progreso económico y de la expansión imperialista; y al aplicar el privilegio limitado a derechos de paso adquiridos en perpetuidad, era ineludible la inferencia de que se había concertado un pacto de servidumbre indefinida, y que la perspectiva de tropas norteamericanas patrullando el territorio mexicano pareciera la marcha de una línea de hormigas laboriosas corriendo eternamente, y con intuición infalible, hacia su Destino Manifiesto. Y como si eso fuera poco, un artículo complementario hacía extensivos los privilegios policiales a las fronteras de los dos países, y obligaba al gobierno incapaz de mantener el orden a solicitar la ayuda del otro, en el evento de violarse alguna estipulación de los tratados vigentes, o de peligrar la seguridad de los ciudadanos de una nación dentro del dominio de la otra. Las posibilidades de intervenir, autorizadas por tal colaboración, no tenían más límites que la buena fe con que se interpretara el artículo; pero, en realidad, la buena fe o las intenciones agresivas eran igualmente inconducentes: la guerra o la paz eran meras fases de la misma evolución, que ni las mejores intenciones ni el respeto más escrupuloso a la palabra empeñada eran capaces de impedir, una vez concluido el tratado. Las líneas trazadas en las extremidades meridionales y septentrionales de México delimitaban un triángulo magnético destinado —como ya se lo había anunciado desde el Capitolio de Washington— a transmitir una corriente penetrante al pueblo encerrado, permeándolo, modificándolo, y norteamericanizándolo; y puesto que las rutas comerciales determinan la marcha de la historia, y la bandera sigue y persigue al mercado, la concesión de los tránsitos era una invasión de la integridad nacional más peligrosa que la cesión directa de una fracción remota y deshabitada del territorio nacional. Lo reprobable del tratado no era, en realidad, la protección de los tránsitos, sino los tránsitos mismos.

En defensa del gobierno se podían aducir las dificultades que lo obligaron a pactar con el más favorable de sus adversarios.

Los desastres militares, los apuros pecuniarios, la reforma social, la amenaza de intervención extranjera, tanto norteamericana como europea —el tratado era la resultante ruin de una combinación de fuerzas irresistibles—; pero tales atenuantes resultaban inconducentes también en el veredicto final. En última instancia, el tratado fue condenado tanto por su contexto como por su texto, y la evidencia interna de coacción, que llevaba tan claramente en el texto, agravaba la ofensa. El temor de que se abusara de las concesiones y la mortificación de verlas impuestas solidarizaron a los mexicanos de todos los bandos en el repudio de un pacto que publicaba ante el mundo una prueba tan culpable de su sentimiento insanable de inferioridad. Esto fue el error imperdonable. Las razones inconfesables eran no sólo írritas, sino irritantes, y la revelación era, de común acuerdo, un acto de sumisión que marcaba con un estigma indeleble al gobierno culpable de tanto candor.

En la tormenta de vilipendio que estalló sobre las cabezas visibles del gobierno, nadie escapó ileso, pero el grueso de la descarga lo recibió, por supuesto, Ocampo. Cuánta fibra humana entra en la confección de documentos públicos quedó manifiesta en los nervios mutilados de su ser que dejó incrustados en aquel pacto leonino. Por una incongruencia cruel, al idealista intransigente que renunciaba siempre que desaprobaba, y que se preciaba de quebrarse antes de doblarse, le tocó llevar a cabo una negociación que violaba su carácter y que le comprometió irremisiblemente; pero desempeñó su papel inglorioso hasta el fin y sacrificó su reputación a su causa. Empero, apenas firmado el tratado, se retiró del gobierno, buscando la oscuridad que había perdido para siempre. Amigos comprensivos los tenía aquí y allá, que le aseguraban —en privado—_que era la víctima no de pasiones políticas, sino de la saña partidarista. Quizás el más perspicaz era el amigo en la Legación de París, quien, juzgando el tratado desde lejos y en amplias perspectivas, lo calificó de obra digna de un estadista práctico y previsor; y quien por haberle prestado ese servicio, merece ser nombrado. Acalorado por una disputa con un compatriota en París, Andrés Oseguera le escribió: «Sabe él, y sabe tanto como yo, que aun interviniendo los agentes diplomáticos europeos en México en el sentido de la *intervención monárquica*, lo que ustedes menos quisieron fue dar ingerencia a los Estados Unidos en nuestra política; hasta han luchado para evitar la fatalidad del tratado, bien lo sabe y con él, todos los que detestan la democracia; pero lo que pretenden ignorar, o lo ignoran tal vez, es que con el tratado, desventajoso como parece,

evitan el pretexto de que, triunfante la reacción teocrática en México, so pretexto de incompatibilidad de política y de indemnización, los yankees tomasen posesión de México. Aun perdiendo nosotros la acción en la República; aun triunfando los santos allí, el tratado ya ajustado y aceptado evita el escollo de la monarquía y evita el del *protectorado* y de la conquista». Pero hacía falta mucha fe para interpretar el tratado como un dique, y pocos fueron los fieles, y sus consuelos eran indistinguibles de las condolencias.

Descrédito —un descrédito flagrante e infamante— fue el primer fruto del convenio, que condenó a sus autores a un fiasco diplomático más funesto que las derrotas militares que el pacto debía salvar. En el coro de recriminaciones, empero, se pasó por alto unánimemente un detalle importante. Aún no se había consumado el atentado, y la validez del convenio dependía del cumplimiento de dos condiciones que, en el ansia de denunciarlo, todos daban por supuestas. Una era la aprobación del Senado norteamericano y la otra, la ratificación de Juárez.

Las ventajas del tratado no eran únicamente de orden pecuniario; eran también políticas. Según Oseguera, el propósito del gobierno liberal era la determinación de asegurar la independencia del país contra la intervención extranjera, tanto europea como norteamericana, mediante una alianza tácita con el gobierno de los Estados Unidos que, a la vez que contrariaría la ingerencia europea, pondría coto a la codicia norteamericana con ciertas satisfacciones y sacrificios y garantizaría su apoyo con el vínculo poderoso de los intereses creados o por crear: el motivo dominante era el temor a la intervención extranjera, y la clave del convenio, el propósito de prevenir el peligro con un arreglo previo. Si el amigo acertaba al adivinar la intención, y si tal especulación era razonable, constituían, a fines de 1859, la gran incógnita, a la cual los acontecimientos no tardaron en dar la respuesta.

De todos modos, el tratado llevaba implícita una virtual alianza con los Estados Unidos: por cierto, no la alianza visionaria contemplada por Ocampo en defensa de la democracia, sino una alianza tácita capaz de facilitar una colaboración práctica, y se abrieron las zanjas para tal cooperación con el artículo que autorizaba a los Estados Unidos a intervenir en defensa de sus derechos pactados y de la seguridad de sus ciudadanos. McLane recomendó el empleo de aquel derecho, aún antes de tenerlo acordado, en una serie de despachos a Washington, proponiendo que el Presidente solicitara la autorización del Congreso para emplear las fuerzas militares en el desempeño de servicios domésticos de México, de preferencia con el consentimiento del gobierno constitucional, pero si esto fuera «negado sin razón», sin la expresada condición. El consentimiento era más bien cosa de cortesía diplomática que de importancia intrínseca. Adoptando el consejo, Buchanan incorporó las sugestiones de McLane a la letra en su mensaje anual al Congreso de diciembre de 1859. Después de recapitular los acontecimientos que culminaron con la constitución del gobierno de Juárez —del general Juárez, lo llamó, no estando muy bien enterado de dichos acontecimientos—, el Presidente indicó la necesidad de mandar tropas al interior del país vecino para asegurar la protección de los ciudadanos norteamericanos; y como tendrían que pasar por el territorio que dominaban las fuerzas constitucionalistas, el modo más aceptable de realizar el propósito sería obrar en concierto con el gobierno, cuyo consentimiento y ayuda serían

fáciles de conseguir; pero, en caso contrario, no sería menos imperativa la obligación. «Una tal accesión a las fuerzas del Gobierno Constitucional —añadió— no tardaría en facilitar su llegada a la ciudad de México y en extender su autoridad sobre toda la República». Si eso se llamase intervención, la anarquía crónica que privaba en México justificaba, en su concepto, una excepción a la sabia y bien sentada política de los Estados Unidos de no meterse en los asuntos domésticos de otras naciones. «Si no obramos en tal sentido, no sería extraño que alguna otra nación emprendiese la tarea, obligándonos a intervenir, al fin y al cabo, en circunstancias más difíciles, para el mantenimiento de nuestra política tradicional». Salvando la regla con la excepción, el Presidente pidió, pues, la autorización de emplear una fuerza militar suficiente para internarse en México con el fin de obtener indemnización por los agravios del pasado y seguridades para el porvenir. La intervención estaba justificada por consideraciones superiores al consentimiento del general Juárez, por la necesidad de anticipar la intervención de otras potencias y por un mandato general de arresto, autorizado por la Historia, del general Miramón. Allanado así el camino para una guerra preventiva, o mejor dicho —visto lo reducido del caso— para una acción policiaca, y bien asentado el precedente para el porvenir, Buchanan dejó la iniciativa al Congreso.

La fuerza de estas sugestiones cobraba peso por el contexto en que se planteaban; el Presidente presentaba la proposición contra el fondo sombrío del estado de la nación en diciembre de 1859. Materialmente, los norteamericanos nunca se habían encontrado en mejores condiciones de vida: abundantes las cosechas, excelente la salud del pueblo, la paz y la prosperidad sonreían al país y había motivos abundantes para creer que «hemos disfrutado de la protección particular de la Divina Providencia desde nuestro origen nacional. Nos hemos visto expuestos a muchas dificultades amenazantes y alarmantes en nuestros progresos, pero en cada ocasión sucesiva el nubarrón inminente se ha disipado en el momento mismo en que parecía a punto de estallar sobre nuestra cabeza, y el peligro a nuestras instituciones se ha desvanecido». Pero se asomaba, otra vez, un nubarrón con la rebelión de John Brown, ahorcado en Harpers Ferry. «No aludiré pormenorizadamente a los recientes sucesos tristes y sangrientos en Harpers Ferry —siguió expresando el Presidente—. Sin embargo, es conveniente observar que esos sucesos, aunque malos y crueles en sí mismos, deriven su importancia principalmente del temor de que son

premonitorios de un mal insanable en el ánimo público, que puede manifestarse en ultrajes más peligrosos aún y terminar en una guerra declarada por el Norte para abolir la esclavitud en el Sur». Cruel era el contraste entre el estado de la nación y el estado de la Unión, y el presentimiento del desastre inminente no podía minimizarse tan ligeramente como el cuello de John Brown. Para disipar el nubarrón se necesitaba algo más que la intervención de la Providencia Divina: tan providencial pudiera resultar la intervención en México, y más valía una onza de sangre allí que toda la farmacopea por acá. La invitación velada a desviar la disensión doméstica con una incursión en el campo del vecino era una inspiración digna de un estadista prudente y previsor —remedio que llegaba hasta las entrañas de ambos pueblos— pero la receta pasó desaprovechada en 1859. Lo mismo que en 1858, el Congreso desoyó la instigaciones del Presidente, y fue sólo dos meses más tarde cuando el Senado se ocupó del tratado.

Entretanto, Buchanan siguió desarrollando su política personal, dentro de las limitaciones del Poder Ejecutivo. La conclusión del convenio y la necesidad de ponerlo en vigor impusieron la obligación automática de proteger al otro signatario con una cooperación eficaz, y las oportunidades se volvieron imperativas a principio del año 1860. Cinco semanas después de celebrar el tratado, McLane informó a Washington que Miramón se preparaba para volver al sitio de Veracruz, y entre los preparativos incluyó la conclusión reciente de un convenio arreglado en París entre los ministros español y mexicano, Mon y Almonte, que restablecía las relaciones diplomáticas entre España y México, suspendidas por varios años con motivo de varios agravios y de una disputa sobre el monto de la deuda, con el reconocimiento pleno de las reclamaciones de la Madre Patria. La oportunidad así facilitada a España para otra razzia contra el gobierno de Veracruz exigía las precauciones específicas respecto a la conducta que habría de adoptar, cuando la plaza estuviera expuesta otra vez a los azares del sitio y del asalto; y añadió sugestiones. «Cuando Tejas pidió la incorporación a nuestra Unión, luego que el Congreso accedió a su solicitud, el Presidente [Mr. Polk] giró órdenes a las fuerzas navales de los Estados Unidos en el Golfo de México, para que obrasen tal y como si Tejas formara ya parte de nuestro país defendiéndolo en caso de agresión —a pesar de que el Congreso tejano no había aceptado aún el *acto* de admisión. Con el espíritu de estas instrucciones me parece que sería consonante, que se me diesen directivas para obrar tal y como si

el Tratado y el Convenio recién concluidos por mí hubiesen sido ratificados por el Senado de los Estados Unidos— pero esto es un punto de vista que no me pareció conveniente proponer en mi despacho oficial». Si tal precaución entrañara intervención, pues se trataba de una intervención legítima, y el Ejecutivo bien pudiera extralimitarse para proteger una inversión. «Si el Tratado recién concertado por mí, con el Convenio anexo, tuviese ya la ratificación formal del Senado de los Estados Unidos —repitió— el deber y la obligación de las autoridades de los Estados Unidos en el puerto de Veracruz serían de obrar de común acuerdo y conjuntamente con las autoridades mexicanas en dicho puerto para proteger las vidas y las propiedades de los ciudadanos americanos ahí establecidos, y para imponer las estipulaciones de los tratados vigentes» —procedimiento que tenía amplios precedentes en la conducta de las autoridades francesas, británicas y norteamericanas en Shanghai en 1854— «y cada uno de dichos gobiernos aprobó respectivamente la conducta de sus oficiales navales, hasta el punto de justificar su intervención forzosa contra las autoridades formalmente reconocidas en China, así como de consuno con ellas, en oposición al movimiento revolucionario que perturbaba aquella parte de China en aquel entonces». Y tal fue la norma adoptada al sobrevenir la crisis.

Cuando el primer sitio de Veracmz, se prometió a Mata que una fuerte escuadra estadounidense sería mandada al Golfo para proteger su gobierno contra la presencia de las escuadras francesa e inglesa estacionadas allí, y para asegurar la negociación del tratado norteamericano. En vista de la suerte indecisa del tratado en febrero de 1860, parecía inoportuno anunciar esa protección con un gran despliegue de fuerzas navales, pero se mandó al puerto un buque simbólico para prestar ayuda a las autoridades mexicanas o al ministro norteamericano en caso de peligro grave: solución que provocó, como toda operación de maestría mayor realizada en pequeña escala, complicaciones graves.

El segundo sitio de Veracruz se inició exactamente un año después del primero, se prolongó por exactamente el mismo espacio de tiempo, y tuvo exactamente el mismo éxito; pero en un aspecto importante superó al primero. Aleccionado por su fracaso en 1859, Miramón procuró cerrar el sitio por mar. Dos pequeños vapores fueron comprados y equipados en Cuba, y a los cuatro días de iniciarse el bombardeo por tierra, se les avistaron pasando, sin bandera, hacia el fondeadero de Antón Lizardo, situado algunas leguas al sur del puerto, donde

descargaron municiones y echaron ancla al anochecer. En anticipación del paso, el gobierno constitucional los había declarado piratas y había solicitado la ayuda de las autoridades norteamericanas para darles caza y detenerlos. La invitación fue aceptada por el comandante naval —McLane se había ausentado con discreción diplomática—. Al atardecer, dos pequeñas embarcaciones, alquiladas por el gobierno mexicano, con el buque de guerra norteamericano a remolque, salieron del puerto y, pasando frente a las escuadras extranjeras sin responder a los saludos de rigor, desaparecieron en el crepúsculo. Los espectadores, tomando el fresco en las azoteas, pasaron la noche observando los relámpagos y escuchando los truenos de los cañones en las tinieblas del Sur, y al amanecer la expedición regresó al puerto, con los vapores presos a remolque. El comandante de la escuadra española levantó una protesta formal contra el derecho norteamericano de patrullar los mares, pero ni el francés ni el inglés le prestaron apoyo, y después de pasar varias semanas encarcelados en Veracruz, el capitán pirata y su tripulación fueron enviados a Nueva Orleáns y consignados a un tribunal marítimo estadounidense. El dictamen de la Corte fue favorable a los presos, que salieron en libertad, después de un litigio prolongado que provocó un revuelo en el Congreso de los Estados Unidos y una interpelación al Presidente: Buchanan reconoció que el comandante norteamericano había intervenido con su conocimiento y asenso.

Los conservadores fecharon la decadencia de su causa desde aquel día. Se agarraron del primer palo para explicársela. Los buques embargados tenían un valor militar muy discutible: buques de cabotaje destinados a entregar armas y municiones a Miramón, no podían asediar ni mucho menos bombardear la plaza sin embrollar a las escuadras extranjeras ancladas en las aguas territoriales del puerto. Su valor político radicaba en poner a prueba la libertad de los mares, y como arma provocativa tenían un valor molesto considerable; pero cualquiera que fuese la amenaza, la teoría de un cerco por mar fue frustrada por la intervención norteamericana, y la infracción del derecho marítimo fue reconocida con demasiada tardanza para cambiar el resultado. Por tres semanas más el bombardeo por tierra siguió vomitando metralla en la plaza en una demostración de impotencia fulminante. La furia del ataque fue suficiente para ahuyentar a las colonias extranjeras, que buscaban refugio a bordo de sus navíos, provocando una protesta del comandante británico contra la matanza de civiles

inermes, y para obligar al gobierno a domiciliarse en la fortaleza marítima de San Juan de Ulúa; pero a eso se redujo el daño, y puntualmente a fines de marzo, cuando la fiebre se adueñaba de la costa, Miramón levantó el sitio y regresó a su capital para preparar una nueva campaña en el interior. Nadie sino él hubiera sido capaz de fracasar dos veces en el mismo intento sin sufrir un desprestigio fatal, y su crédito estaba ya muy gastado. Su última función espectacular se efectuó en diciembre de 1859, al regresar a Guadalajara, donde el clero celebró sus triunfos anteriores con una liturgia especial compuesta en su honor y estrenada en la Catedral, equiparando el nombre sagrado de Miguel Miramón a todos los políticos del Viejo Testamento en turno, ensalzando al campeón providencial con cada vaivén del incensario, y consagrando con loas obsequiosas su apodo popular del *Joven Macabeo*. En seguida su buena estrella iba menguando rápidamente. Al volver de su viaje redondo a Veracruz, su crédito cayó tan bajo en la capital que Zuloaga volvió a reclamar la Presidencia; pero al hombre olvidado de la guerra civil Miramón le impuso silencio sin levantar más que el dedo índice a la boca. «Le voy a enseñar cómo se hacen los presidentes», dijo y tomándolo preso, lo llevó consigo a la campaña como rehén. En eso el cuerpo diplomático se reunió y expidió una declaración haciendo observar la falta de un gobierno efectivo en la capital, y manifestando que su presencia era precisa únicamente para asegurar la protección de los nacionales extranjeros.

Muy dudoso, en cambio, fue el servicio prestado a la causa constitucionalista por la intervención norteamericana en Veracruz. El gobierno, ya desprestigiado por el tratado, se encontraba comprometido más gravemente aún por la única ventaja producida por el pacto. Los temores provocados por el tratado mismo cobraron fuerza con un incidente que demostraba hasta cuáles extremos uno de los signatarios estaba dispuesto a recurrir para protegerlo, en tanto que la inclinación del otro a aceptar tal protección agravaba la indignación nacional. Proyectado como un dique contra la intervención extranjera, el tratado servía, en realidad, de criba para su infiltración: y lo que sobresalía era la cuestión de saber hasta dónde la cooperación de uno de los signatarios iba a llevar al otro.

Esta cuestión preocupaba también al socio estadounidense. Aludiendo en su primer informe después del sitio a «la rabia del gobierno de Miramón contra todos los extranjeros, y de un modo especial contra los americanos, siendo los últimos los

blancos de denuncias más enconadas que todas las demás», McLane observó que, afortunadamente, muy pocos de sus compatriotas permanecían en la República, pues «de otro modo el resentimiento maligno tan constantemente manifestado en contra de ellos acabaría por meter a las dos naciones en una guerra de conquista». La alianza activa con el gobierno liberal había ensanchado el alcance de la guerra civil, llevándolo al borde mismo del conflicto internacional. Ya era tiempo de imponer el «¡Alto ahí!» y el gobierno británico había dado el primer paso en ese sentido. «El gobierno británico ha comunicado a ambos bandos su deseo de ver pacificado al país —siguió exponiendo a Buchanan—. Sólo cabe referirme en este respecto a la opinión anteriormente expresada, de que la intervención extranjera es la única y la última esperanza de quienes quieren establecer el imperio de la ley, y que la intervención, para que sea eficaz, debe imponerse, si fuera necesario, por la presencia del poderío militar de la nación interventora. Tal intervención será ofrecida tarde o temprano, y en una fecha no muy distante, en mi concepto, al gobierno de Miramón, y tal vez a ambos gobiernos, y de ser así, si su conformidad no se manifiesta pronta y cordialmente, será impuesta por una demostración de fuerzas navales en el Golfo de México tal que ninguno de los gobiernos luchando por el poder será capaz de resistirla. Dicha intervención puede tomar la forma, al principio, de una demanda presentada a ambos gobiernos para el cumplimiento exacto de los convenios vigentes, en virtud de los cuales casi el 70% del importe total de los ingresos aduanales en este país se debe a los tenedores de bonos de cierta porción de la deuda pública denominada Deudas Convencionales de la Gran Bretaña, Francia y España; pero no tardará en asumir dimensiones mayores, y bajo su influencia el elemento europeo recobrará su ascendencia, extendiéndose quizá hasta los estados de la América Central». Para prevenir estas eventualidades era imperativo, pues, que se determinara hasta dónde el gobierno estadounidense estaba dispuesto a llegar en defensa de la Doctrina Monroe. «Por cierto que no es la primera vez que ofrezco estas reflexiones —concluyó diciendo— con la esperanza de que el Presidente se sintiera animado a perseverar en la política que ha adoptado respecto a este país, renovando al mismo tiempo la expresión de mi opinión en el sentido de que, si el Congreso no le concede la autoridad necesaria para imponerla, debe retirar esta Legación y notificar a nuestros compatriotas en México que carece de poder para impartirles la protección adecuada, porque la inacción del Congreso se considera aquí como la prueba

evidente de que el gobierno no está apoyado en el ejercicio de su legítima y constitucional discreción, y que sea por el carácter intrínseco de la oposición que encuentra en el Congreso, sea en consecuencia de cierta simpatía para el gobierno de Miramón en los Estados Unidos, aquel gobierno puede confiar en el reportamiento continuo, persiguiendo entretanto una política caracterizada por la más atroz crueldad en la guerra y por toda clase de expoliación y exacciones».

La defensa de la Doctrina Monroe importaba al gobierno norteamericano más que la defensa del gobierno de Juárez, pero las complicaciones creadas por el tratado pendiente hacían inseparables la una de la otra, y los temores del ministro estadounidense no carecían de fundamento. La guerra en México había llegado a la etapa en que los principios partidaristas estaban identificados por ambos bandos con los intereses patrióticos. En torno del tratado, como eje, ambas facciones giraban hacia sus órbitas naturales: obedeciendo la liberal a la atracción norteamericana y la conservadora a la europea, para contrarrestar el tirón, y de la rotación dependía el desenlace portentoso de la independencia de México. A esta evolución el extranjero no era menos sensible que el natural del país. Repulsados por la presión norteamericana hacia su origen nacional, y recayendo en su propensión congénita, los conservadores estaban empeñados ahora en gatear por su árbol genealógico en busca de sostén; y ahí, en sus extremidades, echaban mano de los primeros principios de la independencia nacional, proclamados en las Tres Garantías del Plan de Iguala —la unión de europeos y americanos, una monarquía mexicana, y la supremacía de la Iglesia— como sus últimos puntales. Mediante su correspondencia interceptada en Veracruz, el gobierno liberal estaba al tanto de las manos tendidas, de las colas prensiles y de las maniobras tenaces con que la facción clerical solicitaba el apoyo europeo con la oferta de un trono mexicano a un príncipe francés o español; y urgía frenarlas a tiempo. Pero ¿cómo? ¿Echando a Miramón? ¿Poniendo un hasta aquí a la intromisión de Francia e Inglaterra? ¿Apoyando a Juárez contra una coalición de las potencias europeas, sin el respaldo del Congreso y de la opinión pública en los Estados Unidos? De ahí el dilema de McLane. Buchanan había avanzado muy lejos bajo su propia responsabilidad para batirse en retirada, pero resultaba difícil seguir su política personal frente a la oposición en el Congreso; y McLane tuvo que combatir no sólo la reacción del tratado de México, sino la reacción no menos enconada a su obra en los Estados Unidos.

Ahí la oposición era un amalgama de muchos elementos, todos representativos del interés nacional y todos manifestando el carácter nacional muy crudamente. El tratado cayó como una manzana de la discordia entre los dos partidos que se disputaban el poder, y los republicanos aprovecharon el texto para combatir la reelección de Buchanan y desalojar a los demócratas del poder que habían detentado sin interrupción desde la guerra con México. El *New York Tribune*, órgano republicano, encabezó el ataque con un artículo de fondo exigiendo que el Presidente exhibiera su mano, y denunciando los fines inconfesables del tratado. «El país entero debe comprender la cuestión en todos sus aspectos, antes de que el gobierno se comprometa al cambio radical que se propone en nuestras relaciones con aquella enorme y podrida masa de civilización malparida. Sea que las consecuencias que nos esperan, conforme al nuevo ajuste de nuestras relaciones internacionales con aquel país serán la anexión de sus relativamente despobladas provincias, cayendo en nuestras manos en masas desintegradas, tan rápidamente como podemos cubrirlas con la esclavitud; sea que nos lleguen en la forma de la absorción fácil del área ya cubierta con la población levítica, bastarda, pigmea y semisalvaje, poco nos importa desde el punto de vista nacional. Tanto el uno como el otro sería un arreglo perjudicial y preñado de malas consecuencias… No queremos metemos en otros cenagales mexicanos o Pantanos Dolorosos. Si lo que codiciamos es Sonora, digamos Sonora. Si se trata de otras provincias, que se las nombren. Si es todo México, digámoslo también. ¡Que el pueblo comprenda claramente lo que persigue el gobierno! Protestamos contra lo furtivo y contra los falsos pretextos. Tal y como están las cosas actualmente, los Estados Libres deben luchar por su parte de las nuevas adquisiciones territoriales. Exigimos que sepan lo que pasa, cuando se trata de tales asuntos, para que tengan la oportunidad —como decía el señor Calhoun en favor de la esclavitud en California— de entrar en el negocio. Si vamos a posesionamos de México, o de cualquier parte de México, el pueblo del Norte quiere que se le dé la oportunidad de entrar en el negocio».

Sin embargo, con todo lo recto de la protesta contra lo furtivo de la política gubernamental y los falsos pretextos del tratado, no faltaba una cierta ambigüedad en los motivos del *Tribuna* al lanzar el ataque. El gran órgano de la oposición estaba dispuesto a entrar en el negocio, con tal de sacar algo en provecho del Partido Republicano. Al día siguiente del ataque, el

tratado fue sometido a una prueba preliminar en una sesión secreta del Senado, ampliamente divulgada por el mismo periódico. La discusión fue iniciada por un senador republicano, Mr. Mason, y se esperaba, dada su filiación, que censuraría el premio gordo de una administración demócrata. Pero Mr. Mason no pudo decidirse. Censuró el proyecto, sí, pero mal de su grado, por ser una infracción a la política tradicional de los Estados Unidos de no inmiscuirse en los asuntos domésticos de otras naciones, lo que nunca convendría en aprobar; sin embargo, dada la anarquía que privaba en México, estaba dispuesto a hacer el ensayo. «Respecto a la objeción presentada en el sentido de que Juárez no representa a un gobierno regular, suponía que Juárez tenía tanto derecho a tal reconocimiento como la otra facción; y bien que actualmente ejercía autoridad sobre una parte reducida del país, creía, aunque sin poder dar al Senado una garantía positiva al respecto, que la ratificación, con la ayuda prestada por nosotros, establecería a la causa liberal en el poder». Pero ninguno de los oradores reaccionó según las reglas. Mientras que Mr. Mason estaba dispuesto a oír razones, no pasó lo mismo con Mr. Wigfall, que hizo uso de la palabra en seguida. Mr. Wigfall tenía ya formada su opinión antes de abordar la tribuna, y a pesar de ser demócrata del Sur, «denunció toda la treta por ser absolutamente indigna de defensa o de toleración. No había ningún gobierno en México capaz de concertar un tratado o de cumplir con sus condiciones, si fuese concertado. No queremos México ni su población cruzada. Juárez y su pandilla india no sabrían gobernarse, y puestos en contacto con nuestro pueblo, lo contaminarían». Tergiversadas así las posiciones normales, el opinante que siguió a Mr. Wigfall optó por hacer caso omiso por completo de los aspectos políticos del tratado. «Mr. Pugh manifestó su oposición a algunas de las condiciones comerciales por ser más favorables a ciertos intereses que a otros, pero se declaró dispuesto a hacer el tratado, con las rectificaciones referidas». Mr. Pugh habló en nombre de los intereses republicanos; pero otro republicano los negó categóricamente. «Mr. Simmons cerró el debate con uno de sus razonamientos fuertes, conclusivos, prácticos, poniendo a descubierto lo sofístico de las pretendidas ventajas comerciales. La Nueva Inglaterra no tiene interés alguno, ni inmediato ni remoto, en este tratado; todo lo contrario. Es sustancialmente el comercio libre con México, lo que nos obligaría, conforme a la cláusula insertada en cada tratado comercial durante los últimos cuarenta años, relativa a la admisión de cada nación en igualdad de condiciones con la nación más favorecida, a pedir los mismos privilegios, y tendría

como resultado la ruina de nuestras rentas, obligándonos a recurrir a los impuestos directos. Este punto, y otros más de igual fuerza, impresionaron mucho». Tanto fue así, que se suspendió el debate hasta el día siguiente, cuando Mr. Seward debía abordar la tribuna, pero la elocuencia del jefe máximo del partido republicano no fue necesaria, estando el tratado, según el *Tribune*, «más muerto que Julio César». El crédito del fracaso lo cobraban Mr. Simmons, haciendo patente que no había nada en el tratado para el partido republicano, y Mr. Wigfall, haciendo otro tanto en pro del partido demócrata; y el veredicto no era imputable al espíritu partidarista, ya que varios senadores demócratas, «que cedieron a la persuasión del Presidente y que estaban dispuestos a vencer los prejuicios», se pasaron al enemigo, y entre las filas republicanas la mayoría estaba comprometida a rematar el cadáver.

Sin embargo, la prueba preliminar no era definitiva, y la Administración no se dio por vencida con la primera escaramuza parlamentaria; pero la publicidad dada a la sesión secreta del 28 de febrero, las invectivas del *Tribune* y la interpretación común y corriente del tratado como una oposición tomada sobre el territorio mexicano agravaron las dificultades del ministro que lo redactó. La reacción en el Senado dejaba plantado a McLane en el cenagal mexicano, sin la posibilidad de salir adelante o de sacar a Buchanan del Pantano Doloroso en que se había metido; y precisamente en ese momento la posición del gobierno norteamericano fue socavada por el gobierno británico, que asumió el derecho, como nación neutral, de intervenir como árbitro e imponer un *hasta aquí* a todos los contendientes. A los cuatro días de alertar a su gobierno, la intervención europea en México se inició en la forma prevista por McLane. Pasando por alto la oposición en el Congreso de los Estados Unidos, las potencias europeas normaron su conducta por la tendencia general de la política norteamericana difundida por la prensa, y por la necesidad de frenar sus propensiones predatorias con la debida anticipación. A la alarma difundida por el *Times* de Londres siguió un paso dado por el Foreign Office para prevenir la absorción pacífica de la República Mexicana con la oferta, no menos pacífica y no menos obligatoria, de poner fin a la guerra civil por la mediación diplomática. Apoyada por el gobierno francés, la proposición fue comunicada simultáneamente a los beligerantes mexicanos y al ministro norteamericano. Durante el sitio de Veracruz, el comandante de la escuadra británica propuso un avenimiento, rechazado por ambos bandos, y en seguida la

iniciativa pasó del brazo militar a la mano diplomática. El ministro británico, Mr. Otway, retirado por indiscreción, fue remplazado por el encargado de negocios, Mr. Mathew, y la nota cobró fuerza con la firma de un suplente que obedecía no a sus propias inspiraciones, sino a las instrucciones del ministro de Relaciones, Lord Russell. Mr. Mathew notificó a Mr. McLane que el gobierno de su Majestad Británica vería con satisfacción un armisticio de seis meses o un año y la elección de una Asamblea Nacional, escogida con imparcialidad y encargada de determinar el gobierno futuro; que no había intención alguna de prescribir la forma de tal gobierno, pero que debería ser un gobierno que diera algunas garantías de orden y estabilidad; y por lo tanto, algunas indicaciones previas eran convenientes. «Deberíase proclamar una amnistía general y deberíase declarar la tolerancia civil y religiosa, pues, a menos que los bandos contrarios demuestren alguna clemencia, no hay esperanza de paz interna. Si no se acepta este consejo, concebido en bien de México, el gobierno de Su Majestad Británica no tendrá otra alternativa sino de exigir de ambos bandos las reparaciones adecuadas para los males padecidos por los nacionales británicos».

A tales condiciones el ministro norteamericano no podía presentar objeción. Inadmisibles para ambos bandos, los términos fueron rechazados por ambos, excluyendo Miramón la tolerancia de cultos e insistiendo Juárez en el reconocimiento incondicional de la Constitución; pero las objeciones mexicanas no eran pertinentes. La proposición británica iba dirigida al único contendiente que importaba y llevaba una fuerte dosis del credo liberal para hacerla aceptable al fiador norteamericano; y para que fuera más recomendable, el plan francés reproducía el plan inglés, apartándose del original sólo en omitir la libertad religiosa. No obstante, McLane no tragó la proposición, y siguió aprobando y apoyando firmemente la determinación de Juárez de rechazar todo arreglo que no se conformara con sus propias condiciones, afirmando, al explicar su actitud a Washington, que los cuatro quintos de los estados se hubiesen negado a toda transacción, y que el sentir casi unánime del partido liberal hubiera condenado a Juárez por el abandono de sus facultades constitucionales. A tal punto había llegado la alianza tácita, que la defensa a ultranza del protegido era indispensable para la seguridad del fiador; el abandono sería una torpeza criminal, y McLane insistió en que la única esperanza de pacificar a México era la resolución de Buchanan de seguir inalterablemente su política personal. Tan grave le pareció la situación a McLane,

que dictó su propio mensaje al Congreso. «Yo propongo que, antes de la clausura de sesiones del Congreso, se informe ampliamente a ese cuerpo del aspecto actual de la cuestión mexicana, para que pueda compenetrarse de cuán inminente es el peligro de un gobierno basado en los principios monárquicos y ultramontanos del Plan de Iguala». Ya no se trataba de la intuición de Ocampo, sino de los negocios en peligro, y al terciar los británicos en el conflicto, las dificultades se agravaban: rechazados por los liberales, no sería difícil que los conciliadores pasasen a la plaza opuesta y apoyasen a los clericales para imponer una transacción que les garantizara el trato de nación más favorecida. En condiciones tan desiguales, no le quedó a McLane otro remedio que contemporizar, y por casi tres meses logró mantener, sin apoyo, una tregua indecisa con la Legación británica.

Tales fueron las condiciones en que el tratado fue puesto a discusión por última vez en el Senado a fines de mayo de 1860. Adversas en febrero, se habían vuelto más desfavorables aún en mayo, porque entretanto el clima político se había agravado y la prensa había ventilado todos los aspectos espinosos del tratado, menos el aspecto que preocupaba a McLane. Al peligro de la competición europea no se hizo caso. La cuestión mexicana fue debatida, no en relación con la política exterior, sino en conexión con el problema doméstico que enfocaba la atención del país en aquella fecha, y la discusión del tratado, complicada por la cuestión candente de la esclavitud, cayó de lleno en la disputa precursora de la desintegración de los Estados Unidos. Sobre un punto todas las opiniones andaban de acuerdo: la premisa fundamental de que el tratado entrañaba la anexión de territorio mexicano. «Si un nuevo tratado con estipulaciones francas, asegurándonos ventajas comerciales desembarazadas y concesiones territoriales desembargadas, pudiera formarse, bien podríamos adoptar una actitud complaciente respecto a la ratificación —concedió el *Tribune*— siempre y cuando tuviéramos primero una ley en pro de los colonos. Al partido que propugna la extensión de la esclavitud hay que combatirlo marchando por delante más bien que quedándonos por atrás. Tomamos el territorio despoblado al sur y sobrellenámoslo con colonos, y de esa manera sobrepujaremos a la esclavitud por allá. México está cayendo en pedazos y muy en breve tendremos la oportunidad de recoger los fragmentos conforme a nuestras condiciones». Repensando la idea rechazada en febrero, el órgano republicano se la apropió en mayo, adaptándola a la propaganda de la causa abolicionista. «Si

pudiéramos extender un cordón de Estados Libres a través del Continente, siguiendo los límites meridionales de Tejas, inundaríamos la cuestión de la esclavitud con una luz asombrosa. La esclavitud no podría saltar tal cordón, y toda la parte inferior de México podría pudrirse y corromperse a sus anchas, con relativamente poco peligro de contaminar a nosotros. Tal y como están las cosas hoy en día, y serían peores con este tratado híbrido, no tenemos ninguna garantía contra la implantación del peonaje y la ligatura gradual de esa forma de esclavitud en nuestra extremidad meridional, a lo que vendría a agregarse una amalgamación que dejaría más indeterminados nuestros límites meridionales que la cola de Satanás».

Pero mientras que el *Tribune* abogaba francamente por una política agresiva en México, otro órgano republicano, entrando en el debate al mismo tiempo, salió con fuertes razones para frenar al Presidente. «El pueblo de los Esta dos Unidos debe escoger entre la conquista de México y la no intervención en los asuntos mexicanos —expuso el *Atlantic Monthly*—. Puede ser que haya algo que decir en favor de la conquista, aunque los argumentos del Presidente en ese sentido —pues tales son, si bien disfrazados— nos recuerdan mucho los alegatos hechos en favor de la partición de Polonia; pero la política intervencionista no resiste a la crítica, ni siquiera por un solo momento. Una de dos: es una conquista disimulada, o es un disparate que comporta un precio tremendo, y los disparates se cometen gratis, sin efusión de sangre o de dinero». Pero como Buchanan se obstinaba en desatinar, interviniendo personalmente con los jefes republicanos para que, prescindiendo de partidarismos, colaborasen en cometer el error, el editorialista echó mano de razones más fuertes para combatir la política bipartidista en el exterior. Los varios inconvenientes del tratado tenían un denominador común en la antipatía intensa y franca del pueblo norteamericano para el pueblo mexicano, y la revista pasó a examinar la contaminación que resultaría de la conquista, tanto para los Estados Libres como para los esclavistas. «En última instancia, la razón que determinará la absorción de México por los Estados Unidos será el espíritu inquieto y acaparador de nuestro pueblo; pero esto pudiera permitirle una generación más de vida racional, si no fuera que su territorio ofrece un campo magnífico por el trabajo forzado y que nuestros negreros se afanan, por motivos pecuniarios y políticos, en aumentar el número de estados esclavistas. No hay un solo argumento en favor de los rígidos códigos serviles que privan en varios de nuestros estados, que no sería aplicable al esclavizamiento de los

mexicanos, negros o mestizos, que tendrían una tez más oscura y una inteligencia menos esclarecida que los esclavos llevados a la tierra de conquista por los conquistadores. ¿Cómo permitir que los esclavos ahí transportados viesen a sus mismos inferiores disfrutando de libertad personal? Si el estado de Arkansas puede condescender a temer a algunos centenares de negros y mulatos y manifestar su miedo echándolos fuera de sus chozas en pleno invierno, ¿qué no habría de esperarse de la casta gobernante en un país nuevo, con dos millones y medio de gente de color infundiendo terror en el alma de los propietarios? Sería imposible esperar una legislación justa o humanitaria de aquellos hombres, que serían culpables de la crueldad nacida de la injusticia y del terror. La raza blanca de México se sumaría a la raza intrusa para oprimir a las razas cruzadas; y puesto que éstos tendrían que someterse a la presión férrea que les sería impuesta, se aumentaría la población servil de América con más de dos millones de esclavos, los que formarían la base electoral de veinte diputados en la Legislatura Nacional y de otros tantos Electores Presidenciales; de modo que la práctica de la tiranía más crasa proporcionaría a los estados esclavistas, *per saltum*, un incremento de poder político superior al poder alcanzable por los estados libres en un largo periodo de años, dedicados al trabajo y al ahorro y al expendio más liberal de capitales. Los indios no tendrían mejor suerte que los mestizos, aunque la forma de degradación sería, quizás, distinta. Los indios mexicanos constituyen una raza muy diferente de los indios que hemos exterminado o cazado hasta los confines remotos del Oeste. Los indios mexicanos forman un pueblo triste, supersticioso e inerte, obra maestra de la dominación española, y aun suponiendo que no se intentara esclavizarlos, no por eso sería menos segura la condenación de su raza. Tal parece que no hay posibilidad de vida para los indios de cualquier país en que los anglosajones entran en fuerza. Un sistema de trabajo libre sería tan fatal para los indios mexicanos como un sistema de trabajos forzados. Los blancos que vendrían en tropel a México, una vez conquistado por los americanos, en la suposición de que se implantaría la esclavitud allá, mirarían a los indios con sentimientos de aversión muy fuertes; odiándolos no sólo porque son indios —lo que sería razón suficiente— sino como competidores en las industrias, dispuestos a trabajar a sueldos bajos, siendo pocas sus necesidades e insignificante el costo de su mantenimiento… El sentimiento de los blancos hacia los indios no difiere de aquel expresado por un estadista americano, quien dice que la causa de la incapacidad de México de crearse una posición nacional se

encuentra en la igualdad política concedida a la población indígena. Según él, se debería degradar al indio, si no esclavizarlo por completo, y en su condición actual la degradación del indio significa su exterminio. Ésta es la opinión de uno de los hombres más hábiles del partido demócrata, un hombre dispuesto —aunque hijo de Massachusetts— a ir tan lejos en favor de la esclavitud como cualquier hijo de la Carolina del Sur».

Demostración palmaria de la consustancialidad de la economía y de la cultura de un pueblo, el análisis concordaba con las opiniones de muchos demócratas del Sur que desertaban a Buchanan, convencidos de que la adquisición de territorio mexicano sería contraproducente para sus intereses, y que abandonaban el pacto ante el peligro de trasplantar la esclavitud en tierra ajena y agravar el problema racial en casa. Pero los imperialistas no habían de ceder terreno antes de perder fe en la productividad de su sistema; y siendo el racismo un recurso abundante, les quedó todavía una amplia zona que explotar. Hasta la cruzada abolicionista abonaba el terreno y un orador en Nueva York, hablando ante un congreso de católicos, aprovechó la concurrencia de intereses para identificar la religión con el racismo, interpretando la cuestión mexicana como una guerra de castas en que los blancos, amenazados por la superioridad numérica de la gente de color, sólo se salvaban de la sumersión social gracias a la dominación de la Iglesia. «El señor Buchanan se ha coligado con el indio Juárez en esta guerra de religión y castas; se ha coligado con el jefe que ha confiscado por decreto la propiedad de la Iglesia Católica y exterminará a sus defensores de la raza blanca para adueñarse del botín —declaró, confundiendo hábilmente los prejuicios más populares de su auditorio—. El fallo de la Suprema Corte en el caso de Dred Scott, funesto ya para nuestras instituciones libres, permitirá la extensión de la esclavitud en esta nueva conquista, y el sistema de peonaje, la servidumbre de deudas hereditaria, con mayor facilidad aún se asimilará a la institución peculiar. Inexorable, en verdad, debe ser la demanda para la extensión de la esclavitud, cuando Mr. Buchanan se ve obligado a coligarse con un indio en una guerra de castas y de religión —una guerra contra la clase propietaria de México— y a confiscar los bienes de aquella Iglesia cuyos miembros en este país lo elevaron a la Presidencia». La traducción de la cuestión mexicana en términos norteamericanos provocó los mismos aplausos en Nueva York como si el discurso se hubiese pronunciado en Dixie o en la misma plaza de México.

La oposición al tratado emanaba de intereses encontrados, pero los conflictos de interés conspiraban para crear una antipatía católica al proyecto. Cualquier investigación de la opinión pública bastaba para poner en evidencia los móviles entrecruzados que militaban contra la adopción del pacto, y el orador que cerró el debate en el Senado los sintetizó todos al decir que «la adquisición ulterior de México que el tratado debía iniciar sería el fruto prohibido pintado por el señor Calhoun al referirse a Cuba; y aunque tendiente a la disolución de la Unión, no alcanzaba a comprender cómo el Sur se iba a beneficiar con la adición de esa población cruzada. Por lo tanto, se opuso a la ratificación». Republicanos y demócratas se enfrentaban a ambos lados del dique, o sobre el mismo bordo, cerrando la esclusa en una coalición de intereses contrarios, perfectamente coherentes en su aparente confusión, porque el fruto prohibido, encurtido ya por más de un año, había perdido toda su seducción original. Cayendo mal en la disputa intestinal que intoxicaba a la Unión, la manzana de la discordia se había vuelto fruta podrida para ambos bandos. Las maniobras belicosas de Buchanan, desaprovechadas anualmente por el Congreso, estaban definitivamente condenadas en 1860, incluso como un anticonceptivo a la insurrección doméstica, porque el nublón que no medía más que un puño en diciembre de 1859 se agigantaba en mayo de 1860, y ya era tarde para disipar la sombra de la guerra civil que se acercaba en los Estados Unidos con una incursión en el cercado ajeno. Sin embargo, Buchanan se aferraba a su obra y la Administración cerró sus filas para salvar el tratado: la votación adversa (27 contra 18) dejó un margen favorable, y poco antes de levantar la sesión una moción suspensiva para que se reexaminara la cuestión fue adoptada en la confusión y el cansancio de la contienda. «Así finaliza la farsa —informó el *Tribune*—. Nominalmente, el tratado mexicano vuelve a estudio y pasa, por consiguiente, al próximo periodo de sesiones». Pero como sólo tres senadores —republicanos todos— se declararon en favor de «galvanizar el cadáver», el malaventurado tratado merecía ya la oración fúnebre. «Juárez —añadió el obituario— se despertará en el destierro, probablemente, antes de volver a estudiarse el tratado, a juzgar por los indicios corrientes».

Para nadie resultó más penosa la derrota del tratado que para el corresponsal de *New York Times* en México. Aunque colaborador del periódico que llevaba la voz del señor Seward, Edward Dunbar no era un partidario político del jefe parlamentario de los republicanos, ni tampoco un periodista profesional, sino un

hombre de negocios que utilizaba las columnas del *Times* para contribuir a la discusión con su conocimiento personal de la cuestión mexicana, para protestar contra la manipulación de tan grave asunto por políticos profesionales, y para fomentar un entendimiento cordial entre dos pueblos amantes de la libertad —el único interés que la prensa y el Congreso de los Estados Unidos habían pasado por alto. «¿Hay quien duda —dijo— que de haber delineado la Administración, con toda anticipación, una política justa, firme e inteligente respecto a México, *fruto de convicciones fundadas en conocimientos certeros*, y de haber puesto en vigor tal política con esa fuerza moral que siempre resulta de la autoridad que dan las convicciones honestas e inteligentes, hay quien crea, digo, que este tratado, elaborado por un funcionario público probo y capaz, no hubiera podido vencer la oposición ruin de los republicanos y de los políticos furibundos que se unieron para destruirlo? ¿Y hay quien cree que el partido republicano en Washington manifestó *convicciones honestas fundadas en conocimientos certeros* sobre la cuestión mexicana, o un sentimiento más elevado que la determinación de lograr sus propios y perfectamente egoístas cálculos políticos, sin importarles un bledo los medios, ni el costo al país entero?». Sintomática de tal espíritu era la labor de Tántalo de McLane, que citaba en confirmación del cargo: «Con toda probabilidad no existe otro ejemplo conocido de los esfuerzos diplomáticos de un enviado americano para establecer relaciones amistosas y provechosas con una potencia extranjera, que hayan sido atacados con una malignidad tan rencorosa y una violencia tan cruda como en el caso del señor McLane… Si hubiese sido un imbécil diplomático, tan corrompido como el político más vil, y el más negro traidor de su patria, no se hubiera podido vituperarle con más vehemencia por los esfuerzos hechos para sostener el carácter y el renombre americanos en el extranjero y la causa de la libertad en México, y para crear relaciones de amistad y comercio entre los dos países. Sea que una conducta tan extraordinaria de parte del pueblo y del Congreso americanos, y tan contraria al espíritu y a las declaraciones del siglo que vivimos, tenga su origen en la ignorancia, en la apatía, en las pasiones políticas, o en la falta de todo sentimiento sincero de simpatía con la libertad en otros países, sólo el tiempo lo dirá. En la actualidad estamos unidos con agencias despóticas para sofocar las esperanzas recién nacidas de libertad en México, y para volver a lanzar al pueblo a las tinieblas y a la desesperación. Hoy en día los Estados Unidos ocupan la posición más ruin que puede mantener una república libre y poderosa hacia un vecino débil y desesperado —una posición

que será para nosotros una lacra y un baldón en el futuro». Estaba airado porque la cuestión mexicana perjudicaba a su propio país. El fracaso del tratado se debía a la manipulación del pacto por los intereses de partido; pero, en última instancia, la responsabilidad no era del partido demócrata, que adulteraba una política liberal hacia México con designios predatorios; ni del republicano que, progresista en casa y reaccionario afuera, carecía por igual de fuerza moral, sino del mismo pueblo estadounidense que no tenía más capacidad que sus representantes porque, careciendo de conocimiento de la cuestión mexicana, no tenía convicciones propias; y su ignorancia obedecía, fundamentalmente, a su indiferencia hacia el pueblo mexicano. En atenuación de tal apatía, Dunbar pasó lista a todas las disculpas posibles. «Mucha de la indiferencia y, podemos decir, la aversión a los asuntos mexicanos en general —empezó por asentar— se deben, sin duda, al carácter de la correspondencia mexicana que aparece en la prensa». Sin servicios informativos regulares y remunerados, el público recibía las versiones de los voluntarios irresponsables e interesados, y sus propias contribuciones constituían una excepción a «la forma en que se ha combatido en los países llamados cristianos y cultos, y especialmente en los Estados Unidos, todo argumento racional y toda relación de los hechos favorables a la causa liberal. Apenas salida una noticia de tal carácter, las perversiones, las falsificaciones o las desmentidas categóricas han brotado por todas partes, y por lo pronto el error ha vencido a la verdad». Pero la prensa era responsable sólo en parte de la falsificación de la cuestión mexicana. Otras fuerzas contribuyeron a fomentar los errores vulgares de la opinión pública. Entre éstas había que incluir a Prescott, que tanto había hecho para difundir un concepto erróneo de la historia antigua de México, al adoptar y copiar las exageraciones, las inconsecuencias y los yerros de los primitivos cronistas españoles. «Nadie ha hecho más para ofuscar las percepciones de la generación actual, o para impedir una comprensión cabal del pueblo mexicano, de su condición actual y del carácter del conflicto que arde ahora en su país, que nuestro historiador predilecto. La notoria integridad, industria y uniformidad de criterio de Prescott, unidas a su habilidad literaria, han prestado a su *Conquista de México* —que no es más que un lindo romance— toda la autoridad de una historia verídica y prosaica. Prescott elogia la cristianización de México, y se elogian sus escritos en España. Con sólo estas premisas, puede asegurarse que nuestra obra clásica sobre la Conquista no merece confianza como una reseña histórica». Prescott nunca

había vivido en México; Prescott se había documentado con material proporcionado por el primer ministro español en México; y Prescott era temperamentalmente inepto para la empresa, «siendo de una disposición demasiado amable, delicada y femenina en su conformación intelectual, para escribir la verdadera historia de la Conquista, y del dominio español en el Continente americano». Nunca se había manifestado tan claramente lo peligroso del talento literario, porque, basada en la conquista literaria de México por Prescott, se había implantado todo el raigambre de falacias fecundas que todavía extraviaban a la opinión pública —la creencia común de que el cristianismo se había implantado en Hispanoamérica, porque la Iglesia se había implantado ahí; y la deformación actual de la cuestión mexicana, gracias al casi exclusivo control de los medios de propaganda por el clero y los partidos retrógrados. Pero ni la pluma de Prescott ni la propaganda clerical eran más que causas accesorias de la insensibilidad del pueblo norteamericano: la principal era el prejuicio racial.

Como la propaganda es una planta que florece según las afinidades del pueblo que recibe el cultivo, todas estas razones valían poco en disculpa del pueblo norteamericano, y menos aún la defensa intentada por Dunbar al señalar el mismo mal en las naciones más cultas de Europa. Dondequiera que se manifestaba, el racismo era la pandemia de la reacción. En Francia el Conde de Gobineau había abierto las zanjas con su voluminoso *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, pero su manía alcanzó poca difusión por ser la obra de un docto; mas una versión popular de la misma doctrina acababa de aparecer en la *Revue des Deux Mondes*, con datos proporcionados por M. de Gabriac, y otra vulgarización, en el *London Saturday Review*, semanario político a la altura de la cultura británica y al servicio del Foreign Office. Según el semanario inglés, los trastornos en Hispanoamérica en general, y en México en particular, provenían del elemento indígena. «Muchos de nosotros tenemos la impresión de que Juárez, Vidaurri y Degollado son caballeros españoles tan auténticos como Sartorius, Narváez y O'Donnell, pero la verdad es que los tres personajes referidos, todos mexicanos, generales y constitucionalistas, no son más ni menos que indios de pura sangre, y por lo tanto, parientes mucho más próximos de los Ojibbeways, que fueron exhibidos hace poco en Londres, que de cualquier hidalgo de España». Para quienes perdieron la exhibición de los Ojibbeways, el artículo entró en la materia un poco más profusamente. «La diferencia entre un jefe europeo y un jefe indio está bien

ejemplificada por los antecedentes de los presidentes rivales de la República Mexicana. Juárez, el llamado Presidente constitucional, recién asediado en Veracruz, es, como ya dijimos, indio de pura sangre. Miramón, el Presidente titular del partido clerical, es, por el contrario, francés por el lado paterno y español por el materno —es decir, europeo, descendiente de dos de las razas más refinadas de Europa. De los méritos de la contienda en que están empeñados estos dos jefes, sólo diremos que han sido burdamente desfigurados en los Estados Unidos y en Inglaterra. El conflicto versa sobre la confiscación de los bienes de la Iglesia, y esta circunstancia ha suscitado un cierto grado de simpatía tibia, aquí y en América, en favor de Juárez, el campeón de la facción anticlerical. No cabe duda de que el clero mexicano es indolente e ignorante, según el criterio europeo; pero con todos sus defectos sólo el clero impide que el pueblo mexicano recaiga en sus creencias y sus prácticas salvajes. El negro haitiano, cuando la destrucción de los blancos le libró del dominio de sus sacerdotes, volvió desde luego al culto de sus Obi, que apenas si se digna encubrir con un tenue barniz de cristianismo, y al mexicano, indio o mestizo, difícilmente puede toda la vigilancia de sus pastores espirituales impedir que se precipite ahora en la brujería y el fetichismo. Por consiguiente, la causa de la Iglesia Católica Romana en México es, por una vez, la causa de la civilización; y si se supiera lo cierto, se descubriría, probablemente, que Juárez, panegirizado por los periódicos americanos como el antagonista liberal e ilustrado del despotismo clerical, hostiliza al clero simplemente porque más le gustan sus sortilegios privados que la celebración de la misa».

La virulencia del racismo en Europa no era comparable, empero, a la vulgaridad de sus manifestaciones en los Estados Unidos, donde el mal era común a todos los partidos, privativo del carácter nacional, y distintivo de la ignorancia arrogante del pueblo. La facilidad con que el más vulgar de los vicios de la vanidad humana se prestaba a la manipulación política, quedó ampliamente demostrada por la discusión de la cuestión mexicana en la prensa y en el Congreso de los Estados Unidos. La densa indiferencia del pueblo norteamericano al vecino se transformaba en aversión mortal, sólo con amontonar los problemas étnicos de ambos países e identificar la cuestión mexicana a la cruzada abolicionista en los Estados Unidos; y la culpa de la derrota del tratado la tenía, según Dunbar, la demagogia del partido republicano. «Porque los indios, los aborígenes, los *naturales* de México, que hace siglos gimen y se

revuelcan bajo el talón del opresor, se esfuerzan como pueden ahora para alcanzar la libertad, se les denuncia y se les insulta desde un cabo de la cristianidad al otro. ¿Y quiénes son los primeros en denunciar así a la raza indígena de México y en hacer todo lo posible por aplastar las aspiraciones a la libertad de esa raza, precisamente por ser *india* y tener *una tez oscura*? ¡Vaya! ¡Los mismos que se dicen los abanderados del gran partido republicano en los Estados Unidos —los mismos que ensordecen al público gritando su odio a la opresión, su amor al *hermano negro* encadenado, y su determinación de emanciparlo, cueste lo que cueste, y de colocarlo cuanto antes en plan de igualdad con su hermano blanco! ¡Qué profundidad insondable de simulación e hipocresía se revela en tan crasa inconsecuencia! Si alguna vez se ha presentado ante el Senado de los Estados Unidos una gran medida de vital y general trascendencia para el país entero, y que no tenía nada que ver con el negro, ésta era el Tratado McLane-Ocampo; pero se metió al negro en medio y por supuesto se dio al traste con la medida».

La explotación del racismo, tanto por los abolicionistas como por los esclavistas, en defensa de sus intereses económicos y en provecho de dos sistemas antagónicos de producción, daba la medida del humanitarismo norteamericano, y Dunbar se indignó porque, en su concepto, el primero y el más trascendental de los intereses nacionales era el carácter nacional. Sea que el fracaso del tratado fuera obra de la ignorancia, de la apatía, del partidarismo político, o de la falta de simpatía sincera para la libertad de otros pueblos, la derrota significaba una decepción profunda para su fe en la democracia norteamericana. Tenía en su contra a la mayoría y, según la teoría democrática, la mayoría tenía razón. Raras veces se había equivocado tan rotundamente aquel conglomerado de ignorancia supina y de egolatría ciega, que formaba la mayoría compacta de sus compatriotas; y sus esfuerzos en pro de una alianza entre dos pueblos amantes de la libertad habrían pasado inadvertidos a no ser por un periódico norteamericano, que les dedicó un comentario cáustico. «Al discutir problemas de política mexicana —observó el *New York Journal of Commerce*—, el señor Dunbar cree legítimo emplazar y alabar y condenar, prestando así a sus *Reseñas mexicanas* mucha envergadura y un vasto alcance, y tendiendo, mucho lo tememos, a implicarle no menos profundamente en la política americana que en los mismos asuntos de México». *Caveat canem*. Lo peligroso del oficio de intérprete era la capacidad de apreciar ambos aspectos

del problema y el riesgo de pasar por extraño en tierra propia; pero Dunbar levantó el guante sin tomar en cuenta las consecuencias. «La crítica del *Journal* —contestó— es justa y acertada. Nada más correcto. Soy ciudadano americano, nacido y educado en los Estados Unidos, con derecho a votar. Según la práctica de las instituciones democráticas, soy miembro del pueblo —uno de los amos que mandan a Washington a sus empleados para que cuiden de sus intereses—. Me doy cuenta de que aquellos empleados públicos en Washington no atienden a mis intereses de ciudadano americano, ocupado en negocios lícitos y legítimos. Es muy natural, pues, que reclame el derecho de "emplazar y alabar y condenar" a casi todo el mundo relacionado con el gobierno, según lo merecen en mi concepto, y de investigar las causas que elevan al poder a personas tan notoriamente ineptas para ocupar sus puestos. No siendo un aspirante político, ni tampoco un político fracasado, experimento una independencia espléndida al poder aplicar el bisturí a *los dos* grandes partidos cuya política, en mi opinión, tiene un carácter perjudicial para mis intereses lícitos y legítimos, y que ha traído al país entero a la condición tan correctamente expresada por el señor Seward en su reciente discurso en Detroit: a saber, al descontento universal en casa y al siseo y vilipendio de nuestras instituciones en el exterior. La discusión de la cuestión mexicana conduce *inevitablemente* a la discusión de la política americana y de aquellos intereses vitales en los Estados Unidos sobre los cuales se ha permitido por tanto tiempo que la política de los negros mantuviese su nefasto imperio». Dunbar tenía la pretensión de defender el carácter nacional a solas, porque conocía al auténtico pueblo norteamericano, tan equitativo, generoso, cordial, y pronto a simpatizar con sus semejantes individualmente, pero colectivamente tan ingenuo y tan fácilmente embaucado por la teoría de sus instituciones libres y la práctica de sus políticos profesionales. La cuestión mexicana evocaba todos los demonios de la democracia norteamericana sin evacuarlos: el espíritu de libertad pervertido por el espíritu del imperialismo, el espíritu inmundo del racismo —el íncubo del poder plutocrático y el súcubo del mito popular—, el espíritu raquítico de la opinión pública y el espíritu idólatra del régimen mayoritario. La mayoría tenía, si no la razón, la fuerza preponderante, y el norteamericano auténtico era uno entre mil; y el verdadero daño del tratado era el motivo fecundo que daba a hombres como Edward Dunbar primero para emplazar, en seguida para dudar y al fin para desesperar de la virtud de la democracia norteamericana.

El daño fue más profundo en México. En México la única defensa posible del tratado era su fruta eventual, y la fruta estaba aceda. Evaporándose las ventajas, quedaba el resabio, y ni siquiera la mortificación de verlo rechazado por los mismos estadounidenses y confirmados todos los cargos lanzados contra el pacto en México colmaba el resquemor: había todavía que apurar las heces. El contubernio infecundo siguió apestando a sus autores y Juárez, condenado por el intento, no por la consumación del atentado, tuvo que contender ahora con las consecuencias del malhadado contrato. Aunque sin consumación, no había muerto, y el aborto inficionó al país con complicaciones frescas por su mismo malogro.

Animado por el reducido margen entre el fracaso y el triunfo del tratado, Buchanan se obstinó en tentar la opinión pública una vez más, y sus amigos se empeñaron en reactivar la discusión en las cámaras antes de verificarse las elecciones presidenciales en noviembre; pero, vencido ya el plazo previsto para la ratificación recíproca, se necesitaba la prórroga correspondiente en México, y como el debate en los Estados Unidos había divulgado el verdadero carácter del contrato y el margen fortuito que salvó a México de la adjudicación, tan poco probable parecía que la víctima recayera en la trampa que un periódico norteamericano enterró al tratado y a ambos beneficiarios con una sola rechifla. «Cuando se creyó posible promover un objetivo político impartiendo ayuda y amparo a las razas mestizas y bastardas de México que, metidas liberales, andaban buscando el poder pero sin pelear como valientes, el Presidente se mostró muy listo para reconocer al indio Juárez, que tanto sabe de libertad, en la acepción elevada de la palabra, cuanto sabe del Corán —comentó el *North American Independent* de Filadelfia—. Resultó como la mayor parte de sus experimentos, y el Presidente Constitucional de México, no ha podido sobrevivir a la parcialidad de su amigo en la Casa Blanca». Aunque prematuro, el anuncio fúnebre no era improbable, porque el tratado abandonado procreó otros beneficiarios que hacía mucho que se alistaban, y tenían ahora el paso libre para meterse en la contienda.

La sombra de la intervención extranjera bajo la cual se había librado la guerra por espacio de dos años tomó cuerpo en el tercero. Ya no la proyectaba un par de ministros —al retiro de Mr. Otway por indiscreción siguió de cerca el relevamiento de M. de Gabriac por la misma razón— sino dos gobiernos directamente interesados en apagar la guerra civil para asegurar sus intereses nacionales. Tal fue el fruto eventual y la verdadera

consumación del tratado norteamericano que, al introducir en el campo magnético de México un objeto extraño que estimulaba la actividad de todos los demás empotrados, acabó por reducir al país virtualmente a la condición colonial que luchaba por superar.

La fase final de la guerra civil se inició con la mediación británica. Al primer intento, rechazado por ambos bandos, siguió un prolongado duelo diplomático entre Mathew y McLane, secundado por Miramón de una parte y por Juárez de la otra, y durante todas las peripecias de la contienda McLane prestó a su socio un apoyo firme y decisivo que frustró todos los esfuerzos —y eran muchos y persistentes— hechos por Mathew para iniciar su maniobra. Desechadas sus primeras proposiciones, el diplomático británico renovó su ofensiva de paz en el verano de 1860, pero cambiando de táctica: como el fracaso del tratado había aliviado la tensión internacional y facilitado una técnica más conciliadora, esgrimió los argumentos más persuasivos. Conforme a la vieja regla diplomática que dice que para controlar a un competidor no hay medio mejor que el de hacer causa común con él, el gobierno británico estaba negociando con Washington para iniciar una mediación conjunta en México, y Mathew se empeñó en conseguir el apoyo y la colaboración de McLane en el mismo plan. Buscando una base de común acuerdo, comenzó deplorando el apego del ministro norteamericano a la Constitución y planteó el problema en términos prácticos. Como eran irreconciliables los beligerantes en materia de principios, la única posibilidad de llegar a una transacción la veía en un sacrificio de personas. «El señor Juárez se ha negado a toda clase de concesiones —asentó como base de la proposición—. Por otra parte, los acontecimientos de los últimos dos años —la absoluta incapacidad de sus capitanes y su propia falta de energía— excluyen de antemano toda esperanza de un triunfo partidarista alcanzada bajo su dirección. Es más, prestan verosimilitud a la creencia general de que el señor Juárez y su ministro de Relaciones, sabiendo que el establecimiento del gobierno constitucional en México les reduciría a una oscuridad merecida, están muy lejos de anhelar la paz. Que tal es también en parte el sentimiento por este lado —que ni el general Miramón ni miembro alguno de su gobierno, ni ninguno de los jefes de sus fuerzas, desean la terminación de la guerra, a menos que fuera por una conquista que los mantuviera en el mando y en el ejercicio de sus funciones— estoy bien convencido. En estas circunstancias, creo

que no tengamos esperanza alguna de paz, sino por conciliación mutua, arreglos producidos por la intervención extranjera, o la sustitución de una persona más enérgica y más capaz que el señor Juárez como jefe del partido constitucionalista». Y sacó su candidato: Comonfort. A condición de que garantizara la libertad de cultos, era el más elegible, y en realidad, el único disponible. «Me inclino a creer que podría reunir los sufragios de las potencias europeas aliadas en estos momentos, si los Estados Unidos ejercieran su influencia en su favor en Veracruz. Confieso que no puedo menos que dudar del buen éxito de la intervención aliada, a menos de ser apoyada por alguna demostración de fuerza. Los Estados Unidos poseen naturalmente la influencia dominante con el gobierno que han reconocido, y pudiera ser más fácil para ellos que para cualquiera otra nación inducir a los jefes en Veracruz para que se conformasen con un arreglo diplomático y el arbitraje. Sin embargo, ¿no sería el mejor método la adopción por los Estados Unidos y las potencias aliadas, en el caso excepcional de México, de una forma de gobierno específica —digamos por ocho años — y una demanda de aceptación incondicional dirigida a ambos bandos?».

La terminación de la guerra civil con la vuelta de Comonfort hubiera sido una sentencia cruel contra Juárez y una expiación terrible de su temeridad al suplantarlo, si la idea hubiese sido adoptada; pero la solución era muy inglesa para quedar bien en México o para interesar a McLane. El solo hecho de proponerlo en serio hubiera bastado para poner en duda las aptitudes diplomáticas de Mathew, si la moción hubiese sido original; pero no era de su propia Minerva. Él no hacía más que seguir las instrucciones de Lord Russell, que recibía a su vez las inspiraciones de Lord Palmerston; y en el concepto de Lord Palmerston no había nada excepcional en el expediente del arbitraje obligatorio, ni nada de anormal en el concepto de su agente en la designación de Comonfort, el conciliador nato, para hacer aceptable la idea en México. La solución era eminentemente inglesa y eminentemente razonable en Londres; y a Mathew le tocó el encargo de recoger la evidencia que lo acreditara. Cumplió con el cometido con ansiedad, y sus diligencias confirmaron y contribuyeron a difundir la detracción corriente del Presidente Constitucional, cuya eliminación era una necesidad de la política británica. Así se hacen y se deshacen las reputaciones contemporáneas. La debilidad de Juárez era un postulado indispensable para el buen éxito de la política británica en México; pero, sabiendo que esto

era el punto débil de su argumentación, Mathew siguió tajando a los puntales y sacó una tajada mejor para sobornar a McLane. «A menos que me equivoque rotundamente en mi juicio, el único objeto y deseo de los Estados Unidos es el de ver establecido en México un gobierno basado sobre los mejores y más firmes cimientos para la prosperidad del comercio y el disfrute de plena libertad de cultos y del amparo de la justicia por el extranjero. Por lo tanto, me he figurado que la cuestión de una constitución federal o central carecía por completo de importancia en su concepto». Además, se había empeñado en averiguar los sentimientos de los jefes constitucionalistas en el interior, y sus investigaciones le daban amplias razones para creer que «el señor Juárez anda muy equivocado al suponer que existe entre ellos adhesión alguna a la Constitución de 1857, salvo por el principio general de libertad civil que encarna»; y sospechaba que muy poco podía alegarse en favor de la *legalidad*, palabra aprovechada de bando a bando por fines puramente personales. Puesto que la Constitución no importaba nada para los mexicanos que luchaban en su defensa, ¿qué interés podía tener para el extranjero? Bastaba la tenacidad cismática de Juárez para justificar su eliminación. «No hace concesión alguna en aras de la paz, ni en deferencia a los consejos y a las demandas justas de las potencias aliadas extranjeras y confía, por el contrario, en un *triunfo de partido* por negociaciones; triunfo que la ineptitud más obvia y la falta de energía han impedido hasta ahora que lograse por la fuerza de las armas, aunque apoyado por los ingredientes del éxito más poderosos».

Los motivos de Juárez eran comprensibles, pero Mathew no alcanzaba a comprender los móviles de McLane al apoyar su ambición. Las justas demandas de las potencias extranjeras bastaban para satisfacer todas las aspiraciones legítimas y razonables de la democracia —garantías legales, estabilidad, comercio, libertad civil, libertad de cultos—. ¿Qué más quería el ministro norteamericano? Sin duda, sería fácil entenderse en México; tenían la misma ideología, hablaban el mismo lenguaje de la democracia capitalista, la fórmula inglesa garantizaba sus intereses comunes, Juárez no importaba nada para sus correligionarios, y Comonfort era el sustituto más indicado para justificar su eliminación. Hasta aquí Mathew tenía razón. Pero lo que no alcanzaba a comprender era lo más obvio; la obligación de McLane de defender la Constitución juntamente con el gobierno que había reconocido, el tratado que había concertado y la alianza que había forjado con el partido cuyo triunfo era

esencial para la seguridad de los intereses norteamericanos: la validez de todos sus derechos era inseparable de su legalidad. Pero George B. Mathew tenía una capacidad poco común para quedar corto ante lo más claro. Claro estaba que la Constitución no podía eliminarse sin sacrificar el derecho básico de la autodeterminación, derecho indispensable en cualquier forma de democracia; y esa dificultad, por lo menos, la estimó en su debido valor al proponer como solución la intervención extranjera, una demostración de fuerza, el arbitraje y la imposición de un gobierno por las potencias aliadas.

Pero los dos diplomáticos se entendían demasiado bien, en realidad, para llegar a un acuerdo. El norteamericano y el inglés hablaban la misma lengua pero no el mismo dialecto; y la diferencia dialectal derrotó a Mathew. Si había algún aspecto de la cuestión mexicana que todo norteamericano comprendía perfectamente, era el argumento —y sin duda el más fuerte— esgrimido por Dunbar en favor de la causa liberal. «En obsequio a la pura verdad histórica —escribió en su toma de razón— debo declarar que la diplomacia británica en México ha sido siempre e invariablemente, después de la Iglesia, uno de los principales obstáculos al progreso de los principios liberales en aquel país. En esta materia, el gobierno británico ha obrado basándose en un concepto falso de imperativo político y de interés comercial; a saber, oponiéndose a la difusión de las instituciones y de los intereses de los Estados Unidos en este Continente». Contra aquel prejuicio nacional, más fuerte que todos los demás y sin duda el más favorable para México, nada pudo la persuasión del primo; la lengua de Mathew pecaba de un acento extranjero inadmisible en México. El encargado de negocios no pudo más que Lord Palmerston, y Lord Palmerston tropezó con la misma dificultad en Washington. La invitación oficial de participar en la intervención en México fue descartada. Más aún, el gobierno estadounidense pidió explicaciones al gobierno francés, respecto a un párrafo, en un periódico inglés, que anunciaba la intervención conjunta de Francia y de la Gran Bretaña en México, y recibió las seguridades más satisfactorias de que la intervención contemplada era puramente moral —satisfactorias, es decir, porque se asomaba una crisis en el Medio Oriente y se esperaba la intervención militar de Francia e Inglaterra en Siria.

Pero una tercera potencia preocupaba ahora a Washington. La Convención Mon-Almonte, señalada por McLane como el contrapeso a su propio tratado, entró en vigor con la llegada del ministro español a México en el verano de 1860. La parcialidad

del señor Pacheco al gobierno clerical ante el cual venía acreditado, fue pregonada por la actividad, tan asidua como indiscreta, con que se esforzó en sostener sus fortunas a solas; y a las pocas semanas de desembarcar, estaba ya embrollado con el gobierno liberal. La captura de un buque español, embargado en Veracruz por contrabando de armas, le proporcionó un pretexto oportuno para resucitar el incidente de Antón Lizardo. Acatando las órdenes del ministro, el comandante de la flotilla anclada frente al puerto reclamó la presa so pena de bombardear la plaza y bloquear la costa, el gobierno desoyó la demanda, y en vista de lo tirante de la situación consultó a la Legación de los Estados Unidos sobre la posibilidad de contar con la ayuda norteamericana en la eventualidad de hostilidades con España. McLane estaba en Washington a la sazón, consultando a su gobierno, y el incidente vino a subrayar la cuestión que motivaba su viaje. ¿Hasta dónde había de extenderse la protección del gobierno constitucionalista? Tarde o temprano —reiteró el monitor— no cabía duda de que la Gran Bretaña, Francia y España intervendrían, individual o colectivamente, y a menos de que el Presidente fuera facultado para anticipar o contrarrestar tal intervención, la posición de la Legación norteamericana sería insostenible. En anticipación de esta contingencia, McLane recomendó que se retirara la Legación si fuera imposible emplear la Armada de los Estados Unidos para evitarlo. Reacio a optar entre estas alternativas, el Presidente se negó a adoptar una resolución definitiva hasta conocer la suerte final del tratado; pero la votación adversa en el Senado lo obligó a obrar con circunspección. Repetir la demostración naval de marzo era evidentemente imposible en agosto; y Buchanan, mal dispuesto a retirarse o a embrollarse, ordenó a McLane seguir prestando apoyo moral al gobierno constitucional, pero sin oponerse a una intervención de buena fe, motivada por legítimos agravios.

El apoyo condicional que McLane llevaba consigo al regresar a Veracruz dejó toda la responsabilidad de evitar la intervención al mismo gobierno liberal, y Mathew no tardó en aprovechar la coyuntura para renovar sus proposiciones de paz, pero adoptando esta vez la presión moral y dirigiendo una exhortación *ad hominem* a Juárez. En una carta personal, en la cual le advirtió que Miramón estaba por salir en campaña con una fuerza de 6 a 7 mil soldados, le ofreció un consejo franco y amistoso diciendo: «Esto no cambia de ninguna manera la posición del Gobierno Constitucionalista respecto a las proposiciones de paz que, en mi concepto, aquel gobierno

debería hacer y publicar, pero agrava mucho —normalmente— la posición de un Presidente republicano, que comete el crimen de derramar la sangre de sus compatriotas y de la nación que le es hostil». Pero no le sermoneó sin piedad, y a renglón seguido le propuso un remedio práctico. «No ocultaré a usted, señor, que el mejor consejo que puedo ofrecerle es que acepte, *sin la intromisión de un solo día de demora*, los servicios de un cuerpo auxiliar de los Estados Unidos; insistiendo, empero, en tener secreto su empleo hasta que una proclama anuncie su desembarco como una legión republicana, integrada por voluntarios de todos los países, venidos para servir bajo el gobierno de usted, a incorporal se a sus tropas, y a luchar por la libertad de México».

Muy a menudo y muy acaloradamente se había discutido, en el gabinete y en el país, el recurso de enganchar a un cuerpo de voluntarios norteamericanos, y dondequiera y por quienquiera que fuera propuesto, bien por Lerdo, bien por Degollado, bien por la prensa estadounidense, bien por los derrotistas mexicanos, el Presidente se había opuesto inflexiblemente a un remedio tan contraproducente. Propuesto por un diplomático resuelto a eliminarlo como un obstáculo insuperable a la mediación, el remedio no recibió más consideración que la muy corta que merecía un paso garantizado a asegurar su suicidio político. La nota fue escrita en francés, idioma que Juárez dominaba con la misma facilidad que la astucia de su amigo inglés, pero la lengua del seductor hubiera sido comprensible en cualquier idioma y al contestar Juárez hizo uso del suyo propio, agradeciendo el consejo amistoso y franco y observando de paso, sin prestarle mayor importancia, que «respecto a fuerzas de los Estados Unidos, diré a usted que en mi concepto no hay necesidad de ellas. Tenemos fuerzas suficientes en el país. Sólo nos faltan recursos para levantarlas».

Si Mathew creía que Juárez aceptaría la intervención en la forma de una legión extranjera, comprometiendo al gobierno norteamericano subrepticiamente, desconceptuando su causa y desprestigiándose personalmente, el consejo era singularmente astuto pero singularmente crédulo. Frustrados todos sus esfuerzos de eliminarlo por conducto de McLane, Mathew merecía estima, sin duda, por un intento tan audaz de convertirlo en cómplice de su propia pérdida. Pero no había nada de maquiavélico en la mentalidad de George B. Mathew. Gastadas todas sus maniobras, se le devanaron los sesos.

Sin embargo, la confianza de Juárez en sus propias fuerzas y el triunfo de su bandera sin ayuda ajena quedaban todavía por

comprobar, y sobre él recayó la responsabilidad de vindicar su fe. Ante la inminencia de la intervención, urgía desplegar actividad y acometividad para anticiparla; y precisamente en aquel momento el Presidente se enfrentaba a un colapso moral en sus filas, que señalaba la crisis de la guerra civil.

Maximiliano de Habsburgo.

Napoleón III.

Eugenia de Montijo.

François Achilles Bazaine.

Elie Frédéric Forey.

El Duque Charles de Morny.

Pierre de Saligny.

Jules Favre.

6

El derecho de intervenir lo daba el estancamiento en que la guerra había degenerado, después de dos años de lucha reñida pero siempre frustránea. La tensión fanática que las Leyes de Reforma insuflaron a ambos bandos intensificó la furia y el fragor, pero no la eficacia, de la batalla. En todos los ámbitos del país reverberaba el zumbido de una saña implacable, en arengas, en prédicas, en asambleas públicas, en círculos políticos, en hogares divididos y familias en luto; pero nada daba la repercusión frenética del dínamo sino el movimiento monótono de la máquina, sin salida material o descanso moral; la propulsión vibraba con impotencia incansable, estallando espasmódicamente y ventilando las válvulas con violencias sin fuerza, con la tartamudez de la persecución, con las polémicas del pillaje, con el vandalismo de una pugna interminable, con todos los derivados de la guerra, en suma, menos el triunfo militar. La alternación de triunfos y derrotas, igualmente indecisos, ya había demostrado conclusivamente, al llegar el verano de 1860, la incapacidad de una u otra facción de vencer al adversario, y la agonía de los antagonistas legitimaba la intervención extranjera para poner coto a las convulsiones de la disensión doméstica. Los mismos mexicanos se rendían cada vez más a la evidencia, y la resistencia a la fatiga era el elemento decisivo en la fase final de la lucha.

A llegar la contienda a esta etapa, la ventaja la tenía aún Miramón, que logró sostener la moral de su partido y de sus tropas por una serie de éxitos espectaculares, aunque fugaces y sin fruto, interrumpida sólo por sus repetidos fracasos frente a Veracruz. Degollado, en cambio, era todavía «el héroe de las derrotas», y aunque conservaba intacta su fuerza recuperativa, una pesada cadena de desastres había acabado por fomentar el desaliento en sus filas. El respeto que le guardaban sus subalternos era cumplido o compasivo y quedó circunscrito a su plana mayor; los malcontentos formaban su propia camarilla, muy aparte del Cuartel General, desahogándose diariamente con la murmuración militar y compensando su lealtad con el acre ridículo. Santos Degollado era todavía un nombre evocador, pero incapaz de conjurar los fracasos, y lo que evocaba era la fe sin esperanza, la fidelidad sin fervor, la crítica sin caridad, y a sus espaldas se profanaba su heroicidad. *El santurrón, el sacristán, el jesuita*, se le llamaba en los cenáculos saciados de derrotas; se calificaba su renuencia a renunciar de disimulo indecente, indigno, desvergonzado, y para violentar su

separación se le desacreditaba con las suposiciones más indicadas para desconceptuarlo. Se le reputaba partidario de traer al país a los voluntarios norteamericanos, predestinándolo a cometer el error precito que garantizaría su retiro; y cuando se separó temporalmente del ejército para ocupar el puesto de ministro de Relaciones en Veracruz y firmó la nota en que solicitaba la colaboración norteamericana en el incidente de Antón Lizardo, sus días parecían contados; pero poco después se reincorporó a la campaña, a ruego del gobierno, que se negó a admitir su renuncia, y los malcontentos se resignaron, a contrapelo, al culto de la incompetencia.

En las filas hacía falta una reorganización drástica y una fuerte infusión de disciplina profesional para combatir las consecuencias de la derrota habitual. El general López Uraga, militar de carrera que se alistó bajo la bandera liberal y que libró una batalla afortunada en esos días, pintó en un informe confidencial al Presidente las condiciones que tuvo que vencer. «Nuestra tropa, acostumbrada a la derrota, es tímida para batirse, y al romper el fuego está preparada a retirarse. Sus jefes y oficiales, mal escogidos, caprichosamente colocados y fácilmente ascendidos, procuran alargar la guerra, no exponerse, y son los más fáciles a marcharse. Cada jefe de sección no se sujeta a una cabeza; si se une, es por una combinación que nunca se cumple y que los separa cuando debía unirlos. Haciendo hoy aquí, mañana allá, esfuerzos aislados, el enemigo se liberta cuando debía ser acabado y triunfa cuando está débil. El general de nuestro ejército, sin manos secundarias, debe ser todo, artillero, arriero, ranchero y jefe de división; batirse con la descubierta, guiar sus columnas y atender a su artillería y aun a sus municiones; si no se multiplica, será derrotado y si cumple, al fin será muerto, y entonces, como el 24 en esta ciudad, la victoria que tenía segura no hay quien la continúe y se cambiará en derrota». Tal era, en suma, la historia secreta de dos años y medio de descalabros y la fatalidad contra la cual Degollado había luchado en vano. «Los más ricos elementos, el mejor personal y la justificación y concepto de nuestra causa la estamos arruinando por el desorden, la indisciplina, el pillaje y la falta de orden o de centralización en las operaciones —siguió exponiendo el informe—. No creo posible que un general de honor y que procure servir con conciencia a su gobierno, y cumplir con su deber, no muera en la primera o segunda función de armas. Yo mismo debía haber sido muerto en Altas Lomas y a mis amigos les anuncié mi suerte para la segunda acción». A menos de

realizar un cambio radical en la constitución, la estructura y el personal del ejército, no había modo de romper el empate; pero, cumpliendo con tal condición, siempre sería posible domar la quimera elusiva de victorias y fracasos y quebrantar la ecuación; y «la campaña terminará a pesar de nuestras dificultades. De otro modo, la destrucción total del país es segura y aunque el partido liberal no se acabara, nunca triunfará». Más que un informe, este testimonio era un tributo a Degollado, víctima de la desorganización mexicana; el solo hecho de haber continuado en tales condiciones hablaba claro de su temple y de la lealtad de su tropa; pero ya no bastaba contra el mal crónico del país. Al soldado todo lo había dado el caudillo; organización y disciplina, disueltas bajo el fuego; recursos, consumidos sin fruto; inspiración, intoxicándolo y desilusionándolo como una droga. Lo único que no sabía proporcionarle era el éxito; y al éxito la presión del extranjero daba un valor tremendo en el verano de 1860.

Grande era la recompensa reservada al hombre capaz de quebrantar la ecuación. Muchos habían acometido la empresa y fracasado, y el plazo para las pruebas y los errores se había vencido; y al aparecer un candidato afortunado én la persona de González Ortega, ganando dos batallas consecutivas, la primera en Peñuelas en junio y la segunda en Silao en agosto —y ésta contra el mismo Miramón—, se comenzaba a creer que se había dado al fin con el campeón providencial de la causa liberal. Una oleada de fresca ilusión ilesa se difundió entre las filas lasas, estremeciéndolas con la sensación insólita de la esperanza constante; el ánimo múltiple se levantó con el primer soplo favorable; tal parecía que, por ende, la balanza estaba a punto de inclinarse; pero tantas veces había oscilado ya, que los observadores extranjeros descontaban estos triunfos tentativos. Para convencer a los escépticos, faltaba siempre el golpe decisivo que venciera la continencia de la fortuna y conquistara su constancia. Sin embargo, las perspectivas eran favorables: el territorio controlado por el enemigo quedó reducido a tres grandes bastiones —Guadalajara, Puebla y la capital— y Degollado escogió a Guadalajara como el próximo punto de ataque, y a González Ortega como el capitán encargado de conquistar la plaza con una campaña coordinada y una ofensiva poderosa que precipitarían el fin de la lucha. Confiado en el talento y la suerte de su lugarteniente, el caudillo concentró toda la energía y todas las fuerzas que le quedaban para prestarle apoyo; y el esfuerzo supremo precipitó una de las grandes calamidades personales de la guerra.

Desde el principio, la falta perenne de fondos para movilizar y mantener a la tropa paralizaba la campaña, y en septiembre la escasez llegó a ser tan crítica que Degollado consultó a Ortega sobre una cuestión de conciencia. «Nuestros apuros horribles de dinero y la falta absoluta de recursos dentro de ocho días —le comunicó con angustia— me hacen pensar que para salvar al país, nos es lícito echar mano de 200 mil pesos de algunas de las conductas de Zacatecas y Aguascalientes que van a salir para Tampico. Dígame usted a vuelta de correo, y con la debida *reserva*, su opinión sobre el particular». Los riesgos eran palpables. Las conductas —los trenes de mulas que transportaban plata de las minas al mar— llevaban metal casi exclusivamente de propiedad británica, y el momento era el menos indicado para embarazar al gobierno con complicaciones foráneas. Márquez había recurrido a los mismos recursos, y bastaba su ejemplo para condenarlos: su propio gobierno le había enjuiciado y aunque el reo había recobrado el mando sin devolver el dinero, la Legación británica había reaccionado enérgicamente contra el atentado. No obstante, la necesidad era inexorable y Degollado había ponderado los riesgos antes de consultar al confesor.

Quince días nías larde se vio librado del dilema, pero no por Ortega: Doblado ocupó una conducta, obrando bajo su propia responsabilidad, y sin consultar a nadie. «Comprendo todos los inconvenientes y todas las consecuencias de una decisión tan grave —informó a Degollado— pero también estoy penetrado íntimamente de que si no se apela a providencias de este orden, la revolución se prolonga indefinidamente, y el país se hunde en la miseria y la anarquía para perder después su nacionalidad. En la situación que hoy guarda el partido liberal, tenemos que escoger entre los extremos de este terrible dilema: o malograr tres años de sacrificios sangrientos, y esto cuando estamos tocando al término de ellos, o echar mano de los recursos que se encuentran, sea cual fuera su procedencia. La alternativa es dura, pero indeclinable. No hay término medio posible: o autorizamos el desbandamiento de las numerosas tropas que están a nuestras órdenes, o les proporcionamos recursos de subsistencia que, conservando la moralidad y la disciplina, las pongan en aptitud para concluir prontamente las operaciones de la guerra. Tres ciudades son las únicas que hoy conserva la reacción en toda la extensión de la República. Un mes de campaña y ellas estarán en nuestro poder. ¿Perdemos una situación conquistada a fuerza de sangre, por no ocupar unos caudales cuyo reintegro para los propietarios es cuestión de

unos cuantos días? Si aritméticamente fuera calculable lo que va a perder el país con la continuación de la guerra, se palparía sin dificultad que es una pequeñísima suma la que hoy se ocupa, comparada con la que por necesidad tendrían que gastar los pueblos, si por desgracia durara un mes más una guerra que todo lo destruye y aniquila».

La pequeñísima suma era un millón y pico de pesos. Pero Doblado acompañó el informe con un argumento más fuerte, declarándose dispuesto a revocar el robo y a someterse a juicio, si el paso fuera desaprobado. Defensa irresistible: el culpable puso el codo en la conciencia del casuista y adoptó la actitud más infalible para asegurarse la absolución. Ya no era una tentación con que se enfrentaba el caudillo, sino un reto —un reto a igualar y a superar a un subalterno— un reto a sus sentimientos más susceptibles —a su valor, su caballerosidad, su abnegación— y la respuesta era indeclinable. La resolución de Doblado cambió el problema por completo, y Degollado aceptó el hecho consumado y tomó a cuestas la responsabilidad, pero con una distinción trascendental. Gracias a la sangre fría y la conciencia robusta de Doblado, la contemplación tentativa de la tentación que quince días antes fascinaba y consternaba a Degollado se transformó en algo que el apuntador no supo adivinar, y al cual el protagonista era sumamente propenso: la tentación de ver en el hecho irrevocable la realización de una fatalidad personal y la consumación de su trágico destino. Distinción sutil y tremenda: entre el conato de hurto y el hecho consumado el paso era inconmensurable, y la decisión ponderada, serena y nada sentimental de Doblado costó a su superior un trastorno moral que tuvo consecuencias incalculables en su conducta posterior.

Nada más característico que su contestación. «Delante de las consideraciones que V. E. enumera con razones incontestables y de irresistible lógica, no puede vacilar un corazón mexicano y patriota y noble como el que creo poseer. Si para conseguir el amigable arreglo de este asunto se necesita una víctima que aplace la justa irritación de los propietarios, pronto estoy a descender de la cumbre del poder militar, a dejar el mando supremo de un ejército victorioso y potente y a sentarme en el banquillo de los acusados, sufriendo la suerte de los criminales. La posteridad me hará justicia y aprovechará el fruto de mi grande sacrificio». Y dirigiéndose a su gobierno, reiteró los razonamientos de Doblado, pero haciéndolos suyos con un acento propio. «Yo he tomado sobre mí la responsabilidad y estoy a la disposición del gobierno para que con mi cabeza, si es

preciso, evite cualquier conflicto internacional». Doblado le había subido a la cabeza, y anticipando la sentencia, se dirigió a la nación con un manifiesto que revelaba más diáfanamente aún su estado de ánimo. El espíritu dedicado habló la lengua del condenado. «Cuando desde la altura de ese cadalso moral que prepara la opinión para inmolar, implacable, a un hombre, se vuelven los ojos al pasado, y se percibe una vida oscura, pero sin mancha, una consagración a una causa santa, sin reservar la familia, ni el sosiego, ni los intereses de la fortuna, ni el amor propio, ni nada de lo que tiene más querido el hombre y en un instante, por una peripecia de la suerte, se encuentra con la pérdida de todo, filiado entre los malhechores; entonces ese suplicio es más que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria. Con los ojos fijos en mi causa, con el corazón henchido de esperanza y de fe, después de cada derrota me he levantado como una promesa de triunfo y mi queja ha sido una invocación al combate y un llamamiento al patriotismo… Yo todo lo había dado a mi patria; me había reservado, tocando para mí y para los míos hasta la severidad mezquina, un nombre para legarlo a mis hijos, ya que a algunos de ellos los he dejado sin educación, privándose algunos hasta de mi presencia en sus últimos momentos; la necesidad vino, sin embargo, a llamar a mi puerta, pidiéndome, en nombre de mi causa, mi reputación para entregarla al escarnio y a la maldicencia, y yo, después de una agonía horrible, maté mi nombre, me cerré el porvenir y me declaro reo. En ese conflicto que en la soledad de mi alma me ha servido de tortura, me preguntaba: ¿y el nombre y el honor nacional? La razón me ha contestado y me repite ahora que el nombre nacional sufre infinitamente más con la prolongación de la lucha, que el extranjero tendrá como el nacional que sufrir sus consecuencias, y que todo se pierde con la pérdida de la independencia. Se me presentaba también como contraste doloroso la conducta de Miramón con Márquez; y me respondía que esos malvados han hecho de los bienes que llaman de Dios, su erario, y de su clero cómplice, un banquero poderoso, y nosotros no tendríamos más que abrir las venas del pueblo para pedirle su sangre… Y por esa razón presenté mi nombre y asumí la responsabilidad que hubiera podido eludir por la generosa resolución del señor Doblado de reportarla. Yo no he querido formar una vindicación ni eludir mi destino con subterfugios de ningún género, ni siquiera conquistar simpatías de los que luchan: estoy acostumbrado a que mi propia consagración a la causa se repute como una obstinación funesta, y que mi mala suerte se califique como delito, hasta el punto de no haberme sido permitido

morir por mi causa en el campo de batalla».

Raras veces se ha visto un documento público dedicado a una revelación tan íntima. El hombre entero quedó expuesto, y no sólo expuesto, sino exhibido: su automortificación, su afán de sacrificio, su valor visionario y su desinterés sin límites —y también su aprecio intenso de sus excelsas virtudes. La conciencia de sí mismo no desvirtuaba su sinceridad —nada más sincero que el dolor, y bien se conoce quién sufre— pero era el defecto inevitable de sus cualidades, y ni el resarcimiento de la conmiseración propia, ni la ostentación de la abnegación, restaron mérito a su apología. Más militar hubiera sido su silencio, y más elocuente; pero con el temperamento trágico no tenía la sangre tácita, y con el candor completo de la desesperación se desahogó y se desnudó ante el mundo, sin reserva y sin consuelo, dentro de esa soledad y ese ostracismo en que se sentía aislado y ensimismado para siempre. En lo sucesivo se sabía un paria, segregado por su propia determinación, para cumplir un destino preordenado —derrota, desgracia, desconfianza, deshonor, muerte y transfiguración— porque toda calamidad tiene su compensación. Se postulaba por santo, y el Manifiesto era un sudario en que se envolvía, aún vivo, para recibir los estigmas transparentes de un triunfo espiritual. Inconcebible que lo firmara un soldado, era la efusión de un santo, y el peligro de hacer la guerra con un santo metido a soldado se revelaba en el éxtasis de un hombre que, descubriendo al fin su verdadera vocación, se manifestaba lo que era en realidad, destinado al martirio y resignado a sufrirlo en su forma más infamante y más inefable.

Hasta dónde estaba aislado, en verdad, por ese delirio del alma que agigantaba su falla a sus propios ojos, quedó claro luego que se disipó la inflamación. Dirigiéndose a Juárez algunos días más tarde, le escribió: «En obsequio a la verdad y con gran sorpresa mía diré a usted que ni los cónsules extranjeros ni los interesados me han hecho reproche alguno, hablándome con la mayor consideración. Por lo que veo y oigo me parece que estaba en la conciencia pública la necesidad de esta medida, y cuantos nacionales y extranjeros me han hablado dicen que se dan por remunerados si triunfa el partido liberal». Despertándose de su pesadilla a la luz del día, se asombró de ver que, en vez de un paria, era un hombre práctico; pero poco duró el intervalo de lucidez. Al volver en sí, quedó confundido por los peligros corridos y dio un paso atrás para prevenir la reacción que anticipaba, restituyendo 400 mil pesos a los propietarios británicos con la esperanza —decía— de que el

próximo paquete traería el reconocimiento de su gobierno por el gabinete británico, y con el temor de que, faltando la plata, la escuadra británica se posesionara de los puertos del Golfo. En la premura de proteger a su gobierno, se recuperó con un remordimiento más punzante aún: ante el mundo su ofensa era un pecadillo, pero el daño a sí mismo era irreparable, y el único fruto de su prudencia tardía era que, perdida su probidad personal, perdió también confianza en la fuerza de la causa a la cual había sacrificado su integridad. De los fondos que le quedaban dedicó 600 mil pesos al soborno de las guarniciones de Guadalajara y de la capital, «y tal vez otros sacrificios pecuniarios —añadió— nos ahorrarán el derramamiento de sangre, nos pondrán en posesión de armamentos, pertrechos y trenes que valen muchísimo más, y nos pondrán en estado completo de paz». ¡Paz! ¡Paz! ¡A cualquier precio! El ansia de terminar la lucha a la cual se había inmolado, una lasitud irreflexiva e irresistible, un desmayo moral, cogió al hombre agotado; ya no tenía ni vigor ni virtud recuperativas.

Y ahora sobrevino otro colapso. Imperativo el triunfo después de recurrir al robo para alcanzarlo, la responsabilidad restó al hombre quebrado, en el momento mismo en que tenía los recursos suficientes, hasta la confianza en una victoria limpia. Consumado el sacrificio personal, su fuerza moral siguió cediendo siempre más hondamente; la perversión del heroísmo violaba algo vital que no sufría el abuso con impunidad, y la naturaleza —la suya— tomó el desquite con una reacción inevitable. El esfuerzo del sacrificio, superando a su resistencia, le arrastró irremisiblemente al suicidio moral, y desde la elevación vertiginosa alcanzada, el campeón se deslizó en la confusión de su caída, hasta llegar a la subversión de su propia obra; y al primer paso en falso siguió otro, más grave.

Menos de ocho días después de apoderarse de la conducta, Degollado comunicó a Juárez la copia de una carta que acababa de mandar a Mathew, bajo su propia responsabilidad, proponiendo la mediación diplomática y exponiendo las condiciones de paz que consideraba convenientes. A Mathew las propuso, sujetas a la aprobación del Presidente, pero a Juárez las recomendó terminantemente. «Si usted las aprueba —le decía— creo infalible el triunfo de la causa liberal; mas si usted no está conforme con ellas, espero de su bondad que me admita la renuncia que hice cuando estuve en Veracruz y que quedó pendiente, pues éste es un compromiso de honor que he contraído. El señor González Ortega está de acuerdo con las Bases expresadas y el señor Doblado hará lo que el gobierno

determine,» Las bases propuestas por Degollado debían formularse por el cuerpo diplomático, de acuerdo con los representantes de los beligerantes, y abarcaban la libertad de cultos, la supremacía del poder civil, la nacionalización de los bienes del clero, los principios elaborados en las Leyes de Reforma, la representación nacional en un Congreso libremente elegido y el nombramiento de un Presidente interino, escogido por el cuerpo diplomático para gobernar hasta la convocatoria del Congreso y la redacción de una nueva Constitución. «La misma guerra que he sostenido durante estos tres años —dijo— me ha hecho reconocer que no se alcanzará la pacificación por la sola fuerza de las armas, y estoy pronto a prescindir de la forma y de las personas, con tal de que queden asegurados y perfectamente a salvo los principios que sostiene el partido liberal». Si ambos bandos rechazaran las bases —agregó— estaba resuelto a «retirarse completamente de la escena política», pero si sólo el enemigo las repudiara, su resolución era de seguir peleando hasta terminar la guerra —reserva que salvaba su lealtad a costa de su lógica y planteaba el problema del motivo que dictaba el plan. La confusión del proyecto superaba a su misma futilidad. Las condiciones eran esencialmente las mismas que Mathew ya había propuesto repetidas veces, y que ambos beligerantes habían rechazado invariablemente, y el objeto de renovarlas en aquel momento era inexplicable con razones de pura lógica.

Pero la lógica también quedó sacrificada a la fatalidad. Al enterarse de la ocupación de la conducta, Juárez había expedido órdenes para la devolución del dinero y el enjuiciamiento del responsable; le repugnaba creer que Degollado hubiese aprobado el robo y se negó a proceder hasta tener en sus manos la evidencia irrecusable del mismo culpable; y aún no había dado con la forma de solucionar el escándalo, cuando se vio en la necesidad de rectificar otro paso en falso, que nulificaba por completo la necesidad del primero y que planteaba un problema infinitamente más delicado. ¿Cuál era el motivo que obligó a un hombre que acababa de cometer un delito en pro de su causa a perpetrar otro en su contra? Porque ésa era la impresión unánime en Veracruz: Degollado había desertado. La relación entre los dos era íntima, aunque recóndita; pero lo que importaba al gobierno en aquel momento no era el problema psicológico. La conducta errática de Degollado era una aberración política, sólo explicable con la suposición de que ya no era dueño de sí mismo. La inferencia era que la devolución de los fondos no había satisfecho a Mathew, o sólo en parte, y

que para conciliar al representante británico, Degollado había convenido en apoyar su plan de pacificación en un momento sumamente difícil para el gobierno liberal; y para sustentar tal interpretación, Degollado mismo daba la clave, y casi la confirmación, al decir que el plan representaba un compromiso de honor de su parte. Un compromiso de honor, apoyado por la aprobación de González Ortega y el asentimiento de Doblado, para obligar al Presidente a aceptar la mediación extranjera —ésa era, por lo menos, una explicación racional del rescate de un santo por un sensato que estimaba su alma en su debido valor. El fruto del robo era, al parecer, un conato de chantaje diplomático. De todos modos, la relación entre Mathew y Degollado quedó clara; y claro, asimismo, algunos días más tarde el verdadero objeto del plan. Mathew presentó la misma proposición a Juárez, instándolo, si creyese de su deber rechazarla otra vez, a que se retirara de su puesto para evitar los peligros inminentes que amenazaban al país. «La opinión pública en el extranjero —le previno— y el empleo de la fuerza, fundada en tal opinión y apoyado por ella, determinarán la suerte de México en muy pocas semanas. Debo confesar que esta opinión condena y se mofa unánimemente, tanto en América como en Europa, de los fueros de la legalidad y de la Constitución de 1857. Por lo mismo, no puedo menos que censurar la posición que Vuestra Excelencia parece resuelto en sostener (muy malaconsejadamente para su patria) de no ceder nada, pero de no hacer tampoco nada para terminar esta guerra. Sólo añadiré que si Vuestra Excelencia invoca la cuestión de la legitimidad y de la Constitución de 1857, en defensa del rechazo que usted parece meditar a las ofertas de mediación oficial, tal rechazo legitimará el empleo de la fuerza y tendrá consecuencias funestas para usted, para sus amigos, y para la causa progresista. A tal rechazo seguirá, si no lo anticipa, una división en su propio partido». El aviso ominoso, la amenaza perentoria, las condiciones liberales, la mera idea de una paz negociada a la sombra de la intervención extranjera, todo lo rechazó Juárez con una respuesta que aceptaba únicamente el reconocimiento de su propia constancia y de su propia consecuencia. A los cinco días el Presidente recibió otra misiva de Degollado, solicitando su renuncia, y el tono del intercesor delataba al ventrílocuo. «Yo, como amigo sincero y apasionado de usted, me atrevo a aconsejarle la aceptación de las bases propuestas, con la seguridad de que, en el remoto caso de que las admitan nuestros amigos, usted, sacrificando su persona y salvando al país, se hace más y más grande a los ojos del mundo —lo conjuró con frases igualmente aplicables a su propio caso

—. Con la mano en el pecho, póngase usted delante de Dios, del mundo todo, y de la nación mexicana que le contempla, y falle según su conciencia en este arduo negocio». El acusado se había convertido en demandante y exhortaba a su juez en plan de igualdad. Poseído de la manía de la abnegación, exigía al ajeno el mismo sacrificio que se impuso a sí mismo, y en la intoxicación y el aislamiento de su propio desinterés se sentía con derecho de dictar a los demás. En prueba de su abnegación, agregó a las condiciones de paz un artículo, excluyendo a Miramón y a sí mismo de los elegibles a la Presidencia; y retando a Juárez a emular su generosidad, lo apretó en una posición en la que, para un corazón bien puesto, resultaba difícil declinar la competencia. Pero lo que hizo vibrar en Juárez era una cuerda más fuerte que la generosidad: la justicia. Colocado en una posición tan falsa, el Presidente se vio obligado a salir de su reserva oficial y a plantear la cuestión en sus verdaderas dimensiones y respondió al reto con una dignidad serena y acompasada que recordaba a Degollado, con igual solemnidad, que no se trataba de una ecuación personal.

«Quedo impuesto de que tuvo usted necesidad de dirigir dicha carta al señor Mathew —le escribió después de una demora impresionante— porque así se lo dictó su deber con la patria y por circunstancias que usted no expresa, pero que, me dice, sabré después. Como el propósito de usted es tan firme y decisivo en términos de que ha autorizado al señor Mathew para que lo publique; como no me expresa, sino que se ha reservado los motivos poderosos que lo han obligado a adoptar una resolución tan inesperada como peligrosa para la causa de la libertad, para la dignidad de la nación y para el porvenir de nuestro país; como hasta ahora no es la opinión pública, sino la de usted y la del señor Mathew la que me indica que debo abandonar la bandera constitucional, dejando el arreglo de la administración pública, no al arbitrio del pueblo mexicano que ha cerca de tres años derrama su sangre para defender su ley fundamental, ni siquiera en manos de los reaccionarios que, al fin, son mexicanos, sino en las de una corporación extranjera que por haber auxiliado a los rebeldes de Tacubaya, desde la funesta traición de don Ignacio Comonfort, se interesa en que la revolución termine por una transacción en que se sacrifique la constitución vigente para evitarse la pena de reconocer al Gobierno Constitucional existente…» —por todas estas razones se veía en el caso de repetir lo que ya había manifestado a Mathew y a tratar al correligionario y al compatriota en el mismo plan que al extranjero y al entrometido.

A Mathew se había explicado con la paciencia a que era acreedor un diplomático, exponiendo los motivos obvios y elementales que dictaban su conducta. «Si la guerra tuviera un objeto personal, es decir, si la cuestión fuese porque yo siguiera o no en el poder, el medio decente y decoroso para mí sería retirarme del puesto que ocupo; pero no es así. La lucha que sostiene la nación no es por mi persona, sino por su ley fundamental establecida por sus legítimos representantes… Si yo abandonara el puesto, destruyendo la legalidad que sostiene no sólo la ciudad de Veracruz, sino la mayoría de la República, descendería voluntariamente al nivel de los rebeldes, entregaría a mi país a la más espantosa anarquía y sería tan criminal como don Miguel Miramón, y esto en momentos en que el partido constitucional se encuentra robustecido por sus recientes victorias y en que está próximo a coronar sus esfuerzos y sacrificios con un triunfo definitivo que establezca la paz. No son, pues, los mezquinos intereses personales los que me tienen en el poder, que nada tiene de halagüeño… Sigo en este puesto por deber y con el noble objeto de cooperar a la conquista de la paz de mi patria. Y tengo la profunda convicción de que esa paz será estable y duradera, cuando la voluntad general expresada en la ley sea la que reforme la constitución y ponga o quite a los gobernantes, y no una minoría audaz, como la que se rebeló en Tacubaya en 1857».

Al compatriota se repitió con la misma paciencia, pero en un tono de moderación severa, recordándole que hacía apenas cinco meses Degollado mismo había expuesto a los británicos la razones que obligaban al Presidente a conservar su puesto, no sólo porque estaba comprometido por su juramento constitucional, «sino porque el patriotismo ha exigido de mí el sacrificio de mi reposo, y abnegación, para servir de centro de unidad legal, de fiel custodio del derecho, de órgano de justicia y de protesta viva contra los abusos consiguientes al desencadenamiento de las pasiones de partido. La convicción de usted era tan profunda sobre este particular que en la misma citada comunicación aseguró usted "que ni Dios ni los hombres me perdonarían la deserción de mi puesto, que debía conservar, mientras tuviera la conciencia de que tal era la voluntad de mis comitentes, mientras viera que la mayoría de los estados me reconocía y respetaba, mientras no hubiese otro Presidente *legítimamente elegido*, o mientras no hubiera un Congreso que pudiera admitir mi renuncia…". Como estas razones subsisten y las circunstancias no han cambiado, sino de un modo ventajoso para la causa constitucional, pues se cuenta ahora con un

ejército numeroso y con victorias recientes —terminó diciendo —, creo excusado extenderme a disuadir a usted de su resolución tomada, y sólo me limito a contestarle que de ninguna manera apruebo su proyecto de pacificación, sino que en cumplimiento de mi deber emplearé todos los medios legales que estén en mis facultades para contrariarlo… Espero, pues, que me mande su renuncia… Deseo que se conserve usted con buena salud y me repito su amigo, q. b. s. m.…».

Más lejos no podía llevar el reportamiento ni más hondo la reprobación. Con esta respuesta se retrataba Juárez en una hoja de papel tan transparentemente como lo hizo Degollado en la mortaja de su manifiesto a la nación; y el Presidente podía repetirse indefinidamente, porque las reservas de constancia que tenía bastaban para responder a la demanda con el ofrecimiento inagotable. Lo que había olvidado el demandante, entre tantos otros lapsos de memoria, era que el Presidente encarnaba una causa; y lo que le recordaba el Presidente, con tan memorable cordura, era que su propia conducta no obedecía, y no podía obedecer, a motivos tan irresponsables y tan insignificantes como la heroicidad histriónica y la ostentación personal; y con eso habría dado por terminado el incidente, si sólo entre ellos se hubiese dirimido la controversia. Pero Degollado había autorizado la publicación de su proyecto de pacificación, y el reportamiento oficial era imposible, porque la proposición provocó una reacción grave entre los comilitantes del desertor.

Sin excepción, el gobierno civil se solidarizó con el Presidente. En el seno de la familia oficial la defección de Degollado provocó consternación, indignación, incredulidad. Viejas relaciones fueron vulneradas o rotas, y la moderación del Presidente contrastaba singularmente con las censuras de los amigos más íntimos del desertor. Ocampo, que adoraba a Degollado, no dio con una palabra en su defensa, y a Prieto, que lo veneraba, le sobraban para castigar al ídolo caído. «No sé ni cómo comenzar a escribir —le decía—, tan aturdido así me tienen tus resoluciones sobre la terminación de la guerra como acerca del dinero devuelto a los súbditos británicos. La primera de éstas pudo habernos perdido, y a ti, te lo digo desgarrándome el alma, te ha dañado cuanto no puedes imaginar. La idea de intervención por el camino más ignominioso, la representación anómala de los ministros extranjeros para ejercer actos privativos de la soberanía nacional, la evidencia de que después de la solicitud infame de nuestra parte, vendrían las armas extrañas a su realización, y

todo por ti, por el tipo democrático por excelencia, son cosas que me tienen confundido: porque un suicidio como el de Comonfort me parecía que debía quedar único en nuestra historia. Prescindir en vísperas del triunfo, de la bandera que nos ha conducido hasta él; renegar de su fuerza cuando a su favor debemos el triunfo de la idea, y esto en un sitio, en medio de caudillos entusiastas; concordar con el enemigo en la abjuración de la Constitución en el terreno revolucionario; hacer de los cuarteles fuerzas deliberantes, deponer a Juárez, al bienhechor, al compañero..., yo no puedo explicar esto, y me abrumo porque nos has desheredado de tu gloria, con el ateísmo al hombre de fe, con la desesperación al hombre de constancia, casi con la apostasía a la viva encarnación de la sociedad política. No lo puedo creer, no lo quiero creer, quiero un mentís para esta pesadilla de vergüenza que me hace llorar sangre. Yo expuse francamente a Doblado que no comprendía lo que pasaba, pero hoy lo supe todo; la junta había pasado y en ella estaba el proceso y el fallo con que anticipadamente te resignaste. Es evidente, tú debes cumplir con retirarte de la escena. Yo, que creía que nuestro mayor mal, que nuestra más irreparable derrota sería tu ausencia del mando; yo, que me adherí a tu círculo porque en él me creía más honrado que en ninguna otra parte, yo te digo que debes separarte del mando; y quiera Dios que no nos dejes la debilitación, la anarquía y la prolongación horrible de la guerra civil. En cuanto al dinero, en la resistencia a la devolución de un solo centavo, había extensiones de miras; devolver, es la adulación del fuerte, convirtiéndose en verdugo del paisano infeliz de quien eres su abogado, su conciencia... Esta sustracción por miedo, esa ruta que hace mezquino el atentado..., yo no sé lo que sucede, ni lo que digo. Doy a mi patria el pésame por la esterilización de uno de sus hombres más eminentes, y me lo doy a mí por la muerte de mis ilusiones más puras. El hermano, el amigo reconocido te estrecha sobre el corazón, y te pide le mandes lo que gustes como siempre. Tu hermano, G. P.». El poeta, tan sensible a los secretos espirituales de sus amigos, quedó ciego a los de Degollado, porque servía en aquel momento de contacto entre el gobierno y el ejército, y el elemento que le vendaba los ojos y le vedaba toda indulgencia era la reacción en el frente de batalla.

Los caudillos reunidos para el ataque a Guadalajara condenaron unánimemente la proposición del Comandante en Jefe. Aunque Degollado se había resignado de antemano al fallo del gobierno, la misma sentencia pronunciada por sus compañeros de armas le pareció una traición —pero no una

sorpresa. Con candor doloroso escribió a Juárez: «Siento decir a usted que los señores Doblado y Ortega me manifestaron en Guanajuato su absoluta aprobación al pensamiento que desde entonces les inicié, y que ahora han contrariado con tanto calor como poca buena fe. Esto no prueba más sino que soy un estorbo para las miras interesadas de los hombres que figuran en nuestras escenas políticas». También en la conducta de los caudillos había secretos, y secretos nada espirituales —secretos tan subidos que saltaban a la vista— y Degollado no era tan miope para que se le escaparan. En aras de la solidaridad se había sofocado el descontento con su mando que privaba en el campo; pero la demanda de su separación subsistía y motivaba intrigas y conatos de insubordinación apenas disimulados; se respetaba su autoridad de derecho, pero se le desatendía de hecho, y hasta Prieto tuvo que reconocer que Degollado no vivía ya sino del patriotismo de todos los demás. Poco antes, Prieto y otros patriotas tuvieron que intervenir para dirimir un grave disgusto con Doblado, que se había retirado de la campaña después de un fallido intento de formar una coalición de los descontentos para desconocer al gobierno, y que se reconcilió con Degollado gracias a la promesa de los intercesores de que sería nombrado segundo jefe. La oportunidad de eliminar al estorbo con la ocupación de la conducta, primero, y con su plan de pacificación en seguida, era evidente —tan evidente que uno de los amigos de Degollado imputó la inspiración de ambos errores a Doblado. Degollado guardó silencio, dejando entender, sin embargo, que se sabía víctima de sus consejeros de confianza. Sea que la oferta de Doblado de cargar con la responsabilidad del robo fuera hecha de buena fe, o especulando sobre la caballerosidad del Comandante en Jefe, Degollado no dudó de que tanto Doblado como Ortega le habían engañado al aparentar apoyar el plan de pacificación. Repudiado por los dos, se dio cuenta de que había caído en una trampa, trompicado por los mismos compañeros que le prestaron la confianza que le faltaba para cometer la transgresión. Para el desgraciado, esto significaba sólo un sinsabor más; pero para el gobierno, la revelación echaba una luz siniestra sobre la situación en el campo; y el hecho de haber concertado Degollado el paso con sus subalternos, y de tenerlo proyectado antes del robo de la conducta, que constituía su mayor defensa, obligó al Presidente no sólo a censurar sino a disciplinar al extraviado.

Por eso, la justicia de Juárez detuvo su generosidad. Degollado fue llamado a Veracruz para que respondiera de su

conducta ante un tribunal militar. Sus parciales reclamaron más tarde contra el rigor del procedimiento. Sin duda, su renuncia era indispensable y ya la había ofrecido al gobierno; pero ¿por qué procesarlo también? ¿Por deserción? El cargo dependía de la finalidad y del efecto del plan. Técnicamente, Degollado se había hecho reo de indisciplina al iniciar una proposición política, sin autorización de su gobierno, pero el grado de culpabilidad sólo era determinable tomando en cuenta la intención y la interpretación del plan. A todas luces, la proposición era impracticable y no podía tener más que un resultado: la prosecución de la guerra; y tal fue, en efecto, la defensa levantada por Degollado luego que se vio inculpado. «Mi pensamiento, suponiendo que fuese malo, no se imponía a nadie por la fuerza —explicó—, su acción no debía haber pasado de una discusión confidencial. Aprobado, habría sido un arma poderosa para el triunfo más pronto y más completo de nuestra causa. Desechado, habría quedado nulificado en sus efectos, con sentimiento mío, pero no debía servir nunca para favorecer especulaciones con perjuicio de la causa nacional». La separación de Juárez era una condición contingente del caso remoto de que el enemigo admitiera la intervención extranjera. «Lo que espero naturalmente —dijo al formular la proposición — es que el partido clerical rehúse y se obstine; pero en este caso ya podremos hacer la defensa de la Constitución de 1857 y del gobierno de Veracruz con todo vigor y con el apoyo que nos prestará todo el cuerpo diplomático, menos Pacheco, y entonces es infalible nuestro triunfo. Por consecuencia, seguiremos luchando con mejor derecho, habiendo agotado las pruebas de abnegación del gobierno constitucional».

La separación de Juárez había de ser, pues, una simple postura, y el objeto del plan, un lance espectacular para ganarse el aplauso del anfiteatro; tanto fue así, que uno de los parciales de Degollado se valía de la jerga de la tauromaquia para pintar la maniobra como «una nueva y prodigiosa faena para la causa liberal dentro y fuera del país». Pero con esta versión, el plan quedó reducido a una farsa pueril que agravaba la futilidad con la frivolidad, y agregaba al absurdo de la actitud la simulación del sacrificio. Una defensa más fuerte ofreció el mismo amigo al afirmar que el plan obedecía al temor a la intervención armada en una fecha muy próxima. «¿Será tiempo entonces y será posible poner condiciones? ¿La mediación que hoy puede ser amistosa no será después una intervención armada y violenta?». Con esta defensa el gobierno tenía todos los motivos de simpatizar, pues fue la misma que dictó la conclusión del

Tratado McLane, pacto sentimental que produjo, como su fruta podrida y su retribución oscura, los desmanes de Degollado. Todas las apologías del acusado llevaban implícito un reproche al gobierno que le encausaba. «Por esta ley indefectible de las compensaciones —decía en su Manifiesto a la Nación— cada avance, cada atentado de nuestros enemigos ha producido su reacción indeclinable: la idea del traidor protectorado, la política continental, también reprobable bajo el carácter de protección: la coligación del agio rapaz al clero prostituido, el odio contra estas entidades; el oro del culto, empleado como valor de sangre, la justificación de los atentados contra la propiedad». La concatenación de calamidades colocaba al gobierno en el banco de los acusados: la falta de recursos provocando el robo de la conducta; el tratado originando la alianza con el vecino prepotente; la protección norteamericana ocasionando la intervención europea, y ésta, a su vez, el plan de pacificación para prevenirla; hasta que, aplastado por las reacciones de impotencias enconadas, Degollado sucumbió al concurso de extravíos. Pero su mejor defensa no era una apología lógica y racional, sino la evidencia psicológica de fatiga, confusión, contradicciones y propósitos incompatibles, que bastaban para frustrar un plan que debía juzgarse clínicamente, como la manifestación patológica de un ánimo profundamente perturbado por el agobio del fracaso. La tensión interminable de la guerra y el síncope de una crisis moral habían acabado por vencer su voluntad; y tomando en cuenta sus servicios anteriores, se pudiera pretender que el enfermo merecía respeto y que se le despidiera sin el estigma de una denuncia pública y de un proceso infamante. Pero así se malogran las revoluciones.

Porque estaba en juego mucho más que la desgracia de Degollado. Atenuar su culpa con una apología racional era admisible; paliar su error con una explicación psicológica era posible; pero ambas defensas reconocían la razón irrecusable del proceso: la entrega de la soberanía nacional al arbitraje extranjero. En aquella condición anémica en que Degollado había dejado de ser dueño de sí mismo, se había convertido en portavoz o en cómplice de una voluntad ajena. El amo ajeno era Mathew, cuyas miras no dejaban la más mínima sombra de duda; y a espaldas de Mathew venía Comonfort. La guerra había de terminar con la vuelta del renegado cosechando el fruto de tres años de guerra fratricida y la recompensa del hijo pródigo. Y no era esto un peligro hipotético, porque Comonfort, después de vagar como un alma en pena en tierra ajena, se había

acercado a la frontera buscando la manera de pasarla y comunicándose con sus antiguos partidarios en el interior. Uno de sus agentes ya había sondeado a Doblado, y los rumores de su conformidad y de su apoyo a un plan de conciliación corrían con tanta insistencia que inquietaron a Prieto. «No he creído ni por un instante que usted sea partidario de Comonfort —le escribió—, no lo creo y puedo jurar que ustedes nada tienen de común, pero ¿no es triste que, por su splin de usted, se le cuente entre la comitiva carnavalesca del pretendiente?». El agente tanteó también al gobernador de Veracruz, Gutiérrez Zamora, con el mismo objeto. ¿Inconsecuencia incorregible? De ninguna manera. A fe del agente, Comonfort se había reformado —«no es el hombre tímido e irresuelto de otro tiempo; sus desengaños y sus viajes le han hecho comprender que es preciso abrazar un sistema con todas sus consecuencias»— y sus amigos respondían personalmente de las buenas ideas del caudillo británico. Comonfort aseguraba «que su propósito no es aumentar los conflictos de la patria; que si su vuelta puede darle la paz, está pronto a regresar; que de lo contrario, prefiere vivir en tierra extraña; que uno de los medios más eficaces para hacer la causa liberal, es contar con Veracruz; que Veracruz es Gutiérrez Zamora, y que si se puede contar con este amigo, inmediatamente se embarcará para ese puerto»; y el agente garantizaba por su parte que el cuerpo diplomático nunca reconocería al gobierno de Juárez; que la intervención era inminente; que «si no nos salvamos pronto del peligro que nos amenaza, seremos víctimas de los Estados Unidos con la aquiescencia de Europa; que tenía las pruebas de lo que afirmaba y que las naciones que tienen representantes en México reconocerán el gobierno del señor Comonfort sin exigir otra cosa que la libertad religiosa, y que él la decretaría luego que tenga el poder público».

A toda esta argumentación Gutiérrez contestó con desprecio. Después de hacer algunas reflexiones sobre los tornadizos, cuyas ideas correspondían a la flexibilidad de sus caracteres, rechazó el soborno con una frase tajante —«sabemos ya cuál sería la paz del señor Comonfort y preferimos la guerra»— y la aprovechó, de paso, para el gran argumento que autorizaba todas las traiciones. «El cuerpo diplomático se sujetará a la decisión del país —añadió— aunque ella no sea de su gusto. Tampoco admito que usted pueda tener la certeza absoluta de que los Estados Unidos del Norte quieran apoderarse de nuestro territorio» —pretexto explotado por todos los oportunistas. «Como hago al talento e instrucción de usted la justicia que

merecen, no puedo menos de creer que el empleo que ahora hace de esas vulgaridades ha sido efecto de la triste necesidad que tenía de argumentos para salir airoso de su osado empeño. En la situación en que nuestro país se encuentra, nada sería más fácil para los Estados Unidos que la conquista indicada por usted; no la intentan, porque en manera alguna les conviene, porque perjudicaría el equilibrio de sus intereses, porque introducía más complicaciones en la cuestión de razas, bastante peligrosa ya en la vecina República, por muchas otras razones que usted conoce muy bien».

A Comonfort se le había juzgado una vez para siempre en México; a los justos se les juzga sólo una vez en este mundo; y a Juárez sus ángeles de la guarda le hicieron justicia también. Pero la coincidencia de estas intrigas con el error de Degollado, aunque ambos abortaron, complicó el caso del inculpado, contaminándolo con una tendencia demasiado peligrosa para que se condonara su transgresión. Indisciplina, indiscreción, imprudencia —fuera lo que fuera la calificación de su conducta —, no se podía escatimarle el escarmiento público. Al prestarse a una maniobra que, bien o mal lograda, tendría como consecuencia el desánimo y la derrota, se había hecho culpable de corromper el movimiento que había inspirado; era indispensable, pues, que se cortara el foco de infección, y el castigo era ejemplar, al igual que sus méritos. Degollado fue sacrificado en honor de sus antecedentes. Siempre que conservaba la fe y la esperanza, se le perdonaban sus fracasos, pero perdidas sus virtudes evangélicas, el santo perdió asimismo el derecho a la caridad. La justicia revolucionaria era rigurosa, y los mismos detractores del Presidente aplaudieron la severidad con que, cortando por lo sano, salvó la dignidad y la independencia de la nación con la resolución inquebrantable del auténtico revolucionario.

Pero la justicia revolucionaria es justicia cruda. En rigor, González Ortega merecía el mismo castigo, no solamente porque era cómplice del intento, sino porque había intentado una transacción análoga por su propia cuenta. Antes de lanzar el ataque a Guadalajara, entabló negociaciones con el comandante enemigo para conseguir la entrega de la plaza y la terminación pacífica de la guerra, sin consultar ni a Juárez ni a Degollado, bajo condiciones basadas en la separación de Juárez y el sacrificio de la Constitución, sin reservas ni paliativos de ningún género. Las negociaciones fracasaron, pero la única represión que recibió era la amonestación de Degollado, quien le recordó, con una inconsecuencia que ya se había vuelto inveterada, que

«ni usted ni yo podemos apartarnos de nuestras facultades legales, que son el sostenimiento de la Constitución y del gobierno legal, sin parecer traidores y desleales con quienes nos confirieron nuestra misión». Copias de la correspondencia cambiada con ese motivo fueron entregadas al Presidente por Degollado, insensible o indiferente a la luz que echaban sobre su propia responsabilidad. Juárez las archivó con la anotación, *Degollado y González Ortega excitan al Presidente a que abandone su puesto*; piezas comprobatorias de la contaminación que minaba el campo de batalla. La duplicación de la desafección no era sino un detalle en la triste rutina de registrar su difusión. Sin embargo, la desafección afectó sólo a uno, y la falla que perdió a Degollado fue condonada en el caso de González Ortega. La razón era palpable: González Ortega ganaba las batallas que Degollado perdía, y para que fuera más flagrante la moraleja, sustituyó al desgraciado en el mando del ejército. Juárez templó su justicia con una discreción no menos imperativa para el triunfo del movimiento, y la victoria vindicó el ascenso de Ortega: Guadalajara cayó en menos de un mes abriendo el camino a una marcha rápida e irresistible sobre la capital de la República. Pero la discreción del Presidente dio a sus detractores la oportunidad, que no pasó desaprovechada, de acusarle de favorecer al fuerte y de fustigar al débil.

Juárez no era insensible a la inconsecuencia y su actitud hacia Degollado, aunque inalterada, sufrió ciertas modificaciones sustanciales con el transcurso del tiempo. En el colmo de la crisis, permaneció impasible. «A un gobierno que tiene la obligación de dar el más cumplido ejemplo de moralidad, que debe en todo caso obedecer y hacer que se obedezcan las leyes, no le toca más que juzgar, conforme a éstas, a todo el que delinque, sea quien fuera —escribió a un amigo en defensa de su justicia. Así es que, sin embargo de que era una de las personas en quien el gobierno tenía depositada su confianza y aun le había conferido gran parte de sus amplias facultades, hoy que esa persona se ha separado de la senda marcada por el espíritu de la actual revolución que ha querido nulificar una ley, se le llama, para que se le juzgue como es debido». La acción de la justicia era automática, impersonal, imparcial, y la simpatía del Solón, impertinente. Un mes más tarde, empero, repensando el caso cuando ya había pasado la crisis, el primer magistrado dejó entrever una modulación en su manera de pensar. «Como usted, sentí el paso en falso del señor Degollado —convino con el mismo amigo— pues nunca podré olvidar sus buenos oficios anteriores; pero se perjudicó desconociendo una

revolución como la que sigue México, y tuvo el desengaño más completo al ver que ni un solo jefe liberal secundó su malhadado plan. Éste es el motivo de que no haya tenido ese hecho ninguna consecuencia desagradable y de que hoy nuestros jefes, más fuertes y más unidos que nunca, se encuentran sobre la capital de la República con un aspecto terrible para la reacción». Y éste era el motivo de que, conjurado el peligro, le fuera posible templar la justicia no sólo con discreción, sino con clemencia. El proceso fue suspendido, *sub judice*. Sin embargo, aunque el Presidente conservó su criterio y contemplaba su triunfo sin escrúpulos sentimentales, la clemencia aplicada a Degollado era una satisfacción que no convenía ni al magistrado ni al inculpado. Para Degollado fue un suplicio más: la suspensión de sentencia lo condenaba a la muerte civil, embalsamándolo en el fluido turbio de su reputación mellada, y privándole de la posibilidad de vindicarla ante el tribunal de la opinión pública; y puesto que alguna compensación se le debía por la indulgencia otorgada a González Ortega, el gobierno cedió una vez más restituyéndole el derecho de incorporarse al ejército, bajo el mando de un subalterno, y de salvar su buen nombre en las últimas jornadas de la guerra.

7

El caso Degollado señaló el punto crítico de la guerra. La mano del Presidente, firme durante la crisis, recibió después, y con creces, la recompensa que le correspondía. La extirpación del órgano flojo, el ascenso de un soldado afortunado, la caída de Guadalajara, restablecieron como por ensalmo la moral minada del ejército, y a medida que González Ortega marchaba sobre la capital y la bandera liberal se desplegaba, voluminosa y venturosa, para la embestida final, la presión de los intervencionistas iba cediendo también.

A los quince días de la caída de Guadalajara, Miramón proclamó el estado de sitio en la capital con un Manifiesto que revelaba al lector más fugaz que sus días estaban contados. Pero una prueba más patente de sus apuros la dio en la noche anterior: Márquez irrumpió en la Legación británica, rompió los sellos de los bonos convencionales, y se apoderó de 600 mil pesos. La designación de Márquez para realizar el asalto era el único aspecto del robo que demostraba un rasgo de sagacidad política; pues, mientras que el Gobierno Constitucional, sacudido por el caso Degollado, se enderezaba gracias a la mano firme de Juárez, sólo el brazo fuerte de Miramón sostenía el crédito de su partido, y el caudillo lo perdió sin remedio al contar sus días en bonos británicos. El cuerpo diplomático, encabezado por el mismo señor Pacheco, protestó unánimemente; y una confesión tan cruda de los extremos a que había llegado asestó el golpe de gracia a la confianza de su partido, cansado ya de la guerra y pronto a capitular. Por un forcejeo desesperado, y para hacerse de 600 mil pesos, Miramón sacrificó la ventaja inicial de su facción al lanzarse a la guerra, convirtiendo el sólido apoyo diplomático que lo sostuvo por más de dos años en el aislamiento completo, en el momento mismo en que los conservadores fincaban sus últimas esperanzas en la intervención extranjera.

Con este empujón Mathew pasó al enemigo. Hacía mucho que andaba por ese rumbo, y dado el carácter de su plan de pacificación, su destino era inevitable; pero caminaba a pasos contados y muy mal de su grado buscando legua por legua una fórmula de conciliación que, por ser mágica, no era hallable. El saqueo de la Legación puso fin a su peregrinación; abandonando la capital, se retiró a Jalapa, a medio camino entre México y Veracruz, pendiente de la terminación de la guerra y de la decisión de su gobierno de reconocer al vencedor. Esta media vuelta no era más que una reserva formal. En realidad ya

había recorrido todo el camino y favorecido al ganador, reservando sus reclamaciones por el robo de la conducta, autorizando el empleo de los bonos pagaderos de la deuda para violentar la campaña, dejando el saldo de cuentas para la terminación de la guerra.

La capitulación de Mathew señalaba a su vez el triunfo de McLane, cuya oposición inalterable a la injerencia del primo, ya por medio de mediación, ya por arbitraje o transacciones, había magnetizado el terreno escurridizo de la intervención y cerrado el paso a los intrusos. El apoyo firme prestado al gobierno liberal durante el largo asedio diplomático a que fue sometido constituyó el verdadero beneficio del tratado; el tratado era el imán que movilizó y derrotó a Mathew, atrayéndolo mal que bien hacia el polo contrario. En manos de McLane el pacto había adquirido las propiedades de la piedra filosofal; sin embargo, en el momento mismo en que Mathew giraba hacia el Gobierno Constitucional, McLane viraba ya en el sentido contrario; para él la piedra filosofal había perdido ya su virtud. Los servicios prestados al socio suponían la validez del tratado, y aunque McLane no había perdido la esperanza de verlo ratificado en Washington, la oposición en Veracruz era insuperable —y era la oposición de un solo hombre. Todo el gabinete, menos un ministro, estaba de acuerdo en prorrogar el plazo para la ratificación recíproca; pero el único disidente tenía el apoyo del Presidente. La fuerza que siempre había frustrado al ministro norteamericano, y que éste no pudo o no quiso reconocer, quedó identificada al fin: no era otra que Juárez. «Seguirá adhiriéndose a esta disposición de aprovechar la negativa del Senado de ratificar los compromisos dentro del plazo convenido —notificó a Washington— precisamente del mismo modo que resistió, al principio, la conclusión del pacto».

Precisamente. Por más de dos años largos y magros, McLane había trabajado a ciegas basándose en la suposición, heredada de Churchwell y confirmada por su propia experiencia, de que el Presidente era un político tímido y desconfiado, bajo el dominio absoluto de sus ministros; por veintitantos meses laboriosos y sin fruto, había atribuido las dificultades encontradas en el camino a cuantas causas atascaron el curso del negocio: a varios ministros cambiando de cartera, pero no de política; a las protestas de los estados fronterizos afectados por el tratado; a los partidarios de Comonfort; a la oposición sistemática dentro del partido; a todas las causas concurrentes, en suma, menos una: tan sólo para descubrir que el único elemento que no había tomado en cuenta, o que había subestimado, era el carácter del

estadista responsable, quien, valiéndose de apoderados y de pretextos para dirigir y prolongar la negociación hasta alcanzar su propio propósito, había manifestado una fuerza de resistencia que resultó, por ende, irreductible. El Presidente, que siempre lo había eludido, ahora se le escapaba para siempre; y McLane se dio cuenta con mortificación de que, como único fruto de su misión, había concedido el reconocimiento al gobierno constitucional sin más garantía que un memorándum, y lo había sostenido por dos años con sólo *un pagaré*, en tanto que Juárez se libraba de todos sus compromisos, sin motivo legítimo de protesta, y con el derecho más incontestable. Ambos eran caballeros cumplidos, pero uno de los dos se sentía embaucado. «Mucho influjo tendrán en la determinación final del Presidente el grado de presión que se le aplique, y las perspectivas de su partido en la pendiente guerra civil» —reiteró —; pero ¿qué forma de presión aplicársele, con la terminación de la guerra a la vista, y con la fuerza del intervencionismo cediendo ante el triunfo inminente? Después de haber defendido al beligerante más débil durante los días aciagos, McLane lamentó francamente la ayuda prestada al aliado, ahora que éste se volvía el más fuerte. «En estas circunstancias —avisó a Washington—, nuestras relaciones con este país serán todo lo poco satisfactorias posible, y en vez de censurar a las potencias europeas por apoyar con sus fuerzas armadas sus respectivas demandas de desagravio, tendremos que reprocharnos por no haber adoptado el mismo método en defensa de la misma política —y eso, teniendo concluido un tratado que nos permite imponer nuestra intervención con el consentimiento del gobierno reconocido… Tengo, pues, la esperanza de que el Presidente no modificará de ninguna manera los conceptos comunicados en su último mensaje anual al Congreso —y es más menester hoy de lo que fuera entonces, que se presenten sus recomendaciones bajo el doble aspecto de actuar con o sin el consentimiento del gobierno constitucional, siendo imposible prever las dificultades que pueden surgir en obtener dicho consentimiento, en consecuencia de la negativa del Senado de ratificar el tratado concluido en diciembre de 1859». Pero en noviembre de 1860 ya no era fácil aventajar a Juárez. El tratado se había sublimado y el vil metal se había convertido en oro puro, y de la alquimia el autor salvó sólo el honor. Disgustado con el papel desinteresado que le tocó representar en México, McLane estaba harto de tanta gloria gratuita, y se apresuró a desquitarse de su descalabro. Desde el día en que reconoció al gobierno constitucional —terminó diciendo— había presentado sus recomendaciones y no le quedaba más que presentar su

renuncia.

Su renuncia le fue admitida y se aprovechó su consejo. Buchanan la incorporó en su mensaje de diciembre de 1860, deplorando la imprevisión del Congreso al desautorizar la expedición punitiva, y recalcando los peligros, suspendidos por lo pronto pero siempre latentes, de la intervención europea en México. Pero ya era tarde. El mensaje de diciembre de 1860, aniversario del malogrado tratado, señalaba su despedida no sólo a México sino a su propio pueblo, y la política preconizada con tanto tesón por tres años quedó sujeta al resultado de las elecciones presidenciales celebradas en noviembre. James Buchanan había engendrado a Abraham Lincoln, y la terminación de la guerra civil en México coincidió con el quebranto de la guerra secesionista en los Estados Unidos.

Si la mejor defensa del tratado fuera su fruto, esto era, sin duda, el colmo de la cosecha, y Juárez recogió la medida plena en toda su abundancia en diciembre de 1860. Con la amenaza de la intervención desvaneciéndose por todos lados, el tino con que dirigió el escabroso negocio vindicó con creces la táctica dilatoria gracias a la cual supo salvar los peligros, aprovechar las ventajas del pacto y tener a raya a todos sus adversarios. Nunca se había manifestado su instinto político con mayor acierto; nunca había sacado tanto provecho de la pura contemporización. Sin otro recurso, valiéndose únicamente de una venta eventual, y tardando sistemáticamente, dando tiempo al tiempo para vencer los riesgos de la empresa, había logrado el reconocimiento norteamericano de su gobierno, rompiendo con esta maniobra el bloqueo diplomático, facilitando la expedición del Código de la Reforma, y sacando todos los beneficios de una presunta alianza que neutralizaba la intervención europea, hasta tener asegurado el triunfo independiente de su partido. Para un novicio en diplomacia internacional, aventajando a la vez a Buchanan y a Palmerston y quebrantando el régimen colonial en México, no era poco lo logrado. Tortuosa, llamaron los críticos su política, desatinada y contraria a la voluntad popular; pero el mandatario siguió la línea sinuosa con instinto infalible, haciendo concesiones de menor cuantía para evitar la quiebra total, y llegó al término con un triunfo claro e inconfundible. Si el resultado fuera obra de una estrategia premeditada, no cabe duda de que acreditaba la mano de un estadista insigne; si fuera fortuita, no era menos digna de felicitación, pues los riesgos eran tan elevados como las ganancias, y apenas si se salvó del fracaso catastrófico; y si fuera la fusión de ambos elementos —lo que parece más probable—

una combinación impuesta por la necesidad inexorable y eludida con evasivas y dilatorias; una ecuación inestable adaptada día tras día a condiciones variables; una improvisación azarosa dirigida por la casualidad inconstante y la voluntad inmutable, el desenlace era igualmente incontestable; ganando tiempo a tientas, el político tímido y desconfiado, encargado del destino mexicano, salió ganando, con todas las probabilidades en su contra. Pero alcanzó la meta apenas a tiempo.

Aunque la carrera política la ganó el pausado, el reconocimiento popular aclamó la rápida conclusión de la campaña militar. Caída Guadalajara a fines de octubre, González Ortega apresuró su marcha sobre México, y a principios de diciembre la capital estaba aislada y su caída se asomaba tan cerca que el Presidente expidió la convocatoria del Congreso y publicó el decreto que coronaba el Código de Reforma: la libertad de cultos. Los progresos alcanzados por González Ortega garantizaban ambos pasos. Con las fuerzas constitucionalistas echando cerco a la presa, apenas si Miramón tenía vida suficiente para lanzar la última embestida. Saliendo con una columna volante, sorprendió a la vanguardia del enemigo en la Sierra de Toluca y regresó a la capital con dos generales entre los presos, uno de ellos Degollado; pero esta proeza era la acometida agónica. Reuniendo las meras reminiscencias de victoria y los regimientos raquíticos que las conmemoraban, Miramón salió una vez más y presentó batalla a González Ortega en el pueblo de Calpulalpan; ahí sufrió la derrota final, salvando el honor con la resistencia suprema y la vida con las riendas sueltas de sus caballerías. El día 25 las fuerzas constitucionalistas entraron en la capital en triunfo.

A pesar de los temores propalados por el finado régimen como su última línea de defensa, la ocupación de la capital se efectuó sin represalias; ni un grito ni un acto de venganza alteraron la serenidad del día festivo y de la disciplina, que transformó el día de desquite en un día de reconciliación, y los alarmistas se vieron derrotados por la bienvenida fervorosa brindada al ejército por la población de una ciudad que se declaraba, a la vez que vencida, convertida. Muchos fueron los curiosos, que esperaban la llegada de los vándalos vaticinados por los vencidos y contemplaban la marcha de la tropa, que tuvieron una grata sorpresa al admirar su porte impecable, y que se felicitaron de haber presenciado el triunfo de la verdad en sus días terrenales y celebrado la Navidad con la vuelta de la legalidad. La generosidad manifestada por González Ortega con el enemigo vencido mereció la alabanza general; y también su

caballerosidad con un compañero caído. Reconociendo a Degollado entre los espectadores, mandó detener el desfile y le entregó la bandera, abrazándolo y pagando a la vista su deuda con el hombre que hizo posible aquel triunfo y aquel gesto. Al gesto la multitud respondió con una ovación tremenda; y el héroe de las desgracias, borradas sus derrotas y sólo recordados sus sacrificios, acompañó la marcha victoriosa, arrebatado por un arranque de justicia simple, espontánea y popular que arrastraba a la justicia revolucionaria entre sus trofeos.

Tales triunfos se verifican, por lo común, sólo una vez en el decurso de la vida; pero tan completa resultó la conversión de la capital y tan popular su conquista, que a petición del público se repitió la función ocho días más tarde, y con éxito igual.

Las primeras noticias de la victoria llegaron a Vcracruz, cuando el Presidente asistía a una función de gala en el teatro. Se cantaba *I Puritani*, la ópera beliniana era un triunfo del empresario, la sala rebosaba de melómanos, y la presencia del Presidente, muy aficionado al teatro, pero poco al espectáculo personal, dio un brillo particular a la concurrencia. De repente, el drama pasó de las tablas al palco presidencial. Un correo corrió las cortinas del palco, el Presidente se puso de pie, la orquesta enmudeció, y en el silencio se dejó oír la voz de Juárez leyendo el parte que le participaba la terminación de la guerra. Como un solo hombre el público se levantó ante el hombre que hizo posible aquel parte, y en la penumbra, Juárez triunfó a su vez, la función terminó con aclamaciones al Presidente y a González Ortega, la orquesta tocó diana, los artistas entonaron la *Marsellesa*, el público salió cantando victoria y la vocinglería se difundió por la plaza despertando a los mismos muertos.

Pero eso pasó en Veracruz. Quince días más tarde, Juárez salió para la capital de la República donde, después de dos efusiones públicas decantadas por González Ortega, su llegada tardía corría el riesgo de tener sólo la resonancia del eco. El poder civil tenía aún que conquistar la capital, y más que nunca la colaboración del brazo militar con la mano civil era de suma importancia para lograr la paz. La victoria puso en relieve, inevitablemente, a los protagonistas de la lucha, parangonando al soldado y al civil, y la comprobación de su respectiva popularidad era el mejor índice de la medida en que, efectivamente, se había ganado la guerra. En el momento culminante la atención pública se enfocaba sobre los dos, con poca ventaja para el segundo: la controversia cotidiana siguió disputando la contribución del Presidente y muy contados eran aquellos que adivinaron mejor al fin que al principio de la

guerra quién era Juárez. ¿Qué parte le correspondía en la consumación de la contienda? ¿Cómo justipreciar los servicios prestados a la patria por el voluntario que encabezó el movimiento iniciado por los insurgentes y propulsado por los reformadores, cumpliendo con la promesa permanente implícita, en los lances fallidos, logrando la ventura venidera siempre latente en la obra inacabada, y realizando la reunión indivisible del pasado y del presente? Dos versiones circulaban a la sazón: pintándolo una como el campeón indomable de la causa comprometida por Comonfort, arrancándola de las manos del caudillo claudicante y llevándola a fuerza de fe y constancia hasta el triunfo; y la otra, como el mero testaferro de un movimiento que le llevó en su marcha hasta el triunfo que se habría alcanzado, de todos modos, con o sin su colaboración. La primera delineaba al Presidente a grandes rasgos a modo de un cartel patriótico; la segunda, con las pequeñas punzadas de un grabado partidarista que, como toda interpretación despectiva en México, tenía la ventaja de circular profusamente en los círculos políticos, en los carteles militares y en la propaganda diplomática. González Ortega, en cambio, era el galán del día, favorecido por el talento, por sus triunfos en el teatro de la guerra, por su reciente entrada en escena y por la victoria espectacular que puso fin a la campaña. Al comparecer los agentes activos y pasivos de la victoria —según el criterio común y corriente— se verificaba un acto que puso a prueba no sólo los merecimientos particulares de los protagonistas sino la capacidad del público de estimar sus respectivos servicios en su debido valor.

Pero la confrontación con el público capitalino no dejó lugar a duda de que se había ganado la guerra en realidad. La conducta de González Ortega era ejemplar: desde el día del triunfo, había excitado al Presidente en repetidas comunicaciones a trasladarse a la capital, y cuando se presentó al fin, se adelantó a recibirlo en las afueras y lo detuvo veinticuatro horas para ultimar los preparativos de su entrada triunfal. Entonces, el día 11 de marzo de 1861 —tercer aniversario de su fuga de la capital— Juárez recorrió en su coche las calles de una ciudad que ya dos veces había celebrado su conquista con un entusiasmo sin igual, según la prensa, desde la proclamación de la Independencia en 1821, y por más de ocho horas recibió una ovación que, al repetirse la historia, «acaba de repetirse con la misma espontaneidad, con el mismo entusiasmo, con el mismo arranque de júbilo, al llegar a la capital el Presidente de la República». Gracias a González

Ortega, el último triunfo fenomenal se había realizado, pues el mismo empresario había garantizado que la tercera y última función de gala no había de ser una ocurrencia cotidiana.

Tercera Parte

EL AÑO 1861

1

AÑOS hay en la vida de las naciones que destacan, singularmente más trascendentales que épocas enteras, porque las condensan y las sintetizan. Tales fueron, en los anales mexicanos, los años de 1821, 1847 y 1861; y el último fue el más portentoso de los tres. Mil ochocientos sesenta y uno era el año del cometa. Iniciado con un triunfo aclamado como la culminación de cuatro décadas de lucha para superar la falsa independencia de 1821, terminó con la demostración fulminante de que sólo a medias se había ganado la batalla. Lejos de ser permanente, el triunfo no era más que una pausa en la marcha de la Reforma y una etapa en el desarrollo del destino nacional. Rectificado el error original y derribado el estado corporativo, la circunstancia de haber alcanzado la liberación en 1861 en vez de 1821, resultó una rémora, porque entretanto las condiciones habían empeorado y el atraso se computaba en términos no del tiempo solar, sino del tiempo social. La cronología del progreso era inexorable, y en 1861 ninguna revolución podía realizarse localmente: independencia significaba emancipación no sólo de la Madre Patria y del molde colonial, sino de toda la familia de naciones de la cual el miembro malogrado vino a ser una parte vital, inválida y vulnerable; y en el momento mismo de romper el molde en que fue concebida, se vio envuelta en un conflicto mucho más formidable con la civilización a la cual aspiraba y embrollada con el mundo moderno en consecuencia tanto de su pasado como de su progreso. Por su origen y por su desarrollo, el anacronismo ardiente que era México a mediados del siglo XIX estaba condenado a provocar una contienda externa, así como interna, entre las fuerzas que se esforzaban para devolver al pueblo el régimen de explotación feudal, por una parte, y las potencias empeñadas en acapararlo para la cultura capitalista, por la otra. Lo único logrado por el triunfo de 1861 fue un breve respiro, una tregua angustiosa en la misma evolución implacable. La primera fase finalizó y la segunda se inició simultáneamente; la transición era veloz; y al cabo de doce meses la nación, agotada y dividida por tres años de guerra civil, fue llamada a defender su independencia otra vez contra una coalición de fuerzas y en condiciones funestas que borraban el recuerdo de 1821 y recordaban el aniversario infinitamente más fecundo de 1847. Con cuatro decenios de luchas intestinas, las convulsiones habían retorcido los nudos del parto, complicando la manumisión con impedimentos siempre más complejos y más portentosos; el retorno periódico de los años

del cometa aumentaba su fatalidad, y si el año de 1847 figuraba en los fastos mexicanos como el *annus terribilis* que arrastró al país al conflicto con el extranjero y al borde del colapso, 1861 lo eclipsó. La nota tónica de aquel lapso fue el terror; y el tono dominante comenzó a repercutir desde la entrada del año.

A las 9 de la mañana del 11 de enero, cuando el Presidente hizo su entrada triunfal en la capital, resonaban aún en sus oídos las últimas ovaciones de la victoria; a las 9 de la noche, se enfrentó con la realidad. Quince días antes, González Ortega había expedido un Manifiesto elocuente en que proclamaba el repudio de la venganza, de la proscripción y de la persecución del enemigo, pero la primera exaltación de la victoria ya se había evaporado: la magnanimidad del triunfo, la fácil promesa de reconciliación o de reportamiento, la exaltación del éxito y la disciplina del ejército estaban muy lejos de corresponder a los sentimientos de los civiles. La guerra no era un sueño pesado del cual las víctimas se despertaban de la noche a la mañana, sino una pesadilla tenaz, enredada en las entrañas del pueblo, una infección febril y achacosa que engendraba pasiones implacables y pérdidas irreparables que clamaban en la prensa, en los círculos políticos, en todos los órganos de la opinión pública por retribución, por justicia primitiva, por sangre a pedir de boca. El día del desquite lo habían previsto y aceptado por inevitable los mismos conservadores. Combatiendo sin pedir y sin dar cuartel, los vencidos habían anticipado la purga indispensable de la lucha fratricida, pintando el día de quiebra en tonos apocalípticos para prolongar la defensa; y hasta los avenidores que procuraron evitar la catástrofe a tiempo la evocaron con la misma violencia que el presentimiento infalible de los vencidos. Dos años antes, un sacerdote, excitando a su partido a transigir antes de volverse exclusivas de los liberales las pasiones desencadenadas por la lucha, escribió estas palabras proféticas: «¿Qué prestigio sería bastante poderoso, qué fuerza existiría para evitar que, ya sin coto ni valladar, se entreguen a mayores excesos, pues serían más generales y más calculados? ¿El nombre mágico de Juárez y Ocampo y de la Constitución de 1857 los moraliza luego, los hace vomitar la sangre que tienen en la boca y el veneno del corazón? Las proscripciones serán en masa y los mismos bandidos que hoy talan e incendian, serán forzosamente las primeras autoridades en las poblaciones que pronto convertirán en teatro de los mayores crímenes por leyes bárbaras propias de una época de terror». Y el padre vaticinaba las peores calamidades postulando el mejor de los casos. «Supongamos al señor Juárez en la Presidencia de la República,

¿en qué fuerza se apoyará para reducir a los bandidos al orden? ¿Qué bálsamo podría curar esos corazones dominados por la venganza? ¿Vuelven en un día al trabajo y se moralizan, y respetan las órdenes que quiero suponer se dictarán en un sentido de justicia y de templanza? El que intentara contener tal torrente sería declarado traidor». Precisamente. Los temores espectrales que sostuvieron el espíritu de los vencidos por espacio de dos años se calmaron, gracias a la conducta de González Ortega; pero sólo por quince días; con dos semanas de paz evangélica, el espíritu público, saciado de sentimientos sublimes, se desazonaba y dio claras muestras de regurgitar las heces, el sedimento crudo, de la guerra civil. El Padre Valdovinos había vaticinado la pura verdad, y ya había acabado la tregua ficticia cuando Juárez llegó a la capital para recibir, junto con las ovaciones, las reivindicaciones de la victoria.

Al igual que el Padre Valdovinos, Juárez había previsto la hora de la verdad y se había trazado una línea de conducta, de acuerdo con el gabinete, antes de salir de Veracruz. La pacificación del país era irrealizable, sin concesión alguna a las pasiones populares; desoírlas era imposible; obedecerlas, pusilánime; eludirlas, temerario e irresponsable; y el Presidente resolvió reducir las represalias a las providencias indispensables. Ocampo, que se reincorporó al gobierno para cumplir con su deber postrero, antes de retirarse definitivamente a la vida privada expidió un decreto en que destituyó a todos los empleados de la reacción; y el gabinete tomó el acuerdo de procesar a los cabecillas, de desterrar a los obispos que fomentaron la guerra, de expulsar a sus cómplices en el cuerpo diplomático, y de compensar estas medidas con un decreto de amnistía general. Pero estas medidas, adoptadas en el espíritu de justicia y templanza que el Padre atribuía a Juárez y Ocampo, pasaron por traición ante el partido en la capital, que esperaba con impaciencia la purga implacable exigida por la vindicta pública. Si el Presidente pensaba olvidarse de las circunstancias que ocasionaron su huida de la capital tres años antes, no pasó lo mismo con su partido, y la misma noche de su regreso surgió un caso controversial.

Los cabecillas de la reacción huyeron después de la batalla de Calpulalpan, Márquez y Zuloaga hacia el interior, Miramón rumbo a la cosía. Del último se supo su paradero por una serie de artículos publicados por él mismo en un periódico capitalino, en los que narraba su fuga a Veracruz, donde se refugió a bordo de un buque de guerra francés, desafiando la persecución no sólo de sus compatriotas sino del comandante de la escuadra

británica, que reclamaba su entrega para responder del saqueo de la Legación. Pero su cuñado y ministro de confianza, Isidoro Díaz, que intentó la misma hazaña, cayó preso, y contra él se descargó la furia de la justicia burlada. La noticia llegó a la capital, durante la primera sesión del gabinete, y se dictaron órdenes para que fuera consignado a un consejo de guerra y se ejecutara la sentencia sin apelación; pero algunos días más tarde, cediendo a la intercesión de la esposa del preso, el Presidente conmutó la pena máxima por el destierro, y al siguiente día se desató la tormenta.

«Circula un rumor grave, alarmante, que a ser cierto, será el desprestigio del gobierno y la perdición del país. Se dice que se ha concedido indulto a don Isidoro Díaz y que se va a dar una amnistía en favor de la reacción». La alarma fue difundida por el periódico más poderoso del partido, *El Siglo XIX*, y llevaba la voz del vocero más elocuente del encono popular. Después de pasar la guerra en la capital, perseguido y encarcelado, Zarco volvió a su puesto a la cabeza del gran órgano forense para protestar por el arrebato del civil ultrajado. «¡Si esto sucede, adiós justicia, adiós libertad, adiós orden público! No se cortará la serie de motines y asonadas, y el país desesperado, desencantado, sin fe y sin esperanza, renegará de sus esfuerzos, maldecirá a sus sacrificios y se perderá en las convulsiones de la anarquía. Cuando hace pocos días se nos ofreció en la plaza el espectáculo de fusilar a un desdichado que se había robado un caballo y a otro por otra bagatela, la opinión calló, porque vio en esto un preludio de justicia y porque recordó el saqueo del Palacio en la noche triste de la reacción. Cuando se dio el decreto que despidió a todos los empleados que sirvieron a la reacción, apenas ha habido quien oiga los clamores de hambre que esas pobres gentes que nada valen… Se creyó que ésta anunciaba una lección severa para los tránsfugas, para los tornadizos, para los liberales de la víspera y para los liberales del día siguiente. Haya enhorabuena olvido, lástima, desdén para esa turba que se llama gente decente y llevaba sus felicitaciones a Zuloaga; para esas pobres mujeres que por conseguir destino para sus padres o maridos iban de gala a hablar de teología a los salones del Palacio; para esa canalla que todo sabe aplaudir por un pedazo de pan. No es posible, no es ni siquiera necesario castigar a esa parte degradada y envilecida de la sociedad — recordó al gobierno— pero el país no tolerará esa amnistía que se anuncia, porque quiere justicia, porque está cansado de ósculos de Judas y de perfidia, porque anhela la paz, el orden, la moralidad, y porque no puede considerar como delitos políticos

el perjurio y la traición de los autores del golpe de Estado, ni el motín de Tacubaya, ni la serie de robos, de estafas, de asaltos, de asesinatos, de saqueos, de incendios perpetrados por la reacción. Esto no puede ser. Cierto es que la justicia se puede ejercer con misericordia y que nuestra Constitución reserva al jefe del Ejecutivo la facultad de perdonar; pero es menester que este perdón no sea un escándalo, ni un atentado contra la sociedad». El látigo lo blandía un buen amigo del Presidente; porque cuando la voz de Zarco daba la señal, no había posibilidad de frenar el alarido de los demás. «¿Habrán muerto más de 20 mil hombres, se habrán gastado más de 500 millones, sin que al cabo de todo se haya dado un solo paso en la senda de la moralidad? —protestó otro periódico, haciendo eco a Zarco—. Entonces es preciso desesperar del porvenir». Y otra más, transformando la protesta en amenaza y la consternación en conminación: «Pero esto no puede ser. Ha pasado el tiempo de las ternuras sentimentales. La patria sangra aún por todos sus poros, y los que no se sienten con bastante valor para dar a las víctimas la satisfacción legítima que se les debe, están en el caso de abandonar las riendas del gobierno y dejar a otros más fuertes la tarea de dirigir una revolución que abortaría en sus débiles manos. Justicia, justicia severa y completa, y sobre todo, no se olvide que cuando la sociedad es impotente para proteger a sus miembros, cada uno de éstos por sólo este hecho recobra el derecho de legítima defensa». El clamoreo, propalado por la prensa, no tardó en pasar de la violencia verbal a la vía de hechos y una turba de estudiantes de leyes, obedeciendo a la consigna, se presentó en Palacio, bandera en mano, exigiendo la expulsión, a viva fuerza, del gobierno traidor.

El verdadero gobernante del país, en aquel momento, no era ni la autoridad civil, ni la autoridad militar, sino la prensa; y el Tercer Poder impuso la ley al gobierno. El gobierno cedió revocando el indulto y poniendo a Díaz a la disposición de un tribunal civil, y reservando la amnistía para un momento más propicio, aunque se observó su espíritu tácitamente en la práctica. Para apaciguar a los revoltosos, se reformó al gabinete, y los tres tribunos populares más indicados para garantizar las reivindicaciones de la revolución triunfante entraron a formar parte del gobierno. Zarco sustituyó a Ocampo en el Ministerio de Relaciones, Ignacio Ramírez se encargó del Ministerio de Justicia y González Ortega tomó las riendas del de la Guerra.

Sin embargo, la indignación siguió siendo tan aguda, que cada concesión hecha por el Presidente se interpretaba más bien como una confesión que como una corrección del error

cometido. La prensa era un amo celoso y exigente, la irritación suscitada por el proyecto de amnistía no se calmó con el abandono de la medida, y hasta los decretos que correspondieron a la demanda dieron motivo a censuras exacerbadas. El destierro de los obispos provocó otra protesta de Zarco, quien denunció la providencia como un desacierto político. «Desterrad a los obispos al extranjero: con esto demostráis que no tenéis fe en la reforma, que no creéis en vuestra superioridad. Con esto los mandáis por el mundo a que se den el aire de apóstoles perseguidos, a que os pinten como opresores y como enemigos del culto. Si por el contrario los sujetáis a juicio, y esto es lo que se debe hacer, por leve que sea la pena que se les imponga, conquistáis el principio de la igualdad ante la ley, engrandecéis el poder civil y sancionáis la obra de la reforma». La protesta, dirigida al autor de la *Ley Juárez*, puso al Presidente en el caso de demostrar la fe que tenía en su propia obra; pero en este caso el mandatario no cedió. «El destierro de los obispos, con toda su energía aparente, no pasa de ser prueba de verdadera debilidad y una violación de la Constitución» —declaró *El Siglo*—; pues, aunque el gobierno había desalojado a Zarco de la silla editorial y lo tenía enjaulado en el gabinete, el ministro había dejado en su lugar a toda una bandada de ángeles custodios que vigilaban su oficio, y un coro de cavilación convino en la requisitoria. La prensa de menor categoría la hizo suya, pidiendo que la administración de la justicia fuera arrancada de las manos del primer magistrado, que la dirigía débil y arbitrariamente, y confiada a los tribunales de la nación —es decir, al arbitrio implacable de Ignacio Ramírez.

Entre estas pendencias, los monitores perdieron de vista, precisamente, el problema político. El destierro de los obispos era un sacrificio simbólico a la vindicta pública. Condenados por la voz pública y sentenciados por aclamación, los prelados eran, de común acuerdo, autores de la guerra y presuntos culpables; pero, como era siempre elusiva la prueba jurídica de la subversión clerical, se corría el riesgo de convertirlos en mártires con un proceso destinado a armar un escándalo dentro y fuera del país; y la reacción en el extranjero era un elemento que el gobierno sopesaba con mayor prudencia que la prensa. Antes de abandonar Veracruz, McLane había recomendado al gobierno la mayor discreción en la pacificación del país, por su propio bien ante la opinión mundial, y el nuevo ministro francés había hecho otro tanto por el mismo motivo, recomendaciones impertinentes, pero bien intencionadas en

ambos casos, ya que la prevención que privaba en el extranjero contra el partido liberal y su abanderado indígena sólo necesitaba un pretexto que la provocara. La proscripción de los prelados era el método menos llamado a irritar la opinión extranjera, pero por esa misma razón la solución irritaba el patriotismo de una prensa resuelta a desafiar la opinión ajena y a declarar la independencia de México de toda forma de dominación extranjera; y al Presidente no se le concedió margen para ejercer su discreción.

Tales riesgos, empero, eran un elemento de consideración en el caso de la expulsión de tres miembros del cuerpo diplomático —el nuncio apostólico, el ministro de España y el ministro de Guatemala— designados por el gobierno y por la voz pública como cómplices notorios del finado régimen. En este caso el gobierno y la prensa iban de acuerdo, y los más capciosos no tenían motivo para censurar al Presidente. El derecho de ejercer represalias contra el enemigo extranjero era una medida de seguridad pública, y nadie disputaba la necesidad, ni la justicia, de purgar la República de sus adversarios declarados. Sin embargo, la denuncia era provocadora, y la prudencia del paso, debatible. Ocampo firmó las órdenes de expulsión —su último acto oficial antes de entregar la cartera a Zarco— y tuvo cuidado de asentar que la censura iba dirigida únicamente a los ministros y no alcanzaba a los gobiernos representados; pero el representante de España se negó a reconocer distinción alguna entre su carácter oficial y particular, y un miembro del gobierno creyó su deber intervenir para apaciguarlo. El avenidor era el ministro de Guerra. En la noche anterior a su salida, el señor Pacheco recibió la visita de González Ortega, quien, con una discreción que contrastaba con la de sus colegas, lamentó una decisión tan intempestiva y anunció la visita de Zarco para subsanar el desacierto. Muy indignado, pero nada reacio a recibir una disculpa, siendo incapaz de considerarse simplemente *persona non grata*, Pacheco pasó la noche en desvelo, confiado en que Zarco, desencarcelado durante la guerra gracias a su intercesión; correspondería al favor recibido; pero la noche pasó sin la sombra del ramo de olivo, y al amanecer la escolta llegó puntualmente a la puerta, y el ministro salió irreconciliable. El viaje a Veracruz lo hizo con los prelados, y al llegar al puerto, donde las pasiones arreciaban más fuerte aún que en la capital, la comitiva fue recibida con un tumulto: el coche del nuncio fue lapidado, los obispos se apearon entre pedradas; el nuncio se refugió en la casa del cónsul francés, los obispos se salvaron en la primera casa con

cortinas de encaje, y allá se quedaron bajo la custodia de la policía hasta la salida del barco. Milagrosamente el ministro español salió ileso, y aunque arrastraba el pie al subir al barco, fue solamente por efecto de la gota; pero su postrer impresión de México era sumamente exaltada, y apenas llegado a Cuba puso una carta retroactiva al ministro francés, encargado de la protección de los súbditos españoles.

Muy lejos andaban los deportados cuando la prensa tomó en cuenta las consecuencias de su expulsión; y siempre sin prestarles importancia. *El Siglo* publicó una crónica frívola de su corresponsal en Cuba, refiriendo los recreos del ministro y Miramón, fraternizando como aves con sus pares en los paseos de moda de La Habana o asistiendo a la ópera, donde llamaron la atención de los curiosos, sin merecer la del Capitán-General, el único espectador que contaba en Cuba. En seguida las alusiones al caso pasaron a la chismografía y se olvidaron con las hablillas del día: resultaba difícil tomar en serio al señor Pacheco. La única impresión personal que dejó en México era el recuerdo de una figura grotescamente inflada por la obesidad, la gota y la presunción infecunda, y su importancia política se apreciaba por el último vistazo del ministro y del general pavoneándose y paseando su desgracia común ante la indiferencia del mundo oficial y elegante de La Habana.

Menos atención aún merecieron sus compañeros de ruta. Los obispos eran puros fantasmas que firmaron con sus pasaportes su acta de defunción política. La influencia de la Iglesia quedó en cosa juzgada. Los esfuerzos hechos por el clero para conseguir la intervención europea habían fracasado y tenían todas las probabilidades de seguir fracasando a menos de identificar sus intereses con los de las grandes potencias, y tal peligro era una posibilidad muy remota en 1861. El triunfo del partido liberal y de su programa daba a las grandes potencias la mejor garantía para sus intereses, completamente ajenos, cuando no completamente contrarios, a los de la Iglesia. La prueba la daba la experiencia del obispo de Puebla, cuya correspondencia con el Padre Miranda, interceptada en Veracruz, era bajo todos conceptos un testimonio digno de fe.

Desterrado por Comonfort en 1856, Monseñor Labastida pasó cuatro años en Europa en pos de socorro, y a pesar de ser un eclesiástico activo y enérgico, había recorrido la ruta apostólica hacia la resignación final. Paso a paso, sus epístolas trazaban las etapas de una vía dolorosa pero edificante; mes tras mes la decadencia de su causa iba acompañada por su propio progreso moral. Durante los últimos seis meses de la guerra,

desde una villa en Viareggio, seguía ya las peripecias de la lucha en México con un desprendimiento remotamente parecido a la actitud de un observador desinteresado. En julio abrigaba todavía tres esperanzas: una era el ministro español, que acababa de desembarcar en Veracruz; otra, el fracaso del tratado norteamericano; otra más, el nuevo ministro francés, M. de Saligny, y ésta era la más probable de todas, ya que su nombramiento era obra de M. de Gabriac, que siguió colaborando en París, y «el sustituto manifiesta buenas ideas e intenciones y promete hacer gran caso en favor de México, comenzando con su tránsito por Nueva York, donde tiene buenas relaciones, particularmente con Mr. Benjamin, que goza de influencia». Sin embargo, cifrar sus esperanzas en alguien que tenía buenas relaciones con otro que gozaba de influencia, era un recurso de segunda o tercera mano, tan remoto y eventual que valía poco en el verano de 1860: el capital norteamericano siguió especulando con el bando liberal; las potencias europeas contemporizaban; la Gran Bretaña iba cediendo, y por lo tanto Francia también, y la única potencia que le inspiraba confianza era España, y ella sólo con la ayuda de Dios. «Sólo la España está firmemente resuelta a favorecemos —confesó a Miranda—. ¡Quiera Dios darle la fuerza y el acierto, que aun para hacer bien se necesitan!». Pero nada pudo España sin Francia y la Gran Bretaña; Francia y la Gran Bretaña tenían la fuerza y el acierto, pero no la necesidad, de hacer el bien, y la ayuda de Dios era dudosa. Un mes más tarde, sus dudas lindaban ya en la desesperación. «Es inútil fatigarse por adquirir la paz por nosotros mismos —manifestó a Miranda en agosto—; se lucha, pero sin fuerza suficiente, sólo la intervención o mediación nos darán alguna tregua. Y bien ¿se verificará? No lo sé; la Europa está muy preocupada de su situación». Fuera lo que fuera el sustentáculo que agarraba, caía abrazándolo, hasta llegar al trasfondo de sus preocupaciones. «Inevitable, lo veo, es el sacrificio de los bienes eclesiásticos, su ruina y desaparición. Mas tiemblo por la suerte de los propietarios que hoy la miran con indiferencia, o que la procuran con celo. Tarde o temprano los suyos correrán igual suerte; creen salvarlos y destruyen el antemural que los defiende en esa desgraciada sociedad». Sin poder suficiente para proteger o para ser protegida, la Iglesia estaba perdida; y una reflexión triste provocando otra, el obispo siguió profundizando su pena. Como último recurso, no le quedaba más que la intervención divina, y en septiembre se puso a predicar aquel texto, pero lo dejó sin terminar: «Para sostenerlo serían necesarias algunas bayonetas, que no han de venir». Apenas

descartada la intervención divina, vino el mes de octubre, y González Ortega y la caída de Guadalajara, y los sucesos se precipitaron encaminándolo en la vía purgativa; en noviembre la profanación de la Legación británica le arrebató todas sus esperanzas mundanas —intervención, mediación, Mathew, Miramón, Márquez, Miranda, el ministro español— precipitándolo en la vía iluminativa; y a fines de diciembre, caída la capital, se cayó de suyo en el seno de la Divina Providencia. Así, paso por paso, eligiendo ingenuos a lo largo del camino, llegó a su destino, «después de haber hecho un viaje completamente inútil para la Iglesia y el Estado, aunque de grandes desengaños para quien es de usted afmo. prelado, amigo y s. s. P. A., obispo de Puebla». No había otra posdata posible. El caso del obispo de Puebla bastaba para descontar de antemano el destierro de cinco obispos mexicanos más, que iban a seguirlo en la vía unitiva.

Otra cosa, en cambio, era la expulsión de los diplomáticos; el golpe alcanzaba el *esprit de corps* de una casta capaz de recoger el guante y acostumbrada a meterse en los asuntos domésticos del país con impunidad; nunca antes se había violado la inmunidad diplomática, y la innovación no pasó sin protesta ahora. El ministro francés impugnó la expulsión del nuncio, y dando rienda suelta a su indignación declaró, en un violento altercado con Ocampo, que el Emperador de los franceses vería la afrenta al soberano pontífice como una ofensa personal. Ocampo hizo caso omiso de sus expostulaciones. Tanto el gobierno como la prensa no tardaron, sin embargo, en darse cuenta de que el nuevo ministro francés era un diplomático que pretendía, y que merecía, que se le tomara muy en cuenta. Pacheco y los prelados eran puros fantasmas, olvidados luego que se largaron. Pero M. de Saligny era el cometa.

2

El sustituto de M. de Gabriac merecía, en verdad, atención y muy cuidadosa, y no tardó en recibirla, siendo una muestra más portentosa aún del diplomático partidarista e irresponsable aclimatado en México, y un ejemplo flagrante de la franquía alcanzada por el género con el transcurso del tiempo y los precedentes de la impunidad. Al llegar a su puesto, ya se le había tratado con demasiado descuido para su propio bien o para el del gobierno ante el cual venía acreditado. Ni sus antecedentes, ni su carácter, ni sus relaciones, eran de buen augurio. Pierre Elizodor Alphonse Dubois de Saligny era un diplomático *manqué*. No obstante haber entrado en la carrera con todas las probabilidades en su favor, se vio relegado a la inactividad y pasó diez años vegetando en semidesgracia por motivos desconocidos, pero que no eran ajenos tal vez a su carácter violento y autoritario. Había solicitado sin éxito un empleo, hasta pescar una misión que vinculaba su porvenir profesional con los destinos de México. En mayo de 1860 el gobierno lo nombró representante de Francia en la mediación conjunta con la Gran Bretaña que debía apagar la guerra civil en México, misión que no carecía de importancia potencial, ya que se trataba de poner coto a la expansión de la influencia norteamericana en México, pero su salida quedó pendiente de las vicisitudes de la intervención, y la guerra tocaba ya a su término cuando el ministro llegó a Veracruz en diciembre de 1860. Para un diplomático retirado a media carrera y que acababa de volver a la actividad, este contratiempo resultaba otro atranco; pero cualesquiera que fuesen sus defectos, M. de Saligny no pecaba de fatalista, y se puso a trabajar con celo redoblado para hacer méritos y llamar la atención del Emperador con lo que le quedaba de su misión.

Ya se había previsto la terminación de la guerra antes de su salida de París, y el ministro llevaba instrucciones contingentes que abarcaban la seguridad de los intereses franceses y las reclamaciones originadas por la guerra —indemnizaciones y créditos corrientes— que debían arreglarse antes de reconocer al gobierno vencedor. En vista de la lentitud de las comunicaciones y del lapso normal de dos meses en el intercambio de despachos, Saligny había pedido y recibido el permiso de emplear su discreción e iniciativa en el desempeño de estas diligencias rutinarias; aprovechando al mismo tiempo la confianza así otorgada no sólo para arreglar los créditos públicos, sino para liquidar sus deudas personales. Tenía

contraída una deuda de honor con M. de Gabriac por haber facilitado su nombramiento, y recibió en herencia los amigos, los clientes y las obligaciones de su fiador, y al ser sondeado por los expatriados mexicanos en París, se encargó de sus comisiones y, comprometiéndose a hacer gran cosa en favor de México, cumplió con su palabra. La confianza del obispo de Puebla no era desmerecida, porque precisamente gracias a tales encargos extraoficiales el diplomático supo restituir a su misión la importancia que le restaba la terminación intempestiva de la guerra civil. La confianza del Quai d'Orsay le aseguraba amplia latitud para obrar al margen de sus atribuciones oficiales, y hasta donde estaba dispuesto a ampliar sus facultades, lo demostró al protestar contra la expulsión del nuncio y honrar sus obligaciones particulares, no sin peligro para su carrera; incluir la defensa de la Iglesia en la defensa de intereses franceses en México y comprometer al Emperador a tal posición era llevar muy lejos la iniciativa y dejar muy dudosa la discreción del flamante ministro. Tal fue la opinión del gobierno mexicano al hacer caso omiso de su intromisión, pero el gobierno fincaba su confianza en el carácter público del diplomático francés, y sólo al conocer mejor su carácter personal, se dio cuenta de que la distinción era tan imaginaria como en el caso del ministro español.

A principios de febrero, el gobierno mandó catear el convento de las Hermanas de la Caridad, santuario en el cual se había denunciado la ocultación de dinero y alhajas en violación de la ley de nacionalización de los bienes eclesiásticos. «Era la época tormentosa en que el partido liberal entró en turbulenta agitación —apuntó un testigo ocular— ocupándose sin descanso de los asuntos públicos, vigilando en el club y en la prensa todos los actos de la administración, impugnando los que parecían débiles o deficientes y lo que significaba transacción con el partido reaccionario». Al cundir la voz del cateo, los vecinos se apostaron frente al convento. Fuera del tumulto en Veracruz, ninguna manifestación anticlerical había perturbado la pacificación del país hasta entonces; en la capital la turbulencia no pasaba de violencia verbal, el terror se esfumaba en agitación retórica, y los vecinos eran curiosos, vigilantes, pero respetuosos; la fuerza armada ocupaba el convento y la contravención era obra de mujeres. Las monjas charlaban afablemente con los soldados y todo habría pasado sin escándalo a no ser por la visitadora, una española llamada Agustina Zuzu, quien no tardó en protestar contra la presencia de la tropa, y cuando se dio con el tesoro, se fue jesuseando a la

Legación de Francia. Al regresar con un individuo que pretendió amparar a las monjas con la bandera francesa, y que por mayor desgracia alguien confundió con M. de Gabriac, la cosa se puso más grave: el capitán encargado del cateo exclaustró incontinenti al francés entre los aplausos de los espectadores, y la visitadora, volando otra vez a la Legación de Francia, invocó la intervención del ministro, encargado de la protección de los súbditos españoles. M. de Saligny se comunicó con Zarco, poniéndolo en el caso de optar entre México y Agustina Zuzu; pero la tropa siguió cateando el convento, y al día siguiente el flamante ministro reiteró sus reclamaciones en nombre de su propio gobierno. Aún no había presentado sus cartas credenciales y carecía, por lo tanto, de carácter oficial, pero el defecto técnico no le impidió exhibir su carácter personal. «¿Vuestro gobierno ha resuelto, pues, acabar con mi paciencia y romper con Francia? —le apostrofó en una nota furiosamente informal—. Pues así me consta, viéndolo persistir en ultrajes increíbles, cuyo teatro ha sido desde hace seis horas el establecimiento de las Hermanas de la Caridad; no obstante las recomendaciones que hice ayer, aquel establecimiento sigue siendo ocupado por una soldadesca grosera y brutal, que se entrega a todo género de denuestos hacia la Superiora y las otras hermanas. No puedo asistir más a tal espectáculo, que es una ofensa directa y premeditada al gobierno del Emperador, bajo cuya protección están colocadas en todas partes del mundo estas santas mujeres. Por lo tanto, a menos que retiréis inmediatamente vuestros soldados, cuya presencia no puede justificarse con ningún motivo bueno, hoy mismo os mando una protesta y renuncio a reanudar relaciones de cualquiera clase con un gobierno, fuerza es decirlo, para el cual no hay nada de sagrado».

Ningún ministro responsable podía retractarse, después de formular una demanda tan perentoria, y ningún gobierno responsable podía tolerar tal intervención sin sacrificar la soberanía nacional; pero la notificación no era oficial, y sin desdecirse ni el uno ni el otro, la disputa se arregló informalmente con la promesa de que la tropa sería retirada al terminar sus diligencias en el convento. El incidente parecía liquidado; pero a los pocos días, con motivo de una nueva denuncia, la tropa volvió a catear el convento, y se armó otra vez el escándalo. M. de Saligny volvió a la carga, esta vez con una insinuación equívoca contra la orden del gobierno «para practicar un cateo y quién sabe qué clase de investigaciones», y otra impugnación de la violación de lo convenido. «Sea de esto

lo que sea —terminó diciendo—, os dirijo ésta para que podáis poner coto inmediatamente a lo que está pasando; de lo contrario, tengo órdenes tan imperativas que no puedo dispensarme de obedecerlas y me vería obligado, a mi pesar, a romper toda relación con vuestro gobierno y a salir de la capital». Una vez más la tropa se retiró; pero el Presidente asentó la posición del gobierno con una declaración dada a la prensa, por conducto de los ministros de Relaciones y de Justicia, de que «el establecimiento de las Hermanas de la Caridad debe continuar prestando sus servicios a la humanidad afligida y a la niñez menesterosa bajo la inspección del gobierno, y nunca quedar sujeta a la protección o amparo de ningún gobierno extranjero».

La prensa glosó el incidente muy a la ligera, dándose cuenta de que, con todo lo insostenible de la posición adoptada por el ministro francés, había que tratarlo con cuidado. *El Siglo*, todo amenidad y optimismo oficial, le dijo, sin embargo, dos verdades: «Por desgracia, y nos atrevemos a decirlo porque ha pasado en proverbio, el carácter y las tendencias generosas de la nación francesa no han tenido en México en los últimos años una digna personificación, y la majestad y el prestigio del Imperio han servido para cubrir intereses mezquinos y afecciones personales. El clamor general de los franceses refiere cómo sus intereses más respetables han sido sacrificados a la alianza del ministro francés con el partido clerical». La primera visaba a Gabriac, la segunda a Saligny, pero las dos no pasaban de una indirecta. «La versión general que se da de este incidente no se acuerda bien con el alto concepto que tenemos del nuevo representante de Francia». Mucho más franca fue la reprimenda del periódico que llevaba la voz de la colonia francesa en México: «No se puede disputar al gobierno el derecho de intervenir sólo y directamente en la administración temporal de la Iglesia mexicana. ¿Eso es el fin o la continuación del deplorable conflicto entre el gobierno y la Legación de Francia? Creemos que será el término».

El término no lo era; pero por lo menos una tregua. Por lo pronto el ministro se calló; habiendo avanzado muy lejos para retractarse, refirió la disputa a París. La posición que ocupaba era evidentemente vulnerable. Las instrucciones formales que llevaba prohibían explícitamente toda injerencia en los asuntos domésticos del país, y si hubiese tenido que exhibir las órdenes imperativas alegadas en su defensa, le hubiera sido difícil atribuirlas al gobierno francés. Las Hermanas de la Caridad formaban parte de la Orden de San Vicente de Paul, que

disfrutaba de la protección del Emperador, pero se había admitido el presunto derecho sólo en un país del globo; Portugal; en México el mismo gobierno de Zuloaga se había negado a reconocerlo. Más osada aún era la confianza de Saligny al anticipar la actitud de Napoleón, empeñado en sostener al Vaticano con una mano y el nacionalismo italiano con la otra; su política clerical era equívoca y se basaba en la conservación del equilibrio tanto en el extranjero como en Francia, y no había motivo para creer que en México tuviera éxito un intento de inclinar el fiel de la balanza. La posición del entrometido que iniciaba su carrera irredenta con un ultimátum antes de ocupar su puesto, era, por lo tanto, muy arriesgada; y el hecho de que se declarara dispuesto a provocar una ruptura en tales circunstancias demostraba tanta temeridad, que el gobierno tuvo que tomarlo en serio, por lo menos hasta determinar el apoyo que tenía en París. Zarco contemporizó, comprendiendo que el hombre estaba al servicio de más de un amo, pero se habría ahorrado dificultades más graves tratándolo, al igual que al ministro español, de *persona non grata*, y aceptando la ruptura, porque no había solución de continuidad en la tradición establecida por M. de Gabriac. Las personas cambiaban, no las prácticas, y el incidente cobraba mayor gravedad porque coincidía con una negociación que el ministro francés acababa de iniciar con igual descaro, que era igualmente irregular, y en la cual no cabía duda de que tenía la autorización de su gobierno.

Esta negociación, ignorada todavía por el público, era un asunto destinado a alcanzar la notoriedad internacional bajo la rúbrica de *Bonos de Jecker*. En 1859 el gobierno de Miramón hizo un esfuerzo desesperado para reconvertir sus deudas corrientes y restablecer su crédito emitiendo bonos por valor de 15 millones de pesos y confiando la venta a la agencia Jecker, Torre & Cía., una de las casas bancarias más acreditadas en México. Tan bajo era el mercado en esas fechas, que se ofrecieron ventajas especiales para efectuar la venta. La primera, y la más importante, era el privilegio de pagar el 20% de los derechos aduanales con los bonos: un aliciente que tenía por objeto interesar a los comerciantes extranjeros en la defensa del régimen conservador. Aunque sin jurisdicción sobre los puertos marítimos, el gobierno de Miramón tenía establecida una red aduanal interior, y el valor mercantil de las reducciones era considerable, ya que los bonos se cotizaban con un descuento de 35%. Una circular que recalcaba la ventaja comercial fue expedida a todas las legaciones extranjeras, y como la ventaja

política de ganarse amigos en el extranjero era lo que más importaba a Miramón, M. de Gabriac no tuvo dificultad en obtener un decreto que hacía extensivo el privilegio a toda clase de impuestos, lo que valió a los causantes franceses un ahorro de 10 millones de francos al año.

La otra ventaja era la firma del banco, que tomó a su cuenta el pago de la mitad del rédito por el plazo de cinco años. Esta garantía no era muy segura. J. B. Jecker era un financiero suizo que ya había traficado temerariamente con toda clase de inversiones mexicanas —las minas de Sonora, la Casa de Moneda de Guanajuato, terrenos baldíos en diversas regiones, concesiones en el Istmo de Tehuantepec— antes de especular con el gobierno mexicano. La escala de sus operaciones parecía excesivamente norteamericana a sus socios europeos, los que muy a menudo le señalaron los peligros del expansionismo fiduciario, y en 1859 la casa estaba en dificultades. En aquella fecha, sin embargo, los bonos representaban sólo un modesto corretaje entre un acreditado banco internacional, por una parte, y un gobierno insolvente, por la otra; pero las posiciones relativas de las dos partes no tardaron en equipararse. En mayo de 1860 el banco quebró en París. La liquidación quedó suspendida, pendiente de un arreglo con los acreedores. Entre los haberes se hallaban los bonos mexicanos de los cuales se había vendido sólo una fracción insignificante, valuada en 700 450 pesos, y de éstos, Jecker siguió pagando el interés puntualmente para proteger su derecho al excedente sin venta, que sumaba algo más de 86 millones de francos, y para evitar la extinción de un contrato entre un banco y un gobierno, ambos en bancarrota.

Como el valor de los bonos dependía del desenlace de la guerra civil, y la suerte del gobierno conservador se fue empeorando rápidamente después de mayo de 1860, la familia de Jecker en Europa comenzó a interesarse activamente en salvar los bonos. En octubre su cuñado, Elsesser, que muy poco sabía de México pero que estaba leyendo en alemán un libro serio sobre el país, veía muy negro al porvenir, y se puso a pedir auxilio donde pudiera. «Debo hablarle de los bonos —escribió a un amigo en París desde un rinconcito en Ponterrey, Suiza—. Tengo aquí a un sabio filósofo que está traduciendo los decretos y le mandaré la explicación completa más tarde». Pero aun redactados en una lengua muerta, Elsesser habría descifrado su sustancia, sin recurrir a un erudito. «Aunque estos actos emanaron de un gobierno reconocido a la sazón por Inglaterra y Francia, y los bonos están en poder de los hombres de

negocios de ambas naciones, en cantidades considerables, no tengo duda alguna de que los liberales, una vez en el poder, donde no tardarán en llegar, pondrán los bonos fuera de circulación. M. de Saligny me ha asegurado, sin embargo, que los gobiernos reconocientes y los mismos Estados Unidos apoyarán los bonos, en virtud de los beneficios que sacan sus nacionales al pagar fuertes derechos aduanales con papel que compran barato».

Los servicios de un Saligny valían más que los de un filósofo, y Elsesser los consiguió gratis, con sólo desahogarse con el ministro francés; pero las seguridades dadas por Saligny eran hipotéticas, al igual que las esperanzas que el obispo de Puebla cifraba en sus relaciones con Mr. Benjamin. Con todo lo provechoso que pudieran resultar tales contactos, el ministro sólo supo brindar esperanzas, no garantías, y los buenos oficios de un diplomático que tanto tiempo había quedado fuera de circulación, y que acababa de salir a flote, carecían de valor sin el apoyo del gobierno francés; y de todos modos los servicios gratuitos no valían nada. Elsesser tenía pocos contactos, pero se puso a trabajar y a hacer trabajar a sus amistades en París, y se establecieron contactos en altos círculos de *la haute finance*, llegando el negocio a parar en el buró del hermano de leche del Emperador, el Conde de Moray, quien se dignó, por una comisión de 30%, interesarse en el asunto y garantizar que los bonos serían respetados por el gobierno mexicano.

Pero se necesitaba, además de la influencia de M. de Moray, la aprobación del Quai d'Orsay, y esto resultó más difícil, dada la reservada actitud observada ahí hacia la gente bancaria. Para pasar aquella aduana no bastaba la oficina de M. Moray, cuyas indiscreciones habían embarazado más de una vez al Emperador, y como el ministro en funciones, M. de Thouvenel, era incorruptible, se tuvo que apelar a otros recursos para salvar el obstáculo. La quiebra del banco dejó en la ruina a muchos depositantes franceses, entre ellos a instituciones de beneficencia y a rentistas modestos, cuyos derechos eran respetables y cuya miseria era patética, y en nombre de estos desgraciados se solicitó la intervención del gobierno francés para proteger sus reclamaciones e indemnizar sus pérdidas con la barata de la casa en bancarrota. Presentada en esta forma, como una obra de caridad, un crédito legítimo y un interés nacional, y una empresa que entrañaba, además, ventajas apreciables para el comercio francés, la petición fue aprobada y los bonos formaron parte de las reclamaciones que M. de Saligny recibió instrucciones de arreglar antes de reconocer al

gobierno mexicano. M. de Thouvenel era un diplomático consumado, y sin prestar mucha atención a los antecedentes del anfitriónico *affaire*, se puso a salvo con la condición de que M. de Saligny habría de convencerse de la legitimidad de la reclamación antes de ponerla en marcha. *Legitimidad* era una palabra equívoca en el léxico diplomático, pero no se necesitaban los servicios de un filólogo para dar con una definición apropiada. La interpretación quedaba a cargo de M. de Saligny y la aplicación a su discreción, y se le autorizaba a imponer el reconocimiento global de las reclamaciones francesas, si fuera preciso, con un despliegue de fuerza —es decir, con una de las acostumbradas demostraciones navales de las naciones acreedoras, aprovechadas por M. de Gabriac en los primeros días de la guerra civil—, indicio claro de que M. de Thouvenel se daba cuenta de la dificultad de negociar despechadamente una treta tan cruda.

El negocio con M. de Morny se cerró en enero de 1861, pero los preliminares ya habían tomado forma antes de la salida de Saligny en septiembre, y el ministro tenía todos los motivos, por su parte, para apoyar la demanda. M. de Gabriac, después de aprovechar su misión en México para amasar una modesta fortuna, había perdido gran parte de sus ahorros con la quiebra del banco, y *noblesse oblige*, obligaba al sustituto a ayudar al amigo a recobrar sus percances. El marqués tenía, además, algunas ideas suyas, muy propias de un hombre de empresa. Los haberes del banco incluían, además de los bonos, varias otras bonanzas potenciales: las minas auríferas de Sonora, apetecidas por M. de Morny, y las concesiones en el Istmo de Tehuantepec, muy a propósito para apetecerse por el Emperador, cuyo interés en abrir un canal interoceánico en la América Central era uno de los ensueños de su juventud y una ambición todavía irrealizable, como tantas otras del hombre maduro. Por una coincidencia afortunada, la Louisiana Tehuantepec Company había tropezado con dificultades, M. Benjamin fue a Europa en 1860 en busca de apoyo financiero, y M. de Saligny recomendó, en un memorándum dirigido al Quai d'Orsay, que el gobierno del Emperador participara en la empresa norteamericana. Con una abundancia de recursos a su disposición, el ministro estaba en aptitud de aprovechar sus relaciones con Mr. Benjamin para servir a la vez los intereses de Francia, del banco, de M. de Morny, del Emperador, de los clericales mexicanos y del Marqués de Saligny; pero este *embarras de richesses* era todavía nebulosa, cuando se marchó para México. Los bonos andaban entre un

montón de combinaciones; mas como eran el vehículo para poner en movimiento a las demás, le servían de conducta para llevar a buen término su misión oficial.

Lavadas las manos de M. de Thouvenel y untadas las de M. de Morny, M. de Saligny tenía libres las suyas para manipular el negocio a su modo. Entre la fuerza y la destreza no cabía duda de su preferencia, y no era poca la destreza necesaria para lograr una negociación que no sólo cargaba al vencedor con las deudas del vencido, sino que transformaba al agente en el propietario de los bonos, porque en esa hipótesis se basaba el crédito. Lo que comenzó siendo la conversión de la deuda pública de un gobierno caído acabó por convertir a un banco quebrado en el tenedor de una reclamación diplomática contra el gobierno legítimo, que aumentaba en 86 millones de francos la deuda flotante de México. Tal era, en términos claros, la verdad brutal, y había que ser muy ligero de dedos para cortar la bolsa de México en público y la delicadeza de M. de Saligny bastaba por sí sola para denunciar lo delicado del asunto. Su única ventaja era la promiscuidad de los créditos, y al pasar por Veracruz, aprovechó su primer contacto con el gobierno para discutir las reclamaciones generales de su misión; y al convencerse de que los miembros del gobierno eran hombres responsables, dispuestos a cumplir con sus obligaciones legítimas, informó a su gobierno que no habría dificultad en llegar a un acuerdo con ellos. Animado por tan grata sorpresa, se mostró acomodaticio a su vez y dejó en remojo el negocio del banco. Al llegar a la capital y recibir una solicitud de quinientos tenedores de bonos en favor de sus derechos, el ministro les aconsejó paciencia, hasta que el nuevo gobierno tuviera tiempo para establecerse firmemente; pero con todos sus miramientos no pudo aplazar mucho el punto espinoso. En enero se cerró el pacto con Morny, y en febrero el ministro recibió órdenes de obrar. Abordando la discusión con Zarco, Saligny propuso, como primer paso, que en principio se reconocieran los bonos, dejando a conversaciones posteriores el fijar la cantidad; el principio de que las deudas contraídas por un gobierno eran válidas para su sucesor, sin respeto al origen del gobierno o de la obligación, tenía la autorización de la ley de gentes, siendo en ambos casos la legitimidad la consecuencia del reconocimiento; pero desde el principio Saligny tropezó con una resistencia no menos firme por ser civil, y las evasivas de la víctima pusieron a dura prueba la destreza y la paciencia del solicitador.

En medio de estas vicisitudes tuvo lugar el incidente de las Hermanas de la Caridad. Acalorado por la dificultad de

empollar los bonos, encolerizado por el desacato al culto, exasperado por Zarco y azuzado por la Zuzu, Saligny perdió la cabeza. Su intervención en defensa de las monjas era una extralimitación y sus desfogues no pasaban de ser una bravata; pero enfurecido por el freno impuesto a sus pretensiones en ambas cuestiones, trató la una con la arbitrariedad con que venía facultado para resolver la otra, y la confusión favoreció sus relaciones con el gobierno. Su desfachatez al amenazar a Zarco con una ruptura fomentó la presunción de que obraba con la misma licencia al amparar a las monjas que al defender los bonos, y se dio por supuesto que en ambos casos gozaba de la autorización de su gobierno: inferencia engañosa, pero clavada una cosa con otra, la coincidencia la acreditaba, y aunque en matemáticas dos y dos forman cuatro, en la ciencia del recelo suelen equivaler a cinco. La Legación de Francia pasaba por ser el centro de todas las intrigas y maniobras contra el gobierno constitucional, y en lo sucesivo el gobierno trató a Saligny no sólo con el respeto que merecía un sospechoso, sino con el cuidado que se debía a un diplomático que tenía, al parecer, en la mano, dos de las fuerzas prepotentes en el país; y esa deducción no era del todo equivocada. Los intereses del banco y del clero, aunque distintos, eran combinables y la combinación de la defensa clerical con una ofensiva financiera era una forma de presión muy eficaz contra un gobierno débil e inestable; pero como el recelo es una ciencia inexacta, dos y dos siguieron sumando cuatro y su confusión cinco.

El ministro, aprovechando el error, siguió presionando al gobierno, pero a medida que redoblaba sus diligencias, Zarco multiplicaba sus dilatorias: algo había aprendido del Presidente y mucho de la experiencia de Ocampo. La ofensiva financiera quedó parada después del escándalo armado por el cateo del convento; cundía el recelo, y la vigilancia despertada por la alerta de la prensa se enfocó sobre el *affaire Jecker*, que comenzaba a llegar al conocimiento del público. La prensa callaba, silenciosa y atenta, en actitud de observación. Una advertencia discreta salió en *El Siglo*, que dedicó su primera plana a una discusión del escándalo Mirés en París. Este *affaire* entrañaba la ruina de un financiero acosado por la casa rival de Rothschild, y con la suya la de tantos de sus protectores encumbrados que el gobierno fue sacudido por la revelación de corrupción muy cerca del Trono y obligado no sólo a sacrificar al financiero ante los tribunales, sino a satisfacer la opinión pública con una serie de concesiones, restituyendo al Cuerpo Legislativo y a la prensa controlada una mayor libertad de

expresión. Mientras *El Siglo* se expresaba en parábolas y Zarco en aplazamientos, no era cosa fácil empujar el *affaire* Jecker en México: tanto los bonos como las beatas provocaban el cateo, y nada se había arreglado cuando, a mediados de marzo, Saligny volvió a perder la cabeza en un arrebato de discreción. Con el fin de facilitar el asunto, reconoció al gobierno; y al presentar sus credenciales sin garantías previas, incurrió en el mismo error que McLane al dar el mismo paso en 1859, confiado en que la venta de la Baja California quedaba asegurada, y con el mismo resultado. Lejos de facilitar la negociación de los bonos, el reconocimiento privaba al ministro de una forma de presión normal y que tenía instrucciones de emplear; y al tropezar después con las mismas dificultades que antes de dar el paso formal, no le quedó otro recurso que el de recurrir a la fuerza y de preparar a su gobierno para los grandes remedios.

Las condiciones del país y la inestabilidad del gobierno formaron desde entonces el hilo de sus informes, siempre más inquietantes. «En la condición de anarquía, o mejor dicho, de descomposición social en que se encuentra este desgraciado país —decía en abril— resulta muy difícil prever el giro que tomarán los acontecimientos. Sólo una cosa me parece clara: la imposibilidad de permanecer en *statu quo*. Todo indica que vamos acercándonos a otra revolución. En tales condiciones me parece absolutamente indispensable tener en la costa de México una fuerza material suficiente, pase lo que pase, para proteger nuestros intereses». De los bonos, ni una palabra. Acababa de recibir una censura del Quai d'Orsay por su intervención en el incidente de las Hermanas de la Caridad, haciéndole presente que la única función de la Legación en México era la protección de los intereses franceses, y de ningún modo la defensa de una comunidad religiosa. Sin embargo, como la caridad bien ordenada empieza en casa, la censura confidencial, templada por la indulgencia que merecía un caballero francés, que al quebrar lanzas en defensa de las santas mujeres sólo se había equivocado de siglo, vino acompañada por una nota que aprobaba su conducta por el buen parecer, con el permiso de exhibirla, si fuera preciso, para facilitar el manejo del *affaire* Jecker; y al mismo tiempo se le excitaba a cerrar cuanto antes aquella obra de caridad.

Así, frenado y espoleado a la vez, Saligny presentó en mayo un ultimátum a Zarco. El tono de la comunicación, notable por la moderación y la franqueza del ministro, ofreció a Zarco la más cumplida satisfacción por la fanfarronería y brutalidad con que lo había amenazado en febrero. Por espacio de tres meses

—le recordaba— había esperado una solución de «una importante cuestión en la cual el honor y los intereses de Francia están gravemente implicados. Me refiero a la cuestión de los bonos Jecker, la única que puede suscitar dificultades graves entre nuestros dos países e impedir que Francia dé curso libre a sus intenciones amistosas hacia México. Esta esperanza, por desgracia, ha quedado frustrada. No puedo asumir la responsabilidad de diferir por más tiempo la ejecución de las órdenes del gobierno del Emperador. Sin embargo, antes de notificar a Vuestra Excelencia oficialmente, he querido dar una prueba más del espíritu conciliatorio que me anima personalmente, y vengo a pedirle, inspirado por un sentimiento que Vuestra Excelencia tendrá a bien apreciar, que me informe, sin demoras, de las intenciones definitivas de su gobierno». La nota era casi una disculpa, acaso una súplica, y sin duda un desafío a la caridad de Francisco Zarco; pero no tuvo otro resultado que un entendimiento tentativo, o un malentendimiento oportuno, que Saligny aprovechó para informar a París que el negocio estaba en marcha. Reconociendo implícitamente el principio en disputa, Zarco convino en discutir la cantidad rembolsable al banco por los bonos vendidos, los réditos pagados y los adelantos hechos al gobierno clerical. Esta concesión representaba una cantidad insignificante y un acomodamiento diplomático apreciable, pero distaba mucho del crédito total, pedido por el banco; y como la resistencia del gobierno a la reclamación global quedaba inquebrantable, en realidad no se había alcanzado un progreso sustancial, y Saligny se dio cuenta de que nada era capaz de sumar los bonos a la deuda flotante, sino una demostración naval. Todas las reclamaciones legítimas de su gobierno se habían arreglado satisfactoriamente, el único obstáculo era la cuestión Jecker, y el sustituto de M. de Gabriac era todavía un diplomático *manqué*. La situación, en suma, era seria.

Sería también por otras razones. Hasta aquí Saligny tenía el campo libre, pero en mayo llegó su colega británico, Sir Charles Lennox Wyke, y la tradición de la diplomacia británica en México ponía en duda si su colega sería un colaborador o un competidor. En el caso de Mathew, no había duda alguna. Todo conspiraba para distanciarlos —la apatía racial, la tolerancia de cultos, y sobre todo el crédito Jecker, ya que el reconocimiento de los bonos amenazaba con absorber el escaso porcentaje de las entradas aduanales todavía disponibles para cubrir las reclamaciones extranjeras y privaba al gobierno de los recursos

afectos a las indemnizaciones inglesas. Aunque de menor categoría diplomática, Mathew doblaba por Russell y Palmerston, y tenía la ventaja de haber reconocido al gobierno constitucional un mes antes de Saligny. Muy parcial a la causa liberal desde su triunfo, el sustituto inglés logró sin dificultades la aceptación previa de sus condiciones —los atrasos de la deuda británica, y las indemnizaciones por el robo de la conducta llevado a cabo por Degollado y el saqueo de la Legación por Miramón—, aunque la validez de la última era tan cuestionable como el crédito Jecker y suscitaba rumores sordos en París.

De estos rumores el eco había llegado a Ocampo, antes de salir del gobierno, gracias al amigo en la Legación que se encargó de tenerle al corriente de la situación en Europa, y que le puso al tanto de algunos secretos profesionales más accesibles en París que en México. «Usted no acierta a explicar *por qué*, habiendo salido conductas para Veracruz, ese dinero quedaba depositado en México y en la cancillería británica, cuando el envío de numerario a Londres era ventajoso para los *ayantdroits* en sazón en que nuestros pesos corrían hasta con 9 peniques de premio. Se lo diré a usted: el señor Mathew los hacía sudar, los trabajaba a su guisa, cuando tan escaso estaba México de numerario, y tan subido el préstamo y tan fructuosas eran las operaciones de agio que se hacían con los particulares y la facción apostólica. Por lo mismo que ésta la conoce Mr. Mathew, la puso en el caso de echar mano del depósito, y si de esto no se saca honor, se saca por cierto sumo provecho. Sé también que al señor Degollado le dio a entender que podía apoderarse de la conducta, salvando por supuesto la *propiedad inglesa*. Que el señor Degollado se haya resuelto a dar ese paso por *necesidad* y no por la *tentación* que Mr. Mathew le puso, puedo asegurarlo, porque conozco su rectitud, su nobleza instintiva, y que de razón haya hecho lo que hizo y desfallecido en el momento de cosechar los frutos de su heroica constancia». Por supuesto que tales imputaciones no eran comprobables, pero cobraron crédito por muchos antecedentes conocidos en el juego diplomático: lucrarse con la delincuencia era un recurso sólo limitado por las oportunidades de combinar los percances con las obligaciones del oficio. Pero una cosa era innegable: el negocio de las indemnizaciones era legítimo en manos inglesas, y si las manos de Mathew estaban limpias o no, resultaba inaveriguable, ya que, más afortunado que Saligny, no tenía que exhibirlas.

El favor británico ofrecía al gobierno cierta seguridad contra las pretensiones del ministro francés. «La piedra de toque está

en Inglaterra —informó el mismo amigo en la Legación de París — por sus relaciones íntimas con los Estados Unidos y porque, si ella quiere, la Francia no nos hostilizará. En las cosas de América sucede al revés de las europeas: allí predominará la influencia inglesa, su política, al revés que en Europa, donde Napoleón no está dispuesto a ceder un palmo». Pero la benevolencia británica dependía de la responsabilidad financiera del gobierno mexicano, y al llegar el nuevo ministro inglés a México a principios de mayo, la solvencia del gobierno inspiraba dudas, que afectaban al igual los intereses de ambas potencias acreedoras.

3

La terminación de la guerra no había puesto fin a las condiciones de indigencia crónica bajo las cuales se libró la lucha y contra las cuales el gobierno tuvo que contender, tan luego como se estableció en la capital. Aunque los millones de la conducta cubrieron la última etapa de la lucha armada, González Ortega estaba en la miseria al ganar la batalla de Calpulalpan, y el gobierno soltó la carga apenas a tiempo para evitar un derrumbe financiero. Pasados los días de expedientes y próximos los de las exigencias, el primero y el más apremiante de los problemas de la posguerra era una reorganización financiera fundamental; condición indispensable para consolidar el triunfo y cimentar la paz. Tanto fue así, que hasta M. de Saligny impuso una tregua a los acreedores de Jecker en tanto que el gobierno quedara firmemente establecido. La prensa y el público también reconocieron la urgencia de la reforma, pero en la exaltación del triunfo la atención que merecía la gravedad del problema fue distraída por la celebración de la victoria, por los derechos preferentes de la felicitación propia, por la persecución de los culpables y sobre todo por la confianza de que, con todo lo formidable que se había vuelto el problema después de tres años de guerra civil y cuarenta años de insolvencia hereditaria, el gobierno disponía de abundantes recursos para resolverlo en 1861. El problema era tremendo, pero tremendas también eran las garantías de los bienes eclesiásticos confiscados y del talento de hacendista de Lerdo de Tejada. Ambas garantías, sin embargo, eran inconmensurables e hipotéticas.

Lerdo de Tejada se había separado del gobierno. Inconforme con la marcha del mismo, y reñido con Ocampo, se había retirado para curar su salud y preparar su postulación a la Presidencia en las siguientes elecciones, que debían de celebrarse en junio y que eran ya una cuestión candente en enero. En febrero el candidato falleció. La campaña siguió agitando la opinión pública póstumamente en la apoteosis con que la prensa lamentaba su desaparición. Su fama subió, deslumbrante, tremenda, incomparable; y con unanimidad incontrastable la prensa de todos los colores se dedicó a reverberar el vacío que Lerdo dejaba entre los vivos. «El gigante de la Reforma», «la inteligencia más vigorosa y más práctica con que contaba la revolución progresista», «el autor de las Leyes de Reforma», «la personificación de la iniciativa progresista», «el más trascendental de los hombres políticos»; un coro de voces

devotas, rivalizando entre sí, aclamaron la memoria de un hombre cuya fama quedaba asegurada porque no había pasado la prueba. El prestigio de Lerdo se basaba en la nacionalización de los bienes del clero, y por grande que fuera la fuerza de aquella medida en minar el poder económico del enemigo, su importancia como aportación al progreso nacional radicaba menos en el concepto, compartido por muchas mentalidades, que en su aplicación social y su administración práctica; y Lerdo falleció puntualmente para conservar una fama que permaneció mítica.

Un presentimiento tétrico ensombrecía las columnas de los obituarios. «En horas de intimidad solemne —recordaba uno de sus adictos— oí de sus labios algunos de los profundos pensamientos para la obra de regeneración. También oí parte de sus esperanzas y de sus temores respecto del porvenir del país. Diré con sentimiento que eran más los segundos que las primeras, porque casi miraba lo que está sucediendo con la reforma y con la inapreciable ocasión de fijar definitivamente la paz de la República. Veía que cuantiosos caudales del clero se consumirían sin beneficio de la multitud y sin aprovecharlos siquiera para formar las rentas de la nación o para amortizar su enorme deuda. Veía que sin el establecimiento de un adecuado sistema de hacienda, la sociedad no podía quedar en asiento sólido, ni la paz seria el fruto de tanta sangre derramada y de tanto sacrificio rendido. Lo que preveía Lerdo se cumplió, lo que había concebido y estudiado para la hora propicia de edificación no se aprovechó, porque se le alejaba del participio que le correspondía en el día del triunfo; y lo que esperaba el país, lo que concebía el gran partido de Lerdo cuando llegara al poder se perdió para siempre…». Pero lo que no se perdió era la oportunidad de capitalizar la catástrofe. «¿Qué haremos ahora?, ¿cuál rumbo tomaremos?, ¿cuál el hombre que nos guiará?». Lerdo estaba en la tumba, y también el gobierno que le volvió la espalda. «Respecto del varón que remplace a Lerdo en las grandes concepciones que tenía para bien de la patria, puesto que no está en nuestro entendimiento y voluntad señalarlo, dejemos que los acontecimientos lo descubran, que de ellos mismos brote y descuelle cuál se necesita, porque no es de hombres pensadores admitir la teoría de los hombres necesarios. Una ley inflexible envía a la humanidad los hombres cuyos nombres venera».

La carga recayó sobre Prieto. Volviendo al puesto evacuado por el perito, se encaraba con una comparación cruel. Sólo un perito era capaz de penetrar y desembrollar, aunque no de

resolver, los problemas acumulados durante dos generaciones en las arcas de la nación. Prieto había purgado dos condenas en aquel antro de confusión atávica y conocía a perfección la rutina: los déficit perennes podían escamotearse, el legado funesto de la guerra civil podía manejarse, los expedientes, las hipotecas, los bonos caducos, las conversiones espurias, el acopio de préstamos forzosos y el detrito de desfalcos crónicos, todo el cúmulo de estragos dejado por una lucha que había agotado los recursos del Erario y reducido a ambos beligerantes a salteadores de camino real podía salvarse, siempre que se vislumbrara una salida por delante; pero lo que no podía disimularse era la ilusión monstruosa que le había conducido dentro del dédalo y a través de las entrañas del laberinto hasta la confusión final. El gran remedio que debía salvar al país de las garras de los expedientes era asimismo un expediente y de todos el más funesto. La fabulosa riqueza de la Iglesia era una fábula, un espejismo seductor y siempre a trasmano: los tremendos recursos de la expropiación eran un desierto árido, resguardado por una leyenda dorada y por leguas de guijo resplandeciente. Antes de alcanzarlos, el explorador tenía primero que quitar un cúmulo de derechos enredados y opuestos, nacidos de las compraventas realizadas bajo la Ley Lerdo de 1856, de su cancelación por el gobierno clerical, y de las adjudicaciones subsecuentes hechas de conformidad con el decreto final de 1859 —un enredo tan tupido y espinoso que toda su tenencia de oficio Prieto la pasó desembrollándolo—, y entonces… Entonces se paró, porque a medida que excavaba, daba con un hallazgo aterrador.

Las fuentes de prosperidad fresca se habían encogido, secado, desvanecido, y dónde y cómo, nadie lo sabía. Las causas eran tan elusivas como certera era la fuga. La riqueza de la Iglesia siempre fue legendaria e inconmensurable, y se aminoraba progresivamente a medida que los exploradores se aproximaban al santuario. El caudal constituía ya un misterio público, cuando Mora lo evaluó en cerca de 180 millones en 1838, y desde el día en que llamaron la atención del primer reformador, el misterio se había vuelto cada vez más impenetrable y los millones se habían vuelto siempre más dudosos. En 1858, al estallar la guerra civil, se estimaba el capital eclesiástico aproximadamente en 120 millones; al terminar la guerra, la cifra era totalmente incomputable, ocultada por la confusión y revelando sólo una reducción incalculable. Mucho se había disipado, sin duda, en costear la guerra, tanto por el partido clerical como por el gobierno constitucional; mucho fue

sepultado por los subterfugios de los agentes del clero; mucho, saqueado y devorado por las fuerzas liberales; mucho, convertido por el agio en papel que, sujeto a litigios y descontado continuamente al cambiar de manos, se depreciaba rápidamente. Tal vez se había sobrestimado el monto total; mas la suma de las deducciones significaba una desilusión tremenda, y de estas razones ninguna explicaba una reducción de 50 a 60 por ciento en los recursos con que el gobierno contaba para establecerse firmemente. Quedó el hecho incontrovertible de que, con riquezas inestimables a su disposición, el Estado se vio obligado, para cubrir sus gastos corrientes, a acudir a préstamos a razón de 4 pesos por uno y a recurrir a los mismos expedientes que durante la guerra, vendiendo bienes valiosos al menudeo por una pitanza o al por mayor por una copla. Más parecía la realización de sus haberes a la liquidación de un banco quebrado que al cobro de la riqueza nacional.

Políticamente, el deterioro era aún más funesto. La depreciación de los bienes del clero se debía en gran parte a las fluctuaciones entre el valor reputado en tiempos normales y en los días difíciles en que se negociaba la nacionalización, y al temor de los devotos de incurrir en las excomuniones de la Iglesia al adquirirlos, pero principalmente a las operaciones de los agiotistas, extranjeros en su mayor parte, que se precipitaron en el terreno que el mexicano temía pisar, quitando el maleficio y acaparando el mercado, y que reservaban sus inversiones hasta tener un título incontrovertible y una rápida reventa, prolongando así el proceso improductivo; y aunque las condiciones eran transitorias, los resultados eran perdurables. Las necesidades del día devoraban las del día siguiente. La penuria del gobierno, la necesidad apremiante de vender para vivir, el abaratamiento pródigo de la propiedad eclesiástica y las facilidades proporcionadas al agio se conjugaban para esterilizar la reforma social que debía realizarse con la redistribución de la riqueza nacional. Y lo que se realizó, en realidad, era el traspaso de título de propiedad de una u otra clase acomodada e improductiva, sin beneficiar a las masas y sin vigorizar la economía nacional, mientras que el gobierno actuaba como cambista, malgastando su seguridad a cambio de una remuneración fugaz. Si bien el clero había echado una maldición contra las manos sacrílegas que violaran sus tesoros —lo cual habían hecho— los resultados habían sido calculados para satisfacerlos. Y la maldición cayó no en un mago de las finanzas como Lerdo, que quizás la habría conjurado, sino en un profano que sucumbió a la fulminación. Prieto luchó

valientemente por cuatro meses, perdiendo terreno, perdiendo crédito, perdiendo confianza, y cuando al fin quedó convencido de que el gran fulcro de la guerra civil era un manubrio roto, y que los sacrificios, las agonías, las matanzas, las concesiones, las traiciones que la lucha costó a la patria fueron todos pura pérdida, perdió también la cabeza y anunció la inminencia de la bancarrota nacional.

Contra una sentencia tan cruel, el sentido común se rebeló negándose a admitirla y buscando alternativas al fallo, pero manifestando alarma por sus mismas defensas. La prensa optó por una interpretación menos grave, por ser más personal, de la crisis y atacó a Prieto por difundir temores pánicos, que se calificaban de contrarrevolucionarios porque minaban la confianza pública, y de antipatrióticos porque perjudicaban el crédito exterior, y que por lo tanto carecían de fundamento. «Es mentira que el país sucumbe a la inanición —declaró Manuel Zamacona, el nuevo redactor de *El Siglo*—. El país, más que pobre, está empobrecido; las fuentes de la riqueza pública no están agotadas, sino cegadas; tan luego como la mano del poder se aplica a desenvolverlas, comienzan a fluir inmediatamente». La culpa la tenía el ministro —cabeza de turco vulnerable— y surgieron las imputaciones de incompetencia, si no de corrupción —blancos fáciles y familiares de la burocracia mexicana. La integridad del ministro era insospechable, pero se le censuró por todos los motivos menos por aquél. Probo lo era, sí, demasiado probo; pecaba de honestidad; se le reprobó por el candor de novicio con que develaba los vicios inveterados de su dependencia, y se le trató a baqueta por echarse tan pronto a morir. Se le increpó por abuso de confianza como poeta y por exceso de imaginación como ministro. Manuel Zamacona denunció el sigilo con que manejaba los misterios de su dependencia y se mofaba del *silencio trapista*, sólo variado por el lamento ritual de *Hermanos, de morir tenemos*, que salía de su despacho; y cuando Prieto rompió el silencio y publicó sus cuentas, el camarada incrédulo cayó sobre el gran libro y sacó de la contabilidad datos suficientes para empicotar al ministro y llenar la primera planta de *El Siglo* con las pruebas irrecusables y pormenorizadas de extravagancias y mala administración.

Como poeta Prieto era un improvisador, difuso, descuidado, inexacto, y como contador público quedó confeso y convicto de las mismas fallas. Deudas caducas y derechos preferentes despachados al azar; cuentas atrasadas del ramo de guerra en 1856 saldadas, cuando no se sabía cómo cubrir los gastos corrientes del gobierno en 1861; pródigas indemnizaciones por

daños y perjuicios insignificantes, aunque no se pagaban las pensiones de la guerra civil; un millón al mes atribuido al ejército; cuentas de imprenta exorbitantes; subvenciones a la prensa que el gobierno había prometido abolir; comisiones fantásticas para las denuncias de los bienes eclesiásticos; 34 mil pesos para localizar un tesoro que ni siquiera estaba oculto; 20 mil para «la valiosa revelación de que en la Catedral se encontraban cirios y relicarios que se vendieron en seguida por una copla»; centenares de miles para acreedores anónimos y cuentas varias, etcétera, hasta alcanzar la quiebra y el juicio universal. La contabilidad acusaba al autor; el detalle devoraba la sustancia —vicio literario funesto en finanzas— perdiendo al actuario y dejando pasmado al lector. Un cuadro tan desconcertante de derroche y desbarajuste, prodigalidad y favoritismo, puso de manifiesto, si no irregularidades punibles, una falta de sistema y de organización que hubiera sido escandalosa, de no haber sido tan normal. Pero los tiempos no eran normales, y bien que Prieto se defendió con razones tan irrecusables como impertinentes —créditos malos, bonos de Jecker, el caos congénito del Fisco— sucumbió a la consternación de sus censores y optó por renunciar. Vindicando su integridad con la confesión de su incompetencia, se escapó del Ministerio con una reputación manoseada y averiada y se retiró tan maltrecho como Ocampo por el tratado norteamericano o Degollado por su tráfico con el enemigo. La revolución devoraba a los suyos con apetito insaciable y buscaba siempre más víctimas; porque el espectro de la quiebra nacional no fue conjurado desplumando al poeta.

Echando a Prieto, se minimizaba el peligro sin ahuyentarlo. Su sucesor era Mata, que arriesgó su reputación durante unas cuantas semanas en el puesto más peligroso e importante del gobierno. La mera antítesis de Prieto —«prosaico como un libro mayor, positivo como una ecuación, lógico como un silogismo», decía uno de sus allegados— y nada propenso al nerviosismo político ni a las exageraciones imaginativas, y no menos probo que Prieto, Mata no supo salir más airoso que su predecesor. Y a medida que cundía la sospecha de que las condiciones, y no los hombres, eran los culpables, la alarma resucitó y se tomaron en serio las advertencias de Prieto. ¿Qué más hubiera hecho Lerdo? Ya lo había hecho: falleció. Prieto hizo algo más. Antes de fenecer sus cuentas y abandonar la lucha, legó a sus censores cuatro soluciones del problema —remedios heroicos para soltar la carga y dominar la zozobra popular que, buscando una salida tras otra, resucitaba el rencor revolucionario y dirigía el terror

latente contra el Erario.

Las recomendaciones de Prieto se basaban todas en la reducción de cuatro cargas nacionales: reducción del servicio de la deuda exterior, reducción del pago de la deuda interior, reducción de las fuerzas armadas y reducción de los estados a la autoridad del Gobierno Federal. De estas prescripciones la primera brindaba el alivio más fácil, pues la deuda exterior era el gravamen más pesado del presupuesto, y planteaba el problema más difícil, por la presión que aseguraba el cumplimiento puntual del servicio, y era por lo tanto la solución a la cual la desesperación se agarraba intuitivamente. El servicio de la deuda exterior absorbía casi por entero las entradas de las aduanas, hipotecadas en su totalidad en los puertos del Pacífico, mientras que en Veracruz y Tampico la escala había subido del 48% en 1856 al 85 en 1861, y el 15 restante estaba sujeto a reclamaciones rivales, entre ellas al crédito Jecker. La presión era asfixiante y los censores de Prieto fueron los primeros en abrazar la más desesperada de sus proposiciones. Zamacona dio la señal con un largo y elocuente artículo de fondo en *El Siglo*, que sondeaba la opinión doméstica y extranjera. «La hacienda pública —dijo, adoptando el lenguaje del poeta— ha venido a ser como el laberinto de la antigüedad, habitado por un monstruo: ese monstruo es la deuda extranjera que ha cerrado todas las avenidas por donde tiene que irse el trabajo de reorganización. La República nació como esos niños que traen al mundo un mal crónico cuyo desarrollo a cierto tiempo les hace imposible la vida. La deuda que comenzamos a contraer desde los primeros días en que nacimos a la vida política ha llegado a ser una excrecencia parásita que nos ahoga, nos agobia, y quita toda regularidad a las funciones administrativas del gobierno. Ni un solo peso procedente de las aduanas marítimas llega a la tesorería general: pudiera decirse conforme a la realidad y a la que acaba de exponer el ministro de Hacienda, que las arcas de la nación están en esos buques que vienen a recoger periódicamente el producto casi total de nuestras aduanas, destinado a cubrir nuestros compromisos políticos. Bajo este aspecto puede decirse que la suerte de México y de su revolución está en manos de las potencias amigas, y que si son sinceras sus protestas de simpatía, podrían hacer a la República y a la civilización el mayor servicio, limitando por algún tiempo sus exigencias a términos compatibles con la reorganización de la hacienda nacional… Pero todo arreglo de esta especie tiene por condición una tregua generosa más o menos amplia, y no faltaría a la República

títulos racionales e históricos para pedirla. ¿Por qué hemos de creer a nuestros acreedores extranjeros incapaces de concedernos esa tregua de vida y salud? No tememos que un falso pundonor por parte de nuestro gobierno, o una severidad inexorable por parte de las potencias amigas, hagan imposible la realización de esta idea que sería no sólo la salvación de nuestra República, sino también la de todos los que tienen contra ella algún derecho». Y para dejar bien claro que de sentimentalismo no se trataba, añadió: «¿Qué lograrían con ser inexorables y matar, por decirlo así, la gallina de los huevos de oro?».

La idea prosperó y no tardó en figurar en los pronósticos políticos, propagada por rumores tan libres y despreocupados como el público que respiraba ya a fuerza de darles ascenso. Oficialmente, no se le prestó atención y el gobierno se hizo el desentendido; pues, si bien la prensa era una fuerza dominante, era un poder irresponsable y faltaba mucho todavía para que Zamacona fuera ministro. En el Ministerio de Relaciones la atmósfera era ya irrespirable, sin ventilar un remedio que, circulando desembarazadamente abajo, encontraba infaustos todos los signos del zodíaco arriba: Zarco, enzarzado con los bonos de Jecker, desempataba el negocio con M. de Saligny, y como este último había desoído los primeros síntomas de asco público provocados por aquel trago, estaba por demás sondear su reacción a una convulsión general.

M. de Saligny, sin embargo, era lo de menos. El peligro más grave era la reacción de la Legación británica. Por ser la deuda británica la más cuantiosa, y la influencia inglesa el peso preponderante en calcular la reacción de la opinión extranjera, fue por aquel rumbo donde se realizaron los primeros sondeos, y en aquel sector se tomó en consideración la posibilidad de una transacción. La parábola de Zamacona y el evangelio de Mathew concordaban en parte: Mathew convino en la necesidad de algún ajuste para salvar la situación y preparó a su gobierno para tal eventualidad. «Los tenedores de bonos podrían salvar su capital, sometiéndose a una suspensión temporal del interés; y tal vez el establecimiento de un arancel más equitativo, que el gobierno se ha comprometido conmigo a recomendar con urgencia al Congreso, implantará una mejor base de ingresos», informó a Londres. Pero el consejo iba acompañado con una reserva. «Por penosa que sea su situación, México debería comenzar en casa propia, y los tenedores de la enorme deuda interna deberían ser los primeros en sufrir las consecuencias de la ruina causada o favorecida por su propia insensatez. Mucho me temo que la República no haya producido hasta ahora

hombres de suficiente honor y energía para adoptar esta resolución, sin el respaldo de alguna forma de interposición extranjera. Siempre se preocupará por hacer del extranjero la víctima principal de la condición indudablemente quebrada del país». Cumplidos los deberes de la caridad con este consejo, Mathew dejó el problema de la mendicidad pública en manos más responsables que las suyas; el aviso constituía su último informe antes de salir de México, relevado por la llegada del nuevo ministro británico.

En Londres, Sir Charles Lennox Wyke era un perito en asuntos hispanoamericanos; había desempeñado misiones en Honduras, Guatemala y otras zonas de influencia inglesa en la América Central. En estas regiones había gastado su salud, y durante una prolongada convalecencia en Europa el gobierno lo nombró representante británico en la propuesta mediación de las potencias en México. De aquel proyecto lo único que quedaba era el acuerdo de colaboración con el ministro francés, y aunque la situación había cambiado cuando Wyke llegó a su puesto un año después de ser nombrado, se había cambiado en un sentido tanto peor que provocó su cooperación espontánea. Con la aptitud del perito, Wyke captó la situación a media vista, y tres semanas más tarde, resumiendo sus primeras y definitivas impresiones de México, dictó un despacho que reflejaba simultáneamente las apreciaciones de Mathew y de Saligny. De Mathew tomó prestados sus más negros temores de un colapso financiero, y de Saligny sus pronósticos más siniestros de disolución social, y la mezcla dio una diagnosis ominosa de un país que se hallaba en las últimas fases de degeneración, y para el cual el ministro recomendaba el mismo remedio que Saligny. Entretanto, el globo de prueba lanzado por Zamacona siguió subiendo, volando de mano en mano, y corriendo volátil y boyante hacia las esferas superiores de un gobierno apestado por sus preocupaciones internas.

4

El gobierno se hallaba en las últimas fases de la campaña electoral, corriendo hacia su disolución en las casillas, sin medios de vida visibles. Uno tras otro, los puntales en que se apoyaba iban cediendo. La agitación del problema financiero minaba profundamente la confianza pública y echaba una maldición al gabinete, y los alarmistas increpaban al mismo Presidente por su inmutabilidad exasperante. «El Presidente es una roca, nada lo conmueve, nada lo obliga, nada escucha, y de consiguiente de nada sirve» —el tono era característico del ala radical de la prensa, donde se acumulaban las dolencias en anticipación del día de las elecciones. «Quítese el señor Presidente de firmar indultos, de apoyar a los empleados de la reacción, de platicar en familia con sus ministros, de extraviar cuanto le es posible a su gobierno, y ya no se encuentra para otra cosa Presidente de la República. ¡Ay!, qué triste es ver soportar todo el pueblo la pesada carga de un Magistrado Supremo, que no tiene más títulos para estar hoy en el poder, sino los que le ha dado la representación de la Corte de Justicia; nosotros habríamos cambiado mil presidentes de esa Suprema Corte por un solo hombre de la Revolución».

La búsqueda siguió a ciegas. Tan fuerte fue el pánico difundido por la inminencia de la bancarrota nacional, que la agitación amenazaba al gabinete entero, aunque el gabinete constituía una Corte Suprema integrada por tribunos populares —Zarco, Mata, Ramírez, González Ortega— cuyos nombres eran todos y cada uno una garantía de energía revolucionaria. Todos compartían la misma desgracia. Y en aquel grupo había uno que no aguantaba la impopularidad. González Ortega se había postulado para la Presidencia. La muerte de Lerdo había eliminado a su contrincante más popular; Juárez era también un candidato, pero el militar no lo reputaba un competidor peligroso. Al igual que Lerdo, don Jesús se había acostumbrado a dirigir su dependencia independientemente y a hacer poco caso del Presidente, con o sin los debidos miramientos; al ser preguntado una vez si tenía aprobada una orden que dictaba, contestó: «Acabo de entregarle sus cien pesos diarios, es lo único que le importa».

Idolizado por el ejército, venerado por los clubes revolucionarios, respetado por la prensa y la opinión pública, el héroe de la guerra civil se vio envuelto ahora en la impopularidad indiscriminada que arreciaba contra todas las dependencias del gobierno, y que apenas se detenía ante su

propia puerta; y el repunte de la marea alcanzó su talón. Ya era tiempo para poner a prueba su fuerza política. Aprovechando la agitación, pidió la renuncia de dos de sus colegas, Zarco y Ramírez, so color de su desprestigio, y cuando el Presidente se negó a apoyarlo, presentó su propia renuncia que le fue admitida. Su salida fue ruidosa, pues arrojó una sombra ominosa sobre las primeras planas de los periódicos, temerosos todos de una recaída en los desórdenes tradicionales del pasado. Pero la sombra la echó un duende, no el dueño del poder: el motín era puramente ministerial, y con una sola excepción la prensa se solidarizó con el Presidente. La única excepción era una gaceta que pidió a gritos la expulsión del gabinete a viva fuerza, y que sólo logró multiplicar las protestas de los demás, que cerraron sus filas para deplorar la ligereza de un héroe capaz de comprometer la gloria de un Jesús González Ortega al confundir con la auténtica voz pública «unos cuantos gritos de un grupo de muchachos». Dotado de muy fino oído, el dimisionario rectificó inmediatamente, protestando en una carta abierta su respeto a la legalidad y a la autoridad civil, y deplorando a su vez los temores inmotivados de la prensa y el lamentable malentendimiento del cual Jesús González Ortega era la víctima. Civil sincero, soldado del pueblo, patriota impecable, incapaz de incurrir en errores vulgares, su única ambición era salvar a la revolución. La desmentida, recibida con un alivio que la puso de relieve, regularizó su renuncia, y la prensa se apresuró a restablecer el talón en el pedestal.

Aunque pasajera, la alarma fue viva mientras privaba. «Vemos un nuevo motivo para que se diga en el extranjero: *los mexicanos son incorregibles*, un nuevo golpe a la confianza, y por consiguiente al comercio y a todas las empresas útiles», declaró Zamacona —aviso oportuno, ya que precisamente en aquellos días M. de Saligny se empeñaba en socavar el crédito extranjero con pronósticos de una nueva revolución. La crisis despejó la atmósfera, y al serenarse el ambiente, se manifestó una apreciación más clara de las conquistas positivas de la revolución. En lo sucesivo algunas cosas serían imposibles: el súcubo inquieto del militarismo quedó domado. «Quizás los incidentes que en estos tres días han ocupado la atención de la capital son el último asomo que hará el elemento militar en la política de México», se atrevió a vaticinar Manuel Zamacona; y aprovechó el revuelo para rendir un tributo muy merecido al Presidente, quien «en este asunto como en todas las crisis por donde pasó la revolución en su periodo militante, ha mostrado la fe más firme e ilustrada en la vocación del principio civil a

dominar en lo futuro la política del país, a pesar de todos los obstáculos que pudiera suscitarle todavía la fuerza armada».

La verdadera importancia del incidente radicaba en la interpretación de la opinión pública; y el progreso sustancial alcanzado en el nivel siempre más crecido y más estable de la revolución era motivo de legítimas congratulaciones. El hecho de que, en vísperas de las elecciones la tan esperada prueba de la popularidad relativa de los poderes civiles y militares provocara solamente una crisis ministerial, resuelta de común acuerdo en favor de los primeros, era un fenómeno reconocido como una garantía para el porvenir hasta por los extranjeros familiarizados con las costumbres del país. Por cierto, el porvenir próximo quedó recortado por las elecciones presidenciales; pero el prestigio personal de los candidatos se subordinó a los principios que cada uno personificaba ante el público. Si Lerdo quedó consagrado como el genio hacendario y González Ortega como el salvador militar de la Reforma, Juárez encamaba su reciedumbre social —el principio medular más vital y menos visible para asegurar su sobrevivencia— y la apreciación de su preeminencia manifestaba ya una madurez política que auguraba bien hasta para un porvenir ilimitado.

Pero el culto a los héroes formaba parte consustancial de toda revolución y significaba una sobrevivencia tenaz de la lucha armada. Además de los dictados del soldado afortunado, Juárez tuvo que vencer la seducción del héroe caído de la guerra civil —un rival mucho más temible para el favor popular. En sustitución de González Ortega, el gobierno ofreció la cartera de Guerra a Degollado, pero la oferta era confidencial y Degollado la rechazó. Lo que quería don Santos no era la reconciliación, sino un proceso público y una sentencia definitiva, resolviendo o absolviendo su caso, y apurada su paciencia por el aplazamiento del proceso, acabó por hacerse justicia a sí mismo. Atacado en el curso de la campaña electoral por un partidario de Juárez, y exasperado por la explotación política de su desgracia, hizo frente a la persecución impúdica de su error, y en un arrebato de indignación echó en cara del Presidente su pasividad ante tanta ignominia. «¿Cómo es posible —protestó en una carta abierta que la prensa publicó sin omisiones— que el Excelentísimo señor Presidente permanezca espectador frío de tantos vituperios contra el que fue su fiel servidor; el que impidió que en el interior se le olvidase y se le desconociese; el que no quiso seguirlo a una habitación segura en Ulúa, a pesar de no tener mando militar ni ser más que su ministro de Relaciones; el que durante los seis días de bombardeo de

Veracruz, ni un solo momento se metió bajo los blindajes? ¡Qué! ¿No merece algún respeto la desgracia ni consideración ni amparo, el desvalido?». Toda la hiel tragada sin queja rebasó al fin en el asco de un martirio de que estaba cansado. «Aun cuando por un fallo judicial se me hubiese declarado muy culpable y digno del mayor castigo, sería villano y digno de represión que los especuladores políticos y los escritores criados insulten y deshonren mi persona. Bien o mal, yo he servido a la causa nacional y he probado, hasta en mis desaciertos, mi buena intención y el anhelo por ser útil a mi país. Todo esto me destroza el alma y exacerba mi sentimiento a tal grado que, a pesar de mi natural prudencia y de mi organización con temple de acero para el sufrimiento, prorrumpo en estas quejas y lanzo al viento mis gritos de dolor, aunque seguro de hallar y recoger desdenes y acaso mofas y silbidos. No busco, señores, ni la gratitud ni el aprecio público por mis servicios, porque ya sabía antes de ponerme al frente del ejército constitucional que en todos los países y en todos los tiempos, los servicios a la patria no han encontrado más que almas envidiosas y corazones desagradecidos. A grandes merecimientos mayores ingratitudes: tal es el flaco de la humanidad. Pero creo que tengo derecho a pedir que se aguarde el fallo de mis jueces, que se me deje vivir en paz, que se me olvide y que se me haga la gracia que solicitó Diógenes: Que no se me quite el sol».

El reproche mordaz arrojaba sobre el Presidente una nota infamante. Degollado le achacaba su ingratitud, lo tachaba de cobarde, le reprochaba su indiferencia, lo avergonzaba por su falta de generosidad, de decencia, de la más elemental humanidad y de la más simple equidad; ninguna imputación era bastante ruin, ninguna mancha demasiado vil, para afearlo y deturparlo. La simpatía del público estaba con Degollado, y bien lo sabía el desgraciado: el pueblo había fallado ya en su favor, pero le faltaba todavía la absolución oficial —¿por qué? En un aparte patético dejó entrever la razón: «Si por accidente encontraren eco mis ayes en algún pecho generoso, me compadecerá en secreto; pero no se atreverá a hacer escuchar su voz de simpatía. No, no se atreverá, porque los hombres de fortuna, del poder y de la fuerza, están contra mí», murmuró bajando la voz y abandonando su defensa con un suspiro más elocuente que cualquiera acusación. Degollado se desahogó en un tono al cual el público era sumamente sensible en la literatura electoral del día. El reproche casi llegaba a la acusación y el lamento llevaba implícita la interpretación tácita: ninguna defensa hubiera insinuado más atinadamente que el

Presidente no se atrevía a arriesgar la revisión del veredicto en vísperas de los comicios.

Bastaba la queja para sustentar la inferencia y el ataque, para confirmar la imputación: entre renglones el público leía el cargo de una manipulación política turbia y triste; y la protesta, cargada con la fuerza infalible y la popularidad fatal del dolor, bastaba para poner la justicia de Juárez en tela de juicio. Mientras el caso Degollado quedaba en suspenso, no se podía eludir la deducción, y con el transcurso del tiempo el aspecto del caso cambiaba radicalmente: ya no se trataba de saber por qué se le procesaba en aquel entonces, sino por qué se seguía acusándolo ahora. Si la justicia revolucionaria exigía su separación, y la disciplina militar, un consejo de guerra en los días críticos de la lucha, una vez pasada la emergencia y ganada la guerra, ¿qué fin o qué motivo justificaban el enjuiciamiento de un hombre culpable, cuando mucho, de un cálculo equivocado, cuyo error era abortivo, y cuyo desacierto no borraba sus servicios? La justicia circunstancial obedecía a las exigencias del tiempo: lo que era imperativo ayer, resultaba excesivo hoy: toda justicia era relativa, la justicia revolucionaria se ajustaba a circunstancias transitorias, y al modificarse las circunstancias, la justicia humana exigía un criterio de equidad más elevado; y a nadie más que a Juárez, con su clara intuición de lo oportuno, le correspondía ahora manifestar un concepto superior de justicia. El sacrificio del caudillo en plena guerra era un castigo ejemplar —pero ¿cuál era el crimen que merecía el castigo ejemplar? El delito era dudoso; el caso, controvertible; el castigo, taxativo, y no era posible negar al acusado el derecho elemental a la defensa pública sin perjudicar al juez. Andando el tiempo, se tergiversaba el cargo. ¿Por qué insistir en infamar al caído? ¿Por su debilidad? ¿O por la debilidad de la causa instruida contra el héroe de las desgracias? ¿Sería éste su delito imperdonable? ¿A qué fin o a qué motivo atribuir su interdicción? ¿Al rencor que la guerra reservaba para sus propios campeones y al sordo encono que sacrificaba a sus propios hijos? Tales fueron las dudas inevitables suscitadas por la letargía de la ley, y Degollado por su parte no dudaba de la explicación. Perseguido como presunto culpable y encausado sólo por la suspensión de sentencia, difamado sin más defensa que su patetismo patente, repleto y harto de abnegación, se sentía intolerablemente ultrajado y era, en realidad, irreconciliable; y al recibir la oferta informal del ministro de la Guerra, rechazó con desprecio el desagravio y siguió insistiendo en su rehabilitación pública. Aunque alejado de la política,

Degollado creaba un problema político, y en un estado se le postuló para la Presidencia y se le compensó con un voto unánime de protesta. Su único título al poder era su talento para la desgracia, y si hubiese llegado a ganar más de un estado, la condición del país hubiera sido en verdad desesperada.

Porque la resurrección de Degollado era políticamente peligrosa, pues provocaba una reacción sentimental que desconceptuaba, moralmente, al Presidente. El aplazamiento del proceso se debía, según las aclaraciones dadas a la prensa por el Primer Magistrado, a razones de orden material y a la rutina legal —al traslado de los archivos de Veracruz a la capital, a la recopilación de documentos, a la preparación del juicio—, pero una explicación tan pedestre era poco satisfactoria y sumamente inoportuna, y el solo hecho de que el Presidente le diera por suficiente dejó una impresión desafortunada, indignando a quienes la tacharon de pretexto, y apenando a cuantos la prestaban fe; y lo peor del caso era que el Presidente decía la pura verdad. La administración de justicia estaba atascada —la confusión e ineficacia que paralizaban aquel ramo del gobierno eran tan tenaces, que desafiaban las reformas intentadas por Ignacio Ramírez, obligando al iconoclasta a renunciar en los mismos apuros que Prieto— pero el caso Degollado no era cosa de rutina. Degollado tenía derechos preferentes a la justicia expeditiva, y andar en dilatorias, en circunstancias tan fatales para el acusado, daba verosimilitud a la sospecha de que lo que faltaba no eran las facilidades sino la voluntad de hacer justicia al vejado, y autorizaba la atribución de fines inconfesables al Presidente. Se le acusaba de fomentar la flagelación del ídolo caído, de sepultar una fama que amenazaba a la suya, y de sellar un proceso para salvar una elección. La consecuencia de desoír a Degollado era la muy grave de convertir un caso sensacional en un proceso político, y las imputaciones provocadas por las demoras oficiales eran la penalidad de dar un curso pausado y reglamentario a la reclamación del herido. Pero si la falta de tacto del funcionario revelaba las limitaciones del Presidente como político, su indiferencia a las interpretaciones impertinentes garantizaba, en cambio, la integridad del magistrado, y eso era lo único que le importaba. Ya lo había dicho, al iniciar el proceso —«a un gobierno que tiene la obligación de dar el más cumplido ejemplo de moralidad, que debe en todo caso obedecer y hacer que se obedezcan las leyes, no le toca más que juzgar, conforme a éstas, a todo el que delinque, sea quien fuere»— y no había cambiado de criterio. Su justicia era impersonal, indiferente a virajes sentimentales y a

condiciones variables: si las condiciones cambiaban, cambiaban también los hombres. Ahí estaba Degollado —triste ejemplo de tan evidente verdad. ¿Se hubiera perdido si los hombres fuesen siempre los mismos en todas circunstancias? Más aún, ¿podía decirse que Degollado era el mismo hombre ahora que entonces? ¿El santo se hubiera defendido de la misma manera que el pecador? Harta justicia se hacía a sí mismo para que no contristara a los ángeles y apenara a los hombres de juicio. El resentido restaba fuerza a su defensa, complaciéndose en sus méritos y llorando sus males; y el mayor de sus males era que no comprendía que a nadie perjudicaba más que a sí mismo declamando sus dolencias; que vulgarizaba su gloria clamando contra su desgracia; que causaba la conmiseración compadeciéndose de sí mismo; que se deshonraba con tantas efusiones impúdicas; y que poco faltaba para que el héroe se transformara en heroína de la guerra civil. En esta fase de su porvenir, Degollado no preocupaba al Presidente. El hombre que desmerecía de sí mismo no era quien aventajara a Juárez. Con la misma firmeza que demostró al resistir los dictados de González Ortega, el Primer Magistrado siguió desoyendo la agitación a favor de Degollado; en ambos casos confiaba en que su público manifestaría madurez y sentido común, imponiendo un freno político al culto a los héroes, por una parte, y a los impulsos sentimentales, por la otra, y colocando a cada uno en su lugar.

Era mucho pedir del público, del suyo o de cualquier otro, en vísperas de los comicios. En el curso de la campaña electoral la guerra civil resucitó, el pasado próximo intervino en el voto, y el Presidente se enfrentaba con comparaciones heroicas, mientras que el público fluctuaba entre la lealtad a los principios y la parcialidad a las personalidades. Contra González Ortega se apoyaba a Juárez como la personificación del poder civil, pero lo que prevalecía era, más que el hombre, el principio, y la sumisión ejemplar del militar restableció su prestigio con mayor fuerza que nunca. En González Ortega, al parecer, los méritos de incorruptibilidad de principios y de simpatía personal se encontraban reunidos en una sola persona; acaso se había dado, al fin, con la combinación fenomenal —acaso, porque la comprobación dependía del proceso eliminatorio y las elecciones eran el laboratorio— pero la prueba preliminar era favorable, y el hombre aventajaba a su contrincante en dos aspectos importantes. González Ortega era el héroe de una hipótesis, y Juárez era un hábito. La personalidad del Presidente era un estereotipo —nadie lo ignoraba—, una imagen

inalterable, que los cambios de clima político no modificaban en lo más mínimo: no ganaba nada, no perdía nada, con el transcurso del tiempo; quedó grabado una vez para siempre por la guerra, sin matices, sin retoques, sin rectificaciones, al terminar su ocupación del poder.

Por lo tanto, un periódico que siguió sus huellas desde Veracruz a la capital se encargó de revisar su ejecutoria y de poner en la balanza sus tachas y sus servicios antes de recurrir a las casillas. «El señor Juárez tenía para nosotros mucha preferencia por la simpatía que nos inspiraba: la abnegación de este hombre para sufrir, la fe con que había presentado en todas partes su imagen de autoridad, los buenos deseos que lo animan, y otras virtudes que por desgracia no pasan de ser individuales habían ganado nuestra predilección —decía el exordio—. Con todo, este hombre no sólo no llenaba ni llena las necesidades de la revolución, sino que podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que la elevación de este hombre a la primera magistratura sería la ruina no sólo del partido demócrata, sino de la nación. El señor Juárez, tan lleno de virtudes domésticas, es por desgracia muy falto en conocimientos políticos y sólo puede aceptarse en él al hombre de sociedad, pero nunca al gobernante. Sus hechos como gobernante no son por desgracia un caso dudoso: su torcido manejo, su poco tacto y hasta su terquedad en sostener lo contrario de lo que el pueblo desea, son motivos bien poderosos para evitar que Juárez suba a la presidencia. Cierto es que, como antes hemos dicho, Juárez ha sido leal como partidario, pero también lo es que, sin tener más cualidades que las que citamos, fue primero el juguete de don Ignacio Comonfort y después empuñó las riendas del gobierno para comprometer desde entonces el éxito de la revolución. Extraño el actual presidente a todos los sucesos que ocurrían en la lucha con la reacción, representaba en todas partes, con especialidad en Veracruz, el papel de un simple partidario, que recibe las malas o buenas noticias de los suyos, sin dar un paso para afianzar el triunfo o para remediar la derrota. Las tropas liberales perdiendo o ganando poblaciones en el interior del país, se han mantenido por su cuenta, y si el gobierno les dispensó entonces alguna protección pecuniaria o auxilio armado, fue de una manera tan ruin que apenas merece citarse. Estas tropas animadas por su propio entusiasmo, alimentadas por sus propios esfuerzos, sólo vieron en el gobierno de Juárez, un principio de legalidad constitucional, pero no un gobierno activo, protector e inteligente: el nombre de Juárez era para la revolución una

bandera, pero no un hombre».

Pero eso no fue más que el preámbulo; para deshacer al hombre por completo, la descalificación sumaba a los pecados de omisión uno de comisión que bastaba para eliminar al gobernante. «Si anduvo extraviado en su camino el actual presidente respecto al manejo interior del país, no fue más acertado en todo lo que tocaba a los asuntos internacionales. Dejamos a un lado las reclamaciones de España, de Francia y de Inglaterra, que no sólo no supo apreciar el señor Juárez con la debida cordura, con que desde entonces esas mismas reclamaciones vinieron fortaleciéndose hasta el grado de ser hoy gigantescas; pasamos hasta el camino que pensó abrir para proporcionarse recursos en los Estados Unidos con que auxiliar a la revolución, y hallaremos que desaprovechando los momentos oportunos, y casi nulificando el prestigio de don Miguel Lerdo de Tejada en la nación vecina, sólo consiguió poner en evidencia el tratado McLane, sin que brotaran de ese tratado los recursos deseados, y sí surgiera de él todo el ridículo que nos echó por ese negocio la reacción. El señor Juárez, en fin, sólo presenta algo bueno de lo cual no es el autor, y mucho malo que no conoce otro origen que su conducta. Un hombre como éste no sólo no merece servir de nuevo el papel de primer magistrado, sino que por lo contrario debe ocupar el banquillo del reo para ser juzgado y castigado como lo merezca». Y vino la exhortación: «Señor Ortega, el partido demócrata que hoy elige a usted y lo postula para la presidencia confía en que no recibirá un desengaño y que no se convertirá usted, como Juárez, en verdugo de los suyos. Usted es joven y lleno de ambiciones nobles y generosas». Llamarse González Ortega valía mucho; y más aún, ser joven. Ser joven en medio de tantas y tan vetustas imputaciones de ineptitud, que el paso del tiempo había consolidado y convertido en el vocabulario inveterado de la controversia política, era una ventaja inestimable. Con la ancianidad del achaque no se cansaba la queja acostumbrada, con la monotonía de la cantilena no se desazonaba el resabio de la requisitoria: Juárez era siempre culpable, archiculpable de ser Juárez, y como no hacía nada, pero nada, ni siquiera para ganar la elección, se dio por supuesta su derrota. Para compendiarlo todo en la expresión más gráfica, un caricaturista, anticipando la sentencia, evocó a Arquímedes, de un lado, declarando, *Denme una palanca y un punto de apoyo y moveré al mundo*, y a Juárez, del otro, protestando con la mano en la levita, *¡Denme las facultades omnímodas y no haré nada!*

No obstante, tanto había cargado Juárez con lo oneroso de la

nulidad que el cargo pesó poco contra lo ignoto, y a fuerza de repetición, la negación tenaz de su contribución al movimiento se nulificaba también. Faltaba algo más positivo para acabar con un cero que no se nulificaba por sí solo, y como siguió desafiando las leyes de gravitación política al aproximarse el término de la campaña electoral, algo se hizo y muy grave: ante el Congreso un diputado acusó al Presidente de alta traición a la patria, fundando el caso en la negociación del tratado norteamericano. Sus amigos salieron a la defensa. No eran numerosos. La buena fortuna y la mala ganaban amigos con suma facilidad, pero no era poco el valor, ni común la lealtad, que se necesitaban para defender a la mediocridad amenazada por un cargo capital. Esta forma de heroísmo la manifestó Zarco, que aprovechó el ataque no sólo para encabezar la defensa sino para clarificar muchas de las dudas oscuras suscitadas por la tantas veces repetida controversia.

Zarco se había separado del gobierno y vuelto a su vocación y nada le impidió, por lo tanto, tomar la palabra. Aunque no había formado parte de la familia oficial en 1859, se había incorporado a ella en espíritu, y con el derecho más válido, pues era un civil militante; y no le costó mucho trabajo evocar los días aciagos y las condiciones que privaban en 1859, cuando —decía— los liberales abundaban menos que ahora y el país yacía postrado, supeditado por la reacción adentro y cercado por la liga diplomática afuera. En aquel entonces se veía una esperanza y una ventaja en el reconocimiento del gobierno norteamericano «prometiéndose el partido liberal que el ascendente moral de la vecina república, su interés mercantil, y aun su apoyo físico fueran auxiliares de la causa nacional y apresuraran el triunfo de los buenos principios. De esta aspiración que llegó a ser general en los liberales más patriotas e ilustrados, hubo uno que no participó de ella, que se negó abiertamente a llamar en auxilio tropas extranjeras, ya fuesen del ejército regular de los Estados Unidos, ya voluntarios que al pisar el territorio mexicano renunciasen a su nacionalidad y recibirían, terminada la campaña, terrenos baldíos en que establecerse en recompensa de los servicios que prestaran a su patria adoptiva. El hombre que creía que este arbitrio era contrario al decoro nacional; el hombre que preveía peligros para la independencia en este extremo, el que no desesperaba del pueblo mexicano, creyendo que solo y sin extraño auxilio había de reconquistar su libertad y sus instituciones, fue el Presidente de la República y gracias a su resistencia tenaz y obstinada entonces, fracasó la idea de todo tratado de gobierno

a gobierno y de todo contrato con particulares que tuvieran por objeto la venida a la República de fuerzas extranjeras que siguieran las banderas constitucionales. Del mismo modo combatió toda idea de empréstitos, si para conseguirlos había cualquier estipulación que acarrease grandes compromisos internacionales. Lo que acabamos de asentar está probado por hechos notorios y es de una verdad auténtica e incontrovertible. El señor Juárez mereció entonces de muchos de sus amigos la calificación de obstinado y pertinaz, que se repitió más tarde, cuando con el mismo tesón se negó a aceptar la conciliación con los reaccionarios y la mediación de las potencias extranjeras en el arreglo de nuestros asuntos interiores. Dos ideas capitales inspiraron el ánimo del Presidente: un celo escrupuloso por la independencia, por la nacionalidad de su país y por la integridad de su territorio, y una confianza ilimitada en el triunfo de la opinión pública, y en que el pueblo por sí solo había de recobrar sus derechos, sin la mengua del auxilio extranjero. Decimos que casi solo el Presidente rechazaba las ideas que entonces abrigaban muchos liberales, y al hablar así damos lo suyo a cada uno. Muchos jefes militares declaraban que era indispensable el enganche de voluntarios extranjeros; otros querían que no sólo vinieran tropas extranjeras, sino también oficiales, el señor Lerdo de Tejada y el gobernador Zamora participaban de estas ideas que, lo decimos sin embozo, pues no tenemos la responsabilidad de nuestras opiniones, eran las nuestras también en aquellas aciagas circunstancias. En vano se hacían instancias al Presidente, en vano se combinaba la idea con otros proyectos, enlazándola con la necesidad de colonización, de hacer efectiva la libertad de cultos, de mantener después del triunfo un elemento de fuerza material que completara la pacificación del país. El señor Juárez rechazó todas estas ideas, tuvo desavenencias hasta con muchos de sus amigos íntimos, en su correspondencia contrarió siempre el proyecto y perseverando en la lucha, los acontecimientos le han dado la razón y gracias a él la República venció a sus opresores, sin más auxilio que sus propios recursos y el denodado esfuerzo de sus hijos».

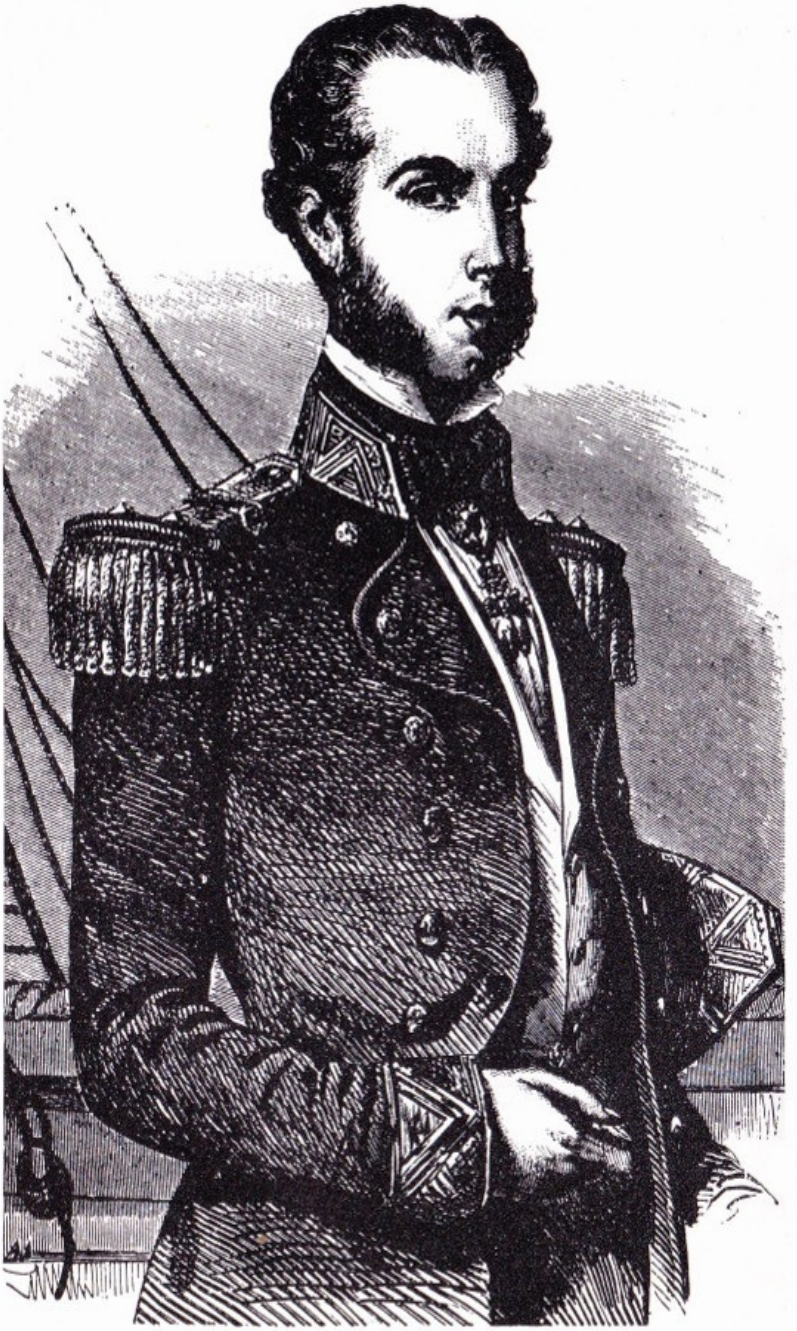
Este testimonio espontáneo contribuyó mucho a descargar la responsabilidad personal del Presidente, pero distaba mucho de llegar al punto de la dificultad. Por analogía, mucho podía deducirse del texto; por inferencia, resultaba absurdo suponer que el patriota tan celoso de la independencia de su país y tan resuelto a no comprometerla en forma alguna fuera tan cándido que no calara el fondo tramposo del tratado o, calándolo, tan

pusilánime que lo aprobara y tan torpe que pusiera el cuello en el lazo. Sin embargo, la defensa, hábil pero evasiva, dejaba intacto el trasfondo de la acusación —el peligro de la masa flotante, la evidencia textual del mismo tratado—, pacto siniestro, pesadilla de ayer, némesis de hoy, que volvía a apestar a sus autores con toda la saña propia de la persecución política, y que brindaba a los buitres materia demasiado suculenta para que quedaran satisfechos con protestas impertinentes de tentaciones rechazadas y de circunstancias atenuantes —y aquel punto Zarco lo tomó muy ligeramente, revelando su vulnerabilidad por la misma debilidad de su defensa. «El texto del tratado, sea cual fuera su tenor, no es fundamento para hacer cargo al Presidente de México —protestó—, pues es sabido que el derecho de introducir enmiendas y modificaciones existe hasta el momento de conceder la ratificación. Por lo demás, las franquicias comerciales, el derecho de tránsito a tropas americanas en casos determinados, no envuelven un ataque a la independencia nacional, ni pueden justificar el cargo de traición lanzado con ligereza por el diputado de Nuevo León y Coahuila; y si bien se hacían grandes concesiones a los Estados Unidos —convino— no se les ofrecían todas las ventajas que ellos solicitaban, como lo prueba que tal convención no fue aprobada por el Senado americano». Y atacando al autor de la acusación, y elevando la controversia a regiones impalpables que desafiaban la persecución, «¿cómo sabe el señor Aguirre —le retó—, cómo puede saber el jurado cuáles eran las intenciones del señor Juárez acerca del tratado McLane, cuáles las modificaciones que hubiera propuesto si se hubiera reanudado la negociación, cuáles los artículos a que habría negado su ratificación? Esta simple pregunta destruye todos los cargos y la esperanza ardorosamente expresada por algunos órganos de la prensa, de que este incidente basta para imposibilitar al actual depositario del Ejecutivo de ascender a la presidencia constitucional de la República». Claro que no había tal cosa; pero Zarco no pudo más. No habiendo convivido con la familia oficial en Veracruz, su testimonio venía de segunda mano; y dejando la defensa en turno a quienes estaban al tanto de la verdad, y sobre todo a quien, como amigo íntimo y ministro de confianza del Presidente, tenía el mayor interés en salvar su buen nombre y el suyo propio, «estamos seguros —terminó diciendo— de que el señor don Melchor Ocampo no dejará pasar desapercibida esta circunstancia y que con la franqueza que le caracteriza pondrá claros los hechos todos».

El Congreso dio un voto de confianza al Presidente, pero sin

desechar la turbia maniobra electoral. La discusión del tratado quedó al orden del día. Para descargar al Presidente por completo, urgía la presencia de Ocampo —y Ocampo no respondió al llamado.

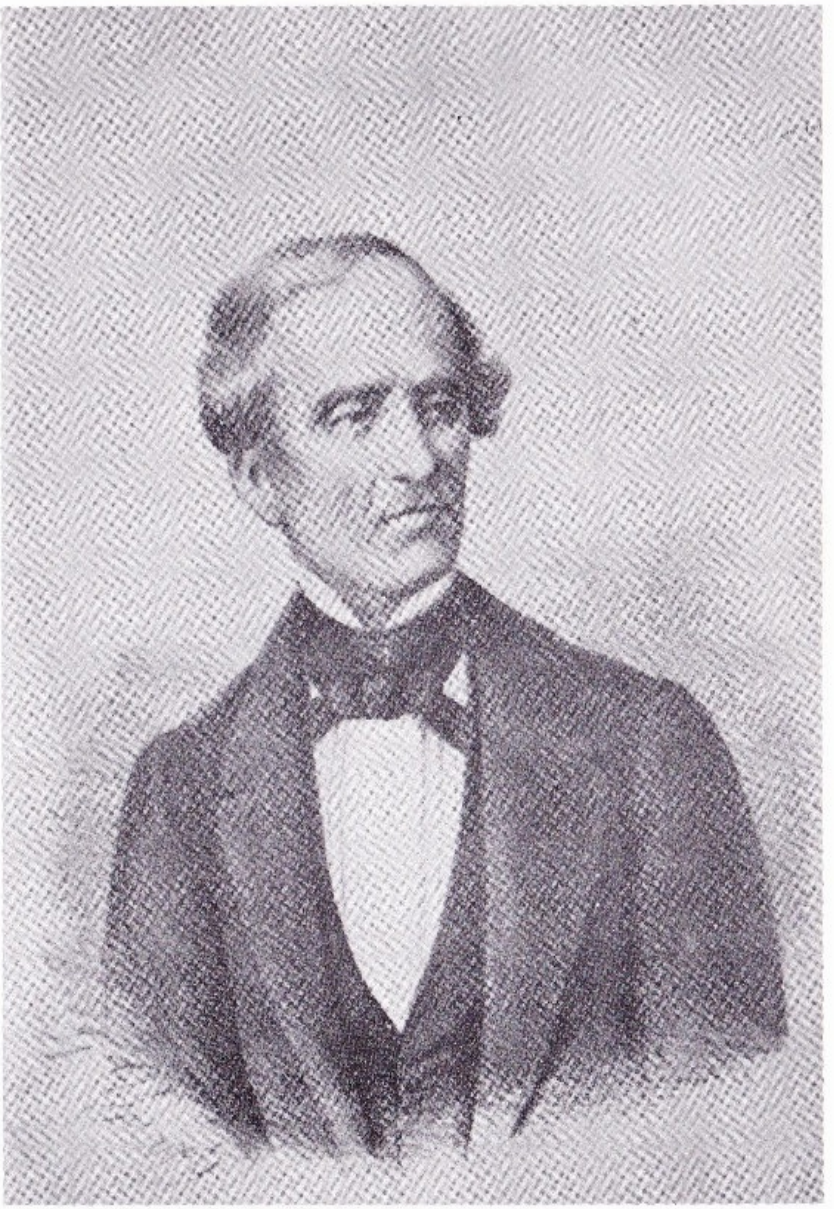
Tomás Mejía.



Maximiliano de Habsburgo.

La Emperatriz Carlota.

Leonardo Márquez.



José María Gutiérrez Estrada.

Francisco Javier Miranda.

Pelagio A. de Labastida y Dávalos.

Miguel Miramón.

5

Aquel mismo día *El Siglo* publicó una breve noticia en que informaba que «una gavilla reaccionaria de un tal Cagiga, cumpliendo las órdenes de Márquez, entró a la hacienda de Pomoca y se apoderó de la persona de don Melchor Ocampo. Parece que este señor ha sido entregado al mismo Márquez, quien probablemente exigirá un fuerte rescate o intentará asesinar a uno de los hombres más distinguidos del país por su patriotismo y probidad». La noticia salió bajo el rublo de «Hazañas reaccionarias» y refería varios casos del mismo carácter verificados en los alrededores de la capital. Desde la terminación de la guerra, Márquez y Zuloaga se habían refugiado en las serranías, reclutando fuerzas, eludiendo la persecución del gobierno y conservando las apariencias del poder con hostilidades esporádicas en las regiones apartadas del interior. Llevando vida de forajidos, merodeando entre montes y valles, cayendo sobre fincas aisladas, incursionando a veces en Cuernavaca para hacerse de caballerías, y enardecidos por la ausencia de autoridades efectivas a la redonda y por las señales de sus partidarios en la capital, los prófugos recurrieron al plagio de personas prominentes para nutrir los restos de su facción y para mantener viva su causa fantasma. La repetición de tales hazañas, multiplicándose con la impunidad, ya había provocado severas censuras al gobierno, y precisamente con el objeto de hacer frente a un peligro que se había subestimado y descuidado el Congreso dio al Presidente un voto de confianza, concediéndole al mismo tiempo facultades extraordinarias para adoptar las medidas de rigor exigidas por las circunstancias pero sin abandonar la discusión del tratado. Eso lo logró el secuestro de Ocampo. La noticia llegó a la capital, por una coincidencia pasmosa, en el momento mismo en que Juárez necesitaba la mano del amigo, y en la conmoción subsiguiente lo salvó el puño cerrado de Márquez. Toda disputa ajena fue ahogada en el clamor de alarma levantado por la prensa, cundiendo como reguero de pólvora y volviendo a inflamar la furia de la vindicta pública de los primeros días de triunfo. «Para restablecer la seguridad, para salvar a las personas capturadas, no hay medida, por extrema que sea, que no esté justificada y que no aplauda la opinión pública —declaró *El Siglo*—. En la frontera, a los apaches y comanches los pueblos les arrebatan a sus mujeres y a sus hijos, y la guerra que se les hace es como una caza de fieras. Los soldados de la religión tienen un carácter más odioso que los mismos bárbaros. Las circunstancias nos parece que

autorizan a las autoridades a usar de verdaderas represalias, intimando a Márquez a que si no pone en libertad a las personas aprehendidas, aquí serán fusilados los prohombres del partido conservador, y que si les exige rescate, que el importe será pagado por las notabilidades de la misma facción. Muy amigos somos de la legalidad; pero no hasta el punto de que la sociedad sucumba inerme a cuadrillas de bandoleros».

Inspirado por el mismo espíritu, el gobierno procuró salvar la vida de Ocampo tomando rehenes: se dictaron órdenes para la aprehensión de la madre de Márquez y de la esposa de Zuloaga. La primera se escapó —tal madre, tal hijo— y la otra fue puesta en libertad por falta de pruebas de su complicidad; pero siendo más útil como contacto que como rehén, se la indujo a que escribiera a su esposo intercediendo por el preso. Con el mismo objeto se consiguieron también los buenos oficios de M. de Saligny, y la carta fue expedida con su recomendación oficial y bajo el sello diplomático.

Veinticuatro horas más tarde, Juárez amaneció con la noticia de que, según un mozo recién llegado del campamento enemigo, Ocampo ya había perecido. Si de rescate se tratase, se lo hubiera conseguido. Durante la última quincena el Presidente había apelado a todos los medios y arbitrios para hacerse de fondos, pidiendo al Congreso un millón y recibiendo una pitanza; solicitando autorización para suspender el servicio de la deuda exterior y negando una audiencia; pidiendo al capital privado un empréstito voluntario para evitar un préstamo forzoso y una sangría; nada se había hecho; pero para salvar a Ocampo se hubiera sudado sangre y oro en el acto. Pero no se trataba de rescate, sino de represalias: Ocampo había firmado su sentencia de muerte con el tratado norteamericano. A las 7:30 de la mañana del 4 de junio, Juárez acusó recibo en su diario de «una carta del mismo Márquez dirigida a un señor Carrillo en que se confirmaba esta fatal noticia». La carta era evidentemente auténtica: Márquez lamentaba la muerte de Ocampo y se lavaba las manos de su sangre.

El día que despuntó tan sombrío no tardó en desatar la tempestad, y Juárez siguió apuntando en su prontuario las fases que le afectaban personalmente. ¿Qué es lo que cae primero en mente en los momentos de peligro mortal? Lo fundamental, y Juárez lo reveló en el acto. «Considerando la fuerte sensación que va a producir en el pueblo esta lamentable desgracia —apunto a vuelo de pluma— y temiendo que se atente contra las personas de los presos políticos, di las órdenes respectivas para que se redoblen las guardias de las prisiones y encargué al señor

gobernador del Distrito, al señor comandante militar don Leandro Valle y al señor ministro de la Guerra, la mayor vigilancia»: —providencias tomadas a buen punto, porque el arrebato del pueblo lo llevaba también a exigir represalias. «A poco rato se difundió la noticia en la ciudad y se nos fueron presentando personas de todas clases pidiendo que en el acto fueran ejecutados los presos políticos, y aun protestando que si el gobierno no lo hacía, ellos y el pueblo harían ese deber de justicia. Hice todos los esfuerzos que estuvieron a mi alcance para disuadir a estas personas de cometer el más leve atentado, pues yo como gobernante legítimo de la sociedad, haría todo lo posible para que los delincuentes fueran castigados conforme a las leyes, pero que jamás permitiría que se usase de las vías de hecho contra los reos que estaban bajo la protección de las leyes y de la autoridad. Que advirtieran que los que sacrificaron a mi leal amigo el señor Ocampo eran asesinos y que yo era el gobernante de una sociedad ilustrada. Los señores don Leandro Valle y don Aureliano Rivera presenciaron esto». La nota sonaba a siniestros: tenía el tono de un acto testamentario, la solemnidad de una deposición bastanteada y atestada por testigos presenciales, la constancia de un credo, y la conciencia de sí mismo provocada por el peligro inminente. El fondo salió a luz —el cometido sagrado de la sociedad, de la civilización, de la ley— y el hombre entero quedó impreso, íntegro e intacto, en el legado de la legalidad a punto de perecer.

Sus temores no carecían de fundamento. Turbas desenfrenadas, amotinadas por Prieto, Ramírez, Altamirano y otros agitadores, rodearon las prisiones clamando por la entrega de los presos políticos y sobre todo de Isidoro Díaz, el chivo expiatorio cuyo proceso estaba siempre pendiente, y que hubiera sido liquidado en el acto a no ser por la presencia de Leandro Valle que hacía la ronda y levantaba la voz y el brazo, dondequiera que fuera preciso, en señal de la voluntad suprema del Presidente. Este joven militar que ya lo había defendido en otros apuros —en Guadalajara, cuando el motín clerical; en Acatlán, cuando el ataque de Landa; en el convento de las Hermanas de la Caridad, cuando el asalto a la ley hecho por M. de Saligny— salvó el día una vez más en la mañana del 4 de junio. No fue menester que el Presidente mismo bajara a la calle para domar un tumulto, como le tocó hacer una vez en Oaxaca, con el bastón en la mano y la mano detrás de la espalda. Valle era joven, valiente y popular, y logró detener, si no domar las turbas, y mientras tenía a raya la furia popular, el Presidente siguió registrando su presión y apuntando su palpitación en el

papel rayado. A mediodía el desbordamiento popular se abrió paso por otros conductos. «La efervescencia aumentó con la reunión del Congreso. Éste dictó varias medidas, siendo una de ellas facultar al gobierno para facilitarse recursos de la manera que fuese conveniente. El señor Degollado se presentó al Congreso pidiendo le permitiese marchar a la campaña, a lo que accedió el Congreso a reserva de que se siga el juicio a que está sujeto». Pero las palabras secas del diario no llegaban a la altura de los sucesos.

La irrupción dramática de Degollado era el punto culminante del día, al provocar una escena a la que sólo la pluma profesional de la prensa podía hacer justicia, y a la que apenas pudo soportar el testimonio pues era una pluma en el viento. También en el Congreso regía la riña tumultuaria. Antes de abrirse la sesión, los pasillos retumbaban con otro alboroto, anárquico en la calle, antiparlamentario en palacio. «El triunvirato, la convención, el terror, y mil otros pensamientos por el estilo se discutían como inspiraciones políticas propias de las circunstancias», según el registro congresional. «El público que asistió a las sesiones dio muestras de participar en alto grado de la indignación universal; y aunque la expresó a veces en forma no muy conforme con la majestad de la Asamblea, el reglamento, que en otras ocasiones ha hablado con mucho menos motivo, permaneció mudo en las manos de la secretaria». La noticia de la muerte, escrita de puño y letra de Márquez, fue arrojada, repleta de sangre, a la cara de aquel Congreso rebosante de legicidas y desató el tumulto. Hasta la última boca en las galerías, gritando, gimiendo, abucheando, la sala entera prorrumpió en «rugidos de cólera al oír leer la carta en que el monstruo que ha hecho profesión de asesinato proditorio llora lágrimas de cocodrilo sobre sus víctimas y recomienda en nombre de la humanidad se haga cesar el carácter bárbaro y salvaje de la guerra civil». Tronaban los silbidos y desde la bóveda sonora arriba y del piso abajo los altibajos de la batahola batallaron en densísimo clamor, hasta que el ministro de la Guerra les impuso silencio y recordó al público arredilado que corría el tiempo y que, una vez votada la erogación para movilizar la tropa, en veinticuatro horas 8 mil soldados tendrían cercadas a las gavillas amontadas en la Sierra. En eso el presidente del Congreso interrumpió para dar lectura a un recado de Degollado en que solicitaba una audiencia de la Asamblea. En esa atmósfera ya sobrecargada el efecto era electrizante: la discusión se interrumpió, y no era nada lo anterior en comparación con la sensación suscitada por la

simple presentación de su tarjeta. Hasta las hojas del registro congresional resollaron, y resollaron hondamente, en la tensa transcripción del hecho: «El señor Degollado se presentó en el salón. La asamblea se pone de pie y las galerías prorrumpen en aplausos prolongados y vivas estrepitosos. Restablecido el silencio, el señor Degollado toma la palabra y dice que viene a pedir dos especies de justicia: una contra los reos del asesinato odioso que tiene desolado al partido liberal y otra con relación a sí mismo, para que se le declare reo o se le absuelva en la causa que se le instruye, y para que se le permita ir no como jefe, sino como simple soldado, a combatir a la reacción. Jura por los manes del ilustre Ocampo que jamás subirá al poder y que su deseo se limita a marchar a la guerra, no para sacar de sus casas y asesinar a los enemigos indefensos, sino para batirse cuerpo a cuerpo con los asesinos; y extraña que la ciudad esté tranquila y no se deje mover por un impulso de cólera y execración contra los monstruos que han sacrificado a uno de los más ilustres ciudadanos de la República. Sale del salón entre los clamores del público que pretende oponerse a él.»

La ovación siguió incontenible. Un diputado propuso que desde luego se constituyera el Congreso en Gran Jurado y que declarara que nunca el ciudadano Santos Degollado había desmerecido de la confianza de la nación; otro retó a la Asamblea a fallar, una vez para siempre, si su suerte había de ser el olvido o la gloria; y otro más movió tierra y cielo para corear con un sí universal; mientras que las galerías se sublevaban, reverberando la moción redundante, pasando lista a los presentes y clamando por la votación en la congestión siempre más apretada del entusiasmo avasallador. Al protestar una voz contra la supeditación del proceso, la vocinglería la ahogó con gritos de *mocho* y *reaccionario*, y rugido tras rugido sacudió el recinto, reclamando para Degollado el amparo parlamentario, aclamándolo, exaltándolo, exonerándolo, demoliendo los tribunales legales, derrumbando la prisión del derecho natural, dilapidando la penitenciaría de la voluntad popular, y no hubo una sola protesta cuando un orador denunció su persecución, a la que calificó de política de mala ley y de recaída republicana en el sistema borbónico de *dividir y reinar*. En eso Degollado regresó a la sala. No pensaba sorprender al Congreso —dijo—; lo único que quería era que se le rehabilitara para poder empuñar las armas; y propuso que no se declarara su absolución, sino sólo la autorización de combatir. Su hidalguía coronó su triunfo, y aunque el Congreso adoptó su enmienda y la aprobó por aclamación, no quedaba una sombra de duda en

aquel denso jurado de que se había anulado su proceso para siempre.

Efervescencia —fermentando en la calle, evaporándose en el Congreso—, palabra que Juárez aplicó a ambas explosiones del encono popular y que bastaba para poner en evidencia su propio espíritu. Efervescencia, efusión efímera de pasiones volubles que amenazaban lo fundamental que el gobernante había jurado defender. La manifestación en el Congreso no mereció más que una mención pasajera en su diario: la mencionó como un renglón de contabilidad, pero no por eso fue menos elocuente y apropiada. Con la vindicación de Degollado quedó finiquitada una cuenta corriente y liquidado un lío lamentable. Se convocó a un consejo de guerra y el héroe rehabilitado asistió a la sesión. Sentados codo con codo, sus posiciones se habían invertido súbitamente: ambos bajo la sombra de un juicio congresional, pero uno ya absuelto por el fallo popular, y el otro todavía amenazado por una acusación formal, se dedicaron a la preparación del plan de campaña y tácitamente echaron tierra al pasado, reunidos por la fuerza galvanizante del cadáver de Ocampo.

Pero el día de desquite no había terminado, y antes de cerrar la cuenta, se verificó un incidente que Juárez incluyó entre sus mayores tribulaciones porque revelaba su propia tensión nerviosa. A las 3 de la tarde se presentó el Cuerpo Diplomático para interceder en favor de los presos políticos y solicitar la suspensión de las ejecuciones, fijadas, según sus informes, para esa misma noche. Con todo lo experimentado de su carácter, le costó un gran esfuerzo conservar su ecuanimidad. La petición era no sólo sin fundamento, sino ofensiva en la forma, pues llegó el decano a afirmar que los representantes extranjeros se habían concertado para dar tal paso «por bien y honor del mismo gobierno, porque no querían que éste se nivelase con Zuloaga y Márquez, que eran bandidos». Corta fue la réplica y cortante, y consignada en su diario, donde la resaboreó airadamente. «Se contestó con la debida energía —y le sobraba energía al sentirse vulnerado en lo vivo— manifestándoles que el gobierno mexicano, comprendiendo su deber y su dignidad, jamás había pensado proceder ni permitir que se procediese de una manera bárbara contra personas que estaban bajo el amparo y la protección de la autoridad y de las leyes; que sentía mucho que se hubiera formado tan pésima idea del gobierno de la República, juzgándoselo capaz de una acción tan villana y degradante y que se acogiese como cierta una especie que el vulgo esparcía, y que desearía que se retirase una idea tan

ofensiva a la primera autoridad del país.» Sus monitores se disculparon y se retiraron cohibidos. Siendo un vulgo crédulo, los diplomáticos fueron los últimos en comprender quién era Juárez, pero rectificaron a tiempo, y el día terminó con la vindicación completa de la civilización y de la legalidad. Entonces, y sólo entonces, pudo el mandatario pensar en el amigo perdido y cumplir con su último deber: «Dispuse que se traiga el cadáver del señor Ocampo y repetí mis órdenes para que se evite cualquier atentado contra las personas.»

La marcha violenta de los sucesos y la precipitación vertiginosa de la crisis provocada por la occisión de Ocampo casi enterraron a la víctima misma; pero en los días siguientes comenzaron a llegar a la capital y a circular entre los enterados las versiones de su pasión y muerte, y poco a poco se reconstruyó la tragedia. Desde la vida retirada en su finca, ocupado con sus libros, sus plantas, sus pobres y sus intereses frugales, Ocampo había desoído siempre los avisos que más de una vez le mandaban sus vecinos recordándole que gavillas de forajidos andaban merodeando en los alrededores, y que el recluso no estaba tan olvidado como lo creía. Una noche, sin embargo, al entreoír en la pared algo como una raspadura, se preocupó y, mandando a las mujeres al sótano, salió a reconocer el terreno. Aunque sin dar con nada tangible, pudo percibir el eco de un correr de caballos y de voces sordas alejándose en las tinieblas. Como una hora más tarde vino un vecino con la voz de que se había avistado una cuadrilla acercándose a Pomoca, y con el consejo de ponerse en salvo. «¿Adónde me he de ir? Parece que no molesto a nadie», Ocampo tuvo el candor de contestar. Amaneció cansado y se despidió de sus hijas que salían a celebrar las fiestas de Corpus Christi en Maravatío, sin darles un abrazo más cariñoso que de costumbre; pero al perderlas de vista, sus premoniciones volvieron, solitarias, a acompañarlo. El ama de llaves, alarmada por la llegada al pueblo de un desconocido con un caballo que llevaba herrada en el anca la *R* de Religión, le hizo palpar el peligro que corría. Ocampo, cediendo a sus instancias, mandó ensillar su caballo; pero al recibir explicaciones del desconocido, con un cuento bastante verosímil, cambió de parecer y mandó regresar el caballo de albarda al establo, doblemente perturbado, porque había dudado y porque no estaba seguro. Al día siguiente, se le veía más triste, más ocioso y más silencioso que de costumbre. Desde su retiro de la vida pública, se había entregado por entero a sus inclinaciones filosóficas; una era la facilidad con que se resignaba a las malandanzas; otra, una melancolía que rayaba en

misantropía; pero a la última no se había rendido aún y se consolaba siempre con la primera. «Con uno o dos que amen, los demás que aguanten», se fijaba por regla de la vida normal. En aquel día, empero, le faltaba apetito; al sentarse a la mesa, sólo lo tenía para la fatalidad; y cuando el mayordomo avistó la polvareda de la cuadrilla que se acercaba a matacaballo, don Melchor se levantó y fue a la ventana, observando tranquilamente, y ahí estaba, señor de sí mismo como siempre, cuando sonó la aldaba a la puerta. Al cabecilla le ofreció la hospitalidad de la mesa puesta —un ademán de dignidad completamente gratuito: el jefe le intimó la orden de Márquez de acompañarlo sin demora, y colocándolo en un rocín, con una silla toda de remiendos, sin freno, y por bozal un cabestro, la cabalgata se alejó a paso veloz.

AI primer alto, el preso encontró a unos vecinos que iban a Pomoca a saludarlo, y de uno de ellos tomó prestado un par de chaparreras. Con la consideración que acostumbraba para los demás no le pidió otra cosa, y con una broma popular desvió su atención. «Hijo —le dijo—, nadie creería que soy de Michoacán, pues ya ves que los padres, para dar el Viático, se ponen chaparreras.» A buen entendedor, pocas palabras; los vecinos captaron el doble sentido, pero nada hicieron, porque nada podían hacer. Amigos, los tenía en todo el camino, y todos igualmente impotentes. Cinco meses después de terminarse la guerra civil, no había fuerza armada en la región, y la gente se retiraba temerosamente al ver la gavilla y se ponía a cubierto, persignándose, hasta que se alejara. En Maravatío, donde tenía amigos al alcance de la mano, el preso pasó la noche en el mesón del pueblo, con centinela de vista, y lo mejor que lograron sus adictos era juntarse para mandar una carta de intercesión a Márquez al día siguiente —cuando ya estaba lejos. Dos días más duró la marcha recorriendo una región que el naturalista amaba y conocía a fondo —una región vasta y despoblada de selvas vírgenes y soledades sin ley, donde Márquez no era más que un primitivo sobreviviente y Zuloaga un espécimen zoológico— hasta llegar a su guarida. Un día de descanso tuvo el preso, mientras disputaban su último día. Márquez insistía en fusilarlo inmediatamente, Zuloaga pretendía formarle consejo de guerra; el primitivo se fundaba en el tratado norteamericano para despachar el auto mexicano; el espécimen, que se titulaba todavía Presidente de México, se negaba a sacrificar las formalidades, y no se había llegado a un acuerdo cuando, siguiendo su marcha transmigratoria, llegaron al día siguiente al pueblo de San Juan del Río.

Aquí se comunicó la sentencia a Ocampo. Su última palabra la tenía ya preparada y la puso en el testamento que hizo en aquel momento: «Muero creyendo que he hecho por el servicio de mi país cuanto he creído en conciencia que era bueno.» Lo mismo le había dicho a Juárez al separarse del gobierno —«me dice la conciencia que he servido con lealtad, con asiduidad y con abnegación a nuestra causa»—, y con el correr del tiempo nada había cambiado: su despedida tenía el mismo valor para ambos presidentes. Aun en aquel lugar y en aquellos momentos no le faltaban amigos. Un guerrillero liberal acababa de ser capturado y Zuloaga había suspendido la sentencia, a petición del párroco y de las autoridades del pueblo; enardecidos por su ventura, los avenidores intentaron el mismo paso en favor de Ocampo, pero sin éxito al dirigirse a Márquez, pese a la intercesión de un cura que honraba la religión herrada en el anca de las caballerías. El derecho de redimirla le fue negado hasta por la víctima, que le dispensó de intervenir otra vez con formalidades superfluas, recitando los ritos mortales. «Padre, le aseguro, estoy bien con Dios y Dios está bien conmigo.» El viático le llevaba consigo al llegar al lugar de la ejecución, en las afueras del pueblo, donde cumplió con los ritos acostumbrados de tales ocasiones, despojándose de sus prendas y repartiéndolas entre sus últimos amigos: el pelotón. Pocas eran las reliquias y pobres, pero el capitán le sacó las chaparreras y el corneta su último peso, los demás se quedaron con su hálito, y ninguno había sido olvidado, cuando las bocas de los fusiles apuntaron al nivel de su silencio. Mandado a ponerse de rodillas, contestó: «¿Para qué? Estoy bien al nivel de las balas.» La frase dio fe de su vida entera. Vino la descarga, y al fustigar la tierra las convulsiones que eran Ocampo, otra y otra más para acabar con sus indignidades. En seguida, los herederos más cercanos se apresuraron a pasar una reata por las axilas y arrastrar el cuerpo del delito a un árbol, donde lo dejaron colgado, por orden de, Márquez. Durante las largas horas caniculares de la tarde, los transeúntes formaron cerco para mirarlo, pendiente de un ramo muerto y gravitando inhábil hacia la tierra, al alcance de la mano pero prohibido tocarlo; porque la rama era podrida y no la fruta.

El primero en experimentar su peso era Zuloaga. El presidente prófugo pensaba canjear a Ocampo por sus partidarios presos en la capital y estaba ocupado examinando unas cartas tomadas del guerrillero antes de enviarlo al paredón, cuando un cabo informó a Márquez que se había fusilado al preso. «Pero ¿qué preso?», preguntó Márquez. «Pues, el señor

Ocampo», balbuceó el cabo. Enfurecido por el desacato a su autoridad, el expresidente se puso de pie y mandó encausar en el acto al oficial responsable; pero esta orden tampoco se cumplió, protestando Márquez quise trataba de un error, y aunque Zuloaga entendía el engaño, lo tragó para conservar su autoridad. Cuán grave resultó el error, ambos lo adivinaron al recibir las cartas de intercesión de la señora de Zuloaga y de M. de Saligny. Márquez se apresuró a rectificarlo despachando por el mismo correo la carta de exculpación que tanta borrasca levantó en la capital; pero Zuloaga, por lo menos, lo sabía irreparable. Aquél fue el día más triste de su vida —dijo— y en ella había conocido muchas vicisitudes. Era incapaz de matar a una mosca —aseguraba uno de sus oficiales— pero no supo comprobarlo. Pasó la noche torciendo las manos y matando moscas. Tan atareados por entonces estaban los dos en lavarse las manos, que poco les importaba lo que pasaba con el colgado en el campo. En las tinieblas de la noche, las autoridades del pueblo ahuyentaron a los buitres y cortaron las reatas, y al amanecer el cuerpo yacía ya en el dominio público, habiendo decampado Márquez con su presidente pisándole los talones.

Cinco días más tarde se enterraron los restos en la capital, con los honores nacionales acumulados sobre el cadáver. La bandera nacional ondeó a media asta, el gobierno enarboló el luto por nueve días, y la persona de Melchor Ocampo, repartida entre el sentimiento de los millares que llenaron el cementerio, se transmutó en una vida póstuma infinitamente más poderosa que su vida vertida. La furia del primer día, esfumándose en el tumulto que la aliviaba, resucitó en los funerales, avivada por los obituarios e inflamada por los detalles, las conjeturas, las confirmaciones de la manera en que se efectuó el sacrificio. «El señor Ocampo, que anteponía a todo su dignidad personal, ha debido sufrir mucho en los actos de humillación y ultrajes que le hicieron pasar sus asesinos —se suponía. Quizá triunfó por fin su altivez característica y volvió ultraje por ultraje y humillación por humillación. Así se explicaba la muerte precipitada del señor Ocampo.» Confirmaban la suposición las quemaduras en el rostro, que denotaban la proximidad del pelotón, y la refrendaban plumas piadosas con un amén inexorable, jurando venganza cuerpo a cuerpo. Pero lo que exaltaba, sobre todo, la sed de venganza era el árbol —el árbol torcido y pervertido en cruz— y el peso muerto pendiente del ramo podrido, y la sombra anhelando en vano la madre tierra: ésta, la última y gratuita indignidad, era intolerable, inolvidable: sobre aquel túmulo se elevaron las columnas ardientes de la prensa, de día y

de noche. El Congreso puso precio a los proscritos, el gobierno apretó la persecución, pero todos los días se informaba de su paso por otros rumbos, y los agitadores más activos en la capital, hartos de provocaciones y de impunidad, concitaban al pueblo del campo a lanzarse a la caza mayor. El asesinato de Ocampo reagravaba todas las lacras de la guerra civil. La pesadilla volvió a pesar; el terror, a dominar, y la carta de Márquez, llorando su más reciente víctima, recordaba tan palpablemente su exculpación análoga de la hecatombe de Tacubaya, que la responsabilidad de ambas atrocidades recayó en él por el peso bruto de la reincidencia incorregible; olvidado su cómplice, la batida befada se fue reconcentrando en el homúnculo cuyos instintos corrían en cuatro patas, y que se sublevaba todavía en dos.

La invocación incansable de la venganza manifestaba la veneración que merecía Ocampo mucho más que la sobrevivencia de su espíritu entre aquellos que participaban de su pasión y muerte; pero a la memoria de un hombre que logró vivir y morir sin malicia y sin rencor no se le negaron tampoco los honores de clemencia y misericordia. En el colmo de la agitación, un periódico se atrevió a señalar el tratado que llevaba su nombre, pero se le acalló instantáneamente, y el Congreso, aunque sin desecharlo formal mente, echó tierra al tratado tan terminantemente como al caso Degollado. Así, al fin, los restos mortales de Ocampo descansaron en paz; se desligó el maleficio; y el malhadado pacto que tanto apetecía a los buitres ocho días antes se transmutó para siempre en pasto de la polilla.

El hecho de que Ocampo fuera secuestrado a corta distancia de la capital, y que durante los cuatro días del plagio no encontrara socorro, vino a demostrar del modo más fulminante la anarquía que imperaba en el país y la falta de autoridad del gobierno fuera de la capital. No se escatimó esfuerzo en reparar el desastre; pero las providencias adoptadas eran ellas mismas una revelación humillante de debilidad. Hubo que acudir a todos los recursos disponibles para dar caza a una gavilla de prófugos; movilizar tropas; preparar una campaña regular; hacerse de dinero para poner al gobierno otra vez en pie de guerra; y como la indemnización pagada a la Legación británica había agotado las arcas públicas, el Presidente autorizó un empréstito forzado para lanzar la expedición. Tal fue el tributo rendido por Juárez al amigo leal. En los funerales hizo acto de presencia muda, dejando a los oradores, que eran legión, la elocuencia oficial; su propio homenaje tomó la forma de sangrar al público en la suma de 50 mil pesos para asegurar el castigo del crimen. Ocho

días se consumieron en preparar la expedición —un lapso intolerable en el pulso febril de la angustia pública— y, sin esperar la salida de González Ortega con el grueso de la tropa, Degollado tomó la delantera con una columna volante y se precipitó a la pista.

Cinco días más tarde, mientras conferenciaba con el ministro de la Guerra, que le importunaba para conseguir otro empréstito forzado, Juárez recibió la notificación de su triunfo en la campaña electoral. Apuntó el triunfo en su diario, entre varios memoranda que formaban parte del trabajo cotidiano, tomando nota del escaso margen de votos con que el Congreso le declaró electo —cinco votos— sin comentario alguno. Eso lo dejó a los demás. Aunque la votación popular le dio una mayoría absoluta, la oposición intentó disputar el fallo recurriendo a un recuento en el Congreso para calificar la elección; pero la maniobra planteaba una cuestión candente en aquel momento y acaloradamente debatida después —a saber, la confianza que merecen los cuerpos parlamentarios con sus camarillas, sus coaliciones y sus intrigas partidaristas, como representantes intérpretes responsables de la voluntad popular — y, aunque el Congreso ratificó el fallo del pueblo, fue con un margen tan reducido que dejó la duda sin resolución. Sin embargo, el resultado era una vindicación tanto para el electorado como para el electo, y tanto más notable porque, como Zarco no dejó de señalar, el Presidente no había movido siquiera el dedo para asegurar un solo voto o para frustrar los enredos electorales fraguados en su contra, garantizando a la prensa la más amplia libertad, suprimiendo las subvenciones al Tercer Poder, demandando ante la ley a ninguno de sus calumniadores, y ganando las elecciones, en suma, con la pasividad más ejemplar y la probidad más intachable.

Un triunfo tan espontáneo significaba un éxito sin precedente para el proceso democrático en México, pero se celebró el fenómeno con tanta sobriedad que muchos observadores atribuyeron el suceso al desengaño y al desaliento del pueblo —y desengañado y desalentado lo era en verdad, pero no por el fruto sano de las urnas. La falta de festividades, que también provocó reflexiones, puso de manifiesto una depresión más profunda: el público había alcanzado la edad madura —evolución bastante triste de por sí— y en circunstancias sumamente tétricas. «De que no haya habido festines, ni bailes, ni orgías para celebrar la elección presidencial infieren algunos diaristas que el resultado ha venido a contristar la opinión, a difundir el desaliento, a desvanecer toda

esperanza», dijo Zarco, para recordar a los irreconciliables que contrastaban el advenimiento gris de Juárez con las loas e iluminaciones vistosas prodigadas a Santa Anna, Zuloaga y Miramón. «En el estado actual de la cosa pública, un pueblo que se respeta no puede entregarse a demostraciones de júbilo ante los manes ensangrentados de Ocampo; no puede celebrar fiestas, cuando sabe que la sociedad está en peligro y es preciso hacer grandes esfuerzos para salvarla.» La solemnidad de las circunstancias merecía, por lo menos, un momento de silencio. «El señor Juárez ha hecho bien en no promover farsas al encargarse de la primera magistratura del país, en no hacer regalos, ni donativos, ni juras con los fondos públicos, y sus amigos y los que han sostenido su candidatura le han dado una muestra de respeto en no repetir la lisonja y adulación con que se han inaugurado otros gobiernos.» Hecho sin precedente también —y eso sí suscitó aplausos—, el Presidente había rebajado sus honorarios, espontáneamente, en vista de la situación. El escrutinio era un trofeo que confirmaba las cualidades que se reconocían al hombre —decencia, integridad, civismo y sencillez—, y el funcionario correspondió a las esperanzas de su público al dedicarse sin interrupción, terminada la campaña política, a la única campaña que importaba al país. El consenso de opiniones andaba de acuerdo en que se había acertado al escoger al candidato seguro; y a la seguridad se puso un premio muy elevado en el verano de 1861.

El desenlace de la campaña electoral apartó la atención pública de la persecución de Márquez por unos cuantos días, y la prensa discutía aún la importancia del resultado, cuando entre las largas meditaciones que llenaban las primeras planas, brotó de repente otro de esos breves informes que llamaban la atención y que cortaron la respiración del lector, como una mancha de sangre. Relegado a las últimas planas, casi enterrado entre la miscelánea del día, y envuelto en los términos prudentes y discretos que se debían a la sensibilidad pública, un párrafo informaba de la desaparición de Degollado. Sordo rumor un día, al otro era ya un hecho patente: su columna había caído en una emboscada, y Degollado había muerto, abandonado. No se había recobrado su cuerpo. La prensa tardó varios días en recuperarse del choque y comentarlo con calma. Sobreviniendo tan de cerca a la muerte de Ocampo, la calamidad provocó una conmoción no menos profunda, pero en efecto muy diferente: la reacción era más lenta, abatida por el primer golpe, aturdida por el segundo, y postrada por una fatalidad que entumecía toda sensación. Se veía en la catástrofe la culminación de una

carrera dedicada al desastre, y con la muerte vino el alivio de ver una vida tan incurable al fin y al cabo frenada. Desdicha, mortificación, deshonra, deserción, muerte —para el cumplimiento perfecto de su destino nada faltaba sino la transfiguración; y aquel deber lo desempeñaron sus devotos religiosamente. La rehabilitación iniciada con premura antes de su muerte se realizó ampliamente después, y la reacción, cuando al fin se manifestó, cundió con la fuerza acumulativa de una compunción común, en descargo de una deuda atrasada.

Los obituarios eran a la vez una apología y un apoteosis. «El señor don Santos Degollado, el patriota inmaculado que era el más noble, la más pura personificación de las ideas democráticas y reformistas, ha dejado de existir.» Zarco encabezó los responsos de la prensa con acentos acordados al pulso débil del desaliento y desmayo que palpitaba en el coro. «Nos basta saber que Degollado ya no existe para comprender que una nueva calamidad pesa sobre nuestra patria. El soldado del pueblo, el campeón más constante, más desinteresado de las ideas progresistas, ha dejado de existir…» La reiteración siguió arrastrándose monótona y pesada, sin lograr levantarse, incapaz de superar el hecho aplastante, recitándolo una y otra vez con el mismo tono hipnótico, y relegándolo a un futuro lejano más capacitado para justipreciarlo que la actualidad. «El nombre de Degollado será pronunciado con ternura y veneración por las generaciones futuras, como se pronuncia hoy el de los padres de nuestra independencia, el de Hidalgo, el de Morelos» —y poco a poco empezó a palpitar la congoja callada, y mientras el tono sordo del panteón consignaba la apoteosis a una posteridad remota, poblada de almas más equitativas, la letanía lerda se esforzó en solevantar el peso plúmbeo que cargaba todavía sobre la memoria del difundo. «Si le fue adversa muchas veces la fortuna en los campos de batalla, su alma, que era de un temple antiguo, jamás perdió la esperanza en la causa de la justicia y de la libertad, y su constancia es tanto más admirable y más heroica cuanto que luchaba con la adversidad y también, fuerza es decirlo, contra la envidia y la calumnia. Pero la verdad es que, sin Degollado, no habrían aparecido los caudillos que fueron más afortunados, que sin la derrota de Tacubaya no habríamos llegado a la victoria de Calpulalpan.» Homenaje cargado de humillación, el tributo compensaba al héroe recapitulando sus mortificaciones y valorizando sus méritos conforme a su propio criterio. La ocupación de la conducta era un estigma que le consagraba para siempre: «No pudo hacer más el hombre que era la probidad misma que declararse reo y

sacrificarlo todo a su país. Nadie había llevado hasta allá la abnegación y el heroísmo.» Respirando por la boca y haciéndole eco a la letra, los fieles le brindaban la satisfacción suprema de sublimarlo sin reservas. Si hubo defectos, con respeto piadoso se disimulaban los pobres recuerdos profanos: fragilidad carnal no había alguna, ninguna infatuación con el infortunio, ninguna falacia en la fatalidad, ningún exhibicionismo en el sacrificio, ninguna vanidad en el martirio, ninguna pose en la manía persecutoria; la mano limpia de la muerte borraba todas las efímeras miserias humanas, y la verdad diáfana brillaba, tenaz, transparente, trascendente. La sombra de su complicidad con Mathew se desvaneció en las tinieblas, que de sombras nada conocen, y el único fracaso que se recordó era su última cruzada en defensa de Ocampo. «Aún resuenan en nuestros oídos los acentos de dolor y de entusiasmo que hace pocos días pronunciaba en el Congreso al saber el asesinato de Ocampo. Como el mismo Degollado decía en esa sesión memorable, no ofrecemos a estas víctimas llanto de mujeres. Sus manes reclaman algo más, reclaman energía, justicia y sólo justicia.» Recobrada la virilidad, la inspiración de su espíritu sobrevivió intacta en sus compañeros, y con aquel acento tónico la meditación terminó. Más compensación no pudiera pedir el más maltrecho de los mortales, mas Degollado, el mismo Degollado, no hubiera pretendido de la posteridad, su salida del mundo terrenal alcanzó el *non plus ultra*. Ni una sola voz disonaba en el coro: todos sus viejos amigos rivalizaron entre sí en proclamar su contrición y en cantar la palinodia. «Tú, Degollado, que te estremecías con el lloro de un niño, tú que te imponías privaciones de cenobita, por no malgastar el óbolo del pobre, tú que eras la santidad de la revolución», lo apostrofó Prieto, penitente de su propia apostasía. Ramírez, el iconoclasta, le proclamó su ídolo. González Ortega, Doblado, todos sus compañeros de armas, le dieron la última palmada. Santificado de común acuerdo, la misma plétora de tributos señalaba el esfuerzo que todos hicieron para negar su infidencia y olvidar la fatiga que agotó su simpatía antes de su muerte. Hasta el enemigo contribuyó al culto: el mismo Márquez, al atraerlo al desastre infalible, aseguró su transfiguración. El Congreso dio cima a la consagración, dando por concluso el pleito con un decreto de gratitud nacional. El decreto, pasado al Presidente, salió en la gaceta oficial con un atraso rutinario que dejó la impresión de conformidad formal con el fallo universal; pero hacía mucho que el pleito había escapado a su jurisdicción, y a Degollado glorificado Juárez rindió el mismo tributo que a Ocampo ahorcado, pidiendo al público otra aprobación para

vengarlo, y con resultados aún más tristes que los anteriores.

Lo más penoso del desastre era la fuga de la tropa y el hecho, o la sospecha, de que Degollado pereció abandonado por su columna; hasta había quien dijera que cayó asesinado por uno de los suyos. Cercados, entrampados, diezmados, los soldados sufrieron la derrota, porque salieron a la campaña desanimados por la superstición del fracaso, y se dieron a la desbandada por falta de paga. El culto de la gloria, como todos los cultos, necesitaba centavitos, y la multiplicación de los héroes, la regularidad del rancho. La función de armas se verificó en los desfiladeros del Monte de las Cruces, casi en el mismo sitio en donde Hidalgo había lanzado sus huestes hambrientas contra tropas regulares cincuenta años antes, saliendo airoso gracias al ciego arrojo de los suyos —hazaña cruelmente invertida por el descalabro de Degollado en las mismas cumbres consagradas, medio siglo después. ¿Cómo medir lo que se había ganado o perdido en aquel lapso? Un hombre más adornaba el panteón nacional: don Santos había ascendido al empíreo con sus pares: una lejanía legendaria velaba su destino; pero no había nada de remoto en la huida de sus guerreros, ni de legendario en su derrota. Síntomas de pánico se manifestaron en el Congreso, al saber que un cargamento de armas iba a reembarcarse en Veracruz por falta de pago; una delegación acudió al Presidente, y recibió la aclaración de que bastaban las armas disponibles en la capital, pero faltaban los fondos para pagarlas. Sin embargo, a fuerza de recurrir a arbitrariedades y extorsiones, incluso el encarcelamiento de los propietarios refractarios, se consiguieron 2 mil rifles para equipar a la guardia nacional. Un nuevo voluntario se dedicó a la venganza, y cinco días más tarde Leandro Valle siguió el mismo camino a la cabeza de 800 milicianos.

Pero el ritmo del desastre era más veloz que la celeridad con que se subsanaban sus daños. Veinticuatro horas más tarde las últimas planas de los diarios volvieron a sangrar, y al día siguiente Valle estaba derrotado y muerto. La acción tuvo lugar casi en el mismo sitio, en los desfiladeros funestos del Monte de las Cruces, pero esta vez el desastre no era imputable a la impericia del caudillo, ni a la tripa vacía de la tropa, ni a la maldición oscura que pisaba los talones del héroe de las derrotas; por el contrario, abundaba la evidencia de una lucha encarnizada y de la habilidad del caudillo al hacer frente a un enemigo numéricamente superior; y a Valle no lo abandonaron los soldados. Ahí estaban, para comprobarlo, las recuas de muertos que de tripas hicieron corazón antes de morder el

polvo. Harto numerosos y anónimos para merecer la conmemoración de la prensa, o los honores del panteón nacional —recinto reservado a los privilegiados, donde no cabían los muchos y escaseaba el espacio de los contados— los caídos ganaron sólo el reposo de la tierra consagrada; pero para Valle, de un modo especial, la prensa enarboló sus banderas negras, porque el tercer campeón los comprendía todos en su fosa común. El nombre de Leandro Valle no era de aquellos que tenían la virtud evocadora de Ocampo y Degollado; pero echaba una sombra más profunda y más espectral sobre el público. Leandro Valle tenía la virtud suprema de la juventud, que llevaba innata su propia apoteosis. Caído en la flor de la edad, cuando la savia de la vida corría abundante en sus venas, se enfrentó a la muerte con el brío del verde y el valor del veterano. Al saber que se le pasaría por las armas, aprovechó su momento y escogiendo su árbol cayó desafiando a sus asesinos con la actitud atribuida a Ocampo; y por toda respuesta, los victimarios lo colgaron en el tronco que de hecho y derecho se había apropiado.

El tronco era quebrado y ahí quedó, a media asta, el cadáver convertido en bandera, donde los rastros de los persecutores cruzaban el camino a la capital; y a media asta también gualdrapeaba el pendón inerte en la capital, hasta que la nación misma, y ningún otro vengador, viniera a levantar el reto. Zarco empuñó su pluma para lanzar una llamada, en rojo y negro, a los colores encarnizados. «¡A un hombre así, al matarlo, pretenden tratarlo como traidor y como traidor a la religión!», prorrumpió recordando el vigor con que, unos cuantos días antes, Valle había impedido el sacrificio de los presos políticos. «¿Quiénes hablan de religión? Las fieras, los tigres de Tacubaya. Y los ministros de la religión de Cristo parecen aceptar estos apóstoles, pues de sus labios que tienen hiel para defender sus fueros y los bienes de manos muertas no se desprende ni una sola palabra que rechace ese apoyo, que repruebe el plagio, el incendio, el asesinato. No puede guardar silencio un obispo, si un clérigo pide a la autoridad civil la legitimación de sus hijos, pero todo el clero calla ante esta serie de crímenes y no tiene censuras para los que enarbolan la cruz como bandera del crimen y del exterminio. Pero sí tuvieron y tremendas contra los primeros insurgentes, contra los que proclamaron nuestra independencia del yugo de España. La Inquisición, los obispos, los cabildos fulminaron contra los patriotas y sostenían que para los clérigos insurgentes no debía haber fueros. Hechos son éstos que constan en la historia.» Y que la historia perpetuaba: no

faltaban ni entonces ni en el futuro las pruebas de la traición de Cristo por el clero y del tácito *fiat* con que los fariseos autorizaban cualquier atrocidad que fomentara la fe y que falseara su misión; y el silencio sacrílego con que sancionaban la más reciente cruzada en su favor obligaba al tribuno popular a blandir el látigo y a levantar la alarma en defensa de un pueblo inerme. Nunca tan cercano se había asomado el Monte de las Cruces desde el día en que Hidalgo se había erguido en el horizonte, a la vista de la tierra de promisión, tan sólo para retroceder y batirse en retirada; la inmolación del más joven arrojaba a la nación entera a su cuna, recortando su historia en la generación clavada, uno tras otro, al árbol. «¡Y este partido de asesinos pretende formar un gobierno y dominar al pueblo!», gritó Zarco, en el colmo de la exasperación. «Márquez ha dejado en libertad a los que presenciaron el asesinato de Valle para difundir el terror, y les ha encargado que digan en México que esto no es nada, que aún no se puede formar idea de su ferocidad. Esta fiera promete fusilar, asesinar a todas las notabilidades del partido liberal, matar a todos los que han adquirido bienes nacionalizados y poner en el grillete a las personas insignificantes, a los que sólo profesan ideas democráticas, para hacerlos trabajar en reedificar las madrigueras de los conventos. ¡He aquí su programa político y religioso!»

El cáliz desbordaba. Más que Ocampo, Más que Degollado, la inmolación de Valle revolvía las entrañas de su generación llegando al trasfondo, penetrando la matriz de las generaciones venideras y sofocando su concepción con la superfetación del mal; y la plaga del pretérito y la pérdida del porvenir se conjugaban para hacer implacable la vindicta pública. Como ningún otro, el nombre de Valle excitaba la voz de la sangre y evocaba la desnudez de la semilla. Su sacrificio era más salvaje que el de Ocampo, su fatalidad era más formidable que la de Degollado, y su árbol ramificaba más amenazante que los de ellos. Valle era el vástago de la vida, Valle era la yema innacible, Valle era todo lo que no había nunca de ser, nacido sólo para abrazar la muerte estéril; y ahora, bajo la sombra de lo que se revelaba una campaña de terror sistemático, el terror pánico, el terror brutal, rebullía en el seno de una sociedad rondada y dominada por la fiera, y sofocada por la imposibilidad de defenderse. «El exterminio de los bandoleros, la acción de la justicia, la salvación del orden y de la libertad», las excitativas de Zarco salían sobrando y eran exangües con tanta repetición. Ya no cabía duda de que se había subestimado la fuerza del

enemigo y que Márquez contaba con algo más, con mucho más, que su propia audacia.

El mismo día de la matanza en la sierra, la vanguardia de los facinerosos incursionó en los suburbios de la capital, y la correría fue rechazada a sólo una media hora de distancia del centro. Bastaba la alarma para detener a González Ortega, a punto de salir en campaña, obligándolo a suspender su marcha y a regresar a la capital, declarada ya en estado de sitio y alertada contra las sorpresas del enemigo. Pero ¿dónde se encontraba el enemigo? ¿Dentro o fuera de la plaza? Las provocaciones recurrentes, la confianza que aumentaba con la impunidad, la aceleración del ataque, el terror tácito, y las amenazas de exterminación en masa por venir, todo indicaba un apoyo invisible, contactos, cómplices emboscados en la misma capital; y las pesquisas siguieron sus huellas. El público, profundamente perturbado por las correrías del enemigo y estremecido por las denuncias de la columna oculta, fue azuzado de día y de noche por una prensa insomne, tocando alarma, tocando a rebato, repitiendo que nadie era inmune, que cada quien figuraba en las listas negras, que gente había en la calle que amenazaba abiertamente al partido entero con la suerte de los elegidos; citando a los cínicos que se burlaban de la debilidad del gobierno, parangonando la justicia de Márquez que no pedía más que una reata, un fusil y un árbol con las trabas de los tribunales enredados en trámites y chicanas; y recordando que seis meses después de la ocupación de la capital los responsables del régimen clerical andaban siempre sin castigo y los presos políticos disfrutaban de las garantías legales y de las comodidades penales tan gratuitamente suministradas por el gobierno.

Si la atmósfera no olía a matanza, el hedor emanaba ya de los periódicos, y Valle no estaba presente para imponer respeto a la ley. Su cadáver fue traído a la capital discretamente, con varios más recogidos en el monte, sobre una cureña, y hubiera pasado inadvertido a no ser por un accidente. Por casualidad su madre pasó frente al cortejo fúnebre en la calle, y al enterarse de su procedencia se echó sobre el féretro, abrió la mortaja y abrazo los restos, insensible a los curiosos que se congregaban y a la sensación que provocaba el espectáculo. El contenido del féretro, expuesto por azar, fue sacado a luz y exhibido con intención por la prensa. Apenas salvadas de la putrefacción por la evacuación de las venas, las reliquias resistían el embalsamiento del tiempo, y el suplicio de la extinción se conservaba intacto. Un ojo estaba cerrado, el otro abierto

diecisiete balazos perforaban el cuerpo como poros del alma, otros tantos ojos abiertos, otros tantos testigos oculares por los cuales traslumbraba la visión de su agonía. Los brazos, grotescamente torcidos por la suspensión, perturbaban la postura de un feto afanándose por salir vivo y la criatura toda parecía algo amorfo entre el engendro y la momia de un hombre. Entreabierta la mortaja sobre la visión de una generación mutilada y abortiva, se cerró el féretro sin comentarios. Las reflexiones mórbidas cedieron a las resoluciones violentas.

Así finalizó el mes de junio. Tres golpes tan catastróficos hubieran sacudido cualquier régimen, y bajo el impacto del pánico que iba arreciando cada vez más fuerte, el gobierno estaba, si no a punto de caer, visiblemente en peligro de sucumbir. Formar un gabinete resultaba difícil, los puestos más codiciados carecían de aspirantes, el servicio público era provisional, y la prensa exhortaba al Presidente a gobernar por decreto y a salvar la situación con las medidas drásticas, necesarias para conservar la confianza nacional. Zarco, su más recio defensor, encabezaba la demanda, insistiendo en que salvar la legalidad era imposible sin providencias arbitrarias, y la civilización sin sanciones excepcionales, y garantizando la prescripción con un programa provisional —ley marcial; consejos de guerra permanentes; represalias; justicia instantánea; movilización de todos los recursos disponibles; y la consecución de dinero por todos los medios y arbitrios autorizados por el Congreso, que ya le había concedido facultades ilimitadas. «La tarea no es ardua ni larga: se trata de que siete millones de hombres se defiendan de dos mil asesinos. Con una semana de severidad se salvará la situación.»

Y quince días más tarde el Presidente adoptó una providencia extrema. Exacerbada por la punzada de un pigmeo, la nación se esforzaba como un gigante para romper sus cadenas, que eran inquebrantables porque el gobierno tenía atadas las manos por la coacción de los accionistas extranjeros. Para conjurar la crisis la condición previa era el control de los recursos nacionales; ya se había suspendido el pago de la deuda interior; pero la carga arrolladora que no le daba respiro era la deuda exterior, y en la congestión de la crisis la proposición de descargarla cobró fuerza. La idea lanzada por Zamacona dos meses antes llegó al Congreso a principios de julio, y adoptada en sesión secreta, pasó a manos del Presidente. En aquella atmósfera de pánico apremiante, la volatilidad de su globo de prueba llevó a Zamacona al poder. Llamado al Ministerio de

Relaciones para convocar la providencia tan intrépidamente recomendada en su santuario, Zamacona reculó, sin embargo, ante los riesgos y las responsabilidades del paso, y para que se decidiese a seguir su propio consejo fue preciso que el Presidente le infundiera ánimo con toda la persuasión, la autoridad y la prudencia genial que manifestaba frente a las grandes urgencias. Pero el piloto acalló sus temores. Los riesgos eran comunes, y las responsabilidades, colectivas: el remedio heroico tuvo su origen en la comprensión general de su necesidad. Circulando de mano en mano, solicitando adopción, difundido entre el público, discutido en la prensa, debatido en el Congreso, evitado y aplazado, cobrando ímpetu con la corriente de desastres, madurando en el mes mortal de junio, y llegando al fin, sancionado por muertos y vivos, a manos del Presidente, para que lo aplicara como una medida de seguridad publica, el mandato era unánime. Precipitada por una crisis inmediata, pero prescrita por un mal endémico y premeditado como una cura orgánica, la moratoria era un expediente transitorio transformado, al igual que las Leyes de Reforma, en un acto de consecuencias incalculables. El 17 de julio Juárez expidió un decreto que suspendía el pago del servicio de la deuda exterior. La providencia suprema era una segunda y más peligrosa declaración de independencia nacional; y el gobierno declaró la huelga patriótica sin consultar a las potencias acreedoras. Una semana más tarde, el ministro francés rompió, y el ministro británico suspendió, las relaciones con México.

6

Con este acto, México firmó su expulsión del seno de las naciones civilizadas. La sentencia pronunciada contra el transgresor era tan formidable como la excomunión provocada por las Leyes de Reforma. La suspensión de pago violaba un canon fundamental, tan esencial al credo de la civilización contemporánea como lo fue el pacto eclesiástico a la cultura feudal del pasado, y en lo sucesivo las fuerzas del mundo al cual México aspiraba en virtud de sus adelantos se coligaron con las fuerzas de la sociedad a la cual pertenecía por sus atrasos, contra el gobierno culpable de desafiar a los dos. Pero antes de que esas fuerzas comenzaran a reaccionar hubo un intervalo en que sus agentes tenían la oportunidad de dirigir su acción y de plasmar a discreción el destino del país; y durante aquel lapso las personalidades de los individuos claves desempeñaron un papel de importancia capital.

Ni el ministro francés ni el británico fueron cogidos desprevenidos. La forma del futuro inminente había echado ya una larga sombra ante su marcha y su densidad siempre más opaca había llenado el tintero de los diplomáticos con pronósticos siempre más negros. M. de Saligny, especialmente, había cebado a su gobierno con una serie de despachos tendenciosos, interpretando las condiciones imperantes en México como la fermentación de una etapa de descomposición social ya muy avanzada que necesitaría, tarde o temprano, la intervención extranjera —y siendo la tardanza un mal mexicano incurable, cuanto más pronto, tanto mejor. En abril, cuando el único fermento era la agitación normal de una campaña electoral, recomendó con apremio el envío de una flotilla francesa para patrullar las costas en anticipación de una nueva revolución. En mayo, tardando siempre la revolución, señaló la ola de criminalidad y la predilección que por los extranjeros experimentaban los criminales. En junio, cuando la ola arrastró a Ocampo, Degollado y Valle, y todas las reclamaciones extranjeras quedaban en suspenso, menos las británicas, volvió a pedir la intervención de París «para apoyar la justicia de nuestras reclamaciones con la fuerza, si fuera necesaria». En los primeros días de julio el pánico paralizaba ya todos sus negocios; hasta los derechos reconocidos de su gobierno se habían hecho incobrables, los bonos Jecker no pasaban, la conducta del gobierno mexicano era incalificable y más que nunca se sentía convencido de que «sólo con la fuerza se puede obligar a este gobierno a respetar sus compromisos con el

nuestro». Quince días más tarde, sobrevino la moratoria. Con la puntualidad que nunca falta a las catástrofes, el ministro vio realizados sus vaticinios más tétricos, y el diplomático quedó a salvo, cubierto por el profeta. Todo lo había previsto, lanzando paso a paso señales de incomodidad a París, exaltándose progresivamente hasta alcanzar el grado de indignación que requieren las naciones cultas para recurrir a la violencia con la conciencia limpia, y al sobrevenir el desfalco sólo faltaba el castigo. El ministro francés rompió las relaciones con el gobierno sin contemplaciones, y si tardó una semana, no fue porque se había aclimatado en México, sino porque la colaboración de su colega británico era indispensable para lograr su propósito, y sus intereses, aunque aliados, no eran idénticos.

Su propósito no se reveló hasta tenerlo logrado. Mucho más tarde, M. de Saligny lo expresó sucintamente al decir que vino a México *pour casser des vitres*. Romper cristales no era su misión oficial, empero; fue la consecuencia de sus fracasos. Las incitaciones sistemáticas que el ministro mandaba a París obedecían a los intereses que representaba y a las combinaciones que proyectaba. Sin las comisiones que llevaba, su misión carecía de importancia; sus intereses extraoficiales eran múltiples y muy variados; apto para manejar combinaciones de toda clase, abundaba en ideas al salir de Francia. La idea de participar en la Louisiana Tehuantepec Company era recomendable por más de un motivo; al Quai d'Orsay la propuso como un medio factible de aprovechar la iniciativa norteamericana y de formar una alianza profesional con un fuerte competidor en un campo que interesaba a las empresas francesas; y la combinación era provechosa por otros motivos también. El diplomático contaba con el apoyo no sólo de Francia e Inglaterra, sino de los Estados Unidos, para afianzar el reconocimiento de los bonos de Jecker, en vista de las facilidades que ofrecían al comercio para defraudar las aduanas: la barata era una bonanza, y la combinación, una garantía para lograr la reclamación oficial. Las esperanzas que Elsesser fincaba en la influencia del ministro y que el obispo de Puebla vinculaba en su favor, tenían el mismo fundamento: la posibilidad de presionar al gobierno mexicano con una ofensiva financiera internacional. Estos anteproyectos tenían un elemento en común: la oportunidad de aprovechar las dificultades del gobierno liberal. Sin embargo, antes de salir de Francia, el ministro tomó en cuenta las opiniones de un compatriota que simpatizaba con la causa liberal, y se embarcó

dispuesto a entenderse con el mejor postor: diplomático logrero, M. de Saligny no era hombre para anteponer sus simpatías políticas a su éxito profesional o para sacrificar sus percances a sus convicciones. De paso por Washington, conferenció con el encargado de negocios de la Legación mexicana y le aseguró que el Emperador no tenía prevención alguna contra el partido liberal, aunque el tratado norteamericano le había inclinado a creer más patriótico el bando contrario; de paso por Veracruz, demostró la misma actitud tratable para con el gobierno; y fue sólo al tropezar con dificultades insuperables cuando comenzó a manifestar su prurito de romper cristales. Todas sus iniciativas habían quedado en nada —el negocio de Tehuantepec estaba embargado por la guerra, el negocio de Jecker, parado; la defensa de sus clientes clericales era innegociable en Francia— pero no hay calamidad sin compensaciones. Las dificultades del gobierno salvaron las suyas y el ministro las explotó implacablemente. Entretanto, había entrevisto no sólo una salida del muro de contención, sino la oportunidad de fusionar sus trabajos de destajo en un negocio de verdadera importancia; y se dedicó a despejar el camino para una empresa que tenía todas las probabilidades de resultar provechosa para su patria, su carrera y sus clientes clericales, con una serie de informes inflamables sobre la insolvencia moral del gobierno ante el cual venía acreditado, de la nación con la cual estaba condenado a convivir y del partido contra el cual estaba prevenido por antipatía política, por sinsabores personales y por interés profesional. El diplomático desengañado degeneró rápidamente en sociólogo, y el alarmista nervioso, en *agent provocateur* que instigaba la agresión contra un gobierno que ya había minado en sus informes mucho antes de verificarse la transgresión que garantizaba las sanciones internacionales. La suspensión de pago de la deuda exterior le brindaba la oportunidad de precipitar la intervención francesa y de lograr sus combinaciones a la vez; pero por lo pronto M. de Saligny no era más que un hombre contra un pueblo, y hasta tener asegurado el respaldo de su gobierno, la colaboración de su colega inglés y la amalgama de sus intereses eran imprescindibles.

Esta fusión no era automática. Un diplomático francés afirma que con la difusión de la democracia las exigencias de su carrera han cambiado. «La importancia de persuadir a un Príncipe o a sus ministros ha disminuido, la de comprender a una nación ha aumentado. El representante de una nación regida por el gobierno autónomo ha tenido una obligación más directa de

estudiar e interpretar las condiciones sociales del país y de asumir una responsabilidad mayor al aconsejar a su gobierno y al plasmar sus relaciones con un pueblo soberano que con un gobierno irresponsable.» Observación que bien pudiera servir de compás político que señala los puntos cardinales y las corrientes magnéticas que dirigieron o desviaron la marcha del destino mexicano a mediados del siglo XIX. Si Saligny pertenecía a la vieja escuela, Wyke representaba la nueva —negativamente, por cierto, pero no por eso menos fielmente. Llegando a México en vísperas de una crisis que suponía algún conocimiento previo del país para justipreciarla, tenía ya formado su dictamen en tres semanas y se puso a trasmitir a su gobierno una serie de informes tan perjudiciales como los del ministro francés, dictados no con el propósito de denigrar, sino por la incapacidad de comprender. Dotado de una mentalidad insular, Wyke era un diplomático rutinario, depositado en una situación anormal que puso a dura prueba su competencia profesional. Viendo las mismas cosas de la misma manera, pero por otros motivos, llegó a las mismas conclusiones que Saligny; pero la desfiguración obtusa no era menos nociva que la interpretación malintencionada, y la coincidencia de sus puntos de vista desviaba la aguja magnética. La actitud del ministro británico estaba determinada también por el carácter de su misión; vino a México para cobrar créditos malos y tenía el juicio en los talones al salir de Londres. Lord Russell había sido el blanco de ataques en la prensa y en el Parlamento por la poca atención prestada a los intereses ingleses en México, y se le había encarecido a proteger las inversiones y a imponer las reclamaciones de los tenedores de bonos británicos en un país que constituía, comercialmente, una dependencia importante del Imperio, antes de disiparse los alcances del desposeimiento del clero. Estas quejas significaban algo más que la agitación de los agiotistas; tenían el volumen, la vehemencia y el zumbido de una colmena mercantil irritada; y en atención a estas exigencias el gobierno llamó a Wyke, interrumpiendo su convalecencia en el Continente, donde había pasado casi un año curándose una indisposición gástrica en uno de los balnearios en boga. Su tardanza en asumir las responsabilidades de su puesto había ocasionado interpelaciones en el Parlamento, y aunque su carrera no estaba en juego, como la de Saligny, no tenía motivos menos apremiantes para demostrar su actividad patriótica y disipar la duda de que dedicaba más atención a su hígado que a los males orgánicos del Imperio. La deuda británica apretaba su actividad mental, y la diagnosis de los males orgánicos de México el ministro aportó el juicio perentorio de un corchete, la

diplomacia de un agente viajero y la impaciencia de un convaleciente tieso.

En tales condiciones, pretender que perdiera tiempo compenetrándose de las condiciones del país hubiera sido pedirle mucho; pero inclusive, según la interpretación más somera de sus deberes, sus apreciaciones pecaban de premura. Nada pintaba mejor la mentalidad de Sir Charles Lennox Wyke que el contraste entre su primer informe y el último de su predecesor. Mathew conocía las dificultades del gobierno, gracias a las suyas propias, y supo estimar acertadamente las posibilidades de vencerlas. Aunque sus observaciones obedecían también a la deuda británica, no estaban subordinadas a tal criterio. «La esperanza de México radica en la conservación de la paz —reiteró como su postrer consejo—. Abiertas las zanjas con una base sagaz de libertad civil y religiosa, sólo falta la paz para el desenvolvimiento de los principios constitucionales y la ilustración del país. Pero viendo como veo tantos elementos domésticos y extranjeros empeñados en perturbar el estado de cosas actual, no puedo menos que abrigar la convicción de que, a menos de ser sostenido de alguna manera el gobierno actual, o los mismos principios de gobierno, por Inglaterra o por los Estados Unidos —por una alianza protectora o por la declaración de que no se tolerará ningún movimiento revolucionario en los puertos de uno u otro océano— veremos otras convulsiones deplorables afligiendo a este desventurado país, con perjuicio grave para los intereses y el comercio británicos, y con mengua de la humanidad.» Los mayores obstáculos que impedían la marcha del gobierno eran el prejuicio fomentado por el finado régimen contra su adversario, y la dificultad de reconocer en el extranjero los adelantos ya realizados, pues «por débil y defectuoso que sea el gobierno actual, los que presenciaron los asesinatos, las atrocidades y los saqueos casi diarios bajo el gobierno del general Miramón y de sus consejeros, señor Díaz y el general Márquez no pueden menos de apreciar el imperio de la ley y de la justicia. Muy especialmente, los extranjeros que tanto sufrieron bajo aquel régimen arbitrario, y del odio y de la intolerancia manifestados contra ellos, que constituyen un dogma del partido clerical en México, no pueden menos de hacer una distinción muy amplia entre el pasado y el presente. El Presidente Juárez, aunque carente de la energía que se requiere en la crisis actual, es un hombre probo y bien intencionado, excelente en todas las relaciones de la vida privada, pero expuesto por el solo hecho de ser indio a la hostilidad y al ludibrio de las escorias de la

sociedad española y de los mestizos, que se arrogan ridículamente las categorías sociales superiores en México».

Los beneficios sociales que resultaban de la disolución del viejo orden representaban, pues, una ganancia material para los intereses británicos, y constituían la mejor garantía de su seguridad. Si los puntos de vista de Mathew obedecían a alguna otra consideración, se debían a la desconfianza que le inspiraba Saligny, cuyas conclusiones contradecía categóricamente, punto por punto. El peligro para la paz lo veía no en los residuos de anarquía sembrados por el fermento social de la guerra civil, ni en la recrudecencia de la reacción, sino en el mismo problema que preocupaba al gobierno británico. «El peligro más inminente para México y que pesará tanto sobre todo gobierno futuro como sobre el actual —recalcó por enésima vez— es la condición deplorable de sus finanzas. Se ha acusado al gobierno mexicano, y no sin razón, de haber dilapidado los bienes del clero recién nacionalizados; pero se debe tener presente que, en tanto que el general Zuloaga y el general Miramón sostuvieron la guerra civil durante tres años gracias a empréstitos forzados, saqueos y contribuciones enormes de la Iglesia, el gobierno constitucional se abstuvo de tales prácticas y sólo tiene que responder del robo de la conducta en Lagos, en las postrimerías de la guerra. Sus reservas, durante ese prolongado periodo, las sacó de adelantos hechos por individuos, afianzados por sumas mayores pagables al terminar la guerra, y de la venta de gran parte de estas propiedades a razón de 25% o hasta de 15% del supuesto valor de las mismas... Con los detalles referidos Vuestra Señoría comprenderá inmediatamente la condición precaria de México, y se dará cuenta de que, a falta de alguna interposición extranjera, el desmembramiento de la República y la bancarrota nacional parecen casi inevitables.»

Sobre el mapa político trazado por Mathew con tanto cuidado, Wyke pasó la esponja tres semanas más tarde. «Será muy difícil, si no imposible, comunicar a Vuestra Señoría un concepto correcto de la condición actual de la cosa pública en este desafortunado país —empezó de plano—, tan incomprensible es la conducta del gobierno que preside sus destinos hoy en día. Animado por un odio ciego contra el partido clerical, el gobierno actual no ha pensado en otra cosa sino en destruir y disipar la propiedad enorme del clero, pero sin aprovechar el caudal así puesto a su disposición para liquidar las múltiples obligaciones que cargan sobre la administración y mutilan sus recursos. Se ha estimado el valor de los bienes eclesiásticos, según la suposición general, en sesenta u ochenta

millones de dólares españoles, y parece que todo haya sido dilapidado sin que el gobierno tenga nada que exhibir a su favor. Una suma considerable se gastó, sin duda, reembolsando adelantos hechos con tasas exorbitantes al partido liberal durante la lucha para el poder; sin embargo, después de satisfacer a sus acreedores, el gobierno hubiera debido tener bastante para dejarlo muy acomodado y en una posición mejor, respecto a sus recursos pecuniarios, que cualquier gobierno anterior.» Disgustado por tan incomprensible mala administración auguró al gobierno la vida breve que merecía. «El partido clerical, aunque vencido, está siempre insumiso y varios de sus jefes se encuentran a seis leguas de la capital, a la cabeza de fuerzas de cuatro a seis mil hombres… El señor Comonfort, ex presidente de la República, ha llegado a Monterrey, en Nuevo León, donde se dice que el gobernador se ha pronunciado en su favor, movimiento que tiene todas las probabilidades de extenderse a los estados colindantes y de ganar el apoyo de un partido en esta capital, sumamente disgustado con el gobierno débil y tiránico del señor Juárez… Los bien enterados del país miran con ansiedad este movimiento y dicen que, a menos de ser sofocado con prontitud, provocará la caída del gobierno actual y la renovación de todos los horrores de la guerra civil. Entretanto, el Congreso, en vez de poner al gobierno en estado de reprimir los desórdenes terribles que imperan en toda la extensión del territorio, está ocupado en discutir vanas teorías de supuesto gobierno, basado en principios ultraliberales, mientras que la parte decente de la población queda entregada sin defensa a los ataques de ladrones y asesinos que pululan en los caminos y en las calles de la capital… Tal estado de cosas le deja a uno casi sin la posibilidad de obtener justicia de un gobierno únicamente ocupado en mantener su existencia de día en día, y por lo tanto indispuesto a atender a los males ajenos antes de los suyos propios» —una peculiaridad de la naturaleza humana que colmaba su disgusto—. «El patriotismo, en la acepción común de la palabra, parece desconocido; no hay un solo hombre de nota en las filas de uno u otro partido. Las facciones opuestas luchan por el poder con el único objeto de gratificar su codicia o su rencor; y entretanto el país se hunde siempre más hondamente, mientras que sus habitantes se embrutecen y se envilecen a un grado horrible de contemplar. Tal es hoy en día el estado de cosas en México, y Vuestra Señoría percibirá, por lo tanto, que hay pocas posibilidades de obtener justicia o satisfacciones de un pueblo semejante, a menos de recurrir a la fuerza para exigir lo que hasta ahora la persuasión y las

amenazas no han podido conseguir.»

Conclusión irrefutable: la miseria era un peligro perpetuo para la civilización, y una miseria tan incurable, una provocación imperdonable. Al cabo de tres semanas Wyke había alcanzado el grado de indignación en que sus operaciones mentales correspondían por completo a las de su colega francés; entre la consternación hepática del uno y el pesimismo calculado del otro, el margen era tan reducido que sólo faltaba el empellón de la moratoria para precipitar su amalgama.

Antes de sobrevenir la crisis, Sir Charles consultó al comandante de la escuadra británica y llegó a la conclusión de que no había más que dos soluciones posibles —sin tomar en cuenta la de Mathew—, a saber: retirar la Legación, o adoptar el plan del capitán Aldham; y acabó por recomendar la segunda. «El capitán Aldham, que ha adquirido durante los últimos tres años una comprensión muy clara del carácter mexicano y de la manera de eludir sus compromisos tan peculiar de sus funcionarios, opina que ya ha pasado el plazo de la lenidad y que, si hemos de proteger los bienes y las vidas de los súbditos británicos, hay que emplear medidas coercitivas. No le parece aconsejable un bloqueo por ser muy grande la fuerza que se necesitaría para vigilar una costa tan extensa, sin hablar de las dificultades comerciales consiguientes, y tomando en cuenta la circunstancia de que con el bloqueo nos robaríamos a nosotros mismos el porcentaje de los derechos aduanales que cobramos en Tampico y Veracruz. Presentando, pues, este plan tantos inconvenientes, el capitán Aldham opina que lo mejor posible sería la ocupación de las aduanas de Veracruz, Tampico y Matamoros en el Atlántico y de Acapulco o Mazatlán o San Blas en el Pacífico; rebajar las tarifas a todas las importaciones desembarcadas en dichos lugares y pagarnos con el porcentaje que nos pertenece por derecho y que nunca cobramos ahora, debido a la bribonería de las autoridades mexicanas.» Cualquier objeción a la iniciativa inglesa pudiera descontarse de antemano. «Los franceses tienen que recuperar sólo una pequeña deuda de 190 mil dólares, que está en vía de liquidación con el 25% de los derechos de internación que se cobran en Veracruz sobre los cargamentos introducidos en buques franceses. Los españoles reclaman el 8% de todos los derechos de internación para cubrir algún derecho suyo, que está en suspenso y por lo tanto no cobra intereses.» Ambos acreedores, y hasta los mismos deudores, acogerían con agrado el control de las aduanas que les garantizaría una administración eficaz. «Desde el momento en que manifestamos nuestra

determinación de no tolerar más el robo y asesinato con impunidad de los súbditos británicos, se nos respetará, y todo mexicano racional aprobará una medida que ellos mismos son los primeros en decir que es necesaria para poner fin a los excesos consumados todos los días y a toda hora bajo un gobierno tan corrompido como incapaz de mantener el orden o de asegurar el cumplimiento de sus propias leyes.»

Siempre que algún gobierno sobreviviera a tal auxilio y que se diese con mexicanos racionales entre tantos nacionales, esta conclusión también era irrebatible; pero siendo el patriotismo un mero *ismo* más en México, tales considerandos no venían al caso. Mas lo que merecía alguna consideración era el punto subrayado por Mathew, de que la paz era indispensable para la recuperación tanto de la deuda británica como del gobierno mexicano; pero el ministro no había alcanzado aún tanta previsión. Después de pasar seis semanas en México, sus actos mentales eran muy biliosos para obrar rápida o claramente, y aturdido por el colapso financiero, no se le ocurrió otro remedio que el castigo de la incompetencia. Ciego al riesgo de comprometer la protección de los intereses británicos con el colapso del gobierno y la renovación de la guerra civil, recomendó la medida más indicada para producir el resultado, y su consejo llegó a Londres, al mismo tiempo que se declaró la moratoria en México.

Wyke, pues, había anticipado la crisis y había hecho tanto o más que Saligny para cebar a su gobierno; sin embargo, al sobrevenir la crisis su conducta varió inversamente a su gravedad y se diferenció en un grado ínfimo pero significativo de la de su colega francés: en tanto que Saligny no vaciló en cortar las relaciones con el gobierno, Wyke se limitó a suspenderlas. La diferencia, por pequeña que fuera, correspondía a una distinción fundamental en los intereses y objetivos de los dos ministros: Saligny, siguiendo sistemáticamente un plan de provocaciones con fines políticos, buscó la ruptura y aprovechó la insignificante deuda francesa para promover la intervención; pero Wyke, preocupado exclusivamente con los intereses económicos de su bandera, tenía a su cargo una responsabilidad muy grave para mostrarse intransigente. La circunspección vino tarde, pero vino con la crisis y con su comprensión de las consecuencias, y bien por una preferencia profesional para las medidas a medias, bien por compunción tardía, bien por ignorancia de las intenciones de su gobierno, el ministro inglés dejó entreabierta la puerta que el francés cerró de golpe. Zamacona aprovechó la abertura para

negociar. La exaltación colérica de las semanas anteriores fue calmándose por ambas partes; las discusiones, acrimoniosas al principio, restablecieron el contacto y se acercaron poco a poco a un acuerdo razonable; y Wyke, trabajando con un antagonista ansioso de propiciarlo, se empeñó en buscar una solución menos drástica que el plan del capitán Aldham. Pero el daño ya estaba hecho: el problema había pasado de sus manos. Por un momento fugaz el destino mexicano fue suyo para formular y plasmar; pero la decisión tomada en Londres, basada en su interpretación, provocó complicaciones y puso en movimiento fuerzas irrevocables.

México siempre sufrió daño de las personalidades de los diplomáticos extranjeros, y en el verano crítico de 1861 las de Wyke y Saligny se asomaban enormes. Asociados, pero movidos por motivos distintos y hasta antagónicos, ambos determinaron el porvenir del país. La parcialidad política del uno y el prejuicio económico del otro eran igualmente nocivos; pero al determinar su responsabilidad común, el ministro británico tenía el derecho indisputable a la parte del león pues representaba a la potencia preponderante.

7

Pero donde parió la cría de la pesadilla fue allende los mares. A partir del 17 de julio el destino de México fue plasmado en Europa. Las primeras noticias de la moratoria llegaron a Londres a fines de agosto, y aunque la reacción tardó otros dos meses en manifestarse, la política adoptada por el gobierno británico fue determinada en esencia por los primeros informes de Wyke y por las premisas en que el ministro fundaba sus recomendaciones —un país quebrantado, un gobierno débil, incompetente y corrompido—, y la necesidad de adoptar medidas disciplinarias y de poner en ejecución una hipoteca amenazada por la bancarrota nacional en México. El gobierno adoptó su plan y lo amplió para obviar las objeciones omitidas o minimizadas por su ministro. Russell y Palmerston formularon el problema con más previsión y con mayor miopía a 3 mil leguas de distancia. Como los intereses ingleses en México eran exclusivamente comerciales, su objeto primordial era aislar las sanciones económicas y eliminar las complicaciones políticas. Obviamente, esto era imposible. La intervención financiera era, *ipso facto*, una intervención política: la ocupación de los puertos y el control de las aduanas eran medidas disciplinarias destinadas a sujetar al gobierno, y la consecuencia inevitable era su derrumbe. Y ¿qué sucedería con su caída? Este problema podría ser desdeñado sólo por los ciegos o por los británicos; pero éstos eran veteranos en evasivas y sortearon la dificultad a media vista. Palmerston era todo un maestro en el arte de dar el primer paso y eludir el último, Russell era un colaborador experimentado, y los dos estadistas salvaron su responsabilidad y declararon su indiferencia a las consecuencias con una fórmula que comprometía al gobierno británico a la no intervención en los asuntos domésticos de México. Pero con la neutralidad la dificultad quedó resuelta sólo a medias: la fórmula bastaba para el consumo interno en Inglaterra, pero no para la opinión extranjera. El cobro de la deuda británica mediante el acaparamiento del grueso de los ingresos mexicanos no podía ejecutarse decentemente sin consultar a los demás acreedores, y para evitar la apariencia de una acción unilateral fue preciso adecentar la cosa con la colaboración de Francia y España. La decencia era otro monopolio británico, y siendo inseparables el buen parecer en política y la decencia innata del carácter inglés, hubo mucho diablo aquí. Los intereses de Francia y España eran netamente políticos, y las veleidades de intervención ya manifestadas por ambas naciones

eran de notoriedad pública; y por consecuencia el paso siguiente obligó a Palmerston a hacer extensiva la fórmula a sus respectivos gobiernos, a los que comprometió a la misma corrección y a la misma política de neutralidad. Este paso resultó menos fácil. Siendo menos difusa la decencia colectiva que la corrección personal, la rectitud internacional corría a cargo de la potencia preponderante, y para ajustar la posición inglesa a las propensiones ajenas y cohonestarlas todas, había que asegurar la libertad de acción de la Gran Bretaña, limitando la de sus asociados: obra que necesitaba paciencia, y la paciencia, tiempo. A estos preliminares Palmerston y Russell dedicaron dos meses; y entretanto el centro de gravedad se deslizó hacia Francia, donde el objeto primordial quedó confundido con intereses distintos que complicaron el problema. La iniciativa inglesa no era y no podía ser neutral, entre otras razones, porque en última instancia son las características nacionales las que resuelven los problemas nacionales. En Inglaterra, donde el carácter nacional era predominantemente viril, el problema mexicano fue planteado y resuelto con sencillez varonil; pero al pasar el Canal de la Mancha se contaminó con una infusión de influencia femenil, y en esta fase de su desarrollo la mujer y los móviles mujeriles y los machos mujeriegos desempeñaron un papel de importancia en la cría de la ralea de la pesadilla.

En Francia la reacción a la moratoria era puramente política, y precipitaba una combinación mucho más compleja cuyos elementos integrantes yacían ya en solución desde tiempo atrás, pendientes de la fusión y la materialización oportunas. De estos elementos el más visible y el menos viable, pero el elemento catalítico que provocó la actividad de los demás, era el fermento de un grupo de refugiados mexicanos en París. La capital clásica de los desterrados políticos era el cuartel general de un puñado de reaccionarios mexicanos que soñaban con la restauración de su régimen e intrigaban sin éxito para lograrlo. Sin fuerza propia, su poder potencial radicaba en las fuerzas con las cuales tenían o buscaban contacto y en la posibilidad de injertarse en el tronco patrón —la Iglesia y la Corte, el Banco y la Bolsa de valores—, influencias que se cruzaban, se mezclaban, se confundían y se enfocaban en París. Allá en la confluencia de tendencias promiscuas, los refugiados encontraban, si no la combinación favorable, la coloración protectriz que les faltaba y que les permitió sobrevivir, como los seres indefensos en la selva, gracias a sus facultades miméticas en un ambiente propicio: clericales, monárquicos, cortesanos, simianos, no eran nada de por sí, y sólo al rebullir esas fuerzas lograron penetrar el

tronco patrón; pero durante un breve lapso también en Francia las personalidades participaron decisivamente en la manipulación de los destinos de México.

De estos contados comparsas los más importantes eran tres intrigantes, cuyos nombres figuran en las combinaciones iniciales: Gutiérrez Estrada, Hidalgo, Almonte. El primero era el expatriado notorio, expulsado de México veinte años antes, por haber predicado la doctrina monárquica en su tierra natal, y que se había dedicado desde entonces a pasearla por Europa. Viviendo de sus rentas y casado con una condesa austriaca, había ganado la entrada en casi todas las cortes del Continente y solicitado pretendientes sin éxito desde Viena hasta Madrid, ya que se le reputaba comúnmente como un visionario y un charlatán. Por eso, tal vez, una corte fue inaccesible, y precisamente la más propicia a las quimeras, y para penetrar las Tullerías tuvo que buscar un ayudante, y lo encontró hecho a la medida en la persona de un joven diplomático de apellido Hidalgo, que simpatizaba con su manía. El mexicano que llevaba aquel nombre ilustre lo distinguió del renombre del libertador de su patria al conspirar para deshacer la obra de su tocayo. Hijo de un oficial iturbidista, heredó la fe política del efímero Emperador y supo prestarle el *cachet* contemporáneo que le valía la confianza de Gutiérrez Estrada. Porque Pepe Hidalgo —se le daba el trato cariñoso de su tierra en la mejor sociedad de París— era un diplomático de salón, apuesto, presentable, insinuante, cuyas relaciones sociales y cuyo don de gentes le ganaron el acceso a esferas cerradas a su fanático compatriota; y el discípulo no tardó en superar al maestro. Si Gutiérrez Estrada era el padre noble e Hidalgo el gracioso del elenco, Almonte era el factótum de la trama intervencionista. Grande sólo de edad, tenía antecedentes más gloriosos, pero menos legítimos, que los de sus colaboradores. Almonte era hijo de Morelos. Hijo natural, llevaba por nombre el apodo que conmemoraba su nacimiento en el monte; hijo desnaturalizado, repudió al monte que lo parió y pasó su vida buscando los medios de legitimarse. Alternativamente liberal, santannista, reaccionario, acabó por inmortalizar su nombre calzando con su firma el tratado que garantizaba al régimen ultramontano en México el apoyo de la Madre Patria. El Convenio Mon-Almonte era un acto de adopción mutua. Su carácter era sin color. Figuraba en la combinación en virtud de sus funciones como ministro del gobierno de Miramón en París; pero nunca llegó a ser más que un comodín diplomático. Tal era el extraño trío de patriotas —el homónimo del primer libertador de México, el

hijo del segundo, y el expatriado veterano— para los cuales sonaba la hora de transformar su existencia fantasma en actividad política.

Oportunistas todos, es muy probable que hubieran quedado estancados en su insignificancia a no ser por Hidalgo.

Porque en un aspecto, por lo menos, Hidalgo era comparable a su homónimo: suya era la mano que sembró la semilla y cogió la cosecha en 1861. Cómo lo logró, constituye también una hazaña histórica. Secretario de Legación en Madrid, fue cesado al triunfar la revolución de Ayutla en México, pero al pasar la frontera camino a París, corrió mejor fortuna. De paso por Bayonne, le tocó la suerte de saludar a una dama que había tratado muchos años antes en el salón de su madre en Madrid, y que se había casado entretanto con el Emperador de los franceses; y la chiripa cambió el curso de su carrera. La Emperatriz se dignó reconocerlo, y fiel a la amistad de antaño, lo invitó a acompañarla a Biarritz; y allá el diplomático desocupado no tardó en resarcirse no sólo de la revolución de Ayutla, sino de todas las revoluciones de México. Recibido en pie de amigo en la villa imperial, Hidalgo aprovechó la oportunidad de servir a la patria y creyó de su deber divertir a su anfitriona, en sus ratos de ocio, con un tópico que les convertía casi en compatriotas; porque el criollo era siempre español de corazón y ella no había dejado de serlo al casarse con el Emperador de los franceses…

Con su nombre de familia, Eugenia de Montijo había perdido muchos de los sueños dorados de su juventud; hermosa, orgullosa, elegante, sus esponsales le habían deparado menos felicidad que fortuna, y desdichada en su vida conyugal, soñaba con un papel político en Francia. Esposa ejemplar, ya había tomado cartas en la cuestión romana —satisfacción legítima por los caprichos del mando—, e Hidalgo le cayó bien al entretenerla con las tribulaciones de la Iglesia en México. Cuando se cansaban del problema clerical, siempre insoluble, el amigo discreto cambiaba la conversación y abordaba el ensueño de una monarquía mexicana; y teniendo tilín en todo lo que tocaba, no tardó en congraciarse con la Emperatriz. La simpatía que le inspiraba el joven iba profundizándose con el interés que comenzaba a sentir en todo lo mexicano. Nunca había oído hablar de otro Hidalgo, y la historia de su patria la leyó en sus ojos y la recogió de sus labios, y como no hay mal que por bien no venga, Biarritz compensó al mexicano con creces por la pérdida de su sinecura en la Legación de Madrid: el contratiempo se volvió un pasatiempo en la villa veraniega y el

pasatiempo mataba su enemigo común, el tiempo. La Emperatriz se dejó cortejar políticamente y presentó al amigo de antaño con el Emperador, e Hidalgo se incorporó al *entourage* imperial, al margen del *ménage* imperial, acompañando a la Corte a París, a Saint-Cloud, a Fontainebleau, a Compiégne o dondequiera que el calendario llevaba los paseos imperiales, y aprovechando las oportunidades que se presentaban para congraciarse con el Emperador e interesarle también en la cuestión mexicana. Pero la cuestión mexicana interesaba poco al marido en aquel entonces. Las tribulaciones de la Iglesia en México cansaban su atención —ya las tenía de sobra en Roma y en la alcoba. La idea de una monarquía mexicana despertó su interés, pero sin captarlo seriamente; se le antojaba, eso sí, como un antidoto a la expansión de los Estados Unidos, su coco consentido; pero tanto sus aversiones como sus ambiciones eran indolentes, y aunque la noción halagaba profundamente su antipatía a un imperialismo democrático, sólo despertaba su imaginación, no su voluntad. Los riesgos de una aventura tan lejana, la falta de candidatos aceptables y los problemas apremiantes de Europa le dejaron indiferente a una idea que incluso a un príncipe tan propenso a los ensueños como Luis Napoleón le pareció quimérica.

Hidalgo ganó el contacto, y nada más; pero le bastó el contacto. Se apegó al marido más o menos de la misma manera que Madame Gordon. Interrogada si ella amaba al Emperador, la dama sonrió y contestó: «Lo amo políticamente. A decir verdad, me da la impresión de una mujer.» Frase que hizo fortuna: un fisiólogo la citó como la clave del carácter del Emperador. Según esta autoridad, el temperamento del soberano era *linfático-nervioso*. «Los nervios y la linfa se mezclan en él, lo que sucede muy a menudo en las mujeres de Europa occidental: y lo que explica el *mot* muy conocido de Madame Gordon.» Puede ser. Madame Gordon no era más que una mujer; pero el sabio sacó toda una teoría de su indicación. «Donde dominan los nervios, la inteligencia es fácil, comprensiva, fecunda en proyectos, y la imaginación, propensa al placer. Si la linfa predomina, la inteligencia es lenta y los sentidos son obtusos, para titilarlos hay que descortezarlos. Supongamos unidos estos elementos: de la fusión resulta un carácter nuevo, que participa de ambos principios y que los modifica. En tal caso el hombre será a la vez inteligente y torpe, audaz y calculador, modesto y ostentoso, sensual y frío, místico y escéptico, curioso e indiferente, voluble y tenaz, indiscreto y reservado, crédulo y burlón, afable y altivo, vacilante y verboso,

fanfarrón y descuidado» —en suma, mutable como una mujer y contradictorio como un hombre, y todo eso, según el fisiólogo, era el fenómeno que se llamaba Luis Napoleón. «En total, una personalidad que sería confusa a no ser por una idea que sintetiza todas sus propiedades divergentes con un solo propósito: vivir. Añadid a tal idea un rango, una posición, una elevación en la cual la vida parece risueña y cómoda, y tenéis al personaje entero. No es culpa nuestra si el hombre que acabamos de delinear es tan complejo. Así es, y con eso tenéis la explicación de su reinado.» La explicación era más misteriosa que el fenómeno, pero lo único que importa para la historia es conservar el *mot* de Madame Gordon sin la explicación del sabio. Napoleón desconcertaba a muchos observadores menos doctos, que especulaban sobre las inconsecuencias de su carácter sin disputar su sexo. De todos modos, un hombre sin mujer en las entrañas no sería siquiera un macho, y mucho menos un hombre; y Napoieon no tenía la culpa de la confusión del docto y de la dama. Nadie ignoraba que se vestía por los pies y el único misterio que conservaba era la reserva moral de los grandes. Por ser príncipe, y sólo por eso, se diferenciaba del común de los mortales; pero esto bastaba para alejarlo de Madame Gordon y de Hidalgo y de todo el mundo, y eso fue lo que pasó con la cuestión mexicana. La linfa predominaba y faltaba todavía la titilación de los nervios; mas el hombre era mutable y no faltaba más para que lo cortejara el hombre que se llamaba Pepe Hidalgo.

Pero toda la situación internacional tenía que cambiar también, antes que el segundo Hidalgo pudiera alcanzar las cumbres de la Historia. Prematuras en 1856, sus ideas cobraron fuerza al estallar la guerra civil en México en 1858, y a principios de 1859 parecían bastante peligrosas para llamar la atención y provocar la alarma de Andrés Oseguera, el único liberal en la Legación de París. El amigo de Ocampo lo puso en guardia contra los manejos de «Hidalgo, chichisbeo de la Montijo» y la facilidad con que «los delicados del bello sexo se siguen en las cuerdas de seda de la escala por la cual se encaraman a los puestos más encumbrados». Alarmado por los progresos ya alcanzados, se desfogó airadamente contra «los que no tienen para qué estudiar la política, mas sí la sensibilidad mujeril, que se estremece al chasquido de un látigo y se desmaya, en tanto que el olor de la sangre y la carnicería la entona. ¿Por qué no darse el lujo de emociones, las nobles *énervées*, si para su solaz hay pueblos que pulverizar con los carros y faetones que recorren la arena del palenque? Pero su indignación exageraba

el interés lánguido de la Emperatriz y la influencia del chichisbeo. Gutiérrez Estrada, convidado a las Tullerías gracias a la influencia de Hidalgo, cansó a Napoleón y a la misma Emperatriz con su clericalismo fanático, su monarquismo anticuado y sus anacrónicas ideas sociales; y después de haberlas expuesto abundantemente, no fue invitado a volver a las Tunerías.

Disonando con el ambiente, el viejo se eliminó automáticamente. Almonte, a su vez, puso el pie en la cuerda de seda, haciéndose presentar por Hidalgo a la madre de la Emperatriz, y lanzando un folleto anónimo en favor de la intervención en México que tenía la ventaja de no ser imputable a Gutiérrez Estrada ni a nadie. Pero el folleto no llamó la atención de nadie —aunque Almonte encargó a Hidalgo pulir el estilo— sino de Andrés Oseguera, que siguió vigilando los pasos de los pedigüeños al pie de la cuerda. «Hidalgo, pues, sirviendo por el momento de introductor de Almonte con la condesa de Montijo —informó a Ocampo— no fue para éste al principio sino un instrumento; creyó que, llegado el tiempo, podría deshacerse de él o abandonarlo. ¡Cálculo errado del egoísmo y del egoísta! Se olvidó que en materia de moral y política, cuando se abandona el camino recto para seguir el casuismo ya no hay amistad, ni consecuencia, ni *deber*, no hay más que *complicidad*: el cómplice es el grillete, la cadena y el poste del galeoto. Así, hoy resultamos con que Almonte no puede soltar a Hidalgo y éste se ha impuesto a Almonte: en su habilidad, y a fe que es grande, ha creído que haciéndole editor y corrector de sus ideas en el folleto *tiraba la piedra y escondía la mano*.» Hidalgo no era hombre para secundar a nadie, y Almonte alcanzó sólo el anonimato que anhelaba. «De paso le diré que por mano de la Emperatriz ha ido a la del Emperador una carta de Hidalgo, pidiendo la intervención: ella precedió al folleto; por eso en él hay el *yo* tan del gusto de los loyolistas, con paréntesis y frases de humildad aparente y pudibunda, más el *yo* que dice mírame, *yo* soy el autor. Almonte en tanto cree haber sido muy discreto; creyó ser persona para Hidalgo y se quedó en cosa.» Gracias a Hidalgo, Almonte también quedó colgado al pie de la cuerda y no llegó más cerca de las Tullerías de lo que podía alcanzar de la vista desde el *imperial* de un ómnibus público. El oficial de enlace resguardaba sus prerrogativas celosamente; pero sin penetrar tampoco más adentro de su dominio particular que los umbrales. Mariposeando en torno del *ménage* imperial, íntimo con la familia ministerial, se le llamaba Pepe por acá y Pepe por allá, y respondía a las llamadas de unos y otros sin servir a

ninguno, careciendo todavía de poder propio.

Así pasaron los años de la guerra civil, desaprovechados. La política siguió nulificando, la intriga. En 1859 Napoleón estaba en pie de guerra, pero en Italia, y la guerra en Italia era una garantía para México. «Sin la guerra, Napoleón no puede subsistir —observó Oseguera—, él lo sabe y no ha de sacrificarse a una paz que le es mortal.» Pero se trataba de una guerra limitada, y habiendo dado una mano al movimiento de liberación en Italia, puesto en jaque a los austriacos y alarmado al Vaticano, el Emperador se retiró de la campaña ante el temor de fomentar la revolución y de precipitar una guerra general en Europa. La intervención a medias en Italia, que había decepcionado a los patriotas, inquietado al Papa e irritado a Viena, creó un embrollo tal, que el Emperador comenzó a meditar seriamente sobre la posibilidad de una intervención en México. En 1860 la proyectada mediación de Inglaterra y Francia en la guerra civil resucitó las esperanzas de Hidalgo; pero la oposición de los Estados Unidos frustró el plan, y el año terminó con una paz mortal para los emigrados. Hidalgo comenzó a desanimarse, según la historia de sus esfuerzos que publicó más tarde; pero durante los años magros conservó el contacto y consolidó su posición en las Tullerías: comensal casi diario de la Emperatriz, alcanzó la privanza del príncipe a tal grado que a veces se le veía entrar de rondón en el gabinete del Emperador, aunque sólo para salir con la misma respuesta. *Je le veux bien* —decía Napoleón, según los apuntes que Hidalgo conservó de estas conferencias—, pero de querer a poder había un gran paso que franquear. Sin el apoyo de Inglaterra el Emperador no quiso meterse con los Estados Unidos y la Gran Bretaña no pensaba enfrentarse con el Coloso del Norte. Sin embargo, Hidalgo siguió perseverando y suyo fue, al fin, el premio de la persistencia.

En el verano de 1861 se encontraba otra vez en Biarntz, donde le tocó la suerte de conocer con anticipación la crisis en México y de ser el primero en comunicar la noticia al Emperador. La escena, por ser histórica, fue conservada por su pluma. Terminado el almuerzo, el Emperador se retiró a su gabinete, la Emperatriz estaba ocupada, a falta de otra cosa mejor, con su tambor de bordado, y el amigo de la casa, sentado en un taburete a su lado, le pasó la carta que acababa de recibir informándole de la moratoria en México, y solicitó una entrevista con el Emperador —formalidad que merecía la importancia de la comunicación. La Emperatriz pasó al gabinete del Emperador, regresó y lo invitó a entrar. El Emperador se

levantó, encendió un cigarrillo y se dispuso a darle oídos. La entrevista era una audiencia en regla.

«Majestad —dijo Hidalgo—, hace tiempo que había perdido la esperanza de ver realizadas las ideas de las cuales hace ya cuatro años que he tenido el honor de hablarle a Vuestra Majestad; pero Inglaterra, irritada por la política de Juárez, al igual que Francia y España, enviará barcos a nuestros puertos. Así tenemos, Majestad, la intervención inglesa que necesitamos. Francia no procederá sola, cosa que Vuestra Majestad siempre deseaba evitar. España hace tiempo que está dispuesta: el general Concha me dijo hace poco que dejó en La Habana, seis mil hombres listos para desembarcar en Veracruz; pero el gobierno de Madrid prefiere actuar con Francia, y a ser posible, con Inglaterra. Se podría desembarcar los seis mil españoles. Ante las banderas unidas, México reconocería todo el poder y la superioridad de esta alianza, y la inmensa mayoría del país podría apoyarse sobre las potencias intervencionistas, aniquilar a los demagogos y proclamar la monarquía, que es lo único que puede salvar a la nación. Los Estados Unidos padecen las calamidades de una guerra; no se moverán, y además nunca se enfrentarían a las Potencias Unidas. Que se presente la bandera aliada, Sire, y yo respondo a Vuestra Majestad de que el país en masa se levantará y apoyará la bienhechora intervención.» El tono semiformal, semifamiliar; la primera persona responsable; el plural infalible —todo le salió bien. Hidalgo cogió al Emperador desprevenido, pero supo presentar la proposición atinadamente, con una mezcla de audacia y de prudencia que le agradaba, y Napoleón la ponderó entre una y otra fumada. «Todavía no he recibido los despachos de M. de Thouvenel —contestó—. Si Inglaterra y España están dispuestas a ir allá y los intereses de Francia así lo exigen, yo también tomaré parte; pero sólo enviaré la escuadra, no tropas de desembarco, y si el país declara que quiere organizarse, apoyado por las potencias, tenderemos la mano. Además, como usted dice muy bien, la situación de los Estados Unidos es muy favorable.»

El consentimiento condicional de Napoleón era más que suficiente para Hidalgo, y con notable presencia de ánimo lo aprovechó para anticipar a los ingleses y abordar el problema de la sucesión, abandonado por Palmerston al azar. «Sire —siguió diciendo—, suceda lo que suceda, lo agradeceremos sólo a Francia. Permítame preguntar si Vuestra Majestad tiene un candidato, pues los mexicanos lo aceptarán por venir de Vuestra Majestad como si lo hubiesen elegido ellos mismos.» El Emperador dio una vuelta, encendió otro cigarrillo y contestó:

«No tengo ninguno.» Antes de atreverse a tomar la iniciativa, Hidalgo consultó a la Emperatriz. «No podemos pensar en un príncipe español. El señor Mon me ha dicho siempre que es triste decirlo, pero que no hay elección posible.» «Es cierto —convino la Emperatriz—; es imposible una elección por ese lado y es muy lamentable, porque un príncipe español sería el más indicado.» La búsqueda de una alternativa comenzó con dos o tres príncipes alemanes, que la pareja imperial propuso y eliminó desde luego, con motivo de su religión o de la insignificancia de sus estados. Luego Hidalgo orientó la discusión hacia un Archiduque austriaco. «Pero ¿qué Archiduque?», preguntó la Emperatriz. Hidalgo le dio la réplica. «Creo que se habló del Archiduque Reiner.» «Sí, porque el Archiduque Maximiliano no querría.» «Oh, no —respondió Hidalgo—, no aceptaría.» «Oh, no —convino Napoleón, no querría.» Siguió un rato de silencio. Luego la Emperatriz, dándose un pequeño golpe en el pecho con el abanico, exclamó: «¿Quién sabe? Tengo un presentimiento que aceptará.» «Podemos probar —convino Hidalgo con la prontitud del eco—, y yo podría escribir a Gutiérrez Estrada para que vaya a Viena a sondear a su Alteza Imperial.» El Emperador asintió e Hidalgo se retiró con el permiso de pasar el recado por el telégrafo ministerial.

Momento culminante que coronaba su carrera, Hidalgo no tenía la culpa si el *yo* del autor dominaba su versión del acontecimiento. Ni Almonte ni Gutiérrez Estrada tenían la posibilidad de rivalizar con él: no estando en Biarritz, no estaban en ninguna parte; así pasó la cosa, porque ahí estaba él. Él, y sólo él, alcanzó la meta y logró una audiencia para su causa —¿y qué más logró el otro Hidalgo? Más afortunado que el primero, el segundo llegó a tiempo, y cogiendo el momento histórico al vuelo, salió ganando. Momento fugaz, momento favorable, momento que inmortalizó al efímero. Por un instante, fue Pepe Hidalgo quien dominó la escena: la pareja imperial era sólo el público, y él, el empresario sacando coronas de su bolsa y príncipes de su pantalón; en seguida la iniciativa pasó de sus manos; pero aquel momento bastaba para revolver al mundo. Careciendo de poder propio, el mexicano supo aventajar a Palmerston y dar capote a la mano británica con sólo meter su rey en la baraja en Biarritz; y una vez lanzado el palo de triunfo, recogió el premio de la imprevisión; pues lo que uno desecha otro lo ruega y es tan seguro como cosa alguna en este pícaro mundo que aprovechará a Pepe. Luego, habiendo dado cima a su obra, el casi histórico Hidalgo corrió al telégrafo y

comunicó a Gutiérrez Estrada el tic tac que deletreaba el nombre de Maximiliano de Austria.

Maximiliano de Austria… Maximiliano de Austria… Aquella inspiración era un acierto. Para quien conociera al gran mundo, era un hallazgo. Para Hidalgo, era un *ábrete sésamo*. No había nombre en el almanaque de Gotta tan preñado de posibilidades halagüeñas. Tanto por motivos personales como políticos, tenía la virtud de un precipitante poderoso, y así lo comprobó la reacción en Biarritz. Reacción tan positiva como negativa era la expresión, la unanimidad con que los tres buscadores recularon al pronunciar aquel nombre bastaba para manifestar la fascinación que tenía para todos. Y efectivamente no faltaban motivos muy fundados para que el Emperador, la Emperatriz e Hidalgo exclamaran al unísono que el Archiduque no aceptaría…

Cinco años antes —más o menos en las mismas fechas en que Hidalgo aconteció en la Historia, gracias a su encuentro casual con la Emperatriz de los franceses— se entrecruzaron por primera vez los derroteros de Napoleón y Maximiliano. El hermano menor del Emperador Franz Josef de Austria, en su primera salida de Viena, hizo una visita de cortesía al Emperador de los franceses en París. La impresión que los Napoleones dejaron en el ánimo del joven príncipe motivó una carta que éste puso a su hermano y que pintaba tanto al autor como a sus anfitriones. «El Emperador de los franceses —le decía— manifestó desde nuestro primer encuentro, y durante toda la tarde, un embarazo insuperable que no me impresionó muy favorablemente. Su figura rechoncha y poco impresionable, su exterior exento por completo de nobleza —vulgar era la palabra que puso primero y que tachó ligeramente —, su arrastrapiés, sus feas manos, la mirada taimada e inquisitiva de sus ojos sin brillo, todos estos rasgos formaron un todo poco apto a corregir mi primera impresión desfavorable. Inmediatamente después, pasé a saludar a la Emperatriz, encontrándola en un estado de lasitud y debilidad muy evidente; se empeñó mucho en ser agradable, pero al mismo tiempo se la veía sumamente embarazada. Su belleza innegable, realzada por el arte, es del tipo español. Tiene mucha nobleza, pero carece esencialmente de la majestad de una Emperatriz, y la impresión que me causó su talante palideció ante los recuerdos que tengo de la Viena Imperial.» Pasando en seguida a examinar a los otros Bonapartes, los encontró todos muy corsos: el anciano rey Jerónimo le recordaba un senil dentista italiano, y el Príncipe Plon-Plon, un pobre bajo cantante italiano; la Princesa Matilde era desagradablemente vulgar. La Corte, que

conoció en un banquete en Saint-Cloud, bastaba para confirmar su opinión del soberano. «La increíble falta de soltura del Emperador era especialmente evidente; se me ocurrió que se sentía todavía *mal a son aise* en la presencia de un príncipe de más rancio abolengo que el suyo; sin embargo, cuando logra vencer este encogimiento, demuestra mucho candor, y al conocerlo más íntimamente, la confianza que tiene en mí me parece cada vez más fundada. En general, hay el propósito muy loable de dar a la Corte un ambiente apropiado; pero hasta ahora la maquinaria no trabaja muy bien y a pesar del *sans gène* que se procura aparentar, se ve por todas partes la etiqueta del *parvenu*. Hasta aquí tengo la impresión de que todos respetan al Emperador de los franceses, pero que nadie lo quiere. Huelga asegurar a Vuestra Majestad que me esfuerzo en ser afable y en no permitir que parezcan las impresiones desagradables que me pegan por aquí y por allá.»

Al conocerlo mejor, empero, el Archiduque modificó su apreciación del Emperador; si bien con la debida reserva. «El Emperador Napoleón es de esos hombres cuya personalidad no tiene nada de atractivo a primera vista, pero que acaba por producir una impresión favorable por su gran serenidad y su noble sencillez de carácter. Muy notable es la indiscreción que se le nota al hablar en presencia de la servidumbre, dejando caer muy a menudo las declaraciones más increíbles; en esto me parece típico del *parvenu*, carente por completo del *ésprit de corps* que nos impide exhibimos en presencia de los inferiores. No se puede hablar aquí de bueno o mal tono, porque falta toda elegancia. El Emperador manifiesta ideas muy acertadas en su conversación; sin embargo, me sigue chocando con su increíble *sans gène* delante de la servidumbre.» Poco a poco el tono de la crítica se fue tornando más benigno. «El rato más agradable es *au déjeuner*, cuando el Emperador sabe mostrarse muy simpático con su franqueza y su afabilidad. Habla bien y con animación y un cierto brillo en los ojos realza el efecto. En tales ocasiones impera el máximo candor, participando yo con la debida moderación.» Su postrer impresión era casi favorable, y en vísperas de su despedida se dignó halagar a Napoleón, para enseñarle cómo se hacía la cosa. «Napoleón I tenía genio, Napoleón III tiene tino —dijo el joven Habsburgo—. El genio mueve el mundo, pero el tino lo rige.» Lisonja un poco a la zurda, quizás, pero Napoleón la tomó en buena parte y se mostró sumamente cordial y casi emocionado al separarse de su huésped —ya se trataban como viejos amigos. Una vez, pero sólo una vez, abordaron la política y muy ligeramente.

Maximiliano, que daba sus primeros pasos en política, sondeó al hábil antagonista de su Casa con una pregunta cándida. «¿Puedo asegurar a mi hermano el Emperador que Vuestra Majestad procederá de completo acuerdo con él en la cuestión italiana, así como en todas las demás?» La respuesta era satisfactoria; y el Archiduque salió de París muy contento consigo mismo.

La impresión que el Archiduque dejó en el ánimo de Napoleón era imborrable. Muchas cosas habían cambiado desde entonces, pero cinco años más tarde, cuando se pronunció aquel nombre, su primera impresión era que Maximiliano no aceptaría un trono de su mano; pues, con todo el tacto que puso el joven príncipe en disimular su superioridad, Maximiliano era un Habsburgo, y Napoleón no hubiera sido un Bonaparte si no hubiese sentido y resentido la condescendencia del austriaco. Durante una larga e inolvidable quincena de 1856 se había visto desvestido todos los días, y su consorte también, por el ojo penetrante de su huésped, y en 1861 ambos se estremecieron al son de Su Alteza Imperial. El Adán Imperial se encogió y su sangre tiró a azul con el frío que le infundió el recuerdo de su desnudez ante el Altísimo; pero la vanidad de la Eva imperial era menos modesta y más valiente que la del macho, y una intuición infalible le susurró que el Archiduque era vencible. Ella propuso, él convino, e Hidalgo dispuso de los dos. Eso fue su triunfo: posada en el árbol genealógico, Clío le sopló el nombre necesario para penetrar el tronco. Tratándose de la conquista de un Habsburgo por un Bonaparte, nada era imposible. Además de Napoleón I, Napoleón II lo había logrado, de ser cierto el cuento de que l'Aiglón conquistó a la Archiduquesa Sofía durante su cautiverio en Viena, dejándole por recuerdo dos hijos, uno el Emperador Franz Josef y el otro el Archiduque Maximiliano; y si Napoleón III no hubiera tentado la empresa, hubiera desmerecido de su nombre y merecido el *mot* de Madame Gordon, en cuyo pecho dejó sólo la impresión de ser mujer.

Pero razones de mayor peso había para cortejar a Maximiliano políticamente. Halagar al Habsburgo y valerse de su vanidad para patrocinar al enemigo hereditario de su estirpe significaba una satisfacción personal; pero no faltaban motivos más varoniles para dignificar el incentivo. Muchas cosas habían cambiado en Europa desde 1856, y en 1861 el Archiduque era un peón valioso, y la oferta de un trono, por remoto que fuera, un ramo de olivo capaz de aliviar la tirantez con Austria que se había agravado desde la intervención de Napoleón en Italia, al punto de amenazar con una guerra general. Viena, Venecia,

Víctor Emanuel, el Vaticano —un sinnúmero de combinaciones y concesiones y transacciones se perfilaban a la sombra de la candidatura del Archiduque; y el sueño dorado de una monarquía mexicana comenzó a tomar cuerpo en el espíritu del Emperador como un febrífugo para la vieja y doliente Europa. El único peligro era el riesgo de recibir un desaire, lo que recaería sobre Hidalgo; y la vanidad, ligeramente revestida de política, enredó a los tres en una aventura que no carecía ni de los motivos más raines ni de los más importantes para perder a México.

Tal fue la virtud talismánica del nombre. Titilando el nervio napoleónico, Hidalgo cumplió su misión mercurial y delegó en Gutiérrez Estrada la seducción del hombre que la hacía vibrar. El viejo peripatético, que tanto tiempo había trajinado en vano un trono mexicano, recibió con sobresalto la orden de marchar a Viena. A fuerza de comulgar con ruedas de molino tenía poco lastre en la cabeza y con tantas vueltas estaba acostumbrado al vértigo, pero al ver picado el molino por Pepe, recobró su equilibrio y con patética prudencia se fue primero a la Embajada de Austria a consultar la proposición con el Embajador. Éste estaba ausente —agosto era la estación muerta en París— pero un secretario remitió la oferta a Viena *pro forma*. Poco antes Gutiérrez Estrada había hecho, por su propia cuenta, la misma proposición, y el Príncipe Metternich, cansado de sus impertinencias, transmitió su *pétite manie* a Viena, donde la respuesta no se hizo esperar: el canciller calificó la idea de absurda e indigna de considerarse en serio; pero el telegrama de Biarritz cambió la situación por completo y subió a la cabeza de los más sensatos. Apoyada permisivamente por Napoleón, la moción que el canciller calificaba de absurda dos meses antes mereció una consideración tan seria, que se fue a Miramar a consultar la idea con Maximiliano —un paso que llevaba implícita la sanción del Kaiser. El Archiduque era accesible a la oferta a reserva de que se le brindaran dos garantías, propuestas por su hermano como condiciones imprescindibles para su dignidad y su seguridad: el consentimiento del pueblo mexicano y el apoyo de las grandes potencias. No fue necesario, pues, que el viejo marchara a Viena: Viena vino a él. Suya era la fe que movía la montaña y sobraba ya su intervención.

Las condiciones impuestas por el Archiduque no eran impedimentos insuperables. El consentimiento del pueblo mexicano estaba garantizado, no sólo por Hidalgo, sino por el apoyo de las grandes potencias. Maximiliano profesaba principios liberales; principios que le habían granjeado

popularidad en Austria y hasta en Italia, y que no eran del agrado de su hermano, dispuesto por lo tanto a autorizar una aventura en América que le quitaba de encima un problema doméstico. La conformidad de los gobernados era una concesión a las excentricidades del Archiduque, amparada por la garantía de las grandes potencias que el jefe de familia impuso tanto por motivos de afecto fraternal como por consideraciones de dignidad política. Pero esta garantía no tardó en provocar complicaciones formales.

Porque entretanto otro factor había entrado en juego: la independencia y la rutina del Quai d'Orsay. Las primeras noticias de la moratoria en México llegaron a París el mismo día en que el Emperador salió para Biarritz, y se dieron los primeros pasos para tratar la cuestión durante sus vacaciones en la playa vizcaína. M. de Thouvenel, también de vacaciones, venía a París de vez en cuando para despachar los asuntos urgentes, sin sospechar la importancia que la cuestión mexicana iba asumiendo en la villa veraniega, porque el Emperador no creyó necesario ponerlo al tanto de una idea todavía nebulosa, embrionaria y contingente del consentimiento de Maximiliano. Conforme a las reglas establecidas en los negocios de su Ministerio, M. de Thouvenel consultó al embajador británico y accedió al plan británico de una intervención mancomunada. Un ultimátum que exigirá la revocación de la moratoria y el nombramiento de interventores ingleses y franceses en las aduanas debía presentarse al gobierno mexicano, apoyado por las escuadras de las potencias; pero la intervención sería exclusivamente financiera y limitada a la neutralidad política. A tal fórmula M. de Thouvenel no encontró inconveniente, ni el Emperador tampoco, cuando se le informó del intercambio de opiniones preliminares, ya que su participación tenía como condición previa la determinación de la Gran Bretaña; y fue sólo al multiplicarse el concurso de acreedores cuando la situación comenzó a complicarse.

Entretanto, y conforme también a otro precedente normal, M. de Thouvenel propuso la inclusión de España en la expedición. Este paso estaba autorizado por varias consideraciones. Además de ser una potencia acreedora, con una fuerte guarnición en Cuba lista para desembarcar en Veracruz, España era un protegido más o menos voluntario de Napoleón. Pero, precisamente por esas razones, la proposición fue acogida fríamente en Londres. Las miras irredentistas de Madrid eran muy susceptibles de provocar las complicaciones políticas que el gobierno británico pretendía eliminar y de

facilitar el restablecimiento en México de un régimen muy impopular en Inglaterra. Y a no ser por el desarrollo de la intriga monárquica, tal vez se hubiese pasado por alto a España.

Pero a España no se podía pasarla por alto. En Madrid la moratoria provocó una reacción netamente política, pero política en el sentido más restricto de la palabra, afectando las relaciones internacionales únicamente porque excitaba la politiquería local. Lo que andaba en juego no era el interés nacional, sino el carácter nacional. España a mediados del siglo XIX estaba regida por la psicología de una nación decadente que pugnaba por recobrar la posición de una gran potencia en la familia de naciones modernas, y consideraciones de prestigio y de orgullo nacional, fundadas en sentimientos nostálgicos mucho más que en intereses materiales, dominaban a todos sus gobiernos por igual. El gobierno del general O'Donnell, entonces en el poder, era sumamente susceptible a tales sentimientos, porque el general había dirigido la conquista de Marruecos en 1859 y dado una espolonada al nacionalismo resurgente con aquella empresa. También se había abstenido de protestar contra la expulsión del ministro español en México a principios del año; más aún, lo había desacreditado ante las Cortes, escandalizando a la oposición que, encabezada por el mismo señor Pacheco, atacó al gobierno por despreciar la dignidad nacional con una fogosidad que sacudió al gabinete. La disputa parlamentaria llegaba al colmo en mayo y apenas calmada en agosto, cuando la crisis surgió en México; pero como surgió en la estación muerta, el mariscal aprovechó la siesta nacional para anticipar las repercusiones domésticas antes de reunirse las Cortes.

Apenas informado de las consultas habidas entre las dos grandes potencias, su ministro de Relaciones dio un paso para prevenir la impresión deplorable, dentro y fuera del país, de la omisión de la tercera, comunicándose por telégrafo con el ministro español en París para enterarse de las intenciones del gobierno francés y dándole instrucciones de comunicar a M. de Thouvenel las de España, que eran de obrar independiente y enérgicamente y sin tardar. En aquel telegrama Calderón Coliantes comprendió el dilema de un pueblo igualmente sensible al descuido de su derecho de figurar entre las grandes potencias y a la condescendencia de las demás, y de un gobierno que, sabedor de que no podía obrar sin Inglaterra y sin Francia, aparejaba los dos cuernos del dilema con el aviso de que a España no se podía postergarla ni pasarla por alto. Además de independencia y solicitud de apoyo, así lo comprendió M. de

Thouvenel; y el ministro francés contestó invitando al gobierno español a consultar y a colaborar. Como la protección de España formaba parte de la política napoleónica en Europa, este paso fue tan automático como la consulta con Inglaterra; pero como satélite de Francia, España, con sus señaladas aspiraciones coloniales, inspiraba poca confianza en Londres. Alentado, Calderón Collantes tomó la delantera por su propia cuenta. Sin consultar a Londres ni a París, giró órdenes a Cuba para la ocupación de Tampico y Veracruz, y sin avisar al gobierno británico, propuso al gobierno francés que se ampliara el alcance de las conversaciones en París y que las tres potencias se uniesen no sólo para exigir satisfacciones, sino para establecer «un orden regular y estable en México». Thouvenel contestó, después de consultar a Napoleón, que sus miras coincidían.

Así la situación a fines de septiembre. A principios de octubre, cuando Maximiliano aceptó condicionalmente la corona, la condición principal no podía cumplirse: el apoyo formal de las potencias era evidentemente imposible, y un entendimiento informal, improbable. La candidatura del Archiduque, ya un secreto a voces, despertaba celos en Madrid, donde los borbones tenían derechos preferentes al trono hipotético de México; la monarquía colonial era incompatible con la política declarada del gobierno británico; y Napoleón se vio comprometido a empeños opuestos —a la definición inglesa de la intervención, por una parte, y a la versión española, por la otra. Este embrollo se debía, sin duda, en parte a la estación muerta, aprovechada por Thouvenel para plasmar los preliminares de la política francesa durante la ausencia del Emperador en Biarritz; pero la incuria del soberano no era una indolencia veraniega, sino la disposición normal de un dictador que no tenía el don natural del mando y que abandonaba la determinación ora a su mujer, ora a sus ministros, ora al azar. Durante uno de sus lapsos linfáticos, se entregó a las importunidades de la Emperatriz y de Hidalgo y se conformó con la iniciativa que lo llevó más lejos de lo previsto, hasta que las consecuencias lo obligaron a recobrar las riendas. La conformidad de Maximiliano, tan pronto como provisional, le puso en un brete: retractarse era tan imposible como conciliar la oferta hecha a su nombre a Viena con las promesas hechas a Londres y a Madrid; y antes de volverse inextricable la confusión se apresuró a disiparla. Thouvenel consultó al embajador británico sobre la ventaja de establecer un gobierno estable en México, y el embajador francés en Londres recibió instrucciones de apersonarse con Lord Russell con el mismo fin.

Russell aprobó la idea de un gobierno estable en México; pero siempre a condición de que fuera obra del pueblo mexicano; y al mismo tiempo dio un paso para romper el peso doble de Francia y España y poner a los dos bajo su control. Conforme a la vieja y siempre válida regla según la cual no hay medio mejor de controlar a un competidor que aquel de hacer causa común con él, y a más de uno metiéndose entre los dos y haciendo a dos manos, Russell accedió a la inclusión de España en la expedición —indispensable de todos modos para adecentar el embargo de bienes— y propuso un pacto político, destinado a atar las manos enlazadas de Francia y España con la fórmula inglesa de manos fuera de México. Esta maniobra obligó a sincerarse a Napoleón. Como aborrecía la duplicidad —otro don que le faltaba— y sabía que la indecisión conduce inevitablemente a la doblez, se resolvió a poner las cosas en claro y conciliar las contradicciones de común acuerdo con el aliado preponderante. En una carta informal al embajador francés en Londres, que debía leerla a Lord Russell, expuso el concepto que tenía formado de la expedición, valiéndose no de los términos ambiguos de la fraseología diplomática, sino de su propio estilo sencillo, directo y personal. El Emperador habló en primera persona; habló, por decirlo así, inglés.

Lo que fue una manía de los monarquistas mexicanos y un ensueño nebuloso de Napoleón se materializó tan rápidamente, que para revestirlo de racionalidad tuvo que reunir sus ideas repentinamente: vagas y fluidas todavía, las perfiló a grandes rasgos delineando a vuelo de pluma los varios aspectos del problema. Comenzó recalcando las ventajas de establecer un gobierno estable en México para poner coto a la presión de los Estados Unidos y para abrir un mercado comercial igualmente provechoso para los tres socios, sobre todo en aquel momento en que el algodón mexicano pudiera compensar la escasez de la fibra causada por la guerra civil en los Estados Unidos. Estas consideraciones le habían interesado desde tiempo atrás —dijo— y debían interesar asimismo a Lord Russell y al puerto de Liverpool. En el pasado, cuando los mexicanos solicitaron su ayuda para salvar al país de la anarquía imperante, le faltaba un pretexto para intervenir y no quiso correr el riesgo de una ruptura con los Estados Unidos; este peligro quedó eliminado —lo mismo que el algodón— por la guerra secesionista en los Estados Unidos. Los atropellos perpetrados por el gobierno mexicano bastaban para legitimar la intervención de Francia y de la Gran Bretaña, y si bien el pacto tripartita limitaba su acción al desagravio de dichos abusos, por su parte deseaba ser

más previsor y no pensaba «atarse las manos benévolamente e impedir una solución que redundaría en beneficio de todos los interesados». Y con eso salió el algodón destinado a Lord Russell. Los mexicanos le aseguraban que la sola presencia de una fuerza naval provocaría la proclamación de una monarquía; le habían pedido un candidato; no tenía ninguno, no quería tener ninguno; sin embargo, el Archiduque Maximiliano le parecía ofrecer las garantías deseables, y los mexicanos habían sondeado al gabinete de Viena y se inclinaban a creer que el Príncipe aceptaría la corona, siempre y cuando recibiera la oferta formal del pueblo mexicano y contara con el apoyo de las grandes potencias. Asentado el punto, lo dejó pendiente. Por último, le quedó un manojito de algodón para su propia almohada. Faltaría a la sinceridad —terminó diciendo— si fuera a comprometerse a no apoyar —moralmente, cuando menos— un cambio político que deseaba, no con motivo de razones egoístas o de antipatías injustas, sino porque sabía que servía a los intereses de la civilización en general. Por ser la última, esta consideración no era la menos sincera; por el contrario, era la más importante: soñador enorme y descomedido, ambicioso para el bien de la humanidad y funesto para su bienestar, Napoleón era incapaz de engañar a los demás sin ilusionarse antes, y las consideraciones materiales andaban siempre subordinadas a estas miras vastas, generales y geniales que mostraban su genio a costa de su habilidad.

De esta notificación Lord Russell no se dio por enterado: comunicada por la vía oral, carecía de carácter oficial. No quiso incomodar a Napoleón, y con la corrección que convenía al carácter de la empresa, hizo la vista gorda a las confidencias del aliado y siguió presionando por la conclusión del pacto, conforme a sus condiciones, con exclusión de aquellas miras eventuales de las cuales se enteró sólo indirectamente y que desoyó con una sordera diplomática que las hacía inadmisibles. La presión del tiempo también era apremiante: la estación propicia para efectuar operaciones en la costa malsana de México era corta; ya se habían perdido dos meses juntando a los acreedores, ajustando sus intereses y preparando la expedición. Bajo la presión combinada de la probidad británica, la impaciencia española y la condescendencia austriaca, Napoleón convino en participar en la expedición conforme a las condiciones inglesas, en la suposición de que quien calla otorga, y suscribió el pacto que transformaba su tropiezo en un convenio formal. La Convención de Londres, firmada el 31 de octubre, representaba el triunfo de la política británica:

comprometía a las tres potencias a consultar para organizar una expedición que debía ocupar los puertos y los puntos estratégicos de México; prohibía a los aliados toda adquisición de territorio, ventaja particular o presión en los asuntos domésticos de México, violatoria del derecho del pueblo mexicano de determinar y de constituir libremente su forma de gobierno; y para completar su carácter internacional y garantizar su rectitud, hacía extensiva a los Estados Unidos la invitación de participar. El Convenio de Londres era sumamente explícito; pero llevaba implícita la presunción por uno de los signatarios de que significaba lo que expresaba, y por los otros que era susceptible de interpretaciones y compatible con reservas mentales; de suerte que la intervención común dependía, en resumidas cuentas, de la confianza recíproca. Pero el verdadero triunfo de la diplomacia británica era otro: la duplicidad había sido eliminada por la triplicidad.

8

Para hacer frente a sus acreedores durante los dos meses críticos en que fue, formándose la alianza, el gobierno mexicano dispuso de los servicios diplomáticos de un solo hombre. El servicio diplomático era el primero en sufrir las consecuencias de la rígida economía impuesta al gobierno y quedó reducido a lo indispensable: se mantuvo la Legación en Washington, y se nombró a un ministro único para representar al país en París y Londres.

El elegido, don Juan Antonio de la Fuente, no era pobre de espíritu ni tampoco un Cristóbal neófito. Compañero de ruta del gobierno liberal, había ocupado puestos de relieve en el gabinete de Veracruz, donde combatió el tratado norteamericano a solas y firmó el decreto de libertad de cultos; y curtido por la adversidad, se había formado un carácter político espartano, que le calificaba para representar a su país en el extranjero en los días en que el requisito indispensable de un diplomático mexicano era la capacidad de sufrir sin doblarse. Como consecuencia de estas experiencias, se había formado también una cierta rigidez de carácter, defecto profesional de sus cualidades. Nombrado a principios del año, su salida se retrasó por la falta de fondos para cubrir los gastos del viaje —los que el ministro tuvo que sufragar de su propia bolsa—, y al llegar a París a mediados de abril tropezó con otra demora en presentar sus credenciales, prolongada por el Quai d'Orsay so pretexto de que Almonte no había recibido sus cartas de revocación; y después de disputar el paso por cuatro meses, ganó su primera victoria al ser recibido por el Emperador en Saint-Cloud el 10 de agosto. Apesadumbrado por su pobreza y por la impopularidad de su partido en París, anticipaba una acogida poco favorable. Temía, según su propia confesión, «una recepción fría, por lo menos, ya que no fuese áspera y agria, pero ha sucedido todo lo contrario, pues el Emperador ha mostrado en todo la más exquisita benevolencia». Tan grata sorpresa, sin embargo, no le subió a la cabeza, y sin dejarse deslumbrar por las amenidades del ceremonial, las templó con las reservas mentales del caso. «No he podido calificar como decisivamente favorable la recepción lisonjera que me ha hecho el Emperador —añadió— hasta no ver que en los negocios gravísimos de los bonos Jecker y de la nueva convención francesa las reclamaciones de M. de Saligny son menos exigentes y belicosas.»

La benevolencia del Emperador no borraba la recepción de

M. de Thouvenel diez días antes. «Las amenazas de M. de Saligny —avisó a su gobierno en aquella fecha—, las expresiones descompasadas que M. de Thouvenel empleó en nuestra conversación, la declaración que él mismo hizo de que aprueba todo lo hecho allá por M. de Saligny; tan fuertes, tan intempestivas e inconsideradas demandas como las que se intiman al gobierno constitucional, mientras se prodigan los miramientos a los restos sin vida que hay por acá de la reacción, en que incluyo a Almonte, que conserva buenas relaciones con el Emperador, y a Miramón mismo que con su esposa fue convidado a las fiestas de esta Corte; los esfuerzos que los dueños de la deuda británica en Londres hacen por inclinar al gobierno inglés a tomar con nosotros el tono de un rigor malévolo, como lo han logrado en muchas partes; la pretensión de intervenir en la recaudación de las rentas federales para tomar los dividendos de la deuda inglesa; los deseos de que el corresponsal del *Times* de Londres ha sido eco, proponiendo la intervención política de Inglaterra en nuestro país, que es también lo indicado por el corresponsal del *Diario de Frankfort*; y más que todo, la unión de Francia y de Inglaterra, confesada por M. de Thouvenel y por Lord Russell, dirigida a abrumar al gobierno legítimo de la República que ningún daño les ha hecho, mientras conservan con el gobierno que los había agraviado una correspondencia de buena amistad o de tolerancia por lo menos; todo esto, señor ministro, me autoriza a concluir que hay algún designio serio contra la República por parte de Francia e Inglaterra, o que fácilmente podrán los gobiernos de estas dos últimas naciones llevar sus exigencias hasta herir profundamente la soberanía de México y hacer imposible el gobierno liberal en su constitución».

El catálogo delator era elocuente, y con estos presentimientos de un golpe inminente y estas pruebas de una campaña dirigida a movilizar la opinión pública en contra de su gobierno se presentó en Saint-Cloud y escuchó al Emperador, que le expresó su simpatía por un país destrozado por la guerra civil y amenazado por la invasión norteamericana, su deseo de conservar su independencia y el pesar que experimentaba al observar que «un país tan hermoso fuera tan desgraciado». Cogió al Emperador en vísperas de salir de vacaciones y lo que oyó, en realidad, era la calma siniestra, señal de agua, antes de Biarritz.

Tres semanas más tarde las primeras noticias de la moratoria en México llegaron a París dando la razón a sus presentimientos. Reconociendo la coincidencia de la crisis con

un plan premeditado de agresión, que ya había tomado forma antes y que habría tomado cuerpo sin esa transgresión, se dio cuenta de la fatalidad de la quiebra y de la futilidad de oponerse a las fuerzas que conspiraron para provocar la crisis; pero hizo un esfuerzo concienzudo para conjurar el peligro poniendo una nota a Thouvenel en que le pidió suspendiera la regla que limitaba las audiencias a un día por semana, y que en vista de la gravedad de las circunstancias le concediera inmediatamente una entrevista, con el fin de comunicarse con su gobierno. Tres días más tarde el ministro lo recibió, y la conferencia terminó en pocos minutos. Thouvenel se negó a recibir sus explicaciones, y abandonándose a la exaltación más desenfrenada, le dijo: «Hemos aprobado enteramente la conducta de M. de Saligny, hemos dado nuestras órdenes, de acuerdo con Inglaterra, para que una escuadra compuesta de buques de ambas naciones, exija del gobierno mexicano la debida satisfacción y vuestro gobierno sabrá por nuestro ministro, y por nuestro almirante, cuáles son las demandas de Francia». Luego, irritado por su propia excitabilidad, Thouvenel habló por Thouvenel: «Nada tengo contra usted —añadió— y deseo que los acontecimientos me permitan dirigirle palabras amistosas». El mexicano lo salvó de su confusión cortando la conferencia y retirándose con una protesta tiesa. Cogida la bofetada, no le quedaba más remedio que suspender las relaciones; y desempeñó su última función con una nota que no necesitaba respuesta. Había contemporizado cuatro meses; había representado a su país cuatro semanas; y había cumplido su misión forzando la puerta y saliendo por la ventana.

Por el mismo correo que le informaba de la moratoria. De la Fuente recibió una carta de Juárez, que contenía precisamente las aclaraciones que pensaba comunicar a Thouvenel. «El mes de junio último, como sabrá usted, ha sido fatal para nosotros —le informaba el Presidente—. El amigo Ocampo fue arrebatado al seno de su familia por el español Lindoro Cajiga y conducido al campo de Zuloaga y Márquez, que le mandaron asesinar. Degollado y Valle, rendidos en el combate, fueron fusilados por orden de Márquez, que ya no tiene más bandera que el robo, el asesinato y el incendio. Estos bandidos han podido permanecer armados y guarecidos en los bosques, merced a la miseria que ha impedido al gobierno pagar una fuerza numerosa que los persiga. Sin embargo, se han hecho todos los esfuerzos posibles: hemos recurrido a la suspensión de la deuda interior, hemos impuesto préstamos forzosos y hasta hemos aprisionado a muchos de nuestros propietarios para obligarlos a la exhibición

de las cuotas que se les han señalado, y aunque estas medidas violentas nos han dado el resultado de que se sistematice la persecución del enemigo, no podíamos seguir manteniendo nuestras fuerzas, usando de los medios violentos de la fuerza, y no podíamos suspender la guerra sin entregar a la sociedad al robo y al saqueo y una disolución completa. Nos hemos visto pues en la situación triste, pero inevitable, de suspender todos nuestros pagos, incluso los de las convenciones y de la deuda contraída en Londres. Mientras hemos podido hacer frente a nuestros gastos aun durante la lucha de tres años nos hemos abstenido de recurrir a este medio; pero hoy nos es ya imposible vivir. Salvar a la sociedad y reorganizar nuestra hacienda, para poder satisfacer más adelante nuestros compromisos con la debida religiosidad, es el objeto que nos ha guiado a decretar la suspensión. Esta medida estaba indicada por la opinión pública, y es por esto que ha sido adoptada por el Congreso por una mayoría inmensa de 112 votos contra 4 de personas que sólo por temor votaron por la negativa. Como verá usted en las comunicaciones que se han cambiado, los señores ministros y especialmente el señor Saligny mezclan algo de pasión en sus contestaciones, lanzan inculpaciones que deberían omitir contra el infortunio y usan de un tono que no sienta bien a representantes de naciones poderosas e ilustradas. Yo espero que el Emperador Napoleón y la Reina Victoria nos juzgarán y nos tratarán de otra manera cuando usted les manifieste nuestra situación. En esta convicción hemos adoptado la medida expresada y estamos resueltos a llevarla a efecto afrontando con ánimo firme los riesgos y peligros que pueden sobrevenir, que siempre serán menos desastrosos que el suicidio que de presente nos amaga.»

Después de su experiencia en París, De la Fuente juzgo por demás repetirla en Londres, «porque es casi seguro que este paso nos atraería un nuevo desaire, como el que acaba de hacernos aquí —explicó a su gobierno—. Me mueve también a juzgar de este modo la noticia ya bastante atendible de que en Inglaterra es donde ha nacido y donde más boga tiene la infame intriga de la intervención europea en la política y gobierno de nuestro país.» Cerradas las puertas oficiales, la única posibilidad de influir en o contra los gobiernos era la de acudir a la opinión pública y aquel recurso también era inaccesible. La opinión pública significaba —si es que algo significaba— la opinión parlamentaria —y los parlamentos de ambos países estaban en receso— o la prensa. La carta del Presidente vino acompañada de una letra de cambio por 5 mil pesos para conseguir una

audiencia de la prensa; pero en París la prensa, además de estar controlada, no era lo bastante venal para ladrar por 5 mil pesos. En Inglaterra los órganos gubernamentales andaban voceando la intervención, y el ministro acompañó su despacho con algunos cortos y un *caveat*. «Vuestra Excelencia podrá ver por las publicaciones de Londres que comienza a mostrarse a las claras, gracias a la situación desastrosa de los Estados Unidos, el plan de una intervención europea en la política y gobierno de nuestra República. Ruego a Vuestra Excelencia se sirva recordar que en varias ocasiones, en especial durante la guerra de tres años, Mr. Mathew nos proponía esta intervención como remedio eficaz de nuestros males; y que a la vuelta de este caballero de Europa, no hacía un misterio de aquel plan, según lo debe haber comunicado a Vuestra Excelencia nuestro encargado de negocios en Washington. Los diarios ingleses no han dejado este tono, sino para tomar el otro de anexión de México a los Estados Unidos, plan cuyo aborto dijeron que deploraban, cuando la Unión Americana empezó a sentir el fuego de la guerra intestina. Bien claro está que nuestros acreedores británicos nos verían entregados a cualquier nación del mundo, y sujetos al gobierno más despótico que hubiesen imaginado los hombres, siempre que la convención de la deuda inglesa tuviese cumplido efecto; y se sabe que los intereses y las influecias de esos acreedores se hacen sentir demasiado en las regiones del poder.» Atascados pues todos los conductos de la opinión pública, el diplomático optó por el único recurso que le quedaba y se radicó en París con la esperanza «de penetrar el pensamiento capital de Francia y de Inglaterra con relación a México». París era el puesto de escucha de Europa, y aunque sin poder hacerse oír allá, podría abrir los oídos por lo menos al ruido de la maquinaria; y a aquel puesto de socorro se agarró, encallado.

La maquinaria rechinaba, rechinaba bastante fuerte para que le infundiera algunas esperanzas. «Quizás podremos aprovechamos del pequeño y dudoso respiro que nos dejan las mutuas antipatías de Francia, Inglaterra y España y los celos y rivalidades de sus gobiernos», avisó a Zamacona. Pero se encontraba demasiado cerca de las calderas para distinguir una disonancia de una descompostura de la maquinaria. Si las mutuas antipatías de los aliados hubiesen tenido un origen puramente político, no habría sido difícil la ruptura; pero tratándose de una maquinación político-económica, las naciones unidas obedecían, mal que bien, a la potencia preponderante, cuya fuerza económica y cuyos intereses

creados determinaron la iniciativa, el control y el carácter de la invasión colectiva. El impulso del pensamiento capital que solidificaba a esos aliados incompatibles emanaba precisamente de la competencia de fuerzas capitalistas; y de su liga no podía esperarse más que un breve respiro, nunca una liberación completa, para un país colonial. La nota fundamental de la empresa era la fricción, y la fricción era la prueba de que la combinación funcionaba bien; y apoyándose en esa nota, el ministro recomendó a su gobierno que se retractara a tiempo, rescindiendo la moratoria del 17 de julio, costare lo que costare, ya que para vivir había que ceder, y México había llegado otra vez al punto, como en el caso del tratado norteamericano, en que la vida no era más que una concesión capitalista.

En México, el gobierno ya había anticipado su advertencia. La situación apremiante que provocó la moratoria pasó tan rápidamente como se había presentado. Los primeros días de agosto González Ortega alcanzó a las fuerzas de Márquez y las derrotó, y aunque el resultado no era decisivo el alivio permitió al gobierno repensar el expediente de la suspensión de pago y adoptar providencias para detener la coalición que se tramaba en Europa: el progreso alcanzado por un rumbo facilitaba la retirada por otro. No obstante, al obligar al gobierno a recurrir a tales extremos y provocar la crisis, Márquez había logrado un triunfo formidable, que su derrota no llegaba a borrar. La victoria de González Ortega disipaba sólo los fantasmas de la pesadilla, y a Zamacona le tocó dispersar su ralea y aplacar a las potencias irritadas.

Con una de ellas no había modo de entenderse. M. de Saligny era intratable. Poco antes de declarar la moratoria, el gobierno había tratado con los acreedores de la Convención francesa ofreciéndoles pagarés afianzados con bienes del clero, que éstos se inclinaban a recibir; pero al consultar con su ministro, recibieron la intimación de rechazar todo arreglo. Si alguna duda había de que obraba como agente provocador antes del 17 de julio, su conducta posterior la disipó por completo.

La vuelta de González Ortega a la capital fue celebrada por turbas vociferando y desfilando por las calles principales, y algunos días más tarde el cuerpo diplomático se presentó ante Zamacona para protestar contra un atentado a la vida del ministro francés, realizado durante la manifestación. Sorprendido al recibir la denuncia en tal forma, sin aviso previo de la policía, Zamacona ordenó una investigación inmediata de los hechos. Los testigos concordaban en declarar que la actitud de los manifestantes, al pasar frente a la Legación francesa, era

pacífica; nadie había oído los gritos de «¡Muera Francia!» que motivaron la protesta, ni observado indicación alguna de hostilidad contra el ministro. Algunos gritos hubo de «¡Muera la reacción!» que nadie suponía dirigidos contra él, y algunas estrofas de la *Marsellesa* entonadas por la multitud, que nadie suponía ofensivas a su bandera. Al atentado contra su vida el único testigo era la víctima. Según su deposición, se encontraba en el patio de su casa al atardecer, cuando se dio cuenta de una detonación y vio que la columna en que se apoyaba había sido rasada por una bala. La policía estudió la casa y la deposición, trazando la trayectoria del balanzo que nadie había oído hasta un punto que nadie alcanzaba de la vista, y el cuento erró el tiro tan evidentemente como el cartucho exhibido por la víctima en comprobación del cargo. Al llegar a este punto, la policía abandonó la investigación, pero las pesquisas pusieron en evidencia algunos hechos a los cuales la prensa dio amplia publicidad, advirtiendo que el ministro daba asilo y auxilio a un general reaccionario buscado por la policía, y que la Legación de Francia servía de centro de comunicaciones con el enemigo y de confabulaciones llevadas a cabo con inmunidad diplomática. Prudentemente, sin duda, M. de Saligny se calló, aunque sin sobreseer: en su informe a París capitalizó el atentado representándolo como la culminación de un sistema de terror calculado, y afirmó, en comprobación del cargo, que obraban en su poder cartas anónimas en que amenazaban con sangre y fuego a los franceses residentes en la capital. «Nuestros nacionales no se han dejado intimidar con estas maniobras — añadió denodadamente— que todo el mundo atribuye a agentes subalternos del gobierno.» A esta aseveración faltaban también los testigos presenciales; pero nunca le faltaban recursos y poco le importaba la contradicción. Lejos de representar a la colonia francesa, predominantemente liberal en sus simpatías, el ministro era el blanco de censuras hasta de sus miembros más conservadores, que vieron un peligro para sus intereses en su carácter pendenciero, y un grupo de banqueros y comerciantes prominentes redactaron una protesta contra sus actividades — testimonio que Zamacona se apresuró a remitir a París con la esperanza de que su representante en Francia lo aprovechara, y sin tomar en cuenta que la corrección de calumnias, aun en las circunstancias más favorables, siempre llega tarde.

Contra M. de Saligny no había defensa posible, y la actitud adoptada por Zamacona para desarmarlo era la táctica más imperdonable: no le hizo caso. Al ministro francés no se podía pasarlo por alto con impunidad; ya se le había pasado por alto

con harta confianza para su propio bien y para el bien del país; y se hallaba aislado ahora por las negociaciones iniciadas por Zamacona con el ministro británico. Indignado por la deserción de su colega, M. de Saligny se internó en la Legación, acumulando sus agravios en anticipación del día de desquite y aliviando su bilis con informes inflamables dirigidos a Cuba. La protección de los súbditos españoles, heredada del señor Pacheco, le suministraba el medio más accesible para contrariar la influencia inglesa, y en su correspondencia con el Capitán-General de Cuba se empeñó en irritar la paciencia de España, a quien también se había pasado por alto con excesiva incuria, y en descargar el rencor congestionado que generaba en los oídos hospitalarios del mariscal Serrano.

Con el ministro británico Zamacona corrió mejor suerte. Wyke no era intratable. Irritado sí, pero no irreconciliable, Sir Charles marchó de acuerdo con Saligny hasta la ruptura con el gobierno; pero en seguida la diferencia fundamental de sus intereses determinó una divergencia en su conducta. Wyke no tenía miras inconfesables ni propósitos ulteriores, y no estaba desprovisto de escrúpulos; y Zamacona, atribuyendo su colaboración a la influencia dominante de Saligny, se empeñó en desliarlos, basándose en la suposición de que Sir Charles había «secundado inocentemente» los designios de su colega y que no era posible destetarlo con tacto y tino. Suposición inocente; pero lo que la motivaba no era la caridad, y en esa distinción sutil entre un crédulo y un cómplice, el mexicano fincó sus esperanzas y fundó su diplomacia. Los primeros pasos fueron los más difíciles. El ministro británico se escandalizó menos por el desfalco mismo que por la forma en que lo supo, lo mismo que todo el mundo, al abrir el periódico y enterarse de las noticias del día; y en su nota de protesta puso de relieve la agravante del proceder del gobierno. Zamacona compensó la incorrección con creces. En materia de formalidad era un maestro y prodigó toda la amenidad de un apologista consumado en modificar al antagonista, pero al principio sin otro resultado que aumentar su cólera, ya que Sir Charles tenía un hígado, un motivo legítimo para ventilarlo, y un dominio muy limitado del lenguaje diplomático; y la facilidad con que las lenguas sueltas de México sorteaban todas sus dificultades a fuerza de fraseología exasperaba su indignación. Apenas si Zamacona pudo captar su atención, pero resultaba menos difícil escuchar que responder interminablemente a sus miramientos intolerables. Sir Charles era soltero y antiguo militar y estaba acostumbrado a hablar alto en su lengua materna, pero un

idioma extranjero resultaba un freno en la boca, y desde el momento en que quedó reducido a tascarlo, fue posible hablar de negocios.

Progresar era difícil, sin embargo, porque desde el principio el ministro británico insistió en la revocación de la moratoria, no como el objeto, sino como el preliminar, de la discusión. La discusión se entabló, empero, gracias a un intercambio de opiniones sobre el aspecto ético del problema. Planteado así, no había problema para el inglés; la oportunidad de moralizar al mexicano era irresistible; y abriendo la boca y cerrando los oídos, tragó el anzuelo y cayó en una controversia que siguió reñida por cuatro semanas. El mexicano cogió un vapuleo tremendo, sin soltar la presa, pero sin vencerla ni a dos ni a tres tirones. Casado con su dictamen y seguro de la rectitud de sus razones, Sir Charles recalcitraba incansablemente y dictó la ley tan categóricamente que no le quedaba nada que añadir sino la repetición incesante, y la repetición redoblaba el vigor abrumador de la reprensión sobreabundante. «El Congreso creyó conveniente hacer un donativo al gobierno de la República de la propiedad de las demás naciones —recalcó el preceptor, poniendo coto al pleito—. Ahora el Excelentísimo Señor Ministro de Su Majestad Británica permitirá al infrascrito la libertad de declarar —reiteró el recalcitrante— que no cree exacta la apreciación que se ha servido hacer del mencionado decreto. El digno representante de Su Majestad Británica denomina, a renglón seguido, aquel acto del Congreso como "suspensión" por dos años de todo pago, y a su cordura no puede escaparse el contrasentido que hay en calificar de donación una ratificación de ciertas obligaciones y una designación de los términos en que se han de llenar.» Sofisma que sumaba muchos millones de pesos. Vino la réplica irrefutable. Luego, Zamacona le hizo presente, pero siempre en buenos términos, que la nación estaba «pagando el oro de sus acreedores extranjeros con la carne y sangre de los mexicanos», y se permitió la libertad de lamentar la responsabilidad del recaudador. «Triste cosa sería si la historia tuviese que referir que después de largas agitaciones y extravíos, llegó por fin un día para esta República en que la administración vino a manos de hombres que, sin ser espíritus ni estar inspirados más que por el patriotismo y la experiencia, se atrevieron a hacer un esfuerzo supremo tan sinceró y decidido, como no se ha hecho nunca, por fundar en México el imperio de la razón y de la moral, y que sus afanes se estrellaron en la preocupación escéptica de las naciones más cultas del globo con respecto al

porvenir y a la regeneración de esta República.» Pero nada pudo el imperio de la razón y de la moral contra el Imperio británico. Este contrasentido lo expuso Wyke al contestar: «Lo malo nunca sale bueno, porque es un axioma consabido que la expoliación, como fuente de recursos, se agota pronto.» Y para asentar la regla una vez para siempre, Sir Charles inició al mexicano en el abecedario de la moral. «Un hombre que se muere de hambre no puede justificar a sus propios ojos el hecho de robar un pan, invocando la necesidad imperiosa que le obligaba a robar, pero tal argumento no puede justificar, desde el punto de vista moral, la violación de la ley, que permanece tan positiva, aparte de todo sentimentalismo, como si el crimen careciera de defensa. Si en realidad el hombre padeciera hambre, hubiera debido pedir al panadero primero que aliviara su hambre; pero proceder sin permiso, y de su libre arbitrio, es hacer exactamente lo mismo que hizo el gobierno mexicano en estas circunstancias.» Pero el panadero fiscalizaba a un analfabeto, y más discurrió el hambriento que el letrado. «El Excelentísimo señor Embajador de Su Majestad Británica se ha servido de un símil cuya inexactitud salta a los ojos», objetaba Zamacona, recapitulando sus razones una vez más en el lenguaje más sencillo que le permitía su educación. Todo eso era hablar alto al sordo. Wyke siguió tratando la cuestión en cosa juzgada, teniendo a raya al casuista incorregible, defendiéndose contra las circunlocuciones en que se veía envuelto, y salvando la moralidad de su raza a costa de su diplomacia; y el altercado se prolongó en una fútil disputa sobre la prioridad de los derechos de propiedad y de los derechos humanos, sin resultado más que el de mantener el contacto que Zamacona estaba resuelto a no perder.

Los méritos de la cuestión aparte, los honores de la disputa los llevó el mexicano, manteniéndola dentro de los límites diplomáticos y conservando un tono de urbanidad indomable, que agobiaba a su adversario y tenía otra ventaja en su favor. Zamacona tenía un ojo puesto en la posteridad —testigo que Wyke no tomaba en cuenta— y con confianza bien fundada siguió documentando la disputa en anticipación del juicio final cuando, como lo recordó a su contrincante en un aparte leal, «esta correspondencia verá la luz». Advertencia inútil: el pez que se moría por la boca no alcanzaba a ver la luz. Cansado pero invencible, Wyke siguió insistiendo en la capitulación incondicional, y como Zamacona no tenía nada que ofrecer sino preces y persuasivas, no se hubiera realizado progreso alguno a no ser por la intervención de un tercero. El avenidor era el

ministro norteamericano.

Un cataclismo había mejorado las relaciones de México y los Estados Unidos. Mientras una nación se libraba de sus convulsiones intestinas, la otra se hundía en la guerra secesionista, y las relaciones de los dos pueblos se cambiaron tan radicalmente que casi llegaron a invertirse. Por primera vez en la historia un gobierno mexicano se vio cortejado. La administración de Lincoln desplegó tino en la selección de un nuevo ministro en México, y la designación era todo un acierto. Al igual que Lincoln, Tomás Corwin era bien conocido en ambos lados de la frontera, como campeón de México durante la guerra norteamericana, y la importancia del nombramiento no dejó de llamar la atención de la prensa secesionista. «El hombre que más que cualquier otro puede atraerse las simpatías de México —así rezaba la alerta difundida en Nueva Orleáns— tendrá mucha influencia en los esfuerzos que se realizan para impedir que se nos reconozca como una nación; y creemos que su nombramiento no tiene otra finalidad. Mr. Corwin tiene todo el talento que se requiere para ocupar un asiento en el gabinete o para desempeñar una misión de primer orden en Europa.» El *Mobile Advertiser* propagó la alarma. «Creemos que nuestro gobierno debería pensar seriamente en los medios de neutralizar la maniobra que la administración de Lincoln está efectuando en México. Lincoln ha mandado a aquella República a un hombre de gran capacidad, cuya presencia en México será por varios motivos muy perjudicial a los intereses del Sur. Los estados del Sur son los que principalmente querían y sostuvieron la guerra con México. Eso lo saben muy bien los mexicanos y ellos harán todo lo posible para vengarse con los partidarios de nuestro Presidente, Jefferson Davis. Saben también que el Norte se opuso a la guerra y tomó solamente una parte muy insignificante en el derramamiento de sangre mexicana.»

El nombramiento de Corwin, como la elección de Lincoln, presagiaba un trato nuevo en la diplomacia norteamericana. Con la llegada al poder del partido republicano y el dominio del gobierno federal por los estados del Norte y del Oeste, despuntaba una nueva era en las relaciones de los dos países; la escisión seccional revelaba las raíces de los abusos del pasado, poniendo de manifiesto que la larga y lamentable historia del imperialismo norteamericano tenía su origen mucho más en intereses regionales que en intereses nacionales, y se debía al casi continuo predominio de los estadistas del Sur en el gobierno federal. Sincero y honrado a carta cabal, *honest* Tom

Corwin, como se le llamaba en Ohio, hizo mucho para honrar su nombre en México. Era el único recluta del cuerpo diplomático que presentó sus credenciales sin condiciones previas, y gracias a sus apreciaciones justas e imparciales de las condiciones del país, prestó un servicio señalado a ambas naciones y logró inspirar confianza en el pueblo acerca de las ilusiones cordiales y borrar muchas de las amargas memorias del pasado. Su misión prosperó y cuando un agente de la Confederación vino a México para agenciar el reconocimiento de su gobierno, encontró cerradas todas las puertas, y descifraba de lejos el letrero que le vedaba el paso.

Llegando a México al mismo tiempo que el ministro británico y acompañándolo a la capital, Corwin siguió siendo su compañero de ruta después de la declaración de la moratoria; y puso al servicio de su colega su propia perspicacia. En los días críticos que siguieron a la suspensión de pago, el ministro norteamericano dio un paso para conjurar la catástrofe que todos preveían con una solución tan sencilla que nadie la había encontrado; propuso a Seward que el gobierno norteamericano afianzara la deuda exterior de México y garantizara el interés por espacio de cinco años. Con toda su simpatía, sin embargo, Corwin era tan ajeno al sentimentalismo político como el mismo ministro británico y favoreció a México en Washington con la astucia, así como con la filantropía, de su raza. Siendo un funcionario diplomático sumiso al ambiente en que obraba, se conformó con las ideas del nuevo secretario que era un discípulo notorio del Destino Manifiesto. «Inglaterra y Francia —señaló a Seward— se encuentran actualmente en posesión de las mejores islas del Caribe (pues, me parece inevitable que Santo Domingo caiga en manos de España antes de sofocarse nuestra rebelión), y con México convertido en colonia de Inglaterra, y teniendo el poderío británico al norte de nuestras posesiones, nos quedaría en el mapa de este Continente una parte muy insignificante de los Estados Unidos, sobre todo si la actual sublevación desnatural fuera a acabar con la separación de ocho o nueve de los estados esclavistas o de todos. Estoy convencido de que México estaría dispuesto a empeñar todos los terrenos baldíos y los recursos minerales de la Baja California, Sonora y Sinaloa, así como su honor nacional, en pago de esta garantía. Esto terminaría probablemente con la cesión de soberanía en nuestro favor. No cabe duda de que así terminaría, si el dinero no fuera reintegrado con la debida puntualidad. Con tal arreglo se realizarían dos resultados: primero, toda esperanza de extender el dominio de una

república independiente del Sur por estos rumbos o por la América Central quedaría apagada; segundo, todo intento futuro de implantar las potencias europeas en este Continente dejaría para siempre de ocupar la atención de Inglaterra o de la Europa continental… Los Estados Unidos son los únicos guardianes seguros de la independencia de este Continente y de su auténtica civilización: esto constituye su misión y deben cumplirla.»

La proposición se apartaba de las opciones anteriores del mismo carácter por la simpatía que afilaba su astucia. A no ser por el doble apremio a ambos lados de la frontera y la situación inerme de México y de las demás repúblicas de la América del Sur —siguió exponiendo— «no tendría yo ningún deseo de meterme en sus asuntos ni de aumentar nuestro territorio con parte alguna del suyo, exceptuando, quizás, a la Baja California, que puede volverse indispensable para la seguridad de nuestras posesiones en el Pacífico… No veo en esta República hombres de ningún partido mejor dotados, en mi concepto, para su cometido que los que se encuentran actualmente en el poder; si ellos no pueden salvarla, entonces estoy seguro de que México está destinado a ser la presa de alguna potencia extranjera, y mucho me temo que no podrán hacer nada sin *nuestra* ayuda. *Nuestra* ayuda, digo, porque será en balde que busquen ayuda en toda otra parte». La ayuda así propuesta era valiosa precisamente porque no era desinteresada. Seward aprobó la idea y Corwin fue autorizado a discutirla con el gobierno mexicano. No faltaba más para que el ministro británico, reducido a la razón, se resolviera a entenderse con Zamacona.

El empate quedó roto. Gracias al espolazo de la mediación y de la competencia norteamericana, el negocio inglés cobró fuerza. El negocio norteamericano, en cambio, quedó estancado. Ningún gobierno mexicano, y mucho menos el gobierno escarmentado por el tratado McLane, podía consentir, por extremos que fueran sus apuros, en la hipoteca propuesta por Corwin; pero como equivalente Zamacona propuso la reducción de las tarifas aduanales, en un 50%, por espacio de cinco o diez años. Corwin se negó a recomendar esta oferta por temor de antagonizar a Inglaterra y Francia, y porque carecía de ventajas reales: puesto que el trato de nación más favorecida estaba garantizado por tratado a ambas potencias, los respectivos ministros pedirían automáticamente el mismo beneficio. Y así sucedió. Wyke adoptó la proposición rechazada por Corwin, siendo más provechosa para él que para el norteamericano, porque las altas tarifas aduanales perjudicaban

al comercio británico, cuyo volumen era el doble del norteamericano, en aquel entonces el más bajo en el mercado. Además de eliminar el peligro de un empréstito norteamericano, la solución era recomendable por otros motivos: a la sombra de las altas tarifas aduanales se había desarrollado un pingüe negocio de contrabando, acaparado por los ingleses, que defraudaban al gobierno mexicano de la mitad de sus rentas; y como Wyke era la probidad en persona, se dio cuenta de la necesidad de una limpieza en casa propia y convino, a cambio de una fuerte ganancia material, en una reducción de las tarifas aduanales que conciliaba el comercio y la moral. Sobre esta tabla de salvación la negociación llegó a feliz término. Al cabo de tres meses de arduas labores Wyke se declaró satisfecho con una concesión que reducía también los derechos de los tenedores de bonos a un plan razonable y de relativa insignificancia. «Les expliqué —informó a Lord Russell — que toda vez que México favoreciera el comercio con la reducción de las tarifas, no tenemos el derecho de insistir en que mutilara sus recursos para cubrir las cuentas de los tenedores de bonos, o para fijar el marchamo exacto asignable a cada corte de tela de camisas que entrara al país.» Pero Lord Russell también era acreedor a una explicación de la conversión milagrosa, merced a la cual su agente hablaba ahora el lenguaje de Zamacona, o más bien dicho, de Corwin; pues tal fue el efecto del favor comercial desechado por el norteamericano y obsequiado al británico por el mexicano en una gran barata diplomática. Corwin había curado a su colega de la enfermedad diplomática de un agente viajero, y Wyke adoptando otra idea original de su amigo norteamericano, había adquirido su actitud simpática hacia México: el sentimentalismo representaba también una ventaja comercial. El 21 de noviembre se tenía redactada una convención que abarcaba los puntos más difíciles en disputa y que permitía el restablecimiento de las relaciones normales entre la Gran Bretaña y México. El *statu quo ante* del 17 de julio quedó restablecido, mas la enmienda aduanal, y los derechos de los tenedores de bonos quedaban a salvo con una estipulación para el nombramiento de interventores británicos encargados de la recaudación de los ingresos.

Pero faltaban varios otros factores que Wyke no había tomado en cuenta. Uno era la Legación de Francia. Por tres meses M. de Saligny había seguido los progresos de la negociación con una agitación cada vez más aguda, y la conclusión del convenio le proporcionaba el cerramiento de razones para enemistar a España con México y la Gran Bretaña

—pues todas las anteriores surtieron poco efecto en el ánimo del mariscal Serrano. «Pero España está amenazada en el extranjero por otros peligros y motivos de inquietud —informó al Capitán-General de Cuba en noviembre—. La Legación inglesa, fiel a *la política franca y leal* que ya conoce usted, tiene concertado, o más bien dicho concluido, un acuerdo que ha agitado la opinión pública por todos lados y que es imposible, en mi concepto, que se le apruebe en Londres. Pero la Legación de Francia está más alejada que nunca de un acomodamiento, y además de la cuestión a la cual se refieren las órdenes que acabo de recibir del gobierno imperial, y que se niegan a admitir aquí, se han verificado nuevos incidentes más graves aún que los del mes de agosto, que hacen imposible mi permanencia en esta capital, en donde no sólo se ataca a Francia y a su representante diaria y escandalosamente en la prensa, sino se amenaza mi vida públicamente por el jefe de policía, un delincuente consumado y un antiguo salteador de caminos reales, notorio por los muchos crímenes que ha cometido y que ha pasado muchos años de su vida en las cárceles de Chapala y de la ciudad de México. Estoy preparándome, por lo tanto, para salir, acompañado por toda la Legación, y tengo la esperanza de ver a usted en México, convencido como lo estoy de que usted vendrá con el mando de la expedición. El viraje brusco, realizado con tanta duplicidad como necedad por Wyke (diplomático negrero), queda aclarado por la respuesta de mi colega a una persona que le expresaba su sorpresa por la actitud de la Legación británica: —¿Qué le voy a decir? Experimentamos una repugnancia invencible a participar en cualquier acción común con España, sea cual sea la cuestión, y sobre todo viendo a Francia a espaldas de España».

La Convención Wyke-Zamacona, amenazando con satisfacer las demandas de la Gran Bretaña, eliminar la necesidad de una expedición punitiva y propiciar la paz, sacó a M. de Saligny de su cautiverio esplínico y le puso en actividad furibunda; pero sus esfuerzos para precipitar la intervención desde el punto más cercano y más accesible quedaban en nada. La negociación británica fracasó. La estipulación que entregaba las aduanas al control de los interventores británicos era el último obstáculo, pero un obstáculo insuperable, y por motivos meramente sentimentales. Zamacona atribuyó el fracaso a «la dificultad de introducir al Presidente a que entendiera la cuestión correctamente; pero el Congreso se mostró igualmente obtuso y rechazó la convención por la condición expresada, aunque aprobando la rescisión del decreto del 17 de julio al mismo

tiempo, en evidencia de su disposición conciliatoria. Pero la concesión exigida por Wyke cuatro meses antes, ya no le satisfacía, y agotada su paciencia por las quisquillas mexicanas puso al gobierno en el caso de optar entre el pacto y sus pasaportes. El gobierno aceptó el ultimátum, el Congreso se negó a embolsar el sentimiento nacional, y Zamacona renunció.

Grande fue la satisfacción de M. de Saligny. «Aquí tiene usted más noticias —informó a Serrano al día siguiente—. El famoso acuerdo con que Wyke sacrificaba sin vergüenza todos los principios invocados con anterioridad por Inglaterra, de acuerdo con Francia, produjo ayer una revuelta grave; y acabo de saber que a horas avanzadas de la noche el Congreso rechazó el convenio. Wyke está furibundo y está preparándose para salir. Ahora más que nunca puedo decir, *diplomacia de negrero*.» Sin embargo, el fracaso del convenio no era más que un respiro, que apenas aliviaba su inquietud; y veinticuatro horas más tarde siguió azuzando a Serrano con la misma ansia febril. «En el corto incluso encontrará usted otras pruebas del doblez y de la necedad del ministro británico, así como revelaciones muy curiosas de una alianza proyectada entre México, Inglaterra y los Estados Unidos contra Francia y España. Le acompaño el *Trait d'Union* y dos extractos de *El Siglo*, en los que encontrará usted curiosos detalles de la convención rechazada anteayer. Cada artículo de este raro documento revela la astucia y la mala fe del gobierno mexicano, no menos que la increíble ingenuidad de la pérfida Albión… Se dice que el Tratado Wyke será sometido otra vez al Congreso; mucho me extrañaría si el segundo intento tuviera más éxito que el primero. El número de votos contrarios, setenta en contra de veintinueve en favor, me parece indicar un entendimiento secreto con Doblado para derrocar a Juárez. No me sorprendería si él y sus ministros tuvieran que huir dentro de los próximos quince días… Insisto en que, si usted piensa obrar, no hay tiempo que perder.»

Sus temores carecían de fundamento. Aunque el fracaso del tratado no le reconciliaba con su colega británico, restablecía automáticamente su colaboración. Wyke no tuvo más remedio ahora que adoptar una posición intransigente. El juicio perentorio de un corchete que llevó a México en mayo estaba plenamente justificado cuando cerró las puertas de la Legación en noviembre, y con la experiencia adquirida ya podía soltar con la conciencia limpia la impaciencia de un convaleciente tieso. Había agotado todas las posibilidades de conciliación razonables. El esfuerzo, aunque frustrado, no se perdió del todo, y antes de salir de la capital creyó de su deber rendir un tributo

muy merecido a dos de sus colaboradores. «Sólo me queda expresar ahora a Su Señoría —escribió a Lord Russell— mi alta apreciación de la conducta de Mr. Corwin en todo el curso del negocio. Me prestó su apoyo del modo más honorable, y al enterarse del rechazo de mi convenio por el Congreso, se negó absolutamente a anticipar al gobierno un solo dólar del proyectado empréstito americano. Tampoco puedo pasar en silencio los servicios del señor Zamacona, el ministro de Relaciones Exteriores; él por lo menos ha sido sincero en secundar mis finados esfuerzos, y su renuncia es la prueba de que a toda regla habrá siempre una excepción, hasta en México.»

Sus finados esfuerzos estaban condenados por Lord Russell a fracasar, de todos modos. Su Señoría había eliminado la posibilidad de un arreglo pacífico luego que se enteró de las negociaciones de su representante, señalando que las condiciones propuestas satisfacían las demandas individuales de la Gran Bretaña, pero que no brindaban garantía alguna de que el gobierno mexicano las respetaría más lealmente que los acuerdos y las estipulaciones anteriores. La convicción tan asiduamente inculcada en su mente por su agente, en el sentido de que la bancarrota en México se debía a la irresponsabilidad y a la insolvencia moral de su gobierno, y que la insensatez andaba al parejo con la mala fe y la incompetencia, con la corrupción, se había arraigado tan firmemente que ya no se podía rectificarla o retractarla después de firmar la Convención de Londres, que no tenía otra razón ostensible para proceder con el secuestro de bienes del culpable. Es más: los finados esfuerzos de Wyke como avenidor incomodaron a su gobierno. Cuando se comunicó a Londres la solución concebida por Corwin, no fue fácil rechazar la oferta norteamericana y producir una razón plausible para desechar la garantía de los Estados Unidos, pero Lord Russell no era sobornable por un rival comercial, y el mismo gobierno norteamericano le brindaba la razón que le faltaba. El precio del empréstito nulificaba su valor político, como el ministro de los Estados Unidos en Londres no tardó en señalar a Seward. «Usted me permitirá una sola observación sobre la importancia de desvestir a los Estados Unidos de toda apariencia de interés personal o egoísta en la acción que pueden creer conveniente adoptar —informó Adams—. La interpretación habitualmente adoptada en Europa es que su gobierno está dispuesto a resistir toda intervención extranjera en México, no porque se inspira en principio alguno, sino simplemente porque piensa, al correr el

tiempo, absorber al país entero por su propia cuenta. De ahí que cualquier proposición como la que he tenido el honor de recibir, basada en la hipoteca de porciones de territorio mexicano en garantía de compromisos contraídos por los Estados Unidos, naturalmente provoca la protesta de que tal paso no es más que el preliminar de la ejecutoria inevitable. Y luego viene el argumento, si tal proceder es legítimo en un caso, ¿por qué no en todos?» Pero el comentario más cruel hecho al plan norteamericano de mediación lo hizo el mismo Lord Russell al invitar al gobierno de los Estados Unidos a participar en la expedición. Seward se dio por entendido y cedió la iniciativa a los aliados. Con el fracaso de Corwin se esfumaba la única esperanza sustancial de evitar la intervención europea.

9

Toda otra esperanza era visionaria, aunque no por eso desdeñable. La intervención de la opinión extranjera era un elemento cuya fuerza pudiera hacer sentir, andando el tiempo, pero por lo pronto valía poco, ya que la opinión pública estaba aún mal enterada, dormitando e inerte. Inaccesible en agosto, daba señas, sin embargo, de rebullir en noviembre. El despertar se manifestó primero donde más importaba que se manifestara, en Inglaterra. El gobierno preparó la expedición durante el receso parlamentario, sin consultar al país, y la publicación de la Convención de Londres a fines de octubre confrontaba al público con una empresa que llamaba la atención y que requería clarificación. La alianza contraída por el gabinete —o por una fracción del gabinete, ya que no se consultó a todos los miembros— y las supuestas ambiciones de Francia y España suscitaron interrogaciones respecto al propósito ulterior y la responsabilidad original de la empresa, que la prensa ministerial anticipaba con aclaraciones tan incoherentes que acrecentaron la confusión y despertaron las sospechas de quienes observaban su conducta errática.

De éstos uno de los primeros y de los más alertas era el corresponsal del *New York Tribune*, que salió a la defensa de México con una actividad que huroneaba todo el enredo y con un clamor que difundió la alarma general; y como el corresponsal se llamaba Karl Marx, abordaba la cuestión con conocimiento de causa. Levantar la alarma por conducto de la prensa transatlántica era dar un gran rodeo, sin duda, pero en las relaciones tensas entre el Nuevo Mundo agarrado por la guerra y el Viejo Continente, al borde de la beligerancia, su voz tenía una amplia resonancia y la alarma corría como la circulación de la sangre, porque andaba dirigida a un país directamente interesado en la relación entre las combinaciones de las potencias europeas y la guerra secesionista en los Estados Unidos. Aunque Marx era un extranjero en Inglaterra y un desterrado internacional, era también un ciudadano del mundo y se encontraba en mejores condiciones que el ministro encallado en París para servir de San Cristóbal a la causa mexicana. «La propuesta intervención en México de Inglaterra, Francia y España —dijo en su reseña de la primera quincena de noviembre— es en mi concepto una de las más monstruosas empresas jamás registradas en los anales de la historia internacional. Es una aniquilación de auténtica fabricación palmerstoniana, asombrando a los profanos por la insensatez

del propósito y por la imbecilidad de los medios empleados, los que parecen absolutamente incompatibles con la notoria capacidad del viejo intrigante.» Lo que afirmaba Marx no era más de lo que pensaba De la Fuente; pero Marx lo formulaba más formidablemente por estar más enterado de la materia. Computando los cálculos evidentes de los aliados —el valor para Napoleón de una diversión militar, el afán de España de recuperar prestigio con el dominio colonial— y cotejándolos con el propósito declarado del gobierno británico, Marx llegaba a una conclusión confirmada por la misma prensa inglesa. «Es cierto, pues, y hasta el *Times* lo ha confesado textualmente, que en su forma actual la intervención conjunta es de fabricación inglesa —es decir, ideada por Palmerston. España, amedrentada por la presión de Francia, tuvo que adherirse a la alianza; y para persuadir a Francia se acudió a concesiones en su favor en el campo de la política extranjera.» Los motivos de Inglaterra eran turbios, pero una cosa quedó clara. «No hay nadie en Inglaterra que quiera una intervención en México fuera de los tenedores de bonos mexicanos; pero esa gente nunca pudo preciarse de tener la más mínima influencia sobre la opinión pública. De ahí la dificultad de comunicar al público la treta de Palmerston. A falta de otra cosa mejor, se optó por aturdir al elefante británico con declaraciones contrarias sacadas del mismo laboratorio, compuestas de las mismas materias, pero administradas al animal en dosis variables.» Método clásico de todos los gobiernos con fines inconfesables, Marx citó en evidencia los primeros tanteos del *Times* y del *Morning Post*, ambos órganos ministeriales. Sostenía el *Post* la tesis de que no habría guerra territorial, pero que, como era imposible tratar con México en plan de gobierno organizado y establecido, los puertos principales serían ocupados y los ingresos aduanales incautados, en tanto que el *Times* expresaba la esperanza de que la sola presencia de una escuadra combinada en el Golfo, y la ocupación de algunos puertos, bastarían para estimular al gobierno mexicano a redoblar sus esfuerzos para mantener la paz. Como providencia constructora la coacción no era una idea original de los ingleses, pero los ingleses la habían llevado por lo menos al absurdo. «Ahora bien, si según el *Post*, la expedición debía salir porque faltaba un gobierno en México, según el *Times*, sólo tenía el propósito de alentar y apoyar al gobierno mexicano ya existente. ¡Claro! ¡El medio más raro jamás concebido para la consolidación de un gobierno consiste en apoderarse de su territorio y secuestrar sus rentas!» Con la conclusión del pacto tripartita, estas incoherencias se habían ahondado y multiplicado a tal punto que ya no era posible

sostenerlas en serio. «El *Times*, que desde su primer informe del 27 de septiembre se había olvidado al parecer de la misma existencia de México, vuelve ahora a la palestra. Alguien que ignorara la relación del periódico con Palmerston y la presentación original de la trama en sus columnas, bien pudiera interpretar el artículo de fondo en el *Times* de hoy como la sátira más mordaz y cruel de la aventura. Principia diciendo que "la expedición es una empresa *muy notable*" (en seguida, dice que es muy rara). Tres estados se combinan para obligar a un cuarto a portarse bien, *no tanto por medio de la guerra como por una intervención autoritaria en defensa del orden. ¡Intervención autoritaria en defensa del orden!* ¡Esto es literalmente la jerga de la Santa Alianza y suena muy notable, en verdad, en los labios de Inglaterra, gloriándose del principio de la no intervención!» Tan poco había cambiado el principio en 1861, que el texto hubiera sido igualmente aplicable medio siglo antes, o en cualquier fecha posterior y en cualquier lugar comparable con México.

De la misma boca del león británico Marx sacó el texto de la requisitoria. «En el curso del artículo el *Times* ejecuta un viraje, explicando la cosa así: "Lograremos, sin duda, el reconocimiento, por lo menos, de nuestras reclamaciones pecuniarias; esa satisfacción, en realidad, la hubiéramos podido lograr en cualquier momento con una sola fragata británica. También podemos confiar en que los más escandalosos atropellos perpetrados serán expiados con un castigo más inmediato y más sustancial; pero resulta claro que, si eso fuera todo, no hubiera sido menester recurrir a medidas tan extremas como las que actualmente se proponen." El *Times* confiesa, pues, textualmente, que las razones originalmente presentadas para justificar la expedición no eran más que someros pretextos. ¿Cuál es, pues, la verdadera finalidad de la expedición? *Una intervención autoritaria en defensa del orden*, formando entre sí un Areópago armado para restablecer el orden en todas partes del mundo.» ¿Había que insistir en aquel punto? o ¿podía terminar la sentencia con un punto final? «"Hay que salvar a México de la anarquía —dice el *Times*— y poner al país en el camino de la paz y del gobierno autónomo. Los invasores deben establecer un gobierno fuerte y estable allá, y aquel gobierno habrá que sacarlo de algún partido mexicano." Ahora bien, ¿hay quien piensa que Palmerston y su portavoz el *Times* creen sinceramente que la intervención conjunta es el medio indicado para realizar el propósito declarado, es decir, la extinción de la anarquía y el establecimiento en México de un gobierno fuerte y estable? Lejos de abrigar una idea tan quimérica, Palmerston y

el *Times* saben que existe un gobierno en México, que el partido liberal, ostensiblemente favorecido por Inglaterra, está actualmente en el poder; que el gobierno eclesiástico ha sido derribado; que la intervención de España era la última triste esperanza de los curas y de los bandidos; y por último, que la anarquía iba desvaneciéndose en México. Saben, pues, que la intervención conjunta, sin otro propósito declarado que el de salvar a México de la anarquía, surtirá precisamente el efecto contrario, debilitando al gobierno constitucional, fortaleciendo al partido clerical con bayonetas francesas y españolas y reencendiendo los rescoldos de la guerra civil, y en vez de apagar la anarquía, la restablecerá en plena flor. La deducción sacada por el *Times* de estas premisas es verdaderamente notable y rara. Aunque —dice— estas consideraciones puedan inspirar cierta inquietud respecto a los resultados de la expedición, no militan *contra la conveniencia de la expedición misma*. No milita, pues, contra la conveniencia de la expedición el que la expedición milita contra su único propósito declarado. No milita contra los medios empleados el que los medios frustran su fin confesado. Pero la rareza más señalada por el *Times* la tengo todavía *in petto*. Si —dice— el Presidente Lincoln se resolviera a aceptar la invitación, prevista en el Convenio, de participar en las próximas operaciones, *el carácter de la obra se volvería más raro aún*».

Y aquel punto Marx creyó necesario subrayarlo. «Sería, en realidad, la cosa más rara si los Estados Unidos, viviendo en amistad con México, se asociasen con los traficantes europeos del orden, y aprobaran con su participación la ingerencia de un Areópago armado europeo en los asuntos internos de los estados americanos. El primer plan de trasplantar la Santa Alianza al otro lado del Atlántico fue redactado por Chateaubriand a favor de los borbones franceses y españoles, en los días de la Restauración. Un ministro inglés —Mr. Canning— y un presidente norteamericano —Mr. Monroe— frustraron el intento. La convulsión actual en los Estados Unidos le pareció a Palmerston el momento oportuno para volver a emprender el viejo proyecto en una forma modificada. Puesto que los Estados Unidos no pueden permitir por lo pronto que ninguna complicación extranjera distraiga su atención de la lucha que libran para la Unión, lo único que pueden hacer es *protestar*. Sus mejores amigos en Europa tienen la esperanza de que levantarán una protesta, repudiando firmemente así, ante los ojos del mundo, toda complicidad en una de las intrigas más nefastas.»

Posiblemente una protesta en aquel momento hubiera producido un efecto electrizante, y hasta un cortocircuito, en la corriente de la opinión mundial; pero en las relaciones tensas entre Inglaterra y los Estados Unidos era evidentemente imposible. Aquel mismo mes, los dos países llegaron al borde de las hostilidades con motivo del incidente del buque *Trent* —la captura en alta mar por un navío norteamericano de un paquebote británico que llevaba a bordo emisarios del Sur— y al pasar el peligro el corresponsal del *Tribune* lo aprovechó para redoblar sus advertencias. La conducta de Palmerston durante la crisis era significativa: temerario al provocar el desastre, se retiró prudentemente al tocar el peligro. Y conociendo la propensión de Palmerston a jugar con el fuego, Marx atribuyó su temeridad a la pasión del fuelle por la fogosidad. La frivolidad del motivo agravaba la ofensa y si Palmerston pensaba emplear la misma táctica en México, mayor sería el peligro para Washington, porque la alianza amenazaba no sólo a México sino a los estados desunidos del Norte. «Hace muchas semanas encarecía a Bonaparte para que propusiera una intervención conjunta y armada en la lucha intestina; apoyó aquel proyecto en las deliberaciones del gabinete, y fracasó sólo por la oposición de sus colegas. Luego, él y Bonaparte recurrieron a la intervención mexicana como un *pis aller*. Esta operación tenía dos objetivos: provocar el justo resentimiento de los americanos, y proporcionar simultáneamente un pretexto para el envío de una escuadra lista, como lo expresaba el *Morning Post*, para desempeñar cualquier deber que la conducta hostil del gobierno de Washington puede obligamos a cumplir en las aguas del Atlántico del Norte... Puedo añadir que el *Norte* del 3 de diciembre —periódico ruso y por lo tanto bien enterado de los proyectos de Palmerston— insinuó que desde el principio se organizó la expedición, no para su fin ostensible, sino para una guerra con los Estados Unidos.» Tal conjetura hizo a Palmerston el honor, por lo menos, de suponer que no había dado el primer paso sin calcular el último.

De todas las interpretaciones a las cuales se prestaba la alianza tripartita, la de Marx era la más lógica. Aunque basada en barruntos, la adivinación era penetrante porque la diagnosis era científica. Su análisis era el fruto de su intuición, de su experiencia y del conocimiento de las maniobras tradicionales de la política británica, y anticipaba la prueba probable. Fomentar la disgregación de los Estados Unidos; debilitar al Coloso del Norte; tomar posición en México y embrollar la quiebra para lograr el propósito —todo eso formaba una

combinación que cuadraba con la razón histórica de la política británica; y la evidencia confirmaba ya la conjetura. La conducta errática de la prensa ministerial era la confesión tácita de fines inconfesables. La mala noticia que tan inquietamente se ingeniaba en comunicar al público bien pudiera ser que la intervención en México era sólo el preludio a la intervención en la guerra civil de los Estados Unidos. A tal política el pueblo británico se oponía firmemente, pero quedaba por saber su actitud hacia la intervención en México, y en diciembre la expedición surcaba ya los mares. Un freno más seguro era la dificultad de dominar a México, señalado por otro órgano gubernamental citado por Marx. «Si lo que se desea es imponer un príncipe inglés con un ejército inglés —opinó *The Economist* — entonces se provoca la ira feroz de los Estados Unidos. Tal conquista la imposibilitarían los celos de Francia, y la proposición sería rechazada casi unánimemente y a primera vista por un parlamento inglés. Inglaterra, por su parte, no puede confiar el gobierno de México a Francia. En cuanto a España, ni hablar.» Por razones de orden práctico, pues, no era fácil imponer una Santa Alianza a Inglaterra o pasarla de contrabando en México en 1861. Pero la razón no tenía nada que ver con la cuestión mexicana; y el pueblo más sensato se volvía el más errático cuando se trataba de racionalizar sus intereses. Si Marx se equivocaba, era por pecar de lógica; las inconsecuencias de los estadistas británicos y su propensión a sortear todas sus dificultades a troche y moche representaba el mayor de los peligros para México en aquel momento.

Los proyectos malogrados, las ambiciones abortivas y hasta los motivos recónditos de los hechos históricos son tan pertinentes a la historia como los hechos mismos, y en la concepción de una trama preñada de tanta confusión y de tanta consecuencia abundaba la materia para el crítico histórico; y como crítico histórico Marx tenía mayores posibilidades de servir a México que como corresponsal del *New York Tribuna*. Para el revolucionario profesional el carácter y el alcance de la empresa saltaban a la vista. Reposición premeditada de la Santa Alianza, o simple incautación de bienes internacionales, la empresa era igualmente reaccionaria; consciente o inconscientemente, daba el mismo resultado; pero la ambigüedad era característicamente inglesa. La confederación de Inglaterra, Francia y España era una alianza políticamente artificial entre la nación más progresista de la época y dos socios que representaban, uno, la perpetuación del pasado y el otro una transacción con el progreso, y el producto era monstruoso porque la nación más

liberal era al mismo tiempo la potencia capitalista prepotente y la contradicción de intereses económicos y políticos engendró uno de los malpartos normales de la civilización del siglo XIX. El destino de México, que salía apenas de su larga lucha para alcanzar la civilización moderna y caía bajo su marcha, no era una paradoja casual, ni fortuito tampoco el afán de la Gran Bretaña de apoderarse de un país a la vez atrasado y progresista en provecho de esa civilización; ambos sucesos obedecían a la atracción polar del mismo eje. Y como el ánimo de Marx vibraba con las revoluciones de aquel eje, México tenía un derecho particular a su interés científico.

El *New York Tribune* no era el vehículo más indicado para ventilar sus ideas profesionales; y después de aprovechar la caja de resonancia para difundir la alarma, Marx dedicó a la violación de México sólo la atención ocasional del comentarista político. En su correspondencia con Engels tocaba de vez en cuando la cuestión mexicana, pero de paso, con la misma brevedad que en sus crónicas mensuales, y la cuestión preocupaba poco o nada a Engels. Sobre México este último se había pronunciado una vez para siempre cuando la guerra con los Estados Unidos, y la opinión que tenía formada de la nación en aquel entonces era enteramente científica y antisentimental. «Hemos visto con satisfacción la derrota de México por los Estados Unidos —escribió en 1849—. Esto representa también un avance. Cuando una nación que hasta ahora ha sido enmarañada en sus propios asuntos, desgarrada perpetuamente por guerras civiles y sin salida posible para su desarrollo, una nación cuya perspectiva más favorable hubiera sido su sumisión industrial a Inglaterra; cuando esta nación está empujada por fuerza en el camino del progreso histórico, no tenemos otra alternativa que interpretar lo sucedido como un paso en adelante. En aras de su propio desarrollo, era justo que México cayera bajo la tutela de los Estados Unidos. La evolución de todo el Continente americano no perderá nada si aquel país, apoderándose de California, hace frente al Pacífico.» Resultaba absurdo —decía— conceder un valor sentimental a estrechos prejuicios nacionales, cuando la existencia y el desarrollo de grandes naciones estaban en juego. Forsyth aprovechó el mismo argumento algunos años más tarde. A Engels lo que le importaba no era el nacionalismo, sino los «hechos históricos de importancia mundial» en el desarrollo social de los pueblos, y el revolucionario aprobó la anexión de territorio mexicano porque «los yanquis enérgicos» eran más capaces que «los flojos mexicanos» de desarrollar sus recursos y de abrir el Pacífico a la

civilización.

Apenas más despectivo era el concepto del carácter mexicano que Marx tenía en aquel entonces. Comparando las aptitudes guerreras de los dos pueblos manifestadas en 1847, decía a Engels: «En los yanquis encontramos los sentimientos de independencia y de valor individuales desarrollados a un grado mayor, quizás, que en los mismos anglosajones. Los españoles son seres degenerados. Pero un español degenerado, ¡eso es el colmo! Todos los vicios del español —grandilocuencia, fanfarronería, quijotismo— se manifiestan en los mexicanos, sin la solidez del español. La guerra guerrillera en México es la parodia de la española, y supera hasta a las tropas regulares que huían del campo de batalla. ¡Hay que reconocer, sin embargo, que los españoles nunca engendraron un genio igual a Santa Anna!» La sentencia sumaria pronunciada en los días de Santa Anna estaba sujeta a revisión, empero, en los tiempos de Juárez. Entretanto había brotado otra variedad de *Homo Mexicanus*, y una nueva generación había empujado al pueblo en el camino del progreso histórico con una revolución social que merecía la atención y el respeto de los precursores de la revolución mundial; y sus avances podían apreciarse por el grado en que conquistaban su interés y su apoyo.

Por poca que fuera la influencia que ejercían sobre la opinión pública, Marx y Engels estaban en aptitud de servir al progreso de México con la atención prestada a la lucha en 1861. La fuerza magnética y la atracción polar generadas por su actividad intelectual formaban un fluido electrizante y eficaz, aunque aislado del corriente de los sucesos del día; difundida en la atmósfera de la época, acumulando energía en polémicas y críticas, concentrada por acontecimientos magnéticos, irrumpía de vez en cuando con repercusiones dinámicas. Tal fue el caso con la guerra civil en Estados Unidos; Marx y Engels aportaron una propaganda apasionada en pro de la causa del Norte, reclutando el apoyo de la clase trabajadora en Inglaterra, el respaldo de la Segunda Internacional en el Continente y la simpatía de las fuerzas progresistas dondequiera que alcanzaba su radio de agitación. En el caso de México, empero, no hubo más que relámpagos de calor, exhalaciones en la atmósfera cargada. Las conquistas de los liberales mexicanos llamaron su atención en la misma medida en que la dedicaban a todos los movimientos progresistas de su época; pero nada más. La revolución social en México, inspirada por los ideales del siglo XVIII, representaba una etapa colonial casi superada en Europa, y un avance muy relativo en una provincia remota y

atrasada de la civilización del siglo XIX. El único aspecto que interesaba a Marx, como parte integral del movimiento revolucionario de la época, era la transformación de las relaciones de propiedad y de producción; y la nacionalización del capital eclesiástico era una reforma parcial que traspasaba la riqueza pública de un sector a otro de la clase media, con título particular, sin modificar el control de la producción o la explotación de las masas. Como fase de la lucha de clases, el conflicto quedó circunscrito a la burguesía: faltaba todavía el proletariado como fuerza consciente o potencial en un país feudal y atrasado. En cambio, en la poderosa nación industrial del Norte, el proletariado despertaba acaparando el interés apasionado de Marx y Engels y enfocándolo en la guerra secesionista de los Estados Unidos, donde la destrucción de la economía feudal del Sur, la conservación de la Unión y el avance de la democracia burguesa constituían los prerrequisitos del desarrollo y del progreso de la clase trabajadora; y ambos se esforzaban en agitar el problema norteamericano. El destino de México, aunque entrelazado con el del vecino, ocupaba el segundo plano en el panorama histórico y fijaba la observación de los agitadores sólo en relación con la lucha decisiva en los Estados Unidos, y en los intervalos de sus vicisitudes. El sacrificio del más débil era penoso, pero pertinente, para Marx; su corazón latía con el Coloso del Norte y una vez más se impuso el derecho del más fuerte.

Por último, a la revolución en México la perjudicaban la inactividad del movimiento revolucionario en Europa desde 1848, y la convicción que tenía Marx de que la curva ascendente del capitalismo tenía que trazar una larga y próspera trayectoria antes de provocar otra reacción revolucionaria. «El problema difícil para nosotros es el siguiente —decía en una apreciación panorámica de la situación—: En el Continente la revolución revela, inevitablemente, un carácter socialista inmediato. ¿No será aplastada, pues, en este rinconcillo, puesto que en un territorio infinitamente más vasto el movimiento de la sociedad burguesa sigue avanzando en una línea ascendente?» Si el Continente era un rinconcillo, México no era más que una tangente en el mapa de la evolución social. El carácter de la lucha allá; la competición de la guerra civil en los Estados Unidos; la influencia tenaz de la indiferencia anterior; la falta de información en el extranjero y los malos augurios enormes — todo conspiraba para que la suerte de la patria de De la Fuente fuera una cuestión de interés remoto e intermitente para los videntes y arquitectos de la revolución mundial.

El aislamiento de México a fines de 1861 era una experiencia amarga para sus dos representantes en el extranjero. Mero duende diplomático, De la Fuente pasó a Londres, impulsado menos por la esperanza de lograr una audiencia que por el temor de faltar a sus deberes, y al cruzar el Canal de la Mancha sabía ya lo que le esperaba al otro lado. Dos años antes, Andrés Oseguera había dado el mismo paso, regresando a París manivacío y con la impresión de haber pasado por «un desierto industrial, en medio de una colmena altamente inteligente, más altamente rutinaria y poco expansiva: verdadera cascada de agua helada que cae sobre la cabeza de un hombre apasionado. Máquinas son los ingleses —decía—, sus hombres no escapan de seguir el impulso mecánico, los demás les siguen, y he aquí que opinión pública y política dormitan». De la Fuente tardó en dar el mismo paso en 1861 por temor de recibir el mismo desaire que en Francia y al llegar a Londres se dirigió primero a la Embajada americana, «más bien con el fin de conseguir información que con el propósito de impartirla», según el ministro, y gracias a los buenos oficios de Adams, logró ser recibido por Lord Russell. La entrevista resultó un duplicado de la conferencia con Thouvenel, apenas diferenciada por la fría cortesía con que el ministro inglés le dio oídos antes de dar por concluida la conferencia. Cogido en el engranaje de una empresa que sólo la consecuencia más rígida era capaz de sostener, Russell naturalmente no tenía nada que decirle; y con sólo la satisfacción de haber cumplido con su deber, el mexicano, mortificado, regresó a París donde, acostumbrado ya al ostracismo rutinario, se dedicó a inventar obligaciones que desempeñar y siguió sirviendo a su gobierno con consejos desesperados.

La expedición estaba en marcha, y con la opinión pública despertando al fin pero tarde para detener la empresa, la única esperanza que le quedaba la fincaba en la expedición misma: en el carácter de su composición, en la premura de su preparación, en las mal soldadas divergencias y las fisuras latentes que, bien explotadas, pudieron provocar su desintegración. Imprudencia en Londres, incertidumbre en Madrid, equivocación en París; en las tres capitales privaba un estado de inestabilidad común, en tanto que las medidas concertadas tomaban cuerpo con la rapidez propia de la más absoluta confianza. El socio capaz de resolución y consecuencia tenía todas las probabilidades de dominar la situación, y fue precisamente la confianza de uno de los tres lo que provocó la primera fisura en el frente unido. En diciembre se supo que una fuerza española ya había salido de

Cuba, acatando las órdenes expedidas por Calderón Collantes en septiembre, sin esperar la llegada de las escuadras aliadas, y la precipitación del gobierno español causó un grave disgusto en Londres y París. Ambos gobiernos pidieron explicaciones a Madrid, y Calderón Collantes canceló las órdenes, pero Thouvenel y Russell aceptaron sus explicaciones con marcada reserva y desagrado, y de la contrariedad De la Fuente cogió una inspiración. La reacción de los gobiernos inglés y francés —señaló al suyo— era vigorosa, reservada y ambigua. Prontos a frenar la iniciativa subrepticia de España, no tenían aversión, sin embargo, a aprovecharla: si la iniciativa tuviera éxito, recogerían el botín común; en el caso contrario, la denunciarían como una infracción flagrante del pacto y España quedaría colgada y en una posición ridícula; y el caso contrario era tan probable que un periódico inglés llegó a decir que, si los mexicanos diesen una lección a los españoles, «se pondría de relieve lo absurdo de la campaña de África, origen extraño y tema repetido de la decantada restauración de España». La indicación dio vuelos a la imaginación del mexicano; como todos los pobres, sabía sacar provecho de poco. «O me engaño en lo que más cierto me parece —siguió especulando— o el triunfo de nuestro ejército sobre el español que nos invade ha de ser muy favorablemente recibido y la opinión que sobre eso se forme por acá debería influir poderosamente en los consejos de los gobiernos aliados; podríamos tratar con ellos sin dificultad y sin grandes quebrantos; nuestro nombre y crédito, postrados ahora, se levantarían y daríamos un mentís solemne a los que nos increpan, diciendo que sólo sabemos pelear contra nosotros mismos. España no podría enviar una nueva expedición, porque no tiene dinero y su crédito público está en el estado misérrimo que describen algunas de las tiras adjuntas. Cuba misma está en pésimo estado financiero por la guerra de los Estados Unidos. Los españoles, pues, van a México sedientos de oro, como en los tiempos de la conquista: no solamente ansian nuestros fondos, sino que sueñan también en la antigua dominación y en el antiguo situado. En el estado a que habían venido las cosas, me parece que la invasión española, aislada de las fuerzas coligadas, era lo mejor que podía sucedemos». Era el caso de una escaramuza que pudiera salvar una guerra; y teniendo duende de todos menos de España, encareció a su gobierno a provocar el conflicto y a enfocar el ardor bélico del país en el enemigo hereditario.

Los despachos de De la Fuente pasaban por Washington, donde su único colega en el servicio diplomático los aprovechó. La

Legación de Washington estaba a cargo de Matías Romero, joven recluta de la falange de reformadores, bastante verde para desplegar iniciativa y audacia en la defensa de su patria en tierra extranjera. A la ardua empresa de ganar el apoyo del único pueblo dispuesto a favorecer al suyo, se dedicó con ahinco y tenacidad; tuvo que contender con la apatía o la hostilidad de la prensa norteamericana y con la ignorancia pasmosa de la opinión pública, que culminaba en el Congreso; pero no dejó piedra por mover para presentar la causa de México en el doble aspecto de sus méritos intrínsecos y de su relación con la lucha en los Estados Unidos. Una vez se acercó al Presidente. A principios de aquel año fatídico para ambas naciones, se presentó a Lincoln, antes de su toma de posesión. Hizo el viaje a Springfield con el fin de conocer al Presidente electo, en su patria chica. La memorable defensa de México hecha por Lincoln en la Legislatura de Illinois en 1848 merecía una romería a su cuna en el lejano Medio Oeste; y Romero, oriundo de Oaxaca y amigo íntimo de Juárez, se percató desde luego de la importancia de conocer al hombre cuyo origen, cuyo ascenso y cuya fe presentaron tantos puntos de contacto con su propio Presidente y tantas oportunidades para un entendimiento cordial entre los dos.

La entrevista en Springfield era de buen augurio. En premio de su iniciativa, Romero recibió seguridades de una amistad sincera con México, seguridades que le parecieron más que los acostumbrados lugares comunes oficiales, ya que el Presidente electo las expresó «de una manera explícita y hasta vehemente», y que le inspiraron confianza por el giro que tomó la conversación. Lincoln lo interrogó sobre la condición de los peones mexicanos, demostrando lo que Romero calificó, un tanto penosamente, de «ideas exageradas de la situación que guardan los indios trabajadores en las haciendas: se dice que están en una esclavitud más abominable que la de los negros en las plantaciones del sur de este país, y se cree que los abusos que por desgracia se cometen son generales en la República y están autorizados por la ley»: impresión que se apresuró en rectificar. «Le expliqué detalladamente cómo se han cometido tales abusos y manifestó mucho gusto al saber que semejante práctica es contraria a las leyes de la República, y que luego que haya un gobierno sólidamente establecido tratará de corregirla. Mr. Lincoln —siguió informando— no se manifestó muy bien impuesto de los negocios de México y considerando yo que la base de su política con México será la manera con que ve nuestra situación, mi primer cuidado fue informarlo de las

causas de nuestros trastornos, que aquí han llegado a ser proverbiales y a considerarse por muchos sin remedio, y a manifestarle que hoy se han curado radicalmente. Además de esto, la circunstancia de ser México hasta ahora la única nación que ha felicitado a Mr. Lincoln por su elevación al poder, debe convencerlo de los buenos sentimientos que tiene la República respecto de sus principios y su país e influirá en su ánimo de una manera notable en favor de México.»

Romero era optimista; si no, no hubiera hecho el viaje a Springfield. El enlace con Lincoln significaba una afinidad de caracteres, y sobre todo de carácter de clase, que brindaba una nueva garantía para el porvenir de ambos países, y Romero no dudaba de que «en su administración se guiará por los buenos sentimientos que me expresó, pues es hombre sencillo y honrado, y sus palabras llevan el sello de la sinceridad y no de las frases pomposas, pero vacías de sentido, usadas por las personas educadas en la falsa política que tiene la costumbre de ofrecer mucho y cumplir nada». La promesa de la primera entrevista siguió siendo, sin embargo, una promesa; pues, apenas establecido el contacto, Romero lo perdió. En Washington el Presidente, agarrado por la guerra, era inaccesible, y su falta de experiencia en asuntos exteriores dejaba el timón en manos del Secretario de Estado. Tratándose de la cuestión mexicana, Seward era virtualmente el Presidente de los Estados Unidos.

Seward mixtificó al mexicano desde el primer día en que se trataron y, al cabo de un año dedicado a estudiarlo, Romero lo calificó de impenetrable. «Me parece difícil creer que un hombre de su perspicacia y experiencia ignore realmente la naturaleza de nuestras cuestiones interiores y exteriores; pero por la manera con que habla y con que ha obrado aquí, se deduce, o que en efecto no las conoce, o que aparenta ignorancia.» Al apreciarlo así, Romero tomó en cuenta los antecedentes políticos del secretario de Estado. «En otra ocasión he manifestado a ese Ministerio que Mr. Seward, o por hacer una oposición sistemática al gobierno de Mr. Buchanan, que se declaró en favor de la causa constitucional de México, o procediendo de buena fe, era el apoyo principal de la reacción en el Senado de los Estados Unidos, y el censor más austero y amargo de la política que Buchanan siguió respecto a México. Después ha tenido por supuesto que aceptar hechos independientes de su voluntad, pero que al parecer en nada han servido para ilustrar su juicio.»

Del gran cambio en la política norteamericana respecto a

México, presagiado por el triunfo del partido republicano, poca evidencia había en la actitud de Seward o de la prensa republicana. En un artículo de fondo del *New York Times* de diciembre de 1860, con el encabezado de *¿Vamos a tener a México?*, aquel órgano del secretario de Estado entrante había dado un nuevo giro a la política de los demócratas con la declaración franca de que «nos complace saber, en vista de la disolución de la Unión que nos amenaza y de la disrupción consiguiente de las empresas comerciales y de otros asuntos, que miembros eminentes del partido republicano han empezado ya a considerar la anexión o la adquisición de México como un medio seguro de indemnizar al Norte de inmediato por la pérdida parcial del comercio del Sur, y de frustrar los proyectos de propagar la esclavitud que constituye un gran incentivo a la desunión. Sabemos que esta idea de adquirir a México, integrante de la Confederación, no es simplemente la insinuación casual de un senador, sino que ha sido considerada en serio por distinguidas personas que tendrán mucho influjo en la próxima administración». La política preconizada por el *Times*, planteada con evidente autorización, fue expuesta amplia y cándidamente. «Muchos de los estorbos que hay para la adopción de la política de un protectorado sobre México desaparecerán con la disolución de la Unión. Aunque deploramos profundamente la desorganización de la Confederación tal y como existe actualmente, nos consuela el saber que tan triste evento quitará el último obstáculo a la consumación de la política obvia de la República Americana. La cuestión de la esclavitud ya no será un estorbo, y el pueblo mexicano recibirá de nuestras manos las garantías de un gobierno estable sin correr el riesgo de verse arruinado por la esclavitud. Los mexicanos, aunque ignorantes y degradados, abrigan una prevención muy saludable contra una institución que les rebajaría al nivel de esclavos… Un protectorado, seguido por el comercio libre y el derecho de colonización, sería el primer paso. Pero es evidente que el efecto de este contacto íntimo con el pueblo libre del Norte tendría como resultado la *americanización* de México en sus conceptos de gobierno y de libertad civil; de manera que después de algunos años de pupilaje los estados mexicanos serían incorporados a la Unión bajo las mismas condiciones que los estados primitivos. El Sur se encontraría rodeado entonces por estados y territorios en que la idea de la libertad civil, en su aplicación más amplia, sería el vínculo de unificación. México tiene la misma extensión, más o menos, que los estados de nuestra Unión y no anda muy atrás de los Estados Unidos en población. El comercio de aquel país

tan mal gobernado tiene mucho valor, incluso en las circunstancias actuales, para las naciones comerciales del mundo y especialmente para Inglaterra. Hace un año hemos publicado algunos datos estadísticos interesantes, los que demuestran la ceguedad del gobierno norteamericano respecto a la importancia de cultivar relaciones íntimas con México. Pero ese comercio, bajo el reinado de anarquía de los últimos cuarenta años, no es nada en comparación con lo que puede llegar a ser cuando la inteligencia, la libertad y la energía anglosajonas hayan reducido el caos al orden y convertido en obreros laboriosos las guerrillas que combaten, la sociedad ahora, por faltarles toda seguridad en sus hogares. La fuerza que los estados secesionistas pueden levantar no sería un obstáculo grave. Sin organización, sin gobierno, sin armas, sin buques, sin marinos, y más aún, siendo el bando más débil, nada podrían hacer los estados esclavistas en contra del protectorado sobre México; Inglaterra, Francia y todas las naciones comerciales del mundo nos agradecerán el servicio prestado a la causa de la civilización y del comercio, y los mexicanos nos recibirán con los brazos abiertos. Ésta, pues, es la política que debe contar con el apoyo entusiasta de cada hombre del Norte, y especialmente de aquellos que se dediquen al comercio y a las manufacturas. Abre un campo ilimitado a la empresa y no puede menos que compensar cualquier pérdida pasajera que suframos con la disolución del Sur. Si tan temido evento viniera a verificarse, sin duda que perjudicaría al comercio y al tráfico del Norte; pero ya hemos demostrado que, dentro de la Unión, el Sur no puede pasarse de las manufacturas, de los buques, de las herramientas y del capital del Norte; y cuando tomamos en cuenta las facilidades y los alicientes para la adquisición de México que la separación del Sur ofrece al Norte, podemos consolarnos con la reflexión de que, si bien la desunión puede ser censurable desde el punto de vista patriótico y del honor nacional, no dañará esencial y permanentemente el comercio y la prosperidad industrial del Norte.»

Tan poco, en realidad, había cambiado la política norteamericana respecto a México al pasar de una administración a otra, que sólo la lucha intestina impedía la asimilación por el Norte de las doctrinas del Sur. Aunque el *Times* de Nueva York no era, como el *Times* de Londres, un órgano reconocido, Seward se había caracterizado entre los prohombres del partido republicano como un discípulo extravagante del Destino siempre más manifiesto, y en un discurso electoral, dando vuelo a su imaginación histórica, había

abogado por la inclusión del Canadá, amén de México, en la Unión Americana. La disrupción de la Unión y su llegada al poder lo habían morigerado, sin duda, pero independientemente de su voluntad, como lo expresó Romero, y en sus roces con el secretario de Estado, el mexicano se sentía desconcertado por una reserva impenetrable.

Esta reserva era cada vez más marcada al aproximarse la intervención europea. Romero aprecia en su debido valor la influencia paralizante de la guerra civil y la necesidad imperiosa de neutralidad impuesta a la política exterior de los Estados Unidos; pero con todo y la circunspección que tenía de observar el Departamento de Estado, siempre quedaba un margen entre la circunspección y la insensibilidad y una distinción decente, que también le parecía ineludible bajo la administración de Lincoln. Cualquier otro secretario de Estado hubiera mantenido la misma actitud de reserva en las mismas circunstancias, pero Seward manipulaba la prudencia con una flexibilidad que revelaba la mano del político en el guante del estadista. La ayuda que ofrecía y el apoyo que reservaba obedecían por igual a su inveterado modo de pensar. La hipoteca de territorio mexicano a cambio de un empréstito destinado a impedir la intervención era una proposición desafortunada tanto por el efecto que surtía entre las potencias acreedoras como por la impresión que dejaba en la nación deudora: recordaba al mundo que la política norteamericana era un producto manufacturado en el interés de Springfield, Massachusetts, más bien que en favor de Springfield, Illinois, y garantizaba de antemano la agresión y legitimaba la competición de las potencias europeas en México. Si alguna vez se presentara una coyuntura en que hubiera resultado oportuna la generosidad y político el desinterés, era precisamente en aquel momento en que la protección de México significaba una salvaguarda para los Estados Unidos y un antiséptico contra la liga de tres gobiernos, ansiosos de favorecer al Sur y de fomentar la desintegración de la Unión Americana. Este desacierto no tenía soldaduras, y hasta la ayuda negativa que Seward brindaba al vecino adolecía de una deliberación que desalentaba a Romero. La invitación hecha por los aliados a participar en la intervención tripartita era, si no una burla sangrienta, una postura diplomática transparente que nadie, y mucho menos los gobiernos que la formularon, pensaban que los Estados Unidos aceptarían o siquiera la tomarían en serio. Sin embargo, al discutir la proposición con Romero, Seward eludía la respuesta que tenía pensado hacer a los aliados. «Esta reserva y frialdad de

Mr. Seward me acaba de confirmar en el concepto que tenía yo formado —confesó el mexicano—, de que si los Estados Unidos, mientras Mr. Seward esté en el Departamento de Estado, toman parte en nuestras dificultades con las naciones europeas, es sólo para sacar a nuestro costo el provecho que pueden de ellas, y no porque tengan el más ligero deseo de ayudarnos de buena fe a sostener nuestra nacionalidad y nuestras libertades.»

La reticencia del viejo republicano en esta ocasión era una ofensa gratuita que inspiró una idea desesperada a Romero. «Después de haber salido del Departamento de Estado —siguió refiriendo a su gobierno—, me puse a pensar en los impenetrables designios de Mr. Seward, que me tiene enteramente desconcertado, y me pareció que no sería nada extraño el que este gobierno aprobara los planes de los de Europa y se uniera con ellos, si creía que de tal paso podría sacar algunas ventajas. Discurriendo sobre este tema, me ocurrió que si la intervención ha de ser un hecho que no esté en nuestra posibilidad evitar, nos sería más conveniente que los Estados Unidos tomaran participación en ella, pues en ese caso, además de que aumentan los motivos de discordia entre los interventores, conseguiremos que la causa liberal tenga a lo menos el mismo número de votos que la reaccionaria, pues no sería difícil que los Estados Unidos lograran, teniendo un agente tan hábil como Corwin, decidir enteramente en favor de la causa constitucional a la Inglaterra, que de otro modo estaría vacilante. Voy a reflexionar maduramente sobre esto, y si el resultado de mis meditaciones valiera la pena, lo comunicaré a Mr. Seward.»

¡Feliciter audax! Convencido de que la partida más arriesgada sería la más segura, y siendo indispensable a la inspiración la celeridad, Romero comunicó la idea a Seward bajo su propia responsabilidad y ganó, en premio, la atención del viejo político. «Mr. Seward, penetrado al parecer por mis observaciones, me dijo que el negocio era bastante grave y que se tomaría el tiempo necesario para meditarlo. Después añadió en tono festivo: es muy duro tener que declarar la guerra a un buen amigo para contribuir de esa manera a salvarlo; a lo que respondí que las circunstancias y complicaciones hacían necesarias muchas veces anomalías de esa especie, agregándole que nuestro deseo de que los Estados Unidos aparecieran como nuestros enemigos era una prueba de la confianza que teníamos en ellos.» Al hablar así, no se permitía un sarcasmo. Por paradójica, extravagante y precaria que fuese la maniobra, estaba inspirada por una audacia conmensurable con la

situación, y logró por lo menos entretener por un rato al viejo político y encaminarlo a manifestar sus intenciones. Algunos días más tarde Seward rechazó definitivamente la invitación de los aliados, conforme a sus propias inspiraciones e independientemente, por supuesto, de las de Matías Romero.

Aturdido, confundido y fascinado por una mentalidad que no sabía dominar, Romero se descalabazaba ante el enigma cuando la correspondencia de su colega en París le proporcionó otra inspiración flamante. La idea desesperada de De la Fuente de que una invasión española era lo mejor que pudiera suceder a México era un recurso aún más atrevido que el suyo, y haciéndolo suyo, lo sometió a la aprobación de Seward y lo acompañó con un legajo de informes tendientes a evidenciar que el espíritu antinorteamericano de España hacía de tal eventualidad un asunto de común interés. Aunque blanco del ostracismo del cuerpo diplomático en Washington, Romero había sido objeto de las atenciones del ministro español, quien lo persiguió con sus consejos amistosos, y fue de aquella fuente de donde sacó sus razonamientos. En una conversación confidencial, el señor Tessara le había señalado, como amigo y hermano de raza, que la única salida para México era su conformidad con las demandas de los aliados; que nada estaba más alejado de las intenciones de Madrid que la reconquista de México, ya que el campo más indicado para el expansionismo ibérico era Marruecos y Portugal; que, en caso de hostilidades, no cabía duda de que Washington estaría del lado de las potencias europeas; y que las fuerzas que éstas acumularían en el Golfo estaban destinadas a servir, no contra México, sino contra los mismos Estados Unidos. Con estas indiscreciones calculadas en la cartera, reforzadas por los informes de De la Fuente refiriendo el afán de España de entronizar a un Borbón en México, Romero intentó inquietar a Seward y determinar su actitud en el caso de ocurrir un choque con los contingentes españoles en Veracruz. Seward escuchó sus revelaciones «con una sonrisa de incredulidad» y contestó que, por lo menos, no podía hacer nada. España era la espina del viejo: poco antes se había empeñado en impedir la reocupación de Santo Domingo por las fuerzas armadas de España, y había fracasado rotundamente; y aquel revés le obligaba a evitar peligros que no podía eliminar y a minimizar con prudente escepticismo las alarmas que el mexicano se ingeniaba en suministrarle. Momento penoso para los dos: Seward ya no era un enigma y Romero salió de la conferencia sin ilusiones y con las resoluciones del caso. «Las declaraciones de Mr. Seward de que

los Estados Unidos no tienen nada que hacer en una guerra entre dos naciones independientes y de que no pueden imponer instituciones republicanas al pueblo de México, hechas en estas circunstancias y cuando está todavía fresca la memoria de los sucesos de Santo Domingo, son muy significativas —informó tristemente a su gobierno—, y creo que nos deben hacer perder toda esperanza en este gobierno. Nadie vio con más placer que yo el advenimiento al poder del partido republicano de este país, porque sus antecedentes hacían creerlo animado de sentimientos verdaderamente fraternales hacia México; nadie concibió esperanzas más grandes que yo de los buenos resultados que tal suceso había de producir a mi patria, y nadie ha sido más amargamente desengañado de lo que lo estoy, por la manera con que veo que procede este gobierno respecto de nuestras cuestiones... Además, la persona y la predisposición del secretario de Estado, cuya influencia sobre el Presidente, y con especialidad en los negocios de su ramo, es decisiva, nos es bastante desfavorable. Todas estas consideraciones —terminó diciendo—, me hacen afirmarme más en la creencia que siempre he tenido, de que debemos atenernos a nuestros propios elementos y a nuestros recursos interiores.» Y concurriendo con su colega en París, Romero recomendó que se empuñaran las armas contra España de solo a solo. Empero, cuando las recomendaciones de los dos diplomáticos llegaron a México, la marcha de los sucesos ya las habían relegado al limbo de los pasos perdidos.

10

Como el frente unido contra México era la única perspectiva certera, y la defensa propia el único recurso con que el país contaba, la urgencia de consolidar el frente interno se impuso al aproximarse la prueba de fuego. Conjuntamente con las negociaciones diplomáticas, el gobierno hizo preparativos para la movilización militar y tomó medidas para la consolidación política de la revolución; pero estas medidas eran provisionales, porque el objeto de la intervención era todavía oscuro e indescifrable entre las voces confusas y contradictorias que llegaban de ultramar. La atención pública se fijaba en el propósito declarado y ostensible; circulaban rumores de complicaciones políticas y del propósito latente de injertar una corona mexicana en la incautación de bienes de la nación, pero el espíritu público descontaba las alarmas con notable sobriedad. La prudencia se manifestó, primero, en la disposición general de minimizar las alarmas y de impedir otro acceso del terror pánico que había quebrantado al gobierno a principios del año. Las negociaciones con el ministro británico inspiraron una sensación de falsa confianza en la resolución pacífica de la crisis; y sólo con el fracaso del convenio a fines de noviembre y la confirmación quince días más tarde de la conclusión de la Convención de Londres, el público se dio cuenta de la gravedad y de la inminencia del peligro. Entonces la concurrencia de fuerzas externas e internas, coligadas contra la nación, el partido y el hombre que la representaban, impuso a todos la obligación suprema de unirse, pero la fusión no se efectuó automáticamente.

La nación estaba identificada con un partido, y nada menos que la intervención extranjera hubiera podido saldar el cisma de la guerra civil. Los restos de la facción clerical habían logrado trastornar al país y provocar la crisis, y uno de los primeros pasos dados por el gobierno para conjurarla era casi una capitulación: el presidente publicó la amnistía general que la vindicta pública prohibió que se promulgara a principios del año. Providencia humillante en las circunstancias que la impusieron, era esa amnistía mucho más apta para enardecer que para reconciliar a los restos insumisos del partido reaccionario. Pero los mismos facciosos proporcionaron al gobierno una mejor garantía, y dieron un paso más eficaz para cerrar la brecha, con las medidas tomadas por los monarquistas en París para ensancharla. Los expatriados, más conscientes que Hidalgo de la responsabilidad asumida al prometer a Napoleón

que la nación se levantaría en masa para aclamar a los aliados, y menos seguros de sus premisas, tomaron la precaución de nombrar a un agente, encargado de despejar el camino y garantizar la proclamación espontánea de la monarquía. Habiendo perdido por tantos años todo contacto con su tierra, no buscaron entre sus filas al precursor indispensable: el elegido era el padre Miranda, que merecía su confianza por el bien fundado renombre que disfrutaba como agitador en México. El padre aceptó la comisión y se trasladó de Nueva York, donde se consumía en el destierro, a La Habana, donde se dedicó a sustentar una correspondencia activa con sus partidarios del otro lado del Golfo.

Las respuestas eran poco alentadoras. Sus correspondientes concordaban en pintar a la reacción postrada e inerte, desorganizada y desmoralizada, dispuesta a recibir el socorro pero incapaz de mover un dedo en defensa propia, y aturdida y alarmada por la intervención extranjera. Nadie acertaba a descifrar lo que significaba, ni a dónde iba a parar: quienes creían que se trataba de restablecer a Miramón, «idea que les parece intolerable»; otros, que obedecían a la instigación de «los pocos agiotistas alemanes e ingleses y algunos socialistas franceses, que son los que en gran parte se han hecho de los bienes de la Iglesia»; y otros más, que tenían causas más recónditas y quién sabe qué finalidades. Cada quien tenía su versión propia de un hecho que a nadie le inspiraba confianza, y todos esperaban que el Padre Miranda les llevara la luz, la fe y sobre todo la dirección indispensable. Más que un intérprete, lo que les faltaba era la presencia de un jefe capaz de reclutar prosélitos y de levantar con su inspiración el ánimo de un partido materialmente proscrito y moralmente abatido. Márquez y Zuloaga se habían enemistado, sacrificando todas las oportunidades de una acción conjunta; Miramón, después de declarar en París que no había tal camero como un partido monárquico en México, se encontraba en Nueva York, listo para desenvainar la espada en defensa de la patria. El mismo Márquez advirtió al padre que la sola apariencia de coacción extranjera les perdería ante el país y que, a menos de garantizar de antemano la más absoluta libertad en la elección de un gobierno, el partido haría causa común con los liberales, por ser el mal menor: la reacción, en suma, era mexicana.

Miranda se empeñó en corregir por correo los errores vulgares del rebaño; pero no bastaba la correspondencia epistolar. Un solo hombre en México tenía la autoridad moral suficiente para disipar las dudas de los fieles, y aquel hombre se

encontraba en Cuba. Él, y sólo él, sabía inspirar fe a sus feligreses; la confianza que les infundía, según su hermano en Nueva York, que la infundía a su vez por correo a sus fiadores en París, era único; los soldados obedecerían a ciegas las órdenes que oyeran de sus propios labios, pero en su ausencia desconfiaban de los demás. «Su primera pregunta será siempre: ¿Dónde está el doctor?, y a menos que el doctor esté muerto, ninguna contestación a estas preguntas ha de ser satisfactoria a esa gente. En una palabra, en medio de tanta miseria, imbecilidad, deslealtad y cobardía como han visto, el doctor es el *único* que les inspira ilimitada confianza. Con él, todo se facilitará; sin él, todo serían dificultades.» El doctor no desoyó la llamada, pero como la policía lo buscaba también en México, se quedó en Cuba hasta llegar la escuadra aliada. En México, se había puesto precio a su cabeza, y su cabeza era indispensable donde todavía la tenía; pero siendo indispensable que un agitador agitase en el terreno mismo, le faltaba el prerrequisito de un precursor, y su influencia era eventual. Su vocación dificultaba su misión, y en vez de preceder la expedición, optó por acompañarla; y entretanto sus parciales permanecieron pasivos y patrióticos, temiendo los más intrépidos entregar su suelo natal, y aferrándose al terruño los más tímidos con la tenacidad de la inercia; y el partido se acogió a la amnistía del gobierno con sumisión patológica. El conflicto irresuelto entre el partidarismo y el patriotismo neutralizó a la reacción. Si la sombra de la intervención bastaba para lograr la fusión, o la confusión, de la fisura nacional, no fue hasta la materialización de la expedición cuando se eliminaron las disensiones internas del partido liberal. El triunfo puso a dura prueba su disciplina: la solidaridad forjada en la lucha se disolvió con la paz inestable, y durante los primeros seis meses del año las rivalidades de los abanderados y las lealtades de sus parciales llegaron a tal grado de exaltación con la campaña electoral, que al verificarse los comicios Zarco puso en guardia al partido contra un desenfreno que estaba a punto de convertirse en una condición incurable y congenial. «¿Necesitaremos siempre un aguijonazo para que nos unamos?», exclamó cuando las catástrofes del mes de junio volvieron a cerrar las filas. El recrudecimiento de la reacción, la dificultad de consolidar la revolución, el peligro de complicaciones extranjeras, todo se conjugaba para resucitar la agitación dentro del partido y avivar la demanda de una dirección enérgicamente revolucionaria. Del grupo original que encabezó el movimiento, cercenado ya por la muerte, sólo se perfilaban dos figuras de comprobada capacidad y de talla nacional —Juárez y Ortega— al concretarse la sombra de la

intervención; y sobre ellos se enfocaba la agitación, cuando la marcha de los sucesos llegó a la etapa en que la necesidad de forjar la unión nacional puso a prueba la fuerza del partido que estaba identificado con la nación, y del hombre que representaba a los dos.

Las elecciones presidenciales plantearon un problema que el triunfo de Juárez dejaba sin resolución. A pesar de la pluralidad indisputable con que el país —el país quieto e inarticulado a diferencia de la agitación superficial fomentada por los círculos políticos y la prensa partidarista de la capital— se declaró en favor de Juárez, la decisión no fue recibida sin impugnación por el candidato derrotado; sus adictos hicieron una distinción sutil entre el elegido y el predilecto del pueblo, y para invalidar el voto se dedicaron a minar la confianza en el veredicto. Como primer paso, se aseguraron la sucesión. El Congreso nombró a González Ortega presidente interino de la Suprema Corte. La elevación de un militar al tribunal y de un candidato derrotado a una posición que llevaba la sucesión a la Presidencia en el caso de una eventualidad era una maniobra cuya intención, ya suficientemente evidente, estaba subrayada por su irregularidad, siendo la elección del presidente de la Suprema Corte una prerrogativa no del Congreso, sino del pueblo votante; pero la infracción constitucional pasó sin resistencia visible. «El señor Juárez puso en juego todo su poder para contrariar mi nombramiento —escribió Ortega a su esposa— porque está vacilando en la silla presidencial y teme caer con mi ascenso a la Corte de Justicia. Yo no le hecho oposición alguna y desprecio las ruindades del gobierno, que está desprestigiado hasta lo sumo.» El marido se descubría con su esposa, y entre casados nada era más natural; pero no supo observar la misma discreción con el público. Nombrado en vísperas de salir a campaña contra Márquez, González Ortega regresó a la capital en agosto con los laureles de un nuevo triunfo militar, más prestigiado, más popular que nunca; y al tomar posesión de la Presidencia del Tribunal Supremo, pronunció un discurso notable por su dudoso tacto político. Reconociendo su falta de preparación profesional para ocupar el puesto, y aludiendo a las interpretaciones infundadas que pudiera provocar su nombramiento al Tribunal, el flamante magistrado declaró que, si alguna vez su posición resultara incómoda para el señor Presidente de la República, renunciaría desde luego. «Prever semejante antagonismo es reconocer que ya existe», comentó un periódico. Pero si su propia discreción era dudosa, sus adictos carecían por completo de tacto. En los primeros días de

septiembre, la oposición en el Congreso presentó al Presidente de la República una petición, firmada por cincuenta y un diputados, solicitando su renuncia.

La petición era, en efecto, un pronunciamiento legal, un motín parlamentario que impugnaba el voto mayoritario, y que fue concertado en un periodo de apremio creciente que aumentaba su gravedad; y que no era menos subversiva por ser la presión moral el arma empleada. La iniciativa estaba destinada a desacreditar al Presidente ante la opinión pública, y más peligrosamente aún, ante la suya propia. Los peticionarios disputaron su derecho al poder y su capacidad comprobada con las mismas imputaciones de incompetencia e inercia que sirvieron para combatir su elección, y lanzaron el ataque en vísperas de una invasión internacional, que exigía la dirección más firme e indisputable para armar la resistencia. «El hecho es que el actual Presidente de la República, a quien nos dirigimos —declaró la oposición— no es posible que salve la situación, y su separación del puesto que ocupa es una necesidad tan imperiosa para la salvación del país como fue su presencia en él, en los primeros días de la revolución. Durante ella y en los días de prueba, usando de ese poder siempre ominoso que es la dictadura, se gastó lo más noble que poseía, su prestigio y su poder moral, que en vano ha pretendido reconquistar por medio de diversas combinaciones ministeriales, que no han hecho más que sacrificar otras tantas reputaciones, esterilizando nobles y fecundas inteligencias. La revolución, ciudadano Presidente, necesita de éstas; necesita que el nombre de Juárez no pase a la posteridad con las notas que sobre él arrojaría la historia, si apareciera como el del hombre que sofocó los gérmenes de una gran revolución.»

La oposición era una amalgama de elementos contradictorios, dominada, por una parte, por los moderados, los liberales contemporizantes que pasaron la guerra sin padecerla, y por la otra, por la juventud radical, aguerrida, activa e impaciente. Estos últimos eran los disidentes auténticos; y tenían un tribuno elocuente en Ignacio Altamirano, el censor que denunció la lentitud del Presidente durante la guerra civil y que volvió al ataque ahora como el portavoz más implacable de la oposición parlamentaria. «Éste es un voto de censura —declaró al cerrar el examen de la obra de los ministerios— y no sólo al gabinete, sino también al Presidente de la República, porque en medio de tanto desconcierto ha permanecido firme, pero con esa firmeza sorda, muda, inmóvil que tenía el Dios Término de los antiguos. La nación no quiere esto, no quiere un

guardacantón, sino una locomotora. El señor Juárez, cuyas virtudes privadas soy el primero en acatar, siente y ama las ideas democráticas; pero creo que no las comprende, y lo creo porque no manifiesta esa acción vigorosa, continua, enérgica que demandan unas circunstancias tales como las que atravesamos... Se necesita otro hombre en el poder. El Presidente haría el más grande de los servicios a su patria, retirándose, puesto que es un obstáculo para la marcha de la democracia... Querer permanecer en un puesto para ser una gran decepción continua, es perder al país, llevando el principio legal hasta el sofisma; retirarse para que sea feliz, eso es ser patriota.»

Entre esa juventud radical brotaba una doctrina que oponía el espíritu libre y creador de la revolución a la legalidad paralizante en la cual quedaba inmovilizado: tal era la significación profunda de un cargo que traducía en términos ideológicos la insurrección personal contra un funcionario cuyo credo, cuyo carácter y cuya conducta se habían codificado. «¡La letra de la ley mata!», era el texto tocado una y otra vez por los rebeldes; y a pesar de la manipulación partidarista, representaba un grito de angustia sincera, normal en toda revolución en peligro de detención por dentro y de derrota por fuera. La protesta era instintiva: revuelta frenética contra problemas insolubles, confusión de hombres y condiciones, búsqueda ciega de una panacea personal, inspirada por el pánico apremiante de los días críticos, los rebeldes clamaban por un autócrata porque se creían perdidos por un burócrata.

La opinión pública respondió al reto. El ataque fracasó. Contestando a la petición de los 51, cincuenta y dos diputados redactaron una declaración en apoyo del Presidente; pero el margen escaso era sintomático de su inseguridad. La prensa se solidarizó con el Presidente, en defensa de la legalidad; pero subordinando la defensa personal al principio que representaba, y aunque la defensa no carecía de calor, el cargo fundamental fue concebido por algunos de sus más leales apologistas. «El ciudadano Benito Juárez no es a propósito para gobernar. Esto se ha dicho mucho tiempo y nosotros convenimos en ello. El ciudadano Benito Juárez es hombre de buena fe y principios firmes, demócrata, firme en sus resoluciones, honrado, de exquisito sentido, y ama demasiado a su patria.» Pero muy deficiente en dotes políticas. Accediendo, empero, a la demanda de los 51, «la anarquía sería el fruto de un paso tan falso como mal meditado, y la debilidad en estos momentos del C. Juárez sería un crimen imperdonable». Lo alevoso de la petición era, precisamente, la apelación *ad hominem*. «Tal vez la parte más

diestramente tejida de tal documento es la apelación a los sentimientos patriotas del ciudadano presidente; pero en tal manera de colocar la cuestión no hay generosidad, ni justicia, ni conveniencia pública. Pretender que un hombre, por firme que sea, comprenda que es el obstáculo para la felicidad de todo un pueblo por quien ha expuesto como el señor Juárez tantas veces su vida, es pretender que se despoje de toda libertad en la suprema deliberación que se le impone.» La misma proposición le habían hecho los ingleses durante la guerra civil; y «no hay justicia en tratar así a un ciudadano tan eminente, cuya vida pública es sin tacha y a quien debemos en gran parte el no hallarnos subyugados por Zuloaga, Miramón y Márquez. Nosotros lo hemos visto en los momentos supremos, que de seguro no han probado los que le impugnan; y ese magistrado cuyo estoicismo nada puede igualar, se ha conmovido únicamente, no de su propio peligro, sino del que corrían sus compañeros y ha propuesto, estando preso en Guadalajara con otros 28 servidores de la causa liberal, que se entregase su persona a los rebeldes, sacando por única garantía la libertad de los demás». Pero más que una vileza, la petición de los rebeldes era un contrasentido. «No es conveniente al bien público la separación de un hombre que, como pocos, es el tipo perfecto de lo que quiere la Constitución en el personal del Ejecutivo: no hombres de laboriosa iniciativa, dispuestos para las luchas, sino ejecutores de leyes, dispuestos como lo ha sido siempre el señor Juárez, a recibir la inspiración de la Cámara, de la cual ha sacado sus ministros desde que se instaló.» La identificación absoluta del hombre con el sistema planteaba la cuestión fundamental por resolver: a saber, la compatibilidad del procedimiento democrático con el progreso revolucionario: un sistema estaba a prueba en su persona, y la fusión fisiológica del hombre con sus funciones políticas constituía un hecho social, un dato científico, una simbiosis tan orgánica que resultaba imposible separar al uno del otro. Emergiendo gradualmente de la controversia apasionada en la capital, donde estaba oscurecido por las controversias del Congreso y de la prensa, el problema se perfilaba claramente a distancia, y el lector de un periódico de provincia lo presentó en los términos más sencillos y sensatos.

«El ciudadano Juárez es el hombre modelo para ejecutar las leyes. Dénse éstas y si no las ejecuta, entonces representen, pero no lastimen sin causa la delicadeza del virtuoso ciudadano. Sensación profunda ha causado en el ánimo de todos un fenómeno hasta ahora desconocido en el gran catálogo de nuestras aberraciones: la petición de los 51. Y analizándolo

punto por punto, "suponiendo —dijo— que la renuncia hubiese sido hecha y admitida, y que el C. González Ortega, como presidente de la Suprema Corte, se encargase del supremo gobierno; supongamos también que este ciudadano superase al C. Juárez en virtudes cívicas y morales; que tuviese más abnegación, más energía, más conocimiento en política, mayor prestigio en el cuerpo diplomático, más circunspección, ¿podrían ser útiles todas estas prendas recomendables para el país durante el interregno? Sin duda alguna, no. Porque se le encerraría en un círculo de las mismas personas y dificultades con que se han inutilizado las grandes cualidades del C. Juárez. Chocaría con el sentido común querer suponer que el señor Juárez no está al tanto de todos los males que afligen a la nación y sería la mayor injusticia creer que no tuviera el deseo de remediarlo. Si no los remedia, es porque ni él ni ningún mortal en sus circunstancias es capaz de hacerlo. Sería en extremo interesante tener un diario de todo lo que él dice y lo que le dicen y le piden, entonces sabría el mundo lo que hay de verdad y le haría justicia. Así es que llegará el tiempo en que su mayor gloria consistirá en lo que ha dejado de hacer y en haber hecho lo que ahora no se quiere que haga. Se necesita, sin disputa, mayor energía de carácter y más valor civil para mantenerse en la vía legal que para usar de las facultades extraordinarias y para atropellar y barrenar las leyes, que será lo que se entiende por tacto político. Ese *tacto político* lo han tenido Santa Anna y Comonfort y todos los gobiernos de la República, y por él nos vemos en el estado en que estamos. La grandeza de Juárez consiste cabalmente en la falta de ese tacto político, en ese sublime ejemplo de legalidad que nos da." Y la última palabra de la polémica fue también del mismo observador alejado y nada ofuscado: "El señor Juárez ha de ser el chivo expiatorio sobre quien se cargan los pecados sin número de todos, y de los que él es enteramente inocente y el único inocente." Anticipando las protestas, los 51 apelaron directamente a los gobernadores con una carta circular, solicitando su apoyo, pero los estados reaccionaron en el mismo sentido que la capital; con tres o cuatro excepciones, los gobernadores se solidarizaron con el Presidente declarándose resueltos a desconocer a todo poder que no emanara del orden legal; y en ninguna entidad federativa encontró el atentado constitucional más firme oposición que en el estado natal de González Ortega. En el curso de la controversia se procuró desasociar héroe y polémica, y después, sus adictos y sus contrarios convinieron en exonerarlo, en una conspiración tácita y patriótica. Sus contrarios eran, quizás, sus mejores apologistas; pronunciaron su nombre sólo

para aplaudir su probidad y señalar cuán poco provechoso habría en comprometer su gloria. “Su época llegará —decía uno — pero jamás con intrigas de gabinete. Estamos seguros de que no ha tenido ninguna parte en cuantas se forman en su favor, que agradece pero no acepta.” No todos sus contrarios, empero, manifestaron un tacto tan llamativo. “¡Qué heroísmo, qué grandeza de alma, el no haber sido traidor! —comentó otro—. ¡Nos pasmamos de tanta virtud, de tanta abnegación, de tanta fidelidad! Pero ¿saben los 51 diputados peticionarios por qué el soldado victorioso entregó el puesto al depositario supremo de la nación? ¿Saben si esto fue un acto espontáneo de su voluntad o si fue una necesidad inevitable? Si por la primera vez en la historia de nuestro país el soldado victorioso acató la ley y no se colocó en el poder supremo, es porque la ilustración ha hecho conocer que el ganar una batalla no es título suficiente para gobernar, sino que, conquistando el principio de que el pueblo es el único soberano, debe gobernarlo el que el pueblo nombre.” Por su parte, González Ortega mantuvo un silencio irreprochable, y lo mismo hizo el otro protagonista de la disputa. El Presidente rechazó la petición, como un incidente regular de la vida política, al parecer sin concederle mayor importancia. Ni siquiera en su diario —en aquel diario que se suponía lleno de revelaciones de la verdad íntima, tal y como él la conocía— lo creyó digno de recordar. Sea que la omisión fuera una abstención sensible o sensata, nada revelaba a la sazón la impresión que le dejó la discusión pública de sus méritos y deficiencias; pero para un hombre cuyos méritos reconocidos comprendieron un sentido exquisito, la experiencia no pudo menos de ser una de las ordalias más duras de su vida pública. Sus capacidades negadas, sus limitaciones denunciadas, lo más íntimo de su ser exhibido y nulificado, no se le escatimó mortificación alguna para expulsarlo de su puesto y perderlo en su propio concepto; pero a tales humillaciones ya estaba curtido por herencia y sufrió la prueba sin manifestar la herida. En el fondo, la vivisección psicológica a la que fue sometido era una prueba de sangre. Duranté la campaña electoral se verificaron varios intentos de explotar los prejuicios de raza y de identificar sus deficiencias con las características de un pueblo apático, fatalista e inferior. Tales imputaciones provocaron protestas en la prensa: el racismo era tabú en México, y por ser propio del extranjero, era de tan mala ley que se denunciaron desde luego los golpes en falso. Entre otras protestas salió la declaración de un Colegio de Indígenas que aprovechó la ocasión para ensalzar la figura de Juárez y expresar el orgullo que experimentaba la raza callada al saber que «por primera vez desde nuestra

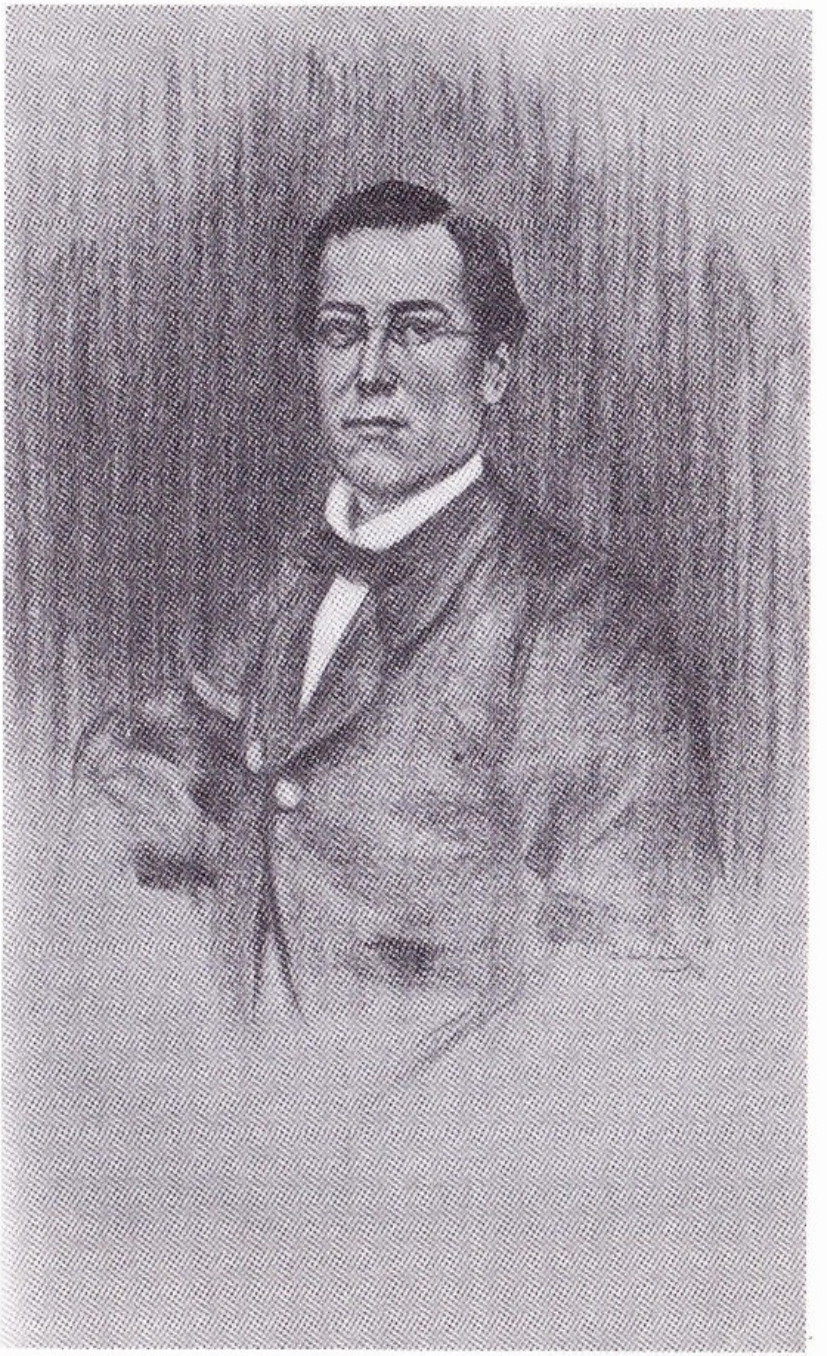
emancipación de España la mayoría de los moradores de México, compuesta de sus auténticos naturales vean que nuestros destinos serán regidos por uno de sus hermanos de sangre; que México será representado ante los ojos de los demás estados tal y como está en verdad; porque Juárez es su misma encarnación, porque Juárez representa sus virtudes por su modestia, su afán de progresar por las leyes progresistas que ha expedido, y su amor al terruño por su patriotismo preeminente». Su propio pueblo, por lo menos, no ignoraba quién era Juárez, y a todos los otros motivos, públicos y privados, que tenía para conservar su posición, vino a sumarse la obligación de vindicar la reputación de su raza y de corresponder a la fe que el indio tenía depositada en él. El golpe a la confianza en sí mismo, que era lo más artero de la maniobra de los 51, quedó embotado al chocar con la roca de su cometido secular. Pero una responsabilidad mucho más profunda que la consanguinidad lo obligaba a defender su derecho al poder. Para el Presidente de México su raza no podía ser su pueblo; su patriotismo personificaba la nación entera, y el fracaso en aquel momento le estaba vedado por una lucha que sólo a medias se había ganado. Confiaba como siempre en el tiempo, que todo lo vence, pero como siempre los tiempos corrientes le eran contrarios, y los pronósticos corrían a razón de cincuenta contra uno de que marchaba a la derrota, porque el ataque no era ningún incidente regular de la vida política. Era la culminación del terror latente en el año del cometa. El epigeo provocó el pánico, y por insignificante que fuera la agitación, el efecto era funesto, porque fomentaba el desánimo en los momentos mismos en que la nación, el partido y el hombre necesitaban la confianza más recia e inquebrantable para hacer frente a la prueba inminente. El margen precario del apoyo público no bastaba para inmunizar el mandatario impugnado y disipar la duda de sí mismo del hombre humillado; nadie sino él era capaz de lograrlo; y él era uno contra cincuenta que hizo inclinar el fiel de la balanza vacilante y enderezar a la nación entera. Apremiado a revelar lo más recóndito de su ser, y a ser supremamente él mismo, el indio manifestó el temple de su raza desechando el ataque en silencio, pasando la prueba con paciencia y sufriendo la sangría con serenidad. Conjurada la crisis, nadie sabía lo que le había costado, pero nadie ignoraba que las disensiones internas del partido se vencieron gracias a la voluntad firme del hombre que representaba a la nación y donde mayor era el peligro —dentro de sí mismo y con sólo sus propios recursos internos.

Disipada la agitación, Zarco se apresuró a minimizar la importancia del revuelo y a felicitar al partido por la disciplina manifestada. «Esta calma, después de tanto empeño para producir agitación, esta publicidad y este choque de las opiniones más divergentes, la dignidad con que ha procedido el Ejecutivo y la misma polémica que ha estado sosteniendo la oposición, nos parecen síntomas de buen augurio y una clara demostración de que en México van echando raíces las instituciones democráticas y las costumbres republicanas.» La legalidad, lejos de inmovilizar el movimiento y dejarlo atrófico, le había servido de abrazadera, ciñendo sus miembros y asegurando la consolidación de los músculos para el día de prueba. Al llegar el día crítico y materializarse la intervención extranjera, el Presidente y el partido estaban aparentemente unidos. La manifestación de los 51 había tenido como resultado la comprensión sobria y general de que Juárez era una institución, y por lo tanto, inviolable. Por aleatorias que fuesen sus otras conquistas, la revolución había logrado, por lo menos, la fusión —o la confusión— de sus militantes, y la solidaridad alcanzada era el tributo más patente de la capacidad del caudillo constitucional. Su carácter impersonal, su abnegación ejemplar, la conciencia colectiva que inspiraba su conducta, la identificación absoluta con sus funciones que demostraba su idoneidad para el oficio y que facilitaba el funcionamiento de una democracia, constituían un foco y una fuerza cohesiva que obligaban a todos a conformarse con un criterio que nadie podía desconocer, so pena de perder casta y sacrificar todo lo que, como revolucionario, daba razón a su vida y mérito a su muerte. La inspiración religiosa de la revolución quedó a salvo; y la presencia del Presidente se apreciaba cuando la única defensa con que contaba la nación, frente a una invasión que amenazaba con arrebatarle todas sus otras ganancias, era la fuerza moral de un solo haz de voluntades.

Un periodista inglés, comisionado por la oposición parlamentaria ante Palmerston para que informara extraoficialmente sobre las condiciones en México, llegó a la capital a tiempo para presenciar las escenas disolventes del año 1861. Sus primeras impresiones las formó al asistir a la sesión de clausura del Congreso, el 15 de diciembre, cuando Veracruz estaba ya invadida y la representación concedió al Presidente las facultades omnímodas para dirigir la defensa del país. Sin duda, el ambiente allí distaba mucho del recinto que el periodista acostumbraba frecuentar en Westminster. «Faltaba adorno y dorado, la pintura y el barniz eran de lo más vulgar y

oropelesco, y las galerías estaban llenas de toda clase de populacho, hombres y mujeres, pero no había interrupción ni ruido, sino de los mismos diputados, que hicieron bastante para todos.» Sin embargo, la función era impresionante. «Como a las tres de la tarde, el Presidente —Juárez— entró al recinto en medio de un estruendo asombroso de cañonazos y clarinadas. Es un hombre pequeño y moreno, sereno, y dueño de sí mismo. En México se le llama cariñosamente el indito. Juárez es un hombre muy respetable, bienintencionado y de bastante talento… y merece mucha estimación por la firmeza y la tenacidad con que ha sostenido la lucha y la causa de la legitimidad… Intrigas y combinaciones de toda clase se han fraguado contra él, dentro y fuera del Congreso, contrariando y frustrándolo con el fin de obligarlo a renunciar, pero se ha mantenido firme, y hasta ahora no se han atrevido a recurrir a la fuerza, y no lo intentarán. No se le ha hecho justicia en Inglaterra. Al ocupar su lugar, saludó a la asistencia, inclinándose graciosamente hacia los varios lados del salón, y pronunció inmediatamente la alocución que sigue con voz clara y sumamente agradable…» La alocución expresaba la esperanza de que se pudiera llegar a un arreglo razonable con las potencias, y la resolución de la nación, en el caso contrario, de defender su revolución y su independencia a todo trance. No era un discurso; era una declaración y el público rindió al Presidente el tributo indivisible que se debía a un informe que era al mismo tiempo una profesión de fe. Terminado el prolongado aplauso, el Presidente del Congreso contestó en nombre de la nación con un discurso que era un homenaje y una amonestación. Subrayando la responsabilidad impuesta al mandatario con la concesión de facultades extraordinarias, lo que equivalía a una dictadura legal —«la mayor prueba de confianza jamás otorgada al depositario del poder ejecutivo»—, recordó solemnemente a la Asamblea que «del Ejecutivo depende ahora (y sólo de él) salvar a la República o precipitarla en el abismo», y que al volverse a reunir el Congreso, la nación «le pediría cuentas del poder que le entrega hoy con tan perfecta confianza». Con eso, el Presidente se retiró tranquilamente, en medio del silencio respetuoso de la concurrencia que reconocía la talla del hombre que la nación necesitaba en su propia hora de humillación, y que a fuerza de martillazos había salido su campeón inseparable y su hijo predilecto. Este tributo mudo resultaba más elocuente que la ovación que se le brindó un año antes en el teatro de Veracruz, o la otra que González Ortega le otorgó en la capital, porque salía de las entrañas del terror domado.

En la calle, el periodista inglés quedó admirado por el entusiasmo marcial de la muchedumbre despidiendo a los voluntarios que salían para el frente: reclutas cuya confianza y ardor, inflamados por el grito de que los españoles estaban en Veracruz, se manifestaban por una vez espontáneos y sin coacción. Más elocuente, quizás, de la confianza personal que el Presidente tenía en su pueblo, era el hecho —y ese dato sí lo consignó en su diario— de que escogió aquel momento para comprarse una propiedad y asentar casa en la capital de su patria.



Ignacio Zaragoza.

Leandro Valle.

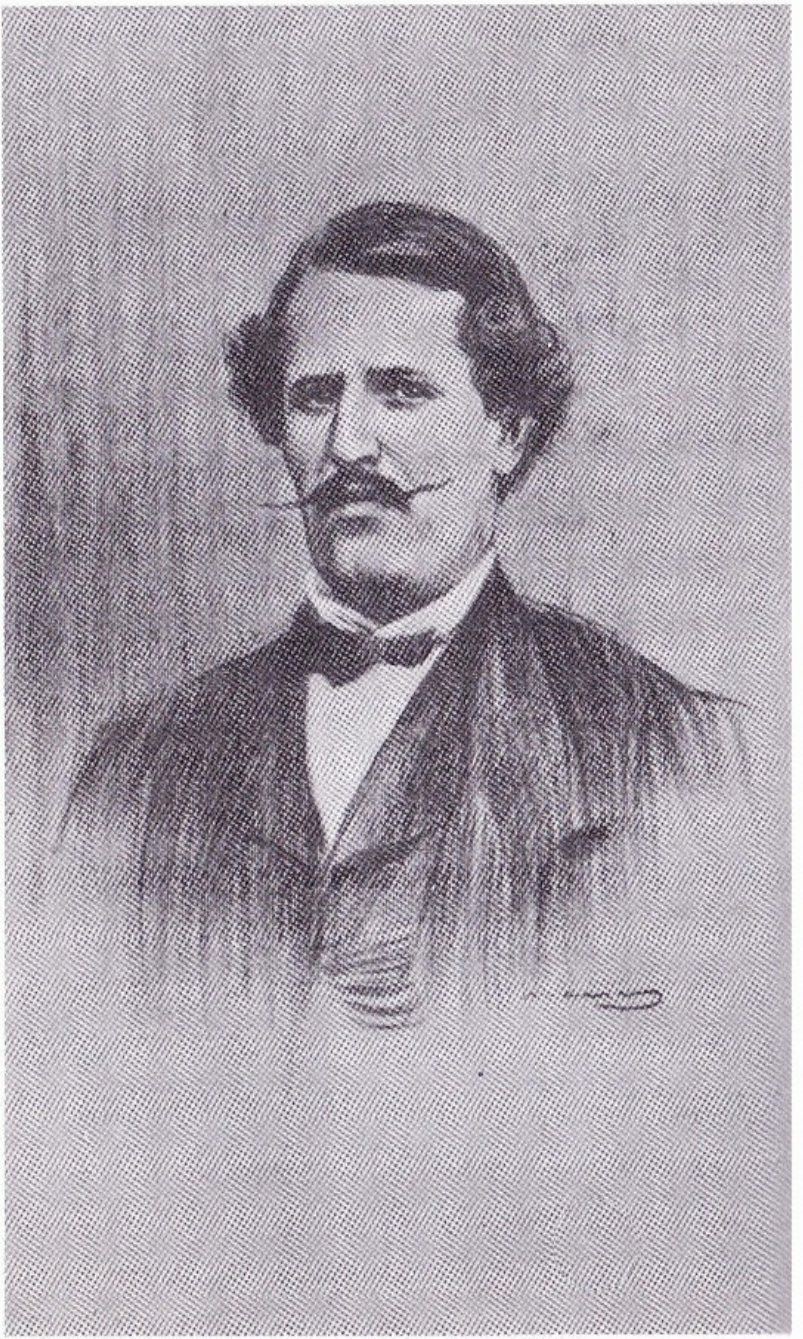
Mariano Escobedo.

Porfirio Díaz.

Bandera del Primer Batallón de Zacapoaxtla.

Maximiliano de Habsburgo.

La Emperatriz Carlota.



Jesús González Ortega.

Cuarta Parte

LA INTERVENCIÓN

1

A MEDIADOS de diciembre, cuando el Congreso encomendó la defensa del país al Presidente, Veracruz estaba ya en poder de los españoles. Prevenido por más de cinco meses, el gobierno estaba armado sólo a medias al materializarse la intervención, y el Ejecutivo quedó facultado para salvar la situación cuando, quemada la casa, se acudió con el agua. El Ministerio de la Guerra estaba en manos de Ignacio Zaragoza joven veterano de la guerra civil, que sustituyó a González Ortega cuando éste se separó del gobierno para dedicarse a la política, y que se había granjeado la confianza del Presidente y la responsabilidad de la defensa armada a fines del año fecial; pero tan dudosamente habían oscilado la paz y la guerra en las balanzas de la diplomacia, y tan difundida era la lasitud de la lucha mal ganada, que no se habían dado más que los pasos preliminares para una movilización general, y se tuvo que recurrir a una rápida improvisación para hacer frente a la invasión en el último momento. La responsabilidad de la defensa nacional recayó, pues, en el brazo diplomático; y el Ministerio de Relaciones Exteriores estaba a cargo de un prohombre que ocupaba el puesto clave, porque la oposición parlamentaria confiaba en sus capacidades más que en los talentos del Presidente. La oposición se había sujetado al Presidente condicionalmente, haciendo una concesión al principio de la legalidad y al imperativo de la unión nacional, pero en cambio del sacrificio patriótico, pedía un precio y pretendía una garantía. En el concepto de los 51, Juárez siguió siendo una mediocridad encumbrada en la silla presidencial, incapaz de conjurar el peligro; y su criterio, inflado por la inminencia del conflicto e irritado por las ficciones legales, reclamaba contra las ilusiones peligrosas y la simulación convenida. Cualesquiera que fuesen las limitaciones constitucionales de su cargo, al Presidente nada le impedía que manifestara iniciativa, inventiva y autoridad personal, a menos que fueran las limitaciones constitucionales de su carácter, y la propaganda de los recalcitrantes se empeñaba en pintarlo como un patriota sedentario. A fe de sus allegados, se afirmaba que confiaba implícitamente en sus ministros y participaba sólo pasivamente en las discusiones del gabinete, limitando su intervención a recomendaciones ocasionales, señalando su presencia por su silencio y su silencio por su atención, apenas variada por la peculiaridad que tenía de tabalear los nudillos de una mano con los dedos del otro, martillando penosamente su meditación

taciturna. Tanta reserva ante el enigma del porvenir próximo inquietaba a los alarmistas, y por lo tanto la oposición insistió en que el jefe del gabinete fuera un hombre fuerte, capaz de manejar al mandatario y de dirigir la marcha del gobierno acertadamente en la nueva y exigente fase del destino nacional. El colaborador fuerte y capaz, así impuesto al Presidente, era Manuel Doblado.

Doblado gozaba de un prestigio peculiar. El único prohombre de la Reforma cuya reputación no había sufrido daño con los progresos del movimiento, sus capacidades, que quedaban por comprobar, estribaban en las expectativas que su fama despertaba. Solicitado más de una vez para que entrara en el gobierno, se había negado a arriesgar su reputación hasta tener la ocasión de coronarla: los instintos del político y del patriota se equilibraban en su conducta, pero el patriotismo acabó por vencer su prudencia, y en noviembre consintió en sustituir a Zamacona. La situación estaba ya muy comprometida, y la característica más notoria de Doblado era el don que tenía de inspirar los sentimientos más encontrados —confianza y recelo, devoción y dudas— sin deslustrar su integridad o invalidar su lealtad. Revestido ya del prestigio de la penumbra, vino a la capital, precedido por una nube de rumores. Se le decía coligado con los moderados y conspirando con un general para derribar a Juárez en el momento preciso; se le suponía provisto de contactos en todos los campos; se le atribuían combinaciones de todo género; incontables eran los cuentos que corrían sobre su táctica, sus ideas, su habilidad; el único mérito que no se le imputaba era el de una devoción cordial al Presidente; pero poca justicia le hizo la voz de la calle, porque su habilidad superaba a todos los recursos que se le prestaban. Doblado llegaba no con el ánimo de suplantar al Presidente, sino con un propósito mucho más peligroso —el de salvarlo—. Dispuesto a apoyar al jefe del gobierno, sólo por cortesía convino en subordinarse a él; y al aceptar el puesto de jefe del gabinete puso como condiciones previas las manos libres en la designación de sus colegas y en la determinación de la política a seguir. La primera condición suscitó poca discusión, y la segunda quedó en reserva.

Doblado no tardó en darse cuenta, sin embargo, que el hombre a quien el Congreso acababa de ceñir las facultades omnímodas estaba lejos de ser un autómata constitucional. Usando de las facultades discrecionales a su disposición, el ministro resolvió abrogar una de las más preciadas reformas de la Constitución, el derecho al proceso gratuito, y mandó

publicar en el *Diario Oficial* un decreto que establecía las costas procesales. El *Diario* salía a las 3 de la tarde, y la mañana del mismo día Doblado se presentó en Tacubaya, en donde se encontraba el Presidente, para informar. Impuesto de los motivos del decreto, Juárez hizo una sola observación, pero una observación terminante. «A pesar de cuanto usted acaba de decirme —dijo desnudando sus manos y extendiéndolas sobre sus rodillas—, no se abrogará el artículo constitucional.» «Pero, señor —protestó el ministro—, el decreto sale en el *Diario* hoy mismo.» El Presidente sacó su reloj. «Son las once —contestó—. Tenga usted la bondad de regresar inmediatamente a México y retirar el decreto de la prensa.» Doblado regresó al despacho, el *Diario* salió sin el decreto, y ninguna irregularidad vino a turbar su colaboración en lo sucesivo. El incidente, aunque intrascendente, era una escaramuza que salvaba una guerra. Doblado sabía hasta dónde podía llegar y no se atrevió a rebasar los límites permisibles. Al llegar a las grandes cuestiones, el ministro tuvo siempre cuidado de consultar de antemano al Presidente, y las grandes cuestiones no permitían discrepancia alguna de criterio.

Porque las condiciones que dictaban la determinación de la política no dejaban margen al manejo personal. Dos años antes, cuando Ocampo llevaba a cabo la defensa diplomática de Veracruz contra el primer ensayo de intervención europea, su amigo Andrés Oseguera le hizo una observación pertinente. «La conducta de ustedes responde a su pregunta respecto a que los gobiernos de México, cediendo a *la fuerza extranjera*, no se han sentido *hombres de bien*. En efecto, la honradez política es de tales quilates que inspira el genio gubernativo a quien carece de todos los conocimientos que son necesarios para formar un completo hombre de Estado.» A mayor abundamiento, la observación era aplicable a la intervención inminente en 1861. Las dimensiones de la crisis superaban a la destreza diplomática. Combinaciones y maniobras, los recursos propios del político profesional, eran inservibles, siendo fuera de escala y desproporcionados a la magnitud del apremio; y el Presidente, por su parte, afrontó la situación con franqueza y dio un ejemplo de honradez política que le acreditaba como hombre de Estado, reconociendo la debilidad del país y la necesidad de acomodamientos y concesiones, y adaptando su política a las realidades indisimulables. Doblado no tuvo más remedio que seguir su inspiración y adoptar la misma actitud cándida y cabal. La maniobra de los 51, que era el último esfuerzo de una propaganda que confundía las condiciones con los caudillos, y

una repetición modificada, esta vez dentro de los límites constitucionales, del motín parlamentario, no logró más que poner al servicio del Presidente un doble más. El ministro no podía aventajar al mandatario, sino secundando su política ingenua con su propia ingenuidad; pero la combinación de su integridad indisputable y de su fama de doblez le resultaba ventajosa al encargarse de la defensa diplomática del país, prestándole fama de ambidextridad entre sus adversarios y prestigio personal ante una coalición de aliados incompatibles. El mismo día en que tomó posesión del Ministerio del Exterior, Wyke pidió sus pasaportes y Doblado se empeñó sin éxito en detenerlo e inducirlo a que repensara la ruptura de relaciones; pero logró hacer mella, por lo menos, en el ánimo iracundo del ministro británico, y conservó el contacto después de su salida de la capital, manteniendo entreabierta la puerta cerrada de golpe por la Convención de Londres.

Del alcance, de la complejidad y hasta del fin de la coalición europea, el gobierno tenía sólo un concepto aproximativo. Con fecha 1.º de noviembre Juárez escribió al gobernador de uno de los estados diciéndole que las pretensiones de Francia e Inglaterra eran exclusivamente pecuniarias y susceptibles de arreglo, en tanto que los designios de España eran evidentemente políticos, lo cual hacía imperativos los preparativos bélicos. Y basándose en esas premisas, uno de los primeros pasos dados por el gobierno para movilizar la nación fue la publicación de un bando que preparaba al pueblo para la posibilidad de las hostilidades con el enemigo hereditario. La táctica de pulsar los instintos atávicos era atinada, pero el cálculo era equivocado: la herencia se había acumulado con el transcurso del siglo y España era la menos temible de las potencias coligadas contra el país en 1861. El gobierno estaba mejor inspirado en los esfuerzos hechos para ablandar a la Gran Bretaña, pero no llegaba a justipreciar la posición central de Francia, y aunque no escatimaba esfuerzo para modificar a Wyke, siguió haciendo caso omiso de M. de Saligny.

Después del supuesto atentado a su vida en agosto, se perdió la pista del ministro francés. Saligny se quedó en la capital, inadvertido, sin dar señas mortales de su presencia más que con uno que otro escándalo. Condenado a la inactividad, se ocupó con la acumulación de agravios y de informes cuyo tenor era invariable —«no puedo hacer nada hasta que llegue el día de desquite»— y tan poco alivio encontraba en sus comunicaciones oficiales, que sus dolencias se derramaban en su correspondencia particular. Escribiendo al amigo que le

recomendó la causa liberal antes de salir de Francia, se desahogó sin reservas. «Ya sabe usted en qué disposición salí de Francia. Deseando permanecer neutral en medio de estas luchas interminables, vi con agrado el triunfo del partido liberal, pensando que sería la inauguración de una era de paz y de prosperidad para esta desventurada República; pero a pesar de toda mi buena voluntad y con toda mi paciencia y reportamiento, me fue imposible vivir mucho tiempo en buenas relaciones con semejante gente. Este sedicente partido liberal, que no tardó en confiscar toda libertad y en sustituir el despotismo brutal y estúpido de Miramón con la dictadura del señor Juárez —un imbécil y un sinvergüenza—, este sedicente partido liberal no es más que un conglomerado de gente sin fe, sin ley, sin inteligencia, sin honor y sin patriotismo, que nunca ha tenido opinión política más que el robo. Comprenderá usted, por lo tanto, que la ruptura era inevitable. Los partidos que han alternado en oprimir a esta miserable nación han abusado demasiado de la paciencia de Europa: toca la hora del desquite y el desquite debe ser ejemplo. Lo más horrible de esta situación es que no hay medio de salvarla. Reaccionarios, puros, liberales, todos son iguales. Bandidos, los primeros; ladrones, los últimos. Por todas partes venalidad, corrupción, incompetencia… Ya no existe la República sino de nombre. Los estados no hacen más caso de lo que sucede en la ciudad de México que si fuera la China o el Japón; parecen resueltos a permitir que M. Juárez se desembrolle como pueda con Francia, Inglaterra, España y Alemania, pues estos bribones parecen resueltos a ofender, insultar y atacar a todas las naciones civilizadas. Lo que veo aquí no es solamente la más espantosa anarquía, sino una verdadera descomposición moral. La gente decente —así se llaman quienes todavía tienen algo que perder, aunque en el fondo no son más decentes que los léperos—, la gente decente mira sólo al extranjero en pos de salvación. De no llegar pronto el remedio que invocan en secreto, veremos a los estados disgregándose y guerreando los unos contra los otros; en seguida vendrá una guerra de castas, y por ende la destrucción de todo orden social. Se inicia ya una insurrección de indios en el Mezquital, en donde se dice que uno de sus caciques tiene a sus órdenes ocho o diez mil hombres, con los que comete toda clase de atrocidades al grito de "¡Mueran los blancos! ¡Viva la religión!" Esto es sólo el principio. Ya veremos mucho más. Demasiado tiempo se nos ha alimentado en Europa con fábulas respecto a este rico, este magnífico, pero miserable país. Usted comprenderá que no puedo eternizarme aquí.»

Su pesimismo ya no tenía mancha alguna de partidarismo; puro, imparcial, acendrado, era tan limpio como el pecho que lo alimentaba. En la formación de un agitador consumado, la convicción es tan esencial como en cualquier otra vocación, y esta carta acreditaba a un espécimen acabado de la tribu. A fuerza de fracasar durante nueve meses, había alcanzado la convicción cabal y comprobada de una víctima: actitud común a quienes malogran sus negocios en México, y como aquéllos, no supo disimular su despecho. Lo manifestaba con cualquier motivo, y en una ocasión, malamente se salvó del castigo corporal al injuriar al país en público. La temeridad de su rencor y la condición habitual de autointoxicación que padecía no fueron comprendidas correctamente, empero, por los mexicanos. Éstos imputaron su fobia a otra enfermedad. Tomar en serio la guerra particular de un individuo, así fuera aquello contra todo un pueblo, era pedir mucho al sentido común de los demás; y un día M. de Saligny tropezó con una caricatura que minimizaba su manía notoria. La figura del ministro francés, tal y como lo vieron los demás —corpulenta, hirsuta, un tanto oriental, y algo tuerto por el empleo de un monóculo— quedó reducida por la pluma cáustica del caricaturista al contenido de una botella, y la botella llevaba el marbete, *Viejo Coñac*. El aludido armó un escándalo e hizo lo posible para convertir la caricatura en un incidente diplomático, pero como siempre sin éxito, y su ente de razón, agachado, enteco y conservado como un sapo en alcohol, llegó a la posteridad como su doble indestructible.

Pero el recluso solitario de la Legación francesa no se agachaba en la inmovilidad. Incapaz de anticipar el día de desquite o de acelerar los preparativos en París, no dejó piedra por mover para violentar la salida de la expedición española de Cuba. Alarmado por el convenio británico, que amenazaba con obviar la necesidad de la expedición punitiva y frustrar la intervención de Francia, Saligny redobló sus esfuerzos para circunvenir a su colega inglés y excitó al mariscal Serrano a movilizar su contingente e iniciar la marcha a la mayor brevedad. El día en que el convenio pasó al debate congresional, puso dos cartas febriles a Cuba en veinticuatro horas. La primera reiteraba la imposibilidad de tratar con el gobierno mexicano y terminó repitiendo la misma exhortación; «La fuerza es el único argumento que el gobierno de la Reina debe emplear. ¡Pluguiese a Dios que no se haga esperar mucho!» La segunda aseguraba a Serrano que las defensas militares del gobierno mexicano eran tan débiles como las diplomáticas.

«Pretende el gobierno, y no faltan los imbéciles que lo creen, que está muy calmado y no teme a España. Bien podemos decir: al que Dios quiere perder, lo ciega. El gobierno y los bribones que lo rodean, procuran, como en los tiempos idos, excitar el sentimiento nacional en contra de los españoles; pero sin éxito. Las masas populares no se conmueven, tal vez porque creen que los españoles no vendrán desacompañados; pues es innegable que el sentimiento popular es mucho menos hostil a los demás extranjeros, y especialmente a los franceses, que a los españoles… En Guanajuato el general Doblado, quien, aunque sin ser más honesto, es más hábil y más decente que los demás, ha garantizado a los españoles residentes allá un refugio seguro. Aquí se habla de expulsiones en masa, pero dudo que se atreverán a ponerlas en vigor. Por otra parte, el gobierno, que a pesar de sus jactancias parece que comienza a temblar, se empeña ahora en controlar los desórdenes que antes fomentaba y provocaba. Deseando informar a usted de todo lo que sucede, pero sin manchar mi pluma con el relato de infamias sin igual, incluyo una nota que se me entregó, refiriendo hechos cuya exactitud queda confirmada por cincuenta testigos fidedignos. Muy poco conozco a la noble y caballerosa España, si ella vacila en levantarse como un solo hombre para vengarse de tan sangrientos ultrajes. Paso a otro orden de ideas…» Pero no había otro orden de ideas para M. de Saligny y abandonaba sólo los puntos débiles del exordio.

Pasando a argumentos de mayor fuerza, el ministro recalcaba la facilidad con que se pudiera aprovechar la desorganización del país para desembarcar la expedición española. «Se está desmantelando a San Juan de Ulúa y a Veracruz, y en estas fechas la operación debe ser muy avanzada. Aunque no soy militar, permítame una pregunta: ¿por qué limitarse a operaciones contra Tampico en vez de tomar también San Juan de Ulúa y Veracruz, donde no habrá resistencia alguna?» En el sentir del civil, una operación tan fácil era obligatoria, y aunque tenía sus informes de segunda mano, con los contactos que conservaba en todos los círculos de la capital, estaba en aptitud de facilitar a Serrano las indicaciones recogidas por una amplia red de espionaje diplomática. «El plan del gobierno, si puede decirse que tiene un plan, es de transportar el material retirado de Veracruz, en parte a Puente Nacional en el camino de México, en parte a Jalapa y Chiquihuite en el camino que pasa por Orizaba. En dichas posiciones, que son relativamente fáciles de defender, los mexicanos piensan enfrentarse al ejército español… El general

Uraga, nombrado comandante en jefe del Ejército de Oriente, es un hombre como de cincuenta años, bastante bizarro, pero ligero, presuntuoso, falso en extremo y embustero como un mexicano. Pero por lo menos es militar (perdió una pierna en el sitio de Guadalajara) y habiendo recorrido Europa, está en aptitud de comparar y apreciar. Por lo tanto, no se hace ilusiones, como me dio a entender muy claramente al comer en mi casa hace poco. El gobierno habla de levantar cincuenta mil hombres… Pero ¿en dónde encontrará los hombres, las armas, las cabalgaduras, el dinero, etc.? Un oficial extranjero que presta sus servicios en el ejército mexicano, hombre muy inteligente y bien informado, me pasó la nota que incluyo, marcada número 1, en la que tendrá usted datos positivos relativos a la verdadera condición de la situación militar. De tales datos se desprende que no hay más que cuatro mil hombres ¡y qué hombres! Además, si el gobierno manda esta tropa contra ustedes, al día siguiente Márquez entrará a la capital. Márquez no es el único que amenaza a Juárez: éste teme aún a Doblado y no sin razón, como puede usted juzgar por la carta inclusa, fichada número 2, escrita por el general Robles, el único general y tal vez el único hombre de honor en el país.» Al día siguiente el soplón puso una posdata al informe: el gobierno se encontraba en la más completa confusión, el Presidente no tenía ni dinero ni ministros, el general Uraga se negaba a tomar el mando a menos de recibir 30 mil pesos que nadie sabía cómo encontrar, y los motivos para obrar rápidamente cobraban fuerza con cada día de dilación. «Aquí se dice que el general Prim vendrá con el mando de la expedición y que González, el nuevo ministro de Hacienda y el tío de la condesa de Reus, no necesitará más que una media hora de charla con su sobrina para arreglar la cuestión española… Insisto en que no hay tiempo que perder, si usted piensa obrar.»

De todas las revelaciones contenidas en esta correspondencia, la más importante era la del autor. El cuadro de las condiciones imperantes en México era muy engañoso, porque los informes resultaban casi uniformemente inexactos, aunque salpicados con suficiente verdad para prestarles visos de verosimilitud. Pero la revelación inconsciente del autor era auténtica. El despecho personal, la intoxicación del rencor, la credulidad del odio, la subestimación de los obstáculos, el cerebro en la barriga, el monóculo mental, todo manifestaba un genio de dimensiones gigantescas afanándose por salir de su propia fermentación; y el marchamo hubiera sido mentira, si M. de Saligny no hubiese acabado por romper su botella.

Hasta qué punto los fómites del ministro francés influyeron en el ánimo del mariscal Serrano, queda en duda; pero las incitaciones de Saligny coincidieron con sus propios planes. Tenía terminada la preparación de la expedición española conforme a las instrucciones expedidas por Madrid en septiembre, y aunque impuesto de las condiciones de la Convención de Londres para una acción conjunta, no había recibido aún las contraórdenes de Calderón Collantes, y pensaba tomar la delantera y encabezar la expedición por su propia cuenta, siendo uno de los ases políticos de España. El sapo sopló en el momento propicio rompiendo los cristales que embotellaban al espíritu gigantesco, y el día 29 de noviembre el contingente español recibió órdenes de marchar a México.

Fuera lo que fuera la causa de la iniciativa de Serrano, no cabía duda del resultado. Ninguna ventaja ganaron los españoles al adelantarse a sus aliados. Las órdenes redactadas por el mariscal Serrano para su representante, el almirante Rubicalva, proveían una acción fácil y un solo espectacular. Si el almirante encontrara a las escuadras de Francia y de la Gran Bretaña frente a Veracruz, debía consultar con los comandantes aliados, «pero procurando no perder nunca la iniciativa que al gobierno español corresponde»: presentar un ultimátum al gobierno mexicano para exigir la aceptación o el rechazo inmediato y negarse a toda transacción o a entrar en negociaciones de cualquier clase. Si la respuesta fuera tal que le obligara a tomar las fortalezas y a ocupar la plaza, debía recordar que «la expedición tiene un carácter especialísimo y fuera de todas las reglas comunes. Un descalabro en México no sólo sería para nosotros una deshonra y una mancha casi imposible de lavar, sino que acabaría tal vez para siempre con nuestra creciente importancia en América… Si la nación mexicana, desmoralizada como lo está y en completa anarquía, menospreciada por Europa, con escaso y mal organizado ejército, nos hiciese retroceder ante sus fortalezas, la ignominia sería el resultado de nuestra empresa». Estas órdenes, empero, fueron modificadas en el último momento, porque antes de zarpar la escuadra, Serrano recibió la notificación oficial de la conclusión del Convenio de Londres y se vio obligado por nuevas instrucciones de Madrid a revisar las suyas y a sacrificar la impresión que se proponía.

El 8 de diciembre los primeros transportes echaron ancla en la desembocadura abierta de México; dos días más tarde llegó el segundo contingente; y el día 14 se efectuó la ocupación formal de la plaza. Esta operación se realizó sin pena ni gloria. No hubo

resistencia: acatando órdenes de la capital, el gobernador abandonó la ciudad, después de desmantelar las fortificaciones, y se retiró para organizar la lucha guerrillera en las afueras. Los españoles tuvieron la satisfacción de apoderarse de una ciudad abierta por tres semanas. Nada logró la ocupación de Veracruz sino el desembarque en el vacío de un cuerpo de 6 mil exploradores. La evacuación de la plaza por las autoridades dio la señal para el éxodo en masa de 5 mil habitantes, seguido por un bloqueo de la ciudad por las guerrillas, suficientemente eficaz para cortar las comunicaciones con los alrededores. Nada penetraba en la plaza, ni víveres ni informes; los forrajeros que traspasaban los límites urbanos regresaban con el traque de los carabinazos en los oídos o en las tripas, y el embargo fue respetado por ambos bandos en una tregua tácita que segregaba a los españoles dentro de la circunvalación. Políticamente, no se encontraban más adelantados que en Cuba; la condición de ocupar Veracruz en nombre de la alianza tripartita transformaba la plaza en un enclave extraterritorial, ni España ni México, y la posición alcanzada a la carrera era puramente provisional. Desde el punto de vista militar, se había establecido una base de operaciones, pero más allá de Veracruz se extendía la *tierra incógnita* que era México —una zona árida que corría treinta leguas tierra adentro hacia la lejana serranía— y el sacrificio del puerto no daba la medida de la fuerza de las defensas establecidas más allá de Ulúa.

Después de estudiar la situación durante tres semanas, el almirante llegó a ciertas conclusiones que no eran las de M. de Saligny. Los pronósticos optimistas del ministro francés —el derrumbe interno del país, las sublevaciones, las traiciones, el derrocamiento del gobierno y la huida del Presidente— eran operaciones a largo plazo; pagarés sujetos, como todas las promesas hechas en México, al descuento corriente y al saldo eventual. Pero M. de Saligny había tomado en cuenta también aquel riesgo. «En ninguna parte resulta tan difícil averiguar lo que ocurre como en este país», confesó a Serrano. Probabilista y pesimista, no estaba seguro de nada, ni siquiera de llegar a Veracruz con vida, y antes de salir de la capital, redactó una carta testamentaria recomendando su familia al Emperador, por si acaso… Alcanzó la costa sin peligro, pero para sólo presenciar el fiasco de su conchabanza con Serrano. Sobre la plaza ondeaba la bandera española, los buques españoles brillaban embotellados en el puerto, pero la expedición que tantos esfuerzos le costó lanzar había sido abordada ya por su colega británico. Apenas llegado a Veracruz, Sir Charles Lenox Wyke

cambió opiniones con el almirante Rubicalva, y ambos estaban de acuerdo en que entablar negociaciones con el gobierno mexicano era preferible al empleo de la fuerza.

Tanta precipitación para llegar a tal conclusión hubiera sido un movimiento de rotación, si no hubiese producido otro resultado; pero, con todo, la iniciativa del mariscal Serrano surtió un efecto espectacular. Nada hubiera inflamado al país tan profundamente como la llegada prematura y aislada de los españoles, y al día siguiente de la ocupación del puerto, cuando el Congreso encomendó el país al Presidente, Juárez tenía el respaldo de una sensación inmensa. Aunque el gobierno había adoptado la decisión de evacuar Veracruz para ganar tiempo e improvisar una defensa tierra adentro, la diferencia era tremenda entre el plan estratégico y la realidad palpable. No había punto tan sensible en todo el territorio, ni tan susceptible de suscitar una reacción nacional, como Veracruz: el país no estaba, no podía estar, preparado para el choque del hecho consumado. La diferencia, la diferencia inconmensurable, se apreciaba en la forma en que Zarco anunció el «hecho increíble» en las columnas de *El Siglo*: «Tres días ha que la H. Veracruz está en poder del enemigo y el inmenso duelo de sus hijos será comprendido y sentido por todos los mexicanos, que recuerdan la gloria de esa ciudad, que fue siempre el centinela avanzado de la independencia nacional, y siempre al sucumbir supo cubrirse de una gloria que respetaron los mismos invasores.» Veracruz, la ciudadela invicta de la guerra civil, Veracruz la heroica, Veracruz la invulnerable, en manos de los españoles por primera vez desde 1821, y entregada sin resistencia, era una visión de valor impensado e incalculable en la estrategia sentimental de la defensa de la nación; el solo anuncio bastaba para sacar de un pueblo abatido y hastiado de guerra, reservas insospechadas de fuerza e insuflar a la nación un sobrealiento que, difícil y fatigoso al principio, salía cada vez más hondo, más fuerte, más vivo.

A medida que llegaban las noticias detalladas, Zarco las desplegaba con la satisfacción de un sargento instructor: «La ocupación de Veracruz con todo y que aflige y contrista el patriotismo de los mexicanos, no es un triunfo de los invasores ni puede envanecerlos. La evacuación de la plaza se hizo con el mayor orden: las cartas del 15, que son las últimas, contienen pormenores que, si bien son dolorosos, avivan las simpatías que siempre merecieron los veracruzanos por su denodado patriotismo. La guardia nacional, compuesta de comerciantes y artesanos, se salió toda con el general en jefe, y en vez de tener

una sola baja, tuvo altas numerosas. Las personas acomodadas abandonaron sus intereses y se presentaron al gobierno para organizar guerrillas que hostilizaran al invasor. Faltaban medios de transporte, muchas familias emigraron a pie, y si estos acontecimientos no se hubieran precipitado, es de creer que ni un solo mexicano hubiera permanecido en Veracruz.» Y con la reticencia propia de una estadista añadió: «Los sucesos de la plaza deben probar al invasor que no encuentra la menor simpatía en este país, y que ha sido para la España un error funesto la esperanza de encontrar en México el deseo de una antigua y odiosa dominación. Pronto conocerá que los mexicanos de 1861 son los mismos de 1810 y 1821.» Las filas de refugiados marchando tierra adentro se multiplicaron con las colas que se formaban ante los puestos de reclutamiento en todos los rincones del país, y que salían a su encuentro con un ardor popular que transformaba a 5 mil viandantes en una nación de patriotas sin hogar. La primera llamada era para 52 mil hombres; en muchos lugares se superó la cuota, y para el gobierno la dificultad no era de inspirar, sino de organizar y equipar un espíritu marcial que surgió inmediatamente, según los boletines de *El Siglo*, «cuando en todos los estados, al saberse la amenaza de la guerra, ha habido espontáneas manifestaciones de patriotismo, acudiendo en masa los ciudadanos a pedir armas, solicitando marchar a la vanguardia». Tampoco faltaban las defensas diplomáticas: pocas y pobres, exclusivamente morales, eran tan vulnerables como las militares, pero a la cabeza del gobierno velaba un hombre acostumbrado a sacar partido de poco, y el Presidente las aprovechó en más de lo que valían en realidad.

La guerra popular que iba gestándose fue precedida por escaramuzas civiles en la prensa, por una guerra verbal, y Zarco, civil militante, era el primero en insistir en que no había otra forma de defensa digna o posible, después de la invasión de Veracruz, que la militar, pero que el gobierno, «reservándose en su prudencia el momento oportuno para entablar negociaciones», debía buscar un arreglo sin comprometer la dignidad de la nación; y alistando la autoridad del Presidente para acreditar tal política, le encareció a que explicara al pueblo la gravedad de la situación. El Presidente respondió con un Manifiesto destinado no sólo al consumo interno sino externo también. Comunicarse con el enemigo estaba prohibido, so pena de muerte, lo mismo para el ciudadano mexicano más humilde que para el más encumbrado, pero nada impedía que el ciudadano Presidente hablara por encima de la cabeza del

invasor y se dirigiera a la opinión mundial, a menos que hubiera el peligro de pasar desatendido. La opinión mundial, sorda o indiferente hasta entonces, se despertaba con la iniciación de hostilidades que llamaban inevitablemente la atención del orbe, y en el momento oportuno el Presidente, con esa reserva personal y con esa lenta saturación de sentimiento público que caracterizaba sus pocas declaraciones, interrumpió su silencio habitual para formular la posición de su patria con una defensa digna de ella. Los argumentos empuñados por Zarco en *El Siglo* contra la incursión española —filibusterismo, piratería, agresión inmotivada, infracción del derecho de gentes— para tales tecnicismos Juárez no tenía tiempo, ni para tales futilezas paciencia; avaro de palabras, el Presidente era todo sustancia plasmada al propósito, y el documento dado por su mano era un hecho que hablaba por sí. En nombre de la nación se comprometió a negociar las reclamaciones legítimas, y los pretextos de intervención los saldó a la vista con la declaración de que «si la nación española encubre otros designios bajo la cuestión financiera», la política de su gobierno no sería de declarar la guerra, sino de combatir la fuerza con la fuerza hasta donde fuera posible con los medios de acción disponibles. Y con la misma franqueza y con igual constancia denunció la presunción que autorizaba el asalto a mano armada a México y desarmaba la pretensión del adversario de encabezar una cruzada civilizadora al decir: «Informes exagerados y siniestros de los enemigos de México nos han presentado al mundo como incultos y degradados. Defendámonos de la guerra a que nos provocan, observando estrictamente las leyes y usos establecidos en beneficio de la humanidad. Que el enemigo indefenso, a quien hemos dado generosa hospitalidad, viva tranquilo y seguro bajo la protección de nuestras leyes. Así rechazaremos las calumnias de nuestros enemigos y probaremos que somos dignos de la libertad e independencia que nos legaron nuestros padres.»

El sargento instructor se declaró satisfecho. «Este notable documento está escrito con moderación y dignidad, y expresa con verdad y exactitud, cuáles pueden ser los infundados pretextos que la España invoque para traemos la guerra —comentó Zarco, llamando al lector a guardar atención—. Mucho honor será a México en el mundo, que cuando nuestros enemigos se ufanan en pintarnos como bárbaros, la voz del Presidente de la República, en el momento en que sufrimos el insulto de una expedición que se presenta como pirática, se levanta serena y tranquila para recomendar que sean protegidos

y amparados los españoles residentes en el país, expuestos por la imprudencia de su gobierno a males irreparables.» De todas las ventajas que el Presidente se esforzaba en sacar del pueblo para su defensa, la vindicación de su buen nombre era la más importante y la demostración más difícil de alcanzar en aquel momento; pero el pueblo también halló mentiroso al enemigo. Los súbditos de España, al igual que los demás extranjeros residentes en el país, siguieron disfrutando de la protección de las leyes y de las costumbres de las naciones civilizadas, bajo el amparo de un gobierno cuyo poder moral era tan manifiesto que el enemigo lo atribuyó a su propia presencia en México.

Domado el terror doméstico, Juárez dedicó su atención al foráneo. Si su Manifiesto llegaría a llamar la atención en el exterior, constituía otra de las incógnitas de la situación; pero de tales quilates era la honradez política y tan penetrante la voz que la llevaba, que su defensa provocó la reacción oficial de un español que supo apreciar el reto y que acababa de desembarcar en aquel momento.

2

La intervención tripartita se inició formalmente el 7 de enero de 1862 con la llegada de las escuadras de Francia y de la Gran Bretaña, que borraba el paso en falso del mariscal Serrano. En el plan político, la maniobra destinada a ganar la iniciativa fracasó rotundamente; pero, en cambio, proporcionó una brillante obertura militar para la entrada en escena del notable personaje que llegaba con el mando de la expedición española, y que estaba destinado a desempeñar un papel importante en la dirección psicológica de la coalición.

La selección del hombre nombrado por Madrid para llevar la representación y el prestigio del país en el extranjero sintetizaba el carácter y las contradicciones de la política de España. El general Prim era un héroe nacional. Propiamente dicho, no era español, sino catalán, y la distinción, aunque sin influir en su lealtad, contribuyó sensiblemente a la independencia de criterio que constituía el rasgo más marcado de su carácter. De origen modesto, se había distinguido en las guerras civiles que agitaron la Península en los años posteriores a la invasión napoleónica, y había coronado su carrera con su conducta brillante en la conquista de Marruecos en 1859, cubriéndose de gloria gracias a proezas espectaculares que cautivaron la imaginación de sus compatriotas. Al terminarse la campaña, fue ascendido al rango de par del reino y encumbrado entre los Grandes de España, pero los títulos de Conde de Reus y Vizconde de Bruch nunca llegaron a ser más que seudónimos del general Prim en los labios del pueblo. Al volver a Madrid recibió ovaciones populares que, lejos de ser una efervescencia pasajera, se repitieron con entusiasmo incansable en todo su recorrido triunfal de la Península y se perpetuaron en sus recodos más apartados. Su popularidad era, en realidad, un fenómeno histórico. La guerra de Marruecos señalaba el fin de una era de luchas intestinas y la unificación de la nación en las aventuras del expansionismo colonial; y Prim, habiendo figurado con brillo en ambas etapas, quedó identificado con la resurrección del nacionalismo ibérico. Prim era el hombre de pro que representaba el orgullo y la confianza en sí de la nación mucho más que el gobierno que lanzó la campaña o que el mariscal O'Donnell que la dirigió, gracias al aura romántica que dio a la guerra. Sus hazañas recordaban las tradiciones heroicas de un pueblo siempre sumergido en el pasado, y cuya revivificación en el siglo XIX intensificaba el sentimiento nostálgico que inspiraba la campaña española para lograr el lugar que le

correspondía en el mundo moderno. La gloria marcial era el instinto biológico de su raza y la hombría de Prim titilaba el sexo de España. Hasta los enemigos hereditarios del país reconocieron sus hazañas; los guerreros del Riff rindieron tributo a sus armas; en las Montañas de la Luna se acallaba a los niños con el son de su nombre, como se les despertaba en los Pirineos aclamándolo. En Francia las revistas militares lo parangonaban con Bayardo y Murat, y Prim salió ganando con la comparación. «Será tal vez un Murat —decía uno de sus adictos— pero un Murat sin el plumaje, sin la polonesa de terciopelo carmesí y el aspecto circense: su porte corresponde al militar más austero.» «En cuanto a bizarría —recalcaba otro de sus admiradores— los soldados franceses son un poco *biases* y nada les asombra; pero las acciones brillantes del Conde de Reus tienen un carácter peculiar y una forma heroica. Tienen un color épico que hace pensar en los torneos y la *Jerusalem Libertada*. Sus corazonadas son rápidas, espontáneas, sin cálculo, y sin embargo, parecen compuestas para el anfiteatro y resultan siempre pintorescas; impresionan la imaginación del soldado y del pueblo, despertando en su pecho una emoción caballerosa y resplandeciente que es el genio mismo de España.» Su conversación cautivaba a sus oyentes del mismo modo que su grito de guerra les llevaba a las cumbres y las guaridas de los moros: empezando lenta y regularmente, se acaloraba poco a poco, volviéndose vehemente su voz, cobrando ímpetu sus ideas, acumulándose, agitándose, atropellándose hasta alcanzar la elocuencia; apartando las opiniones contrarias, saltando los obstáculos, sorprendiendo, atacando, presionando, seduciendo y acabando por dominar a los más refractarios. Un rasgo más de su carácter mereció la atención del mismo analista. «Se dice que ama la verdad y sabe entenderla; pero sus cualidades excepcionales y sus modales agradables le han rodeado de mucha admiración y exaltación.»

Los laureles ganados en la campaña de África estaban frescos todavía cuando se le nombró para encabezar la expedición a México, y por varios motivos la designación era inevitable. El gobierno eligió al candidato más indicado, al parecer, para un puesto sumamente codiciado. Su prestigio personal bastaba para que mereciera el mando de una expedición, que tenía como fin principal el crédito extranjero, y como agente romántico Prim tenía todos los requisitos para representar la resurrección de España con brillo. Pero como representante de una política agresiva adolecía de algunos defectos no menos brillantes. En el curso de su carrera el soldado había adquirido

convicciones políticas, su horizonte mental se había ensanchado con su ascensión brusca; profesaba principios liberales y los defendía con una independencia que le conquistó una posición preminente en la vida política de la Península. Senador del reino, ya había dado prueba de su valor cívico, y precisamente en relación con la cuestión mexicana, al levantar la voz en las Cortes en 1858 para protestar contra una expedición que el gobierno tenía proyectada en aquel entonces y de la cual se negó a asumir el mando. En vista de sus antecedentes políticos y de su actitud declarada en 1858, resultaba tan extraño que aceptara, y hasta solicitara, la dirección de una expedición punitiva contra el pueblo en cuya defensa se había señalado tres años antes, como que el gobierno encomendara tal misión a un prohombre de sus notorias simpatías y propensiones.

Pero ¿cuál era su misión? El carácter de la empresa era todavía tentativo y contingente cuando se llamó a Prim para dirigirla. Enredados en la politiquería madrileña, los grandes rasgos de la política nacional eran nebulosos y tan indescifrables, que De la Fuente informó que «francamente no se sabe a punto fijo lo que España piensa hacer, y creo que ni su gobierno lo sabe... Parece que la intempestiva fogosidad de O'Donnell tenía por objeto prolongar su estado en el Ministerio». Interrogado por el ministro inglés en Madrid, Calderón Collantes contestó que España no pensaba imponer un gobierno a México, pero que, al igual a los aliados, si la llegada de la expedición tuviera como resultado un movimiento espontáneo del elemento conservador y el establecimiento de un gobierno estable y responsable, lo vería con beneplácito, cualquiera que fuera la forma de gobierno adoptada: república o monarquía, poco le importaba, aunque en el último caso los borbones merecerían la primera consideración..., etc. También señaló a su interlocutor que se debía tener presente otra consideración, a saber: que las convulsiones en México eran fundamentalmente una guerra de castas y que el elemento español, que nunca había dejado de ser una minoría, corría el riesgo de verse eliminado por completo o reducido a la misma condición que en los días de Cortés. Frente a los críticos de afuera, Calderón Collantes recurrió a las evasivas; frente a los domésticos, a la exoticomanía. La expedición española tenía su origen no en un plan, sino en un estado de ánimo, y estaba destinada sobre todo al consumo interno. La confianza de la nación en su propia fuerza, estimulada por la conquista de Marruecos, parecía propiciar una nueva aventura; la prensa chovinista clamaba por la reconquista colonial y un príncipe

español en el trono de México; y el gobierno obedecía a estas inspiraciones al lanzar la expedición sin tardar y sin comprometerse a ningún fin específico, fuera de la popularidad en el interior y el efecto en el exterior. Los experimentados políticos de Madrid sabían que la dirección eventual de la empresa dependía de sus consocios y confiaban en las contingencias de la marcha para determinar la forma que habría de tomar un lance que era, en suma, una batida política para explorar la posibilidad de restablecer la influencia española en América. Fuera lo que fuera el giro que tomara, el nombre de Prim era una póliza de seguridad que garantizaba a los autores de la aventura contra todos los peligros. El ídolo nacional, el servidor leal de la Corona, el amigo de México, el reconocido liberal —todos y cada uno a su vez podrían impulsar los intereses y el renombre de España de la manera que más conveniente le pareciera al encontrarse sobre el terreno; y se le concedió suficiente latitud en sus instrucciones formales; y bastante discreción en sus directivas verbales, para que cargara con toda la responsabilidad del desenlace.

Significativa fue la reacción a su nombramiento en el extranjero. En Francia la designación de un partidario declarado de los liberales inquietó a los monárquicos mexicanos, y la Emperatriz e Hidalgo importunaron al Emperador para que impidiera el nombramiento; pero en vano. En el verano anterior Napoleón había conocido a Prim, cuando ambos tomaban las aguas en Vichy; hubo un intercambio de impresiones y Prim había manifestado el deseo de ver las armas de Francia y España unidas en alguna empresa común: llevar a España a figurar en el concierto europeo, bajo su dirección, constituía uno de los puntos cardinales de la diplomacia napoleónica, y el Emperador propuso a Londres que se confiara el mando supremo de la expedición al Conde de Reus. Mas la reacción en aquel balneario fue fría, y Napoleón se abstuvo de insistir, pero hizo cuanto estaba de su parte para hacer destacar a su protegido. El comandante de la expedición francesa recibió instrucciones de dar un trato de preferencia al general Prim y de demostrarle toda la deferencia compatible con su propia dignidad. «Sabéis qué tan excelentes son las relaciones imperantes entre el gobierno del Emperador y el gobierno español —le recordaba el ministro de la Guerra— y os tocará conciliar los requisitos del servicio y de vuestra propia posición con el deseo de un entendimiento, destinado a ser siempre más cordial con nuestra expedición en Cochinchina, con aquella que encabecéis, y con intereses, en suma, de más de una clase.»

El favor de Napoleón estaba garantizado de antemano por la necesidad de compensar el peso preponderante de la Gran Bretaña y de la versión inglesa de la intervención. En tanto que los ingleses pensaban ocupar Veracruz sin rebasar el puerto, se preveía una marcha al interior tanto en el plan francés como en el español. Prim tenía instrucciones de «no esperar hasta que el clima y las dificultades que acompañan a las expediciones lejanas diezmen la tropa, sino de buscar al gobierno mexicano, dondequiera que se encontrara, y de imponer sus condiciones». El plan francés asentaba las mismas directivas, con una diferencia flexible. Las instrucciones redactadas para el contralmirante Jurien de la Graviére planteaban tres eventualidades que correspondían, por decirlo así, a los varios escalones en que se desplegaba el pensamiento del Emperador. Las primeras eran oficiales y literales; las condiciones de la Convención de Londres debían respetarse, pero sólo como punto de partida; si *la parte sana* de la población —eufemismo facilitado por los monárquicos mexicanos— reaccionase a la expedición y procurase establecer un gobierno que diera algunas garantías de fuerza y de estabilidad, el comandante francés no debía negarle su apoyo moral. El segundo juego de instrucciones tenía un carácter reservado y constituía un refinamiento muy marcado de las primeras. El pensamiento del Emperador iba mucho más allá de la Convención, base legal de la colaboración tripartita: la salvación de México entrañaba la introducción de una monarquía y el candidato más deseable era el Archiduque Maximiliano. No podía contarse con la cooperación de Inglaterra en esta etapa; el gobierno británico, aunque haciendo plena justicia a la idea del Emperador, estaba resuelto a respetar las condiciones de la Convención al pie de la letra. España simpatizaba con la idea, pero no con el archiduque; y la actitud de los mexicanos era problemática. «Si la nación permaneciera inerte, no podemos hacer nada, sino quedarnos dentro de las condiciones del Convenio.» En dicho caso, algunas indicaciones complementarias debían observarse. Se podría expedir una proclama al pueblo mexicano en que se garantizara su independencia y su absoluta libertad en la elección de una forma de gobierno, pero siendo imposible cumplir con la garantía, permaneciendo en la costa, una marcha al interior se imponía; los ingleses no participarían tampoco en esta etapa; habría, pues, que organizar la marcha con el apoyo de los españoles, y como éstos eran muy impopulares en México, las tropas francesas tendrían que encabezar la columna.

Además de estas instrucciones escritas, el contralmirante

recibió otras, verbales, del Emperador, quien las comunicó en sustancia al embajador austriaco. El príncipe Metternich era un escéptico; contemplaba la trama con graves temores, y viendo a las habsburgos envueltos en una aventura arriesgada, deseaba saber cómo habría de realizarse la condición del consentimiento del pueblo mexicano. La pregunta obligó al Emperador a aclarar sus ideas y a enfocar su visión, sustituyendo la telepatía con el telescopio político, y dando el último retoque al telegrama de Biatrritz. Los contingentes francés y español —explicó al embajador— emprenderían la marcha inmediatamente, y al llegar a la capital el almirante convocaría una Asamblea Constituyente, integrada por diputados nombrados por las varias provincias del país, encargados de dar voz al sentimiento de la nación en favor del archiduque. Así, al iniciarse la intervención, Napoleón tenía ya un claro concepto del desanlace y de la distribución de los papeles entre los varios intérpretes: Inglaterra acompañaría la aventura equívoca, con el carácter de dueña, hasta la cita; España protegería la escapada en la segunda etapa, desde Veracruz hasta la capital, y en la capital el comandante francés y los monárquicos mexicanos llevarían la intriga a feliz término al pie del altar. El general Prim, pues, representaba para Napoleón, así como para el mariscal O'Donnell, una póliza de seguro.

Con tales premisas se lanzó la expedición en Europa, y los altos comisionados de las potencias aliadas obedecieron sus instrucciones a 4 500 kilómetros de distancia con una lealtad que desarrollaba inevitablemente las contradicciones latentes de sus gobiernos.

Al celebrar los comisionados aliados su primera conferencia en Veracruz, el día 9 de enero, el general Prim disfrutaba de una posición privilegiada entre sus colegas. El alto comisionado español reunía en su persona las atribuciones militares y las políticas, repartidas entre dos delegados en el caso de los demás —Sir Charles Lennox Wyke y el comandante Dunlop en representación de la Corona Británica; M. de Saligny y el almirante Jurien de la Graviére, del gobierno del Emperador de los franceses —y la fama que se había ganado en Europa le prestaba una autoridad a la que ninguno de ellos podía pretender. «Tengo gran satisfacción en comunicar a Vuestra Excelencia —informó al mariscal O'Donnell— que desde el primer día ha reinado entre los miembros de la asamblea la más perfecta armonía, y que he recibido de mis colegas pruebas muy señaladas de deferencia.» De esta ventaja inicial se aprovechó para identificar a sus colegas con su propia versión

de la intervención. Ante todo, le tocaba desarmar la hostilidad suscitada por la llegada prematura de sus compatriotas, y su primer paso tomó la forma de una alocución contestando el Manifiesto de Juárez con una declaración hecha en nombre de los aliados. Aunque rodeado de adulación y exaltación, Prim respetaba la verdad política y respondía al reto con toda la franqueza permisible y con más, en realidad, de lo que era compatible con sus instrucciones; y gracias a una combinación hábil de sinceridad y discreción, produjo un documento que era todo un modelo de nebulosidad. El comisionado español contestó a Juárez pasando por encima de su cabeza. La respuesta iba dirigida al pueblo mexicano y sólo indirectamente a su gobierno, pero repudiaba toda intención de reconquista o de intervención política y reconocía francamente que «las tres naciones que venimos representando, y cuyo primer interés parece ser la satisfacción de los agravios que se les han inferido, tienen un interés más alto y de más generales y provechosas consecuencias». El general se limitaba a generalidades. La expedición «venía a tender una mano amiga al pueblo a quien se ve con dolor ir gastando sus fuerzas y extinguiendo su vitalidad, al impulso violento de guerras civiles y de perpetuas convulsiones. Esto es la verdad, y los encargados de exponerla no lo hacemos en son de guerra y de amenaza, sino para que labréis vuestra ventura, que a todos nos interesa. A vosotros, exclusivamente a vosotros, sin intervención de extraños, os toca instituiros de una manera sólida y permanente».

Si no la verdad entera, era tanto cuanto podía generalizarse en aquel momento; y como comprometía a los aliados a una actitud de neutralidad benévola, la alocución no cayó muy bien a M. de Saligny, aunque por lo pronto se calló. La peroración era una de las codas más elocuentes del general. Reiteraba su promesa de respetar la libertad del pueblo mexicano y exhortaba a los recelosos a confiar en la buena fe de los aliados, «mientras nosotros presidamos impasibles el grandioso espectáculo de vuestra regeneración, garantizada por el orden y la libertad. Así lo comprenderá, estamos seguros de ello, el gobierno mexicano a quien nos dirigimos; así lo comprenderán las ilustraciones del país a quienes hablamos, y a fuer de buenos patricios, no podrán menos de convenir en que, descansando sobre las armas, sólo se ponga en movimiento la razón, que es la que debe triunfar en el siglo XIX». Por deferencia a su distinguido autor, sus colegas adoptaron la declaración a la unanimidad, firmándola todos en nombre de sus respectivos gobiernos: su misma vaguedad garantizaba su buena fe; no les

comprometía específicamente a nada. El gobierno mexicano, al recibir la alocución, expresó su perplejidad ante el oráculo; según Doblado, nadie alcanzaba a comprender lo que significaba. De significar algo, significaba, al parecer, que los aliados invitaban al pueblo mexicano, o a determinada parte del pueblo, a sublevarse contra su gobierno y sustituirlo por otro con el cual ellos pudieran tratar; pero, por lo menos, sustituía la guerra con una tregua y limitaba la lucha a un conflicto verbal, y por consiguiente el gobierno mexicano y el pueblo mexicano esperaron, para interpretar el oráculo, la acción de los aliados.

No bien desembarcados en Veracruz, los aliados se dieron cuenta de que la plaza, además de evacuada, era inhabitable. El clima de la costa era liberal. Después de ocupar Veracruz por espacio de un mes, los españoles tenían 500 enfermos de fiebre terciana, y la llegada de unos 4 mil individuos de tropa fresca en un puerto ya congestionado con los 6 mil que les precedieron, hizo imperativa la ocupación de los alrededores. Dos días más tarde se inició el movimiento con un destacamento de tropas francesas y españoles y una compañía de marineros ingleses, que acompañó la marcha en señal de solidaridad, pero que regresó al puerto al día siguiente. La distancia era corta, 12 kilómetros, y para aligerar la marcha se aprovechó una pequeña sección de ferrocarril, cargando las provisiones en furgones arrastrados por mulas semisalvajes; pero bajo el sol canicular el andar resultaba lento y fatigoso hasta para los veteranos de Argel y Marruecos. Los franceses, colocados por el general Prim a la cabeza de la columna, sufrieron más que los otros; a pesar de los altos frecuentes, el cansancio aplomaba los pies y alargaba la marcha interminablemente, y al alcanzar la aldea de La Tejería y sentar sus reales con velas traídas de Veracruz —el grueso del equipo estaba todavía en mar— el vivac parecía un naufragio. La experiencia de esa marcha de prueba en la tierra caliente pesó fuerte en las deliberaciones de los comandantes aliados. La llanura desierta, la insolación y la sed, la soledad hostil, el calor enervante, la necesidad de batir el camino diariamente para traer provisiones del puerto, y el aislamiento, la inactividad y la irritación al llegar al campo, provocaban la impaciencia general con las medidas provisionales. El almirante francés protestó contra la pérdida de tiempo insistiendo en que se siguiera avanzando sin parar hasta las altiplanicies fértiles y salubres de la sierra, y Prim andaba de acuerdo; pero se tuvo que aplazar el movimiento por falta de transportes. Con imprevisión notable, no se había preparado tan esencial servicio: se pensaba improvisarlo en el terreno mismo, y como

los naturales obedecían el embargo del gobierno mexicano y ni bestias ni vehículos se encontraban en Veracruz, fuerza fue mandar pedirlos a Cuba.

A tal contratiempo obedecía la alocución del general Prim. «Después de los primeros días —informó a O'Donnell— empezaron las tropas a sentir los efectos del clima, y por momentos iban aumentando los enfermos de tercianas, lo que nos hizo ver la necesidad que en breve tendremos de marchar hacia Orizaba o Jalapa, pues de continuar aquí los meses de marzo, abril y mayo, perderíamos las dos terceras partes de nuestros soldados. Pero ¿cómo salir para atravesar un desierto de treinta y tantas leguas sin tener nada de lo que se necesita para marchar? Hasta los cañones estaban sin mulas para arrastrarlos, y no sólo los españoles, sino los de Francia e Inglaterra lo mismo: ¡ni mulas ni carros para llevar las provisiones, ni carros ni mulas para las ambulancias!... En tal situación y a fin de ganar tiempo para que viniese de La Habana lo que allí hubiera, emprendemos la conversación dirigiendo una alocución al país.» Traducción política de un contratiempo militar, la alocución marcaba el paso, mientras los aliados extendían sus líneas hasta donde alcanzaban sus medios de tracción.

Las autoridades mexicanas, notificadas del avance y aseguradas de que no se realizaba con ánimo hostil, no presentaron resistencia, aunque algunos guerrilleros vigilaban de lejos. Uno de ellos vino curioseando hasta el campamento y fue invitado a presenciar el espectáculo de los aliados reunidos adentro. La impresión que dejó el guerrillero en el ánimo del general Prim puso una nota alegre en su correspondencia con O'Donnell. «Estuvo un buen rato con nosotros y en el curso de la conversación me manifestó que los mexicanos están en extremo exasperados por el desprecio que se había hecho a su pabellón, no izándolo al lado de los de España, Francia e Inglaterra. A tan peregrina ocurrencia me costó no poco esfuerzo no perder la gravedad; no me pareció, sin embargo, que era oportuno entrar con él en argumentos que no lo hubieran convencido; pero me ocurrió darle una explicación no menos risible que la queja. "¿Cómo habíamos de enarbolar la bandera mexicana, si se fueron ustedes todos y no quedó quien le hiciera la guardia y los honores debidos?" Pareció calmarlo esta ridícula razón y se retiró.»

La armonía que señalaba la primera conferencia de los comisionados se alteró sensiblemente en la segunda, al ponerse a discusión la redacción de un ultimátum al gobierno mexicano

y la formulación de sus respectivas demandas. Las demandas españolas e inglesas eran exigentes pero negociables. Las primeras comprendían el reconocimiento del Convenio Mon-Almonte, desagravios para los nacionales españoles y una apología formal para la expulsión del ministro español. Las últimas abarcaban todas las reclamaciones pecuniarias ya reconocidas, sumando algo más de 50 millones, garantías para los súbditos británicos y el control de las aduanas mexicanas —virtualmente las mismas condiciones establecidas por el Convenio Wyke-Zamacona. Las demandas francesas, en cambio, eran exorbitantes y provocativas. M. de Saligny tenía preparada una cuenta por daños y prejuicios que llegaba a 12 millones de pesos, a título de indemnizaciones por crímenes cometidos contra los súbditos franceses hasta fines de julio del año anterior, sin perjuicio al importe de reclamaciones ulteriores; más el cumplimiento pleno, leal e inmediato del crédito Jecker; más el castigo ejemplar de los atentados contra su vida y su dignidad; más el derecho de asistir, presencialmente o por representación, a todos los pleitos entablados contra los franceses por la justicia criminal del país; más el interés anual del 6% sobre todas las indemnizaciones estipuladas y sin cumplimiento; más el derecho de ocupar los puertos de la República en garantía del cumplimiento de las condiciones expresadas; más el derecho de controlar los ingresos aduanales, de recaudar los fondos franceses, y de rebajar las tarifas a la mitad o en menor proporción, al arbitrio de los comisarios; más la prohibición impuesta al gobierno mexicano de compensar la pérdida de sus rentas con percepciones adicionales en las aduanas interiores. Inaceptables para el gobierno mexicano, y evidentemente redactadas con tal intención, las condiciones francesas eran igualmente inadmisibles para los comisionados español y británico. Los 12 millones de pesos, la amputación de las aduanas, la reducción arbitraria de las tarifas, la humillación del gobierno mexicano —todo eso lo tragaron buenamente, pero al llegar a los bonos Jecker les vino la basca. Los comisionados británicos exclamaron al unísono que tal exacción era intolerable. Un contrato tan escandaloso y leonino nunca sería aceptado —declaró Wyke— ni por el gobierno actual ni por gobierno alguno que le sucediera, y bastaría por sí solo para que los mexicanos rompiesen toda relación con los aliados, anteponiendo las consecuencias de una guerra desigual a la ignominia de aprobar una pretensión tan inicua. Prim apoyó la protesta. El almirante Jurien, que dio lectura al ultimátum francés en ausencia de M. de Saligny, contestó que no estaba al corriente del asunto y propuso que se suspendiera la

conferencia hasta recibir las aclaraciones del ministro.

Al día siguiente se volvieron a debatir las demandas francesas. M. de Saligny aclaró la inflación de las reclamaciones de su país calificando la cifra de 12 millones de pesos de una simple aproximación del monto total: no había examinado las demandas detalladamente, le hubiera costado cuando menos un año de trabajo certificarlas, tenía instrucciones de su gobierno de fijar alguna cantidad, y la suma referida representaba poco más o menos el valor global. En cuanto a los bonos Jecker, acataba las órdenes de su gobierno y no tenía autoridad para modificarlas. Ante la actitud inflexible del ministro francés surgió la interrogante de si los aliados debían apoyar sus respectivas demandas; y careciendo de instrucciones respecto al punto, se adoptó la resolución de referir el dilema a sus respectivos gobiernos. Esta solución entrañaba, empero, una demora de dos o tres meses antes de recibir las respuestas, y algo había que hacer inmediatamente: los edecanes esperaban, con una escolta mexicana, la resolución de los comisionados para llevar las demandas de los aliados a la capital. Recurriendo a una evasiva, los comisionados redactaron una nota al gobierno mexicano, reservando sus demandas y declarando que su primer deber era facilitar a la República los medios de constituirse firmemente y ponerla en condiciones de cumplir con sus obligaciones: perífrasis, en suma, de la alocución inicial, que dejaba siempre en la duda su interpretación eventual.

Las consecuencias del desacuerdo fueron graves y de largo alcance. En vez de presentar un ultimátum y avanzar sobre la capital, los comisionados tuvieron que reservar la razón de la expedición y extender la tregua concedida al gobierno mexicano. «Bien sé que esta resolución no se ajusta del todo a las instrucciones de Vuestra Excelencia —explicó Prim al mariscal O'Donnell—, pero ¿qué podía yo hacer en presencia de tan inesperada complicación?... no me quedaba otro arbitrio que dar mi asentimiento, por no haber otra salida de la dificultad, y como el ministro inglés, persuadido de que el dar nuestro apoyo a una reclamación tan inicua hubiera sido un borrón indeleble sobre nuestro gobierno, sobre nuestra noble nación y sobre nosotros mismos.» Los bonos Jecker comenzaban a producir interés de un carácter político imprevisto. Al tropezar con la piedra de escándalo, los representantes británicos se unieron con Prim en oposición a la política francesa. El apoyar las demandas francesas —explicó Wyke a Lord Russell— les hubiera llevado inmediatamente a las hostilidades con el gobierno mexicano con todos los inconvenientes del caso.

«Como los mexicanos han tomado la resolución de abandonar sus puestos y de concentrar sus fuerzas en el interior, perdemos todo contacto con ellos y todo control, a menos de seguirlos allá y dictar nuestras condiciones por la fuerza, lo que sería imposible con una fuerza terrestre tal como los aliados tienen actualmente aquí, a causa de la resistencia que encontraríamos de parte de la población entera a la porción española de la expedición. Mantener tan grande aglomeración de tropas europeas en esta pequeña plaza, con la estación malsana acercándose rápidamente, sería peor que imprudente, y por eso se convino en la necesidad de trasladarlos al interior hasta la primera altiplanicie, en donde se encuentran las ciudades de Jalapa, Córdoba y Orizaba. Pero para llegar a estos lugares las tropas deben pasar por unos desfiladeros formidables, que los mexicanos han fortificado y que están resueltos a defender. Estas consideraciones convencieron tanto al general Prim como a mí, que debemos procurar lograr lo que necesitamos persuasivamente en vez de por la fuerza. Habiendo convenido en suspender la presentación de nuestras respectivas demandas hasta recibir instrucciones más explícitas relativas a las mismas, nos hemos resuelto a cambiar el tono de nuestra nota mancomunada al Presidente, y la hicimos lo más pacífica y conciliadora que fuera posible.» Pero hubo más. La nota colectiva al Presidente subordinaba las demandas de los aliados a la resolución política del país, y al tocar aquel punto Sir Charles creyó de su deber no sólo consultar, sino aconsejar a su gobierno. «Si bien los comisionados franceses acabaron por adoptar la línea de conducta expresada, lo hicieron evidentemente de mala gana, debido a la extrema hostilidad manifestada por M. de Saligny hacia el gobierno de Juárez, que el almirante Jurien de la Graviére quiere también eliminar, al parecer, con la esperanza de sustituirlo con una monarquía. Si tal cambio resultaría benéfico o no, queda por comprobar; pero de verificarse, debía emanar de la voluntad de la misma nación, ya que toda sugestión de nuestra parte sobre semejante cuestión sería considerada por los mexicanos como una injerencia injustificable de nuestra parte.»

Wyke se encontraba en una situación delicada. Acreedor principal, con la fuerza policiaca más pequeña a su disposición —700 marineros— y aquella fuerza que tenía prohibido abandonar la costa, tenía que compensar la desventaja con su diplomacia. Si hubiese apoyado el ultimátum francés, provocando hostilidades en que el contingente inglés no estaba autorizado a participar, hubiera agravado sus dificultades,

dejándolo en la situación indecorosa de contar con sus aliados para imponer las demandas británicas. De ahí que se impuso una solución pacífica y una actitud acomodaticia; y por lo tanto se redactó la nota conciliadora «con la intención de inducir a los miembros moderados y racionales del gobierno a que aceptasen nuestra intervención con espíritu amistoso, más bien que hostil.» Convencido de que una demostración de fuerza bastaría para reducir a los miembros moderados del gobierno a la razón y conseguir el reconocimiento pleno de las condiciones británicas, y que el empleo de la fuerza sería contraproducente, se empeñó en prevenir toda acción precipitada o provocadora de parte de sus colegas. La cuestión Jecker le vino a propósito al crear un obstáculo y asegurar una tregua que aprovechó para ganar tiempo y el apoyo del general Prim, cuya influencia, respaldada por la fuerza militar preponderante, ponía en jaque a los franceses y los obligaba a someterse al peso combinado de sus socios españoles e ingleses.

Al nacer esta complicación la intervención tenía siete días de vida. La alocución del general Prim, el clima y el crédito Jecker se conjugaban para modificar el carácter de la expedición y para embotar su impacto —provisional, pero no por eso menos positivamente— sustituyendo la agresión con las negociaciones y prestando a Wyke una ventaja, que no tardó en aprovechar para mantener la empresa dentro de los límites de la Convención de Londres y conservar su carácter eminentemente inglés.

El 14 de enero se remitió la nota colectiva al gobierno mexicano. Los portadores iban acompañados por una escolta mexicana, facilitada por el general Uraga, quien los recibió en su campamento y prometió facilitar el paso de víveres al campamento aliado establecido en La Tejería. Correspondiendo a estas atenciones, el almirante Jurien mandó un edecán a la hacienda del general Uraga con un obsequio de vinos y puros y los saludos de los franceses y españoles; y el edecán francés regresó con informes sobre las disposiciones del enemigo. El general Uraga había soltado la lengua. Enemigo jurado de los españoles, hacía una excepción, sin embargo, a favor del general Prim, a quien atribuía el giro pacífico tomado por la intervención. «La conversión del general parecía *reciente* — informó el oficial— y parecía ser el fruto de los esfuerzos de Sir Charles Wyke, que está en correspondencia casi diaria con él.» El general mexicano encarecía a los franceses a que se mostrasen pacientes y acomodaticios. «Aunque hablaba de Juárez con muy poca frecuencia, dijo que el Presidente era el

representante del país y que, por motivos de decoro nacional, deseaban que se le respetara. Aseguren ustedes la cuestión formal —añadió— y todas las demás se arreglarán fácilmente. Juárez no es más que un hombre; nosotros gobernamos a sus espaldas; Doblado y Echeverría manejan ya los asuntos; yo mismo estoy destinado a tomar la cartera de Guerra, luego que no se necesite mi presencia en el estado de Veracruz. Decid al almirante que llegaremos a un entendimiento con las potencias extranjeras, pero que debemos ir despacio y con precaución; con el tiempo todo se puede lograr y conservando, además, las formas legales: la presidencia vitalicia o hasta la monarquía, nada es imposible, con tal de que tengáis paciencia y permitáis que nosotros conduzcamos los asuntos.» La sinceridad de estas revelaciones no era insospechable, dado el carácter de embustero que M. de Saligny imputaba a Uraga, pero su verosimilitud parecía confirmada por la actitud del general respecto al ministro de la Guerra, el general Zaragoza, que acababa de renunciar para mandar una división bajo las órdenes de Uraga. «Zaragoza —terminó el informe— pertenece al partido liberal más avanzado y el general Uraga lo cree espía de Juárez. Dijo sin ambages que está resuelto a pasarlo por las armas al más leve asomo de traición.» De un dato, empero, no había duda alguna en la mente del edecán que redactó el informe. «Creo que el general Uraga está completamente ganado al partido liberal encabezado por Doblado. Dicho partido obedece a las inspiraciones de Sir Charles Wyke y el mismo general Prim no es más que un instrumento que halagan y procuran seducir, quizás, llevándolo a concebir esperanzas personales.»

Saligny, por su parte, ya había sondeado a Uraga, con la oferta de un bastón de mariscal, de un título de duque y de una posición elevada, a cambio de desconocer a Juárez y de tomar a su cargo el arreglo de un nuevo gobierno, pero sin más éxito que el de indignar no sólo al militar mexicano, sino al oficial francés que presenció la entrevista y que manifestó su disgusto de que a otro soldado se le ofendiese con tales proposiciones; pero, según su propia confesión, Saligny no era militar y el almirante recibió las proposiciones de Uraga con la debida reserva.

Los enviados de los aliados pasaron diez días en la capital esperando la respuesta del gobierno, que daba dilatorias al asunto, y provocando la indignación de los intervencionistas mexicanos, que se quejaron de la actitud casi tímida de los representantes extranjeros. Entretanto, la conformidad de Prim

y los representantes ingleses respecto a la cuestión Jecker fue robustecida por una conferencia habida entre los tres aliados, relativa a la constitución política del país. Esta cuestión, esquivada en sus primeras conferencias, fue planteada por Wyke en las observaciones dirigidas a Prim, dándole a entender que el gobierno británico vería el establecimiento de una monarquía con buenos ojos y que no tenía candidato propio. El buscapié surtió efecto. El almirante Jurien reaccionó inmediatamente declarando que tenía órdenes terminantes de su gobierno de intervenir con toda la influencia de Francia en favor de una monarquía, y que pensaba poner en juego todos sus medios de acción, públicos y privados, en pro del archiduque Maximiliano. Prim señaló la inconsecuencia de imponer al país un sistema predeterminado de gobierno, tras las declaraciones hechas en su alocución y la nota colectiva mandada a Juárez, y lo impolítico que sería enemistar a la población al pie de la cuesta, cuando se podría alcanzar la meta con paciencia y discreción; y demostrando su dominio de tales aptitudes, recomendó a sus colegas que esperasen «hasta que la marcha de los sucesos nos indique el momento oportuno para ejercer, no abiertamente, sino con la mayor reserva, nuestra influencia en la resolución de tan importante cuestión». «Excusado es decir a Vuestra Excelencia —explicó a O'Donnell — mi firme propósito de aprovechar cuantas ocasiones se me presentan de neutralizar las gestiones que practiquen los representantes de Francia. Tendré siempre presentes las instrucciones verbales y reservadas de Vuestra Excelencia y más bien que pasar por la vergüenza de que una nación en que ejercimos dominio durante tres siglos, que nos debe su existencia y en que se habla nuestro idioma, venga a ser regida por un príncipe extranjero, trabajaré porque conserven los mexicanos sus instituciones republicanas, si bien con las reformas indispensables al establecimiento de un poder fuerte y duradero.» La cuestión política, lo mismo que la pecuniaria, quedó aplazada indefinidamente y los representantes inglés y español se solidarizaron cada vez más estrechamente en oposición a las pretensiones francesas.

El acercamiento, sin embargo, era todavía circunstancial y precario. La separación de las reclamaciones de los aliados, ocasionada por el crédito Jecker, preocupaba a Prim, «pues no es difícil que se presente el caso —avisó a Madrid— de que la Francia y la Inglaterra, viendo que el gobierno español se niega a apoyar las reclamaciones, cedan a las instancias que ya han hecho las autoridades mexicanas a sus representantes para que

se presten a un arreglo en que queden excluidas las reclamaciones españolas, lo cual crearía al gobierno de Su Majestad una situación altamente difícil, puesto que una vez entablada la demanda, el decoro nacional exige que lleve adelante su término, lo cual no podría hacerse sin elementos de guerra muy y muy superiores a los que hoy tengo a mi disposición. Contra los franceses y los ingleses no hay en este país los odios y rencores que hay contra los españoles, y estos malos sentimientos, por inmerecidos que sean, no son menos profundos y arraigados; es indispensable, por lo tanto, que no haya separación entre las tres naciones y que sigan trabajando mancomunadamente hasta lograr el desenlace satisfactorio de sus cuestiones en México.» Mantener el frente unido le costó un esfuerzo constante. El 25 de enero los comisionados británicos notificaron a sus colegas que Miramón estaba a punto de llegar a Veracruz y que no permitirían el desembarco de una persona que había ultrajado a la Gran Bretaña con el saqueo de su Legación. El aviso provocó un altercado tan violento entre los comisionados franceses e ingleses, que se tachó la transcripción del protocolo. Prim hizo lo posible para mediar, pero sin éxito. La misma tarde llegó el paquebote, el comandante Dunlop abordó el navío, detuvo a Miramón y le llevó preso a un buque de guerra británico. La disputa volvió a encenderse. Apenas si Prim pudo evitar una ruptura y calmar a los franceses, cuya irritación compartía por su parte, y tanto les concedía la razón que manifestó a sus colegas de Inglaterra que, si se abstuvo de consignar una protesta contra su conducta, fue sólo para ocultar al gobierno mexicano toda apariencia de disensión entre sus adversarios. Miramón fue deportado, ostensiblemente como delincuente vulgar, pero la intervención de los comisionados británicos tenía un carácter francamente político: si el comandante Dunlop se abstuvo de aprehender a treinta de los partidarios de Miramón que lo acompañaban a bordo del paquebote, fue sólo por la dificultad de identificarlos y el temor de agravar la tensión.

Dos días más tarde los enviados regresaron de la capital con una respuesta evasiva a la nota de los aliados y una cosecha de rumores con qué interpretarla. Según el enviado francés, Sir Charles Wyke estaba negociando un arreglo particular con Doblado, éste estaba trabajando para derribar a Juárez, y los españoles también buscaban ventajas de reboso, por su parte. Al día siguiente, el 29 de enero, llegó Zamacona con la oferta de entablar negociaciones y una invitación a los aliados para que conferenciaran con los comisionados mexicanos en una de las

ciudades de la altiplanicie, con una escolta de 2 mil soldados, a condición de reembarcar a las demás inmediatamente. La proposición indignó al almirante a tal punto que propuso, pasándola por alto, que se ocuparan las posiciones indicadas desde luego; pero por falta de medios de tracción se convino en platicar, aunque ninguno sabía decir con qué objeto, pues era imposible formular sus demandas hasta recibir nuevas instrucciones de sus gobiernos. Sobre la necesidad de abandonar la costa, empero, todos iban de acuerdo: después de pasar tres semanas en aquel clima mortífero, estaban en condiciones de apreciar la sagacidad del gobierno mexicano al evacuar Veracruz.

3

El 25 de enero el gobierno mexicano lanzó un bando en que ponía fuera de la ley a los aliados y condenaba a muerte a todo mexicano que colaborara con ellos para subvertir las instituciones del país. El bando alcanzaba a varios pasajeros que llegaban a Veracruz, aquel mismo día, en el barco que llevaba a bordo a Miramón. Entre ellos iba el Padre Miranda. Los ingleses no se opusieron a su desembarco: no estaba fichado en el puesto de policía.

Miranda y Miramón se había acercado a Prim, al llegar las escuadras aliadas a La Habana, y habían conseguido una audiencia, pero nada más, del representante de España. Prim les manifestó que los aliados no podían tratar con un partido representado por partidas de guerrilleros y dijo que, si tenían en realidad la fuerza que alegaban, lo más indicado sería que aprovechasen la imprudencia del gobierno al concentrar sus tropas contra los aliados, apoderándose de la capital desguarnecida; los aliados tratarían con cualquier gobierno que hubiera allí. Si la respuesta no era un sarcasmo en Cuba, no cabía duda de que era una burla sangrienta en Veracruz. Miranda llegó a punto para presenciar la expulsión de Miramón y la determinación de los aliados de negociar con el gobierno. De sus correligionarios en la capital quedó separado por el decreto, y aunque logró conservar el contacto por correspondencia, el bando era una barrera insuperable. «Tal documento es un reto, una declaración de guerra —le escribió uno de ellos— y no hay otra alternativa que hacer uso de las armas para castigar tanta osadía o sujetarse al desprecio y vilipendio del universo entero en caso contrario.» Ocho días esperaron la acción de los aliados. Su correspondencia puso al Padre en aprietos, en nombre del rebaño en la capital. «Después del Decreto del 25, ¿qué debe esperar esta gente? ¡Qué de víctimas no habrá antes que lleguen estos señores por acá! ¡Por Dios, que urja usted porque se muevan y lleguen hasta esta ciudad, si no, somos perdidos!». El Padre Miranda tenía una sensibilidad exquisita; según su hermano carnal, «en su carácter delicado y en extremo susceptible, no ha de querer representar nunca jamás el papel de intruso, ni de simple consejero o aconsejador oficioso con unas personas que le son desconocidas y cuyas ideas pueden tal vez no ser idénticas a las suyas» —no las mejores recomendaciones quizás para cumplir su misión— y carecía además de carácter oficial ante los comisionados.

El almirante, aconsejado en París a fin de que lo tomara

como guía político, no le hizo ningún caso; Prim le hizo caso omiso; los ingleses lo inscribieron en su lista negra. Tan incapaz de impulsar a los aliados como de levantar a los fieles, se limitó a reciprocar los sentimientos de sus simpatizantes en la capital que, por pasivos, no eran conspiradores. «Son unas pobres gentes —según su informante—, casi puede decirse que entre acólitos anda el juego. En una palabra, amigo mío, no hay ni cabeza política ni militar que sepa dirigir las operaciones del trashumante gobierno.» Todo, pero todo, dependía de los aliados; los feligreses eran impotentes. «¿Pueden éstos tener confianza y la fe bastante para comprometer su posición social, sus familias y aun la vida, cuando no tienen ni garantía ni seguridad en la intervención, cuando a ella misma se le ve andar y vacilar en sus operaciones y objetos? Esto, el sólo imaginarlo, es absurdo.»

Y desahogándose con un desfogue contra la expedición, en la cual el temor se esfumaba en la ira para sólo volver transformado en imprecaciones y disculpas, su correspondiente terminó diciendo: «Si no fuera por las seguridades que tengo de Francia en el asunto y las expresiones algo consoladoras de usted en sus cartas, estaría yo, como están los demás, muy abatido y maldiciendo una intervención que hasta hoy no ha hecho más que empeorar bajo todos los aspectos nuestra situación política e individual. Ruego a usted que manifieste al señor Saligny y al señor Graviére, no como la expresión mía, pues le suplico que no mencione para nada mi nombre, sino como la expresión de un partido noble y fiero de los principios que sostiene y por los que ha hecho tantos sacrificios y padecido una cruel y brutal persecución.»

El Padre Miranda se enfiló en la cola en Veracruz. En las afueras las guerrillas tenían la consigna de aprehenderlo. Un hermano suyo que le acompañaba en ése lugar siguió adelante, pero en Puebla lo cogió la policía, y al llegar a la capital desapareció en una de sus infectas cárceles.

El invierno de 1862 era anormal: los «nortes» que tonificaban la atmósfera en aquella estación no soplaban, y los meses buenos resultaban tan malos como los peores en Veracruz. A principios de febrero los franceses tenían más de 300 enfermos internados en el hospital, Prim había mandado ya a 800 de los suyos a La Habana, y el amago furtivo de la mortandad pesaba fuerte sobre las deliberaciones de los aliados. Los comisionados mandaron una nota a la capital para anunciar su determinación de acantonarse en la altiplanicie para mediados del mes, con o sin la autorización del gobierno, y el día 9 de febrero, estando a

punto de despachar otra nota en el mismo sentido, recibieron la respuesta de Doblado proponiendo una conferencia para discutir las condiciones del avance. Concertada la cita, Prim y Doblado se reunieron diez días más tarde en la aldea de La Soledad. Allá, conferenciando a solas en una casita abandonada, se tantearon mutuamente desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde, y el contacto personal contribuyó no poco al arreglo que finalmente concertaron.

Doblado vino precedido del acostumbrado enjambre de rumores, entre los cuales sólo una cosa resultaba clara: el hecho de que él mismo los hacía volar. Prieto, condiscípulo suyo en el colegio, se complacía en recordar que el pobre muchacho que era Doblado en aquel entonces tenía encantados a sus camaradas con las patrañas que inventaba, y que cobraba por el privilegio de beberías de sus labios. Tal parece que algo del mismo talento lo conservaba todavía en su sensata madurez: ya no inventaba cuentos, pero los inspiraba y los aprovechaba. Ora se decía que estaba conspirando para derribar a Juárez y transformarse en dictador; ora maniobrando con los moderados para convocar una Asamblea de Notables y encabezar un gobierno interino; ora trabajando con Wyke, que lo reputaba el hombre de la situación; ora concertándose con un agiotista que disfrutaba de la confianza de los franceses; ora colaborando con los magnates del mundo financiero para controlar los consejos de los aliados; ora tratando con la reacción y listo para cualquier transacción, menos una monarquía: ninguna combinación era demasiado improbable para que el cuentista de otrora no figurase en ella, a condición de salirse con la suya.

Vino Doblado y se evaporó la volatería. El hombre hecho era todo candor y ganó el respeto de Prim por su sinceridad, su cordura y su porte caballeroso y sin pretensiones. Prim lo juzgó una persona inteligente y superior, de muy buena educación, franco y honrado, que tuvo el buen gusto de no ensalzar las excelencias de su país o la superioridad de su partido. Sin alardes patrióticos y sin fintas diplomáticas, Doblado reconoció que los aliados tenían sobradas fuerzas para imponer sus condiciones y propuso un arreglo inmediato y satisfactorio de sus reclamaciones, siempre que los aliados hiciesen una declaración formal que desmintiera los rumores corrientes en el sentido de que Francia pensaba implantar una monarquía en México y que España soñaba con restablecer su antiguo dominio en el país. Prim le dio las seguridades más formales de que se respetaría la integridad de la República, y luego Doblado propuso el reconocimiento formal del gobierno: envite

cortésmente eludido por el otro. Con cierto embarazo el diplomático mexicano manifestó que sus compatriotas llevaban a mal la desaparición de su pabellón en las aduanas y que, «aunque eso pudiera parecer una demanda pueril, la mayoría de los mexicanos deseaban ardientemente que la bandera nacional ondeara al lado de los aliados»; y esta sugestión, que tanto divirtió a Prim cuando el guerrillero la manifestó en La Tejería, no le desagradó cuando Doblado la formuló en La Soledad; por el contrario, la tomó en serio y la acogió favorablemente. Así alentado, Doblado propuso la devolución de las aduanas, y esta proposición tampoco fue rechazada. Sólo una vez se perturbó la plática. Una alusión a las defensas formidables de los mexicanos en los desfiladeros de la sierra irritó la fibra del español, transportándolo a Marruecos y las Montañas de la Luna: no representaban un obstáculo para sus tropas, replicó vivamente, y las decantadas defensas de México caerían sin dificultad y sin demora. Al cabo de seis horas de discusión, los dos se separaron en términos de perfecta inteligencia.

Los Preliminares de La Soledad, como se denominó el acuerdo, señalaron el punto crítico en la marcha de la intervención. Los aliados recibieron el permiso de ocupar tres ciudades de la altiplanicie —Córdoba, Orizaba y Tehuacán— a condición de retirarse, si las negociaciones fracasaran, a sus posiciones originales antes de iniciar las hostilidades. En cambio de tal capital concesión, Doblado obtuvo un equivalente provechoso. El primer artículo decía que los aliados entraban en el terreno de los tratados para formalizar sus reclamaciones; el segundo designaba Orizaba como el lugar de las negociaciones, bajo el compromiso formal de los aliados de no intentar nada contra la independencia, soberanía e integridad del territorio de la República; y el sexto disponía que el día en que las tropas aliadas emprendiesen la marcha para ocupar los puntos susodichos, se enarbolaría el pabellón mexicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa. Los aliados se habían declarado; las negociaciones diplomáticas remplazaban las operaciones militares; y el gobierno había sido reconocido de hecho, si no de derecho.

A las 2 de la mañana Prim devolvió a Doblado el convenio, firmado por sus colegas. M. de Saligny reclamó contra el artículo que autorizaba el enarbolamiento del pabellón mexicano en la aduana y exigió, en cambio, la derogación del Decreto del 25 de enero, pero acabó por ceder a las instancias de los demás. La proposición de devolver la aduana al gobierno mexicano fue aprobada de común acuerdo. «Usted habrá oído

más de una vez que esta aduana producía millones —explicó Prim a O'Donnell— y que, por lo tanto, las naciones que tenían créditos no tenían más que mandar una escuadra para apoderarse de ella y sin necesidad de más expedición cobrar, lo que obligaría al gobierno a transigir. Esto está muy bien en teoría; pero en la práctica ha sucedido todo lo contrario, es decir, que la aduana en dos meses que estamos aquí no solamente no ha producido un peso, sino que a esta fecha me cuesta ocho mil duros, que la caja del ejército español ha adelantado para pagar a los empleados. Y ¿en qué consiste, pregunta usted? *Parbleu, est très simple: en empêchant de faire le commerce dans l'interieur*. ¡El mismo día en que llegaron los españoles, las autoridades mexicanas dieron órdenes de suspender el comercio, y se acabó! Los comerciantes han recibido cargamentos, pero como no han podido mandar al interior, al quererlos hacer pagar los derechos, han contestado que no tenían dinero, que no había medio.» Aprovechando la experiencia de los españoles, los franceses aprobaron la concesión por motivos de economía, si no de política, y los ingleses, por ambos motivos a la vez. Wyke avisó a su gobierno que la devolución de la aduana convencería a los mexicanos del carácter pacífico de la intervención y fortalecería la mano de Doblado; el comercio resucitaría y «de tal manera obraríamos en beneficio tanto de nuestros propios intereses como de los de nuestro deudor, cuyos recursos deberíamos procurar aumentar con todos los medios a nuestro alcance».

En lo que tocaba a los intereses españoles e ingleses, la cuestión quedó virtualmente arreglada por los Preliminares de la Soledad. Al dar razón a Madrid de las concesiones hechas, Prim reconoció que «ya desde el primer paso nos hemos visto inevitablemente obligados a separarnos de las órdenes de nuestros gobiernos»; pero añadió que «toda vez que el gobierno existente se cree con los elementos suficientes para pacificar el país y consolidar la administración, y que se declara animado de los más vivos deseos de satisfacer las reclamaciones extranjeras, he creído y como yo han creído mis colegas, que no había derecho para rechazar este gobierno, prestando auxilio moral o material al partido que le es contrario. Tal conducta sería, además de injusta, impolítica, porque es evidente, para los que vemos las cosas de cerca, que el partido reaccionario está casi aniquilado hasta el punto de que, en casi dos meses que hace que estamos en este país, no hemos observado muestra alguna de la existencia de semejante partido. Es cierto que Márquez, a la cabeza de algunos centenares de hombres, sigue

desconociendo la autoridad del Presidente Juárez, pero su actitud no es la de un enemigo que ataca, sino la de un proscrito que se oculta en los montes y es probable que muy pronto tendrá que someterse o abandonar el país. Además, y si bien los comisarios franceses traían grandes esperanzas de que sería fácil establecer aquí una monarquía, por creer que era fuerte el elemento monárquico en México, se van desengañando y reconociendo su error: ni puede ser de otro modo, pues por nuestras propias observaciones, y por las noticias que nos suministran personas muy conocedoras de esta tierra, no podemos dudar que el número de los partidarios del sistema monárquico es insignificante, y que no son hombres dotados de la energía y decisión que a veces dan el triunfo a las minorías.»

Sir Charles Wyke, por su parte, había llegado a la conclusión de que un gobierno representado por Juárez y Doblado «ofrece el mejor criterio de la opinión pública en este desgraciado país. A Juárez se le respeta todavía como la encarnación de un principio que el partido liberal luchó durante tres años para sostener —explicó a Lord Russell. Si Doblado confiara en el apoyo moral que pudiera conseguir al aceptar nuestra intervención con ánimo amistoso, posiblemente logrará restablecer el orden y el respeto a la vida y a la propiedad; y una vez logrado eso, tan grandes son los recursos del país que no tardaría en enderezarse, y su gobierno pudiera cumplir con todas sus obligaciones, ahorrándonos de tal modo una tarea que, en otras circunstancias, resultaría muy ardua y azarosa sin la presencia de una fuerza armada aquí mucho más considerable de la que tenemos a nuestra disposición». Si el ministro inglés hubiese llegado a estas conclusiones ocho meses antes, no se hubiera lanzado la intervención; pero fue menester movilizar tres potencias y montar una expedición para que Sir Charles llevara la cola.

El 20 de febrero Doblado remitió al Presidente los Preliminares para su aprobación «sin cuyo requisito no tendrán validez» —añadió un tanto gratuitamente—, y Juárez convino en que el acuerdo era lo mejor que pudiera lograrse. El 25 las tropas francesas iniciaron la marcha al interior, sin esperar la ratificación del Presidente; y el 26 el Padre Miranda entró en actividad. Hacía un mes que sus partidarios en la capital reiteraban que quien espera desespera; ya no confiaban en nadie sino en Napoleón, y le aconsejaban que «nuestros trabajos sean en Europa y no aquí, que además de expuestos serían infructuosos». En vez de colaboradores, el Padre tuvo que socorrer a pacientes políticos, cuyas súplicas no sabía cómo

contestar y cuyas quejas no sabía negar, porque coincidían con sus propias dolencias. La grey afligía al pastor; y de Europa venía la misma concitación. «¿Dónde está el doctor?, ¿qué pasa con el doctor?», repetía Napoleón, según Gutiérrez Estrada, que remitía la pregunta al lector con creciente ansiedad. Faltaba el doctor cuando más se le necesitaba, y la epidemia de angustia alcanzó al lector el día 26 de febrero, obligándolo a contestar con una señal de vida. Empuñando la pluma, puso una carta a Gutiérrez Estrada para aclarar la situación en que se encontraba y encargarle revelar la verdad al Emperador. Estaba en Veracruz; pero «¿para qué? Para venir a presenciar, no sin graves riesgos personales, los más grandes errores y las más grandes miserias». La intervención había llegado a un empate, incomprensible en Europa, debido a la coalición siniestra formada en México por los representantes inglés y español, que «tuvieron la feliz ocurrencia de dirigirse al gobierno de Juárez con el mayor acatamiento y a fuerza de hacerle reverencias, darle importancia y vida. Por Prim y Wyke la cuestión se hubiera concluido desde el momento en que se inició… La fortuna nuestra consiste en que Prim y Wyke tropezaron con la firmísima voluntad de M. de Saligny que resistió y por su particular ultimátum destruía los planes de sus colegas. La Inglaterra ha querido huir de compromisos y salir de la cuestión a todo trance, teniendo, por otra parte, grandes simpatías con los reformistas de México, y los españoles, confiando sus negocios a Prim, han visto con desprecio el punto vital de la intervención. Prim, por su parte, echándola de liberal y despreocupado, ha querido asimilarse con nuestros demócratas, para dominarles después y al terminar de cuentas, ceñirse en México una corona».

Pero ni Prim ni Wyke llegaban a lo vivo de sus dolencias: el punto sensible era el almirante. «Al hablar de este señor, debo confesar francamente que me equivoqué en el primer juicio que de él formé y que manifesté a ustedes desde La Habana. Entonces creí que comprendía su misión y que tenía sobrada capacidad y fuerza de alma para llevar a buen término el pensamiento del Emperador; mas ahora que le he visto y tratado más de cerca, me he convencido de que es la nulidad más grande que se puede imaginar… es el hombre más débil, versátil e irresoluto que yo he conocido… M. Jurien de la Graviére no tiene fija una idea dos minutos. Si habla con Prim, acepta con entusiasmo sus locuras; si M. de Saligny le hace observaciones, parece que está convencido de la razón; y si habla conmigo, me hace justicia, pero nunca se resuelve a tomar

la iniciativa de nada, y hasta ahora se ha dejado arrastrar como un chiquito». Por eso andaba el doctor siempre donde estaba. «No ha ocurrido a mí para preguntarme nada, no ha obsequiado una sola de las muchas medidas que le he indicado. Delante del señor De Saligny, me dijo una vez, que si yo estaba al corriente con Prim que contara con él, y que si no lo estaba, que no. Y en otra ocasión en que el mismo señor De Saligny le manifestó que yo estaba disgustado y que quería regresar a Europa, le contestó el contralmirante: Si quiere irse, yo le proporcionaré pasaje. Se excusa de hablarme y aun se ha negado a que siga mi marcha con las tropas francesas a Tehuacán. La última vez que le hablé me dijo que él no podía decidirse por un solo partido, porque Ferdinando Maximiliano no debía ser emperador de un partido, sino de la nación. Con semejante manera de pensar y obrar, usted calculará los resultados. Todo lo que conmigo ha pasado me hace sospechar que las instrucciones respecto de mí no fueron precisas y que, en resumen, he sido engañado miserablemente. Si, en efecto, yo no me he marchado de aquí, sólo ha sido por la esperanza de que las negociaciones se enderecen por los mismos gobiernos europeos, y también por el aliento que me infunden la inteligencia y la firmeza del señor De Saligny… Excuso hablar de mi persona, comprometida de mil modos y ahora más que nunca, según que, por los arreglos pacíficos y quedando en las poblaciones las autoridades mexicanas, estoy expuesto a que se apoderen de mí a la hora que les dé la gana. Mi situación por sólo el lado de la persecución»… Y se paró. En realidad, no había hablado de otra cosa: ya no sabía tampoco su paradero, ni dónde iba a parar, y empachado por la triste verdad, depuso la pluma.

Desoído y desatendido, testigo impotente de errores y miserias, misionero que no interesaba a nadie sino al enemigo, desconceptuado por todo el mundo menos por M. de Saligny, burlado por la oferta de reembarcarlo a Europa y a punto de aprovecharla, el Padre Miranda apuró las heces de la mortificación en Veracruz. Miserablemente engañado por todos, desilusionado de todos menos de sí mismo, estaba al borde de sucumbir también a esa catástrofe. A tal conclusión tendía toda su experiencia, y apenas si la eludía denunciando al almirante con la afinidad de una nulidad para otra. La recriminación, sacada de sus mismas entrañas y escrita con el fluido flojo de su sangre anémica, aliviaba brevemente un parásito sin asidero; pero rayaba tan de cerca la amarga verdad que la evitaba sólo por un *lapsus linguae*. Ya no importaba a nadie su paradero; se hallaba sobre la faz de la tierra, pero del

mundo desconocido; y al acabar el mundo, la consumación de los siglos descubriría al doctor ahogado en una gota de tinta y parado para siempre en sus propias profundidades. Su momento mortal había pasado ya a la historia.

Pero la Historia no puede pasar por alto a las nulidades, cuando se encuentran colocadas en posiciones claves. Ocho días más tarde llegó Almonte, investido de la confianza del Emperador, para organizar el partido. Otra nulidad, pero revestido de carácter oficial, Almonte no corrió mejor suerte que Miranda. Se acercó a los ingleses, que naturalmente no tenían nada que decirle. Se acercó a Prim, que lo dejó hablar. Almonte divirtió al alto comisionado español diciendo que llevaba la misión de derrocar el gobierno de Juárez, desbaratar la República y sustituirla con una monarquía, y asegurando que «esto será un negocio de un par de meses, porque como todos en México se levantarán como un solo hombre, cuando vean la bandera monárquica y que el país será fatigado de la tiranía de los rojos, no se necesita más de este tiempo». Recién llegado, Almonte se creía en Biarritz y brilló brevemente en Veracruz. «Yo oí al señor Almonte sin que mis labios le interrumpiesen, sin que mi mirada siquiera se turbara —decía Prim en su relato de la conferencia—, así es que pudo concluir su fantástica relación con toda tranquilidad.» Prim le preguntó si los gobiernos aliados compartían su criterio, y Almonte contestó que había hecho un viaje a Madrid y que el gobierno confiaba en el criterio del general Prim. «¿Y del gobierno inglés?» «Éste está de acuerdo con el gobierno del Emperador». Entonces, para ponerlo al corriente de la situación en México, Prim le manifestó que no debía contar con las armas de España, ni con las de Inglaterra tampoco, «porque, según me han dicho sus señores ministros, mañana mismo reembarcarán sus tropas que debían marchar a Orizaba». Almonte no se inmutó. «Pues, entonces contaré con las de Francia», replicó. «Lo dudo mucho —observó Prim— pues no creo que los comisionados franceses quieran acometer semejante empresa, si no reciben órdenes terminantes del Emperador, y el Emperador es un hombre de demasiado talento para dar semejantes órdenes.» Y al despedirlo le pronosticó que, de seguir adelante con su empresa, tendría un fracaso completo y ridículo: «Ésa fue la misma palabra que empleé, aconsejándole que no saliera de Veracruz bajo el amparo de las armas aliadas, si no quería causar o crear algún conflicto que pudiera traer graves consecuencias.» Al cabo de una semana en Veracruz, Almonte andaba tan desanimado que casi se asimilaba con Miranda, y se hubiera embarcado para

Europa a no ser por la interposición de M. de Saligny.

M. de Saligny inquietaba a su colega británico. Privadamente Sir Charles Wyke imputaba la política francesa al rencor personal del ministro francés contra Juárez y su determinación de derribarlo, costara lo que costara. Personalmente, juzgaba a Saligny un intrigante sin carácter «que se dejaba arrastrar por sus pasiones y también por sus intereses pecuniarios y por aspiraciones que casi pudieron llamarse mórbidas». Pero llegó un día en que ya no fue posible tratar al ministro francés como un caso patológico o discutir sus peculiaridades privadamente. A los pocos días de celebrarse el Convenio de la Soledad, los dos comisionados ingleses se quejaron de su conducta ante el general Prim. Hacía tiempo, dijeron, M. de Saligny había adoptado el sistema de desacreditar en su propio círculo lo que hacía en las conferencias oficiales y autorizaba con su presencia y con su firma, y hasta había llegado a negar, ante testigos, que había calzado con su firma la *Alocución al pueblo mexicano*. La gravedad de la acusación obligó al general a investigar los hechos, y después de interrogar a los testigos, que confirmaron el cargo, mandó llamar a M. de Saligny y le preguntó a quemarropa si había firmado o no la Alocución. Ante la estupefacción general, Saligny negó. Dudando de sus oídos, Prim levantó la voz y reiteró la pregunta. «¡Cómo! ¿Usted no ha firmado la alocución al país, aquí, en este mismo sitio?» Saligny siguió negando y añadió imperturbablemente: «Ni usted tampoco.» Desconcertado, el alto comisionado español se formalizó y defendió su dignidad dando un paso atrás. «Al oír estas palabras —dijo en su reseña de la entrevista— confieso que me retiré como quien aspira un aliento fétido, y comprendí que allí había alguna farsa. Los comisionados ingleses, en su carácter severo, estaban a gran distancia y miraban asombrados, y yo también estuve un rato sin saber qué hacer, hasta que por fin repuse: "Señor De Saligny, mi cabeza se pierde; sírvase explicarme lo que significa esto"; a lo cual con extraordinario aplomo —¡vaya un aplomo!— me contestó él: "Es verdad que en la conferencia convinimos en dar la alocución al país y en que se imprimiera y se publicara autorizándola con nuestra firma; pero el materialismo de firmar el borrador que queda del acto no lo hicimos: esto es lo que he querido decir, sin decirlo." A eso me contenté con replicar, pálido y convulso de ira: "Señor conde, no le contesto a usted porque mi contestación sería demasiado dura, estando en mi casa"». Salido Saligny, no se disipó el mal olor.

Prim no dejó dormir la cosa: tomada la medida del ministro,

tomó también la del amo. A la luz del escándalo con Saligny, le pareció imperativo poner en salvo el honor de los aliados y enterar a Napoleón personalmente de la situación en México. Acababa de recibir informes de la inminente llegada de refuerzos franceses, en consecuencia de la salida prematura de Serrano en diciembre; informes que le inquietaban porque, como escribió a Madrid, «por mi parte, creo que el elemento español debe predominar, tanto porque tenemos con este país mayores vínculos que las otras naciones, como por haber tomado nuestro gobierno la iniciativa en esta importante empresa». Siendo la iniciativa española responsable de la determinación de Napoleón de igualar sus fuerzas, no le quedó otro recurso para conservar la delantera que las armas diplomáticas, y el 10 de marzo escribió al embajador español en París autorizándolo a hacer de la carta el empleo que creyera conveniente —carta abierta para que la leyera el Emperador, si el Emperador tuviese siempre abiertos los ojos a la verdad. Abriéndose con su compatriota, aludió a las dificultades materiales que detuvieron el movimiento de las tropas, y a la armonía que privaba entre los comisionados «hasta que a consecuencia de alguna ligereza del ministro francés relativa a su lenguaje contra la política de los aliados, cuando él aprobaba y firmaba los acuerdos, empezó a entibiarse». Comunicado así lo que no podía decirse directamente al Emperador, tocó diestramente lo que debía llegar a sus oídos. Rindió tributo al almirante a quien calificaba de «digno y noble camarada, lleno de *bon esprit*, lleno de corazón y lealtad, activo y enérgico, entendido, mandando tropas de tierra como lo es mandando una escuadra, por lo que yo le llamo general de mar y tierra», y a la armonía que reinó entre ellos desde el primer día, y manifestó la esperanza de que su sucesor tuviera las mismas buenas cualidades, ya que mejores no se pudieran pedir; y luego se fue al grano esgrimiendo el argumento negativo y deplorando la quimera de una monarquía mexicana. «*Et voilà des châteaux en Espagne, mon cher comte; mais aussi!!!*, ¡qué delirio y qué absurdo es todo esto! Los emigrados no dudan jamás de nada, porque con tal de volver a su país, recobrar el poder y anonadar a sus enemigos políticos, aceptan siempre todo. Mis ideas no pueden ser sospechosas, pues siempre he estado como soy, francamente *ataché* a la monarquía constitucional; lo que quiere decir que si yo viese la posibilidad de consolidar aquí una monarquía constitucional, coadyuvaría con mis buenos deseos y leales consejos. *Mais, mon cher*, creo que semejantes pensamientos son de imposible realización si hemos de contar con la voluntad del país, por la terminante y concluyente razón

de que en México no hay monárquicos. Ahora se presentan como tales algunos jefes del partido caído; aceptan la idea otros pocos hombres de posición financiera, *que no harán nada para que la idea llegue a ser un hecho*; pero unos y otros jamás formarán un milésimo de la población y el resto, que será la inmensa mayoría, combatirá la monarquía cada uno como pueda; unos con las armas, otros con el silencio y la inercia, y la monarquía impuesta por las bayonetas extranjeras causaría heridas de muerte, y el solio del príncipe extranjero rodaría por el suelo el día que le faltase el apoyo de los soldados de Europa, como rodaría por el suelo la autoridad temporal del Papa el día que los soldados franceses salgan de Roma. Que no se trata de imponer al país lo que no quiere es el ánimo del Emperador, no me cabe duda, pues no puede querer otra cosa quien como Su Majestad Imperial afirma su poder y su grandeza en reinar por la voluntad de siete millones de franceses. Pero no es contando con el país como quieren los conservadores crear una monarquía, sino consultando a los hombres de posición del mismo partido conservador, y a los hombres ricos; pues todos los demás, según su opinión, o son rojos anárquicos y demagogos, o son gente pelada e ignorante a quien no vale la pena consultar. Pero como el hecho es que los próceres y elegidos del Señor son muy poquísimos, como que están en la proporción de uno por mil, resulta que 999 valen y pueden más que el uno, aunque este uno sea un obispo, un cardenal o un millonario de pesos. Usted sabe lo que venero, respeto y quiero al Emperador, como sabe usted mi fraternal amistad con los franceses, y por lo mismo comprenderá usted fácilmente cuál sería mi ansiedad hasta que llegue el general que viene a mandar las tropas, a fin de saber a qué atenerme, pues si dicho general trajera instrucciones terminantes de apoyar la monarquía contra viento y marea, mi posición sería amargamente penosa, pues por mi parte no podría ayudar a mi buen camarada, secundando las miras del Emperador que tanto me ha honrado y distinguido; y no podría porque, como he dicho, veo y toco que en este país no hay más monárquicos que los de circunstancias, y últimamente, porque no puedo ponerme en abierta contradicción con lo que dijimos en la alocución y despachos firmados por los cinco comisionados… Creo que mi manera de ver y obrar está conforme con los deseos de mi gobierno; si así no fuese, me relevaría y me retiraría con la satisfacción de haber cumplido como buen español, como político y como hombre que no desmentirá jamás el lema de sus armas: *Honor, valor y lealtad*.»

4

Qué tan crítica para la marcha de la intervención fue la concesión ganada por los preliminares de La Soledad, lo comprendieron los oficiales que acompañaban al almirante tierra adentro. «En el momento de emprender la marcha —escribió uno de éstos— el almirante apreció mejor las dificultades que sin duda le hubiesen resultado invencibles si, en vez de avanzar pacíficamente, hubiese tenido que combatir para abrirse paso.» El problema de los transportes estaba siempre sin resolución. A fuerza de recomponer dos viejos carros, abandonados en las goteras de la plaza, de pedir otros a La Habana y de reclutar operadores donde pudiera, el cuartel maestre logró reunir un pequeño e inadecuado convoy de once carretas de cuatro ruedas, treinta y dos de dos ruedas y tres ambulancias, para transportar las provisiones de 3 200 hombres, y el forraje de 1 100 mulas. El transporte local se hacía con carretas de dos ruedas, tiradas por cuatro mulas, o con carros de cuatro ruedas, tirados por ocho, diez, dieciséis y veinte bestias; para manejar los vehículos, importados de Estados Unidos y sólidamente construidos para resistir los caminos mexicanos, se necesitaban hombres igualmente robustos: un arriero adiestrado, montado en la última mula, sabía dirigir a solas el largo tren, pero el arriero era el perno del convoy, y como las mulas eran semisalvajes y no se había podido enganchar más que nueve arrieros mexicanos, el tirar, o el arrastrar, se hizo con marineros criollos, hombres flacos e ineptos para tal servicio, desembarcados por el almirante a falta de otros mejores.

Después de seis semanas de estancia en un campamento insalubre, cargando en hombros provisiones para cuatro días, apenas si los hombres lograron mantenerse en pie. La marcha se inició a las 6 de la mañana, y para mediodía los oficiales a la cabeza de la columna ya habían perdido los dos tercios de sus contingentes. Regresando a galope en busca de agua potable, el almirante se conmovió profundamente al contemplar las más afamadas tropas del Imperio arrastrándose, sudorosas y despernadas, a lo largo de la ruta; las mulas, asobinándose bajo sus cargamentos, marcaban la ruta como otras tantas piedras miliares. Al anochecer, las zagueros alcanzaban el campamento a pie o a pata; pero tan ardua resultaba la experiencia de la primera jornada, que se hizo alto por dos días en La Soledad y se rindió tributo a la diplomacia de Prim y Doblado. «La historia de la expedición mexicana —declaró el mismo oficial— no nos

ofrece ningún episodio comparable con estas primeras etapas. Ochenta enfermos y doscientos desvalidos permanecieron en La Soledad, y en cuatro días la columna no había cubierto más que ocho leguas. ¿Qué hubiera pasado si el enemigo hubiese tomado el partido de impedimos el paso, y si las guerrillas hubiesen atacado a los pobres soldados, agotados por la fiebre y la fatiga?» Esforzándose para alcanzar los límites de la tierra caliente, la columna llegó a la sierra, más muerta que viva, a fines del sexto día. Allá terminaron las penalidades. El pesado convoy quedó atrás con la consigna de seguir como pudiera, y libres de su impedimento, que sólo les había servido de sombra en el calor del día, los soldados se internaron en los recodos de la sierra, frescos con tupido follaje y aguas corrientes, y ganaron terreno rápidamente. Al séptimo día llegaron a Córdoba, donde respiraban un aire templado; al noveno, subiendo por una enorme tabla natural, antemural de la altiplanicie, alcanzaron Orizaba; dos días más tarde entraron en Tehuacán en buen orden y al paso redoblado, sin evidencia alguna de fatiga.

El efecto tonificante del cambio de clima se reveló desde luego en la correspondencia del almirante. En Tehuacán se expresó libremente sobre la futilidad de negociar con el gobierno mexicano y pronosticó el fracaso de las conferencias. En Veracruz había manifestado a Miranda que tenía que seguir la política de Prim, siendo materialmente imposible encontrar una alternativa; pero mudando aire la tenía ya a la vista y se preparaba para recobrar su libertad de acción. Y no se quedó en palabras: se aprovisionó de transportes, recogiendo veinticuatro carros en Orizaba, y comprando a un precio muy elevado el convoy que el comandante Dunlop había adquirido sin autorización de su gobierno, cuando pensaba seguir la marcha al interior, y que cedió gustoso a su colega francés, habiendo recibido órdenes perentorias de volver a sus buques.

Entretanto, los refuerzos franceses llegaron a Veracruz el 6 de marzo. El comandante, el general De Lorencez, traía instrucciones que modificaban la distribución de los papeles entre los agentes franceses en México. La responsabilidad de las operaciones militares corría a su cargo, aunque el almirante conservaba una capacidad administrativa y consultoria en el mando y siguió compartiendo con Saligny la dirección política de la expedición. Hombre de vivo genio en obrar e impaciente en el obrar de los demás, el general De Lorencez se compenetró de la situación inmediatamente. «Fácil como lo era antes, se ha vuelto difícil y complicada —informó al Ministerio de la Guerra el día mismo de su llegada—. He visto a M. de Saligny y a

Almonte». A los cinco días, fundándose en sus informes, aseguraba tener el país en la palma de la mano. «La llegada de la segunda parte del cuerpo expedicionario es providencial. El general Prim ha tenido que renunciar inmediatamente a sus proyectos, en los que no tenía ninguna probabilidad de salir airoso, si bien habrían paralizado la acción de los franceses, antes llegados, haciendo sumamente difícil su situación. El general Prim será llamado antes del 15 de abril, las conferencias fracasarán, marcharemos adelante, llegaremos a la capital, y se proclamará al príncipe Maximiliano soberano de México, en donde su gobierno sabio y firme se mantendrá fácilmente para la dicha y regeneración del más desmoralizado de los pueblos». El único estorbo era el Convenio de La Soledad, y al saber que el almirante pensaba respetar las estipulaciones del pacto y regresar cuanto antes a sus posiciones en la tierra caliente, Lorencez salió rápidamente para Tehuacán para detener su retirada.

Ya se perfilaba la crisis próxima. Previéndola, Prim aprestó a su gobierno para las resoluciones del caso. Desde Orizaba, donde tenía acantonado el contingente español, escribió a O'Donnell avisándole que la llegada de Lorencez y la publicidad dada por la prensa francesa al establecimiento de una monarquía presagiaban nuevas dificultades, y asegurándole que, por su parte, no pensaba retroceder. «Insisto, por lo tanto, en mi propósito de atravesar toda la influencia que he logrado adquirir, para contrarrestar los mencionados planes, contrarios a la voluntad del gabinete español y a los intereses políticos de nuestra nación. No es esto decir que tomaré una actitud abiertamente hostil a las disposiciones del Emperador; pero creo que no arriesgo nada en asegurar a Vuestra Excelencia que, unido y perfectamente de acuerdo como estoy con los plenipotenciarios británicos, me hallo en capacidad de oponer una resistencia poderosa a las miras de la Francia, sin dar margen a que se entibien las buenas relaciones que existen entre España y el vecino Imperio.» Seguro de su posición, la defendió ante O'Donnell con los mismos razonamientos que aprovechó para convencer a Napoleón, haciéndole presente que «hoy que los dos contingentes más considerables de las fuerzas aliadas se hallan en el interior del país, ocupando grandes centros de población, si hubiera en esta tierra un partido monárquico, ya habría dado alguna señal de vida; ya habría manifestado de algún modo sus aspiraciones y puesto en juego algunos de sus medios de acción. Si tal partido existe, su inercia nos autoriza a creer que es impotente, o que las personas que lo componen

son muy ineptas y cobardes». Pero subestimaba a Miranda y Almonte que, a pesar de sus advertencias, insistían en seguir la marcha de las tropas bajo la protección del pabellón francés. Los comisionados acababan de recibir una nota del gobierno mexicano informándoles de su firme determinación de perseguir, aprehender y castigar a los enemigos de la nación que penetraban al país en calidad de proscritos, y tanto Wyke como él mismo se habían comunicado con sus colegas franceses indicando su aprobación de tal providencia y pidiendo su aprobación para contestar en tal sentido, y «mucho temo que los plenipotenciarios franceses no sean del mismo parecer —terminó diciendo—, lo que originará un grave conflicto».

Y así sucedió. El almirante contestó exigiendo una amnistía plena que permitiera a los aliados consultar la voluntad verídica de la nación. Sólo con tal propósito convino en firmar el Convenio de La Soledad —afirmó— «creyendo que una tregua nos daría tiempo para obrar sobre la opinión del pueblo, sin parecer imponerla, y nos permitiría preparar la solución que a mí me parecía la más favorable». Pensaba que tanto en el concepto de Prim como en el de Doblado «el Convenio de La Soledad no era más que la adopción, en principio, de la ocupación militar de México por las fuerzas aliadas», y si hubiese la más mínima duda en el ánimo del gobierno mexicano, le parecía justo disiparla inmediatamente presentando las demandas que debía aceptar, y si fueran rechazadas, regresando a la costa e iniciando las hostilidades. «No ignoráis, mi querido general —siguió aclarando el almirante—, que con vos tengo la costumbre de descubrir siempre sin reticencia el fondo de mi pensamiento. Gracias a vuestra conducta prudente y moderada, habéis prestado un servicio inmenso a vuestra patria, salvándola de las consecuencias desastrosas de una expedición concebida con excesiva confianza, y que no habría podido sostener la España a solas sin perjuicio lamentable para su Hacienda. Habéis hecho más. A nosotros nos habéis facilitado el medio de tranquilizar a México sobre nuestras intenciones, haciendo comprender al país que no venimos con el fin de restablecer una dominación que ya no deseaba. En mi concepto, era un error el haber dado un color exclusivamente español a nuestra expedición, primero al permitir que el número de vuestras fuerzas fuese mucho más considerable que las nuestras; en seguida, al reservar a vuestra ilustración personal y a vuestros conocimientos militares los medios de crearse una posición tan preponderante que la acción de los demás plenipotenciarios debía naturalmente palidecer en

parte ante la vuestra. Si hubierais estado animado de sentimientos menos nobles y generosos; si no hubierais sido más que un soldado, en vez de un político, nos hubierais arrastrado fatalmente a una guerra, en la que se habría levantado contra nosotros el sentimiento nacional, que sólo vuestra prudencia ha sabido aplacar.» Por último, le aseguraba que la alianza se debilitaba con la llegada de los refuerzos franceses. «Solamente me permitiréis andar sobre aviso en lo sucesivo, un poco más que hasta la fecha, contra la costumbre de una deferencia que se tributaba mucho más a vuestro carácter personal que a vuestra posición superior. En una palabra, estoy decidido a seguir adelante, suceda lo que suceda, hasta llegar al fin que me he propuesto. Deseo aprovechar, para alcanzarlo, la simpatía sincera que parece existe aquí hacia la Francia. Por consiguiente, sin renegar de nuestros aliados, sin separar en nada nuestra causa de la suya, insisto en que quede bien establecido ante los ojos del mundo entero que nuestra expedición es una expedición francesa y que no está a las órdenes de nadie.»

Con delicadeza francesa, con deferencia sedeña, pero con firmeza fraternal, Prim quedó impuesto de que había recitado su papel hasta el fin. La insolencia del almirante era más suave que la de Saligny, pero más cínica. La delicadeza era felina, la deferencia, ofensiva, y con blandura brutal el plenipotenciario de Napoleón le hizo saber sin disimulo que había sido víctima de la deferencia francesa hasta cumplir los españoles con su cometido de convoy y cobija para sus aliados. Quitada la careta, el almirante tradujo las palabras en hechos. Al día siguiente llegó Lorencez a Córdoba, acompañado por Almonte y Miranda. Contra tan flagrante provocación Prim y Wyke protestaron con cuanta moderación les quedaba. Las dos nulidades alcanzaron al fin una posición en torno de la cual se bamboleaba la política de tres imperialismos. Para salvar la alianza Sir Charles Wyke llegó hasta conceder personalidad a Almonte. «Nadie tiene más respeto personalmente para el general Almonte que yo —escribió al almirante—, pero Vuestra Excelencia no puede ignorar que es el jefe reconocido del partido encabezado por el infame Márquez, Cobos y otros, que se encuentran actualmente en armas y que guerrean abiertamente contra el gobierno mexicano. Si he rendido un tributo de respeto personal al general Almonte, no se puede poner en duda mi imparcialidad al decir que su otro protegido, el padre Miranda, es un hombre cuyo nombre evoca algunas de las peores escenas de la guerra civil, que fue un borrón para la civilización del siglo actual. Me

parece imposible que el gobierno de vuestro augusto soberano quiera amparar con su influencia omnipotente a un hombre semejante.» El carácter dado a Miranda desafiaba la moderación, y al derredor de él cayeron las banderas.

No bien empezado el borrador de una nota de protesta, Prim recibió la notificación de los franceses de que regresarían a la tierra caliente el 1.° de abril, y terminó la nota invitando al almirante a reunirse con él y con Sir Charles Wyke a fin de registrar oficialmente la ruptura de la triple alianza. Por deferencia a su última voluntad, el almirante convino en esta formalidad, y Prim se consoló del fracaso revistiéndose del manto profético. «¡Qué fatalidad! —escribió al embalador español que le servía de portavoz en París—, que el gobierno del Emperador no conozca la verdadera situación de este país, no es del todo extraño, máxime cuando forma su juicio por las apreciaciones de M. de Saligny; pero que éste, que está sobre el terreno, que ha vivido largo tiempo en México y que no es nada tonto, comprometa, como lo hace, el decoro, la dignidad y hasta el honor de las armas francesas, no lo comprendo, no lo puedo comprender; pues las fuerzas que están aquí a las órdenes del general De Lorencez no bastan ni para tomar siquiera a Puebla, ¡no, no, no!… Cuidado, que no niego que las tropas francesas lleguen a apoderarse de Puebla, y también de México; lo que sí niego resueltamente es que basten los batallones que hoy tiene el conde de Lorencez. Las águilas imperiales se plantarán en la antigua ciudad de Moctezuma, cuando vengan a sostenerlas veinte mil hombres más: ¿lo oye bien?, veinte mil hombres necesitará para marchar por este desolado país, porque México es de los países que, según decía Napoleón I, aunque su frase no la dirigiera a México entonces, "si el ejército es de mucha gente, se muere de hambre, y si es de poca, se lo come la tierra"… ¿Sabe usted lo que pienso, mi buen amigo? Pienso que el Emperador de los franceses está muy lejos de querer lo que los comisionados están haciendo; estos señores le están comprometiendo y le comprometerán más y más hasta un punto que, cuando quiera retirarse de la descabellada empresa, no podrá, porque estará empeñado el lustre de sus águilas, y hasta el prestigio y el honor del Imperio… No lo comprendo y la frialdad del lenguaje de Saligny me desespera. ¡Qué fatal va a ser este hombre para el Emperador y para Francia! Yo no soy francés y sin embargo no perdonaré jamás a este hombre los males que va a causar a mis bravos camaradas… El Emperador quedará disgustado de mí, pero en su fuero interior y en su alta justificación, no podrá menos de reconocer que obré como

cumplía a un general español, que, obedeciendo las instrucciones de su gobierno, no podía ni debía hacer otra política que la que su gobierno le dictara. Los franceses partidarios de la torcida política planteada por M. de Saligny se desatarán contra mí; pero la Francia, la noble y generosa Francia, cuando conozca la verdad de los hechos, deplorará lo sucedido como lo deploraré yo; pero no me culpará».

Como profeta, por lo menos, Prim siguió llevando la delantera, y como diplomático jugó su última carta: la ciencia militar. En 1858 había protestado contra la expedición proyectada por Madrid en aquel entonces, y se había negado a tomar el mando tanto por motivos militares como políticos, pues estimaba que se necesitarían por lo menos 300 mil soldados y 30 millones de duros para llevar a cabo una intervención armada. En 1862, las fuerzas combinadas de los aliados no llegaban a 10 mil hombres y el contingente francés no pasaba de 6 mil. Apostando la sagacidad española contra la fobia francesa, se fue a Tehuacán para conferenciar con Lorencez y el almirante, haciendo valer estas consideraciones; pero sin lograr más que la concesión de una breve demora. Cifrando sus esperanzas en la conferencia con los delegados mexicanos, fijada para el 15 de abril, consiguió que los franceses esperasen el resultado de las negociaciones. Aunque siempre sin instrucciones de sus gobiernos para la formulación de sus demandas unificadas, los comisionados convinieron en presentar dos demandas que debían aceptarse incondicionalmente; una para la ocupación de las aduanas con interventores nombrados por las tres potencias; la otra para la ocupación de la capital. La segunda era la jugada con que Prim creía poder desempatar la situación. «Una vez en la capital —explicó a su gobierno—, es evidente que los franceses y sus protegidos desplegarán todos los recursos para ganarse partidarios; pero repito que en el terreno de las influencias lícitas, y no apelando a la fuerza, nada podrán en contra del influjo que con mi conducta leal y desinteresada he logrado adquirir, causando una modificación muy favorable en los sentimientos de los mexicanos hacia España y los españoles. Si los franceses, por su parte, no pusiesen en juego más que la intriga para el logro de sus planes, ninguna inquietud abrigaría yo respecto al triunfo de mi política, pues en este terreno he adquirido más influencia y más medios de acción que los representantes de Francia; pero todo hace suponer que será cuestión de fuerza y que no retrocederán ante ninguna violencia.» Sin embargo, con poca confianza comunicó su

táctica a Madrid; ya se había quemado la última etapa de la carrera, y bien lo sabía el diplomático desarmado.

Entretanto, los sucesos se precipitaron. Contando con las armas francesas, Almonte se nombró Jefe Supremo de la República, con facultades para convenir con las potencias ocupantes, y se puso en comunicación con sus partidarios en el interior; uno de ellos fue aprehendido, camino a Tehuacán, y fusilado por el general Zaragoza; y a petición de Doblado, los comisionados británico y español protestaron ante los franceses contra la actividad de sus protegidos y pidieron su expulsión del país. El almirante accedió en parte a la protesta, ordenando que Almonte, Miranda y sus acompañantes regresaran a la tierra caliente, «donde le era permitido conocer al general Almonte toda protección a que tiene derecho una persona honrada con la benevolencia de Su Majestad el Emperador»; pero el general de Lorencez se abstuvo de dar cumplimiento a las órdenes del almirante y Almonte se quedó en Córdoba. Ante el reto, Prim tomó su partido. «Los jefes de las fuerzas francesas, dejando a un lado toda reserva, han desplegado ya su bandera —informó a su gobierno; las tropas que llegaron últimamente a Veracruz han tomado bajo su amparo a los emigrados que vienen a conspirar contra el gobierno constituido y contra el sistema existente; custodiados por las bayonetas francesas, han penetrado hasta Córdoba los Almontes, los Haros y los Mirandas, y tan graves y trascendentes disposiciones se han tomado, no sólo sin consultar a los plenipotenciarios de España e Inglaterra, sino en desprecio de nuestra opinión contraria, previamente comunicada a los jefes franceses. Sir Charles Wyke y yo no hemos podido menos de ver en semejante conducta un propósito deliberado de atropellar los compromisos contraídos en la Convención de Londres; de faltar a los miramientos que se deben entre sí las naciones, mayormente cuando se asocian para llevar a término una empresa de humanidad y civilización; de faltar a los pactos ya celebrados con el gobierno de Juárez; en fin, de desentenderse totalmente de la cortesía y consideración que eran debidas a los representantes de España e Inglaterra por sus colegas de Francia. ¡Y todo esto se hace cuando vinimos a quejarnos de falta de cumplimiento de los tratados!... Por todas estas razones, es mi opinión, que si mis temores se realizan, el único partido que podemos adoptar, es el retirarnos con nuestras fuerzas; pues ni podemos dar a la América el lastimoso espectáculo de una lucha con los que se decían nuestros aliados, ni cuadra al generoso carácter de nuestra nación el que permanezcamos fríos espectadores de los sucesos,

exponiéndonos tal vez a alguna provocación que hiciese callar la voz de la prudencia y nos arrastrara inevitablemente a las vías de hecho, que a todo trance conviene evitar. Por lo tanto, lejos de creer como creía al escribir mi despacho número 20 de 27 de febrero, que conviene aumentar la división española, opino que bastan para nuestros fines las fuerzas que hay en la República, y aun éstas sobran, si la Francia no vuelve a subordinarse a las estipulaciones del Convenio de Londres, en cuyo caso, por no ser posible esperar órdenes precisas del gobierno de Su Majestad dispondré la retirada de las tropas, y aunque alcanzo la suma gravedad de semejante determinación, no tengo reparo alguno en cargar con toda la responsabilidad de ella ante el gobierno, ante la nación y ante el mundo entero.»

El 9 de abril, ocho días antes de la proyectada conferencia con los delegados mexicanos, los aliados se reunieron en Orizaba para protocolizar la disolución de su asociación. Prim hizo un postrer esfuerzo para evitar el fiasco. La ruptura no hubiera sido completa, siendo tan activos los agentes, sin algunos choques personales, y los trámites formales fueron puntualizados por centellas que revelaban vivamente el estado de ánimo de los protagonistas en el momento de separarse. Los plenipotenciarios franceses participaron en la conferencia para forzar la ruptura; los ingleses y el español, con el fin de depurar las responsabilidades, y cada uno manifestó a su vez su facultad peculiar. Prim abrió la sesión con la templanza del mediador, deplorando la ascensión de Almonte al Olimpo, pero M. de Saligny le salió al atajo declarando que no deseaba negociar con el gobierno de Juárez, y opinando que se debía marchar sobre la capital; y al protestar Prim y Wyke, se encasquetó en su parecer aceptando todas las responsabilidades del paso. Sus instrucciones autorizaban su intransigencia, y las aprovechó para hacerla toda lo ofensivo posible: fundaba su opinión —añadió— en el creciente número de agravios inferidos no sólo a sus compatriotas, sino a los españoles, de los cuales recibía, y no sabía por qué, un número siempre mayor de quejas que debían dirigirse al general Prim. El zarpazo le fue devuelto, pero no por el general Prim: Wyke intervino manifestando su sorpresa de que no tuviera noticias de tales agravios; deseaba saber qué carácter tenían y contra quiénes fueron cometidos. Saligny contestó que naturalmente los quejosos no acudieron a la Legación británica tarascada más que imprudente, pues a la Legación británica no se le burlaba con impunidad y Wyke, más que su igual en cambiar los términos del ataque, acosó al colega con una pregunta a quemarropa. ¿Era cierto que M. de Saligny

dijera que no le mereció mayor respeto el Convenio de La Soledad que el papel en que fue escrito? Eludiendo el reto, Saligny contestó que nunca había podido abrigar la más mínima confianza en las declaraciones del gobierno mexicano, bien respecto al Convenio, bien con relación a sus otros compromisos. Pues, entonces —interpuso el comandante Dunlop—, ¿por qué lo calzó con su firma? ¿Y por qué no se sentía obligado a respetarlo? Aquella pregunta le voló: no tenía que dar aclaraciones a la conferencia —repuso bruscamente— respecto a los motivos que tenía para firmar el convenio; el almirante le salió al quite protestando que en ninguna parte del mundo había presenciado un sistema igual al terrorismo inaugurado por el gobierno mexicano; Saligny abundó en su opinión, y en la confusión del altercado se desvió el cargo. Recobrando su aplomo, De Saligny acusó a Prim de oponerse a la política francesa con el fin de entronizarse en México, y Prim, que había conservado una actitud de reserva desdeñosa, se perturbó momentáneamente; pero recobrando rápidamente su serenidad, mantuvo hasta el fin la fuerza de una dignidad inalterable, lealmente apoyada por la decencia de sus colegas ingleses. La tensión siguió en un empate de fricción fútil hasta que se levantó la sesión. Diplomático hasta el fin, incorregiblemente acomodaticio, el almirante asumió la responsabilidad de la ruptura «ante sus colegas, ante su gobierno, ante el mundo entero», y tanto se empeñó en purgar la infamia, que se le concedió la última palabra. Luego se dio lectura al acta de la sesión y los actores la aprobaron, conformes todos en pasar a la posteridad en la actitud en que los cogió aquella hora menguada, salvo M. de Saligny, que se retiró antes de firmar el protocolo.

La hora de la verdad obligó a todos y cada uno a reaccionar según su idiosincrasia; pero la fuerza de la verdad penetró más profundamente en los días que siguieron a la Conferencia de Orizaba, y las consecuencias sacaron a luz la verdad entera.

5

La intervención tripartita terminó el 9 de abril. El último acto oficial de los aliados fue la notificación mandada al gobierno mexicano de que el ejército francés se replegaría a la tierra baja para iniciar las operaciones militares, luego que los españoles rebasasen sus líneas, movimiento que debía terminarse para el 20 de abril. Cumplida la formalidad de rigor, los comisionados de las tres potencias se echaron, cada cual, por su camino.

El camino de Sir Charles Wyke lo llevó a Puebla, donde, invitado por Doblado a conferenciar y arreglar las reclamaciones británicas, firmó un acuerdo que arrancaba el triunfo del descalabro. El acuerdo abarcaba todos los requisitos del gobierno inglés y algo más: reactivaba el convenio redactado por Zamacona, más el permiso otorgado a los cónsules ingleses de intervenir en la supervisión de la aduana y menos la autorización del Congreso mexicano —la condición que condenó el contrato en noviembre. Doblado estaba facultado para concertar tratados internacionales sin la sanción congresional, y el único requisito era la ratificación del Presidente. «Ésta es una pura formalidad, que se cumplirá, según me asegura el general Doblado, el día que llegue a México», informó Wyke confiado en que el arreglo sería aprobado con la misma facilidad por Lord Russell. El pacto no era otra de las periódicas promesas con las cuales México aplazaba indefinidamente el día de ejecución; estaba garantizado por un empréstito norteamericano en proyecto de 11 millones de dólares, que debían pasar, a determinados plazos, a manos inglesas para cubrir sus reclamaciones; y en el caso de no materializarse el préstamo, las garantías ofrecidas al gobierno norteamericano —la hipoteca de los terrenos baldíos y de los bienes del clero todavía disponibles en México— serían adjudicadas al gobierno británico. Para Sir Charles, pues, la ruptura de la triple alianza se hallaba lejos de ser una calamidad irreparable. «Todo lo que he hecho recientemente explicó a Lord Russell— tiene como fundamento, por supuesto, la violación directa de la Convención de Londres por los agentes franceses, lo que nos ha devengado, en la opinión del comandante Dunlop y en la mía propia, la más absoluta libertad de acción para promover los importantes intereses confiados a nuestro encargo.»

El ministro responsable de la iniciación de la intervención, que tanto se había esforzado en rectificar los resultados de su imprevisión, tenía fundados motivos para felicitarse de haber

salido adelante, pero sucede a veces que la ventura llegue a deshora y resulte demasiado provechosa. Al enterarse del arreglo, los franceses protestaron contra cualquier pacto que entrañara la hipoteca o la enajenación del territorio nacional en beneficio de una potencia extranjera. Esta contingencia la había anticipado el ministro británico; pero lo que no pudo prever era que Lord Russell abandonara el premio ganado por su agente. La protesta francesa surtió efecto en Londres; el empréstito norteamericano era una oferta fantasma; y Palmerston optó por echar el negocio en remojo. Por coincidencia, Juárez también se negó a ratificar el pacto, y Wyke regresó a Inglaterra manivacío, habiendo salido de su tierra casquivano.

Para Prim el único camino que tenía abierto era la salida y lo siguió derechamente hasta el fin. Aunque Doblado le hizo la misma oferta que a Wyke, el representante de España dejó sin resolución los desagravios que vino encargado de imponer al gobierno mexicano: nunca fueron éstos más que pretextos, o cuando mucho, una cuestión colateral, subordinada a «un interés más alto y de más generales y provechosas consecuencias», que quedó sentado en un plan muy elevado para que se diera por satisfecho con un saldo de cuenta por daños y perjuicios. Por nebuloso que fuera, aquel propósito le levantaba a las nubes, y habiendo perseguido un espejismo hasta llegar a un *impasse*, su única preocupación era la de librarse de una situación tan falsa y de batirse en retirada con honor y dignidad. La aventura finalizó, como se inició, en ademanes de decoro. Pero precisamente por ser el orgullo nacional el motivo de la empresa, le habría de salir caro el descalabro. La vuelta ingloriosa de la expedición no podía menos de provocar una conmoción en Madrid, tanto más penosa cuanto más merecida, pues los motivos de vanagloria eran una inspiración pueril en materia política y el colapso, el castigo condigno de la gesta descabellada. ¿Quién habría de pagar el cálculo erróneo? ¿España o Prim? Antes de tomar su partido, el caudillo había tornado en cuenta todas las consecuencias. «¿Qué dirán la Reina y el gobierno de España cuando sepan el embarque de las tropas? —escribió a su amigo de confianza en París—. El primer momento será de sorpresa, los amigos míos y los imparciales aprobarán mi resolución. Mis enemigos y adversarios pondrán el grito en el cielo, creyendo llegado el momento de hundirme; pero unos y otros no tardarán en reconocer que obré con prudencia, con abnegación, e impulsado por el más acendrado patriotismo. Además, en mi calidad de senador, podré defenderme de los cargos que se me dirijan; por último, el

tiempo se encargará de probar que obré como bueno.» Y no se equivocó. El tiempo no traiciona a los suyos. En resumidas cuentas, quien sacó más provecho de la disolución de la triple alianza no fue Sir Charles Wyke. Gracias a su reportamiento, Prim salió ganando el respeto del pueblo mexicano, que no tardó en reconocer la deuda de gratitud así contraída con el representante de España, y el caudillo prestó un servicio señalado a su patria al allanar el camino para un nuevo y fraternal entendimiento entre los dos pueblos —la salida gloriosa de sus hostilidades seculares.

Esta solución fue su obra personal. ¿Qué hubiera pasado si un caudillo menos intrépido e independiente, y no menos patriótico, hubiera ocupado su posición? El mariscal Serrano tiene la palabra. Luego que supo la determinación de Prim de retirarse, el Capitán-General de Cuba procuró disuadirlo con persuasivas, protestas y argumentos que provocaron, punto por punto, la respuesta razonada de Prim. Serrano le aconsejó a que contemporizara, acompañando la marcha a la capital y sacrificando el gobierno de Juárez a la alianza con Francia. «¿Y pretende usted que las tropas españolas le sigan en tan desatentada empresa? —contestó Prim—. No, mi general y amigo, eso no puede ser, so pena de crear un mar de conflictos para la patria, conflictos que yo no me perdonaría jamás haber creado, amén de la severa responsabilidad que el gobierno exigiría por haber obrado de una manera diametralmente opuesta a las instrucciones que se sirvió darme, y amén de incurrir en el desagrado de la Reina, por haber desatendido sus maternales y generosos deseos en favor de este país; porque la política que inauguré con mis colegas al pisar el suelo mexicano, que sigo con los delegados ingleses, y que seguiré hasta el fin, es la política de la Reina y de su gobierno, es la política, en fin, que más conviene a nuestros intereses presentes y futuros en estas remotas regiones; porque la conducta noble, consecuente con lo ofrecido y desinteresado, templa y apaga odios inveterados y crea simpatías que más tarde nos podrán dar la legítima y maternal influencia que la España debe ejercer en estos países.» Serrano le encareció a que esperase las instrucciones de Madrid. ¿Y dónde colocar entretanto a las tropas? —contestó Prim. Eso «tampoco debe ser, porque cuando llegara la resolución deseada, habríamos perdido un tercio de las fuerzas y la mitad del resto estaría en los hospitales». Y por último, asestó una plumada en la razón que contenía la raíz de todo el enredo: la política de la Puerta del Sol. «Pero comprendo menos el que usted pueda creer que, a consecuencia de la consabida retirada,

"probablemente caería el gabinete O'Donnell". No, mi general, el gabinete del duque de Tetuán no puede caer ni caerá por la política racional, noble, desinteresada y *única* que debía seguirse en México, y no caerá, porque, por fortuna de España, pasaron ya aquellos amargos tiempos en que unas veces la Francia y otras la Inglaterra daban vida o muerte a los gabinetes españoles, según la más o menos mansedumbre con que recibían las observaciones de aquellos poderosos soberanos.»

Pero la controversia no quedó concluida con un simple intercambio de opiniones. Serrano llevó la resistencia hasta prohibir la retirada de las tropas, negarles transportes a Cuba y ofrecer sustituirse en el mando del cuerpo expedicionario. Al llegar su carta inhibitoria a Veracruz, Prim ya había embarcado dos batallones en buques británicos y en cuanto a los demás, «si usted insiste en no mandar buques para su embarque, aquí quedarán, y yo con ellos —le amonestó—; si sufren, sufriré yo y si llega una catástrofe, la pasaré con ellos, y como yo no he de morir, porque siento que no he nacido para tener un fin tan miserable, viviré con la conciencia tranquila, pues no tendré yo la culpa de los males que hayamos sufrido». A tan fuertes razones, respaldadas por buques británicos y una cuenta pesada por el cabotaje, Serrano cedió, y la resolución de la disputa fue remitida a Madrid, donde, precisamente porque España había tropezado tan desventuradamente en el esfuerzo de meter el pie en el mundo moderno, la forma de patriotismo representado por Serrano tenía todas las probabilidades de triunfar, y Prim corría el peligro de parecer superior a sus compatriotas.

La coyuntura tenía, en realidad, una importancia decisiva para todo el desarrollo futuro de la política española en América. Serrano, que figuraba en la política peninsular como uno de los nacionalistas más caracterizados, abogaba por la empresa militar en México y la colaboración estrecha con los franceses para asestar el golpe de gracia a la moribunda Doctrina Monroe. En apoyo de sus ideas, presentadas repetidas veces a Madrid, el Capitán-General de Cuba consultó al embajador español en Washington, y éste le mandó copia de un memorándum que ya había sometido a Madrid, analizando la situación y esbozando una política alternativa y no menos española hacia México. «Que la otra y aun esta América van más tarde o más temprano a la monarquía, y que México, el país más necesitado de gobierno del mundo, es probablemente el destinado a iniciar esa gran revolución, son para mí cosas hace tiempo indudables», declaró Gabriel Tessara; pero dudaba de «si a tan largas distancias, con tan diferentes elementos, y

tratándose de una población numerosa y de territorios inmensos, sería fácil constituir en México una de esas monarquías, por decirlo así, diplomáticas, como la fundada en Bélgica para tener fiel la balanza europea, o en circunstancias más semejantes a la que aquí se trata, la que antes se había establecido en Grecia para reconstruir una raza y preparar soluciones para el porvenir. Diríase, sin embargo, que la empresa vale bien la pena de intentarse; y esto, que podría ser cierto para la Francia, que tiene hoy la ambición de presidir la resolución de las grandes cuestiones del siglo, no me parece tan claro respecto a la España, por la simple razón de no haber recobrado aún en América ni en Europa la influencia necesaria para no verse obligada a ceder el papel principal que le corresponde en este gran drama de la restauración de su raza. Dejo a un lado a la Inglaterra, observando, sin embargo, como cosa muy digna de notar, que esta potencia representa desde luego un papel inferior en esta cuestión y que está condenada a oponerse a todas las soluciones». La cuestión clave era el candidato al trono mexicano: Maximiliano no era y no podía ser más que un testaferro francés, y quedaba por saber si España pudiera competir ventajosamente con Francia en México. «Para hacer triunfar una candidatura nuestra, creo que no… Para hacer fracasar toda otra candidatura, creo firmemente que sí… De esta manera volveremos contra quien lo asesta el golpe destinado a nosotros, pues en cuanto a esto no cabe duda alguna, y convertiremos en grande y noble instrumento de nuestra influencia entre los pueblos de nuestra raza la misma cuestión que se ha destinado a empequeñecernos y a oscurecernos otra vez a sus ojos. Grande y noble, porque en efecto la misión de Europa no debe ser venir a forzar la voluntad de estos pueblos con instituciones que tampoco ofrecerían garantías de estabilidad, sino cuando no sean postizas, y en todo caso la misión de España, que comienza a regenerarse, es aparecer ante esos mismos pueblos como el campeón a un tiempo más interesado y más desinteresado de su libertad y de su independencia. Sólo así, el día en que la monarquía vuelva a nacer en México tendrán nuestros príncipes probabilidades de ocupar su trono, y sólo así se librará la España de esa especie de penumbra diplomática y política en que se la quiere mantener entre las grandes naciones.»

De estas alternativas Prim había adoptado la segunda, pero menos por intención que por casualidad. La especie de especulación crepuscular soñada por Gabriel Tessara era tan ajena a su mentalidad clara y diáfana como lo era el

oportunismo crudo y miope de Serrano. Más tarde se aseguró que Prim vino a México con la misión de eliminar el candidato de Napoleón; pero a pesar de que se preciaba de saber maniobrar mejor que los franceses, no tenía aptitudes para la intriga ni inclinación para el papel de perro del hortelano. Militar ante todo, siguió sus instrucciones hasta llegar a la conclusión lógica de las mismas, y las circunstancias le impusieron la política de las uvas verdes. Las dificultades de la ocupación, la futilidad de las pretensiones españolas y la competencia francesa se combinaron para colocarlo en una posición insostenible, y sus principios liberales lo sacaron de trabajos. Como todo hombre inteligente ante un dilema, Prim consultó sus convicciones más profundas, y haciendo virtud de necesidad, salvó la dignidad de su nación con un arrebato obligatorio, pero sincero, de caballerosidad. Así fue cómo, gracias al enlace de casualidades —el accidente circunstancial, que era adventicio, y el accidente idiosincrásico, que no era fortuito—, un poco por discreción, pero mucho más por determinación, el caudillo optó por aquella retirada valiente e incondicional que había de ser su timbre de gloria y el desenlace feliz del tropiezo dado por O'Donnell. La responsabilidad original era, evidentemente, del gabinete de Madrid, que bien hubiera podido prever las complicaciones internacionales que llevaron la aventura fuera del punto de estima. El soldado, cogido en una situación falsa, obró en buen estadista, y los políticos de oficio que erraron el tiro perdieron la decisión a favor de su campeón.

No menos lógico fue el rumbo tomado por los franceses. Apenas clausurada la conferencia en Orizaba, los jefes franceses concentraron sus tropas en Córdoba, esperando el paso de los españoles, para seguir la retirada hasta la tierra baja e iniciar las operaciones militares. Desde Córdoba hasta Paso Ancho al pie de la cuesta, la marcha era corta, y Lorencez pensaba cubrirla en dos jornadas y regresar inmediatamente; y aunque los diez días que tenía que esperar para que los españoles cruzaran sus líneas representaban una demora muy breve, le inquietaban las trabas impuestas a sus movimientos por los Preliminares de La Soledad. Con fecha 4 de abril, el ministro de Prusia escribió a M. de Saligny recordándole que cada día de demora representaba un peligro grave, y poniéndolo en guardia contra la interpretación literal del convenio. «Si vuestro ejército no sube inmediatamente más allá de Córdoba y aun de Orizaba, será diezmado por el vómito y las fiebres perniciosas que siguen a los fuertes calores. Todo esto sobrevendrá irremisiblemente con

los primeros aguaceros, y una vez contaminado el ejército, ya será tarde y tal vez imposible ponerlo en marcha. No sería difícil que se perdiesen dos o tres mil hombres en pocos días. Me imagino que no queréis solicitar permiso otra vez al gobierno mexicano, por motivos humanitarios, para ocupar acantonamientos salubres. Todas las otras cuestiones y todas las conveniencias políticas desaparecen ante el peligro de sacrificar a ocho mil franceses a las epidemias de un clima mortífero, y no creo que el almirante Jurien de la Graviére ni los comisionados ingleses y español tampoco quieran asumir tan grave responsabilidad. El gobierno mexicano, que conoce todos estos peligros, hará cuanto está de su parte para reteneros todavía algún tiempo en donde estáis. Además, nos encontramos en vísperas de la estación de lluvias: luego que comienzan los aguaceros, los miasmas producen fiebres perniciosas, los caminos se ahondan, poniéndose intransitables, y se emplea todo un día en andar lo que se anda en una hora en la buena estación.» M. de Saligny no tenía nada que aprender de la moralidad prusiana, pero las obligaciones del convenio ligaban todavía al almirante, que demostró su nulidad respetándolas pundonorosamente. Nueve días pasó Lorencez en Córdoba buscando un medio lícito de circunvenir el convenio, y con tan poco éxito, que al fin y al cabo tuvo que recurrir a un ardid.

El convenio preveía que, si llegase el caso de romperse las negociaciones y retirarse las tropas aliadas de las ciudades que ocupaban, los hospitales de los aliados quedarían bajo la salvaguardia del gobierno mexicano. Los franceses habían dejado trescientos cuarenta y cinco enfermos en Orizaba, ocupada por las fuerzas mexicanas del general Zaragoza, en anticipación de la evacuación de los españoles; y el 18 de abril los convalecientes pasaron de un hospital a otro. Algunos cruzaron las calles llevando sus armas y Zaragoza, suponiendo que se trataba de una guardia militar, se comunicó con Lorencez, protestando contra una precaución tan ofensiva, y pidiendo al comandante francés que se diera contraorden, pero el médico en jefe del hospital aclaró las circunstancias, y Zaragoza, satisfecho, mandó inmediatamente una segunda nota a Córdoba explicando lo ocurrido y reiterando su promesa formal de amparar a los enfermos franceses. Al día siguiente Lorencez contestó dándole la misma explicación del malentendimiento, y el intercambio de cartas puso término, al parecer, al incidente. Pero inadvertidamente el mexicano había facilitado al francés la idea que le faltaba. Lorencez informó al almirante y a M. de Saligny que tenía motivos fundados de

temer que los enfermos en Orizaba, rehenes imprudentemente abandonados en manos de un enemigo desprovisto de escrúpulos, se hallaban en inminente peligro, y propuso que se emprendiera la marcha inmediatamente para ponerlos a salvo.

En la tarde del 19 de abril la columna francesa salió de Córdoba. En el camino la vanguardia chocó con una partida de caballería mexicana, que de esta manera se enteró de la violación del convenio, y que sufrió algunas bajas antes de ceder el paso. A medianoche del mismo día el general Prim, a punto de salir con su señora y su hija, recibió un recado de Lorencez informándole de la razón que motivaba su marcha, y ofreciendo también al general y a su comitiva la protección de sus armas. Al amanecer Prim salió de Córdoba y a poca distancia se encontró con los franceses; los clarines tocaron el alto y Lorencez y el almirante se acercaron al general. «*Eh bien, mon général?*», preguntó el almirante. «*Eh bien, admiral?*», replicó Prim, y se miraron en silencio. «¿Qué pasa con nuestros hospitales en Orizaba?», preguntó Lorencez. Levantando la voz para que lo oyeran todos los circunstantes, Prim contestó: «Ayer a las cinco de la tarde, tuve el honor de visitar vuestro hospital. Inspeccioné los cuartos, acompañado por el médico en jefe, y nada indicaba el más mínimo peligro; a las siete, a las nueve y a las once de la noche, pasé delante del hospital; calma igual; a las cuatro de la mañana, mandé a mi ayudante para asegurarse de si había ocurrido algo durante la noche, y todo estaba tranquilo. Vuestros enfermos en Orizaba se encuentran tan seguros allá como lo estarían en los hospitales en París.» Y con un saludo militar, siguió su camino.

La violación del convenio era el acto más recto de la intervención, pues era la consecuencia lógica de la excomunión que expulsaba a México del seno de las naciones civilizadas.

6

El 20 de abril, cuando los franceses entraron en Orizaba, Zaragoza se había retirado a la sierra circunvecina para organizar la acción retardaria, que pasaba ahora de la mano diplomática al brazo militar. Hasta aquí los mismos agresores habían facilitado la defensa del país: las miras encontradas de los aliados paralizaron la intervención en los umbrales de la tierra de promisión, y al disolverse el embolismo, el gobierno había ganado algo de provecho: tiempo, la disolución de la coalición, una levadura favorable de antagonismos externos y la atención del mundo.

El hecho consumado de intervenir logró lo que la propaganda no pudo producir: la opinión mundial, aunque aturdida, ya no era apática. La ocupación de Veracruz enfocaba la atención sobre la situación en México y sus repercusiones en Europa, y la prensa europea comenzaba a indagar los motivos declarados de los aliados; y en el curso de estas discusiones algunas indicaciones salieron a luz, y la prensa mexicana las recogió y aprovechó para la defensa del país.

La iniciativa de España y el consiguiente refuerzo de las fuerzas francesas aumentaron el envite a tal punto, que el gobierno inglés tuvo que determinar hasta dónde le llevaría el retrueque; y en un notable artículo de fondo del *London Times*, que sondeaba la opinión pública en Inglaterra, Palmerston comenzó a exhibir su mano. El primer descarte eliminaba dos puntos sin importancia: la capacidad de autogobierno del pueblo mexicano y la garantía de respetarla proclamada en la Convención de Londres. «¿Aquellas castas mezcladas, desmoralizadas y sanguinarias, que combinan los vicios del hombre blanco con la sevicia del indio, habrán de dar lecciones de autogobierno no sólo a la pobre España, sino también a Francia y a Inglaterra? —preguntaba el periódico al público—. La decadencia ha sido crónica desde su primera manifestación en México y se ha acelerado en los últimos años, y hasta el antiguo y solemne despotismo de los virreyes borbónicos resultó mejor que las feroces carnicerías y proscripciones de los presidentes rivales.» Por consiguiente, el artículo oracular propuso lo que ya tenían dispuesto las potencias. Después de pintar la ocupación de Veracruz, el terror pánico de la población, el desmantelamiento de las fortificaciones y la entrega de la plaza, el *Times* planteó el problema medular. «Tal es el primer acto de la intervención en México. La España ha asestado el primer golpe bajo la dirección de un ministro hábil y

activo. Siempre que sean justas y benéficas para la raza humana sus miras; siempre que procure crearse fama poniendo coto a la anarquía que prive en sus antiguas colonias, convenciéndoles por su propio ejemplo de que la paz y el buen gobierno no tardarán en asegurar a la nación un lugar decente en la sociedad humana, puede sentirse seguro de la simpatía de todas las potencias europeas y sobre todo de Inglaterra.» La bendición echada a España iba acompañada por la licencia correspondiente concedida a Francia. «El gobierno francés está resuelto a obrar con energía, a pesar de sus dificultades financieras y de tener entre manos una que otra cuestión internacional. Un órgano semioficial anuncia que Francia enviará a México un cuerpo de tropas igual al cuerpo enviado hace poco a Siria. Efectivamente, se tiene proyectada una campaña regular, si es que el término puede aplicarse a un avance contra tropas, que huirán sin duda ante la aproximación de los invasores, contentándose con saquear y asesinar a sus desgraciados compatriotas. Es evidente que los franceses no permitirán que Inglaterra o España participen más activamente que ellos en estas operaciones, y no cabe duda de que, una vez iniciadas, quien las dirija será Francia, ya que sólo ella tiene un numeroso cuerpo de tropas en aquel país. A todo eso no podemos hacer objeción alguna… Se ocupará por algún tiempo la ciudad de México, y de ser tan dichoso el resultado como en Siria, el mundo tendrá motivo de felicitarse. De todos modos, Francia puede confiar en nuestra aquiescencia absoluta en sus esfuerzos para restablecer la tranquilidad; no experimentamos, por cierto, la más leve envidia de la preponderancia de las fuerzas francesas… y aun cuando se extienda la ocupación por uno o dos años, no habrá queja alguna de este lado del Canal. Nunca fuimos propagandistas de la Doctrina Monroe y no tenemos ningún deseo de asegurar sus principios.»

Apenas lanzada la intervención, Palmerston se dispuso a abandonar las riendas a sus aliados, pero en forma tal que tuvo muy mala prensa en todas partes. La complacencia del *Times* inquietó a la prensa continental. En París el semioficial *Journal des Débats* comentó cáusticamente sobre «la actitud de reserva del gobierno británico al hacer votos para el buen éxito de Francia y España, sin interesarse, al parecer, por aumentar el personal de su expedición, y más dispuesto a desear nuestro triunfo que a contribuir a sus gastos. Aún no conocemos el sentimiento en España, pero ya han opinado dos o tres diarios de Madrid». Tampoco en Madrid fue motivo de felicitación el permiso de sacar el ascua con mano ajena, y menos aún a

prorrata, y la prensa ventilaba abiertamente los celos provocados por la preponderancia de las fuerzas francesas. Más desagradable, empero, que la reserva inglesa, resultó la actitud austriaca. «Pero más singular aún —siguió comentando el *Journal des Débats*— es la reacción provocada en Viena por los rumores, verídicos o erróneos, de la oferta hecha al archiduque Maximiliano. Austria —dice hoy en sustancia el *Ostdeütsche Post* — no se ve reducida aún a la necesidad de aceptar tales favores. Así, según el *Ostdeütsche Post*, Austria se consideraría mortificada al recibir para un príncipe austriaco un imperio de 8 millones de habitantes, de la misma manera que un aristócrata empobrecido tomaría por insulto la oferta de una limosna... Un periódico belga dijo ayer que los íntimos del archiduque están encareciéndolo a que rechace el trono de México, a menos que Francia se comprometa a mantener un ejército de ocupación en México y Veracruz durante diez años.»

En Inglaterra el anuncio de que el gobierno estaba por ceder las riendas de la intervención a sus aliados hubiera merecido aprobación, a no ser por la sanción otorgada a los objetivos políticos de sus consocios. Al salir el *Morning Post* con un artículo en favor de la candidatura de Maximiliano, la prensa extraoficial puso el grito en el cielo calificando la intervención de flagrante felonía internacional. «¿Y qué tiene que ver la Gran Bretaña con todo eso? —se preguntaba a su vez al gobierno—. Nada, absolutamente nada; sólo sirve para acompañar a los asaltantes a la puerta, y quedarse allá como aguilucho, mientras se comete el crimen. ¡Y ese papel lo acepta la Gran Bretaña!» La prensa ministerial descartó ágilmente la postulación del archiduque, pero la agitación siguió en pie, y en ciertos círculos se preveía la caída del gobierno a consecuencia de la cuestión mexicana y de sus complicaciones imprevistas. La oposición parlamentaria era menos fuerte y más manejable; en las cámaras la cuestión mexicana se prestaba a maniobras partidaristas, y los *tories* la aprovecharon para embarazar al Ministerio. Disraeli recordó a la Cámara de los Comunes que la Gran Bretaña fue la primera potencia que acordó el reconocimiento a México, allá por los albores del siglo, y que aquel paso lo dio Canning para contrarrestar la Santa Alianza, y preguntó con qué derecho el gobierno se atrevía ahora a asestar el primer golpe a la independencia mexicana.

Disraeli deleitó a Karl Marx. Muy propenso también, por su parte, a aprovechar la cuestión mexicana para propinar una paliza a Lord Palmerston, Marx difundió el ataque en su correspondencia con la *Freie Presse* de Viena, y sacó prueba y

copia de su propia diagnosis de la intervención de la boca de un *tory* inglés. Citando la defensa de Palmerston, refiriendo sus censores a la Convención de Londres y reiterando que todo lo que pedía era un gobierno en México capaz de tratar con las potencias extranjeras —defensa que Disraeli calificó de sospechosa—, Marx la glosó con su comentario original. «Palmerston afirma la no existencia del gobierno actual; pretende para la alianza de Inglaterra, Francia y España la misma prerrogativa de la Santa Alianza de determinar la existencia o la no existencia de los gobiernos extranjeros; y añade modestamente que esto es todo lo que desea el gobierno de la Gran Bretaña. ¡Esto, y nada más!» Usando del mismo lenguaje, Marx y Disraeli hubieran formado entre sí una simple Torre de Babel a no ser que ambos obedecían a motivos muy semejantes. Disraeli hacía de la cuestión mexicana capital político; Marx la transformaba en cuestión marxista; en ambos casos la controversia constituía el fondo de la cuestión, no México; y como los dos explotaban para sus fines propios, la coincidencia era algo más que la manifestación de su coexistencia accidental en el planeta. Pero Palmerston provocaba la confusión. Estadista empírico y nada sistemático, no era reo de resucitar deliberadamente la Santa Alianza ni de tener plan preconcebido alguno, sino de simple *laissez-faire*; pero se prestaba a tales interpretaciones al dar su aprobación a las combinaciones de Francia, Austria y España y colocar a Inglaterra en la posición de un cómplice por pura imprevisión y complacencia. Ante el peligro de incurrir en la nota de encubrir de hurtos, la decencia inglesa armó un escándalo y el primer ministro tuvo que cejar. La proyectada monarquía le facilitaba una garantía para los intereses británicos en México, y toda vez que pudiera colaborar permisivamente con Napoleón le prestó la mano izquierda; pero a medida que aumentaban las complicaciones en México el conturbernio se volvía cada vez más insostenible. El embrollo provocado por el ultimátum francés, la inflación de las reclamaciones francesas y el crédito Jecker acabaron por forzar su mano. Buscando una solución que no fuera un escándalo, Palmerston propuso a París una componenda mediante la cual el gobierno inglés prestaría su apoyo a la cuenta francesa de 12 millones de pesos, a cambio del sacrificio de los bonos Jecker; pero Thouvenel siguió defendiendo el contrato y Palmerston, advertido por sus parciales de que *l'affaire Jecker* provocaría interpelaciones en el Parlamento, vio el juego mal parado y se lavó las manos de tan turbio embrollo como se había vuelto la antes sencilla cuestión mexicana. En eso se supo la ruptura de la alianza en México y el

gobierno aprobó la conducta de Sir Charles Wyke, dando por suspendida, aunque no rota, la Convención de Londres, y retirando la expedición británica.

«El resultado decepcionará a muy contadas personas —dijo el periodista inglés enviado a México por la oposición parlamentaria para valorizar la situación sobre el terreno—. Los tontos agiotistas que confiaron en las promesas de los mal enterados órganos del gobierno, tendrán que sufrir las consecuencias de su credulidad. Ningún crítico sincero sería capaz de defender la posibilidad de triunfar la expedición. El mismo conde Russell ha confesado, y muy claramente, que no prometía ningún provecho positivo. Los resultados que pensaba lograr al negociar la Convención eran puramente negativos. En tal intervención no veía una ventaja para Inglaterra; pero pensaba que, participando en ella, le sería posible obstruir los proyectos ambiciosos atribuidos con razón a Francia y a España. El resultado no ha justificado la confianza de Su Señoría en su astucia… Resulta que España no tenía tales intenciones; y después de todos nuestros esfuerzos, dejamos a Francia empeñada, al parecer, en la grandiosa empresa de hacer felices a los mexicanos a su malgrado. Ahora que todo temor de conturbar la combinación queda eliminado por su disolución, esperamos que la locura sin par manifestada por Lord Russell en este negocio sea estigmatizada como lo merece. Sus propios despachos nos proporcionan la prueba contundente de que sabía a ciencia cierta que la intervención iba al fracaso, y que el deseo de distinguirse por una obra maestra de astucia fue el móvil que le determinó a meter a Inglaterra en esta malaventura.» Y pasando del balance británico a la partida francesa, concluyó: «Los franceses, pues, tendrán que terminar la obra a solas. ¿Qué partido pueden sacar de la ocupación? Cualquiera que sea el orden que Francia logre establecer, redundará en beneficio de las dos naciones que han abandonado la expedición. Francia no puede obligar al país a cubrir los gastos. ¿Será ella capaz de cargar con tales erogaciones? Muchos miembros de la Cámara Legislativa han protestado contra la ocupación de Roma con motivo del costo. La expedición mexicana es impopular: no suscita ninguna pasión popular, no promete ningún beneficio sustancial. Los órganos de la opinión independiente en Francia llegan hasta decir que el aliento dado a Francia por Inglaterra para que persevere en esta expedición se debe al deseo de ver a un rival envuelto en dificultades y desastres, en tanto que los frutos de sus esfuerzos los cosechará Inglaterra… Afortunadamente,

hemos salido del embrollo, lo mismo que hemos entrado, disparatadamente.» Y al hablar de disparates, no se olvidó de la parte que correspondía a Sir Charles Wyke. «Quienes se acuerden de la manera muy resuelta con que hace pocos meses Sir Charles Wyke abogaba por la intervención, y el gozo con que se aprovechó de la primera oportunidad para cortar las relaciones, naturalmente les extraña la muy conciliatoria política que parece dispuesto a perseguir ahora.» Bastaba la observación para abreviar la cuenta: la verdad sobre Sir Charles Wyke era demasiado obvia y demasiado británica, y no había para qué recargarla.

Pero el ministro cuya falta de juicio tuvo consecuencias tan graves no pudo escapar ileso al juicio final. Aunque el apoyo tardío prestado al gobierno excomulgado de México no pudo corregir el error inicial, los mexicanos agradecieron su arrepentimiento y se olvidaron gustosos del principio de sus actividades en su fin; pero no pasó lo mismo en Inglaterra, donde la publicación de un Libro Azul, que contenía la correspondencia con Zamacona, las puso al descubierto. La confianza con que Zamacona refirió su disputa a un día de Juicio futuro, *cuando esta correspondencia vería la luz*, no fue ilusoria. El Libro Azul cayó en manos de Karl Marx. «En materia de brutalidad británica —escribió a Engels—, el Libro Azul Mexicano supera a todo lo que registra la historia. Menshikov parece un caballero comparado a Sir Charles Wyke. Este canalla no sólo despliega el celo más desenfrenado para ejecutar las instrucciones secretas de Pam, sino que intenta vengarse con groserías que el señor Zamacona, el ministro de Relaciones mexicano (actualmente retirado) y antiguo periodista, le aventaja siempre en el intercambio de notas diplomáticas. Por lo que toca al estilo del tipo, aquí tiene usted algunos ejemplos sacados de su correspondencia con Zamacona.» Los cogió al azar. Si el estilo pinta al hombre, aquí estaba la letra, y aquí estaba el espíritu de Sir Charles Lennox Wyke. ¿Qué clase de hombre fue aquel que concibió la homilía del panadero y del hambriento, por ejemplo? *¿Homo sapiens?* ¿O qué sentencia merecía, peor que aquella que él mismo pronunció al emitir lo siguiente: «Con relación a la luz en que veis la cuestión, como expresada en vuestra nota arriba dicha, me dispensaréis el decir que no puede tratarse parcialmente, sin tomar en consideración también las opiniones de quienes sufren de la operación práctica de semejantes ideas como emanantes de vos mismo»? ¿Del autor de ese torcimiento qué podía emanar sino un embrollo? De la sintaxis misma salía el secreto del enredo que

había torcido el ánimo del mundo. Huroneando todas sus ofensas, Marx las sacaba una tras otra en la punta de su pluma, y cuanto más crasas, con tanto más ardor seguía la pista. Zamacona le escribe diciendo que la culpa de las desgracias de México en los últimos veinticinco años la tienen principalmente las intrigas de los diplomáticos extranjeros. Wyke contesta diciendo que «la población de México es tan envilecida que constituye un peligro no sólo para sí mismo, sino para quienes se pongan en contacto con ellos». *¡Ipse dixit!* Etcétera y etcétera *ad nauseara*. Wyke era demasiado prolijo, el mundo era demasiado sufrido, y Marx estaba demasiado fastidiado para seguir. «Bueno, *satis superque*», concluyó, cansado. Bastaba, rebastaba la atención prestada al títere de Pam, y después de descifrar algunos pasajes más, notables por el dominio defectuoso tanto de su lengua materna como del carácter mexicano, cerró la tapa con un bufido de disgusto. Huelga decir que su opinión no concordaba con la de la calle; pero siendo la opinión de Marx, llegó a la posteridad.

En la otra extremidad del triple eje, el revuelo patriótico despertado por la cuestión mexicana se fue rebajando rápidamente al saberse que el único papel otorgado a España en los planes de los aliados era la conclusión de los Preliminares. La tercera rueda de la expedición se desprendió por su propio movimiento, aunque con la ayuda y el empuje de la colaboración británica. Sacudidos hasta caer de acuerdo, el socio más débil y el más fuerte se abrazaron y se retiraron juntos, derrotados ambos por su desprevención y salvando del cálculo erróneo sólo su alianza transitoria; pero Prim dio al fiasco una gracia que no formaba parte de las dotes de Sir Charles Wyke, y en España todo se salvaba con el estilo.

La influencia de la opinión pública era todavía débil y confusa en Francia. Acá y allá se alzaba una voz en defensa de México, pero sin la autoridad o la información suficientes para levantar una protesta efectiva. Los antagonismos enlazados de las potencias despertaron las sospechas de un público oficialmente enterado sólo del objeto ostensible de la expedición, pero inquietado por los rumores del propósito ulterior y convencido de su gravedad por la fricción sorda de los tres colitigantes de la intervención. En el Cuerpo Legislativo la oposición, encabezada por Jules Favre, censuró la intervención en principio e interpeló al gobierno respecto a sus verdaderas finalidades para sólo topar con evasivas oficiales. Las respuestas eran reservadas y circunspectas, la oposición dudaba pero no lograba desacreditarlas, y después de cuatro meses de incertidumbre, la

opinión pública continuaba intranquila pero inactiva.

Al contestar a las interpelaciones de la oposición, empero, el gobierno citó extractos de la correspondencia de Saligny para cohonestar la empresa, y poner en evidencia las condiciones imperantes en México. Este testimonio, reproducido por un periódico belga y copiado por la prensa mexicana, revelaba por primera vez la importancia del papel desempeñado por el ministro, y que vino confirmado por una indiscreción recogida por un miembro de la expedición. «Mi único mérito —dijo M. de Saligny— es el de haber adivinado la intención del Emperador de intervenir en México y de haber hecho necesaria tal intervención.» Todo el repertorio de sus informes, que andaba desde la verdad pura o adulterada hasta la exageración y la fabricación, salió a luz ahora, zurcido con tanta habilidad que ya no se podía imputarlos a la credulidad de la prevención o a la irresponsabilidad de la pasión: la botella tenía fugas y el contenido revelaba lo que era en realidad: una difamación sistemática hecha con un propósito determinado, ceñido ya con el triunfo indisputable. Las mentiras fueron refutadas; las exageraciones, rectificadas; las verdades aclaradas, y las adulteraciones, disipadas por la prensa mexicana, pero demasiado tarde: la torcida interpretación del país suministrada al gobierno francés por espacio de doce meses salía reproducida, palabra por palabra, con la fidelidad del eco, en las instrucciones redactadas para el almirante, publicadas por la prensa mexicana en columnas paralelas con la fuente original. La fusión era completa, la pista estaba perdida, y resultaba imposible señalar dónde acababa el agente y dónde empezaba el gobierno: la responsabilidad del uno quedó a descubierto en el momento mismo en que la encubría la autoridad del otro.

Al igual que M. de Saligny, la prensa mexicana se decidió a adivinar la intención del Emperador y a descifrar la finalidad de la intervención francesa a fuerza de intuición, de lógica y de previsión política. En el curso de la búsqueda, un comentarista salió con una explicación ingeniosa y verosímil, que tenía el mérito de conciliar las inconsecuencias aparentes de la política napoleónica en Europa y de revelar, al mismo tiempo, su coherencia recóndita y su relación con México. En 1840, cuando el proceso instituido contra Luis Napoleón por su connato de rebelión contra Luis Felipe, «su defensa concluía con estas notabilísimas palabras: Yo represento, señores, un principio, una causa y una derrota. El principio es la soberanía del pueblo; la causa, el imperio; y la derrota, Waterloo». A la luz de esta declaración, mucho se clarificaba. Su política posterior quedó

vindicada con su elección por un inmensa mayoría popular a la Presidencia de la Segunda República; y la causa por la proclamación del Imperio. La tercera promesa estaba todavía incumplida; pero desde la resurrección del Imperio su diplomacia iba encaminada hacia la meta anunciada: ajustar sus cuentas con la coalición antinapoleónica y borrar la mancha de Waterloo. La cuenta con Rusia quedó saldada con la Guerra de Crimea; la cuenta con Inglaterra y Prusia estaba siempre abierta. Preparándose para el desquite con ciencia y paciencia, Napoleón había formado un sistema de alianza y satélites en anticipación del próximo golpe, valiéndose de una diplomacia tortuosa, pero siempre consecuente, que dejaba a Europa en la perplejidad. De ahí su apoyo a la causa de la independencia italiana, en cambio de la extensión de las fronteras de Francia hacia los Alpes marítimos. De ahí su empeño en levantar a España al rango de una potencia de primera clase para asegurarse una alianza del lado de los Pirineos. De ahí sus maniobras dirigidas a dividir la Alemania católica de la Alemania protestante, y a ganar la alianza de Austria en preparación para el golpe eventual contra Prusia e Inglaterra. De ahí, también, la necesidad de compensar al emperador Franz Josef: el desmembramiento del Imperio Otomano en cambio del sacrificio del Veneto era una posibilidad; otra, la creación de un trono para la habsburgos en México, y ésta era recomendable, además, como un medio de combatir en América la difusión de las ideas republicanas que andaban ganando terreno rápidamente en Alemania, Italia y Francia. «De todo lo que precede —concluyó el analista— se deduce que hay, en realidad, un enlace lógico entre el pensamiento que domina a Luis Napoleón, desde que con mano fuerte empuñó las riendas del Estado, y todos los actos de su vida política, este enlace que existe aun en aquellas cosas que parecen más contradictorias. Así es como se explica que mantenga un pie de ejército en Roma, con el pretexto ostensible de proteger al Papa, y con el motivo secreto de evitar que lo haga el Austria. Así se explica, también, que se haya apoyado en la alianza inglesa para combatir y vencer a la Rusia en Crimea, y que se valga de Piamonte para combatir y vencer al Austria en Italia, y rescatar las fronteras de los Alpes. Así se explica cómo, para adormecer las desconfianzas de la astuta Albión, celebra con ella tratados de comercio y la acompaña en empresas lejanas, como la de China. Así se explica cómo, para habituar a la España a ser su aliada, a fin de contar con ella cuando le convenga romper con Inglaterra, la lleva consigo a la expedición de Indochina. Y, por último, así se explica cómo ahora se vale de la Inglaterra y la

España para llevar a cabo su idea en América, de la propia manera que se valdrá de la Rusia y del Austria, de Italia y de España, para combatir a Inglaterra y Prusia, que son las dos grandes potencias que le quedan por humillar, para borrar la mancha de la *derrota* de Waterloo y conquistar la línea del Rhin como frontera natural de la Francia, dando de esta manera término satisfactorio a la gran misión que se ha propuesto en su vida.» Y por eso el lugar en el acertijo destinado a México formaba parte integrante de la política mundial; y el elemento que hizo necesaria e inevitable la intervención francesa en México no era la inspiración de M. de Saligny, sino la fuerza de la manía napoleónica.

El análisis concordó, casi al pie de la letra, con las conclusiones sacadas por De la Fuente de su larga estancia en Francia y del estudio detenido que allí realizó acerca de la situación política en Europa. «Y ¿por qué Francia, que es la nación a quien menos debemos, toma sobre sí la nueva empresa?», escribió a Doblado, cuando los refuerzos franceses salieron para México. El enigma, que se llamaba Napoleón, era fácilmente descifrable: «Es porque, con su sistema de oscilación y de expedientes imposibles, como los que ha ensayado en Italia, quería satisfacer a la Austria retrógrada y a la Italia liberal, ofreciendo al archiduque Maximiliano el trono de México en cambio de Venecia, que a pesar de todas las arterías y violencias del despotismo no puede jamás pertenecer de grado a los tudescos… El rey Víctor Manuel apenas puede calmar la impaciencia de la nación italiana, que arde en deseos de libertar a sus dos hermanas, Roma y Venecia. Garibaldi, con sus palabras de fuego, enardece más y más el sentimiento libertador, y acaban de publicarse unas cartas suyas en que anuncia la guerra con el imperio austriaco para que un día muy cercano, tronando de paso y sin más miramientos que la omisión del nombre, que todo el mundo pronuncia, contra el emperador de los franceses, a quien denuncia como el autor de esta situación insoportable. Ahora bien, si exceptuamos una revolución en la Francia misma, me parece clarísimo que nada teme Napoleón III tanto como la guerra entre Italia y el Imperio Austriaco: ¿por qué?, porque le sería preciso decidirse en favor de una causa o de la otra, y eso sería el principio de su ruina. En efecto, los antecedentes de la Francia en esta contienda, la conducta del mismo emperador, y la opinión casi generalizada en pro de la Italia unida, serían fuertes razones para tomar el partido de los italianos; pero no sería posible estorbar que éstos dieran en la lucha un vuelo desmedido a los principios democráticos, si no

ya republicanos: y un gran pueblo vecino de la Francia y gobernado por esos principios, minaría sin remedio por su contacto el cesarismo que en Francia se ha levantado. La cuestión de Roma, que es quizá la más grande que en muchos siglos ha podido agitar al mundo, sería resuelta en el sentido liberal, quedando destruido el gran baluarte del fanatismo y de los abusos y preponderancia del clero. Esto es bastante, sin añadir las cuestiones de Hungría, de Polonia y de la Unidad Alemana, que el espíritu liberal está precipitando a un desenlace funesto para el despotismo y las rancias preocupaciones; era bastante, vuelvo a decir, para que el emperador temblase de ver levantados los pueblos mismos en defensa de sus más caros intereses. Por eso no toma con franqueza la causa de las nacionalidades y de la democracia; por eso se dio prisa a abandonarla en 1859. El Emperador teme tanto como su tío la actitud del pueblo armado, aunque sea en favor de la política imperial, y es preciso convenir en que le sobra la razón… La causa de la libertad es solidaria y se agita en todas partes; los jefes se eclipsan y salen a la luz las naciones: no basta dominar a un pueblo: se necesita domar a todo el mundo.» Y por eso México estaba condenado. «La erección de un trono en México por la influencia del Emperador satisfacía su orgullo y calmaba su temor», concluyó el aviso; «si se escogía al archiduque Maximiliano, que pasa por ser liberal y ultramontano a un tiempo, y si además se lograba con este arreglo la cesión de Venecia en favor de Italia, parecería que no se tomaba una medida antiliberal ni enteramente retrógrada, y que se zanjaba a gusto de todos la cuestión de Venecia en que está interesada Italia, sus partidarios y opositores, y la paz de Europa, según la expuse más arriba. Leyendo usted el último artículo de *L'Opinion Nationale*, que va entre recortes, se asombrará quizás tanto como yo, de ver que Napoleón ha conseguido en parte su objeto, pues un diario tan influyente como éste en todos los círculos liberales da por compensada la iniquidad de imponernos un rey con la entrega de Venecia a los italianos. Ahora veo confirmada la resolución que desde mis primeros despachos dije a usted haber observado en este gobierno, para influir poderosamente en nuestra política interior con mengua de la independencia y soberanía de México». Con la experiencia ganada en Europa se extendía la perspectiva; y a medida que se alargaba su visión, se elevaba su ánimo; y las conclusiones sacadas de sus observaciones, aunque tétricas, no estaban desahuciadas.

Para fines de abril unos rayos de la verdad mexicana empiezan a

penetrar las capitales europeas, y el tiempo dedicado a ganar la atención del mundo no había sido malgastado. La táctica dilatoria de Juárez, que era un antemural en México, era terreno ganado en Europa; pero la excomunión moral de su gobierno quedaba intacta. Un intento de levantarla, intento intrépido, profano y tesonero, se realizó a principios de marzo. La opinión pública era accesible, y antes de salir de Francia, De la Fuente dirigió a M. de Thouvenel una nota de despedida y de protesta que tuvo repercusiones en Europa. Publicada por un periódico inglés, la nota hizo sensación en los círculos diplomáticos, donde se convino en que hacía mucho que una defensa tan viril y vigorosa de la ley de gentes no había llegado a los oídos del gobierno francés. Su estilo estaba a la altura de la ocasión. «México podrá ser conquistado, pero no sometido, ni se le conquistará sin que dé pruebas antes del valor y de las virtudes que se le niegan», declaró su representante. «México, después de haber sacudido el poder secular y hondamente arraigado de la España; México, que no quiso por rey a su mismo libertador; México, en suma, que acaba de alzarse victorioso de una revolución terrible contra los restos de la oligarquía que pesaba sobre su democracia, a ningún precio aceptará la monarquía extranjera. Crearla será muy difícil; pero sostenerla lo será más todavía. Tal empresa será ruinosa y terrible para nosotros, pero lo será también para sus promovedores. México es débil, sin duda, comparado con las potencias que invaden su territorio, pero tiene la conciencia de sus derechos ultrajados, el patriotismo que multiplicará sus esfuerzos, y la profunda convicción de que, sosteniendo con honor esta lucha peligrosa, podrá preservar al hermoso Continente de Colón del cataclismo que lo amenaza. Protesto, pues, altamente, señor ministro, en nombre de mi gobierno, que todos los males que resulten de esta guerra injustificable, y los que causan directa o indirectamente la acción de las tropas y de los agentes de Francia, serán exclusivamente de la responsabilidad de su gobierno. Por lo demás, México no tiene qué temer, si la Providencia protege los derechos de un pueblo que los defiende con dignidad.»

La atención a su protesta era sintomática de la importancia que México había adquirido como campo de pruebas de la decantada doctrina de la no intervención proclamada por las grandes potencias como la conquista cardinal del siglo XIX; y en Londres, donde la popularidad de Napoleón variaba a la inversa de la parcialidad que le manifestaba Palmerston, se recibió con nutridos aplausos la determinación del mexicano de morir en la

empresa. Pero al dirigirse a M. de Thouvenel el ministro mexicano le decía sólo una mitad de la verdad; la otra la reservaba para su propio gobierno. Al marcharse de Francia ya no era el Cristóbal de tantos y tan arduos pasos, llegado para descubrir el Nuevo Mundo al Viejo; y antes de embarcarse para su patria suplicó a sus compatriotas que correspondieran a su confianza e hicieran bueno su reto. Había llegado la hora de salvar el buen nombre del mexicano, y tocaba a México hablar por sí para que se reconociera la verdad; para su pueblo no había otra salida. «Antes se contaba con nuestras divisiones, con lo que se llamaba nuestra corrupción y nulidad, y por eso se mandó poca gente; ahora que nos han visto movernos, piensan que no tenemos valor sino contra los españoles, pero que un puñado de franceses bastará para aterrarnos y desbaratamos. Si nos defendemos bien, nos salvaremos, porque llegará la mala estación, y no se pensará en mandar más fuerzas; porque se verá de una vez cuán larga y dispendiosa es la empresa de subyugamos; porque la paz de Europa lo exige; y porque, publicada nuestra justicia, tendremos a todo el partido liberal europeo en nuestro favor. El entusiasmo de México y la actitud noble y enérgica de nuestro gobierno nos han concitado muchas simpatías; pero si nos dejamos arrollar por un puñado de europeos, nos pondríamos debajo de los chinos y los marroquíes.» Sería, otra vez, la historia de Cortés.

Políticamente, pues, la fase inicial de las operaciones militares en México tenía una importancia capital. El primer paso lo dio el Presidente al expedir un Manifiesto a los tres días de romperse la Triple Alianza en Orizaba. «El gobierno de la República, recordando cuál es el siglo en que vivimos, cuáles los principios sostenidos por los pueblos civilizados, cuál el respeto que se profesa a las nacionalidades —decía con más continencia que confianza— se complace en esperar que si queda un sentimiento de justicia en los consejos del Emperador de los franceses, este soberano que ha procedido mal informado sobre la situación de México, reprobará que se abandone la vía de las negociaciones en que habían entrado sus plenipotenciarios, y la agresión que ellos intentan independientemente como los más poderosos de la tierra... Pero entretanto el gobierno de la República cumplirá el deber de defender la independencia, de rechazar la agresión extranjera y acepta la lucha a que es provocado, contando con que tarde o temprano triunfa la causa del buen derecho y de la justicia. Mexicanos: el supremo magistrado de la nación, libremente elegido por vuestros sufragios, os invita a secundar sus esfuerzos en la defensa de la independencia; cuenta para ello con todos vuestros recursos, con toda vuestra sangre, y está seguro de que, siguiendo los consejos del patriotismo, podremos consolidar la obra de nuestros padres. Espero que preferiréis todo género de infortunios y desastres, al vilipendio y al oprobio de perder la independencia o de consentir que extraños vengan a arrebatarnos vuestras instituciones y a intervenir en nuestro régimen interior. Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos y unidos salvemos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo a nuestra patria sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las naciones. México, abril 12 de 1862. *Benito Juárez*».

Mientras la mano diplomática dirigía la defensa del país, se había impuesto silencio a la prensa; pero al romperse las negociaciones, el problema recayó en el dominio público, y la prensa dio claras muestras de alarma. La entrega de Veracruz, acertada desde el punto de vista diplomático, había producido, sin embargo, la impresión penosa de una derrota, y en vísperas de romperse las hostilidades los voluntarios exhortaban al gobierno a que subsanara el daño con todos los medios a su alcance. El mismo comentarista que acababa de analizar la

obsesión política de Napoleón se puso en pie pidiendo a gritos proclamas constantes del Palacio Nacional, artículos constantes en la prensa, manifestaciones de masas en las calles, el toque de alarma hecho a vuelo en todos los vecindarios, y el grito de «¡A las armas, ciudadanos!» repetido cada cuarto de hora para provocar una sublevación general. Agitador civil, llamaba a las autoridades para que salieran de sus salones y se mostrasen al pueblo, arengando, incitando, inspirando a las multitudes, y pedía que el ciudadano Presidente acompañara democráticamente a sus conciudadanos, que tan pocas oportunidades tenían de manifestar la devoción que les inspiraba y su confianza en la rectitud de sus intenciones, la perspicacia de sus decisiones y su probada constancia. Soldado y estratego, insistía en que por ningún motivo debía permitirse que el enemigo penetrara más adentro del país, con la esperanza de derrotarlo allá, porque a pesar de los reveses previsibles para los patriotas, al invasor le costaría cada triunfo pérdidas difícilmente sustituibles a tres mil leguas de distancia de su base, en tanto que de la sangre de cada mexicano caído brotarían diez más. Nacido en Europa, pero naturalizado mexicano, sabía que la guerra guerrillera era la única forma de defensa eficaz, y la movilidad, la mejor ventaja del soldado mexicano; y adaptaba sus consejos a las condiciones dadas. A toda costa habría que evitar las batallas campales; el pueblo debía arrasar sus hogares y quemar sus campos en el camino del enemigo, hostilizándolo con emboscadas, cazándolo por montes y valles, cortando sus comunicaciones, reduciéndolo a sus propias provisiones, y contando con el hambre, la fiebre y las lluvias para retardar su avance. Se aproximaban ya los meses malos del año, el vómito negro diezmaba a los franceses en la costa, pronto se volverían intransitables los caminos con las lluvias, y aún no estaban acostumbrados los europeos al terreno escabroso y a las marchas prolongadas que tan fácilmente cubrían los mexicanos, descalzos, hambrientos, mal vestidos, comiendo y hasta dormitando en la marcha, cubriendo sus quince leguas diarias por vericuetos tan primitivos como los soldados que las pisaban, banquetados a la intemperie y siempre listos para luchar en condiciones adversas. Demandas eran éstas de un ciudadano, de un soldado, de un perito, de un cosmopolita y de un patriota. El sistema era muy mexicano y «la soñada conquista de México por los franceses figurará un día en la historia al lado de la desastrosa retirada de Moscú. 1862 será el corolario de 1812». Difícilmente hubiéranse pintado más claramente los apuros de la situación; y el cuadro no estaba recargado.

De acuerdo con tales recomendaciones, el Presidente expidió un decreto que autorizaba a los gobernadores a organizar guerrillas y establecía que ningún mexicano entre los 20 y los 60 años podía excusarse de tomar las armas. Prevenía que en cuanto los franceses declarasen rotas las hostilidades, se declararía en estado de sitio a las poblaciones por ellos ocupadas, y serían castigados como traidores los mexicanos que permanecieran en ellas y confiscados sus bienes, salvo el caso en que justificaran el motivo; pero aseguraba a los franceses pacíficos la protección de las leyes del país y a los invasores la observación escrupulosa de las leyes de la guerra. El general Zaragoza, por su parte, haciéndose eco del Presidente, expidió una proclama para exhortar al patriotismo y despertar el ardor bélico de sus compatriotas, con una voz que vibraba con confianza: «Tengo una fe ciega en nuestro triunfo; en el de los ciudadanos sobre los esclavos; muy pronto se convencerá el usurpador del trono francés que pasó ya la época de las conquistas; vamos a poner la primera piedra del grandioso edificio que librará a la Francia del vasallaje a que la han sujetado las bayonetas de un déspota.» Sin embargo, a pesar de la indignación patriótica provocada por la ocupación de Veracruz, o por ella misma, no le fue fácil reunir una fuerza de 5 mil hombres para recibir el primer embate de los franceses. La necesidad de utilizar esta tropa selecta con economía y de adaptar su táctica a las ventajas naturales del país y a las aptitudes de los naturales, protegiéndolos contra sus propias deficiencias así como contra el enemigo, y de conservar a toda costa su moral, su disciplina y su confianza, dictó su plan de campaña. Obligado por la violación del armisticio a abandonar su primera y más formidable línea de defensa al pie de la sierra, se retiró al monte y ocupó una posición que dominaba el camino a Puebla con el fin de interceptar las fuerzas de Márquez que avanzaba con 2 mil hombres para reunirse con los franceses.

Ocho días pasaron los franceses en Orizaba preparando su marcha. Tenían reunido un convoy adecuado; relajado el embargo del gobierno por el Convenio de La Soledad, el tráfico normal bajaba a la costa y el almirante había aumentado sus existencias con doscientos treinta carros. También gracias al convenio, quedaban eliminados los otros obstáculos: la zona malsana quedaba atrás, las lluvias no habían empezado, y el almirante recibió con una reprimenda por la conclusión del tratado de La Soledad su carta de revocación por el correo que llegó a Orizaba el 25 de abril. Inficionado por el optimismo

febril de Saligny y Almonte, que aseguraban no encontraría más que una resistencia informal a medida que avanzaba, Lorencez también tenía una fe ciega en el triunfo de sus armas, y al día siguiente la comunicó a París. «Tan superiores somos a los mexicanos en raza, en organización, en moralidad y en elevación de sentimiento —informó al ministro de la Guerra— que suplico a Vuestra Excelencia que tenga la bondad de decir al Emperador que, a la cabeza de seis mil soldados, ya soy dueño de México.»

Saliendo de Orizaba el día 27 y avanzando a través de un terreno formidable pero sin defensa, los franceses alcanzaron con un día de marcha las cumbres de Acultzingo, valladar que forma la base de la altiplanicie superior de la Sierra Oriental. De la presencia del enemigo no habían visto más señas que sus exploradores, esfumándose como el humo en el horizonte, y aunque un pueblo ardía al pie de la cuesta, los vecinos apagaban el fuego puesto por los patriotas, y todos los informes concordaban en que Zaragoza se retiraba rumbo a la capital y que el camino quedaba abierto. El desfiladero lo formaba un valle estrecho, encerrado entre murallas macizas y casi perpendiculares; el camino subía en treinta y siete espirales hacia la cima, dominada por un viejo presidio convertido en fortín. A mediodía la vanguardia llegó a la vista del reducto y quedó detenida por un intenso fuego de fusil, y de repente el valle retumbaba con el fuego de las baterías emboscadas arriba. Habiendo colocado su artillería a la retaguardia de la columna, Lorencez optó por forzar el paso con una carga de infantería. Abandonando gustosos sus pesadas mochilas, pues el sol ardía fuertemente y el fardo era bestial, los zuavos avanzaron al paso gimnástico, seguidos por un cuerpo de *chasseurs a pied*, y gateaban las vertientes abruptas a ambos lados del presidio; la primera oleada se esforzó empeñosamente, pero en balde, para alcanzarlo; la segunda tuvo que respaldarse en los recodos de la roca; se echaron refuerzos al monte, pero la posición del enemigo resultó demasiado fuerte; nada pudo la superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad, de elevación de sentimiento, contra la superioridad de la montaña. El terreno escabroso y el fuego del enemigo rompieron las filas de los pioneros, buscando a rodillas un punto de apoyo en los flancos del desfiladero, y sus progresos espasmódicos, señalados por bocanadas de humo blanco en el cielo azul, cascadas de piedras y el relumbrón de pantalones rojos en el matorral, despertaron la ansiedad siempre más aguda de sus camaradas abajo, donde la larga columna invertebrada reaccionaba con

rápidas articulaciones a medida que llegaban más reservas al paso redoblado. Cantaban claro las clarinadas abajo, silbaba la batalla arriba, y durante una hora y media catorce compañías entraron en acción; pero a fuerza de arrojo y tenacidad los asaltantes acabaron por conquistar la posición. A las 5 de la tarde Almonte y Saligny recobraron su aplomo. La batalla se había prolongado por tres horas, la luz tramontaba, los mexicanos se batían en retirada, los franceses habían tenido dos muertos y treintiséis heridos y tenían ya superado el obstáculo más formidable en su camino.

La conquista de las cumbres de Acultzingo confirmó plenamente la confianza de Lorencez en la calidad de sus tropas. La raza inferior se desvaneció en las sombras de la sierra y desapareció de la noche a la mañana. Al día siguiente la columna siguió avanzando sin dar con sus huellas, hasta llegar a otra serranía donde se detuvo la marcha para mantener contacto con el convoy que seguía lentamente con la artillería. La vanguardia pasó la noche en un pueblo abandonado por los indígenas, que dejaron encerrados en sus chozas numerosos cerdos; los soldados irrumpieron y lanzaron un asalto de tal naturaleza, que los oficiales no lograron separar a los hombres de las bestias hasta el día siguiente cuando se verificaron varios casos de disentería. Terminada la depuración, la columna continuó el ascenso y recobró rápidamente su elevación de sentimiento normal. De los movimientos del enemigo no se sabía nada. Cuando por casualidad se alcanzaba a un indígena y se le interrogaba, la respuesta era invariable: «¿Quién sabe, señor?» De su propio paradero sólo tenían los franceses la certeza de que lo peor quedaba atrás. A los cinco días de salir de Orizaba se encontraron en la altiplanicie, a cuatro mil metros del nivel del mar, disfrutando de un clima fresco y marchando sin oposición a través de un inmenso valle regado por el sudor de los volcanes y tapizado con ricas fincas que recompensaron con creces su moralidad superior. El convenio de La Soledad era un recuerdo tan remoto como las huellas del enemigo, cuya línea de retirada siguieron desde un pueblo evacuado hasta otro; y fue solamente al llegar a Amozoc, a catorce kilómetros de Puebla, cuando al fin se estableció contacto. Aquí se supo que Zaragoza se había encerrado en Puebla; que tenía una guarnición de 4 o 5 mil hombres; y que había levantado barricadas blindadas en las calles. Aquella noche —era el 4 de mayo— Lorencez convocó a consejo de guerra y formó un plan de ataque, basado en una abundancia de opiniones profesionales y en su propia discreción.

El camino que venía siguiendo conducía a Puebla por el norte, donde la plaza estaba resguardada por el cerro de Guadalupe, una colina abrupta coronada por un convento fortificado, y por el fortín de Loreto, situado atrás y más abajo en una espuela de la misma eminencia. Almonte y un general mexicano, que dos veces había defendido y tomado Puebla, aconsejaron el ataque por el sur, donde la entrada estaba abierta y sin fortificaciones. Así, eludirían las fortalezas, de difícil acceso y alejadas de ese lugar y que no podrían bombardear a quienes desde allí se lanzaran al asalto. Nunca se había tomado Puebla desde el norte. No obstante, Lorencez se inclinaba hacia aquella alternativa. Apoyado por los comandantes del cuerpo de ingenieros, y de la caballería, creía preferible confiar en el arrojo de sus tropas para apoderarse de las fortalezas, más bien que echarlas a ciegas en un dédalo de calles embarricadas. En plena discusión, se anunció la llegada de un ingeniero mexicano que pedía una entrevista. Sentado a la mesa e interrogado detenidamente, éste apoyó la opinión de Lorencez con algunos datos interesantes. «Según él —apuntó un oficial de la Plana Mayor— las proximidades de Guadalupe no presentaban obstáculos capaces de detener el arranque de las tropas francesas, los fosos estaban casi rellenos de tierra, la fortaleza no tenía la solidez suficiente para presentar una resistencia eficaz, y en cuanto al enemigo, no le hizo siquiera el honor de suponer que pudiera ofrecer más que una defensa formal. El general quedó convencido, y volviéndose hacia nosotros, nos despidió con estas palabras: "*¡A demain, messieurs, dans Guadalupe!*"» El día siguiente, al amanecer, la columna salió de Amozoc, y poco después de las 9 la vanguardia columbraba la masa vaga de cúpulas y azoteas que era Puebla de los Ángeles. La llanura estaba desierta y el Jefe del Estado Mayor, después de practicar un breve reconocimiento, informó que el grueso de las fuerzas mexicanas se encontraba concentrado del otro lado de la plaza, y que evidentemente no se esperaba un asalto por el norte. Sin embargo, al avistar el cerro de Guadalupe, Lorencez se resolvió a consultar otra autoridad antes de lanzar el ataque, y mandó un edecán a M. de Saligny, con un recado y un saludo. Al encontrar al ministro, que viajaba con el convoy en la retaguardia, el edecán le recordó que los vecinos de Amozoc huyeron en masa ante la llegada de los franceses y que la actitud del pueblo era poco amistosa, y le preguntó, de parte del comandante en jefe, si tenía noticias de los simpatizantes en Puebla, ya que la respuesta determinaría la decisión del general y la organización del ataque. «Mi querido capitán —contestó el ministro—, decid al general de Lorencez que acabo de recibir esta comunicación

de un indio». Y le entregó un pliego de papel fino, de esos que los corredores indios acostumbraban ocultar en el pelo, las orejas, los dedos del pie o en partes más secretas aún de su anatomía, y que el oficial examinó con cierto disgusto, ignorando de qué parte del cuerpo procedían esos informes. Pero el ministro no era melindroso y el mensaje lo expedía Márquez: hasta donde era descifrable, anunciaba su aproximación. «Podéis añadir —dijo M. de Saligny— que luego que nuestras tropas lleguen a la vista de la ciudad, Márquez aparecerá, cesará toda resistencia convencional, y las barricadas caerán como por ensalmo. Haréis vuestra entrada bajo una lluvia de flores, para confundir a Zaragoza y su gavilla. Sin embargo —agregó acomodándose en su coche—, sería preferible entrar por la puerta oriental más bien que por aquella que tenéis enfrente.» «Eso es imposible —explicó el edecán—. Tendríamos que abandonar el convoy, así como vuestra protección y seguridad. Si el enemigo se enardeciera y fuera a atacar y capturar el convoy durante el movimiento envolvente que proponéis, sería para nosotros un verdadero desastre. Las condiciones mismas de nuestra marcha nos obligan a permanecer cerca de nuestros recursos, así fuera con el peligro de no escoger el punto de asalto que tal vez no resultaría absolutamente favorable.» «Muy bien, pero veréis que no hay complicaciones que temer —contestó M. de Saligny—; que el general de Lorencez se dirija sobre la ciudad como mejor le parezca; pero en mi concepto el no aprovecharse de las buenas disposiciones que se me anuncian sería una falta gravísima y me veré obligado a dar cuenta de ella».

El ministro no era una autoridad militar y Lorencez se arrepintió de haberle pedido consejo. Mientras esperaba la respuesta, el convento abrió el fuego y la metralla comenzó a caer sobre sus líneas, donde la tropa esperaba con impaciencia la orden de lanzar el asalto. Ya era tarde para reorganizar su plan y entre el ministro y los mexicanos el general optó por el mal menor. A las 11 y cuarto de la mañana se inició la acción. Dos columnas de infantería se desplegaron a la derecha y a la izquierda del cerro de Guadalupe, en espera de la orden de avanzar, mientras diez baterías de artillería, colocadas en el centro, rompieron el fuego como a 2 mil metros del blanco. Tres cuartos de hora la cortina de fuego francesa siguió sin interrupción, sin alcanzar las murallas macizas que coronaban el cerro. Para acortar el tiro, se cambió la posición de las baterías rayadas, acercándolas poco a poco al blanco, pero a medida que se reducía la distancia, menos eficaz resultaba la puntería; el

terreno era muy accidentado, desde abajo la puntería era accidental, y los artilleros erraron el tiro profusamente. Entretanto se observaba mucho movimiento dentro de la plaza. La tropa mexicana concentrada en el lado opuesto de la ciudad venía taloneando detrás del cerro y formaba batalla en una línea desplegada entre las fortalezas, calzada en ambas extremidades con caballería que amenazaba las columnas inmovilizadas al pie de la cuesta por el duelo de artillería. Al cabo de una hora y media, los franceses habían gastado ya la mitad de sus municiones y Lorencez se resolvió a dispersar los preliminares y lanzar el ataque.

La primera columna, compuesta de infantería de marina y protegida por los zuavos en línea de tiradores, emprendió la subida del cerro bajo el fuego de la fortaleza, que por lo accidentado del terreno le hizo poco daño; pero al aproximarse a la cima le salió al encuentro un batallón de indios de la sierra de Puebla, guerreros famosos por su ferocidad, que trabaron combate y lograron detener brevemente a los asaltantes, obligándolos a variar hacia la derecha, donde, continuando su marcha ascendente para encumbrar entre los dos cerros, cayeron en una trampa. Llegados ya a unos 25 metros del relieve principal, se encontraron entre dos fuegos cruzados del convento y de Loreto que tiraban con efecto desconcertante, siendo los disparos horizontales y los de Loreto a muy corto tiro de metralla; al mismo tiempo la guarnición de Guadalupe, que esperaba pecho en tierra, se levantó y se lanzó sobre el enemigo, y los indios bravos de Zacapoaxtla que se habían retirado, conforme a sus órdenes, para crear la ilusión de que la línea quedaba abierta, irrumpieron otra vez, entrando en un cuerpo a cuerpo encarnizado con los franceses que, sorprendidos por la combinación y la furia del asalto, se replegaron en confusión hasta sus posiciones al pie de la cuesta, hostilizados por la caballería que había quedado oculta hasta entonces.

Reorganizándose rápidamente, los asaltantes volvieron a la carga, y el segundo ataque fue mucho más vigoroso que el primero, pero igualmente ineficaz. Lo que podía realizarse con puro arrojo se realizó, con los mismos resultados. Dos columnas se aferraron a las faldas del cerro, esforzándose por dividir la atención del enemigo y subiendo para sólo caer segados en pleno ascenso, o para cejar ante la doble andanada de fuego disparada desde una posición inexpugnable. Un batallón de zuevos volvió a oblicuar hacia la derecha, rebasando el convento y tratando de tomar la posición por atrás, y al pasar frente al contrafuerte abajo, las baterías de Loreto lo empujaron hacia la

corcova entre los dos cerros, donde los refuerzos mexicanos, concentrados entre la ciudad y las fortalezas, los recibieron con un tiroteo giratorio que acabó por dispersarlo una vez más en desorden. El rechazo exasperó el ardor de la batalla y, reforzado por los mejores efectivos en reserva, se lanzó el tercer asalto, encabezado por los aguerridos *Cazadores de Vincennes*, pero sin ganar más terreno que los zuavos; algunos alcanzaron la cima y cayeron en los fosos, cuya profundidad excedían sus cálculos y se llenó de cadáveres; algunos más escalaron las murallas y entrevieron al enemigo antes de ganar el cielo; pero sólo el cometa, tarareando interminablemente, tenía una vida sobrenatural y siguió insuflándola en los vivos, los muertos, los heridos, los dispersos. Entretanto, y cuando el combate del cerro estaba más empeñado, tuvo lugar otro no menos reñido en la llanura entre las reservas francesas que esperaban su turno al pie de la cuesta y la caballería mexicana. Cercados por la carga enemiga, los franceses formaron un cuadro teniendo a raya el ataque hasta la llegada de refuerzos, y ganando la recomendación entusiasta del comandante en jefe, quien, con su atención dividida, apenas sabía adonde dirigirla, o si más merecían su admiración «los que marchaban bajo el fuego de Guadalupe, o los cazadores que, impertérritos ante el número de los enemigos que les rodeaban, se rehicieron con la máxima calma y mataron o dispersaron a los jinetes que se precipitaban sobre ellos». Pero Lorencez prodigaba elogios a soldados condenados al fracaso. La flor del ejército francés luchaba todavía para llegar a la zarpa con Zaragoza y su gavilla, y en el cielo coronas de humo consagraban su fracaso, cuando el firmamento se encapotó y de repente estalló el aguacero vespertino. Durante los últimos cinco días la aproximación de la estación de lluvias venía anunciándose con temporales de tremenda intensidad, acumulándose en los umbrales de la noche, pero de poca duración, desvaneciéndose entre los celajes del ocaso con la misma celeridad que el enemigo en las cumbres de Acultzingo; pero aquel desastre se invirtió en la tarde del 5 de mayo. Empantanado el campo de batalla con torrentes de lluvia y granizo, las vertientes del cerro se volvieron tan resbaladizas que los asaltantes ya no lograban mantenerse en pie. Eran las 5 de la tarde; los soldados despernados marchaban desde las cinco de la mañana y combatían desde mediodía, y el comandante convino en que mañana sería otro día. El clarín tocó la retirada.

La retirada, al revés del ataque, se realizó sin precipitación. El fuego se apagó bajo el aguacero, pero las fuerzas beligerantes estuvieron a la vista hasta las 7 de la noche. Hostilizados por los

jinetes mexicanos, los franceses se batieron en retirada con desalentado fervor, pero con disciplina intacta, rehaciéndose al son de la corneta lúgubre, y recogiendo sus mochilas donde las dejaron por la mañana; defendieron el terreno con las bayonetas caladas, hasta que las ambulancias terminaron la evacuación de los heridos bajo el lejano cañonazo crepuscular. Para las 9 de la noche, los supervivientes quedaban reunidos en el campamento. Al pasar lista de presentes, las pérdidas ascendieron a 462 entre muertos, heridos y dispersos, cifra considerable, dado el efectivo de la expedición; y como entre los dispersos se hallaba una compañía de infantería de marina, una partida de reconocimiento salió a buscarla bajo el manto de la noche. Seis soldados recorrieron el campo de batalla rastreando los hoyos sin dar con sus huellas. El capitán mandó al corneta tocar la marcha regimental. El triste tarará retumbó en las sombras sin respuesta, y la búsqueda siguió a ciegas. Batiendo el campo alrededor del cerro, y deteniéndose de vez en cuando para repetir la señal, el campo parecía suyo. Como estaban al alcance de la fortaleza, los soldados hicieron notar al capitán que, si el enemigo fuera a investigar aquellas clarinadas, tenían todas las probabilidades de caer presos, pero el capitán se negó a abandonar la búsqueda y mandó tocar la marcha divisional. A medida que vagaban de uno a otro costado del cerro, la clarinada redundante provocó un alerta en la fortaleza, donde se suponía que los franceses preparaban un ataque nocturno; pero ninguno de los dos bandos estaba dispuesto a disputar el resultado del día, y el solo metálico siguió sonando sobre el fango durante dos horas y sin peligro. A las 11 de la noche los exploradores regresaron al campamento, donde sus llamadas habían despertado más alarma que en el convento, y allí encontraron la compañía extraviada.

Al día que terminó con un fracaso siguió una mañana de tregua. Al salir el sol, una paz profunda reinaba en la llanura, y el único movimiento observado en las afueras del convento era la actividad de un pelotón que traspalaba a los muertos debajo de la tierra. La mañana dedicada a una tregua no tardó en transformarse en una tarde de derrota. La noche del 5, Lorencez pensaba reanudar el ataque al día siguiente, pero después de consultar su almohada, su mayor preocupación era la moral de su ejército tras una batalla que resultó una borrachera militar. Se querelló con sus consejeros achacando el desastre a Almonte y Saligny; pero el comandante que se veía reducido a tales recursos estaba derrotado de antemano. Dos días pasó Lorencez a la vista de Puebla, con la esperanza de que el enemigo saliera

de sus reductos y le proporcionara la oportunidad de arrebatarle el triunfo en una batalla campal, pero al verse defraudado de la revancha, y «no recibiendo del ejército del general Márquez más que noticias evasivas y aun contradictorias sobre su proximidad y sus intenciones de reunirse conmigo —informó en su parte—, comencé a hacer desfilar mi inmenso convoy hacia Amozoc». La retirada se inició el día 8; en Amozoc el comandante se detuvo dos días, a petición de Almonte y Saligny, esperando la llegada de Márquez; el día 11 reanudó la marcha retrógrada, pasando las cumbres de Acultzingo sin encontrar más oposición que una barricada de árboles rodados desde las alturas de la montaña por un enemigo invisible; y en la última etapa del descenso, se tuvo que desprender una compañía para socorrer a las fuerzas de Márquez caídas en una emboscada: acción de la cual los franceses sacaron seiscientos prisioneros y la satisfacción de haber salvado a sus aliados de la desbandada en Barranca Seca.

De regreso a Orizaba, el comandante arrojó las cuentas del fiasco. En su primer informe a París pidió más material de sitio y refuerzos de 15 a 20 mil hombres. Acabados los días de ciego arrojo, se iniciaban los del cálculo sobrio: Lorencez había llegado a las mismas conclusiones que Prim respecto al número de soldados indispensable para la conquista de México, y se había formado la misma opinión de Saligny y Almonte: éstas fueron sus únicas ganancias. Ni el uno ni el otro salieron ilesos en su informe al ministro de la Guerra. «Tal era mi situación frente a Puebla, señor mariscal, la ciudad más hostil a Juárez, según la opinión de las personas a las cuales debía dar fe, y que *me aseguraron formalmente*, conforme a las noticias que tuvieron la oportunidad de recoger, que se me recibiría allá con efusiones de júbilo y que mis soldados entrarían cubiertos de flores.» Y el mariscal Randon no era su único confidente; en una orden del día, dirigida al ejército, el comandante colgó también la corona fúnebre sobre su colega. «¡Soldados y marineros! Vuestra marcha sobre México ha sido detenida por obstáculos materiales que estabais muy lejos, sin duda, de esperar. Cien veces se os aseguraba que la ciudad de Puebla os llamaba de corazón y que la población pisaría vuestros talones para cubriros de flores. Fue con la confianza inspirada por estas seguridades engañosas como nos presentamos ante Puebla…» Echando la culpa al servicio de inteligencia, el comandante rindió tributo a los combatientes. «¡Soldados y marineros! Habéis dado prueba, en el 5 de mayo, de valor heroico.» Ellos cuando menos, se habían cubierto de gloria, y él no tenía nada

con qué encubrirse sino Saligny. La tirantez de sus relaciones llegó casi a la ruptura. El ministro era también un cuentista y tenía otra versión que referir a París, y cuando se abocó en la botella y salió a la calle en una peligrosa etapa de estupefacción, el comandante amenazó con arrestarlo por su conducta indigna de un representante de Francia. El escándalo se divulgó, dando una satisfacción tardía, pero intensa, al ejército, y mortificando al Estado Mayor que trataba de disimular estas disensiones indecentes; pero en vano. El viento se las llevó hasta Puebla, y el enemigo las aprovechó para infligir una humillación más a los franceses.

La revancha que el comandante aguardó ante Puebla le sorprendió en Orizaba. Por orden de Juárez, los heridos y prisioneros franceses fueron puestos en libertad y autorizados a reintegrarse a sus filas, llevando no sólo las condecoraciones que les fueron arrebatadas en el calor del combate, en atención a su valor, sino y por mayor desgracia la recomendación del ministro de la Guerra mexicano: «Como testimonio de consideración al valor del Ejército de Oriente y de la generosa Nación Mexicana, considerándose que los desgraciados las hubieron merecido por hechos distinguidos, cuya memoria es superior a la misma muerte, no les desmerecen en ninguna manera, porque sumisos y debidamente subordinados, han venido a nuestro suelo a traemos una guerra inicua y loca, de cuyo origen y consecuencias serán responsables los que la promovieron». La hidalguía mexicana alcanzó a Lorencez en mala hora. Perdida la superioridad de raza, de organización, de disciplina y de moralidad en la batalla, el enemigo implacable le arrebató también la elevación de sentimientos que faltaba para completar su derrota, y que fue otra de las sorpresas crueles de la guerra.

La repulsa ante Puebla sorprendió tanto a los mexicanos como a los franceses. Derrotado en Acultzingo, Zaragoza llegó a Puebla el 3 de mayo, seguido por el enemigo a un día de marcha, y tuvo apenas veinticuatro horas para improvisar la defensa. La noche del 4, al reunir a sus generales y recordar con amargura la desbandada en las cumbres, cifraba sus esperanzas, no en un triunfo, sino en una acción retardataria que detuviera por algunos días la marcha del enemigo. El general Negrete, encargado de la defensa de las fortalezas, salió de la conferencia poco confiado. Sin más reservas que su fe, Zaragoza la ahorraba y, avaro de palabras, sabía cuándo le tocaba callarse. «General, haga lo que pueda», le dijo como única orden. Como buen soldado, Negrete tampoco prometió más de lo que sabía

cumplir; militar de carrera, ya había hecho lo posible para fortificar la posición presurosamente, y mirando de diestro a siniestro al comandante en jefe, que lo acechaba detrás de sus gafas, se retiró compenetrado de la voz de aquel búho. Apenas cerrada la puerta, un soplón le previno que «lo han puesto a usted en los cerros, para que usted cargue con la responsabilidad de la derrota que nos van a dar mañana». A cada paso se multiplicaban los síntomas del mismo espíritu. Donde hay búhos, hay zozobra, y sus compañeros le cogieron al paso, como aves nocturnas con sus pares, inquietos y gregarios, pisando sus talones para compartir sus presentimientos; preguntando uno hasta dónde les llevaría la desbandada mañana, protestando otro que no era soldado, dudando uno de sí mismo, otro de los demás, y todos del desenlace del día en las sombras de la noche; y en rigor de verdad, a los derrotistas no les faltaban motivos de desconfianza. Puebla era, como aseguraba Lorencez, la ciudad más hostil a Juárez; los informes de los franceses no mentían, y los patriotas tuvieron que sostener una doble línea de defensa: una contra el enemigo emboscado dentro de la plaza y otra contra el invasor afuera. Las fortalezas constituían las fronteras de México el día 5 de mayo de 1862.

Después de la batalla, Negrete redactó un informe que contrastaba con los partes entusiastas de sus compañeros y denigraba tan singularmente su conducta, que el ministro de la Guerra se negó a admitirlo. Negrete contestó cínicamente diciendo que «en el cuartel general hagan el parte y él lo firmaría y le mandaría uno en que para nada aparezcan los hechos de la acción». Su propia conducta era irreprochable, y toda crítica quedó acallada por el crédito que cada uno de los comandantes ganó en el curso de la acción: Negrete por su indomable defensa de las fortalezas; Berriozábal (el comandante que no se creía soldado) por el apoyo inquebrantable que le prestó entre la plaza y Guadalupe; Porfirio Díaz, por las cargas de caballería que desorganizaron los movimientos del enemigo; Mejía, Álvarez, Alatorre, Lamadrid, por la denodada defensa de sus sectores en la extensa línea de batalla; y sobre todo Zaragoza, por la pericia con que logró desbaratar el ataque que le cogió por sorpresa, ya que lo esperaba por el lado opuesto de la plaza, y su rápida reorganización de la defensa. Tan inesperado fue el triunfo, que algunos lo aclamaron hiperbólicamente. «Las águilas francesas han atravesado los mares para dejar caer al pie de la bandera mexicana los laureles de Sebastopol, Magenta y Solferino —declaró Berriozábal en una orden del día, felicitando a sus soldados—. Habéis

combatido a los primeros soldados del mundo, y sois los primeros en vencerlos.» Zaragoza era más sobrio. Su parte salió entre águila y búho, algo más que taciturno, algo menos que lacónico, en un tono afinado a la verdad seca. «El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque… Por demás me parece recomendar a usted el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar patentiza su brío, y por sí solo los recomienda… Las armas nacionales, C. ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al Primer Magistrado de la República, por el digno conducto de usted en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.» Los franceses pretendieron recibir tanta sorpresa como orgullo en este tributo; pero eso era de esperarse. Lo que en realidad sorprendió a Zaragoza era la torpeza de Lorencez; y no pudo aprovecharla plenamente.

Durante la batalla tuvo que quedarse a la defensiva y a economizar sus efectivos. En plena persecución de una columna enemiga, Porfirio Díaz recibió la orden de hacer alto —«yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban tenían más fuerza numérica que la mía —explicó el comandante en jefe— y me limité a conservar una posición amenazante». Tascando el freno, terminó su informe al ministro de la Guerra diciendo: «Indicaré a usted por último que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional tuve la necesidad de mandar a las brigadas O'Horan y Carbajal a batir a los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa y al pequeño Ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.» Numéricamente, sus efectivos excedieron apenas a los franceses (4 852 contra 4 474) y después de la derrota en las cumbres de Acultzingo no se arriesgó a comprometer el triunfo con el contrataque que Lorencez pasó dos días esperando frente a Puebla; pero lejos de contentarse con los laureles de un triunfo defensivo, tardó sólo el tiempo indispensable para conseguir recursos y refuerzos antes de emprender la ofensiva. «En cuanto al dinero nada se puede hacer aquí porque esta gente es mala en lo general y sobre todo muy indolente y egoísta —informó al día siguiente de la retirada del ejército francés—. Qué bueno sería quemar a Puebla. Está de luto por el acontecimiento del día 5. Esto es triste decirlo, pero es una realidad lamentable.» Al

recibir los primeros días de junio 30 mil pesos, bastante para cubrir sus gastos por diez días, y refuerzos de 6 mil hombres bajo el mando de González Ortega, salió de Puebla con 14 mil hombres y bajó por las cumbres para atacar a Orizaba y empujar al enemigo hacia el mar, donde las guerrillas y el vómito negro diezmaban la reducida guarnición dejada en Veracruz.

El 12 de junio. De Lorencez recibió una comunicación del enemigo, el cual callaba su querella con Saligny. «Tengo datos para creer —le decía Zaragoza— que usted, los jefes y oficiales de la división a su mando han remitido una protesta al Emperador contra la conducta del ministro Saligny, por haberlos arrastrado con engaño a una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido el mejor amigo del pueblo francés.» La nota, dictada en un pueblo distante apenas doce kilómetros de Orizaba, le proponía una capitulación honorable, basada en la evacuación del territorio nacional dentro de un plazo por determinar; y Lorencez contestó con una nota aún más lacónica, y más elocuente, rechazando la proposición, pero confirmando tácitamente su tenor. «No estando el comandante en jefe de las fuerzas francesas en México revestido de poderes políticos, que su gobierno ha conferido a M. de Saligny, es imposible entrar en la vía de negociaciones propuesta por el general Zaragoza. Nadie más que el ministro de Francia está autorizado a recibir comunicaciones de tal carácter.» Ésta era la pura verdad y el estilo astringente de Lorencez la delataba desde media legua. González Ortega comunicó una proposición semejante a De Saligny, quien, naturalmente, ni siquiera le acusó recibo. La dignidad de Francia exigía su silencio. Lorencez, por su parte, contestó con el único fin de ganar tiempo; si se dignó responder al avance diplomático del enemigo, fue sólo por encontrarse en una ciudad abierta, embotellada con 1 400 soldados y el ministro de Francia. Sin embargo, la nota surtió efecto, pues cerró la brecha entre el ministro y el comandante frente al enemigo. Recurriendo al sistema militar de Zaragoza en Puebla, Lorencez se puso apresuradamente en estado de defensa, construyó barricadas, cavó trincheras, y reconcentró los cuerpos desprendidos para cazar a las guerrillas y proteger sus comunicaciones con Veracruz. La llegada, la noche del 13, de 300 de tropa fresca, recién desembarcada, le aportaba un refuerzo apreciable, ya que esa misma noche empezó el cerco de Orizaba.

La situación era crítica. En su prisa Lorencez no había pensado en ocupar el cerro del Borrego, una montaña que

dominaba la plaza. La posición era aparentemente inaccesible: un cerro enriscado de 350 metros de altura, que se elevaba casi verticalmente del lecho del valle y se hallaba cubierto de bosques impenetrables; pero a las 10 de la noche un indio informó que el enemigo subía al Borrego con artillería. A la medianoche un capitán con 75 hombres salió para apoderarse de la posición. Las tinieblas disimulaban la dificultad de la empresa tanto para los franceses como para el enemigo. Después de trepar, palmo a palmo, por espacio de hora y media, los franceses se detuvieron en una saliente para recobrar aliento, entre el abismo y el peñasco arriba. A ras con el nivel impalpable de la noche, dominaban un horizonte que no tenía más límites que sus oídos; la densidad del matorral y de las sombras les impedía ver más que algunos contados pasos por delante, y ahí permanecieron pegados a la pendiente hasta que les sobrecogió un ruido arriba. Suponiendo que algunos vecinos de Orizaba se habían refugiado en el monte, ya que la presencia del enemigo en tal despeñadero parecía tan improbable como la suya propia, el capitán mandó investigar, pero los exploradores tropezaron con un tiroteo, y el ataque principió perpendicularmente. Al alcanzar a los delanteros, se encontró en medio de una vegetación tupida y oscura de formas humanas peleando para apoderarse de un cañón. Sus tres exploradores, heridos y jadeantes, abrazaban la boca del cañón con la tenacidad del vértigo, aplanándose desesperadamente sobre la primera masa sólida que tenían agarrada contra el pecho. Salvando el obstáculo, el capitán se puso a escalar la subida a tientas, seguido por su gente y guiado por la retirada invisible del enemigo, que disputaba el terreno con igual tenacidad y también a ciegas; y al cabo de una hora llegó a la base de la cumbre. Aquí hizo alto, espaldándose con la cuadrilla contra el fuego cada vez más intenso, por temor de revelar su reducido número, y con la esperanza de que se habría oído en Orizaba el tiroteo con que se abría paso en los surcos del cerro. Ya era imposible seguir o cejar; de un modo u otro le tocaba la hora cero; y durante una hora más aguantó la lluvia de plomo que lo buscaba en el matorral. A las 3 y media lo alcanzó una cuadrilla de refuerzos, que venía siguiendo el estruendo de señas mortales en los flancos de la montaña y que redobló sus efectivos; y redoblando sus esfuerzos antes de despuntar el día, el capitán se engarabitó hasta la cumbre, lanzó el ataque, puso en fuga al enemigo con una carga a la bayoneta y cayó herido de gravedad, pero dueño de la montaña.

Al día siguiente, Orizaba se despertó ante un espectáculo

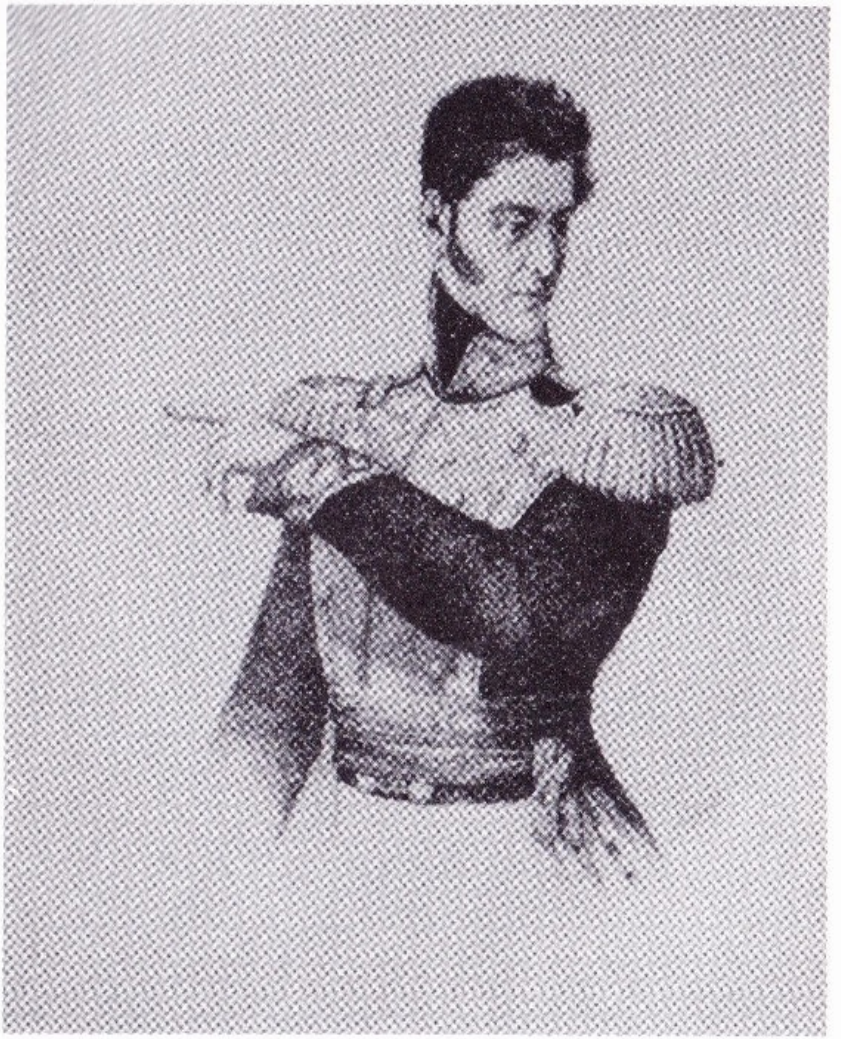
tétrico. «A medida que se difundían sobre las pendientes del cerro los albores del día —escribió un oficial francés que recorrió la pista nocturna— se revelaba una escena horrible. Al oeste, como a cien metros debajo de la primera mesa, en una plataforma rocosa sobrecargada por el *plateau*, vimos un montón de cadáveres destrozados en su caída; más allá, miembros exánimes colgados en las excrecencias de la roca y caras que conservaban aún en la muerte una expresión de terror profundo; aquí, un miserable herido esforzándose en vano para sustraerse al peso de dos cadáveres que lo ahogaban; allá, un soldado cogido al caer por una rama que lo tenía colgado sobre el precipicio, y mirándonos con ojos suplicantes y miedosos» —y todos mexicanos. Más asombrosa aún resultó aquella hazaña nocturna al tomarse el saldo de la empresa: 150 franceses habían arrebatado la montaña de las manos de 2 mil mexicanos, con una proporción de pérdidas que ya se había vuelto normal en tales encuentros. Las tropas selectas de González Ortega, encargadas de la defensa del Borrego, abandonaron la posición, dejando en manos del enemigo, sin contar los caídos en el abismo, 200 muertos y heridos, 200 presos, una bandera regimental y tres piezas de artillería, en tanto que los asaltantes conquistaron la posición al costo de 2 muertos y 28 heridos. La temeridad de la empresa, visible a la luz del día, dejó asombrados a los mismos franceses. «Si se hubiese tenido noticias exactas de las fuerzas que ocupaban el cerro del Borrego, nunca se habría intentado desalojar al enemigo con tan poca gente —afirmó otro oficial francés—. El buen éxito, debido al vigor verdaderamente excepcional del capitán Détrie, sólo fue posible gracias a la oscuridad de la noche que no permitía al enemigo ver con cuán poca tropa se enfrentaba y ocultaba, por otra parte, a los asaltantes las dificultades y los peligros de la empresa. Si los mexicanos hubiesen logrado conservar aquella posición, que el general De Lorencez no creyó necesario comprender en su línea de defensa, es dudoso que el ejército hubiera podido mantenerse en Orizaba.»

El capitán Détrie fue citado, condecorado y ascendido, y el comandante en jefe rindió tributo a tan espectacular proeza en su informe a París. «Desgraciadamente, señor mariscal, no se puede describir el combate en el Borrego; pero cuando uno ha visto las posiciones y se ha formado una idea de las dificultades vencidas en la oscuridad de la noche, haciendo la ascensión por sí mismo, no puede menos de proclamar el heroísmo de este puñado de valientes.» El valor del servicio se apreciaba mejor a medida que avanzaba el día. Lejos de ser una mera función de

armas azarosa, la conquista del Borrego influyó decisivamente en la batalla de Orizaba. Al ver los cañones del cerro apuntando sobre sus propias líneas y la reacción funesta en sus filas de la pérdida de esa posición, Zaragoza abandonó el ataque, después de bombardear la ciudad durante doce horas, y se retiró a Puebla, dejando el campo libre a los soplones, que aseguraban que sólo gracias al repliegue se evitó la desbandada de sus fuerzas.

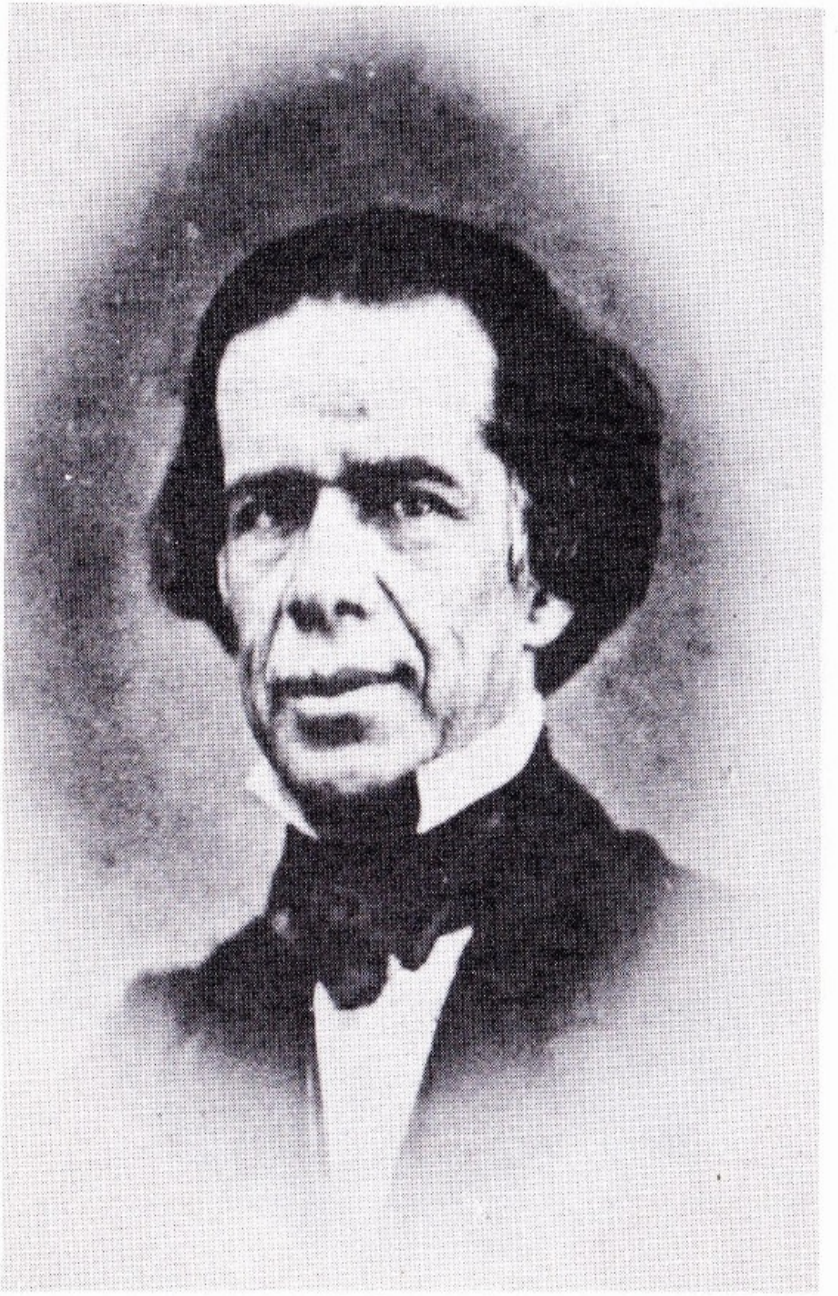
Al día siguiente salió una proclama en Orizaba. «¡Mexicanos! Dos grandes acontecimientos han tenido lugar el día de ayer en las cercanías de esta ciudad. El ejército de Juárez, mandado por los jefes más célebres por sus crímenes contra la sociedad, se ha presentado con la amenaza en la boca, y ha tenido la insolencia de enviar una intimación arrogante al valiente y caballeroso comandante en jefe de las fuerzas francesas. La más completa derrota, que han hecho sufrir 150 valientes soldados del 99 de Línea a las órdenes del intrépido y honorable capitán Détrie, a cuatro mil hombres de la famosa división de Zacatecas, ha sido la respuesta que el ejército del Emperador de los franceses ha dado a esas hordas de vándalos que le creían intimidado. Aprovechando la oscuridad de la noche, Zaragoza ha levantado furtivamente su campo, que se había atrevido a situar frente al nuestro, con el aspecto de hostilidad más arrogante; y hoy se retira en desorden y precipitadamente, perseguido de cerca por la caballería nacional, y va a pasar, por la cuarta vez, con tanta vergüenza como en las anteriores, las cumbres de Acultzingo... ¡Mexicanos! La misma suerte que ha sufrido la pretendida ilustre y heroica división de Zaragoza, y que habían experimentado antes en Acultzingo y Barranca Seca las hordas de Zaragoza y Doblado, les espera siempre que se atrevan a hacer frente al invencible ejército francés y al entusiasta ejército nacional; pues éstos defienden la causa de la independencia y de la nacionalidad mexicana, y las otras la barbarie y el pillaje. Poned, pues, toda vuestra confianza en el ejército franco-mexicano y en nuestro compatriota...». La firma era de Almonte. No todos los buitres se hallaban en el cerro del Borrego, y la hazaña del capitán Détrie no merecía el huchear del general Almonte. Pero el hijo de Morelos se encontraba otra vez en una montaña. Los franceses no emprendieron la persecución del enemigo. Satisfechos con la percha conquistada por sus águilas en el Borrego, y la tregua que los aseguraba la retirada de Zaragoza, se inmovilizaron en Orizaba en espera de los refuerzos necesarios para volver al asalto de Puebla.

Valentín Gómez Farías.



Antonio López de Santa Anna.

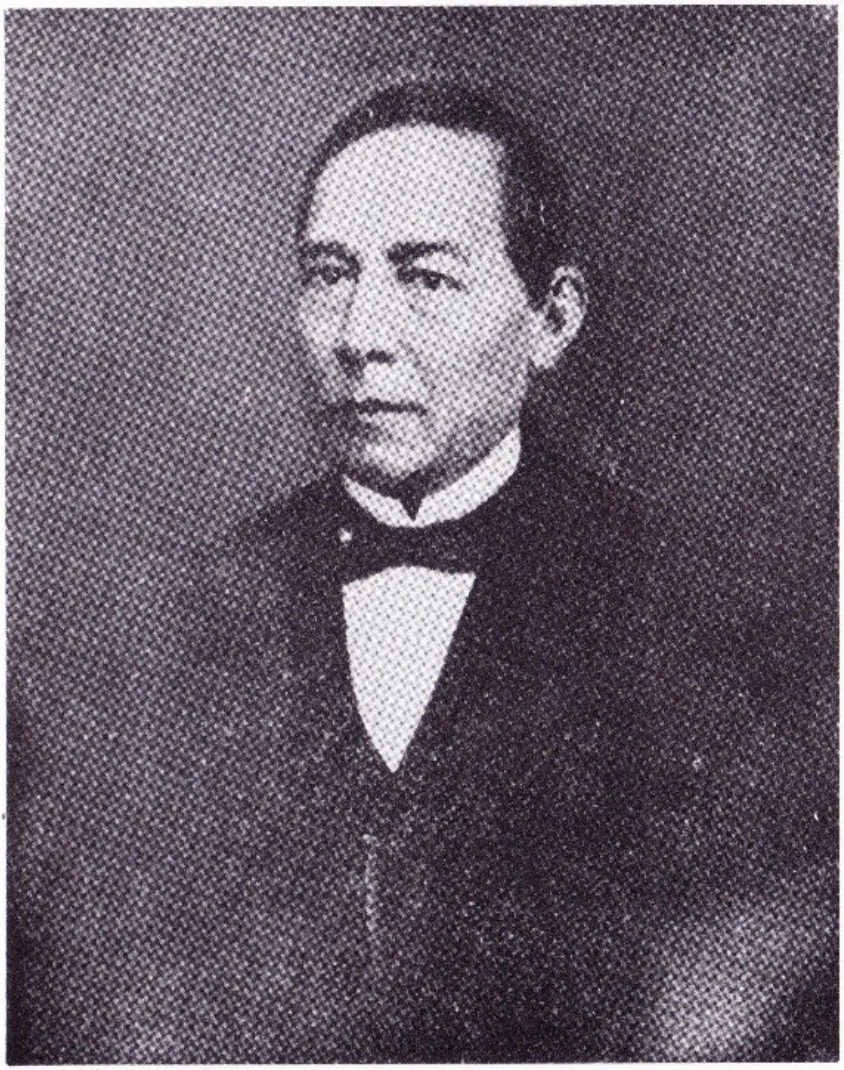
Juan Álvarez.



Melchor Ocampo.

Ignacio Comonfort.

Margarita Maza de Juárez.



Benito Juárez. Óleo de Pelegrín Clavé.

Juan Prim.

8

Políticamente, la repulsa del ataque a Puebla era un triunfo funesto para México. Volando con la celeridad proverbial de las malas noticias, los primeros informes llegaron a París a mediados de junio y provocaron una reacción que inflamaba el sentimiento público a expensas de la opinión pública. Automáticamente, el patriotismo exigía la redención del honor nacional, y donde el honor era sinónimo de la vanidad, la manera de redimirlo no dejaba lugar a dudas. Refuerzos, fondos, confianza en el Trono, todo lo votó el Cuerpo Legislativo, a pesar de las protestas de la oposición y de la resistencia reñida de Jules Favre, y la sesión terminó con aclamaciones a la bandera y ovaciones para el Emperador. Las pocas censuras que hubo —tanto más severas por ser sordas— se destinaron a la Emperatriz, a quien se imputaba la inspiración de la expedición.

El Emperador tomó rápidamente las medidas indicadas para subsanar el desastre, borrando, desde luego, la impresión exagerada que constituía el único desastre real. Su primera preocupación fue por la moral del ejército, y el 15 de junio escribió una carta a Lorencez en que lo felicitaba por la brillante acción en las cumbres de Acultzingo, simpatizando con «el no éxito del ataque a Puebla» y minimizando el contratiempo. «Tales son las vicisitudes de la guerra —le aseguraba—. Reveses ocasionales oscurecen los triunfos brillantes de vez en cuando; pero no hay por qué desanimarse; el honor nacional está comprometido y recibiréis todos los refuerzos que necesitáis. Comunicad a las tropas bajo vuestro mando mi completa satisfacción por su valor y perseverancia en aguantar fatigas y privaciones. Cuanto más alejados se encuentran, más me preocupo por ellos. He aprobado vuestra conducta, aunque parece que no todo el mundo la comprende. Hicisteis bien amparando al general Almonte; estamos en guerra con el actual gobierno de México, y todo el que se refugie bajo nuestra bandera tendrá igual derecho a nuestra protección, pero esto no debe influir de ninguna manera en nuestra política futura. Es contrario a mis principios el imponer un gobierno, cualquiera que sea, al pueblo mexicano. Que opte en absoluta libertad por la forma que prefiera; no pido nada sino la buena fe en las relaciones exteriores, y no deseo más que una cosa, la felicidad y la independencia de ese hermoso país bajo un gobierno regular y estable.»

Quince días más tarde, sin embargo, cuando los detalles de la

derrota se discutían públicamente, el ministro de la Guerra escribió a Lorencez: «Acabo de recibir una orden del Emperador que me obliga a remitiros las siguientes observaciones. El Emperador admira el valor demostrado por las tropas en el ataque a Puebla, pero Su Majestad no cree bien organizado el asalto: la artillería no hubiera debido entrar en acción contra fortificaciones a distancia de dos mil quinientos metros. El Emperador recomienda que mantengáis buenas relaciones con M. de Saligny, siendo su representante en México, así como con el general Almonte y los otros jefes mexicanos que se unen con nosotros. Pronto asumirá el mando supremo el general Forey; entretanto, limitad vuestra actividad a la organización de la defensa y de vuestros recursos».

El general Forey era veterano de la guerra de Crimea y de la campaña de Italia; pero el Emperador creyó necesario, a pesar de su experiencia, darle unas lecciones militares de un carácter elemental, aconsejándole que atacara únicamente en descampado y por sorpresa, y que observara la máxima prudencia siempre que encontrara al enemigo parapetado en plazas fortificadas. Dirigidas a Lorencez, estas indicaciones hubiesen sido apropiadas, sin duda, pero Forey era la prudencia en persona: cauto, competente, metódico, era uno de esos hombres con los que siempre se sabe a qué atenerse, y era incapaz de sorprender a nadie. No obstante, Napoleón no dejaba nada al azar; tomó la campaña en sus manos y se apoderó de Puebla en el mapa, ordenando a Forey que evitara las fortalezas y dirigiera el ataque sobre el otro lado de la plaza. «Un ataque al Carmen siempre ha triunfado en las guerras civiles —le hizo notar— y un asalto contra las barricadas resultará menos mortífero que un sitio puesto a los citados baluartes.» Además, siendo imposible tratar la expedición como un paseo militar después de la experiencia de Lorencez, el Emperador dedicó un día en Fontainebleau —el 3 de julio de 1862— a revisar los cimientos de la empresa en una larga carta al nuevo comandante en jefe, esbozando sus ideas a la fecha y confiándolas a Forey con instrucciones específicas: militares, políticas y diplomáticas.

Sólo una precaución omitió el Emperador: su confianza en M. de Saligny quedó intacta e inquebrantable. «Puesto que M. de Saligny es el único que conoce bien el país —escribió— y que está al tanto de los agravios que deben indemnizarse, es importante, y hasta indispensable, que el comandante en jefe mantenga con él relaciones íntimas, aprovechando su experiencia y sus consejos. Ignoro si el carácter particular de M.

de Saligny deja algo que desear; ignoro cuáles son las intemperancias del lenguaje que pueden reprochársele; pero lo que sí sé, y lo que declaro altamente, es que desde el principio de la expedición a México, sus despachos han venido marcados siempre con el sello de la inteligencia, la firmeza y la dignidad de Francia, y de haberse acatado sus consejos, no duda de que hoy en día nuestra bandera ondearía sobre México. Se dice que ha engañado al gobierno respecto a las condiciones en México; por el contrario, siempre me ha dicho la verdad y me complazco en reconocerlo. Nunca pretendió que el pueblo mexicano tuviera bastante entusiasmo y energía para deshacerse del gobierno que lo oprime; pero siempre sostuvo que, una vez en el interior del país, encontraríamos habitantes bien dispuestos. La prueba de que tiene razón es que, tras el descalabro del 5 de mayo, según me consta por un informe dirigido a su gobierno por el cónsul de Prusia en Puebla, aquella ciudad estaba presa de consternación al día siguiente de nuestro fracaso; que, triste y silenciosa, estaba lejos de compartir el júbilo de las tropas mexicanas. Sé también, por cartas llegadas de Puebla, que se fusilaron a más de diez personas para intimidar a quienes, como ellos, se atrevieron a hacer manifestaciones en nuestro favor. Por veinte cartas llegadas de México que he tenido ante mis ojos (entre ellas, los informes de los ministros de Prusia y de Bélgica) sé que antes del 5 de mayo el gobierno estaba aturdido y que la población nos esperaba con impaciencia como libertadores. Por consiguiente no fueron los informes de M. de Saligny y del general Almonte los que engañaron al general De Lorencez; de haber triunfado en el ataque a Puebla, todo lo que anunciaban se hubiera realizado. No culpo al general De Lorencez por haber fracasado; todo el mundo puede engañarse en la guerra; pero lo que sí le reprocho es que echó la culpa sobre quienes no la merecen. Si él hubiera triunfado en Guadalupe, se habría atribuido todo el mérito, y con razón; de la misma manera, en el caso contrario, debe cargar con toda la responsabilidad. Por querellas de vanidad todo ha sido comprometido desde los primeros pasos en México. No las toleraré más; perjudican demasiado el triunfo de grandes proyectos. La respuesta incalificable del general De Lorencez a la demanda insolente de Zaragoza ha producido un efecto deplorable, lo mismo que la observación por el enemigo de las disensiones entre el Estado Mayor, M. de Saligny y el general Almonte.» Políticamente también, la expedición fue reformada. El resultado más favorable del fiasco ante Puebla era la inflamación del sentimiento nacional en Francia; pero si bien el resentimiento patriótico ardía, la opinión pública era siempre

pasiva. La expedición era impopular. Los informes de los *procureurs* —un cuerpo de funcionarios creados exprofeso para sondear la opinión pública en las provincias y mantener el contacto entre el Emperador y el pueblo— concordaban en registrar esta reserva. El *procureur* de Agen, informando en abril, decía que «la expedición mexicana preocupa a la opinión pública un poco penosamente; se reconoce que es indispensable después de los ultrajes y expoliaciones padecidos por nuestros nacionales, pero se conoce poco cuáles son estos ultrajes y estas expoliaciones, un solo hecho sobresaliente y que impresionaría la sensibilidad nacional directamente, conmovería al país mucho más que esta masa de agravios oscuros y anónimos. La expedición, por lo tanto, se presenta como un riesgo grave, del cual no se espera ni provecho ni gloria; y en cuanto al aspecto romántico de la cuestión, nuestras guerras en China y en otras partes han dado amplia satisfacción a nuestras emociones, y como las finanzas nos preocupan actualmente, estamos menos dispuestos a la seducción de lo extraordinario, que siempre resulta muy costoso». El aura mercantil e imperial con que el *procureur* de Nancy revestía la expedición en su departamento provocaba las mismas reflexiones. «Cualquiera que sea la importancia futura de las ventajas positivas que tenemos aseguradas por el triunfo de nuestras armas en China y Cochinchina, y que promete la expedición mexicana, estos intentos de colonización en regiones fértiles donde la fuerza moral y comercial de Francia puede alcanzar una expansión permanente e ilimitada, conmueve muy poco a nuestros provincianos. No comprenden suficientemente que el desarrollo y la grandeza futura de los pueblos modernos dependen no sólo de su influencia en el Continente, sino también de esas vastas empresas que han convertido a Inglaterra en una potencia tan grande en el mundo.» El consenso de opiniones, sin variación apreciable entre una y otra provincia, reflejaba la misma prudencia, pasando de la indiferencia a la incomprensión y viceversa. El pueblo francés, en suma, era un pueblo casero y poco emprendedor, menos atrasado sin duda que el mexicano, pero igualmente hostil a la intervención en México: ciego a la gloria de la empresa, insensible al provecho, aturdido por el objeto ostensible, y pidiendo sólo que se le dejara en paz. Para perturbar su apatía se necesitaba un hurgonazo, y la repulsa ante Puebla era el primer hecho sobresaliente que impresionaba la sensibilidad nacional directamente. Por lo pronto, todas las objeciones cedieron al grito de revancha; pero la revancha, y no la expedición misma, era lo que apasionaba a la opinión pública en Francia. Había

llegado el momento de aprovechar la conmoción, y al Emperador, como *procureur* en jefe, le tocaba dilucidar los fines ulteriores de la empresa. Dirigir la conquista de México por correspondencia, o siquiera por delegados inteligentes, era imposible sin iniciarlos en su pensamiento, y por consiguiente participó su idea fundamental a Forey y le encomendó la realización de su obra.

«Mucha gente os preguntará por qué gastamos dinero y hombres para colocar a un príncipe austriaco en el trono —dijo al sentar las directivas políticas de la expedición—. En el estado actual de la civilización mundial, la prosperidad de América no puede dejar indiferente a Europa, puesto que América alimenta nuestra industria y da vida a nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y fuerte; pero no tenemos ninguno en que llegue a apoderarse de todo el Golfo de México, dominando las Antillas y la América del Sur, y a venir a ser la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México y por consiguiente de la América Central y del paso entre los dos océanos, no habría más potencia en América que los Estados Unidos. Si, por el contrario, México conquista su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si por las armas de Francia se constituye allá un gobierno estable, habremos construido un dique infranqueable contra las invasiones de los Estados Unidos; habremos conservado la independencia de nuestras colonias en las Antillas y las de la ingrata España; habremos extendido nuestra influencia benéfica en el centro de la América; y esa influencia se difundirá al Norte y al Sur, creando inmensos mercados para nuestro comercio y asegurándonos las materias indispensables para nuestra industria. Por lo que se refiere al príncipe que pudiera subir al trono de México, se verá obligado a obrar siempre en bien de los intereses de Francia, no sólo por reconocimiento, sino, sobre todo, porque los intereses de su nuevo país irán de acuerdo con los nuestros, y él no podrá siquiera sostenerse sin nuestra influencia. Así es como nuestro honor militar, comprometido hoy en día, los imperativos de nuestra política y los intereses de nuestro comercio y de nuestra industria, se combinan todos para imponemos el deber de marchar sobre México, de plantar con intrepidez nuestra bandera allí, y de establecer una monarquía, si tal sistema no resulta incompatible con el sentimiento nacional del país, o un gobierno que diera, por lo menos, alguna promesa de estabilidad.»

La línea diplomática que Forey habría de seguir le fue

trazada pormenorizadamente. Al llegar a México, debía expedir una proclama para expresar las ideas del Emperador; acoger a Almonte y a todo mexicano bien dispuesto; abtenerse de partidarismos; declarar que todo era provisional; manifestar mucho respeto para la religión, pero amparar también a los dueños de los bienes nacionalizados del clero; encomendar a las tropas mexicanas el papel principal en las batallas; mantener una disciplina rigurosa; reprimir vigorosamente manifestaciones lesivas al orgullo del pueblo mexicano, pues era de suma importancia ganarse la buena voluntad del pueblo y secundarlo en el establecimiento de un gobierno de su propia elección. Por último, y con frases preñadas del peso de la confianza depositada en el nuevo comandante, el Emperador le recordaba que «mientras más lejana una expedición, más imperativo es dirigirla con una bien calculada combinación de audacia y de circunspección. Un cañonazo en México vale cien veces más que en Francia. Lo que condeno absolutamente en el reciente *affaire* frente a Puebla es el haber disparado mil cañonazos en una posición, y desde una distancia en que la artillería no podía producir ningún efecto». Le recomendó la construcción de un ferrocarril entre Veracruz y la Sierra —proyecto a punto de discutirse con un empresario americano— y una sola línea de comunicaciones, y para garantizarla, añadió en una posdata: «Debe entenderse que, teniendo el general Forey poderes omnímodos, M. de Saligny no debe comunicarse con el ministro de Negocios Extranjeros, sino de conformidad con el comandante. M. de Saligny debe ocupar la misma posición respecto del general Forey que un ministro, jefe de Legación, respecto de un embajador en un congreso.»

El efecto más penetrante del fiasco frente a Puebla fue el desenvolvimiento de la idea napoleónica. El plan primitivo permanecía intacto, pero el Emperador recombinaba los elementos para dar mayor relieve al concepto dominante, subrayando lo que quedaba latente y relegando al segundo plano lo que enfocaba la atención en la primera versión embrionaria de la intervención. La cuestión monárquica quedaba subordinada al establecimiento de un protectorado francés en cualquier forma viable, y Maximiliano, a las modificaciones de una política más amplia y más flexible, adaptable a todas las eventualidades; la noción irrealizable de un *quid pro quo* político en Europa vino sustituida por la válida idea de una contienda comercial entre Europa y América para repartir los mercados mundiales; y el trueque visionario del Veneto fue descartado en favor de una cruzada económica en el

interés exclusivo de Francia. Los ensueños quiméricos de los monarquistas mexicanos se incorporaban, o se esfumaban, en un concepto coordinado y resolutivo, que prestaba una verdadera razón de ser y una fuerza fundamental a la intervención francesa; toda la trama iba adquiriendo un alcance más amplio, una claridad básica, un diseño sustancial y un perfil universal: la aventura mexicana se transformaba, en suma, en una manivela para mover el mundo. Pero la carta a Forey contenía sólo los gérmenes de la idea genial: la flor fue reservada para los íntimos del Emperador. Su mira ulterior, según uno de sus allegados, era «la reconstrucción de la *Compagnie des Indes*, dejando a México su autonomía, consagrada y fortalecida por un protectorado francés». A los demás desquites que inspiraban las múltiples combinaciones políticas de Napoleón, se sumaba ahora la ambición de compensar la pérdida de las Indias Orientales, cedidas a Inglaterra, con la creación de un imperio colonial en el Occidente, recobrando en el siglo XIX la posición perdida por Francia en el siglo XVIII y cumpliendo su misión histórica al colocar al Segundo Imperio frente al mundo moderno y convertir a Francia en la gran potencia comercial y colonizadora que la Gran Bretaña se había hecho en el lapso de cien años —ambición que concebía como «la obra más grandiosa del siglo».

Y en verdad no era mediocre la empresa de medirse con la supremacía bien establecida de la Gran Bretaña, por una parte, y con la competición cada vez más eficaz de América, por la otra, en una etapa tan atrasada de la lucha por los mercados mundiales. Pero Napoleón se había cuidado bien de desafiar abiertamente a sus rivales, persiguiendo su propósito con esa combinación de audacia y de circunspección que recomendaba a Forey como la condición indispensable de las expediciones lejanas, en los primeros pasos dados para la reconquista de un imperio colonial. Adiestrándose en China y Cochinchina, asociándose con los ingleses en Pekín y con los españoles en Annam, había colaborado siempre con sus competidores y descubierto la fórmula que tan ventajosamente le había servido para lanzar la expedición mexicana. La Convención tripartita era una combinación que lo escudaba contra dos consocios que ya habían perdido sus colonias en el Nuevo Mundo, y que ponía en jaque temporalmente a los norteamericanos, y al romperse la alianza ya se había cubierto la etapa inicial de la empresa. Con la retirada de Inglaterra y de España y la inmovilización de los Estados Unidos, había llegado la hora de ensayar la audacia.

Pero quedaban otros peligros que vencer. Las dificultades

internas eran tan graves como los peligros exteriores. Para solidarizar la nación en apoyo de la empresa, había que vencer la apatía, la prudencia, el conservatismo del pueblo francés. Al Emperador, más previsor que su pueblo, le tocaba convertirse en un empresario ilustrado y vender a los escépticos la salvación que les repugnaba y la aventura que les inquietaba. Tenía que convencer y convertir a los varios sectores de la opinión pública que constituían el Imperio: al campesinado que formaba la piedra angular del régimen y que lo apoyaba, confiado en que el Imperio significaba la paz; a la pequeña burguesía, igualmente conservadora e inmune a la manía de la grandeza; a los industriales, contentos con sus modestas utilidades; a los militaristas, muy susceptibles a la leyenda gloriosa de la epopeya napoleónica, pero únicamente en el Viejo Continente; a los clericales, irritados por la política equívoca del Emperador en Italia, y a los liberales que temían su extensión a México; a los republicanos, a los legitimistas, a los orleanistas y a la oposición parlamentaria, a todo el conglomerado de críticos heterogéneos que formaban el régimen. Era necesario, en suma, consolidar la nación en apoyo de una empresa que representaba la síntesis de todas las antítesis sobre las cuales descansaba el Imperio y la consumación de todas las combinaciones que facilitaban el funcionamiento del gobierno. Pero de tales combinaciones el Emperador era todo un maestro, y el momento era favorable. La ruptura de la triple alianza había irritado la opinión pública contra los aliados infieles, que desertaron en los momentos difíciles: a los ingleses se les culpaba de haber dejado a los franceses en medio de las espinas, y a los españoles por haber abandonado a sus protectores y hecho causa común con sus adversarios; el descalabro ante Puebla, que inflamaba el resentimiento y fusionaba el sentimiento nacional, era una derrota afortunada.

La energía necesaria para promover la empresa fermentaba; pero los recursos indispensables para sostenerla planteaban otro problema. La intervención volvía a la base económica original. Francia quedaba aislada y la capacidad del país de financiar un prolongado esfuerzo de expansión nacional era dudosa. Sobre esta base se había roto la triple alianza, cayéndose por sí misma. Tres potencias, muy desiguales en cuanto a su desarrollo industrial, se habían unido para realizar un propósito común e incompatible; la más adelantada y la más atrasada se habían unido contra la mediana, y el eje se había roto por lo más delgado. La economía francesa, a distancia igual de las dos en desarrollo comercial e industrial, estaba mal aparejada para

sostener un prolongado esfuerzo de expansión nacional y había que buscar al capital para consolidarlo, no en la base, sino en la cima de la estructura económica —en la esfera de *la haute finance*, en la Bolsa de Valores, en el agio, en las fiebres intermitentes de especulación que sostenían el Imperio, con colapsos periódicos. Tanto por sus métodos como por su naturaleza misma, la empresa era una enorme especulación, y para promoverla había que persuadir al público a que contribuyera a la nueva *Campagnie des Indes*, con la promesa de obtener riquezas futuras, fabulosas e inestimables, al alcance de la mano en México. Este ramo de la campaña el Emperador lo encomendó a propagandistas profesionales y a especialistas literarios y científicos, encargados de explorar las varias fases —culturales, políticas y económicas— de la empresa. Disertaciones doctas sobre los recursos naturales de México y las oportunidades de colonización e inversión comenzaron a pimpollecer en la prensa, y teorías aromáticas sobre el papel de la nación francesa como protectora de las razas latinas y católicas, e interpretaciones inspiradas de la expedición que pintaban los rendimientos materiales y morales en términos siempre más encendidos, más exuberantes, más americanos. Un ingeniero francés, consultado sobre el rendimiento posible de las minas mexicanas, quedó asombrado por la ignorancia del Emperador en una materia que tanto le interesaba. De la demografía del país estaba tan mal informado que creía que Puebla, una ciudad de 80 mil habitantes, era *une bourgade sans importance*; de la mentalidad de los mexicanos no tenía ni siquiera una idea aproximada. Al darse cuenta de que Napoleón obraba a ciegas, o a base de «datos deplorablemente vagos o totalmente erróneos sobre un país que tanto tiempo hacía que le interesaba», el ingeniero trató de ponerlo en guardia contra las ilusiones peligrosas; pero en vano. Saber poco resultaba más peligroso que la ignorancia ciega; Napoleón estaba infatuado y a la defensiva, y la única satisfacción que el perito sacó de la entrevista era la seguridad que recibió en el Quai d'Orsay de que se había abandonado la candidatura del archiduque Maximiliano.

Las dimensiones que la idea iba asumiendo en el espíritu de Napoleón eran tales, que más que nunca era esencial que contara con información exacta de sus agentes en México. «Parece que nuestra impopularidad no ha hecho más que aumentar después del fracaso delante de Puebla —informaba Lorencez—. Más que nunca debemos convencemos de que no tenemos aquí nadie en nuestro favor. El partido moderado no

existe; el partido reaccionario está reducido a la nada, y es odioso. Los liberales se han repartido los bienes del clero y esos bienes constituyen la mayor parte de México. Fácil es deducir de tal dato el gran número de personas interesadas en que el partido clerical no se levante. Nadie quiere aquí la monarquía, ni siquiera los reaccionarios. Todos los mexicanos están infatuados con las ideas liberales en su sentido más estrecho, y aceptarán como preferible a la monarquía el destino de ser absorbidos por los americanos.» «El Emperador ha sido engañado ignominiosamente por su ministro, M. de Saligny, o por otros, respecto a la situación del país —escribía un oficial del Estado Mayor—. Estamos sosteniendo una causa que no tiene y no puede tener partidarios; tenemos con nosotros gente como Almonte, Miranda y otros, que horrorizan al país y nos hacen odiosos ante nuestros propios compatriotas. Si fuéramos cincuenta mil, entraríamos en todas partes, entraríamos a la ciudad de México, pero no tendríamos un solo partidario.» «Tengo siempre el pesar de no hallar en México un solo partidario de la monarquía —reiteraba Lorencez—; quisiera engañarme, y creo posible el éxito con varios años de ocupación francesa; pero hubiera sido preciso evitar el anuncio previo y tener un Almonte que, desde el fondo de nuestro equipaje, se declarase jefe supremo de la nación mexicana. Sin esta torpeza grotesca ¿habríamos conseguido el objeto? Lo ignoro; pero estoy seguro de que nada será posible en México con Almonte y M. de Saligny.» Pero ¿qué valía un ejército contra un adivinador? De los peligros de la expedición no era el menor la parcialidad del Emperador para M. de Saligny; y era inevitable. La confianza colosal del ministro cuyos informes y promesas, los primeros rotundamente desmentidos por la experiencia y las últimas refutadas por la realidad, halagaban y facilitaban la idea fija de Napoleón, estaba bien fundada. A fuerza de nutrir su infatuación, Saligny se había hecho indispensable al hombre cuya obsesión le obligaba a creer lo que la confirmaba; y el crédito del ministro permanecía intocable. El cuentista cuya intuición adivinó y cuyo celo aseguró la expedición se apoyaba en la fuerza humana más potente: se identificó con un ensueño. Criándolo asiduamente, penetró hasta los tuétanos del Emperador; y con la boca en el morral, siguió chupando su sangre.

La fuerza expedicionaria salió de París a fines de julio. A punto de subir en el tren para Cherbourg, el general Forey recibió la tarjeta, entregada por su edecán, de una persona que trataba de llegar hasta él a través de la concurrencia oficial que llenaba el

andén. La tarjeta llevaba el nombre de M. de Montluc y algunas explicaciones escritas al revés: ni el uno ni las otras le impresionaron. No fue porque tuviera mala memoria para los nombres ajenos o porque ignorara la historia de Francia: Montluc evocaba el recuerdo de los grandes nombres de Francia allá por el siglo XV, pero en el siglo XIX era desconocido en las Tullerías. Las viejas familias de rancio abolengo vivían retiradas en el Faubourg Saint-Germain y Forey no frecuentaba aquellos salones. Sin embargo, un poco por cortesía, un poco por curiosidad, se fue al encuentro de su visitante importuno, quien le pidió el favor de cuatro palabras y se identificó como el Cónsul General de México en Francia; y tomando la tarjeta de su mano, le leyó las interlineaciones del blasón y el recado que llevaba al revés. Al enterarse del fracaso frente a Puebla, creyó de su deber participar al Emperador la verdad sobre la situación en México; deploraba los informes falsos y exagerados que habían llevado a los dos países a las hostilidades y formulaba votos para que el general Forey tuviera la buena fortuna de reabrir las negociaciones. Silbaba el tren y por falta de tiempo sólo pudo añadir dos palabras más. Sin mencionar a M. de Saligny —y con razón, siendo el amigo que le había recomendado la causa liberal en México antes de su salida de París— se permitió una alusión a la ingerencia lamentable del general Almonte. «Pero el general Almonte no está llamado a tomar parte alguna en esta expedición —contestó el general Forey—. Ya se ha apresurado demasiado para tomar una parte activa en ella.» «Mucho me agrada lo que me decís, mi general —respondió M. de Montluc—. Soy francés, quiero que la bandera de mi patria sea llevada muy en alto, pero debo decir que M. de Almonte es un diplomático que se ha ausentado mucho tiempo de su país, que no conoce, y que ha extraviado a Su Majestad; por lo tanto, carece de crédito». Forey le agradeció la indicación, lo saludó y subió al vagón.

El silbido volvió a chillar y el tren se puso en marcha dejando en el andén a un grupo de funcionarios desocupados que se preguntaban quién sería el viejo y dónde andaba tan preocupado. M. de Montluc se fue a su casa, pero no al Faubourg Saint-Germain, porque su apellido se resentía de las desventuras de los siglos. Reducido al comercio, había ganado una modesta fortuna en México, pero no se había descastado y creyó de su deber, ya que *noblesse oblige* en todos los tiempos, hacer cuanto estaba de su parte en defensa del país que le había facilitado una situación decente en Francia. Lo poco que pudo hacer lo recapituló en una carta a Doblado. No se había quedado

con los brazos cruzados. Varias veces había solicitado una audiencia del Emperador, pero carente de influencia en las Tullerías, no había salido más airoso que si se llamase M. de la Fuente. Escribió una carta en que refutaba las falacias de la intervención; no hubo respuesta. Escribió otra para señalar el saldo de guerra de los norteamericanos, cuya expedición en 1846 les costó 5 millones de francos y 50 mil vidas; tampoco hubo respuesta. Reclutó a un amigo que tenía *l'entrée* a las Tullerías, y que regresó con noticias: las cartas no habían llegado; al enterarse del hecho, el Emperador se extrañó y quiso saber el nombre y la posición del autor de las mismas. Parecía inminente una llamada al Palacio; tampoco llegó la llamada. El Emperador salió para Vichy; allá lo siguió, acompañado del amigo influyente; presentaron sus tarjetas en la villa imperial; no fueron recibidos. Regresó a París y se fue a la casa del general Forey a las 9 de la mañana del 28 de julio. El general acababa de salir para la estación; lo siguió presurosamente, y llegó apenas a tiempo para decir Almonte y adiós. No obstante, vinculaba sus esperanzas en el carácter del nuevo comandante en jefe. «Es un hombre resuelto, valiente e intrépido; no le detendrá nada, y será severo en el campo de batalla —terminó diciendo—. Pero su porte es noble y lleno de dignidad, y parece incapaz de cometer un acto deshonroso o de faltar a su palabra empeñada, y su fisonomía revela a la vez una gran bondad y una gran lealtad. Comprendo perfectamente, por su físico respetable y marcial, el imperio que ejerce sobre el soldado, y no me sorprende el que tantas veces haya conducido a nuestras tropas a la victoria en nuestra guerra reciente en Italia contra Austria». Y para no faltar tampoco a la lealtad, añadió: «El servicio más flaco que se puede hacer a un gobierno es el de dejarlo en el error; por lo mismo, es de mi deber hablar claro a Vuestra Excelencia y debo agregar que en mi concepto, a menos de influir en las determinaciones del comandante en jefe, México tendrá en él un enemigo temible, pero un enemigo a la vez justo y generoso».

Muy poco en verdad era lo que podía hacerse en favor de México a fines de julio de 1862, y M. de Montluc representaba muy bien al país en aquel momento. No había nada que añadir a la terminación de su breve coloquio con el comandante en jefe. Le faltaban tanto las facilidades como las facultades para adivinar el alcance y las finalidades de la intervención. Perseguía puntualmente el principio de la aventura; apuntando a Almonte y apelando a Forey, se aferraba a los papeles y a los subalternos de la empresa, y se le escapaba todo el tren de motivos y

acontecimientos que determinaban su destino inevitable. Diez días antes de apersonarse con Forey, se había despedido de México en una carta a Juárez. «Creo haber cumplido con mi deber. No lo hubiera cumplido por completo, empero, si no manifestara a Vuestra Excelencia que en todo el Imperio no hay más que una sola voz diciendo que, en las circunstancias actuales, el honor de Francia exige que las tropas lleguen a la ciudad de México. Al igual que los americanos en 1847, el Gobierno Imperial se cree obligado por su dignidad a firmar un tratado de paz allá y sólo allá. ¡Pluguiese a Dios que el gobierno de Vuestra Excelencia logre firmar un tratado de paz tan deseable con condiciones dignas de las dos naciones!» Estaba sinceramente apenado; pero, así y todo, se llamaba Montluc.

Montluc no pudo más; pero lo que no podía añadir, por su parte, lo añadió Juárez. En una carta que cruzó la de su representante en París y que la anticipaba, le agradeció los esfuerzos en defensa de México y le invitó a desistir. «No debemos hacemos ilusiones, mi querido señor —le decía—; hay un propósito deliberado de parte del Gobierno Imperial de humillar a México y de imponerle sus voluntades. Ésta es una verdad confirmada por los hechos mismos; no nos queda, pues, más recurso que el de defendernos. El pueblo mexicano está resuelto y su gobierno empleará todos los medios que le permite el derecho de gentes, tratándose de la defensa propia. La llegada de nuevas y numerosas tropas no ha causado temor ni desanimación; por el contrario, ha reanimado el espíritu público, y hoy en día no hay más que un solo sentimiento en todo el país; la defensa de la independencia y de la libertad de México. El Gobierno Imperial nos causará grandes daños y grandes males; tales son las consecuencias inevitables de la guerra; pero yo puedo asegurar —yo que veo y toco con el dedo la determinación de mis compatriotas— que fuesen lo que fuesen los elementos empleados contra nosotros, el Gobierno Imperial no conseguirá la sumisión de los mexicanos, y sus ejércitos no tendrán un solo día de paz.»

Lo implacable del conflicto y la impertinencia de la verdad se apreciaban mejor en México. En agosto la prensa publicó el Discurso del Trono en que M. Billault, el portavoz del Emperador, rebatiendo los ataques de la oposición, leyó los informes del ministro prusiano en México; en evidencia de la demanda de una monarquía y de la impaciencia con que se esperaba la llegada de la expedición francesa a la capital. La falsificación sistemática de los hechos no había cambiado con la salida de la capital de M. de Saligny; sólo había pasado a manos

de un diplomático que hacía sus veces y que aventajaba al mismo francés. El ministro de Prusia, encargado de la protección de los súbditos franceses, ingleses y españoles, secundaba a su colega francés con tanto celo, que la desaparición de Saligny parecía una simple ilusión óptica. Las reclamaciones que presentaba por supuestos agravios y exenciones de préstamos forzosos pusieron a dura prueba la paciencia del gobierno; pero el gobierno las aguantaba como una irritación normal de los tiempos forzados, hasta que la publicación de sus despachos no dejaba ya lugar a duda alguna de que el barón Wagner se había incorporado a los beligerantes y que aprovechaba su posición para favorecer la propaganda francesa.

Aunque oficialmente el gobierno no se perturbó con la revelación, o precisamente por eso, un mexicano no logró sofocar su indignación; pero no se llamaba Juárez. Ignacio Altamirano, el diputado que un año antes había encabezado la oposición parlamentaria al Presidente, salió precipitadamente en defensa de la patria con un folleto, en que denunciaba al ministro de Prusia y pedía su expulsión del país. El barón era la espina que llevaba en el dedo índice, por ser el excedente de todo un sistema; y lo que atacaba en el hombre era el sistema. El folleto era atrevido, la hora era aciaga, y el autor no tenía polilla en la lengua. Barriendo las convenciones, Altamirano empujó su pluma en una llaga que el país había tolerado largamente en silencio, y recapacitando los abusos de la inmunidad diplomática que tan normales se manifestaban en México, y que tan terrible fruto habían dado, señaló a los agentes diplomáticos que los gobiernos europeos enviaban invariablemente a Hispanoamérica y de preferencia a México —«su poquedad de inteligencia diplomática, sus ruines pasiones de mercader, o su total ignorancia de nuestras cosas»— como la fuente de todos los males que apestaban al país en 1862. Las pocas y muy honradas excepciones —un Prim o un Wyke— sólo servían para comprobar la regla: el promedio era «un pobre y mezquino cónsul que ha pasado toda su vida registrando defunciones, matrimonios y partidas de comercio en Argel o Martinica, o bien un escribiente de oficina subalterno, o un noble sin camisa, escapado de Clichy. Con tales antecedentes, no es fácil poseer, desde luego, esa profundidad de cálculo que hace de un diplomático un augur, ni esa probidad que le muestra como un caballero, ni ese conocimiento local que le familiariza con el país en que está acreditado»; y no había por qué extrañarse si la mayoría «desde luego que llegan a Veracruz se constituyen en

nuestros tiranos, nuestros espías, o los jefes de las conspiraciones conservadoras, ya que no vienen a nuestra República más que a fomentar con su influencia nuestros odios intestinos, a deturpar de un modo inicuo a nuestro pueblo, y todo para favorecer bastardas miras, o para hacerse interesantes para con sus gobiernos, y aun para los extraños». No cabía duda de la categoría en que entraba el barón. «En cuanto a las denuncias que ha hecho al gobierno francés acerca de nuevos crímenes cometidos por el gobierno mexicano, poco debe hablarse; no hay necesidad de decir a Mr. Wagner más que estas palabras que si es delicado escuchará: Enumerad estos hechos, probadlos, indicad siquiera cuáles son, o mentís.» Y el reto iba acompañado de otro dirigido a su propio gobierno. «Dejarlo, contemplar en silencio su conducta, cuando ella consta de un modo cierto, es aprobar tácitamente sus calumnias, y tener en poco la dignidad de la nación. De todas maneras, y a pesar de los buenos deseos de Mr. Wagner, él puede estar seguro de que, lejos de suspirar México por la monarquía y la intervención, sabrá defender su independencia, y de que no es improbable todavía que dé una lección más severa aún a los soldados del déspota francés, porque, aunque nuestras tropas no sean veteranas, aunque están sujetas a las privaciones, aunque no sean iguales en antecedentes militares a las tropas francesas, defienden la libertad de su patria y cuando esto sucede, los pueblos hacen milagros. ¡Que lo diga la Prusia, que aún se avergüenza de Valmy!»

La respuesta, pronta y prusiana, no se hizo esperar. Dos miembros de la Legación se presentaron en la casa de Altamirano. Introducidos en su gabinete de estudio, uno levantó el guante y le lanzó un golpe con el puño armado de nudillos de acero. Fallido el golpe por mediar entre ellos una mesa, el asaltante fue agarrado por un mozo de la casa y el agredido salió a la calle en busca de la policía. La policía, que entendía bien la inmunidad diplomática, aprehendió al mozo. El pugilista era el nieto del ministro de Prusia; y el ministro tuvo la delicadeza de desconocer al agresor; pero pidió satisfacción por el folleto y amenazó al gobierno con represalias en el caso contrario. El cuerpo diplomático apoyó su protesta automáticamente. Se solucionó el escándalo con la rutina oficial. El folleto fue retirado de circulación y el atentado fue sometido al tribunal competente para un estudio detenido e inconclusivo. Por lo que al demandante se refiere, se apuntó un tanto al exhibir su rostro en público y demostrar su inmunidad ante el puño de acero. La acusación quedó en pie; pero en realidad Altamirano andaba tan

desorientado como Montluc. El barón Wagner y M. de Saligny y Almonte pertenecían ya a una época pretérita: formaban parte del periodo prehistórico de la agresión y, aunque sobrevivían a la era antediluviana, no eran más que vestigios anacrónicos de la evolución de una idea, que desde hacía mucho les había superado y relegado al rango de pigmeos. Bastaba una gota de tinta para ahogarlos; ya no importaban los calamares; lo único que importaba era el Napoleón. El sobrino de su tío, como los ingleses llamaban al Emperador de los franceses, vestía ahora los nudillos de acero, y no había nada capaz de detenerlo sino su propio destino.

No había otra esperanza para México en el verano de 1862, y aquélla era muy remota. «Demasiado se ha dicho oficialmente —escribió Juárez a Montluc— para demostrar las buenas disposiciones que tuvo, y que tiene todavía, el gobierno mexicano, para hacer justicia a todas las reclamaciones legítimas de Francia, y para terminar las dificultades que han surgido entre las dos naciones, por medio de tratados justos y equitativos; pero todo se ha visto del lado malo. No quieren oímos y acogen, como la verdad, sólo las calumnias y las informaciones que conciben el odio y el interés en contra de nosotros.» No obstante, confiaba en que, con el tiempo, la verdad acabaría por triunfar, «porque tenéis razón en creer que, luego que se desengañen y nos hagan justicia, terminará la guerra injusta que nos hacen.» Juárez también andaba desorientado por la marcha de los acontecimientos y ciego a su fatalidad, pero como caudillo, llevaba también la delantera y anticipaba el porvenir. Donde abundaba el odio, no podía faltar el amor a la verdad; y si no, al tiempo… Todo saldría en la colada; pero no antes de pasar crujía. La guerra desleal llevaba la mentira en la sangre, y sólo con la sangre vertida se descubriría la verdad. Zaragoza había llevado la palabra por México en el único lenguaje inteligible al enemigo; todo lo demás era pura palabrería. La palabra era poderosa, la palabra era bienvenida, cuando venía volando a través del océano con la voz de amigos impertérritos como Jules Favre o Edgar Quinet; ambos abogaban por México con recia elocuencia, ambos odiaban el falso patriotismo, ambos combatían los errores vulgares y luchaban a pendón herido con palabras que eran otros tantos golpes. En las denuncias de Jules Favre en la Legislatura francesa y en las profecías fulminantes de Edgar Quinet, las repercusiones de la batalla de Puebla habían alcanzado su máxima sonoridad; el estruendo de la histeria patriótica ahogaba a ambos, pero la historia hablaba más alto y una

esperanza había —esperanza remota, recóndita, pero nada visionaria— en la requisitoria con que Edgar Quinet acababa de vincular los destinos de México, de Francia y de Napoleón III. «Bajo un gobierno absoluto, cubrir el error inicial siempre se ha llamado salvar la bandera. He aquí otro rasgo del bonapartismo: nunca se ha detenido antes de llegar al borde del abismo. Por estas empresas insensatas, por estas visiones teatrales, estos ataques desleales, estas emboscadas urdidas contra la independencia de los pueblos, esta obstinación en la injusticia —advirtió al sobrino del tío—, ya una vez habéis perecido bajo la ira del mundo y arrastrado a Francia en su caída. ¡Pensad en eso! ¡Aprended de vuestra historia! Si mis palabras fueran oídas hoy en día, a Francia y al Nuevo Mundo se les ahorrarían muchos males y males mayores, porque el poder del mal crece con el mal cometido: pero sería ingenuo creer, en los tiempos que vivimos, que un grito de conciencia fuera capaz de detener el mal premeditado. Los eventos seguirán su curso, conforme a la voluntad de un solo hombre. ¿Quién sufrirá por los yerros de aquel hombre? El ejército. ¿Quién los expiará? Francia.» Pero aún no había llegado la hora para proferir las palabras mayores. Las apocalípticas de Edgar Quinet, las militares de Jules Favre, las modestas de Montluc —todas eran impotentes, retóricas, redundantes; en una palabra, literatura. Palabreo de atropellados, supeditados, sofocados por la densa multitud, hiriendo el aire, respirando por la herida. Para que la verdad penetrara en Francia no había más que la vía de hechos y el contacto de los dos pueblos; y ésa era la misión encomendada a sus ejércitos.

9

Entre la oficialidad francesa la expedición era popular —en París. Las expediciones coloniales al Lejano Oriente y las campañas en el Continente despertaron la sed de aventuras de los militares; y la casta militar, por haber prohijado el Segundo Imperio, constituía un gravamen orgánico del hombre del 2 de diciembre. A los once años del golpe de Estado que derribó la Segunda República, el político entronizado por el ejército en 1851 en virtud de su promesa de resucitar la gloria marcial de la era napoleónica contemporizaba todavía con su destino. Se sabía que sus expediciones lejanas y sus guerras episódicas no eran más que ensayos para la representación eventual, pero el cetro lo llevaban los trotamundos, y la necesidad de repetir estos ensayos periódicamente era indeclinable, para prevenir la desilusión de los veteranos y adiestrar e inspirar a la joven generación. Nada se desazonaba tan rápidamente como un ejército inactivo en cuyas filas fermentaban las ambiciones marciales de jóvenes y viejos, y la espada desenvainada en 1862 provocó mucha rivalidad para el mando supremo y muchas intrigas y diligencias para llegar al Estado Mayor. Como campo de ascensión profesional, México brindaba a los esperanzados una promesa tan brillante como Italia o Crimea, y los militares verdes, y los experimentados también, que pescaban una comisión de relieve, ocasionaban la envidia de sus camaradas, cansados de esperar su turno y de avanzar paso a paso entre los muchos elegibles y los pocos electos. Las antesalas del Ministerio de la Guerra se hallaban más concurridas que los andenes de la *Gare du Nord*, pletóricas de candidatos buscando una salida del *impasse* a la cual les condenaba la prudencia del Emperador en Europa, y dispuestos a expatriarse, dondequiera que fuera, con sólo la posibilidad de mudar aires; y los bulevares brillaban con la afluencia de voluntarios en disponibilidad y de patriotas en pos de espacio vital, *urbi et orbi*. La expedición era una excursión y una escuela, y lo que significaba para los militares ambiciosos y andariegos quedó de manifiesto en las experiencias de los oficiales que se incorporaron al cuerpo expedicionario con el único fin de hacerse una carrera, sin interés en el propósito político, sin hostilidad hacia México, sin otra preocupación que su propio porvenir; y por la correspondencia con sus familiares en Francia y sus impresiones de México hechas sobre el terreno, poco a poco fue formándose una opinión pública auténtica en Francia.

El capitán Blanchot era de los afortunados. Joven oficial de

caballería, recién graduado de Saint-Cyr y apenas con el pie en el estribo, tuvo la suerte de ser asignado, gracias a sus relaciones, al Estado Mayor del general Bazaine, y para él el porvenir despuntaba el día en que cogió la codiciada comisión o tal vez el día siguiente, al abrazar a un condiscípulo en la calle y ponerlo al tanto de una vacante todavía disponible. La batalla de París era la más ardua —primero para lograr el favor oficial, y después para arrancar a la burocracia oficial la fecha del embarco. Aunque el general Bazaine era el comandante segundo de la expedición, se hallaba detenido todavía en París, tres semanas después de salir el general Forey, y el capitán Blanchot tascaba el freno con la rabia que le causaba la inconsciencia de la burocracia militar. Día tras día pasaba al Ministerio y hacía cola con los demás y día tras día se le aseguraba que aún no había llegado la orden de embarco, y cuando al fin la vio firmada y sellada en la mesa, el empleado siguió repitiendo que, luego que llegara, se le comunicaría la notificación oportunamente. ¡Y eso pasaba en Francia! El joven Blanchot conservó por toda su vida los resabios de su irritación con *les ronds-de-cuir*. *Décidement*, dijo, *décidement* la silla de montar formaba militares muy y muy superiores a los soldados sedentarios que calentaban los asientos del Ministerio; y siguió echándoles pestes hasta el día en que se encontraba sentado en el vagón y se aseguraba de que el tren estaba en marcha para Tolón. Luego vino la larga, la indeterminable travesía del mar, seis semanas apacibles que hubieran sido intolerables a no ser por las perspectivas de acción por delante; pero siendo imposible echar la culpa del océano a los *ronds-de-cuir*, se resignó a la demora inevitable y combatió el aburrimiento de las olas con la pluma. Tenía aptitudes literarias; el éxito de los Goncourt y de las expediciones coloniales al Lejano Oriente habían puesto en boga lo lejano y lo exótico, y se dedicó a llenar sus cuadernos con descripciones de los pintorescos puertos de escala que variaban la monotonía del mar, y comenzó su carrera militar registrando sus impresiones en anticipación del día en que el capitán, o el coronel, o el general Blanchot, tendría el derecho y el tiempo, en virtud de su grado, su experiencia y su edad, de publicar sus Memorias.

El primer vistazo de México era sombrío. La costa baja y triste, el grao a flor de agua, el blanco cementerio de la ciudad, entrevistos a través de la espuma de una ráfaga equinoccial atrasada, todo era tétrico; el cielo rezaba mal tiempo, y las noticias llevadas a bordo por el piloto no decían nada de bueno. Aunque la estación de lluvias terminaba, los caminos estaban

siempre intransitables; aunque las tropas ocupaban la costa y el interior, se atacaban y se saqueaban regularmente los convoyes; la plaza siguió bloqueada por las guerrillas y congestionada por las tropas, aunque el comandante en jefe había pasado por el puerto tres semanas antes. Forey se había establecido en Orizaba, dejando el grueso de las tropas atrás; y no se había tomado disposición alguna para recibir los contingentes que llegaban. Bazaine trató de desembarcar, pero el mar embravecido lo regresó a cubierta, y la primera noche la pasaron arrullados por el ventarrón. Al amanecer, el viento rebajaba y el mar se serenaba, pero el paisaje se veía aún más lúgubre a la luz del día. Blanchot lo pintó a grandes rasgos. «Sólo unas viejas murallas deleznables, sólo algunos pobres y raquíticos arbustos, rompen la monotonía de este suelo, apenas ondulado por algunas arrugas de arenal. Para avivar este paisaje lúgubre, horribles aves negras, de un vuelo pesado y abúlico, nauseabundos buitres cubiertos de plumas grajales, que estiran el cuello en espera, al parecer, que la mar les ceda alguna carroña para embuchar su voracidad. Más allá, Veracruz despliega sus largas murallas almenadas y levanta hacia los cielos unos campanarios casi orientales. En el fondo, enormes dunas cercan a la ciudad para segregarla, sin duda, del mundo verde y risueño que se ve en las lejanías. De veras, esta ciudad tiene algo que le hiela a uno la sangre.»

Triste perspectiva, la de detenerse allá; pero los oficiales que subieron a bordo llevaban las mismas noticias que el piloto. La expedición estaba inmovilizada, y estando ya congestionada la plaza, no había remedio, los recién llegados tuvieron que permanecer en los transportes. Bazaine desembarcó para abordar el problema, y Blanchot para desembarcar las cabalgaduras. Más importaban las cabalgaduras que los hombres, por las lesiones sufridas en la travesía borrascosa, y el desembarque planteaba otro grave problema, pues eran primitivas las facilidades como en los tiempos de Cortés, y los métodos no habían cambiado. Las grúas levantadas en el muelle resultaban inutilizables; el desembarcadero era inaccesible; y fuerza fue echarlas a tierra como fuera, cargándolas sobre chalanes y precipitándolas a latigazos al agua, con el peligro de lastimarlas entre semejante desorden. Tal fue la primera carga de caballería dirigida por el capitán Blanchot en México, pero la llevó a cabo sin pérdidas, y mal que bien el valioso flete, encantusado, fustigado, lanzado, arrastrado, llegó a tierra firme.

Bazaine pensaba internarse en el país inmediatamente. Los estragos de la fiebre eran ampliamente conocidos en Francia y

el Emperador había dado órdenes terminantes a todos los comandantes de pasar por Veracruz sin parar, y a primera vista parecía inexplicable el descuido de Forey, pero la razón la llevaban los convoyes que bajaban a la costa para hacerse de víveres. Orizaba estaba bloqueada por las guerrillas, y sobraban las bocas allá; fuerza fue sacar los víveres del puerto, y con los convoyes marchaba la fiebre. De los 1 200 hombres que Forey había retirado de Veracruz para ponerlos a salvo del mal, pero que salieron ya tocados, 50, cuando mucho, llegaron a Orizaba intactos. El camino estaba sembrado de muertos, caídos en la línea de marcha, y las guerrillas que pululaban en los alrededores de Veracruz pusieron al puerto en cuarentena. Tales condiciones eran escandalosas; y peor aún, el comandante en jefe las había dejado sin solución. El hacinamiento de tanta tropa en Veracruz confrontaba a Bazaine con un problema que tenía que resolver antes de desembarcar su contingente, y tomó en seguida las medidas indicadas para aliviar la situación, rompiendo el bloqueo de las guerrillas y ocupando acantonamientos relativamente salubres en las afueras del puerto; pero los parajes circunvecinos estaban apestados de la fiebre, fiel aliado de las guerrillas, y el foco de infección era siempre la plaza. En La Tejería, a seis leguas de la plaza, la atmósfera era fétida; en Veracruz, irrespirable. El convento que los ingleses habían limpiado y convertido en hospital, cuando su ocupación de Veracruz, no tenía vestigio alguno de su invasión sanitaria, al llegar los franceses. Los pisos estaban llenos de inmundicias; los patios, de aguas malolientes; las camas, de enfermos resignados a perecer sin gloria. Bazaine no dejaba crecer la hierba bajo sus pies; mandó limpiar las salas y vino todos los días para asegurarse de que se cumplieran sus órdenes; y se cumplieron puntualmente; pero con los basureros salieron también los enfermos. El desfile al cementerio, llamado por los franceses *le jardin d'acclimatation*, había llegado a ser una cantaleta entre los condenados, y todos esperaban su turno en la lista de los disponibles. Bazaine, que casi alcanzó el mando supremo de la expedición en París, se vio obligado a tomar la iniciativa en Veracruz. Se comunicó con Forey y le propuso abrir otra línea de operaciones en el camino que pasaba por Jalapa, a la altiplanicie, donde la tropa podría vivir sobre una región todavía sin contacto con la guerra, y muy por encima de la costa malsana. El comandante en jefe dio su consentimiento, a pesar de las recomendaciones del Emperador de limitarse a una sola línea de comunicaciones, y a los ocho días de llegar a Veracruz, Bazaine puso la máquina en marcha. Seis mil hombres salieron para Jalapa.

Al día siguiente Bazaine inició el desembarque de las tropas apiñadas en los transportes. La operación comenzó vivamente y continuó a prisa durante la mañana, lanzándose los hombres al agua más rápidamente que los caballos y ganando el muelle a gatas, pero para mediodía se hacía difícil, y al atardecer tuvo que suspenderse —se acercaba otro temporal. No era aquél un norte ordinario. Aquella noche Blanchot dio gracias a Dios y a Bazaine de hallarse en tierra firme aunque fuera en Veracruz. ¿Tierra firme? El soplo sacudía la casa, acabando con el sueño, traqueteando las ventanas que tenía entabladas, y llenando el cuarto con una ventilación árida de arena invisible y de oleadas sonoras, infiltrándose por las figuras y girando locamente en las sombras insomnes; y el día siguiente fue más agitado aún que los sueños que le robaba la noche relinchadora. Al despuntar lo que debía ser el día, pero que no penetraba en la oscuridad estridente, se levantó y subió a tientas a la azotea, repulsado a cada paso por el soplo y luchando para mantenerse en pie, y allá se paró pasmado. El mundo se desvanecía, ayermado por el huracán. «La faz de la tierra se esfumaba, ya no se veía la costa, no más montañas azules, no más lomas verdes. Un gigantesco velo amarillo subiendo al cielo, un inmenso nublón de arena, las dunas fluctuando y disgregándose bajo la tensión del ciclón, el mar sin superficie y sin horizonte, un vapor vertiginoso de espuma blanca arrojada como bruma por el viento» —el panorama desorientaba al topógrafo, y tal fue su oficio del día anterior. Todos los hitos conocidos se perdían en la sublevación universal. Apenas si se vislumbraban la fortaleza marítima de San Juan de Ulúa y los arrecifes que la rodeaban, sumergidos en la furia del mar; en la lejanía, un navío de guerra montaba las rocas; los mástiles laxaban, y con cada bardazo el casco fantasma, clavado cada vez más tenazmente con sus repetidos sobresaltos, parecía a punto de salvar el escollo, para sólo recaer en la resaca y revelar sus costados rascando siempre el mar exangüe. A poca distancia agonizaban dos goletas, y más allá en la bruma oscura se adivinaba una masa de buques arrastrando las anclas, virando y garrando pesadamente, orzando al viento y emitiendo a popa una vaga vaharada de humo, «y este vistazo lejano y vaporoso le daba a uno un vuelco al corazón al pensar que la ruptura de uno de aquellos cables significaba la muerte de mil hombres».

¿Cómo presenciar tal espectáculo con los brazos cruzados? ¿Quién era capaz de quedarse ocioso ante la vorágine que devoraba al hombre, y la Naturaleza que aniquilaba sus empresas como frágiles juguetes? No el capitán Blanchot.

Hurtando el viento, se fue al muelle, pero el muelle también había desaparecido bajo las cataratas que lanzaban sus toneladas interminables sobre el malecón. El mar inundaba las calles que se estribaban todavía sobre la tierra firme, y allá se quedó, asistiendo al desastre desde un nivel más bajo. Bazaine llegó para organizar las obras de salvamento. Buscando esquifes en los callejones retirados y arrastrándolos a la playa, los voluntarios los llenaron, los lanzaron, y los abandonaron, tumbados por el primer golpe de mar macizo. El rebote de la resaca y de los hombres se repitió otra y otra vez en balde. Se hizo un esfuerzo sobrehumano para lanzar un cable al buque encallado, pero el espacio voraz burlaba al invasor, y la obra de salvamento acabó por reducirse a recoger los camaradas que la marea vomitara con vida. Bazaine se retiró para remojar la palabra en la cantina. A mediodía, cuando regresó, la velocidad del viento siguió igual. Los embates del mar arrojaban sobre la playa barriles y lastre, descargados de los buques, y una compañía de infantería salió a la trinchera oceánica para evitar que los rateros volaran los bastimentos y recoger los cadáveres que comenzaban a llegar. Centinelas al alcance de la voz de la resaca asordante vigilaban las orillas fluctuantes que les tenía a raya, y piquetes patrullaban la costa para alejar a las guerrillas que comenzaban a merodear a la redonda del mar, y el día terminó, como comenzó, con intentonas tenaces de organizarse contra el huracán. Al caer la noche, ocho buques se habían ido a pique, y rumbo al sur se dejaban oír las reverberaciones sordas de otros cañones de salvamento. La lenta agonía llenó la noche de angustia; pero la madrugada alivió a los desvelados. El mar se había calmado lo suficiente para alcanzar el buque de guerra con un cable y salvar a la tripulación. Cinco barcos mercantes aumentaron el número de siniestros, llevándolo a trece naufragios en total. Los transportes habían resistido a la tempestad, y se volvió a emprender rápidamente el desembarque de los hombres, ya que otras tropas estaban por llegar.

Apenas terminada la operación, y cubierto aún el muelle de cureñas y cargamentos de armas, el viento arreció y otro norte llenó otra noche con la furia incansable de la Naturaleza desenfrenada. Las tinieblas volvieron a ulular y los albores del día a rebramar; una vez más el mundo se disolvía en el vacío voraz; una vez más la telaraña de aire y agua amortajaba el balanceo de los buques con embates de movimiento espectral; y una vez más había que repetir las mociones de socorro. Desde el norte vino corriendo un gran bergantín británico en busca del

puerto; dos veces viró de borda y punteó y erró la boca, y la tercera vez dobló el cabo y voló a capa hacia el castillo y escasamente lo esquivó y fondeó a sotavento del muelle; y allá faltó el ancla y el buque, tomado por la lúa, escoró y se hundió a la vista de la muchedumbre congregada en el malecón. Se lanzó el cable de socorro, pero el mortero estalló, y los espectadores pasaron el día mirando a los marineros metidos en los obenques y al capitán izando su mujer al palo mayor, y contando las horas que las cabezas lograban gualdrapear con la bandera. La bandera y la falda siguieron gualdrapeando hasta el atardecer; luego, las aguas crepusculares borraron el espectáculo. Las tinieblas tragaron el diluvio; al amanecer, salió el astro solar chupando los destrozos, y otro respiro se derramó sobre la resaca amarillenta.

El huracán se alejó; no así la desolación de la fiebre. Las ráfagas del Golfo soplaban con fuerza de fuelles sin purgar la atmósfera; después de cada golpe de viento el sol sanaba el siniestro, y el sopor irresistible siguió su curso letal. Los dos males de la entrada de México transformaban la guerra en una maldición tremenda, como si la Naturaleza misma conspirara con el nativo del país para absorber el bazo, la cólera, el asco y la virulencia que el extranjero había sacado de su tierra y escupirlo todo en su cara, abrumando al invasor con un soplo de retribución implacable. La cola del huracán helaba los rayos del sol, y el sol derramaba un calosfrío mortal sobre la ciudad donde el tráfico fúnebre siguió día tras día abonando el Jardín Botánico, repleto de fertilizante francés; y sólo el natural del país parecía capaz de sobrevivir a sus plagas, gracias a alguna dispensa especial de la Providencia Divina; y la guerra se adentró fatalmente en el pecho del soldado, que se desahogaba con quejas cotidianas e irritación impotente.

En tan mórbida inactividad, si el ánimo no había de sucumbir al cuerpo, no les quedaba más remedio que la crítica; y la conducta del comandante en jefe la provocaba. ¿Dónde estaba?, ¿qué cosa hacía en Orizaba?, ¿qué cosa había hecho desde su llegada a México? Había destituido a un presidente y desconocido a otro; había anunciado en la prensa que Almonte no era el Jefe Supremo de la Nación; había desposeído a Juárez con una proclama comprometiéndose a respetar la independencia del país y a dotarlo de un gobierno de su propia elección; y eso era todo. Allá, amarilleándose en las esquinas, estaba su Manifiesto invitando a los mexicanos a confiar en los franceses y a moverse… ¿Para qué? ¿Para remover sus montañas, sus vientos, su clima, sus males? Para los franceses, afinados ya a

los elementos, ansiosos de entrar en acción y cansados antes de comenzar, burlados por los bofetones de la Naturaleza procelosa y enervados por la letargía de la fiebre y del ocio, mofados un día por torpor y otro por el terror de esa costa artera, resultaba inconcebible, decía el capitán Blanchot, que en Orizaba la guarnición careciera de víveres y pereciera de enfermedades, y que también allá el comandante en jefe combatiera al enemigo con proclamas. Con quince días en Veracruz el novicio más verde era ya un criticón veterano, y los recién llegados hicieron causa común con sus camaradas en Orizaba en echar la confusión al general Forey por desatender las reglas más elementales que se les enseñaban en las aulas del Colegio Militar. En Veracruz la sala de espera estaba más concurrida, y el *impasse*, peor que en París, y hasta el capitán Blanchot, contaminado por el ambiente, planteaba cuestiones profesionales y se quejaba de «la pusilanimidad del Alto Mando». «¿Cómo fue posible olvidarse del principio absoluto de que la inactividad significa la pérdida de la tropa, física y moralmente? ¿Cómo pudiera el comandante en jefe permanecer inerte y confinado al pie de la gran serranía de las cumbres, en cuya cima encontraría salubridad y abundancia, cuando en aquel hoyito de Orizaba, enterrado al pie de las montañas, no había más que hambre e insalubridad?» Pusilanimidad era una palabra muy dura que aplicar al comandante en jefe; pero por lo que a Forey se refería, nunca se había librado la batalla de las cumbres de Acultzingo, ni la del Borrego, y ya se había olvidado la derrota de Puebla.

Y como si eso fuera poco, en esos días llegó a Veracruz el general De Lorencez. Al salir de Orizaba, sus oficiales lo acompañaron de trecho en trecho en el camino para manifestarle su simpatía, pero al transitar por el puerto se le recibió con cortesía reglamentaria y se le despidió con menos simpatía que compasión, y con menos compasión que embarazo. Alto, seco, frío, taciturno y un tanto solemne, según los apuntes de Blanchot, su desgracia no había mejorado su aspecto. El dimisionario daba pena a todos. Se le había ofrecido el mando de una división en la nueva campaña, pero desdeñaba todo consuelo; estaba harto de México, y a Bazaine le costó un esfuerzo entretenerlo a la mesa de los oficiales. «Su presencia enfriaba la conversación —observó Blanchot—. Nos mirábamos los unos a los otros sin saber qué decir, y nos levantábamos de la mesa con alivio. El general De Lorencez nos dejó la impresión de que se consideraba demasiado una víctima del destino.» Por eso, el frío fue más profundo que la conversación. Latrille de

Lorencez era, como no dejó de notar el capitán, «el segundo comandante gastado por México», y los recién llegados comenzaban ya a experimentar, por su parte, los efectos de esa tumba de reputaciones militares. Lorencez, por lo menos, estaba por salir, y ellos no habían llegado siquiera a la entrada.

Mejor suerte corrió el capitán Loizillon. Por temperamento, era el soldado modelo para servir en México. Calmoso, positivo, poco impresionable, indiferente a todo menos a su carrera y desprovisto, por su dicha, de la sensibilidad del capitán Blanchot, era absolutamente inmune a la atmósfera estancada de Veracruz. Para él no hubo tales horrores. Veracruz era un bonito lugar. No había fiebre. Llegó entre un ciclón y otro. Estaba sano, estaba ocupado, no tenía tiempo para aburrirse. Le interesaba la gente; discutía la política; recogía las voces de la calle para alargar sus cartas a Francia. «Tal parece que Juárez ya no quiere defenderse y nos espera en la ciudad de México, porque tiene la seguridad de salir reelecto —escribió a sus padres—. Efectivamente, todo el mundo conviene en que, si dejamos libres a los mexicanos para que hagan la elección que les conviene, será a él a quien escojan, porque es honesto y pertenece al partido de la libertad y del progreso.» Remitiendo las hablillas del día, mencionó también otro tópico en que todo el mundo andaba de acuerdo —«por lo que a M. Saligny se refiere, no hay más que una sola voz: franceses, forasteros, todos se quejan mucho de él»— y pasó, a renglón seguido, a cosas más importantes. Estas observaciones no eran más que apartes; no tenían nada que ver con su porvenir, y no les concedió importancia. Lo que sí tenía importancia era que estaba perdiendo tiempo en Veracruz; pero no culpaba a Forey, porque la razón la conocía todo el mundo. Faltaban transportes.

Por otros motivos también el capitán Loizillon era afortunado; fue uno de los primeros en salir de Veracruz. En la travesía había salvado las cabalgaduras durante una borrasca que por poco las habría dejado perniquebradas en la bodega del transporte, y aunque no era capitán de caballería, tuvo más suerte que Blanchot, ya que el servicio prestado llamó la atención del general Berthier, que viajaba en el mismo buque, y gracias a esta circunstancia Loizillon fue nombrado al Estado Mayor del general, diez días antes de aportar en Veracruz. A los ocho días de desembarcar, encabezó la vanguardia de la columna mandada por Bazaine a Jalapa, bajo el mando del general Berthier, con la misión de despejar el camino a la altiplanicie. Más aún, le tocó la suerte de la primera acción —si así se podía calificar un encuentro con algunas guerrillas—, pero

como se verificó en Cerro Gordo, desfiladero formidable en donde se libró una gran batalla en la guerra norteamericana, la refirió de paso. Informado por sus exploradores de que 4 mil hombres ocupaban una posición muy fuerte, se acercó al punto con sumo cuidado, sin ver más que algunos sombreros de paja en el matorral, los que cayeron con cinco o seis balazos: el enemigo disparó un cañón tres veces y se dio a la fuga, y la escaramuza duró cuando mucho diez minutos, según su reloj. No bastaba siquiera para alargar su carta semanal. «Toda esta gente da lástima —escribió desde Jalapa, donde llegó sin novedad—. Son bandoleros que asesinan en un recodo del camino y huyen como cobardes al primer carabinazo. No hay gloria en combatir a tales tropas.» El frío era intenso, y la columna llevaba doscientos enfermos y la orden de permanecer en Jalapa.

Ahora bien, Jalapa no era un lugar bonito, y cuatro días más tarde el capitán comenzó a rezongar y a censurar al mismo general Berthier por obedecer las órdenes del Alto Mando, en vez de protestar contra el error tan evidente de detenerse a medio camino de la altiplanicie. Iniciativa e indiferencia a las responsabilidades —reflexionó— eran cualidades poco comunes. La población se apartaba de la tropa, temerosa de comprometerse, pasando siempre del otro lado de la calle y charlando insociablemente entre sí, «y con nuestras medidas suaves no inspiramos confianza a nadie. Nos encontramos rodeados por guerrilleros que no procuramos destruir. Desde el día de nuestra llegada aquí, no sólo hubiéramos podido vivir en la región, sino formar un gran centro de aprovisionamiento al extendernos alrededor de Jalapa y, sobre todo, ocupar Perote, el centro granero de la región. En vez de esto…» En vez de esto había que mandar los carros a la tierra caliente para recoger víveres provenientes de Francia: empresa fatigosa que doblaba la lista de enfermos. «Cuando nos resolvamos, al fin, a ensanchar nuestro radio de acción y a ocupar Perote, ya será tarde: las guerrillas se habrán llevado todos los recursos del país. No podía yo figurarme las dificultades y la indecisión de una guerra mal iniciada. El general Forey pensaba encontrar transportes aquí, y no hubo. De ahí la incertidumbre y la confusión en que nos hemos metido desde el primer día. Una vez reunidos nuestros medios de acción, ojalá y que recuperemos el tiempo perdido, pero por mi parte creo que será muy difícil borrar la primera impresión de impotencia que hemos producido.» Su pluma siguió corriendo entre reflexiones preocupadas y desocupadas, sin vinculación aparente. La última

proclama del general Forey —o por lo menos la más reciente— era muy buena; «pero ¿qué efecto tendrá? Va dirigida a la gente decente y la gente decente representa una minoría tan endeble en esta tierra de intriga, robo y rapiña. Es aquí en donde se aprecia a Francia. Por lo pronto, estamos mortalmente aburridos. Ni siquiera un gato nos hace el honor de dirigimos una mirada. Casi se me ha ido el español que aprendí en la travesía». Resuelto a no entristecerse, lo mejor que se atrevió a decir era que, «aunque estoy convencido de que estamos aquí por mucho tiempo, tengo la esperanza de que me tocará en suerte escribir a ustedes con fecha de 1.º de enero de 1864». La fecha era el 19 de noviembre de 1862.

Tres semanas más tarde se hallaba siempre en Jalapa, siempre marcando el paso y repitiéndose, como un viejo reloj descontrolado: el acento era regular y raspante. El general Berthier hubiera podido representar el papel más brillante en México, si hubiese ocupado Perote con un mes de anticipación e informado a Forey que tenía acopio de provisiones para todo el ejército: lejos de recibir una censura, hubiera merecido las gracias más efusivas del comandante en jefe, «ya que la causa de nuestra inmovilidad es la falta de provisiones, consecuencia de la falta de transportes». Los grandes carros del país, pesadísimos para manejar en los pésimos caminos de la sierra, transportaban galleta que, rancia ya al salir de Cherbourg, llegaba a Jalapa con una escolta de quinientos hombres, «muy castigados y con muchos enfermos, para sólo tirar la galleta, que nadie puede comer». Pero el general Berthier no se atrevía a tomar la iniciativa. «A veces me parece que la permanencia en tierra caliente ha perjudicado a toda inteligencia sana y subida a la cabeza de todos. No digo más, porque no quiero agriar mi carácter.»

En tales condiciones, el correo de Francia era maná del cielo. Tres días más tarde llegó una hornada, y «enhorabuena, porque con el tiempo triste que hemos tenido por ocho días, y con esta falta de ocupación y de recreo, y con esta morosidad de la guerra que no parece tener salida, la imaginación se pone a trabajar». ¡La imaginación! Contra aquel peligro el capitán andaba sobre aviso; sin embargo, el vicio de la ociosidad era contagioso. Con cuanto optimismo le quedaba, se limitó a referir escuetamente lo que pasaba. Bazaine debía llegar mañana, y ya que Bazaine no era Berthier, con toda probabilidad se emprendería la marcha a Perote al día siguiente. En Perote permanecerían quince días antes de salir para Puebla, y como corría la voz de que los mexicanos habían evacuado

Puebla, «siguiendo su sistema de hacer el vacío en torno de nosotros, no tendremos siquiera la diversión de un tiroteo en la ciudad de México, pues supongo que abandonarán la capital, lo mismo que todo lo demás, y que Juárez y su gobierno se retirarán al norte o al oeste. Luego ¿qué vamos a hacer?» Precisamente. Un hombre práctico no podía menos que prever el porvenir; y con mayor razón, un capitán. Luego, se tendría que organizar un gobierno y permanecer en México para prestarle apoyo, y entonces… ¿qué sucedería entonces? «La ocupación de México es un *impasse*, lo mismo que la ocupación de Roma.» Pero ante tal perspectiva calló imponiendo bmscamente un freno a su imaginación inquieta.

Bastante para el día, y el día que llevaba el correo de Francia era día de bendición… pero breve. Al cabo de seis semanas pasadas en Jalapa, su esplín contaminaba hasta la carta que puso a su novia. «Una carta tuya es siempre un gran bien, porque aquí en este país que se dice civilizado y que no tiene más que los peores aspectos de la civilización, es una dicha muy grande el poder regresar en pensamiento a su patria. Es como una chispa eléctrica que le devuelve a uno, momentáneamente, la vida racional. Todo lo que hemos visto de México hasta ahora es muy triste. Materialmente, una pobreza profunda y, sin embargo, la región que hemos atravesado aún no ha conocido los estragos de la guerra; moralmente, el saqueo y el asesinato organizados. Cinco o seis individuos llegan a aterrorizar a una población de dos o tres mil almas. Las leyes son impotentes para reprimir tales monstruosidades. El hombre tímido, que constituye la mayoría inmensa de esta raza gastada y decrépita, procura aplacar a todos los partidos, los que le roban sin discriminación sus cosechas y su ganado. El robo es cosa tan acostumbrada que pasa por ser natural en este país. Aquí tienes un ejemplo. Tenemos por delante una gavilla de guerrilleros que llevan armas, no para defender su patria, porque luego que avistan a dos franceses armados se dan a la fuga, aunque sean veinte por su parte, sino para robar a los viajeros. Después de matar a su jefe, una docena de estos guerrilleros se rindieron a nosotros y se incorporaron a nuestros aliados, las contraguerrillas. ¡A ver esos aliados nuestros! ¿Dónde andan esos pobres ingleses que tanto odiaba yo al regresar de Crimea? Bueno, esos tránsfugas robaron tres caballos de una hacienda, el dueño vino un día a Jalapa, los reconoció y denunció el robo a un oficial, quien me informó del mismo. Conforme a las órdenes del general, me fui en busca del dueño con la intención de restituir los caballos. Pero ya se había arreglado el asunto; el

dueño había comprado los caballos a los ladrones, y cuando le ofrecí obligarlos a reintegrar el dinero, dio muestras de la máxima alarma y tomó las de Villadiego. ¡Tal es el pueblo que debemos organizar!» Si no cedía a la nostalgia, andaba por cierto muy dolorido por la amada Francia. Márquez acababa de llegar para acompañarlos a Puebla. ¡No faltaba más! «¡Y eso se llama el ejército regular! Mirándolo, se pregunta uno qué quiere decir la palabra *irregular*. Además, toda esta escoria andrajosa la pagamos nosotros; no nos ufanamos de tener semejantes aliados. Sin embargo, no son ranas; llegaron a las diez de la mañana y para mediodía todos estaban bien alojados, hombres y oficiales por igual. Mañana llegará el general Bazaine, y es imposible conseguirle hospedaje. Me alegro, porque tengo esperanzas de que esta experiencia, comparándola con los resultados obtenidos por Márquez, le convencerá de que, por muy buenos que sean los métodos suaves, no hay que exagerar; un poco de energía enseñará a los mexicanos que nuestra paciencia tiene límites, y que hemos sido excesivamente benignos hasta ahora y nos damos cuenta, al fin, de que no merecen tanta consideración.» Triste carta para una novia; y la concluyó disculpándose de su malhumor. «Esta tendencia de ver negras las cosas se atenuará luego que estemos otra vez en marcha, en tres días, pero por desgracia no durará mucho esa distracción, ya que no hay más de doce leguas que cubrir y no tendremos el gusto del más leve encuentro en el camino.»

Un poco más lenta, pero no menos seguramente que el capitán Blanchot, el capitán Loizillon llegó al punto de echar pestes a la dirección de la expedición. «Se devora uno el corazón —confesó— viendo cuán poco esfuerzo se realiza para sacarnos de esta situación en que nos vamos hundiendo desde nuestra llegada a México. Nos obligan a ocupar Jalapa, y nos preguntamos para qué…» Jalapa no tenía importancia táctica ni estratégica, en tanto que Perote era realmente una llave del reino, pues dominaba el acceso a la altiplanicie, abarcaba una vasta cuenca granífera, y desafiaba a las guerrillas que cortaban las comunicaciones con la costa. Nada hubiera sido más fácil que ocupar Perote, porque los mexicanos, presos de terror pánico, estaban resueltos a abandonar la defensa y habían intentado hacer volar una gran fortaleza allá, y ni eso habían logrado. Nunca jamás se había hecho tan ardua una campaña tan fácil.

Con la llegada de Bazaine, se empujó el avance hasta Perote, pero un trecho de doce leguas, alargado por aguaceros torrenciales, no lograba aliviar el humor negro que el capitán

Loizillon llevaba ya en la sangre. Perote era un pueblecito triste. Ya no le interesaban las consideraciones tácticas. Perote era un pueblecito triste camino a Puebla. Perote era un pueblecito triste camino a ninguna parte. Perote era simplemente un pueblecito triste. No había nada que valiera la pena de conmemorar sino el tiempo. El tiempo era triste. De noche el frío era intensísimo, y de día cuando se despejaba el cielo, y raras veces se despejaba en esos días de fines de diciembre, soplaba un viento glacial que entumecía los labios cerrados y helaba la sangre en las venas y paralizaba todo pensamiento, y torbellinos de arena seguían a torrentes de lluvia, «y lo que dista mucho de consolarnos es que sucede lo mismo en todas partes de este Paraíso perdido que se llama la altiplanicie de Anáhuac».

Premio de alcanzar Perote fue otro trecho de inactividad intolerable. El tedio de la vida era más tétrico que la tumba. Para aliviar su humor atrabiliario, Loizillon se fue a un velatorio; siendo este recreo una de las costumbres del país, quería conocer un pasatiempo popular. La difunta era la mujer de uno de los oficiales de Márquez; había dado a luz en Jalapa, seguido la marcha bajo las lluvias invernales, y perecido a la intemperie en Perote. Los mismos naturales no se aclimataban a la tierra maldita. La mujer yacía en el suelo de una choza, entre cuatro velas que la calentaban por primera y última vez sobre la faz de la tierra, y con una mirada a los pies yertos y negruzcos, el capitán y sus compañeros salieron al aire fresco. Pero no. Importunados por una mujer que les pisaba los talones llorando y ofreciéndoles cigarrillos, se rindieron a sus súplicas y regresando a la choza, pasaron un rato sentados en el suelo y fumando a la luz de las velas. Para matar el tiempo, la mujer sacó de bajo el cadáver una botella, y un niño se la ofrecía a los franceses, que la pasaron de mano en mano y abandonaron el terreno definitivamente y sin permiso, perseguidos por sus lamentaciones. Más tarde, supieron que la mujer, hermana de la difunta, contaba con ellos para comprarle un ataúd; se cotizaron para costear su ensueño y se resignaron a la vida cochina en Perote. Todo terminaría algún día. Para fines de enero, sin duda, se encontrarían en México, o en Puebla, o en Perote. ¡Hijo!

Cada correo de Francia agudizaba el enfado, ya muy generalizado en el ejército, provocado por la demora de la expedición. También en París se preguntaba por qué nada pasaba en México, y la prensa esperaba con impaciencia la noticia de algún suceso de relieve. Resultaba increíble que la segunda expedición quedara parada, lo mismo que la primera, por la falta de transportes. Resultaba inadmisible, después de la

experiencia del almirante, que no se hubiese preparado tan indispensable servicio. Resultaba absurdo que se tuviera que recurrir a la misma improvisación, y en escala mayor y con mayor pérdida de tiempo, para mover el ejército. Por increíble, inadmisible, absurdo que fuera, era, no obstante, la pura verdad. Fue preciso mandar al almirante, reincorporado a la armada, a Tampico para transportar mil doscientas mulas, y después de ocupar un puerto de gran valor estratégico, abandonarlo a la fiebre. Fue preciso mandar a Nueva York y solicitar permiso de Washington para hacerse de transportes, y hasta a Venezuela, para suplir las deficiencias en Veracruz. La falta de previsión hubiera sido escandalosa de no haber sido tan normal en el Ministerio de la Guerra. La mismo pasó en Crimea; pero en México resultaba imperdonable, porque la desorganización de la expedición la desacreditaba ante los ojos del mundo, en el momento mismo en que la atención se enfocaba sobre las vastas pretensiones de Francia de organizar y regenerar a un pueblo cuya incompetencia congénita constituía precisamente el *casus belli* ostensible. Y como si eso fuera poco, un grupo de oficiales prusianos acompañaban al ejército en calidad de observadores profesionales. Su presencia era sumamente inoportuna. Acababa de aparecer un folleto firmado por el príncipe Karl Friedrich de Prusia y titulado *El arte de combatir a los franceses*, que causó sensación en el mundo militar. Bismarck preparaba el engrandecimiento de Prusia, y Moltke aprovechaba todas las oportunidades para mandar al extranjero a sus oficiales más capacitados. Los había en la Legión Extranjera Francesa, y no pocos, y todos surtidos del mismo pretexto: un duelo con un oficial de mayor graduación que les obligaba a expatriarse, pero andando el tiempo todos fueron graciados y se reintegraban al ejército prusiano, y resultaba que eran emisarios del Estado Mayor comisionados para estudiar algún punto técnico de la organización militar francesa. Aquellos que acompañaban a la expedición mexicana no tuvieron que recurrir a tales subterfugios. Preciándose de la perfección de su organización militar, los franceses acogieron con gusto a los observadores acreditados de Berlín: deferentes, corteses, simpáticos, sociables, si eran espías, eran por lo menos los espías inás francos y fraternales del mundo. A uno se le ocurrió decir un día: «Adoptamos las teorías del emperador Napoleón sobre las nacionalidades, y estas teorías nos autorizan a reivindicar Alsacia como territorio alemán.» La observación parecía muy original; pero los franceses hubieran preferido contestarla en cualquier parte del mundo, menos en México, en aquel momento.

Censurar condiciones era, por supuesto, censurar personas, pero el blanco de las censuras del ejército no era el ministro de la Guerra en París, sino el comandante en jefe en México. Según la opinión de los oficiales del Estado Mayor, el Ministerio de la Guerra adolecía de un defecto burocrático muy conocido en Francia: la centralización excesiva de los servicios administrativos; los omnipotentes burós del Ministerio, reacios a delegar sus facultades a los comandantes en servicio activo, paralizaban la iniciativa y entorpecían la marcha de la empresa; y la rivalidad tradicional de los ministerios de Guerra y Marina, celosos de su independencia y poco dispuestos a colaborar, agravaban estas dificultades administrativas. A tales estorbos imputaba la plana mayor las demoras y la mala administración de la expedición; pero el ejército echaba la culpa al comandante en jefe, que llevaba la responsabilidad de la campaña, y que era vulnerable por más de una razón. Su actuación en la guerra de Crimea fue poco satisfactoria, tal vez porque servía entonces bajo el mando de un general a quien se le había postergado; tal fue, por lo menos, la defensa de sus parciales. En Italia, en cambio, donde militaba con las manos libres, se había cubierto de gloria. El general Forey se hallaba muy lejos de ser un incompetente; por el contrario, adolecía de una hipertrofia de ciencia profesional. Investido con la confianza del Emperador, iniciado en la idea napoleónica, responsable de la realización del experimento supremo del Segundo Imperio, y estudiado por Junkers, tenía todos los motivos para hacer méritos y no podía permitirse el lujo de errores. Escrupuloso y prudente, y un tanto pachorrudo por temperamento, acataba las instrucciones del Emperador al pie de la letra, resuelto a no caer en los yerros de Lorencez y prefiriendo pecar en el sentido contrario, preparando su marcha metódica, paciente, teutónicamente, subsanando deficiencias y omisiones, previniendo las eventualidades, y negándose a marchar hasta andar sobre seguro. El comandante en jefe se garantizaba contra las Parcas y pagaba la prenda con la popularidad.

El grado de censura variaba, sin embargo, según el grado militar de sus censores. El coronel du Barrail, por ejemplo, era indulgente. Hacía mucho que había ganado sus galones en África, y habiendo quedado detenido en Argel por los dictados burocráticos del Ministerio de la Guerra, comprendía perfectamente las dificultades del comandante en jefe en México. Combinando la sensibilidad de un Blanchot y la sangre fría de un Loizillon con madurez y experiencia, el coronel du Barrail tenía la ventaja de un temperamento bien equilibrado.

Juicioso y equitativo, siempre miraba las cosas del lado más favorable y si pecaba, pecaba de amabilidad; militar de buena boca, exaltaba de buena gana los méritos de sus compañeros y no hablaba nunca en desabono de nadie, a menos que maltratara a los animales. Eso sí lo hería hondamente. En la travesía simpatizó con cuatrocientos cincuenta caballos, porque «siempre adoraba yo a esos animales y les miraba casi como hijos, hijos de una raza inferior, sin duda, menos entrañable que mis soldados, pero hijos no obstante»; y viéndolos apiñados entre puentes en condiciones inhumanas, empacados «como sardinas en un barril o naipes en una baraja», ludiéndose con los embates del mar y apenas con la posibilidad de respirar, y sabiendo que el caballito árabe bebía los vientos, el coronel sufrió una tensión nerviosa muy severa hasta llegar a Veracruz. Allá sobrevino el colapso. La tripulación, luchando con el amontonamiento de bípedos y cuadrúpedos que dificultaban el desembarque, descargó los caballos sin cuidado sobre la chalana, y cuando por colmo un marinero dejó caer una yegua de vientre sobre sus hijos, el coronel cayó sin conocimiento en la cubierta.

Su primera impresión de México era tétrica. El paisaje era tan parecido a África que semejaba un trecho del Sahara trasplantado a América, y con once buques naufragados en el fondeadero de Veracruz y la Isla de Sacrificios llena, como un acerico, de las cruces de tumbas francesas, se felicitó de recibir la orden, algunos días más tarde, de salir con una ambulancia para Puente Nacional, para relevar un batallón enfermo que había abandonado la marcha del general Berthier a Jalapa. Pero estando enfermo también, tuvo que regresar a Veracruz y ahí se quedó hasta fines de diciembre. Bazaine ofreció repatriarlo, pero una atención tan ofensiva le hirió profundamente y la rechazó con indignación, resuelto a encontrar la muerte o a recuperar la salud en Veracruz. El coronel Du Barrail era el único miembro del Cuerpo Expedicionario, quizás, que resintió la consideración del general Bazaine, y Bazaine era el único comandante a quien juzgó con severidad. «El general Bazaine era uno de nuestros comandantes más conspicuos y más populares —dijo en sus Memorias—. La guerra de Oriente y la campaña italiana habían llamado la atención sobre él, colocándolo en la primera fila de aquellos que parecían tener un porvenir ilimitado. Disfrutaba de los favores de la opinión pública y de las confidencias y de la gracia del Soberano. Bajo los atractivos del buen humor, a lo que se prestaba un cuerpo un poco repleto, y una buena cara vulgar, iluminada por ojos muy

inteligentes pero siempre semiabiertos, disimulaba una mentalidad perspicaz y hábil, tal vez demasiado hábil. En su larga experiencia de los asuntos árabes, había adquirido los secretos no de esa gran diplomacia que ve las cosas desde arriba y las mira de lejos, sino de esa astucia que consiste en moverse entre intrigas y aprovecharlas, sin aparentar participar en ellas. Su valor, universalmente reconocido, era imperturbable; ante el peligro se mostraba absolutamente impasible; afectaba la coquetería de la indiferencia, lo que le valió mucha estimación entre sus ayudantes. En esos principios de la expedición, estaba ya en el auge de su buena suerte militar y aún no había despertado por su conducta demasiado hábil ninguna duda de la lealtad de su carácter. En su fuero interno, se creía cien veces superior en inteligencia y talento al comandante en jefe; pero parecía disimular su superioridad dejando que otros lo proclamaran y bastante fuerte para que la resonancia llegara a París en donde acabó por hacerse oír.»

La opinión que se formó de Bazaine le predisponía, pues, en favor de Forey. Luego que su salud le permitió volver al servicio activo, se fue a Orizaba. Invitado a comer con el comandante en jefe, tuvo una sorpresa muy grata al observar su comportamiento en medio de grandes dificultades. «En vez del comandante estirado, encerrado en su dignidad, que pensaba encontrar, conocí a un hombre amable, a un charlador interesante y a un anfitrión que se empeñaba en crear un ambiente informal y agradable entre los invitados que se sentaban a su mesa. Reservaba para el servicio, y para las ocasiones en que se ejecutaban mal sus órdenes, sus desfogues de ira, tan terribles pero tan breves, que le dieron una reputación persistente, pero inmerecida, de violencia y brusquedad.» Pero había otro personaje en Orizaba con quien nadie se acomodaba fácilmente, y que era también responsable de la situación. «El general Forey, esclavo de los deseos del Emperador, se empeñaba en mantener buenas relaciones con M. Dubois de Saligny e insistía en que sus oficiales, de paso por Orizaba, cumplieran con las obligaciones de cortesía respecto al ministro de Francia. A mí el general no me ocultó su pensamiento. Al día siguiente me enteré con exactitud de la hora en que no encontraría a M. de Saligny en casa y deposité mi tarjeta de visita en la puerta —atención que no fue correspondida— y nunca tuvimos otras relaciones. Compartía yo, no lo niego, las prevenciones y las repugnancias que este diplomático despertaba en el ejército, y que su camarilla contribuyó mucho a aumentar. Esa camarilla se componía en

gran parte de *déclassés*, de gente que por su propia culpa había perdido una situación respetable en Francia y que vino a México en busca de una nueva carrera, entre la confusión general, bien intrigando para conseguir los grados principales en el ejército que el partido conservador trataba de organizar, bien ocupándose con los negocios. ¡Y todos sabemos cuán flexible es esta palabrita: negocios! Los tratábamos un poco como leprosos.»

Desde Orizaba el coronel siguió su marcha hasta la mesa superior para reincorporarse al regimiento de caballería bajo el mando del general De Mirandol. Al llegar a las cumbres de Acultzingo, quedó maravillado por lo que el general de Lorencez había logrado ahí. «Figúrense una muralla vertical de una altura prodigiosa, llegando hasta donde alcanza la vista, sin descubrir un punto en donde se pudiera pasarla sin alas. ¡Ningún camino, ninguna grieta, nada!, únicamente al fregarla con la nariz, por decirlo así, se descubre una fisura… La Naturaleza todo lo ha hecho para que el paso fuera invencible. Es una serie de posiciones formidables, donde un puñado de hombres de pecho pueden detener a un ejército, y al contemplarlas no alcanzábamos a comprender cómo nuestra infantería logró desalojar a las tropas mexicanas, que sólo simularon disputarles el paso.» Más incomprensible aún, al llegar a su puesto en San Agustín de Palmar, a poca distancia de Puebla, le parecía la prudencia que paraba el avance allá. Aquí, en la altiplanicie, donde tan fácil era vivir, pues las patrullas del enemigo se hicieron ojos de hormiga luego que los binoculares las localizaban, el coronel du Barrail alcanzaba una vista panorámica de la situación; y al fiscalizarla desde aquellas alturas, le pareció menos perdonable la prolongada inactividad de Forey, cogido en aquel hoyito de Orizaba allá abajo. La fecha era de fines de enero; los transportes llegaban de Nueva York, de Nueva Orleáns, de Venezuela; el material de sitio subía de Veracruz, y no obstante, las hojas de su diario no indicaban seña alguna de progreso. Esas hojas, esas hojas secas, se marchitaban bajo la marcha polvorosa del invierno. «Se acercaba el momento en que podríamos ponernos en marcha, y por cierto que era imperativo, ya que una demora más larga hubiera desmoralizado al ejército. Los oficiales ya no comprendían las tergiversaciones del comandante en jefe, que permanecía en Orizaba para que su jefe de Estado Mayor tuviera tiempo de recuperarse de una pierna fracturada, y su inquietud repercutía y se agravaba entre las filas. Los mexicanos, perfectamente enterados de la situación, la explotaban. Su gobierno nos

inundaba con proclamas que manifestaban sus sentimientos amistosos para Francia, su admiración del ejército… En los regimientos que llegaron primero, ya había algunas deserciones. Esto purgaba el ejército de sus peores soldados, expulsando de las filas a quienes no merecían figurar en ellas, pero tal tendencia no podía tolerarse mucho más, porque se hubieran ido, después de los malos, los mediocres, y anticipábamos con alegría el momento en que no tendríamos más relaciones con el enemigo que cañonazos.» Sin embargo, la tendencia se acentuaba, «la ausencia del comandante en jefe paraba todas las operaciones, pues el general Forey, que frenaba a sus lugartenientes, se hubiera ofendido, si sus subalternos se hubieran permitido la más leve acción guerrera, sin su dirección y supervisión». El comandante en jefe le preocupaba más que el Ministerio de la Guerra; y le costó un esfuerzo conservar su ecuanimidad habitual. Los mexicanos concentraban sus fuerzas en Puebla sin oposición; y al enemigo le hizo justicia. Justo era reconocer que «Juárez aprovechaba el tiempo que le dimos y no escatimaba esfuerzo para ponerse a la altura de las circunstancias y dar un carácter nacional a la lucha que sostenía en defensa de la independencia de su país». Esto podía decirse, sin incurrir en traición ni en nerviosidad; pero —¡ojo!— no había que abusar del animal humano.

Efectivamente se acumulaba el combustible de una situación muy inflamable. A medida que transcurrían los días, las semanas, los meses, la crítica dirigida a la dirección de la expedición cambiaba de rumbo y se enfocaba a sus finalidades. De sus finalidades la tropa sabía sólo lo que leía en las proclamas del comandante en jefe y en los periódicos de París. La redención de México era la solapa oficial para la ocupación; la única misión que interesaba a la tropa era la redención de la bandera, y el soldado raso se impacientaba para cumplir su misión y regresar a Francia. Los días sin novedad le daban tiempo de sobra para pensar. Se puso a discutir las explicaciones oficiales y a sustituirlas con las suyas propias, y como las impropias alcanzaban la mayor circulación, se difundió la versión de que la verdadera causa de la guerra era la redención de los bonos Jecker. Un amigo de la casa, al regresar de México, declaró que la cuestión era tan candente que por lo pronto era intocable. En todas partes —en los cuarteles, en Veracruz, en el paquebote—, todo el mundo discutía los bonos; de un derivado de la intervención se habían vuelto el propio *casus belli*; la propaganda procuraba indignar a la oficialidad, y con tanta fortuna que, por su parte, el informante no había encontrado a

nadie que se atreviera a defender los bonos, sino M. de Saligny. En cuanto al Oso, como se apodaba a Forey, agobiado como estaba por sus propias operaciones, era punto menos que imposible interesarlo en las ajenas.

Para el Banco esto significaba un contratiempo, pero solamente un revés temporal, aseguraba el sobrino de Jecker en París, al informar a su familia en Suiza. «Luego que el ejército, persuadido por los agentes de Juárez de que nuestra casa es la causa de la guerra, vea la bandera tricolor ondeando sobre las torres de México, ya no nos aborrecerá, porque el país es rico y bonito, y el ejército debe de haber sufrido mucho, confinado en Orizaba.» Claro. No había nada tan inflamable como una postema, y Jecker acababa de naturalizarse ciudadano francés. La prensa francesa —agregó— reservaba todavía los grandes proyectos del Emperador, por temor de contrariar a los ingleses, pero los planes de colonización, de un trono y de un protectorado, que no pasaban de ser una especulación y un ensueño un año antes, avanzaban a la sordina y pronto serían hechos consumados, y muy en breve los intereses menores del banco en México, las minas y las inversiones en Sonora, en Tehuantepec, en Taxco, y en Matamoros, reportarían frutos. Entretanto, la consigna era *paciencia*. «El carácter del Emperador es todo paciencia; ha tenido muchas molestias con México, pero no ha precipitado nada. En eso se dice que tiene mucho parecido con Jecker.» La paciencia del Emperador bastaba para asegurar al banco. Entretanto, empero, el ejercito en México siguió creyendo que la expedición no era más que una estafa, y nadie alcanzaba a comprender la gran cualidad que tanto asemejaba al Emperador de los franceses a M. Jecker.

10

«¡Si sólo los mexicanos (*les derniers des hommes*) propinasen una vez una paliza a los *crapauds*! —escribió Marx a Engels en noviembre—. ¡Pero los mismos perros —los llamados burgueses radicales— hablan ahora del *honneur du drapeau*!» Las apuestas no favorecían a los mexicanos en aquella fecha; sin embargo, en algunos aspectos los predilectos de Marx llevaban la ventaja. Si la moral de un ejército a la ofensiva se deterioraba con la inactividad y las demoras prolongadas, no menos dura para los defensores resultaba la prueba prolongada de aguardar el ataque; pero del otro lado de las montañas no había evidencia visible de nerviosidad. Los sentenciados no podían permitirse el lujo del aburrimiento o del malhumor o de la impaciencia o de la falta de preparación; la virtud suprema de la autoconservación impuso y produjo una reconcentración intensa, y la moral de la nación se afirmaba cada vez más a medida que se acumulaba el orden de batalla en su contra. Los preparativos para la segunda defensa de Puebla fueron ultimados a fines del año de 1862. Una guarnición de 20 mil hombres ocupaba la plaza, una fuerza auxiliar de 5 mil resguardaba la capital, y los estados prometieron 15 o 16 más. Estos recursos representaban la capacidad máxima del país, pero se esperaba la contienda con calma, porque la superioridad militar de los franceses tenía un contrapeso en varios factores morales que favorecían la defensa.

La idea napoleónica se divulgó al mundo al mismo tiempo que el segundo cuerpo expedicionario salió de Francia. *L'Esprit Publique*, diario asalariado que recibía sus inspiraciones del Ministerio del Exterior, publicó un artículo que glosaba la idea orgánica, y que permitió a la prensa mexicana captar claramente por primera vez el pensamiento del Emperador. «La grandeza y el alcance de la expedición francesa a México son tales —declaró el articulista—, que si el gobierno imperial hubiera cometido mil errores, los salvaría todos al dirigir bien esta alta empresa. Como ya lo hemos dicho en otra ocasión, la expedición a México no es ninguna improvisación política. Es una idea lentamente madurada en la cabeza del jefe del Estado. La idea de impartir auxilio en todas partes a la raza latina, amenazada por los grupos griegos y anglosajones, no es de aquellos espectáculos ante los cuales los observadores políticos pueden permanecer indiferentes. En la situación actual, el solo hecho de ocupar un punto cualquiera en el Continente americano, es un acto sumamente oportuno. Fijar un límite a

esta ocupación sería imposible. La diplomacia puede determinar cuándo hay que iniciar una marcha, pero no puede ni debe decidir cuándo hay que regresar. Lo importante era dar con los motivos para ir a América. Napoleón los ha encontrado y los ha aprovechado, y el porvenir comprobará que ha hecho bien.» Con el mismo candor siguió la exposición: «Con la expedición a México el emperador Napoleón sigue desarrollando el sistema político que inauguró el día en que solicitó la ascensión de España al rango de las grandes potencias; continúa lo que inició en Italia al rechazar a Austria, en el cuadrilátero, negándole la Fortuna la oportunidad de ahogarlo en el Adriático; la idea se desprende, la política del reinado aparece con el genio que le es propio; se siente que Francia, con un golpe genial, acaba de recobrar la dirección del grupo latino, abandonado desde la muerte de Luis XIV… Sola, absolutamente sola, Francia cautiva la imaginación de los pueblos, y la cautivará mucho más cuando los pueblos comprendan que Francia va a México no sólo en nombre del grupo latino, no sólo para abrir acaso una Argelia americana a nuestro ejército y a nuestros colonos, devorados por la necesidad de empleo, sino en aras de una idea más grande y más elevada, que pertenece a todas las razas y a todos los pueblos sin distinción, y de todos amada: la libertad. Al tomar posición en el territorio mexicano, Francia pone coto a la invasión de los invasores del Sur. La Unión Norteamericana, quebrantada ya por el conflicto actual, y que amenazaba con absorber a Cuba, a todo México y a las repúblicas meridionales, queda contenida en su marcha. Y aquella marcha, no hay que olvidarlo, era la marcha de la esclavitud. Al ocupar los puntos principales de México, Francia dice a la esclavitud: ¡Hasta aquí, de aquí no pasarás! Quita a la Inglaterra el monopolio del abolicionismo, y toma, además, una posición en el conflicto americano tan fuerte como lo fue nuestra posición en Roma en el conflicto italiano, sin tener la dificultad de conciliar los intereses del Papado con los de los nacionalistas… Inauguramos en vasta escala y con dimensiones que no tardarán en revelarse, la contraofensiva de la Doctrina Monroe». Todo el artículo era una reprobación dirigida a los miopes y los escépticos. «Hay algo sumamente desgarrador al oír decir a cada paso: ¿Para qué sirve esta expedición? ¿Por qué estamos gastando tanto dinero? ¿Qué vamos a hacer bajo ese cielo implacable, donde reina la fiebre amarilla y el vómito negro? Y mientras algunos franceses degenerados expresan tales dislates a la sombra de sus celosías cerradas o de los entrecielos de nuestros cafés, un puñado de soldados heroicos afronta a la vez los rigores del clima y los ataques de un enemigo veinte

veces superior numéricamente, sacrifican la vida por una idea que quizás no comprenden, porque para ellos el honor de la bandera es una razón suficiente».

Precisamente. Zarco dedicó no menos de siete números de su periódico y toda la paciencia de que su lúcida inteligencia fuera capaz al análisis de tan noble apología, y al fin y al cabo se declaró absolutamente aturdido. «¿Qué quiere decir este intrincado galimatías? ¿Qué tiene esto que ver con la cuestión mexicana? —concluyó, cansado—. A falta de razones de justicia y de conveniencia, es preciso aplaudir con bombo chinesco y platillos la política imperial, y es menester recurrir a la hojarasca de las citas históricas, de la cuestión de razas y de religiones, para no decir nada en resumen, y así llenar las columnas de uno de los más famosos diarios de París, intérprete de los planes de Napoleón III. Interpretar el sentido de este pasaje en que andan confundidos Luis XIV, los greco-eslavos, los anglo-sajones, los latinos, los católicos españoles, los ultramontanos y los galicanos, y percibir la conexión que todo eso tenga con la nueva política francesa en México, es empresa más ardua que la de comentar el Apocalipsis. Renunciamos a ella de buena gana, limitándonos a esperar por otro paquete la solución de estas atrevidas charadas del *Esprit Publique*, si es que M. Castillo no tiene ya, como su Mecenas, sus pretensiones a ser incomprensible.» Incomprensible, en verdad, era la única palabra aplicable a la más reciente versión de la intervención. El único mérito que tenía era la confesión franca de que toda explicación anterior fue sólo un pretexto, explotado y descartado para servir la idea dominante del reinado: la creación de una Argelia americana. Pero ¿por qué embrollarla en un fárrago tan fantástico de razones rebuscadas? ¿Por qué buscar tantos motivos cuando bastaba sólo uno? ¿Por qué cargarla con tantos motivos impertinentes, a menos que aquello no bastara? ¿Por qué recurrir ahora a inflar los pulmones y lanzar la idea medular con un aparato tan pesado de accesorios extravagantes, malconcebidos y vulnerables, que se prestaban a la refutación con sólo exhibirlos? La transformación de una conquista colonial en una cruzada racial era un golpe de teatro barato que erraba el tiro, y al agigantar la idea, le restaba solidez y profundidad. ¿Qué inspiración más desorbitada que la pretensión de Francia de encabezar un hipotético grupo latino? ¿Qué mortificación más punzante para España que la ostentación de la protección francesa y de la prerrogativa familiar de apropiarse sus antiguos dominios? ¿Qué proposición más ofensiva a Italia que la invitación a asociarse a tal coalición?

El rey Víctor Manuel ya había rechazado una proposición de participar en la expedición, y la noción de recuperar el Véneto a expensas de México había indignado a los estudiantes y obreros italianos que la denunciaron públicamente: noción que había llegado a ser el hazmerreír del Continente, incluso de la siempre solemne pero esta vez sonriente Corte de Viena. ¿Por qué hablar de rechazar a los austriacos dentro del cuadrilátero y ahogarlos en el Adriático, cuando se acababa de ofrecer un trono en México a Maximiliano? ¿Y qué ventaja había en antagonizar al grupo anglo-sajón y desafiar a los ingleses y a los norteamericanos simultáneamente? En el hemisferio latino del Nuevo Mundo, la extensión de la protección francesa ya había provocado protestas de simpatía y solidaridad con México; en el hemisferio septentrional, la iniciación de la contraofensiva a la Doctrina Monroe no necesitaba reiteración. ¿Y por qué suscitar la cuestión de la esclavitud? La selección de México, donde la esclavitud fue prohibida desde que nació la nación, como barrera abolicionista, era una ofensa gratuita al beligerante en la guerra civil norteamericana favorecida por el Emperador, y de lo más inoportuno en el momento mismo en que Lincoln ponía en vigencia la Proclama de Emancipación. Raras veces se había visto una recopilación más completa de disparates tan impolíticos. Y si la impresión de estas apologías surtidas estaba perfectamente calculada para ofender a todo el mundo en el exterior, ¿qué efecto habrían de surtir en el pueblo francés, lanzado a solas a una aventura universal? Los pretextos primitivos de la expedición, que por lo menos eran inteligibles, se sustituían ahora con una ficción inflada, concebida para deslumbrar un público escéptico, poco convencido de las ventajas positivas y temeroso de los riesgos palpables de la empresa; y a aquel público se le informaba que no podía ni debía fijar límites ni término a la aventura. ¿Cómo descifrar tal fárrago de colosales consecuencias? De no haber sido las revelaciones del *Esprit Publique* indiscreciones calculadas de un órgano gubernamental, sería increíble que reflejaban fielmente los pensamientos del Emperador. El autor parecía ser sordo y ciego; y por desgracia, no era mudo también.

Pero el artículo era significativo precisamente por ser incomprensible. La evolución de la idea era el indicio más fidedigno de la distancia cada vez más visible que mediaba entre el Emperador de los franceses y el pueblo francés, y la versión más reciente de la intervención era una revelación valiosa de la mentalidad de Napoleón y de los peligros evidentes de la empresa, apenas disimuladas por la megalomanía que los

minimizaba. «*Esprit Publique* lo dice —concluyó Zarco al terminar su diagnosis—. La diplomacia napoleónica no sabe adónde va, no tiene un fin determinado, y así puede ir cambiando con las fases de la luna.» En fin de cuentas, esto constituía una ventaja para la defensa. «Si en diplomacia se ha de comenzar una empresa, sin saber cómo ni cuándo ha de concluir, no hay que extrañar el embrollo que en todas partes produce la influencia francesa, en Turquía y en Italia, como en México. Caminando al acaso y sin plan, nada justo, nada sólido, nada grandioso puede consumarse.» Pero entre las múltiples y proteicas transformaciones que sufría la idea un concepto permanecía claro y constante, perfectamente positivo y perfectamente comprensible. «En México, sin esperar sibilas que nos expliquen estos modernos oráculos, comprendemos perfectamente que se trata de arrebatarnos nuestra independencia, y esto nos basta y nos sobra para frustrar el grandísimo proyecto de la fundación de la Argelia americana y de la comedia de magia en que se cree que la opresión de México ha de resolver todas las cuestiones que Napoleón III ha embrollado en el viejo Continente.»

Las versiones sucesivas de la intervención pusieron cada vez más en evidencia su debilidad orgánica. La propaganda francesa se empeñaba en distinguir entre el pueblo mexicano y el partido en el poder, garantizando al pueblo plena libertad en la elección de un gobierno, menos de aquel que la nación se había dado en el libre ejercicio de su voluntad. Tan poca impresión produjo esta táctica en la defensa del país, que la prensa oficial en París había llegado al punto de librar una guerra particular contra el Presidente. En los albores de la intervención, Wyke había imputado la política francesa al rencor personal de Saligny contra Juárez; ahora todo el coro de órganos asalariados quedaba reducido al nivel de Saligny. Pérfido, mañoso, sanguinario, salvaje, despótico —todo el vocabulario de vilipendio fue puesto a contribución para desacreditar al mandatario mexicano—, y por obvia que fuera la táctica, Zarco creyó de su deber dedicar un artículo a tal fase de la campaña, ya que lo más obvio era ahora lo más incomprensible. «El odio a Juárez aparece como monomanía de la Francia, y como objeto y motivo de la guerra. El efecto de estas estudiadas declaraciones ha sido nulo en todo el país, que se ha esforzado más en identificar su causa con la de su gobierno. ¿Qué nos importa, en efecto, que la personalidad del Presidente de la República elegido por el voto libre de los conciudadanos, sea más o menos antipática al Emperador de los franceses? ¿De cuándo acá esta

antipatía pueril, irracional e infundada, ha sido justa causa de guerra? Juárez ante el mundo no es más que el representante legítimo de la nación mexicana. ¿En qué se funda el odio de la Francia al Presidente Juárez? En nada absolutamente… Para nosotros es ya una verdad que no hay un fin determinado en la política de Napoleón en México, y que camina al acaso y a la aventura, sin hallar cómo explicar él mismo sus designios, y cambiando de pretexto para continuar la guerra. Uno de esos pretextos, y el más pueril e infundado de todos ellos, es el odio a Juárez, pretexto que no merece tomarse ni por un instante en consideración por el pueblo mexicano, obligado a sostener a un tiempo su independencia, sus instituciones y el gobierno que de éstas se deriva.»

Pero estos disparates fueron fructíferos. No fueron meras sinrazones que erraron el tiro y cayeron sin estallar en tierra mexicana: produjeron una impresión, provocaron una apreciación más profunda del Presidente, ocasionaron un reconocimiento fresco de sus consabidas virtudes. Tributos a su integridad, su tenacidad, su dignidad, su firmeza, su fe, aparecieron en la prensa; la propaganda francesa, obtusa y contraproducente, aumentaba su prestigio, obligando a sus compatriotas a reconocer lo que de otra manera hubiesen aceptado inconscientemente. Lo conocido despertaba la conciencia. El trasunto del Presidente era siempre lo mismo, sin cambios, sin retoques; ni una pincelada más ni una línea menos; pero la impresión era fresca y distinta, realzada por el contexto que le servía de fondo y de marco. Inmune al tiempo, pero intensificado por sus claroscuros, el hombre cobraba estatura con la escala de los acontecimientos: la presión de fuerzas mundiales era un fulcro que, dejándolo inconmovible, lo levantaba hasta la eminencia mundial; la inflación de la idea napoleónica prestaba al antagonista una elevación real, y nada era más natural que contraponer, en un artículo patriótico, como lo hicieron sus compatriotas, el protagonista de la nación a su adversario personal y concentrar la cuestión mexicana en dos palabras: Napoleón y Juárez.

Nunca antes se había identificado el Presidente tan profundamente con su pueblo. Ahora, al fin, la integración era completa. Las filas se abrieron para revelarlo y se cerraron para abrazarlo, y con la contracción de la nación en torno de su representante, se hizo patente que el Presidente formaba parte orgánica de ella, consustancial, indivisible, indisoluble, inseparable de su esencia: una necesidad biológica de su supervivencia. Se verificaron ahora, al pie de la letra, las

palabras que Juárez pronunció al terminar su último periodo de gobierno en Oaxaca en 1857: «El gobernante no es el hombre que goza y que se prepara un porvenir de dicha y de ventura; es sí el primero en el sufrimiento y en el trabajo y la primera víctima que los opresores del pueblo tienen señalada para el sacrificio.» Sobre él estaba enfocado el destino adverso de la nación, y en él, su voluntad invencible; personificación de la reciedumbre de un pueblo, el fenómeno que magnifica una personalidad con su difusión entre muchos se manifestaba en la devoción que inspiraba. Algunos de sus admiradores lamentaron su modestia, su modestia excesiva, pero aplaudiendo la forma en que se manifestaba: su «tacto exquisito en la selección de los hombres»; su discernimiento al delegar su autoridad; su acierto en justipreciar a los que, compartiendo con él la defensa del país, tenían que ser, cada uno a su vez, un Juárez. Los hombres que hicieron sus veces comprobaban su propia capacidad; sin embargo, fue precisamente aquel don lo que provocó los ataques de sus detractores, pues detractores los tenía todavía. Los detractores domésticos constituían el índice de la crisis, el barómetro del ánimo popular en vísperas de la batalla.

Lo que de nerviosidad había en el ánimo público se enfocaba, naturalmente, en los nombramientos militares del Presidente. Zaragoza falleció en septiembre, víctima del tifo que contrajo durante un recorrido de las cumbres en días de vientos y lluvias, y el Presidente encomendó a González Ortega la segunda defensa de Puebla. Este nombramiento era irreprochable y político. Obligatorio en el concepto de muchos, acallaba la fricción sorda entre el Presidente y el Vicepresidente presunto. Sus relaciones eran cordiales. González Ortega se subordinó lealmente al Presidente y demostró su lealtad siempre que se le presentó la ocasión. Obligado a referirle una comunicación de Forey, muy elogiosa para él mismo, pero hiriente para Juárez, la remitió con disculpas profusas; lo que obligó al Presidente a recordarle que las hostilidades personales carecían de importancia y que no había motivo de apenarse por tales miserias; fue ésa una de las pocas ocasiones en que aludió a sí mismo, y se limitó a lo axiomático. Con la misma lealtad, González Ortega le puso en guardia contra las intrigas urdidas en el cuartel en favor de Comonfort. En el verano de 1861, el ex Presidente, después de tentar el vado, pasó la frontera y se refugió en Monterrey, amparado por Santiago Vidaurri, quien, de vuelta a su feudo, alternativamente desafiaba y eludía la demanda del Congreso para la extradición y enjuiciamiento de

su protegido; y para resolver la disputa Juárez amnistió a Comonfort en 1862 y le ofreció la oportunidad de rehabilitarse en defensa de la patria, confiándole el mando del ejército auxiliar que debía cubrir la capital y colaborar en la defensa de Puebla. Este nombramiento también era político, pero provocó acres censuras en el ejército y algunos comandantes se negaron a militar bajo sus órdenes. La impopularidad de Comonfort pesó tan poco en la decisión de Juárez como la popularidad de González Ortega; en ambos casos la patria primero estaba; pero sus detractores imputaron ambos nombramientos a motivos personales y políticos inconfesables.

En diciembre el Presidente visitó Puebla para inspeccionar los preparativos de defensa y para repartir medallas y condecoraciones entre los héroes del 5 de mayo. Nadie disputaba los honores que merecieron los muertos, ni siquiera los sobrevivientes, pero sus sucesores cayeron mal con un oficial que no admiraba ni a Comonfort ni a González Ortega, y que discutió los nombramientos con el Presidente. El general Márquez de León se señaló, años más tarde, como autor de un libro intitulado *Don Benito Juárez a la luz de la verdad*, en el cual evocó esta discusión. El impugnador principió por objetar la designación de González Ortega, pero el Presidente le interrumpió diciendo: «Ya sé lo que me va a decir, que es un *pen...*, demasiado lo conozco, pero la nación ha dado en tenerlo por hombre grande, y lo coloco aquí para que se ponga en evidencia.» Indignado por tanto candor, el oficial replicó con igual franqueza. «¡Entonces usted, por deshacerse de un rival, sacrifica al ejército y acaso a la República!», a lo que Juárez contestó con irritación: «¿Y para qué sirven ustedes? Ningún hombre es necesario; las ideas son las que valen, únicamente.» «Nosotros servimos para que nos hagan matar *a lo pen...* —vino la réplica, no menos brusca— somos soldados y tenemos que obedecer las órdenes que nos den.» La interposición de otro oficial desvió el altercado, y en seguida se discutió el nombramiento de Comonfort. «Tenga la bondad de decimos ¿cómo es que a Comonfort, autor del golpe de Estado y que tan enemigo ha sido de nuestras instituciones, se le coloca en posición de adquirir gloria y prestigio, dándole a mandar el ejército de observación?» «¿Y creen ustedes que yo le he dado lugar a que se eleve? —contestó Juárez—. También se nulificará.» Con eso acabó la disputa y el impugnador se retiró, convencido de que «para aquel hombre no había más patria ni más gloria que su ambición de poder». Más tarde, supo que la discusión fue comunicada a González Ortega, y por el mismo

Presidente.

A los autores siempre les convencen sus obras. Si tal fuera Benito Juárez a la luz de la verdad, el secreto obró exclusivamente en poder del general Márquez de León: nadie más conoció el revés de la medalla. La verdad que se llamaba Benito Juárez era siempre incomprensible para quienes negaban su integridad e incomprensibles también resultaban sus cuentos; para los demás, la verdad era tan sencilla y transparente como la luz meridiana. Camino a Puebla, el Presidente fue recibido a cada paso con efusiones de afecto popular y saludado por delegaciones que le manifestaban su confianza en que no había ahorrado esfuerzo para sostener la defensa del país. En Puebla, asintiendo a la recomendación de fraternizar democráticamente con el pueblo, se le vio, una noche de luna llena, de paseo en la plaza, entre los poblanos que lo rodeaban, prometiendo todos y cada uno responder del honor de la bandera con el mismo patriotismo en el segundo ataque como en el primero. Durante su permanencia en la plaza, se recibieron mensajes de una organización patriota en Génova asegurándole de la identidad de la lucha en Italia y en México, y resoluciones de simpatía y apoyo de los estudiantes de Florencia: los ojos del mundo estaban clavados en Puebla, y en Puebla todo el mundo marchaba codo a codo con el Presidente. Camino a la capital, Juárez fue acompañado otra vez por las mismas manifestaciones de fe inquebrantable que su presencia inspiraba en todas partes, y que los campesinos le tributaban con ofrendas de frutas y flores con la seguridad de que el Presidente era no sólo uno de los suyos, sino todo suyo. Para todo el que le trataba, aquel hombre significaba una cosa y sólo una cosa, y siempre la misma: era nuestro México. Lo contrario era incomprensible: al general Márquez de León le faltaba el sentido común. ¿Qué hubiera dicho toda esta gente sencilla, si se le asegurara que, crédula e ilusa, confiaba en un hipócrita, que no tenía más patriotismo que su sed de poder; en un imbécil que encomendaba su defensa a cobardes e incompetentes; en un intrigante que se frustraba a sí mismo; y que Juárez, en suma, era otro Napoleón?

11

En sus últimos meses de vida, Zaragoza tenía planeada una nueva ofensiva contra Orizaba antes de que llegaran los refuerzos franceses. González Ortega apoyó el plan. «Si ponemos en juego todos nuestros elementos Orizaba caerá en nuestro poder —escribió a Juárez en aquel entonces—, pero si no hacemos esto, es más probable que seamos rechazados. Yo creo, señor Presidente, que es absolutamente necesaria la prudencia, y más para jugar en una sola batalla todos los elementos organizados con que cuenta el partido liberal; pero también creo que la cuestión franco-mexicana está colocada en el puro terreno de las armas, y que si hoy es difícil nuestra situación en ese terreno, más difícil ha de ser mañana, y ese mañana se acerca con pasos agigantados, y tendremos que recibir una batalla con más desventaja. Cuando la necesidad marca un camino, se la acepta de todas maneras. Los sucesos de Puebla han hecho que nos consideren los franceses; mientras más golpes les damos, más nos han de considerar. Sólo los sucesos que vengan podrán arrebatar la cuestión del terreno de las armas.» La situación de los franceses, apretados entre las montañas y el mar, hostigados por la fiebre, las guerrillas, la desorganización y el *cafard*, abogaba elocuentemente en favor de tal táctica; pero las derrotas sufridas en las cumbres de Acultzingo, en Barranca Seca, en el cerro del Borrego y en Orizaba, comprobaban tan rotundamente la inferioridad de las fuerzas mexicanas en las batallas campales, que Juárez juzgó imprudente el plan, y Ortega le dio la razón. «Mucho gusto he tenido en ver la prudencia y el aplomo con que usted juzga la situación —le escribió, inclinándose ante su opinión—. Usted, mi buen amigo, ha hecho mucho y mucho le queda que hacer como a todos nosotros. Yo veo que la situación por nuestra parte es grave, por más que queremos verla teñido de rosicolor… esto no obstante, le está encomendada a usted, y tengo fe, y quiero tenerla, en que hará cuando esté de su parte para conseguirla. Usted, mi amigo, no necesita mis consejos, pero yo quiero dárselos, no con ese carácter, sino con el de una expresión de amistad, de cariño, y de nuestro interés. Tenga usted confianza en los pueblos, en los hombres que le apoyan y en el porvenir, y todo cederá a la voluntad de usted, por más borrascosa que sea la situación que nos espera.» Por gratuito que fuera el consejo, era bien fundado, y si la confianza de Ortega en el triunfo era un tanto dudosa, la manifestó con toda lealtad. De común acuerdo, se abandonó la ofensiva contra Orizaba en

favor de la defensa de Puebla. Si había que jugar todos los elementos organizados del gobierno en una sola batalla, la prudencia aconsejaba que se la diera en las condiciones más ventajosas, y por lo menos en criterio militar Juárez y Napoleón pensaban igual: el mismo Emperador recomendaba la máxima circunspección siempre que sus tropas se enfrentasen a fortificaciones, y en aquel punto coincidían la ciencia y la paciencia de los dos estrategos. Las fortificaciones de Puebla de Zaragoza, como se había rebautizado el reducto, estaban terminadas cuando Juárez las inspeccionó en diciembre, salvo por las existencias de víveres perecederos.

Seis semanas más tarde, y a los cinco meses de desembarcar los refuerzos franceses en México, Forey andaba siempre preparando la guerra en Orizaba. En París se había aplazado la apertura de la Cámara Legislativa hasta el 15 de febrero, con la esperanza de poder anunciar la toma de Puebla en aquella fecha, pero el tiempo no importaba nada en México, y poco a poco el cuerpo expedicionario se aclimataba al país, no sólo física sino moralmente. Más afortunado que los demás, el capitán Loizillon había rebasado Perote, de triste memoria, y alcanzado Quecholac, un pueblecito en las laderas de la mesa superior. Cada avance, empero, se pagaba con otra demora. «Se dice que estaremos aquí un mes y que sólo entonces tendremos los medios de transportación. Es de presumirse que Puebla no resistirá más de quince días.» La fecha, según el calendario, era el 21 de enero; pero la queja era crónica. El 4 de febrero: «Estamos siempre en Quecholac, hostigados por la inactividad. La prudencia del comandante en jefe se vuelve imprudencia en mi concepto, a este miserable ejército mexicano le hace el honor de tratarlo como si fuera un ejército ruso o austriaco… Todo el ejército está convencido, y todos nuestros combates lo han comprobado, de que tres batallones, dos escuadras de caballería y una batería de artillería, pueden atravesar todo México sin que el ejército mexicano se atreviese a atacarlos. Conforme con este principio, lo más indicado sería ocupar tanto terreno como podamos, con el fin de adquirir los recursos del país, y podríamos hacerlo con toda seguridad, cuanto más que sabemos que los generales mexicanos tienen encerradas a sus tropas en Puebla, por temor de que deserten o que se den a la desbandada. Todo eso se le ha dicho al comandante en jefe, de todos los modos posibles, al parecer, pero no quiere escuchar, y sólo dice que, una vez en marcha, nada lo detendrá. Puede ser, pero ¡cuánto tiempo hemos perdido!… Por lo pronto, nuestro mayor deseo es avanzar, tomar Puebla, llegar a la ciudad de

México, y regresar a Francia cuanto antes».

Vino el 15 de febrero, pasó el 15 de febrero, y Forey marcaba siempre el paso —en el papel rayado. Desde el punto de vista militar, la pérdida de tiempo importaba poco, pero políticamente estas demoras eran perjudiciales, porque desalentaban a «la reducida porción de la población que pudiera favorecemos». A falta de otra ocupación el capitán Loizillon se vio precisado a interesarse en la política. La actitud favorable de los extranjeros y de las clases acomodadas se enfriaba al darse cuenta de la incapacidad del ejército francés de rescatarlos a tiempo, y la politiquería militar suscitaba dificultades diplomáticas más graves que la dirección de la guerra, porque la fricción sorda en el cuartel general era ya de notoriedad pública. «El comandante en jefe, que sabe lo que vale el criterio de M. Saligny», se llevaba mal con el ministro; éste, con la prohibición de comunicarse con París sin el permiso del comandante en jefe, estaba abozalado y sometido a la discreción, la discreción asfixiante, del general Forey; y así todo iba de mal en peor. La prensa parisiense vaticinaba la desgracia y la revocación del ministro —desdicha, sin fundamento. «¡Qué error se ha cometido, dejando aquí aquel hombre, blanco de la animadversión general! Y sin embargo, si la primera expedición a México hubiese sido independiente, si no hubiese sido remolcado por Almonte y sobre todo por Dubois de Saligny — concluyó Loizillon con la lógica de la lasitud— es casi seguro que hubiera triunfado.»

Las cuitas de febrero fueron confirmadas por el coronel du Barrail. Asignado al Estado Mayor del general Bazaine, tuvo que abandonar el frente y regresar a Quecholac. La marcha, aunque corta, pasó por un clima siberiano y su regimiento llegó al puesto cubierto de canelones, «como los regañones en la retirada de Moscú». En Quecholac el coronel pasó un mes en una finca triste y aislada, ocupando a sus hombres con funciones de teatro por las noches y funciones profesionales durante el día. Memorándose de que Napoleón I, al recorrer el vivaque en vísperas de Austerlitz, encontró a los soldados puliendo sus armas y soplando en sus plumas, y creyendo que el plumaje contribuyó mucho al brío de la batalla y al esplendor de la victoria, el coronel du Barrail insistió en conservar la apariencia irreprochable de su regimiento, ocupando la tropa durante el día en pulir las corazas, las cornetas y hasta las herraduras de las cabalgaduras, hasta que el brillo del latón reflejara sus rostros. Por la noche, en recompensa de la lata del día, los soldados representaban operetas y sainetes. Como no

hay función sin contratiempo, una noche se le presentó un hombrecito, nervioso, seco, alerta, muy español de aspecto, cuyos ojos desalmados le hacían pensar en un guerrero árabe, que resultó ser el renombrado Leonardo Márquez y que asistía con asiduidad a las diversiones francesas. De día los artistas volvieron a la ratina de limpiar sus armas y matar el tiempo con la disciplina. Muy dado a la corrección, el coronel reconoció que no era *très commode*, y su devoción inflexible a la *bonne tenue* no le granjeaba mucha popularidad, a pesar del vodevil nocturno; pero a toda costa tenía que conservar la moral del soldado raso, «porque aún no había aparecido el general Forey». Las deserciones aumentaban, incluso de cabos y sargentos, y el comandante en jefe tuvo que expedir varias órdenes del día para poner al ejército en guardia contra las proclamas mentirosas del enemigo y la mancha imborrable de abandonar la bandera; sin embargo, quien falseaba las guardias era el mismo Forey, ya que «permanecía en Orizaba con una persistencia que favorecía una corriente de dichos desagradables».

Y peor aún, donde se buscaba a Forey, se daba con Bazaine. Activo, competente, agencioso y ubicuo, Bazaine subrayaba la ausencia del comandante en jefe por la habilidad con que lo remplazaba; pero no por eso fue menos antipático al coronel du Barrail. Al fin y al cabo, Forey salió de Orizaba el 10 de marzo y alcanzó las cumbres de Acultzingo. Allá, al pie de aquel desfiladero infranqueable sin alas, se paró y convocó un consejo de guerra, integrado con un general divisionario, los comandantes de varias armas, y sus lugartenientes mexicanos Almonte y Márquez. «El general Bazaine se abstuvo de asistir —observó el coronel—, con el pretexto de que la tropa necesitaba su presencia, pero en realidad porque no quería tomar parte en las decisiones que debían tomarse allá, y para conservar su absoluta libertad de comentario. Ésta era otra prueba de la duplicidad que mantuvo desde el principio de la campaña hasta el día en que logró su propósito de sustituir al general Forey en el mando.» Como siempre, Bazaine hizo bien. El consejo de guerra pasó el día discutiendo los puntos más favorables para el ataque a Puebla, reduciendo las alternativas al fortín del Carmen en el sur y de la fortaleza de San Xavier y la Penitenciaría en el oeste; los mexicanos insistían en que el punto vulnerable era el Carmen, y el mismo Napoleón lo había recomendado a Forey en Francia; pero Forey aplazó su decisión hasta encontrarse sobre el terreno, y se levantó la sesión sin otra resolución que la de tomar Puebla por un lado o por el otro.

Aunque el consejo de guerra no llegó a una decisión, la discusión siguió en el campamento entre los comandantes de las varias armas del ejército, y en Quecholac el capitán Loizillon preveía ya intuitivamente lo peor. «Mucho me temo —pronosticó— que con el espíritu que ha presidido la dirección de la guerra hasta ahora vamos a divertimos con un sitio en regla, que nos asegurará la posesión de Puebla paso a paso, sin duda, pero que nos costará mucho tiempo y nos obligará a comer nuestras reservas y a gastar muchas de nuestras municiones. Luego, tendremos que pasar por lo menos un mes en Puebla para reaprovisionarnos y formar allá una base de operaciones, y llegaremos así a la estación de lluvias, que bien puede parar en seco nuestra marcha sobre la ciudad de México.» Con un asalto brusco le pareció posible tomar la plaza en cinco o seis días, pero a condición de desoír la opinión de los ingenieros, que querían un ataque regular con paralelas y todas las reglas del Politécnico. Tenía la esperanza de que Forey no caería en aquella trampa, por lo menos, y cifraba sus esperanzas en el hecho de que, habiendo perdido el 15 de febrero, el comandante en jefe fijaba ahora la fecha del 15 de marzo, onomástico del príncipe imperial, para su entrada triunfal en Puebla. «Ya es muy tarde para eso —agregó prudentemente— y no lo creo posible.» Pero la expedición estaba en marcha, y no convenía cavilar.

Sólo faltaba recalentar la moral del ejército. Tres semanas antes Forey había expedido una orden en tal sentido. «Hace casi nueve meses —empezó diciendo— un número muy reducido de vosotros, marchando con confianza ciega sobre México, tropezó con un obstáculo en Puebla que no pudisteis vencer por falta de los medios materiales… No se ha desperdiciado el tiempo —siguió afirmando—. La paciencia que habéis demostrado en preparar vuestros medios de acción puede ser que haya sido imputada por los ilusos soldados del gobierno que reina por pocos días más en México, con la presunción de su fácil triunfo del 5 de mayo, al miedo que os inspiraron. Si se han adormecido con tan torpe ilusión —terminó exhortando— ¡que sea terrible su despertar!» Pero para reanimar al ejército hacía falta algo más que el *fiat* del general Forey. La orden llevaba la fecha del 17 de febrero, y no fue hasta mediados de marzo cuando se expidió la orden de marcha. Además, como lo hizo notar el coronel du Barrail, «se hacía la guerra sin encono, y la contienda era cortés, si es que se puede emplear tal palabra, o lo más cortés que fuera posible». La orden surtía el efecto de un sobregiro librado sobre la Intendencia General del Ejército,

pertrechado con todo lo indispensable, menos el ánimo para mover la expedición. Pero bastaba el movimiento para reencender la chispa; si los últimos preparativos no eran del todo perfectos, se hallaban listos, por lo menos, para los últimos retoques; y la cortesía terminaba en Puebla, donde comenzaba nuestro México.

La vanguardia del ejército francés, bajo el mando de los generales Douay y Bazaine, llegó a la vista de Puebla el día 16 de marzo. Aunque la última mano dada a sus preparativos impidió que el comandante en jefe celebrara aquel día como lo tenía pensado, oficialmente se podía decir, y se dijo, que el cerco de Puebla coincidió con el cumpleaños del príncipe imperial. En realidad, la operación principió veinticuatro horas más tarde. El día salió a pedir de boca. El cielo gris, opaco e inclemente, con aguaceros y airazos constantes durante las semanas anteriores, de repente se despejó: salió el sol, saludado por el ejército francés con tambores batientes, clarinadas y melodías marciales. «*¡C'était magnifique!* —dijo el coronel du Barrail—. Durante todo aquel día gozábamos del más grandioso de los espectáculos. Todo el conjunto respiraba esplendor, opulencia, magnificencia. El camino que íbamos siguiendo corre por las crestas que forman el borde de la cuenca, y balanceados por el trote elástico de nuestras cabalgaduras y embriagados por el aire primaveral, tuvimos constantemente ante los ojos las cúpulas, los campanarios, las terrazas, las azoteas de la ciudad y el panorama de los contornos. De vez en cuando un cañonazo inofensivo de la plaza, o algunos carabinazos aún más inocuos, disparados por los centinelas de a caballo en la llanura, intensificaban nuestro gozo de turistas con el sabor de sabernos, una vez más, soldados… El general Bazaine, que era todo un maestro en esa clase de operaciones, hizo cortar, ocupar y guardar todos los caminos. Al anochecer vivaqueamos a la vista de las murallas.» La operación siguió desarrollándose durante dos días. Todo el cuerpo expedicionario, 26 mil hombres en total, desembocó gradualmente en la vasta llanura y se desplegó a ambos lados de la ciudad, girando en torno del mojón en un inmenso movimiento envolvente que se realizó a la perfección, hasta en el concepto del capitán Loizillon, a pesar de grandes dificultades, por la falta de derroteros y lo accidentado del terreno, lleno de hoyos y quebradas, en donde las cureñas sobrepujaban a las mulas, incluso con equipos de cuatro mulas, y los soldados tuvieron que romper filas y arrimar el hombro a las ruedas, y a menudo hubo momentos en que una salida del enemigo hubiera trastornado el movimiento. La oportunidad de

caer sobre aquellas columnas de flanqueo, extendidas tan lejos que la cabeza se encontraba a diez o doce horas del centro, y expuestas al asalto antes de poder llegar los refuerzos, era muy tentadora para los asediados; pero una salida significaba una batalla campal y González Ortega la prohibió. Por cuarenta y ocho horas la marcha de oruga siguió arrastrándose sobre el campo de batalla, y aunque varios cuerpos de caballería mexicana revoloteaban por delante en actitud de observación, los 26 mil flanquearon la plaza y ocuparon posiciones al sur y al oeste, sin disparar un tiro. «A todos este triunfo fácil nos hizo agua la boca —observó el capitán Loizillon— y nos hubiera gustado echarnos inmediatamente sobre las primeras fortificaciones, llamadas la Penitenciaría y San Xavier. Supimos a ciencia cierta que los mexicanos no nos esperaban por ese lado, cuando llegábamos, y que San Xavier no tenía artillería, pero en un momento podrían llenar con hombres aquella entrada. Por temor a tal eventualidad, el comandante en jefe no quiso atacar la posición a viva fuerza y optó por un sitio regular.» Los ingenieros, pues, se habían llevado el día. Sin embargo, el día que borraba seis meses sedentarios, comprobando que la expedición era portátil, y que colocaba al ejército a horcajadas sobre el camino real a México, era un día fausto. Al caer la noche el espectáculo era brillante con los fuegos del vivac francés poblando la llanura, y con el cielo surcado por cohetes lanzados desde la ciudad, en señal luminosa y elocuente de que la comunicación quedaba cortada y que el sitio comenzaba en verdad.

El acontecimiento del día siguiente fue la salida del comandante en jefe. Muchos de sus oficiales lo avistaban por primera vez, y uno de éstos era el capitán Blanchot; pero apenas si lo entrevistó de paso, perseguido «por un enjambre de personas más o menos militares», entre las cuales reconoció al general Almonte por su uniforme bordado. El general Forey pareció malhumorado, pero se aseguraba que ésa era su cara normal; y andaba ahora en plena actividad inspeccionando la plaza desde todos los ángulos y volando como una abeja de un obstáculo a otro. El espectáculo era grandioso. «Parecían unas pinzas enormes abriéndose al sur de Puebla y cerrándose al norte, detrás de la ciudad», dijo el coronel du Barrail. Con Bazaine al sur y Douay al oeste y Forey en todas partes, «no hubiera debido escaparse nada de la plaza. No obstante, en la noche del 21 al 22 de marzo, por apatía, por descuido o tal vez por connivencia, la tropa auxiliar del general Márquez permitió que quinientos jinetes saliesen a reunirse con el ejército de

socorro del general Comonfort. El hecho era deplorable, no había por qué reforzar aquel ejército, y aquella caballería, inútil para la defensa, hubiera mermado sus subsistencias de víveres». También en el teatro de la guerra el general Márquez asistió al espectáculo francés como espectador. Sin embargo, «después de este pequeño contratiempo, el cerco era hermético, el sitio podía comenzar».

Después de realizar un estudio detenido de la ciudad y del cerco de fuertes por espacio de cuarenta y ocho horas, el comandante en jefe mandó tomar la Penitenciaría. Esta operación la encomendó a Bazaine, lo que no dejó de extrañar *aux gens du métier*, todos de acuerdo con Márquez, Almonte y Napoleón en que el Carmen era el atajo más indicado. «Para recurrir a un símil consabido —dijo el coronel du Barrail—, atacar Puebla por San Xavier era agarrar al adversario por la pierna o por un brazo; atacar Puebla por el fuerte del Carmen era golpear al enemigo en la barriga. El general Forey prefirió la pierna o el brazo. El plan le pareció más adecuado, dada la artillería de que disponía. Tuvimos cincuenta y seis bocas de fuego; de éstas, seis eran cañones de sitio. Puebla tenía montadas en sus murallas noventa y seis piezas, y ocho de ellas sólo en el frente de San Xavier. Con cincuenta y seis en reserva, el armamento total de la plaza llegaba a 151 cañones. Y qué, ¿no teníamos también la autoridad de M. de Saligny, asegurándonos que esos cañones, esos parapetos, esas fortalezas, no eran más que decoración de teatro; que detrás de ellos fermentaba una población clerical aguardando con impaciencia su salvación, y pronta a caer de rodillas ante sus conquistadores? El general Forey le prestó fe, porque siempre se cree lo que se quiere creer, y no se imaginaba la resistencia que se le tenía preparada. Había dicho y repetido muy a menudo que no buscaba más gloria en México; que le sobraba la gloria ganada en sus campañas anteriores, pero que quería dirigir una especie de campaña administrativa, y paz y felicidad a un lindo país y a un pueblo bueno, presa de pillaje y anarquía, y que sólo necesitaba orden y seguridad para marchar paso a paso con los pueblos más civilizados y avanzar con ellos en la vía del progreso… En cuanto al general Bazaine, él era lo que fue toda su vida, ambiguo y socarrón. Trataba lo menos posible al general Forey. Cultivaba a M. de Saligny cuanto podía y acabó por convencerlo de que las cosas marcharían bien sólo cuando él, Bazaine, sustituyera al general Forey. El ministro de Francia trabajaba para tal fin, y debo confesar que el ejército en general compartía esa convicción».

La Penitenciaría y el convento fortificado de San Xavier formaban una sola obra accesoria y una posición formidable que dominaba el acceso a la ciudad: estaba pegada a ella como una excrecencia e imponía al ataque reductos bien calculados. Se cavaron trincheras, y con Bazaine en el mando, el progreso era rápido. El capitán Loizillon lo logró con una plumada. «Los mexicanos no entendían nada, probablemente, de lo que estuvimos haciendo, y no nos molestaron en lo más mínimo; y en tres días quedó establecida la tercera paralela, con la pérdida de sólo dos hombres.» Pero su mano corría con su pulso acelerado. En verdad —pues la verdad variaba según algunos observadores y otros oficiales tomaban apuntes— lo que tanto aceleraba la operación fue la pulsación continua de los cañones en las fortalezas circunvecinas, y bastante bien entendieron los mexicanos la operación para disputarla vigorosamente. Pero Bazaine se atrincheró, y nada era capaz de detener a Forey, una vez lanzado Bazaine. Luego que tenía cavada la segunda paralela, la artillería entró en acción, demoliendo la fachada del convento; la tercera paralela quedó establecida a 135 metros de la brecha, quebrando el edificio; ya se podía lanzar el asalto. «El fuerte se prestaba a un sitio en regla, y se podía calcular matemáticamente la hora de su caída», apuntó el coronel du Barrail. Sin embargo, Bazaine optó por tomar la posición por asalto; pero con las precauciones del caso. Bajo las sombras de la noche se abrió una cuarta paralela, reduciendo la distancia a setenta metros; la única incógnita era la profundidad del foso; y para coronar la obra de acercamiento el capitán Loizillon salió con un piquete de reconocimiento en la oscuridad. Sin alcanzar el foso, regresó con información más valiosa provocando en el fuerte una descarga que no dejaba lugar a dudas de que los mexicanos no dormitaban sobre sus laureles. Para el capitán Loizillon la hora de la verdad sonaba poco después de la medianoche del 29 de marzo; para el ejército, a las 5 de la tarde del mismo día. A las 2, las paralelas estaban llenas de bote en bote con tropas selectas, los supervivientes del fiasco del año anterior agachándose en la primera trinchera, en espera de la voz de mando, y a las 5 en punto, resucitados por los toques de una lejana campana de iglesia, Bazaine lanzó el asalto. Vivas huracanadas prorrumpieron de la tierra, y una larga sublevación las precipitó a la escarpa, oleada tras oleada, bajo el fuego nutrido saliendo de los parapetos, las terrazas, los sacos de arena y los campanarios del convento quebrado, y de todo el cerco de fortalezas contiguas que ladraban en coro. Pero nada los detuvo: sonaba la hora soñada y los asaltantes la hicieron suya con un tranco de gigante. Con el escozor de una derrota inolvidable en

el pecho y azuzados por una columna de reclutas que ignoraban el fracaso, los veteranos del primer cuerpo expedicionario irrumpieron en el convento a sangre y fuego y lo encontraron lleno, relleno, en realidad, de hombres —de hombres, no de mera raza humana, sino de sus semejantes e iguales, combatiendo a todo trance, disputando cada palmo de terreno, cayendo en montones y muriendo en manada antes de ceder la posición.

Se conquistó la posición, pero para sólo pararse en seco. Vino la orden de suspender el avance, y no fue orden de Forey, sino de Bazaine. «Pero aunque lo hubiésemos querido, imposible hubiera sido avanzar —confesó el capitán Loizillon— porque el enemigo había acumulado artillería en todas las calles y puesto en estado de defensa cada casa.» Separada de la ciudad, pero contigua con ella, la posición era un blanco por ambos lados y una trampa táctica. Terminada la carnicería, Bazaine recorrió el terreno al atardecer. Tan acostumbrado como era, tan curtido en su oficio, reputaba, no obstante, todas las víctimas sus pérdidas, y pasó apesadumbrado entre los caídos amontonados a sus pies. El capitán Blanchot, su ayudante del día, le pisaba los talones sin envidiar a los camaradas que conocieron el ardor del combate. Alejado del calor de la batalla, Blanchot conoció la hora de la verdad al sentar el pie entre los cúmulos de carne viva, defendiendo su lecho de muerte con sus últimas convulsiones. Los gritos de algunos mexicanos caídos en un almacén de pólvora incendiado por el enemigo en su retirada, le hirieron el oído con una angustia tal que igualaba la furia del huracán en Veracruz. Bazaine murmuró, entre dientes, una banalidad sobre los horrores de la guerra, y siguió recorriendo la posición.

Otros motivos de pesadumbre hubo al día siguiente. El comandante en jefe recorrió la posición y felicitó a Bazaine por un triunfo inesperado, pero que facilitaba el sitio menos de lo que esperaba. El convento quedó demolido, pero la Penitenciaría, intacta, ocultaba el verdadero obstáculo, la ciudad misma; y por desgracia se había tomado preso a un ingeniero mexicano que aseguraba que la defensa de la ciudad seguiría de casa en casa. La posición conquistada era a la vez una saliente y una cuña, y por atrás del reducto cada casa estaba fortificada; cada calle, atrancada; cada barricada, montada con baterías; y la plana mayor, estudiando el panorama y cambiando impresiones con el preso, se dio cuenta cabal de la dificultad de tomar, paso a paso, cuadra por cuadra, esa densa colmena de casas. En la época Puebla abarcaba 158 cuadras, de las que la primera era la

Penitenciaría, y Forey, con su afinidad para las dificultades, estaba en su centro. Hasta el capitán Loizillon quedó impresionado. «En suma, la cosa es más difícil de tragar de lo que pensábamos, porque esta gente tiene cierta fuerza de resistencia, cuando se encuentra enmurada —concedió—. Sin embargo, tenemos esperanzas de terminar en ocho o diez días, y sin pérdidas excesivas, con nuestro sistema de avanzar de casa en casa.» Se puso a prueba el sistema con bastante éxito, al principio, pero como era lento, cansaba el arranque de la tropa. A fuerza de abrirse paso de casa en casa, se arrasaron cuatro cuadras en dos días. Se recurrió a varias alternativas —cañonazos, ataques nocturnos. «No cabe duda, tenemos delante una guerra callejera —informó Loizillon al fin del segundo día —. Creo haber manifestado mucha moderación al decir que terminaríamos en diez días. En fin de cuentas, nuestros combates nocturnos resultarán más costosos que un asalto a viva fuerza, lo mismo que en Sebastopol, y cuando entremos en Puebla encontraremos poco o nada más que escombros.» Y momentáneamente su pensamiento anticipó las consecuencias. «¿Qué dirá esta gente a quien repetimos todos los días que no venimos para guerrear contra ella?» Además, el frío era intenso; nunca antes, ni siquiera en Crimea, había tiritado tanto en las horas de la modorra.

Al cabo de ocho días, caminando a la zapa, se tenían limpiadas siete cuadras, y con cada avance la resistencia se hacía más firme. Las baterías montadas en la Penitenciaría no tenían el calibre suficiente para perforar las macizas construcciones españolas abajo. Se colocaron más minas, se soltaron más ataques nocturnos, sin dejar una impresión apreciable en esas sólidas casas coloniales que nulificaban todos los métodos conocidos de tumbarlas. Los soldados se desanimaron; los oficiales murmuraron. El inventor del sistema era un mutilado, que había perdido una pierna en Orizaba y que vivía en una silla de ruedas pero era jefe del Estado Mayor. Dada su inmovilidad inevitable, el comandante en jefe tuvo que recorrer el terreno personalmente; y allá, cercado dondequiera que clavaba los ojos por barricadas, y arrinconado entre conventos que pululaban con tiradores perfectamente parapetados, se compenetró de los obstáculos que burlaban a sus mejores tropas y optó por una guerra subterránea. Los zapadores abrieron galerías, pero al perforar los sótanos toparon en los escombros con la roca básica, y como casi todo Puebla está construido sobre roca, se suspendió el experimento. Se propusieron otros expedientes; Forey los aprobó todos, sin adoptar ninguno. «Es exasperante el

general Forey con su irresolución y su falta de firmeza en el mando —lamentaba el capitán Blanchot—. Acoge todos los dimes y diretes que le zumban en los oídos y no parece tener opinión propia; cada quien tiene razón a su vez, y todos andan equivocados en turno.» Bazaine recomendó un ataque a los fuertes exteriores, y Forey accedió a su parecer, pero sin abandonar el sistema de su compadre en jefe en la silla de ruedas. Se convocó a consejo de guerra para repasar la situación de planta. «Regla general —observó el coronel du Barrail—, cuando se convoca a consejo de guerra, es casi seguro de que algo anda mal. Cuando todo va bien, el comandante en jefe se apropia toda la gloria; en el caso contrario, se apresura a compartir la responsabilidad con el mayor número posible.» La conferencia llegó a una parada colectiva. Aquella mañana, al asistir al entierro del comandante de la artillería, que acababa de caer, Forey había dicho: «Moriremos todos, y yo el primero, pero tomaremos Puebla.» Por la tarde, cansó al consejo de guerra con el temor de sacrificar sus mejores tropas y fatigó sus asentaderas con el esfuerzo de hacer algo. Por deferencia a Bazaine, se resolvió por el ataque a la fortaleza del Carmen, y por deferencia a su jefe de Estado Mayor, por seguir con su sistema, intensificándolo con minas y cañones. Pero el nuevo comandante de la artillería le hizo notar que su parque de campaña no producía efecto alguno contra conventos y templos; que era imposible introducir sus ocho grandes cañones de sitio en las calles; que ya no le quedaban bastantes municiones para emprender otro sitio; que no tenía más que 600 kilogramos de pólvora de mina: y el consejo descartó aquella solución. Luego, se pensó en mandar traer de Veracruz los cañones navales; pero ante las dificultades del transporte y del tiempo necesario, se abandonó también esa inspiración. Acto seguido, Forey propuso su propia solución, la más atrevida de todas. Propiamente dicho, no era la suya propia, pues la tomó prestada de un joven oficial anónimo, pero por ser anónimo mereció su recomendación entusiasta; y la inspiración dejó estupefacto al Estado Mayor. Se trataba nada menos que de levantar el sitio de Puebla, evacuar los enfermos y los heridos al pueblo vecino de Cholula, y marchar sobre la capital. Inspiración genial, según el comandante en jefe, la idea era una locura política y militar increíble, según el coronel du Barrail. «Semejante retirada precipitaría a toda la nación en brazos de Juárez. Nos cubriría de ridículo y de vergüenza, y justificaría todos los ataques de la oposición en Francia y toda la oratoria ofensiva que servía al enemigo de tapón de estopa para sus cañones… Y ¿esa locura habríamos de realizarla, dejando atrás a

los 25 mil valientes asediados en Puebla, y teniendo por delante al ejército auxiliar de Comonfort? ¡Eso significaba el desastre certero y la derrota asegurada!» Sin embargo, el consejo acogió la solución casi con unanimidad. Bazaine no la objetó, y Douay la aprobó; ambos alegaron que sus soldados estaban hartos de la guerra callejera. Al levantar la sesión, el Estado Mayor se retiró, afligido e inquieto, con el compromiso de reservar la resolución, pero sin pensar en el soldado raso; en media hora todo se sabía, y en el campamento bullía la sangre francesa. Los comandantes, luego que tomaron contacto con la tropa, reconocieron su error y persuadieron al comandante en jefe a que se desdijera. Acordadamente, se resolvió que Bazaine se encargaría del sitio de los fuertes del Carmen y de Totimehuacán al sur de la plaza, y que los otros comandantes seguirían practicando, lo más económicamente que fuera posible, el sistema del inamovible jefe de Estado Mayor; y el comandante en jefe, cobrando ánimo, se acostó jurando que, costara lo que costara, acabaría por vencer a *la arrogante Puebla*. El problema fue delegado a cada uno de sus generales en turno.

El 18 de abril, un mes después de iniciarse el sitio, el capitán Loizillon se encontraba siempre en la Penitenciaría, y en apuros para explicar tanta dilación. «Los mexicanos se defienden con un vigor de que estuvimos muy lejos de creerlos capaces —escribió a sus padres—. Además, nos faltó dirección y coordinación en las operaciones de sitio. Cada veinticuatro horas recibimos otro general en las trincheras; generalmente, no adopta ni la manera de pensar ni el modo de obrar de su predecesor; además, no tiene tiempo suficiente para familiarizarse con el terreno en este dédalo de muros tunelados que hemos creado para comunicar una casa con otra, y por consiguiente, para apreciar correctamente nuestra posición y resolver sobre lo que debería hacerse. Por añadidura, los artilleros y los ingenieros trabajaban cada uno por su parte, sin pensar en el conjunto. Tal estado de cosas no podía menos de dar malos resultados. Eso es lo que sucedió.» De ahí que se encontraban todavía en la Penitenciaría. La cárcel, réplica de un modelo norteamericano, era magnífica, con muros de dos o tres metros de profundidad. «Pero todo en México está arminado o incompleto. La Penitenciaría está en la segunda categoría», y el sitio también. La medida del problema la daba esa construcción inmensa, planeada en gran escala, dentro de la cual se encontraban en celdas de dos por dos y medio de largo y ancho, arredilados pero absolutamente a salvo, porque los pequeños obuses esféricos del enemigo se embotaban sin efecto contra ese

muro de contención penal. Puebla era la Penitenciaría multiplicada 157 veces. Algunas cuadras de celdas cayeron en su poder con relativa facilidad, porque el enemigo las abandonaba para reducir su línea de defensa; tenían un pie dentro de la circunvalación; pero estaban apenas frente al convento de Santa Inés, primer baluarte del cerco interior de defensa, y los peritos se descocaban para quebrantarlo.

Al general Douay le tocó su turno. A este comandante, que vino a México como ayudante de Lorencez y que se había vuelto un criticón veterano de sus colegas, Forey le encomendó el rompecabezas. Para batir en brecha la fachada del convento se montaron baterías en la cuadra frente al reducto, y se preparó el asalto con todos los recursos que su propia pericia y la imaginación de sus colegas concibieron, porque todos sacaron la cabeza para darle el pie y la mano. Se minó la calle para hacer volar la muralla exterior; pero en la noche anterior el enemigo, enterado por el taladrar, contraminó los aproches, y antes de fusionarse los plagiarios, estalló una tempestad y en diez minutos la trampa de topos rezumaba tanta humedad que se tomó el partido de hacer volar la dinamita prematuramente. «Este contratiempo fue la causa de nuestro fracaso al día siguiente», según el capitán Loizillon; pero tan acostumbrado estaba ya al fracaso que se agarró de cualquier pelo para explicárselo, y presentía el desastre al examinar la posición de la madrugada. La semiexplosión de la mina había socavado parte de la muralla exterior, pero del otro lado había un gran jardín cercado por enrejados de hierro labrado, que la concusión o los mexicanos habían inclinado a un ángulo imposible, y más adentro el enemigo quedaba atrincherado en cuatro andanas entre los contrafuertes del convento con bocas de fuego a ambos lados. A las 6 de la mañana, las baterías francesas abrieron el fuego machacando el blanco por espacio de tres horas sin interrupción; treinta artilleros cayeron bajo la metralla del enemigo, y a las 9 se informó a Douay que las municiones escaseaban y que la artillería ya no podía más. Se lanzó el asalto. Dos columnas cruzaron la calle y rompieron filas antes de agarrar las rejas torcidas. El capitán Loizillon confesó que, de hallarse en el pellejo del general, hubiera contramandado el ataque, pero «la vanidad y la voluntad de vencer nos incitaban a realizar nuevos esfuerzos, aumentando siempre nuestras pérdidas. Seguir, carecía de sentido. El general Douay determinó suspender el ataque y mandó a la artillería reanudar el fuego». En eso Loizillon supo que 200 hombres habían rebasado el enrejado y penetrado en el patio, y se apresuró a

señalar al general que se encontraban entre fuegos cruzados. Este semiéxito, y no la semiexplosión de la mina, fue la causa del fracaso. ¿Quién sabía conservar a la vez sangre fría y sangre francesa ante el dilema? No el capitán Loizillon. Mirando a Douay, le faltaban palabras para pintar «la cara de aquel hombre bueno. ¡Sabiendo que sus hombres se encontraban en poder del enemigo, y abandonarlos! ¡O reanudar el asalto sin la posibilidad de triunfar! Mordiendo los labios hasta sacar sangre, me dijo: "Manda a las baterías que cesen el fuego. Muy hombre se mostró en aquel revés"». Luego que se tocara retirada, redobló el fuego del convento, y la intentona terminó con la retirada general.

Pero sólo comenzaba el desastre. Volvieron a la Penitenciaría las víctimas: el más maltrecho, el general Douay, que, ileso, llevaba en la cara los sufrimientos de los demás. No sabía disimular su pena. Abrazó a Bazaine. La plana mayor se reunió en otra conferencia. La consulta se verificó en una sala a la extremidad de un largo pasillo; la bóveda tenía muy buena acústica; el capitán Blanchot, que estaba de ordenanza y al alcance de la voz, no perdió detalle de la discusión y tomó apuntes, como de costumbre. La discusión comenzó en voz baja, por respeto a los moribundos, suponía el joven, pero no tardó en acalorarse; de palabra en palabra se alzaban las voces, y el foco acústico las difundió. Douay y Bazaine culparon al sistema de guerra callejera, el inventor lo defendió con obstinación y Douay acabó por perder la paciencia y declarar que el coronel Auvergne era incapaz de opinar, estando en la imposibilidad de presenciar los resultados. Aunque muy merecida la observación, Blanchot no pudo menos de admirar el vigor con que el mutilado, rechinando nerviosamente en su silla de ruedas, contestó que, caso de ser necesario, se haría transportar al campo de batalla. Su sistema quedó condenado, sin embargo, frente a Santa Inés. Bazaine y Douay propusieron tomar los fuertes exteriores, uno tras otro, y esperar la caída de la plaza, bien por hambre, bien por rendición. En resumidas cuentas, dijo alguien, desde el punto de vista militar ya se había tomado Puebla, puesto que ocupaban la saliente en que se encontraban sentados; y si los locos que defendían la plaza se obstinaban en hacer una guerra de salvajes, arrasando una ciudad para levantar barricadas, no era ésa una razón atendible para seguir con una lucha que ya no era una guerra profesional, sino de hordas revolucionarias. Otras voces encarecieron la idea de Forey de levantar el sitio y marchar sobre la capital, donde se les recibiría con brazos abiertos. Pero Forey había abandonado

esa inspiración y salió con otra, aún más atrevida. «*Ma foi, messieurs* —dijo—, antes de salir de Francia, pedía material que me fue negado. Bueno: declino mi responsabilidad, y ustedes pueden hacer lo mismo, si así les conviene.» Al entreoír aquellas palabras, que por sí solas hubiesen bastado para acusarlo ante un tribunal militar, Blanchot creyó haber trasoído tan increíble despropósito. ¡El comandante en jefe declinando su responsabilidad! ¡Forey culpando a los *ronds-de cuir* que calentaban el asiento en París! ¡Soltar una desvergüenza tal entre gente decente! El solo hecho de entreoír su flatulencia era una calamidad. Todos enmudecieron, y después de un momento de embarazo, se reanudó la discusión, interrumpida brevemente por un capitán de zuavos que llegaba de Santa Inés con una lista de los perdidos. Forey la leyó sin proferir una palabra; no salió son de su humanidad entonces. El zuavo, llevando la palabra por sus camaradas, le informó que doscientos resistían todavía en un rincón del convento… que luchaban… que se oían sus voces… que… La suya se anudó: humanamente no pudo más; se cuadró, en espera de órdenes. El silencio se hizo pesado. Al fin, Forey suspiró. «¡Lástima! —murmuró—. ¡Lástima! ¡Lamentables consecuencias de la guerra!» La discusión siguió en voz baja, sin resolución, y una hora más tarde Forey levantó la sesión diciendo: «*Ma foi*, discutan ustedes y tomen acuerdo.» Al pasar por las filas de heridos en el piso, le siguieron miradas resentidas, que afortunadamente no veía el viejo, pero que vieron sus acompañantes: el capitán Blanchot, Bazaine, Douay y los demás, y los hombres cansados que regresaban de Santa Inés, mudos, abatidos, desmoralizados, pero marchando, por lo menos, codo con codo.

No: ciertas cosas no las aguantaba un francés. Había una mujer en Puebla que desde una ventana hacía ostentación de su nalgatorio ante una trinchera de muchachos franceses, hasta que uno le soltó un tiro. Y allí estaba Forey.

Coincidiendo con el fracaso ante Santa Inés, Forey recibió una carta del Emperador en que le aseguraba que sabía de muy buena fuente —el ministro norteamericano en París— que el ejército no encontraría resistencia seria en Puebla ni tampoco en la capital. La carta, que el comandante en jefe no supo digerir en silencio, provocó las reflexiones más amargas en los cuarteles, y el coronel du Barrail, por su parte, las suscribía cordialmente. «Nos decimos: en París no comprenderán lo que estamos haciendo aquí. Nunca alcanzarán a explicar por qué no podemos aventajar a estos mexicanos, y sin embargo, estuvimos haciendo lo posible, no nos cuidábamos; pero además de

nuestra morosidad previa, permitiendo que Juárez se aprestara, supimos, vagamente por lo menos, que había otros motivos de tan extraordinaria tenacidad. En primer lugar, Puebla siempre había pasado por ser la capital reaccionaria y clerical de México: se llamaba Puebla de los Ángeles, y hasta entonces había merecido el nombre. Por eso tenía el gobierno liberal un interés doble en prolongar la resistencia, comprobando así que el partido disidente tenía que luchar a su lado contra el invasor, y arrasando al mismo tiempo la ciudadela de sus adversarios políticos para castigar su prolongada oposición. Además, desde todos los rincones del mundo vinieron volando a Puebla aventureros, atraídos, algunos, por una afición mórbida a las crisis; otros, por codicia y por la posibilidad de medrar; otros más, por su odio al Imperio y a Francia. Todos estos extraños se cuidaban bien de evitar la línea de fuego, pero con su presencia y sus arengas sobreexcitaban la determinación de los oficiales mexicanos de entregar la plaza sólo en el último trance. Por ende, nuestras propias disensiones políticas sirvieron para prolongar el sitio. Mencioné ya la oposición a la expedición mexicana de los célebres Cinco de la Cámara de Diputados. El discurso pronunciado por Jules Favre con tal motivo, vertido en todos los idiomas, llegó a Puebla en pacotillas. Los asediados nos inundaban con ejemplares, y es un raro ejemplo de las complicaciones humanas el hecho de que esa bilis, derramada en el recinto de la Cámara Legislativa, haya sido moldeada, del otro lado del globo, en balas de plomo que dieron muerte quizás a los hijos de aquellos que eligieron a Jules Favre.» De otra manera no hubiera sido redondo el globo. Y por desgracia la infección política de la derrota siguió recorriendo, con la carta del Emperador, toda la línea campal.

El capitán Loizillon se esforzaba tercamente en minimizar el desastre —«después de este miserable *affaire* hubo un cierto desaliento», confesó— pero el esfuerzo era poco afortunado, y la profundidad de su desaliento la revelaba su determinación de superarlo. «Acabaremos por conquistar esta ciudad de Puebla de los Ángeles», siguió insistiendo; y sin duda, si hubiera sido Puebla de los Ángeles, le hubiera asistido la razón. Pero se trataba de Puebla de Zaragoza. «Solamente puede durar mucho porque los mexicanos que se encuentran allá adentro no son los mexicanos que conocimos. La defensa de Puebla, en suma, ha sido organizada y dirigida perfectamente. No podemos levantar el más mínimo reducto sin que la plaza lo aplaste el mismo día. ¿Qué dirá el Emperador al recibir esta noticia?, él que nos aseguraba por correo que sabía de la manera más positiva que

no encontraríamos resistencia ni en Puebla ni en la ciudad de México. ¡Qué guerra más miserable es ésta que estamos librando aquí, y qué daño hará a Francia!» Sus reflexiones evitaron y volvieron al punto sensible, buscando alguna explicación del estancamiento más verosímil que la incompetencia del comandante en jefe o los defectos técnicos del sitio: la política formaba parte integral del cuadro. «Hemos venido a atacar la parte más vital y progresiva del país, la parte más fuerte y más numerosa. Contamos con el partido podrido y gastado. Hemos venido, en suma, a combatir el principio liberal que nos preciamos de sostener en casa.» Vinieron a México, en suma, porque se les vendió galleta rancia en Francia, y no cataron a Jules Favre a tiempo. «A eso hay que añadir la influencia de Saligny, el hombre responsable de que nos encontramos tan mal empeñados en esta guerra, y que tantas dificultades ha creado para el mando militar. Al oírle hablar, hubiera ido desde Orizaba a la ciudad de México con un solo batallón de zuavos.» Y hablando del diablo, acababa de aparecer ante Puebla.

Dilatándose en Orizaba aún más que el mismo Forey, M. de Saligny llegó al frente a tiempo para presenciar el desastre ante Santa Inés y para agravar la irritación en el cuartel general. El capitán Blanchot fue encargado de alojarlo. La comisión era difícil. *Persona non grata* en el cuartel general, nadie pudo ni quiso acomodar a «un tinterillo del Quai d'Orsay» en aquellos parajes; pero el capitán desempeñó con crédito el cargo ingrato. Dio con un general complaciente, dispuesto a compartir un molino con un ministro, y como el ministro llegaba repartido en cinco coches, uno cargado de mujeres, nadie hubiera podido surtir la dificultad mejor que Blanchot. Le interesaba conocer a tan mentado personaje, y tomó apuntes. Su primera impresión era favorable. Tuvo la grata sorpresa de tratar a un hombre dotado de «una cultura sumamente agradable», y de un gusto refinado en materia de mujeres; y el joven era parisiense. Su primera impresión, empero, fue borrada por la segunda. Con el ministro vino otro *gros bonnet*, M. Budín, inspector de finanzas, que acababa de llegar de Francia; y como M. Budín caía en el frente inesperadamente y no había dónde colocarlo tampoco, el capitán dio por supuesto que el ministro accedería a compartir con él un cuarto de su mitad del molino; pero eso fue mucho que pedir a M. de Saligny, y M. Budín tuvo que pasar la noche en una tienda de campaña. Habiendo hecho su servicio militar, el financiero se acomodó al tiempo y gozó, por lo menos, del fresco.

Al sentir del capitán Loizillon, el ministro era una espina entre cuero y carne, y así pensaba todo el mundo. M. de Saligny era incorregible. Después del fracaso frente a Santa Inés, tuvo la decencia suficiente de desagraviarse con el general Forey —pero ¡cuántas vejigas se desinflaron con aquel desastre! Reconoció que se había equivocado y dijo que nunca hubiera creído capaces a los mexicanos de tanta energía, procurando, como lo expresó el capitán, «repatriarse con el comandante en jefe, porque esta vez los hechos hablaban más alto que sus asertos». Pero era muy difícil que mudara de genio. Algunos días más tarde, en Cholula, donde los refugiados del sitio, la población clerical de Puebla, y los franceses se encontraban acuartelados, se le fue la lengua otra vez; declaró que quien se equivocó fue el ejército al atacar a Puebla, y que aún en las circunstancias actuales, apostaba poder tomar la capital él mismo con sólo un pelotón de caballería. «¡Y éste es el hombre a quien se ha encomendado la política de un país! ¡Pobre Francia! ¡Tan magnífico papel pudiera representar en Europa en estos momentos, y se halla paralizada por esta estúpida guerra! Si a vosotros hablo así —explicó el capitán a sus padres— es porque sé que la opinión pública en Francia anda de acuerdo con la nuestra. Cuando me separé de vosotros, sabía más o menos a qué clase de guerra iba yo; pero no siendo encargado de la dirección política de mi patria, esta guerra me interesaba únicamente como una oportunidad de hacer una campaña y de trabajar en mi carrera.» Igual que Saligny —pero la comparación era odiosa, por lo de Saligny, mientras menos palabras, mejor. «Releyendo esta carta ahora, me viene la gana de despedazarla. Dejé correr mi pluma, y corrió más de lo que quería. Sin embargo, no les digo nada que no sepa toda Francia. Tenemos siempre presente el honor de Francia y de la bandera, de la que llevamos la responsabilidad y que constituye nuestra religión. Ya no fijaré una fecha para la toma de Puebla. Puede durar mucho, puede terminar en una semana. Lo único que falta es un ataque venturoso. Que nuestros soldados se encuentren una vez cara a cara con los mexicanos, y pese a toda la energía de quienes les mandan, les seguiremos de casa en casa, de calle en calle, y conquistaremos la ciudad.» Después de dominado a sí mismo, mandó la carta. La fecha era el 30 de abril.

La responsabilidad del desastre la retrucaban el ministro y el comandante en jefe. «¿Qué hicisteis durante vuestra permanencia aquí? —decía Forey—. ¿Cómo que ignorabais que los mexicanos se defenderían como los españoles en Zaragoza?»

«Culpa vuestra —replicó Saligny—. Vosotros los militares no pensáis más que en heridas y cicatrices, cruces y ascensos. Hubierais debido abandonar Puebla y marchar sobre la capital, en donde habríamos solucionado la cuestión mexicana.» Así, sintetizadas, se referían las recriminaciones en el cuartel general; y así se supo, al fin, que el genio anónimo que inspiró a Forey la idea de abandonar Puebla recibió el soplo, a su vez, de M. de Saligny, y que después de arruinar a Lorencez, el ministro prestaba el mismo servicio a Forey y despejaba el camino para Bazaine.

El ataque a Santa Inés el 25 de abril costó al ejército 335 bajas entre muertos y heridos, más 76 presos, sin contar los 200 que penetraron en el recinto del convento y que figuraron en el recuento oficial como ausentes o desaparecidos. Todo el mundo buscaba una salida del empate y nadie la encontraba. Vino el 5 de mayo y Puebla estaba siempre de pie. El aniversario se celebró, sin embargo, con un rayo de esperanza. Aquella noche las fuerzas de Comonfort tentalearon las líneas francesas buscando un postigo para pasar provisiones de boca a la plaza. El intento fracasó; repetido la noche siguiente, la persistencia del esfuerzo indicaba claramente que el hambre socavaba la defensa, y la confianza volvió a latir en el cuartel general. Bazaine propuso un ataque nocturno contra el ejército de socorro de Comonfort, y la noche del 7 de mayo cayó sobre el enemigo en el pueblo de San Lorenzo, sorprendiendo y dispersando sus fuerzas y regresando con 1 200 prisioneros, 3 banderas y 8 cañones. Con el permiso del comandante en jefe, y con tres batallones más de los que tenía, y tres escuadrones de caballería, hubiera perseguido al enemigo hasta las puertas de la capital; pero esto era pedir mucho al viejo.

Desde aquel día, Bazaine se enseñoreó del ánimo del ejército. «Él soldado —expresó el coronel du Barrail—, orgulloso y feliz de saberse mandado por un verdadero guerrero, le prodigaba una confianza ciega y sin límites. Pero su popularidad se formó, como sucede siempre, a expensas de la que hubiera podido ganar el comandante en jefe. Se les equiparaba, y la comparación no corrió a favor del general Forey.» Pachorrudo con el peso de los años, físicamente inactivo, frecuentando poco las filas, se mostraba brusco, irascible y desalentador cuando inspeccionaba la tropa y regresaba al cuartel general, lo mismo que salía, con pies de plomo. «¡Qué contraste con el general Bazaine!» De día y de noche, en las trincheras, en el vivac, se le veía circulando sin pompa o embarazo o escolta, a pie, con el bastón en la mano, siempre de buen humor, charlando

familiarmente con todos, bromeando con los soldados, escuchándoles, explicándoles lo que debía hacerse y cómo hacerlo, y caminando, en suma, muy hábilmente hacia su meta». Pero aún no la había alcanzado. Forey le destinó otra vez al sitio de la circunvalación. Se reanudó la operación con redoblado vigor. Asegurado de que el hambre minaba la guarnición, y alarmado por la inminencia de un triunfo sin gloria, Forey impulsó el ataque a los fuertes del Carmen y de Totimehuacán. A los pocos días de la batalla de San Lorenzo, se recibió y se rechazó una oferta confidencial de capitular; pero la presencia en el cuartel general del oficial mexicano que llevaba la proposición puso al ejército al tanto de la crisis. El día 17, a la 1 de la mañana, una serie de explosiones estremeció la ciudad, y a las 5 Forey recibió una comunicación de González Ortega en que le participaba que había licenciado su ejército y destruido su armamento, y que la plaza estaba a su disposición. Una hora más tarde la liquidación de la defensa dio principio y en todo el frente de batalla rezumaba la verdad.

Aquella mañana el capitán Loizillon andaba, más que atareado, inundado de trabajo. Los soldados licenciados salieron de la ciudad en confusión. «Estos desgraciados llegaron a nuestro campamento, mil doscientos de ellos, muertos de hambre, desnudos y gritando como fieras. Hicimos dos depósitos para ellos. Yo tenía uno a mi cargo. Después de tratar de ponerlo un poco en orden, escogí a algunos para que fueran al almacén a sacar alimentos para los demás. Luego que vieron la galleta, se arrojaron sobre ella y fue imposible impedir que saciaran su hambre; pero no era nada este espectáculo en comparación con lo que pasó cuando hice transportar los víveres al campo de los prisioneros. Estos desdichados se precipitaron sobre los que llevaban la vitualla con tanta violencia y furia, que ni siquiera podía pensar yo en impedirlo. Era un verdadero pillaje, pero por fortuna sólo parcial, porque poco a poco lográbamos quitar a quienes tenían demasiado lo suficiente para dar a los que no tenían nada. De estos miserables la mitad no tenían nada más que sus calzones y habían pasado la noche bajo un aguacero torrencial, pues hemos tenido temporales todas las noches durante la semana pasada, precursores de la estación de lluvias.»

Los prisioneros comprendieron a 20 generales, 303 oficiales de alta graduación, 1 179 subalternos y más de 11 mil cabos y soldados rasos. Como los oficiales se habían rendido incondicionalmente y no tenían la garantía de un acuerdo formal, Saligny propuso que fuesen deportados a la Martinica o

a la colonia penal de Cayena, y Almonte quiso pasarlos por las armas incontinenti, pero Forey se opuso a ambas proposiciones. «Es cierto, no hay acuerdo formal por escrito —dijo—, pero a falta de mi firma en el papel, hay leyes de honor aún más compulsivas. Hay tradiciones en la confraternidad militar a las que no faltaré. Por la tenacidad de su defensa y el valor de sus jefes, este ejército puede haber provocado la ira de los políticos, pero por lo que toca a nosotros los militares, ha merecido nuestra estima y consideración, como militares, y nunca permitiré que se trate a esa buena gente como malhechores.» A los oficiales, se les mandó a Francia como prisioneros de guerra. De los soldados, 5 mil fueron incorporados, con su consentimiento, a las fuerzas de Márquez; los otros pasaron a Veracruz para trabajar en la construcción del ferrocarril. Para prevenir su evasión, se les cortaron los botones de los pantalones, de modo que tanto los generales como los simples soldados tenían que asegurarlos con ambas manos, y se podrían distinguir entre la gente decente y los demás, en caso de darse a la fuga.

El 19 de mayo el ejército francés hizo su entrada triunfal, al fin, en Puebla con las banderas desplegadas y al son de las clarinadas, los tambores batientes, las bandas regimentales, que saludaron al sol en esos parajes dos meses antes. Al general Forey, cabalgando a la cabeza de la columna, le causó extrañeza un triunfo tan completo, que, con la evacuación de la guarnición, no había ni una sola autoridad para recibirlo, ni un solo espectador en las calles, ni una sola mujer en las ventanas para sonreír a sus soldados. Puebla era una ciudad muerta hasta que, al desfilar la columna entre los escombros, la charanga marcial disipando el silencio lúgubre alcanzó la Catedral, en donde el clero entonó un solemne *Te Deum* en honor de Forey y del ejército francés. Pero fue en Cholula, asilo de los refugiados, donde el clero celebró la caída de Puebla. Al coronel du Barrail le divirtió el entusiasmo repartido sin distinción, según su frase, entre el invasor y el *Bon Dieu*. «Durante tres días, los templos —y Cholula se preciaba de tener tantos templos cuantos días hay en el año solar— vomitaron en las calles un diluvio de reliquias y estatuas de santos, confesores y mártires, escoltadas por un enjambre de querubes en trajes de balleta de la ópera. Casi parecía un carnaval, pues todo el mundo andaba ataviado con ropaje de los siglos XVI y XVII… Todo eso lo dirigía el clero con un aire de compunción y beatitud indescriptible, y los indios se posternaban en el polvo, golpeándose el pecho. Era conmovedor, pero un tanto cómico. ¡Y la música! Clarinetes,

cornetas, trombones, tímpanos, címbalos, tronaban, chillaban, rebuznaban, rugían, rebramaban valses, polkas, chotis, que los ejecutantes tocaban de memoria y sin notas, no muy mal, pero con excesiva frecuencia». Excesiva, cuando menos, para su viejo amigo, el general de Mirandol, acuartelado en Cholula con la caballería. Si algo había garantizado de enemistar a todo el mundo con México, ese algo era la música popular mexicana; y después de aguantar la charanga por tres días, el general, hecho un demonio, mandó dispersar los diablos con una carga de caballería.

No fue en son de triunfo como el capitán Lozillon escribió el epílogo del sitio. Mal que bien, se había tomado Puebla, ¿pero cómo? En los partes remitidos a París, Forey aseguraba haber encontrado existencias considerables de víveres y municiones en la ciudad, y atribuía la caída de la plaza al vigor del sitio puesto a las fortalezas: tales versiones podrían acreditarse en Francia, no en México; y el capitán puso a sus padres al tanto de la verdad. Una de las primeras preocupaciones del comandante en jefe, al ocupar Puebla, fue la de fundar un periódico, «que procuraba engañar la opinión pública y convencer a la gente que la plaza sucumbió no al hambre, sino a nuestros ataques». El triunfo del 17 de mayo era casi tan humillante como el fracaso del 5 de mayo, y el ejército oraba en la Catedral pidiendo órdenes de marcha, «para que los mexicanos no tuviesen tiempo para levantar otra defensa como la de Puebla en la capital».

Pero una vez puesto en Puebla, no fue cosa fácil sacar a Forey del nido; ahí se quedó quince días, tiempo suficiente para digerir el sitio y reflexionar sobre los resultados. El capitán Lozillon se dedicó a la misma ocupación. Por su parte, había perdido algunos de sus mejores amigos, había presenciado su agonía, y aunque le echaron a menos, lo más raro y lo más doloroso era la rapidez y la facilidad con que se olvidaba de ellos. ¿Por qué? ¿Por instinto de conservación propia? Apenarse profundamente por los demás era una forma de apiadarse de sí mismo. Pero si se había curtido a los sufrimientos de sus camaradas, no supo resignarse a la futilidad de su sacrificio. ¿Para qué habían dado la vida? El campo de batalla estaba sembrado de una cosecha roja —los recursos de Jules Favre. ¡Qué ocurrencia más inaudita! Pero peor todavía era el antídoto a esa pregunta subversiva. La contrapropaganda francesa, difundida entre el enemigo, diseminaba el discurso de M. Billault, el portavoz del trono, garantizando a los mexicanos plena libertad en la elección de su gobierno, así fuera la misma

reelección de Juárez. ¿Para qué combatían entonces? ¿Para derribar a Juárez o para consolidarlo en el poder? ¿En qué mentidero se había metido el ejército? ¿Qué objeto tenía la guerra? ¿Un puro ejercicio profesional, una guerra formal librada a un costo tan cruel, únicamente para servir de arbitrio y darse la satisfacción de resolver la cuestión mexicana con una postura de patrón? Más que absurda, la propaganda francesa era un arma de dos filos. Las aseveraciones de M. Billaut, suponiéndolas sinceras, quitaban toda razón a la expedición; en caso contrario, no eran menos falaces. El Emperador había empezado mal apoyando al partido gastado y condenado, y la prueba más concluyente la daba la actitud del pueblo: en la ciudad levítica por excelencia, el ejército francés fue recibido con la misma frialdad que en todas partes, mientras que en Veracruz, ocupada ya durante dos años, los comerciantes cerraron sus negocios en señal de duelo y las mujeres se vistieron de luto al saber la caída de Puebla. Peor aún, González Ortega y tres generales se habían evadido en Qrizaba, y se había detenido a tres franceses acusados de facilitar su fuga. «¡Tal es la gente para la cual combatimos!» M. de Saligny, sin duda, aprovecharía el escándalo, así como la tardanza en marchar sobre la capital, porque «tan desmoralizados estaban los mexicanos, después de la caída de Puebla, que tenían preparada ya la evacuación general, pero poco a poco van recobrando confianza y nos esperan en la capital».

Efectivamente, no faltaba más para que el ministro levantara la cabeza. Observando su querella con el comandante en jefe, el coronel du Barrail anticipaba la crisis de sus intrigas, ya que el ministro estaba a la defensiva, ocosado entre la espada y la pared. Al llegar a Veracruz los prisioneros, solamente 13 de 20 generales, 110 de 303 oficiales de alta graduación, y 407 de 1 179 subalternos respondieron *presente*. «M. Dubois de Saligny aprovechó esa fuga en masa para desbocarse contra nuestros generales, a los que no podía perdonar el sitio de Puebla, que tan rotundo mentís había dado a sus pronósticos optimistas, y se obstinaba en presentarlo como una función de armas inútil, ocasionada por el deseo de los jefes del ejército de redactar boletines resonantes. Nadie más que el general Bazaine mereció su favor, porque su astuto compinche se abstuvo de toda crítica y había logrado convencer al ministro de Francia que abundaba en sus opiniones.» Y el postulador añadió que Forey se alegraba de la fuga de González Ortega, tanto lo admiraba como soldado; si hubiera podido echar mano al fugitivo, le hubiera colocado en el gobierno provisional que Saligny estaba organizando para la

capital.

El 2 de junio llegaron cuatro cónsules extranjeros con la noticia de que Juárez había abandonado la capital, y se expidieron inmediatamente las órdenes de marcha. Al capitán Loizillon le tocó recibir las primeras, con la comisión de adelantarse al ejército y buscar alojamientos para la tropa en la capital. A punto de salir de Puebla, le cogieron nuevos temores, y puso una posdata a su correspondencia semanal. «Hasta aquí hemos creído que la ciudad de México era probablemente el nudo de la guerra, pero ahora comenzamos a abrigar dudas muy graves. Parece seguro que Juárez se retirará con todo su gobierno a Morelia, distante veinticuatro horas al oeste de la capital, y por consiguiente dominaremos, como siempre, únicamente los puntos que ocupamos. Con diez y ocho meses de guerra, habremos conquistado el camino de Veracruz a la capital: esto será el saldo.» M. Budin había salido de su tienda y andaba enganchando inspectores de aduana y otros empleados, y un ingeniero de minas acababa de llegar al cuartel general. «Según estas indicaciones —concluyó— supongamos que el Emperador tiene pensado hacer una conquista de México. No creo que será una conquista muy popular en Francia, y menos aún con el ejército aquí.»

12

Pero coleaba todavía el negocio: quedó por hablar Juárez. Caída Puebla, el Presidente expidió una proclama en que exhortaba a la población a defender la capital a todo trance y a merecer la atención del mundo, emulando el ejemplo de González Ortega; y durante algunos días se hicieron aprestos febriles para armar allá la resistencia suprema. Durante algunos días el Presidente estaba a punto de sacrificar la libertad de su patria a su gloria; pero Juárez no era tan tonto. Por muy espectacular que fuera la proeza y muy impresionante la opinión mundial, no se le había confiado el destino de México para decir *morituri, Cesar*; y habiendo jugado todos los recursos organizados del gobierno en una sola batalla, sabía que la defensa de la capital era insostenible y la abandonó en favor de la defensa del país. El Congreso, al celebrar la sesión de clausura del 31 de mayo, le dio un nuevo voto de confianza, y el mandatario se comprometió, una vez más, a honrar la herencia con que la representación nacional expiraba en sus manos. «La adversidad, ciudadanos diputados —dijo—, no desalienta más que a los pueblos despreciables; la nuestra está ennoblecida por grandes hechos, y dista mucho el adversario de habernos arrebatado los inmensos obstáculos materiales y morales que opondrá el país contra sus injustos invasores. El voto de confianza con que me habéis honrado de nuevo, empeña en grado sumo mi reconocimiento hacia la asamblea de la nación, aunque no es ya posible que empeñe más mi honor y mi deber en defender a la patria.» Y con la fórmula ritual —*dije*— se retiró, sin que eso significara que había pronunciado la última palabra.

Sobraba la protesta: no se había acabado la lucha, y su despedida era sólo tan fugaz como la fuga del tiempo. A las 3 de la tarde una salva de artillería anunció la disolución del Congreso. Una multitud silenciosa se reunió ante el Palacio. La salida del gobierno estaba fijada para el mismo día; pero la decisión, aunque adoptada presurosamente, no dejaba la impresión de precipitación. Con esa ponderación que prestaba gravedad a sus pasos más regulares y regularidad a los más trascendentes, el Presidente tardó hasta la puesta del sol para mandar arriar la bandera a la hora normal. La muchedumbre presenció el espectáculo acostumbrado de la bandera bajando, como planeta, hasta el otro día: los hombres se descubrieron, las mujeres levantaron sus niños, por última vez; y salvo por la presencia del jefe de la nación con sus ministros y su plana mayor en una ventana del Palacio, la tropa presentando armas,

los tambores batientes y la entonación del Himno Nacional, se celebró la formalidad con la misma sencillez que todos los días, la tarde del 31 de mayo. La enseña fue entregada a Juárez, que la levantó a sus labios y lanzó con voz clara y alta el grito de «¡Viva México!» La multitud respondió al unísono, con esa inflexión ascendente que presta un acento boyante y suspensivo a toda emisión de la voz popular, y la solemnidad terminó. La defensa suprema era una manifestación de sentido común y de serenidad inmutable. Al amanecer, el gobierno había abandonado la capital, y los cónsules se fueron a Puebla para avisar a Forey que la ciudad estaba a su disposición.

El 10 de junio Forey hizo su entrada triunfal en la capital cabalgando entre Almonte y Saligny y saludado por las aclamaciones, las flores, las ovaciones prometidas por ambos a Lorencez —tributo abundante a lo cierto del dicho de que, con el tiempo, quien espera todo lo alcanza. En un telegrama al ministro de la Guerra, remitido sin tardar, Forey escribió la historia como debe escribirse: cada quien hablando por sí mismo. «Acabo de entrar en la ciudad de México, a la cabeza del ejército. Conmovido todavía mi corazón, dirijo a Vuestra Excelencia este despacho para avisaros que toda la población de esta ciudad recibió al ejército con un entusiasmo rayano en delirio. Los soldados de Francia fueron aplastados, literalmente, bajo las guirnaldas y los manojos de flores, sólo comparables a la entrada del ejército de regreso de Italia el 14 de agosto de 1859. Asistí con todos mis oficiales a un *Te Deum* en la magnífica Catedral de esta capital, llena de una enorme multitud. En seguida, el ejército, en formación espléndida, desfiló ante mí, entre gritos de "¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!" Después del desfile, recibí a las autoridades, que me arengaron en el Palacio de Gobierno. Estas gentes ansian orden, justicia y verdadera libertad. Todo eso les prometí en nombre del Emperador, al contestar a sus representantes. A la primera oportunidad, tendré el honor de comunicaros los pormenores de esta recepción, sin igual en la historia, que tiene la envergadura de un acontecimiento político cuyas repercusiones serán inmensas.»

Forey habló por sí mismo, y por desgracia sin hablar a nadie más. El autor de aquel telegrama, al igual que el autor de cualquier otra forma de literatura, tenía sus críticos; pero por fortuna no le importaban en aquel fausto día del 10 de junio de 1863. Sin embargo, entre las filas marchando con tanto brío a sus espaldas, uno de los más tenaces pisaba sus talones muy de cerca. El capitán Loizillon era el primer oficial francés que entró

en la capital, y habiendo hecho la ronda durante ocho días, había ganado las albricias al general y tratado a la gente tan íntimamente que se preciaba de conocer la actitud de la población a fondo. Al buscar alojamiento para la tropa, topó con la cola de una resistencia que por ser pasiva no era menos porfiada, y que no le causaba sorpresa, pues era la misma bienvenida tributada al ejército en todas partes. «Pero lo que sí me causó sorpresa —escribió a sus padres— fue el espectáculo que se verificó al hacer el comandante en jefe su entrada oficial. Los balcones estaban endoselados y las ventanas llenas de mujeres, a cual más bonita. El cuadro era satisfactorio, en suma, gracias a las órdenes del comandante de la ciudad, que tenía un crédito ilimitado para esta recepción. La gente fue atraída por curiosidad más bien que por entusiasmo. Pocos fueron los lugares en donde se nos aplaudió o se nos cubrió de flores, y estas contadas manifestaciones las organizaron la policía y el comandante de la ciudad. Sin embargo, el comandante en jefe ha tomado eso por buena moneda, impidiéndole su vanidad apreciar las cosas en su debido valor.»

El telegrama del 10 de junio costó al habilitado del ejército la suma de 80 mil francos. Pero Forey era feliz. En un Manifiesto expedido dos días más tarde, el comandante en jefe anunció la terminación de la primera parte de su misión. «La fuga ignominiosa del finado gobierno debe aniquilar todas sus ilusiones y hacerlo palpar su impotencia para conservar los destrozos de un poder del cual tan deplorable uso ha hecho —afirmó—. La cuestión militar, por consiguiente, está resuelta. Queda la cuestión política.» Y como todo el mundo esperaba la resolución de esa cuestión, Forey siguió perorando sin esperar a que sonase la hora para hablar.

Quinta Parte

EL IMPERIO

1

FOREY siguió perorando. La cuestión militar distaba mucho de estar resuelta. El ejército no era tan tonto. «La fuga ignominiosa del finado gobierno» no era más que Forey repleto de Manifiesto. En realidad, era una retirada táctica que, lejos de cerrar la cuestión militar, la ensanchaba en un territorio que descentralizaba la guerra y la prolongaba indefinidamente. Puebla era la llave de la capital, pero la provincia era la llave del reino y la condición *sine qua non* de la conquista de México.

A los nueve días de abandonar la capital, Juárez desplegó la bandera, noventa leguas al norte, en San Luis Potosí, y expidió un Manifiesto que definía exactamente la posición de los franceses en lo que quedaba de nuestro México. «Reconcentrado el enemigo en un punto, como ahora, será débil en los demás, y diseminado, será débil en todas partes. Él se verá estrechado a reconocer que la República no está encerrada en México y Zaragoza; la animación y la vida, la conciencia del derecho y de la fuerza, el amor a la independencia y a la democracia, el noble orgullo sublevado contra el inicuo invasor de nuestro suelo, son sentimientos difundidos en todo el pueblo mexicano.» Y en estos sinónimos del sentido común confiaba Juárez para convencer a los franceses de que «esa mayoría sujeta y silenciosa, en cuyo levantamiento cifraba Napoleón III el buen éxito y la justificación del mayor atentado que ha visto el siglo XIX, no pasa de ser una quimera inventada por un puñado de traidores. Se engañaron los franceses creyendo enseñorearse de la nación al solo rumor de sus armas, y cuando pensaron dar cima a su proyecto imprudentísimo, violando las leyes del honor, y cuando se dijeron señores de Zaragoza por haber ocupado el fuerte de San Javier. Ahora, se engañan miserablemente, lisonjeándose con dominar el país cuando apenas comienzan a palpar las enormes dificultades de su desatentada expedición, porque, si ellos han consumido tanto tiempo, invertido tantos recursos y sacrificado tantas vidas para lograr algunas ventajas, dejándonos el honor y la gloria en los combates numerosos de Puebla, ¿qué pueden esperar, cuando les pongamos por ejército a todo nuestro pueblo, y por campo de batalla a nuestro dilatado país?»

Sin embargo, aunque la cuestión militar no estaba resuelta, había cambiado de carácter, y andaba de mal en peor. Los manifiestos favorecen a sus autores. Quebrantada en Puebla la columna vertebral de la resistencia organizada, lo que quedaba vivo era la resistencia simbólica de los miembros dispersos, y si

bien algunos grupos armados estaban disponibles y los estados prometían refuerzos, la esperanza de combatir a los franceses con todo un pueblo por ejército y todo el país por campo de batalla estaba manifiestamente inflada por el fervor patriótico y dilatada por el desafío del autor. Los manifiestos del Presidente, elaborados por sus colaboradores, obedecían a su inspiración; pero Juárez, por ser hombre de palabra, no se permitía bravatas. En las batallas campales las fuerzas mexicanas salieron casi siempre derrotadas y el enemigo apreciaba exactamente su cualidad combativa. Innegable era el juicio pronunciado por los franceses sobre la flor del ejército mexicano en Puebla, como un cuerpo de soldados bisoños, incapaces de resistir un ataque vigoroso en descampado, cediendo a una carga a la bayoneta o a un cuerpo a cuerpo, pero bastante tenaces bajo el fuego a tiro largo y temibles luego que se encontraban parapetados por fuertes y murallas: la experiencia había comprobado repetidamente sus limitaciones. Durante el sitio se verificaron varios combates de caballería en los alrededores de la plaza, en los que los franceses derrotaron invariablemente al adversario, a pesar de su superioridad numérica; el ejército de Comonfort abandonó la batalla en una media hora; y peor aún, los presos se habían incorporado a los vencedores, volviendo sus armas contra sus propios camaradas con una facilidad que escandalizaba a los franceses, quienes señalaban el hecho como el más funesto de las costumbres del país y la prueba más contundente de la falta de patriotismo popular. Toda la estrategia de la defensa tenía, pues, que reformarse, conforme a la experiencia adquirida, y el autor del Manifiesto sabía que para fortalecer un argumento flaco, no había arte mejor que el de desplazar el interés. Tornando a la táctica propia del país y recurriendo a una guerra de guerrillas en la vasta extensión del territorio, se podrían disputar los progresos del enemigo, cortando sus comunicaciones, amenazando sus movimientos, obligándolo a extender y aflojar sus líneas, y presentando una defensa eficaz, aunque fatigosa, con sólo mantener en pie la cuestión militar; y se tenía proyectada una campaña ajustada a tal criterio. Eso sí era posible, pero nada más. Por falta de material bélico para guarnecer los grandes centros poblados, se limitaron las hostilidades a la guerra galana y a una finta sistemática. Si alguna vez se necesitaba fe, fue en aquel trance — pero a Juárez no le faltaba fe. El Presidente era su Manifiesto en persona, y sintetizaba su confianza en tres palabras, tres de los mexicanismos más comunes y corrientes: «No tenga cuidado.» Frase más manida no había en México, y sin embargo, cuando los desconfiados le manifestaban sus temores y le oían decir

«No tenga cuidado», parecía que nunca antes se hubieran pronunciado tales palabras, ni por nadie más que él; era imposible dudar, porque en él no cabía duda alguna. Cuán peligrosa era su posición en San Luis Potosí, lo reveló más tarde; pero en aquel momento sólo repetía su fórmula mágica: «No tenga cuidado, vamos a ganar», y los incrédulos descubrieron con sorpresa la fuerza que tenían las frases más ficticias, proferidas por aquel hombre; y nada más.

Más no podía decir en conciencia; pero su confianza no era ciega, ni sin visos de razón. En vísperas del sitio de Puebla, González Ortega le había escrito una carta-consigna, diciendo: «Si colocamos a Puebla a la altura que quiero y que conseguiré, retiramos la cuestión del terreno en que se halla y la obligamos a que haga crisis en el terreno moral; y si conseguimos esto, México sube a una altura en que no se ha hallado, ni se halla actualmente. Y lo conseguiremos, porque no está en la esfera de lo imposible.» Con estas palabras, Ortega entregó la llave de la situación a Juárez; y en la nueva fase de la lucha, que ya se anunciaba como una prueba de sufrimiento, Juárez tenía las cualidades de tenacidad, entereza, perspicacia y fe necesarias para provocar una crisis moral en el campo del enemigo. Ésa fue su tarea: Ortega había cumplido la suya al vindicar su teoría, de que «mientras más golpes les demos, más nos han de considerar». La cuestión militar era inseparable de la cuestión política, y con la ocupación de la capital los franceses recibieron en herencia los problemas que quebrantaron al gobierno liberal, y de cuya solución dependía la consolidación de su triunfo. Colocada la contienda en aquel terreno, vencidos y vencedores se encaraban en el mismo plan, y Juárez se radicó en San Luis Potosí, en actitud de observación, cifrando sus esperanzas en los experimentos de los franceses con la confianza que le daba su propia experiencia. Su táctica era sencillísima: sostener una acción retardataria en la guerra y ganar tiempo para que las dificultades políticas de la intervención salieran a luz. Para él, tanto o más que para Forey, era cierto el dicho de que con el tiempo quien espera todo lo alcanza; y él sabía esperar, en tanto que Forey tenía prisa de terminar.

Desde los primeros días de la ocupación de la capital, el capitán Loizillon se dio cuenta de las dificultades de un triunfo fácil. «Apenas habíamos llegado —escribió a su familia— cuando el clero echó a vuelo las campanas, para resarcirse de las restricciones impuestas por el gobierno de Juárez, que había fijado las horas en que se permitía el campaneo. Desde entonces, estamos ensordecidos. Bajo Juárez, las procesiones

estaban prohibidas, lo mismo que en Francia. El jueves pasado, el clero pidió permiso para celebrar la *Fête-Dieu*. El comandante en jefe no sólo concedió la autorización, sino asistió a la procesión con todos sus oficiales. Los mexicanos nos miraban como si se burlaran de nosotros. Lo único que nos faltaba fue un manojo de velas en las manos.» Más que meses, fueron siglos de progreso los que se habían perdido en alcanzar la capital. «Los reaccionarios se creen dueños y señores de la situación y no dudan de que reintegraremos al clero todos sus bienes y toda su influencia retrógrada. Con toda la buena voluntad que tenemos, es imposible que hagamos cosa tan exorbitante, y el resultado será que tendremos en contra al partido reaccionario, y que nos mantendremos aquí únicamente por la fuerza.»

En aquel campanillazo resonaba la voz de Juárez mucho más claramente que en su Proclama a San Luis Potosí.

Aunque el coronel du Barrail evitaba la cuestión política creyendo, como la mayoría de los militares, que no era de su incumbencia, él también tomó en cuenta los primeros efectos palpables de la ocupación. Deslumbrado por la bienvenida brindada al ejército el 10 de junio, tomó las apariencias como siempre, en serio, y las corazonadas del clero como venidas del cielo, pues «a cada paso el entusiasmo iba en aumento con el contacto de dos pueblos latinos, de viva imaginación y nervios vibrantes, subiendo al son de sus aclamaciones y con el espectáculo de su felicidad. Era esto un momento de delirio profundo y fraternal, cuyo recuerdo será imborrable en las almas de actores y espectadores por igual. Cuando la cabeza del desfile desembocó en la plaza, rodeada de pórticos, en donde se levanta la Catedral, y las puertas abiertas revelaron el interior dorado y el clero, vestido de gala, en los umbrales, fue como si se celebrase el enlace espiritual de dos pueblos en una *féerie*». Para quienes la historia es una fantasmagoría, aquel día les colmó de satisfacción. Pero «después de esta fiesta exquisita vino el día siguiente. El 10 de junio señalaba el triunfo del ejército francés; el día 11 señaló el triunfo del partido clerical, que lo había llamado y que el ejército vino a sostener… Para aquel día se organizó una procesión monstruosa, y no se omitió nada para que tuviera un efecto incomparable. Los arcos de triunfo del día anterior sirvieron para este nuevo desfile, escoltado por tres escuadrones de caballería y tres regimientos de infantería franceses, y saludado con el mismo entusiasmo, las mismas flores, las mismas aclamaciones y las mismas mujeres sonrientes. Los políticos del ejército y la misión francesa opinaron que llevábamos la cosa muy lejos al echarnos así en los

brazos del partido clerical. Es cierto que todos los actos del comandante en jefe estaban calculados a hacer ostensible nuestra protección a dicho partido». Para citar un ejemplo entre muchos, se celebraba cada domingo una misa militar en la Catedral, con la asistencia de una división entera. Un regimiento se colocaba dentro del templo, en tanto que el resto de la división, con su regimiento de caballería y sus baterías de artillería, ocupaba la Plaza Mayor y ejecutaba, bajo el mando de un general, los movimientos y las maniobras militares prescritas por la liturgia, sincronizadas con cada fase del rito divino. El comandante en jefe asistía siempre a la misa con el Estado Mayor y pasaba revista a las tropas al terminar la misma. «Esta función produjo una impresión excelente al exhibir tropas espléndidas a la capital; pero se hizo notar que lastimaba los sentimientos del partido liberal, y que hubiera sido más cuerdo conciliarlo con algunas concesiones, en vez de ahondar todos los días el abismo que nos separaba de él».

Sin embargo, siendo un mero espectador, el coronel du Barrail observaba con su genial indulgencia al comandante en jefe cayendo en el garlito. «Confieso que era casi imposible mantener fijo el fiel de la balanza entre dos partidos tan intransigentes como lo eran el clerical y el liberal. No distaban mucho los clericales de pedir el restablecimiento de la Inquisición, y los liberales, la expulsión de todo lo que vestía sotana. Entre estas intrigas y contradicciones el general Forey perdió su latín. Tenía las mejores intenciones, mucho le había conmovido la bienvenida dada al ejército francés y a él personalmente, y quería sinceramente trabajar en bien de México. Pero la tarea superaba a sus fuerzas, sobre todo porque le faltaba esa energía continua sin la cual nada grande puede lograrse: bastaba una caricatura, un artículo en el periódico, para enfurecerlo y llevarlo a contradecir las medidas que él mismo había decretado el día anterior… Al día siguiente, el 12, tuvimos una proclama pomposa y altisonante del general Forey, seguida de un decreto que delegaba la dirección oficial de la cosa pública en un triunvirato, encargado del poder hasta establecerse un gobierno definitivo.»

La proclama del 12 de junio expuso el programa francés y sentaba la cuestión política, conforme a las instrucciones de Napoleón. Después de un amplio preámbulo que exhortaba a los mexicanos moderados a olvidar sus diferencias y a formar un partido único, *el partido del orden*, abjurando los distintivos de liberales y reaccionarios que sólo ocasionaban rencores y venganzas, Forey puntualizó los principios indispensables para

la formación de una nación liberal y unificada. La religión sería respetada, así como los dueños de los bienes del clero nacionalizados, los que seguirían disfrutando de sus derechos legales; sólo los títulos fraudulentos serían sujetos a revisión. La prensa sería libre, pero controlada, lo mismo que en Francia: dos advertencias previas causarían la supresión del periódico. El ejército mexicano sería reformado, y una ley de reclutamiento moderado acabaría con «la odiosa costumbre de la leva, que arranca de sus familias a los indios y a los trabajadores, esa clase tan simpática de la población, que se ve echada en las filas con la soga en el cuello y que ofrece el triste espectáculo de soldados sin patriotismo, sin la religión de la bandera, siempre listos a abandonar a un jefe en favor de otro; basta esta circunstancia para explicar la falta de un ejército nacional en México, y porque no hay más que gavillas de jefes ambiciosos, peleando por un poder que aprovechan para destruir los recursos del país y para apoderarse de las riquezas ajenas». Los préstamos forzosos, así como el reclutamiento forzoso, serían abolidos, y las personas y las propiedades de los ciudadanos, amparadas por la ley. Los impuestos serían graduados, según los medios de vida del contribuyente, y la posibilidad de eliminarlos por completo en los artículos de consumo general —impuestos que tanto pesaban sobre un campesinado empobrecido— sería sometida a estudio. Los agentes fiscales recibirían una remuneración adecuada, y la corrupción sería castigada con severidad. Se adoptarían medidas enérgicas para reprimir el robo, y la administración de la justicia dejaría de ser venal. La religión católica sería protegida, y los obispos regresarían a sus diócesis. «Creo —añadió el generalísimo, no obstante— que al Emperador le agradaría, si el gobierno creyera posible proclamar la libertad de cultos, ese gran principio de las sociedades modernas.» Nunca, quizás, se recomendó tan informalmente una prescripción tan amarga; pero el boticario la dejó sobre el tapete. Este punto, empero, era el único facultativo. «Tales son los principios esenciales —afirmó Forey — sobre los cuales se basará el gobierno que queda por establecer; son los mismos que el gobierno de México debe esforzarse en seguir, si es que quiere ocupar su lugar entre las naciones civilizadas.» Por último, se concedía una amnistía general a quienes se sometieran de buena fe al nuevo orden; pero a aquellos que desoyeran la voz de la conciliación se les declararía enemigos de la nación, y se les perseguiría dondequiera que encontrasen refugio.

El programa francés, que sancionaba la expropiación de la

propiedad eclesiástica y recomendaba la libertad de cultos, representaba un fuerte obstáculo para el gobierno fugitivo en San Luis Potosí; pero no era menos funesto para los intervencionistas mexicanos. No podía menospreciarse, calificándolo de otro manifiesto repleto de Forey: el comandante en jefe a nombre de su soberano, y al sentar la cuestión política, la daba ya por resuelta. Las ilusiones del clero, dilatadas por la llegada de sus protectores, se encogieron rápidamente al darse cuenta de que lo único que les reservaba el nuevo orden era la garantía de concesiones ceremoniales y la celebración de misas militares, y la prensa reaccionaria reveló su irritación llenando sus columnas con loas a Márquez, a quien atribuía el triunfo de la campaña, sin mencionar siquiera a los franceses —insolencia castigada con la suspensión condigna. Amonestados de tal manera, los órganos clericales se callaron momentáneamente, aguardando la formación del nuevo gobierno para reivindicar sus derechos.

En menos de quince días Forey sacó un gobierno provisional. Tanta celeridad no dejó de impresionar a Loizillon —«ya veis que si obramos lentamente en la guerra, avanzamos rápidamente en los asuntos políticos», comentó de paso—, pero el fenómeno tenía una explicación muy sencilla. Forey había dado, al fin, con un problema que no le presentaba ni dificultades ni oposición: la cosa quedó a cargo de M. de Saligny. Sin embargo, el resultado era notable, ya que para una cosa tan fácil se recurrió a un mecanismo muy complicado. Treinta y cinco notabilidades, seleccionadas individualmente por el ministro y aprobadas individualmente por el comandante en jefe, designaron a tres de sus corifeos para formar el gobierno provisional, y a doscientos cincuenta más para determinar la forma de gobierno permanente más adecuada para México. El coronel du Barrail asistió a la sesión inaugural de la asamblea y salió embarazado por su aspecto. Las notabilidades le daban la impresión de haber sido recogidas en la calle: «Pobres diablos, cuya fisonomía, modales y trajes, no correspondían de ninguna manera a lo que pensábamos entonces debía ser el aspecto de los representantes de un pueblo»; y aun reconociendo su carácter ficticio, «hubiera sido más franco y más decoroso de nuestra parte, no recurrir a tales métodos, que no engañaban a nadie y que provocaban la risa de los más indulgentes». Los 35 originales disfrutaron, como larva, de una vida efímera de cinco o seis días, y con eso terminó la función natural del procedimiento, según el capitán Loizillon. «Mientras escribo estos renglones, salvas de regocijo celebran la

instalación de la asamblea. Tiene libertad absoluta para optar, con tal de escoger una monarquía. Tenemos la esperanza, pues, de recibir al príncipe Maximiliano para fines de octubre o principios de noviembre. Con todo eso, los mexicanos manifiestan una indiferencia exasperante; no externan ningún sentimiento a favor de nosotros, no estamos más adelantados que el primer día, y no hemos logrado formar la más leve relación con una familia mexicana. La población comprende que todas nuestras proclamas de sufragio universal son una chanza pesada, ya que somos dueños, como siempre, únicamente de los puntos que ocupamos. En toda la extensión de México tenemos en nuestro poder solamente Veracruz, Orizaba, Puebla y la ciudad de México. Con ese aparato ¿cómo podremos consultar la voluntad popular? Es verdad que todas nuestras operaciones militares han sido de una lentitud imperdonable. Después de la rendición de Puebla el 17 de mayo, si así lo hubiera querido el comandante en jefe, hubiéramos podido aprovechar el buen tiempo para ocupar Querétaro, Guadalajara, Guanajuato y San Luis Potosí. Con sólo ocupar esos grandes centros poblados, hubiéramos tenido un poder y una influencia indisputables, y hubiéramos rechazado muy lejos el latrocinio y asegurado a los habitantes en sus vidas y sus propiedades. En cambio, nos encontramos en la ciudad de México y la diligencia llega interceptada y saqueada a una legua de la ciudad, sin que se moleste en lo más mínimo a los ladrones».

La asamblea cumplió con su encargo dando dos providencias predeterminadas. La primera, el gobierno provisional, integrado por tres dirigentes: el general Almonte, que lo presidía; el general Salas, cuyo nombre, según el coronel du Barrail, no había de embarazar las páginas de la historia; y el obispo de México, en representación del arzobispo, ausente en Europa. La asamblea salió de la calle; el gobierno, del seno de M. de Saligny. De los tres caciques, como se les llama profanamente, Almonte era, según el capitán Loizillon, «un reaccionario insignificante»; Salas, «una momia desenterrada para la ocasión»; y el obispo, «un hombre vigoroso, que supeditó desde luego a los demás y todo lo dirige». No causó extrañeza, pues, el que el triunvirato tratara de atenuar la fuerza de la proclama de Forey con un manifiesto propio, afirmando que la Iglesia ya no tenía un adversario en el Estado, y que todas las cuestiones pendientes se resolverían de común acuerdo; ni que el clero, así alentado, cobrara ánimo, y que los curas recorrieron las casas anteriormente de la propiedad del clero, avisando a los

inquilinos que la renta no debía pagarse al dueño, ya que las ventas realizadas bajo la inspiración de Satanás no tardarían en ser revisadas, y que quien desoyera la admonición se vería en el caso de rembolsar al dueño legítimo. A Forey, sin embargo, le causó extrañeza el saber que su gobierno provisional creyera su proclama una providencia provisional, y en una declaración dada a la prensa la calificó de definitiva. «El ejército francés vino a México —reiteró— para proteger a todos los intereses legítimos. Cumplirá su misión, y mientras me encuentro a su cabeza, mi Manifiesto será una verdad». El obispo amaneció una mañana en presencia de Almonte y Saligny, quienes le comunicaron la verdad, como venida del cielo, con lo que el prelado se sometió provisionalmente hasta llegar el arzobispo.

Si la docilidad del gobierno pelele era dudosa, la sumisión de la asamblea, en cambio, era indiscutible. El 19 de julio las notabilidades proclamaron la monarquía. «Celebrado el voto, el ejército mexicano acaba de disparar cien salvas en la Plaza Mayor, en medio de la indiferencia absoluta de la población —apuntó el capitán Loizillon—. Todos estos votos cómicos que procuramos hacer pasar por la voluntad de la nación, son, sin embargo, inevitables; no podemos hacer otra cosa». Para lograr las apariencias de una consulta general, la ocupación tenía que extenderse fuera de la capital: operación muy difícil para Forey en plena estación de lluvias, y bien que Bazaine preparaba una expedición, el comandante en jefe era enemigo de la precipitación, pluvial o profesional, y no se daba cuenta de que la cuestión política era inseparable de la cuestión militar. Inseparable de su asiento, resguardaba su retaguardia. Preocupado por la apatía de la población y el ostracismo impuesto al ejército francés, ofreció dos bailes a la sociedad capitalina para romper el hielo: la oficialidad tuvo que contribuir a los gastos, a prorrata, según los grados correspondientes. Aunque la cuota recortaba sensiblemente los haberes de capitanes y lugartenientes, el segundo baile fue todo un éxito: tan cierto es que los placeres más apreciables son los que se pagan. Desde la fachada hasta el anfiteatro, el teatro principal, profusamente adornado por los artilleros con trofeos y emblemas militares, manojos de bayonetas y banderas brillando entre guirnaldas de flores tropicales y luces de Bengala, presentó un espectáculo brillante; y no menos brillante fue el público, quinientas damas mexicanas luciendo sus alhajas y las últimas modas de París en los palcos, con el enjambre bullicioso de caballeros a sus pies. Abundaban las bellas. «Sinuosa, graciosa, viva y lista, con su tez llana, sus ojos

parecidos a diamantes negros, sombreados por largas pestañas, sus labios rojos y carnosos, entreabiertos sobre dientes tan blancos como perlas, y su abundante pelo de ébano, cuyo cuidado constituye una de sus principales preocupaciones, y su talle opulento y delicado, y su pie curvo, la mujer mexicana pudiera pasar por una de las maravillas de la Creación —opinó el coronel du Barrail, que ante tan grato espectáculo se encontraba en su centro y lo apreciaba casi sin reserva—. Es lánguida y seductora, y a juzgarla por su aspecto y aun por sus cartas amorosas, juraría uno que conserva en su sangre todos los ardores del sol bajo cuyos rayos florece. Aquellos de mis camaradas que tuvieron el tiempo y el temperamento para dedicarse a ese género de estudios comparativos, me aseguraron (y les creí sobre palabra) que sus pasiones eran puramente superficiales y que todo se sacrificaba a la fachada. No obstante, no cabe duda de que aquella noche los oficiales franceses, en sus uniformes de gala, parecían perfectamente encantados». La buena sociedad mexicana no se negaba a recrearse a expensas del extranjero, ni siquiera a reciprocar sus atenciones cuando las relaciones eran aprovechables; y al separarse en la madrugada «las parejas se despidieron encantadas y convencidas de que habían cumplido un deber a la vez muy agradable y muy político, coqueteando toda la noche. Allá se formaron relaciones y se esbozaron amoríos, de los que algunos llegaron al desenlace más honorable —el matrimonio». Bien valía el deshielo la inversión. El contacto sensible de dos pueblos, dotados de imaginación viva y nervios vibrantes, tan difícil para los hombres, se realizó al fin por obra y gracia de las mujeres, cuya superioridad innata a los prejuicios nacionales conquistó a los gallitos del ejército francés y garantizaba su indiferencia a la política.

El coronel du Barrail, más galo que gallito, embolsó el binóculo y abandonó el baile a hora temprana, cansado del carrusel. Interesado en el espectáculo desde el punto de vista analítico, poco le importaba la política, a menos de experimentar sus consecuencias personalmente y eso le pasó al acostarse en Tacubaya, el suburbio de moda en donde tenía su casa. Al llegar, se le había asignado una magnífica villa de la familia Escandón, propiedad del conocido empresario mexicano que vivía en París, donde figuraba a la cabeza de la colonia mexicana y había contribuido tanto o más que los otros emigrados a fomentar la empresa francesa. «La familia Escandón aguardaba ventajas considerables de nuestra expedición —apuntó el coronel— y realmente muy poco

hubiese contribuido al triunfo de la campaña, poniendo su casa desocupada a la disposición de uno de los oficiales que arriesgaban la vida en una expedición, lanzada en su provecho y para servir sus intereses»; pero al presentar su boleta de alojamiento, encontró cerrada la casa, y el conserje, alegando órdenes del dueño, le avisó que la tenía reservada para el uso de un oficial superior que algún día pudiera pensar en establecer su cuartel general en Tacubaya. El coronel se retiró, «admirando el patriotismo de esa gente que pide a Francia su tesoro y su sangre, sin siquiera pensar en ofrecer hospitalidad a uno de sus hijos», y se alojó más modestamente en el mismo barrio; pero la villa Escandón, que siguió deshabitada y que el coronel miraba todos los días, contribuyó más que cualquier otro contratiempo a desilusionarlo de la expedición. Al igual que los gallitos que aguardaban más de lo que recibieron de la mujer mexicana, ese sepulcro blanqueado figuró en sus memorias como un símbolo.

Con unos fue una cosa, con otros, otra, pero siempre un cúmulo de pequeñas irritaciones, lo que poco a poco formaba una corriente de opinión pública en las filas del ejército. Con el capitán Loizillon fue todo a la vez. Después de pasar un mes en la capital discutía ya el programa francés con la misma indiferencia que los mexicanos: lo importante no era la prescripción, sino la aplicación de la receta; todo el mundo sabía redactar un manifiesto. «Ya lo he dicho, me parece —escribió a su familia— que lo que hace falta a México para regenerarse es un gobierno fuerte y probo, que no tenga piedad de los ladrones y los bribones. Para establecer un gobierno semejante hay dificultades, empero, que me parecen insuperables, a juzgar por nuestra manera de obrar actual. Para realizar algo, se necesitarían una ocupación de diez años, un ejército numeroso, y una inversión de fondos muy fuerte, antes de que el país pudiera producir fruto, y eso no se realizará hasta que acabemos con el latrocinio. Esto lo saben muy bien los mexicanos: comprenden que sólo Francia puede lograrlo y que será imposible que lo hiciera Austria. Por eso querían elegir Emperador al príncipe Napoleón y hubo que intimarles la orden de nombrar a Maximiliano. Elegido Maximiliano, hay que organizar algo en su favor: un gobierno, un ejército, etc. Ahí se arrima el punto de la dificultad. La base sobre la cual todo debe descansar, es el ejército…» En sí, la dificultad no era insuperable. Su propia receta era sencilla y vigorosa: licenciar al ejército de Márquez; encausar, ahorcar o deportar a los antiguos bandidos que formaban su plana mayor; organizar un núcleo militar con aquellos oficiales mexicanos contra los cuales había

lo menos que decir; subordinarlos a oficiales franceses, encargados de inculcarles los rudimentos de la disciplina y de la administración; con tal de adoptar tales medidas sería posible formar un buen ejército nacional… con el tiempo. «Pero en vez de esto, en vez de plantear el principio de propiedad y de regeneración, estamos mimando a toda esta gente, porque Márquez es el hombre de la reacción, y los reaccionarios están enojados con nosotros, estando convencidos ya que no vamos a restablecer el viejo orden de cosas, M. de Saligny, reaccionario también, halaga a este partido con concesiones de toda clase; acaba de hacer relevar al comandante de la ciudad, porque éste se permitió detener a un sacerdote ladrón y asesino. Se ha suprimido una investigación de malversación de fondos. Ya sabéis que pagamos el ejército mexicano; por supuesto que esta gente sigue practicando con nosotros las mismas costumbres que con su propio gobierno: es decir, roban cuanto pueden. Con nosotros resulta un poco más difícil. Sin embargo, lo logran… Veréis, pues, que en tales condiciones no basta blanquear y enyesar; hay que demolerlo todo y reconstruir de planta. De no hacerlo, y mucho me temo que no lo hagamos, le daremos al pobre Maximiliano un triste regalo.»

Entretanto, la responsabilidad era del ejército francés y el bulto se hacía cada vez más pesado. «Por dondequiera que miramos hay que reconocer que ocuparemos México por mucho tiempo, y que no puede preverse el momento en que será posible repatriar la tropa, porque si queremos pacificar al país y hacerlo seguro, lo que es sumamente difícil, distan mucho de sobrar los veinticuatro mil soldados que tenemos aquí: no son siquiera suficientes.» Donde hay gana, hay maña, sin duda —pero… ¿la gana? «En todo el ejército no hay más que un solo deseo —volver a Francia— y ese deseo es también el mío más que ningún otro.» Llovía sin cesar, fructificando sólo la nostalgia; con la imposibilidad de montar a caballo, de hacer ejercicio, de salir de sí mismo de alguna manera, se aburría a más no poder, y para él, lo mismo que para Forey y todos los ociosos de la expedición, no había más recreo disponible que la *sacrée* política.

Cuando Forey salía a paseo, andaba siempre acompañado de mucho aparato, paseando por las calles en un coche de cuatro caballos, con una escolta de húsares al portante, y con la bandera tricolor ondeando por atrás; pero brillaba mucho más al apearse y circular por el paseo elegante de la Alameda. Entonces los chicos corrían a su encuentro, gritando «*¡Ahí viene! ¡Ahí viene don Forey!*» y le rodeaban con arrumacos, abrazando

sus rodillas y apoderándose de su persona, como si fuera uno de los suyos. Forey adoraba a la gente menuda y prodigaba a los chicos el cariño paternal que tan poco apreciaban los adultos; y al hacer cerco los curiosos y contemplar al comandante en jefe, sentado en un banco y cubierto de tantas criaturas que se adueñaban cómodamente de su conquista, como el clásico Nilo con sus tributarios, las nanas se preguntaban si, por acaso, no hubiera errado su vocación al abrazar la carrera de las armas. La facilidad con que el buen hombre ganaba la devoción de la chiquillería era cosa de ver, y el espectáculo daba gusto a todo el mundo, menos a aquellos que lo imputaban a la determinación del viejo de popularizarse, por lo menos, con la generación venidera.

Pero el capitán Loizillon no tenía otra vocación que la militar, ni otro recreo que la política, y al cabo de seis semanas de irritación se dedicó en serio a la política, porque la política afectaba su porvenir profesional, su orgullo de francés, y el bienestar del ejército; y cansado de charlar, se puso a obrar. Aunque se le había prometido un ascenso en seis meses, se resolvió a sacrificar su carrera a su civismo, y puso una carta a una dama en París que tenía acceso al Emperador, aclarando la situación «tal y como es en realidad, prescindiendo de toda consideración personal». La carta era franca, indiscreta, atrevida; pero «me parece deber de hombre decente —explicó a sus padres— hacer del conocimiento del público en Francia todas las indignidades e imbecilidades que presenciamos, impotentemente, en México. He dicho la verdad, la verdad entera». Ahora bien, una vez montado en cólera, el capitán Loizillon ejercía el oficio de censor vigorosamente, y empuñando la pluma, la dejó correr por dieciocho cuartillas en un sumario severo de los frutos de la intervención hasta la fecha. Seis meses eran pocos, sin duda, para formarse una opinión definitiva, pero sus conclusiones representaban la culminación de seis meses de atenta observación y de experiencia amarga, y reflejaban el sentir general en el ejército, en donde las ideas eran tan idénticas como los uniformes; y no era menester agotar la botella para saber que el vino repugnaba. Como texto, tomó dos recortes del periódico: el primero, una orden de la policía que prohibía el trabajo dominical; el otro, un reglamento que obligaba a los transeúntes a ponerse de rodillas en la calle al pasar el Santo Sacramento, y a quedarse en tal posición hasta que se alejara. «Al llegar al poder, los liberales suprimieron esta costumbre tonta y ridícula, que hemos restablecido, y que consiste en llevar el Sacramento a los

enfermos con una escolta militar y un campanillazo ensordecedor, capaz de matar al moribundo antes de poder tragar a su redentor. Estos dos reglamentos no necesitan comentarios; bastan para demostrar las pretensiones del clero y los medios empleados para recuperar su influencia.» Sintomática también era la intimidación de los inquilinos en anticipación de la devolución de los inmuebles del clero, y también en este capítulo sobraba todo comentario; «así como veis, estamos en plena reacción, y nadie se extraña, ya que no podía ser de otra manera con la composición del gobierno provisional». Pero lo asombroso de la situación era que «asistimos al espectáculo, como si no nos interesara. Los reaccionarios, sin embargo, desconfían de nosotros, porque presienten que las cosas cambiarán, cuando se sepa en Francia el rumbo que toman. Por lo que a los liberales se refiere, ellos nos echan la culpa de todo —nos reprochan el no haber puesto en tutelaje a este gobierno que hemos creado y del cual somos responsables, y no nos perdonan el haber restablecido aquí lo que hemos abolido en Francia. Creen que no son éstas las intenciones de Francia y del Emperador; pero juzgan las cosas según las apariencias».

Las cosas —y las personas. «Culpan de todos los errores cometidos a M. de Saligny, contra quien hay un encono tal que no podéis imaginarlo. Desde que llegó el último correo, se dice que ha sido relevado, pero que el comandante en jefe lo retiene bajo su propia responsabilidad, y que ha escrito al Emperador, solicitando que dejara a M. de Saligny en México, por ser el único que conoce la situación y el único capaz de construir el imperio. Supuesto que sea cierto que el Emperador haya tenido la feliz idea de relevar a M. de Saligny, puede parecer raro que el comandante en jefe le haya dado una prueba de devoción tan grande, ya que todo el mundo sabe que no se llevan bien. Pero hay una explicación. Es muy fácil decretar un imperio, como lo hemos hecho nosotros; pero organizar un imperio es cosa distinta. ¿Qué cosa hemos organizado desde nuestra llegada? Nada. Esto lo sabe mejor que nadie el comandante en jefe; debería ocuparse de todo, y no se ocupa de nada. Conoce perfectamente la confusión en que estamos chapoteando, pero habiendo terminado su papel, sólo aspira al bastón de mariscal y a la oportunidad de regresar a Francia y cosechar sus laureles. Maximiliano y M. Saligny se desenmarañarán como puedan; eso no le importa. Sigue la misma línea de conducta que le ha servido de regla desde nuestra llegada a México —no comprometerse y dejar la responsabilidad a los demás».

Cáustico, temerario, implacable, fustigando a diestro y a siniestro, el capitán reservó sus apreciaciones más mordaces, sin embargo, para el comandante en jefe. Toda la hiel tragada por el ejército durante el sitio de Puebla salió rezumando de su pluma, al recapacitar la escena en la Penitenciaría, cuando Forey dejó plantado al consejo de guerra con su pasavolante incalificable: «*Mon Dieu, messieurs, tâchez de vous arranger!*». Se encontrarían siempre ahí, si la plaza no hubiese sucumbido al hambre. «El comandante en jefe y su camarilla pueden afirmar cuanto más les venga en gana, que el sitio de Puebla es el hecho de armas más grande de los tiempos modernos; no estamos de acuerdo. Nosotros consideramos los días pasados frente a Puebla como una derrota, y tanto más grande cuanto que los oficiales mexicanos nos dijeron después, que se creían incapaces de resistir más que cinco o seis días. Confesaron que, después de la toma de la Penitenciaría el 29 de marzo, tan convencidos estaban de la pérdida de la plaza, que ellos mismos ensillaron sus caballos para emprender la fuga, y que fue sólo al asegurarse que no proseguíamos nuestro triunfo, cuando ocuparon las posiciones que nos detuvieron.»

Como militar, Forey era una calamidad, y como político, otra. «Con nuestra improvidencia y nuestra línea política interna, estamos enajenando cada vez más a todo el mundo. De seguir así, ¡qué tarea más ingrata daremos al pobre Maximiliano, y qué desilusión le estamos preparando! Al desembarcar en Veracruz y darse cuenta de que todo su imperio consiste en el camino a la ciudad de México, y que tendrá que llevar una fuerte escolta para evitar un secuestro, y al no encontrar en la capital ni finanzas, ni justicia, ni ejército, nada más que el pillaje organizado y los partidos contrarios desgarrándose entre sí, ¿a qué santo se encomendará? Como las ideas de su país no son muy avanzadas, se echará, naturalmente, en brazos de M. de Saligny, Márquez y la reacción, y entonces todo se perderá irremisiblemente, y Francia agotará su tesoro y su ejército sin lograr entronizar a Maximiliano».

Pero si la diatriba era atrabiliaria, no era desesperanzada. Un desfogue desenfrenado hubiera señalado al autor como un simple regañón, y el capitán no dejó de indicar el remedio. Si el Emperador se diera cuenta de la deformación de su política y de la falsificación de su idea en México; si relevara a M. de Saligny, sustituyéndolo con un hombre leal que antepusiera a sus propios intereses los de la patria; si llamara al general Forey, remplazándolo con Bazaine, que era un hombre muy inteligente y el mejor mentor para Maximiliano; y si a

Maximiliano, guiado por Bazaine en un sentido liberal, se le hiciera comprender su posición; entonces… entonces sería posible hacer de México en menos de diez años un país próspero y capaz de rembolsar los gastos de la guerra, de prescindir del apoyo de Francia, y de cumplir las promesas que inspiraron la empresa. Con caminos y ferrocarriles tan fáciles de construir en la altiplanicie, la agricultura y la industria florecerían, y no sería menester importar las materias primas más valiosas que el oro y la plata, que abundaban bajo la planta del pie: hierro, un reino mineral al alcance de la mano en Morelia; madera, una riqueza inagotable en los bosques de la selva virgen, y todos los recursos incontables que, bien explotados, compensarían con creces estas dificultades pasajeras. «Esto es lo que México podría llegar a ser, a condición de tener dos hombres inteligentes y desinteresados a la cabeza de la administración; pero por desgracia ni siquiera se ha dado principio a la empresa, y tal vez nunca se la iniciará, con prejuicio grande para Francia y para su gobierno. Esto es lo que nos aflige, y ésta es la razón por la que he manifestado a usted lo que pienso, lo que pensamos todos. Ahora, habiéndome desahogado con usted, me siento aliviado».

La carta corrió una suerte curiosa. Comunicada por la dama al Emperador, tanto le impresionó que la remitió a su vez a Bazaine. Pierre Loizillon tuvo la suerte de escribir una de esas cartas desamables que Napoleón leía con gusto. Hacía tiempo que las dificultades y las demoras de la expedición lo habían llevado a desconfiar de sus agentes, y a falta de un servicio de inteligencia oficial en México, había acudido a la correspondencia particular de sus oficiales de ultramar en busca de la verdad. La verdad entera, desnuda e imparcial, era difícil de averiguar; la correspondencia de los oficiales de alta graduación, coloreada por envidia, ambición, celos o apología, era sospechosa; pero el cartazo de un capitán desconocido, que no tenía nada que ganar y sí mucho que perder con sus denuncias, y que se jugaba la carrera en aras de su patriotismo, pareceía ser *la verité vraie*. Parecía, pues ¿cómo saber lo cierto en este mundo ilusorio en que todo se juzgaba por las apariencias, y el soberano se encontraba regiamente alejado de la realidad? Pero el crítico que culpaba a las personas, más bien que a las cosas, era siempre digno de crédito. Para controlar los asertos del capitán, Napoleón remitió la carta a Bazaine omitiendo el nombre del autor, y Bazaine atribuyó la denuncia a un malcontento muy encumbrado en el Estado Mayor. ¿Quién se hubiera atrevido sino Douay? ¿Quién tenía una lengua más

áspera que la de un gato? Dotado por su parte de discreción y de prudencia irreprochables, Bazaine archivó la carta con un solo comentario discrepante: no le parecían justas las censuras dirigidas al general Forey; las dictaba, sin duda, el resentimiento del oficial que achacaban al comandante en jefe el fracaso frente a Santa Inés, durante el sitio de Puebla. Y fue así, como el capitán Loizillon fue ascendido… sin que lo supiera.

Loizillon sólo logró anticipar la determinación del Emperador. A los dos días de salir la carta, Forey y Saligny recibieron sus cartas de revocación. Tratándose del primero, el Emperador templó el golpe acompañándolo con la codiciada dignidad de Mariscal de Francia, y lo relevaba en términos de la más alta consideración. «Un Mariscal de Francia es un personaje demasiado grande para que se le permita bregar con las intrigas y los pormenores de la administración», le aseguraba; y lo autorizó a delegar sus facultades en Bazaine, luego que le pareciera conveniente, y a regresar a Francia para disfrutar de su triunfo y de la legítima gloria que se había ganado. Por desgracia, empero, o por inadvertencia, el Emperador aludió también a Bazaine en plan de mariscal, y el yerro agravaba la carta de revocación. Forey la recibió con consternación, porque pensaba terminar su trabajo (así lo llamaba) y permanecer en México hasta consolidar el trono para Maximiliano: y si bien sabía que merecía el mariscalato, no pensaba recibir el bastón en las partes en que le cogió. Tanto le dolió que no se consolaba con todas las felicitaciones del Estado Mayor.

Pero una cosa era revocar los agentes imperiales y otra desarraigarlos de México. Ambos aplazaron su repatriación apelando a todos los pretextos posibles. Para Forey esto no fue difícil, ya que se dejaba a su discreción fijar la fecha, y tomó la frase de cortesía, como tomaba todas sus instrucciones, al pie de la letra. Por consiguiente, el capitán Loizillon tuvo mucho más que decir antes de sentirse realmente aliviado. «El mariscal —empezó de nuevo—, a pesar de su vanidad, no ha digerido por completo la carta encomiástica del Emperador, y lo que a mí me sorprende es que haya reconocido que su repatriación es, en realidad, una desgracia. No sabe tragarla, y en vez de entregar el mando al general Bazaine, según su obligación, lo conserva, encubriéndose con una frase en la carta del Emperador que le permite fijar la fecha.» Como siempre, Forey no sorprendía a nadie. Su título le costaba su dignidad.

Con el mismo correo vino una carta del Ministro de la Guerra, menos atenta que la del Emperador, con órdenes perentorias de entregar el mando a Bazaine; pero el mariscal la

embolsó, sin comunicarla a nadie. Llevaba en la bolsa todo un arsenal de tales cartas atrasadas; era un apartado postal ambulante en persona, lleno de cartas sin destinatario conocido. Se le empujaba, se le aguijaba, se le picaba, pero el mariscal era inconmovible. Los jóvenes se burlaban del viejo sin piedad y en público. El mariscal Forey —decían—, convencido de que no hay nada que hacer con estos mexicanos, ansiaba el día de la despedida y sólo aguardaba la llegada de Maximiliano, porque, después de ocupar el primer puesto en México, no podía quedarse con el segundo. «¡Vaya! —dijo el capitán Loizillon, y más no pudo decir—, se me hace muy fuerte esta dosis de vanidad, que impide a Monsieur Forey subordinarse a un Emperador.» Y puesto que Forey padecía tan grave caso de confusión de identidad, alguien tenía que decirle la verdad. Un diario publicó una carta abierta en que lo felicitaba por sus muy merecidos honores, y expresaba la esperanza de que lo animarían a salir de su apatía y lanzar sus columnas, en una irradiación de gloria, para realizar la pacificación del país. La carta llevaba la firma de alguien que se llamaba *los principales habitantes de México*, y que todo el mundo suponía sería M. de Saligny, ya que la carta era picante, maliciosa e insolente; pero eso de *apatía* no lo pasaba Forey y lo rectificó con una respuesta que dejó bocabiertos a los burlones. Contestando la carta anónima, el comandante en jefe participó a los principales habitantes de México que, «aunque sin ser mexicano, se veía en la necesidad de recordar a los mexicanos que los caminos de su país estaban intransitables para un ejército regular, cargado de cañones y municiones, en esta estación de lluvias, y que no pensaba ceder a su impaciencia —¡él que con tanto éxito había resistido la impaciencia de los franceses para emprender el sitio de Puebla!» Eso sí era el colmo. En los cuarteles circulaba una chanzoneta: *¿partira-t-il?, ¿partira-t-il pas?* y las coplas se acumulaban andando de boca en boca día tras día, semana tras semana, como las apuestas en una subasta pública. Relevado en agosto, estaba por salir en septiembre; vino septiembre y se asomaba siempre a la ventana; pasó septiembre y andaba todavía en las mismas cháncharras máncharras; vino octubre y el ridículo acre lloraba. Gemía el coro —y Forey también, aunque no por el mismo motivo. Estaba harto de México, le costaba trabajo manejar a Almonte, y se veía obligado a vigilar al gobierno que le debía la vida como si fuera el enemigo. «Aseguro a Vuestra Majestad —escribió al Emperador— que más bien preferiría emprender otro sitio de Puebla que quedarme aquí como moderador de esta gente que no quiere moderarse.» Pero estaba casado con sus dificultades, y algo tenía

México que le quitaba la posibilidad de tomarlo o de abandonarlo.

Desarraigar a M. de Saligny resultó aún más arduo, porque el ministro estaba ligado a México con nudos que, al romperse, le dejaban sangrando en la raíz, como la fabulosa mandrágora. Se hallaba enredado en negocios y acribillado de deudas y al borde de la quiebra. Desde su vuelta a la capital, la Legación de Francia, que desde tiempo atrás pasaba por ser una oficina de *tripotage*, había reanudado sus operaciones en una escala sin precedente; pingüe negocio de reclamaciones fraudulentas florecía a la sombra de los negocios oficiales, y el ministro había cobrado una suma considerable en pagos adelantados, cuando recibió su carta de revocación, y su crédito vino a tierra. Los acreedores reclamaron los pagos adelantados, y la bonanza y el escándalo le reventaron simultáneamente. Como siempre, Saligny se empeñó en explotar sus dificultades. Convocando a sus acreedores, les dio un reventón con la razón social, convenciendo al concurso que su único recurso radicaba en impedir su revocación y proponiendo que se montara una cébala en la prensa con ese propósito. Un periódico, subvencionado por sus consorcios, salió lamentando la pérdida de un diplomático que tan indispensable se había hecho para bien de México por su inteligencia, su integridad y su habilidad en timonear la intervención y arribar al puerto; y el gobierno provisional y los pueblos circunvecinos dirigieron una petición en su favor al Emperador. El ministro soltó el cuento de que se había arruinado, representando a Francia en México, y que no podía salir con decoro, habiendo devorado su patrimonio y contraído deudas valorizadas en 50 mil francos, que tenía que pagar con la venta de las últimas tierras que le quedaban en Normandía. Solicitó del gobierno provisional una indemnización y Almonte convenció a la Asamblea que se le debía una recompensa adecuada; sin embargo, siguió andando en dilatorias, que indignaron al capitán Loizillon, exasperado por el espectáculo de tan cínica mendicidad. «Si se hubiera marchado el mariscal —exclamó con rabia—, el general Bazaine podría impedir esta nueva indignidad de Saligny, que pide limosna como el miserable que es. ¿Qué concepto se formará de Francia viéndola representada de tal manera?» Sobre Saligny ya se había dicho todo hasta la saciedad; sin embargo, Loizillon salió con algo más. Para salvar la bandera de peores manchas, tuvo que recurrir a un recargo y a remontarse al pasado para desenterrarlo. Ya era hora de que el Emperador cambiara sus agentes «y sobre todo que no nos mande otros de sus antiguos

espías. Saligny hubiera debido darle la lección. Cuando se soborna a alguien para que engañe a su amo en tu favor, puedes tener la seguridad de que a ti también te engañará más tarde. Saligny es la prueba irrecusable». Como un relámpago en las tinieblas, la alusión a los antecedentes del ministro era oscura pero reveladora: daba la llave psicológica de toda su carrera. «Ha engañado al país y al Emperador respecto a la resistencia que encontraríamos al perseguir la política que nos ha impuesto; es decir, ligándonos con gente como Márquez y Almonte, que son ladrones, inmorales e ineptos. Si hubiésemos venido aquí solos, en nombre de Francia y bajo nuestra propia enseña, todos los partidos nos hubieran acogido con beneplácito. Excepción hecha de los reaccionarios tontos y de los liberales fanáticos, hubiéramos tenido en nuestro favor a toda la nación laboriosa —una nación en el fondo mucho más liberal que nosotros. Con su ayuda hubiera sido fácil acabar con el latrocinio y dar al país el gobierno que nos conviniera. Fuera lo que fuera la forma, el país hubiera aceptado no importa qué, no importa quién, luego que nos viera tratando de implantar aquí los mismos principios que en Francia. Es porque el Emperador, confiando en M. de Saligny, ha seguido la línea contraria por lo que nos encontramos en este marasmo, y Saligny nos hunde cada vez más hondamente en él, porque todos sus intereses están ligados con los reaccionarios». Loizillon repartía su rabia al igual entre Saligny y Forey. Las falsas premisas dadas a la expedición por el ministro sólo podían corregirse a costa de un gasto incalculable de tiempo y de trabajo. Los liberales, aprovechando las demoras, y dueños de la mayor parte del territorio, reclutaban tropas frescas; y aunque el capitán siguió creyendo que una sola columna de artillería siempre pudiera atravesar todo México sin tropezar con resistencia seria, «somos tan pocos, diseminados sobre una superficie tan inmensa, que nunca lograremos ocuparla toda en una vez. Tendremos que correr en persecución de un enemigo elusivo, que cansará a nuestros soldados con marchas y contramarchas, matándonos mucho más por fatiga que por fuego». Estaban a fines de septiembre y Forey siguió dándoles poste. «Al negarse a entregar el mando al general Bazaine, el mariscal Forey demuestra lo que siempre ha sido, una nulidad vanidosa. Impide así las operaciones futuras, porque el general Bazaine necesita tiempo para preparar la expedición y para iniciar una nueva política liberal. En efecto, Monsieur Forey ha alcanzado el apogeo de su fama al retardar las operaciones hasta con su partida».

Forey ya no era un mero objeto de burla, ni Saligny un mero

objeto de desprecio. La cuestión militar, la cuestión política, la cuestión personal, todas eran inseparables, porque entretanto los mexicanos no sabían a qué son les tocaba bailar. Temerosos de que la revocación del ministro y del comandante en jefe auguraba la retirada del ejército, y alarmados por rumores de que Maximiliano, enterado de la verdad, había rechazado la corona, preveían con terror la vuelta de los liberales, que reunían sus fuerzas en San Luis Potosí. Cada día de atraso comprometía más ignominiosamente el buen éxito de la expedición, y lo que importaba mucho más, el buen nombre de Francia. Afortunadamente para el honor del ejército, no era cierto, como se aseguraba, que la morosidad del comandante en jefe se debía a los mismos motivos que la tenacidad de M. de Saligny —el mariscal, por lo menos, no era venal— pero en la hora de la liquidación los dos funcionarios se fundieron, como sebo caliente, en una masa informe.

Pierre Loizillon reservaba ahora sus diatribas para el seno de su familia, porque no eran propias para la circulación pública, y en un acceso de furia frustrada despidió el más osado de sus dardos, no contra los lacayos, sino contra el amo mismo. «A esto ha llegado el Emperador con su manía de conferir las más altas dignidades a los hombres desleales, que le sirvieron para realizar su golpe de Estado.» Saligny, el ex espía, y Forey, cómplice del 2 de diciembre, eran discípulos dignos del maestro: ambos habían servido a Napoleón como lo merecía, y la justicia inmanente estaba en marcha en México.

Así, Pierre Loizillon; pero no el ejército. Muchos de sus camaradas lo habían felicitado calurosamente por el valor cívico que demostró al expresar lo que todos pensaban con su cartazo al Emperador; pero a ellos les faltaba la preparación política para pensar más que en las personalidades y ahondar el mal orgánico que sudaba en Saligny y Forey; y la inflamación se calmó, luego que se quitó la espina. La política militar comenzaba con una comisión y acababa con un ascenso; y el Emperador, que no había conciliado el sueño por ocho días antes de enterarse de la caída de Puebla, se había mostrado muy liberal con las recompensas. Forey, más reconocido aún que su amo, había ofendido a la oficialidad prodigando a los mismos mexicanos la *Legión d'Honneur*; pero el soldado raso se dio por satisfecho con la idea del cuervo. *Bon enfant*, el soldado francés siguió refunfuñando y cantando su chanzoneta:

Corre la voz por la calle,
cada quien a su sayo
diciendo, chiticalle;

y soldados y civiles
se abrazan, y son miles,
¡ay, qué bueno!, ¡ay, qué ansia!
Rápido como el rayo,
y tú me lo dices a mí,
a Forey y a Saligny,
¡Se les llama a Francia!

Pero con cada semana la cantaleta andaba creciendo y las coplas marcaban el paso con el calendario. El coronel du Barrail, ascendido a general por el comandante en jefe, simpatizaba todavía con Forey; pero no podía negar que «su situación se hacía cada vez más falsa y fantástica. Ya no mandaba. Ya no recibía nada de París». Las instrucciones venían enderezadas todas al general comandante en jefe, y cuando el comandante reclamaba, el administrador de correos se hacía el desentendido. La verdad, penetrando lentamente, acabó por vencer su resistencia, y a principios de octubre Forey se marchó definitivamente para Francia. En el Cuartel General se celebró un breve acto de despedida; el infatuado anciano se separó efusivamente de sus oficiales y se paró un buen rato para alabar a Bazaine; luego puso el pie en el estribo y se alejó irrevocablemente, el tercer comandante castigado por México. Los jóvenes correspondieron a sus efusiones fríamente; pero los veteranos se conmovieron. La sensibilidad de los asistentes variaba según el grado alcanzado, inspirada quizás por el presentimiento de la inseguridad que acompañaba cada ascensión. Forey era el ejemplo vivo de tan conocida verdad, y el general du Barrail era de los que compadecieron al jubilado; había previsto su destino desde el día en que desembarcó en Veracruz, y contemplaba ahora la conclusión inevitable: el triunfo de Bazaine. «Con su corpulencia de tambor mayor, con su fuerte quijada, índice de energía y también de obstinación, y con su porte brusco y violento, que disimulaba una buena voluntad de la que dio señaladas pruebas al prodigar a sus subalternos todas las recompensas posibles durante la campaña, el general Forey estaba destinado a sucumbir en la lucha entre un león y un zorro, dotado éste también del valor leonino», dijo en sus reminiscencias de la campaña. Pero para Saligny no tenía compasión alguna. Saligny era el *matasoldados* —«el autor de todos los errores cometidos, el verdugo del almirante Jurien de la Graviére y del general Lorencez, el dirigente de la política clerical y reaccionaria, contraria al gusto de los mexicanos y aun a las instituciones de Francia, y por decirlo todo, el mayor

obstáculo para la pacificación del país.»

A Saligny, sin embargo, no se le sacaba de uno, ni de dos ni de tres tirones. A pesar de las órdenes terminantes para que saliera al mismo tiempo que Forey, el ministro que invadió el país mucho antes que el ejército, tardó más que el militar en abandonarlo. La Asamblea de Notables le votó un crédito de 570 mil pesos; pero siendo incobrable el crédito a menos de atribuirlo al empréstito francés, Bazaine objetó la requisición. Sin embargo, aconsejado por M. Budin, el comisionado de Finanzas, acabó por convenir en saldar las deudas del ministro para deshacerse del estorbo. No obstante, M. de Saligny siguió aplazando su salida, y al zorro le tocó ahora cazar al..., pero ¿a qué criatura era comparable el réprobo acabado? El sapo en la botella había perdido sus patitas y andaba sobre el vientre. «Si el general Bazaine tiene un poco de vigor y cumple sus promesas —comentó Loizillon—, embarcará a M. de Saligny a Francia a la fuerza, y tendrá razón, porque si fuera a dejar aquella víbora aquí, tendría motivos de arrepentirse». Pero Bazaine no era hombre para poner el talón sobre la cabeza de su protector; ese deber ingrato lo delegó en sus subalternos, cuando salió en campaña a principios de noviembre, y ellos también lo esquivaron. Por un mes más Saligny logró eludir la batida alegando un matrimonio que tenía pendiente y su intención de renunciar al servicio diplomático y radicarse en México, y fue sólo al recibir la intimación perentoria del Emperador de presentarse en París, cuando se dio por vencido. A principios de diciembre Bazaine supo con satisfacción que el golpe lo había asestado M. Budin. «No me extraña lo que me refiere sobre M. de Saligny —le contestó—. Esperaba yo alguna escena violenta, al intimarle la orden de salir, un poco dura, sin duda; pero ¿por qué se metió en tal posición? No puede culpar a nadie sino a sí mismo por los sinsabores que le afligen y las medidas que se le prescriben.»

Antes de marcharse, sin embargo, M. de Saligny arrebató a México una compensación condigna. Muy raro hubiera sido si en aquel país que tanto se había gastado en maltratar hubiera encontrado algo amable; pero en las mutaciones que los hombres sufrieron allá, nada era imposible, y el milagro se realizó: en el seno de una familia ultraclerical conoció a una virgen dispuesta a compartir el honor de su nombre. Las nupcias se celebraron el día de la Navidad y al día siguiente la pareja salió en viaje de bodas a París. Sus compatriotas se dieron por satisfechos con su repatriación forzada: el castigo le cogió no por el daño hecho a México, sino por el perjuicio a Francia, y

el fallo del Emperador confirmaba la sentencia unánime del ejército. Los oficiales aplaudieron la sentencia; los soldados la celebraron sin rencillas. Buen muchacho, el soldado francés estaba baqueteado a los altibajos de la guerra, y bien en México, bien en Francia, *tout finit pour des chansons*. A fuerza de cantalear, su corrido llegaba ya a once coplas; las primeras eran listas, las últimas cansadas, pero el exorcismo había ahuyentado el maleficio, y la despedida confundió a Forey y Saligny, corriendo a los dos con una sola cencerrada:

«Sólo sabe añadir el autor,
que si el hombre propone,
quien al fin dispone
por fortuna es el Emperador.
¡Hasta luego, amigo! ¡Largo de aquí!
Largo o corto, o lo que sea,
buen viaje al cruzar el mar,
es lo que el autor te desea;
y mejor todavía, al desembarcar,
que tengas la suerte, vivo o muerto,
¡de naufragar en el puerto!»

2

De tal manera, y una vez más, se dejaba oír la voz de Juárez, sin que lo conocieran sus intérpretes inconscientes. Con sólo abandonar la capital, sembraba la desmoralización en el campo enemigo; pero faltaba mucho todavía para que un cuerpo de soldados desocupados se convirtiera en un ejército de civiles militantes. Sin embargo, se libraba ya la guerra en otro frente. Cuando Bazaine empuñó el bastón, la intervención llevaba ya dos años de vida, y en Francia la opinión pública iba acercándose rápidamente al punto de saturación.

El ardor patriótico provocado por el fiasco ante Puebla en 1862 se calmó rápidamente, y en el año infructuoso que transcurrió antes de la toma de la plaza en 1863, el sentimiento fundamental del país se fue manifestando cada vez más claramente. Napoleón no necesitaba un servicio de inteligencia en México para conocer el sentir del ejército; el malestar en el frente doméstico reflejaba la reacción de ultramar, y los informes de sus *procureurs* le comunicaban lealmente la verdad. «La ignorancia del objeto que se propone —al decir de uno—, los sacrificios de hombres y de dinero impuestos al país; nuestros soldados expuestos a los peligros de una tierra inhospitalaria, más que a las balas enemigas; las compensaciones dudosas o desproporcionadas a tales sacrificios, y la misma morosidad de los resultados, influyen de una manera desfavorable en el ánimo de la gente. Sin duda, se comprende que el gobierno haya sido llevado a propasar sus proyectos primitivos, pero se lamenta la expedición y se desea sobre todo que no se la prolongue con una ocupación permanente, y se hacen los votos más ardientes para que la victoria corone en breve los esfuerzos gloriosos de nuestros soldados. Siempre que nuestro pueblo no comprenda el propósito o el alcance de una medida política; siempre que no lo conmueva desde el principio un interés directo y palpable, permanece, si no hostil, por lo menos frío e indiferente; y sería deseable que al verificarse las próximas elecciones, no tuviera nada que recordar sino las dificultades vencidas y el triunfo de nuestras armas.» Pagados para decir la verdad, los *procureurs* no halagaban al patrono pero la templaban con un tacto que revelaba más que su reticencia; y no resultó raro, pues, que el Emperador, adicto también al pedal sordo, pasara ocho noches insomnes antes de ganar las albricias de la caída de Puebla. Pero esta conquista le concedió sólo un respiro. Las elecciones parlamentarias, celebradas en mayo, aumentaron las filas de la

oposición con más de un millón de votos, y lejos de acallar sus protestas, la caída de Puebla redoblaba la demanda de la retirada rápida del cuerpo expedicionario. El valor de la victoria radicaba precisamente en la oportunidad de salir de México sin desprestigio, y la ocupación de la capital, aun antes de realizarse, fue otro motivo de preocupación señalado por los *procureurs*. «Dicen algunos —siguió informando otro— que nuestros soldados combaten a un enemigo no muy valiente, por cierto, pero tesonero; que no hay posibilidades de una solución favorable; que después de batallas y pérdidas llegaremos a la ciudad de México para levantar una sombra de gobierno que caerá luego que nos retiremos. Tal parece que en todas las clases prevalece una sola idea, y ésta es que, una vez vengado nuestro honor por una brillante victoria, debemos retirarnos de una guerra tan lejana y tan costosa.»

Convencer al pueblo francés de lo contrario costaba trabajo: había que descartar todas las versiones anteriores de la intervención, desmentir las interpretaciones erróneas y las verdades a medias, y decirle la verdad entera. La prensa divulgó y comentó la idea del Emperador: los *procureurs* la propagaban y la aclaraban; pero nadie lograba popularizarla. En cualquier forma que se le presentaba, la idea no prendía. La gloria militar en México no interesaba al público. «Nunca se ha visto al pueblo francés excitado por una guerra lejana: aquellos pueblos remotos, sin fama de fuerza o de poder, no parecen rivales dignos de Francia; para conmover a Francia, el campo de batalla debe encontrarse en Europa», señalaba el dedo índice. Igualmente inapetecible era el motivo económico. «No se llega siquiera a comprender el proyecto de una gran y floreciente colonia explotando las minas.» El campesino francés desconfiaba de los bonos Jecker y se escandalizaba tanto más fácilmente cuanto que, como clase, era muy codicioso por su propia cuenta, y no le interesaba gastar sangre y dinero en abono de un banco quebrado. Los industriales temían que la ocupación llevaría al país tarde o temprano a una guerra con los Estados Unidos, y «el vigoroso impulso dado al movimiento industrial por el Gobierno del Emperador, y las reformas económicas debidas a su iniciativa, han desarrollado en el país, como consecuencia, las necesidades y las miras pacíficas». En una sola provincia se justipreciaban las posibilidades de México como mercado para el comercio francés: en Normandía algunos industriales, privados de la plaza norteamericana durante dos años, se preparaban para seguir la bandera, pero sólo hasta ver al país bien pacificado; en todos los demás departamentos, los

procureurs no lograban alzar un dedo. Las miras políticas del Emperador constituían un motivo más de recelo, ya que se había revelado prematuramente la relación que tenían con la guerra secesionista en los Estados Unidos. «Se dice que nuestra ocupación está ligada con la idea preconcebida de reconocer al Sur y, consiguientemente, de su separación de la Unión. Pero la división de la gran República es todavía una mera hipótesis.» Mientras más elevada la idea, más baja resultaba la reacción —y más básica. La sinceridad era, sin duda, la mejor política, porque el pueblo francés correspondía siempre a ella, pero en este caso respondía con recelo, por ser más sincero con el Emperador que el Emperador consigo mismo. Cuanto más claramente se revelaban el carácter y el alcance de la empresa, tanto más profundamente herían el instinto nacional de conservación propia, y la irritación de la prudencia, del escepticismo, del sentido común y de la inteligencia populares indicaba al soberano dónde estaba en realidad el interés nacional. Por eso, Napoleón perseveraba: su genio político estaba a prueba. El consenso de la opinión pública insistía en que México no constituía un interés francés; al Emperador de los franceses le tocaba demostrar lo contrario y corregir el error vulgar.

La brega de un individuo con un pueblo, que ya había perdido a Saligny, pasaba ahora a cargo del propio Emperador, y en condiciones más arduas, ya que Napoleón tenía que sobreponerse al sentido común de dos pueblos y vencer su resistencia combinada. Al llegar a tal punto la contienda, la cuestión mexicana volvió a interesar a Karl Marx. «A mi entender —escribió a Engels—, no cabe duda de que se romperá el cuello en México, si es que no se lo ahorca antes.» Pero Marx oprimía el pedal fuerte; la partitura no apoyaba su confianza en el verano de 1863. La verdad, más afinada al medio tono, alternaba entre la sobreestimación profesional del revolucionario y la subestimación profesional de los *procureurs*. La resistencia del pueblo francés era pasiva, y entre la oposición activa y el apoyo involuntario, Napoleón tenía todavía un amplio margen para obrar. Aunque aparentaba una indiferencia soberana a la opinión pública, salvo por sus repercusiones en el exterior, pagaba a un cuerpo de peritos para auscultarla y tomaba en cuenta sus informes; y la presión fue bastante fuerte para que se empeñara en anticipar el incremento de la oposición antes de llegar al punto de saturación. La resolución correcta de cualquier problema era siempre alcanzadiza, a condición de definir la cuestión correctamente. La definición de la cuestión mexicana la facilitaba tanto el pueblo francés como

el mexicano; y como ambos concordaban en la retirada, la solución no podía ser otra que la rápida conclusión y consolidación de la conquista de México. Ésta fue la tarea encomendada a Bazaine. Las instrucciones comunicadas al nuevo comandante en jefe eran las mismas ya redactadas para Forey, con la única diferencia de que tenían el carácter de urgentes. Precisas y apremiantes, no revelaban, sin embargo, impaciencia alguna; cualesquiera que fuesen sus errores, Napoleón nunca regañaba, y de nerviosidad no había indicación alguna, sino en una que otra recomendación. Entre otras directivas, Bazaine fue encargado de descubrir pruebas materiales de que Jules Favre recibía de Juárez oro subversivo de México. De haber sido obtuso, difícilmente se le hubiera ocurrido que tenía la responsabilidad de prevenir una crisis doméstica en Francia; pero Bazaine era todo menos obtuso, y sus informes correspondieron a la confianza del Emperador, y le dieron la mejor prueba de que adivinaba la verdadera situación en Francia, si no con la seguridad de Karl Marx, con la perspicacia, cuando menos, de los *procureurs*.

«M. le Marechal Forey ya se encontrará lejos de México, cuando recibáis esta carta —escribió a Bazaine el Ministro de la Guerra, al entregarle el mando supremo—. Debéis de haber comprendido los errores cometidos desde la entrada del ejército a la ciudad de México. No tengo dudas de que ya habréis empezado a corregir las medidas desafortunadas decretadas por vuestro predecesor.» Esos errores, el Emperador los especificó en una serie de notas al nuevo comandante en jefe. El primero y el más garrafal era la creación de la Asamblea de Notables y la proclamación prematura de la monarquía, antes de consultar al país; era imperativo, por lo tanto, «que la elección del archiduque Maximiliano sea ratificada por el mayor número de mexicanos posible, ya que la designación intempestiva ha tenido la gran desventaja de no parecer, en Europa, la expresión legítima de la voluntad nacional». Maximiliano vacilaba y pedía dos garantías antes de aceptar la corona —la confirmación libre y completa por la nación entera del voto celebrado en la capital, y la ocupación completa del país para proteger su independencia e integridad contra los peligros exteriores—, y por lo tanto era esencial extender sin tardanza la ocupación a las provincias. Napoleón temía también que el gobierno provisional fuera demasiado reaccionario, y que hubiese disfrutado de excesiva libertad bajo Forey. «Aunque hay un gobierno provisional, medida indispensable para disipar la impresión de que tengo la intención de conservar México,

cumple al general francés determinar todo con su influencia»; y tocaba a Bazaine dirigir la política en un sentido más liberal. Sobre todo, no debía fomentar la reacción. Tendría que organizar el ejército mexicano en previsión de la retirada eventual de la guarnición francesa, y crear la seguridad indispensable para facilitar inmediatamente al gobierno provisional un empréstito en Europa. Por lo demás, debía implantar el programa francés, anunciado por Forey en el manifiesto del 10 de junio. El Emperador mismo había definido la política francesa correctamente; sólo faltaba rectificar la mala administración iniciada por Forey y Saligny. Su confianza quedaba intacta, porque siguió culpando no a las cosas, sino a las personalidades, de las dificultades de la expedición; y habiendo eliminado a los ineptos, no había motivo atendible para que un comandante competente y digno de confianza no llegara a subsanar los errores que se habían cometido, y asimismo a vindicar la validez de la idea.

La tarea confiada a Bazaine estaba hecha a su medida. Moderado, enérgico, discreto, ingenioso, siempre listo a circunvenir los obstáculos insuperables y nunca derrotado por dificultades, nadie era más indicado para combinar con éxito la conquista y la conciliación, pero tan arraigado estaba ya el escepticismo engendrado por los desaciertos iniciales de la política francesa en México, que inclusive los más ardientes admiradores de Bazaine dudaban de la posibilidad de deshacer la obra de Forey y Saligny. La Regencia —así se titulaba el gobierno provisional desde la proclamación de la monarquía— tascaba el freno y desafiaba a la comandancia francesa a quitarle sus conquistas. Aprovechando el interinato, el triunvirato había expedido un decreto confiscatorio de los bienes de los patriotas, y tenía preparado otro que borraba la Ley Juárez y colocaba a la casta sacerdotal, una vez más, fuera de la jurisdicción del derecho civil. «Tanta obstinación y tanta ceguera son inconcebibles —comentó el capitán Loizillon—. El general Bazaine no sabe qué hacer. La única solución sería declarar un estado de sitio y expulsar a la Regencia; pero ésta sería una medida extrema, y tengo entendido que no se atreve a emplearla. Las medidas radicales, además, no se recomiendan a su carácter, que está marcado, tal vez, de debilidad. *Il ménage trop la chévre et le choux*.» Con la col al alcance de la cabra, sin embargo, era casi imposible separarlos; la afición del animal por el reino vegetal se había vuelto insaciable bajo la administración de Saligny; y pese a su complacencia, la misma fuerza de las cosas obligó a Bazaine a recurrir a medidas radicales. Se explicó

con la Regencia, señalando lo impolítico que era embargar la propiedad enemiga, ya que provocaba las represalias de los patriotas, que se apoderaban de los latifundios en el interior, fraccionándolos y repartiéndolos entre los peones, con el propósito de interesar a los indígenas en la cuestión social; pero no fue hasta exhibir una carta del Emperador que autorizaba sus objeciones y calificaba la medida de dislate elemental, cuando logró reducir a la razón a dos de los tres miembros de la Regencia. Confrontados con el rescripto imperial, Almonte y Salas cedieron a la razón de Estado y derogaron el decreto punitivo. Pero la contienda con los tres caciques apenas comenzaba. La circulación de los pagarés emitidos por el gobierno liberal sobre los bienes nacionalizados quedó paralizada por la oposición del clero, la intimidación de los inquilinos estaba autorizada por los tribunales, y una vez más *natura rerum* obligó a Bazaine a poner coto a un estado de cosas intolerable. Obedeciendo su orden a regañadientes, los recalcitrantes dieron otro decreto para garantizar a los detentadores de los bienes nacionalizados los derechos adquiridos. Pero acababa de entrar en escena un nuevo antagonista en la persona del Arzobispo de México, quien se incorporó a la Regencia en octubre, cuando Bazaine empuñaba el bastón, y logró detener su marcha para el interior durante quince días. Recién llegado de Europa y armado de la autoridad de Roma, el arzobispo levantó una protesta formal contra las garantías dadas a los usurpadores de las propiedades eclesiásticas, exhibió las instrucciones que llevaba del Papa en que le concedía plenos poderes para arreglar la cuestión clerical, y garantizó, por su parte, que la medida enajenaría a los únicos amigos de la intervención; y como el arzobispo era el antiguo y siempre subversivo Obispo de Puebla, Monseñor Labastida, Bazaine tuvo que adiestrarlo antes de emprender las operaciones militares.

«Es justo decir que nuestros peores enemigos fueron las gentes cuyo triunfo llegábamos a asegurar —escribió más tarde el general Du Barrail—. Monseñor Labastida era el hombre más impopular, y más justamente impopular, en México. Soy admirador del clero francés, soy católico convencido y adversario intransigente de quienes se dicen anticlericales; pero en obsequio a la verdad, debo reconocer que el clero mexicano, en la época en que yo lo conocí, se hallaba tan desmoralizado e ignorante, y estaba tan comprometido de todos los modos imaginables, que justificaba, en cierta medida, las pasiones anticlericales… El arzobispo era el prohombre, el brazo y la

cabeza del triunvirato. Joven todavía, gordito, con una cara rubicunda bordada de triple papo y una barriguilla que suspiraba por más extensión, Monseñor Labastida era el modelo del eclesiástico papístico, untuoso, meloso y falso. Al oírlo hablar, se le hubiera dicho un liberal y creído conforme con todas las concesiones. Pero en el fondo abrigaba las ideas más anticuadas, era testarudo como una mula en su inmovilidad, echaba de menos el Santo Oficio y los autos de fe, y constituía el gran obstáculo al triunfo de nuestra intervención y el estorbo invencible a la conciliación de los partidos».

Bazaine no tardó en llegar a las mismas conclusiones. A primera vista, Monseñor Labastida le pareció «un hombre esclarecido, perfectamente enterado de las intenciones y de la voluntad del Emperador» —lo que explicaba su aparente liberalismo—, pero al tratarlo informó a París que «desgraciadamente, sus ideas son las del clero romano, casi las mismas del clero español de la época de Felipe IV, menos la Inquisición; no podemos contar, pues, con su intervención para llegar a una solución conciliadora, porque su única respuesta a todas las combinaciones es el *non possumus*. De dejarlo en libertad para obrar, no tardaríamos en tener otra Roma en el Nuevo Mundo. Es un hombre convencido, que parece leal, pero que carece de sangre fría cuando los intereses de la Iglesia están en juego; lo mantendremos en el justo medio». Poniéndose al tú por tú con el arzobispo, desechando sus protestas, segregándolo de sus colegas, y circunviniéndolo con el sistema militar mexicano de hacer el vacío en torno del enemigo, Bazaine neutralizó a Labastida lo bastante para dejarlo en cuarentena, cuando se marchó a la campaña en el Norte a principios de noviembre; pero no ganó más que una tregua. En un agasajo ofrecido por el comandante en jefe a sus colaboradores en vísperas de su salida, el general du Barrail tomó nota del ambiente: «Hubo un intercambio de cortesías oficiales entre el triunvirato y la comandancia, pero se miraban los unos a los otros un poco como perros y gatos, haciendo garras de terciopelo, y no fue sin inquietud como el general Bazaine dejó a sus espaldas a gentes cuyas acciones y actitud le inspiraban un recelo profundo: gentes que consideraba a la vez un poco torpes y muy peligrosas.»

La campaña política preocupaba a Bazaine mucho más que la militar. «Queréis conocer la verdadera condición del país —escribió al Ministro de la Guerra—. Pues aquí la tenéis en pocas palabras. Dondequiera que ocupamos una plaza, rige la paz, y las poblaciones se declaran por la intervención y la monarquía;

en todas las demás partes imperan la guerra y el mutismo más desalentador. Tal estado de cosas durará mientras el gobierno de Juárez se encuentra en San Luis Potosí, con gobernadores en las capitales del interior y con grandes recursos en los puertos del Pacífico y en las fronteras del Norte, y todavía en posesión de las apariencias y de ciertas formas del poder legal. Es indispensable, por lo tanto, rechazarlo o permitir que se gaste donde está, lo que se verificaría, sin duda, si el gobierno de la capital fuera más paciente y tolerante en su proceder, y más conciliador con el partido liberal moderado, pues tal partido existe y sus prohombres están dispuestos a apoyar la intervención monárquica, pero les detiene la línea de conducta seguida por la Regencia. La mejor solución y la más rápida sería la llegada, en una fecha muy próxima, del Soberano, y estoy convencido de que la gran mayoría, sin distinciones de partido, se reuniría en torno de su trono.»

El enemigo había levantado, según sus informes, aproximadamente 12 mil soldados regulares, y las guerrillas menudeaban casi en todas partes, «pero estas moscas no son temibles, porque su agresividad se reduce al robo armado». El gobierno de Juárez iba desintegrándose, y sus mejores generales, Uraga, Doblado y Comonfort, le habían dado a entender, por conducto de sus relaciones en la capital, que estaban dispuestos a tratar; pero como el Emperador había prohibido toda negociación con el enemigo y sobre todo con Doblado, que pasaba por ser el hombre más astuto y mañoso de su partido, Bazaine no les dio ninguna esperanza de acomodamiento. Tratándose de Doblado, sin embargo, quería averiguar lo que había de cierto en su reputación y en sus tanteos, y convino en recibir sus proposiciones: restablecer las Leyes de Reforma, anular la Regencia, formar un gobierno interino encabezado por el comandante francés, declarar una tregua y suspender todo movimiento armado hasta consultar al país sobre la forma de gobierno, mediante el sufragio universal. Bazaine contestó que no se trataba de regatear, sino de adherirse incondicionalmente; y al informar al Ministro de la Guerra, juzgó la actitud de Doblado de la misma manera que la del arzobispo. «Vuestra Excelencia juzgará por la exposición de las ideas del hombre más hábil del partido liberal, pero también, según mis informes, el más deshonesto, la línea política que piensa seguir aquel partido, y se convencerá como estoy convencido hoy, de que no hay esperanza de organizar este país sólidamente por medio de la conciliación.» Entre los ultramontanos a la derecha y los ultraliberales a la izquierda, tan

irreconciliables los unos como los otros, había la posibilidad, sin embargo, de alcanzar el justo medio a fuerza de paciencia, moderación y persistencia. En cuanto a Juárez bastaba el solo anuncio de la campaña para desalojarlo de San Luis Potosí; estaba acosado y a punto de retirarse, con los pocos partidarios que le quedaban, hasta Durango, o tal vez emigrar a Texas. «Tengo esperanzas, pues, que la campaña que estoy por emprender producirá resultados definitivos como para fines del año.»

Los informes de Bazaine brindaban una lectura amena al público en París. Francos, juiciosos, moderados y optimistas, convencieron al Emperador de que tenía un *alter ego* en su nuevo comandante en jefe, y la conducta de Bazaine correspondía a sus informes. Tenía el don del acierto; adoptando la máxima de su amo —paciencia y ponderación en política, celeridad fulminante en la guerra—, la puso en práctica con resultados que no desmentían sus promesas. La campaña militar terminó en dos meses. Uno tras otro, los puntos claves del interior —Querétaro, Morelia, Guanajuato, León, Aguascalientes, Guadalajara, San Luis Potosí— fueron ocupados sin oposición. Tres divisiones liberales concentradas en el Norte retrocedieron ante el avance de los franceses, rehuyendo la batalla: táctica que no sorprendió a Bazaine. «Los generales enemigos —informó antes de salir de la capital— tienen la intención, se dice, de hacer el vacío ante nuestras columnas y de maniobrar en nuestros flancos y nuestra retaguardia; me encargo de ellos.» Y creyendo que un golpe aplastante en el campo de batalla tendría una repercusión correspondiente en la política, concentró el ataque contra Doblado, que había reanudado sus proposiciones por conducto de un intermediario improbable: Monseñor Labastida. «He hecho todo lo posible para atraer al general Doblado a nuestra causa —explicó a Napoleón—, pero él quería celebrar una entrevista al estilo de la de La Soledad, y yo opté por darle caza.» Más de una vez estaba a punto de establecer contacto con él, pero tanto en la campaña militar como en la política, Doblado siguió eludiéndolo, y Bazaine tuvo que abandonar la persecución de un enemigo evasivo. Otra división bajo el mando del general Uraga, después de un intento malogrado de tomar Morelia, se batió en retirada ante el general Douay, que tampoco logró establecer el contacto. Una tercera división, encabezada por el general Negrete, cubrió San Luis Potosí hasta que la aproximación de los franceses obligó al gobierno a abandonar aquella capital a fines de diciembre. Guadalajara fue ocupada a principios de enero, y allí

se suspendió la campaña. El objetivo principal de la expedición quedó asegurado. La zona ocupada abarcaba las provincias más pobladas y más ricas del corazón de México, y la consolidación de la conquista francesa estaba ya afianzada. «El país será talado, sin duda, por algún tiempo por las fracciones del ejército juarista —informó al Emperador—, pero los trataré como bandidos. Todas las poblaciones aclaman su liberación del yugo juarista y bendicen a Vuestra Majestad.» El nuevo ministro francés era menos optimista. «En algunos lugares, especialmente en Guadalajara —señaló por su parte—, la gente se mostró muy parca en demostraciones.» Pero en París, por supuesto, se daba la preferencia a los informes del comandante en jefe y se los acreditaba sin reservas.

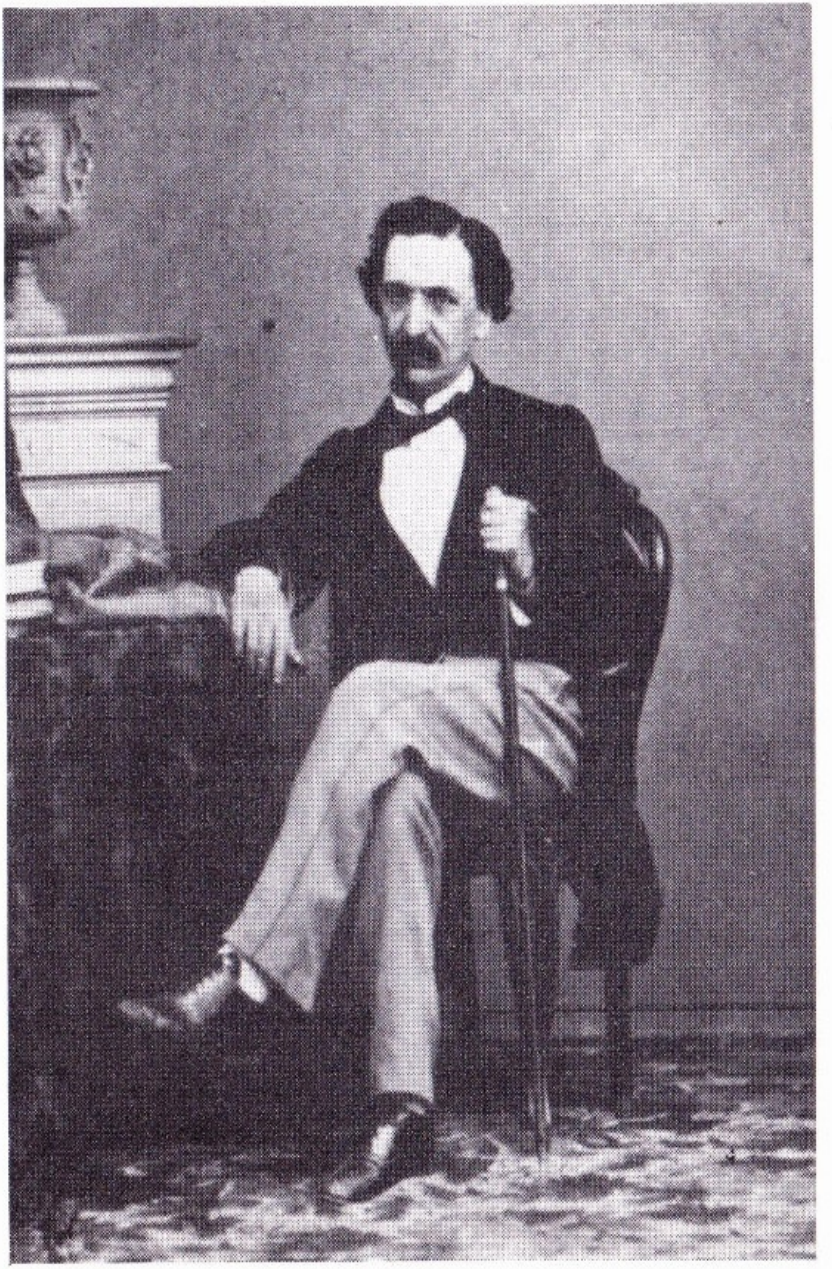
En cada una de las ciudades ocupadas se consiguieron adhesiones al Imperio, de las notabilidades locales, sea espontáneamente, sea con amenazas de detención y expulsión, y multiplicándolas con el censo de la población entera, fue posible representar el resultado como el voto libre y completo de una mayoría sustancial de la nación, exigido por el Emperador y por Maximiliano. El total era elocuente: 6 y medio millones de votos favorables en una población de 8 millones. La validez de la consulta no podía interpretarse, por supuesto, al pie de la letra. «El resultado de estas adhesiones no es el resultado del sufragio universal —aclaró Bazaine—. Representa, no obstante, la voz de la gran mayoría de los estados libertados, porque el elemento indígena, que puebla el campo, sigue siempre al elemento mexicano, que vive en los grandes centros urbanos. A las masas indígenas no les ha consultado nunca ningún partido, y el pretexto es sencillo: se las considera seres irracionales. Para hacerlos gente de razón sería menester transformar toda la organización social del país con un toque de la varita de la virtud. ¿Cómo hubiéramos podido preparar listas electorales, cuando aquí no existe el registro civil? Aunque quedo convencido de que los actos de adhesión representan la opinión de la gente razonable de México, y que el Archiduque puede confiar sin remordimientos en esta manifestación, estoy preparando un plebiscito y no tengo dudas del voto.» Bazaine no presumía de taumaturgo; había realizado lo que razonablemente podía pedirse y, fiel a su promesa, para fines del año había producido un resultado positivo. Cualitativa, si no cuantitativamente, podía decirse que tanto la cuestión política como la militar estaban en vías de solución.

En cuanto a Juárez, nadie sabía dónde se hallaba, después de su fuga de San Luis Potosí, pero su paradero ya no importaba.

Durante la campaña, un agente francés había establecido contacto con Sebastián Lerdo de Tejada, hermano del finado estadista y ministro principal del Presidente fugitivo, obteniendo de él una carta que indicaba su propia inclinación a considerar un arreglo honorable con los franceses, siempre que Bazaine garantizara la independencia del país y que respetara su libre arbitrio en la determinación de la forma de gobierno. No faltaba más para afirmar que el gobierno de Juárez había dejado de existir; y Bazaine creyó inútil proseguir la correspondencia. Por conducto de su jefe de Estado Mayor, contestó del mismo modo que a Doblado, exigiendo la capitulación incondicional, pero comprometiéndose, con una fórmula cabalística, a respetar la independencia de México; y con eso, siendo ambos gente de razón, los dos dieron por terminada la conversación. Los liberales inmoderados preocupaban a Bazaine menos que Monseñor Labastida. Aprovechando su ausencia de la capital, el clero rebelón había provocado una crisis: la cabra tiraba otra vez al monte, y al llegar a Guadalajara, el comandante en jefe se encontraba frente a la amenaza del Arzobispo de México de excomulgar a su ejército. Entre un enemigo desbandado por delante y la barriguilla de Monseñor Labastida creciendo por atrás, no cabía duda del peligro mayor, y Bazaine regresó a la capital.

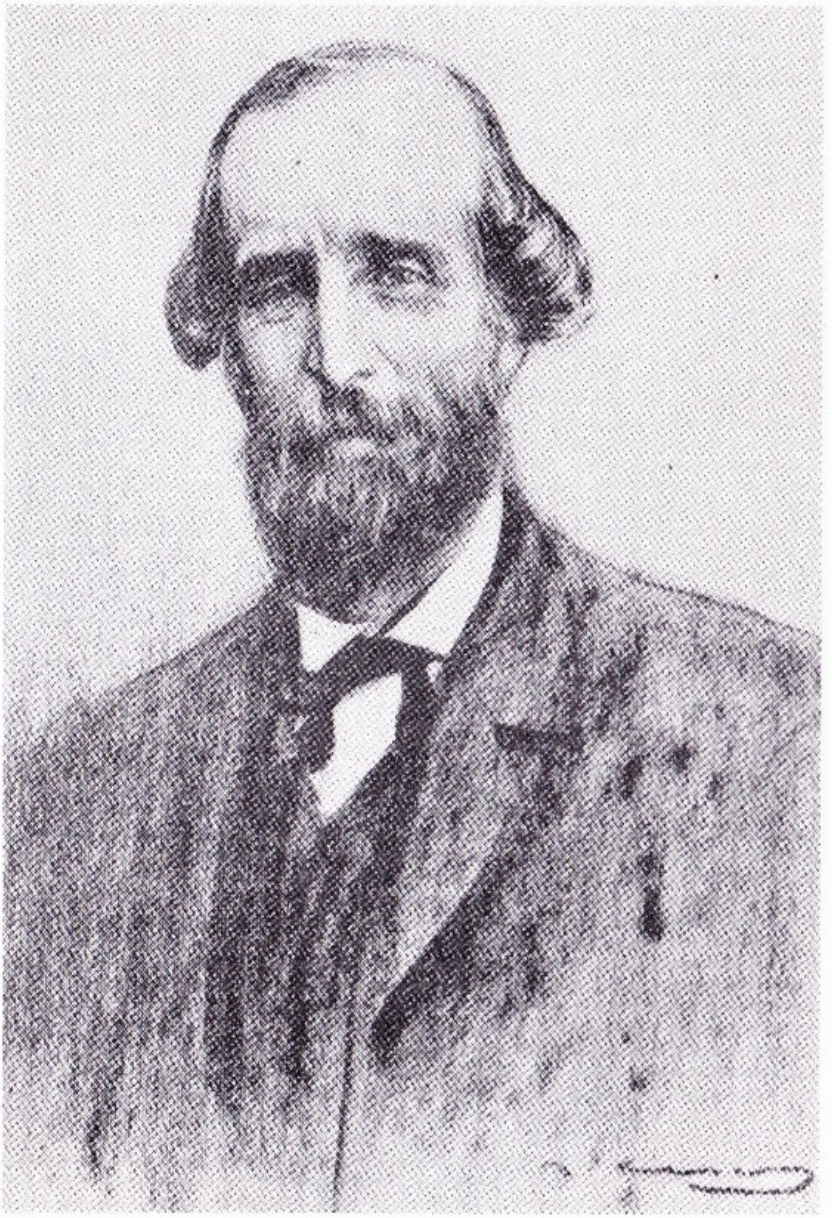
Benito Juárez.

Manuel Payno.



Francisco Zarco.

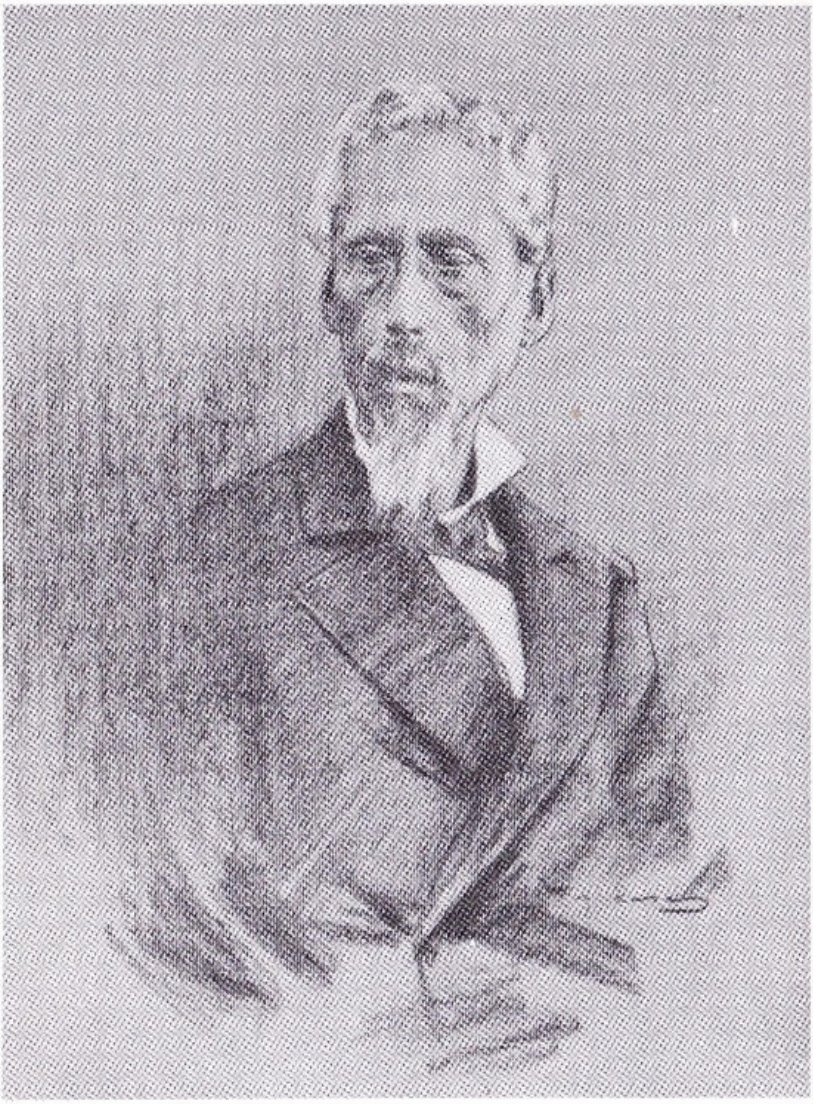
Guillermo Prieto.



Francisco Zamacona.

Ignacio Manuel Altamirano.

Mariano Riva Palacio.



Ignacio Ramírez.

3

En Bazaine, Juárez tenía un adversario formidable. La intervención había llegado, al fin, a una fase racional que lo derrotaba en todos los frentes, y antes de abandonar San Luis Potosí tuvo que reconocer que había encontrado a su igual en el nuevo comandante francés, que minaba su apoyo militar y sus reservas políticas, desgarraba su manifiesto y desinflaba su bravata de combatir al enemigo con un pueblo todo ejército y el territorio entero por campo de batalla. Hasta aquí, su misma inactividad, conforme al refrán de que quien menos procura más alcanza, había obrado en su favor; pero la desmoralización que brotaba en el campo enemigo, frenada por Bazaine, se manifestaba ahora en el suyo. La lealtad de sus generales era tan dudosa, que Zarco desesperaba del porvenir de la patria. Escribiendo a un amigo que le facilitaba papel y una prensa, le prometió que «con estas armas, más bien que con cañones y fusiles, daremos una gran guerra a los franceses y a sus aliados. Pero las cosas marchan mal, muy mal por acá. Nuestros jefes nos abandonan todos los días… No hay pueblo en nuestro país; es inútil que nos dirijamos a los mexicanos. La paz prometida por el llamado Imperio halaga sus ilusiones. En cuanto a nosotros, tendremos que refugiarnos en Durango o en la frontera del Norte. Por mi parte, pienso salir a los Estados Unidos y esperar allí el desenlace de la situación. Nuestro don Benito está perdiendo todo con sus fantasías. Tiene una nueva idea en la cabeza y está cortejando a Doblado, el hipócrita, y a Uraga, el pérfido. El primero, que es doblado en todos los sentidos de la palabra, traicionará luego que le parezca oportuno para sus intereses. El otro, si se le dan cuatro soldados y un cabo, los conducirá ante los imperialistas, con tal de que le dejen su grado de general de división y las casas que se ha adjudicado».

Por provechosas que fueran las dificultades por que atravesaban los franceses, comprobando la fuerza prolífera de su propia obra, el avance rápido e irresistible de Bazaine socavó seriamente la posición del Presidente. Al abandonar San Luis Potosí, tenía que ceder el centro del país y retirarse hacia regiones no sólo remotas, sino atrasadas políticamente, donde el pulso de la vida nacional era deprimido y lento. Del temple de aquel territorio recibió una clara advertencia de su yerno, Pedro Santacilia, que iba por delante acompañando a su familia a Saltillo, y que le servía a la vez de explorador político. Revolucionario cubano, Santacilia conocía por primera vez la provincia mexicana y quedó impresionado por «la bella índole

de esos habitantes», pero también por «el estado lamentable de atraso en que se hallan todavía, dominados por las costumbres y preocupaciones de los siglos pasados»: y sus impresiones le merecieron una pequeña homilía de su padre político. «Es que sus gobernantes inmediatos no tenían la convicción profunda de los principios de la libertad —le explicó—, y por eso no tienen fe en el progreso de la humanidad, ni se afanan por mejorar la condición de los pueblos, removiendo los obstáculos que les impiden ver su desnudez y su miseria. Sin embargo, no debemos desconsolarnos, porque habiendo, como hay en esos pueblos, una buena disposición para el bien, y un instinto natural a la libertad, bastará que tengan a su cabeza un decidido partidario de las ideas liberales para que salgan del estado de abyección en que hoy se encuentran, y esto no será remoto, atendido el impulso irresistible del siglo. Entretanto, nosotros por nuestra parte debemos seguir la propaganda, procurando en nuestros escritos y aun en nuestras conversaciones educar a los pueblos, inculcándoles las ideas de libertad y de dignidad, con lo que les haremos un bien positivo.» Que fueran su hijo político o sus hijos carnales, o sus ministros o sus compatriotas casuales, todo el que dudaba oía su fórmula mágica, y el «No tenga cuidado» se volvió un refrán popular que le ganaba, mal que bien, la devoción de todos aquellos que contaban con su fe y que la propagaban, paso por paso, con su presencia.

Sin embargo, cuando su esposa se determinó a seguir a Monterrey, hasta Juárez vaciló. Monterrey era la capital de Santiago Vidaurri, que durante diez años había gobernado los estados de Coahuila y Nuevo León casi como un dominio independiente, y su lealtad era dudosa. Arraigado a su territorio con la tenacidad de un autócrata y celoso de su independencia, más de una vez se había mostrado refractario a la autoridad del gobierno central: durante la guerra civil, le dio ya la mano, ya las espaldas; en 1861, dio asilo a Comonfort y desafió la demanda del Congreso para su extradición; y entre evasivas y protestas de respeto, había manifestado una actitud de hostilidad e insubordinación tal, que justificaba la preocupación del Presidente. Por una vez, Juárez se inquietó en serio y aconsejó a Santacilia a que reconociera el terreno previamente; y al saber que Vidaurri había escrito a su esposa dándole la bienvenida a Monterrey, no supo disimular su emoción. Tocado en lo vivo, le dio «las gracias más expresivas por sus bondades, que no olvidaré en mi gratitud», y aprovechó la ocasión para llegar a un entendimiento político. Cuán hondamente conmovido se sentía, lo reveló por su expansividad poco

común. «Cuando vea usted a dicho señor Vidaurri —escribió a Santacilia—, manifiéstele usted, si se presenta una oportunidad, que no hay ni ha habido en mi administración una decidida protección a ciertos hombres, porque son sus enemigos. Si han sido ocupados, es sólo en consideración al servicio público y nunca me he prestado a ser instrumento de sus venganzas contra él. Que no extrañe el que los haya yo ocupado cuando se han juzgado útiles sus servicios, cuando por esta consideración he ocupado aun a aquellos hombres que más me han agraviado en mi honor y reputación»; y se compurgó, citando ejemplos harto consabidos y dolorosos. «Que recuerde que el señor Aguirre, don José María —diputado precisamente por Coahuila e impugnador del Tratado McLane-Ocampo— me acusó de traidor a la patria gratuitamente; que el señor don León Guzmán me injurió públicamente en una sesión del Congreso; que los señores Linares, Carbaga y Montellano, jefes de los 51 diputados, con sus votos y con sus escritos minaron mi reputación de funcionario público para lanzarme del puesto que ocupo; que don Manuel Gómez fue uno de los que con más encarnizamiento me atacó en el último Congreso; y sin embargo, a cada uno de esos hombres lo he llamado a puestos importantes, porque se han creído útiles sus servicios, y en efecto los han prestado y siguen prestándolos muchos de ellos. En fin, usted es testigo del modo como trato a mis enemigos y podrá pintar mi carácter al señor Vidaurri.» Trataba las quejas del cacique con la indulgencia del adulto. El caso Comonfort, que había llevado sus relaciones casi a la ruptura, podía contarse ahora con los muertos, ya que Comonfort acababa de caer en la guerra patriótica y descansaba en tierra mexicana; y si a Vidaurri le parecía demasiado frío el boletín dado a la prensa por Zarco, pues lo era sin duda. «Yo también lo he sentido y censurado; pero no podía obligar a este señor a obrar de otra manera, porque ni Zarco ejerce influencia alguna sobre mí, como equivocadamente creen o fingen creer algunos, ni yo la ejerzo sobre él, ni me gusta ni quiero hacer indicación a éste ni a ninguno de los escritores públicos sobre sus escritos, porque no quiero contraer compromisos que me priven de la libertad de obrar contra ellos, cuando ellos cometan alguna falta en su profesión. Creo que si el señor Vidaurri oye con calma estas reflexiones y las pesa con sangre fría, se convencerá de que de mí nada tiene de qué quejarse.»

El autorretrato formaba parte de la defensa de México. Tales expansiones eran muy raras y sólo una eventualidad grave las provocaba. Vulnerable, profundamente vulnerable en todo lo

que tocaba a su familia, el Presidente correspondió al favor abandonando su acostumbrada reserva; pero sin permitir que su sentimiento personal turbara su sentido político, pasó sin transición del uno al otro. «Estoy de acuerdo con usted —decían las instrucciones dadas a su yerno— en que a Vidaurri es necesario atraérselo o eliminarlo. Estoy por el primer extremo. Sólo que no baste éste para utilizarlo en bien de la nación debe recurrirse al último. Trabaje, pues, en lo primero.»

El resultado era dudoso, cuando el Presidente salió de San Luis Potosí, y a medida que iba avanzando hacia el Norte, encontró señas muy pronunciadas de desafecto entre otros personajes. En El Saltillo, donde se reunió con su familia, se le acercaron emisarios de Doblado y González Ortega solicitando su renuncia. Ambos apelaban a su patriotismo, su conciencia pública, su abnegación personal, del mismo modo que los 51, y con el argumento adicional, en 1864, de Bazaine. Los rumores de que Maximiliano vacilaba, la determinación de Napoleón de no tratar nunca con Juárez, y las crecientes dificultades políticas de los franceses los habían llevado a creer —dijeron— que no era imposible alguna forma de avenimiento con el enemigo, y que la República podría salvarse en el periodo precario de la transición, siempre que quedara eliminada la persona que provocaba las objeciones del Emperador de los franceses. A tales formas de atraso político, manifestadas no por un pueblo inculto, sino por sus paladines más esclarecidos, el Presidente contestó con igual paciencia. Les explicó que, después de meditar la proposición detenidamente y darle toda la consideración que merecía, por mucho que apuraba su pobre pensamiento, no había alcanzado una razón bastante poderosa para convencerle de la conveniencia de su renuncia; por lo contrario, la veía como un recurso peligrosísimo, «que nos pondría en ridículo, nos traería el desconcierto y la anarquía, y que a mí me cubriría de ignominia, porque traicionaría a mi honor y a mi deber, abandonando, voluntariamente, y en los días más aciagos, el puesto que la nación me ha encomendado». No había seguridad, añadió, de que el enemigo trataría con González Ortega, ni con ningún otro mexicano que se negara a aceptar la intervención; y les hizo presente la circunstancia de que lo que buscaba el enemigo no era la destrucción de un individuo, sino del gobierno que de hecho y de derecho se había dado la nación y que, no importa quién lo encabezara, el resultado sería el mismo. Sin duda, la situación era desfavorable por ahora, y no se hacía ilusiones; «pero yo sé que nuestro deber es luchar en defensa de la patria, y entre la defensa de una

madre y una traición no encuentro medio alguno honroso. Será esto un error mío; pero es error fundado, que yo acaricio con gusto y que merece indulgencia». Por lo tanto, les suplicaba que no recibiesen mal su resolución y que siguiesen combatiendo por la patria. La carta era un pequeño manifiesto, y el estilo, adaptado a la inteligencia de sus consejeros, la lisonjeaba. Si no educados, los dos fueron suficientemente edificados para darse por entendidos, y Doblado acompañó al Presidente a Monterrey.

Para convencer a Vidaurri, empero, no bastaba la pura razón. Atrincherado en la casi independencia de su dominio, estaba resuelto a conservar su neutralidad y a evitar que la presencia del gobierno llevara la guerra a sus estados o invadiera su propiedad particular; y como tal trató la solicitud que le dirigió el Presidente desde El Saltillo, para que cediera al gobierno los recursos del territorio —recursos abundantes en aquel momento en que el comercio algodonero estadunidense destinado a Europa salía por la frontera mexicana. Se opuso categóricamente a la requisición, y tras un intercambio de comunicaciones infructuosas, la controversia llegó al punto en que se impuso la disyuntiva prevista: atraerse a Vidaurri o eliminarlo. Optando todavía por la primera, el Presidente se trasladó a Monterrey, acompañado por su familia oficial y una escolta bajo el mando de Doblado. A la vista de la ciudad, puso una carta a su esposa en El Saltillo. «A las diez de hoy hago mi entrada a la ciudad. No lo hice ayer, porque este señor Gobernador, que es aficionadísimo a llevarse de los chismes, ha estado creyendo que le veníamos a atacar, y en consecuencia había tomado sus medidas de defensa, yéndose a la Ciudadela a apoderarse de la artillería y esparciendo la voz de que no había de auxiliar al Gobierno. Como todo no pasa de ser borrego y fanfarronada, yo no me he dado por entendido y he seguido mi marcha. Pude haber entrado anoche; pero he querido, contra mi costumbre y mi carácter, hacer mi entrada solemne. Como en lo general de la población hay muy buen sentido, ya se están preparando las gentes con cortinas para el recibimiento. Veremos con qué otro pito sale este señor. No dispongan todavía su viaje hasta que yo les avise. Recógeme unos cepillitos de ropa que dejé en la mesa en que me afeitaba. Memorias a nuestros amigos y muchos abrazos a nuestros hijos. Soy tu esposo que te ama, Juárez.»

Aun cuando por consideración a la amada minimizaba la situación, Juárez le demostraba siempre su respeto participándole la pura verdad; pero la situación era más grave

que su carta. Avanzando sin oposición, Doblado, para saludar la entrada del gobierno con una salva de honor, había colocado en la plaza mayor varias piezas de artillería; Vidaurri las confiscó y se encerró en su ciudadela; y al hacer su entrada solemne, el Presidente se encontró en un ambiente hostil. Durante tres días se mantuvo una tregua nerviosa; Vidaurri se negó a salir de su reducto, a pesar de las reiteradas instancias que se le hicieron para celebrar una conferencia con el Presidente; al cuarto, envalentonado por la llegada de refuerzos, le intimó la orden de separarse de su escolta y amenazó con atacar a Doblado. Éste se retiró con la escolta, y el Presidente estaba por seguirla cuando se celebró la conferencia —una conferencia tan breve, que Prieto la pintó con unas cuantas palabras. «El Presidente pidió las armas y exigió el reconocimiento al gobierno. Vidaurri, con acompañamiento tumultuoso, fue al lugar en que el señor Juárez estaba. La entrevista fue fría y llena de majestad por parte de Juárez. Un hijo de Vidaurri, sacando su pistola rompió toda contestación y declaró el motín: Lerdo había previsto el desenlace y tenía listo el coche: con suma precipitación subieron a él el mismo Lerdo, Juárez, Iglesias, Suárez Navarro y, en la calle, Prieto. Entonces se desencadenó el populacho y siguió al coche haciendo disparos.»

Expulsado el Presidente, Vidaurri expidió una circular para desconocer al gobierno so pretexto de que no había logrado defender el país contra el enemigo extranjero, y ante su actitud de franca rebeldía, Juárez declaró su dominio en estado de sitio y lo citó para comparecer en su defensa. Vidaurri recurrió a una maniobra extraordinaria. Combinando la insubordinación y los subterfugios con mano maestra, publicó una carta de Bazaine donde lo invitaba a sumarse a la intervención, y propuso que se sometiera la decisión a un plebiscito popular. Juárez dispuso de otra manera. A la perversión del proceso democrático, contestó prohibiéndole; y a la proclama de insubordinación, destituyendo al rebelde y regresándolo en fuerza a su capital. Antes de verificarse la prueba, Vidaurri abandonó Monterrey y se expatrió en Texas; y esta vez el Presidente hizo su entrada solemne entre las aclamaciones entusiastas de una población que sólo necesitaba la presencia de un decidido partidario de las ideas liberales para manifestar su sentido común y declararse por la causa nacional.

Al reivindicar esta remota comarca de México, Juárez puso coto a la facilidad con que el fatalismo propagaba las defecciones patrióticas. La ocupación de Monterrey tuvo una consecuencia apreciable: Bazaine especulaba sobre la actitud de

Vidaurri y, al saber el resultado, abandonó también el plebiscito que pensaba celebrar en los estados ocupados.

4

La crisis que llamaba a Bazaine a la capital presentaba un aspecto suficientemente grave para que se suspendiera la pacificación de las provincias. En el partido clerical fermentaba la insubordinación, y apenas alejado el ejército, el arzobispo reiteró sus protestas contra el programa francés con toda la fuerza que tenía a su disposición. Su fuerza consistía de dos obispos, dos arzobispos, y su propio carácter.

Después de pasar siete años en el destierro, Monseñor Labastida había perdido todo menos su intransigencia. Lo mismo sucedió con sus colegas, aunque su exilio fue más breve y su ordalía resultó menos penosa que la suya. Los prelados repatriados formaban un grupo de hombres homogéneos cuya mentalidad común era impermeable al cambio, aunque muy sensible a la experiencia, y no se les había escatimado la experiencia: al abandonar sus diócesis y conocer un mundo sin inmunidades, todos habían pasado días aciagos y horas tan negras que a veces habían creído irremisiblemente perdida su causa. El mismo Monseñor Labastida, aunque dotado de una voluntad más inflexible que los demás, se había visto reducido, y lo confesó al Padre Miranda, a ansiar una media hora de plática con su fiel coadjutor para levantar su espíritu, completamente abatido por la adversidad. Recorriendo Europa, rememoraba siempre, como el lapso más feliz de su vida, unas cuantas semanas pasadas con las Hermanas de Santa María en Nueva York; desde entonces no había conocido la paz en ninguna parte. En París conoció la misma experiencia que el Padre Miranda en Veracruz: nadie le hizo caso, no se le consultaba, no se le pedía un consejo, ni siquiera un simple informe, y siguiendo desde lejos los progresos de la intervención, se vio obligado a reconocer que la empresa no era más que una cruzada seglar. Pero le quedaban por pasar pruebas más duras aún. Al saber que los mismos reaccionarios en México no reaccionaban a la expedición, tan honda era su decepción que su propia reacción también era pasiva: viendo «que aquellos *cadáveres* no se mueven, ni quieren tomar parte, mis esperanzas están también completamente muertas», confesó a Miranda. Postrado por la apatía de sus correligionarios, no alcanzó ni siquiera la paz de la desesperación. Peor aún, «muchos que me escribieron antes pidiendo a gritos la intervención hoy están contra ella, y no se detienen en llamar traidores a los que han promovido y la sostienen. ¡A mí mismo me dan los parabienes de que no haya

ido, cuando pensaba hacerlo, y me exhortan para que no piense en regresar al país, mientras el pabellón extranjero está flotando dentro del país!» Pocas mortificaciones —y ya había conocido muchas— lo hirieron tanto como esos parabienes; pues, aunque miembro de una corporación supernacional, no era un ser sobrenatural, sino un mexicano ligado a su patria por vínculos que sólo se diferenciaban de los vínculos de los legos porque, por sus votos, no podía menos de concebir su cuna como una fundación franciscana. Siete años de destierro pusieron a dura prueba su paciencia; en Roma, en Viareggio, en París, dondequiera que pasaba, no era más que un expatriado, sin la consolación de las monjas grises de Manhattan, sin la conmiseración del Padre Miranda y sin poder despojarse del viejo hombre; y cuando se le llamó a encabezar la Regencia, se apresuró a aprovechar la oportunidad de representar algo más que un papel pasivo en el desarrollo de la intervención.

Sujetos a la misma experiencia, sus colegas habían experimentado una desilusión todavía más triste. Al recibir la autorización de volver a sus diócesis, todos vacilaron mucho antes de aprovecharla, y reflexionando sobre las penas del destierro y las ventajas de la repatriación, sopesaron detenidamente el pro y el contra. El Arzobispo de Guadalajara era un anciano de 70 años que tenía el vigor suficiente para emprender el viaje de regreso y ninguno para dar otra vuelta, y no se resolvió a nada antes de tener las garantías indispensables. Su correspondencia acusaba la paciencia, la circunspección y el tono valetudinario de un ex mártir. «Mucho nos ha alentado la grata de usted —escribió a su coadjutor— según la cual el *ciudadano Benito* está ya dando *las vueltas*, y se aproxima el día en que conozca a su pesar que *dominatur Excelsus super regnum hominorum*, aunque de vez en cuando me ocurre la idea de que no se han de dormir los *beneméritos* Comonfort, Doblado, Uraga, Vidaurri, y *mis excelentes súbditos* González Ortega y Ogazón (que regalo a usted o a quien los quiera).» Los otros obispos desterrados en 1861 pensaban igual. Antes de dar el paso, se reunieron en Barcelona con el fin de acordar, de antemano, los puntos cardinales que habrían de arreglarse a su llegada a México; pero aplazaron también esas providencias. «Quedamos sin acordar nada sobre elecciones de obispos, canónigos y curas, y esto es asunto de primer interés —explicó el Arzobispo de Guadalajara—; casi nada sobre bienes eclesiásticos y sobre establecimientos de Regulares, y éstos son puntos que desde el principio se van a tocar; probabilísimamente se tratará de patronato, es decir de servidumbre y esclavitud de la Iglesia, de

que perdamos aquella poca libertad que con tantos sacrificios conquistaron nuestros inmediatos predecesores, y quedamos como el clero español, besando la mano de Su Majestad y percibiendo una renta o salario más miserable que un cómico o tal vez que un cochero. ¡Cuánto mejor nos fuera vivir de los fieles, y que nunca llegara el caso de que nuestros clérigos frecuentasen las antesalas de Palacio!» Personas desplazadas, todas habían perdido su orientación con su ocupación y, por su parte, el Arzobispo de Guadalajara preveía lo peor, pero colectivamente, el sínodo quedó inquebrantable. El tiempo no podía templar las pretensiones del Poder Temporal ni la experiencia, los golpes padecidos en su defensa; y Monseñor Labastida vino armado de la autoridad de Roma.

Resueltos todos a vencer en Roma, a venir a París, y a ver en Barcelona, sus dudas se desvanecieron tan pronto como tocaron su tierra natal. Recibidos en Veracruz con honores que compensaron ampliamente las pedradas que acompañaron su salida dos años antes, aclamados, camino a la capital, con repiques de campanas y saludos con flores de los ricachones, y besamanos de los indígenas, se sabían capaces de volver a labrar la felicidad de sus súbditos. «El pueblo es bueno —declaró Monseñor Labastida, con lágrimas en los ojos—, el pueblo es sufrido, y sólo necesita la presencia de sus pastores para declararse.» Los años de persecución se desvanecieron como por ensalmo ante las manifestaciones de lealtad indomable que acompañaban su progreso, y los repatriados llegaron a la capital, listos a entrar en funciones y disfrutar de sus antiguas prerrogativas, para sólo naufragar en el puerto.

Una mano ajena había intervenido, y su posición actual era peor —decía Monseñor Labastida en su protesta— que la misma bajo el régimen liberal. «Entonces la Iglesia no tenía más que un enemigo, el gobierno que la perseguía; hoy tiene dos, ese mismo gobierno que aún vive en el país, que tiene recursos propios, ejército que disputa palmo a palmo el terreno, y que cuenta con el apoyo de sus principios en el campo enemigo; y el de la capital, cuya preferente ocupación es llevar a efecto los planes destructores de aquél en el orden religioso y moral.» En una de sus primeras conferencias con Bazaine, le advirtió de que necesitaría 15 mil hombres más para imponer el programa francés, y apenas salido el comandante para la campaña en el Norte, se dedicó a agitar las conciencias en la capital. Expulsado de la Regencia por orden de Bazaine, se negó a reconocer su separación y contestó con una protesta colectiva, firmada por siete obispos, que ponía en entredicho a todo gobierno que

aprobara la expoliación de los bienes del clero, y exigía la restitución y reparación como condición imprescindible de la absolución hasta en *articulo mortis*. La fulminación, apoyada por el Tribunal de Justicia, que se negaba a conocer de los negocios de desamortización, creó sensación, y la Regencia destituyó a los magistrados recalcitrantes; con lo que las protestas redoblaron. Volantes incendiarios, distribuidos de noche entre el pueblo, llamaron a los fieles a insurreccionarse contra los franceses. El comandante de la ciudad hizo saber al arzobispo que, reacio a recurrir a la fuerza, la emplearía, sin embargo, en última instancia; el arzobispo desconoció los volantes, pero sacó suficiente sangre del fondo del tintero para desconocer también a «esos dos individuos que tienen la pretensión de formar gobierno» —Salas y Almonte— y protestar vehementemente que «la iglesia sufre los mismos ataques hoy que bajo el gobierno de Juárez. Nunca ha sido perseguida tan cruelmente, y estamos en una situación peor que en cualquier otra época». Habiendo dejado Bazaine una mera armazón de guarnición en la capital, la situación parecía suficientemente crítica para necesitar su presencia; pero el revuelo no pasaba de puras violencias verbales y se calmó con su llegada. El arzobispo avanzó hasta declarar que cerraría las puertas de la Catedral al ejército francés, y Bazaine, hasta contestar que las abriría con sus cañones; pero en eso quedaron los dos. Aunque el arzobispo se negó a retirar la amenaza de excomunión, la puso en reserva; y el estruendo de la misa castrense —la misa de los sordos se la llamaba— siguió estremeciendo la ciudad todos los domingos.

La crisis resultó, en realidad, saludable; luego que el público se dio cuenta de que lo que decía Forey lo hacía Bazaine, la confianza en el programa francés cobró fuerza. Al mismo tiempo, el conato de rebelión clerical y la acción vigorosa de las autoridades sondearon el fanatismo del pueblo y sacaron a luz la profunda y plácida indiferencia de los fieles a las excitativas del arzobispo. Siete largos años habían transcurrido desde los días en que Monseñor Labastida inspiraba asonadas en Puebla y la época había pasado, y pasado irrevocablemente, en que el levantar de un dedo episcopal bastaba para hacer y deshacer los gobiernos de México. La agitación era una ficción póstuma, fomentada por hombres que no se sabían cadáveres. La condición comatosa en que tanto tiempo habían vivido había entorpecido su entendimiento y la percepción de que el tiempo había acabado por prevalecer penetró lentamente; pero penetró al fin. Algunos cedieron. El Arzobispo de Guadalajara llegó a un entendimiento con el comandante en jefe, que preparaba un

presupuesto eclesiástico conforme a las disposiciones despóticas del Patronato; el clero bajo no tenía reparos en vivir a expensas del Estado; y a los 70 años cumplidos, el arzobispo alcanzó la edad de la razón. De haber sido la Iglesia una institución democrática, y de haberse sometido la cuestión a un plebiscito clerical, es posible que el clero se hubiera conformado con las penalidades de la intervención francesa; pero el Arzobispo de México se opuso a toda transacción, aunque, en aras de la paz, se dignó permitir que Bazaine reacondicionara su villa en Tacubaya. La concesión hecha por Monseñor Labastida no comprometía, sin embargo, al arzobispo. Abandonado, era absoluto. La derrota era todo lo que aceptaba del adversario, y la derrota la aceptaba provisionalmente y bajo protesta, contemporizando en un trance que pasaba todavía por ser la vida; el ánimo latía, y latía violentamente, bajo los pasos sordos de la extinción inminente; y en su hora extrema se consolaba con la reflexión de que todavía le quedaba Maximiliano.

De todas sus ilusiones ésta era sin duda la más desahuciada. En Europa había tratado a Maximiliano y había salido de la entrevista encantado entonando las alabanzas del soberano por venir; pero el giro tomado por la intervención obedecía a sus propias finalidades, y el programa francés se imponía por la misma *natura rerum*. Las consecuencias del primer paso en falso obligaron al Emperador a reconocer el error de fundar la intervención sobre una minoría moribunda, y la necesidad de basar la empresa sobre las fuerzas vivas de la nación: no había otra política factible. Si se pensaba establecer un protectorado invisible, respetando la autonomía del país y formando un Estado autosuficiente, era condición indispensable la cooperación de la mayoría. Si se pensaba crear una Argelia americana y abrir un mercado próspero para el comercio y la colonización, había que fomentar las fuerzas productivas, asegurar la paz interna y las relaciones de propiedad en vigor, amparando los hechos consumados y las reformas establecidas. Si se pensaba construir un dique contra la expansión anglo-sajona, era esencial adaptarlo a la presión, fortificar la economía mexicana e introducir una cultura capaz de resistir la penetración del vecino norteamericano. Si se pensaba aplacar a las potencias extranjeras y a la oposición doméstica en Francia, esa cultura debía ser tan avanzada, por lo menos, como la de Europa. En suma, si había que modernizar un país atrasado y quebrado y regenerar un pueblo desorganizado y desmoralizado, era absolutamente imperativo adoptar, desarrollar y coronar la obra de Juárez. Tales condiciones eran

axiomáticas; las premisas dictaban la conclusión. La línea liberal adoptada por Napoleón e impuesta por la lógica inherente de la idea era indispensable a la consolidación de su conquista; y fuera quien fuera el procónsul encargado de implantarla —Forey o Bazaine o Maximiliano—, esa política era la línea viva de su imperio mexicano.

La cuestión clerical era, en realidad, la más fácil de arreglar, ya que la Reforma la había solucionado definitiva e irrevocablemente. La insistencia del arzobispo, y del Vaticano, en la devolución del capital del clero era no sólo incompatible con la política francesa, sino materialmente imposible, sin trastornar la raquítica economía del país; borrar una reforma que había repartido los bienes de manos muertas entre tantas fuentes productivas y raíces económicas era evidentemente absurdo, y siendo la única compensación la subvención de la Iglesia por el Estado y esta solución, inaceptable, porque entrañaba la entrega de la independencia de la Iglesia y de su poder político, la facción clerical estaba condenada a la derrota en toda la línea de la batalla campal.

Los otros artículos del programa francés presentaban dificultades más graves. El más apremiante y dificultoso era la organización del ejército mexicano. La Regencia había abolido la leva; pero sustituirla con una ley de reclutamiento moderado, como en Francia, era un remedio que suscitaba inmediatamente el problema racial en México. «Ésta es una labor que sólo puede emprenderse en tiempos de paz —explicó Bazaine a Napoleón —. Tan atrasadas todavía son las ideas en este país, que un antiguo Ministro de la Guerra, el general Blanco, me dijo recientemente, en una conferencia sobre el reclutamiento, que no creía posible sujetar a la raza blanca al reclutamiento, de igual modo que a la indígena; ningún hijo de familia colonial consentirá en inmiscuirse con la gente de color en el campo, a menos de prestar sus servicios como oficial. Y resulta evidente que la raza india es inferior actualmente; pero es así porque, desde la Conquista, ningún régimen se ha preocupado por ella, y es sólo por excepción como unas cuantas han logrado, de vez en cuando, hacerse aceptar como *gente de razón*. Basta la denominación para indicar que se ha tratado siempre a esta raza, tan digna de interés, como una casta inferior que debía mantenerse en tutela; por consiguiente, ha quedado completamente indiferente a lo que pasa en su país, del cual las masas no tienen la más mínima parcela.»

Igualmente necesaria, e igualmente difícil, era la formación de un servicio civil probo y eficiente. Consultando otra vez a los

enterados del país, Bazaine transmitió a París un análisis hecho por un mexicano naturalizado, que atribuía todas las revoluciones de México a la inmoralidad de los militares, la empleomanía y la lenidad criminal de los gobiernos. «He dicho la inmoralidad del ejército, pues esta importante institución que en todos los países civilizados se compone de la parte más selecta de la población, en México, salvo raras excepciones, se halla compuesta de la escoria de la sociedad... Con un ejército de esa naturaleza, no es extraño que no hubiera gobierno posible en México, pues para hombres de esa calaña, excusado es decir que la palabra de honor (que es el vínculo más sagrado para un oficial) no era más que una palabra enteramente vacía de sentido y que, por consiguiente, se hallaron siempre dispuestos a venderse al mejor postor.» El móvil mercenario caracterizaba también el servicio civil. «La empleomanía, es decir, la monomanía de querer vivir a expensas del gobierno, es una enfermedad inherente a la educación y al carácter mexicanos; pues, un pueblo que se considera deshonrado por el trabajo, y que está siempre dispuesto a la disipación y la holgazanería, no puede hallar aliciente alguno en ninguna ocupación honesta, mientras que un empleo en cualquier ramo de la administración satisface a la vez su amor propio y su codicia, no por la importancia del sueldo, sino por los abusos que pueden cometerse, y a los que se creía autorizado, pues todo nombramiento o despacho se consideraba como una patente para poder robar legalmente. Es evidente que una sociedad constituida sobre semejantes bases, sobre aspirantes de esa clase; que cada uno de ellos se considera acreedor a la consideración nacional, y no pudiendo ser colocado por falta de vacantes, se declara gratuitamente enemigo del gobierno establecido.» Y por último: «He dicho la lenidad criminal de los gobiernos, porque si, como una facción cualquiera, después de una lucha más o menos reñida, llegara a tomar las riendas del gobierno, éste no hubiera tenido la debilidad de recompensar con ascensos y honores a las defecciones del ejército, fomentando así la desmoralización, sino que hubiese honrado al verdadero mérito al valor y a la lealtad, eso no hubiera sucedido de un modo tan escandaloso y las revoluciones no se hubieran eternizado.» No era pequeña la empresa de estabilizar una sociedad que vivía del soborno sistemático; pero ninguna de esas dificultades era insuperable en sí, aunque la dotación del clero, del ejército, y de la burocracia mexicanos era una solución costosa, y el cargo financiero era en Francia la objeción principal a la expedición.

Bazaine era optimista. Durante la campaña en el Norte, había

iniciado el adiestramiento del ejército mexicano con el respaldo de las tropas francesas, y se declaró contento con la conducta de Tomás Mejía, un caudillo indígena que encabezó una columna dirigida contra San Luis Potosí, y de Márquez, que merecía una mención honorífica al rechazar los ataques de los liberales en Morelia. El servicio civil era competente a condición de funcionar bajo la supervisión de los franceses. Las reformas indispensables podrían realizarse con el tiempo; pero el tiempo era la condición *sine qua non*. Los resultados logrados por Bazaine en seis meses bastaban, sin embargo, para alimentar la confianza del Emperador, que fiaba en su cordura y su competencia sin reservas, y le concedió *carte blanche* para continuar. Aunque mucho quedó por hacer, el comandante en jefe había subsanado los disparates iniciales y dado los primeros pasos para empezar de nuevo, con efectos suficientemente prometedores para demostrar que la empresa era factible. La fuerza quedó reducida al mínimo, y aunque los consejos de guerra funcionaban todavía en la zona ocupada, las ejecuciones y las deportaciones no eran numerosas, y se había extendido la amnistía y concedido tiempo sobrado para que los indecisos reflexionaran y se sometieran al nuevo orden. La combinación de autoridad y conciliación, y las ventajas de orden y seguridad, paz y protección, comenzaban a impresionar al público; y bien que la situación distaba mucho de ser resuelta, se hallaba estabilizada y controlada, y Bazaine la había hecho aceptable para Maximiliano, cuyo advenimiento, repetidamente puesto en duda y aplazado, fue anunciado, al fin, en México, el 15 de mayo de 1864.

5

El proconsulado de Bazaine señaló el apogeo de la intervención. La oposición en Francia, fuerte en casi 2 millones de votos, había ganado terreno al debatir la cuestión mexicana en la sesión de la Legislatura inaugurada en noviembre de 1863. En anticipación del debate, la comisión financiera, al informar sobre las erogaciones complementarias del presupuesto, creyó oportuno decir: «El Gobierno tiene esperanzas de que el fin del año 1864 verá la conclusión de la expedición. Estamos unánimes en aconsejar al Gobierno a que ponga término a la expedición mexicana, no a cualquier precio —¡que Dios nos guarde de eso! — sino con la prontitud que permiten el honor y el interés de Francia. La expresión de este deseo corresponde al sentimiento general del país.» La comisión financiera hablaba sin partidarismos y con autoridad indiscutible, y sus recomendaciones llevaban gran peso en el seno del Cuerpo Legislativo. La mayoría, que doce meses antes había ahogado con gritos las invectivas de Jules Favre las escuchaba ahora con atención sensata y asentimiento silencioso. En un mensaje al Senado, el Emperador solicitó la confianza del país reprendiendo a los miopes y los medrosos y prometiendo que la expedición, «iniciada para la satisfacción de nuestros agravios, terminará con el triunfo de nuestros intereses». Jules Favre volvió a exigir que el gobierno tratara con Juárez y saliera de México, y la demanda recibió el apoyo de Adolphe Thiers, que salía de un largo retiro de la vida pública para poner su talento y su reputación al servicio de los célebres Cinco de la Oposición. Poco o nada significaba la elección de los cinco —les decía francamente— pero la suya era un acontecimiento de importancia europea, y de ahora en adelante la política francesa sería un diálogo entre él y el Emperador. Una parte de ese diálogo la dedicó a la cuestión mexicana. «Tratad con Juárez y retiraos —repitió rebatiendo la doctrina del Trono—. Sobre todo, no intentéis una restauración monárquica, porque aun sin asumir un compromiso formal, moralmente quedaréis comprometido con el hombre colocado sobre el trono. Y vosotros, mis colegas, después de alentar en sus designios al gobierno, os encontraréis muy malparados para negarle más tarde los soldados, los marineros, los millones que pedirá para dar cima a la loca operación que habéis emprendido. Hasta ahora no habéis empeñado vuestro honor, pero el día en que el príncipe salga con vuestra garantía, tendréis la obligación de sostenerlo, pase lo que pase. La probidad de Francia quedará

empeñada. Nos dicen que sería vergonzoso abandonar al general Almonte. ¿Cómo que sería vergonzoso abandonar a Almonte y a sus amigos, a quienes no debemos nada y que nos han comprometido a nosotros? ¿Y cuando haya allá un príncipe, alucinado por vuestras promesas; cuando vuestros soldados hayan inundado México para permitir que el país, según lo que se nos dice, votara en su favor; cuando habéis hecho todo esto, os atrevéis a decirnos que no tendremos contraída ninguna obligación para con aquel príncipe? Bueno, lo digo yo, esto constituye un compromiso. ¡Que lo tomen los que quieran! Por mi parte, rechazo tal responsabilidad».

El tibio sentido común de Thiers fue tachado de candoroso, y se le imputaba a la oposición sistemática del dialoguista. «El Gobierno no puede tratar con Juárez, con el hombre que ha derramado la sangre de nuestros compatriotas y ultrajado a nuestra bandera —contestó el portavoz del Trono—, ni tampoco pon Almonte, que no representa una autoridad regularmente constituida; sólo puede negociar con un gobierno emanado del sufragio universal. Y si la nación mexicana elige a Maximiliano, al tratar con este soberano, el Gobierno francés no contraerá una solidaridad permanente e indefinitiva para el mantenimiento de un Imperio en México». M. Rouher, el portavoz del Trono, era un hombre honrado, y su defensa era la de aquellos que acostumbraban decir, al recibir las felicitaciones de sus colegas, que no significaban nada. «No queréis la verdad», replicó Thiers; pero M. Rouher decía la verdad. Al tomar la votación, la oposición ganó solamente 47 de los 300 votos emitidos; pero esos 47 incluían a varios miembros de la mayoría cuya lealtad al Emperador era insospechable, y los célebres Cinco se lisonjeaban con la creencia de que los tres cuartos de la Asamblea habían pasado, tácitamente, a su lado. Siendo un cuerpo puramente consultivo, empero, la Asamblea Legislativa sólo podía registrar la opinión pública, sin imponer su dictamen al soberano irresponsable.

Los triunfos de Bazaine inclinaron la balanza. Los sondeos de los *procureurs* en enero eran siempre aleatorios. «La gente se pregunta —al decir de uno— si es posible confiar en la estabilidad de las instituciones que nos empeñamos en organizar entre aquel pueblo voluble e indisciplinado. Las vacilaciones del Archiduque en aceptar la corona, y la campaña que acaba de abrirse para expulsar definitivamente a Juárez de las provincias en donde se mantiene, han provocado un cambio de sentimiento menos favorable para las aspiraciones supremas de nuestra empresa.» Pero en el curso de los tres meses

subsiguientes la ocupación rápida y sin oposición de las provincias céntricas de México repercutió favorablemente en la opinión en Francia; hubo un ablandamiento perceptible de la cordura popular, y acá y allá los informes de los *procureurs* indicaban que la idea del Emperador comenzaba a prender. En Rouen el margen aumentaba, y las mismas razones que motivaron la desconfianza del sector industrial obraban ahora en el sentido contrario. «La gente opina, por lo contrario, que nuestro poderío colonial y nuestras relaciones comerciales no están proporcionadas al grado de desarrollo alcanzado por nuestra marina, ni a los progresos de nuestra industria, y mira con favor la formación con nuestras armas y bajo la protección de Francia de un nuevo imperio que ofrece amplias salidas para la producción francesa. Esta guerra será completamente popular, si el gobierno puede asegurar el reembolso de los gastos hechos por Francia. Éste es el único punto que preocupa a la opinión pública.» En Angers el barómetro registraba un alza mucho más firme. «La expedición mexicana, mejor apreciada en su causa y en sus consecuencias comerciales y políticas, no tardará en ocupar el lugar que merece en el concepto de todo el mundo, como uno de los eventos más gloriosos y fructíferos del Segundo Imperio.» En Córcega se saludaba, como el más puro y acendrado bonapartismo, «la conclusión de esta expedición que en ciertos aspectos ha sido representada con tan falsos colores, y que será una de las páginas más brillantes de un reinado que habrá conocido todas las glorias». En Burdeos se daba ya por supuesto «la conclusión gloriosa de una empresa difícil», y se la comparaba a «las maravillas brillantes de la expedición a Egipto»; y se recapacitaban otras asociaciones napoleónicas en honor del sobrino del tío. «El orgullo nacional ha aclamado el espectáculo de un príncipe de la Casa de Habsburgo recibiendo una corona de las manos del Emperador», aseguraba el corresponsal, aunque sobre este punto la opinión andaba dividida. A algunos provincianos poco les agradaba que «nuestros sacrificios no sirven para entronizar, por lo menos, a un príncipe francés, y que ofrecemos el trono a un príncipe de aquella Casa de Habsburgo, que está acostumbrada a asombrar al mundo con su ingratitud. Otros, por el contrario, estiman que las obligaciones y, por consiguiente, los peligros para nuestro país, serán mucho menores, escogiendo a un príncipe extranjero. El público anda dividido entre estas dos opiniones, pero la mayoría parece inclinarse hacia la primera». En marzo hubo un revuelo de alarma al saber que el Congreso de los Estados Unidos acababa de adoptar una resolución belicosa contra la monarquía en México; pero Seward impuso la sordina

a la amenaza de hostilidades, y la nerviosidad del público francés se calmó lo bastante para que el país cayera en el lazo. La confusión boyante del sentimiento público en aquel momento era la fase más favorable de la intervención para Napoleón: el denominador común de todos los conflictos era Maximiliano, y para vencer la marea fluctuante sólo faltaba sentarlo puntualmente en su trono. Se organizó un empréstito en París para lanzarlo, y el público respondió a la suscripción; Maximiliano era la mejor garantía de la repatriación de la tropa, sin tardar.

Inmediatamente después de que la Asamblea de Notables proclamó el Imperio, en el verano de 1863, una delegación mexicana se puso en marcha para ofrecer la corona al Archiduque. Encabezada por Gutiérrez Estrada, Pepe Hidalgo y el Padre Miranda, la delegación fue recibida en el castillo de Miramar, a orillas del Adriático, en octubre. Las cartas que informaron del suceso eran unánimes en expresar su entusiasmo. Por una vez en la vida, el Padre Miranda conoció la felicidad. «Por mi parte, amigo, me siento muy débil y sin palabras para retratar las emociones que sentí —escribió, de regreso a París—. Quizá era porque no he vivido entre príncipes ni en palacios, que por eso me hirieron tan fuertemente mi imaginación la vista del palacio de Miramar, y más todavía los príncipes que allá he conocido y tratado, formando sus nobilísimos caracteres, llenos de amabilidad y dulzura, notable contraste con las glorias de la alcurnia, la magnificencia con que viven, y con todas las grandezas y consideraciones que les rodean. Quizá será porque desde que nací sólo he visto lágrimas en los ojos y dolores en el corazón; sólo he sido testigo de grandes miserias y bastardas pasiones, de los que han tomado a su cargo gobernarnos, conduciéndonos hasta la mina, que por esto me hubieron cautivado los grandes y heroicos sentimientos de los archiduques, cuando se han resuelto a aceptar por patria la nuestra, cambiando su actual ventura por un porvenir que no ha de estar exento de vicisitudes y aflicciones, y que, aunque sólo fueran las de ir a reparar minas y a calmar enconos, eran por sí solas suficientes para hacer desmayar el ánimo mejor templado; y quizás porque, viniendo de Méjico con la memoria cargada de cuadros de horror y desolación, de crímenes y escándalos, que traen consigo necesariamente sentimientos de humillación, por esto, digo, que me habían cautivado los generosos deseos de los que para regenerarnos, poniéndose a la cabeza de nuestra sociedad, tienen que sacrificar su reposo, su altísima posición en Europa, sus arraigadas afecciones y hasta su

familia. Esto sólo puede hacerse por obra del Altísimo.» Lo mejor del Padre Miranda lo reveló el milagro común de la dicha. «Sé muy bien —añadió— que si esta carta fuera a dar en manos de uno de nuestros demagogos, se reiría de nosotros, porque nos dejamos impresionar por las grandezas; pero nosotros, a nuestra vez, nos reiremos de ellos, que predican la igualdad mientras no pueden edificar palacios; y que ridiculizan las condecoraciones, en tanto que no andan adornados de ellas. Me mueve a decir esto el haber visto con gozo que algunos de nuestros héroes, que cayeron presos en Puebla, andan por aquí en busca de cruces. Así es el mundo.»

El 3 de octubre de 1863, el Archiduque aceptó la corona condicionalmente, pendiente de la ratificación del voto de la Asamblea por el plebiscito popular. La delegación lamentaba la demora, pero tan conmovido estaba el padre Miranda que la condición pareció perfectamente comprensible. «Tendremos que esperar algunos días más. Pero usted comprenderá, como lo ha comprendido ya toda la prensa europea, incluso la inglesa, que la cuestión mexicana está resuelta; que las condiciones impuestas por el Archiduque eran las que naturalmente debían de esperarse, y que lo substancial es que, para nuestro desgraciado país, se ha abierto ya una nueva era de gloria y de felicidad. Miramar, y el 3 de octubre de 1863, serán de ahora en adelante imborrables en nuestra historia.»

Seis meses más tarde, la delegación regresó a Miramar con la ratificación obtenida y documentada por Bazaine, y allá mismo, el 10 de abril de 1864, el Archiduque aceptó la corona formalmente. Terminada la ceremonia, refrendó una Convención con el Emperador de los franceses, ratificando las condiciones conforme a las cuales aceptaba la corona efectivamente. La Convención estipulaba que la tropa francesa de ocupación debía reducirse a 25 mil para fines de 1864, y retirarse gradualmente, en determinados plazos, durante los próximos dos años, a medida que el adiestramiento del ejército mexicano permitiera su sustitución. Acto seguido, el Archiduque se retiró a sus habitaciones, postrado por la duda y la pesadumbre de su resolución; y en el banquete ofrecido aquella noche a la delegación y a los dignatarios reunidos para celebrar el suceso, la Archiduquesa presidió en su lugar. Muchas razones había para la indisposición del Archiduque, y de ellas no la menor era la Archiduquesa.

Las garantías limitadas bajo las cuales Maximiliano aceptó la corona constituían una dote de azares que pusieron a dura prueba sus dotes de gobernante. Se daban por supuestas sus

capacidades políticas —otro imperativo de la intervención— porque eran desconocidas. En Lombardía había llevado la representación de su hermano como gobernador en 1858-1859, y adquirió cierta experiencia administrativa; pero la experiencia fue poco afortunada. Había adoptado una política liberalizante, que le valió alguna popularidad con los italianos, pero que inquietó al gabinete en Viena y que provocó su relevamiento en vísperas de la intervención de Napoleón en Italia. A su lenidad el Káiser atribuyó la agitación en Lombardía, y Maximiliano, picado en lo vivo por la imputación de «malentendida suavidad y mansedumbre melosa», se defendió con una susceptibilidad muy significativa protestando que las medidas enérgicas, combinadas con leyes benéficas, no eran ajenas a su carácter: él mismo había recomendado las providencias rigurosas adoptadas por Viena en el último momento, pero con la debida anticipación, cuando formaban parte de un plan sistemático y cuando reinaba la paz. La disputa dejó entrever, momentáneamente, una centella del Habsburgo duro y auténtico que latía en el pecho del príncipe liberal, pero tales desfogues eran infrecuentes: en general Maximiliano era apacible, benévolo, vienés. Abandonando la vida pública por la plácida existencia que convenía a su carácter, se encastilló en Miramar. Miramar era un lugar y un hombre. El lugar era un recodo pintoresco de la costa adriática, en las afueras de Trieste, donde se compró una choza de pescadores y la convirtió en un castillo, rodeado de jardines románticos; y allá, dedicado a recreos más o menos intelectuales, el hombre hubiera alcanzado la felicidad, porque allá y sólo allá se sentía absolutamente independiente del mundo, a no ser porque el mundo no lo dejaba en paz. Casado con una princesa que tomaba muy a pecho su porvenir, su encerrona en la flor de la edad lo condenaba a conocer la felicidad prematuramente; y al recibir la oferta de un trono en México en 1861, se dejó tentar por la oportunidad de reanudar su experiencia inconclusa en Lombardía en 1859; porque llevaba ya cinco años de vivir con una princesa hábil e inteligente que apreciaba sus posibilidades con demasiada devoción para permitir que se desperdiciaran en el ocio real.

La archiduquesa Carlota era hija del rey Leopoldo de Bélgica. Dotada del espíritu emprendedor de la Casa de Coburg, que ya había entronizado a media docena de sus miembros en Europa, su connubio con Maximiliano era no sólo una boda brillante sino un enlace de amor, y ella no se conformaba con la vida regalada de Miramar. «¡Qué situación!», exclamó el rey

Leopoldo, al enterarse de la oferta de un trono en América; y la Archiduquesa salía al padre. No obstante, Maximiliano siguió vacilando. Varios motivos inspiraron sus contemplaciones. Recibir un trono de manos de Napoleón era lo de menos; ya había pasado un lustro desde los días en que se divirtió a expensas del *parvenu* de las Tullerías, y el mancebo había madurado; el hombre formal había superado la condescendencia del adolescente y el ex gobernador de Lombardía admiraba a Napoleón como estadista. Pero toda una teoría de ángeles de la guarda —Sir Charles Wyke; un amigo de Juárez; Metternich, Rechberg y otros diplomáticos de amplia experiencia— le señalaron los peligros de la empresa; su propia madre la calificó de atentado de *lése-nacionalité*, y las vicisitudes de la intervención le dieron la razón. Sin embargo, la vida se escurría y después de pasar tres años en el *dolce far niente* de Miramar, se sentía dispuesto a jugársela: andaba en los 32 años y sabía que quien no se aventura no pasa la mar. No tenía ilusiones sobre la validez del voto producido por Bazaine y confesó francamente a un confidente que la aventura podría fracasar, pero insistió en que valía la pena.

Si su experiencia política era corta, estaba llena, empero, de esperanza. Maximiliano cumplía con las condiciones esenciales de la política francesa en México. Su liberalismo, aunque de una variedad bastante conocida en las familias reales —el liberalismo de las ramas menores, lo llamaba un francés—, nacía de un sentimiento más elevado que la ambición burlada del benjamín de la casa. El liberalismo brindaba pocas probabilidades de un porvenir político al hermano menor de Francisco José y bastantes para segregarle indefinidamente en Miramar. Su fe nacía de la juventud del corazón. Escarmentado por su experiencia en Lombardía, un príncipe oportunista hubiera renegado de su fe: Maximiliano la conservó intacta. En México, en cambio, el liberalismo era indispensable al triunfo del programa francés, y la oportunidad de vindicar sus principios en otro hemisferio le brindaba una satisfacción legítima. En un artículo secreto del Convenio de Miramar, el Archiduque suscribió el programa francés integralmente comprometiéndose a publicar un manifiesto en tal sentido a su llegada a México; y de todos modos poco importaba su genio político —la demanda garantizaba la oferta.

Si la filosofía política de Maximiliano le mereció la confianza de Napoleón, no cuadraba, empero, con los dogmas del partido que lo llamaba a México. Pero sus clientes no se desanimaron por tan poca cosa: confiaban más en el príncipe que en sus

principios. Napoleón había coronado las aspiraciones de los expatriados y, deslumbrados por su conquista, al caballo regalado no le miraron el diente. Con una reserva no menos real que discreta, Maximiliano aludió ligeramente a la política que pensaba seguir: se comprometió a defender la independencia y la integridad del país y se expresó en favor de constitucionalizar su gobierno con la debida oportunidad. Efectivamente, un miembro de la delegación ya había recibido la comisión de preparar un proyecto constitucional conforme a las ideas del Archiduque; éstas abarcaban la libertad de cultos, la libertad de prensa, la igualdad ante la ley y otros preceptos que se apartaban imperceptiblemente de los principios de la Constitución de 1857; el texto había sido sometido a Napoleón, quien lo aprobó en principio, pero desaconsejó la precipitación al poner el proyecto en práctica. No era con la libertad parlamentaria como se regeneraría a un pueblo en las convulsiones de la anarquía: lo que se necesitaba en México —decía— era una dictadura liberal; la libertad seguiría espontáneamente. El proyecto quedó, pues, en suspenso y hasta Gutiérrez Estrada, adversario declarado de la monarquía constitucional y clerical fanático, no se inquietó ante el porvenir. Alcanzado el triunfo, se conformó con todo y el reaccionario más recio era el más reconocido. Como sus correligionarios, se presentó en Miramar no para dudar, sino para doblar la rodilla.

Un don tenía el soberano en grado sumo: un don que superaba todas sus excentricidades y constituía su verdadero genio político. Su personalidad era simpática. Todo el mundo reconocía esa ventaja; su gracia vienesa era irresistible y con una sola excepción la delegación mexicana sucumbió al encanto. Gutiérrez Estrada encabezó el coro laudatorio. Todo lo que logró decir —y dijo muchísimo— quedó corto para expresar la verdad: la lealtad, la nobleza, la distinción exquisita del Archiduque, su singular benevolencia, su frente amplia y pura, sus vivos ojos azules, llenos de bondad y dulzura, su inteligencia privilegiada —sobre todo eso se alargó con locuacidad interminable, y sin embargo, le faltaban las palabras. Maximiliano, en su concepto, era *perfecto*; y en son de homenaje supremo Gutiérrez Estrada se calló. La delegación le hizo eco y declaró casi unánimemente que se había dado con el Mesías. La única excepción era el padre Miranda y su posición era patética; en su penosa peregrinación por el mundo se vio destinado a excepcionar todos sus éxitos, y al regresar a Miramar y familiarizarse con la obra del Altísimo, se le ocurrió que quizá se

había equivocado. Maximiliano, en su concepto, era un hombre ligero.

Si el carácter hubiera sido tan imponente como simpática era la personalidad, Maximiliano hubiera dejado poco que desear. Magnánimo, amable, bien intencionado y generoso, tenía, sin duda, muchas dotes superiores; pero la superioridad de sus dotes nacía de la superioridad de su posición. Con esa elevación de ánimo, fruto de su elevada situación, que lo alejaba de la vida, su exquisita afabilidad, su singular benevolencia, su inteligencia privilegiada, florecían fácilmente en la atmósfera rarificada de la realeza y nunca habían sido expuestas a la experiencia común. Sus virtudes eran los atributos de su alcurnia y no había modo de eludir las limitaciones de su educación. Compenetrado de las obligaciones de su rango y dotado de sentimientos realmente superiores, el Archiduque había vivido siempre en un invernáculo moral, viendo el cielo por un embudo y cultivando un carácter impecable sin la posibilidad de derogar su dignidad; su filantropía era necesariamente una forma de condescendencia para con los demás, y los demás tenían la misma obligación de lucir, por su parte, un comportamiento igualmente irreprochable ante los ojos del príncipe. La gran desventaja de Miramar era que allá todos representaban, todos aparecían superiores a sí mismos, y sobre todo el príncipe. ¡Ay, sí!, Maximiliano era un don del cielo. Buena voluntad la tenía en abundancia; pero… ¿voluntad? Los enterados tenían sus dudas y la experiencia vino a confirmar la opinión de un observador francés que, reconociendo su inteligencia y sus atractivos, lo caracterizó como un hombre sumamente impresionable e inconstante; «ligero hasta la frivolidad, versátil hasta el capricho, incapaz de encadenamiento en las ideas como en la conducta, a la vez irresoluto y obstinado, pronto a las aficiones, con grande horror a toda clase de molestias, inclinado a refugiarse en las pequeñeces para sustraerse a las obligaciones serias, comprometiendo su palabra y faltando a ella con igual inconciencia, no teniendo por último más experiencia de los negocios que sentimiento de las cosas graves de la vida, el príncipe encargado de reconstituir a México era, bajo todos los aspectos, diametralmente opuesto a lo que habrían exigido el país y las circunstancias». Los mexicanos, empero, no eran de los enterados a la sazón. Ilusos ellos también del destino, apreciaron al soberano a simple vista, satisfechos con el juego de apariencias que rige el mundo. El más enterado de todos era Maximiliano: conocía a la perfección sus imperfecciones y se

esforzaba sistemáticamente en vencerlas. Joven, se perfeccionaba con un *vademécum* de reglas de conducta y preceptos útiles; hombre formal, cultivaba unas barbas largas y sedosas, partidas, en crenchas iguales, debajo de su deficiencia natural; y soberano, tenía como mentor al *parvenu* de las Tullerías.

Las garantías que brindaba Maximiliano correspondían, en suma, a las que recibía. Aquí, en la hora meridiana de la intervención, todas las ecuaciones se igualaban y todas las dudas se contrapesaban. De todos los príncipes elegibles, el Archiduque era el más indicado para coronar la empresa, y al tomar su determinación ya había meditado el paso detenidamente y no se comprometió a la ligera. Sin embargo, a última hora, una dificultad imprevista puso a dura prueba su resolución. Su hermano había consentido en separarse de él a condición de que renunciara a sus derechos de sucesión al trono de Austria, y Maximiliano había convenido en abandonarlos por la duración de su reinado, o de su dinastía, en México. El acuerdo no fue formulado por escrito hasta que Maximiliano hizo su visita de despedida a Viena; entonces se enteró de que la renuncia que debía firmar era absoluta e incondicional. Indignado por lo que denunció como una engañifa, urdida con el fin de privarle de sus derechos legítimos e inajenables, se negó a merecer de su hermano tan flaco servicio; se debatió, luchó, montó en cólera; pero el Emperador, inflexible, le puso en el caso de optar entre México y Miramar; su padre tomó su parte, su madre intervino, en vano; dos semanas de tensión aguda transcurrieron sin solución; Maximiliano se marchó a Miramar. Carlota escribió a Eugenia participándole la resolución del Archiduque de renunciar al trono de México. El contratiempo causó consternación en París. Napoleón telegrafió a Maximiliano haciéndole presente que ya era tarde, que su honor estaba empeñado a Francia, a México, a los accionistas del empréstito franco-mexicano; y a la vez envió a Viena un emisario para intervenir con el Emperador. El canciller le explicó que la renuncia al trono de los habsburgos era indispensable, desde el punto de vista dinástico, «no tanto por lo que mira al Archiduque, personalmente, como en atención a los hijos que podría tener, gracias a la influencia del clima de México, que tiene fama de hacer milagros»; y del punto de vista personal, en atención a consideraciones más delicadas aún. «Me proponéis una renuncia condicional —concluyó—. Pero ¿cómo podéis creer que Austria se dejaría gobernar por un príncipe que acabara de ser expulsado de un trono extranjero?» Desde

Viena el emisario siguió hasta Miramar. Maximiliano se defendió ale gando su honor de príncipe y de esposo; al objetar el enviado que Su Alteza ya había dado su palabra a Francia, a Napoleón y al mundo, «ya lo sé —replicó el Archiduque—, también lo sabe la Archiduquesa, pero no puedo menos de preocuparme por el porvenir de mi esposa y de los hijos que tengo esperanzas de tener en México». «Sabemos muy bien —interrumpió Carlota—, que al irnos a México, estamos prestando un servicio a Napoleón III». «Vuestra Alteza se dignará reconocer —contestó el francés— que los servicios son, por lo menos recíprocos.» «Estas vacilaciones —informó éste a Napoleón— nos dan la prueba de que, aunque dotado de una inteligencia distinguida y un ánimo culto, el Archiduque no tiene suficiente firmeza de espíritu ni, sobre todo, suficiente confianza en la gran empresa que está por intentar.» Por lo visto, era mucho lo que se esperaba de la pujanza sexual del sol mexicano. El emperador Francisco José vino a Miramar y allá, el 9 de abril, tras una larga y patética discusión, los dos hermanos firmaron, en presencia de todos los archiduques y los dignatarios de la Corte austriaca, el Pacto de Familia. Al día siguiente, Maximiliano aceptó la corona de México. Durante tres días, se hizo inaccesible. A un amigo de confianza le confesó francamente que, si alguien viniera a decirle que se había abandonado la empresa, se encerraría bajo llave y bailaría de alegría; pero... pero... Carlota... No dijo más, no había más que decir. En sus brazos era imposible desfallecer. Ya había recobrado ánimo al embarcarse en la fragata que había de llevarlos a México y clavó los ojos en Miramar por última vez con una tristeza pasajera. El lugar estaba hipotecado, lo mismo que el hombre: acribillado de deudas e importunado por sus acreedores, el príncipe comprometido había apartado una suma sustancial del empréstito franco-mexicano para salvar aquel refugio romántico de las garras del mundo.

Sin experiencia política, socialmente amparado, moralmente privilegiado y mentalmente inmaduro, Maximiliano dio la medida de su preparación durante la travesía del mar. Dedicó días enteros a la anotación del manual de ceremonial, con minuciosas instrucciones para uso del chambelán mexicano; y dictó una carta a Juárez en que lo invitaba a reunirse con él en la capital, con el propósito de discutir sus desavenencias y de buscar un entendimiento amistoso, aceptable a la nación.

6

Juárez recibió la carta en Monterrey. Por acato a la cortesía, la contestó, aunque —explicó— «muy de prisa y sin una redacción meditada, porque ya debe usted suponer que el delicado e importante cargo de Presidente de la República absorbe todo mi tiempo, sin dejarme descansar de noche». Y por acato a sus ocupaciones, cortó inmediatamente por lo sano. «Se trata de poner en peligro nuestra nacionalidad, y yo que, por mis principios y mis juramentos, soy el llamado a mantener la integridad nacional, la soberanía y la independencia, tengo que trabajar activamente multiplicando mis esfuerzos para corresponder al depósito sagrado que la nación, en el ejercicio de sus facultades me ha confiado; sin embargo, me propongo, aunque ligeramente, contestar los puntos más importantes de su citada carta.» Ligera y laboriosamente, se colocó en el mismo plan que Maximiliano. «Me dice usted que, abandonando la sucesión de un trono de Europa, abandonando a su familia, sus amigos, y sus bienes, y, lo más caro para el hombre, su patria, se han venido usted y su esposa, doña Carlota, a tierras lejanas y desconocidas, sólo por corresponder al llamamiento espontáneo que le hace un pueblo que cifra en usted la felicidad de su porvenir. Admiro positivamente, por una parte, toda su generosidad y, por la otra parte, ha sido verdaderamente grande mi sorpresa al encontrar en su carta la frase *llamamiento espontáneo*, porque yo había visto antes que, cuando los traidores de mi patria se presentaron en comisión por sí mismos en Miramar, ofreciendo a usted la corona de México, con varias cartas de nueve o diez poblaciones de la nación, usted no vio en todo eso más que una farsa ridícula, indigna de ser considerada seriamente por un hombre honrado y decente. Contestó usted a todo esto exigiendo la voluntad libremente manifestada por la nación, y como resultado del sufragio universal; eso era exigir una imposibilidad, pero era una exigencia propia de un hombre honrado. ¿Cómo no he de admirarme, viéndole venir al territorio mexicano, sin que se haya adelantado nada respecto a las condiciones impuestas; cómo no he de admirarme, viéndole aceptar las ofertas de los perjurados y aceptar su lenguaje, condecorar y poner a su servicio a hombres como Márquez y Herrán, y rodearse de toda esa parte dañada de la sociedad mexicana? Yo he sufrido francamente una decepción; yo he creído a usted una de esas organizaciones puras que la ambición no alcanza a corromper. Me invita usted a que vaya a México, ciudad donde usted se dirige, a fin de celebrar allí una

conferencia en la que tendrán participación otros jefes mexicanos que están en armas, prometiéndonos a todos las fuerzas necesarias para que nos escolten en el tránsito, y empeñando, como seguridad, su fe pública y su palabra de honor. Imposible me es, señor, atender a su llamamiento: mis ocupaciones nacionales no me lo permiten; pero si en el ejercicio de mis funciones públicas yo debiera aceptar tal intervención, no sería suficiente garantía la fe pública, la palabra y el honor de un agente de Napoleón, de un hombre que se apoya en esos afrancesados de la nación mexicana y del hombre que representa hoy la causa de una de las partes firmantes del Tratado de La Soledad.

»Me dice usted que de la conferencia que tengamos, en el caso de que yo la acepte, no duda que resultará la paz y con ella la felicidad del pueblo mexicano, y que el Imperio contará en adelante, colocándome en un puesto distinguido, con el servicio de mis luces y el apoyo de mi patriotismo. Es cierto, señor, que la historia contemporánea registra los nombres de grandes traidores, que han violado sus juramentos y sus promesas; que han faltado a su propio partido, a sus antecedentes y a todo lo que hay de sagrado para el hombre honrado; que en esas traiciones el traidor ha sido guiado por una torpe ambición de mando y un vil deseo de satisfacer sus propias ambiciones y aun sus mismos vicios; pero el encargado actualmente de la Presidencia de la República salió de las masas del pueblo y sucumbirá —si en los juicios de la Providencia está destinado a sucumbir— cumpliendo con su juramento, correspondiendo a las esperanzas de la nación que preside, y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia.

«Tengo la necesidad de concluir, por falta de tiempo, y agregaré sólo una observación. Es dado al hombre, señor, atacar los derechos ajenos, apoderarse de los bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud; pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la historia. Ella nos juzgará. Soy de usted, S. S., *Benito Juárez*.»

Carta apócrifa en el concepto de algunos, la historia la autenticó. Avaro de palabras, Juárez no las malgastaba y la declaración sirvió, por lo menos, para delimitar los distintos niveles de vida que mediaban entre él y el adversario. Era ése el único servicio que podía prestar a Maximiliano.

A principios de marzo de 1864 el general du Barrail acabó por sucumbir en México. Ya había dedicado veinticinco años a la

bandera, de ellos veintitrés en servicio activo; la fiebre contraída en Veracruz había minado su salud, y cuando Bazaine volvió a brindarle la oportunidad de repatriarse, el general aceptó el favor, no como un insulto, sino con reconocimiento. En la travesía se hallaba en la cubierta, una tarde, cuando en el horizonte avistó «dos pequeñas vaharadas de humo, sumamente ligeras, parecidas al humo que se evapora del cabo de un cigarrillo, entre una y otra inhalación», y que el capitán identificó como la fragata *Novara* y su navío de escolta que llevaba a Maximiliano a México, y que no tardaron en desaparecer en el crepúsculo. «¡Pobre Maximiliano! —pensé yo —. ¿Qué haréis en aquel país atroz, que estoy abandonando sin pesar; en medio de ese pueblo que sigue desgarrándose desde hace más de cuarenta años; en aquella tierra donde la gente se agolpa como borregos en las poblaciones, para ponerse a salvo de los bandidos que hacen inhabitable el campo; en ese México sin comercio e industria; en ese México que ha sido arruinado por sus riquezas mineras, dejando como única rama de la actividad humana la guerra civil, lo mismo que en España en días de antaño? Los mismos defensores de vuestro trono, esos mexicanos que os llaman, os abandonarán, porque no podréis realizar sus proyectos retrógrados. Y este ejército francés, que ha derramado su sangre para entronizaros, desempeñará necesariamente con vos el mismo papel que hizo, allá por los albores del siglo, con los hermanos coronados de nuestro gran Emperador, para los que nuestros mariscales se volvieron rivales y adversarios. Si lográis evocar el orden de tal caos, la prosperidad de tanta miseria, y la unión de estos corazones, seréis el soberano más grande de los tiempos modernos. Pero mucho me temo que la empresa superará las fuerzas humanas. ¡Pobre iluso! ¡Echaréis de menos vuestro risueño castillo de Miramar!»

Apenas llegado a París, el convaleciente recibió la orden de presentarse en las Tullerías. En la antesala encontró al general Auvergne, el antiguo jefe de Estado Mayor de Forey, retirado también y muy contento de contar con su apoyo en la conferencia con el Emperador, ya que ambos suponían que se les había llamado para presentar un informe verbal desinteresado y de primera mano sobre las condiciones imperantes en México. «Penetrábamos en el gabinete imperial, donde nos recibió el Emperador como él sabía recibir. Uno de sus atractivos más sensibles era una mezcla de bondad exquisita y de absoluta sencillez. No cabe duda que Napoleón III tenía en grado sumo el orgullo del gran nombre que llevaba y la

conciencia de las grandes obligaciones que le imponía ese nombre. Pero en la vida privada era profundamente sencillo y amistoso, sin soberbia, sin pose y hasta familiar, aunque su familiaridad, servida por un tacto supremo, nunca llegaba hasta permitir que sus interlocutores se olvidaran de su rango. Desde las primeras palabras, Auvergne y yo nos sentimos absolutamente a nuestras anchas —absolutamente a nuestras anchas y absolutamente perdidos. El Emperador no nos pidió nuestra opinión sobre la expedición, ni sobre el porvenir del Imperio mexicano, ni sobre la verdadera actitud de la población, ni sobre el gobierno liberal de Juárez, ni sobre el mejor modo de ligar a México y Maximiliano, ni sobre la campaña que acabamos de hacer en el norte y que, sin interés militar, tenía importancia desde el punto de vista político, ni sobre nada trascendente; no planteó ninguna de las cuestiones en anticipación de las cuales habíamos preparado laboriosamente nuestras respuestas. Se limitó a interrogarnos sobre la instalación de las tropas en las regiones recién ocupadas y las condiciones sanitarias del ejército fuera de la Tierra Caliente. "¿Qué es lo que se hace —preguntó— para proteger a los hombres de los rayos del sol, que son tan peligrosos?" "Tenemos, Sire, cubrecabezas." "¡Ah!" Y para explicar lo que significan cubrecabezas, tuvimos que poner nuestros pañuelos sobre nuestros sombreros. Evidentemente, el Emperador estaba mejor enterado de México que nosotros, o no quería correr el riesgo de ver perturbadas sus ideas por las nuestras propias. Al despedimos, empero, nos preguntó: "Cuando ustedes salieron de Veracruz, ¿ya había llegado el emperador Maximiliano?" "No, Sire, pero no se hallaba muy lejos, pues hemos pasado su navío cerca de las Antillas". El Emperador dijo, y eso fue todo: "A él le toca ahora imponerse a México". Y añadió unas cuantas palabras cuyo texto no recuerdo exactamente, pero que significaban que estaba dispuesto a repatriar sus tropas y deseaba acabar con México. Tenía uno la impresión de que se hubiera podido traducir su idea así: "Que se desembrolle Maximiliano a solas. Me lavo yo las manos"».

Napoleón no tenía tiempo que perder; tenía otros trabajos en mano. Había vuelto a escribir una *Vida de César*, obra original que había quedado interrumpida por más de un año, y de la que acababa de terminar el prólogo.

Con la llegada de Maximiliano a Veracruz, el 28 de mayo de 1864, comenzó la invasión de México por la gracia vienesa. Tan fría era la acogida en Veracruz, que los ojos de la Emperatriz se arrasaron de lágrimas; pero el Emperador pasó rápidamente

por el puerto dejando atrás un manifiesto que empezaba con las palabras, «Mexicanos, vosotros me habéis deseado». La primera etapa fue cubierta por un pequeño ferrocarril, que les llevó trece kilómetros tierra adentro; la siguiente, por un coche; el coche se quebró en los atascaderos de la sierra, hubo que seguir en una diligencia, y aunque Carlota confesó que hacía falta todo su buen humor y su juventud para resistir las sacudidas del camino y el traqueteo del vehículo, hicieron burla de los obstáculos materiales; resueltos a complacerse de todo y a complacer a todos, el país les pareció —salvo por los caminos que eran incalificables— muy superior a su fama; y a medida que penetraban en el interior, la actitud de la población se manifestaba más favorable. En Córdoba, en Orizaba, en Puebla, las autoridades salieron con flores, odas, oraciones, y repiques de campanas, y al llegar a la capital, las manifestaciones dejaron poco que desear. Las primeras familias les dieron la bienvenida en las afueras, las segundas en los suburbios, y todo aquel que se hallaba en condiciones de vestirse con decencia y de tomar un coche de alquiler hizo acto de presencia a lo largo del recorrido ovacionando su avance por las calles engalanadas hasta la Catedral, donde el clero salió en procesión para darles la bendición, entre las salvas ensordecedoras de los cañones, el clamoreo de las campanas y los vivas de una multitud delirante de entusiasmo. En la ronda de fiestas que celebraron su llegada —bailes, tertulias, desfiles militares, funciones teatrales y religiosas— Maximiliano brillaba: rubio, augusto, elegante, representaba a la perfección y lo que representaba era un espectáculo sin precedente en México. Deseoso de conocer a sus súbditos, el Emperador invitó a los más notables a su mesa y dedicó un día de la semana a recibir, en audiencia pública, a todo el mundo, sin otra formalidad que la de pedir pase en la puerta. En tales ocasiones el Palacio se llenaba de entusiastas. El brillo de la realeza auténtica, combinado con la facilidad de acceso, era una novedad deslumbrante y resultó tan irresistible como en Miramar; una vez al alcance de su personalidad todos se declaraban vencidos; no sólo sus partidarios, sino sus adversarios, y hasta los indiferentes, reconocieron su don de gentes, y en quince días el Emperador había conquistado la capital con su donaire genial. La Emperatriz secundaba hábilmente la seducción del marido; y la pareja imperial, recibiendo a sus invitados con una palabra apropiada para cada uno, hizo prodigios con el contacto personal. La cordialidad que inspiraron resultó, a veces, excesivamente efusiva: la informalidad de las damas mexicanas divertía a la Emperatriz, pero también la desconcertaba; el Emperador, bien que

abordable y afable, se formalizó ante la familiaridad de sus súbditos, y una de las consecuencias lamentables, pero inevitables, del primer contacto con su pueblo fue la necesidad de dedicar los diez primeros días de su reinado a ampliar el manual de ceremonial con unos retoques urgentes; la precedencia dada a tales cuestiones llamó la atención y fue comentada como una indicación de la distancia que el soberano tenía todavía que recorrer antes de llegar a México.

El mismo día de su entrada en la capital, el arzobispo contribuyó a las solemnidades con una carta pastoral en que exhortaba a los fieles a manifestar su lealtad al Emperador, y expresaba su confianza en la solución pronta y satisfactoria de la «gravísima cuestión clerical». La fecha era el 12 de junio, primer aniversario del manifiesto de Forey, y al cabo de doce meses de administración francesa la conciencia colectiva del clero se inquietaba por el pecado de omisión de sus reivindicaciones. Para las cuestiones graves, empero, había también una esquela de precedencia. Un sinnúmero de otros problemas pendientes solicitaban la atención del soberano y el suspenso en que quedaron bajo el gobierno provisional tenía todas las probabilidades, en apariencia, de prolongarse indefinidamente. El *Boletín Oficial* salía cada quince días con abundantes decretos imperiales cuya importancia variaba a la inversa de su cantidad, pero no había indicación alguna de que se hubieran tomado en consideración no sólo las medidas decisivas, sino los mismos preliminares a la reconstrucción del país; y con el transcurso del tiempo el público comenzó a inquietarse también. Un periódico franco-mexicano tomó la delantera. Tal parece —declaró— que el Emperador Maximiliano se había compenetrado, durante su permanencia en Lombardía, de la verdad del dicho italiano, *chi va piano, va lontano*; y sin duda estaba bien inspirado al no proceder precipitadamente, con actos espectaculares, como los antiguos gobernantes del país, pero corría el riesgo de extremarse en el sentido contrario y de fomentar, con una dilación prolongada, la sospecha de que carecía de plan o que le faltaba la fuerza de voluntad para llevarlo a cabo.

Juicio prematuro; pero la impaciencia del público, después de vivir un año de espera y de incertidumbre, era comprensible. Forey había establecido un orden puramente provisional: Bazaine lo había consolidado y ampliado, pero siempre provisionalmente, en representación del arquitecto por venir. El Emperador era sumamente concienzudo: de ligero nadie podía tacharlo; trabajaba todos los días en su gabinete de estudio, y hasta en su coche, camino al Castillo de Chapultepec donde

tenía establecida su residencia, se le veía papeleando voluminosos expedientes y despachando los negocios del día; pero luchaba con la dificultad de ser extranjero, novicio, y nuevo en el país. Extranjero, se empeñaba en enterarse de primera mano acerca de las condiciones del país, responsable, paciente y sistemáticamente, y si en el proceso de mexicanizarse perdía tiempo —pues asimilaba una de las características nacionales; y si iba perdiendo la confianza de sus súbditos mientras más se acercaba a ellos —bueno, eso era inevitable. Acostumbraba decir que la precipitación era el error principal del gobierno anterior; y la planificación era su *forte*. Antes de tomar una resolución examinaba cada asunto personalmente, estudiándolo punto por punto, con subdivisiones apropiadas para un estudio más detenido, completo en todos los detalles, salvo por la fecha de entrega. Se creó una comisión financiera encabezada por un nuevo perito francés, ya que M. Budín no había adelantado más que dinero y crédito por espacio de dos años. Se creó otra para la reorganización del ejército mexicano, bajo la presidencia de Bazaine, designado por el Emperador no sólo en atención a sus méritos, sino porque le parecía demasiado dispuesto a dormir sobre sus laureles. Se creó una tercera para la reforma judicial, encabezada por el Emperador en persona; pero como los magistrados más capacitados estaban todos con el partido clerical, se echó en remojo esta reforma hasta disponer de las otras. Y así se acumulaban los informes, y se multiplicaban las tareas, y el polvo levantado por la llegada del soberano recayó lentamente sobre el entusiasmo de un público hastiado de la rutina burocrática; y en la corona comenzaron a traslucirse, irrazonable pero irremisiblemente, las primeras manchas incipientes de orín.

Entonces, cuando se avivaba visiblemente la impaciencia, el Emperador salió de la capital. Desde agosto hasta octubre, recorrió las provincias, inspeccionando los centros de la zona ocupada —Querétaro, León, Morelia, Toluca— para conocer el país y familiarizarse con el pueblo. La finalidad del viaje justificó el tiempo dedicado a la excursión: era indispensable —escribió al Rey Leopoldo— conocer al pueblo; demostrar en los mercados financieros de Europa que el país estaba tranquilo y que el monarca podía recorrerlo sin peligro; espolear la actividad militar y expulsar del territorio a Juárez, cuyo gobierno se hallaba *in extremis*. Tal fue el plan; y el recorrido le dio la razón. Ligeramente escoltado, el soberano atravesó el país sin peligro, gracias a las precauciones extraordinarias tomadas por los franceses para despejar los caminos y ahuyentar a las

guerrillas en toda la extensión del itinerario. La acogida del pueblo era cordial. Los indígenas lo aclamaron como el redentor de su raza y el Emperador se esforzó en identificarse con las masas. Vestía el traje nacional; halagaba el orgullo nacional. Pasando por Dolores de Hidalgo en el aniversario de la sublevación nacional, pronunció un discurso que injertaba el Imperio en la obra de los insurgentes demócratas. Inspeccionó hospitales, escuelas, asilos, cárceles, las labores del campo, el trabajo de las minas, la indigencia industriosa de la campiña mexicana. Se enteró de la cuestión clerical en las parroquias que atravesaba; en una en que la población no había recibido el bautismo, hizo llamar al cura y le mandó cumplir con su obligación —con la regadera, a falta de otras facilidades, y sin regatear. Se distanció del partido clerical con ostentación, negándose a asistir a ningún *Te Deum* en su honor y desempeñando sus devociones modestamente en la misa rezada. No fue malgastado el tiempo que le costó el recorrido. «Durante esta excursión, he podido darme cuenta de que los habitantes de la provincia son más inteligentes y más nobles, y me manifiestan más devoción patriótica, que los de la capital —informó a Napoleón—. Éstos han padecido, por desgracia, el ascendiente desastroso del elemento extranjero, acostumbrado a aprovechar los desórdenes y las revoluciones para lucrar. Tengo fe en la devoción de la mayoría del pueblo mexicano y creo que, con la colaboración leal del Mariscal, puedo esperar con calma el empréstito que M. Fould me promete para la primavera, lo que asegurará el porvenir». El propósito primordial del viaje era el empréstito. Dentro del círculo mágico trazado alrededor del rey por los franceses, la devoción del pueblo quedó asegurada por su gracia vienesa; pero más allá, la pacificación del país estaba tan poco adelantada que, de regreso a su capital el Emperador giró instrucciones para que se tratara a los guerrilleros como bandidos aplicándoles, con severidad inflexible, las sentencias de los consejos de guerra establecidos por Forey en junio de 1863.

Para las guarniciones francesas del interior, su llegada era, sin disputa, un don del cielo. El mayor de Tucé, que llevaba ya dos años en México, se hallaba encallado en Guadalajara en el verano de 1864. Miembro de una familia de republicanos radicales y poco dado a las indiscreciones políticas, puso en guardia, sin embargo, a los suyos contra los informes de prensa en Francia. «¡Qué país tan atroz o mejor dicho, qué habitantes más atroces! —escribió a su hermana en abril—. Maximiliano será un gran hombre si logra hacer algo de este… Maximiliano

nos haría un gran servicio, si viniera; pero ¿vendrá? No lo creo, a menos de estar cegado por la ambición, y si se ha enterado del país. Acabo de recibir tu carta y los periódicos que me mandaste. Leo —la campaña en México puede darse por terminada. El entusiasmo de las ciudades caídas en poder de la fuerza expedicionaria; la adhesión de los generales juaristas; la llegada de Maximiliano; la organización de los recursos del país por los empleados franceses... Todo eso no pasa de ser la clase de bromas alegres que se cuentan a los parisienses.» Un mes más tarde: «Nadie le ve salida alguna a nuestra situación. No podemos encontrar un pretexto para partir; no hemos adelantado un paso. Por cierto, los ejércitos mexicanos no son muy temibles, pero están intactos y mantienen su unidad. Emplean un sistema muy eficaz, evitándonos siempre y nunca librando batalla; se retiran a medida que avanzamos, y cuando retrocedemos —porque no somos lo bastante numerosos para ocupar todas las posiciones— vuelven tranquilamente y se instalan en los lugares que ocupaban antes. El territorio es tan vasto, que pueden hacer esa pequeña jugada tanto como les da la gana.» La vida era triste en Guadalajara. La única diversión era la misa y «como no somos muy demostrativos, la gente dice que somos judíos». En el campo la cosa andaba peor. Las tropas, desanimadas por la fatiga, el tedio y la caza de bandidos, recurrían por recreación al pillaje y a las represalias. La situación la pintaba la pluma de Víctor Hugo:

On vient, on pille, on tue, on passe, et sans effroi
On laisse des pays brûlés, derrière soi.
Et les choses qu'on fait dans le sang y tes flammes
Sont illustres, si non, elles seraint infâmes.

Sólo citando poesía tocaba la política, y sólo con la voz de Victor Hugo; pero la gaya ciencia no aliviaba la vida cotidiana en Guadalajara. El primer rayo de esperanza era la llegada de Maximiliano; y de todas las ventajas que el Emperador sacó de la gira la mejor era la gratitud de las guarniciones francesas. Manifestaciones de entusiasmo saludaron el retorno del Emperador a la capital. Durante su ausencia la Emperatriz había tomado las riendas del gobierno, dando señaladas pruebas de habilidad como Regente; su tacto e inteligencia merecieron el reconocimiento general, y su popularidad, aunque femenil, era apenas inferior a la suya propia; pero, como los asuntos encomendados a su discreción eran asuntos de poca categoría y hasta éstos debían remitirse al Emperador, dondequiera que se hallara, antes de despacharse, se ansiaba con impaciencia la presencia del soberano. Bazaine calificó de triunfo su retorno; y

como siempre Bazaine tenía razón. Napoleón también se impacientaba. Maximiliano no había realizado nada, muy detalladamente, por espacio de cinco meses. Ya era hora —le decía— de manifestar más resolución: urgía empezar con las grandes cuestiones, zanjar los cimientos, construir; al fundar un imperio, era imposible alcanzar la perfección de un solo golpe; además de ser imposible, la perfección no tenía importancia; el mejor era enemigo del bueno; cualquier solución era preferible a la incertidumbre prolongada. Maximiliano convino en todo, y en noviembre de 1864, después de un interregno razonablemente breve, anunció que comenzaría a gobernar.

7

Los cinco meses subsiguientes al advenimiento del Emperador fueron un lapso crítico para los patriotas; un lapso que puso a dura prueba su constancia, porque la adversidad no había llegado aún a convertirse en costumbre; el programa francés minaba las defensas, nulificaba la táctica, la derrota era clemente y sensata, y la amnistía les facilitaba una retirada oportuna a la razón y la seguridad. El programa francés minaba las defensas, nulificaba la táctica, y cercenaba el área siempre más menguada de resistencia militar, política y moral, con que Juárez contaba para desgastar, fatigar y frustrar al invasor. El cansancio y el desaliento diezmaban las filas de una causa que parecía ya perdida: los liberales de la primera hora preveían la última; y los intelectuales que carecían de savia popular para sostener su fe eran muy susceptibles al desfallecimiento y atravesaron la hora de la modorra con suma dificultad. Manuel Zamacona era de aquéllos. En el verano de 1864 escribió al Presidente en un tono tan desesperado que cayó en el de la Sagrada Escritura. «Creo que tengo más razón que el apóstol para dirigirme a usted y gritar, como él, "¡Sálvanos, Señor!", porque siento las olas que suben para engullirnos; la misma faz de la tierra que pisamos está cediendo, y no puedo esperar la salvación de un prodigio sobrenatural, sino de la unión de las fuerzas humanas. Las olas de la intervención avanzan, señor, sin encontrar dique ni resistencia. Este rincón remoto que no han alcanzado aún, se desmorona bajo nuestros pies y se convierte en terreno hostil y peligroso.» El hombre capaz de lanzar aquel grito, con angustia sincera, estaba ya perdido; todo le abandonaba menos el estilo, y el estilo lo denunciaba. Manuel Zamacona se había educado en el Seminario y recaía en la fraseología del aula con la misma facilidad con que los sabios desilusionados recurren a las doctrinas anodinas de su cuna. Su racionalismo era una convicción adquirida, y ante la realidad brutal las frágiles seguridades de la razón le faltaron tan completamente, que la misma confesión del lapso se revestía de la fluida, fácil, ficticia elocuencia de sus primeras disciplinas. Zamacona tenía más razón que el discípulo para desesperar de las fuerzas humanas. Había llevado el apostolado de la razón hasta el borde de la incredulidad y del desmayo: era imposible no quedarse confundido, confesó, por los progresos que había alcanzado la intervención al realizar proyectos que hacía un año les parecían irrisorios y que en aquel entonces no habían vacilado en calificar de quimeras; en el lapso de un año los patriotas habían

caído de la altura gloriosa a la cual los héroes de Puebla los habían elevado; habían perdido todos los grandes centros del interior y, peor aún, los fáciles triunfos de las armas francesas aseguraban a éstas una conquista moral no menos rápida. «¿Cómo ha podido extenderse el invasor en el país, desplegando sin interrupción inmensas líneas militares? ¿Cómo ha logrado restablecer la seguridad en los grandes caminos? ¿Cómo ha sabido seducir ciertas poblaciones? ¿Cómo ha captado la confianza del público, que deposita entre sus manos conductas de plata como hace mucho no se habían visto?... Ha logrado, con un sistema sabio, si no captar las simpatías de los mexicanos, entibiar, por lo menos, la defensa nacional. Nuestro gobierno se halla relegado en un rincón del país ignorado por las poblaciones. La defensa, sustraída a la acción del gobierno, ha tomado un carácter anárquico y destructor, fecundo sólo en ruinas y en mal renombre para nosotros. En el curso de este medio año no hemos hecho nada contra el enemigo, pero hemos dejado que haga mucho contra el país y sus habitantes.» Sus convicciones vacilaban y la queja se volvía una requisitoria. La hora menguada puso a prueba la tenacidad, la visión, la fe de los más firmes; para los tímidos, no era esto el momento de pensar. Su voluntad, puramente intelectual, era vulnerable; su fe, por falta de voluntad, no hallaba vado; y el discípulo sensato sólo sabía guachapear, incapaz de pasar las olas de la Galilea a pie enjuto. Afortunadamente para el Señor, Juárez no tuvo que contestar la súplica. La carta se extravió y cayó en manos del enemigo, llegando así a su destino justo; servía admirablemente los fines de la propaganda francesa y Bazaine la archivó, con otros documentos del mismo carácter, que lo autorizaban a asegurar a Napoleón que el gobierno de Juárez estaba *in extremis* y que nadie ya le hacía caso.

Bazaine tenía paciencia y fe. En esa estación de patriotas decididos le bastaba aguardar el fruto maduro de su táctica. Abandonando la lucha desigual, Uraga se había pasado al Imperio, aunque sin su ejército. Doblado, conduciendo a 6 mil soldados al combate en Matehuala, había sido derrotado, y después de regatear un salvoconducto a la capital, había cambiado de parecer y emigrado a los Estados Unidos. Al perder la batalla, poco había perdido de su fama como el más hábil de los políticos mexicanos. «Se dice —informó Bazaine a París— que Doblado manifestó a sus íntimos que sólo tenía que hacerse derrotar para salir con honor a los ojos del país. Un modo vale otro, y esto pinta al hombre. En cuanto a Juárez, no creo que pueda sostenerse en Monterrey, después del

descalabro de Doblado; y Vidaurri, se dice, está tornando a la campaña para expulsarlo, si no sale antes.» El terreno se otoñaba con cada defección. Doblado y Uraga, empero, no habían pasado por el fuego de Puebla; los graduados de esa prueba encontraron el salvamento en el peligro, y González Ortega, Porfirio Díaz, Berriozábal y Negrete estaban siempre en pie de guerra, campeando cada uno con 2 o 3 mil hombres; y Bazaine, aunque reacio a desplegar sus líneas, dirigió tres columnas contra Monterrey, para expulsar a Juárez del país o empujarlo, por lo menos, dentro del Desierto de Mapimí, donde le sería imposible reclutar tropas o hacerse de provisiones.

El gobierno trashumante salió de Monterrey a mediados de agosto. La evacuación se realizó bajo el fuego de un batallón de mexicanos tornadizos. Juárez estaba a la mesa cuando los rebeldes penetraron en el barrio, y su escolta le mandó decir que se apresurara; pero nunca en la vida se le había visto correr, y mucho menos para salvar la vida; y sólo al terminar el plato, subió en el coche y se alejó tranquilamente en pleno tiroteo. En las afueras un batallón leal cubrió su retirada y estaba ya bien adelantado en el camino cuando los franceses entraron en Monterrey cuatro días más tarde. En el curso de la migración larga y lenta que lo llevaba, por jornadas dilatadas, hacia el Norte y que duró dos meses, hubo días en que viajaba sin escolta, protegido sólo por el país y por el pueblo —amplia protección, a medida que se multiplicaban las leguas entre él y la línea de defecciones contagiosas. El país era vasto y poco poblado, y el enemigo era un fantasma o, cuando mucho, un recuerdo casi olvidado. Un día, empero, la familia oficial se vio amenazada por una polvareda enorme que rastreaba el desierto y se acercaba rápidamente; y como no había dónde ponerse a cubierto y el coche había perdido contacto con la pequeña escolta que seguía de lejos, Juárez bajó y propuso a los demás que se enfrentaran al desastre que al fin les había alcanzado. Los ministros le hicieron escolta y el Presidente cogió la delantera con su acostumbrada serenidad y entereza; pero apenas puestos en marcha, un viento despejó la polvareda y reveló un rebaño de ovejas que pastaban plácidamente en la llanura. Todos volvieron al coche, divertidos sí, pero un poco desconcertados por la conducta de don Benito. ¿Qué lo sabía ya el presidente pastor? Pues ¿quién sabe? Nadie lo supo nunca, porque nadie se atrevió a preguntarle; pero Prieto conservó el recuerdo entre los más preciados de su transmigración pitagórica; más que nunca escasean las anécdotas, y se hallaba reducido a su último héroe.

De la lealtad del pueblo no había duda alguna. En una aldea,

un ciego se acercó al Presidente, tocando el tambor, y le dirigió la palabra con una elocuencia que llamó la atención, por no decir la envidia, de los ministros. «Habló poco más o menos así, según uno de ellos: Nunca tanto como ahora he deseado la vista, para ver al hombre más eminente de mi país. Dicen los que ven, que el sol es más hermoso en su ocaso que al principio, o en la mitad de su carrera; y así me parece a mí más grande el Presidente de la República en este remoto estado, que en México mandando a los que mandan. Sus eminentes virtudes me son bien conocidas, porque hay cosas tan claras que hasta los ciegos las ven. Después de esta peroración tocó aquel buen mexicano en su tambor una diana, con habilidad y entusiasmo.» A veces la elocuencia del pueblo tomó formas tan efusivas que apenaban al Presidente. En el pueblo de Hidalgo del Parral, los campesinos se sustituyeron a los caballos del coche y hubieran arrastrado los tiros, a no ser por su prohibición formal de tributarle un homenaje indigno de hombres libres; pero sólo al bajar del coche y sujetarse a sus abrazos recuperó su libertad de acción. Al llegar a Chihuahua, los patriotas invadieron su aposento obligándolo a acompañarlos al sitio de la ejecución de Hidalgo y a prenunciar un discurso ante el monumento; y no contantos con el héroe que se hallaba en el pedestal, lo aclamaron como el segundo Hidalgo, antes de dejarlo en libertad.

Entretanto González Ortega había atacado a los franceses en el estado de Durango. Sufrió una derrota en Majoma, y el enemigo se había apoderado de Matamoros donde embargó las entradas aduanales indispensables para la defensa del país. En Chihuahua una vasta extensión de territorio deshabitado separaba al gobierno del enemigo, pero también de sus partidarios, y el Presidente se vio reducido, por fuerza, al papel de un espectador de la lucha, sin la posibilidad de ejercer más que un control remoto y formal sobre la resistencia. Siguiendo de lejos la expansión de las fuerzas francesas, los esfuerzos aislados de las suyas y sus repetidas derrotas; recibiendo noticias atrasadas de reveses recientes, reparando los descalabros con pocos y precarios recursos; dando ánimo a los combatientes con una correspondencia lenta e irregular con los centros de resistencia, Juárez tuvo que poner a contribución todos sus recursos para sostener la confianza en su causa. Pero dondequiera que se radicaba, todo el mundo sabía quién era. La casa quedaba abierta de día y de noche, y más de una vez los amigos le suplicaron que cerrara las puertas; hasta que un día les contestó de una vez para siempre: «La causa buena no se

persigue. ¿Qué me han de hacer?» —«Pero no está por demás que se cuide.» «¿De quién?» —«Del enemigo.» —«¿Para qué?, si vamos a triunfar. ¡Ustedes lo van a ver!» Y así fue. Los más ciegos vieron la mañana hecha hombre en aquellos días sombríos: suyas eran las virtudes feraces del sol engendrando la fe en el desierto. A su derredor brotaba la devoción buscando cómo servirle, y buscando en balde. La esposa de un diputado que acompañaba la marcha solicitó, repetidamente, el favor de atender a sus necesidades; no tenía ninguna. Su modo de vivir era frugal: su eficiencia, una defensa impenetrable. La casa, amueblada con lo estrictamente necesario, no tenía comodidades; pero teniendo en dónde reposar su cabeza, el señor Presidente no necesitaba más. La noche la pasaba leyendo, escribiendo, durmiendo poco; madrugaba con los albores del día, salía a tomar el fresco en el jardín público, regresaba al cuarto y se quedaba allí trabajando todo el día. ¿Qué se podía ofrecerle? Nada. Años más tarde, la señora suspiraba siempre. «¡Ay, y en su trato era un dulce, un dulce!».

Necesidades las tenía, pero eran las del desierto. La familia oficial de 1864 era tan pobre y escasa como la familia enferma de 1858. De los compañeros de antaño sólo Prieto andaba siempre en la lucha. Ocampo, Degollado, Valle, Miguel Lerdo de Tejada, Zamora, todos habían bajado a la tumba; los demás andaban dispersos o inactivos. Manuel Zamacona vagaba… ¿dónde? Manuel Ruiz estaba fuera del combate, ni acá ni allá. Las aguas de la Galilea subían por todas partes y los apóstoles de anteayer vadeaban, uno tras otro, en las olas. Los iconoclastas descansaban en las orillas. Ignacio Ramírez, retirado en un puerto del Pacífico, ridiculizaba al Presidente perpetuo; Ignacio Altamirano, retirado en Acapulco, leía al Tasso; Zarco contemporizaba en los Estados Unidos. Doblado había pasado la frontera; los demás no estaban muy lejos de ella. La resistencia moral quedó concentrada en el pequeño nudo de incorruptibles que formaban la familia oficial de 1864, y dos, cuando menos, compensaban la ausencia de los antiguos. Sebastián Lerdo de Tejada, hermano menor del Reformador, y José María Iglesias, colaboradores leales del Presidente y espíritus afines, merecieron la confianza depositada en ellos por el veterano; en ellos también ardía la fe, nutrida por su propia sustancia innata, y no menos constantemente que la suya; pero no eran los compañeros de los primeros tiempos. La familia oficial de 1864, tan sana como la enferma de 1858, era un círculo oficial, no una familia; y para la renovación diurna de su espíritu, Juárez tenía que sacar agua de su propia sed.

Su vida íntima revistió, por lo tanto, una importancia o, más bien dicho, una prominencia, que afectaba el interés público. Su vida íntima estaba concentrada en su familia, y como se había separado de ella en Monterrey, la salud de los suyos era lo que más lo atormentaba en el desierto. Una familia de nueve jóvenes, de todas las edades, desde una hija casada hasta una criatura recién nacida, era muy numerosa y delicada para acompañarle en sus peregrinaciones, y había optado por desterrarlos, con su esposa y su yerno, a los Estados Unidos. Al llegar a Chihuahua no había tenido comunicación con ellos durante los dos meses que pasó en camino y no supo disimular su inquietud. «He tenido un tormento continuado —confesó—, por no saber de la suerte de ustedes.» Había desterrado su mismo ser. En Chihuahua transcurrieron otros dos meses antes de recibir sus noticias, y al saber que habían llegado sanos y salvos a Nueva York, salió, como lo expresó, «del estado casi de desesperación en que estaba». El correo, más que un alivio, le aportaba la liberación; y el ánimo transido recobró inmediatamente su serenidad normal.

Escribiendo a su yerno, celebró la feliz ocurrencia, dándole las últimas noticias de México, minimizando las malas y exagerando las buenas, ya que los ausentes merecían las mejores. «Este Chihuahua es un calabozo en que se está en rigurosa incomunicación; pero no está lejos el día en que nos abramos paso a bayonetazos para el interior. Después de la derrota que los franceses dieron a nuestras tropas el día 21 de septiembre, en la Majoma, cerca de Durango, quedaron ellos tan mal parados que desde entonces no han podido formalizar su expedición sobre este estado, y nos han dado tiempo para irnos reponiendo. Perdimos la acción, cuando teníamos todas las probabilidades de nuestro lado, porque el señor González Ortega no metió en el combate todas las fuerzas, sino una parte pequeña, que peleó con heroísmo, y la otra, que era la mayor, quedó formada y se retiró en orden, sin haber disparado un tiro, y lo peor es que cuando esta fuerza, que era de mil quinientos infantes por lo menos, estaba ya a diez leguas del enemigo, sin que éste le persiguiera, el general en jefe, por descuido o por despecho, la dejó desbandarse. Estos hechos no se han publicado, ni conviene que se publiquen, por estar el enemigo al frente, y sólo los refiero a usted para que esté al tanto de una de las causas de nuestras desgracias. Ortega vive ahora aquí retirado en su casa. Ha estado listo, sin embargo, para haber pedido que le entregara yo el mando, dizque porque ha terminado mi periodo. No leyó la Constitución y quedó en

ridículo. A pesar de la miseria de nuestra hacienda trabajamos activamente para reparar nuestras pérdidas. Todos nuestros jefes que operan en distintos lugares de la República están alentados y llenos de entusiasmo, y espero que en el año inmediato mejore nuestra situación, ya sea porque avancen nuestras fuerzas en sus operaciones, ya porque Napoleón retire todas, o parte de las suyas, o ya porque a Maximiliano le falten los recursos, porque no ha de ser él quien ha de hacer los milagros que nosotros logramos para sostener una prolongada lucha.»

Pero el milagro sólo era posible porque su familia estaba a salvo. «Siento mucho que el equipaje de ustedes se haya perdido, pero con tal que ustedes se hayan salvado, no importa lo demás, porque es reponible la pérdida.» Las noticias de Nueva York parafraseaban las de México; y viceversa. La familia era la célula orgánica de la nación, y el bienestar de la una era indispensable a la defensa de la otra. Entre su vida privada y pública la línea divisoria era tan reducida que resultó imaginaria, y su espíritu inquieto la cruzaba constantemente. «Yo no he sufrido menos por la ausencia de ustedes; sin embargo, la fortuna no nos ha abandonado del todo, supuesto que hasta ahora no se ha desgraciado ninguno de nuestra numerosa familia, y que cuento con usted que la cuidará —escribió tres semanas más tarde a Santacilia—. Esto es mi mayor consuelo.» Cuando todo iba mal de un lado de la frontera, anticipaba intuitivamente un desastre correspondiente del otro, un desastre que, trastornado el equilibrio, acabaría con su resistencia. Y en los primeros días del año nuevo que tan fausto se anunciaba, vino el golpe.

Indirectamente, supo que su hijo predilecto estaba enfermo de gravedad. Le dio un salto el corazón, le dio un salto el ánimo, con el presentimiento infalible de la conclusión y escribió a Santacilia que «he comprendido que sólo por no darme de golpe la funesta noticia de la muerte del chiquilín, me dice que está de gravedad; pero realmente mi Pepito ya no existe, ya no existe, ¿no es verdad? Y considerará usted todo lo que sufro por esta pérdida irreparable de un hijo que era mi encanto, mi orgullo y mi esperanza». Se disculpó por los borrones, su cabeza estaba perdida. Sin embargo, tres días más tarde siguió escribiendo como si no le hubiera pasado nada; se negó a ceder a sus presentimientos, y desterrando la sombra de su espíritu, y escudándose con una finta saludable, se figuraba a sus hijos caminando como siempre a la escuela y los recomendó atentamente al tutor: «No los ponga bajo la dirección de ningún

jesuita ni de ningún sectario de alguna religión; que aprendan a filosofar, esto es, que aprendan a investigar el por qué o la razón de las cosas para que en su tránsito por este mundo tengan por guía la verdad, y no los errores y preocupaciones que hacen infelices y degradados a los hombres y a los pueblos». Sacaba su defensa de su experiencia más profunda. Él, también, había pasado por el Seminario; pero en la hora menguada, que lo había alcanzado al fin, no le faltó su fe en la razón.

Pasaron tres semanas antes que volviera a escribir, tres semanas de ansia silenciosa. Se disciplinaba, disponiéndose para lo peor y esperando la confirmación con firmeza; pero su ignorancia, su certeza, su premonición, no lo dejaban en paz, y pese a la resolución de recibir el golpe filosóficamente, se encontraba «sumido en una tristeza profunda», pendiente del correo que calmaría su angustia o la acrecentaría con una confirmación a la cual no sabía conformarse aún; y al recibir la sentencia, no le quedó viso de filosofía. «Es mucho lo que sufre mi espíritu, y apenas tengo energía para sobrellevar esta desgracia que me agobia y que casi no me deja respirar. Murió mi adorado hijo, y con él murió una de mis bellas esperanzas. Esto es horrible, pero ya no tiene remedio», y como los males nunca llegan solos, se inquietó por su esposa. «Ahora me aflige la salud de Margarita, que no es buena. Ya le escribí consolándola, aunque en materia de sentimientos poco valen los consejos. Haga usted por su parte todo lo posible para fortalecer su espíritu e inclinarla a la conformidad», fue cuanto supo decir. Acompañó la carta con las últimas noticias de México: no había nada que valiera la pena comunicar.

Su fuerza de voluntad quedó inquebrantable, pero apenas bastaba para sobrevivir a una prueba que casi acabó con su paciencia. Su familia oficial le rodeaba con solicitud y condolencia; pero aquélla tenía el mérito intolerable de estar sana y salva. Durante semanas, durante meses, su dolor sofocado siguió mermando el tono compasado de sus cartas, y el nombre de su «inolvidable Pepe» cortaba todavía su respiración y la congruencia de sus ideas. Una vez, por un lapso sin precedente, una pausa del ánimo laborioso, en una comunicación oficial dirigida a la Legación de Washington, aludió a su pérdida personal al lado de una cuestión política y en el mismo plan que la cosa pública. El equilibrio tambaleaba; pero el padre de la patria sostuvo el peso más exigente con una voluntad no sólo invencible, sino vigorizada por su pena personal. La herida estaba fresca todavía cuando, en un banquete organizado en honor de su cumpleaños, se puso en

pie para corresponder los brindis: las frases iniciales salieron cortas, espasmódicas. «Brindo por la independencia nacional, ciudadanos. Porque al invocar este nombre sagrado, todo ceda al sentimiento de la patria. Porque la hagamos triunfar o perezcamos. Porque el sentimiento de la Independencia sea el vínculo de todos los mexicanos, sin otra exclusión que la de los enemigos de la patria...» Al amenazar los aplausos, siguió con la voz desanudada: «Señores, dar la vida por la independencia es recibir un gran bien: darla cuando se ve un hombre obligado por el ejemplo de tantos mexicanos dignos, apenas sería llenar un deber. Sin afectación de modestia, sin que quede en el fondo de mi copa un sentimiento hipócrita, repito que los hombres somos nada, que los principios son el todo. Que, más grande nuestra causa que todos los tiranos y su poder y sus ejércitos, triunfará en breve; y que México renovará el testimonio espléndido que ofreció al mundo el 16 de septiembre de 1810, mostrándose digno del triunfo de su sagrada autonomía.» La frase consagrada provocó la ovación de costumbre; pero los gritos de «¡Viva Juárez!» no satisficieron a sus amigos, y al brindar uno de ellos por la salud de su familia, el Presidente se puso de pie y contestó, ronco y jadeante: «Yo aquí veo la patria, y ante ella protesto que mi sacrificio es nada, que el sacrificio de mi familia sería mucho, infinito para mí; pero que si es necesario, ¡sea!» E incapaz de proferir una palabra más, se sentó entre los vítores estentóreos de la concurrencia.

8

Al celebrar el año nuevo el Presidente publicó un manifiesto que recordaba al pueblo —para que no lo olvidara— que, después de tres años de una lucha cruenta y desigual, la nación estaba siempre en pie, y con el mismo ánimo que el primer día de defender su independencia. Maximiliano también inauguró el año nuevo con firme resolución. Se mexicanizaba rápidamente. «Nos vestimos a la mexicana —escribió Carlota a Eugenia—. Me visto de sombrero, cuando monto a caballo. Comemos a la mexicana; tenemos un carruaje con muchas mulas y cencerros; me voy a misa con una mantilla: en suma, si tenemos *arrière-pensées* de emigrar, no las dejamos traslucir. No son las reformas las que transforman a los hombres, sino el modo de realizarlas, y en todo lo externo y pueril, nos conformamos a las costumbres del país y asombramos a los mismos mexicanos.» No obstante, no habían desaparecido por completo las *arrière-pensées*; y no poca fue la fuerza de voluntad que necesitaban para mantener firme su resolución ante las eventualidades del año nuevo.

Anticipando los deseos de Napoleón, Bazaine le había dado las seguridades más formales, el día mismo de la llegada de Maximiliano, de que la pacificación del país estaba bastante adelantada para poder reducir la fuerza expedicionaria a 25 mil hombres, cifra suficiente para respaldar al ejército mexicano. Dichas seguridades las reiteró regularmente durante los siguientes cuatro meses, y a principios de enero del año de 1865, 8 mil soldados franceses fueron repatriados; pero el optimismo del comandante en jefe no lo compartían sus protegidos. Aunque el Convenio de Miramar preveía tal reducción, Maximiliano protestó diciendo que cumplir el contrato al pie de la letra era imposible en aquel momento; nadie sabía mejor que Bazaine que la base del Imperio descansaba sobre el ejército francés, que no podía prescindirse de un solo hombre, y que los 47 mil que tenía a su mando no bastaban para ocupar el vasto territorio sobre el cual ondeaba la bandera francesa. Bazaine obedecía las órdenes de París; el Ministro de la Guerra insistía en la repatriación de las tropas, para descargar el presupuesto y aplacar las críticas de la Cámara; pero el ministro se inspiraba en los informes del comandante en jefe, y éste no era un delegado irresponsable. Bazaine era el consejero de confianza de dos soberanos y tenía la obligación de templar sus instrucciones con sus consejos; y su criterio fue tachado, en la Corte y en el ejército, de obsequiosidad desleal inspirado por el deseo de

complacer prematuramente al amo en París. Los censores se ufanaban de haber descubierto, al fin, su lado flaco. El comandante en jefe, en suma, era cortesano. Pero tenía más cabida que nunca con Napoleón, que acababa de elevarlo al rango de Mariscal de Francia —prematuramente, al sentir de Maximiliano— y su crédito era tan intocable que la pareja imperial se vio reducida a hablar por encima de su cabeza o detrás de sus espaldas, para registrar sus objeciones. Maximiliano se comunicó con Napoleón, Carlota con Eugenia. Aunque el retiro eventual de las tropas era inevitable, más valía mañana que hoy, explicó Carlota, ya que el pueblo, a pesar de su actitud cordial, era todavía tan apático, en parte por su carácter, en parte a consecuencia de su miseria, que la brusca reducción de los efectivos franceses no podría menos de provocar inseguridad grave y desanimación general. Independientemente de que Juárez dominaba tres opimas provincias en el Norte, «por desgracia existe una idea que no se ha desarrollado todavía en nuestros buenos mexicanos, es decir, la de la defensa propia; *entre nous*, hay que reconocer que se dejan robar y saquear sin resistencia, y como necesitamos tiempo para inculcar esta noción, las tropas de Vuestra Majestad constituyen nuestro único refugio». Carlota prestó un servicio apreciable a su esposo; la galantería francesa constituía un recurso que su padre había sugerido en vista, precisamente, de semejante eventualidad. Maximiliano se valió del mismo razonamiento con Napoleón; y entre los dos le hicieron comprender que el protectorado francés era una pirámide que carecía de base. La elocuencia de los hechos hizo mella en su ánimo y las tropas permanecieron en México, aunque unos cuantos batallones fueron repatriados para tranquilizar la opinión pública en Francia; pero éstos fueron sustituidos inmediatamente por reservas frescas. La llegada oportuna de una legión austriaca y de una legión belga no logró calmar a Carlota. «Necesitamos tropas —siguió insistiendo—. Los austriacos y los belgas son muy buenos en los días bonancibles, pero cuando sopla la borrasca, no hay nada que valga tanto como los pantalones rojos.»

La posición de Bazaine era bastante difícil: sirviendo a dos amos, se inclinaba naturalmente hacia el auténtico; y a veces las directivas de Napoleón discrepaban de las instrucciones del Ministro de la Guerra. Con el soberano nominal de México sus relaciones eran correctas, pero a veces, tensas. Le molestaba que muy a menudo las funciones de los consejos de guerra quedaban sin efecto, impedidas por las apelaciones de sentencia

dirigidas al Emperador, cuya clemencia retardaba la pacificación del país. Maximiliano le parecía demasiado dispuesto a hacer el papel simpático, dejando el duro e ingrato al socio, y muy propenso a granjearse popularidad a sus expensas. El Emperador, en suma, era cortesano, y lo que cortejaba era una popularidad fácil, que pagaban los franceses y que no era de buena ley. La conciliación y la conquista eran compatibles, así; pero a condición de estar reunidas en una sola mano maestra. Como concesión, Maximiliano autorizó la ejecución sumaria de los prisioneros capturados en combate. A veces, se arrogaba las facultades militares del mariscal. Por motivos inexplicables, insistió en quitar el bloqueo a la costa del Pacífico, destruyendo así los frutos de ocho meses de patrulla por la flota francesa y facilitando a Juárez otro término de vida; y sobre tal punto, a pesar de las protestas levantadas por Bazaine ante él y ante Napoleón, se negó a ceder. El ajuste de sus respectivas posiciones era un punto delicado que suponía mucho tacto y reportamiento de ambas partes; pero ambos eran acomodaticios por temperamento y raras veces llegaba la colaboración hasta la fricción manifiesta. Dentro de su propia esfera, el comandante en jefe conservaba una autoridad indisputable y en los negocios políticos respetaba la independencia del soberano; de modo que, antes que se diera cuenta de lo sucedido, Maximiliano gobernaba a solas.

De todos los problemas que reclamaron la atención del soberano a su llegada, el más apremiante, aunque no el más importante, era la cuestión clerical. Camino a México, Maximiliano había pasado por Roma, pero en vez de discutir la posición de la Iglesia en la comandancia eclesiástica, había optado por posponer la cuestión hasta su llegada a México, y el único entendimiento realizado en Roma fue el de que se nombraría a un Nuncio para arreglar el problema. Nada se ganaba con el acuerdo sino una demora, y la demora, lejos de facilitar la solución, agravaba las dificultades del problema, porque la táctica dilatoria era más favorable a la política del Vaticano que a la del Imperio. Bazaine aconsejó al Emperador que diera por resuelta la cuestión antes de llegar el Nuncio, ya que «los hechos consumados excluyen toda discusión»; consejo acertado, sobre todo para un principiante, cuyo triunfo estaba garantizado por la comandancia francesa; y tanto más provechoso cuanto que se sabía que el Nuncio designado era todo menos que acomodaticio. «Su carácter no es muy conciliatorio —advirtió Eugenia a Carlota—, y tengo la impresión de que su larga permanencia en París ha hecho muy

poco para modificar sus ideas en un sentido más liberal.» Eugenia, por su parte, ofreció su ayuda y el apoyo de su consorte, pero añadió que no estaban bien avenidos con el Papa, y que el cardenal Antonelli, el Secretario de Estado papal, acostumbraba decir que no había recomendación peor que la del Emperador de los franceses. Maximiliano tenía amplia libertad, por lo tanto, para tratar la cuestión independientemente.

A instancias de Eugenia, y con la ayuda técnica del capellán general del ejército francés, Carlota preparó un proyecto de Concordato, calcado de aquel que facilitó la liquidación por Napoleón I de una situación análoga en Francia en 1814. El proyecto abarcaba todos los principios anatematizados por el clero mexicano; la libertad de cultos, templada por el reconocimiento del culto católico como religión de Estado; la subvención de la Iglesia por el Estado, con la obligación impuesta al clero de ejercer su ministerio gratuitamente y de ceder sus rentas al Estado; el reconocimiento explícito del Patronato, derecho inherente en la monarquía; y el reconocimiento implícito de la nacionalización de los bienes del clero por la República. Sentadas estas normas, sólo quedaban por discutir algunos pormenores de la jurisdicción eclesiástica, tales como el registro civil y el restablecimiento y la regulación de las órdenes monásticas. Entre ellas, las damas tenían preparada para el Nuncio una linda sorpresa. Carlota aprobó la obra: parecía inocua a primera vista —explicó a su colaboradora en París— y no obstante era liberal. Claro que no era perfecta: poco le gustaba el reconocimiento de una religión de Estado, y en apología de esa concesión, la achacó a las condiciones locales. Al contrario de las aseveraciones de Gutiérrez Estrada y de sus amigos, ella se había convencido, por su parte, de que México era un país muy mediocremente católico: contradicción de términos que se debía a la circunstancia de que «el seudocatolicismo formado por la conquista, con la mezcla de religión india, había muerto con los bienes del clero, su base principal». Sin embargo, dado que un pueblo necesitaba una religión, y que el protestantismo, por ser más cómodo y menos dispendioso, ganaba prosélitos y presagiaba la invasión de la influencia anglo-sajona, un culto purificado y modernizado le parecía indispensable para conservar la cultura y la raza españolas; y bien mirado, el Concordato era una transacción bastante aceptable. Eugenia se dejó convencer y se esforzó por su parte en propiciar al Delegado Apostólico en París, discutiendo con éste el carácter intransigente del Nuncio; y el

Delegado Apostólico avanzó hasta asegurarle que su colega deseaba aparecer muy negro con el ánimo de palidecer poco a poco, y que con paciencia y tiempo todo podría solucionarse con Monseñor Meglia.

Aparte del carácter del Nuncio, el momento era poco propicio para un arreglo razonable. Las relaciones entre Roma y París estaban sumamente tensas. El 15 de septiembre de 1864, Napoleón había celebrado con el Reino Unido de Italia una Convención que lo obligaba a retirar las tropas de ocupación de Roma en el plazo de dos años, a cambio de la promesa de los nacionalistas italianos de respetar la capital papal y de abstenerse de atacarla con armas, agitación e intriga. Pese a estas salvaguardias, el Vaticano se alarmó; el Cardenal Antonelli declaró que la Santa Sede no podía confiar en ellas; citó en evidencia las solemnes promesas del Piamonte violadas en el pasado; señaló la pérdida de cuatro quintos de los Estados Pontificios, y notificó a Napoleón que ya se habían propasado los límites de la usurpación y de la paciencia papal, y que la Convención no sería reconocida por Su Santidad, a quien no se había consultado de antemano. El Papa quiso protestar inmediatamente. «Tengo de mi lado la conciencia del mundo católico —dijo; el mundo católico está conmigo». En privado, se dolió de que se le trataba como un menor de edad y un hombre bajo entredicho; pero el Cardenal Antonelli desaconsejó una protesta formal hasta conocer la actitud de los cardenales, los obispos, y las potencias católicas. Tres meses más tarde, el Santo Padre publicó una encíclica en que concedía un jubileo a los fieles, y la acompañó con un *Syllabus Errorum*, comunicado a todos los obispos del mundo católico, que denunciaba las doctrinas disolventes de la época. La lista era larga y abrazaba casi todos los reconocidos principios políticos del siglo XIX. Erróneo era el derecho de libertad de cultos y de tolerancia religiosa; erróneo, el derecho del poder civil de definir y delimitar los derechos eclesiásticos; errónea, la negativa a reconocer a la Iglesia el derecho de adquirir, poseer y defender sus bienes por la fuerza; erróneo, el negar el poder temporal; errónea, la separación de la Iglesia y el Estado; erróneos, los principios de no intervención y de libertad de opinión; errónea, la pretensión impuesta al Pontífice de «transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna».

El pronunciamiento causó sensación en Francia. Interpretándolo como un anatema dirigido contra el Emperador, el gobierno pidió explicaciones a Roma. El Cardenal Antonelli contestó que cualquier semejanza a

determinadas personas era pura coincidencia. El *Syllabus* tenía un carácter exclusivamente espiritual, sin significación temporal; el anatema iba dirigido contra el socialismo y las pasiones perversas de la época. Al embajador francés el Cardenal dio las seguridades más formales de que no contenía el más leve *sous-entendu* político; que las congregaciones trabajaban en la obra desde años atrás, retocándola y puliéndola veinte veces al día para eliminar toda apariencia de una exhortación dirigida a una nación más bien que a otra; y que la situación creada por la Convención del 15 de septiembre no había influido por nada en la forma, en el espíritu o en el tiempo de la publicación de la declaración. A pesar de estas seguridades, el gobierno francés prohibió la promulgación de la bula, alegando que contravenía todos los principios estructurales sobre los cuales se fundaba el Imperio. Los obispos galicanos se sometieron más o menos fácilmente; algunos se dedicaron a interpretar, comentar, glosar y desvirtuar los aspectos ocasionados del pronunciamiento papal, valiéndose de los acostumbrados distingos entre el absolutismo doctrinario y la tolerancia práctica, invariablemente invocados por el Vaticano en los casos apretados; pero la controversia agitó y dividió la conciencia del mundo católico, y aunque un anatema tan categórico y tan anacrónico estaba destinado a fracasar en Francia, retrucó en México. La piedad fanática del pueblo mexicano, ampliamente conocida en Roma, brindaba al Cardenal Antonelli la oportunidad de demostrar concluyentemente que en esos parajes, por lo menos, la ley la daba el Papa. La protesta papal era inminente cuando se nombró al Nuncio, y al carácter de las instrucciones que llevaba bastaba para hacer de este diplomático, según la frase de un observador, el *Syllabus* en persona. La selección de Monseñor Meglia no era fortuita y su misión no era una coincidencia.

Desembarcando en Veracruz a fines de noviembre de 1864, el Nuncio llegó a la capital, donde se lo recibió con honores relevantes, a punto para oficiar en la celebración de la gran solemnidad del año religioso en México, la fiesta de la Virgen de Guadalupe. Unos días más tarde, después de una colación en Palacio, el Emperador abordó la cuestión de relance, esbozando de sobremesa los puntos principales del Concordato, y como el Nuncio no hizo más que unas objeciones sin importancia, Maximiliano se acostó, convencido de que Monseñor Meglia había tragado la pócima y le mandó, al día siguiente, un emisario encargado de abrir las negociaciones formales. Pero las primeras indicaciones de palidez política se desvanecieron de la

noche a la mañana. El Nuncio amaneció declarando que no podía aceptar ninguno de los puntos propuestos, y exhibió el ultimátum del Vaticano. Sus instrucciones lo autorizaban a aceptar únicamente la abolición de las Leyes de Reforma y la restitución de los bienes del clero con indemnización plena por lo perdido; el reconocimiento de la exclusividad del culto católico; la libertad absoluta del episcopado en el ejercicio de su misión pastoral; el restablecimiento de las órdenes monásticas; la supervisión de la educación laica por las autoridades eclesiásticas; la prohibición de enseñar o publicar doctrinas falsas y subversivas, y la emancipación de la Iglesia de toda forma de servidumbre al poder civil. Extrema fue la consternación de todos los interesados, y nadie estaba más interesado que Carlota. La Emperatriz reconoció que su tacto político era defectuoso: desconcertada y molesta, hizo sonreír a Bazaine al sostener que con el Nuncio no había nada que hacer sino tirarlo por la ventana. Maximiliano era de la misma opinión. Después de dos semanas de negociaciones infructuosas, el Emperador notificó a Bazaine que estaba resuelto a ratificar las Leyes de Reforma por su mano, si el Nuncio se negaba a capitular. Bazaine no hizo objeción alguna. Pero, antes de dar un paso tan atrevido, el Emperador dio otro para evitarlo, y envió al Nuncio dos avenidores: la selección de los emisarios, empero, era poco afortunada. El primero era el miembro más ultramontano de su gobierno, el otro, Monseñor Labastida, y ambos regresaron de la conferencia convencidos de que el Nuncio era inconmovible. Como último recurso, Maximiliano recurrió a Carlota; pero la persuasión femenil, tan eficaz con la galantería francesa, resultó nula con un hombro en faldas. La Emperatriz habló y el prelado escuchó por espacio de dos horas, según su reloj. «Nada me ha dado un concepto más exacto del Infierno que aquella conversación —escribió Carlota a Eugenia— pues el Infierno no es más que un callejón sin salida. Querer convencer, y saber que todo es inútil, que es como si se le hablara en griego, ya que él ve negro y tú ves blanco, es una tarea digna de un réprobo. Todo se escurría sobre el Nuncio, como sobre mármol pulido.» Una vez, el Nuncio le hizo notar que quien creó el Imperio fue el clero, y ella rectificó vivamente. «¡Un momento! —lo interrumpió—, no fue el clero, fue el Emperador, el día mismo de su llegada.» El prelado dejó pasar la corrección, lo mismo que todas sus observaciones, y ella desplegó todos sus recursos y tocó todos los registros —grave, burlón, imperativo y hasta profético— pero nada prendía: «Monseñor Meglia sacudía mis argumentos como se sacude el polvo, sin sustituirlos con nada, y parecía complacerse en el

vacío que esparcía alrededor y en la negación universal de luz.» Cansada, la Emperatriz levantó la sesión y abandonó el problema al Emperador.

El Emperador aplazó su resolución hasta el día primero del año nuevo. El 1.º de enero de 1865 pasó sin concesiones, y ocho días más tarde el Emperador dio el penúltimo paso publicando un decreto que sujetaba las bulas de la Corte de Roma al pase imperial. Aunque insignificante en sí, esta formalidad epitomaba la cuestión en disputa y contravenía uno de los preceptos fundamentales del *Syllabus*, y el Nuncio contestó con una protesta en que asentaba la autoridad absoluta del Papa, «como cabeza de una sociedad perfecta, independiente y soberana», y amplió la tesis en términos desmedidos. «Todos los fieles que la componen —prosiguió— están sujetos a sus disposiciones, bien que el dogma, bien que la moral y la disciplina sean su objeto. ¿Qué sería de este derecho del Pontífice, qué quedaría de ellos en realidad, si el acto de uno de sus súbditos, así fuera rey o emperador, bastase para impedir la promulgación de sus decretos y suspender sus efectos?» El reto era ineludible y la nota del Nuncio le fue devuelta con un comentario cortante del Ministro de Cultos y Justicia: «No puedo aceptar esta idea, que puede haber escapado a Vuestra Excelencia, al exaltar la soberanía del Pontífice Romano, de que el Emperador le debe obediencia como su *súbdito*. Me permitiréis la observación de que esta palabra es sumamente impropia. Aquellos que, arrebatados por un celo descompasado, empujan al Papado más allá de sus límites y le despojan de su carácter, olvidan las severas lecciones de la Historia, sacrifican los beneficios de una prudencia más poderosa que toda presunción, engrandecen en apariencia y debilitan en realidad la supremacía de la Santa Sede, y lejos de hacer respetar su verdadera autoridad, la hacen odiosa. Repito la opinión del gran Bossuet.» El rebote del *Syllabus* estaba ya en pleno movimiento; ni el Emperador ni el Nuncio podían retractarse; y un mes más tarde, Maximiliano dio el último paso declarando la religión católica religión de Estado, autorizando la tolerancia de cultos y ratificando la nacionalización de los bienes del clero.

El clero protestó, el Nuncio protestó, pero Maximiliano mantuvo sin desmayar la resolución del año nuevo esperando que pasara la borrasca. *Tout passe, tout casse, tout lasse*: el dicho era tan cierto para un bando como para el otro. Pero Carlota era inquieta. La situación no podía ser más tensa, el país estaba cargado de toda la tensión que podía soportar —escribió a Eugenia—, y aunque fuera mejor que la borrasca estallara de

una vez para siempre, tenían ante sí *un mauvais quart d'heure*, y por su parte hubiera preferido tenerlo atrás. Tan intenso era el choque provocado por la reunión de la Iglesia y del Estado, que la era revoltosa, lejos de haber terminado, tal vez sólo comenzaba: estaban molestos por tantas notas del Nuncio y peticiones de los obispos, respetuosas en la forma, pero únicamente en la forma: Monseñor Meglia no era más que un maniquí manipulado por Monseñor Labastida, cuyo pésimo italiano traslucía en cada frase de sus comunicaciones postizas; los liberales estaban encantados con sus dificultades, los conservadores censuraban; y tal era el encono de todos los partidos, que parecía increíble que el Imperio hubiera intervenido. Ingrato resultó el papel del mediador; pero, aunque maltrechos, no retrocedían. Estadistas veteranos como el Rey Leopoldo dudaban de la cordura de codear al clero; pero Napoleón aprobó el paso felicitando a Maximiliano por la energía manifestada, y lamentando sólo que no se hubiera ahorrado tanta animosidad gratuita, tratando la cuestión en cosa juzgada por Bazaine; pero al hecho, pecho.

Monseñor Meglia pasó cinco meses en México fomentando con su presencia la fermentación del clero local, y oponiéndose a todo avenimiento con su invariable *non possumus*. En defensa de su inflexibilidad, alegaba la falta de instrucciones y de autoridad: la Santa Sede no había previsto, y no podía suponer, que el Gobierno Imperial consumaría la obra de Juárez; por lo tanto, no hubo más remedio que remitir la disputa a Roma. Transcurrieron meses antes de recibir nuevas instrucciones; y cuando llegaron aprobaron su actitud. Frustrada en Francia, la Santa Sede era inflexible en México. Afecto a contemporizar, el Papa sabía que la cuestión clerical no podía resolverse mientras los franceses permaneciesen en México, y pendiente de un día más favorable, contaba con el tiempo y la dilación para zanjar las dificultades. El Nuncio, pues, se inmovilizó en señal de protesta, y ambos bandos se resignaron a un prolongado sitio, en que ninguno lograba cansar al otro. «Yo no sé —escribió Carlota a la mujer más dichosa que llevaba la corona de Francia — si Vuestra Majestad sabe que el mismo Padre Santo, que tiene un carácter un poco burlón, dice que es *jettatore*. Desde que su enviado puso los pies en nuestro suelo, no hemos tenido sino sinsabores, y no esperamos que disminuyan en un plazo cercano. No carecemos, me parece, de energía y perseverancia, pero si las dificultades siguen aumentando de esta manera, me pregunto si habrá la posibilidad de vencerlas… La empresa de someter a un clero corrompido es una tarea ingrata, y por mi

parte, hubiera preferido que la hubiese emprendido el gobierno anterior.» Precisamente por eso se encontraba Juárez donde estaba; pero tan lejos no se desviaba la divagación de la Emperatriz. Maximiliano dedicó su atención a problemas más importantes —al ejército, a las finanzas, a planes de colonización, a un proyecto filantrópico para la rehabilitación de los peones— y mandó a Roma una comisión encargada de circunvenir al Nuncio, que no se resolvía ni a ceder, ni a salir, ni a cerrar los ojos. Sin embargo, un buen día, la presencia importuna se desvaneció. Sin anuncio previo, el Nuncio se marchó de México, y aunque pasó por Orizaba, donde el Emperador estaba de vacaciones, no se despidió de él. No dice nunca la Iglesia adiós.

Los soberanos triunfaron, pero no a mansalva. La parte relevante tomada por la Emperatriz en la solución de la cuestión clerical no dejó de llamar la atención pública, y la pena negra de inmiscuirse en los asuntos públicos la pasó en su vida privada. Su actividad desacreditaba la independencia del Emperador, y el Emperador era sumamente celoso de su prerrogativa soberana: se preciaba y se disculpaba, alternativamente, de su independencia. «Mi carácter no es muy afortunado —confesó a un íntimo— entre otros defectos tengo un sentimiento de independencia tan absoluto, que la misma Emperatriz, con todo su tacto, no viene nunca a interrumpir mi trabajo, a menos que la mande llamar. Ella conoce mi flaco, y no se ha turbado nunca la armonía entre nosotros.» No se turbó nunca la armonía para el marido; pero la esposa dejó entrever, a veces, la mortificación que le costaba su separación. Identificados en la vida pública, la independencia del marido era sólo aparente y parecía un refugio contra la devoción y la inteligencia de la esposa: de su intimidad intelectual Carlota sacaba el consuelo de un matrimonio sin hijos, y preciándose de su colaboración cordial, ansiaba la confianza que merecía; y aunque se adaptaba al lado flaco viril, *le ver solitaire* se insinuó en su pecho, devorando su confianza. Sujeta a ataques de abatimiento, sus damas de compañía se preocupaban por su reserva sombría, y más de una vez quedaban desconcertadas por los desfogues de un ánimo altanero e imperioso, muy ajeno a su actitud normal.

También en la vida pública la pareja imperial padecía las consecuencias conturbadoras de su actitud. La facción ultramontana era irreconciliable, y aunque la presencia de las bayonetas francesas impedía que resucitara la era turbulenta, llevaba a cabo una campaña subterránea implacable, que necesitaba la vigilancia de la policía secreta y que la eludía con

una tenacidad sorda, que transformaba la amenaza impalpable del rencor clerical en una presencia más inquietante y más difícil de conjurar que Monseñor Meglia. Bazaine no se inquietaba; ya había pasado su *mauvais quart d'heure*, y estaba convencido por propia experiencia de que la influencia del clero y el fanatismo del pueblo eran muy exagerados; pero no cabía duda deque la carambola del *Syllabus* había dañado la posición de Maximiliano en México. Inclusive los conservadores moderados, movilizados por sus dirigentes espirituales, se quejaban de que el Emperador no era más que el juarismo sin Juárez, y tildaron al príncipe de demagogo coronado. A fuerza de resucitar una cuestión ya resuelta, Maximiliano había buscado y hallado contrariedades, que la obra pionera de Bazaine le hubiera escatimado; pero nadie sabe aprovechar la experiencia ajena, y mucho menos un príncipe, obligado por las limitaciones de su cuna real a ganarse la suya propia. ¿Qué hubiera sido de su independencia soberana, si no se hubiese creado dificultades que vencer? O bien, ¿qué hubiera sido de la independencia del Papa, si no hubiese hecho otro tanto? El Nuncio tenía razón: a tales obligaciones y a tales sinsabores estaba sujeto todo gobernante.

El conflicto con Roma quedó en suspenso. El Emperador había vindicado su soberanía, pero al costo de modificar su independencia. En Miramar, había concebido su papel como el de un mediador por encima de partidos y facciones, y pensaba regir el país con un gobierno de coalición; pero la agitación suscitada por el Concordato lo obligó a abandonar esta teoría. Habiendo enajenado a los reaccionarios, aceptó la alternativa y se rodeó de liberales, pero al nombrar un radical para un puesto en el gabinete, Bazaine objetó la designación. Maximiliano repuso que no hacía más que seguir la política del mariscal; éste contestó que no era el Mesías, sino el Bautista, y le recomendó su propia variedad de liberales: los moderados. Los otros eran tan irreconciliables como los clericales, y ambos concordaban en combatir al Emperador como un intruso y en tacharlo de extranjero. La inseguridad de su posición, aun teniendo la mano firme de Bazaine por arrimo, despertaba más de una *arrière-pensée*, y entre otras, las suyas propias. Al saber que su hermano había registrado el Pacto de Familia en el Reichstag, Maximiliano mandó una protesta formal a Viena. Los resultados de esta indiscreción eran previsibles. En Viena, se prohibió al ministro mexicano presentar la protesta, so pena de recibir sus pasaportes; las cortes europeas recibieron la notificación con indiferencia; y en México las repercusiones del paso hicieron

presente al público que el Imperio era todavía tentativo. La voz se esparció, y los paseantes comentaron las mejoras que se hacían en Chapultepec —como si el Emperador pensara permanecer en aquel castillo.

La voz se esparció también en Chihuahua, donde Juárez calculaba con confianza la posición del adversario en el conflicto con Roma. «Maximiliano, adoptando a medias las Leyes de Reforma, ha traicionado al clero y a los conservadores que lo trajeron para que les restableciera en el pleno goce de sus bienes y fueros, prerrogativas y abusos; y no ha logrado atraerse al partido nacional. Queda entregado a la facción moderada que ha perdido a todos los gobiernos y a todos los hombres nobles que se han sometido a su dirección, y que, en los momentos de solemne conflicto, lo abandonará para recibir de rodillas al nuevo vencedor.» Lo que valían los moderados, el extranjero tenía todavía que aprenderlo; entretanto, se había enajenado a la reacción y, «si bien se mantiene quieta y no se pronuncia, porque es cobarde, a lo menos ya no presta al *Deseado* la cooperación eficaz que le daba al principio. Como consecuencia de la buena política del archiduque, se ha sacado de la República a Miramón, se ha quitado a Márquez el mando de las fuerzas, se están quitando los jefes políticos de los departamentos, remplazándolos con individuos del círculo moderado, y se han mandado disolver las fuerzas auxiliares que con tanta lealtad habían servido a los traidores, porque se teme que en defensa de sus antiguos Corifeos se subleven contra el imperio… En el aislamiento en que se ha colocado el Austriaco, sólo el dinero podría aplazar su derrota; pero en este respecto es más desesperada su situación. Su presupuesto, calculado económicamente, importa treinta millones de pesos y las rentas nacionales, que en tiempos bonancibles no han pasado de catorce, no llegarán ahora en los dominios del imperio a cuatro; y como es preciso que cubra el enorme deficiente que le resulta para mantener las fuerzas, aumentarlas y equiparlas para continuar su conquista, tendrá que recurrir a medidas violentas contra el pueblo y contra los ricos, enajenándose sus simpatías, provocando sus resistencia y aun resolviéndolos a afiliarse en nuestra bandera. Este caso tiene que llegar indefectiblemente, y no muy tarde, si el archiduque no hace, como ciertamente no hará, muchos milagros como el de los cinco panes,» Seguro en Chihuahua, al vencedor poco le costaba esperar.

Diez días más tarde, escribiendo a uno de sus comandantes en campaña, y enumerando las deserciones recientes, no de sus filas, sino hacia su bandera, el Presidente levantó la voz hasta el

tono pleno de la convicción irrefutable y la plenipotencia indefectible. Si Maximiliano cometió su error capital al invadir la soberanía nacional, al rectificarlo a expensas del partido clerical se hacía culpable de coronar el pecado original con todos los errores denunciados en el *Syllabus*. Sus días estaban ya contados. La desafección del clero y la corriente de deserciones eran síntomas significativos, porque Maximiliano «creía que los verdaderos liberales somos tan cándidos que nos habíamos de convertir en partidarios suyos sólo porque adoptaba algunas de nuestras Leyes de Reforma, sin advertir que cuando las adoptara todas, jamás conseguiría nuestra sumisión, porque nosotros ante todo defendemos la independencia y dignidad de nuestra patria, y mientras un extranjero intervenga con sus bayonetas en nuestros negocios y quiera imponernos su voluntad despótica, como la intenta Maximiliano, jamás consentiremos en su dominación, le haremos la guerra a muerte y rechazaremos todas sus ofertas, aun cuando haga milagros. Nosotros no necesitamos que un extranjero venga a establecer las reformas en nuestro país, nosotros las hemos establecido sin necesidad de nadie. Sólo los llamados liberales moderados, los cobardes y los hombres sin dignidad y sin vergüenza son los que ahora rodean a Maximiliano y aplauden sus disposiciones; pero esos miserables nada valen y a la hora en que la fortuna comience a abandonar a su amo serán ellos quienes también lo abandonen para salir de rodillas al encuentro del nuevo vencedor; pero entonces será estéril el arrepentimiento, porque la Nación sabrá pedirles cuenta de la sangre que han derramado.» Nunca fue menos visionaria su fe; y no la desmentía la competencia de Maximiliano en cuestiones de mucho más consecuencia que el negocio clerical.

9

En el negocio clerical —pues una cuestión tantas veces resuelta y tan manoseada con la repetición no podía calificarse de otra manera— Maximiliano había figurado con ventaja. Aunque se había obstinado en crearse obstáculos, los había vencido, y su conducta firme, clara, consecuente, un poco demasiado franca para satisfacer el criterio de los políticos de oficio, había evidenciado bastante energía para empatársela a la conducta de su predecesor. Su tarea, empero, era una labor de supererogación; su triunfo fue garantizado de antemano por Bazaine y en este problema presolucionado tuvo el pleno apoyo de los franceses. Fue sólo al procurar emanciparse de sus protectores cuando tropezó con las verdaderas dificultades de su posición —dificultades inherentes en los grandes negocios—, dificultades provocadas por *les affaires tout court*.

La Convención de Miramar proporcionaba apoyo militar, pero no pecuniario, al Emperador mexicano; por el contrario, estipulaba el rembolso puntual de los gastos de la expedición, y la Legación francesa no tardó en presentar sus cuentas; pero como la cuenta era incobrable, los gastos corrientes del Imperio siguieron a cargo del fiador. El apoyo financiero fue facilitado por Napoleón extraoficialmente. El empréstito lanzado en abril de 1864 era una dote otorgada para cubrir los gastos iniciales de un régimen cuyos únicos recursos provenían de las aduanas y de su crédito; y la Bolsa de Valores, no el gobierno francés, llevaba la responsabilidad de la emisión de bonos. Sobre esta base tenía Maximiliano que construir el Imperio, y desde el principio la ingeniosidad de los financieros condenaba a su gobierno a la insolvencia. Con el fin de fomentar confianza en el Imperio naciente, un grupo de bancos franceses se asoció con un banco británico para lanzar los bonos, asignando al socio inglés, a cambio de su colaboración, una cantidad suficiente para cubrir los derechos de los acreedores británicos de la deuda flotante de México. Acertada desde el punto de vista político, la combinación fue poco afortunada desde el punto de vista financiero: pocos fueron los bonos vendidos en Inglaterra, y el resultado de la operación fue que los subscriptores franceses saldaron la cuenta de los tenedores de bonos británicos. El empréstito debía dejar 190 millones de francos, el público compró por valor de 120 600 000 francos, y las comisiones y los descuentos redujeron el producto neto a 96 millones. De este fondo Maximiliano recibió 8 millones para sus gastos públicos y personales; 27 millones fueron repartidos entre los acreedores

británicos; el restante, depositado a la cuenta del gobierno mexicano en París, quedó en reserva para garantizar el pago del interés de la deuda, el rembolso al gobierno francés, y la indemnización de los nacionales franceses que dio origen a la intervención. Conforme a las condiciones de la Convención de Miramar, la liquidación de estas obligaciones debía comenzar en el verano de 1864, un mes después de llegar Maximiliano a México. El saldo bastaba apenas para lanzarlo, y la necesidad de deslumbrar al pueblo mexicano y asegurar la devoción de sus súbditos, tomándolos por su afición al fausto, no tardó en disipar la dote entre los gastos ceremoniales de la Corte, el mantenimiento de un cuerpo diplomático acreditado ante todas las cortes europeas, los gastos corrientes de la administración, los emolumentos personales del Emperador y los alfileres de la Emperatriz. A fines de 1864, al regresar de su recorrido del país, Maximiliano avisó a Napoleón que, a pesar de la devoción del pueblo mexicano, no creía prudente ponerla a prueba tan pronto con una contribución voluntaria, y como el déficit alcanzaba la suma de un millón y medio al mes, a menos de recurrir a la inflación, urgía organizar otro empréstito.

En abril de 1865 se lanzó otro empréstito en París. El segundo salió mejor que el primero. Dejó 170 millones de francos, pero las obligaciones eran proporcionalmente mayores. Se formó un consorcio internacional, integrado por empresas francesas, británicas, alemanas, holandesas y suizas, y al núcleo de los 35 miembros originales se asociaron doscientos bancos afiliados en una deslumbrante constelación financiera. La escala de la operación suponía amplias seguridades, los banqueros pidieron al gobierno francés una cuasi garantía de que el apoyo militar no sería retirado hasta que se hubiera consolidado el Imperio; y fue menester, por lo tanto, manipular la opinión pública, contraria ya a toda extensión de la ocupación y reacia a suscribir el nuevo empréstito o a garantizar, indefinidamente, los gastos de una expedición que había aumentado la deuda flotante de Francia en 93 millones de francos. La posibilidad de una garantía oficial quedó excluida; pero se cumplió la condición sin la formalidad. La ingeniosidad de los financieros corría parejas con su imaginación. M. Corta, el segundo experto financiero enviado a México, regresó a París narrando maravillas del país y fue convidado, en el momento crítico, a narrarlas ante la Asamblea Nacional. M. Corta era taumaturgo. Salió garante de la popularidad de Maximiliano en México, recitando la leyenda de un benigno dios azteca, perdido en los albores de la historia, cuya reaparición los indígenas acababan de reconocer en el

príncipe rubio de los ojos azules: mito que tenía su origen en el reino oscuro de la contabilidad. En seguida, se extendió sobre las oportunidades brillantes que abundaban en el país para la inversión, la inmigración, la colonización, los mercados de mano de obra barata, las líneas ferrocarrileras, las líneas de navegación y las empresas mineras; y cuando M. Corta se sentó, el Ministro de Estado se levantó y siguió desarrollando el panorama de minas auríferas, minas de plata, minas de hierro, minas de carbón y pozos petroleros recién localizados; y volviéndose hacia los bancos de la oposición, les dio las seguridades más formales de que no había nada que temer; que en ese mismo momento se firmaba el empréstito; que el gobierno quedaba exento de la responsabilidad financiera; y entre un clamor de *bravos* las objeciones de la oposición se vinieron abajo. El gobierno obtuvo el voto de confianza y la Asamblea refrendó, sin saberlo, el contrato pendiente que se firmó sólo nueve días más tarde. En tres días las suscripciones excedieron la cuota, la cola de pequeños abonados evocaba los brillantes tiempos pretéritos de ciega confianza en Napoleón, los bancos afiliados se vieron inundados de clientes desatando sus medias, y el consorcio embolsó 17 millones de comisiones en setenta y dos horas.

El nuevo término de vida concedido a Maximiliano se ganó, sin embargo, con margen y Napoleón sabía perfectamente que la empresa cojeaba *du côté de la Bourse*. Los informes de los *procureurs* eran menos brillantes, pero más fidedignos que los cuentos de los corredores de Bolsa. La próxima terminación de la guerra civil en los Estados Unidos, y el temor a la oposición en Washington, decía una, «agudizaban el deseo de ver terminada una expedición que carga gravemente nuestras finanzas y que, si bien halaga el honor nacional por el fulgor de gloria que la acompaña, siempre ha desagradado al público. Sería un error interpretar como un mentís a tales datos la facilidad con que se ha lanzado el empréstito mexicano. El capital no tiene opiniones. El buen éxito de la operación se debe exclusivamente al crédito de las casas financieras que la patrocinan, y también a la boga creciente de semejantes combinaciones, más ingeniosas que morales, que resucitan el frenesí de las antiguas loterías y sus peligros. ¿Quién sabe resistir la seducción del interés del 14% y la posibilidad de una ganancia de quinientos mil francos?» Repetir la bonanza indefinidamente era imposible; y para abril de 1864 resultaba evidente, visto que Maximiliano no podía sostenerse ni con la especulación ni con sus propias rentas, que la única base sólida para la consolidación

del Imperio era la explotación rápida de los recursos del país; pero esta solución suponía una ocupación prolongada, y entre la presión para la pronta repatriación de las tropas y la necesidad urgente de realizar las utilidades de la empresa, la contradicción creó un dilema agudo, sólo aplazado por el segundo empréstito.

La única solución era Sonora. La riqueza mineral de Sonora —oro, plata, mercurio, platino, piedras preciosas— brindaba un amplio campo para la clase de empresa que necesitaba Napoleón para construir un imperio colonial, y la explotación de ese territorio figuraba entre los proyectos de Jecker y Morny, al comienzo de la empresa. Jecker había ofrecido al gobierno francés los derechos particulares adquiridos, desde años atrás, de un gobierno mexicano, para explotar todos los terrenos baldíos de la región, así como las extensiones que obraban en su poder, gracias al privilegió, y que llegaban a la tercera parte de la propiedad en perspectiva, por 10 y medio millones de francos. Sin aceptar la oferta, Napoleón aprovechó la idea y dio instrucciones a Bazaine, en 1863, de conseguir de Almonte la concesión de las minas por un plazo de diez años, en garantía del rembolso de los gastos de guerra. Estas pretensiones fueron comprendidas en la Convención de Miramar, en un artículo secreto, pero Maximiliano se había negado a reconocerlas, alegando que constituían una enajenación del territorio nacional, incompatible con su palabra empeñada a la nación mexicana, y se suprimió el artículo del tratado. Poco después de su llegada a México, el gobierno francés volvió a presentar la proposición, en forma modificada, pero en México resultó más inaceptable que en Miramar, y Maximiliano se hizo el sordo. Al invocar su juramento real se fundaba en una defensa irrebatible, y aunque Napoleón abandonó toda pretensión de apoderarse del territorio, limitando su derecho a la explotación de las minas, su consocio se obstinó en interpretar la concesión como una anexión disimulada del territorio nacional; y lo mismo hicieron sus súbditos. Cinco periódicos protestaron. Los redactores fueron detenidos por Bazaine y disciplinados por los consejos de guerra; pero se dejó la proposición en suspenso. Fuera de las obvias objeciones políticas, había que contar también con complicaciones extranjeras. Filibusteros norteamericanos se infiltraban en la región, y la inminente conclusión de la guerra civil en los Estados Unidos aconsejaba prudencia e impuso un freno al proyecto. Factible en 1863, estaba atrasado en 1864. Lorencez se había mostrado demasiado presuroso; Forey, demasiado moroso, y Bazaine estaba demasiado atareado para implantar la idea oportunamente.

Aunque Napoleón le encareció a que ocupara Sonora a la mayor brevedad, el comandante en jefe aplazó la expedición a la frontera hasta tener asegurada la ocupación del centro; y en 1865 el peligro de una colisión con los Estados Unidos resucitaba la nerviosidad del pueblo francés, y los *procureurs* informaron a Napoleón que «la cesión de dos grandes y lindas provincias como Sonora y Chihuahua no le hubiera consolado de una guerra, cuya duración y cuyos resultados asustan a los más enteros». El negocio, pues, quedó en remojo.

El imperio franco-mexicano siguió operando, por lo tanto, a base de la Bolsa de Valores. Excluidas las providencias para la explotación económica del país, se imponía la economía en la administración del gobierno, pero la cosa no andaba mejor con las medidas adoptadas para salir de apuros. Después de despilfarrar el primer empréstito, Maximiliano se empeñó en economizar con el segundo, y precisamente en las partidas en que la economía resultaba más costosa. A principio de 1865, se resolvió a licenciar su ejército mexicano, que se había vuelto un cargo exorbitante para la caja del ejército francés, sacando entre 25 y 30 millones al año sin rendimientos apreciables. Esta medida, aunque aconsejada por M. Corta, tuvo una mala prensa en Francia, ya que 300 mil mexicanos, suprimidos de las nóminas, estaban libres para enfilarse en las gavillas de bandidos y guerrilleros, y aunque este peligro parecía menor, según Carlota, que el riesgo de costear un ejército de rebeldes potenciales, se abandonó la reforma. Bazaine, ocupado en traspasar la responsabilidad de la ocupación a los mexicanos, desaprobó el expediente, Maximiliano lo repensó y rectificó el error. En busca de alternativas, se estudiaron planes para la reorganización del ejército mexicano con un núcleo de voluntarios franceses; para una Legación extranjera; para guardias rurales pagados por las comunidades a su cargo; y para otros expedientes y sustitutos; pero estos proyectos también quedaron sin resolución.

Otros problemas reclamaron la atención del Emperador. Cada mes los acumulaba; cada día había más qué hacer, qué deshacer, qué volver a hacer; el cúmulo de trabajo que tomaba a su cargo cansaba a los franceses y molestaba a los mexicanos que formaban coro, observando la diligencia con que se dedicaba a sus prolíficas e infructuosas obligaciones. Demasiado atareado para lograr cosa alguna, Maximiliano no se desanimaba. Napoleón, Bazaine, el clero, los conservadores, los moderados, los liberales, el gobierno norteamericano, los patriotas y hasta el mismo Juárez —todo el mundo le trataba

con paciencia.

10

Los designios de Napoleón sobre Sonora no abortaron, sin embargo, por completo. La bonanza interesaba a un senador de California, Mr. Gwynn, que emprendió una negociación particular con el Emperador de los franceses para la creación de una colonia franco-americana y la explotación cooperativa del país, solución que tenía la ventaja de eliminar el peligro de fricción con el gobierno estadunidense; pero Seward desaprobó la iniciativa y este proyecto también fracasó. Sin embargo, la publicidad dada al asunto tuvo repercusiones más allá de Sonora: el concepto era una cornucopia resonante que conservaba, como una concha marina, una sonoridad fantasma, y aunque Maximiliano se hizo el sordo, la reverberación llegó a oídos de otros interesados comunicándoles el zumbido de una noción fantástica.

Nunca se perdieron por completo las ideas fecundas, y ésta tuvo consecuencias impensadas. Doblado no había abandonado la defensa de la República al cruzar la frontera y siguió prestando sus servicios a la patria en los Estados Unidos. En el otoño de 1864 corría la voz de que el gobierno norteamericano estaba a punto de reconocer a Maximiliano, y aunque el rumor era un notorio *canard* en Nueva York, a Doblado lo voló como perdiz cazada de estampía. Para prevenir el peligro, se fue rápidamente a Washington y se confabuló con Romero, que encabezaba la Legación, y entre sí los dos diplomáticos formaron un proyecto para calar las intenciones de Seward. «Discutiendo con el general Doblado lo que sería conveniente hacer en vista de las presentes circunstancias —informó Romero— llegamos a convenir que él, como particular y expresando simplemente su opinión, dijera que creía conveniente que el Supremo Gobierno vendiera a los Estados Unidos la Baja California y una parte de la Sonora; que estaba dispuesto a recomendar esa medida al Presidente, y que la creía de fácil realización. Pareció que, procediendo así, podríamos dar a este gobierno más interés en no reconocer a Maximiliano, y aun llegar a saber qué haría si se llegaba a proponer dicho arreglo, sin que por eso nos comprometiéramos a nada, supuesto que yo no había de aparecer oficial ni extraoficialmente en el asunto.» Al dar vuelo a la idea, empero, se perdió de vista hasta esa precaución. «Con objeto de saber —explicó Romero en su siguiente informe— si después de la reelección de Mr. Lincoln estaría dispuesto a manifestarse un poco más explícito con relación a los asuntos de México, y de

ver la impresión que le había causado la idea de enajenación de nuestro territorio, emanada del general Doblado, me propuse tener una conferencia con él para tratar el asunto. El general Doblado creía que, manifestando a Mr. Seward su modo de pensar sobre enajenación del territorio nacional, le ocurriría la idea de que, si Maximiliano ha de ceder la baja California y Sonora a la Francia, y nosotros llegábamos a estar dispuestos en ese caso a cederlos a los Estados Unidos, podrían desear éstos hacer desde luego un arreglo con ese objeto, para alegar después el derecho de prioridad.» Las circunvoluciones de la idea la convirtieron en uno de estos artificios diplomáticos que Doblado era todo un maestro en concebir, y careciendo de carácter oficial, le pareció permisible, patriótico y previsor, soltar la especie: no era más que una finta para descubrir, y una combinación para penetrar, los consejos cerrados del diplomático norteamericano: y Romero, cuyo sano juicio no andaba siempre igual a su celo, no se percató del riesgo de representar, junto con Doblado, el papel de reclamo patriótico.

En cambio, ambos tomaron todas las precauciones del caso para tirar la piedra y esconder la mano, comunicando la proposición a un intermediario, quien se comprometió a confiarla a un íntimo de Seward, encargado a su vez de revelarla al secretario de Estado; pero aún no había llegado a oídos de Seward, cuando Romero se presentó en el Departamento de Estado, con el fin de observar el efecto, y se vio obligado a revelar la oferta y a desconocerla simultáneamente. Seward no sabía nada, y no quería saber nada de la proposición, cuando al fin alcanzó a comprender las explicaciones de Romero, y a su vez le explicó a éste lo que hubiera debido comprender antes de dar el paso: a saber, que la política del gobierno norteamericano obedecía a sus intereses vitales y que el reconocimiento de Maximiliario era diametralmente opuesto a ellos; le aseguró que no sólo no pensaba reconocer a otro gobierno que el republicano, sino que tanto él como Lincoln estaban firmemente resueltos a prestarle apoyo, sin la enajenación de un solo palmo de territorio mexicano; y terminó diciendo que, al apagarse la guerra de Secesión, el país se hallaría harto preocupado con los rescoldos de la cuestión de la esclavitud y la reconstrucción de la Unión para abrigar tales intenciones. Con esta declaración el viejo estadista disipó las dudas del joven — pues, hasta entonces, Romero no sabía decir si el secretario de Estado norteamericano era el hombre más mañoso sobre la faz de la tierra, o un amigo sincero de su patria. Algo, pues, se había logrado con la indiscreción. Los designios sobre el territorio

mexicano abrigados por Seward en 1861 se habían esfumado: sólo una gran guerra hubiera podido realizar el milagro, pero ya era cosa hecha. Gracias a la guerra civil en los Estados Unidos, el ex discípulo del Destino Manifiesto era no sólo insensible a Sonora, sino completamente desinteresado en el apoyo prestado a la independencia de México. El milagro, por ser milagro, se realizó independientemente de su voluntad; pero no por eso resultó menos digno de crédito.

Pero el paso tuvo otras consecuencias. Si la solemne farsa representada por dos diplomáticos mexicanos les hubiera merecido sólo la humillación de una homilía política, hubiera resultado innocua, pero el solo hecho de comunicar la proposición al gobierno norteamericano bastaba para perjudicar al gobierno representado por Romero; y al enterarse del paso, Juárez se alarmó en serio. Aunque la responsabilidad era doble, no cabía duda en su ánimo de quién de los dos llevaba la parte preponderante. «Ya tenía yo conocimiento de los trabajos de Doblado —escribió a Santacilia— y siempre temía la influencia funesta de ese hombre en la Legación, y para evitarla escribí largamente a Romero diciéndole que se fuera con tiento y desechara las indicaciones que se le hicieran con perjuicio de la independencia e integridad del territorio de México.» Aunque la oferta fuera una finta, se prestaba a interpretaciones peligrosas; una vez formulada, el Presidente tuvo que tratarla como una proposición presentada con buena fe y reprender la imprudencia de Romero; y así lo hizo con contadas palabras recordándole que la proposición estaba prohibida; que sublevaría al país contra el gobierno y que daría a los francesas un arma poderosa para consumar su conquista. «Que el enemigo nos venza y nos robe, si tal es nuestro destino; pero nosotros no debemos legalizar un atentado entregándole voluntariamente lo que nos exige por la fuerza. Si la Francia, los Estados Unidos o cualquiera otra nación se apodera de algún punto de nuestro territorio, y por nuestra debilidad no podemos arrojarlo de él, dejamos siquiera vivo nuestro derecho, para que las generaciones que nos sucedan lo recobren. Malo sería dejarnos desarmar por una fuerza superior; pero sería pésimo desarmar a nuestros hijos, privándolos de un buen derecho, que más valientes, más patriotas, y más sufridos que nosotros lo harían valer y sabrían reivindicarlo algún día.» Pero la amonestación llegó tarde. Con el precedente imperecedero del Tratado McLane, Juárez sufrió los ataques de siempre en la prensa enemiga por el intento de comprar el auxilio norteamericano con la venta del territorio nacional. M. Corta

llevó la especie a Francia y citó la suma —75 millones de dólares — pedida por el Presidente para traicionar la confianza de sus compatriotas. Hasta el gobierno español tomó cartas en el asunto, propalando la voz y obligando al acusado a salir a la demanda y desmentir el infundio. Tales ataques, sistemáticos y persistentes desde los días del Tratado, le habían perseguido implacablemente; y la ligereza de Doblado y Romero despertó el ladrido de antaño. A ninguno de los dos se le ocurrió, aparentemente, que el paso podría tener tales consecuencias, o por lo menos, no a Romero: los antecedentes de Doblado dejaban en la duda su ingenuidad. Su fama de doblez era inmerecida, quizá, pero era tenaz y su conducta en esta ocasión contribuyó mucho a perpetuarla: escasamente hubiera ocurrido tan sutil idea a un espíritu cándido, y aun cuando el móvil fuera intachable, el medio adoptado acusaba la mano del más mañoso de los patriotas mexicanos. El paso era de los que iluminan el claroscuro de un carácter; lo mejor y lo peor resaltaban, confundidos inseparablemente, y la verdad evasiva corría parejas con la ambigüedad de su fama. Sin embargo, Doblado prestó a la nación un servicio indudable; la complicación coincidió con la muerte del hijo del Presidente, obligándolo a hacer abstracción de su pena personal; un clavo sacaba a otro; la aflicción de tener un colaborador tan listo era un antídoto saludable; y una vez rechazado Doblado a la sombra donde cabía, y donde debía permanecer, Juárez recobró el dominio de sí mismo, gracias a la necesidad de conducir la defensa del país, sin entrometidos demasiado diestros, y de salvaguardar el destino de México con su propio sistema de diplomacia, clara, cándida e inequívoca.

El auxilio norteamericano era, no obstante, un elemento de consideración en 1865 porque, a medida que se aproximaba el fin de la guerra civil en los Estados Unidos, se presentaba la posibilidad de aprovecharlo en beneficio de la causa republicana en México. Las dos luchas, al norte y al sur de la frontera, siguieron interdependientes y Juárez identificando su causa con la de Lincoln, le había arrimado el hombro, en la medida de sus posibilidades, autorizando el paso de las tropas del Norte por el territorio mexicano, cerrando la puerta a los agentes de los confederados, y extendiendo un cordón sanitario en las espaldas de los rebeldes. Cuando los franceses empujaron su gobierno hacia la frontera, la solidaridad de las dos luchas se intensificó con su proximidad, y en abril de 1865 Juárez respiró libremente por primera vez desde la pérdida de su hijo. «Yo celebro y aplaudo la inflexibilidad de Mr. Lincoln —escribió a

su familia— pues más provechoso nos será su triunfo, aunque sea tarde, que una paz pronta con el sacrificio de la humanidad; al cabo que, como decía mi inolvidable Pepe, nosotros con nuestra tenaz resistencia y con el tiempo aburriremos a los franceses y los obligaremos a abandonar su inicua empresa de subyugamos, sin necesidad de auxilio extraño, y ésta es la mayor gloria que deseo para mi patria. Con que el Norte destruya la esclavitud y no reconozca el imperio de Maximiliano, nos basta.» El a esta hora, en vista de los últimos triunfos de Lincoln y apoyo moral era todo lo que esperaba o deseaba. «Tal vez de la explícita declaración que ha hecho de no reconocer a Maximiliano, Napoleón esté meditando otro sesgo a su política interventora en México; pero aun cuando no piense en esto, la actitud que ha tomado el Norte con aquella declaración y con sus triunfos va a difundir, si no es que ha difundido ya, grande desaliento entre los invasores y traidores de México, porque naturalmente deben considerar que aun cuando lograse someter a toda la República, lo que es muy difícil, si no imposible, poco o nada habrían aventajado, teniendo al frente un coloso que por sus grandes elementos y por los principios de libertad que sostiene, no le faltará motivo para tomar parte en la defensa de los oprimidos, haciendo desaparecer de un soplo a invasores y traidores. Esto lo conocen bien el enemigo y la generalidad de la República, y esto le mata el entusiasmo con que obraba en los primeros años de la intervención, por lo que juzgo que ya toca el término de su decadencia y comienza la época de la reacción de los pueblos contra sus opresores.»

Sin embargo, para violentar la solución, estaba dispuesto a aceptar el auxilio material del vecino, conforme a sus propias condiciones: «Si esa República llega a terminar pronto su guerra civil y ese gobierno, como amigo y no como amo, quisiera prestarnos un auxilio de fuerza, o de dinero, sin exigimos condiciones humillantes, sin sacrificio de una pulgada de nuestro territorio, sin mengua de la dignidad nacional, nosotros lo aceptaríamos, y en ese sentido se le han dado instrucciones *reservadas* a nuestro ministro. En cuanto a otro auxilio que no sea del gobierno, lo juzgo sumamente difícil por nuestra falta de recursos, porque tengo la convicción, nacida de la experiencia, de que una fuerza colectiva y extraña, no acostumbrada a la miseria a que están sujetos nuestros soldados, necesita estar bien pagada y atendida para que pueda ser útil; de lo contrario, se convertiría en una plaga por su insubordinación y sus errores, en cuyo caso sería peor el remedio que la enfermedad. Por eso,

a las personas que han solicitado autorización para traer voluntarios de esa República para la defensa nacional, se les ha puesto la condición de que consigan recursos para el mantenimiento de aquéllos; pero, como he dicho antes, es sumamente difícil conseguir esos recursos y la gente. No hay más arbitrio, por lo visto, que seguir la lucha con lo que tenemos, con lo que podamos y hasta donde podamos. Esto es nuestro deber: el tiempo y la constancia nos ayudarán. Adelante, y no hay que desmayar.»

Nuestro deber —no; la palabra era pobre. Nuestro México vivía de pasión; y de esa fuerza sacaba el Presidente su confianza. Como deber, la defensa del país era agobiante; como pasión, era imperecedera. *Seguir la lucha con lo que tenemos, con lo que podamos y hasta donde podamos* —la consigna rayaba en desaliento; pero si revelaba cansancio, lo desafiaba. La situación militar distaba mucho de ser tan favorable de un lado de la frontera como del otro. Al informar a su familia, el Presidente la remitió al mapa para seguir la campaña de cerca. Negrete hacía frente a 1 200 franceses en Durango, en el Desierto de Mapimí. Una pequeña fuerza marchaba sobre El Saltillo, donde la defensa francesa era débil. Un nuevo comandante muy prometedor —el general Escobedo— expedicionaba por Monclova y Piedras Negras; «de manera que los traidores de Monterrey están en conflictos y en peor situación de lo que nosotros estábamos en agosto del año anterior». En todo el teatro septentrional de la guerra, la situación en abril de 1865 siguió siendo la misma que había sido por más de un año: una contienda fluctuante de posición y de maniobra, sin ganancias o pérdidas permanentes por un bando u otro, y una fútil sucesión de acciones esporádicas y marchas y contramarchas en el desierto, igualmente fatigantes e infructuosas para ambos. Los rumores de la caída de Oaxaca, denodadamente defendida por Porfirio Díaz, vinieron confirmados a mediados de abril, diez semanas después del suceso. El puerto de Guaymas en el Pacífico cayó en poder del enemigo el 29 de marzo y esta pérdida, más cercana, se supo al mismo tiempo que la lejana. La falta de artillería suficiente para presentar una resistencia efectiva a los transportes franceses obligó al comandante a abandonar el puerto para evitar a la población los estragos de una defensa inútil: «Sin embargo, el general de Castagny, el asesino de Ghilardi y del gobernador de Aguascalientes, don José María Chávez, sin previa intimación y sin ninguna de las formalidades acostumbradas en la guerra de los pueblos civilizados, comenzó a bombardear la población indefensa, habiendo causado algunas desgracias en mujeres y

niños inocentes.» Pero su pasión siguió siendo imperturbable. Los 1 400 franceses desembarcados en Guaymas quedaron encerrados en la plaza, porque nuestras guerrillas han comenzado inmediatamente a hostilizarlas y los generales Pesqueira, García, Morales y Patoni están listos para batir las columnas que intenten salir de la plaza para penetrar en el interior del estado». Al mismo tiempo los patriotas tomaron por asalto a Saltillo y se apoderaron de un botín de ciento cincuenta prisioneros, tres piezas de artillería, y todo el material de guerra del enemigo. Con el fin de asegurar este triunfo y de recuperar los estados de Coahuila y Nuevo León, Negrete marchaba por aquel rumbo y no tardaría, probablemente, en ocupar Monterrey, «porque las fuerzas que tiene son superiores en calidad a las que allí tienen los traidores». Se esperaba el parte correspondiente de un momento a otro. Una señora respetable había visto una carta de la capital, en la que se anunciaba la ofensiva inminente de Bazaine sobre Sonora y Chihuahua; pero como el enemigo contaba con la pacificación de Nuevo León y Coahuila para cubrir sus flancos, la situación prometía… La pasión vive de promesas y la pasión de Juárez proporcionaba la realización a fuerza de persistencia. Efectivamente, en los primeros días de mayo, Negrete ocupó Nuevo León y Coahuila y avanzó rápidamente sobre Matamoros; y como se supo al mismo tiempo la caída de Richmond y el fin de la guerra civil en los Estados Unidos, el Presidente pronosticó con fundada confianza y ardor irrefutable la reanimación de los patriotas del interior. «Pronto tomará formas colosales el incendio y veremos si Maximiliano es capaz de sofocarlo.»

El auxilio estadunidense, aunque no indispensable, hubiera contribuido en forma decisiva a realizar estas promesas. En vísperas de la caída de Richmond, Romero se fue al frente con el fin de interesar a Grant y regresó a Washington con promesas que dieron esperanzas a su gobierno; pero el apoyo norteamericano dependía de muchos factores, además de la buena voluntad del vencedor. Las negociaciones estaban entabladas y andaban bien, cuando Lincoln cayó asesinado. El golpe reverberó en los destinos de Chihuahua con un efecto funesto, pues, como decía Juárez, «este correo que vino últimamente del Paso nos ha tenido a todos contentos, y a no haber recibido igualmente la fatal noticia del asesinato infame del presidente Lincoln, nuestro gusto hubiera sido completo. Yo he sentido profundamente esta desgracia, porque Lincoln, que con tanta constancia trabajaba por la libertad completa de sus semejantes, era digno de mejor suerte y no del puñal de un

cobarde asesino. Aguardo con suma ansiedad el correo inmediato para saber el giro que tomen las cosas en esa República, después del triunfo definitivo que ha tenido el ejército del gobierno y de la muerte desgraciada de Lincoln. No conozco los antecedentes de Mr. Johnson ni su opinión respecto de la cuestión de México, aunque presumo que ha de ser favorable a nuestra causa, porque, perteneciendo al pueblo, como él ha dicho, ha de participar de la opinión de éste, que no quiere una monarquía europea en México. Veremos, y entretanto nosotros seguiremos nuestra lucha sin desmayar.»

La muerte de Lincoln le asestó un rudo golpe, pero la sucesión quedó a salvo: Johnson justificó su confianza y Seward siguió en el Departamento de Estado, y su política hacia México se mantuvo inalterable. Variable, sí, entre las vicisitudes de la guerra civil, fluctuando con las fortunas del Norte y los altibajos de la lucha en México, pero nunca dudosa su dirección fundamental, el dedo índice señalaba siempre la evacuación del continente, aunque la voz no subía nunca a un tono más perentorio que un murmullo. En 1864, cuando la marea repuntaba en favor del Norte y el Congreso adoptó una resolución belicosa contra la monarquía en México, Seward impuso la sordina a la agitación y aseguró a Napoleón que la política exterior era de la incumbencia exclusiva del Ejecutivo, y que la actitud del Congreso no modificaría de ninguna manera su dirección del Departamento de Estado. La exaltación de la opinión pública lo ponía en aprietos. En las elecciones de 1864 los programas de todos los partidos pedían una actitud más agresiva, y en los últimos meses de la guerra civil se intensificaba la agitación en pro del empleo de las tropas en México; sin embargo, el secretario de Estado andaba siempre en dilatorias. Al llegar el momento en que el coloso que tenía el poder tomara la determinación de hacer desaparecer a los invasores con un solo soplo, Seward prometió bufar, pero siguió andando con cuidado y hablando quedo. La Legación mexicana estaba pletórica de voluntarios; Grant simpatizaba con la idea; Sherman se interesaba también; Scofield pensaba encabezar la expedición y estaba en vías de arreglarse con Romero, cuando Seward intervino y mandó al general a París con el encargo, según su expresión, de extender sus piernas debajo de la poltrona de Napoleón y pedirle diplomáticamente que saliera de México. Los soldados razonaban como estadistas. Según Sherman, una colisión era inevitable; según Grant, el Imperio vecino obligaría a la República Norteamericana a permanecer en pie de guerra, corrompiendo así las instituciones

democráticas con las costumbres castrenses; pero el estadista siguió militando a su manera. Dispuesto a prestar ayuda moral y diplomática, se opuso a la ayuda militar, salvo en la forma subrepticia de contrabando de armas. Resuelto a evitar las hostilidades declaradas, confiaba en lograr el mismo resultado a fuerza de presión diplomática, respaldada por el belicoso espíritu popular, que el viejo estadista amordazaba, frenaba y exhibía alternativamente con mano maestra —en suma, por una guerra de nervios. Juárez entendía su política, se conformó por fuerza, y sufrió las consecuencias.

En el verano de 1865 este factor comenzaba a surtir efecto. Napoleón estaba cansado, inquieto, y a la defensiva. Ya era imposible corregir el cálculo inicial, que le llevó a sincronizar la intervención con la guerra de los Estados Unidos y a especular sobre el triunfo del Sur y la disolución de la Unión, porque aquel error iba vinculado con otro cálculo erróneo original. La fuerza de resistencia manifestada por los mexicanos, otro elemento que subestimó, impidió que consumara su conquista durante los dos primeros años, cuando las fortunas de la Confederación estaban en el ascendiente, y había mantenido la inestabilidad del Imperio hasta que el triunfo del Norte quedara asegurado. Aunque el cálculo inicial era acertado desde el punto de vista histórico, la lenta ejecución del plan había atrasado el reloj y echado a perder la oportunidad irrecuperable. Confrontado con la creciente hostilidad del pueblo norteamericano y la nerviosidad del pueblo francés, Napoleón se vio precisado a poner fin a la aventura cuanto antes, y sus armas y su diplomacia se enderezaron, mancomunadamente, a despejar el camino para una retirada voluntaria.

En julio, una ofensiva general contra las fuerzas de resistencia en el Norte puso en peligro a Chihuahua y obligó a Juárez a retirarse hacia la frontera en los primeros días de agosto. «Este chubasco será pasajero y no importa un triunfo definitivo del enemigo», avisó a su familia, antes de salir de Chihuahua. El gobernador del estado, menos confiado, le instaba a que pasara la frontera, y el consejo, dado por un compatriota, provocó una respuesta anormalmente amplia y anormalmente brusca del Presidente. «Señor don Luis —vino la réplica—, nadie mejor que usted conoce este estado. Señáleme el cerro más inaccesible, más alto, más árido, y subiré a la cumbre y me moriré allí de hambre y sed, envuelto en la bandera de la República, pero sin salir de la República. ¡Eso nunca!» Al salir de Chihuahua, los franceses estaban a sólo cuarenta leguas de distancia, y tan cerca llegó la persecución,

que lo obligó a hablar y hasta a cantar. Cuando los mismos mexicanos propusieron que hiciera el juego del enemigo, ya era hora que el Presidente levantara la voz; y camino al Paso del Norte, escribió a un amigo: «Dondequiera que yo esté, sobre la cima de una montaña, o en el fondo de una barranca, abandonado de todos, quizás, no dejaré de empuñar la bandera de la República hasta el día del triunfo.» El tono subido correspondía al peligro. Siendo la frontera la línea divisoria entre el fracaso y el triunfo, tuvo que denunciar el infundio pernicioso de haberla pasado; ése fue el único peligro en aquel momento, y así lo comprobó su retirada al Paso.

En el Paso los vecinos del Norte tuvieron la oportunidad de tratarlo: a los norteamericanos no les estaba prohibido pasar la frontera, y uno de ellos aprovechó la ocasión. Mr. Bartlett combinaba las obligaciones de inspector de aduana con la vocación de periodista, y llevando una vida sin novedad del otro lado del río, vagaba siempre en busca de distracción de las unas y de material para la otra. La mañana del 15 de agosto andaba de paseo por el lado mexicano, cuando le llamó fuertemente la atención una insólita conmoción. El plácido ambiente del Paso —«el zumbido monótono de los insectos, el susurro suave del follaje, el sol incomparable, los cabreritos andando por las lomas desnudas del pueblo, y uno que otro vaquero o arriero pasándola en las amplias calles»— de repente se perturbó a la voz de dos gritones corriendo de puerta en puerta y pregonando, «¡Ahí viene! ¡Ahí viene Juárez! ¡Ahí está!» La buena nueva despertó el soñoliento pueblo a tiempo para poblar la calle mayor, cuando el Presidente y su escolta llegaron, varias horas más tarde; y aprovechando tan feliz ocurrencia, el norteamericano errabundo logró una entrevista con el errante mandatario mexicano. Lo que más le impresionó fue, precisamente, lo menos pregonado. «La expresión de su semblante era simpática —apuntó, perfilando los puntos principales—. Su porte era el de un caballero culto y sabio, lleno de soltura y dignidad. Su conversación carecía de la fluidez y de la vehemencia que caracterizan a los españoles. Su voz era baja y agradable, y muy a menudo se interrumpía, como pesando la impresión de sus palabras. Su indumentaria era la de un ciudadano Presidente y desde el punto de vista americano, impecable —levita negra de paño ancho, chaleco de lino blanco, guantes blancos, calzado pulido—. El traje, ajustado perfectamente a su cuerpo robusto, lo llevaba con la gracia de un cosmopolita acabado.» El periodista se dedicó a «estudiar al indio zapoteco», cuya fama había pasado la frontera mucho

antes de su llegada al Paso, y lo observaba, según su propia confesión, «con los ojos curiosos de un joven norteamericano, que había tratado personalmente a Lincoln, Grant y otros grandes héroes y estadistas del conflicto americano», sin sufrir una decepción. Tuvo varias oportunidades de tratarlo después, «y mientras más lo conocí y lo estudié, más me impresionaron la grandeza y la bondad de su carácter». El inspector de aduana no tardó en comunicar sus impresiones a sus compatriotas, y en breve se formaron relaciones de buena vecindad con la ribera norteamericana. Más de una vez el Presidente fue convidado a cruzar la frontera para recibir el homenaje de sus simpatizantes norteamericanos, y aunque tuvo que declinar tales tributos, hizo cuanto estaba de su parte para fomentar las buenas relaciones, acompañando a su comitiva hasta el borde del río, cuando su familia oficial se fue a un baile en su honor por los aburridos oficiales de Fort Bliss.

Más extensión había alcanzado su fama en la otra América. En Lima y en Santiago de Chile se vitoreaba el nombre de Juárez en manifestaciones de solidaridad con su causa; en Montevideo se le consagró una medalla, acuñada en honor de Zaragoza; en Colombia el Congreso acababa de declararlo Benemérito de las Américas y de colocar su retrato en la Biblioteca Nacional en homenaje a sus méritos y como modelo para la juventud colombiana. Al llegar al Paso se enteró de estos tributos con característico pudor. «He visto el decreto que me consagra el Congreso —escribió a su familia—. Yo agradezco este favor, pero no me enorgullece, porque conozco que no lo merezco, porque realmente nada he hecho que merezca tanto encomio: he procurado cumplir con mi deber y nada más.» Porque era Juárez. No sólo por modestia rehuía estos tributos: la pasión del deber lo impersonalizaba en su propio concepto. Menos aún le envanecieron los tributos de sus amigos norteamericanos. En julio, un emisario de Maximiliano se presentó en Washington con la misión de agenciar el reconocimiento del Imperio; Seward se negó a recibirlo, y Juárez reconoció, por su parte, que el gobierno norteamericano había llegado hasta donde podía. No se hacía ilusiones y previno a su familia contra el optimismo prematuro. «Según los partes telegráficos que publica el periódico de Denver que tenemos aquí hasta el 30 de julio, sigue en el gabinete de esa República Mr. Seward, y mucho me temo que aun cuando este personaje salga del Ministerio, nada pueda hacer ese gobierno en nuestro favor, porque harto tiene que hacer en su casa para reorganizar su administración y para extirpar los gérmenes de revolución

que aún se conservan ocultos y que, pasados los primeros momentos de sorpresa de una reciente victoria, comenzarán a desarrollarse no sólo en los campos de batalla, sino en los mismos campos del gobierno. Natural es que éste los prevea, y por eso debe cuidarse mucho de no comprometerse en una guerra con la Francia o con cualquiera otra nación poderosa. Sólo sería posible una pronta colisión con la Francia si Maximiliano o Luis Napoleón provocaran a los Estados Unidos con algunos actos hostiles; pero es lo que menos harán porque tendrían que habérselas con un coloso a quien se humillarán para complacerlo en todo, prescindiendo sin rubor de la insolencia y del orgullo con que tratan a los débiles. Poco hay, pues, que esperar de los poderosos, porque éstos se respetan porque se temen y los débiles son los únicos sacrificados, si por sí solos no procuran escarmentar a sus opresores. Nada de eso me sorprende porque hace mucho tiempo tengo la más firme convicción de que todo lo que México no haga por sí mismo para ser libre, no debe esperar ni conviene que espere que los otros gobiernos u otras naciones hagan por él. Auxilios negativos son los únicos que puede darnos esa nación, tales como el que no reconozca el imperio de Maximiliano y que no nos fusile por la espalda, como dice Negrete que intentaban con él los confederados en Matamoros. Siempre es un buen auxilio no tener por enemigo a un pueblo vecino, y esto nos basta.»

Con la espalda a la frontera y con los franceses en Chihuahua, su posición era más expuesta de lo que quería confesar. Entre la prudencia del amigo y la cautela del enemigo el margen de seguridad era muy limitado. A lo mejor, la ayuda estadunidense era un beneficio dudoso; excluido el auxilio militar, el apoyo moral y diplomático sólo servía para violentar la persecución y tenerlo acosado en los límites del territorio. El redoblar de la persecución, en cambio, le daba la mejor prueba de los apuros de los franceses y abundaban las pruebas de que la marea cambiaba en su favor. Los tránsfugas miraban hacia atrás: viraje que no le extrañaba, ya que conocía a sus compatriotas mejor que el extranjero. «Éste es el mundo, y el mundo mexicano, que es capaz de atarantar al mismo Luis Napoleón, si viniera unos días a vivir en México. Es singular esa gente de México: al que no la conozca y es fatuo, sus ovaciones y adulaciones lo embriagan, lo tiran y lo pierden también.» Y los tránsfugas no eran los únicos que dudaban: los escépticos, los cínicos, los detractores de antaño tornaban a la fe, reconociendo sus errores. Altamirano, que en 1861 le había apodado el Dios Término, desagravió el escarnio ahora con creces. «Nada

importa —le escribió— que defeccionen a bandadas esas aves de rapiña, que abandonan nuestra santa causa porque no pueden conseguir a su nombre el bienestar, que fue siempre su móvil. Mejor, el gran partido de la Patria se depura, y más vale solos que mal acompañados, como me dice Riva Palacio. Por otra parte, de hombres descorazonados nada bueno puede aguardarse. Esta cuestión es de fe y de justicia y si algo garantiza nuestro triunfo, es la gran llama que arde, sin extinguirse, en el corazón del padre de la Patria. Ciertamente, los que desfallecen no tienen sino que volver la vista hacia usted y esto tranquiliza y alienta. Así, cuando las falsas versiones publicadas en el extranjero han dicho que había usted salido o pensado salir del territorio y algunos crédulos han dudado, yo he sonreído de cólera y de desdén, y les he dicho: —más fácil es que la tierra salga de su eje, que ese hombre de la República, ese hombre no es un hombre, es el deber hecho carne. —Pero ¿dónde está?, me han replicado. —Yo no sé cómo se llama la línea de tierra que ocupa en este momento, pero él está en la República, piensa en la República, trabaja por la República y morirá en la República, si un rincón quedara sólo en la Patria, en ese jirón estaría uno seguro de hallar al Presidente. —En eso no he hecho más que justicia y me avergonzaría si un solo instante hubiese yo dudado de su virtud y de su fe.»

El dios Término cosechaba el tributo del tiempo y la deidad se mostró debidamente agradecida. No era desdeñable el apoyo moral, cuando lo recibía de sus propios compatriotas, aunque llegaba muy atrasado. Entre otros trofeos del tiempo, el Presidente tuvo la satisfacción de saber que el diputado que lo había acusado de traición a la patria, en 1861, con motivo del Tratado McLane, acababa de morir cantando la palinodia —o así se lo aseguraba Prieto; no lo sabía con seguridad—, «pero, sea de esto lo que fuera, lo cierto es que mis enemigos no tienen razón de serlo. Si algún mal causo a los traidores, es por error de entendimiento, y no por deliberada voluntad. No es mi fuerte la venganza». Pero el flujo y el reflujo de la fortuna, que postraba a los pasivos a sus pies, le privaba también de unos viejos y valientes colaboradores. Le dio pena saber que Zarco había recibido alguna proposición indigna, aunque suponía que la habría desdeñado, «porque eso sería quebrantar el ayuno antes del mediodía». En esa hora de la modorra que para él era ya la luz meridiana, los miopes que, por falta de visión, flaqueaban en la última jornada pusieron a dura prueba su paciencia. Zarco no desmereció su confianza, pero otros faltaron a su palabra. González Ortega había cruzado la frontera, seis meses antes,

ostensiblemente para evitar el territorio enemigo y volver a reincorporarse a la lucha..., pero no había vuelto.

A los franceses, sin embargo, sólo les importaba una defección —la suya propia. La ofensiva contra Chihuahua tenía por objeto expulsar al Presidente del país; en las instrucciones que Bazaine recibía de París se recalcaba la impresión política que tendría tal triunfo en Europa y en los Estados Unidos. Pero, al mismo tiempo, Napoleón previno a Bazaine que la actitud de Washington, tratable todavía, bien pudiera volverse amenazante el día menos pensado, y la indecisión dinámica así comunicada al comandante en jefe neutralizó la impresión apetecida. La prudencia de Bazaine inmovilizó la columna que ocupaba Chihuahua, y que tenía órdenes terminantes de no proseguir la marcha, por temor de capear la bandera tan cerca de la frontera, que pululaba ya con tropas y alborotadores norteamericanos. Para lograr el efecto apetecido se recurrió a un atajo. A fines de septiembre, el comandante francés en Chihuahua informó a Bazaine que, según un rumor corriente, Juárez no tardaría en pasar la frontera. El tiempo del verbo sufrió un cambio en tránsito, el rumor se transformó en un hecho consumado al llegar a la capital, y el comandante en jefe aprovechó el error.

El 3 de octubre Maximiliano hizo una declaración y publicó un decreto, que pusieron de manifiesto el efecto funesto del infundio. «La causa que con tanto valor y constancia sostuvo don Benito Juárez había ya sucumbido no sólo a la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos —decía la declaración. Hoy hasta la bandera en que degeneró dicha causa ha quedado abandonada por la salida de ese jefe del territorio patrio.» De ahí el decreto. El decreto proscribía a todas las fuerzas de resistencia restantes, asimilaba a las regulares y las guerrilleras a las gavillas de bandidos, y hacía mandataria la última pena, en un plazo de veinticuatro horas y sin apelación, para todo mexicano cogido con las armas en la mano o formando parte de un grupo armado, sin importar el pretexto político manifestado. Dirigido ostensiblemente contra los bandidos que operaban entre las líneas, el decreto era, en realidad, una redada que confundía deliberadamente a delincuentes y partidarios cogidos en sus redes, colocándolos todos sin discriminación al margen de la ley y de las reglas de la guerra civilizada; y en un artículo complementario, propuesto por Bazaine, imponía automáticamente penas de multa y prisión a cualquier individuo o comunidad que diera asilo a tales gavillas, ayudándolas y socorriéndolas de cualquier modo, o faltando a la

orden de denunciarlas y combatirlas. Que la medida era bárbara, lo reconoció el mismo Bazaine. En una circular comunicada a todos sus oficiales en campaña, el comandante en jefe citaba una amplia lista de atrocidades cometidas por los patriotas y ordenaba las represalias correspondientes, prohibía la retención de prisioneros e imponía el adiestramiento de los soldados para su misión en México. «Las represalias se vuelven una necesidad y un deber. A todas estas gavillas y sus jefes el Decreto Imperial de 3 de octubre los tiene proscritos. Nuestros soldados deben comprender que a tales adversarios no se les devuelven las armas: estamos librando una guerra a muerte, una guerra sin cuartel, entre la barbarie y la civilización, De bando a bando hay que matar o morir.» Pero la medida no era solamente bárbara; era un disparate que puso de manifiesto los apuros de los franceses, y que rindió el tributo más terrible y transparente a la indomable prosecución de la lucha por Juárez.

El decreto era el primer fruto de la guerra de nervios. Las repercusiones fueron tremendas, como se preveía, y superaban, en realidad, a todas las previsiones. Hacía tiempo que los consejos de guerra practicaban los mismos rigores quieta y discretamente; pero (como decía un apologista) ¿por qué ponerlos por escrito? El bando no hacía más que proclamar y confirmar lo que había llegado a ser una práctica común y corriente desde la ocupación de la capital por Forey. En aquel entonces, para poner coto a los robos nocturnos, la policía militar hacía una redada de los sospechosos todas las mañanas y los golpeaba públicamente ante el Estado Mayor: la capital no tardó en volverse habitable, pero no así la campiña. En el interior, en la misma época, se establecieron los consejos de guerra permanentes para ajusticiar a los bandidos, y las sentencias se ejecutaban sin apelación, en el plazo de veinticuatro horas. En este ramo del arte militar, Bazaine no hacía más que desarrollar la obra iniciada por Forey. Al cabo de dos años, la campiña era del todo inhabitable, incluso en la zona ocupada, y con la extensión de las líneas la ley marcial cobraba siempre más alcance. Resultaba cada vez más difícil distinguir entre bandidos y guerrilleros: el bandido preso era patriota, el patriota libre talaba el territorio; y para las guarniciones francesas lo más expedito era confundir los dos y sujetarlos a la misma sentencia sumaria. «Una de las tristes consecuencias de las guerras civiles —explicó un oficial francés— es que empuja a ambos bandos a recurrir a represalias. En las condiciones en que luchábamos en México, solos en un país en plena insurrección, todo atentado contra nuestras personas o nuestros intereses

tenía que reprimirse implacablemente. La conducta de nuestros adversarios hubiera bastado, si fuera necesario, para legitimar los métodos de represión empleados por nosotros. Por eso, vemos a columnas ligeras talando el país, incendiando los pueblos hostiles y haciendo incursiones para castigar a los habitantes por su complicidad con el enemigo. A veces los inocentes, que despiertan nuestras sospechas, caen víctimas de un sistema que nos imponen las circunstancias mismas. Cada vez que encontramos armas francesas en localidades aisladas, fusilamos al dueño e incendiamos las chozas; las armas provienen probablemente de soldados caídos en una emboscada. Además, el solo hecho de coger a un habitante con armas en su poder, le expone a la última pena. Es el único modo de imponer respeto a un país de diez millones de habitantes, con una fuerza de ocupación relativamente muy débil.»

La crueldad del débil se extendía hasta donde llegaban sus líneas y sus extremos. En los primeros días de la guerra, las tropas regulares respetaron la resistencia de los patriotas. «Los mexicanos han dado pruebas de tenacidad y de inteligencia en la defensa, palmo a palmo, de su tierra —reconoció el mismo oficial—. Estas cualidades honran a las tropas disidentes tanto más cuanto que se reclutan generalmente por la fuerza entre los vecinos de los pueblos y de los ranchos que atraviesan, y muy a menudo bandos enteros se amotinan y abandonan a sus jefes para regresar a sus hogares. Huelga decir que tales bandos, armados con malas carabinas y cañones mal montados y peor manejados, no son muy temibles; la caza que les dimos les inspira un terror saludable, y se retiran generalmente ante nuestra aproximación.» Pero no eran éstos los únicos adversarios. «Además de estos elementos de calidad inferior, encontramos a guerrillas integradas por hombres enérgicos, vigorosos, experimentados, que conocen el país admirablemente y que aprovechan todos sus recursos. Estos guerrilleros son los que saquean las haciendas, interceptan nuestros convoyes y caen sobre nuestros pequeños destacamentos y los destruyen: por regla general, retroceden ante nosotros y atacan únicamente por sorpresa y siendo diez contra uno.» Las tropas regulares eran las más fáciles de derrotar, presas de pánico por sus propios métodos, que sembraban confusión entre sus filas. «Los mexicanos muy a menudo cometen el error de atacar sin esperar la llegada de todas sus tropas, y se hacen batir en detalle por un adversario mucho menos numeroso. Las cargas a la bayoneta por la infantería mexicana se realizan con la máxima confusión. Ora

todos corren en desorden sin disparar; ora algunos disparan corriendo; otros se paran para ponerse a cubierto; en seguida, toda la masa se precipita con gritos y alaridos salvajes, lanzando insultos y vituperios vulgares.» Pero, siendo infrecuentes las batallas campales, el grueso de la guerra lo llevaban las guerrillas. Para combatirlas se creó en 1863 la contraguerrilla bajo el mando de un tal Dupin, aventurero francés que hizo sinónimo su nombre de sevicia dondequiera que operaba. Después de limpiar el estado de Veracruz, pasó a Tamaulipas, donde desplegó la misma eficiencia feroz. Los aterrorizados habitantes poblaron los árboles. «Nadie llegaría nunca a creer con cuánta facilidad se colgaba a un hombre de un árbol, según uno de sus soldados. A todo el que sospechábamos de tener relaciones con el enemigo, lo matábamos; los guerrilleros hacían otro tanto por su parte; de modo que los pobres diablos que vivían ahí no tenían más perspectiva en la vida que la cuerda.» No había nada nuevo, pues, en el Decreto Imperial. «No hizo otra cosa Dupin», al decir de un conocedor; sólo que el sistema ramificaba. El carácter de la lucha borraba gradualmente la distinción entre la guerra regular e irregular, y el decreto sanguinario sancionaba y generalizaba la exterminación en masa del enemigo, en un paroxismo de la ley marcial, con la adopción de la ley de la selva. —Pero ¿por qué publicarlo? ¿Por qué arrojar las cuentas del Imperio para que todo el mundo las leyera en rojo y negro? El efecto funesto de aquel error no se limitaba a México: la opinión extranjera se indignó y Washington protestó ante el gobierno francés. Drouyn de Lhuys, el nuevo Ministro de Relaciones, se lavó las manos de la responsabilidad y remitió al ministro norteamericano al gobierno que Washington se negaba a reconocer en México. «¿Qué es este gobierno de Juárez que os interesa? —Contestó imperturbablemente—. No tiene finanzas, no tiene administración, no tiene siquiera una capital. ¿Quién sabe cómo se llaman sus funcionarios y sus oficiales? Su poder es una pura ficción.» Y rechazando la protesta con una mano, propuso con la otra el reconocimiento del Imperio.

La responsabilidad la llevaban en partida doble Maximiliano y Bazaine. Éste reconocía la parte que le correspondía. «El Emperador, cuyo carácter parece ser esencialmente paciente, quería esperar hasta que saliera Juárez del país, antes de promulgar esta ley —explicó a París—. Su Majestad se ha resuelto, al fin, conforme a mi consejo, a dar una prueba de firmeza, que ha producido una buena impresión entre los conservadores.» Maximiliano, por su parte, había meditado la

medida por más de un año antes de adoptarla. Por más de un año se había quejado con Napoleón de la inactividad de Bazaine, de la repatriación prematura de las tropas, de la insuficiencia de las fuerzas francesas, de la falta de organización del ejército mexicano, del costo y de la dificultad de pacificar al país; y como no se hacía caso de sus quejas, tenía que hacer constantes concesiones al mariscal. Al regresar de su recorrido de las provincias en 1864, permitió la proscripción de las guerrillas y aprobó las sentencias sumarias de los consejos de guerra; más tarde, aprobó la ejecución de los prisioneros capturados en combate; poco después, desautorizó las apelaciones de sentencia; y al volverse alarmante la actitud norteamericana, dio el último paso y se rindió al imperativo de aplastar la resistencia con celeridad despiadada. La situación dictó el decreto. Harto cerca del árbol se hallaba el Emperador para aflojar la cuerda. No obstante, entre Maximiliano y Bazaine mediaba una distancia esencial. Para Bazaine la medida representaba simplemente un recurso profesional, justificado por la eventualidad, y el comandante en jefe la puso en vigor eficientemente; para Maximiliano representaba una amenaza, y el soberano la atenuó con la oferta de una amnistía, válida por un mes y renovada por otro. Entre la teoría de la amenaza y la práctica del decreto siguió vacilando desesperadamente, víctima inerme de una medida trágicamente compuesta de conveniencia y de escrúpulos. Bazaine carecía de escrúpulos, Maximiliano estaba plagado de dudas. Daba la muerte con reservas mentales, la matizaba, la aplazaba, la regateaba, pero mataba; y la contradicción lo comprometía irremisiblemente. Aunque su paciencia acabó por ceder a la ciencia del soldado, accedió a contrapelo al sanguinario edicto, y se obstinaba en eludir sus consecuencias dando instrucciones reservadas para que no se aplicara la sentencia a los adversarios honrados y sobre todo que se la suspendiera y que se le notificara inmediatamente, si Juárez y sus ministros cayeran presos. Hasta en aquella coyuntura no había abandonado la esperanza de una transacción, y la ilusión crecía con la inseguridad de su posición a medida que pasaban los meses mortales.

En noviembre el gobierno francés volvió a proponer a Washington el reconocimiento del Imperio y ofreció, en cambio, retirar las tropas de ocupación en un plazo por determinar. Seward aceptó la oferta y rechazó la condición y terminó una fina nota diplomática con una frase suave y elocuente: «Hasta los últimos cuatro años, cuando se preguntaba a un estadista o a un ciudadano norteamericano, cuál era el país

europeo menos apto a enajenarse las simpatías de los Estados Unidos, la respuesta era siempre la misma: Francia.» Casi nada decía el viejo político, pero bastante, en una guerra de nervios, para dar la impresión de una reticencia ominosa, y Napoleón se apresuró a negociar una solución diplomática de la cuestión mexicana. Al enterarse de estas conversaciones, Maximiliano se alarmó seriamente. «La prensa europea insinúa —escribió a Napoleón— que Vuestra Majestad tiene la intención de anunciar públicamente la retirada de vuestras tropas, dentro de un plazo muy corto, en conformidad con un arreglo análogo a la Convención del 15 de septiembre. Debo manifestar a Vuestra Majestad que una declaración semejante echaría a perder en un día la obra creada por tres años de penosos esfuerzos, y que el anuncio de cualquier medida semejante, combinada con la negativa de los Estados Unidos a reconocer mi gobierno, bastaría para destruir todas las esperanzas de la gente leal y, socavar irremisiblemente la confianza pública. Más aún, el honor del ejército francés sufriría lamentablemente en el concepto de la América entera, ya que no se dejaría de atribuir su retirada precipitada a un motivo muy distinto.» Maximiliano se veía súbitamente en la misma posición que el Papa. Al igual que a Su Santidad, no se le consultaba y no se le hacía caso; al igual que al Pontífice, se le trataba como un menor de edad y un hombre puesto en entredicho; al igual que al soberano romano, estaba a punto de ser descargado y abandonado; y al igual que Pío Nono, protestó. Acababa de recibir una carta de su antiguo secretario en Europa, el Barón du Pont, en que le remitía un recado de don Jesús Terán, el emisario de Juárez que trató de disuadirlo de aceptar la corona en Miramar y que le aconsejaba ahora que celebrara un armisticio con el gobierno constitucional, que licenciara el ejército francés y que se retirara sin tardar, y le ofrecía sus buenos oficios para llegar a un arreglo honorable con Juárez.

De este consejo, Maximiliano retuvo sólo la idea de un armisticio, y la forma en que contestó a la oferta eliminaba la hipótesis de hipocresía —una inconsecuencia, por lo menos, de la cual era incapaz— y pecaba, por el contrario, de candidez tal que nadie más que él era capaz de manifestarla. «Terán —escribió al barón— es un verdadero patriota, como su amo; tiene las mejores intenciones respecto a su país; si está bien informado, debe de saber que en toda discusión yo defiendo a su amo y siempre reconozco qué tan útil ha sido para México en muchos aspectos; pero a él le ha sucedido lo mismo que a nuestro buen viejo amigo Gutiérrez, lo que sucede a todos:

exagera y olvida la realidad. Yo di fe a lo que me decía Terán antes de mi salida de Europa; sabía que las ideas de los pobres desterrados y de la Regencia embarazada no eran más que fantasmagorías, nunca me hice ilusiones; pero me encontré con que la situación no era tan triste como la pintaba entonces Terán, ni como quisiera hacerla aparecer todavía; este país es mejor que su fama, y mejor precisamente en el sentido contrario a los desterrados. Todo lo dicho por Gutiérrez y sus amigos es falso y fundado en errores irreparables de más de veinticinco años de ausencia involuntaria. El país no es ni ultramontano ni reaccionario; la influencia del clero es casi nula; la de las antiguas ideas españolas, casi desbaratada; pero, por otra parte, el país no es todavía liberal en el buen sentido de la palabra. Está desorganizado por cincuenta años de cambios continuos y por la constante inmoralidad de sus gobiernos, ya liberales, ya conservadores; todas las cuestiones políticas no tenían por base más que el dinero y la influencia: "Guardar o coger". El asunto del momento y del porvenir es organizar el país con reflexión y paciencia: obra que no admite ni milagros ni transiciones bruscas; y yo procuro evitar el único error de mi predecesor Juárez, que en el corto periodo de su presidencia quiso deshacer y reformarlo todo.» Con Juárez, pues, estaba dispuesto a mostrarse paciente. «Tengo muchos deseos de llegar a un entendimiento con Juárez —prosiguió el Emperador— pero antes de todo, debe reconocer la decisión de la mayoría efectiva de la nación, que desea tranquilidad, paz y prosperidad, y debe resolverse a colaborar con su energía e inteligencia inquebrantables en la ardua tarea que he emprendido… Que venga a ayudarme sincera y lealmentc, y se le recibirá con los brazos abiertos, al igual que todo bueno mexicano. No puede tratarse de armisticio, porque ya no hay enemigos leales, sino únicamente partidas de bárbaros bandidos, consecuencia natural de tantos años de guerra civil; partidas como las que tanto mal han causado en Italia y Hungría.» El Habsburgo era capaz de transigir, pero no de capitular, y concluyó la carta con suave condescendencia: «Podéis decir que estoy dispuesto a recibir a Juárez en mi Congreso y entre mis amigos.» Específicamente, tenía pensado ofrecerle su antigua posición de Presidente… de la Suprema Corte.

En los días en que Maximiliano se permitió estas amenidades, ya se habían ejecutado cincuenta sentencias bajo el Decreto Imperial del 3 de octubre.

11

Al mismo tiempo que Juárez provocaba una convulsión moral en el campo enemigo por su indomable defensa del país, se vio amenazado por un cisma en sus propias filas. La posición de Presidente de la Suprema Corte, que tan imborrablemente había determinado su destino político, era una fuente de dificultades hereditarias. Valiéndose del mismo título, González Ortega había reclamado la sucesión a la Presidencia de la República en diciembre de 1864. Esta pretensión era un cálculo erróneo por varias razones: error matemático, en primer lugar, porque faltaba todavía un año antes de vencerse el periodo presidencial; y error crónico y característico, en seguida, desde el punto de vista constitucional, político y moral, ya que la eventualidad no había dejado al país acéfalo; y Juárez no le hizo caso en diciembre de 1864. Tenía contrariedades más graves en aquel momento: su hijo agonizaba. Meses más tarde, cuando González Ortega salió del país sin regresar, Juárez dio por resuelto el problema, «pues es visto que lo que quiere es descansar —escribió a su yerno— y sólo cuando la vea frita y cocida se volverá a reclamar la Presidencia», y se negó a tomar en serio los rumores de que el pretendiente se había incorporado al coro de sus enemigos en el extranjero, «pues sería degradante descender hasta el fango en que se agitan tan inmundos reptiles». Pero, aunque sin hacerle caso, no pudo olvidarlo por completo, porque Ortega, al igual que Doblado, se metía en la defensa del país en el extranjero. Enterado de que reclutaba voluntarios en Nueva York, el Presidente notificó a la Legación de que estas actividades carecían de autorización, y en una carta a Santacilia aludió de paso a su irresponsabilidad en otro asunto oficioso: «Le diré también que Ortega ha dicho que yo tengo mucho interés en recomendarle para que sea el futuro Presidente de México, lo que no creo, aunque puede ser que Ortega por su natural ligereza lo haya dicho; pero ello no es cierto.» Siguió juzgándolo un campeón de peso ligero, y hasta logró exprimir de sus pretensiones una gota de alegría y otra de compasión: «Es que, como me ha dicho otra vez, está cansado y desalentado y necesita estar lejos del enemigo para reanimar su espíritu abatido. Diré a usted un chasco que le pasó a ese buen hombre, cuando estuvo en el Parral, estando yo en esa ciudad de Chihuahua a fines de octubre del año anterior. Asistió a un baile que le dieron los vecinos de aquel lugar, y a la hora de los brindis tomó su copa Ortega y brindó para que pronto desapareciese del mando Benito Juárez, que tantos males había

causado a la República; pero aún no acababa de pronunciar las últimas palabras, cuando le paró el doctor don Manuel Robles, vecino del mismo Parral, y lleno de indignación y con enérgica entereza, brindó porque Ortega recogiera aquellas palabras injuriosas al primer Magistrado de la República, a quien la nación juzgaba de distinta manera que Ortega, y que si el señor Juárez no había podido hacer todo el bien que deseaba, era porque los que ambicionaban el mando supremo le habían servido de rémora, haciéndole una oposición sistemática. Ortega no esperaba esta descarga que le desconcertó y tuvo la humillación de retirar su brindis, dando miles de satisfacciones al señor Robles. ¿Qué mayor pena puede aplicarse a un tan alto personaje como Ortega? Aunque esto ha sido notorio en este estado, conviene que nosotros lo reservemos».

La siguiente alusión al rival era todavía tolerante de una molestia. «Quedo impuesto de la especulación de G. Ortega, que no me extraña, porque hace tiempo ha dado a conocer su afición al dinero y su ningún escrúpulo en elegir los medios de conseguirlo. Esa afición es uno de los móviles que lo hacen delirar por la Presidencia de la República, la que considera como un medio de enriquecer y de satisfacer todos los vicios. En esta materia Ortega es de la escuela de don Antonio López de Santa Anna. Por este motivo no sólo no le he confiado ninguna comisión en ésa, sino que me he apresurado a decir a usted y a Romero que no lleva ninguna autorización del gobierno para nada.» Para septiembre de 1865, empero, a sólo tres meses de vencer su periodo legal, la situación lo obligaba a pensar muy seriamente en lo que importaba para México el reto de un campeón de peso pluma. «Aquí también se preocupan las gentes con lo que sucederá después de noviembre —confesó a su yerno—. Yo estoy en un potro, porque todos hacen depender de mi resolución la suerte del país. Ya debe usted comprender cómo estará mi cabeza. Ya veremos lo que se hace.» Sus comentarios ocasionales, cortantes, incrédulos, desdeñosos, enmudecieron ante el dilema planteado por el pretendiente. La situación era delicada y no el hombre.

La Constitución mandaba, en previsión de una situación anormal, que si por algún motivo no se hubiesen celebrado elecciones antes de vencerse el periodo, el Presidente debía retirarse y entregar el Poder Ejecutivo al Presidente de la Suprema Corte; y como no se había convocado a elecciones ni se podía celebrarlas en plena guerra, la pretensión de Ortega era legalmente indisputable. Pero no era aquél el momento de cambiar de caballo de batalla contra la corriente, y mucho

menos para ensillar a un héroe cansado que había apeado y abandonado la lucha por más de un año. Acatar el precepto constitucional al pie de la letra equivalía al suicidio. Ya se había llegado a la estación de los patriotas despernados. Doblado acababa de morir en Nueva York. «Habría dejado una memoria grata, si hubiera muerto en defensa de la patria»: Juárez no se permitió decir más. Negrete descansaba en México, pero no en paz, y a él le dedicó el Presidente dos o tres palabras más. Desobedeciendo sus órdenes de permanecer en Coahuila para distraer la atención del enemigo y proteger la insurrección en los estados colindantes, Negrete se había retirado a Chihuahua obligando a Juárez a retroceder hacia la frontera; y después de trastornar todo su plan de campaña, se había separado del gobierno, despechado porque no se le había recibido con arcos de triunfo, y se había retirado a la vida privada, no obstante tener su rango de general de división. Ahí estaba el mal, observaba Juárez amargamente. «Sólo Escobedo ha logrado irse con mil hombres para San Luis, y me prometo que ha de hacer algo de provecho, porque ni él, ni Treviño que va con él, son todavía generales de división. Éstos, con muy raras y honrosas excepciones, ya no pueden sufrir las penalidades de la campaña, y por esto se ve que unos se someten al yugo extranjero, otros van a descansar en país extranjero, a la vez que su patria lucha contra sus opresores, y otros hacen poco con mala gana. Por fortuna, no faltan hombres de corazón y de acendrado patriotismo que nada temen, y con ellos hemos de triunfar. Para ellos son la gloria y el reconocimiento de la patria.» Negrete había desbaratado su plan de campaña y Ortega amenazaba con aniquilar la confianza pública por gratificar su ambición. Por otra parte, el peligro de despreciar a Ortega y de desobedecer el precepto constitucional era grave, aunque la razón le asistía en adoptar esa alternativa. Antes de salir de la capital en 1863, el Congreso le había concedido facultades extraordinarias, bastante amplias para autorizar tal solución; pero temía llevarlas a extremos. «Respecto del negocio de la prórroga de mis funciones como Presidente de la República, medida que muchas personas me aconsejan dicte yo en bien del país, nada he resuelto, porque el punto es demasiado grave —explicó a Santacilia—. Aunque por mis facultades amplísimas dadas por el Congreso, creo que pueda hacer tal declaración, no ha de faltar quien ponga en duda la legalidad de la medida, y basta que Ortega, algún gobernador o algún jefe desconozca la autoridad prorrogada por mí, para que se encienda la guerra civil, y en tal caso sería completa la disolución de esta desgraciada sociedad. Todavía no he llegado a hacer tal declaración, y ya, admírese

usted, Guillermo Prieto y Manuel Ruiz están hablando y preparándose para protestar contra la prórroga: el uno por ponerse bien con Ortega, y el otro porque cree que, no encargándose éste del mando el día 1.º de diciembre, entrará, a funcionar sin otra razón que porque es Ministro de la Corte de Justicia.» El dilema agudo, oponiendo su instinto político a sus principios legales, hendía sus propias convicciones, y el peligro de desorganizar la defensa del país en el periodo más crítico de la guerra paralizaba su propia voluntad. Vacilando ante el enigma catastrófico, prometió a su familia que, al llegar el momento decisivo, se dejaría guiar por las circunstancias, la ley y la opinión pública; pero la contemporización no le eximió de una responsabilidad que, al fin y al cabo, tuvo que llevar a solas.

En medio de estas contemplaciones, un contrapeso cayó en la balanza. Mientras se debatía con su deber, se enteró de la pérdida de otro de sus hijos. «Mi querido hijo Santa: Estoy lleno de un profundo pesar por la muerte de mi querido hijo Antonio. Mi cabeza está abrumada y apenas puedo escribir estas líneas.» Empezó así una carta a su hijo político pero la dejó inconclusa, incapaz de decir más. Ocho días más tarde, repitió el esfuerzo. «Después de cerrada mi carta el día 15 me entregó el señor Lerdo la de usted de fecha 15 de agosto, en que me da la noticia y pormenores de la enfermedad y muerte de mi amado Antonio. Ya por los periódicos y por otras cartas había yo sabido esta nueva desgracia de nuestra familia y debe usted suponer lo que he sufrido y sufro, sin tener siquiera el consuelo de estar con ustedes para lamentamos juntos y consolamos mutuamente. Sólo me tranquiliza algún tanto la consideración de que usted y los amigos de confianza que en ésa tenemos procuran fortalecer con sus consejos a la pobre Margarita, por cuya salud tanto temo.» Y cambió de hoja. El choque fue saludable. Casi perdido el equilibrio con este nuevo golpe, lo recobró pensando en México y enfocando su atención en Ortega. El peso pluma corrió la balanza; la misma ligereza de su antagonista levantaba su pesadumbre, el espíritu obnubilado se irguió, y el Presidente vio claro su deber, con esa lucidez que proviene de una pena profunda, sufrida en una soledad inaccesible. Sus hijos dieron la vida, pues, por la patria. Subconscientemente, ya había desanudado su voluntad; conscientemente, siguió dudando; pero se burlaba de los prudentes. «Prieto y Ruiz siguen muy cuidadosos y agitándose mucho por puro amor a la patria. La cuestión de la Presidencia no les deja dormir. Da lástima ver lo que estos angelitos padecen.» Y con el sarcasmo los hizo de un lado, con sus últimas

dudas.

Pasada la prueba, Juárez dio a conocer su decisión publicando, a principios de noviembre, un decreto que prorrogaba sus funciones hasta poder convocar a elecciones; y al mismo tiempo acusó a Ortega como desertor militar y lo sometió a juicio. Aunque ambos pasos estaban bien fundados, la complicación de las dos cuestiones hizo del escarmiento un cargo muy inflamable. Al desafiar el prestigio y la popularidad de un héroe militar, cuya sed de poder se había agudizado con cuatro años de abstinencia y sumisión, el Presidente puso a prueba su autoridad moral y logró un triunfo doble. El primero y el más duro era el triunfo sobre sí mismo: en el caso de Juárez vs. Juárez, se emancipó al fin de esas ficciones legales que limitaban su autoridad real: la misma fuerza de las circunstancias lo había convertido en dictador, pero estaba reacio a reconocer tan evidente verdad hasta que la crisis lo obligó a superar la legalidad formal. El otro triunfo resultó mucho más fácil. A mediados de noviembre, Juárez regresó a Chihuahua. Los franceses acababan de evacuar la plaza; pero el Presidente pensaba quedarse poco tiempo en aquella capital, como explicó a su familia, «si, como es probable, vuelven a ocuparla los franceses, pues no es creíble que teniendo tanto empeño en hacer desaparecer el gobierno de la República, vean con indiferencia mi permanencia aquí. No tengan ustedes cuidado, pues yo procuraré situarme en algún punto en que no es fácil dar un golpe de mano». En aquel punto expuesto, la lealtad de la población le dio la primera prueba del efecto producido por su decreto. La reacción era excelente y «creo que la parte que defiende la independencia nacional —añadió— recibirá bien y aprobará estas resoluciones». El 1.º de diciembre pasó sin protestas, comprobando así la exactitud de su cálculo. «Sucedió lo que yo me temía, a saber, que aunque el general G. Ortega estuviera hábil para recibir el mando, no vendría, como no ha venido. La conveniencia, pues, que dictó la prórroga de mis funciones queda hoy más justificada, porque ha evitado la acefalia del país y el triunfo definitivo de la intervención. Prieto y Ruicito siguen de oposición, pero nadie les hace caso. Negrete se fue para Piedras Negras a donde es regular que se les reúnan Rafael Quezada y Aranda. Tampoco hará nada, porque se ha ido a un rumbo donde en vez de simpatías tiene odios en su contra.» Y pasó a cosas de mayor trascendencia. «Mucho celebro que ustedes sigan sin novedad, aunque a la fecha ya deben estar sufriendo el rigor del frío. Las chimeneas son un buen auxilio, pero bueno será que no se peguen mucho a ellas para que no

contraigan otras enfermedades. Yo creo que el frío, así como el calor, aunque mortificantes, son una necesidad que las leyes de la naturaleza han establecido para conservar y vigorizar al hombre, a las plantas y a los animales, y es necesario no contrariar esas leyes si no se quiere llevar en el pecado la penitencia.» Ocho días más tarde, no le quedaba duda alguna de que había obrado con acierto. «Si yo, consultando mi interés personal y mi egoísmo, me hubiera retirado el día 1.º, como pude haberlo hecho, hoy reinarían la anarquía y el desacuerdo, y ese gobierno habría desconocido la misión de Romero, diciendo que nosotros somos incapaces de gobernamos y dignos de ser esclavos. Creo que he salvado a México de esta mancha y estoy contento.» Con cada correo llegaban los parabienes, los mensajes aprobatorios, las promesas de apoyo; y Ortega se contentó con las protestas levantadas del otro lado de la frontera, que no tuvieron eco ni en México ni en Washington.

El triunfo le costó, sin embargo, viejas amistades. Negrete, Ruiz y Prieto se declararon por Ortega; pero había previsto su defección y no los echó de menos. «No siento, sino que celebro, la separación de Negrete que ninguna falta me hace», dijo al borrar su nombre de la lista. Manuel Ruiz, fiel compañero suyo durante quince años, se pasó al Imperio y para él compuso el Presidente un rudo epitafio: «Así ha terminado su carrera política un hombre a quien quise hacer un buen ciudadano, pero él se empeñó en ser lo contrario. Con su pan se lo coma.» Prieto procuró evitar la ruptura y se quedó con el recuerdo de un momento penoso, de lo que Juárez conservó una minuta cruel. «Me dijo que me quería mucho, que era mi cantor y mi biógrafo, y que si yo quería, que él seguiría escribiendo lo que yo quisiera; y ¿qué tal? Yo le di las gracias, compadeciendo tanta debilidad y no haciendo caso de sus falsedades… En fin, este pobre diablo, lo mismo que Ruiz y Negrete está ya fuera de combate. Ellos han valido algo porque el gobierno los ha hecho valer. Ya veremos lo que pueden hacer con sus propios elementos.» De todos los vejámenes de la vida, el más enfadoso era la lealtad de la gente liviana, y le dio un alivio profundo, y la prueba palpable de su propio peso, el hecho de que gravitaban ahora en la órbita de Ortega. En cuanto a éste, su comentario fue corto. «Si le queda algún resto de buen juicio y buen sentido, lo mejor que puede hacer es someterse o callarse.» Los viejos patriotas que se marchaban dejaban intacto al perdurable, y los jóvenes, los verdes, los valientes, subían a su encuentro; pero «aun cuando me quedara solo, no sería un mal», reiteró. «Más vale solo que mal acompañado.»

12

A mediados de diciembre los franceses tornaron a Chihuahua obligando a Juárez a regresar a la frontera. «Probablemente Maximiliano volverá a decir ahora con su aplomo genial que me pasé a los Estados Unidos y qué sé yo qué otras cosas, pero no le hagan caso, pues ya saben que él es así: auto-creyente», escribió a su familia. Su familia estaba preocupada por su seguridad: en Washington se hablaba de un complot para secuestrarlo. Para tranquilizar a los suyos, se puso a enumerar sus seguridades. Andaba sobre aviso y el autor del complot lo había revelado a Romero. Además, esperaba de un día a otro la llegada de un batallón de confianza. Además, se encontraba en El Paso, donde no había traidores. Además, Bazaine rehuía la frontera. Además, la fecha era el 21 de diciembre de 1865, y por último, «si, como se esperaba, Mr. Johnson dijo algo importante para México en su mensaje al Congreso, quedará ya completamente desahuciado Maximiliano, y los franceses pensarán ya seriamente en su retirada del país».

Efectivamente, el Presidente Johnson dijo algo importante para México en diciembre de 1865. Su mensaje al Congreso concluyó con una amenaza apenas velada para los franceses, que satisfizo plenamente a Juárez. «Dijo lo que debía decir y su dicho en nada nos perjudica —escribió el Presidente de México un mes más tarde—; por el contrario, a mí me sorprendió agradablemente lo que dijo, porque yo muy poco o nada me esperaba. Nunca me he hecho ilusiones respecto al auxilio abierto que puede darnos esa nación. Yo sé que los ricos y los poderosos ni sienten ni menos procuran remediar las desgracias de los pobres. Aquéllos se temen y se respetan y no son capaces de romper las lanzas por las querellas de los débiles ni por las injusticias que sobre ellos se ejerzan. Éste es y este ha sido el mundo. Sólo los que no quieren conocerlo se chasquean.» De ahí la importancia del mensaje para México. «Los mexicanos en vez de quejarse, deben redoblar sus esfuerzos para liberarse de sus tiranos. Así serán dignos de ser libres y respetables porque así deberán su gloria a sus propios esfuerzos y no estarán atenidos como miserables esclavos a que otro piense, hable y trabaje por ellos. Podrá suceder que alguna vez los poderosos convengan en levantar la mano sobre un pueblo pobre, oprimido, pero eso lo harán por su interés y conveniencia. Eso será una eventualidad que nunca debe servir de esperanza segura al débil. Eso será lo que puede haber en nuestra presente contienda, y sólo por eso podrá Napoleón retirar sus fuerzas, y

entonces nada importa que haya mandado y que siga mandando más tropas, que al fin debe retirarlas si así lo aconseja su temor a los Estados Unidos, o a su interés, o a ambas cosas, que es lo más probable. Tal vez su plan sea reforzar sus tropas para poder sacar ventajas en un arreglo que haga con el poderoso a quien teme y respete porque es fuerte. Veremos. Nosotros seguiremos la defensa como si nos bastáramos a nosotros mismos.»

Se repetía; se repetía sí, pero con un acento más firme que nunca. Se repetía con la regularidad de un rifle cargando y descargando, cobrando fuerza y precisión con la práctica cotidiana, y adiestrando su inteligencia con la repetición del mismo ejercicio hasta alcanzar una pericia que transformaba la fe pasional en confianza científica. Más que nunca el abanderado de México se bastaba a sí mismo y rebosaba satisfacción. Al cortar el nudo gordiano de la cuestión presidencial y asegurar la constancia de la lucha, tanto le sobraba suficiencia que se sabía igual a Napoleón, y al medirse contra el adversario, usaba un tono informal y hasta burlón. Hacía nueve meses que había dado en picarlo y en calcular «la proximidad de la derrota del nuevo historiador de Julio César». Ante el ojo experto la liberación del país estaba ya lo bastante visible para permitirse tales libertades. «Por algunas cartas que recibimos anteayer de San Francisco, se nos decía que dicho historiador había muerto, pero es claro que tal noticia no es más que un borrego, y es mejor que ese tirano viva para que sea testigo de su final derrota que me parece ya indefectible». Siendo así, para ocupar sus ratos libres y variar los contratiempos con los pasatiempos, el Presidente mandó pedir a Nueva York un ejemplar de la *Historia de César* y lo recibió, oportunamente, tres meses más tarde en El Paso. En París se leía la obra como un *roman á clef* y una apología del Imperio, en pos de paralelismos políticos y alusiones personales; pero de tales atractivos tenía pocos. Estudio serio, sobrio, objetivo y erudito, el libro aburrió al gran público, luego que el lector se dio cuenta de que no era más que un pasatiempo del Emperador, y nada divertido. Tampoco en México resultó muy provechoso. El trasunto del autor estaba implícito en la interpretación de su héroe y el criterio de Napoleón picaba sólo en la peroración del tomo primero: «No buscamos pasiones pequeñas en las ánimas grandes. El triunfo de los hombres superiores —y éste será un pensamiento confortante— nace de la elevación de sus sentimientos, mucho más que de las especulaciones del egoísmo y de la astucia: tal triunfo depende mucho más de su habilidad

en aprovechar las circunstancias que de la presunción de creerse capaces de ocasionar el nacimiento de los eventos; éstos están únicamente en las manos de Dios.»

Así, sin duda, se concebía Napoleón; pero dadas las circunstancias, su modestia resultaba todo menos que divertida en México. Si Juárez pensaba captar el ánimo del Emperador en la *Historia de César*, muy poco había de aprender de la lectura, a menos que fuera el hecho de que el autor había dedicado tanto tiempo a escribirla. Uno de los *obiter dicta* del Emperador tenía, sin embargo, una cierta correlación con su propia posición en aquel momento, en que se enfrentaba a la responsabilidad de prorrogar su ocupación del poder. En defensa de su golpe de Estado decía Napoleón: «La legalidad puede violarse legítimamente, cuando la sociedad corre a la destrucción y para salvarla es indispensable un remedio heroico, y el gobierno, apoyado por la masa de la nación, se hace el representante de sus intereses y deseos.» Empero, la analogía era penosa y Juárez no se hallaba bastante cerca del triunfo aún para concordar con Napoleón. Su confianza en la inminencia de la victoria se cifraba en datos perfectamente legibles: en el desaliento creciente de Maximiliano; en «la entrada al poder del plebeyo Johnson»; en la fatiga de los franceses; en su propia energía incansable, «a pesar de nuestra pobreza y de la defección, la fatiga o la ineptitud de la mayoría de nuestros generales»; y en la pertinacia con que volvía a encender, inextinguiblemente, una vela tras otra para el velatorio del moribundo imperio mexicano. Nueve meses más tarde, estaría en aptitud de escribir su propia *Historia de César*.

Para entonces tan favorable era el aspecto del porvenir próximo que Juárez celebró el año nuevo repasando la serie de retiradas y de peligros apenas eludidas de los últimos dos años, y valorizando lo que se había logrado con los recursos de una resistencia científica. Ahora sí, se podía revelar la verdad. Si los franceses, al apoderarse de San Luis Potosí en 1863, lo hubieran perseguido con no más de mil soldados, «es seguro que nos dispersan y nos arrojan hasta Monterrey. Si cuando salí del estado de Durango, después de la derrota de nuestras fuerzas en Majoma, hubieran mandado no más de quinientos hombres, se hubieran apoderado de Chihuahua, y me hubieran arrojado hasta esta villa; y si, cuando llegaron a Chihuahua en agosto del año anterior, hubieran continuado su marcha hasta aquí, y cuando yo no tenía más que veinte hombres desarmados, me hubieran puesto en aprietos. En fin, si hace dos años que contaban con dinero abundante, con un ejército florido,

numeroso y bien armado, con el prestigio que da la novedad y con las simpatías y la cooperación del partido clerical y de todos los traidores, hubieran utilizado estos elementos, tal vez desde entonces hubieran posesionádose, aun cuando hubiera sido por poco tiempo, de toda la extensión de este país; pero ahora podemos decirles lo que el gachupín al pollo que se tragó vivo y que le gritaba al pasar por el gañote: tarde piachi, amigo pollo. Ahora la cosa es diferente, no sólo porque perdieron las mejores oportunidades y ha disminuido la fuerza física y moral, sino que por la actitud que ha tomado esa República respecto de ellos, y por nuestra terquedad en no dejarnos subyugar, ya pelean sin porvenir, sin esperanza de ganar, y ya sabe usted que como decía el otro: el que no espera vencer ya está vencido. Vamos andando y el tiempo sancionará pronto esta verdad en este país.» Aunque la emancipación completa suponía aún mucha paciencia, la ciencia había ganado la fase más importante: la independencia de toda ilusión —ilusión de la derrota, ilusión de la duda, ilusión del auxilio— en tanto que los franceses se esforzaban todavía en combatir la verdad. Eso daba la medida de su obra; y eso lo autorizaba a citar otro testimonio de lo que había logrado. «El bueno de don Chucho Ortega aún no da señales de vida. Si su ceguedad lo llevare hasta el extremo de dar algún escándalo, ya le taparemos el resuello.»

13

Para fines de 1865 la intervención estaba virtualmente vencida. En noviembre Napoleón, abandonando la *Historia de César* y preocupado por el estilo suave de Seward, comenzó a codear a Bazaine instándole a que expeditara la reorganización del ejército mexicano, en vista de la evacuación del país en un plazo determinado. «Tengo esperanzas de que los norteamericanos, a pesar de sus bravatas, no irán a la guerra contra nosotros —le escribió—; pero, con ese peligro eliminado, debemos saber en qué condiciones vamos a dejar el país, después de nuestra salida. El Emperador Maximiliano debe comprender que no podemos permanecer en México indefinidamente y que, en vez de edificar palacios y teatros, es esencial que establezca orden en las finanzas y en los caminos. Hay que hacerle entender que será más fácil abandonar a un gobierno, que no ha hecho nada para suministrarse sus propios medios de subsistencia, que sostenerlo a su pesar.» Su irritación con Maximiliano era el reflejo automático del recelo que le inspiraba la actitud de los Estados Unidos. Rechazando el reconocimiento al Imperio, el Ministro de Relaciones, Drouyn de Lhuys, propuso la tolerancia tácita y, desairado de nuevo, se contentó con la neutralidad rigurosa; pero a tal fórmula también Seward se hizo el sordo y contestó invitando al gobierno francés a fijar una fecha para la evacuación; y sin esperar otra intimación, Napoleón la anticipó.

En enero de 1866, dio el primer paso mandando a Bazaine que preparara sus bártulos; le avisó que el lapso más largo para la repatriación progresiva de las tropas era un año o diez y ocho meses; y simultáneamente, informó a Washington en el mismo sentido. Napoleón se iba corriendo; pero la consigna era de salir caminando. Seward había iniciado el principio del fin; la intervención estaba en quiebra, pero la liquidación suponía tiempo —tiempo para desempeñar el honor de Francia, tiempo para retirarse con dignidad, tiempo para salvar las apariencias y dilatar la agonía— y a Bazaine le tocó el cometido de festinar lentamente.

La cuestión apremiante del año 1866 era, pues, el problema de la sucesión. En París, se tomaron en consideración dos soluciones y de esas la manifiestamente irrealizable era, naturalmente, la alternativa que favorecía Napoleón. «Circunstancias más fuertes que mi voluntad me obligan a evacuar México —explicó a Bazaine—, pero no quiero retirarme sin dejar al Emperador Maximiliano todas las posibilidades de sostenerse con sus propias fuerzas y la Legión Extranjera.

Debéis dedicar todo vuestro celo y toda vuestra inteligencia a organizar algo durable en aquel país, de modo que nuestros esfuerzos no se conviertan en pura pérdida. Para realizar esta ardua tarea tenéis un año o diez y ocho meses. Si, por acaso, el Emperador Maximiliano no tuviera la energía necesaria para permanecer en México después de la salida de las tropas, sería menester convocar una Asamblea, organizar un gobierno y lograr con vuestra influencia la elección de un Presidente de la República, con poderes por seis o diez años. Ese gobierno debería comprometerse, por supuesto, a pagar la mayor parte de nuestros créditos en México. Claro está que no debemos recurrir a tal combinación, salvo en el último trance. Mi deseo más vivo es que se mantenga el Emperador Maximiliano.» Perseverar en una falacia comprobada hubiera sido inexplicable, si la razón hubiera dictado la resolución; como evasiva psicológica, era harto lógica y trágicamente inteligible, pero no por eso dejó de ser una inconsecuencia criminal, que enredaba a Maximiliano en el mismo subterfugio culpable y lo implicaba en el penúltimo expediente. La solución daba la medida del hombre, y por no tener cara para reconocer su derrota y romper limpiamente, Napoleón mereció su apodo de *El Pequeño*.

Maximiliano, a su vez, se hizo cómplice de su ruina, dejándose alucinar por la forma de traición más sutil; pues Napoleón era franco, no disimulaba nada, no prometía nada, puso en la mesa todas las cartas para que le hiciera su juego, le abandonó la decisión y pasó la responsabilidad, imperceptiblemente, a sus hombros, apelando a su independencia y su orgullo; y el socio respondió al reto. A la forma de traición, de la que sólo el móvil era engañoso, leal, Maximiliano era sumamente susceptible. Tanto o más que Napoleón, le repugnaba reconocer su derrota y, en el momento mismo en que tenía la posibilidad de liberarse de su fiador, le faltó el ánimo de patentizar, por una retirada simultánea, que no era más que su creación y su criatura. Su dignidad también exigía una dilación decente; tenía un año o diez y ocho meses para demostrar su independencia; y se resolvió a permanecer en México.

Entre el principio y la consumación del fin, la transición era una fase preñada de peligro agudo para todos los corifeos de la catástrofe. La liquidación de la intervención era peligrosa, porque prolongaba desmedidamente la agonía; porque era absurda, anormal e improducente; porque la sanidad y la obsesión andaban aún inseparables; porque la aventura

moribunda engendraba alucinaciones mórbidas y la cría de la pesadilla no podía morir con el ensueño: y porque la fatídica indecisión fomentaba las fatalidades más imprevisibles.

Al recibir la notificación formal del retiro inminente de las tropas francesas, Maximiliano no pudo contener una breve demostración de sorpresa y acusó recibo del escarmiento con una nota cáustica a Napoleón, facilitándole el paso. «Vuestra Majestad se siente obligado por un apremio repentino a desconocer los tratados solemnes firmados conmigo hace menos de dos años, y me comunica vuestra determinación con una franqueza que no puede menos de haceros honor. Me cuento demasiado como vuestro amigo para querer ocasionar, directa o indirectamente, peligro alguno para Vuestra Majestad o para vuestra dinastía. Propongo, pues, con una cordialidad igual a la vuestra, que retiréis vuestras tropas del continente americano inmediatamente. Por mi parte, en atención a mi honor, procuraré llegar a un arreglo con mis compatriotas, en una forma leal, digna de un Habsburgo...» Pero se recuperó rápidamente y aprovechó la mala pasada imputándola a Bazaine. Éste reciprocó la imputación lamentando la inercia y la incompetencia de la administración civil. Cada uno barajaba el negocio: las explicaciones de Maximiliano contradecían las del mariscal y las del mariscal se contradecían entre sí. Los boletines militares eran optimistas; los informes políticos, desconsoladores, y la discrepancia era tan marcada que el Ministro de la Guerra dudaba que fueran obra de la misma persona y pidió explicaciones; Bazaine reconoció la contradicción y contestó que ambas versiones eran exactas y tenía razón; pero también lo eran las de Maximiliano.

Estas recriminaciones mutuas eran una cantinela crónica que el aprieto vino a agravar, pero que tenía ya más de un año de reiteración incesante e infructuosa. Según Maximiliano, a su gobierno, paralizado por las dificultades de pacificar al país, no se le podía justipreciar mientras no le fuese dable funcionar efectivamente. Seis meses antes había expuesto su posición sucintamente. «Pinté la situación muy francamente a Douay y a Dano —escribió a Napoleón—. Les dije, y les comprobé, que las cuestiones administrativas y políticas andaban bien; no pude decir lo mismo respecto a los asuntos militares y financieros. Ambos tuvieron que concordar conmigo en que se había repatriado a demasiadas tropas y que la guerra había devorado demasiado dinero. En estos dos puntos consiste la plaga de México; todas las otras cuestiones pueden solucionarse con tiempo y paciencia. ¡Cuántas veces he predicado al Mariscal,

exhortándole a que no precipitara la repatriación de las tropas y que se limitara a las cifras fijadas por vuestro convenio! pero, por desgracia, en vano. Con la ansiedad febril de satisfacer la opinión pública, Bazaine olvida todo y se apresta para un porvenir próximo.» En diciembre de 1865, alarmado por las conversaciones diplomáticas en Washington, Maximiliano reiteró la protesta más apremiosamente: «Para desarrollar los recursos del país y facilitar su recuperación, para impedir que sean absorbidos en parte, el Imperio debe estar pacificado. Urge solucionar este problema, porque la guerra está causando la ruina del erario mexicano con el desgaste de sesenta millones al año... He insistido en la necesidad de una pacificación pronta para equilibrar el presupuesto. En tales condiciones, ¿cómo explicar el reembarque precipitado de las tropas para Europa, contrario a la voluntad del Emperador de los franceses y a los tratados que tenemos celebrados? ¡Y eso cuando había disidentes a dos horas de la capital! ¿Cómo explicar el sistema de destacar tropas en puntos importantes y de retirarlas al cabo de ocho días, sacrificando de tal manera a todas las personas que se han declarado por el Imperio, combinación funesta que se verificó tres veces seguidas en Monterrey, en la frontera frente a los yanquis, y que sofocó los gérmenes de buen gobierno implantados por el general Brincourt en una ocupación de pocos días...? Con semejantes métodos militares y financieros, se echará a perder la gran idea de la regeneración de México. Sin orden y economía en las finanzas, con un déficit siempre en aumento, no puedo gobernar con una población cuya confianza viene constantemente sacudida por una protección efímera; no puedo lograr nada estable. Pues, todo el mundo sabe que, al regresar las guerrillas, todo el que se haya declarado por el Imperio será fusilado o ahorcado sin piedad, y por lo tanto nadie manifiesta simpatía alguna a un gobierno incapaz de defender a sus propios súbditos.»

Para febrero de 1866, el porvenir próximo se había vuelto una ejecutoria inminente y una fatalidad inexorable. Abandonado a sus propios recursos, Maximiliano estaba hipotecado a la ruina. Todos sus recursos eran hipotéticos o estaban comprometidos. Tenía prometidos un ejército mexicano todavía por organizar y una Legión Extranjera todavía por constituir. Sus finanzas estaban en quiebra. Agotado el segundo empréstito, se vio obligado a recurrir a Bazaine para cubrir los gastos de la administración civil; y para servirle Bazaine había especulado dos veces con los fondos del ejército, provocando una reprimenda por el primer pago adelantado, y

una orden perentoria, con el segundo, de no reincidir. Políticamente, se había desustanciado. Las grandes reformas sociales no estaban más adelantadas que el día en que Forey las anunció. La reforma financiera había burlado a una serie de peritos franceses: el primero había desembolsado, el segundo había ciado, el tercero acababa de morir, el cuarto estaba demente, y las aduanas estaban embargadas para garantizar el rembolso de los fondos prestados por Bazaine. La cuestión clerical había sido recapitulada; el resurgimiento del ejército, suspendido; la reforma judicial era lo de siempre: letra muerta. La extinción del bandolerismo, medida que interesaba a los franceses mucho más que reformas, había provocado el edicto del 3 de octubre. El récord revelaba, en cada ramo, un déficit incontestable; y no obstante, Maximiliano, pese a su propio análisis, pretendía gobernar mientras se iban los franceses y después que se hubieran marchado. Con los ojos abiertos, sacaba la cabeza a remate. Que su posición era insostenible sin el apoyo francés, lo sabía perfectamente; pero se persuadió de que la evacuación era una falsa alarma para expeditar la reorganización del ejército mexicano y, atribuyéndola a la influencia del comandante en jefe y reduciendo el ultimátum a una mera amenaza o, a lo mejor, considerándolo una contingencia remota, imputó todas sus dificultades a la fatiga, al servilismo, o a la satisfacción del mariscal. Hizo presión en París para conseguir su remoción y pretendió que con otro comandante sería siempre posible pacificar el país y salvar el Imperio.

Organizar la retirada en tales condiciones era la pena de Sísifo y el bulto recala en Bazaine. El gobierno francés le informó que ya se había llegado al límite de los sacrificios y que ni un centavo más debía pasar al erario mexicano. Reorganizar el ejército mexicano era pedirle que sacara polvo de debajo del agua. El mismo Maximiliano consideraba aquel ejército como un mal necesario, cuyo sustento era imprescindible para impedir que pasara al enemigo. «No puede uno formarse una idea en Bélgica de lo que es el ejército mexicano —decía el comandante de la Legión Belga—, es decir, de los cinco o seis mil bandidos que lo componen, muleros y panaderos convertidos de rebote en coroneles. Hace como doce años el mismo Méndez, uno de los mejores, era un sastre aprendiz, que la policía buscaba por un robo de pañuelos. Para reclutar soldados, se les cogía por la fuerza y los llevaban al cuartel entre dos vallas de bayonetas. Luego que pasaban por un campo de caña de azúcar, en donde había la posibilidad de esconderse,

desertaban. El día en que se embarque al ejército francés, el Imperio vendrá a tierra con estrépito».

Bazaine se expresó en forma un poco distinta: «Por lo que toca al ejército mexicano, la tabla inclusa manifestará a Vuestra Majestad que sus efectivos tienen una cierta importancia; pero debe moralizarse y apegarse a la causa que sirve, y esta reforma no es obra de un año. Sus unidades deben formarse, asimismo, con todas las razas y con todas las clases de México… pero es de temerse que los hijos de familia seguirán esquivando el servicio, que será accesible, por lo tanto, a las intrigas de gente de origen humilde. En cuanto al soldado, representado generalmente por el indígena puro, obedece sin devoción, porque sigue creyendo que sirve a extranjeros hostiles a su raza y parece insensible a toda forma de empresa militar. Ése es el lado malo de su carácter, que es de una docilidad extrema, pero que servirá tanto a una mala causa como a una buena, porque sirve siempre a la más acometedora. Debemos formar, con buenas leyes y con el tiempo, la homogeneidad nacional y el desarrollo de una organización comunal, para poder tener soldados mexicanos dotados del sentido de solidaridad; por desgracia, estamos muy alejados aún de la meta.» Pero Bazaine, sabiendo cuán necesario para Napoleón era un ejército mexicano, templaba la verdad con tacto y le comunicaba solamente la dosis que juzgaba prudente y aceptable al visionario trasquilado de las Tuberías. Napoleón ansiaba subterfugios y el suplefaltas leal, demasiado leal, los suministraba a pedir de boca: Bazaine no era hombre para herir en lo vivo al enfermo desilusionado con la verdad brutal y entera. De eso se encargaron otros diplomáticos. Dano, el ministro francés, creyó de su deber quitar la venda por completo y previno a su gobierno que toda ilusión de consolidar el gobierno de Maximiliano era quimérica y un flaco servicio al príncipe, cuya determinación de jugarse la cabeza era un capricho que no eximía al valedor de su responsabilidad. Dano propuso que, cortando el nudo gordiano de un solo golpe, se hiciera comprender a Maximiliano su situación falsa, y que se le excitara a llegar a algún arreglo con Juárez; y si se negara a aceptar tal consejo, que se le sujetara a la razón embarcándolo a Europa y salvándolo a su pesar. La única solución limpia y honrada era la abdicación: solución anhelada por el ejército, por los mismos mexicanos, por todo el mundo menos la Corte; y hasta el comandante en jefe la insinuó discretamente a Napoleón. «Yo creo que debemos obrar sin el consentimiento de la Corte de Maximiliano, cuya mala voluntad, fundada en recriminaciones mutuas, no dista mucho de ingratitud —decía

Bazaine—. Mientras más tiempo permanecemos aquí, menos esfuerzo hará el Gobierno Mexicano para consolidarse, y se mostrará dispuesto a aprovechar, cuanto pueda, los recursos que Vuestra Majestad dejará a su disposición, como una deuda obligatoria contraída por Francia con México. Teniendo eliminada ahora la cuestión americana, ya no hay motivo alguno para vacilar, visto que la gratitud, mientras más prolonguemos nuestra permanencia aquí, dejará de ser proporcionada a los beneficios otorgados por Vuestra Majestad.»

El modo más indicado para obligar a Maximiliano a abdicar era el de violentar la evacuación; pero Bazaine, adivinando la vergüenza que tal desenlace significaba para Napoleón, se abstuvo de insistir. Por el contrario, indicaba, con reservas mentales, sin duda, pero sin comentarios, que «el Emperador Maximiliano parece creer que, después de la retirada de las tropas francesas, la nación entera se congregará más sólidamente en torno de su trono, porque la presencia de un ejército extranjero ya no servirá de pretexto a los patriotas para alejarse de él». Al asomarse la amenaza norteamericana, se apresuró a ponerse en actitud de defensa, fortificando la capital y concentrando sus fuerzas diseminadas a través del vasto territorio, pero pasada la alarma, relegó al olvido el peligro y propuso que se extendiera la evacuación más allá del término fijado por Napoleón. «Ejecutaremos las instrucciones de Vuestra Majestad, ya que la situación es tan próspera como parece posible, ahora que los Estados Unidos parecen resueltos a observar la neutralidad… Las noticias de la frontera del norte son buenas, así como las del interior, y aprovechando este año tengo todos los motivos para creer que la resistencia armada carecerá de toda importancia en 1867. El gobierno mexicano tendrá que hacer lo demás y será únicamente responsable de sus faltas, ya que Vuestra Majestad ha hecho todo lo posible en su favor». Bazaine propuso, pues, que se repatriara al cuerpo expedicionario en tres remesas, la primera en noviembre de 1866, la segunda en marzo de 1867, y la tercera en diciembre de 1867. Así, el primer contingente llegaría a Francia antes de la apertura del cuerpo legislativo; en seguida la responsabilidad sería exclusivamente de Maximiliano. «Desde el punto de vista militar el país está tan pacificado como jamás lo fue —añadió sinceramente—. El gobierno, pues, tendrá que terminar la obra.» El acomodamiento constante del comandante en jefe borraba siempre más imperceptiblemente el margen entre la verdad y la evasión, y sus consejos se manifestaban cada vez

más flexibles y menos dignos de confianza.

Confrontado con los informes incongruentes de Maximiliano y del mariscal, por una parte, y con las recomendaciones discretamente inconsecuentes de su *alter ego*, por la otra, Napoleón, cuyo ánimo, naturalmente franco y leal, estaba honda e inadmisiblemente dividido ahora, reincidió en una pequeña irregularidad, ampliamente autorizada por lo difícil de la situación, y se puso a consultar la correspondencia particular de sus oficiales de ultramar en busca de la verdad. Y en aquel pozo de ciencia y paciencia la descubrió. La verdad cruda salió a flote como de un sumidero súbitamente destapado. La tendencia del Emperador a confiar en conductos de información irregulares ya había arruinado a Lorencez y a Forey y no tardó en minar, a su vez, a Bazaine. Su reputación, tan laboriosamente elaborada en las primeras etapas de la intervención, estaba ya muy averiada en las últimas jornadas de la empresa. Su ciencia militar excitaba la burla y su doblez política, la indignación de sus camaradas. «El mariscal vive de expedientes para deslumbrar al Emperador y a los gobiernos, los que han demostrado, hay que confesarlo, una credulidad a toda prueba —decía el general Douay—. Mientras que el mariscal disfrute de su plazo de crédito, no hay nada que hacer. Debemos esperar hasta que venga la crisis, entonces las arcas estarán vacías, y eso no puede tardar mucho, ya que el segundo empréstito se agotará pronto. Se dice que para febrero no quedará nada en el fondo del saco… La única cosa que podría sacamos de esta confusión en que estamos chapuceando y seguiremos chapuceando *indefinidamente*, sería una buena colisión fuerte y dura con América… No sé cuánta razón tendría yo de alegrarme de tal eventualidad, personalmente, porque no puedo hacerme ilusiones: se trata de un gran hipócrita, y he tenido tiempo de sobra para penetrar su profunda ineptitud militar, enmascarada por apariencias superficiales y por la simulación que hasta ahora ha impresionado a tantos ilusos.» Que tal juicio estaba sujeto al descuento profesional, lo reconoció Douay, ya que se le sabía designado para tomar el mando, en el caso de verificarse la destitución de Bazaine; pero se compurgó de todo interés personal con una razón irrebatible: «Puedes tener la seguridad de que, si se me diera la sucesión del mariscal, la rechazaría, estando las cosas como están ahora. Las condiciones no se mejorarán, seguramente, en un año o en dos. Sin embargo, me quedo en México; no con la ambición de llegar al mando, sino simplemente porque no quiero parecer, en mi propio concepto, un hombre que cede a la desazón o que

obedece a un acceso de mal humor. Sigo esperando con mucha calma y resignación hasta que nuestros recursos y nuestra paciencia se agoten en Francia... 1866 tiene el mismo aspecto que 1865 o 1864. Las promesas falaces del mariscal se esfumarán en otras tantas desilusiones como antes. Hay que reconocer, sin embargo, que encuentran una credulidad insuperable, ya que los mismos embustes tienen siempre el mismo éxito. No puedes figurarte nuestra hilaridad cuando leemos la frase estereotipada en el boletín del *Moniteur*: "Las bandas están aniquiladas, etc...." ¡Así se escribe la historia! Si siempre se la escribió así, debe adolecer de muchísimas imposturas.» Su opinión concordaba con las apreciaciones de tantos de sus camaradas, que concluyó, sin temor a la contradicción: «Creo que llegará el día en que el mariscal cosechará lo que ha sembrado. La opinión del ejército dista mucho de serle favorable y, sin embargo, le alabábamos todos en los primeros días de su mando. Hoy en día estamos tocando variaciones en la tonada... Lo que todavía le protege contra una revuelta de la opinión es la diseminación de nuestras fuerzas sobre un territorio tan vasto, que impide la concentración de las ideas...» El intendente general del ejército, sin interés que defender más que el del soldado, se expresaba en términos no menos severos. Su opinión del mariscal era todo un epitafio: «Vulgar en sus sentimientos y hasta en su educación, escéptico, parcial y sin escrúpulos, no estimaba a nadie, sin duda porque juzgaba a los demás según su propia medida. Nada le costaba mentir.» Su crudeza moral era el rasgo más sobresaliente de su carácter, al decir de un observador extranjero: «Bazaine era muy ignorante, sin duda muy inteligente, y muy valiente. Raras veces decía la verdad y cuando la decía, no la decía entera. Engañaba, habitual e inconscientemente, a todos sus subalternos, a todos sus adictos, así como a los indiferentes. No concedía la más leve importancia a tal proceder: los hombres no le importaban nada.» Sin conciencia moral y desprovisto de dignidad profesional y personal, según otro oficial, tenía un concepto muy dudoso del honor nacional y del suyo propio.

Pero la correspondencia de la oficialidad sacaba a la luz algo más importante que el descrédito del comandante en jefe: la revelación cruda de las condiciones imperantes en México. Lo que Bazaine cosechaba no era lo que sembró; era la ruina de la intervención misma. La cosecha produjo el agostador. Bazaine era tan falso como falsa era su posición, y tan honesto como su amo; se plegaba, se adaptaba, se conformaba, se doblaba; y si se le acusaba ahora de fraude, era porque el ejército había

descubierto, al fin, la falacia tremenda de la intervención. Las reticencias del comandante en jefe provocaron las revelaciones de sus subalternos, y la verdad salía desbordando en regurgitaciones interminables de asco, de ira, de alarma y de abatimiento. México, decía uno, era un purgatorio militar sin salida posible. Douay, anhelando una colisión con el Coloso del Norte a sabiendas de que tal solución era imposible, gemía al verse condenado «a conservar la triste posición de un buen civil apacible, que se ha resuelto a controlarse y a salvar la piel cantando la palinodia». Hasta la boca llegaba el pantano letal. «La situación es tal que nos ahondamos cada vez más profundamente en el *impasse*, y me vería muy perplejo para dar un consejo, ya para avanzar, ya para retroceder. Para avanzar, sería menester realizar nuevos y enormes sacrificios, provocar un golpe de Estado en el gobierno de Maximiliano, etc. Retroceder es un recurso tan triste que prefiero no tomarlo en consideración.» Tanto fue así, que el general Brincourt, al recibir la orden de evacuar Chihuahua, obedeció bajo protesta y presentó su dimisión, prefiriendo romper su espada, según su frase, antes de abandonar la población confiada a su cargo a las represalias de los patriotas. La humillación de retroceder ante la amenaza norteamericana era amarga, y tanto más intolerable cuando se sabía que la amenaza no pasaba de ser una fanfarronada. Al verificarse un incidente fronterizo el día primero del año, Washington repudió la responsabilidad desde luego, pero siguió desarrollando la guerra de nervios, empujando a los franceses siempre más lejos de la frontera y dentro de sus dificultades internas. La toma de Hermosillo por los patriotas y la matanza de algunos civiles franceses sorprendidos allá provocaron el pánico en la capital, donde la colonia francesa preveía represalias en masa al terminarse la ocupación. Los bancos extranjeros cerraban sus puertas, las empresas francesas procuraban liquidar sus negocios, pero ya no había mercado; suspendida la vida mercantil, el estancamiento paralizaba toda actividad y el conocimiento de que el régimen era puramente provisional mataba toda confianza en el porvenir del Imperio.

El teniente coronel Brissonet no era alarmista, pero desde tiempo atrás se esforzaba en comunicar las malas nuevas a Francia. «Todo el mundo está asustado por la tarea emprendida por Francia; todo el mundo se preocupa por las dificultades en que se precipita, los compromisos morales que contrae todos los días y que la encierran más y más —escribió, mientras bastaba todavía el tiempo para mostrarse previsor. ¿Esto no se sabe en

Francia? ¿O la gente no lo quiere saber? ¡Nos hemos puesto en el pie una traba, que nos dejará cojos por mucho tiempo, y no hemos satisfecho a nadie en México y la verdad traslucirá con todas sus consecuencias! ¡Quiera Dios que la luz nos saque cuanto antes de tan falsa situación!»

«Para mí, la gran plaga de México es que haya mexicanos —opinó otro oficial—. El indio es bueno, fácilmente enseñable, y de una mansedumbre proverbial; es una raza sujeta al látigo, lo mismo que el negro. El indígena no se pertenece a sí mismo; pertenece a tal y, tal terrateniente y le obedece ciegamente. Si se le pregunta de dónde viene, dice: soy de tal y tal hacienda. Toda esta gente es buena: buen soldado también, increíblemente robusto y sobrio. Lo malo es el ranchero, es decir, un señor que posee cuatro o cinco leguas cuadradas con dos o tres pueblos de indios dentro de sus límites: raza bastarda, fanfarrona, inmoral y sin principios, nacida en el desorden, dada a una vida desordenada, y que prefiere una existencia algo azarosa, con algunos pronunciamientos y hasta unas balaceras de vez en cuando, a un gobierno estable, capaz de alterar su vida casi de grandes señores medievales y de obligarlos a pagar una contribución, a repartir sus tierras (robadas en gran parte) o a construir caminos que unirían al país, pero que les privaría de su vida de aventuras. Ésta es la raza que nos tolera únicamente por miedo, y que sólo espera nuestra partida para volver a las costumbres que desacomodamos. Por fortuna, no son muy numerosos. Si, por obra de algún cataclismo, desapareciesen y fuesen sustituidos por una capa de esos robustos colonos de los Estados Unidos, pongo yo que México saldría ganando enormemente. Peor aún son los mexicanos de las ciudades, los que visten chaquetas bordadas de oro y lucen sombreros ribeteados con galones; éstos tienen un cierto barniz de educación y sentimientos tanto más bajos. Son ellos los que ocupan las chambas gubernamentales, y nunca se ha visto el robo organizado en tan gran escala: se da por supuesto que el Estado es una vaca lechera y que cada quien puede chupar, según su rango.» El gran error de Maximiliano —concluyó el antimexicano— fue el no haber tratado a México como tierra de conquista, expropiando para el Estado parte del territorio, decretando un vasto estado de sitio y aplastando toda resistencia con mano de hierro. «Como todos los pueblos un poco salvajes, los mexicanos tienen mucho respeto para la fuerza y ceden a ella fácilmente. En vez de esto, el Emperador se ha mexicanizado —lo que nadie le pidió que hiciera—, ha ostentado ideas liberales que no tienen nada que ver con las

necesidades de un país tan poco adelantado, y se ha rodeado de hombres que se han echado a su cabeza y que han servido a todos los gobiernos.»

Aunque las dolencias variaban, el tono era siempre el mismo: el coro monótono y triste del conquistador vencido por las circunstancias y por su propia conciencia, por ambas frustrado, y buscando alivio en desahogos de cinismo insaciable. El ejército había cumplido su misión en México: el contacto de dos pueblos inficionó hasta los tuétanos a ambos, y la constricción de la derrota hizo saltar la verdad. Para febrero de 1866 los previsores y los miopes y los retrospectivos andaban todos de acuerdo en que el gran mal de México era el hecho de que hubiera mexicanos; y siendo irremediable el mal, los oficiales franceses analizaban el fracaso de la intervención con una claridad cruda y brutal que desmentía las ambigüedades balsámicas de Bazaine, y clamaban por la solución rápida y limpia del error pernicioso del Emperador. Si algo había peor aún que el error, era el negarlo, y de todas las soluciones la más vergonzosa era la prolongación de la impostura.

Hacía mucho que la doble exhibición de México y del mariscal iba en lenguas y Napoleón no tardó en adoptar los remedios indicados. Poco después de recibir la orden de organizar la retirada, Bazaine recibió también el permiso de delegar sus facultades en Douay para terminar la evacuación, y de regresar a Francia. Como la remoción de Forey, su revocación vino formulada en términos potestativos, pero tenían la misma resonancia hueca, y lo mismo que Forey, Bazaine optó por hacerse el desentendido. Su dignidad también exigía una repatriación honorable, y se determinó a cumplir su deber ingrato hasta el fin. Ingrato, era poco decir. Mal mirado por Maximiliano, censurado por el ejército, la prueba de haber perdido la confianza de Napoleón puso la última mano a la incertidumbre funesta de la situación. Los asesores de Maximiliano eran casi todos francófobos, y el comandante en jefe se vio estorbado a cada paso por una falange de funcionarios reacios a cooperar y resueltos a alejarlo del soberano. Sus consejos pasaban desaprovechados, aplazados, desdeñados, hasta que las circunstancias mismas los impusieron. Su paciencia era igual a las demandas más exorbitantes, pero como se neutralizaba sistemáticamente su influencia, Bazaine se limitaba al mínimo indispensable y lograba resultados nugatorios: resultados que acreditaban el cargo de su ineptitud por la devoción misma con que desempeñaba su tarea ingrata. Consolidar a Maximiliano y liquidar la intervención

simultáneamente era una tarea imposible; y siendo así, *festine lente*, el comandante en jefe siguió contemporizando diligente, indiferente e inútilmente.

Era aquél el momento para los remedios heroicos, y una resolución heroica fue propuesta a Bazaine por una voz en las tinieblas. Un observador oscuro seguía, desde el otro lado de la frontera, las peripecias de la tragedia mexicana con una percepción penetrante y apasionada que lo movía a habérselas con el destino y a arrebatar el triunfo de la derrota. El margen era reducido; el consejo, temerario; y la solución, revolucionaria. «Si queréis un ejército, un gobierno y un pueblo en México —propuso el oráculo— hay que suprimir el peonaje. Si el emperador Maximiliano quiere permanecer en México, *debe* suprimir el peonaje. Ésta es la condición *sine qua non*. Adviértase que no afirmo que con esta condición permanecerá; pero lo que digo es, que ésta es la condición imprescindible para que tenga la posibilidad de permanecer, y si, realizado esto, tiene que marcharse, se irá por lo menos con honor y se habrá grabado un nombre ilustre en la historia.» Aquí estaba la única esperanza de superar a Juárez. «Juárez es un indio y sería absurdo negar que se ha mostrado un representante enérgico de las ideas y de las leyes modernas en México. Pero esta Reforma, que de todas las reformas parece ser propia de él, más que de cualquier otro, ¿la ha realizado? Que la haya favorecido *in petto*, no tengo duda alguna. Infiero, pues, que ni él ni los otros hombres dotados de sentimientos realmente avanzados y honorables, *se atrevieron* a proclamarla y a realizarla. Que los prohombres del partido liberal no se atrevieron a matar la bestia, nos da la prueba evidente y axiomática de la ignorancia económica, del egoísmo rutinario y de la podredumbre general del partido. Eso no impidió que Juárez cometiera su error capital al transigir con el crimen de su partido. Cuando se despertaban todas las fuerzas vivas de la nación para combatir la intervención, si hubiese proclamado la abolición del peonaje, corolario indispensable de la Reforma, y si hubiese acompañado la medida emancipadora con una ley agraria, dotando de tierra a todos los peones que llevasen armas y defendiesen dignamente la bandera, nuestro ilustre Forey, probablemente, no hubiera tenido que prepararse Pueblas para alcanzar el bastón. Pero, sea de esto lo que sea, los hombres convencidos del partido liberal perdieron también su mejor oportunidad al faltar a su deber primordial. Han merecido la derrota —históricamente— del mismo modo que la aristocracia polaca de 1830, a pesar de ser nacionalista, y con todo lo formidable que

fue su revolución, mereció también la derrota por no haber manumitido a los siervos.» El error de Juárez, pues, era la oportunidad de Maximiliano. Para levantar soldados, hay que formar ciudadanos —siguió insistiendo el traspunte—; emancipando a los peones, Maximiliano se libertaría a sí mismo, sublevaría a las masas, y manteniéndose o no, lograría por lo menos su independencia moral y tal vez su salvación política, eclipsaría a Juárez, competiría con Lincoln y no sólo se mexicanizaría, sino que se americanizaría, «salvando a la vez el honor (el llamado honor) de esta pobre intervención, y lo que importa infinitamente más, los intereses elevados de Francia, de México, de América y del mundo entero —porque hemos llegado a una época en que el campo de las revoluciones, de las guerras, de todos los acontecimientos trascendentes ya no es tal y tal nación, ni siquiera tal y tal continente; ahora, según el Apóstol, el campo es el universo».

Estas incitaciones iban dirigidas, ostensiblemente, a Bazaine; pero ¿cómo pudieron interesar a aquel espectador cauto, contemporizador y burlado, cuyos propios consejos pasaban desaprovechados, y que estaba empeñado en batirse en retirada ante la realidad implacable? El autor atribuyó bastante importancia a su evangelio para divulgarlo por el mundo: dos años más tarde dio a la prensa en Bruselas su correspondencia con Bazaine, ocultando su identidad en un anonimato que añadía al peso de sus consejos la portentosidad de un oráculo desconocido. El nombre de Víctor Considérant era poco afamado; su idea merecía la más amplia difusión. La proposición era portentosa sí, como una reserva de potencial humano; pero nada más. ¿Cómo iba a interesar a Maximiliano, desacreditado ya en México como un utopista en quiebra? La respuesta la dio el mismo redentor. Maximiliano profesaba, y sinceramente sentía, una verdadera indiomanía; Carlota comprendía la desgracia y la importancia del indígena, la única clase, decía ella, que trabajaba y sustentaba al Estado; y la emancipación de los peones era un proyecto acariciado por ambos desde sus primeros días en México. En abril de 1865 se creó una comisión mixta, integrada por europeos y mexicanos en representación igual, para estudiar medidas capaces de mejorar las condiciones de vida del indio. Después de realizar una investigación en las grandes haciendas, un ingeniero francés, que vino a México comisionado para organizar la explotación agrícola del país, recomendó una reforma humanitaria, a pesar de los riesgos políticos que llevaba implícitos. «Este proyecto me interesa profundamente —

informó— pero sin el asentimiento de Vuestra Majestad no me atrevo a formular un decreto que equivale a una revolución completa, pero una revolución útil, necesaria y urgente. He visto de cerca a los indios durante el año que pasé en las haciendas. He vivido su vida y llorado su suerte. He conocido con indignación la barbarie de sus amos y las exacciones de toda clase que se les imponen. He visto a hombres sangrando bajo el latigazo, he puesto el dedo —literalmente— en sus llagas; he dado de comer a familias hambrientas y a punto de morir, empujadas a sus labores por el látigo del obrajero; he visto a hombres agotados, cargados de cadenas, arrastrándose al sol para acabar su vida bajo el ojo de Dios y echados en el foso como perros muertos. Todo eso es nada. El hacendado especula hasta con los alimentos de esos miserables y con los harapos que apenas cubren su desnudez. Les obliga a comprar a él todas sus subsistencias, y a un precio más elevado que en el mercado del pueblo; les vende con usura la mísera tela que necesitan; de suerte que, a fin de cuentas, el indio no recibe más que un real por una jornada de catorce horas. El indio se endeuda cada vez más hondamente y en tal práctica el patrón disfruta de la colaboración potentísima de los párrocos, que obligan al peón a pagar las fórmulas de la religión a un precio exorbitante, y que explotan su credulidad supersticiosa hasta el límite. La liquidación de la Semana Santa representa siempre un sacrificio para el peón, y su condición va empeorándose constantemente. En consecuencia de tal sistema, no hay una familia indígena que tenga una deuda de menos de cien pesos. La deuda general de los indios en una hacienda llega, a lo menos, a veinte mil pesos.»

Bazaine aprobó la reforma; pero como la idea amenazaba con subvertir el poder de los hacendados, la comisión se contentó con un estudio académico y dejó la proposición en el archivo. Durante una ausencia del Emperador de la capital, la Emperatriz misma abordó el problema y logró la aprobación del Consejo con un solo voto en contra, despertando una vibración de entusiasmo que comunicó a su marido. «Alentada por este éxito —le escribió— me puse a desarrollar teorías sociales sobre las causas de las revoluciones de México, originadas por minorías turbulentas que descansan en una gran masa inerte, y sobre la necesidad de devolver a la humanidad millones de hombres, en vez de hacer venir colonos de lejos, y de poner fin a una plaga a la que la Independencia dio sólo un remedio ineficaz, ya que los indios, ciudadanos de hecho y de derecho, permanecieron, no obstante, en un estado de abyección desastrosa. Todo esto prendió, con asombro mío, y

comienzo a creer que es un acontecimiento histórico.» Y lo era. El triunfo de Carlota era un decreto que abolía el castigo corporal, limitaba las horas de trabajo, garantizaba el pago del peón y reducía la servidumbre de deudas impuestas por el propietario y transmitidas de padre a hijo, mal hereditario que perpetuaba su avasallamiento legal; pero el decreto imperial no era más que una medida filantrópica, que erró la plena reforma social por el margen que la separaba de una proclama de emancipación revolucionaria y de la dotación de tierras, y que acabó por abortar.

Se levantó inmediatamente un grito de alarma, y por boca de un ministro liberal de la Corona. «Los indígenas permanecen tranquilos únicamente a causa de su postración social —objetó en un memorándum dirigido al Emperador— pero por su carácter y su espíritu de raza, luego que se les excite y que se les den medios de encararse con los blancos, creerán llegada la hora de la insurrección y de la venganza, y entonces ¡ay de México!» El temor tirano sujetó al amo al grillo con la misma tenacidad en México que en los Estados Unidos, y Maximiliano era un Lincoln diletante. No obstante, perseveró y publicó el decreto en noviembre de 1865, un mes después del edicto draconiano del 3 de octubre, redoblando así los augurios contrarios a su permanencia en el poder. La media medida filantrópica corrió la misma suerte que las benévolas cédulas reales, con que los monarcas españoles intentaron amparar al proletariado colonial contra los intereses creados y los arraigados abusos de la Conquista. Maximiliano llegaba con trescientos años de atraso. La idea nació, recibió el bautismo y murió, sofocada por un montón de documentos que ostentaban la Corona, el Águila y la Serpiente, y descansando en paz bajo un cúmulo de legislación destinada a perecer en el tintero. Al igual que las demás reformas, ésta permaneció como un recurso hipotético, y ya era tarde para robarle la revolución a Juárez.

14

La catarsis de la cuestión mexicana era un desastre lento, largo y desalentador. Seward no hizo nada para violentarlo. Satisfecho con la promesa de Napoleón de que la evacuación se llevaría a cabo en un año o diez y ocho meses, descansó su obra en esa operación a largo plazo; y Juárez, curtido en la contemporización y acostumbrado a las penalidades de un arte practicado por tanto tiempo y con tanto provecho por su propia cuenta, se conformó filosóficamente con un año de demora. «Las contestaciones de Mr. Seward al gobierno francés equivalen a una batalla ganada y me confirman el cálculo que había yo formado de que en este año, si no triunfamos por completo, por lo menos mejorará nuestra causa un ciento por ciento», escribió a su familia. La batalla ganada se celebró en Washington. Su esposa visitó la capital en marzo para asistir a la cabecera de la madre de Romero; de repente se encontró, con asombro suyo, en plena actividad política. Las tarjetas de visita, dándole la bienvenida a la capital, llenaron la antesala de la Legación; en la Casa Blanca se organizó en su honor una recepción, la primera función social celebrada en la mansión ejecutiva desde la toma de posesión del presidente Johnson. Seward la agasajó, a su vez, con una cena íntima y dijo todo lo que podía esperarse que dijera Seward; brindó por el triunfo de la contemporización y expresó, más de una vez, su convicción de que para fines del año ya habrían salido los franceses de México. Dos días más tarde, la invitó a visitar el Departamento de Estado, le enseñó los documentos históricos y le obsequió su retrato. Nada remiso, el general Grant le ofreció un baile que hizo sensación en el mundo oficial; la prensa notó con sorpresa la presencia del Presidente, quien abandonó una vez más su acostumbrado retiro para hacer honor a su huésped; y, más inopinadamente aún, la concurrencia del ministro francés y de madame de Montholon. Aunque impedida por un idioma extraño, doña Margarita logró animar la tertulia con unas salidas perfectamente comprensibles, con la ayuda del ministro español que le servía de intérprete. Las marcadas atenciones de que fue objeto dieron a su visita la categoría de un suceso diplomático, y la prensa mexicana no dejó de interpretarla en tal sentido.

En tanto que su esposa brillaba en Washington, Juárez medía las sombras en El Paso. Allí, la penumbra del Imperio se apreciaba más por premonición que por los partes de guerra; remotos e irregulares, éstos llegaban tarde y el intérprete iba a

tientas, guiado por intuición más bien que por conocimientos seguros. Para mediados de abril, las breves horas concedidas a Maximiliano para el gran lujo de hacer el bien tocaban ya a su término. «Parece indudable que éste ha cambiado de plan político, entregándose por orden de Napoleón a la exclusiva influencia del partido retrógrado, y en consecuencia establecerá un régimen de intolerancia y de terror, y no será extraño que haya acordado la Camarilla no sólo mi exterminio, sino el de todo liberal que no se someta al Imperio —escribió a Santacilia —. Pero según el estado que guarda la opinión pública, esa nueva táctica no hará más que precipitar su caída. No tenga usted cuidado por mí, pues estoy atento y con gente de toda mi confianza».

Sin embargo, Maximiliano no podía sucumbir a su destino antes de haberse gastado todo el bien de su ser, y aún no había llegado a tal catástrofe. El rumor era un infundio o, más bien dicho, la voz era prematura: la verdad volaba más rápidamente que la rastrera realidad, y Juárez, que tanto se cuidaba de afirmar lo que no supiera con seguridad, sólo anticipaba el giro inevitable que tarde o temprano tendría que tomar el antagonista. La sombra sepulcral, tocándole como tocaba a todos en aquel crepúsculo de incertidumbre, lo alcanzaba también en la frontera fluctuante entre lo ficticio y lo fundado; y en aquel lapso había que tomar en cuenta todas las contingencias, inclusive la posibilidad de que la retirada prometida por Napoleón no fuera más que una finta, aunque tal suposición le parecía improbable. «No creo que se proponga ganar tiempo entreteniendo a los Estados Unidos con una promesa maliciosa. Eso sólo se hace con los débiles; pero no con los que, como los Estados Unidos, *pueden* reclamar y castigar semejante falta.» Ésa fue su mayor aproximación a la duda, y no hubiera sido completa su confianza sin experimentar la duda, aunque fuera sólo para rechazarla; remojaba su fe en la sombra para sacarla entera. «Creo, pues, como usted, que la prenda que ha soltado L. Napoleón ofreciendo de una manera solemne retirar sus tropas, lo coloca en las horcas caudinas de donde no puede salir sin cumplir la condición que él mismo se ha impuesto. Entretanto nosotros hemos mejorado de situación, porque el pánico se ha apoderado de los imperialistas, y los nuestros están cada día más alentados con la convicción de que el triunfo de la República es ya indefectible y seguro.» Tan seguro, que se aprestaba ya para regresar a Chihuahua, «y no será para retroceder otra vez, sino para avanzar hacia el centro de la República. Es ya un hecho indudable que Napoleón

fracasó en su proyecto insensato de destruir la autonomía de México. Después de cuatro años de colosales esfuerzos, retrocede diciendo que no puede someter ni pacificar este país, ni destruir al gobierno republicano. Ésta es la verdadera traducción de esa reconcentración de fuerzas que se está operando».

Las buenas noticias llegaban a El Paso con la misma lentitud que las malas y sólo a mediados de mayo supo de la visita de su esposa a Washington, hecho efectuado dos meses antes. No le concedió más importancia de la que merecía. «Quedo muy contento con saber que la vieja se haya dado sus verdes en Washington —dijo de paso—. Vamos a otra cosa.» No era en Washington donde buscaba ayuda: «Lo único que puede dar y que nos sirve mucho es su apoyo moral, no reconociendo a Maximiliano y manifestando su deseo de que Napoleón retire sus fuerzas. El que espere otra cosa se engaña miserablemente. Es verdad que nuestro triunfo será más difícil; pero no imposible ni muy remoto, pues ya el tiempo y nuestra constancia han dado el resultado de gastar al enemigo en todos sentidos y cansarlo, y esto basta para que nuestra situación cambie sin necesidad de un auxilio directo de esa República.» Sin embargo, daba margen en sus cálculos para las penúltimas sorpresas, tanto las favorables como la infaustas. «Creo como usted que atendidas las circunstancias de la intervención y juzgando por el orden natural de los sucesos, los franceses acabarán de abandonar el país a fines del año entrante y es lo más favorable que puede esperarse del orgullo y capricho de Luis Napoleón; pero como en las cuestiones políticas, lo mismo que en la guerra, nada hay fijo y seguro, sino que cualquier incidente, aun el más insignificante, trastorna los planes mejor combinados y da a los negocios un giro inesperado, no será extraño que la retirada de los invasores se precipite o que el llamado imperio se desmorone. El rompimiento anunciado entre la Austria y la Prusia, una reacción del partido liberal y oposicionista en Francia, y el agotamiento de los recursos de Maximiliano son causas que pueden influir en el pronto desenlace del drama imperial, antes de los plazos que se dice se han dado a Maximiliano para crearse un ejército que lo sostenga.» Y recreando incesantemente, con su acostumbrada ecuanimidad, el equilibrio entre la sombra y la sustancia, siguió vigilando con circunspección la sombra siempre más extendida del soberano caedizo y esperando, sin impaciencia, la purga inminente. No fue, empero, por obra de contingencias exteriores ni de contribuciones fortuitas como se resolvió el

drama imperial, sino por su propia lógica inherente e ineludible. Toda otra solución hubiera sido un triunfo mutilado que Juárez no esperaba ni deseaba; y en el momento mismo en que escribía, ya la burbuja reventaba y las ilusiones que sostenían a Maximiliano se evaporaban, una tras otra.

En mayo, Maximiliano exigió un subsidio por unos cuantos meses más, amenazando, si se le negaba, con ceder a los norteamericanos el Istmo de Tehuantepec. Aunque Bazaine no se inquietó ni se irritó por ese tono tempestuoso, como lo llamaba, creyó conveniente facilitarle un crédito de 2 y medio millones mensuales para mayo y junio, en espera del dictamen del gobierno francés. El gobierno francés adoptó la determinación correspondiente al mismo tiempo. Almonte, mandado a París con la misión de negociar la revisión de la Convención de Miramar y la extensión del crédito financiero y del apoyo militar, recibió un ultimátum. El Ministerio del Exterior denunció el Convenio y pretendió poner en vigor el derecho de retención sobre la aduana mexicana impuesto por Bazaine, en garantía de los créditos incobrables, so pena de retirar las tropas inmediatamente en vez de al fin del año. Los modestos abonados del segundo empréstito, desilusionados y alarmados, pedían garantías de su gobierno; garantías no les daba el gobierno, pero las tomó, por su propia cuenta, asignándose el cincuenta por ciento de las rentas aduanales mexicanas en garantía de la liquidación de los créditos franceses para cubrir el déficit oficial. La noticia llegó a México a fines de junio. El ultimátum financiero era más funesto que el militar; como la aduana suministraba al Imperio, lo mismo que a la República, sus únicas rentas sustanciales y éstas estaban hipotecadas ya hasta en el 76% para asegurar las cuotas de la deuda exterior y los gastos corrientes de la administración, el gobierno mexicano se vio condenado el colapso inmediato por la ejecutoria francesa. Con ese golpe se esfumó la ilusión de la ayuda; y la ilusión de la ayuda se hubiera disipado también a no ser por la tenacidad de Carlota. Maximiliano optó por abdicar, pero ella le desaconsejó el paso, y desafiando la desilusión clemente del fracaso, se determinó a marchar a Francia y explicarse con Napoleón. Reanimado por la voluntad invencible de la mujer, Maximiliano cedió y le entregó una carta de instrucciones que era, a la vez, una requisitoria contra Bazaine, un requerimiento a Napoleón, y un ultimátum redactado en términos imperativos. «El Emperador debe comprometerse a pagar veinte mil tropas mixtas hasta fines del año 1867; a subvencionar al gobierno mexicano con un estipendio de

quinientos mil pesos mensuales; a destituir a Bazaine inmediatamente; a sustituirle con el general Douay; a organizar un ejército mexicano antes de retirarse; y a celebrar un pacto secreto formulando dichas condiciones.» De otra manera... pero no había alternativa. *Ce que femme veut...* Reventada la burbuja, el rebotar de los ultimátum siguió manteniendo a flote la alucinación en una contienda febril entre la falacia y la infatuación.

Con el ánimo invencible, pero con la razón vencida, Carlota salió de México en una condición mental conturbada, que su conducta acusaba, camino a la costa. En Puebla, se levantó de noche e insistió en visitar al prefecto que se hallaba ausente; y se obstinó, aunque la casa estaba cerrada, en recorrer las salas vacías antes de convencerse de la verdad y retirarse con recelo. En Veracruz, a punto de embarcarse, se negó a poner el pie en la lancha antes de ver el pabellón francés sustituido con el mexicano, y se retiró en la sala de espera hasta que los funcionarios accedieron a su capricho. A bordo del barco, mandó llamar al capitán y se quejó del traqueteo intolerable de la maquinaria; cada zig-zag —decía— reverberaba en su cabeza y sacudía sus nervios: la maquinaria la volvía loca. Al alegar el capitán que tal incomodidad era inevitable, mandó acolchar el camarote para amortiguar la vibración; pero la pulsación implacable de la maquinaria siguió obsesionándola durante la travesía. Silenciosa, inaccesible, nerviosa, se quejaba de dolores sordos en la cabeza.

El momento era el más desfavorable para cumplir su misión. La guerra inminente entre Austria y Prusia estalló, mientras ella pasaba el mar, y ya había terminado antes de su llegada a Saint-Nazaire. La derrota de Austria en diez días sacudió el delicado equilibrio del poder en Europa y la batalla de Sädowa añadió una pluma más a las alas sincopadas del águila prusiana. En dos guerras de preparación —la primera en alianza con Austria para desmembrar los Ducados de Schleswig-Holstein, la segunda contra la aliada para probar su propia fuerza— Bismarck había avanzado el poder de Prusia hasta un punto que provocó alarma en Francia. La sombra creciente del militarismo prusiano era un motivo más para expeditar la repatriación de las tropas de México; y el mismo día en que Carlota desembarcó en Francia, Fould, el ministro de Finanzas, dirigió al Emperador un memorial exhortándolo a exigir la abdicación de Maximiliano sin tardar. «Si estoy bien informado —decía—, éste no cederá hasta convencerse de que no puede pretender que Francia le socorra. Ya lo siente: la prueba la tenemos en el viaje de la

emperatriz Carlota. Su Vuestra Majestad le manifiesta con franqueza que, pese a vuestros sentimientos personales, es imposible prestarle ayuda sin consultar al Cuerpo Legislativo, cuya opinión no deja lugar a dudas, la emperatriz Carlota conducirá al Emperador a adoptar la determinación que a mí me parece la única posible.» Al desembarcar en Saint-Nazaire, la Emperatriz recibió un telegrama de Napoleón en que le pedía aplazara su visita, so pretexto de su propia mala salud; pero con la impulsión implacable que vibraba en su pecho, Carlota se fue directamente a París.

Por un error inexplicable, Almonte, Hidalgo, Gutiérrez Estrada y los dignatarios designados para recibirla fueron a otra terminal, y la Emperatriz llegó al hotel en un coche de alquiler. Al día siguiente, la emperatriz Eugenia le hizo una visita de cumplido e intentó cerrarle el paso, pero Carlota insistió en sostener una conferencia con Napoleón y amenazó entre dulce y agriamente, pero siempre con porfía, con derribar la puerta, en caso contrario. La conferencia se efectuó en Saint Cloud, a puertas cerradas, y más tarde una de sus damas de compañía dio a conocer una versión sensacional de la entrevista: sentada en la antesala, escuchando el murmullo de voces cada vez más acaloradas, oyó culminar la discusión con un violento desfogue de Carlota gritando, fuera de sí, que nunca hubiera debido humillarse ante un Bonaparte; con lo que el Emperador abrió la puerta y la invitó a atender a su señora, que yacía desmayada en un sofá. Lo que pasó, en realidad, Carlota lo narró a su esposo en una serie de misivas desesperadamente racionales.

Encerrada con Napoleón y Eugenia, se encerró luego con el Emperador, y a pesar de su tensión nerviosa, sin perder el dominio de sí misma. «Me dominé y dije: Sire, vengo para salvar una causa que es la vuestra; y le hablé durante dos horas con mucha convicción. Una vez lo vi llorar. Está muy malo de salud y da la impresión de un hombre que se siente perdido, y que no sabe ya qué hacer ni cómo actuar; porque creo que su actitud es natural y que no implica ninguna finta o simulación. Hace dos meses que ha estado en una condición de completa postración. Esto explica el gran poder de los ministros, que olvidan que Francia no puede gobernarse sin una sola cabeza. Unidad o anarquía. Se imagina que nada se hace ni se dice ahora según su voluntad y que se desconoce su autoridad.» A ella le tocó animarlo, pues, como ya había animado a Maximiliano, resucitando su confianza y despertando su voluntad; le hizo presente su tremendo poder, le recordó que Francia tenía veinte millones de habitantes, importantes capitales, crédito ilimitado,

y que una nación con tantas victorias inscritas en su bandera no podía olvidarse de su supremacía en Europa y renegar de sus compromisos en México. Se ilusionó a sí misma, como tenía que hacerlo para cumplir su misión; y se retiró, manivacía, pero sin darse por vencida. En los días siguientes celebró dos conferencias más, que quedaron en nada. Hacía dos años que Napoleón había entrado en decadencia física —notaba con pena —; la Emperatriz era incapaz de dirigir los negocios o de dominar a los ministros. «Han envejecido los dos, se han vuelto niños; ambos lloran muy a menudo. No sé si eso mejora la situación.» Apeló a todos sus recursos, tocó todos los registros, toda forma correcta de coacción, menos la reconvención y los reproches. Le leyó el ultimátum de Maximiliano, le presentó un álbum de sus promesas, lo avergonzó, lo exhortó, lo consoló, lo convenció, lo conmovió, le suplicó, y sobre todo, siguió perseverando como sólo una mujer era capaz de perseverar en las garras de la desesperación, pero para sólo recaer, cada vez más hondamente, en el regazo de la derrota. El enfermo hablaba de México como si hubiese relegado la cuestión al olvido desde tiempo atrás y lloró más copiosamente la segunda vez que la primera.

Presa de desesperación, recurrió a los ministros y apeló de la sentencia del soberano a la responsabilidad de los servidores. En una conferencia con los ministros de Guerra y de Hacienda, les expuso los apuros financieros a los cuales habían condenado el gobierno de Maximiliano y que ningún gobierno podía salvar: un presupuesto de 34 millones de francos, reducido a la mitad por la incautación de las aduanas, una lista civil que llegaba a 64 millones para sólo el ejército mexicano. Les clavó en la frente cifras irrecusables. De los dos empréstitos, sumando nominalmente 516 millones, el gobierno mexicano recibió solamente 126 500 000 francos, en realidad, para cubrir 150 millones en gastos de guerra; y al pedirles cuenta de la diferencia, el Ministro de la Guerra y la emperatriz Eugenia quedaron atónitos y su consternación iba aumentando con las explicaciones dadas por M. Fould. La suscripción del primer empréstito no alcanzó la cuota; se anunció el segundo con un descuento del 63% para compensar el descrédito de México; 17 millones fueron apartados por cuenta de comisiones; 20 millones fueron embolsados por los banqueros; 800 mil para tapar la boca de la prensa; y al revisar la bolsa, el valor neto de la deslumbrante combinación internacional quedó a descubierto. El ministro se cubrió con contracargos de peculado en México; la Emperatriz replicó que el ministro les había condenado al

deshonor y a la quiebra y que se echaba la culpa a la ineptitud, la falta de experiencia y las vacilaciones de su marido. Además, las indemnizaciones francesas quedaban en la misma cantidad arbitraria fijada por Saligny en 1862 para derrocar a la República; para complacer a Napoleón, se había liquidado en parte el crédito Jecker; y en fin de cuentas, las reclamaciones fraudulentas que sirvieron para lanzar la intervención, más los millones gastados para sostenerla, salieron todos de la bolsa del contribuyente francés. M. Fould rindió homenaje a su facundia y pidió permiso de retirarse antes de verse convertido por su requisitoria; el ministro de la Guerra propuso que se examinara la cuestión militar; y la emperatriz Eugenia, cubriéndose la cara con el pañuelo, se dejó caer, sollozando, en el sofá. Era inútil seguir adelante. Carlota, rendida, asqueada, levantó la sesión. «Es fango todo —escribió a su esposo— desde el principio hasta el fin.» Demasiado lejos había vadeado en las escorias de la gran aventura; ni un solo reflejo de la burbuja iridiscente brillaba ya en el limo; y volviendo la espalda a los ministros, Carlota acudió una vez más al amo. En su última conferencia con Napoleón, éste rechazó suave y terminantemente todas sus demandas. «Entonces abdicaremos», repuso ella vivamente. El enfermo cobró fuerza para pronunciar la última palabra. «Abdicad», dijo.

De una satisfacción, sin embargo, Napoleón no pudo defraudarla. La desilusionada se apuntó un triunfo moral —escribió a Maximiliano— «porque aquí cada palabra es mentira; pero no debes creer que me puse de mendiga con estas gentes. Les dije claramente lo que pensé y les desenmascaré, pero sin faltar a la cortesía. Indudablemente, no les ha pasado nunca en la vida nada tan desagradable». A Napoleón lo juzgaba sin indulgencia. No era un enfermo, ni una víctima de las circunstancias, ni un cautivo político, no, nada de eso; no obedecía «al temor a la oposición, ni mucho menos a la actitud de los Estados Unidos; no, ha hecho una mala acción que tenía meditada desde tiempo atrás… Es tan amable como Mefistófeles, hasta me besó la mano a la despedida de hoy, pero todo es una farsa». De París se fue a Miramar, pero no sin envolver al amado una vez más en el velo de ilusiones. Le encareció a que despidiera desde luego a Bazaine, sustituyéndole con Douay. Entonces, quizás, les quedaría una esperanza… y esa inspiración surgió en su ánimo confuso como un respiro ahogado. Su último consejo borraba todo lo anterior. «Que quieren que abdiques, lo veo muy claro aquí —le dijo— pero creo que debes resistir cuanto puedas…».

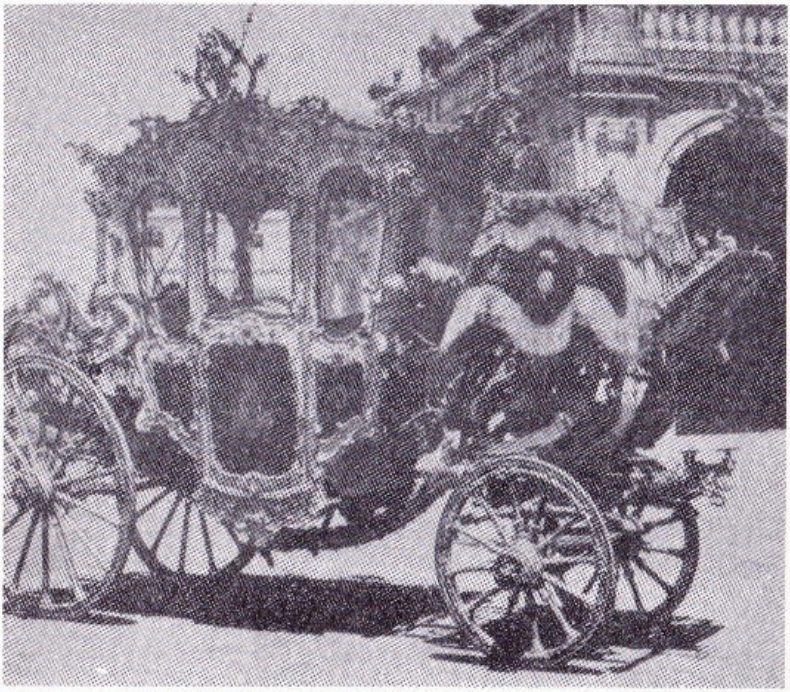
Quince días pasó Carlota en Miramar en un vano intento de

descansar —descansar, faltar al amado, era la última imposibilidad de su misión— y luego volvió a seguir su marcha implacable. Un cable de Maximiliano le participó que acababa de formar un gabinete conservador y propuso la posibilidad de propiciar al Papa, de conseguir el Concordato y de solicitar su intervención con Napoleón. No faltaba más para reanimar su voluntad. La mente quebrada dio en la idea y siguió la aberración con una devoción a toda prueba. Sin perdonarse los pasos perdidos ni la mortificación suprema, salió para Roma; volvió atrás; siguió el viaje y terminó su peregrinación. Nunca se mostró más lúcida que en París, donde su inteligencia ardiente fulguraba en el puño de Napoleón; pero ya se había consumido la mecha y la luz se ahogó en Roma.

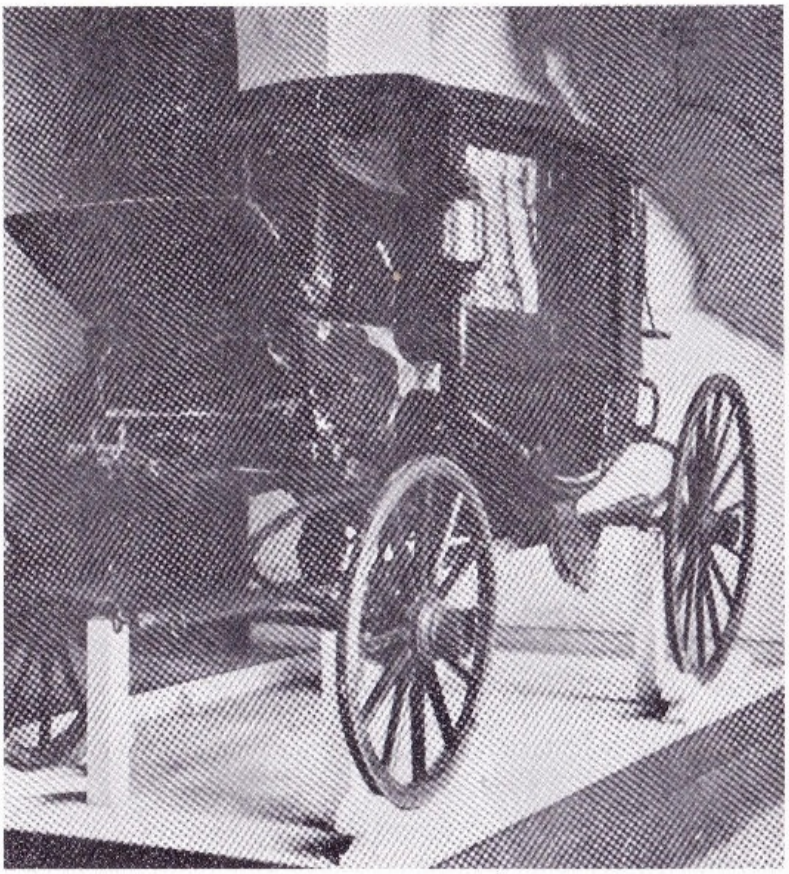
En Roma se la recibió con los debidos honores. El cardenal Antonelli arregló una audiencia con el Papa sin dificultad y sin dilación. El Padre Santo acogió su solicitud con benevolencia y aplazó su determinación indefinidamente. Ya se habían redactado y descartado dos proyectos de Concordato y una tercera versión estaba en plan de estudio, pero nada podía resolverse antes de consultar al clero mexicano; en cuanto a su intercesión con Napoleón, el Pontífice prometió hacer lo posible, aunque no se disimulaba las dificultades, y despidió a la penitente, al parecer contenta, con su bendición. Giovanni María Mastai-Ferretti tenía 74 años y con la responsabilidad de diez y ocho siglos en los hombros estaba resuelto a contemporizar. A un anciano que pensaba en términos de la eternidad poco le costaba contemporizar unos cuantos meses más; pero para su hija importuna la demora significaba la muerte. A los tres días, Carlota se presentó otra vez en el Vaticano, sola y sin hacerse anunciar, y echándose a los pies del Papa imploró su protección contra los espías y los asesinos de Napoleón. Tan alarmante era su agitación que se mandó llamar a su médico. El médico la declaró demente. Como ella se negaba con obstinación a abandonar su santuario, el Padre Santo cedió a su santa voluntad y autorizó su permanencia en el Vaticano durante la noche; y allá, loca de remate, Carlota terminó su misión. Al amanecer, los funcionarios de la Corte papal y el facultativo la encontraron en la misma posición que en la noche anterior, sentada en un sillón, inmóvil, muda, insomne, los labios voluntariosos abriéndose y los ojos huecos cerrándose solamente para consultar sus espías en los cielos. El facultativo la condujo al hotel, donde la enferma pasó los días siguientes en el trance de una reclusión recelosa, dormitando furtivamente, rechazando los alimentos a menos de verlos preparados en su

presencia, saliendo a solas para beber en las fuentes públicas, emponzoñada por la protección, huyendo de su propia sombra, satisfaciendo su sed de luz en la misma fuente del oscurantismo y respirando ese vacío perpetuo de Roma que había penetrado, al fin, al fondo de su alma. Avisado con urgencia, su hermano, el Conde de Flandes, vino de Bruselas y la recondujo a Miramar; y en Miramar el ánimo errante, andando de Herodes a Pilatos, burlada en París y apagada en Roma descansó para siempre en la noche inconsciente.

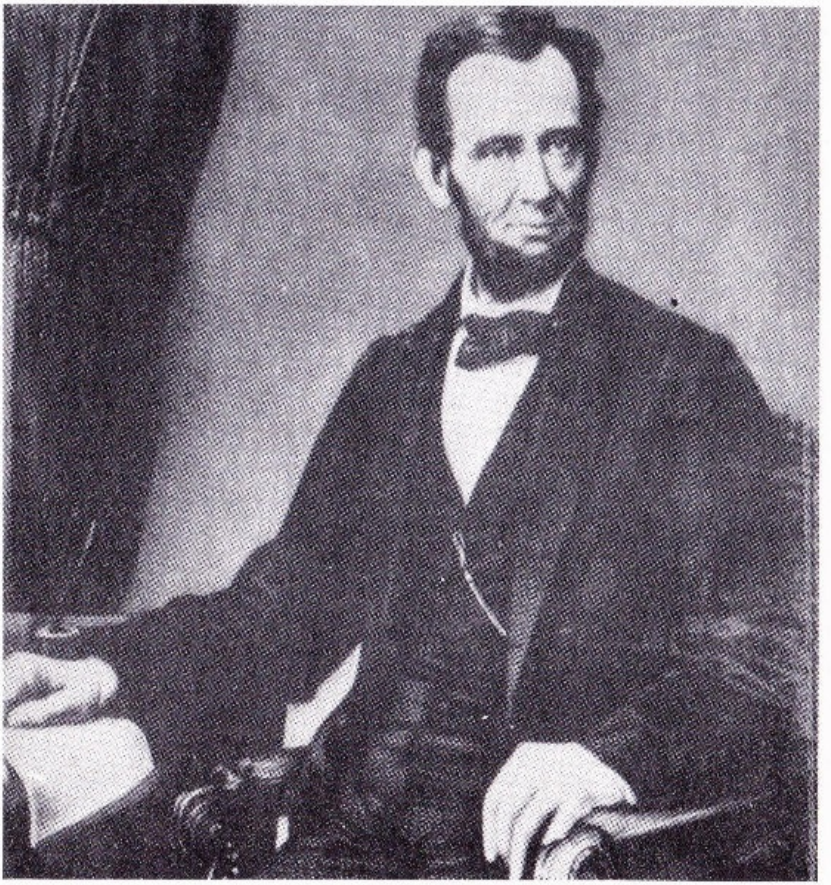
Benito Juárez. Mural de José Clemente Orozco.



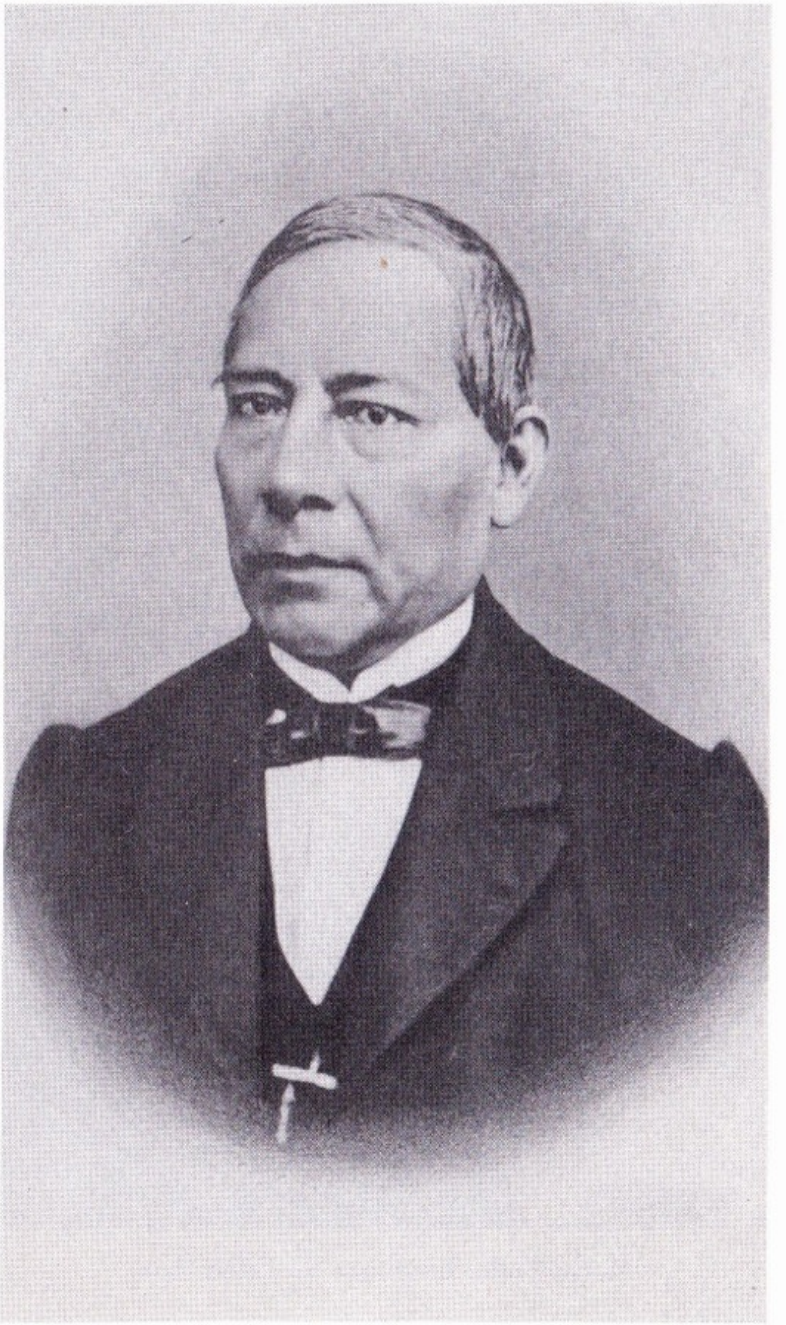
Carruaje de Maximiliano.



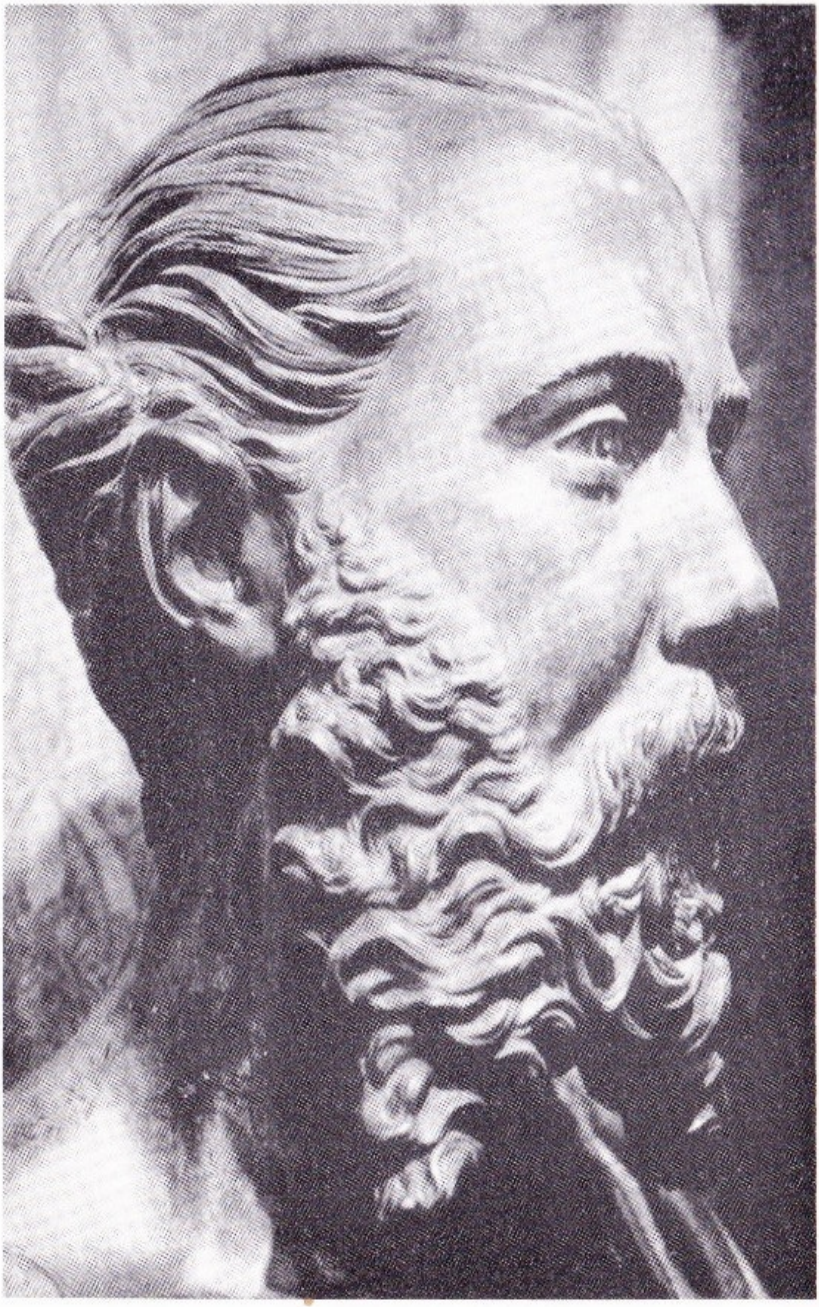
Carruaje de Benito Juárez.



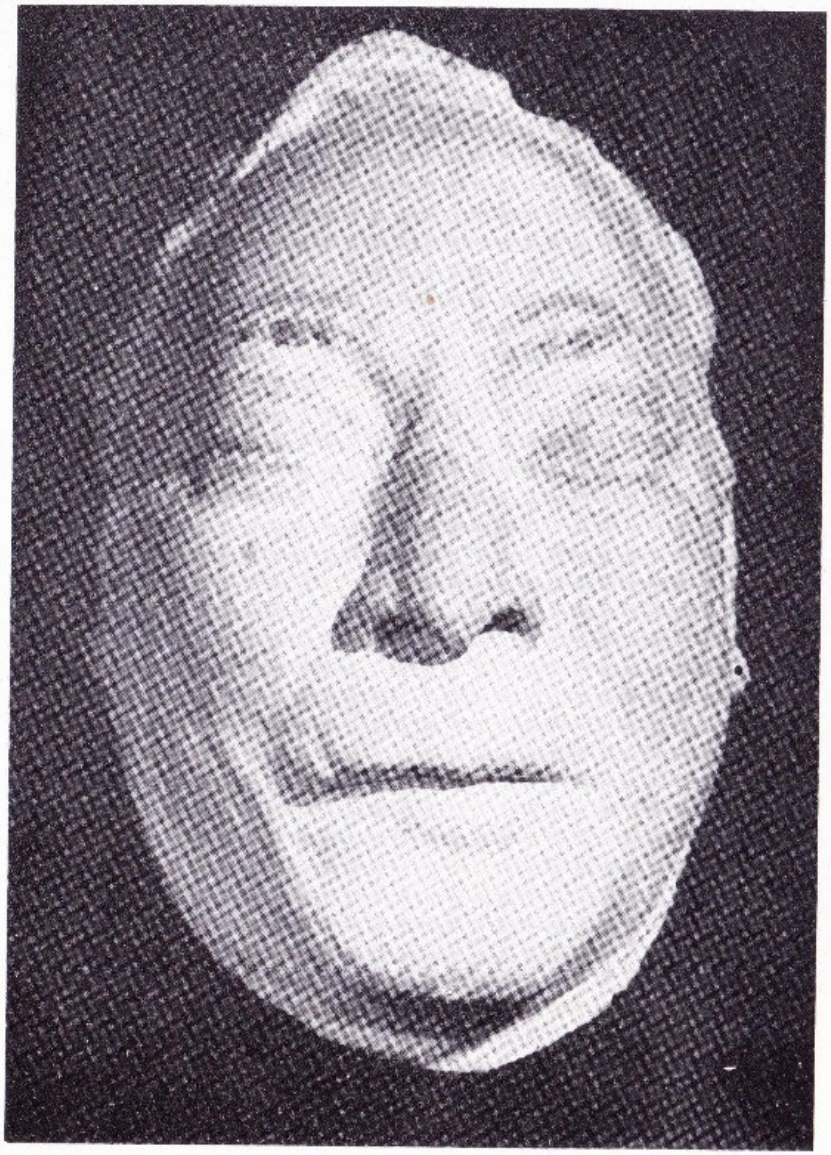
Abraham Lincoln.



Benito Juárez.



Maximiliano. Escultura de Felipe Sojo.



Mascarilla de Benito Juárez.

Estatua de Benito Juárez en el Palacio Nacional.

15

Entretanto Maximiliano había capitulado y entregado la aduana al gobierno francés. Con su independencia entregó su inocencia, y una vena de leve insinceridad, de disimulo y hasta de deslealtad, autorizada por la conducta de sus protectores, llamó la atención y mereció las observaciones de Bazaine. El mariscal era muy parco de palabras, pero sabía dónde y cuándo convenía plantarlas, y apenas salida la Emperatriz para Europa, puso en sus informes las más indicadas para calmar las conciencias inquietas y aliviar los consejos conturbados en París. Refiriéndose a la creencia muy difundida de que el Emperador tenía menos interés que la Emperatriz en conservar su corona, Bazaine observó: «Varios oficiales muy allegados al soberano se empeñan en convencerle de que sus intereses están en Austria más bien que en México, y acaban de crearse dos o tres misiones secretas con el fin, quizás, de sondear la situación allá.» En tal caso, nadie tenía que pedir cuentas a nadie.

Ahora, asimismo, otra fase de su carácter, bastante familiar pero nunca antes tan evidente, llamaba con fuerza la atención en vista de su situación. Sostenido en ausencia de Carlota por la volubilidad de su temperamento, buscaba solaz y confianza en una frivolidad boyante que era, sin duda, el modo más fácil de mantenerse en México. Abandonado a sus propios recursos, se entregó a sus propias inclinaciones, y fiel a la tradición de los reyes en apuros, encontró refugio contra el mundo inclemente en una soledad despreocupada, en pasatiempos ociosos, y en varios recreos irresponsables. Un oficial francés, contando los días del Imperio en septiembre, comentó la incuria del soberano ante la catástrofe inminente. «No debes creer que tanto se aflige el Emperador, porque su ocupación preferente es marcharse a Cuernavaca para visitar a una joven mexicana, que acababa de darle un hijo, lo que le alegra indeciblemente; se siente muy orgulloso de haber comprobado su aptitud para la paternidad, punto muy opinable hasta ahora. Entretanto, el país queda sin dirección, sin confianza, sin un centavo, y se muestra tanto más opuesto al Emperador (que no conoce) cuanto que todo el mundo siente que nos vamos definitivamente. Hasta parece que hay algo así como un entendimiento tácito entre nosotros y los principales jefes disidentes para respetarse mutuamente y facilitar nuestra retirada. En todos los lugares abandonados por nosotros y ocupados por los disidentes, no se ha verificado violencia alguna contra nuestros nacionales, y los jefes liberales se hacen preceder por proclamas que no tienen

nada en contra de los franceses. Todo esto es muy cuerdo, de su parte, y muy afortunado para nosotros, pero no promete nada bueno para el futuro del Imperio.» La paternidad no era un puro pasatiempo del Emperador. Maximiliano aprovechó la fuerza del sol mexicano en el momento más vulnerable de su vida. Su infidelidad carnal era el único fruto fecundo de su aventura con Carlota, y el amor que el príncipe tomó prestado en México aliviaba pasajeramente los sinsabores de su ambición frustrada. Por su carácter, por su crianza, por su cuna, Maximiliano era esencialmente un solitario. Aburrido de la sociedad, había abandonado gran parte de sus obligaciones a Carlota, quien, aunque poco dada a la vida mundana, le había ahorrado los deberes de la representación real; y luego que ella se fue a Europa, se refugió en la soledad congenial de Chapultepec. En aquel alcázar, que tanto le recordaba los ensueños de Miramar que lo llamaba Miravalle, llevaba una vida retirada cultivando el ocio con sus comidillas domésticas, entregado a una rutina risueña y a la corriente irresistible de los sucesos, y defendiéndose contra la adversidad con frivolidad fatalista; y a medida que se apretaba el nudo, aflojaba su puñado del cordón. Su instinto vital no lo abandonaba; la Naturaleza clemente y maternal lo amparaba contra el golpe inminente; y hacía falta toda la elasticidad de su temperamento para resistir el choque cuando, a fines de octubre, se enteró del colapso de Carlota. La reacción le dejó postrado y libertado a la vez. Se encerró, negándose a recibir a alma nacida durante varios días, y al salir de su reclusión dio el primer paso para abdicar.

Sin prevenir a nadie sino a Bazaine, se fue a Orizaba. Su desaparición causó sensación en la capital, donde se la interpretó como una fuga deshecha. El gabinete conservador que acababa de formar renunció en masa; pero Bazaine obligó a los ministros a permanecer en sus puestos, y el revuelo se calmó dando lugar a una reacción de franco alivio al saberse que al fin se había llegado al desenlace inevitable. Bazaine lo supo por una carta del Emperador donde le avisaba que al día siguiente le comunicaría «los documentos necesarios para poner término a la violenta situación en que se encuentra no sólo mi persona, sino México entero», y disponiendo de sus cosas conforme a tal resolución. «Tres cosas me preocupan y quiero salvar de una vez la responsabilidad que me corresponde. Es la primera, que los tribunales militares dejan de intervenir en los delitos políticos. La segunda, que la ley del 3 de octubre sea revocada de hecho. La tercera, que no hay persecuciones por ningún motivo y que cesa toda clase de procedimientos sobre esta

materia.» La intención de abdicar era evidente; sólo faltaba el acto formal. Sin embargo, pasaron los días y los documentos no llegaban. Maximiliano permaneció en Orizaba, y los días se volvieron semanas, y las semanas, meses de incertidumbre e inquietud. Todos sus efectos personales y el mobiliario y los objetos de valor de la Corona estaban embaulados en el palacio, en preparación para el transporte a Veracruz, donde una fragata austriaca esperaba su llegada para hacerse al mar. El soberano atribulado había dado el penúltimo paso; pero antes de franquear el último, intervinieron otras influencias.

Los ministros lo siguieron a Orizaba y protestaron contra el abandono de sus responsabilidades. Renunciar y condenarlos a las consecuencias de una situación tan comprometida era peor que una fuga deshecha: era una salida a la francesa. Una delegación del partido conservador le ofreció 2 millones a la vista y soldados en abundancia. Maximiliano vaciló, reflexionó, dudó, se ensimismó. El mismo Napoleón le encarecía ahora a que abdicara; no faltaba más para que llevara la contraria. Su madre, más severa que la Naturaleza, le escribió, recordándole que ceder era indigno de un Habsburgo, que no podía salir decentemente con el equipaje del ejército francés y que, por dudosa que fuera la perspectiva, tenía la obligación indeclinable de solidarizarse con sus súbditos y de perecer, si fuera preciso, en las ruinas de su Imperio. Igualmente insinuante, vino la voz de su antiguo jefe de gabinete, un bullebulle belga de nombre Eloin, que acababa de reconocer el terreno en Europa, y que le instaba a que aplazara su abdicación hasta la salida de los franceses, y que consultara al país, luego que tuviera eliminada la presión de la intervención extranjera. Si el país se negara a prestarle apoyo, «entonces y sólo entonces —escribió Eloin—, habiendo cumplido hasta el fin su noble misión, Su Majestad tornaría a Europa con todo el prestigio que acompañó su salida y podría desempeñar el papel que de derecho le corresponde». De paso por Austria, había observado el descontento general provocado por la derrota de Sädowa. «El Káiser está desanimado, el pueblo se impacienta y pide su abdicación, y la simpatía por Vuestra Majestad cunde visiblemente en todo el territorio del Imperio. En Venecia la gente clama por su antiguo gobernador.» Bien sabía el titiritero que, al chocar tres cabezas coronadas entre sí, el más débil no era el menos majadero; y puso el dedo en la llaga oportunamente. Tampoco lo ignoraban los franceses, ya que la carta, dirigida al cónsul mexicano en Nueva York, cayó en manos del representante republicano y salió en la prensa de los Estados Unidos. El consejo de Eloin era

plausible y bien calculado para influir en el ánimo de Maximiliano en aquel momento. Vengarse de Napoleón; abandonar México voluntariamente; regresar a Europa independientemente y no sin compensación; recuperar sus derechos en Austria y desquitarse de la mala jugada del Pacto de Familia —las combinaciones propuestas por el bullebulle belga merecían consideración, por lo menos, y reflexión, y ponderación, y paciencia, en espera del momento oportuno para trocar su abdicación por la de su hermano mayor. Y por último, intervino el Padre Fischer, su nuevo jefe de gabinete. El sucesor de Eloin era un aventurero alemán que, después de malograr su fortuna en California, había abrazado la carrera religiosa en México. Su vida privada era poco edificante, pero se había ganado la confianza de Maximiliano y aprovechó su posición para prestar a la Iglesia un servicio que salvaba sus *peccata minuta*. Pescando en aguas revueltas, el Padre Fischer preparó la reconciliación con el clero, redactó un nuevo Concordato, se fue a Roma para negociar el proyecto, y regresando de su misión un mes antes de fracasar Carlota en la suya, llegó a punto de detener al rey irresoluto. Interviniendo en el momento del desfallecimiento, el alemán le facilitó los medios de emanciparse de los franceses con los recursos del clero. Soldados y dinero, todo lo tenía en la palma de la mano. El ministro responsable, interrogado de dónde pensaba sacar el dinero, contestó que esto constituía un secreto de Estado; pero abundaban los soldados. Con la liquidación de la empresa francesa, la vida valía tan poco que bastaba para asegurar la barata. Miramón y Márquez acababan de regresar de Europa, donde Maximiliano había desterrado a los dos diplomáticamente —Miramón con la comisión de estudiar la táctica militar en Berlín, Márquez con la misión de inspeccionar los Santos Lugares en Palestina— y ambos desnudaban la espada en su defensa. El Padre Miranda era irrevocable. Había muerto dos años antes en Puebla, pero su misión la llevó a feliz término el Padre Fischer. Uno tras otro, los cuervos merenderos volvieron a la percha, engarbándose en sus lugares santos, y el Imperio recayó en su base primitiva. Podrido el tronco, sobrecargadas las ramas, corrompidas las raíces, los sustentáculos, sin embargo, eran firmes. Decepcionados de la intervención, burlados por sus promesas y castigados por sus consecuencias, se agarraron a la Corona con la tenacidad de la conservación propia, y la ralea de la pesadilla la hizo pagar a Napoleón, sobornando a Maximiliano para que saldara la cuenta con su propia sangre y sudor.

Seis semanas pasó Maximiliano contemporizando y debatiendo el problema. Estaba grave de salud —no maliciando, como creían los franceses, sino curando un prolongado ataque de disentería—, y angustiado en cuerpo y alma, su irresolución retardaba su recuperación y se agravó con su convalecencia. Mataba el tiempo laboriosamente, herborizando en los bosques, recorriendo la campiña con una red, recogiendo ideas de la Creación y rehuyendo la misantropía en el seno de la Naturaleza —inocentes simulacros de actividad que exasperaron a los franceses. «No contento con el cielo despejado, Maximiliano pierde el tiempo, dedicándose a la caza de mariposas», lamentaba un observador; pero añadió que el soberano estaba literalmente encerrado por sus custodios conservadores. El conserje era el Padre Fischer, que montaba la guardia de día y de noche contra la influencia de los franceses. De día y de noche el recluso, acosado por los consejos contrarios e impulsos opuestos, siguió barajando resoluciones y reparones, mas esta «agonía en lo imposible», como la llamaba Bazaine, no podía seguir indefinidamente, y el cautivo acabó por ceder a una transacción… provisional. La influencia decisiva, según el Padre Fischer, era la mano que mecía la cuna. La carta de su madre donde le prevenía que su vuelta con los franceses era imposible, que su hermano la prohibía, que su posición en Austria sería ridícula, y que su honor de Habsburgo lo ligaba a México, corrió la balanza. Resuelto a abdicar, el Emperador se rindió, sin embargo, a la reacción —condicionalmente. De ambas partes la alianza se celebró con restricciones mentales. Sus partidarios de la última hora desconfiaban en el Habsburgo tanto o más que sus adversarios declarados —una distinción sin una diferencia— y aunque los conservadores lo retuvieron como un escudo contra la vuelta de los liberales, sospechaban al adúltero que les había engañado soberanamente y lo menospreciaban como un fracasado que tenían que apoyar en defensa propia. Maximiliano, por su parte, se conformó con la alianza como un expediente efímero y circunstancial. Se vio reducido asimismo, en materia de principios, a la defensa propia, y nada le costaba capitular con los conservadores: cambiar de casaca era un relapso sin importancia, ampliamente salvado por la gracia celeste de la insinceridad. Así, sostenido a la vez por su ligereza y su carga, se enfrentó a la catástrofe, y bajo las influencias combinadas del Padre Fischer, de la incautación francesa, de la tenacidad de la reacción, de las perspectivas europeas, de su aislamiento, de su honor, del alma maternal y del recuerdo de Carlota, se entregó a la última inspiración de la demente y se resolvió a resistir, lo mismo que

ella, cuanto más podía. Cantar la palinodia era cantar un réquiem por Carlota.

16

Facilis descensus... y el descenso siguió paso a paso en toda la línea campal. La sucesión socavaba a los subalternos junto con el soberano, y en el curso de la desintegración Bazaine también tropezó con el desastre, aunque en un plan inferior y en una escala más reducida —el nivel reservado para un apoderado que obedecía ciegamente a sus instrucciones casuísticas y cumplió con su frustráneo deber hasta el fin. A él le tocó apurar las heces de la liquidación de la intervención, y sobre su cabeza se derramaron las escorias de la empresa. Rodeado de censores ocultos, crueles, rencorosos, exacerbados por el cilicio y codiciosos de una espalda en qué restregarse, desde el soberano abajo Bazaine andaba con cuidado entre una jerarquía de malquerientes, presos todos del prurito de hacer del comandante en jefe el chivo expiatorio de sus varias dolencias y de su desventura común. Acusado por Maximiliano de incuria culpable y de inactividad subversiva; por los oficiales franceses, de disimulo y cortesanía; por el ejército, de rutina y orín, servía de cabeza de turco tanto por capitanes nostálgicos como por generales ambiciosos, desacreditado y desconceptuado de arriba abajo. Todo lo toleraba por ser gajes del oficio, con taciturnidad estólida, aunque no siempre con indiferencia —a veces, el ahitamiento levantaba los labios cerrados. Cuando se le acusó de lucrar con la quiebra y llenarse el bolsillo con el crédito Jecker, renunció al silencio desdeñoso y condescendió a desmentir el libelo; pero además de imputaciones tan caras hubo otras, que pusieron en duda su lealtad a Napoleón y que fueron más difíciles de desmentir, pues eran sutiles, psicológicas, inmateriales. Éstas lo rodeaban como una bruma, impalpables e incomprobables, pero no improbables, porque, como las otras, emanaban del malestar general y circulaban con la corrupción de la empresa, difundidas por muchos observadores bien enterados; y la tenacidad de estos rumores acabó por impresionar a Napoleón, quien mandó a su edecán personal, el general Castelnau, a México, para investigar la situación y vigilar la evacuación, con plenas facultades para remover al mariscal, en caso preciso.

Diplomático ante todo, el general Castelnau se mostraba reacio a recurrir a los grandes remedios ante una situación tan delicada y con tantos entresijos. Además, tenía el encargo de conseguir la abdicación de Maximiliano, y como esto constituía el nudo del embrollo y el obstáculo principal a la evacuación, el plenipotenciario de Napoleón tomó la cabeza, primero, a tal

aspecto de su misión. Llegó a Veracruz a fines de octubre, y camino a la capital pasó por Orizaba a donde Maximiliano acababa de retirarse; pero en vez de aprovechar la coyuntura y cortar desde luego por lo sano, evitó el encuentro por temor de cogerse un desaire y de agravar la tensión entre el soberano y los franceses. Dotado de tacto y sensibilidad, apreciaba en todo lo que valía el elemento psicológico y era muy impresionable, por lo mismo, y muy vulnerable a las reacciones del Emperador. Al llegar a la capital, se enteró con alarma de un rumor extremadamente verosímil, en el sentido de que Maximiliano pensaba causar todas las dificultades posibles a los franceses antes de abdicar, y que tenía la intención de publicar un manifiesto lleno de acriminaciones contra sus aliados y de entregar sus poderes a Juárez a última hora. Castelnau remitió el rumor a París sin responder de su exactitud. «¿Tal intención la tenía realmente y la tiene todavía? ¿La concibió por su parte o le fue inspirada por alguien?… No lo sé, pero eso sí lo sé: que todo puede temerse de un hombre como el Emperador Maximiliano, cuando, reducido a extremos y con el corazón ulcerado, piensa haber dado con un expediente capaz de vengarlo y de salvarlo a la vez.» Como estos temores no habían tomado cuerpo todavía, era imposible combatirlos; pero, como se esperaba de un momento a otro la abdicación del Emperador, el general se dedicó al alma del negocio y se empeñó en asegurar la sucesión, de tal manera que la dignidad de Napoleón quedara a salvo.

Entre sus consejeros más dignos de confianza, contaba con el teniente coronel Brissonet, quien le dio el fruto de sus experiencias en México. En anticipación de la crisis, Brissonet ya había presentado sus puntos de vista y sus recomendaciones a París. «No tengo la presunción de señalar una solución para una situación tan complicada y difícil —decía—, pero veo que la opinión general toma cuerpo todos los días en favor de Juárez y no tengo dudas de que, después de nuestra salida, volverá a encabezar el gobierno de este país. Es él, pues, a quien debemos interesar en la suerte de nuestros nacionales y de los mexicanos que se han adherido al Imperio. Empero, yo sé y siento que el gobierno francés no puede entrar en relaciones abiertas con Juárez. Como es el único que puede darnos las garantías que debemos pedir, tendremos que recurrir a él a la postre; pero en vez de hacerlo en forma directa, podemos proceder indirectamente. Juárez no es el hombre que tanto se ha vilipendiado en Francia; es mexicano y tiene, sin duda, muchos de los defectos de su raza, pero pocos de sus compatriotas tienen tantas de sus virtudes. Es desinteresado, dispuesto a

sacrificarse, si así lo requieren los intereses de su patria, y todo menos sanguinario… En vista de las ventajas apreciables de violentar nuestra salida, tal vez no sería imposible persuadirle, después de la abdicación del Emperador, a que abandonara el poder, por haber terminado su periodo legal, y que volviera a presentarse a los sufragios de sus compatriotas. Entonces sería menester formar un gobierno interino, reconocido por nosotros y encabezado por un influyente del partido de Juárez, que tuviera toda su confianza y que sería casi reconocido por él. Con aquel gobierno trataríamos y luego que se concertara el tratado, se efectuaría la evacuación. Una vez salidos nosotros, claro está que Juárez saldría reelecto; pero no habríamos renegado de nuestro pasado hacia él y tendríamos aseguradas nuestras garantías.» Castelnau adoptó la idea, por ser la careta más provechosa en aquel momento, y la propuso a Napoleón con cierto refinamiento de su propia cosecha. «Ya hemos abandonado toda la parte septentrional del país y en breve tendremos en nuestro poder solamente los dos caminos que comunican la ciudad de México con Veracruz y con Querétaro —empezó por explicar—. Todo el resto de México, es decir, virtualmente el país entero, está o no tardará en caer en manos de Juárez, cuyo poder y prestigio van aumentando diariamente con lo que perdemos nosotros. Debo añadir —perdonadme, Sire, si me atrevo a insistir en tan triste realidad— que durante los últimos seis meses los progresos de los juaristas y los fracasos de las tropas imperiales han seguido sin interrupción, a tal grado que la audacia de nuestros adversarios ya no reconoce límites y no podemos disimular la verdad: Juárez será el amo, y el único amo, de la posición, luego que se retire Vuestra Majestad. Siendo así, ¿puede esperarse que Juárez, que nos ha combatido por espacio de cinco años sin desesperar de la victoria y que se halla en vísperas de alcanzarla, renunciará al fruto de su sudoroso triunfo y accederá a las condiciones puestas por un enemigo a quien ya no teme? ¡Qué digo yo! No podemos contar siquiera con su consentimiento para presentar nuestras condiciones, aunque nadie sino él puede garantizar su ejecución: Juárez tendría que eclipsarse y sacrificar su personalidad, y un personaje secundario, escogido por nosotros y aceptado por él, tendría que hacer sus veces, con el carácter de su mandatario secreto, su testaferro (ya que nos negamos a pronunciar su nombre), comprometiéndose con nosotros mediante un tratado que Juárez aprobaría tácitamente y que a él también le tendría comprometido. Y todo eso ¿para qué? Para violentar la victoria de su partido, victoria que ya no puede faltarle, victoria que será absoluta a condición de esperar

algunos días más; y él, un hombre tan paciente y perseverante y que sabe tan bien esperar.» El general razonaba, al parecer, contra el plan, pero en realidad lo apoyaba: abogado hábil, recargaba el *contra* para prestar mayor fuerza al *pro*. «A pesar de haberse vuelto omnipotente —prosiguió—, no creo que Juárez se opondrá a nuestras condiciones con mucha obstinación» con tal de que se invocara la influencia de Washington para forzar su renuncia. «Se me pinta a Juárez como una especie de romano antiguo, animado por el patriotismo más ardiente y acrisolado, pronto a sacrificar su ambición personal en aras de su patria. De ser auténtico tal retrato, acaso será menos difícil de lo que temo persuadirle a que permanezca en la sombra cuando el emperador Maximiliano abdique, y que acepte, sin protesta y sin resistencia, si no la dictadura del mariscal Bazaine, cuando menos el gobierno interino que se formaría inmediatamente. Tal vez resultaría menos difícil llevarle a adoptar dicha actitud si, como acabo de decir, los Estados Unidos le aconsejasen en tal sentido, en bien de la patria; y eso podría esperarse, si el gobierno interino estuviera a cargo de un hombre que disfrute de su plena confianza y que sería, por decirlo así, su *alter ego*: lo que me parece posible, si nos comprometemos con Juárez a no combatir su postulación para la Presidencia y a aceptar franca y cordialmente su elección, si sale electo por el pueblo mexicano, como parece que será inevitable.» La influencia de Washington le parecía asequible, dada el ansia de Seward y su deseo de acelerar la evacuación; y puesto que Juárez, por omnipotente que fuera, no estaba en condiciones de resistir tal presión, el general pasó a la selección de su sucesor. Se presentaban tres posibilidades. El primero era González Ortega, candidato que Napoleón veía con buenos ojos, pero que Castelnau descartó inmediatamente. «Desacreditado a los ojos de todos los partidos por su ineptitud política y su inmoralidad, parece un libertino de ínfima categoría, un tenorio callejero, un hombre perdido en sus vicios y carente de todos los atributos indispensables para el papel propuesto» —sin tomar en cuenta lo primordial: la confianza de Juárez. El segundo era Manuel Ruiz, favorecido por Bazaine, pero eliminado por Castelnau por ser un tránsfuga inaceptable a Juárez. El tercero, su propio candidato y el predilecto de Brissonet, «es el hombre más notable del partido liberal; después de Juárez es el alma de sus consejos; es el *alter ego* que acabo de nombrar: el señor Lerdo de Tejada. Dotado de una inteligencia poco común, de un carácter eminente y de una energía que no excluye ni el trato suave ni un espíritu flexible y conciliatorio, es el único hombre que Juárez podría aceptar para encabezar el gobierno interino, si logramos atraer al Presidente

de la República y llevarlo a acceder a nuestros planes. Más tarde sería menester arreglar las cosas de tal manera, si fuera posible, para que las elecciones presidenciales mantuviesen a Lerdo en el poder, con la exclusión de Juárez». Refinado de tal manera, el plan parecía factible y el general de Castelnau lo endosó con confianza.

Estos tributos a Juárez fueron las primicias y el fruto más importante de la misión del emisario de Napoleón a México. Defraudar a Juárez era lo de menos; la mayor dificultad era la irresolución de Maximiliano. El plan se basaba sobre su abdicación y él siguió aplazándola indefinidamente, provocando la irritación intensa de Castelnau, del ministro francés, de la colonia francesa y del ejército francés. El ejército, cansado y mortificado por la derrota, culpaba a los comandantes del fracaso; los comandantes, más desanimados que los mismos soldados, ansiaban una salida pronta, pero limpia, para la bandera francesa, y el estorbo, además de dificultar la evacuación, impedía un arreglo honorable con el enemigo para la protección de los nacionales franceses. La colonia francesa, temiendo las represalias, pedía con impaciencia la abdicación del Emperador y se exasperaba con la tardanza. Su vacilación provocaba todas las dificultades posibles para los franceses y agravaba la tensión desmedidamente, y se acusaba a Bazaine de prolongar la situación deliberadamente en provecho propio. Al enterarse por primera vez de esta acusación, Castelnau se negó a prestar crédito a tal enormidad; la atribuyó a la atmósfera sobrecargada que desanimaba a todo el mundo en México. «Entre mexicanos y extraños por igual, la impaciencia y la ansiedad han llegado al colmo —explicó a Napoleón—. Un ansia que Vuestra Majestad debe comprender agita a nuestros nacionales. Unos piensan naturalizarse norteamericanos para invocar la protección de los Estados Unidos, si la nuestra viniera a faltarles. Otros están liquidando sus negocios para salir con nuestras tropas. Un sinnúmero de planes y conjeturas se forma en todas partes y en todos los sentidos: es una fiebre general. Hasta M. Dano, tan sereno de costumbre, padeció el contagio momentáneamente, y en un acceso que alteraba su cordura, me dijo hace algunos días: Es imposible que el mariscal no nos engañe, está en connivencia con Maximiliano, nos traiciona a nuestras espaldas y por su propia cuenta. Debo añadir que le llevé sin dificultad a una opinión más sana y a su sangre fría habitual. En esta circunstancia verá Vuestra Majestad la medida de la agitación, de la zozobra, del temor y de la desconfianza que atormentan a

todos aquí incluso a los ánimos más fuertes. Una situación semejante no puede prolongarse sin mucho peligro». Sin embargo, la simiente de la suspicacia estaba sembrada, y en su siguiente informe Castelnau se mostró menos refractario a las reiteradas advertencias del ministro francés. «Ojo, ojo, alerta al mariscal —insistía Dano—. Estoy seguro de que está procurando hacer fracasar todos vuestros esfuerzos… Todos los medios le serán buenos para prolongar su permanencia en México. Tiene muchos intereses particulares que le retienen aquí y estoy convencido de que se consolaría de un desastre militar, si tal desastre impidiera la salida del ejército a fines de este invierno».

La familiaridad con la duda fomentaba su fuerza, y una serie de pequeños incidentes vino a confirmar las aprensiones de Castelnau. Para fines de diciembre, ya estaba moralmente convencido de la doblez del mariscal, y aun cuando le faltaba la prueba material, palpable, irrefutable, la esperaba de un día a otro. «Sé, sin la más leve posibilidad de duda —informó a Napoleón—, que el mariscal Bazaine está desirviendo a Vuestra Majestad para servir sus propios intereses que le ligan a México; y sabiéndolo ahora, mi preocupación constante es frustrar sus maniobras subterráneas y quitar los obstáculos que me crea. Espero realizar mi propósito sin violencia, sin ruido, sin escándalo. Hasta tengo la esperanza, así como el deseo, de lograrlo sin romper con el mariscal… Además, lo importante no es desenmascararle, sino paralizar su mala voluntad y obligarlo a servir en sus actos públicos y ostensibles los intereses que Vuestra Majestad le ha encomendado. En tal sentido, no tengo una sola queja que proferir en su contra; cuidaré de que sus actos secretos no estén en contradicción con su conducta oficial. De lo contrario, y si llego a cogerlo en traición flagrante, aprovecharé la ventaja para dominarle tan completamente que ya no tendré nada que temer de él; espero que no será necesario recurrir a las facultades discrecionales que Vuestra Majestad me ha concedido para quebrantar su resistencia.»

La familiaridad con Bazaine le dio la prueba psicológica que necesitaba para soltar la palabra: *traición*. Observando atentamente al sospechoso y teniendo presente que había pasado muchos años en África, Castelnau atribuyó su conducta a la insidia oriental, adquirida en su tráfico con los árabes. «El mariscal Bazaine tiene talento natural —declaró—. Tiene un carácter sereno y simpático. Ejerce una cierta seducción sobre los que le rodean, gracias a sus modales amenos y a un buen humor que fácilmente le ilusiona a uno; pero al conocerlo mejor, uno se da cuenta de que no tiene perseverancia en sus

ideas y que le falta franqueza. El emperador Maximiliano dice de él muy a menudo que dice *sí* y hace *no*. Nunca se le ha visto preparar un plan de operaciones y seguirlo. Desembrollando sus dificultades día por día, no las acomete nunca de cara; se contenta con circunvenirlas o con diferir la solución. De su paso por los burós árabes, ha conservado el hábito de disimular, de intrigar, de engañar, y cree haber ganado una gran ventaja cuando logra engañar a mucha gente respecto a la misma cosa al mismo tiempo.» Improvisación, inconsecuencia, evasión, tales hábitos no hubieran sido siniestros si Bazaine no hubiese sido sujeto a otro, que los contradecía y los confirmaba, y que lo tenía esclavizado: su ruina se debía, paradójicamente, a su lealtad. Sus defectos profesionales hubieran pasado inadvertidos, y Bazaine hubiera sido un soldado digno de confianza si hubiese sido soltero; pero la raíz de su doblez era una boda. «Su casamiento es el fruto de una conspiración entre la emperatriz Carlota, la señora Almonte y madame de Montholon —añadió el general—. Ese matrimonio es la causa de todo.»

Si no la causa de todo, esta explicación era, cuando menos, una circunstancia atenuante. Durante su permanencia en África, Bazaine había salvado a una joven de un burdel, había tomado a su cargo su educación en un convento, y se había casado con ella. Durante su permanencia en México, madame Bazaine le fue infiel en París y se suicidó para evitar un escándalo, pero los amigos del mariscal le ocultaron la causa de su fallecimiento y el viudo, marido ejemplar, tanto se afligió que sólo su constancia al deber militar impidió que renunciara al mando y regresara a Francia. Pero con el matrimonio había contraído el hábito de la vida conyugal, y a los pocos meses se puso a galantear a una joven mexicana de buena familia. Maximiliano y Carlota favorecieron el enlace con el propósito de ligar al mariscal a México, y al celebrar las bodas, en junio de 1865, obsequiaron a la novia, como dote, el palacio ocupado por Bazaine, a condición de que volvería a ser propiedad de la nación si, por algún motivo, la pareja abandonara a México. El plan no sólo logró el efecto apetecido, sino que superó a todas las previsiones; y las segundas nupcias del mariscal Bazaine, si no la causa de todo, fueron uno de los muchos intereses que lo retuvieron en México. Los brazos de la mexicana no sólo ligaron al mariscal a su tierra natal sino que lo adormecían. Su falta de energía llamó la atención y provocó la lamentación de todo el mundo; su inteligencia se apagaba, su actividad física y moral se entorpecía, el hombre engordaba y sus ojos, semiabiertos antes

y hundidos ahora como un par de hoyuelos mirando sus mejillas, le daban el aspecto, según un observador, de un hombre «siempre cansado y haciendo un esfuerzo para ver». Al cabo de un año, la felicidad doméstica del mariscal afectaba los intereses de Francia. «El mariscal padece, sin saberlo, la influencia absoluta de su esposa que es, o que parece ser, muy astuta —escribió un oficial—. A ella le encantaría pasar un rato aquí como Madama Dictadora.» Ambiciosa de brillar en la sociedad y más segura de sí misma en México que en París, ya que su educación mundana dejaba algo que desear, la mariscala pasaba por dictar la inactividad del mariscal y la irresolución de Maximiliano con el fin de diferir el día temido de su llegada a los salones de las Tullerías. Se aseguraba que seducía al viejo amoroso con sueños dorados de suceder a Maximiliano como dictador, presidente, virrey o hasta emperador, y estas versiones, por fantásticas que fueran, cobraron crédito, porque la infatuación del mariscal era tan notoria como la ambición de su mujer y de su familia. Ninguna extravagancia causaba extrañeza en aquellos días, y la murmuración se repetía en París. De estas imputaciones la más plausible insinuaba que el mariscal marcaba el paso para deshacerse de su palacio que, aunque inenajenable conforme a las condiciones del contrato matrimonial, quería vender y se convertía en monumento histórico por falta de compradores. Tales fueron los resultados deplorables de una boda que debía asegurar el Imperio en 1865 y que lo socavaba en 1866. Bazaine estaba desconceptuado porque Bazaine era doble. Era Achille François Bazaine y era Pepita de la Peña; y según la opinión del ejército la contemporización del mariscal y la morosidad de Maximiliano se debían a un caso grave de fidelidad conyugal.

No cabía duda de que entre la una y la otra había una correlación. El 1.º de diciembre Maximiliano dio a conocer su determinación de retener la corona hasta convocar un Congreso para determinar los destinos de la nación. La noticia creó consternación en la capital, y en aquel momento Castelnau consiguió la prueba material que le faltaba para sustanciar la duplicidad del mariscal. Tres testigos dignos de confianza —el edecán de Maximiliano, un miembro de su Consejo, y el Arzobispo Labastida— le dieron constancia por escrito de que el mariscal había animado a Maximiliano a adoptar esta decisión y le había prometido que las tropas permanecerían en México hasta fines del año 1867. Encolerizado por estas revelaciones, Castelnau estaba más embarazado por la denuncia, sin embargo, que Bazaine. «Sabe el mariscal tanto como yo —escribió a

Napoleón— que la abdicación del Emperador es nuestra única tabla de salvación en el naufragio que nos amenaza. Como nosotros y con nosotros, expresó los sentimientos de amargura e impaciencia que le causaban las vacilaciones y las dilaciones del Emperador; ansiaba su abdicación, y cuando se anunció la decisión de Maximiliano de conservar la corona y de regresar a la ciudad de México, exclamó en nuestra presencia, *bueno, lo ahorcarán*». Pero la información era dinamita; no se atrevía a aprovecharla. Con la prueba explosiva en la mano, quedó desconcertado. ¿Qué hacer? ¿Destituir a Bazaine y entregar el mando a Douay? El escándalo le espantaba, y después de reflexionar maduramente, optó por tratar al delincuente con discreción. Se fue a su casa, con la intención de confrontarlo con la prueba y de dirigirlo por el recto camino con la amenaza de denunciar su conducta; pero no fue cosa fácil acosar al mariscal. «A la primera observación, y antes de que yo la apoyara con la prueba que llevaba en la mano, prorrumpió en denegaciones que me hubieran engañado, si hubiese estado menos bien informado. Y cuando le puse entre la espada y la pared, trató de eludir mis conclusiones con justificaciones tortuosas, con miserables sutilezas y protestas que me apenaron profundamente. No obstante, me esforcé en convencerle de la futilidad de sus defensas y, sin recurrir a amenazas inútiles, le dejé presa de una emoción febril y de reflexiones que le inspirarán, sin duda, resoluciones saludables. Sea de eso lo que sea, redoblaré mi vigilancia y si, agotados todos mis medios de conciliación, no tengo otro recurso que las medidas rigurosas, no vacilaré en emplearlas». Seguridades que revelaban al hombre derrotado por su propia discreción y que hacía la apología de su prudencia.

Un paso, sin embargo, dio Castelnau para obligar a Bazaine a marchar en derechura: le puso en el caso de redactar y firmar, junto con él y con el ministro francés, una petición dirigida a Maximiliano para solicitar su abdicación con el fin de evitar a sus aliados, a sus súbditos y a sí mismo las penalidades de una resistencia funesta y fútil. Con ese documento, Castelnau y Dano salieron al encuentro de Maximiliano, que regresaba lentamente a la capital y los recibió en una finca en las inmediaciones de Puebla. El Emperador era todo afabilidad y convino en todas las razones expuestas, pero les explicó que, habiendo dado a conocer su resolución, no podía desdecirse; no tenía deseo alguno de conservar la corona; esperaba sólo la convocatoria del Congreso —expediente que el mismo Napoleón le había propuesto— y no se hacía ilusiones respecto

al resultado: la elección de Juárez era indefectible y la mejor solución, sin duda, para un pueblo que veía con profunda antipatía las instituciones monárquicas. Por su parte, sería el primero en felicitar al elegido del pueblo y en augurarle mejor suerte que la suya; en seguida, con el carácter de un simple ciudadano mexicano, y con el corazón aliviado y la frente alta, tomaría el camino a Veracruz y a Europa. Castelnau y Dano objetaron que Napoleón había propuesto la convocatoria cuando tal expediente era todavía practicable, pero que ya no era posible: los conservadores se negarían a tomar parte en un Congreso en que se dieron por vencidos, y los liberales no tolerarían ninguna discusión de su triunfo: la única solución era la abdicación, y le entregaron la petición. Maximiliano la miró por encima, y sacando de su escritorio un telegrama que acababa de recibir, «aquí tenéis algo más fresco —dijo—, leedlo». El telegrama era de Bazaine; aseguraba que el Imperio era siempre factible y se comprometía a hacer cuanto estaba de su parte para sostenerlo. «Nos quedamos cabizbajos ante este monumento de duplicidad —escribió Castelnau—, y el Emperador, gozando de nuestra confusión, dijo: "Tal parece que no estáis acostumbrados aún al modo de obrar del mariscal. En cuanto a mí, ya conozco la confianza que merece. Deploro su falta de franqueza, de la que yo, más que nadie, he sido víctima. Pero hoy en día, sin confiar en él, lo utilizo como instrumento para poner en ejecución mis propios designios. El mariscal ha sido arruinado por su alianza y por el ascendiente que ha permitido que tomaran su esposa y su familia sobre él. Se empeña en engañar a todo el mundo, cuando ya nadie sigue siendo iluso"».

Después de este nuevo viraje de Bazaine, Dano propuso que se le licenciara inmediatamente, pero Castelnau adoptó el consejo de un oficial que solía consultar en los casos apretados, y que le señaló que, como el mando del mariscal estaba por terminar, le pareció preferible imponer la sordina al escándalo y esperar su repatriación para lavar los trapos sucios en casa. Pero ya era imposible sofocar el escándalo. «Todo esto está ya en el dominio público —escribió Douay a su hermano— y no puedes figurarte el descrédito en que ha caído el mariscal. Las cosas que se dicen en voz alta en el Cuerpo Expedicionario bastan para erizar los cabellos a uno. Ya no se trata de los acostumbrados *cancán* y chácharas, sino de las más grandes acusaciones, proferidas por los labios más oficiales y más autorizados. Hay que remontarse hasta el cardenal Dubois para dar con un bribón comparable, que abusa de su cometido para traicionar a su país

y a su amo. Bazaine debe de haber perdido todo sentido moral al correr el riesgo de retractarse en un compromiso tan solemne como la negociación de Castelnau y Dano. Parece que cuando estos señores salieron de la ciudad de México, hubo escenas domésticas en el Palacio de Buena Vista. Toda la tribu de los Peñas le atacaron. La joven mariscala, que está embarazada, puso en movimiento las grandes manivelas y los grandes juegos de agua, y arrebataron al pobre imbécil la famosa retractación mandada a Maximiliano. ¡Y es así como se sacrifican los intereses del Estado y de nuestra patria a las peripecias de la alcoba!» Aquí fue Troya.

Censor acérrimo de Bazaine, Douay se mostró indulgente, sin embargo, o ciego, al echar la culpa a la mariscala. Con poca más perspicacia y un poco menos prejuicio, hubiera comprendido que las aberraciones del mariscal obedecían a una causa más funesta que su gurrumina. Su deber dictó sus desmanes. Encargado de la liquidación de la empresa y obligado por Napoleón a concluir la cuestión mexicana a bien librar y con la mayor brevedad, antes de volverse insoluble el dilema, Bazaine leyó entre las líneas de sus instrucciones la irresponsabilidad inadmisible del amo y usó y abusó de la licencia concedida a su discreción, porque el mal burlaba todos los remedios. Aunque se preciaba de tener la paciencia de un árabe, su paciencia acabó por agotarse con las órdenes y contraórdenes y los consejos incoherentes que recibía de París, y se sacó de trabajos con expedientes, improvisaciones e inconsecuencias cotidianas, y al volverse apremiante la impaciencia de París, recurrió a la línea de menor resistencia y buscó la salida más fácil. Cansado de las vacilaciones de Maximiliano, se resignó a su inconstancia incorregible; pero lo que era mera irresolución en el soberano era complacencia culpable en el comandante en jefe, y al aflojar las riendas con el peligro de que el príncipe perdiera la cabeza, se hizo al cargo de fomentar sus ilusiones a posta para aprovechar su caída. El influjo de su mujer coincidía con los consejos de la conveniencia, pero si sus pecadillos se debían a su matrimonio, la verdadera causa de su conducta equívoca era su lealtad a Napoleón. Douay, lo mismo que todo el mundo, creyó, por el contrario, que la víctima era Napoleón. «El Emperador debe de haber sido miserablemente engañado respecto a la situación —concluyó—, y el mariscal, viéndola volverse en su contra, sigue afirmando con audacia imperturbable que no ha hecho más que ejecutar las órdenes del Emperador, y declinando toda responsabilidad, arroja sobre nuestro soberano el peso y la

odiosidad de todas las medidas que han hecho fracasar nuestra expedición.» Efectivamente, el mariscal exhibió sus órdenes para comprobar que todos los errores que se le imputaban estaban autorizados, y los documentos le dieron la razón; pero Bazaine sufrió la pena, no obstante, de no ser Napoleón.

Cualesquiera que fuesen las causas, los resultados fueron funestos. La reputación que con tanto esmero se había formado se vino abajo. «El comandante en jefe dejará aquí gran parte de su prestigio —declaró Castelnau en el más Condenatorio de sus dictámenes— y no conozco a un solo comandante de tropas ni a un solo jefe de servicio, que no diga que en lo sucesivo hará todo lo posible para no servir bajo sus órdenes.» Su desgracia, tanto más ignominiosa por ser disimulada, sudaba a pesar de las vendas de discreción y disciplina, y apenas si el bastón de mariscal le bastaba para marcar el paso y echar el compás entre las disonancias de los últimos cien días. Vigilado y controlado por Castelnau, que le pisaba los talones, tuvo que marchar por el camino recto con un fusil en las espaldas. Cuando Maximiliano regresó a la capital, Castelnau le dio la oportunidad de rehabilitarse encomendándole la misión de suplicar personalmente de la sentencia que el soberano iluso se había impuesto y de conseguir su abdicación. Puesto en libertad provisional y responsable de su buena conducta, Bazaine cumplió con el encargo exponiendo lealmente los peligros de la situación, pero Maximiliano no era un iluso; reconocía que su situación era desesperada; reconocía la debilidad del partido conservador; reconocía la imposibilidad de convocar un Congreso; reconocía que estaba rodeado de traidores; daba toda la razón a Bazaine, pero era irreconciliable; no podía sacrificar su dignidad y coger la calle tan pronto. Tanta obstinación en inmolarse al buen parecer colmó la indignación de Castelnau, cuya exasperación con Bazaine se volvió contra Maximiliano, y con unas breves líneas compuso también su epitafio. «Es un utopista, que permanece ensimismado, sin participar en la vida de su pueblo, que no conoce, sin relacionarse con los hombres que podrían ilustrarle, y que pasa la vida redactando decretos que no tienen efecto y que los prefectos encargados de ponerlos en vigor ni siquiera publican. Se le tacha de frivolidad y de la más absoluta falta de franqueza. Siempre que tiene la posibilidad de desagradarnos o de ponernos al descubierto en su propio círculo, está encantado. Que no se le pida nunca que haga algo por ser del agrado de Francia o del Emperador; basta para que haga lo contrario. Si hay alguien que nos odia más que él, es la Emperatriz, que ya una vez le disuadió, cuando quería

abdicar, con escenas atroces.» ¡Una vez antes! Con un *lapsus* de lengua cruel, Castelnau recordaba a Carlota como si ella anduviera siempre entre los vivos; pero su sombra figuraba también en el epitafio. La demente de Miramar, la esposa estéril que no había echado al mundo más que la manía, no estaba vengada al disolverse la aventura.

A no ser por la necesidad de amparar a la colonia francesa, Castelnau no habría reparado en abandonar al soñador alemán, como lo llamaba Bazaine, a su suerte. A principios de enero, el general recibió la contestación de Napoleón a su proposición de negociar con los patriotas, menos Juárez. El Emperador la aprobó inmediatamente. «Importa mucho solucionar la cuestión cuanto antes —decía— pero, cueste lo que cueste, no quiero tratar con Juárez, ya que todo entendimiento concertado con él tendría demasiado la apariencia de una derrota. Si más tarde la fuerza de las circunstancias le lleva al poder, no me importa; hoy en día no podemos tratar con él.» Por lo tanto, excitó a Castelnau a que obtuviera la abdicación de Maximiliano sin tardar, que sacara las garantías indispensables de un gobierno provisional encabezado por Lerdo de Tejada o cualquier sustituto, y que embarcara la tropa para fines de febrero o principios de marzo a más tardar. De estas instrucciones las únicas realizables eran las últimas. La testarudez de Maximiliano creaba un nudo inextricable a menos de recurrir a los medios extremos; y el escalpelo era indispensable. Realizando un esfuerzo supremo para salvarlo a su pesar, Castelnau y Bazaine optaron por una intervención quirúrgica: todo el equipo militar, los cañones, las municiones, las existencias que el ejército no podía reembarcar, fueron inutilizados o aniquilados para impedir que los conservadores los aprovecharan para prolongar una resistencia suicida. Además de esta operación compasiva, Bazaine proyectó entregar la ciudad, antes de salir, a uno de los jefes republicanos que esperaban su retirada para lanzar el ataque, previa la garantía de mantener el orden y proteger a la población; y con toda franqueza el mariscal comunicó el plan a Maximiliano, que no lo objetó. Al comunicarlo a Castelnau, sin embargo, éste se turbó. La conciencia de Bazaine, una vez despertada, le pareció excesivamente brutal. ¿Y qué sería de Miramón?, le preguntó. Bazaine le concedió ocho días para fracasar; sus soldados desertaban ya y se esfumarían frente al enemigo. Propuso también que se embarcara a Maximiliano y Márquez a viva fuerza, si provocaban dificultades. Sin asentir en tales extremos, Castelnau aprobó el plan y la designación de Porfirio Díaz para

ocupar la capital. «Díaz, el amigo y compatriota de Juárez, el general más distinguido y el jefe más poderoso de su partido, hombre de orden, honorable y enérgico, sería el más indicado para desempeñar este papel, si es que quiere tomarlo a su cargo —explicó a Napoleón—. Tal es la opinión del mariscal, y la mía, y la de todo el mundo. Gracias al gran ascendiente que ejerce sobre los republicanos y sobre Juárez, podríamos tratar con él, con más seguridad que con cualquier otro jefe, para conseguir las condiciones indispensables para nuestra dignidad y deseables para nuestros intereses financieros. Esto, pues, es el plan que me empeñaré en seguir, lo mejor que pueda.» En resumidas cuentas, no sabía aventajar a Bazaine. Pero el último expediente quedó en nada, como todos los anteriores. El cónsul norteamericano se comunicó con Díaz para ofrecerle en nombre de Bazaine ponerlo en posesión de la capital, a condición de suplantar a Juárez, pero Díaz se negó a tratar con el enemigo; y la cuestión mexicana siguió corriendo a la deriva hacia la solución inevitable.

El 5 de febrero de 1867 —décimo aniversario de la Constitución que provocó dos guerras— los últimos contingentes del ejército francés salieron de la capital, desfilando por las calles a tambor batiente y con la bandera desplegada. Una multitud silenciosa asistió al espectáculo sin manifestaciones de ninguna especie, y detrás de las celosías cerradas del Palacio, Maximiliano también presenció la salida en silencio hasta que el paso sordo se apagó en la distancia; entonces, volviéndose hacia su secretario, le dijo que al fin se sabía libre. Al llegar a Orizaba, Bazaine rompió la marcha, detenido por la noticia de que Miramón había sido derrotado en el Norte, y mandó decir a Dano que todavía podría ayudar al Emperador y acomodarlo en los transportes. Pero no hubo respuesta: Maximiliano ya había salido para el frente de batalla, y la marcha siguió hacia el mar. El movimiento se realizó con disciplina y puntualidad irreprochables, a pesar de algunos pequeños obstáculos: la mariscala, embarazada y recalcitrante, retardó su salida repetidas veces ocasionando la duda de si la evacuación se terminaría a tiempo, pero el mariscal, irritado también por sus dificultades domésticas, las venció con una virilidad que restableció su reputación militar. «A pesar de sus errores —dijo uno de sus críticos—, el mariscal es todavía utilizable y en las mejores condiciones. En la primera guerra que venga, si el Emperador obliga a su esposa a quedarse en Francia, veremos otra vez al gran soldado.»

Un mes fue dedicado a cargar los transportes y el 12 de

marzo Bazaine, el cuarto comandante castigado por México, subió al último. Antes de hacerse a la mar, expidió una proclama en que felicitaba a la tropa por su conducta profesional y la gloria que había ganado en México, que estaba muy lejos de reflejar el sentir general en el ejército. El general Douay, pisando el talón de Aquiles hasta el fin, se felicitaba de haber escapado al mando supremo. «La cuestión mexicana será una verdadera catástrofe —escribió a su hermano—. Lo preví, tú lo sabes, desde tiempo atrás. El gobierno hará bien dejándolo en la sombra, si cabe, y en silencio. Puede ser que por eso el mariscal Bazaine escapará al castigo que merece por sus intrigas culpables; pero no escapará a la nota infamante a que está condenado por toda la gente decente en el ejército... Además, la cosa ha tomado tales proporciones que Castelnau tendrá que revelar todos sus actos. Sí, mi buen amigo: observando el trágico fin del comandante en jefe, ¡qué tanta razón tenía yo al decir que tal vez me sería imposible asumir la sucesión del mariscal Bazaine! La profundidad del mal la conocía yo y no veía más remedio que una amputación radical. ¿Qué autoridad hubiera tenido yo para efectuarla?... Se necesitaba nada menos que la llegada de un Gran Inquisidor para despejar la situación.» La historia subsiguiente del mariscal Bazaine era el resultado lógico de actuar contra sus intereses.

Uno de los últimos en salir fue el capitán, o más bien, el coronel Loizillon, ya que había ganado su galardón y adelantado en su carrera; pero poco le importaba su ascenso en 1867. Mala corazonada tenía al sacudir el polvo de México de sus pies. Desde el día en que compuso su conocida diatriba contra Saligny y Forey, Pierre Loizillon había ganado en ciencia lo que había perdido en paciencia; y en vísperas de repatriarse, recapituló su experiencia en su última carta a la familia en Francia, y levantó los ojos de las personalidades responsables del fracaso de la expedición, hasta las finalidades y los frutos de la intervención. «Al iniciar esta guerra, no cabe duda de que el Emperador tenía una gran idea: construir un dique contra la invasión de los Estados Unidos y establecer en México un gobierno fuerte que dependería de nosotros, política y económicamente, y del cual hubiéramos exigido, en garantía de nuestros créditos, el Istmo de Tehuantepec. Hubiéramos aprovechado esa oportunidad para cortar el Istmo, del mismo modo que hemos cortado el Istmo de Suez; hubiéramos cundido poco a poco, como gota de aceite, absorbiendo Guatemala y llegando a Panamá, sin llamar la atención y poniendo a nuestros rivales frente al hecho consumado.

Hubiéramos tenido entonces la mejor colonia del mundo, puesto que el comercio de la India y de China pasa por esa ruta, y los ingleses hubiesen perdido el provecho y la influencia que hubiéramos ganado. Por desgracia, el Sur fue aplastado en el día menos pensado, y por otra parte, pusimos aquí un Emperador opuesto a las tendencias y a los deseos del país, que seguramente no quería un alemán.» Tales errores no podían cometerse con impunidad. A fuerza de fijar la vista en el sol que nunca se pone sobre los dominios del Imperio británico, Napoleón se deslumbró y el ejército pagó su ambición visionaria con un fracaso humillante, que abrió los ojos de Francia a *la follie des grandeurs*. Loizillon llevaba la palabra por coronel y cabo al igual al decir que nadie se ufanaba del papel que le tocó representar en México, y que todos ansiaban la oportunidad de medirse contra un verdadero adversario. «Nos impacientamos por el día en que nos encontramos en una situación más clara y franca, frente a los prusianos, por ejemplo» —y esa satisfacción les debía el Emperador. Ya era hora para que cumpliera sus promesas, despedazando los tratados humillantes de 1815, tomando su revancha histórica y resarciéndose en el Rin de su mortificación en México. Pero ¿aprovecharía el costoso error? ¿O erraría otra vez el momento propicio para realizar el ensueño de su reinado? Dudas que dieron en la gusanera de la vanidad nacional; pero de una cosa Loizillon no tenía duda alguna. «¡Que se cuide bien el Emperador! —concluyó—. Ha engañado a todos, ya no engañará a nadie, y puede ser que sea engañado a su vez; al dejar pasar el tiempo, corre el peligro no sólo de quedarse sin aliado, sino de suscitar contra nosotros una coalición de todas las potencias.» Tal fue el fruto de la coalición en 1861 y de la revelación funesta de la debilidad de Francia; y con esa despedida Loizillon volvió las espaldas a México. Sus resentimientos y sus presentimientos fueron compartidos por muchos de los 1 100 oficiales, de los 22 234 soldados rasos, de los 4 500 austriacos y de los 800 belgas que abordaban los transportes con varios millares de leguas de México en sus plantas del pie y la pena de la repatriación que tenían escrita en la frente. Con ellos el mal pasaba el mar, y entre ellos andaba otro que tenía mala corazonada también al avistar la costa de Francia; y nadie se extrañó cuando, al aportar en Toulón, no se rindieron los honores de reglamento al mariscal Bazaine.

17

Larga, lenta, pesada, la crónica caduca de la intervención terminó formalmente con la salida del ejército francés, pero aún no había acabado. Faltaba algo esencial todavía para liquidar la cuenta. El deseo estaba saciado de desilusión, la desilusión había degenerado en una cantilena cansada y dolorosa, pero la disolución de tan ambiciosa empresa no podía ser pedestre e impotente, y la liquidación fue, en efecto, breve, rápida, purgante.

El derrumbe dejó en suspenso la sucesión, disputada no sólo por Maximiliano y Juárez, sino por competidores de menor talla. Además de los herederos presuntos, se asomaron otros candidatos para la vacante inminente —entremetidos chupados por el vórtice, girando en el siniestro, que tenían todavía que eliminarse antes de poder enfrentarse los protagonistas, legitimando la sucesión y resolviendo a fondo la cuestión mexicana. Y en los últimos meses de 1866 dos de estos aspirantes se postularon para disputar la solución inevitable.

En la vasta disolución del Imperio no faltaba ningún elemento de la comedia humana, y el sedimento trágico contenía también un filón de farsa. Uno de los aspirantes era Santa Anna. Desde su expulsión del país en 1855 se había radicado en la isla de Santo Tomás, pendiente de otra vuelta patriótica, pero los ciclos santannistas no se repetían con la misma regularidad que antes. Abrazando el Imperio en 1865, desembarcó en Veracruz y fue expulsado por Bazaine; deportado a su Isla Virgen, abrazó la República y le brindó su espada en proclamas periódicas; pasaba el tiempo, pero Santa Anna no ganaba año. México siguió su marcha sin su intervención; la veleta perenne aguardaba incansablemente los vientos alisios para levantar su bandera, pero todo siguió igual hasta que en el verano de 1865 Mr. Seward pasó por Santo Tomás. Lo que sucedió no tuvo importancia. Seward lo saludó, le dijo adiós y siguió su camino; pero en los vaivenes de la historia humana lo que importa no es lo que sucede, sino lo que creen los hombres que les ha sucedido —la crónica de sus progresos no es otra cosa— y a Santa Anna mucho le importaba lo que sucedía en su fuero interior. Aunque su charla con Seward versaba sobre todo menos la política, Santa Anna creyó que la visita tenía un propósito ulterior y la interpretó como un sondeo discreto; y aquí y allá, en México y en otras partes, la voz de la calle aseguraba que la visita del secretario de Estado norteamericano a Santo Tomás tenía algo que ver con la

sucesión. Seward, que a la sazón estaba de vacaciones en el Caribe, no llevaba más objeto que conocer una de sus curiosidades, pero habiendo despertado la curiosidad de los cuentistas, no desmintió el infundio, ya que lo que sucedía en la opinión de los franceses no le dejaba indiferente, y la suposición de que pensaba en Santa Anna como un sustituto posible para Juárez no tardó en ganar terreno. Convencido por su parte, Santa Anna no dejó crecer la hierba bajo sus pies y mandó a Washington un emisario para sondear la posibilidad, pero la contestación era cruel: se le aconsejaba que se alistara bajo la bandera de Juárez. Por fuerte que fuera la pócima, la tragó y ofreció ponerse a las órdenes de su viejo antagonista, sin tomar en cuenta la posibilidad de un desaire. Al enterarse de la oferta, Juárez escribió a Romero que el mejor servicio que Santa Anna podía prestar a su patria, y el único que estaba dispuesto a aceptar, era el de vivir retirado de ella. No obstante, Santa Anna se fue a la plaza. En el verano de 1866 se marchó para Washington, y al llegar a Nueva York, concedió una entrevista a los periodistas, los que recordaban muy bien quién era y le vieron muy sano y bien conservado a pesar de estar muy avanzado de edad. Tanto fue así, y tan bien conservado se sabía, que no se dio cuenta de otra cosa. Radicándose en la isla de Staten, comisionó a un agente para que fuera a Washington con la oferta de vender otro jirón de territorio mexicano a cambio de su reconocimiento formal. Pero hasta las leyes de la oferta y la demanda ya no funcionaban normalmente; Seward ni siquiera tomó la proposición en consideración, y Santa Anna se quedó con un pleito en las manos contra el agente, que le cobró una cantidad exorbitante por el servicio prestado. No obstante, el paso no fue inútil: redondeaba su historia personal. Las finalidades a las que sirven los hombres no son siempre las que conocen, y sucede a veces que las mejores son las que ignoran; y eso fue lo que a él le pasó. Antes de abandonar la isla de Staten para volver a su Isla Virgen, el veterano expidió una proclama para recordar a sus compatriotas que, mal que les pese, él era la historia de México; lo que era rigurosamente cierto; pero también era cierto que ya había pasado a la historia. Aunque indiscutiblemente un viejo verde, por su parte, hacía mucho que sus compatriotas habían alcanzado la edad de la razón, y el resurgimiento del oportunista anticuado conmemoraba una etapa superada y servía una finalidad afortunada, señalando el transcurso del tiempo como una baliza entre las corrientes raudas y el progreso alcanzado. En lo sucesivo algunas cosas serían imposibles, y una de aquéllas era Santa Anna.

Santa Anna era un anacronismo o, según la frase de Juárez, un cadáver político irresucitable, y se eliminó automáticamente. Lo que le sucedió era el resultado natural de un cuerpo hueco tirado por la fuerza de la gravitación hacia el vacío irresistible, y su evolución vertiginosa se agotó en la periferia del vórtice; pero otro pretendiente penetró hasta la revolución interna y casi alcanzó el mismo centro. La agitación de Santa Anna no fue más que una payasada; la actividad de González Ortega era una tragicomedia.

En el otoño de 1866, González Ortega se resolvió a hacer valer su derecho a la Presidencia. Mientras se limitaba a manifiestos y protestas lanzados del otro lado del Bravo, Juárez no le había hecho caso. Acusando recibo del primero de esos ataques, escribió a Santacilia: «Ya acordaré la contestación que debe dársele, por supuesto una contestación decorosa, pues repugna a la dignidad de un gobierno descender al terreno vedado en que se ha solazado el atolondrado criminal González Ortega. Afortunadamente se dirige a los mexicanos, para quienes él lo mismo que yo somos bien conocidos y tal vez por esto el gobierno sigue imperturbable en su marcha, siendo atacado y obedecido sin contradicción por el pueblo y sus autoridades.» Siendo así, le pareció gratuito, además de indecoroso, «que se diga algo oficialmente sobre el folleto de Ortega, que no es más que un tejido de falsedades y calumnias torpemente inventadas»; y en cuanto a sus partidarios, «son unos miserables que no tienen honor ni vergüenza. Si no temiera ensuciarme en una polémica con ellos, podría decirles muchas cosas que les avergonzarían, si vergüenza tuvieran; pero el respeto a la autoridad que ejerzo, al público y a mi propia dignidad, me impiden descender al cieno en que se agitan estas gentes… Lo que dicen Ortega y sus partidarios de que estoy de acuerdo con Santa Anna y que he vendido la Baja California, son vulgaridades con que siempre me han atacado los que no pueden hacerlo con razones y hechos fundados. No les haga caso…» Pero cuando al fin, en octubre de 1866, González Ortega se aventuró a cruzar la frontera y a desafiar el sentido común de sus compatriotas, se hizo acreedor a la atención seria no sólo del gobierno mexicano, sino del norteamericano, que lo detuvo y lo encarceló para impedir que se reuniera con sus partidarios en Matamoros, donde un coronel republicano se había declarado por él y defendía la plaza contra una fuerza leal al gobierno. La intervención norteamericana fue más lejos: obedeciendo órdenes del general Sheridan, las tropas fronterizas cruzaron el río, ocuparon Matamoros, enarbolaron las Barras y las Estrellas

e intimaron la rendición de la plaza al coronel rebelde. Éste optó por rendirse a sus compatriotas, y las tropas norteamericanas se retiraron, dejando la plaza en manos de los juaristas. Ambos comandantes mexicanos, así como González Ortega, protestaron contra la invasión del vecino, y Juárez denunció el atentado luego que supo lo ocurrido, pero al mismo tiempo aprobó las medidas preventivas tomadas por los norteamericanos para evitar la complicación. «En la carta que Ortega escribió a Negrete en 22 de junio —explicó a Santacilia— le decía que pronto entraría por la frontera y si los estados de ella le oponían obstáculos llevaría una fuerza de voluntarios americanos. Esta amenaza es la mejor justificación de la orden de Sheridan y la refutación más victoriosa a la protesta de Ortega.» González Ortega explotó la aparente colusión en su protesta y logró provocar, por lo menos, un incidente internacional sumamente comprometedor; resultaba imposible tratarlo como una mera molestia, y cuando el gobierno estadounidense le puso en libertad y le permitió pasar la frontera, su propio gobierno lo detuvo y lo sometió a juicio.

Este paso, que el Presidente había anunciado un año antes, provocó la inquietud de algunos de sus partidarios, y su propia indignación contra la prudencia de los timoratos. «Es cosa extraña que algunos hayan juzgado imprudente la disposición que manda injuiciar al general Ortega —escribió a Santacilia en aquel entonces—. Que lo juzguen así los partidarios de éste, que siempre han deseado verlo en el primer puesto de la nación, nada tiene de particular; pero que hombres que en coro manifestaban que Ortega no era conveniente en el mando, que yo debía continuar y que sólo de este modo se evitaba la anarquía, censuren ahora esta medida, es el colmo de la inconsecuencia y del candor, pues ¿qué quieren, que el gobierno hubiera cerrado los ojos a las faltas y delitos de aquél, dándole un título legal para que con él pudiera promover motines contra la autoridad? Esto habría sido dar armas al enemigo contra la sociedad, y esto habría hecho un gobierno que no tuviera la conciencia de su deber y que por pusilanimidad quisiera perjudicar al país con las medidas a medias.» Con mayor razón Juárez invocó la misma defensa un año más tarde, cuando la obstinación de González Ortega lo obligó a pasar también el Rubicón y a aceptar todas las consecuencias de su determinación; y la complicación creó una situación sumamente delicada.

González Ortega negó imperturbablemente el cargo de deserción que motivaba su arresto y siguió insistiendo en su

derecho a la Presidencia y en considerarse un mártir a la fe constitucionalista y una víctima de la persecución política. De ahí la tragicomedia. Si sus derechos eran controvertibles en 1865, estaban condenados en 1866 cuando, después de tardar un año para promoverlos, el país ya había adoptado y aprobado la decisión tomada por el Presidente —«esto es lo que importa —decía Juárez—, pues la opinión pública es el todo donde se adopta el régimen democrático»— pero en materia de política la inteligencia de González Ortega, lo mismo que su ambición, dejaba mucho que desear. En la cárcel se vio reducido a su propia órbita mental, prisión más estrecha que los límites de su celda, porque la evasión era orgánicamente imposible; y con la infatuación de la más absoluta buena fe, se imaginó que lo que le había sucedido era la obra de un hombre que se llamaba... Juárez.

Si la comedia proviene de las seducciones del ego y cabe en un mundo de su propia creación, la alucinación de González Ortega delataba su origen, porque ya había perdido contacto con la realidad; pero al llegar a tal punto, la comedia y la tragedia son muy afines. La sustancia es idéntica, y en su caso la trama era igualmente apta para ambos géneros. También se ha dicho que la *vis cómica* proviene del conflicto entre lo vital y lo automático, de la incongruencia de la libre iniciativa y la rutina de la costumbre y las convenciones; y al insistir en la aplicación automática de la Constitución, sin respeto a las condiciones, a las consecuencias, al sentido común y a la voluntad popular, para gratificar su ambición personal, González Ortega puso al desnudo sus limitaciones intelectuales con una solemnidad cómica que merecía bien de la Musa. Calzando el coturno, quedó colgado pero su pretensión tuvo consecuencias graves para él y para Juárez; y sólo el buen sentido de sus compatriotas impidió que la situación se convirtiera en tragedia.

El tragicómico también se eliminó automáticamente, lo mismo que Santa Anna, pero no por la sola fuerza de su ligereza intrínseca. Aunque ligero de cascos, tenía suficiente gravedad específica para prestar un peso plausible a sus pretensiones y obligar al Presidente a recurrir a la fuerza para reducir el ego rebelde a la razón. La corriente lo llevó muy cerca del centro antes de arrojarlo a la circunferencia de la sucesión; y fue sólo después de adquirir, gracias a su reclusión, el conocimiento incontrovertible del mundo y de sí mismo, cuando alcanzó la abnegación y se conformó con la suerte de un pretendiente excéntrico.

El centro era, como siempre, Juárez. Y el centro estaba calmado.

A su alrededor, el vórtice revolvía vertiginoso y voraz; dentro de él, sólo acumulaba fuerza, seguridad, autosuficiencia. Inmune a la conmoción, inmóvil e inconmovible, aguardaba la solución de una situación en que todo concurría a su favor y todo convergía hacia él. Él era el eje político, el polo moral, el centro magnético en torno del cual giraba el mundo extraño, y el punto concéntrico de la catástrofe; y bien lo sabía. «Yo sigo sin novedad —escribió a su esposa en vísperas de su onomástico en 1866—. Sólo una enfermedad grave me está atacando, y es un mal que no tiene remedio: son los sesenta que cumpliré dentro de ocho días; pero no creas que la tal enfermedad me abate, ni me intimida. Veo pasar los años y yo sigo mi camino.» Y si el tiempo no podía alcanzarlo, ¿quién podía tocarlo? «Así veo también las protestas y tonterías de Ortega y tío Ruicito. Hasta ahora no han conseguido sino ponerse en ridículo. Los pueblos siguen como yo su tarea y no hacen caso de tales héroes.» Había engordado, como si su cuerpo se hubiese nutrido, como su espíritu, de la vida de los vencidos. Su espíritu crecía con tal transustanciación. El alma sufrida que durante tantos años magros había prosperado con la adversidad se dilataba ahora al contemplar el término inminente de sus labores. «Muy grande es la calamidad que ha pesado sobre nosotros en estos últimos años, pero debemos consolarnos con el porvenir, para mí casi próximo y seguro, de que después de la presente guerra, las Repúblicas Americanas, no hablo de la de Washington, al menos la de México, quedarán absolutamente libres del triple yugo de la religión de Estado, clases privilegiadas y tratados onerosos con las potencias europeas. El reconocimiento de éstas al emperador Maximiliano ha roto los pactos con que nos redujeron a un pupilaje.» Había vivido y luchado lo bastante para ver aquel día, y casi podía decirse que la intervención fue un bien disfrazado. Bien le habían servido sus enemigos, y México tenía todo por ganar con la gran conjura en su contra.

Al enterarse de los rumores bélicos en Europa, el Presidente extendió la vista sobre los amplios pastos que el Nuevo Mundo proporcionaría al Viejo, cuando se hubiera logrado el drenaje del diluvio. «Ojalá que la guerra europea sea ya una realidad. Ella cooperará a la prosperidad de México que, dentro de dos años a lo más, estará en condiciones de dar paz y garantías de seguridad a los sabios, a los ricos y a los artesanos que necesariamente deben de huir de los estragos de la guerra y buscar un asilo donde hay paz y libertad.» Y al corroborarse los rumores, su corazón dio un salto de satisfacción: «Lo más importante es el rompimiento de hostilidades entre Prusia y

Austria. Convenga usted conmigo que Bismarck es un hombre de pro, porque ha logrado poner en alarma y en movimiento a los demás lobos de la Europa. ¡Dios lo mantenga en su firmeza para que el incendio no se apague, sino que devore el último opresor de aquella parte del mundo!» De los beneficios que resultaban de la intervención, no era el menor las nuevas relaciones con los Estados Unidos, que desataban las cadenas del pasado y apareaban los dos pueblos con las ligas del interés común. La actitud de Washington había influido en la lucha tardía pero eficazmente. Seward le había impartido un auxilio parsimonioso pero poderoso, negándose a reconocer todo otro gobierno o pretendiente, violentando la evacuación de los franceses mediante una presión diplomática que redoblaba a medida que Napoleón cedía, codeando sus demoras, cortando sus remedios, frunciendo el ceño al formarse una Legión Extranjera, frenando el envío de refuerzos austriacos con una nota perentoria a Viena, y reduciendo al Emperador americano a sus propios recursos; y fue en gran parte gracias al manejo del vecino, vigilando la lucha en función de árbitro y tanteador, como la arena quedó despejada para la tarde y los antagonistas pudieron enfrentarse libremente en el último lance.

Con el reflujo de la evacuación la preocupación de los linderos del Imperio cundía rápidamente. A fines de diciembre de 1866, el Presidente llegó a Durango y su familia se aprestaba para la reunión, detenida solamente por la duda de la ruta más segura que seguir, por tierra o por mar. «Las únicas ventajas que a mí me resultarían de irme por Veracruz —le escribió su esposa— son que yo misma me llevaría a nuestros hijos, que si me voy por Monterrey no será así.» Y sólo para acompañar a sus hijos muertos y reintegrarlos personalmente a la patria, doña Margarita pospuso su partida.

El alba del año nuevo despuntó brillantemente en Durango. «Se ha hecho un magnífico recibimiento al gobierno —apuntó el Presidente el día primero del año de fruición— y eso es natural, por aquello de que no es lo mismo *Virrey que te vas que Virrey que te vienes*». A medida que siguió avanzando hacia el interior, el camino recordaba al viandante y se le tributaba una bienvenida regia. En Zacatecas, donde llegó a fines de enero, la población lo recibió con bailes, fiestas y fuego artificiales y le obsequió un bastón, costeado por una colecta pública, valorado en 2 mil pesos y de un valor sentimental muy superior al material; en sus manos equivalía a un cetro imperial o a un bastón de mariscal, y como tal lo apreciaba. A los cuatro días de su llegada, Miramón atacó la ciudad, penetró el reducto y puso

en fuga a la guarnición. Cansado de la prudencia oficial y de la defensa delegada, el Presidente se quedó con la tropa hasta el último momento, y rompiendo otra costumbre también, abandonó su coche y montó a caballo. A este abandono presuroso de sus hábitos conocidos se debió su escape de la persecución enemiga. Miramón, observando el coche presidencial corriendo por el camino de Fresnillo, dirigió la persecución de su caballería por aquel rumbo y supo demasiado tarde que los jinetes que se esfumaban a rienda suelta por el camino de Jerez eran Juárez y sus ministros. La aproximación de refuerzos republicanos obligó a Miramón a abandonar la ciudad a su vez, y ocho días más tarde Juárez regresó a Zacatecas. Sus efectos personales desaparecieron en el saqueo de la ciudad, pero se recuperó el objeto esencial: el bastón.

Al informar a su familia, el Presidente hizo la apología de su imprudencia. «Aunque muchas personas opinaron porque el gobierno se retirara de esta ciudad, y para ello había razones muy poderosas de conveniencia política; sin embargo, yo no creí conveniente seguir esta opinión y me resolví a correr la suerte de nuestras tropas. El entusiasmo casi frenético con que este pueblo me recibió, y la idea tremenda de que mi anticipada retirada de esta ciudad introdujese el desaliento en las tropas y en el pueblo, me afirmaron más en mi resolución. En fin, mi opinión era que si la plaza se perdía esta desgracia no fuera efecto de la retirada del gobierno, sino la causa… En los momentos de mi salida el día 27, Salomé llevó mi equipaje a una casa inmediata al Palacio, la que después catearon Joaquín Miramón y otros esbirros. Sólo se salvó mi petaca y el bastón que me acababan de regalar.» Recobrado el objeto esencial, el bastón desechó todas las objeciones de propios y extraños. Su familia se alarmó por lo ocurrido, juzgando su conducta una tontería temeraria, lo que lo obligó a volver a la defensa de su criterio. «Quedo impuesto del sermón por lo que fue calaverada del día 27 de enero en Zacatecas. Hay circunstancias en la vida en que es preciso aventurarlo todo, si se quiere seguir viviendo física y moralmente y en esas me vi el día 27 citado. Salí bien y estoy contento y satisfecho con lo que hice.» Ya era tarde para regañarlo, había llegado a los sesenta años, estaba cansado de la insípida seguridad, cansado del papel necesario, pero sin gloria, del civil dirigiendo la batalla detrás de las líneas, y moralmente no podía seguir viviendo sin dar una escapadita antes de terminarse la guerra. Físicamente, se salvó del desastre por un margen muy escaso. Entre los trofeos tomados al enemigo se encontraba una orden firmada por Maximiliano y comunicada

a Miramón algunas semanas antes, para que Juárez y sus ministros, si cayesen presos, fueran procesados y sentenciados por un consejo de guerra, pero que la sentencia le fuera remitida antes de ponerla en ejecución. Una ambigüedad fatal revestía aquella orden y selló la suerte de su autor. Sea que Maximiliano pensara condenar o indultar, no cabía duda de que Juárez se hubiera encontrado a su merced, y fue esa discreción soberana lo que dio al documento una equiponderancia imperdonable: igualmente desastrosa hubiera sido para el Presidente invicto, en aquel trance, la gracia o la tumba. Del castigo apenas eludido de su calaverada, Juárez se cuidó bien de informar a su familia.

La reocupación de nuestro México siguió sin oposición hasta que el Presidente llegó a Zacatecas. Allá comenzaba la reconquista. Batiéndose en retirada, Miramón fue atacado y derrotado por las fuerzas republicanas en el pueblo de San Joaquín y se refugió en Querétaro, donde Maximiliano, Márquez, Mejía y unos 10 mil soldados tenían establecido el frente para proteger la capital. Márquez se permitió una alusión sarcástica a su derrota en un banquete público; y moralmente Miramón estaba derrotado en realidad. Después de la batalla de San Joaquín, confesó francamente que las fuerzas republicanas eran irresistibles porque defendían la causa nacional, y reconoció que, con tal incentivo, su triunfo era indefectible. En el campo de los imperialistas faltaba por completo la convicción: la fe quedó reducida a la lucha encarnizada para sobrevivir. Para levantar tropa y dinero se recurrió a los arbitrios gastados: a la leva y a los préstamos forzados. La lotería de los condenados los cogía el azar en redadas de ricos y pobres, sujetos todos a la contribución de sangre, y con los residuos de tales fuerzas, reclutados por secuestro y extorsión, Maximiliano se marchó a la campaña luego que los franceses salieron de la capital. Abandonado a sus propios recursos, se mostró responsable y aceptó la situación a sabiendas de que era insostenible, precisamente por ser insostenible; porque de todos los motivos que inspiraban su perseverancia el más imperativo —el incentivo que todo lo cerraba en un nudo que nada podía soltar— era la gracia innata del alma bien nacida, que dictaba la expiación condigna del error. Obligado por su honor a tentar a la Providencia, se dejó envolver, voluntariamente y sin vendas, en la telaraña transparente de ilusiones que sus partidarios tejieron ante sus ojos para salvar sus cabezas; y purgándose del pecado original del invasor, salió al encuentro con Juárez en buena lid y se naturalizó mexicano para el último cuarto de

hora en Querétaro.

Cercado por las fuerzas republicanas del general Escobedo, Querétaro resistió por casi cien días, desde el 19 de febrero hasta el 15 de mayo. Numéricamente inferior en descampado, la guarnición quedó embotellada en la circunvalación, y Maximiliano, bloqueado por las técnicas contrarias de sus defensores. Confiando en su talento y en la comprobada regla militar, *plaza asediada, plaza tomada*, Miramón favorecía una embestida contra los asediadores antes de cerrarse el cerco y cortarse la comunicación; pero, desacreditado por la derrota en San Joaquín, su táctica tuvo que ceder a la de Márquez, resuelto a quedarse a la defensiva. A fines de la cuarta semana del sitio la situación era desesperada y Márquez salió con una fuerte escolta de caballería abriéndose paso a través de las líneas enemigas, para conseguir refuerzos en la capital; pero no regresó. Si eso se debía a defección o a discreción militar, es un punto dudoso: a partir de esa fecha su conducta era discutible. Nombrado por el Emperador Lugarteniente del Reino con facultades omnímodas, Márquez logró exprimir las últimas gotas de sangre de la capital y salió rápidamente para Puebla, a la que amenazaba Porfirio Díaz; pero Puebla cayó antes de su llegada y Márquez regresó a la capital, donde se encerró para la postrer defensa. Como Puebla dominaba la ruta de escape al mar, no faltaban motivos poderosos de discreción militar para desviar el socorro pedido por ese rumbo; de modo que una duda favorable amparaba su determinación. Pero no cabía duda del efecto de su fracaso en el sitio de Querétaro, ni de su conformidad con la catástrofe durante los contados días concedidos a sus compañeros en el Norte. Celoso de Miramón, detestando a Maximiliano y Lugarteniente del Reino por su parte, Márquez ejerció su breve autoridad movilizando a los civiles para la fortificación de la capital, sin levantar un dedo para socorrer a la guarnición atrapada en Querétaro, ni siquiera del único modo que le quedaba. Maximiliano le había confiado su acta de abdicación con instrucciones de publicarla, luego que cayera preso; pero Márquez, consultando su discreción, no creyó conveniente abandonar a su soberano prematuramente, de suerte que se mostró leal hasta la muerte.

Miramón, entretanto, había puesto a prueba su técnica, intentando una serie de salidas tardías y espasmódicas, que no lograron romper el cerco pero que sostuvieron la moral de la guarnición hasta el 15 de mayo. Para la mañana de aquel día se tenía planeada una arrancada en fuerza, con poca esperanza de salir de la ratonera, mas con la resolución de sucumbir, por lo

menos, en reñido combate; pero el fin fue sórdido. Al amanecer un traidor abrió un portillo al enemigo y Maximiliano cayó preso con su plana mayor. Su conducta en el momento crítico era candorosa: mandó decir al general Escobedo que ya no era Emperador de México, que había firmado su abdicación y que quería ser la única víctima, si hiciera falta una, y propuso que se le facilitara una escolta para salir del país inmediatamente, con la promesa de no regresar nunca. Se le contestó que la petición sería remitida a las autoridades competentes; y con eso el preso se rindió sin reserva, y todo había terminado.

Todo había terminado, por lo menos en el concepto del Archiduque, aunque hasta en aquel trance se entregaba a su suerte sin darla por concluida. Todo había terminado, por lo menos, en el ligero alivio con que descansaba de su persecución tenaz. Todo había terminado, menos el desenlace de la calamidad que con tanta constancia se había obstinado en cortejar. La larga agonía del Imperio había terminado dejando en herencia un saldo incalculable de vidas perdidas y pervertidas, de recursos dilapidados, de infección social, de mortificación nacional y de encono humano que exigían satisfacción; y como los verdaderos culpables estaban inalcanzables, la satisfacción no podía ser más que formal, y la expiación era tanto más exigente por ser simbólica. Maximiliano fue condenado, con sus lugartenientes Miramón y Mejía, a comparecer ante un tribunal militar. Contra esta sentencia el príncipe apeló al Presidente, que se encontraba en San Luis Potosí, en una nota en la que le pedía una entrevista personal. La nota era el corolario lógico de su propia orden de procesar a Juárez ante un consejo de guerra, pero de suspender la sentencia, en las mismas circunstancias. De todos los peligros implícitos en aquel documento, el más grande para Juárez era el riesgo del contacto personal con un adversario generoso; y ahora que sus posiciones estaban invertidas, el peligro de personalizar la cuestión mexicana y de conmoverse y quedar desarmado, traicionando el porvenir al traducirlo en una tragedia individual, era mortal, y lo eludió en defensa propia. Enemigo simpático, Maximiliano había buscado una entrevista desde su misma llegada a México, fincando sus esperanzas en el contacto personal para conjurar sus dificultades: sus afinidades exigían una conferencia cara a cara; pero su último recurso fracasó. La petición fue rechazada. Consignado al tribunal militar, Maximiliano mandó a la capital a pedir defensores jurídicos.

La conducta de sus partidarios en aquel momento era

característica. La capital estaba sometida a un bloqueo doble, uno por el ejército de Díaz afuera, otro adentro por la resistencia de las autoridades a reconocer la realidad. La caída de Querétaro fue ocultada al público, primero por un silencio impenetrable, en seguida por rumores de supuestos triunfos y de la vuelta inminente del Emperador a la capital. Con los fútiles artificios y la mendicidad culminante de esos días, Márquez y sus cómplices alcanzaron el triunfo supremo de la mentalidad conservadora, adoctrinada por su credo y acostumbrada por la práctica a confundir siempre el título con el texto y la fe con la fachada, la Iglesia con la religión, el Estado con la sociedad, la apariencia con la realidad, el nombre con la sustancia. Hasta el fin, el gobierno seudoimperial siguió agonizando en la mentira, y fue sólo con la llegada del emisario en búsqueda de abogados dispuestos a defender al ex Emperador como se trasparentó la verdad y se supo la catástrofe. Tres jurisconsultos respondieron a la llamada, liberales todos y uno de ellos, Mariano Riva Palacio, una eminencia, doblemente capacitado para emprender la defensa: primero, por ser un veterano enemigo del Imperio, y segundo, porque su hijo había combatido con las armas en la mano y capturado a su cliente. Acompañados por tres diplomáticos, los abogados salieron presurosamente para Querétaro, donde se repartieron los papeles, quedando uno con el acusado para preparar su defensa y siguiendo los otros hasta San Luis Potosí para interceder ante el gobierno, único recurso real, ya que la sola formación de causa ante un tribunal militar bastaba para predeterminar la sentencia.

El proceso en Querétaro duró tres días, del 13 al 15 de junio, y la función se celebró, apropiadamente, en un teatro, con la Corte y los acusados en el foro y el público en la sala. Maximiliano brillaba por su ausencia, habiéndose negado a sufrir tan espectacular desgracia, y únicamente sus codelincuentes fueron exhibidos en las tablas. Eclipsados por la sombra del protagonista, comparecieron como cómplices para sufrir la suerte de comparsas y se desvanecieron en una formalidad efímera. Uno, sin embargo, mereció su momento de estigma y fue condenado por derecho propio. Miramón, cuya triste celebridad casi había sido borrada por la marcha del tiempo, se salvó de la sombra, merced a la hecatombe de Tacubaya, que fue recapacitada én Querétaro, y se le concedió el recuerdo indeleble antes de relegarlo al olvido. Mejía, ocupando el puesto que propiamente correspondía a Márquez, a quien fue imposible llamar de capítulo, carecía de

antecedentes criminales y fue sentenciado sin reclamar la atención pública. La tercera *M*, la figura muda del monograma imperial, monopolizaba la atención de la Corte y el interés del público.

Maximiliano fue defendido por sus abogados con un empeño superior a la mera conciencia profesional o al puro arte legal, ardiente, lógica y valientemente, con una amplia apelación al sentimiento humanitario y a la razón histórica. La defensa negaba la competencia de la Corte, explícitamente, para conocer la causa, y el derecho del gobierno, implícitamente, para juzgar al acusado como rebelde, o según los términos de la acusación, como «usurpador del poder público, enemigo de la independencia y seguridad de la nación, perturbador del orden y de la tranquilidad pública, y violador del derecho de gentes y de las garantías individuales» —fraseología sonora, dijeron los abogados, propia de un periódico o de un círculo político más bien que del fallo reflexivo de la humanidad. La rebeldía, según su razonamiento, se distinguía de la guerra civil tanto por su grado como por su carácter, y el código de leyes aplicable a la una era demasiado estrecho para abarcar la otra, teniendo un profundo cisma social, por su misma naturaleza y escala, derechos reconocidos y responsabilidades correspondientes, que variaban a la inversa de sus propósitos y de sus resultados. Con tales argumentos los abogados tenían la posibilidad de armar una auténtica defensa de Maximiliano, y la aproximaron, aunque sin profundizarla. Su extranjería magnificaba su ofensa, pero magnificaba asimismo la cuestión en disputa, que superaba a los prejuicios primitivos del patriotismo, y resultaba impertinente, de todos modos, desde el momento en que se identificó lealmente con su patria adoptiva. Se había librado de la posición falsa en que lo colocó la protección francesa, y al permanecer en su puesto a muerte o vida después de la salida de los franceses, había vindicado su independencia y se había convertido, en realidad, en un jefe de partido. Llamado a México por uno de los bandos antagónicos empeñados en una guerra civil y esforzándose por ganarse la otra, cuya fe y cuya obra adoptó voluntariamente, concibió su misión como la de un árbitro y mediador y recurrió a la fuerza, porque la fuerza era indispensable, como afirmó en un discurso pronunciado en Querétaro, «ya que, sin lucha y sangre, no hay triunfo estable, ni desarrollo político, ni progreso perdurable». Todos los derechos adquiridos por la humanidad se ganaban, en última instancia, por medio de la fuerza, y por medio de la fuerza se perpetuaban todos sus males, y la legitimidad de la fuerza resultaba de sus

frutos. La misma autoridad que lo encausaba tenía un origen revolucionario y debía su legalidad a un código en disputa y a la aquiescencia popular: Maximiliano podía invocar la misma justificación. Los derechos y los agravios de la *ultima ratio* dependían de los intereses que prevalecían y eran necesariamente parciales y relativos; los medios empleados eran igualmente arbitrarios, y cuando un pueblo libraba una guerra civil para hacer o deshacer sus propias instituciones, los caudillos reconocidos tenían el derecho de reclamar contra la justicia criminal y de invocar, conforme a las leyes de la guerra, los fueros políticos. En esta categoría se encontraba el caso de Maximiliano. La norma adoptada en el caso del Presidente de los Confederados, Jefferson Davis, al terminarse la guerra civil en los Estados Unidos, fue citada como un precedente consonante con las prácticas de las naciones civilizadas y un ejemplo digno de emulación en México.

Pero los argumentos esgrimidos por los hombres de leyes eran demasiado bien fundados para impresionar a un tribunal militar y fueron desechados por la Corte como una mera decoración forense, parecida al pórtico clásico de la tela de fondo contra la cual la justicia ciega hacía la diligencia del caso. Compenetrados de lo que quedaba atrás, los jueces hicieron de un lado lo que estaba por venir y se limitaron a la evidencia material acumulada en la mesa: carecían de competencia para fiscalizar a Maximiliano en las perspectivas históricas, y de discreción para medir su transgresión en términos de la evolución histórica. A horas avanzadas de la noche del 15 de junio emitieron el veredicto, veredicto dictado por el gobierno que nombró el tribunal y le entregó la ley, y por los intereses que prevalecieron, representados por el ejército. Se fijó la ejecución para el día siguiente, y poco antes de la hora señalada se intimó la sentencia a los condenados.

Maximiliano la esperaba. Tenía formada su opinión de un tribunal que suponía integrado por jóvenes oficiales más o menos analfabetos y cuya competencia para representar la comedia togada y procesarlo se basaba en la posesión de uniformes presentables. Acababa de recibir, algunas horas antes, la noticia de la muerte de Carlota. Aunque era un infundio, nunca resultó mentira más afortunada. «Otro vínculo con la vida roto», dijo. Hizo sus preparativos con serenidad, dictó algunas cartas, hizo sus devociones, comulgó, confesó a su médico que morir era más fácil de lo que se figuraba y le encargó de decir a su madre que había cumplido con su deber, A la hora señalada concurrió a la cita puntualmente; pero la

cortesía regia no le fue reciprocada, y la hora extrema pasó como pasaban todas las horas en un país en que poco importaba el tiempo ni siquiera en aquel momento. La tardanza la ocasionó la llegada de un telegrama de San Luis, que autorizaba la suspensión de la sentencia por tres días. El condenado deploró la espera, pues había terminado con el mundo, y compartía poco las esperanzas que sus amigos sacaron de la demora.

Sus amigos en San Luis Potosí no perdonaban esfuerzo para salvarlo. Riva Palacio y su colega apelaron repetidas veces al Presidente, regresaron otra vez al Palacio, redoblaron los pasos perdidos en la antesala y recibieron incansablemente la negativa paciente de Lerdo de Tejada, que defendía el santuario con la razón de Estado. El recluso del santuario les recibió y se explicó con pena: simpatizaba con su misión; se daba cuenta de lo penoso de su oficio y de la aflicción que les causaba la inflexibilidad del gobierno; sabía que no podían comprender su rigor ahora, ni apreciar la justicia que la dictaba, y si no, al tiempo... «El gobierno obra por necesidad en esta ocasión, negando los sentimientos humanitarios de los que ha dado, y dará todavía, pruebas incontables —recalcó el Presidente—. La ley y la sentencia son inexorables ahora, porque así lo exige la seguridad pública. También puede aconsejar la economía de sangre, y eso será la satisfacción más grande de mi vida. La tumba de Maximiliano y de los demás será la redención de los otros extraviados.» Y en la salida Lerdo de Tejada, Iglesias y todos los demás centinelas del santuario repitieron la misma consigna.

Después de los abogados vinieron los diplomáticos. El ministro de Prusia —ya no el tío de los nudillos de acero, sino el barón Magnus, de otro carácter— telegrafió al Presidente «a nombre de la humanidad, a nombre del cielo», a falta de otras credenciales para conseguir una audiencia, y cayó en San Luis Potosí para interceder en persona; y gracias a su súplica se consiguió el plazo —concesión que, apenas otorgada, el Presidente se arrepintió de autorizar, ya que la suspensión de sentencia prolongaba la agonía inútilmente— pero el Barón era bien intencionado. En seguida, llegaron las mujeres. La princesa Salm-Salm, cuyo marido estaba preso con el Archiduque, había sido expulsada de Querétaro por tramar la evasión de Maximiliano y sobornar a sus custodios, pero se la recibió en San Luis con simpatía y consideración. Al preguntar a Iglesias si no le hubiera complacido el buen éxito del complot, éste asintió tácitamente con una sonrisa comprensiva; y aunque no logró

arrebatar la misma confesión del Presidente, su actitud la dejó con la misma impresión; pero ella no ganó más que el plazo ya otorgado al barón Magnus. En vísperas de vencerse el plazo, volvió a invadir el santuario, y encontrando al Presidente pálido y extenuado, se echó a sus pies y, abrazando sus rodillas, se negó a salir sin el indulto. Más no hubiera hecho la misma Carlota. En su reseña de la escena, la Princesa recapacitó los esfuerzos laboriosos realizados por Juárez para levantarla —la dama era antigua acróbata de circo— y su respuesta cada vez más cansada. Si todos los soberanos de Europa estuviesen a sus pies, le dijo, le sería imposible indultar a Maximiliano; no era él quien lo condenaba, sino la ley y el pueblo; si él no cumpliera con su deber, el pueblo mismo le arrancaría la vida, y a él también la suya. La defensa hubiera parecido insuficiente, tal vez, si no hubiese sido cargada de su íntima convicción. ¡La Ley y el Pueblo! Dentro de esas limitaciones latía el corazón del santuario; obligado a cumplir y prohibido simpatizar, dejó la última palabra a Iglesias que acompañó a la Princesa a la puerta, asegurándole que al Presidente le apenaba profundamente la necesidad de inmolar una víctima tan noble como Maximiliano y de sacrificar a dos de sus propios compatriotas. Salida la Princesa, entró una delegación de doscientas mujeres; salidas ellas, entró la esposa de Miramón con dos niños; ella salió desmayada en brazos del ujier. Entonces, al fin, Juárez se encerró, negándose a recibir a nadie por tres días. Por penosas que fueron las escenas que no se permitió rehuir, tenía la conciencia tranquila y su correspondencia con su familia durante aquellos días no revelaba sentimiento alguno, sino para su próxima reunión.

Sin embargo, la ordalía fue más dura para él que para Maximiliano: él no había terminado con el mundo, ni el mundo con él. En el mes que transcurrió entre la captura y el proceso de Maximiliano, la cuestión fue debatida *urbi et orbi*, en todos los países afectados, por toda clase de interés, por toda variedad de inteligencia y todo tipo de carácter, y la opinión mundial fiscalizaba a Juárez a su vez. Los soberanos de Europa hicieron representaciones concertadas y levantaron protestas ante el gobierno de Washington, que contribuyó a la agitación con un gesto formal a favor del condenado. Más poderosa, sin embargo, que la solidaridad de los soberanos, fue la autoridad de ardientes republicanos que intercedieron también por la vida del príncipe. Después de los abogados, de los diplomáticos, de las mujeres, los poetas levantaron la voz. Lamartine, que había ensalzado la idea napoleónica, tuvo la discreción de callarse;

pero Víctor Hugo, que había denunciado la empresa y cuyas palabras ardientes fueron otras tantas bocas de fuego durante el sitio de Puebla en 1863, era un partidario con derecho a hacerse oír. «¡Que este Príncipe, que no adivinaba que era hombre, sepa que hay en él una miseria, el Rey, y una majestad, el Hombre! Jamás se ha presentado a vosotros una ocasión más magnífica. Juárez, haced que la civilización dé un paso inmenso. Abolid sobre la faz de la tierra la pena suprema. ¡Que el mundo vea esta cosa prodigiosa! ¡Que la nación en el momento de aniquilar a su asesino vencido, reflexione que es hombre y le suelte y le diga: "Tú eras el Pueblo como los demás, ¡vete!"! Ésta será, Juárez, vuestra segunda victoria. La primera, vencer la usurpación, es magnífica. La segunda, perdonar al usurpador, es sublime... Sobre todos los códigos monárquicos, chorreando sangre, abrid la Ley de Luz y en la más santa página del Libro Supremo, que se vea el dedo de la República puesto sobre el mandamiento de Dios: *No matarás*.» Y más potente aún que la retórica sonora del poeta era la voz del correligionario aguerrido, Garibaldi, cuyo prestigio era inmenso en México, donde los liberales lo consideraban casi un hermano de sangre; Garibaldi también abogaba por la ley limpia de sangre. Pero todas estas intervenciones adolecían de dos limitaciones: el tiempo y el lugar. Llegaban tarde y de parte de extranjeros. Ya no era hora para intervenciones de ninguna clase, de ninguna parte, por ningún motivo. Un mensaje de Seward en que sugería al gobierno que las medidas rigurosas «no levantarían el carácter de los Estados Unidos de México en la estimación de los pueblos cultos», provocó una respuesta brusca. «El gobierno, que ha dado ya numerosas pruebas de sus principios humanitarios y de sus sentimientos generosos, debe tener presente también, según las circunstancias de los casos, lo que exigen los principios de justicia y su deber para con el pueblo mexicano.» Bien hubiera podido pensar Garibaldi en su propia divisa —*l'Italia fará da se*— antes de interceder; y el silencio de Juárez le daba la respuesta más elocuente. Juárez tenía compasión, ante todo, por su propio pueblo y tomó su partido el día mismo de la caída de Querétaro. «Los impacientes están dados todos a Satanás —escribió a Santacilia— porque quisieran que en un instante quedara todo terminado, aunque los grandes criminales quedaran impunes, y sin garantía la paz futura de la nación: pero el gobierno, sin hacerles caso, sigue corriendo despacio con el firme propósito de hacer lo que más convenga al país, sin que influyan en sus determinaciones la venganza personal, la compasión mal entendida ni amago alguno extranjero, sean cuales fueren los términos con que se quiere disfrazar; hemos luchado por la

independencia y autonomía de México y es preciso que esto sea una realidad.»

El mundo exterior estaba muy remoto durante aquel mes crítico. La única posibilidad de interponer apelación estaba en manos de quienes se encontraban sobre el terreno y ellos agotaron todos los medios a su alcance. Los abogados y los solicitantes que les siguieron a San Luis Potosí declararon que ni el Presidente ni sus ministros manifestaron una actitud rencorosa y que motivos razonables apoyaban su rigor. Lerdo de Tejada expuso sucintamente la razón de Estado. «Los pueblos débiles no tienen el derecho de ser generosos», dijo una vez; y otra vez, más formalmente: «La guerra civil puede y debe terminar con la conciliación de los partidos; pero para eso es esencial que el gobierno quite los elementos de disturbios probables.» Para desvanecer el temor el barón Magnus propuso un compromiso formal, en nombre de los monarcas de Europa, de que ni Maximiliano ni sus asociados volverían a pisar el suelo mexicano, si se les conmutara la pena extrema; y el emperador Franz Josef propuso la misma garantía y dio la prueba más irrecusable de su buena fe renunciando al Pacto de Familia para salvar a su hermano. Pero no había promesa, y mucho menos promesa de príncipe o rescate de rey, capaz de vencer la desconfianza de los mutilados. El recelo era respetable, el temor era legítimo; pero era siempre el temor, la fuerza que rige al mundo y perpetúa sus violencias variables y sus venganzas genealógicas, y contra cuyo imperio no hay razón que valga.

Si el temor era bien fundado y si la razón asistía al recelo, era, sin embargo, un punto discutible. La garantía más firme contra una repetición de la intervención la proporcionaba el saldo de la intervención, escarmiento infinitamente más formidable que el sacrificio del testaferro. Pero era demasiado temprano para apreciar el resultado en las amplias perspectivas históricas: aquí, también, el tiempo y el lugar limitaban la vista larga. El gobierno estaba cercado por el ejército y la vindicta militar era inexorable. En Querétaro los combatientes clamaban por la cabeza de Maximiliano y el sacrificio de todos los imperialistas, los grandes y los insignificantes por igual; en el comedor del hotel un oficial del Estado Mayor del general Escobedo recomendaba que el cadáver de Maximiliano fuera despedazado y repartido en cada pueblo de México. La exasperación de la sangre vertida clamaba contra la clemencia, y para exaltar al público se circulaban las cartas de despedida a sus madres de dos jóvenes patriotas, Arteaga y Salazar, ejecutados bajo el sanguinario decreto del 3 de octubre. Porfirio Díaz,

personalmente el más templado a la vez que el más intrépido de los patriotas, previno al Presidente que no le sería posible responder del ejército que sitiaba la capital, si se indultara al Emperador. Una xenofobia implacable inflamaba a los patriotas victoriosos y estalló al divulgarse la interposición de Seward, hecha a instancias del gobierno austriaco. Los oficiales exigían el desafío público de la injerencia de Washington; y cuando el ministro americano, de paso por Nueva Orleáns, recibió un telegrama de Seward en que lo apremiaba a que precipitara su marcha a México para solicitar el indulto de los presos, optó por posponer su salida por temor de recibir el desaire inevitable. La tensión eléctrica que vibraba en aquellos momentos era intocable. La presión de la opinión, como lo reconocía el Presidente, era la fuerza que dominaba y dirigía al gobierno. Si en realidad era irresistible, y de dónde provenía —de las calderas del ejército, o de los extremistas que lo rodeaban, o de su propia conciencia— y si aquella inspiración pasaba de ser pasión que presumía de opinión, también fueron puntos muy discutibles; pero no cabe duda de que el gobierno anticipó el fallo. Ni Querétaro ni San Luis Potosí eran sitios favorables, ni los días siguientes del triunfo, los momentos propicios, para pronunciar un fallo a sangre fría. Si se hubiese aplazado el proceso, y si se le hubiera instituido en la capital ante un tribunal de reconocida competencia, muchos observadores opinaron que la templanza hubiera acabado por prevalecer. El proceso fue instituido, precisamente, para evitar toda apariencia de precipitación, pero el fallo estaba predeterminado y el gobierno, después de correr despacio por cinco años, obró con urgencia extrema al llegar a la meta. «A Maximiliano, Mejía y Miramón se les ha mandado juzgar en consejo de guerra, conforme a la ley de 25 de enero de 1862 —escribió Juárez a su familia a los ocho días de la caída de Querétaro—. Pudiera habérseles ejecutado con sólo la identificación de sus personas por hallarse en el caso expresado en la citada ley, pero el gobierno ha querido que haya un juicio formal en que se hagan constar los cargos y las defensas de los reos. Así se alejará toda imputación de precipitación y encono que la mala fe quiere atribuirle. Anoche fue la orden. Probablemente en la semana inmediata quedará terminado el juicio».

El breve plazo concedido a las apariencias expiró la madrugada del 19 de junio. Maximiliano conservó su serenidad hasta el fin; durante los últimos días de expectativa, que sacaban de la vaina de la vida el temple intrínseco del carácter, se transparentaba la gracia innata del alma bien nacida que lo

sostenía. La catástrofe purgó por completo los pequeños motivos de pique y soberbia que lo precipitaron al desastre. «No tengo hiel ni amargura en el fondo del corazón», repitió más de una vez a un emisario del ministro francés que lo acompañaba en la cárcel; y su conducta dio fe de su sinceridad. Ni una sola palabra de recriminación pasó por sus labios. En vísperas de la prueba de fuego, volvió a impetrar por la vida de sus camaradas y pedir que fuera él la única víctima. Aunque estaba escrito que no debían encontrarse, escribió a Juárez, felicitándolo por su triunfo y exhortándole a que aprovechara su sangre. «Que mi sangre sea la última derramada, y dedicad esa perseverancia que habéis demostrado en defensa de la causa que acaba de triunfar, y que me fue grato reconocer y estimar en los días prósperos, a la tarea más noble de reconciliar los ánimos y de establecer la paz en este desgraciado país.» Así, en espíritu, se reunió, al fin, con Juárez.

La despedida transmutaba su ambición en la satisfacción de una buena muerte, y una buena muerte le aseguró ese poder. Puntualmente a la hora fijada, tres coches recogieron su carga penal y desfilaron por las calles de Querétaro, acompañados por las escenas angustiosas de simpatía popular que suelen solemnizar tales ocasiones y que borraron, en ésta, el recuerdo de un sinnúmero de otras vidas oscuramente sacrificadas sin pompa y aparato. La mujer de Mejía corría detrás del coche, lanzando gritos de angustia; el paso de los otros entre la muchedumbre provocó manifestaciones de respeto mudo, de conmiseración, de indignación, de consternación, de todo sentimiento menos el resentimiento o la hostilidad; y la facilidad del sentimiento popular acompañó a los condenados, paso a paso, al ritmo de la posa, hasta el Cerro de las Campanas, la eminencia en las afueras de la ciudad en donde Maximiliano cayó preso y donde terminó su curso. Al bajar del coche, tuvo que dar el brazo a su padre confesor, que estaba a punto de desmayarse. Mirando al mar humano de los espectadores, cercados por un cordón de cuatro mil soldados, preguntó si algún amigo suyo se encontraba entre ellos y se le aseguró que el barón Magnus presenciaba el espectáculo. Privándose de su último privilegio, cedió el lugar de honor en el centro a Miramón, en homenaje a un buen soldado. Extendiendo la vista sobre la valla de bayonetas que formaban los confines de su imperio, sonrió a los ojos tristes de la primera fila, y cuando el capitán del pelotón le pidió perdón, le agradeció y le mandó cumplir con su deber. «Muero por una causa justa, la causa de la libertad y la independencia de México —dijo con voz clara—.

¡Que mi sangre ponga coto a las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!» Siempre había deseado salir del mundo con brillo, y aquel anhelo no le fue negado. Era una mañana luminosa y la hora fresca antes de la salida del sol, cuando clavó los ojos por última vez en el horizonte verde, y el amplio valle, y la serranía azul a punto de ser bendecida por el rubio sol. Vino el fulgor de la descarga y tres figuras arrojaron sus sombras sobre la indiferencia letal de la tierra. El último vale del monarca agonizante, según algunos, era «¡Hombre! ¡Hombre!».

18

La sombra arrojada sobre México por su vida no se desvaneció con su muerte. Ajusticiado el reo nominal, los autores intelectuales del atentado andaban sueltos y Maximiliano, muerto, fue juzgado con la indulgencia póstuma que merecía un cómplice bien intencionado y mal aconsejado, cuyo error capital fue que cayó en la trampa. Si los errores políticos son crímenes, su crimen fue que nació diletante: trágico entrometido en los destinos de las naciones, había purgado su pena con creces, y la expiación coronó a Maximiliano con la aureola del martirio, arrojando una larga sombra sobre la justicia de Juárez.

La descarga en el Cerro de las Campanas tuvo repercusiones mundiales, y en la conciencia del mundo retumbó con reacciones tan diversas y tan perdurables como los conceptos humanos. Las primeras noticias llegaron a Francia en mala hora; París estaba de fiesta, pletórica de visitantes extranjeros y cabezas coronadas que concurría a la Feria Mundial de 1867, y la catástrofe de una aventura que el gobierno tenía todos los motivos de dejar en la sombra y el silencio, como dijo Douay, provocó un clamor de recriminación entre los grandes culpables. Napoleón fue tan profundamente afectado que con mucha dificultad se le disuadió de conmemorar la catástrofe con una función fúnebre en Notre Dame, y sólo para no revolver la feria convino en llorar a Maximiliano con moderación. La Emperatriz no estaba menos afligida, pero estaba enojada también, y siendo mujer, aliviaba su pena con evasivas vitales. Fiel a su sexo, aprobó la obstinación de la víctima en cortejar el desastre. «Hizo bien, tuvo razón de quedarse allá —declaró denodadamente—. Eso lo hubiera hecho yo en su lugar. Yo hubiera dicho, me abandonan, bueno, les jugaré una mala pasada. Claro, hemos cometido errores, pero no somos los únicos responsables; los Estados Unidos y la Corte de Roma deberían compartir la culpa.» Luego, repensando la mala pasada, lloraba y dijo. «Somos como los vecinos de una plaza asediada: un ruin ido, otro venido. Si el Príncipe Imperial tuviera diez y ocho años, abdicaríamos.»

Muy lejos había llevado Maximiliano el taz a taz al hacerse matar para molestarlos, y hasta en su tumba logró contrariarlos todavía. La oposición desenterró el desastre como gulas en la Legislatura. Jues Favre recapituló la historia de la expedición y terminó su requisitoria gritando que, si Francia fuera un país libre, el gobierno ocuparía el banco de los acusados. Thiers

también explotó la sensación, lamentando la energía gastada en México que tanta falta hacía en el Rin y declamando contra el sistema de gobierno personal, pero con los miramientos del caso, torciendo las manos y frunciendo el ceño, pero dando el frío conforme a la ropa. Después de recapitular la crónica y analizar la historia de México, «que tuvo que realizar de una vez todas las revoluciones vividas por Europa en trescientos años», y que se hallaba agotada en 1861, eludió la conclusión a su manera y colgó la calamidad en el cuello de Juárez. «El hombre que tenía el gobierno en sus manos, el hombre que aún no había impreso a su nombre una mancha imborrable, el Presidente Juárez, señores, inspiraba una cierta confianza en aquel entonces. Colocado entre el bien y el mal, insumiso aún al yugo de las pasiones odiosas a las cuales ha sucumbido ahora, nos parecía capaz de inclinarse hacia el bien.» Sus colegas saludaron el resabio sentencioso con gritos de *muy bien, muy bien*, y como las aclamaciones iban dirigidas a Adolphe Thiers, la rectitud le pareció superior a la razón, y el moralista salió airoso del analista. El historiador que desplegaba una lógica irrebatible hasta que sus conclusiones lo llevaban a la fecha y lo abofeteaban en la boca, optó por la línea de menos resistencia y se conformó con la opinión en boga, como el oportunista consumado y liberal académico que era. El choque produjo una revulsión de opinión hasta entre los impugnadores más vehementes de la expedición, y la reacción redundó en beneficio del gobierno. La prensa denunció la pena pagada en Querétaro con la misma rectitud que monsieur Thiers. *El Moniteur* dio el tono oficial: «El asesinato del emperador Maximiliano provocará un sentimiento de horror universal. Este acto infame, decretado por Juárez, imprime un borrón indeleble sobre la frente de los hombres que se dicen los representantes de la República Mexicana: la reprobación de todas las naciones cultas será el primer castigo del gobierno que tiene semejante jefe a su frente.» Y la consigna fue recogida y propagada por un coro de recriminación farisaica. Los informes de los *procureurs* rivalizaron entre sí en repetirla de memoria. «El crimen de Querétaro no hubiera provocado más emoción, si la víctima fuera francesa.» —«No ha habido más que un solo grito para estigmatizar el asesinato del emperador Maximiliano.» —«Los hombres de todos los colores andan de acuerdo en aborrecer este acto cruel, esta violación salvaje del derecho de gentes.» —«La nota insertada en el *Moniteur* de ayer representa exactamente el sentir de la población.» —«No hay más que una sola voz para fustigar este acto de crueldad infame y cobarde, el más odioso jamás registrado en la historia.» —«Aun

cuando imprime un sello fúnebre en nuestra expedición, en el concepto de muchos este crimen autoriza nuestro esfuerzo, ya que comprueba cuán incapaz era México de regenerarse y cuán indigno de gobernarlo era Juárez.» Etcétera, etcétera.

Bálsamo abundante brindaron los sicofantes oficiales a los corazones sensibles de las Tullerías. El tiempo también les vino en ayuda. Por un mes, por dos, Maximiliano hizo sensación en París, el mártir estaba de moda; luego, su muerte se volvió, según un informante, «un hecho histórico. Unas cuantas personas buscan la causa de su caída; la mayoría ya no piensa en eso. Hoy en día más que nunca las naciones tienen prisa de vivir y de olvidar todo lo que carece de actualidad». Y con un suspiro de alivio otro cerró la cuenta: «En los mismos momentos en que la Exposición Universal derramaba sus rayos más brillantes, y nuestro orgullo nacional, mortificado por la oposición de Prusia a la anexión de Luxemburgo y por el engrandecimiento audaz de aquella potencia recuperándose de sus heridas, veía congregados en París a los soberanos de Europa, como para rendir homenaje solemne a la influencia moral de Francia, la ejecución del malhadado Maximiliano vino a resucitar los recuerdos penosos de nuestra expedición a México. A la indignación de ver la traición y el asesinato consumar su obra sanguinaria a mansalva, se sumaba inmediatamente, en todos los corazones adictos al Emperador, otro sentimiento, el temor de que los más ardientes miembros de la oposición fuesen tan injustos para que imputasen la responsabilidad del desastre final a Su Majestad. Este temor resultaba, por desgracia, bien fundado; pero no ha habido más que un solo grito de protesta en todas las clases de sociedad contra las violencias de Jules Favre.» Al regresar a Francia, Bazaine obsequió al Emperador la prueba de que Jules Favre había sido sobornado por Juárez: Napoleón, que la había solicitado tres años antes, la echó en el fuego de la chimenea. Su dignidad era tan grande como su dolor, y mientras duraba el dolor, nadie podía llamarlo Napoleón el Pequeño.

El vilipendio de Juárez se prolongó más que el duelo de Maximiliano. Siendo el vilipendio de un iconoclasta, no podía ser pasajero. La conciencia del mundo, sacudida en Querétaro, denunció al justiciero como un bárbaro que abusó de su victoria sobre el invasor. Los discípulos del mártir lo tachaban de regicida, inmolando al príncipe en aras de su odio a la monarquía y profanando los fueros de la humanidad para hollar a los poderosos. Los apologistas de la civilización europea le censuraron por haber antepuesto una venganza brutal al

desquite refinado de humillar a los habsburgos con un gesto de clemencia espectacular. Los peritos políticos denunciaron el desacierto más que el crimen, y algunos republicanos lamentaron la vindicación de su fe en las entrañas de un príncipe extraviado. Pero con la misma vehemencia con que se le acusaba, se le aclamaba y por las mismas razones. Tanto la acriminación como la aprobación reflejaban la conciencia de clase, y cada clase interpretaba el sentimiento humanitario según la experiencia adquirida de sus semejantes. La clase obrera, con su experiencia histórica, proclamaba a Juárez uno de sus hijos y en un *Saludo de los obreros republicanos* hermanaba su nombre con aquel de Berezowski, joven terrorista polaco que acababa de disparar contra el Zar de Rusia en las calles de París. «Vuestro vigor macho ha sorprendido a todos, confundiendo a unos y electrizando a otros. El humilde, el pobre, el inepto Juárez se ha vuelto el terrible, el bárbaro, el salvaje Juárez. ¡Sí! Lo que faltaba era un salvaje, lo que hacía falta era la energía americana, el indio allá, el obrero por acá, para empuñar el puñal otra vez y resucitar el espíritu de Bruto, renovar la justicia y reencender el mes de junio, que tiene ahora dos fechas faustas. Las viejas razas y las viejas castas pueden perecer. ¡Paso para las nuevas! ¡Paso para el obrero Berezowski! ¡Paso para el indio Juárez! ¡Gloria a aquel que intentó y gloria a aquel que triunfó!» Y le enviaron un saludo revolucionario de los veteranos del 1848. «¡Ay, si nosotros los civilizados, los humanitarios, los puros del 48, en vez de demoler el cadalso en provecho de un pretendiente, hubiéramos tenido un poco de vuestra barbarie, no habríais tenido que ejecutar a un emperador y nosotros no tendríamos que ejecutar a otro! ¡Qué tantos torrentes de sangre se hubiesen salvado con una sola gota!».

Aclamado y denunciado como terrorista, Juárez fue confundido con las mentalidades más diversas, moldeado en su imagen, y apropiado para sus fines: cada cual hablaba de la feria como le iba en ella. La soberanía sentimental de Maximiliano enfureció a los doctrinarios radicales— raza bien representada por Georges Clemenceau, en cuyos labios brotaban ya las cerdas del Tigre. «¿Cómo diablos ibais a suponer que debéis compadecer a los Maximilianos y las Carlotas? —escribió a una dama, desfogándose con la boca rabiosa y rebosante de regimaquia—. ¡Dios mío! Gente encantadora, ya lo sé: desde hace cinco o seis mil años fue así. De acuerdo. Tienen la fórmula de todas las virtudes y el secreto de todas las gracias. Sonríen —¡qué tan bonito! lloren— ¡qué tan patético! ¿Nos permiten vivir? —¡qué bondad más exquisita! ¿Nos aplastan? —

¡es culpa de su desgraciada posición! Pues bien, eso lo voy a decir: todos estos emperadores, reyes, archiduques y príncipes son grandes, sublimes, generosos, soberbios y sus princesas, todo lo que os plazca; pero yo les odio con odio despiadado, como se odiaba en el 93, cuando al imbécil Luis XVI se le llamaba execrable tirano. Entre nosotros y estas gentes hay guerra a muerte. Ellos han hecho morir, entre torturas de toda clase, a millones de los nuestros, y pongo yo que no hemos matado a más de dos de los suyos. No tengo ninguna piedad para esa gente: compadecer al lobo es cometer un crimen contra el cordero, Maximiliano quería cometer un verdadero crimen y los que él quería matar le han muerto. Muy bien: estoy encantado. Su esposa, me decís, está loca. Nada más justo: esto casi me basta para creer en una Providencia. ¿La ambición de su mujer incitó al imbécil? Lamento que ella haya perdido la razón y no puede comprender que su marido murió por ella, y que tenemos aquí a un pueblo que se venga. Si Maximiliano no fue más que un instrumento, tanto más vil resulta su papel, sin que por eso sea menos culpable. Lo veis, soy feroz, y lo que es peor, intratable; pero no pienso cambiar, eso no. Creedme: todas estas gentes son iguales y se dan la mano las unas a las otras. Si bien es imposible, si existe un infierno y no hubiese una olla predestinada para ellas, el buen Dios perdería mucho en mi estimación. Dudo mucho que haya otro ateo que tanto lamente la falta de una Providencia: todo lo abandonaría yo a su justicia suprema, y esto me dispensaría de odiar. Pero es triste pensar que todos esos miserables duermen con el mismo sueño que los buenos.» Tantas cabezas, tantas sentencias. El alcance de los ánimos que reflejaban la sombra era tan amplio como limitadas eran las teclas y la percusión que las hizo vibrar en una larga reverberación de actitudes típicas.

Juárez, por su parte, descansó su justicia sobre el fallo de la posteridad: fallo que quedó en suspenso, pendiente del santo advenimiento y disputado por la conciencia del mundo con una posa lenta y tenaz. Tan sólo con el paso de los años y el palidecer del tiempo se resolvió la disputa. El juicio de la posteridad no era más imparcial que el de los contemporáneos, pero un tono de indiferencia madura vino a templar su falibilidad; y entretanto, la opinión pública, ídolo de la democracia, siguió siendo una corte de casación sumamente contenciosa. Sólo una contingencia hubiera podido salvar a Maximiliano: la rendición de la capital luego que cayó preso. La caída del último baluarte hubiera facilitado, quizás, el movimiento de la opinión moderada, dando tiempo al tiempo

para conmutar la sentencia, como sucedió con los condenados de menor categoría; pero la prolongada resistencia mantenida por Márquez paralizó toda posibilidad de promover la apelación y daba toda la razón a la política de rigor. La capital fue entregada el 21 de junio, cuando Díaz ocupó la plaza bajo las condiciones de una capitulación arreglada con el barón Magnus, que llevaba instrucciones de Maximiliano para poner fin a la agonía fútil. Márquez se esfumó en la confusión y con esa habilidad que nunca le faltaba, realizó una fuga milagrosa del país; y la moderación se abrió paso al llegar el gobierno a la capital.

Desandando lo andado, Juárez llegó a Chapultepec el 13 de julio. «Excusado es decir que mi camino ha sido una constante ovación que los pueblos han tributado al gobierno hasta mi llegada a este punto —informó a su familia—. Lo del lunes será una cosa extraordinaria según los preparativos que se hacen.» Y lo fue de hecho y por derecho. Díaz prodigó los gastos para solemnizar la ocasión dignamente. Dos días más tarde, el Presidente hizo su entrada triunfal con sobrio fasto republicano, atravesando las calles empavesadas de la ciudad capital, entre las aclamaciones reales que hacían gala de su regreso marcial; pasó revista a las tropas desde el balcón del Palacio Nacional; y expidió una proclama en la cual, exhortando a sus conciudadanos a coronar el triunfo con los laureles de la moderación —única aproximación a la imparcialidad al alcance de la humanidad—, pronunció la última palabra sobre la intervención, y perpetuó la verdad ante el porvenir, con una frase lapidaria y un lugar común monumental: «Entre las naciones, como entre los individuos, el respeto al derecho ajeno es la paz».

Sexta Parte

LA OPOSICIÓN

1

EL 17 de julio de 1867, al hacer su entrada triunfal en la capital, Juárez se hallaba en el apogeo de su gloria. La naturaleza de esa gloria era manifiesta y legible en un sinnúmero de carteles, de banderas, de arcos de triunfo que repetían al unísono una sola frase: *El pueblo a Juárez*. Las ovaciones de la victoria se multiplicaban a cada paso y de viva voz el coro de los estandartes mudos, de las oleadas de banderas ondulantes, del tono sostenido de los arcos de triunfo, y del redoble incansable de los tambores... *a Juárez... a Juárez...* El hombre que la multitud aclamaba era la personificación de la revolución democrática iniciada diez años antes, el héroe colectivo de un pueblo que había conquistado, al fin, la libertad interna y la independencia nacional, gracias a la fe, la fortaleza, la tenacidad, la constancia de su máximo representante: suyas eran las cualidades que todos tenían, o que querían tener, y los vítores expresaban la gratitud exuberante de un pueblo que, al fin y al cabo, había descubierto a un caudillo todo suyo, a un abanderado que no lo abandonó, a un mexicano que por primera vez en su historia le daba la convicción cabal e indisputable del triunfo. *El pueblo a Juárez*: esa frase simple y redundante bastaba para externar el sentimiento popular concentrado en su protagonista; y por ser el homenaje de muchos, que se identificaban con uno solo, los ecos traspasaron las fronteras de México.

También en el extranjero se reconoció el timbre de su gloria, y nadie lo captó con mayor claridad que Emilio Castelar, un correligionario español que rindió tributo a su obra dos veces, en la penumbra de la adversidad y en la luz meridiana del triunfo. Antes de salir Maximiliano de Miramar, cuando Bazaine borraba el nombre de Juárez de sus informes y lo daba por vencido, Castelar escribió casi en son de epitafio. «Ser grande con un pueblo grande, como Washington, es fácil. Lo difícil es ser grande siendo todo pequeño; perseverante en medio de inconsecuencias; firme cuando el cielo y la tierra se conjuran contra un hombre. Miradlo perseguido, acosado, sin recursos, con las fuerzas de Francia en su contra; desafiándolo todo con frente erguida, iluminada por los resplandores de la conciencia, mientras el remordimiento cubre de negras sombras la frente de los vencedores. Estamos seguros de que, si el príncipe Maximiliano va a México, mil veces el recuerdo de Juárez turbará sus sueños, y comprenderá que mientras haya un hombre tan firme, no puede morir la democracia en América.» Y otra vez, en la hora de la victoria, como epitafio de los

vencidos: «No hubo nada digno ni honorable en la expedición de México, ni su preparación ni su fin, ni ninguno de los personajes que tomaron parte en ella; sólo hubo de muy grande y de muy honorable la oposición que la combatió y que triunfó contra ella, la adivinación y la audacia del general Prim, la fe y la fuerza del pueblo mexicano, la dignidad y la energía férrea de Juárez.» El español no hizo más que parafrasear, un tanto enfáticamente, la inscripción sencilla y elocuente del pueblo mexicano.

Tal fue el sentimiento general que se desbordaba en aquel diáfano día de verano de 1867, que vio la consumación de una década de lucha violenta por vivir. Pero en seguida vino la decadencia, un proceso lento, corrosivo y cruel de desintegración, que fue la consecuencia de la lucha misma. Las revoluciones devoran a su prole con apetito saturnino y Juárez no era inmune a la regla; su reputación sufrió una avería progresiva con el deslustre del tiempo, con el envejecimiento del hombre y con el triunfo y el deterioro de la revolución. Los estragos de la paz resultaron más crueles que los de la guerra, por ser más ruines: relajada la moral de la lucha, el pulso de la vida nacional iba aflojándose, y al recobrar su ritmo normal, provocó una reacción que acabó por desfigurar la imagen del Presidente guerrero, grabado en los grandes conflictos, con pequeñas controversias a cuya acción nadie escapaba en el descenso de las alturas de la guerra al clima de la paz.

Las raíces de estos conflictos eran diversas, pero todas estaban latentes en la lucha y tuvieron un origen común en la transición de la lucha armada a las contiendas cívicas. Restablecido el orden constitucional, el curso de la vida pública, desviado por la invasión, volvió por sus fueros y puso a prueba la eficacia de la Carta Magna como instrumento de gobierno, tanto en el aspecto administrativo como en el social, y el código en cuya defensa se libraron dos guerras ocasionó también la perturbación de la paz. El Constituyente que declaró en 1856 que las constituciones, «para que sean buenas, para que den los resultados políticos y sociales que se esperan, no deben ser otra cosa que el retrato, por decirlo así, del pueblo para quien se forman», y que protestó contra las reformas incompatibles con el carácter y la cultura del mexicano, vio verificada su profecía al ponerse en vigor la Constitución reivindicada en 1867.

La atención pública se enfocó, primero, sobre el aspecto técnico y administrativo de la Constitución. Un mes después de regresar a la capital, el Presidente dio el primer paso para terminar su ocupación irregular del poder, convocando a

elecciones; pero la Convocatoria dio a conocer al mismo tiempo un programa de reformas constitucionales que el gobierno pensaba someter a un plebiscito popular. Las reformas propuestas, casi todas de orden administrativo, abarcaban la facultad del veto presidencial, la creación de un Senado, el voto pasivo de los secretarios de Estado, los magistrados de la Suprema Corte y los funcionarios públicos para formar parte del Congreso, y el sufragio para el clero: reformas que representaban, según las aclaraciones hechas por el Presidente, el fruto de sus íntimas convicciones, de una detenida meditación, de la larga experiencia personal adquirida en sus años de gobierno, y del ejemplo de otras repúblicas que «le habían hecho creer que entrañaban una garantía permanente de libertad, una prenda de paz, y una fuente de grandeza y prosperidad nacionales». La iniciativa provocó un clamor de protestas. La prensa denunció la proposición, calificándola de invasión del dominio legislativo por el Poder Ejecutivo, de conjura para subordinar y manipular al Congreso por medio de diputados ministeriales, y de cuña entrante de una dictadura presidencial; y el intento de realizar el atentado por medio de un plebiscito popular, de infracción flagrante de la Constitución que facultaba al Congreso para modificar la carta fundamental del Estado. La discusión dividió al partido liberal y dio origen a la formación de una vigorosa oposición, cuyos motivos no eran siempre de orden público, pero que aprovechó la cosa pública para desacreditar al Presidente y que tomó como bandera la inviolabilidad de la Constitución. La alarma era ficticia, ya que el blanco de ataque era menos el programa mismo que el medio de implantarlo, y el escándalo armado por la oposición con motivo de una consulta directa del pueblo votante dio la medida de los méritos de la controversia; pero la innovación provocó un debate acalorado y planteó un problema auténtico e importante que llegaba al trasfondo de la cuestión.

De todos los obstáculos que dificultaron la marcha del gobierno durante un decenio de guerra civil y extranjera, el más tenaz, por ser el más arraigado en el carácter y en las costumbres nacionales, era el problema de la autoridad. El mexicano, según un refrán popular, era un hombre que no sabía mandar y no quería obedecer, y nadie más que el Presidente había palpado lo cierto del dicho. «No es posible, no se puede gobernar en estas condiciones, a nadie se le puede obligar a obedecer», confesó a un amigo en 1861; y el mismo amigo, al encargarse del Ministerio de la Guerra en 1867, ofreció remediar el mal. «Ahora sí va usted a hacerse obedecer —le dijo—, se lo

prometo». Durante la guerra civil, y otra vez durante la guerra de intervención, el Presidente fue investido de un poder nominalmente ilimitado, pero que no andaba más lejos en realidad que la colaboración voluntaria de sus subalternos; dependiendo de la buena voluntad de los gobernadores para conseguir su apoyo militar, financiero y político y siempre a la merced de su espíritu público, de sus ambiciones personales y de su patriotismo parroquial, tenía que regatear para gobernar; y la evasión obstinada de su autoridad, o la lealtad independiente que se le concedía fueron las limitaciones congénitas bajo las cuales se había librado la lucha y realizado la independencia de México, a pesar de la independencia de sus patriotas. Estos obstáculos se vencieron gracias a la imperiosa necesidad de la defensa y a la autoridad moral del Presidente, pero el milagro era anormal, la condición crónica era una causa de debilidad orgánica que se atribuía demasiado a menudo a sus propias deficiencias como gobernante, incluso en los tiempos normales, y en diez años sólo uno fue normal: el año terrible de 1861. La guerra había disciplinado el temperamento nacional sometiéndolo a la férula de la supervivencia, pero el carácter invertebrado de aquélla en sus últimas etapas, cuando el colapso de la resistencia organizada convirtió la lucha en una insurrección anárquica, fomentó la confianza de los jefes dispersos en sus propios esfuerzos y su indiferencia a la autoridad formal del gobierno civil. Estas tendencias no se limitaron a las operaciones militares, se manifestaron también en la administración civil, notablemente en el caso de Santiago Vidaurri, y constituían un peligro para la pacificación y la reconstrucción del país, porque formaban parte integral de la Constitución política de la República. El sistema federalista, que garantizaba la autonomía de los estados a expensas de la autoridad central, y que constituía un dogma cardinal del partido liberal, perjudicaba gravemente la eficacia del poder federal en los días de crisis. Hasta Saligny, en un intervalo lúcido, había señalado la indiferencia de los estados frente a las dificultades del gobierno supremo, y vaticinado la desintegración próxima del país a consecuencia de la fuerza centrífuga que neutralizaba el polo. El federalismo era un anacronismo, adoptado en los primeros días de la República como una reacción y una garantía contra el poder centralizado de los regímenes coloniales y conservadores, que creó una federación floja y flaca de gobiernos regionales que correspondía a la psicología de la nación en las etapas embrionarias de su desarrollo; la guerra extranjera había estimulado la coherencia nacional y exigía el robustecimiento

correspondiente de la autoridad del gobierno supremo. El foco de estas tendencias estaba concentrado en el Congreso que, en virtud de ser el Poder Legislativo, ejercía un control receloso sobre el Ejecutivo, y como las enmiendas recomendadas por la convocatoria tendientes a aumentar las facultades constitucionales del Presidente y a debilitar las del Congreso, no podían menos que suscitar una oposición que el gobierno anticipaba y pensaba circunvenir, dirigiéndose directamente al electorado. La necesidad de contrarrestar la flaca filosofía federalista y de frenar sus efectos políticos quedó ampliamente demostrada por una década de dura experiencia y confirmada por el Congreso mismo al conceder facultades omnímodas al Presidente para la defensa del país; pero el centralismo era un sistema identificado con las dictaduras conservadoras, y las reformas indicadas despertaron las sospechas de la oposición, que veía en la invocación el fruto —el fruto gastado— de la excesiva discreción concedida al Presidente durante la guerra y de su emancipación del freno constitucional al prorrogar su ocupación del poder arbitrariamente en 1865. Al profanar el Arca intocable del Testamento, Juárez fue herido por el clamor supersticioso de los ortodoxos. A pesar del tabú, la consulta se verificó; mas el resultado le fue adverso y tuvo que remitir las reformas al Congreso. Pero la impresión dejada por su iniciativa resultó más perjudicial que su fracaso, porque en el curso de la controversia se creó en la opinión pública la presunción de un designio, de parte del Presidente, de usurpar la corona constitucional con un subterfugio democrático: presunción fervorosamente fomentada por la oposición que, a falta de fuerza propia, absorbía como una esponja toda fuente de descontento, toda indicación de transgresión, para aumentar sus filas y ampliar su voz.

La discusión suscitada por la Convocatoria hubiera sido completamente desproporcionada a los méritos intrínsecos del revuelo, a no ser por la agitación que provocó en vísperas de las elecciones. La reelección de Juárez era una cuestión resuelta de antemano por dos razones: primera, por ser una deuda de honor contraída con el hombre; y segunda, por ser una satisfacción nacional, ya que Napoleón se había negado a reconocerlo o a negociar con él. Sin embargo, la oposición se empeñó en sostener a sus dos contrincantes formales. El primero, Sebastián Lerdo de Tejada, era impopular —se imputaban las reformas a su influencia— y su candidatura sirvió únicamente para dividir y debilitar la fuerza del gobierno. Un candidato con suficiente prestigio personal para competir con el

Presidente no fue fácil de encontrar, pero el campo más favorable era el cuartel, y allá la oposición dio con un soldado presidenciable en la persona de Porfirio Díaz. Como militar, tenía una hoja de servicios envidiable. Díaz había descollado en los dos sitios de Puebla; había defendido Oaxaca contra los franceses, perdiendo la plaza en 1865 y recuperándola un año más tarde; había derrotado al enemigo en campo raso en las batallas de Matehuala y de La Carbonera; había sostenido la lucha en el Sur sin ayuda y sin flaquear, levantando fuerzas y recursos independiente y lealmente; había tomado Puebla; había conquistado la capital y se había ganado la gratitud de la población por el sitio paciente y sin efusión de sangre puesto al último baluarte del Imperio, y por la disciplina de su soldadesca después de la ocupación. Los servicios relevantes prestados a la patria merecieron el reconocimiento nacional, el gobierno no le había demostrado ninguno, y la oposición se encargó de compensar el pecado de omisión postulándolo para la Presidencia. Su caso no era el único: la prensa lamentaba que «no sólo no se han mandado liquidar los alcances de los guerreros, no sólo no se les han otorgado las condecoraciones merecidas, sino que ni un voto de gracia les ha dirigido el C. Presidente, que es el único autorizado actualmente para hablar a nombre de una nación agradecida»; y como éstos formaban legión, Díaz se convirtió en el prototipo del patriota digno, postergado en la hora del triunfo, y el predilecto de todos aquellos que cargaron con el grueso de la guerra y que no alcanzaron honores, ni reconocimiento, ni colocación en el presupuesto al terminarse la contienda. Como la desmovilización del ejército echaba sobre el país 60 mil veteranos con escasos medios de vida y poca aptitud para la vida civil, Díaz estaba en condiciones de aprovechar el apoyo peligroso del desempleo de posguerra y del militarismo inveterado, y algunos de sus parciales propusieron que se apoderase del gobierno *manu militari*; pero, aconsejado por un político prudente, optó por renunciar al mando y retirarse a la vida privada —paso que acrecentaba su popularidad. Viejo amigo y discípulo de Juárez, que confiaba en «nuestro buen Porfirio» y estimaba en todo lo que valía su brillante conducta durante la guerra, sus relaciones siguieron cordiales hasta la terminación de la campaña militar, y se entibiaron al iniciarse la campaña política. Aunque el cambio se imputaba comúnmente a la rivalidad personal, no faltaban motivos legítimos para justificarlo. Durante el sitio de Querétaro, Díaz había sondeado al general Escobedo con una proposición, que tenía por objeto formar un triunvirato después de la caída de la capital y

designar a uno de los tres Presidente de la República; y aunque la proposición fracasó, planteaba la cuestión palpitante de quien había ganado la guerra: Díaz reclamaba el botín para el soldado. El Presidente tenía motivos fundados para desconfiar de su modestia y no los disimulaba; y al hacer su entrada triunfal en la capital, Díaz no fue invitado a subir en el coche presidencial; tomó asiento en el segundo coche con Lerdo de Tejada, y la procesión visualizó en forma muy evidente la precedencia del Presidente. Andando dentro de la procesión, Díaz disipó la impresión de que representaba un peligro para el poder civil por su conducta posterior. Correcto, leal y bastante desinteresado para retirarse en la escalinata del Capitolio, salvó los peligros de la situación e hizo figura decorativa sin perder el equilibrio en el resbaladero. Eliminada la amenaza latente del militarismo, la campaña política quedó reducida a los méritos personales de los candidatos; la elección era una competición de impecables; y Díaz llevaba la ventaja de tener quince años menos que Juárez y de ser, políticamente, una cantidad ignota, y por lo tanto, intachable.

Ventaja insuficiente. No bastó para González Ortega en 1861, y no bastaba para Díaz en 1867. Juárez salió reelecto con una amplia pluralidad, que demostraba una vez más la confianza del país en el mandato experimentado y la preferencia, ante los problemas de la reconstrucción, para el héroe colectivo frente al individual: eligiendo a Juárez, el pueblo se elegía a sí mismo. La oposición, sin embargo, interpretó el resultado de distinta manera: la reelección de Juárez era una cuestión resuelta de antemano, no por el favor espontáneo del pueblo, sino por la influencia, el fraude y la fuerza con que el gobierno manipulaba las elecciones. Tales imputaciones eran imposibles de comprobar o de refutar. Eran los concomitantes de cada elección en México y el resultado inevitable del derecho de sufragio universal otorgado a un pueblo insuficientemente preparado para ejercerlo con la debida responsabilidad. El sufragio efectivo, basado en un electorado que en su enorme mayoría era analfabeto, inerte y manejable por todos los procedimientos de la maquinaria electoral, era necesariamente ficticio: la realidad emanaba de la selección natural que originaba las especies —las elecciones indirectas. Colas de ciudadanos ignorantes, pero instruidos, encaminados a las casillas por los jefes políticos, que les entregaban la cédula apropiada, creaban el colegio electoral responsable de la elección auténtica y sujeto, a su vez, a todos los arreglos, a todas las persuasivas y a todas las formas de presión que caracterizan

la técnica electoral en los regímenes más adelantados de la democracia. Bajo la forma convencional de las elecciones libres, lo que obraba en realidad era el sistema tradicional del caciquismo, el control de una comunidad por un jefe político que dirigía su rebaño en la rutina inmemorial de la vida primitiva, y lograba las apariencias de la autodeterminación mediante una confederación de favores convenidos y de consentimiento predeterminado. El mecanismo se prestaba a cada paso, desde la materia prima hasta el producto acabado, a la manipulación y al abuso, y el gobierno estaba en la posición más favorable para aprovechar los resortes, aunque sin tener el monopolio de los controles, que se emplearon libremente en su contra. Las elecciones de 1861, ganadas por Juárez con una pluralidad de mil votos sin que levantara un dedo en su favor, constituían quizás la única excepción a la regla, pero representaban la excepción que comprobaba la regla, y tanto fue así que, contestando a los puristas, Juárez les dijo alguna vez que si el gobierno no hiciese las elecciones, ¿quién habría de hacerlas? Las prácticas corrientes se aceptaban por común acuerdo como un mal necesario; su prevalencia, según un analista, legitimaba la adulteración, ya que no había otro modo de elegir un gobierno, y la función impuesta por la Constitución sólo podía efectuarse violando la Constitución; paradoja que resultaba de la devoción ideológica de los constituyentes al dogma democrático del sufragio universal y de la necesidad de adaptarlo a un pueblo atrasado, incapaz de ponerlo en práctica eficazmente y sumamente susceptible a la corrupción, enfermedad infantil de la democracia desaclimatada. El conflicto de las convenciones y las costumbres provocaba un ataque de cólico en cada periodo electoral. Pero si se aceptaban tácitamente las condiciones, el resultado provocaba invariablemente las protestas del partido derrotado; y la prensa oposicionista atacó al gobierno, y una que otra lengua suelta fustigó al Presidente, por despilfarro de las rentas públicas en sobornar a los votantes, y en asegurar su triunfo a fuerza de intrigas, peculado y efusión de sangre. La línea entre las maniobras electorales permisibles y los abusos palpables era imprecisa, y los vencidos no eran los más indicados para trazarla con exactitud. Al reunirse el Congreso y certificar las credenciales de los diputados, algunas fueron invalidadas con motivo de irregularidades patentes; pero la satisfacción dada a los puristas no desvaneció la impresión de que las elecciones fueron viciadas en mayores proporciones, y la oposición añadió el cargo a la cuenta corriente que tenía abierta contra el Presidente. Cualquiera que fuese el método, el resultado

hubiera sido el mismo: bastaba su prestigio para asegurar su elección, y bastaba su elección para asegurar la integridad de su gobierno y el funcionamiento de la democracia, ya que los sistemas políticos valen, en resumidas cuentas, lo que valen sus dirigentes, y la probidad personal del Presidente era inatacable. Tal fue la respuesta de sus partidarios, y bastaba para satisfacer al ciudadano sensato. La queja era endémica y académica. Sin embargo, el solo hecho de formar la acusación resultaba nocivo; no se la había oído en 1861; y las dudas emitidas con los votos en 1867 crearon un precedente, y una provocación, para el porvenir.

Verificadas las elecciones, Díaz se retiró a su finca en Oaxaca y abandonó la vida pública definitiva o indefinitivamente, según las eventualidades del porvenir próximo. Su conducta era ejemplar —pero ¿de qué? No era ésta la primera ocasión en que un soldado emérito y patriota irreprochable sucumbía a la derrota electoral; González Ortega había conocido la misma experiencia con consecuencias catastróficas; y su ejemplo era un caso pertinente que la oposición, derrotada con Díaz, resucitó después de las elecciones.

Desde su detención en enero de 1867, el pretendiente había languidecido en la cárcel, olvidado por todo el mundo menos por un puñado de amigos leales. En son de protesta a su prolongada prisión, lo eligieron al Congreso; pero la elección quedó en letra muerta. Más tarde, a petición de Manuel Zamacona, el Congreso aprobó una resolución para emprender una investigación oficial del caso; pero la resolución no tuvo efecto. Estas evasivas acreditaron la convicción de sus partidarios de que se trataba de un caso flagrante de persecución política. Pasada la crisis que motivaba su detención y su consignación, ningún motivo de interés público parecía justificar su prisión preventiva: el acusado tenía el derecho incontestable de comparecer en su defensa, tanto para responder del cargo de deserción como para sostener su derecho a la Presidencia, pero ambos aspectos del caso estaban inextricablemente ligados, y la manifiesta repugnancia del gobierno para proceder autorizaba la deducción de González Ortega y sus defensores, de que se había instituido la causa para frustrar el derecho. «¿Quién ignora que Ortega fue apresado para que no figurase como candidato?», escribió el más indignado de los jefes de la oposición, Ignacio Ramírez, que desplegó su vigor iconoclasta para demoler el culto popular al Presidente y desbaratar su buen nombre. La imputación era fea, y el caso, bastante equívoco para armar un escándalo, si el

público hubiese apoyado la querella; pero faltaban tanto la simpatía para González Ortega como el sentimiento contrario al gobierno suficientes para prestar tanta importancia al problema. El gobierno había aplazado el proceso, primero, hasta la terminación de la guerra, y después, hasta la celebración de las elecciones, en vista de las condiciones del país, demasiado perturbadas para permitir la consideración serena del caso, pero el momento oportuno se aplazaba siempre y la oposición veía en la ocultación del caso la prueba patente de la violación de la Constitución tanto en lo que se refería al asunto de la sucesión presidencial como en los derechos elementales del acusado, y señalaba la conspiración de silencio como la demostración palmaria de que un gobierno que se preciaba de ser el guardián celoso de la legalidad se había hecho reo de un flagrante abuso de poder, agravado por la complacencia del Congreso y la apatía del público.

Técnicamente, sin duda, el cargo estaba bien fundado. Todas las apariencias estaban en favor de González Ortega y eran contrarias al gobierno, pero este caso pertenecía a aquellos en que apariencias y realidades estaban en conflicto, enredadas e inseparables. Hacía mucho que el país había fallado sobre las pretensiones de González Ortega a la Presidencia, y acababa de confirmar la sentencia con la reelección de Juárez: la cuestión estaba resuelta, y con igual justicia podía alegarse que la discreción del gobierno, al echar tierra al pleito, obedecía a un motivo de interés público. Resucitar una cuestión resuelta por el consenso de la opinión pública hubiera provocado una fútil y gratuita agitación, sumamente impolítica en los momentos en que la tarea primordial del gobierno era el restablecimiento del orden y de la paz y el retomo a las condiciones normales. El sentimiento público también se mostraba reacio a encausar a un héroe nacional y a embarazar a otro, ventilando una cuestión que perjudicaba a ambos, ya que la relación entre el cargo y la reclamación era tan estrecha que resultaba imposible suscitar el uno sin la otra. Tal fue el punto de vista adoptado por el gobierno, y el Congreso, y el público en general, ante un dilema resuelto por un despliegue de sentido común que acabó por convertir la agitación de la oposición, una vez más, en una queja académica. El Congreso optó por la solución más fácil, y en vez de ordenar una investigación judicial, dispuso del rompecabezas, desatendiéndolo juiciosamente. Si la solución era irregular, irregular también era la situación que creó el problema; hay problemas y hay ocasiones en que las soluciones irregulares son las correctas, y de ésos era el caso de González

Ortega. El triunfo de la conveniencia sobre los principios reducía el embrollo a su verdadera importancia; y si bien la solución sensata entrañaba una grave injusticia a González Ortega, sólo unos cuantos de sus defensores la tomaron en serio. Amordazado y olvidado, el pretendiente quedó encarcelado hasta el 1.º de agosto de 1868, cuando, después de diez y nueve meses de prisión arbitraria, el gobierno lo puso en libertad y abandonó la causa instituida en su contra. Compurgada así su inocencia, el mártir salió en libertad inconforme con lo ocurrido, apegado siempre a las reglas y disputando los hechos, leal a la letra de la ley y ciego a la realidad política, y siguió considerándose una víctima de la razón de Estado y de la ambición de Juárez, criminalmente secundada por un Congreso obsequioso y un pueblo ingrato, que traicionaron la causa en cuya defensa había combatido; pero reconociendo la indiferencia del mundo a los fracasados, se retiró a su casa y se hizo justicia en su biblioteca, terminando su educación política sin alcanzar a comprenderla; y en tal actitud lo sorprendió el telón al caer sobre su tragicomedia. Sus compatriotas le hicieron justicia olvidando sus derechos y sus agravios por igual, y recordando sólo al héroe que fue; y el tiempo, que siempre había engañado sus cálculos, conservó la gloria de González Ortega, burlando su ambición.

Algunos de sus partidarios capitularon. Prieto, que se había declarado en su favor por creer con toda sinceridad que más importaba la inviolabilidad de la Constitución que los motivos invocados en defensa de la infracción, cantó la palinodia. Cuando el *golpe de Estado* de Juárez, como los legalistas tachaban la prorrogación de sus poderes en 1865, se separó de su último ídolo al costo de una decepción intensa. Nunca había conocido una desilusión tan cruel desde la defección de Degollado. «Ni por un instante se crea que abogo por la persona de González Ortega; le defiendo porque en este instante es la personificación del derecho —escribió a un amigo en aquel entonces. Juárez ha sido un ídolo por sus virtudes, porque él era la exaltación de la Ley, porque su fuerza era el Derecho, y nuestra gloria, aun sucumbiendo, era sucumbir con la razón social. ¿Qué queda de todo eso?, ¿qué queremos?, ¿a quién acatamos?, ¿varía de esencia que ayer se llamara Santa Anna y Comonfort y Ceballos, y que hoy se llame Juárez el suicida? Supongamos que Juárez era necesario, excelso, heroico, inmaculado en el poder, ¿lo era por él y por sus títulos? ¿Qué vale sin éstos?… Yo avanzo hasta suponer feliz el éxito de este ensayo de prestidigitación de Juárez. ¿Está en honor seguirle? ¿Se debe dar asentimiento a

semejante escalamiento del poder? ¿Se debe autorizar con la tolerancia de este hecho otros de la misma naturaleza que vendrían en seguida y no muy tarde? Yo, por mi parte, no lo haré. Me he propuesto ser tan ingenuo contigo que te confieso que ni el miedo al quebramiento de la Constitución misma, a pesar de lo que te he dicho, me contiene; es tan grande nuestra causa, sería tan inmarcesible la gloria del que lanzase al francés de nuestro suelo, que pudiera ser que me sedujera la complicidad de este extravío heroico, por lo que tendría de sublime la reparación. La reputación por la vida del país. ¿No lo he hecho yo? Esto no me asusta. Me asusta contemplar a Juárez revolucionario, inerte, encogido, regateando, ocupándose de un chisme o elevando al rango de cuestiones de Estado las ruindades de una venganza contra un quídam. ¿Tú te figuras revolucionario a Juárez? ¿Te figuras lo que habré sufrido?… Pero a largo andar sus escrúpulos, sus temores, sus dudas se esfumaron, y el tiempo se encargó de devolverle su ídolo. Sucumbiendo al sentido común del pueblo, de ese pueblo del cual se preciaba de ser la voz, y que vio clara la verdad auténtica a través de las apariencias superficiales, se convenció al fin de la insignificancia de la disputa, y comprendiendo que su desilusión era un error perdonable en un pedante pero no en un poeta, buscó la reconciliación con el Presidente. "Aquí estoy —le dijo al ser recibido otra vez—. Haz conmigo lo que quieras." Juárez lo abrazó cordialmente, y de su distanciamiento pasajero nunca se habló más.

El lamentable fin de González Ortega daba qué pensar a otros héroes postergados, y Díaz ganó su propia ciencia a fuerza de paciencia. La desgracia de González Ortega, los escándalos electorales, las reformas constitucionales, proporcionaron un fondo de estrategia a la oposición y sus dirigentes trabajaron la materia, en todo lo que valía, acusando a Juárez de recurrir a todos los extremos para quedarse con el poder que se había arrogado con el golpe de Estado de 1865; pero el respeto que todavía lo rodeaba impuso un freno a los fariseos. Obligados a su pesar a andar a viva quien vence, optaron por atribuir las irregularidades de la Convocatoria, de las elecciones y del golpe de Estado a la influencia de Lerdo de Tejada, y exonerando al Presidente a expensas del Ministro, hicieron una distinción conveniente entre Juárez y el Jesuita, como apodaban a Lerdo. Pero éste había sucedido a González Ortega en la Presidencia de la Suprema Corte y era el heredero presunto del Presidente, y como ambos formaban una sola persona ante la opinión pública, su asociación les exponía a los ataques de una oposición

que recurría también a todos los extremos para desconceptuar a los dos. Con esa fácil solemnidad tan ligeramente asumida por los propagandistas políticos para fines publicitarios, se repetía en todos los tonos que México necesitaba de hombres nuevos; que Juárez y Lerdo habían vivido su época y sobrevivido a su utilidad; que al negarse a reconocer que su misión había terminado, ponían en peligro la pacificación del país para satisfacer su sed de mando; y que sólo la disciplina y el reportamiento del país impedían una recaída en la era de los pronunciamientos y la vuelta a los desórdenes tradicionales del pasado. Explotando todas las dificultades pasajeras de la pacificación del país, los inconformes acumularon y almacenaron una balumba de cargos; pero las filas de la oposición eran tan reducidas como sus medios de agitación, y un obstáculo insuperable embotaba sus filos. *El Pueblo a Juárez* era un recuerdo siempre vivo y una consigna que el pueblo no había pronunciado sin razón y al roble no se le sacaba al primer azadonazo. Juárez se hallaba demasiado cerca todavía de la época heroica para perder el aura popular de los años de guerra, y no se podía desfigurar la imagen grabada en el corazón de sus compatriotas de la noche a la mañana.

2

Para desvalorizar al Presidente y demostrar que el país necesitaba de hombres nuevos, la condición previa era el transcurso del tiempo, el alejamiento de la época heroica y la intervención del ocaso, del crepúsculo y del olvido. La demostración resultó demasiado difícil para la oposición en 1867. La paz volvió a imperar, a pesar de los pronósticos contrarios que abundaban en la prensa extranjera y que vaticinaban, con la misma confianza que la oposición doméstica, la vuelta inevitable a la disensión crónica del país, conforme a las costumbres mexicanas, al terminarse la guerra. La moral de los años de guerra, o el cansancio de la posguerra, prohibían la recaída en la turbulencia del pasado, y el porvenir quedó asegurado, por lo menos, mientras esas salvaguardias prevalecieran. El periodo de recuperación era necesariamente conservador, y como el gobierno se conformaba a tal norma con una lealtad que frustraba los ataques facciosos, los censores se vieron privados de todo pretexto plausible para combatir su gestión.

El estado de la nación, tal como se transparentaba en el informe leído por el Presidente ante la sesión inaugural del Congreso, era indisputablemente sano. La opinión extranjera se mostró convencida o, por lo menos, sorprendida, especialmente en Francia, donde un periódico independiente, comentando el hecho en provecho del gobierno imperial, rindió un tributo significativo al mensaje del Presidente. «Cuando nuestros lectores lean con atención las palabras del Presidente de la República Mexicana —decía el comentario editorial— no podrán menos que preguntarse con sorpresa, cómo se nos ocurrió por un solo momento pensar en regenerar al pueblo a quien se dirigieron tales palabras. Aquel salvaje de Juárez con quien nos hemos negado a negociar, aquel Congreso a cuyos miembros hemos perseguido, ¿qué cosa teníamos que enseñarles? Que se recorran nuestros libros azules, nuestros documentos diplomáticos, nuestros archivos parlamentarios, y no se encontrará nada más sencillo, ni más elevado, que el mensaje del Presidente de la República Mexicana. La libertad, no nosotros, regenerará a México.» El mensaje era la sanidad misma. Después de felicitar al país por su victoria, así como por la generosidad manifestada hacia los vencidos —y con razón, ya que fuera de los tres cabecillas ejecutados en Querétaro, sólo tres imperialistas pagaron el error con la pena extrema, y las sentencias impuestas al partido intervencionista se limitaron al

mínimum imprescindible— el Presidente abdicó su poder dictatorial, se comprometió a mantener la libertad electoral, reconoció su derrota en la disputa provocada por la Convocatoria y remitió las reformas al Congreso con ejemplar disciplina republicana. En México el mensaje inspiró una cierta tristeza entre sus íntimos, no por motivos de interés público, sino por consideraciones personales. Sereno y tranquilo en tono, Zarco captó sin embargo, en el estilo «cierta languidez, cierta debilidad que hace la impresión de la fatiga de un viajero que, después de una penosa peregrinación, vence su última jornada».

Tales síntomas de lasitud eran visibles, sin embargo, sólo al ojo avisado. De fatiga no había evidencia alguna en la diligencia con que el Presidente desempeñaba sus obligaciones oficiales; pero después del rechazo de las reformas constitucionales, éstas no pasaban de ser actividades rutinarias, y si se manifestaba una cierta debilidad en su andar, eso se debía no al flaquear de sus facultades físicas, sino a la limitación de sus facultades constitucionales. El Congreso estaba alerta, listo a sospechar y a denunciar cualquier extralimitación del Ejecutivo, y la vigilancia de la prensa tendía a circunscribir la actividad y a reprimir la iniciativa, junto con la independencia del Presidente. La inviolabilidad de la Constitución era la consigna, si no el único imperativo político del día; los argos estaban insomnes, el resultado adverso del plebiscito señalaba al Presidente una senda recta y estrecha, y la única función que se dejaba a su discreción era la administración del Estado. Dentro de su propio dominio siguió ejerciendo sus prerrogativas sin disputa; con el Congreso colaboraba sin fricción y los censores más sistemáticos no lograron impugnar su práctica constitucional; sin embargo, el mismo Zarco creyó necesario redoblar la alerta.

La vuelta de Zarco a su puesto al frente del *Siglo XIX* compensaba al Presidente, en cierta medida, por la defección de otros de sus antiguos colaboradores —entre ellos, Ramírez y Zamacona— que militaban ahora con la oposición. Las dotes distintivas de Zarco —su cordura, su simpatía sensata, el equilibrio superior que le permitía apreciar la cosa pública con la perspicacia del medio justo— representaban la aproximación más inmediata a la imparcialidad entre sus contemporáneos, y lo acreditaban como el árbitro y moderador reconocido de la opinión pública; y su absoluta independencia y su desinterés lo designaban para justipreciar las mismas cualidades en Juárez y para servirle de intérprete y asesor ante el público. La bienvenida que le dio, el día de su regreso a la capital, demostró

su comprensión cabal de la tarea del gobierno al emprender «la más difícil de las obras, la más grande de las victorias: la obra de pacificación. Hoy el magistrado que preside los destinos de la República encuentra allanadas en mucha parte las dificultades con que lucha toda administración para dirigir una sociedad. No tiene que continuar una conducta por antecedentes de rutina; tiene que crearlo todo; y para el establecimiento de la máquina administrativa cuenta con la opinión pública y con la voluntad que con tanto tesón supo defender la independencia de la patria». Sin embargo, el primer paso dado por el gobierno para mejorar la administración provocó una oposición tan fuerte que hasta su confianza se conturbó, y las repercusiones de la Convocatoria le hicieron cambiar de tono y le inspiraron, seis meses más tarde, un sermón singular. Con toda su sanidad, Zarco no estaba inmune al clima de la posguerra, y él también sucumbió a la sospecha neurótica de que, en la lucha a muerte con la monarquía, la sangre del monstruo había teñido al matador del dragón; andaba preocupado con el temor de que el republicano más puro salió del combate contaminado por la virulencia sutil e invisible del poder absoluto y sin trabas. Tales fueron los entuertos psicológicos del golpe de Estado de 1865, que perturbaron a las cabezas más ponderadas.

Con un *caveat* celoso. Zarco señaló a los incautos que hasta una buena administración podría resultar el medio de circunvenir la Constitución y concentrar el poder subrepticiamente en las manos del Ejecutivo. «En estos tiempos, en casi todos los países regidos por el sistema representativo, se han formado partidos, poco numerosos, que han creído que para asegurar la paz y el orden conviene no sólo distraer la atención del pueblo de la cosa pública, sino apartarlo lo más que se pueda del ejercicio de los derechos políticos, con el fin de permitir que el gobierno, profesando el más perfecto respeto a la Constitución, hiciera lo que le agradara.» Tal fue el texto, y como ejemplo el predicador citó a Luis Napoleón, heredero pretendido de la revolución de 1789, que había subvertido la Segunda República en nombre de una buena administración: fórmula que significaba que «el gobierno debe estar en todas partes y hacer sentir su influencia invisible, pero omnipotente, en todo, en la hacienda, en la justicia, en las mejoras materiales, en las elecciones, en las reuniones políticas y en la prensa. El gobierno, para cumplir su magnífica misión, que es paternal y providente, necesita de amplia libertad de acción y caminar sin trabas ni restricciones. El gobierno no cometerá la torpeza de llamarse dictadura, vocablo malsonante desde que se desarrolló

la manía de las constituciones; invocará siempre la ley y la carta fundamental del Estado, procurando antes que esa ley y esa carta se modifiquen a su gusto y conforme a los dictados de su grande experiencia. El régimen liberal nada tiene que sufrir con todo esto; subsiste la libertad de la prensa, se respeta el derecho de asociación, se hacen elecciones, existe el cuerpo legislativo, y se reciben de buen grado las advertencias y los consejos de la tribuna; pero el conjunto de las partes será, no obstante, un gobierno personal y una dictadura disfrazada». Tales tendencias se habían manifestado en México después de cada revolución progresista, y no sería difícil que aparecieran otra vez en la forma de un freno administrativo confiado a mecánicos expertos, «hombres especiales que están declarados sabios bajo su palabra y gracias al esfuerzo de la sociedad de elogios mutuos que hace años formaron entre sí. El partido progresista que es el que lucha y el que sufre, debe estar preparado para no dejarse arrebatar una vez más el fruto de sus victorias, y el pueblo entero debe estar sobre sí, para que no se le confisquen sus libertades en nombre del buen orden administrativo». Mal contentadizo era el ánimo capaz de dirigir semejante sermón a Juárez. La advertencia era singularmente rebuscada; no se había verificado nada que la justificara —nada sino las sombras siniestras de Maximiliano y Napoleón que Zarco trasoñaba transmutadas en la presencia de Juárez. Pero Zarco también estaba obsesionado, hipnotizado por el fetiche constitucional, y nada daba una prueba más clara que su homilía infundada de la preocupación tenaz que el seudogolpe de Estado de 1865 y la Convocatoria de 1867 inspiraron a los espíritus menos supersticiosos.

De haber calado más hondo, Zarco hubiera podido adivinar peligros psicológicos y consecuencias más graves en las restricciones impuestas al Presidente. La visión, la experiencia, la confianza en sí mismo, el manejo maduro de los hombres y de las situaciones, los conocimientos adquiridos en diez años de gobierno bajo las condiciones más exigentes, todo quedaba reducido ahora al compás de una administración; y hasta en esta esfera Juárez se hallaba a la defensiva, sujeto a un Congreso receloso, rodeado por una prensa capciosa, custodiado por la opinión pública, vigilado, sermoneado, inhibido, inutilizado; su iniciativa cortada con su espíritu público, su ambición frenada por los tirantes de un rocín público. Prieto se había declarado dispuesto a perdonar «el extravío heroico» del llamado golpe de Estado «por lo que tendría de sublime la reparación»; pero la reparación, lejos de ser sublime, era triste, terrenal, ruin. Atado

al estatuto y metido en el establo, con el trabón en el pie y el peligro de ir de rocín a ruin, el Presidente expió sus irregularidades con la sumisión ejemplar al yugo constitucional; el recelo al poder se pagó con la inhibición del espíritu de empresa. Adaptándose a sus limitaciones legales, prestaba al país los servicios que pedía y las seguridades que anhelaba y se volvió una vez más, para decirlo todo, el gobernador de Oaxaca. Suministraba al Estado la administración sana que originó su renombre provinciano, allá en tiempos de la posguerra norteamericana, y desplegó el mismo tino y capacidad en el epílogo de la guerra francesa, pero ya no era un funcionario de provincia: era el gobernante responsable de una nación arruinada, que necesitaba de algo más importante que la habilidad burocrática para asegurar su recuperación y progreso. Pero la nación estaba cansada, sus energías dinámicas agobiadas por la empresa suprema de la defensa propia, y anhelaba, con la paz, el reposo. Ninguna iniciativa salió del seno del Congreso, ninguna medida importante para la reconstrucción del país, sino un subsidio para la construcción de un ferrocarril entre Veracruz y la capital, medida iniciada por el gobierno y aprobada por el Congreso después de un año de debates y deliberación; y en el curso de estabilizar la situación, la recuperación del país quedó estacionaria.

Era muy temprano para descansar. La paz volvió a imperar, acompañada por un contrapunto de disturbios ocasionales y espasmódicos conatos de rebelión. La desmovilización del ejército desmoralizaba al país, licenciando 60 mil acreedores de la nación, acostumbrados a la anarquía bélica y descalificados para la existencia civil, muchos de ellos mutilados, desvalidos, sin recursos, sin pensiones, sin empleo, resentidos contra el gobierno que los abandonaba a la miseria y difícilmente asimilables por una población empobrecida y el país regurgitaba un excedente suficiente de estos patriotas superfluos para multiplicar las gavillas de bandoleros con una corriente tributaria de desperdicios sociales y para hacer de la rapiña un problema tan tenaz como lo fue para los franceses. Sobre estos residuos de la guerra resultaba tan fácil sembrar querellas políticas como lo fue transformar a bandidos en guerrilleros; y varios intentos en ese sentido se hicieron en el año 1868, encabezados por ex combatientes que tomaban por bandera cualquier texto o pretexto que propagaba la prensa en aquellos momentos: la santidad de la Constitución, la violación de las elecciones, el despotismo del Presidente, la relegación de Díaz, etc. Los amigos de Díaz le aconsejaban que desautorizara

la invocación de su nombre por tales partidarios; pero el nombre de Díaz no se pronunciaba en vano, y el general se desasoció de sus simpatizantes sólo por su silencio divino. Una vez, sin embargo, intervino en favor de uno de sus compañeros de armas, cuya rebelión había fracasado y cuya suerte estaba en manos del Primer Magistrado: la entrevista duró poco, y la impresión que dejó en el ánimo de Díaz, mucho. Años más tarde la trajo a memoria en la misma sala del Palacio. «Entré por esta puerta y don Benito estaba en pie y me recibió. Don Benito era un hombre que no se reía nunca, que no inspiraba confianza a nadie: muy frío, muy sereno, muy grave, muy adusto. Y hablamos así: —¿Cómo está usted, Porfirio? —Muy bien, don Benito, ¿y usted? —¿En qué puedo servirle? —Pues, don Benito, vengo a hablar por el pobre Aureliano. —Y le conté entonces la situación de Rivera y lo que éste quería. Las facciones de don Benito no se movieron en lo más mínimo. Con la mirada fija —unos ojos como carbones— me dijo: —Dígale a Aureliano que se presente. —¿Que le diga que se presente? Pero, entonces… ¿quiere decir que está indultado? —Que se presente y se cumplirá la ley. Dígale que se presente. —Pero, don Benito, ¡qué voy a decirle que se presente para que lo fusilen! —Es la única solución: que se cumpla la ley. —Se hizo una pausa, y al ver que era inútil insistir, me levanté y dije: —Pues don Benito, siento mucho haberlo molestado. Yo voy a ver lo que puedo hacer por el pobre Aureliano. Me acompañó hasta la puerta y en la puerta me dio la mano y me dijo: —Veremos lo que hace usted por Aureliano. Y esta frase me pudo, y sabe Dios hasta qué punto influyó en la determinación que formé después.» Lo supo también don Benito. A pesar de la inflexibilidad del Presidente, el pobre Aureliano fue indultado, aunque menos por obra y gracia de Díaz que de Dios. El gobierno sofocó estos movimientos esporádicos rápidamente y sin dificultad. Los pretextos despertaron poco interés y la opinión pública rechazaba todo intento de alterar la paz por cualquier motivo. Pero la agitación dio ánimo a los detractores de la República en el extranjero, y en Francia se trabajaba el texto.

Técnicamente, las dos naciones estaban siempre en guerra; puesto que no se había declarado nunca la guerra, no se declaró tampoco la paz, y las hostilidades informales siguieron en forma intermitente y solapada. Napoleón hizo lo posible para relegar al olvido la magna idea de su reinado; el orden del día era ignorar a México; pero la deuda, financiera y política, no se perdonaba, la oposición pedía el ajuste de cuentas, una racha de libros redactados por testigos oculares de la catástrofe conmovió

al público; y por si eso fuera poco, la publicidad póstuma despertó el interés de los pintores, y el desastre culminó con una tendencia política, o por lo menos temática, en el arte. El catálogo del Salón de 1868 anunciaba no menos de treinta lienzos que conmemoraban la ejecución de Maximiliano, y uno de ellos era de Manet. Por lo de Manet, las autoridades intervinieron prohibiendo la exhibición y confiscando la reproducción de su obra. Los libros más dolorosos fueron prohibidos; pero se relajó la censura a favor de la prensa oficial, encargada de combatir el interés mórbido del público en la tragedia mexicana con un fuego sostenido de comentarios sobre las condiciones actuales en la colonia perdida. Abultando las revueltas conocidas con las que los rumores, la propaganda y los proscritos mexicanos refugiados en París proporcionaban, se calculaba que en los quince meses transcurridos desde la terminación de la guerra se habían verificado no menos de treinta motines contra Juárez. *Ergo*, las águilas graznaban. ¿Qué dirán ahora —dijo *La Patrie*—, qué dirán aquellos que acusaron a la intervención de ser el único obstáculo al imperio de la paz en México? Los espartanos inculcaban la sobriedad a sus hijos, señalándoles sus esclavos ebrios para hacerles repulsivos los vicios de los ilotas; «para sanar a las almas enfermas de republicanismo, no falta más que mostrarles los republicanos de México, ebrios de sangre y de crímenes». Etcétera. La prensa clerical, insistiendo en que la causa del fracaso de la intervención fue la política liberal adoptada, señalaba el conservatismo siempre más marcado de Juárez. Algo inaudito sucedía: un movimiento reaccionario era inminente en México, y se sabía de buena tinta que Juárez mismo había escrito a Roma para hacer las paces con el Papa y garantizar la libertad de la Iglesia: el confesor de Maximiliano, que fue el suyo también, estaba en ruta para Roma llevando la palinodia y el arrepentimiento del apóstata superviviente —Canossa estaba a la vuelta de la esquina. Etcétera. La guerra verbal siguió incansablemente. Algo de inaudito sí, pero no del todo anormal, sucedía: las aves de corral volaban tan alto como los buitres. La prensa mexicana recogía estos *canards* sin comentario: hablaban por sí y bastante claro. El graznido gregal era la gritería herida, la lejana campaña de la retaguardia desvaneciéndose en la noche de los tiempos; y si bien la fuerza de la calumnia era innegable y ampliamente demostrada por los tristes anales de la intervención, la única importancia que tenía en 1867 era su impotencia.

Por la consolidación de la paz la oposición en México quedó

parada, privada de toda controversia, toda argumentación, toda presión al gobierno. La elección del nuevo Congreso en 1867 resultó un triunfo rotundo gubernamental, notable por la falta del acostumbrado cargo de fraude —fenómeno que la oposición atribuyó a la indiferencia del público, convencido de la imposibilidad de resistir la arrolladora máquina oficial y absteniéndose de votar. Zarco observó que la pretendida apatía del público pudiera atribuirse a la falta de todo problema importante por resolver, a lo que no hubo respuesta. El aspecto más notable de las elecciones era la concesión del voto al clero, la más discutible de las reformas constitucionales y la única aprobada por el Congreso anterior, y una concesión que pasó inadvertida, sin resistencia y sin alarma, lo que era realmente inaudito.

Sin arsenal político que explotar, la oposición se vio reducida a escaramuzas personales, y para no perecer de inanición, recurrió a un tiroteo intermitente contra el Ministerio. Aunque tal táctica era un ataque indirecto contra el Presidente, se respetaba todavía su persona, y de acuerdo con un entendimiento tácito entre sus críticos, se le representaba como un soberano irresponsable bajo la tutela de sus ministros y, sobre todo, de su apoderado prepotente, Lerdo de Tejada. A medida que esta propaganda cobraba fuerza, se transformaba al Presidente, de un pelele en un prisionero del gobierno y en un cautivo inconsciente del Estado; y se preparaba ya su obituario político. «Aislado Juárez, a merced de los numerosos agentes de la policía ministerial, que no permiten que lleguen a él ni las personas ni los escritos que pudieran instruirle del estado de la opinión, de los males públicos, de las exigencias nacionales, no ha cesado de recibir en su reputación los golpes formidables que sobre ella ha descargado la política del gabinete. Juárez lo ignora, porque no está en contacto con el pueblo, porque a su lado no se encuentran más que los amigos de Lerdo. Desde la famosa Convocatoria, la política ministerial ha tendido constantemente a nulificar al Presidente de la República. Los círculos ministeriales, la prensa pagada por el gabinete, no han cesado de atribuir constantemente la acción gubernativa al ministro Lerdo, sin conceder a Juárez participación en ella. Si alguna vez los círculos lerdistas atribuyen a Juárez participación en los negocios públicos, es para atribuirle algún favoritismo escandaloso, alguna acción vergonzosa de que quiere descargarse el Ministerio. Cualquier negocio que quiere ponerse en conocimiento del Presidente de la República encuentra oposición de parte de los lerdistas que dicen: —el señor Juárez

no entiende de eso. Está ya viejo y no se ocupa de negocios. Veremos a don Sebastián: él es el hombre de la situación. No contenta la política ministerial con echar un velo sobre el presente de Juárez, vuelve los ojos al pasado y destroza sus antecedentes por medio de la prensa asalariada. No se pierde oportunidad de dirigir cargos de toda clase, desde los que hacen nacer la estupidez hasta los que producen el crimen, sobre los ministerios del señor Juárez que han presidido Guzmán, Ramírez, Zamacona y a veces también sobre el que formó Zarco. Cuando existieron esos ministerios, Juárez no estaba como hoy secuestrado a los negocios públicos. Con ellos gobernó. Todo lo que sea dicho contra ellos recae naturalmente sobre el Presidente Juárez, que no era entonces, como hoy, un cadáver galvanizado. Al presentar hoy a Juárez la política ministerial como un maniquí, y en su pasado como un estúpido o un criminal, se propone sin duda dos objetos: 1) quitar a Juárez en el presente toda participación en los negocios públicos y 2) destruir su popularidad y su prestigio y hacer imposible su candidatura para la Presidencia de la República en el próximo periodo electoral. Juárez era uno de los grandes obstáculos que se oponían a la ambición de Lerdo. Su hipócrita política lo ha ido destruyendo poco a poco. Juárez era una grande figura. Doloroso es verla desaparecer tras el bonete de un jesuita.» Bien calculado para matar dos palomas con un solo tiro, este ataque fue lanzado repetidas veces. La lealtad del Presidente era «un misterio semejante al de la Santísima Trinidad: no se explica, pero se cree en él. Es cosa de fe. Juárez es Dios y Lerdo su profeta. Quien dice Juárez, dice Lerdo y recíprocamente». Pero el vínculo quedó inquebrantable.

Más difícil aún resultó el esfuerzo de separar a Juárez del pueblo, raíz de su fuerza y objeto constante de las maniobras de la oposición. El propósito de esta propaganda era demasiado claro para que el sentido común del lector no lo descontara. No obstante, dedos expertos siguieron manipulando la pasta de la opinión pública y replasmando la imagen popular del Presidente, deplorando su decadencia como una ley triste, pero ineludible, de la vida y pintándolo, parentéticamente a los intereses corrientes de 1869, como un fósil respetable, atrofiado en su cáscara oficial. Relegado a la inactividad, no había más que un paso que franquear para declararlo inexistente; y creando la credulidad con la reiteración, y confiados en que la difamación, aunque desacreditada, siempre deja un sedimento aprovechable, los artistas de la oposición agitaron la espiga, implorando la simiente; y su propaganda echó raíz y floreció a

falta de refutación o defensa. Los sepultureros fijaron clavo tras clavo en el féretro, aunque el presunto difunto tardaba en ocupar el vehículo. Aguardando con paciencia el primer paso en falso, les llenó de esperanza la noticia de que, a pesar de la penuria del erario, el Presidente y los ministros habían cobrado sus alcances íntegramente, incluso los pagos atrasados de los años de guerra. La prensa hostil saldó la cuenta con una retribución tremenda, repasando su hoja de servicios y resucitando la cuestión siempre viva de quien, efectivamente, había ganado la guerra. «Todo el público sabe y lo ha condenado, que el C. Presidente Benito Juárez (y otros) se ha hecho pagar no 90 mil pesos como equívocamente dijimos, sino cerca de 200 mil por haber llevado a Paso del Norte su carácter de Presidente, viajando siempre con toda comodidad y sin exponerse a peligro alguno; por haber arrinconado la representación nacional hasta el último confín de la República, al grado de hacer que casi se olvidara, que se tuviera por muerta, y que por eso los nobles y sufridos y resueltos beligerantes liberales hubieran sido declarados por el usurpador bandidos, supuesto que no tenían política alguna; por haber, en fin, por sí y ante sí y contra la Constitución, reelegídose Presidente, suscitando con ese ilegal procedimiento un conflicto innoble en momentos en que toda ambición debía deponerse ante el peligro a la patria. No: la representación nacional es cosa muy digna, y no puede nunca acompañar a un fugitivo constante. La representación nacional estuvo siempre al lado de los que por ella despreciaban su vida, porque necesitaba infundirles aliento y alentarles al combate. ¿Se quiere encontrar dónde residió la representación nacional? Búsquese al pueblo primero y después a Porfirio Díaz y a tantos héroes que jamás esquivaron la lucha en los momentos más aciagos, ni abandonaron un solo momento las armas… En contraposición notable, el ciudadano Presidente, que nunca sufrió miserias ni azares como los de la cruda y peligrosísima guerra que se hizo contra el usurpador, ni tampoco se encuentra hoy en la pobreza, sino por el contrario, en la opulencia, se ha hecho pagar la digna de consideración cantidad de 200 mil pesos, de toda preferencia y sufriendo el erario la terrible amenaza de la bancarrota.» Honda y despiadadamente se empujó la acusación en los oídos del valetudinario. La catilinaria contrastaba cruelmente la frugalidad patriótica que inspiraba al Ciudadano Presidente al reducir sus honorarios espontáneamente en 1861, con la insensibilidad cívica que manifestaba al cobrarlos en 1869, para medir lo mucho que había perdido en la estimación pública al perpetuarse en el poder, engordarse con el favor popular, y

entregarse al egoísmo de la senectud. Zamacona tomó la palabra ante el Congreso para lamentar «que el poder que rige el país entra en el periodo de decrepitud y decadencia que coincide en el individuo con la época del egoísmo y de la codicia, y que no le permite los rasgos de generosidad y abnegación de otros tiempos», y poniendo el dedo en la llaga, concluyó: «En prueba de que no somos ingratos ni olvidadizos, pensamos siempre en la gran masa del pueblo, a quien se le debe la conquista de la libertad y la consolidación de la independencia; en las clases laboriosas y productoras que expresaron el triple levantamiento contra la dictadura, contra la reacción, y contra la intervención; en las clases que después de regar los campos de batalla con su sangre, riegan los surcos con su sudor; en las clases a que se debe lo poco que tenemos de libertad práctica y de prosperidad material; en el pueblo cuya miseria hace contraste con el rico y no explotado suelo que pisa; en el pueblo cuya hambre no puede menos que recordarse con ternura, cuando se trata de la mesa opípara de los altos dignatarios del Estado; en el pueblo para el cual no se ha puesto todavía la mesa de ese banquete de bienestar y abundancia que le prometimos cuando le llamamos a hacer la guerra de reforma y la segunda guerra de independencia. Somos los primeros en rendir tributo a los merecimientos patrióticos del jefe del Estado; pero aconsejaremos a los que los encarecen, que le rodean de ese mérito y de esa gloria, no para hacerla decaer, sino para procurar que se realice con rasgos de abnegación y de sencillez republicana. Entonces, no serán ellos solos, seremos todos los que estaremos alrededor del jefe de la República.» Las lamentaciones, los reproches, la indignación, el resentimiento y las esperanzas se desbordaron; pero el público se mostró perversamente inconmovible. La deuda que la nación tenía contraída para con Juárez no quedó liquidada con sus alcances, y la nota por daños y perjuicios presentada por la oposición resultó incobrable. Conocidos por sus propias hojas de servicios, los patriotas de la oposición no tenían motivo de ufanarse de su contribución sumamente económica a la guerra; ni Zamacona ni Ramírez, los censores más severos del Presidente, desplegaron tanta actividad en defensa de la patria durante la lucha como en desconceptuar al veterano en la posguerra, y el canto del cisne convenía poco a los regañones. Los motivos de la oposición eran muy variados, pero ninguno era tan evidente como la conciencia de los flacos, haciendo la apología de su circunspección con reconvenciones gratuitas al Presidente y alabanzas efusivas al pueblo y a Díaz.

México conocía demasiado bien a Juárez para prestar atención al prurito de empequeñecer a sus auténticos valores, y el Presidente sobrevivió al cobro de sus alcances. La mortaja, pedida y cortada a la medida, quedó colgada, pesada y floja, en brazos de los adoloridos. Algo más hacía falta para socavar la sólida reputación que desafiaba los golpes de quienes abundaban en valor después de la batalla, y se intentaron otras tácticas; pero fue sólo hasta injertar la detracción personal en las dolencias públicas, cuando la guerra anémica comenzó a cobrar fuerza. La consolidación de la paz era innegable, a pesar de trastornos intermitentes; pero innegable también era la pobreza del país, y la miseria y el malestar del pueblo facilitaron a los censores motivos fundados para fiscalizar la conducta del gobierno. «La miseria pública es espantosa. Buscan ocupación y trabajo millares de personas y no la hallan. Por las calles se encuentran multitud de ciudadanos que no tienen más pregunta que hacer a aquellos a quienes juzgan que algo valen que ésta: ¿en qué puedo colocarme? ¿En qué puedo trabajar? Apelan entonces al favor de las personas acomodadas, y de este suerte los 9/10 de la población viven del décimo restante, y resulta que toda ella está en la miseria, exceptuándose algunos seres felices que nadan en el bienestar y la opulencia, y algunos egoístas que saben rehusar todo socorro a su semejante que sufre y padece. Este pauperismo que corroe silenciosamente a la sociedad como un cáncer, se hace sentir especial y casi exclusivamente en la clase media. ¿Y puede continuar viviendo esta situación la República? Es imposible. Toda situación violenta produce una crisis. Civilizar, levantar de su postergación fatal a la raza indígena y combatir al pauperismo en esa clase media, son dos grandes necesidades que tiene la República. ¿Y pueden hacerlo los gobernantes? ¿Querrán hacerlo? En cuanto a la primera cuestión, no vacilamos en afirmar que está en el poder que ejercen los gobernantes mediar o atenuar siquiera el mal. En cuanto a la segunda, nos parece casi evidente que nada harán.»

Con esta estrategia la oposición se colocaba en un plan superior y en un terreno más sólido. La consolidación de la paz era un proceso de recuperación lenta y pasiva, y para 1869 se palpaba la urgencia de activar la reconstrucción del país y fomentar la prosperidad que debía acompañar la convalecencia nacional y que brillaba todavía por su ausencia. Después de la segunda guerra de independencia la nación se enfrentaba con el mismo problema que nació de la primera: el imperativo apremiante de crear la independencia económica indispensable para garantizar su independencia política. De algún modo el

gobierno se encontraba en mejores condiciones para hacer frente al problema que los regímenes anteriores: por primera vez desde 1821 la nación disponía libremente de sus rentas. El gobierno dio por comprobado que la intervención y el reconocimiento al Imperio rompieron los tratados onerosos que hipotecaron sus recursos a las potencias extranjeras, y que la derrota política de sus acreedores borraba sus reclamaciones; y aunque el repudio no era absoluto y se propuso la celebración de nuevos tratados, mientras tales arreglos quedaban pendientes, la moratoria aseguraba un respiro que el gobierno aprovechó para poner su casa en orden.

De la reorganización hacendaría se encargó Matías Romero, que puso su ardor patriótico al servicio de la Tesorería —la prueba más ardua de su temple— y a fuerza de economía y esfuerzo el ministro logró hacer orden en el caos e introducir, en aquel antro de confusión atávica que perdió a tantos de sus predecesores, sistema y luz; pero la luz era lóbrega. En los años magros entre 1863 y 1867, las privaciones de la guerra equilibraron el presupuesto; pero con la vuelta de las condiciones normales reapareció el déficit y en vísperas de las elecciones congresionales de 1869 la Tesorería suspendió el pago de sueldos a los burócratas, y la oposición levantó el grito de la quiebra inminente con ciertos visos de verosimilitud. La alarma resultó exagerada, y el aprieto, pasajero; pero las dificultades orgánicas que pesaban sobre aquella dependencia del gobierno eran tenaces y agudas. Las aduanas estaban desembargadas; pero el volumen de comercio exterior, incluso en las mejores condiciones, era modesto y los recursos del gobierno, aun deshipotecados, eran siempre hipotéticos y precarios. Las altas tarifas hicieron prohibitivo para la mayor parte de la población el consumo de las mercancías importadas, con perjuicio grave, según las aclaraciones de Romero, de las rentas del gobierno, de la riqueza pública y del adelanto material de las masas; las exportaciones se limitaban a la plata y a otros metales preciosos y a un reducido número de productos muy cotizados en el extranjero, y siendo costosísimo el transporte a causa de la configuración accidentada del país y de los azares del tránsito, se exportaban con provecho únicamente los artículos de poco bulto y de gran valor. Estas dificultades crónicas se agravaban, por supuesto, en los tiempos anormales: durante la intervención, el comercio había bajado al punto mínimo y la agricultura había acusado un fenómeno correspondiente: el labrador cultivaba sólo la cantidad indispensable para sus necesidades inmediatas y una cosecha

abundante se reputaba una calamidad. El remedio era un rompecabezas en 1869. Romero abogaba por la reducción de los aranceles, pero la modificación de los medios de subsistencia del gobierno entrañaba tantos peligros, que se abandonó la idea; por la misma razón, resultó imposible reducir los derechos de alcabala que proporcionaban al Estado y a las entidades de la República sus rentas internas, y que constituían desde tiempo atrás un tropiezo para la circulación del comercio doméstico. La consecuencia fue que la comunidad comercial, que representaba aproximadamente la cuarta parte de la población, cargaba casi exclusivamente con las contribuciones; y como las relaciones comerciales se hallaban paralizadas por la guerra, por el pauperismo del país y por el efecto de la moratoria, el gobierno que acababa de entrar en posesión plena de sus recursos siguió rasgando el trasfondo de las arcas públicas.

Ampliar la base de contribuciones era una necesidad obvia y apremiante. La buena administración y la frugalidad espartana eran, cuando mucho, métodos negativos de reconstruir la economía nacional; y como el desarrollo de las comunicaciones era el prerrequisito primordial para abrir nuevas fuentes de ingresos y aumentar la capacidad de producción y de consumo de la población, el gobierno tomó la iniciativa y sometió al Congreso una serie de medidas destinadas a extender los caminos vecinales y a iniciar la construcción de ferrocarriles. De dichas empresas la más importante era la línea entre la capital y Veracruz. El Congreso acordó una subvención anual de algo más de un millón de pesos por un plazo de trece años, y aunque la opinión pública andaba de acuerdo en que ningún precio sería excesivo para promover el progreso material, la oposición logró manufacturar una lista de protestas contra la subvención y la concesión del contrato a una empresa inglesa. La subvención, consumiendo la onceava parte del presupuesto, agudizaba la estrechez del gobierno; la compañía tuvo dificultades en vender los bonos en Londres, y se lanzó una agitación para rescindir el contrato en favor de una empresa mexicana, pero la debilidad del capital mexicano y el peligro evidente de agravar el mal renombre del país con la violación del contrato impusieron un freno a la agitación, y la utilidad pública de la empresa venció las objeciones patrióticas y pecuniarias al experimento. Otros proyectos del mismo carácter se pusieron a discusión, y algunos de ellos en práctica: un ferrocarril en el noroeste del país; una compañía de navegación norteamericana en pro de la industria henequenera de Yucatán; la localización de un puerto de escala en el Pacífico por otra línea norteamericana entre California y

Panamá; y el tránsito de Tehuantepec, que el gobierno resucitó, *mirabile dictu*, sin provocar el pánico político del Tratado McLane-Ocampo. Una voluntad pionera se manifestaba, una visión risueña del despertar económico de México, de mejoras materiales, de la expansión vital, del contacto con el siglo y de la fusión con lo foráneo; pero el progreso era lento, los rendimientos de tales empresas estaban remotos, entretanto la pobreza y el desempleo eran apremiantes y la impaciencia con el presente, el presente perenne, se agudizaba; y la oposición volvió sus baterías sobre otras de las obras incumplidas del gobierno.

La reconstrucción económica y la reorganización hacendaria eran problemas inabordables, a menos de tocar la cuestión social que palpitaba en el fondo del afán de transformación. Que se habían realizado progresos prodigiosos con las reformas políticas y religiosas, lo concedía la oposición sin disputa; «pero las cuestiones sociales se han tocado ligeramente, no se ha reflexionado bastante que las instituciones valen poco cuando se aplican a una sociedad a la que no se adaptan bien. La Constitución hace a todos los mexicanos iguales en derecho, pero ¿existe realmente esta igualdad? ¿Es posible que haya igualdad política entre el rico propietario y el miserable jornalero, entre el sabio literato y el indio infeliz que apenas sabe pronunciar su nombre, nombre semejante al de las bestias? ¿Los primeros no abusaron siempre de los segundos? Mientras que la mayoría del pueblo sea devorada por la miseria y la ignorancia, ¿es posible la libertad? No, ciertamente, la democracia será una ilusión, la moralidad un sueño, la igualdad de derechos un sarcasmo. El gobierno de la República debe emplear todo el poder que el pueblo ha depositado en sus manos, en procurar la división de la propiedad y la ilustración de las masas, abriendo así las fuentes de trabajo: de esta manera cumplirá con su deber correspondiendo a la confianza del pueblo. De esta manera destruirá los obstáculos que se oponen al reinado de la democracia, moralizará al pueblo, y hará que su completa transformación no le cueste nuevas revoluciones. Uno de los graves males que produce esta monstruosa desigualdad de fortunas y de ilustración, es el de convertir el robo en sistema, empleado por la miseria para satisfacer las necesidades de todos aquellos que, sin educación y sin trabajo, tienen que subvenir a las exigencias de la vida. Un corto número de mexicanos posee el territorio de la República, la inmensa mayoría de ciudadanos no son dueños ni de una pulgada de terreno, casi todos los pueblos se ven obligados a dar su trabajo

a los hacendados a cambio de un escaso alimento, el espíritu de empresa ha sido sofocado constantemente por el desorden: la industria en su cuna, esforzándose en romper las ligaduras de la ignorancia, el comercio casi sin vida, las masas desmoralizadas por la ambición de los especuladores de las desgracias públicas. Éstas son las verdaderas causas del vandalismo». Esta requisitoria era auténtica, legítima y oportuna. Doce años después que Ponciano Arriaga levantó su voz profética en el Congreso de 1857, para señalar el punto vulnerable de la Constitución, la experiencia proclamaba la necesidad de la reforma agraria, y en tal terreno, por lo menos, la crítica de la oposición estaba bien fundada y era constructiva. De los 7 millones de habitantes del país —señaló el editorialista— 5 millones eran indios, que no producían nada, que no consumían nada, y que eran incapaces de contribuir al sostenimiento del Estado y al incremento de la producción, a cargo de los 2 millones que soportaban todavía toda la estructura fiscal del país. «¿Qué industria, qué comercio, qué especulación, pueden existir con un consumo tan reducido como el de dos millones diseminados sobre un territorio tan vasto?». ¿Y el remedio? ¿Caminos? ¿Comunicaciones? Atajos a la quiebra en tales condiciones. ¿Colonización? ¿Inmigración? Imposible importar a tiempo, o en cantidad suficiente, la fuerza humana bastante para remplazar esos millones de desocupados; y desposeer al indígena, fuerte, tenaz, enseñado a trabajar y laborioso, sería cometer el crimen de Caín. Al aborigen había que capacitarlo para producir y consumir; el problema que se planteaba era el de animar esa masa inerte, de trabajar esa muda materia prima, de incorporarla a la economía nacional. «Creemos que esto sería posible facilitándoles necesidades y dándoles los medios de producir, los medios de que su trabajo no esté reducido a las proporciones que bastan para prestar el que ahora se les exige para el cultivo de las propiedades *de los amos*, y buenos caminos al mercado. Hay en el territorio mexicano propiedades, y son casi todas de tanta extensión, que sus dueños no pueden cultivarlas, y que son por esta causa valores meramente nominales y positivamente improductivos; siendo de advertir, además, que mientras las cosas subsistan como hasta ahora, sería inútil y tal vez perjudicial emprender labores cuyos productos no tendrían consumo, sino que sólo aumentarían los gastos de ellas. ¿No sería posible, y aun sin alterar la propiedad actual, lo que tal vez sería peligroso, dar parte del producto a los indígenas y hacer que estas cosechas tuviesen consumo?» O si tal sistema fuera impracticable, ¿por qué no aprovechar los abundantes terrenos baldíos a la disposición del gobierno en

beneficio del peón sin tierra?

Con tales recomendaciones la oposición chocaba con la Constitución misma. No sólo Ponciano Arriaga, sino un puñado de valientes propugnaron la cuestión social en el Congreso de 1856, poniendo el dedo índice en la llaga del latifundismo, del ilotismo del peón, de la miseria de las masas en el campo y en el taller, y pidiendo garantías para los explotados; pero la mayoría moderada, aun reconociendo y simpatizando con el problema, rehuyó el reto, so color de incompetencia y del peligro que encerraba, y en nombre de la inviolabilidad de la propiedad acordó, por vía de transacción, dejar la resolución a reglamentos posteriores y a la iniciativa y responsabilidad del gobierno constitucional. Al fundar su campaña sobre tales bases, la oposición planteaba, con el problema, una línea de telepatía capaz de transmitir un choque indirecto, pero profundo, a la popularidad del Presidente. ¿El hombre que había impulsado las reformas políticas y religiosas habría de faltar a la consumación del movimiento social? ¿Faltar a su raza y a la reforma que, como ninguna, parecía pertenecerle por derecho propio? ¿Faltar a la educación del pueblo que, según su propia diagnosis en Oaxaca, era imposible sin proporcionarle los medios adecuados de subsistencia?… Tal fue el filo de la cuestión que, por toda la sinceridad que la motivaba, era a la vez una hábil trampa política. Antes de plantear la cuestión, la oposición conocía ya la respuesta. Los terrenos baldíos que el gobierno tenía aún a su disposición se encontraban diseminados a lo largo de las costas o de las fronteras, alejados de los centros de población y poco aprovechables para el fin propuesto, en las condiciones que privaban en 1869; la única solución eficaz era la reforma agraria, y frente a este problema el gobierno había recogido el guante con una contraproposición, sometiendo al Congreso una iniciativa para poner impuestos a los terrenos sin cultivo; con esta medida se estimaba que los grandes latifundios del centro, «casi sin valor en la actualidad por falta de población, centuplicarían su precio e importancia con la subdivisión en pequeñas propiedades y el aumento de la población» —solución parcial e indirecta de un problema cuyos peligros el gobierno reconocía tanto como la oposición. «El gobierno no puede —explicó Romero—, sin atacar el sagrado derecho de propiedad, hacer que no pase de cierta extensión el terreno que debe poseer un solo propietario; pero sí tiene gran interés, por exigirlo así el bien de la sociedad, en procurar que se cultive o se explote todo el que sea susceptible de esta mejora.» Los bienes raíces, tanto rurales como urbanos, estaban exentos de

impuestos, fuera del Distrito Federal, y «acaso en el estado de postración en que una guerra de setenta años ha dejado a la nación, y en que el comercio y la agricultura están casi del todo paralizados, no convendría decretar un impuesto directo general sobre la propiedad raíz, no obstante la necesidad urgente que hay de crear nuevas fuentes de recursos para el fisco»; pero un impuesto ligero —veinte pesos al año por todo sitio de ganado mayor sin cultivo— no sería exorbitante ni revolucionario y bien podría provocar el abandono voluntario de los terrenos excedentes. Un año más tarde, Romero reiteró la misma recomendación, ya que el Congreso no la había tomado en cuenta.

La circunspección del Congreso, la iniciativa del gobierno, la proposición de la oposición, todas eran tímidas por igual: mociones unánimes y nada más. La comprensión común de la gravedad del problema social y la renuencia común a abordar la reforma agraria acusaban el punto sensible: el derecho de propiedad era intocable. Al exhortar al gobierno a procurar la división de la propiedad territorial, el predicador sabía que clamaba en el desierto, y que pretender que el gobierno empleara todo el poder depositado en sus manos por un pueblo que carecía de poder efectivo para realizar tal reforma era un sarcasmo que asegurara la falta de confianza del pueblo en sus dirigentes. Se había agotado el impulso revolucionario: las reformas políticas y religiosas consumieron a sus autores y costaron a la nación una convulsión demasiado violenta para incurrir en otra: bastaba una revolución en el curso de una vida, y tocaba a una nueva generación emprender la siguiente. Entretanto, el país seguía en el estancamiento, y el estancamiento era un manantial fértil de desilusión, tristeza y desasosiego; y la oposición, disfrutando de los fueros de la irresponsabilidad y cultivando su ventaja sin descanso, siguió machacando en hierro frío. «Es indispensable dar vida y acción y movimiento a la República para que la paz no se convierta en un letargo al soplo de la miseria, y la tranquilidad en el reposo de los sepulcros. El pueblo que no marcha hacia adelante, perece.» La pesadumbre de la pobreza era un reproche constante al Presidente. Su falta de contacto con el pueblo era una deficiencia deplorable. La reclusión en que lo tenía incomunicado Lerdo era un motivo de lamentación regular. Al público no se le permitió olvidar que «hay una especie de *cordon sanitaire* alrededor del Presidente, para que ciertos periódicos populares no lleguen a sus manos. Se teme que vuelva a vibrar en su corazón la fibra tan sensible en otro tiempo a todo lo que

emanaba del corazón del pueblo». Y el hecho de que el gobierno no hubiese dado cima a su misión histórica se volvió, en esas manos expertas, la prueba contundente de que sus días estaban contados y que ya no tenía razón de ser.

Sin duda, la situación era exigente. Los frutos de la Reforma se desazonaban en 1869; logradas la independencia política y la emancipación religiosa, el país siguió sujeto a la economía colonial que perpetuaba su dependencia en el mundo exterior y que constituía una amenaza permanente a su autonomía. Si la nación no necesitaba de hombres nuevos para hacer frente a la situación, era menester, por lo menos, que los viejos se renovasen y que pensasen en términos nuevos, ya no de sistemas políticos y de derechos ideológicos, sino de filosofías económicas y de necesidades positivas, olvidando el pasado feudal y enfrentándose al capitalismo contemporáneo, y reconociendo francamente que el progreso alcanzado era parcial, y que la emancipación de la miseria era indispensable a la supervivencia nacional. La depresión, el desempleo, el pauperismo, la paralización del comercio y de la agricultura, la falta de industria doméstica, eran otros tantos sermones sobre el texto solemne, las mismas piedras predicaban al país que México dependía aún de la cooperación con las naciones más adelantadas para impulsar su desarrollo; y se impuso, por lo tanto, la necesidad de resolver rápida y claramente la cuestión de las relaciones exteriores.

Un prolongado lapso de aislamiento internacional acompañó la restauración de la República. Las relaciones diplomáticas quedaron cortadas con las potencias que participaron en la intervención o que reconocieron al Imperio —es decir, con toda la familia de las naciones, menos los Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas— y no se dio paso alguno para reanudarlas hasta 1869. Por respeto a su propia dignidad, el gobierno mexicano no podía dar el primer paso, y por la misma razón los agresores mantuvieron una actitud de reserva desdeñosa. La situación era anormal, pero las relaciones diplomáticas, observaba Zarco, no eran indispensables; por lo contrario, el país quedaba a salvo de una raza de entrometidos acreditados que siempre la había plagado con impunidad. Al terminarse la guerra, el *London Times* anunció la inclinación del gobierno británico a reconocer al gobierno mexicano, «si éste es popular y deseado por el pueblo», y Zarco reaccionó vivamente en nombre de sus compatriotas: «Esta condición que se pone para el reconocimiento del gobierno del país nos manifiesta que los gobiernos europeos aún no pierden la impertinente manía

de calificar la legitimidad de nuestros mandatarios. Esta costumbre de ejercer sobre nosotros una tutela disfrazada, en nombre de privilegios concedidos por antiguos y malos tratados, acabó cuando comenzó la guerra de invasión.» Pero si la costumbre no cambiaba de esencia, cambiaba de disfraz: en 1869 se discriminaba contra la democracia popular en nombre del pueblo y de su popularidad. Entretanto, las relaciones comerciales padecieron un deterioro recíproco muy sensible. Tanto las empresas británicas en México como los tenedores de bonos en Londres dirigieron peticiones a su gobierno para que se reanudaran las relaciones oficiales; pero el gobierno encontró más fácil demandar que solicitar a Juárez. De igual modo, la prensa oficial en París aludió a la posibilidad de restablecer las relaciones oficiales para mortificar a Juárez a su modo. «Juárez tiene el orgullo del poder y fácilmente se concibe que se sentiría muy lisonjeado de que se acreditase cerca de su gobierno un personal diplomático de alta categoría —comentó *Le Moniteur*—. La especie de aparato que él usa para ocultarlo revela los sufrimientos de su amor propio a este respecto.» El gobierno mexicano, por su parte, no dio señal de ceder hasta 1869, cuando se levantó el entredicho en favor de la Confederación Alemana Septentrional, potencia recién llegada entre las naciones, nacida después de la intervención e inocente todavía del pecado original, y en honor del Reino Unido de Italia, estimado siempre en México como un compañero de lucha. El ostracismo de las grandes potencias siguió intacto, empero, y en 1869 la oposición declaró inaplazable la necesidad de transigir: en vista de la depresión económica, la autarquía era insostenible. «¿Qué importa que México puede disponer de toda clase de materiales, si no tiene fábricas para elaborarlos? ¿Qué importa que su suelo puede producir todo, si carece de población que consuma todos sus productos? ¿Qué importa que su tierra sea tan fecunda, si la mayoría de sus habitantes carecen de los conocimientos necesarios para explotarlos?» ¿Qué importaba, en suma, que México estuviera libre, si quedara hambriento? ¿Por qué cerrar los ojos ante la imposibilidad de cortar el cordón umbilical con Europa? ¿Cómo negar que el empate no era más que una tregua que tendría que romperse tarde o temprano, y que más valía temprano que tarde? Cada día se volvía más impolítico el aislamiento. La seguridad de México dependía de las mismas fuerzas que llevaron al país al desastre: los imperialismos rivales de Europa y de los Estados Unidos. «Afortunadamente, esas temibles influencias casi se destruyen por sus tendencias contrarias. No conviene a los intereses europeos que México sea absorbido por los Estados

Unidos, ni a éstos que vuelva a ser colonia del Viejo Mundo. De esta mutua oposición resulta un estado de equilibrio para México que conserva su nacionalidad y garantiza su independencia.» Pero el equilibrio era precario y «la interrupción de relaciones con Europa robustece cada día más las influencias americanas, los capitalistas europeos emigran, abandonando sus empresas, los americanos comienzan a invadimos por todas partes», y siendo así, urgía restablecer la balanza sin contemplaciones.

Nunca fueron mejores las relaciones con los Estados Unidos porque nunca fueron menores. En 1867 el *London Times* y un sector de la prensa francesa obsequiaron el país al patrón norteamericano —genuflexión errática que se interpretaba en México como un prurito irritado de enemistar a las dos repúblicas y el deseo piadoso de embrollar a los norteamericanos en las mismas dificultades que frustraron la intervención francesa. Provocaciones semejantes se manifestaron con mucha persistencia en la prensa europea, y hasta en 1869 el *Bullionist* de Londres, advirtiendo a los tenedores de bonos que desconfiaran de todo arreglo particular con el gobierno mexicano, lo que no produciría más que *palabras, palabras, palabras*, escribió: «El destino manifiesto de la América Central es el de verse absorbida por la gran República. México es poco más, aún hoy en día, que una lejana provincia de los Estados Unidos, y como la influencia del gobierno de Washington contribuyó tanto al fracaso de los esfuerzos de los estados europeos para cobrar sus créditos, tiene la obligación moral de hacer efectivas las bellas promesas de Juárez.» *Telum imbelle sine ictu*. Las dos repúblicas siguieron manteniendo las mismas relaciones cordiales que durante la guerra, gracias a su falta de contacto, y a que conservaban su amistad a respetable distancia. La única fuente de fricción potencial era la deuda, y cuando los dos gobiernos iniciaron pláticas relativas al arreglo, la prensa europea siguió observando las negociaciones con pronósticos siniestros de las consecuencias: cesiones territoriales y penetración del capital norteamericano. Estos malos augurios surtieron efecto en México, donde la prensa oposicionista les hizo eco y atacó al gobierno por preparar el tutela je de la República con el reconocimiento de una deuda aplastante que imposibilitaría la esperada recuperación del país y allanaría el camino para la intervención norteamericana.

La cuestión candente preocupaba a la opinión pública cuando, a fines de 1869, Seward vino a México en visita extraoficial. El gobierno le recibió con conspicua hospitalidad y

la oposición con conspicuo recelo, insistiendo en adivinar segundas intenciones en lo que no era más que la visita de cortesía o de curiosidad, de un estadista jubilado. Tan conspicua era la animosidad de la oposición que el huésped de la nación creyó de su deber desarmarla, y en un banquete en el Palacio aprovechó los brindis para desmentir las intenciones agresivas imputadas a Washington y para propiciar la nueva era de solidaridad cordial y desinteresada inaugurada por los dos vecinos en su defensa común de los principios democráticos. Estas declaraciones eran dignas de fe, hasta donde alcanzaban. El viejo estadista había sufrido, si no una conversión sentimental, la reacción sedativa cuando menos, de la guerra civil en los Estados Unidos y de la intervención francesa en México. En su sobria senectud Seward había llegado a la conclusión de que la manía de la expansión territorial y la confianza de sus compatriotas en el Destino Manifiesto habían descendido apreciablemente, y que sus conciudadanos habían aprendido, como lo expresaba, «a apreciar más el dólar y menos el dominio». Sus propias ideas cambiaban también con los tiempos, si no en lo esencial, por lo menos en la forma: el Destino Manifiesto había pasado ya de moda, en su forma cruda, y en su concepto la expansión comercial y la presión demográfica bastarían para asegurar la hegemonía del Continente: en unos cinco, diez o veinte años, México abriría sus puertas a la inmigración norteamericana con la misma cordialidad que Montana o Idaho; en treinta años la ciudad de México sería la capital del imperio anglo-sajón en el hemisferio. Tales fueron las convicciones que el proyecto político acostumbraba confiar a sus allegados en los Estados Unidos, conceptos perfectamente compatibles con sus ideas expresadas en México. Los señores de la oposición no cayeron en la trampa. Aunque sus portavoces no fueron convidados al Palacio, sus soplones aprovecharon las facilidades de la prensa para husmear el banquete platónico, calar la oratoria, probar el fondo de las copas y buscar debajo de la mesa por si acaso… Seward hizo lo posible para disipar las dudas y congraciarse con los escépticos. Rindió homenaje a Juárez; lo encumbró entre las eminencias americanas; le equiparó con Washington, Bolívar y Lincoln; lo declaró el hombre más grande que le había tocado conocer. El superlativo, en boca del compañero de Lincoln, era tan sensacional que el ministro de los Estados Unidos, suponiendo que se trataba de un lapsus de memoria o de una errata de imprenta, creyó de su deber averiguarlo. Seward reiteró que representaba su opinión sincera y ponderada, y que no pensaba rectificarla. Sin embargo, sus esfuerzos para

fomentar una política de buena vecindad no fueron afortunados. Los favores del extranjero, y sobre todo del norteamericano, eran sospechosos y el elogio benefició poco al Presidente en aquellas fechas.

Lincoln había muerto oportunamente; Juárez tenía aún que pasar la prueba de la reconstrucción. Seward se declaró convencido de que la vencería —según sus cálculos, con cinco años de paz México se hallaría firmemente restablecido— pero la oposición era impaciente. Precisamente en aquellos días otra asonada estalló en las provincias, proporcionando a los profetas otra prueba de su intuición apocalíptica. «La política que venimos combatiendo hace dos años y medio ha dado los resultados que habíamos previsto. Aislamiento, miseria, inmoralidad, desórdenes, y como consecuencia inevitable de todo esto, la revolución. He aquí la obra del ministro Lerdo. He aquí la obra de la criminal condescendencia de Juárez. La política de la dictadura Lerdo-Juárez ha empleado el desorden y la violencia para conservarse, el desorden y la violencia se vuelven hoy contra ella.» La fecha era del 30 de diciembre de 1869.

El estado de la nación en 1869 no era peor ni mejor que su estado de ánimo. Las consecuencias psicológicas del aislamiento eran malsanas; el recogimiento agravaba la disensión doméstica y el recelo al extranjero; la una era el corolario del otro, y la ilusión de la autosuficiencia fomentaba a los dos. La confianza y la solidaridad ganadas en la guerra cedieron a la depresión de la posguerra, sucumbiendo a un abatimiento moral que desesperaba de la independencia nacional al ver que el destino del país, oscilando entre Europa y los Estados Unidos, no tenía, al parecer, otra alternativa que la alternancia perpetua entre dos prepotencias, o el aflojamiento progresivo del péndulo hasta llegar al punto muerto. La xenofobia brindaba una evasiva del dilema, y los extranjeros señalaron su prevalencia durante estos años, especialmente contra los norteamericanos. A medida que la gravitación económica tiraba al país hacia la órbita de los Estados Unidos, la inveterada antipatía hacia el vecino más cercano y más prepotente resucitaba una reacción defensiva. El complejo de inferioridad, engendrado por la guerra de 1847 y revivificado por la visita de Seward en 1869, era un mal demasiado profundo y arraigado para que sanara en un cuarto de siglo, y la oposición lo explotó de la misma manera que la reacción en el pasado, sucumbiendo a una rutina mental que la sujetaba a los mismos temores, los mismos prejuicios, la misma manía del nacionalismo enfermizo. Reacción inevitable de un

pueblo mutilado y escarmentado por la colisión con el mundo moderno, la propensión a perpetuar el resentimiento y a mamar la úlcera era, no obstante, una manifestación patológica y un estorbo tenaz a la recuperación y al progreso; y el revés de la xenofobia era la fricción interna. Inhibida y ensimismada, la dolencia se adentraba y se nutría con la detracción neurótica de los representantes de la nación. Si el estado del país hubiese correspondido al estado de ánimo de la oposición, la situación hubiera justificado la alarma; pero la oposición era aún una minoría pendenciera, neutralizada por la mayoría sensata. Como papel secante, la prensa embebía los males públicos, exagerándolos y difundiéndolos, pero mostrándolos también como una cataplasma, y el sentido común del país reconocía en esa propaganda antigubernamental la tendencia a confundir, premeditadamente, los hombres y las condiciones. Si la política es el arte de lograr lo posible en determinadas condiciones, la política del gobierno alcanzaba lo factible en las condiciones que imperaban en aquel momento. El remedio pedía tiempo; y el tiempo era, como siempre, la mejor defensa del Presidente. Las mismas capacidades demostradas en su gobierno de Oaxaca después de la guerra norteamericana se manifestaron en su administración del Estado después de la invasión francesa: economía, disciplina, una dirección prudente; obras públicas, la apertura de comunicaciones, la difusión de la educación, la bonificación de la paz, la extirpación de revueltas, caminos y escuelas y policía para ligar y sustentar y desinfectar el proceso natural de recuperación y progreso; pero su misma aptitud se prestaba a la depreciación en 1869, porque la época abundaba en exigencias y del Presidente de la República se esperaba lo imposible. Su administración subvenía a lo que el país pedía y a lo que necesitaba; nadie era capaz de lograr lo que ansiaba —la solución de las dificultades de la posguerra sin la paciencia, la perseverancia y la colaboración indispensables para superarlas.

Zarco felicitó a sus compatriotas por la conquista de estas prendas a principios del año de 1869. «El año de 1868 —dijo arrastrando del calendario la hoja caduca— no registra en México ruidosos acontecimientos ni grandes cataclismos. Todo el año ha sido tranquilo, sereno y ya se ha hecho ver ese laborioso trabajo de reorganización de una sociedad cansada de trastornos, que anhela volver sobre sus quicios y que aspira a la paz como el primero de sus bienes y la base de su prosperidad. Este trabajo lento y difícil no ha sido estéril, y puede decirse ya, con suma confianza y seguridad, que para siempre pasó México la época de los pronunciamientos y de los trastornos. Se nota en

la República algo de ese buen sentido práctico, de esa sensatez del hombre que al entrar a la edad madura tiene fuerza de voluntad suficiente para reparar los extravíos de su inepta juventud.» Para fines del año de 1869 el estado de ánimo de la nación hubiera podido parangonarse, con mayor propiedad, a la sensatez desazonada de un joven que, al salir de la tutela y alcanzar la emancipación de la madurez, se encuentra privado de un porvenir, y precisamente por ser irreducible y sin alivio, el malestar tomaba la forma de críticas capciosas y reconvenciones quejumbrosas enderezadas a la dirección práctica y paternal del gobierno. La irritación de la oposición, aunque irrazonable, aporreaba al público con una pertinacia contagiosa y un celo oportuno que acabaron por dejar una impresión. La sensatez es una cualidad poco común en tiempos de prolongada privación y depresión; el estancamiento era deprimente, y a pura fuerza de repetición, exagerando las deficiencias y minimizando los logros del gobierno, la minoría se multiplicaba y el descontento cundía. Y precisamente entonces, cuando la detracción comenzaba a penetrar, sobrevino un hecho que restableció la estatura de Juárez y resucitó con nuevo resplandor la gloria de antaño.

3

En 1870 sobrevino el derrumbe —no en México sino en Francia. La guerra franco-prusiana, los desastres de Sedán y Metz, el desplome del Imperio, el renacer de la República, las repercusiones de estos sucesos estimularon el pulso deprimido de México, reanimaron el orgullo nacional, y revivificaron la fama del Presidente, recordando a los olvidadizos la magnitud de los servicios que el veterano había prestado a la patria. Porque hasta entonces faltaba un elemento esencial: la venganza de la invasión francesa. Sólo en 1870 fue posible justipreciar la contribución de Juárez a la caída de Napoleón, gracias a la resistencia indomable que debilitó la posición del Emperador en Europa y engendró, con la derrota, la sed de revancha que precipitó el conflicto franco-prusiano. Un periódico republicano francés, reconociendo la correlación dinámica de las dos guerras, señaló el ejemplo de Juárez como un faro en la cerrazón de la invasión prusiana. «Su patriotismo no se abatió ni un solo instante en medio de tan terrible prueba. ¡Y triunfó! Ni una palabra podemos agregar a este glorioso y siniestro relato. ¡Que la conducta de ese gran republicano nos sirva de lección!», palabras que reverberaron en México con memorable resonancia.

Estos sucesos estimularon hondamente a Juárez. En la primavera de 1870 su fuerte constitución comenzó a flaquear. Poco después de celebrar su onomástico, sufrió un síncope cerebral, y durante algunas horas su condición fue sumamente grave, pero se reincorporó rápidamente y vivió para resucitar su lucha y contemplar con satisfacción, en las peripecias de la crisis en Francia, la consumación de su obra. La crónica hubiera sido manca sin la derrota del adversario que siempre aguardaba; pero su satisfacción más profunda fue que la catástrofe despejaba el camino, al fin, para la reconciliación de los dos pueblos. Fue uno de los primeros en calzar con su firma un mensaje de simpatía dirigida al pueblo francés por un grupo de republicanos mexicanos, y lo remitió a un amigo en Europa con el ruego de que se le diera la mayor difusión posible. El mensaje no llegó a su destino, pero no se perdió porque le inspiró una larga epístola propia, llena de reflexiones personales, experiencia política y revelaciones íntimas mucho más valiosas que el mensaje formal.

«El mensaje, dictado por la más cordial simpatía, y que tuve el honor de ser uno de los primeros en firmar —comenzó por explicar— está destinado por sus autores no sólo a transmitir al

infortunado pueblo francés la expresión de nuestra admiración y buenos deseos, sino también, y sobre todo, a eliminar de su mente cualquier duda acerca de los sentimientos fraternales que animan a todos los verdaderos mexicanos hacia la noble nación a la que tanto debe la sagrada causa de la libertad, y a la que nunca hemos confundido, con el infame gobierno de Bonaparte.» Puesto que la verdad sobre México había llegado a Francia desfigurada por el rencor y el patriotismo del ejército francés, la verdad pura sólo podía revelarse con el contacto de los dos pueblos, y la aflicción del pueblo francés ofreció a Juárez, al fin y al cabo, la oportunidad de hablar fraternalmente en nombre del suyo. «Sin embargo, querido amigo —siguió diciendo—, para revelarle sólo mis sentimientos personales que son compartidos, lo sé, por nuestro mundo político, así como la derrota del bandido que durante cinco años sembró la muerte y el pillaje a través de nuestro hermoso país, me han inspirado una alegría indescriptible; así como su caída, que fue digna de su elevación, a la vez trágica y grotesca, me ha llenado de gozo como republicano y como mexicano; así también, en la misma medida me han entristecido profundamente la continuación de la guerra por el rey prusiano y los horrores que de ella resultan. No obstante, si aparta uno la vista de las escenas de matanza y devastación, si logra uno alejar las angustias del presente para mirar y contemplar el futuro infinito, dirá que el espantoso cataclismo que amenaza hundir a Francia, es por el contrario, la señal de su ascenso. Pues ésta, volviendo a su gran vida política, sin la cual una nación, por mucho que valga en la literatura, la ciencia y el arte, es sólo un rebaño humano encerrado en el cuartel y en la sacristía, las dos guaridas seculares del despotismo que mis amigos y yo hemos estado tratando de destruir en México. Pero ¿quién puede dudar del triunfo final de Francia, si quiere o, más bien dicho, si sabe cómo querer el triunfo? Digo *si sabe cómo querer*: pues, aunque las noticias de las provincias no invadidas revelan una energía y un patriotismo admirables, a la altura de las circunstancias, no puedo menos de sentir una seria preocupación al reflexionar en las cualidades y los defectos esenciales del soldado francés, enamorado del choque en orden de batalla, donde su fiero valor puede ser fácilmente desplegado ante testigos, pero poco preparado para la lucha guerrillera, que es la única guerra de defensa real, la única efectiva contra un invasor victorioso.» Y, por lo tanto, puso su experiencia al servicio de Francia. «Si yo tuviese ahora el honor de dirigir los destinos de Francia, no haría nada diferente de lo que hice en nuestro amado país desde 1862 a 1867, a fin de triunfar sobre el enemigo. No grandes cuerpos de

tropas que se mueven con lentitud, que es difícil alimentar en un país devastado, y que se desmoralizan fácilmente después de un descalabro; sino cuerpos de 15, 20 o 30 mil hombres a lo más, ligados por columnas volantes a fin de que puedan prestarse ayuda con rapidez, si fuere necesario; hostigando al enemigo de día y de noche, exterminando a sus hombres, aislando y destruyendo sus convoyes, no dándoles ni reposo, ni sueño, ni provisiones, ni municiones, desgastándole poco a poco en todo el país ocupado; y finalmente, obligándole a capitular, prisionero de sus conquistas, o a salvar los destrozados restos de sus fuerzas mediante una retirada rápida. Ésa es, como usted sabe, toda la historia de la liberación de México. Y si el despreciable Bazaine, digno sirviente de un emperador despreciable, quiere emplear el ocio que su odiosa traición le ha procurado, él es el más indicado para ilustrar a sus compatriotas sobre la invencibilidad de las guerrillas que luchan por la independencia de su país.»

Prescripción urgente para Francia, dado el giro tomado por la guerra después del colapso del frente y de la rendición de los ejércitos regulares en Sedán y Metz. «Pero surge otra cuestión que para un país centralizado como Francia parece terrible. ¿Puede sostenerse París hasta que un ejército de socorro levante el bloqueo? ¿Y qué sucederá si París cae por hambre o es tomado por la fuerza?» Y una vez más evocó su experiencia para resolver un problema ya resuelto en México. «Bueno. Admitamos por un momento que París sufre la suerte de Sedán y Metz. ¿Qué sucederá después? ¿Acaso París es Francia? Políticamente, sí, durante los últimos ochenta años. Pero hoy, cuando las consideraciones militares deben tener preferencia sobre las demás, ¿por qué la caída de París ha de llevar consigo necesariamente la caída de Francia? E inclusive si el Rey de Prusia instala su corte en el Palacio de las Tullerías, que está saturado aún de la infecciosa enfermedad del bonapartismo, ¿por qué ha de desmoralizar esta fantasmagoría a dos o tres millones de ciudadanos armados para la defensa de su suelo, de un extremo del país al otro? Maximiliano estuvo en el trono de México durante cuatro años; pero eso no le salvó de purgar su crimen en el Campo de Marte en Querétaro en tanto que la soberanía nacional regresaba triunfante a la ciudad de Moctezuma. Durante esos cuatro años, cuando el único poder legítimo andaba errante como fugitivo del Río Grande al Sacramento, muchos patriotas probados, muchos que se habían templado en la lucha contra la adversidad, empezaron a abrigar dudas sobre la eficacia de nuestros esfuerzos y a negar nuestra

futura liberación. En cuanto a mí —éste es mi único mérito—, ayudado por algunos patriotas indomables como Díaz, Escobedo y Ortega, mi fe no vaciló nunca. A veces, cuando me rodeaba la defección en consecuencia de aplastantes reveses, mi espíritu se sentía profundamente abatido. Pero inmediatamente reaccionaba. Recordando aquel verso inmortal del más grande de los poetas, *ninguno ha caído, si uno solo permanece en pie*, más que nunca me resolvía entonces a llevar hasta el fin la lucha despiadada, inmisericorde para la expulsión del intruso. Dios ha coronado mis esfuerzos y los de tantos valientes, muchos de los cuales ¡ay!, han pagado con su vida nuestra fe común en nuestro país y en la República. Tengo la esperanza de que lo mismo pasará con Francia. Su causa, desde la caída de Bonaparte, ha sido la causa de todos los pueblos libres. Esta verdad ha sido tan bien entendida por los demócratas mexicanos que seiscientos veteranos de la lucha por la independencia, los mismos que durante cinco años sostuvieron la guerra justa contra las tropas de Bazaine y Dupin, consideran su deber embarcarse en Veracruz para Nueva York. Armados y equipados a su propia costa, intentan partir de allá para incorporarse a las fuerzas del glorioso Garibaldi. Y estoy orgulloso de proclamarlo: la Legión Mexicana es digna de combatir y morir al lado del ejército francés, regenerado por la sagrada causa de la república universal. Con todo mi corazón, *Benito Juárez*.»

Esta epístola colmaba su apostolado: ninguna corazonada provocada por la lucha fue inspirada por un sentimiento más generoso, más dilatado, más grande y más digno de la mano que firmó aquel mensaje. La liberación de Francia como consecuencia de la liberación de México —indirecta, tardía, pero lógica— coronaba su obra con el triunfo final, y Juárez se identificó fervorosamente con la lucha en Francia: la espina florecía, la sangre volvió a arder en sus venas, y su participación apasionada en el epílogo de sus labores le daba el derecho de decir *si yo tuviese el honor de dirigir tos destinos de Francia*, pues precisamente eso era lo que había hecho, inconscientemente, por espacio de cinco años en México. El fracaso del ejército francés en México encendió la mecha que desquició la seguridad del Imperio y la superioridad de las armas francesas en Europa, y la intervención del Presidente mexicano en apoyo del pueblo francés honraba al suyo y reanudaba con dignidad sus relaciones en una causa común. Al cumplir con su parte, había obrado mejor de lo que pensaba, y con la comprensión cabal de lo que había logrado y la conciencia entera de sí mismo alcanzó, al fin, el reposo.

Porque ya no le quedaba nada que añadir. La Legión Mexicana no llegó a Europa. El armisticio de 1871 interceptó la marcha de los seiscientos voluntarios, que llevaban el mensaje en su carne y en su sangre, y la lucha tomó un giro infinitamente más trágico que la derrota militar. La cuestión angustiosa planteada por Juárez tuvo una resolución revolucionaria. La respuesta a la duda de que París fuera capaz de resistir hasta la llegada de un ejército de socorro fue la defensa indómita de la población durante cuatro meses, el fracaso de los esfuerzos de Gambetta para levantar un ejército en las provincias, y la Comuna. La voluntad de resistir, concentrada en París e invencible en las masas del pueblo, no fue comprendida, ni mucho menos compartida, por las autoridades: el comandante militar lo calificaba de *folie héroique*, el gobierno llamado de Defensa Nacional estaba resuelto a capitular, pero al ventilarse por primera vez la proposición de celebrar un armisticio, el pueblo se sublevó, exigiendo la destitución del gobierno y la formación de la Comuna de París para asegurar la defensa. Obligado por la presión popular a mantener la defensa a su pesar, el gobierno derrotista sangró a la plebe ardorosa por dieciséis semanas con salidas dispendiosas, cansancio y hambre, hasta dar en la vena exangüe, y celebró el armisticio en febrero de 1871.

¿Qué habría podido decir Juárez a aquel gobierno derrotista de la Defensa Nacional, organizado por la oposición después de la caída del Imperio, y cuyos leones se llamaban Jules Favre y Adolphe Thiers? Los antiguos defensores de México se revelaron todos entreguistas en Francia. Pero el armisticio, lejos de terminar la lucha, solamente la transformó y con la rendición de París se inició una nueva fase que demostró que si el pueblo de París no sabía vencer, sabía, por lo menos, cómo querer vencer. Una Asamblea Nacional, elegida para celebrar la paz y formar gobierno, se reunió en Burdeos; dominada por los monarquistas provincianos, que injuriaron a los diputados republicanos de París, la Asamblea despertó la alarma en la capital, donde el pueblo organizó la guardia nacional para prevenir un movimiento reaccionario y defender la República. A las tres semanas de concertar el armisticio, Thiers, nombrado Presidente provisional por la Asamblea, precipitó la insurrección en París al decretar el desarme de la guardia nacional; su gobierno se refugió en Versalles, la guerra civil estalló, y la causa de la democracia tomó un rumbo que condenó al país al cisma social. Versalles, por primera vez desde la caída de la monarquía en 1792, recobró su lustre antiguo

como cuartel general del Viejo Régimen. Los monarquistas, el clero, la gran burguesía, los magnates de las finanzas, y el ejército reclutado por Thiers con la ayuda de Bismarck, quien le prestó la mano poniendo en libertad a los prisioneros de guerra, formaron una coalición para aplastar la insurrección en París. Por casi tres meses la capital resistió el doble bloqueo de los ejércitos francés y alemán y sostuvo contra el enemigo interno la defensa indómita de que se había visto defraudada contra el extranjero; y la saña de la guerra civil se transformó en la furia de la guerra de clases. La coalición en Versalles, presa por el temor a la revolución en la revesa de la derrota, vio en la sublevación popular en París el portento del socialismo resurgente en Europa y con el esfuerzo de sofocarlo resucitó el fuego mal apagado en 1848. Al iniciarse la resistencia en París, los insurrectos tenían un programa político, no social; pero esto fue el fondo del otro. Defendido por un proletariado militante y por la pequeña burguesía amenazada con la quiebra por dos decretos de la Asamblea, que embargaban el crédito y las rentas, París proclamó la Comuna para salvar la República; pero la República, siete años después de la formación de la Internacional Obrera, vino a significar para muchos de sus adeptos la república universal de una sociedad socialista, y en las elecciones para la Comuna un bloque popular postuló sus candidatos en nombre de los desheredados y publicó un manifiesto en que declaraba que la voz del obrero debía oírse en la reconstrucción de Francia, y exigiendo el advenimiento político del proletariado y la caída de la oligarquía gubernamental y del feudalismo industrial. Con ese pretexto, Thiers declaró la guerra a los rojos y tomó como bandera la represión de una junta revolucionaria adicta a doctrinas comunistas, que acarrearían el saqueo de París y la destrucción de Francia. Para sofocar el movimiento en su cuna, se suspendió sobre la capital una cortina de humo, densa y opaca, de propaganda y calumnias. La prensa, las provincias, los países extranjeros, fueron inundados con versiones sensacionales de atrocidades cometidas por la plebe desencadenada en París; la Comuna fue proscrita, los presos fueron fusilados; y cuando los versalleses penetraron al fin en la capital reconquistada, los comuneros incendiaron las Tullerías y fusilaron a los rehenes del enemigo de clase antes de sucumbir. Las represalias del vencedor, feroces e insaciables, costaron a los comuneros más de 500 mil víctimas entre ejecutados y deportados; mas Thiers pudo jactarse que con la sangría se había ahuyentado por muchos años el peligro del socialismo en Europa. Pero el peligro de una restauración monárquica quedó ahuyentado

también, y la Comuna restableció la República, aunque no la república universal que costó el sacrificio de tantos de sus mártires, sino la tercera República de M. Thiers. La fe y el sacrificio de la Comuna pusieron al desnudo el verdadero carácter de la lucha en Francia, revelando una nueva visión de la democracia futura, pero de aquel conato de rebelión, el terror, y sólo el terror, se difundió en aquel entonces: el terror en París del tricolor convertido en la bandera blanca de tregua con el prusiano; el terror en Versalles ante la bandera roja ondeando en París; el terror en ambos bandos de la guerra civil recentando el fermento de la derrota nacional, y de la lucha de clases sembrando y cosechando el torbellino que hizo pedazos al Imperio. La significación del terror fue sofocada con la insurrección misma. Las versiones que cruzaron el océano llegaban sobrecargadas de denuncias y de denigración de la Comuna. En México, el motivo de la convulsión era difícilmente descifrable y la causa resultaba menos clara que el efecto: la funesta confusión, división y derrota de Francia. Perdido el contacto entre los dos pueblos, el mensaje vivo de la Legión Mexicana ya no tenía sentido. ¿A quién debía dirigirse? ¿Al indomable pueblo francés en París? —¿pero a éste no se le llamaba comunista? ¿A la Asamblea Nacional en Versalles? — ¿pero a ésta podíase llamarla patriota? Thiers y Favre y la oposición republicana se encontraban todos en Versalles, el ejército francés trababa combate con la república universal en París, y el problema de Francia ya no tenía relación alguna con México, a no ser por la casualidad de que entre los rehenes fusilados por la Comuna figuraba un banquero, J. B. Jecker, que se fue al paredón acusando al Imperio de haberle defraudado sus derechos en México.

La profecía de Jules Favre de que Francia habría de expiar los yerros de Napoleón se cumplió a la letra; pero el único interés del desastre para México radicaba en la remota pero providencial correlación entre la catástrofe y el origen de la intriga que mutiló a ambos pueblos. Las víctimas del siniestro comprendieron los principales fautores, agentes y cómplices de la Intervención, y una propiedad singular selló la suerte de cada cual. Napoleón, víctima del afán funesto de emular a los ingleses con un ensayo de imperio colonial, era un refugiado político en Inglaterra, prófugo y proscrito por su propio pueblo; el sobrino del tío cruzó el Canal v su suerte, según un periódico republicano, fue más ignominiosa que si hubiese caído con su pelele en Querétaro. Bazaine, su lealtad torcida por su malaventura en México, terminó su carrera bajo la acusación de

traición en Metz: el rocín cansado sucumbiendo a la costumbre de la derrota y al hábito del deshonor, y entregando un ejército sin siquiera destruir sus municiones, como lo propusieron sus oficiales en memoria de González Ortega en Puebla. Forey terminó sus días en un manicomio, y Saligny, en desgracia. Todo el equipo del Imperio, desde los mariscales que se hicieron un nombre en México hasta los propagandistas que perdieron los suyos allá se esfumaron en la purga. Los mismos expatriados mexicanos no acabaron más malparados que sus protectores y patrocinadores, todos escribieron sus nombres en la arena y fueron conmemorados sólo en la nota necrológica de un oficial francés que hizo la balanza de la aventura: «Esta guerra de intervención en México, que duró cinco años, nos costó nueve millones de francos, veinticinco mil hombres y la cesación de relaciones oficiales con México… Las profecías del ministro don Juan Antonio de la Fuente se han realizado. Esta expedición funesta fue el Waterloo de Napoleón III a causa de sus consecuencias. Ella ha traído Sädowa, que el Emperador no pudo impedir; Sädowa nos valió la guerra con toda Alemania; Sedán derribó el Imperio francés.» Y en aquel año de desquite, el concatenamiento de causas evocó otros y más remotos protagonistas con motivo de su participación en la trágica intriga de la intervención. Prim, arrepentido a tiempo y dando amplias satisfacciones con su franca defensa de México, había previsto el fracaso de la intervención francesa; y por un capricho de las Parcas, quien encendió la mecha de la guerra franco-prusiana fue Prim al solicitar un príncipe de la Casa de Hohenzollern para el trono de España; y Prim pagó con la vida, asesinado el 31 de diciembre de 1870, su oposición a las aspiraciones republicanas de sus propios compatriotas. El socio inglés se retiró también a tiempo, sacando en premio de su prudencia la caída de Napoleón, que bastaba y sobraba para el gobierno británico. El Papa llevó la peor parte. Al estallar la guerra con Prusia, las tropas francesas evacuaron Roma, poco después de declarar un Concilio Ecuménico artículo de fe la infalibilidad del Pontífice. Roma cayó en manos de los insurgentes italianos y se convirtió en la capital del Reino Unido de Italia; y si bien los fieles admitieron las pretensiones ilimitadas del Santo Padre en la esfera espiritual, la autoridad temporal de Pío Nono quedó circunscrita a los derechos extraterritoriales del prisionero del Vaticano.

Entre la expedición a México y la catástrofe en Francia la correlación era casual en la esfera temporal, pero ni fortuita ni inconducente en la región de las causas eficientes y finales.

Entre las múltiples causas del colapso en Francia, el desastre mexicano fue un factor de acción retardada, pero de efecto formidable; y a medida que todos los elementos iban adquiriendo mayor perspectiva y los actores destacaron a proporción de su aportación, la figura de Juárez ganó en estatura contra el fondo cada vez más amplio de su obra. En la revivificación de su gloria se le rindió homenaje en su patria y en el extranjero. De Europa llegaron los tributos más diversos, desde su designación como diputado honorario al Parlamento francés, en representación del barrio popular de Belleville, hasta el obsequio de un lote de vinos sacado del saqueo de las Tullerías por un noble francés —«me parece perfectamente natural —le dijo— que usted que tuvo el honor de ser el primero en hacer fracasar la Casa de Bonaparte & Cía. aprovechara la liquidación de la triste empresa: Don Benito Juárez bebiendo la Madera de Napoleón III me parece la última palabra para ridiculizar esa vergonzosa intervención que debía de ser *¡la más bella página de mi reinado!*» —y el homenaje igualmente fervoroso, aunque menos informal, del secretario de Garibaldi, saludándole como compañero de lucha y de clase: «Usted, hijo del pueblo, usted que de humilde obrero de la Sierra de Oaxaca se convirtió en el gran artífice de la libertad, del progreso y de la civilización, usted que merece por sus virtudes y su obra el nombre del Lincoln de México...».

Frecuente fue la comparación con Lincoln, y apropiada, pero ninguna analogía resulta exacta, y las afinidades acusaron las diferencias. El tributo más justo fue el de equiparar a Juárez a sí mismo; y por desgracia, eso fue lo que hicieron sus compatriotas en los años venideros.

4

Lincoln falleció a tiempo; Juárez sobrevivió a su misión y el tiempo fue su asesino. La revivificación de su gloria, por luminosa que fuera, resultó breve y fugaz —rayos de gloria reflejados de otros mundos, el ocaso de un día que tocaba a su término, el resplandor vespertino iluminando el cúmulo negro del pasado con los últimos celajes de una visión vanagloriosa pero crepuscular; pues, el día había de terminar, después de todo, en una cerrazón ominosa.

El día siguiente despuntó sombrío. A principios del año 1871, Juárez perdió a su esposa. La muerte, que casi alcanzó al Presidente nueve meses antes, lo hirió muy de cerca la segunda vez; pues la suya fue una unión tan íntima que de acuerdo con todo el mundo, y al decir de la prensa, el Presidente había perdido la mejor parte de su propio ser. El mundo prodigó a la desaparecida los honores correspondientes. Los obituarios rindieron tributo a la compañera ejemplar y ensalzaron a la esposa, la madre, la patriota leal que compartió su vida pública y privada con abnegación constante; conmemorándola como el paradigma de la mujer mexicana, dotada de la dignidad y de la modestia propias de la buena crianza, pasando los días adversos y prósperos con igual serenidad, alejada de los negocios públicos, rehuyendo las intrigas palaciegas, tan reservada que apenas si conoció a los ministros, tan recatada que muchos de sus admiradores no la conocieron de vista, pero siempre accesible a los menesterosos y socorriendo sus necesidades con discreta caridad, y acompañando a su marido con una vida tan reticente que su presencia pasó inadvertida y sólo al morir se le echó de menos para siempre. Tal fue su celebridad y tal la norma tradicional de una primera dama de la República. Pero el idilio doméstico no representaba más que un lado de la medalla, y tales atributos revelaban sólo una mitad de la verdad. Durante su permanencia en los Estados Unidos doña Margarita se había granjeado el respeto y la admiración de Seward y Johnson; ambos la recibieron en Washington con miramientos oficiales en los días aciagos en que sus atenciones contaban políticamente, y Seward, asociándola con su marido en la hora del triunfo, puso a su disposición un navío de guerra norteamericano para solemnizar su regreso al país, que ella supo representar con valor y decoro muy mexicanos en los días de privaciones y penas pasadas en tierra ajena. No había reverso de la medalla: la figura era idéntica por ambos lados, en alto y en bajorrelieve. El único enterado de la verdad entera fue su

esposo, que conoció la paz inapreciable de la comprensión mutua, de la confianza e identidad que le dieron ánimo y fuerza para su tarea durante veintiocho años, sin faltarle un solo día. Juárez llevaba veinte años más que ella y la llamaba cariñosamente la *viejecita*, a pesar de la disparidad de edad que mediaba entre ellos, porque la separación envejecía a los dos por igual; y al separarse de ella para siempre, el viudo entraba ya en el invierno de la vida. La muerte de la bienamada le prestó su último servicio supremo: todo el mundo se descubrió ante el Presidente afligido. Vulnerables al sentimiento, los mexicanos respondieron unánimemente con una manifestación espontánea de simpatía popular, y las hostilidades políticas se suspendieron por común acuerdo. La prensa sin excepción, y la prensa oposicionista más sinceramente, lamentó la pena del Presidente, porque se le vio muy destrozado por el duelo. Se notó que, al llegar la hora de las pompas fúnebres, aunque aparentaba su acostumbrada fortaleza y quiso acostar el cadáver en el féretro con sus propias manos, no pudo dominar su dolor, y volviendo a tientas a la antesala, se dejó caer, agobiado, en un sofá. Se notó también, como seña de la tregua política, que dos cabecillas de las recientes revueltas, Miguel Negrete y el pobre Aureliano Rivera, ambos indultados por el Presidente, montaron la guardia fúnebre y que uno de ellos, práctico del oficio, soldó el féretro. Tales síntomas eran elocuentes; y elocuente asimismo fue la multitud que llenaba las calles para demostrar que el corazón del pueblo latía aún con el suyo, y que acompañó el cortejo hasta el panteón en que ella descansaría con los héroes, en espera de su llegada.

Pero la presencia de la multitud no llenaba el lugar de la única. La tregua política fue corta.

El periodo presidencial expiraba en 1871 y el año se inició ominosamente. El viudo, al que el mundo compadecía, se veía reducido ahora a los pobres consuelos del poder y no parecía dispuesto a abandonar la otra existencia con la que había convivido durante trece años. Por el contrario, se postuló una vez más para la reelección. La noticia provocó un clamor de protestas en la prensa, y la oposición recapituló todos los motivos consabidos para imponerle un alto sonoro. Se censuraba la reelección en principio, por ser una infracción de la fe republicana y una violación del espíritu, si no de la letra, de la Constitución. En teoría, se denunció la reelección como un abuso del precepto tácito, indispensable para el desarrollo de la democracia; y en la práctica, como la perpetuación peligrosa en el poder de una persona propensa a creerse insustituible e

indispensable al bienestar de la nación. Para una generación doctrinaria, que había consagrado sus dogmas con su sangre, los principios suscitaban una alarma profunda y sincera, que se hizo sentir ya en 1867 y que fue sofocada por respeto a su reputación, pero que se manifestaba ahora sin consideración por su persona. Se le recordaba que en los trece años en que había ejercido el poder una nueva generación había surgido a la vida política: que 1858 y 1871 eran épocas distintas con distintos problemas que necesitaban de nuevos hombres para su resolución; y que ningún hombre, por grandes que fuesen sus méritos, era a propósito para todas las situaciones. Se le había elegido en 1861, según los analistas, no en recompensa de sus labores, sino en atención a la debilidad de la Reforma, que necesitaba de un exponente intransigente al frente del gobierno; se le había reelegido en 1867, no en premio de sus servicios, aunque se les apreciaba en su debido valor, sino porque la dignidad de la República exigía una reprensión a los bandidos derrotados; todos estos motivos habían dejado de existir, y ningún motivo de interés público justificaba su reelección en 1871. ¿Qué motivo podía alegarse, pues, sino su ambición personal? ¿Qué título podía exhibir el candidato para un cuarto periodo? Cuatro años de paz; pero una paz de estancamiento, fecunda en esplín, en abatimiento y en desórdenes recurrentes, en tanto que el país presentaba el espectáculo paradójico de lealtad a un gobierno en que andaba perdiendo confianza. ¿Qué apoyo podía invocar sino el respaldo de una burocracia venal, resuelta a defender sus puestos sin que les importara el costo al país? Repetir, reincidir —se le amonestaba—, sería provocar la revolución latente, levantar el brazo justiciero de todo pueblo oprimido —el mismo brazo que acabó con Santa Anna, Miramón, Maximiliano, y allende los mares, con Napoleón. Se pronosticaron elecciones apocalípticas; el clamoreo era fuerte y no quedó limitado a las filas de la oposición. *El Siglo* se sumó al coro. Zarco acababa de morir —otra pérdida sensible para el Presidente— pero dejando en su lugar un grupo de discípulos que habían aprendido cordura y estaban adiestrados para descifrar los augurios con exactitud exegética. Los consejeros más ponderados, los amigos más sinceros del Presidente, le encarecieron que repensara el paso, que consultara su corazón, que apreciara sus verdaderos intereses y que manifestara su genial prudencia antes de provocar a la Providencia. De salir reelecto, provocaría indefectiblemente la acusación de fraude; pero les pareció segura su derrota, «y si así sucede, ¿qué resta del prestigio ya bien menguado del señor Juárez? Aún puede volver por su nombre y por su gloria con un acto de abnegación y de

verdadero patriotismo, para no confundirse después de una derrota vergonzosa con los ambiciosos vulgares. Nosotros queremos que el señor Juárez se sostenga siempre a la altura en que se ha colocado; deseamos que le preste a su patria el último y más esclarecido servicio, retirándose de un puesto que ha ocupado con honor, dejando a sus sucesores un ejemplo digno de imitarse, un recuerdo de abnegación republicana que es lo que más necesita nuestro país, minado y corrompido por aspiraciones bastardas; queremos, en suma, verlo colocado entre las heroicas figuras de Washington y Bolívar, de esos dos gloriosos libertadores de América. ¡Que diga como Bolívar al Congreso de Venezuela: Legisladores, empezad vuestras funciones, yo he terminado las mías, y la posteridad y la patria agradecida colocarán su nombre en el templo de la inmortalidad!».

A la voz de los agüeros contestó el eco. Ni la comparación con sus pares, ni la equiparación con él mismo, hicieron mella en el ánimo del Presidente. Siguió adelante, imperturbable frente a la oposición y las protestas, inconmovible ante las advertencias y la alarma, insensible a la adulación, insobornable por la inmortalidad. Surgieron voces inspiradas asegurando que ya había abandonado su candidatura y pensaba retirarse a las escenas de su primera infancia en la Sierra de Ixtlán; pero otras, más autorizadas, aseguraban que esas suposiciones no tenían fundamento y que el Presidente era ajeno a tales conceptos.

Tan alejada de su pensamiento estaba la Sierra de Ixtlán como la humildad con que el hijo de Guelatao empuñó el bastón por vez primera en 1858, o el deseo de abandonarlo luego que le permitiera la conquista de la paz. Desde entonces algo había intervenido —algo más fuerte que la guerra civil y extranjera y el resultado inevitable de tantos años de lucha—: una fundada confianza en sí mismo que desvaneció toda duda de su derecho al poder y desechaba la oposición del mundo, que tanta vida le había costado vencer y convencer. No fue con impunidad como había triunfado. Su espíritu, creciendo con la contienda, era indomable: retroceder ante el porvenir era inconcebible para quien no había vacilado en dar el primer paso. La vida pública se había convertido en una costumbre inquebrantable, una función indispensable, orgánica, fisiológica, que siguió operando mucho después de haber desaparecido la necesidad, o la demanda, que la originaron. Más aún, la necesidad crecía, a medida que desaparecía la demanda, y un nuevo imperativo vino a intensificar el afán fisiológico, sustituyéndose al mandato que faltaba y suministrando la razón

de Estado. El poder era la droga anodina para la pérdida de su esposa. El poder era el trabajo, el yugo que aseguraba su marcha, y que le restituía su razón de ser; el poder era el solaz del solitario; el poder era la paz; y por último, el poder era el derecho que le devengaba su abnegación durante la lucha, la reivindicación de la naturaleza en compensación de una vida de servicio desinteresado y de deber lealmente cumplido. Un periodo más, otro término de vida, era la vindicación de su virtud, su vitalidad, sus privaciones, su triunfo; abandonar el poder era sucumbir al poder; despojarse del hombre viejo y volver a su cuña era, más que morir, nunca haber existido. De tal manera, quizás, un apologista hubiera podido interpretar su temeridad; pero el mundo no alcanzó a penetrar su taciturnidad. Cuáles fueron los motivos de su obcecación al menospreciar los malos augurios y desafiar a los profetas, nadie le sabía sino él, y tal vez nadie menos que él. Los adivinadores no estaban iniciados en los arcanos de su ser; sólo sabían que sus motivos ya no eran de carácter público y que con su determinación de vindicar su gloria estaba destinado a anonadarla.

La agitación siguió fermentando durante nueve meses y con acritud cada vez más virulenta a medida que se acercaban las elecciones. Nunca fueron tan violentas las fluctuaciones de su fama en los días espaciosos de la lucha nacional como en aquel lapso, precisamente porque la agitación quedó comprimida dentro de los límites estrechos de una campaña electoral. La batalla se libraba con sus principios contra su persona y la carga se acumulaba con un rencor condensado que amenazaba estallar en su cara; pero el candidato dirigió el experimento y probó la presión arterial que la opinión pública era capaz de sostener con su acostumbrada confianza en el sentido común del país. Las contiendas políticas, en el sentido estricto de una lucha electoral, tenían la misma relación con la realidad que los deportes con la guerra: ventilación inofensiva del instinto combativo, batalla simulada librada con furia y estrépito convencionales, y pugna profesional que, a pesar del ardor de la lucha, los jugadores no tomaban en serio. Las abjuraciones de la oposición no pasaban de ser la retórica de las controversias políticas y las objeciones a su reelección, pretextos tan insustanciales que nadie sino sus autores las acreditaban como razones atendibles. El juego, sin embargo, era peligroso, porque los argumentos, aunque ficticios, eran dados cargados. Los competidores eran los mismos que en 1867, pero no así las condiciones: Lerdo y Díaz ya habían sufrido la derrota que

exacerba la ambición, y uno de los dos sucumbió a los vapores volátiles emitidos por la prensa. Las fumarolas eran venenosas: día tras día se tocaba alarma, mes tras mes se indoctrinaba a los crédulos con la moraleja: el pecado llevaba en sí la penitencia, la reelección, la revolución; el duelo anticipaba la calamidad, la presión palpitaba siempre más fuerte, y los autores de esos sombríos presagios fueron los primeros en poner el grito en el cielo y en repudiar su responsabilidad al sobrevenir la explosión.

En vísperas de las elecciones estalló en el Norte una rebelión que sublevó a cuatro estados, conquistó el puerto de Tampico y obligó al gobierno a emprender una campaña en regla para dominarla. La campaña militar estaba en marcha cuando se celebraron las elecciones, y en tales condiciones la votación no podía menos que resultar cuestionable. Los cargos de fraude y violencia lanzados en 1867 se repitieron con mayor verosimilitud en 1871. Díaz fue despojado, según los cálculos de sus partidarios, de un voto dos veces mayor que el total alcanzado por sus contrincantes. La oposición, definitivamente derrotada en las casillas, tachó las elecciones de formalidad cínica y farsa escandalosa. Todo el mundo tenía una historia que contar; todo el mundo (y su mujer) sabían lo que pasó a ellos o al vecino; cada vecindario daba fe, por experiencia propia o a fe de fulano, de la corrupción que aseguró la reelección del Presidente; quién la declaró peor que la anterior: quién decía que Juárez había convertido las urnas del pueblo en depósito de inmundicias, quién aseguraba que «ese día, 25 de junio, fue un San Quintín en toda la República... Por todas partes se redujo a prisión a cuantas personas eran consideradas de influencia en el partido porfirista... por todas partes las casillas custodiadas por la fuerza armada, el pueblo suplantado descaradamente por los empleados, por los militares y por todos los demás que recibían un premio sacado de las arcas públicas. En la misma capital las bayonetas salieron a relucir como en su día de gala. El general Téllez Girón en mi manzana nos dijo, por ser de sus amigos, que tenía instrucciones del mismo Juárez para ganar la mesa a todo trance, aun haciendo uso de la fuerza, aun con facultades de mandar a la cárcel a cualquiera, aun para hacer fuego sobre nosotros con pretexto de guardar el orden. Esto mismo se repitió en las demás casillas electorales por órdenes de Juárez. Algunos quisieron resistir al poder, y ésos fueron muertos o encarcelados. Yo me conformo con citar esta elección como el argumento más terrible contra el espíritu democrático de Juárez que hoy se le atribuye». El mismo *Siglo* refrendó la impugnación

afirmando que «se ha violado la ley, se ha puesto la mano sobre el poder municipal, se ha derramado la sangre, se ha apelado a todo, al oro y al fusil, a la arbitrariedad y a la corrupción», y planteó la cuestión que quedaba por resolver: «O bien Juárez es derrotado por la nación o los juaristas obtienen el triunfo sobre la voluntad nacional, violando la ley con la fuerza, y de hecho continuará Juárez en el puesto, sin título legal y sólo en virtud de un golpe de Estado y por derecho de conquista. Entonces ya no será el Presidente Constitucional de una República, sino el dictador, el usurpador que, olvidando las elecciones del pasado, creerá como Enrique IV en su estrella y no recordará que esas estrellas se eclipsan en México, como sucedió con las de Santa Anna, Miramón y Maximiliano. Muy poco honroso será para *el candidato de sí mismo* ir a colocarse en esa cohorte, pero parece que todo le importa muy poco con tal de reinar. En el segundo caso, el resultado de la elección sería por Juárez, pero un resultado de superchería, ilegal, absurdo, y que la nación haría a un lado desdeñosamente con el pie.» Como ninguno de los candidatos obtuvo una mayoría absoluta, la determinación pasó al Congreso, y en vísperas del veredicto, estalló una asonada en la capital. Un grupo de amotinados, encabezados por el pobre Aureliano Rivera, provocó un tumulto en las calles céntricas; el Gobernador del Distrito Federal cayó asesinado; trescientos policías abrieron las puertas de las prisiones y concitaron a los presos a combatir por la libertad; y los desafectos de la guarnición capitalina se hicieron fuertes en la Ciudadela. En la ausencia del Ministro de la Guerra, el Presidente dirigió la represión, que fue rápida y fulminante: las tropas leales bombardearon la Ciudadela y para la medianoche el motín quedó sofocado. Los consejos de guerra comenzaron a funcionar inmediatamente, y al amanecer se computaban ya las ejecuciones antes de tener confirmadas las noticias. El Ministro de la Guerra, compareciendo ante el Congreso, las negó rotundamente; con que las galerías le abuchearon con un tremendo gemido de incredulidad. Al día siguiente las ejecuciones confirmadas llegaban a setenta, y la prensa hostil estimó el saldo total del motín en casi mil vidas. «Sea lo que sea, ya basta —protestó un mediador, implorando al gobierno que se diera por satisfecho—; los consejos de guerra continúan, ya basta… ¡Clemencia! Mucha sangre se ha derramado ya, y es sangre mexicana».

El 12 de octubre el Congreso ratificó la reelección del Presidente por una mayoría de 105 votos. Su prestigio quedó vindicado a costa de su popularidad, y se le concedió otro

término de vida en circunstancias sumamente lúgubres. La oposición, saludando su triunfo con el suspiro desesperanzado de *¡Dios salve la República!*, se conformó con el hecho consumado, pero con el presentimiento tétrico de que «la revolución, más aún, el sagrado derecho de insurrección va a proclamarse». A principios de noviembre vino la revolución. Abandonando su vida retirada en Oaxaca, Díaz se sublevó enarbolando la bandera de la *No Reelección*. La reacción del país fue abrumadora. El grito de *¡Muera la Reelección!* fue ahogado por el clamor de *¡Muera la Revolución!* La opinión pública unánimemente, y la voz de la oposición más valientemente, condenaron la protesta armada, y el conato de rebelión no fue secundado por la insurrección general que Díaz anticipaba. El derecho sagrado fue denunciado por la misma prensa que vaticinó el resultado funesto de la reelección y que reculó, espantada por la realización de sus profecías, y la opinión pública aprobó espontáneamente las medidas enérgicas adoptadas por el gobierno para desbaratar la rebelión. Las tropas se pusieron en marcha, pero no dieron la batalla, porque la cuestión se resolvió en el campo civil y no fue preciso apelar al arbitrio de las armas; al acercarse las fuerzas del gobierno, Díaz huyó a la Sierra, abandonado por las suyas, y dirigiéndose hacia el Norte se confundió con el foco de rebelión en la frontera.

A Díaz le pasó lo mismo que a muchos políticos verdes, que interpretaron la costumbre de imputar todos los males del pueblo al gobierno como un mandato revolucionario, y que, al malograr la quiromancia, quedaron en ridículo. Las emanaciones de la prensa le subieron a la cabeza y con ellas se evaporó el adivinador novel. Al pescar en río revuelto, no logró más que revelar el trasfondo tranquilo y sacar a luz la determinación del país de tolerar cualquier abuso menos la alteración de la paz. La violación de las elecciones —el cargo consabido de los derrotados y que quedó sin comprobación— era un mal menor que la violación de la paz pública, y el sentido común del país repudió a la oposición irresponsable que provocó la crisis y que sólo se salvó conformándose con el fallo del árbitro. La prensa, sin embargo, no dejó de señalar que la facilidad con que Díaz fue derrotado no representaba un triunfo para el Presidente ni mucho menos para la fuerza de sus armas, sino única y exclusivamente para la fuerza de la opinión pública; y resultó un triunfo pírrico. La prueba dejó un residuo de rescoldos turbios e inapagables. La oposición se sometió a contrapelo al imperativo de la paz achacando al gobierno la

responsabilidad que le correspondía al provocar los trastornos que reprimía con mano de hierro, y reprochándole la ventaja vil que aprovechaba al ampararse con el instinto popular de la conservación propia. La rebeldía quedó proscrita; pero eso no quitaba que la responsabilidad recayera sobre el Presidente, que la provocó al buscar pertinazmente su reelección, y eso no se le perdonaba. Un solo tropezón al fin del día fue suficiente para deshacer la obra de toda una vida; y los más rencorosos de sus detractores se dedicaron a revisar su fama a la luz de las elecciones de 1871. «¡Juárez, salvador de la República! Lo único que procuró siempre don Benito Juárez fue poner a salvo su persona», protestó uno. «Enérgico y valiente únicamente contra cualquiera pretendiente a su silla presidencial», prorrumpió otro. «Hoy no es la Constitución lo que el Gobierno defiende, puesto que el Gobierno es quien la viola —declaró un tercero ante el Congreso—, lo que defiende es el sillón presidencial. Ante la idea de conservarse en el poder, el actual Presidente no vacila en sacrificar la independencia y la dignidad de la patria.» Y el denuesto más colosal lo lanzó el iconoclasta más encarnizado. «¡Alegraos, naciones extranjeras! Cuando abandonasteis los campos de batalla, levantamos frente a vuestros reyes y caudillos al más despreciable de nuestros personajes, como un insulto. Lo fuimos a buscar al confín de la nación, donde se había ocultado en cuclillas, palpitante bajo los pliegues de una bandera extranjera, mientras los buenos mexicanos medían sus armas contra los invasores —escribió Ignacio Ramírez—. ¿Qué cosa puede saber Juárez que no sepan mil, diez mil, cien mil en la nación? Los insensatos que recomiendan a Juárez como un hombre necesario no tienen el instinto de que, procediendo de este modo, se degradan a sí mismos. Es estimarse en muy poco, no digamos ya como republicano, sino como hombre, el creerse incapaz de hacer lo que ha hecho Juárez.» Sin duda; pero quien lo hizo fue Juárez, y eso tampoco se le perdonaba. El equipo de demolición rebajó el nivel de su vida hasta el punto en que se sentían, al fin, sus iguales y sus sepultureros.

5

Así, aunque con razones rebuscadas, dolencias adulteradas, arte de birlibirloque y aciertos de nigromancia, la oposición acabó por provocar una verdadera crisis en 1871. La rebelión en el Norte resultaba tenaz, y el gobierno tuvo que recurrir a una prolongada e implacable campaña para dominarla. El Presidente acudió a los grandes remedios pidiendo al Congreso los poderes omnímodos y la suspensión de garantías individuales concedidas sólo en los días de apremio nacional; el Congreso los acordó; la prensa protestó. «Estamos ya en plena revolución y en guerra civil», declaró *El Siglo* denunciando una concesión que facultaba al Presidente para imponer una mordaza a la prensa, suspender los derechos de propiedad, designar arbitrariamente los delitos políticos, y sujetar al país a una dictadura sin freno y sin remedio más que la rebelión que burlaba sus armas y que cundía en consecuencia de las providencias adoptadas para sofocarla. Para reclutar soldados, el gobierno recurrió a la leva: sistema odioso deplorado por el mismo gobierno que lo empleaba, abominado por la prensa, indefendible bajo todos los conceptos y temido, sobre todo, por la clase obrera, la que casi exclusivamente sufría sus rigores y que tenía voz y conciencia de clase en 1871. Las columnas de un pequeño periódico, *El Socialista*, abundaban en denuncias de los atropellos cometidos con impunidad contra los artesanos, temerosos de salir a la calle de noche y caer en las redadas de la policía que los llevaba al cuartel o ante el tribunal de vagos, que los sentenciaba al servicio militar; de la angustia de sus mujeres, congregadas ante los cuarteles y las cárceles en busca de sus hombres; del terror en la campiña, donde los campesinos abandonaban sus labores y los indígenas se mutilaban para evitar el secuestro; todo bajo el encabezado de *Morituri, Cesar. El Siglo* abrió sus columnas para ampliar la voz del pueblo, protestando que «la existencia del tribunal de vagos es casi inconcebible, es absurda: un tribunal especial en el que no hay fórmulas, ni defensa, ni trámite ninguno, parece un sarcasmo sangriento, cuando se nos está diciendo que estamos en un país libre, y sin embargo el actual gobernador, que ha dado muestras de su amor a la democracia, preside ese tribunal y el ministro y el presidente lo autorizan y lo animan, la prensa clama en contra de él, y nadie le hace caso. Todos los días, multitudes de honrados artesanos son conducidos allí y juzgados en dos minutos: en seguida se les consigna a los cuerpos de ejército, es decir, la leva: pero más horrorosa, más repugnante, porque

hiere en su honra a esos desdichados que no tienen más patrimonio que su trabajo. Los revolucionarios piden generalmente empleos y riquezas; los artesanos piden que se les deje trabajar, y nadie les hace caso». Los folletines sensacionales propagaron el grito; las clases acomodadas lo divulgaron. La leva era la liga y el lazo común, y la palabrita alcanzó una celebridad siniestra. Volando de boca en boca, se la aplicaba a todos y cada uno de los motivos de queja y a todas las variedades de la publicidad. *Leva* se llamaba al catarro; *leva*, la moda de amplias capas ostentadas por los polizontes; los peinados de las mujeres se confeccionaban *a la leva*; todo llevaba el estigma popular y el modismo transmitía una propaganda contagiosa. La palabra era una advertencia, una censura, una reconvención enderezada al gobierno, pero no un amparo contra la práctica, que siguió sin freno, y la impopularidad del gobierno aumentaba con cada concesión hecha a su defensa.

El gobierno impulsó la campaña en el Norte con vigor y tesón, y con informes alternantes de triunfos decisivos y de represiones sanguinarias, pero la sedición siguió eludiendo la persecución y la sangría interminable agravaba el descrédito y desafecto que acompañaron la triste inauguración del cuarto periodo del Presidente. Sus monitores celebraron su onomástico en 1872 como día de luto y solemnizaron la fecha en un tono entre condoliente y acusatorio. «No es hoy el día de regocijo ni de las esperanzas, es la hora de las amargas reminiscencias del año que acaba de pasar la inquieta existencia del señor Juárez —rezaba la acusación—. Delante de sus ojos están los restos insepultos de tanto mexicano como ha perecido en la lucha fratricida. Los prisioneros yacen hidrópicos con los desgraciados a quienes se acusa de complicidad en los movimientos revolucionarios, y sus procesos van con una lentitud horrorosa, mientras que el hambre y la miseria devoran a los prisioneros. ¡Terrible la responsabilidad que pesa sobre los hombros del jefe de la nación!». Más cruel aún era la condolencia. «El señor Juárez siente hoy más que nunca el vacío que ha dejado en su corazón la pérdida de una esposa querida. Nosotros evocamos esa sombra que aún sienten sobre la frente los desgraciados, ella vendrá con su túnica blanca y su palma verde de mártir a murmurar palabras que oiga en el fondo de su alma el hombre que hoy decide de los destinos de la nación.» Pero la presencia tutelar se había ido para siempre y los profanos invocaron su recuerdo en vano: las súplicas conmovieron sólo a los solicitantes. El Presidente siguió dirigiendo los destinos de la nación con la confianza de un

veterano solitario. Al rendir su informe al Congreso, un mes más tarde, sobre el estado de la nación, su aparición, que por ser tan rara resultaba portentosa, provocó una concurrencia extraordinaria del público y una apreciación cruel de la prensa. La asistencia enmudeció cuando el Presidente hizo su entrada en la sala, «con su inmutable semblante, su turbia mirada y esa sonrisa que parece haberse cuajado en sus labios desde veinte años, y subió con ligereza, a pesar de sus dos tercios de siglo, las gradas de la plataforma y tomó asiento en el sillón de honor del Parlamento. El murmullo que se había levantado a su entrada se acalló como por encanto, y la voz del primer magistrado se dejó oír de una manera perceptible. Comenzó refiriendo los graves peligros que habían amagado la paz de la República, habló del esfuerzo de sus soldados, de las batallas ganadas a la revolución, del tacto público de la Cámara al haberle concedido las facultades extraordinarias para afrontar la situación y echar por tierra los proyectos de los *revoltosos*, y proclamando, a voz en cuello, que merced a lo ya referido, y al *uso prudente* que había hecho de las autorizaciones, la rebelión quedaba vencida enteramente»… y terminó del mismo modo que comenzó. El auditorio, atento al hilo del discurso, quedó en espera de algo más, de alguna promesa, algún recuerdo, alguna inspiración conmensurable con la gravedad de la situación; pero no hubo más. Lo único que se dejó oír de una manera perceptible, demasiado perceptible, era la voz de un magistrado sordo a la tensión que lo rodeaba, el informe de un funcionario que desde tiempo atrás había entregado el mensaje que llevaba para el mundo, y que ya no tenía nada más que decir; y se le dio oídos con el corazón destrozado.

Por triste, negro y desesperanzado que pareciera el destino del país a los ojos de la oposición, y Juárez el portento más tétrico del porvenir, no había salida del estancamiento. Se había llegado al punto en donde la única alternativa al callejón sin salida era el abismo. La paz era imperativa a cualquier precio, y se conservó la paz a fuerza de disciplina rigurosa y gracias a la resolución firme de anteponer la seguridad pública a toda otra consideración; pero la paciencia tocaba a sus límites. No había promesa alguna para el futuro, no había nada por delante sino la rutina inexorable del pasado y la voluntad inflexible del Presidente de sobrevivir a todo trance, la que reducía al gobierno a las funciones de un cuerpo de policía y lo revestía de la autoridad de una dictadura, indispensable para conservar la paz de los sepulcros. La sanción pragmática fue otorgada, y se toleraba como un mal necesario al autócrata, caduco e incapaz

de comprender que se pudría y que la fruta pasada se convertía en gusanera de corrupción, que necesitaba de la podadera y que desafiaba al secador. Día tras día se anunciaba el fin de la sedición, y sin embargo siguió floreciendo y ramificando. El estado de ánimo de la nación, tal y como lo reflejaba el estado de ánimo del Presidente, fue sintetizado por la oposición en una frase —*El Estado soy yo. ¿Hasta cuándo?, ¿hasta cuándo?*, era la letanía incansable de la prensa hostil. Se arrastraba la carga; pero no sin respiro ni recreo. Se la aligeraba con una cantilena monótona, cual el esclavo aliviando sus labores, y con burlas sangrientas, cual el condenado sacudiendo sus cadenas. Los satíricos compusieron parodias, a la manera azteca, de un pueblo primitivo rindiendo tributo a Su Majestad Benito I o al ídolo Huitzilopochtli. La caída de un candil en el Palacio era una oportunidad perdida —pero no por los chanzoneteros.

Si a Juárez tocado hubiera
el candil que se cayó,
se hubiera roto el candil,
pero la cabeza no.

Pero ni el ridículo acre ni el lamento letárgico aflojaron la cuerda. El capataz quedó insensible, y sordo, y siempre inaccesible, presencia perpetua, íncubo cotidiano, pesadilla aplastante, que obligó a la oposición a buscar refugio subterráneo, no por temor a la persecución, porque la única era su propia manía persecutoria, sino en pos de resentimientos más profundos. Y desde los bajos fondos, donde el despecho sofocado se volvía desesperación, surgieron voces que incitaban al asesinato del déspota. Más de una voz clamaba por un Bruto: «Siendo necesario sacar a balazos de la Presidencia a Juárez, se debe acudir a este remedio y sin tardar.» —«Julio César era más grande que Juárez y todos bendicen a Bruto, porque lo mató.» —«Cuando una nación no tiene más esperanza que la muerte de un individuo, es un héroe el que levanta la mano armada de un puñal; es un semidiós el que salva a su patria, cualquiera que sea el medio de que se valga.» Al llegar a tales profundidades, la oposición se acercaba a la reacción, que también trabajaba subterráneamente, pero caminando a la zapa ambas recularon al establecer el contacto. Ningún republicano respondió al estímulo y al igual que la instigación a la guerra civil, la instigación al atentado fue repudiada, luego que se adivinara su origen y antes de llegar a las vías de hecho. La sublevación subterránea se nulificó; y al mentir los indicios, la oposición recurrió a su mejor arma, el asesinato moral. Día tras día, mes sobre mes, se labraba la materia, comparando al Presidente con

la sombra de lo que fue. El día 18 de junio se le administró la dieta por última vez. «Estamos en pleno retroceso… Don Benito Juárez es el Mesías de las lechuzas y de los cuervos. Marcha a pasos agigantados en el camino del retroceso. Vuelve hacia el pasado. Y el pasado es la reacción. Ya se escuchan los siniestros graznidos de las lechuzas de sacristía. El hombre del frac negro y gorro rojo ha convertido el gorro en bonete. Que no se impacienten los clericales. Su hora se acerca. Don Benito Juárez, el presidente perpetuo, en su época triunfal, rodeado estaba de liberales puros. Hoy ha llamado a los moderados. Sólo falta que se ponga en manos de los conservadores. En la atmósfera se nota algo que indica la proximidad de un cadáver: huele a muerte. Y los puros se van. ¡Adiós Constitución, adiós Mamá Carlota!». El público estaba aburrido, saciado, la dieta era rancia, los mismos chupatintas se cansaban del oficio, y la bilis se secó. Entonces, la muerte asestó el golpe de gracia.

A horas tempranas del 18 de julio el médico de cabecera del Presidente, llamado con urgencia a Palacio, lo encontró en las garras de un ataque de *angina pectoris*. No fue el primer ataque y el enfermo se negó a creer que fuera el último; aunque sujeto a violentos dolores, dominaba la palpitación regicida del corazón y recibía los repetidos golpes, soberanamente, de pie. «La enfermedad se desarrolla por ataques sucesivos; los sufrió en pie», informó el facultativo, casi convencido por tanta fortaleza que el enfermo tenía razón; pero la fuerza tenaz de los accesos acabó por sujetar al estoico, y al sentir que la tierra le rehuía, se acostó, esperando que pasara el vértigo. Después de cada paroxismo, se ponía de pie y seguía conversando con los presentes con su acostumbrada serenidad; de esa manera pasaron varias horas; luego, un acceso fulminante le obligó a hacer cama. El médico le puso un estimulante extremo, arrojando agua hirviente sobre el corazón; el pecho respondió con un espasmo involuntario, los ojos se abrieron, y la voz se dejó oír, perceptiblemente, observando, con el medio tono de quien advierte vagamente que por un error craso ha sido quemado. «Con intención», explicó el médico; y el enfermo reaccionó inmediatamente. A los pocos minutos el remedio heroico surtió efecto y el que diez minutos antes era casi un cadáver volvió a ser lo que era habitualmente, «el caballero bien educado, el hombre amable y a la vez enérgico», que reanimó el espíritu de sus familiares. El alivio se prolongó por varias horas y fue tan marcado que los espectadores se fueron a comer. Aprovechando su ausencia, el Presidente auscultó al médico. Distrayendo su atención con reminiscencias de los tiempos idos,

de sus años de mozo, de la protección de su párroco, desvió el curso de la conversación hasta cogerlo descuidado con una pregunta de revuelo: «Doctor, ¿es fatal mi enfermedad?» Al saber que así era, recibió la sentencia con la misma despreocupación con la que hizo la pregunta y siguió narrando su vida desde el punto en que la dejó suspendida, hasta que otro acceso cortó el hilo; pero todo quedó dicho en la entereza con que pasó la prueba suprema. Tenacidad, fortaleza, dominio de sí mismo, el moribundo manifestó los mismos atributos de extremo a extremo. El médico volvió a administrar el remedio heroico, y esta vez no lo cogió por sorpresa, el paciente lo recibió «con la más perfecta indiferencia y con la calma más imponente —y la llamo imponente porque la palidez de su semblante, la falta del pulso y su respiración anhelosa, estaban anunciando que el término funesto se acercaba a grandes pasos — se tendió en su lecho, él mismo se descubrió el pecho, sin precipitación, y esperó, sin moverse, aquel bárbaro remedio». Sólo la contracción automática de los nervios delataba la sensibilidad latente; el semblante, «¡nada! Ni un solo músculo se movía; ni la más ligera expresión de dolor o de sufrimiento; su cuerpo todo permanecía inmóvil, y esto, cuando al quitar el agua se levantaba una ámpula de varias pulgadas sobre su piel vivamente enrojecida» —y el científico recurrió a la fraseología del confesor— «como si su cuerpo fuese ajeno y no el suyo propio.» La separación del espíritu y de la carne era absoluta, y a lo largo de una larga y laboriosa agonía, prolongada por las vueltas encarnizadas del espectro enemigo, que llevaba la peor parte, el que fue Juárez permaneció completamente consciente, completamente ecuánime, completamente sí mismo.

Todavía era Juárez: no se daba por vencido. Corría la voz de su condición, pero por motivos obvios se desmentía la gravedad del mal, y al mundo no se le permitió presenciar el espectáculo. No obstante, uno de sus ministros a quien se había negado la audiencia acostumbrada, regresó alegando un asunto urgente e insistiendo en ver al Presidente. Al Presidente lo vio; pero no postrado. Aunque agobiado por agudos dolores, el moribundo se levantó sin un murmullo, se compuso en el sillón, envuelto en un chal, y recibió al ministro sin revelar su condición, consultando su respiración entrecortada y dictando sus disposiciones, mientras que el médico le quitaba el sudor frío de la frente; y el ministro se retiró, deseándole un pronto alivio de su reumatismo. Una hora más tarde, se repitió la prueba con un general que pedía instrucciones para la campaña, y que las recibió del cerebro exagüe que recordaba claramente quiénes

merecían confianza y quiénes no, y que le dio abasto de nombres y fechas y lugares para normar su marcha. Luego, el Presidente se dedicó sin interrupción al gran negocio que tenía en manos: Morir. Una vez más se reconcentró para la lucha invisible, y el espectro vertiginoso, volviendo otra y otra vez al ataque, asestó sus golpes cada vez más insensibles, en lapsos sordos y solitarios, sobre la sede inaccesible de su poder.

A la mañana se supo que había dejado de existir; pero nadie le vio morir. Casi podía decirse que expiró por sí y ante sí: ni siquiera el médico pudo afirmar nada, sino que el cese sobrevino y el Presidente perpetuo pasó a mejor vida como al hilo de la medianoche o tal vez a las 5 de la mañana. Cansado por un día de duro trabajo, el facultativo dormitaba a esas horas. Así, la inmortalidad. Y al amanecer vino la inmortalidad a todo correr y a voz en cuello. La prensa se despertó de sobresalto y, archivando el ataque rutinario del día, lo sustituyó con el obituario en reserva. El cambio se hizo con prisa pero sin inconsecuencia. El estertor de la tipografía espetó un coro tremendo y unánime de loas, testimonio no del carácter especioso de los ataques, sino de la decencia deportiva de la oposición que, habiendo ganado el juego, se apresuró a abrazar al vencido. Mejor tarde que nunca, y de los muertos, naturalmente, *nihil nisi bonum*. Por lo tanto, al anunciar el trueno de los cañones el término de su periodo mortal, se rindió tributo sin rencillas al hombre «que llevó por tantos años en su robusta mano el estandarte de la República»; y homenaje abundante al abanderado de la Reforma y al patriarca de la Independencia que pasaba, al fin, «a las páginas brillantes de nuestra historia contemporánea, circundado de esa aureola que acompaña a los grandes y a los héroes»; y respeto piadoso a un nombre destinado a recibir la veneración del mundo entero, «porque Juárez no sólo era una gloria para su patria, sino un timbre de honor para la humanidad»; y se reconoció la perpetuidad de su fama, y se expresó el temor de que su fallecimiento ocasionara grandes trastornos, y la esperanza de que se eximiera al pueblo de aquella conmemoración. Por un día entero el difunto ocupó las primeras planas de los periódicos, sostenido por columnas de letra de molde y un desfile de bordes negros. Luego, librada al fin de la miseria de la grandeza, la prensa volvió al negocio del día: Vivir.

Tan pronto como se esparció la voz de su muerte, una multitud se agolpó en las puertas del Palacio, pero a nadie le fue permitido llegar a su presencia hasta que estuviera en estado de ser exhibido. El pueblo quedó afuera hasta terminarse el

embalsamamiento, y los pocos privilegiados que contemplaron el cadáver antes de aplicársele los últimos retoques participaron al vulgo, por conducto de la *Gaceta Oficial*, que «el semblante de Juárez había perdido su habitual severidad y expresaba la afable resignación con que mueren los justos», asegurando a los curiosos que «difícilmente habrían podido encontrarse en aquella fisonomía los rasgos que distinguían al hombre de las luchas y de las tempestades políticas». En seguida, se abrieron las puertas de par en par y medio mundo pasó a admirar la efigie presidencial ensimismada para siempre en el catafalco. Al tercer día, cuando se celebró el entierro, la prensa rompió sus columnas para abrirle paso, junto con el desfile de funcionarios, la marcha del pueblo uncido al carro fúnebre, los pies descalzos, las cabezas descubiertas acompañándolo en silencio hipnótico, hasta el cementerio y su sepelio en las últimas planas, entre los periodos interminables de los oradores y otras particularidades de interés transitorio. Entre éstas figuraba la causa de su muerte. En la multitud congregada en el cementerio pocos se dieron por satisfechos con la versión oficial de que cayó víctima de un ataque fulminante «en las regiones del corazón». Haciendo cola para alcanzar el féretro y avanzando paso a paso ante la caja llena de Juárez, todos llegaron a sus propias conclusiones. Los sentimentales atribuyeron el mal a la muerte de su esposa; los políticos a la ingratitud republicana; las discrepancias de sus parciales provocaron las sospechas de sus enemigos, y los unos toparon con los otros en la encrucijada del cementerio. A falta de una explicación satisfactoria, los sacristanes se salieron con la suya. Sabiendo que el Presidente exhaló el espíritu «a lo réprobo, como buen apóstata y buen excomulgado», y recordando las frecuentes amenazas de muerte que oscurecieron sus últimos días, la sotana sostuvo que había motivos fundados de creer, a falta de pruebas fehacientes en contra, que el reformador falleció envenenado por sus correligionarios liberales. Tantas cabezas, tantas sentencias, y todas tenían razón: una multitud es un microcosmos y la discusión siguió sin conclusión; pero estas versiones eran las verdades parciales de sus contemporáneos, todos en marcha para el sepulcro. La verdad definitiva quedó reservada para la posteridad y conservada en la máscara mortuoria, plasmada a tiempo para fusionar el último reflejo de la vida con la serenidad cósmica de la muerte, y perpetuarlo en la sonrisa de los labios entreabiertos —la sonrisa sabia, inefable e inconclusa de los justos.

6

Fuerte y recia fue su vitalidad póstuma porque sólo de una de sus vidas se despejó el día 18 de julio de 1872, y la otra perduró mientras se siguió recordándola. Tan íntima e inseparablemente se había identificado con la existencia de su patria, que su ser siguió siendo consustancial en ella, y el conflicto entre las apreciaciones ajenas y el concepto que tenía de sí mismo no podía apagarse en la urna y el panteón. Siendo la inmortalidad materia de memoria, y de todos los intereses humanos el más perecedero, su semblanza de ultratumba fue plasmada por los mismos intereses que moldearon su destino mundano; y mientras se conservaba viva su memoria, el mundo le hizo justicia en la misma medida con que conoció la suya propia.

El fallo de la opinión extranjera fue tan parcial como el de sus compatriotas, reflejándolo con rayos ora de resplandor, ora de reprobación. En Francia la República, restaurada por la Comuna, dio amplias satisfacciones para el Imperio y reconoció la deuda que tenía contraída con el patriota mexicano. «Nos enseñó cómo vencer, cómo expulsar al extranjero, cómo castigar al usurpador; no hemos aprovechado la lección, pero debemos respetar al hombre que nos la dio.» Inscripción amarga para colgar en la corona fúnebre; pero el laurel se mezclaba con la mirra. «Fue aquel indio, aquel hombre de leyes, quien asestó el primer golpe a la fortuna insolente del hombre de diciembre, y las balas que mataron a Maximiliano en Querétaro, penetrando el pecho imperial, acabaron con el prestigio del cesarismo, que cogió a Francia en los lazos del golpe de Estado. Al entregar su espada al Rey de Prusia en Sedán, el Emperador no tenía más que un fragmento que darle: Juárez la había roto.» «Tal fue ese republicano que por sí solo acabó con dos emperadores», decía otro ramo de olivo dulceamargo. «No podemos querer a un hombre cuyas grandes cualidades se han manifestado contra Francia; pero debemos honrar, cualesquiera que hayan sido sus errores, a un patriota que rechazó la invasión y del que todos dijeron que no se nos hubiera arrancado la Alsacia y la Lorena, si hubiéramos tenido a un Juárez.» Del aroma del sauce salía la savia vivificadora invocada por el difunto en pro de los dos pueblos. Guirnalda redundante, el desagravio era tan abundante como fue el agravio. Del otro lado del Canal de la Mancha, la justipreciación de su obra era más refractaria. Los británicos tenían una deuda que cobrar, pero ningún crédito que pagar; eso lo cubrió el socio quebrado. «No hay nada más cierto que el hecho de que el

intento de compensar la humillación en México llevó a Francia a la guerra de 1870. México fue el Waterloo del Segundo Imperio.» Así se ajustaba la contabilidad, y por su contribución a la humillación de Francia se le abonó el crédito que le correspondía, sujeto al descuento corriente. Un epitafio llegó hasta calificarlo del estadista más grande producido por México desde el movimiento de Independencia, pero con la reserva de que su ambición subvirtió su gloria, y que en su última fase no estaba «muy alejado del cesarismo». Para hacer el balance, no faltaba tampoco la moraleja. Un elogista lo parangonaba con Cromwell, pero como Cromwell no estuvo muy alejado tampoco del cesarismo, el *London Times* aprovechó el texto para regañar al regicida mexicano y atribuir la declinación de su trayectoria a la ejecución de Maximiliano. «No podemos determinar hasta qué punto el juicio desfavorable del mundo exterior contribuyó a debilitar los cimientos del poder de Juárez, pero lo cierto es que, desde el día de su triunfo en Querétaro hasta su muerte por un ataque de apoplejía, Juárez tuvo que contender con una serie de revueltas y de conjuras que venció con una firmeza que le aseguró un triunfo temporal, pero con una crueldad y falta de escrúpulos que deshonraron el mismo renombre mexicano.» El transcurso de los años tampoco dejó mella en aquella sacristía, y las reconvenciones de antaño desquitaron su triunfo indisputable con las penas providenciales de sus últimos días. Sabido es que la Providencia Divina se abonaba al *Times*, y sus competidores copiaron el tono por su cuenta. «Fue un gran indio, pero hasta donde alcanzamos a comprender su carrera, siempre un indio, con una vena poco escrupulosa en su carácter. México se convertirá ahora, probablemente, en escena de una guerra civil salvaje por la dictadura en la que saldrán ganando los indios.» Bien con la alabanza, bien con la represión, la rectitud británica salía airosa; muchas y muy variadas fueron las formas de perdonarse la deuda del Imperio británico con el gran indio, y ninguna faltaba en el florilegio.

El partidarismo siguió influyendo en el fallo de sus contemporáneos, mientras su memoria tardaba en morir, y su inmortalidad, tejida con la trama contenciosa de los vivos, fue tal que habían de transcurrir generaciones enteras antes que se volviera anacrónica. La posteridad, continuando la crónica, bordó la urdimbre del pasado con sus propias preocupaciones, y la verdad sufrió otras transformaciones en las perspectivas del porvenir. A un diplomático que se le pedía una máxima para un álbum de autógrafos, Juárez dijo alguna vez que quisiera que se

le juzgara no por sus dichos, sino por sus hechos. El porvenir le tomó la palabra y las generaciones venideras juzgaron su obra con parcialidad doble —por lo que había logrado y por lo que dejó incumplido.

De sus hechos póstumos el más fecundo fue Porfirio Díaz. Al negarse a ceder el poder mientras viviera, Juárez legó a su sucesor un precedente y un pretexto, que tuvieron consecuencias de largo alcance en el porvenir próximo del país. La sublevación en el Norte terminó con su muerte y Lerdo, su sucesor en la Presidencia, proclamó una amnistía general a la que Díaz se vio obligado a someterse por el fracaso de su rebelión; pero cuatro años más tarde, cuando Lerdo preparaba su reelección, Díaz volvió a pronunciarse, derribó a Lerdo y se apoderó del gobierno; y a partir de aquella fecha el abanderado de la *No Reelección se* perpetuó en el poder sin interrupción, con la única excepción de un periodo que cubrió un apoderado, y se convirtió en el dueño absoluto de México por más de tres décadas.

Díaz desarrolló, adulteró y deshizo la obra de su predecesor. La dictadura triunfó porque, realizando las promesas incumplidas de Juárez, proporcionó al país la paz y la prosperidad indispensables para su recuperación. Obra del tiempo, el heredero fomentó la reconstrucción con la pericia de un oportunista consumado; algo más que un político y menos que un estadista, era un ingeniero político que alcanzó por ensayo y error los resultados apetecidos y que cumplió con las exigencias de aquella etapa del desarrollo nacional; y a cambio de esas seguridades, el país se conformó con su dictadura sin discutir el precio, y el precio resultó muy elevado. El ensayo claudicante de democracia mexicana quedó paralizado por espacio de treinta años —tiempo de sobra para que madurara una generación que la ignoraba, y para formar una plutocracia que la frustraba. El triunfo era el coeficiente de la técnica del empírico. La conquista del poder se efectuó con el apoyo de los veteranos de la guerra, y la casta militar fue incorporada al Estado y convertida en la piedra angular del gobierno, subvirtiendo así una de las columnas del credo liberal y restableciendo el militarismo en su gloria prístina, pero adaptándolo a la conservación de la paz. El poder y la paz —el poder policiaco y la paz pretoriana— quedaron asegurados por un ejército regular, pagado con la debida puntualidad, y por una policía rural que puso coto a la plaga inveterada del bandolerismo y acabó con las manifestaciones comunes de la delincuencia, mediante el simple expediente de incorporar a los

proscritos a la policía y de exterminar a los inasimilables; y si no se hubiese logrado más que la seguridad pública, el país hubiera agradecido tales beneficios; pero el régimen realizó mucho más. Restablecida la paz, Díaz se valió de los mismos arbitrios para forjar una máquina política que aseguraba su control de Estado. Dotado de una inteligencia práctica, se puso a tentar el mecanismo gubernamental hasta dar con los trucos que facilitaban su marcha. Dividiendo a sus adversarios, barajando a sus amigos, sembrando la cizaña entre sus rivales, dirigió la administración civil con el tino de un mecánico experto, eliminando toda fricción con favores, intrigas y la bien dosificada lubricación de purgas de plata o plomo. A fuerza de corrupción y coerción la marcha del gobierno quedó asegurada; la distribución sistemática del botín oficial llenó la burocracia con clientes leales al Presidente, los recalcitrantes, reducidos a prisión o condenados al paredón, se redujeron rápidamente a una ínfima mayoría de idealistas impotentes, de críticos incorruptibles, de pretendientes desdeñables y de parias olvidados. La oposición organizada dejó de existir después de su primer periodo en la Presidencia; de su tumba salió el gobierno organizado. Díaz tenía el genio administrativo, y lo demostró en su obra de pacificación, que puso de manifiesto otra de sus dotes distintivas: su habilidad en sortear sus dificultades y resolver los grandes problemas nacionales con los medios más fáciles. Su prestigio militar facilitó la organización de la administración civil, basada en un sistema de comandancias generales que impusieron respeto a los gobernadores, y en una confederación de gobernadores bien disciplinados en los estados, que reforzaban la influencia del estado policiaco; y gracias al caciquismo atrincherado se corrigió la flaqueza del sistema federalista y se estableció, al fin, el Estado centralizado, realizando así la reforma constitucional recomendada por Juárez en la Convocatoria de 1867. La concentración de poder en manos del gran mecánico facilitó, a su vez, la solución de los problemas perennes de todo gobernante mexicano. El Estado centralizado se arraigó, porque llenaba el morral y apaciguaba a las dos clases más propensas a suscitar dificultades para el gobierno. La casta militar y la clase media, ambas hambrientas, se dieron la mano para absorber con el grueso de las rentas públicas, todo choque al régimen prebendario. El incremento de la burocracia militar y civil alcanzó proporciones sin precedente: en 1868, menos del 12% de la población desempeñaba los servicios públicos; ocho años más tarde, cuando Díaz llegó al poder, no pasaba del 16% y para 1910, cuando terminó su reinado, se estimaba que el 80% vivía a

expensas del gobierno. Las tres enfermedades infantiles de la República —la empleomanía, el militarismo, y el poder personal — reaparecieron en la edad madura como manifestaciones de su robusta salud, revalidadas por Díaz como condiciones indispensables al gobierno de un pueblo atrasado, aprobadas y comprobadas por los beneficios de su régimen.

La debilidad del pueblo hizo la fuerza del dictador. Adaptar la forma de gobierno a la deficiencias del pueblo, no a su capacidad de superación: tal fue su fórmula y tal fue su triunfo. Según su propia definición, la dictadura era una educación para la democracia; fórmula de transición, la teoría era defendible, pero la dictadura se prolongó indefinidamente, condenando al pupilo a otra recaída en la rutina funesta del pasado y al maestro a sucumbir a los dictados de su propia misión. Díaz forjó un régimen autoritario que cobró fuerza con la inercia, el cansancio y las exigencias de la época: obra de ensayo, de costumbre, de asimilación y de asentamiento, la dictadura fue menos una violación deliberada que una deformación orgánica de la democracia incipiente, que se implantó en un suelo favorable y produjo la simbiosis que floreció por treinta años. Respetando la bandera de la *No Reelección* que lo llevó al poder, Díaz se retiró al terminar su primer periodo, y aun cuando siguió repitiendo sus periodos sin interrupción en lo sucesivo, siempre se cuidó de solicitar un voto de confianza con cada reelección, y sólo a medida que la tenía asegurada se atrevió a sustituir la democracia con Díaz. Ostensiblemente, las formas republicanas quedaron intactas, pero su virtud se evaporó. Reglamentada la libertad; debilitada la independencia; remunerada la conformidad; corrompida o aplastada la oposición; la ley quedó en letra muerta; de código, la Constitución se convirtió en códice mexicano, el Congreso, en cómplice, y la prensa en portavoz del Presidente. Andando el tiempo, hasta las formalidades cayeron en desuso y la realidad cruda acabó con el disfraz. El Gran Elector, como se apodaba al Presidente, nombraba los diputados al Congreso; las elecciones se celebraban sin oposición, el espíritu público se atrofió, y la costumbre consolidaba la obra del autócrata. Todo este retroceso político era la mejor justificación de la obstinación con que Juárez se opuso a la elección de Díaz en 1867 y en 1871; pero el régimen porfirista tenía también una aspiración progresista y una meta patriótica. En cambio de la libertad, el dictador daba una compensación biológica. El impulso dinámico del pueblo mexicano —dijo alguna vez— era temor «no a la opresión, ni al servilismo ni a la tiranía, sino a la falta de

pan, de hogar, de vestimenta», y sobre ese motivo el dictador levantó su gobierno y logró la sumisión psicológica a una tutela que produjo la emasculación de la democracia por temor a la miseria.

Su obra económica, pues, dio la clave de su obra política. Al empuñar el bastón por primera vez en 1877, se adueñó de un gobierno acribillado de deudas, las rentas públicas bastaban apenas para asegurar su marcha y el problema más grave que tenía que resolver era el mismo que quebrantó a sus predecesores: la pobreza crónica del país. Díaz se empeñó en activar la recuperación e impulsar el progreso material del país y dio un gran paso en adelante iniciando y desarrollando un programa de obras públicas —ferrocarriles, obras portuarias, sistemas de drenaje, ensayos de colonización agrícola— destinadas a fomentar el progreso material del país, realizando así en escala mayor los proyectos formulados y apenas vislumbrados en tiempos de Juárez. La iniciativa progresista de Díaz costó al gobierno un gran desgaste de recursos en forma de subsidios y concesiones extravagantes otorgados a los empresarios de las mejoras materiales, y al país un sacrificio mayor con la penetración y el control del capital extranjero que estas empresas facilitaban. La colaboración del capital extranjero y el fomento de las inversiones extranjeras constituían las condiciones inexcusables del progreso material, y la soñada prosperidad sobrevino, pero una prosperidad importada, de la cual la pericia extranjera, la acometividad extranjera, la inversión extranjera, sacaron las utilidades, quedando el mexicano con los residuos del empleo, de las comisiones, y de un ejemplo que pocos estuvieron en condiciones de aprovechar. La economía nacional siguió sin transformación fundamental, en tanto que los recursos naturales del país pasaron, junto con enormes extensiones de terrenos baldíos, a manos de propietarios extranjeros que explotaban el país en función de mercado de materias primas y lo exportaban en beneficio del consumidor extranjero, La dictadura económica del capital extranjero impuso y consolidó la dictadura política que dependía del extranjero para subsistir; y aunque Díaz recurrió a maniobras de defensa, oponiendo el capital norteamericano al europeo, el amo era siempre el capital extranjero. Tal fue el imperativo de la fórmula de transición, que después de comprar el país para su usufructo personal, Díaz tuvo que venderlo al extranjero y recurrir a la compraventa del patrimonio nacional para salvarlo de la miseria. Operando como intermediario entre el productor y el consumidor, su

gobierno funcionaba marginalmente, y la escasez de sus recursos reales le puso más de una vez en aprietos y en 1893 lo llevó al borde de la quiebra; pero la habilidad de un eminente ministro de Hacienda salvó la crisis, y por feliz coincidencia el descubrimiento de nuevas técnicas de extracción y la demanda ocasionada por nuevos inventos científicos que aumentaron el valor de los recursos minerales y metalúrgicos de México iniciaron una bonanza que iba levantando progresivamente el nivel de la riqueza pública, y que permitió al erario no sólo vencer el déficit crónico, sino exhibir un superávit creciente que coronó el régimen con el aura popular de la prosperidad aparente. Para fines del reinado México había alcanzado el rango de una colonia libre, independiente, soberana y floreciente del capital extranjero.

Una correspondiente evolución social acompañó el bienestar material y la postración política del país. El bienestar material quedó circunscrito a una minoría de privilegiados, y la postración política abarcaba a todos, y sobre todo a las masas explotadas, y la dictadura, dirigida en el interés de los adinerados, ahondaba cada vez más el abismo entre los encumbrados y los postergados del régimen. La modernización de México agudizó el desnivel entre los acaudalados y el proletariado, agravando los problemas sociales del pasado con las exacciones de la era nueva; los primeros disfrutaban de las garantías más amplias —el imperio de la ley, orden y disciplina, paz y protección, seguridad de comunicaciones y de explotación — y el gobierno sofocaba con mano de hierro toda insubordinación de los últimos, toda protesta del obrero, toda reivindicación de las masas. Las mismas garantías se hicieron extensivas a los grandes terratenientes, domésticos y extraños, que redondearon sus propiedades con la venta pródiga de los terrenos baldíos: el acaparamiento de la tierra, la expropiación de los ejidos indígenas y los abusos del peonaje se difundieron bajo el amparo de la policía rural, que disciplinaba a los desposeídos y los desvalidos con la leva industrial, consignando a los rebeldes al servicio militar o al trabajo forzado en las minas, las fábricas y los latifundios feudales. La plutocracia nacida de la industria de transformación de México acaparó los recursos naturales, bajo un régimen obligado, por su propia protección, a proteger la propiedad, a fomentar la empresa y a conservar a toda costa la estabilidad del *statu quo*; y los logreros que aprovecharon la bonanza formaron una oligarquía parásita con pretensiones aristócratas, sostenida por el patrocinio del extranjero omnipotente. Los proscritos del pasado regresaron

del destierro, reconciliados con un régimen dedicado a la conciliación de los partidos antagónicos y a la satisfacción de todos los intercambios menos los impotentes para hacer valer sus derechos. La Iglesia se acogió a la política de conciliación para recuperar, con algunos de sus bienes sacrificados, toda la influencia y autoridad de antaño. Todos estos grupos se coligaban para formar una nueva conciencia conservadora y una mentalidad común, ajena al pasado, satisfecha con el presente, confiada en las perspectivas risueñas del porvenir, y dedicada a la adulación de Díaz. La dictadura daba, con la ley, el lucro; el progreso material llevaba al país a otro *impasse*, pero la bonanza era deslumbrante mientras privaba; el gobierno nadaba en la abundancia, el erario realizaba milagros; arreglada la deuda norteamericana, reconocida la deuda británica, el crédito financiero, moral y político del país alcanzó un grado sin precedente en sus anales. El régimen realizó lo que la intervención extranjera había malogrado, y México, vasallo dócil del imperialismo económico que tanto se había esforzado en combatir políticamente, se vio reconocido y recibido, al fin, como miembro acreditado de la familia de las naciones. Los intereses propiciados por la dictadura se unieron para convencer al mundo que un despotismo benéfico era el destino natural de México, y que Díaz era el redentor providencial de su pueblo, el Mesías en cuyo advenimiento culminaban las labores de las generaciones, y el taumaturgo que consumaba y superaba los esfuerzos combinados de todos sus predecesores.

Juárez estaba eclipsado. En el brillo de la edad de oro de Díaz su nombre ya no tenía lustre ni luminosidad, sino en los recuerdos de algunos ancianos leales o en rincones remotos del globo —en las pampas de la Argentina donde una provincia llevaba su nombre; en una provincia de Italia, donde un niño fue bautizado, en su honor, Benito Mussolini. En su propia tierra, Benito Juárez descansaba en paz y en prosperidad. Liquidada su obra, se le hizo justicia. Objeto de un culto patriótico, se le dedicaron estatuas y poemas; en ocasiones oficiales se desenterraba su memoria y se saldaba la deuda de honor; dos veces al año se celebraban los ritos, conmemorando su nacimiento y su muerte con solemnidades patrióticas; y periódicamente, con el equinoccio y el solsticio, sus manes volvieron con los ciclos de los años para recoger su pensión de inmortalidad a mano de los vivos. Y así, en oscuridad santa, siguió descansando, hasta que el espíritu inquieto de la vieja controversia volvió a despertar su vitalidad.

A la vuelta del siglo, y en el mismo cenit de la bonanza, un

iconoclasta se rebeló contra el culto convencional. En 1904 y en 1905 dos libros de Francisco Bulnes demolieron la imagen consagrada y reencendieron las polémicas encarnizadas de antaño. Basándose en la oposición de 1871, y revisando la carrera del Benemérito a la luz de su ocaso, Bulnes sustituyó el retrato consagrado del gran patriota con el facsímil profano de un pobre funcionario. «¿Dónde están los títulos que acreditan la grandeza de Juárez? —escribió Ignacio Ramírez en 1872—. La escasez de vergüenza y patriotismo es la única herencia que nos ha dejado. En aquel hombre sólo había pequeñez.» Bulnes adoptó el dicterio y lo elaboró con la misma saña corrosiva en 1904. El verdadero Juárez, según su versión, era un hombre mediocre, un impostor entre los inmortales que debía su fama a la gloria reflejada de sus colaboradores, y que quedó todavía por desenmascarar; un burócrata ambicioso, encumbrado por un movimiento que, lejos de conducir, estorbó con su ineptitud e inercia; un miembro atrasado de su raza, empujado más allá de su capacidad por el impulso de la Reforma; un rocín revolucionario; un renegado renuente de la Iglesia; un patriota pasivo e imprevisor; y un héroe contrahecho, tímido y torpe, cuyos verdaderos motivos eran los celos que le inspiraron los héroes auténticos y su tenacidad en perpetuarse en el poder. Los motivos de Bulnes era ambiguos. ¿De dónde le vino, a su vez, la furia iconoclasta? Bulnes era a la vez un censor y un defensor de la dictadura de Díaz; pero si se empeñaba en halagar o contrariar al régimen, espetando sus herejías para escandalizar a los ortodoxos, o por puro exhibicionismo, los motivos que dictaron el ataque no comprendieron un interés sincero en la verdad. La linterna de Diógenes brillaba por su ausencia entre sus luces, sustituida con una linterna mágica, que dejó entrever la mano del operador manipulando textos mutilados, deducciones retorcidas, hipótesis especiosas, pruebas rebuscadas e interpretaciones arbitrarias para realizar su propósito, y hasta el propósito quedó en duda; pues, a la par que elaboraba sus diatribas sensacionales con una mano, con la otra confeccionó para un acto oficial un panegírico efusivo de su víctima. Pero Bulnes era ambidextro, y su interés en la verdad era científico solamente en el sentido en que se calificaba así a los apologistas intelectuales del régimen los llamados *Científicos*; Bulnes era de ellos, y sus disertaciones tenían un carácter tendencioso. En la era oropelesca de Díaz, Juárez era incomprensible, o más bien dicho, se le comprendía harto bien: la mentalidad formada en aquel lapso había perdido contacto con la época heroica, pero conservando con el recuerdo la conciencia de haber sacrificado su herencia a la alucinación del

progreso material, y de esa conciencia intranquila y ese triunfo falaz Bulnes era el exponente más brillante y procaz. De haber sido solamente un defensor del régimen, su diatriba contra Juárez hubiera podido pasar por un medio fácil de congraciarse con el dictador, inmolando su rival canonizado al reino de Mamón; pero Bulnes era también un inconforme y un rebelde al culto de los falsos valores de toda índole, consagrado por el credo y la cortesanería de la época, y aun cuando desvalorizaba a Juárez individualmente, exaltaba el movimiento revolucionario en cuyas filas militó y del cual Díaz había renegado. Tal actitud era compatible tanto con la sinceridad de un disidente como con la servilidad de un sicofante y revelaba los impulsos encontrados de una conciencia torcida por las contradicciones del pasado y del presente. Resucitar la polémica de 1871 era una forma de hacer oposición a las supersticiones de 1905, y la confrontación del ilusionista que se llamaba Díaz con el realista que se llamó Juárez era el modo más fácil de despertar la conciencia letárgica de los convencioneros. El iconoclasta de 1905 conoció, quizás, una satisfacción perversa al profanar el culto del Benemérito muerto y desfigurar la memoria de un hombre cuya presencia constituía un reproche vivo a su posteridad y el resentimiento inconfesable, motivo reconocible en los esfuerzos de la oposición de empequeñecer a Juárez en 1871, se manifestó con mayor razón en la época de Díaz, que fue una prolongada convalecencia del heroísmo y un triste epílogo al movimiento de Reforma. De todos modos, y cualesquiera que fuesen los fines que motivaron el ataque, Bulnes sirvió a más de un interés, y entre ellos, a los de su víctima, restituyéndole vida y devolviéndole un porvenir. Buscando el escándalo, el iconoclasta lo provocó. Los viejos amigos y compañeros de Juárez, heridos en lo vivo, salieron a la defensa del Benemérito, y una polémica acalorada colocó al difunto una vez más en plan de plena y palpitante actualidad.

Treinta años después de su muerte, la generación que conoció a Juárez estaba en condiciones de justipreciar sus méritos con cierto grado de desprendimiento y reflexión, si no de sangre fría. La animosidad de Bulnes era tan obvia, y su técnica tan cruda, que no fue difícil refutar las falsificaciones de su libelo; pero resultó menos fácil destruir lo que tenía de fundado. Al denigrar a un héroe nacional, Bulnes manifestó una forma de orgullo nacional, cínicamente deformado por el temor de que un miembro inferior de la familia figurara ante el mundo como su representante glorificado. De ahí, la acritud del denuesto y el ardor de la defensa. Los defensores de Juárez

respondieron al reto patriótico y presentaron un frente único al ataque; pero la impugnación, aunque refutada, dejó una impresión sensible, y en el curso de la controversia ambos bandos hicieron, mal que bien, algunas concesiones. El héroe nacional salió vindicado, pero se reconocieron los defectos del hombre, y al despejarse el polvo de la contienda, se hizo la balanza y se estableció un promedio, aceptado por común acuerdo, que fue incorporado a la tradición corriente. En general se convino en que Juárez fue inferior en formación intelectual a sus principales colaboradores; uno de ellos declaró sin ambages que «ni su instrucción ni su inteligencia eran de primer orden». Pero esta deficiencia la reconoció Juárez al igual que sus colaboradores, y tuvo el don de evocar y de aprovechar sus talentos en beneficio mutuo; y manifestó siempre una dependencia de criterio poco común en las mentalidades inferiores. Además, cultura y erudición constituían pruebas muy discutibles de la inteligencia intrínseca, siendo tan pocas las combinaciones básicas del pensamiento humano, que la luz de la razón natural basta para anticipar sus redundancias; y la suya ganaba al confiar en sus propias inspiraciones. Pero lo primordial en la vida pública era la formación del carácter; y aquí los detractores sacaron sangre del cadáver. Fortaleza, fe, tenacidad, patriotismo, probidad —tales virtudes eran innegables; pero también lo era un defecto reconocido. «Don Benito Juárez —declaró un veterano de la oposición de 1871— era un hombre honrado, era un patriota a toda prueba, era un magistrado justiciero y era, en suma, un esclarecido ciudadano; pero en llegándose al punto capital para él de defender el poder contra cualquier clase de personas, se volvió intransigente, se cubría los ojos de una venda espesa, y entonces eran nada para él los mayores atropellos y los mayores escándalos. Si era necesario, mandaba que el dinero se sacara de las cajas públicas; si algunos enemigos se le presentaban al paso, los mandaba matar; si se necesitaba pasar por encima de la Constitución, la ponía en suspenso; si era necesario chocar con sus íntimos amigos, los hacía a un lado; y en suma, no se detenía en medios cuando se trataba de vencer las dificultades. Para sostenerse en el poder por medio del terror, de que también llegó a ser partidario, ordenó las hecatombes de Tamaulipas, de Sinaloa, de Puebla, de Yucatán.» Pero la misma requisitoria era aplicable a Díaz y un clavo sacaba a otro. Más o menos generalmente, se convino en que, más o menos legítimamente, el hombre era ambicioso; pero si pecaba, fue por la misma culpa que precipitó del cielo a los ángeles caídos. El héroe no era entero, el hombre era humano, y sus defensores, reconociendo el punto

vulnerable, le prestaron un servicio bajándolo del pedestal y reintegrándolo a la humanidad normal.

La controversia revivió viejos rencores, pero en el curso del altercado Bulnes también cedió terreno; más aún, dio la razón a los defensores y perdió el pleito al escribir, entre uno y otro libro, un testimonial inequívoco a Juárez el Revolucionario: «Juárez ha sido el revolucionario por excelencia, digno de admiración no sólo en América, sino en Europa. Desde el día en que planteó la Reforma, somos verdaderamente mexicanos y distintos sociológicamente de los españoles. La adhesión a la memoria de Juárez significa creencia en nuestra propia dignidad de hombres libres.» Nuestra propia dignidad de hombres libres —ahí estaba el defecto fatal de la dictadura de Díaz y la razón por qué fue tan difícil olvidar o perdonar a Juárez. El pleito de Bulnes *vs*. Bulnes (pues tal fue el fondo de la disputa) era característico de la época: la detracción y la retractación, alternando como la inspiración y la expiración del corazón, con la regularidad de la respiración política, marcaban el pulso normal del malestar orgánico producido por el régimen de Díaz. La hora era propicia para imponer la política de conciliación a los disputantes y coronar el cerramiento de razones con la concordia formal, y la controversia fue enterrada en otro libro por otro científico. En una obra monumental, escrita y publicada con lujo de decoro, Justo Sierra pulió la mediocridad áurea reconociendo tácitamente los puntos ganados por Bulnes y minimizándolos con discreción piadosa, disimulando las dudas, difundiendo el foco, mezclando el protagonista con la concurrencia de sus contemporáneos, tratando a todos y hasta a los antagonistas con urbanidad y moderación, y produciendo una obra tan depurada del rencor y del recuerdo de la vida, que el monumento resultó una obra maestra, no de literatura política, sino de literatura pura.

Esta fase del avatar terminó en el estilo suave del consumado ecléctico que dio cima a la revaloración del duende. El historiador que levantó el monumento era un eminente humanista y educador; y en un estudio de la evolución social de México, Justo Sierra hizo justicia a la contribución hecha por Juárez al desarrollo de su pueblo en el ramo de la educación pública, la disciplina que más interesaba a Juárez y menos a Díaz. En 1867 se instituyó la educación primaria, obligatoria y gratuita, y se suprimió la instrucción religiosa en las escuelas públicas, anticipando así a Francia e Inglaterra en las tres características esenciales de la enseñanza popular moderna. Esta norma dio la respuesta a la duda suscitada por Bulnes respecto a

las convicciones religiosas de Juárez. Bulnes pintó al Reformador como un católico convencional, pero devoto, cuya emancipación se debía a la influencia de Ocampo. De ser así, la emancipación fue completa. Recordando una conversación habida con Juárez respecto a la propaganda protestante en México, Justo Sierra citó esta reflexión del Presidente: «Desearía yo que el protestantismo se mexicanizara, conquistando a los indios; ellos necesitan una religión que les obligue a leer y no a gastar sus ahorros en cirios para los santos.» Su correspondencia con su familia, durante el éxodo a los Estados Unidos, abundaba en reflexiones del mismo tenor. Al saber que sus hijas se habían inscrito en una escuela de baile, celebró tan saludable ocupación —«lo que les hará más provecho que rezar y darse golpes de pecho»— y recomendó al tutor de su hijo que cuidara «mucho de que ni él ni sus hermanas se impregnen de las preocupaciones que producen las prácticas supersticiosas de esas pobres gentes», y que excluyera de su instrucción «el sectario de alguna religión». No obstante, tan lejos estaba del descreimiento dogmático o de la intolerancia atea que, de regreso a la capital, confió la educación de su hijo mayor a un prelado que, único entre los dignatarios del cabildo metropolitano, se había negado a jurar fidelidad al Imperio.

La excepción era significativa. Más clara aún fue su posición al lanzar una idea que Zarco caracterizó como uno de los fracasos más honorables del Presidente: «Cuando el gobierno del señor Juárez inició elevar la libertad de cultos decretada por las leyes de Reforma al rango de estipulación internacional, dándole cabida en los tratados, los gobiernos de Europa, que tanto alarde hacen de liberalismo, ni siquiera contestaron a esta noble iniciativa de la República Mexicana, de poner en el mundo entero la libertad de conciencia bajo la garantía protectora del derecho de gentes.» Su propio credo, fruto de su educación y de su experiencia, era el de un agnóstico concienzudo. La necesidad de relacionar la evolución humana con la perspectiva universal propia de la religión quedó satisfecha al salir del Seminario: una vez superada la ignorancia organizada de Dios adquirida en aquella escuela, alcanzó la fe en sus semejantes, conoció al Creador en la Criatura y la religión en la perfectabilidad de la sociedad humana, y su vinculación universal en la ruptura de las cadenas del hombre; y su obra dio fe de su creencia.

El monumento levantado por Justo Sierra puso de manifiesto por su mismo título —*Juárez, su obra y su tiempo*— y por los miramientos y lo cortés del estilo, cuán alejado ya estaba el

hombre de su posteridad inmediata. El culto convencional, modificado por acuerdo común y reducido a dimensiones razonables, siguió imperando sin contratiempos: materia de imaginación, materia de memoria, materia de todo menos mortificación y controversia. Y en el extranjero su figura retrocedía más lejos aún que en el recuerdo de sus compatriotas. En Francia una historia del Segundo Imperio escrita por un ministro liberal recapacitaba al insigne mexicano con simpatía, pero ya no en términos de actualidad. Émile Ollivier lo parangonó a un personaje tomado de las *Vidas paralelas* de Plutarco. La frase hizo fortuna simplificando la dificultad de pintarlo personalmente y de situarlo históricamente; evocaba la convención clásica del carácter sin personalidad y dejaba la impresión de una de esas abstracciones tan comunes en los retratos literarios y plásticos de la Antigüedad, compuestas en amplias masas y formas sintéticas, muy apropiada al genio generalizado de Juárez; y al mismo tiempo tenía la ventaja de caer bien a un primitivo surgiendo en pleno siglo XIX, y de expresar sintéticamente la virtud antigua que lo distinguía entre sus contemporáneos y de apartarlo definidamente de la mentalidad acabada de la cultura europea de fin de siglo. Pero lo relegaba al museo. La ficha lo transformaba en una antigüedad, en un hallazgo antropológico, en una curiosidad mexicana y un anacronismo que pertenecía a la edad en que le tocó vivir gracias a quién sabe qué oscuro accidente histórico; y se puso de moda entre los custodios de la historia y los estilistas literarios calificarlo de héroe reencarnado, o simplemente de creación original, de Plutarco o de Tácito. La moda, originada en París, fue adoptada en México y adaptada al culto; pero como era una moda, se volvió anticuada a su vez con los cambios de estilo de la época. La última palabra sobre aquel capricho la pronunció un crítico mexicano al decir: «El estudio de la historia ha dejado de ser el estudio de esos detalles que deleitaron a los antiguos con el interés de las leyendas; tampoco es la delineación de los hombres, trazada a grandes rasgos y con fuertes tonos de claroscuro por las plumas de Plutarco o Tácito. Ayer hubo hombres ilustres; hoy no hay más que hombres que hacen cosas ilustres.» Y porque las cosas ilustres representan los esfuerzos colectivos de hombres normales esta frase iluminaba el futuro de la humanidad; y la memoria de Juárez, mientras más se alejaba de su tiempo, cobró vuelos otra vez como una inspiración perenne para los progresos del hombre común.

A la vuelta del siglo nuevas fuerzas —o mejor dicho, las fuerzas de siempre revestidas de formas nuevas— surgieron y

reformaron una vez más su inmortalidad. En 1911 la dictadura de Díaz y sus ideales se derrumbaron, y el presidente perpetuo fue a morir en el destierro en Francia. La libertad, y la vida política, y la democracia volvieron por sus fueros, y durante las tres décadas siguientes una nueva generación luchó para salvar al país de la hipoteca del imperialismo extranjero y de la dictadura doméstica que Díaz había impuesto a México, noventa años después de la declaración de la independencia nacional. La modernización de México tomó nuevos rumbos; el pueblo se puso en marcha, encabezado por nuevos caudillos dedicados a la misión de recuperar la autonomía nacional y de encauzar su destino por los senderos abiertos por Juárez y su generación. Madero y Carranza y Zapata y Villa y Obregón y Calles y Cárdenas —falange militante y sucesión heterogénea de apóstoles, filántropos, políticos, proscritos, rebeldes, reformadores, revolucionarios y centauros—, vástagos todos del movimiento de Reforma y de sus aspiraciones, siguiendo sus varias inspiraciones para alcanzar la meta, perpetuaron la herencia legítima de Juárez y se enfilaron, a su vez, en la larga procesión secular de triunfos temporales, dejando a su paso una impresión fugaz y los residuos acumulados de sus contribuciones al progreso popular. El viento fresco del siglo XX, despejando los miasmas de la época porfiriana, desenterró la obra de su antecesor y la cernió de nuevo conforme a las necesidades de una nueva generación y al criterio de otra clase de arquitectos sociales. Madero, al iniciar la Revolución de 1910 para restablecer la vigencia de la Constitución, despertó un movimiento popular que exigía las satisfacciones que faltaban al código, y Carranza, empujado por el impulso popular, dio cima al movimiento con la reforma de la Constitución de 1857. La Carta Magna caduca se sustituyó con un código más consonante con las exigencias de la época, y la omisión cardinal de la una fue la conquista capital del otro. La Constitución de 1917 añadió, a las providencias políticas sentadas sesenta años antes, las seguridades económicas y las reivindicaciones sociales invocadas por un puñado de profetas prematuros en el desierto de 1857, dando garantías al trabajo e impulso a la reforma agraria; y aun cuando la teoría se adelantaba a la práctica, estas libertades tomaron cuerpo y se implantaron bajo el impulso de los presidentes que llevaron a cabo el movimiento; y los progresos logrados relegaron una vez más a la oscuridad la obra de Juárez y su escuela. Como revolucionario, se le juzgaba con rigor retrospectivo por lo que había dejado incumplido. La única medida fundamental que la Reforma contribuyó a la manumisión económica del país —la nacionalización de los

bienes del clero— fue concebida principalmente como una palanca política y resultó contraproducente económicamente, pues enriqueció a la clase media a expensas de las masas; legalizó la expropiación de los ejidos indígenas conforme a los requisitos de la ley Lerdo que, con el afán de crear la pequeña propiedad, alcanzaban indistintamente las corporaciones civiles y eclesiásticas; favoreció los privilegios feudales de los latifundios y los abusos inveterados del peonaje, y formó un nuevo conservatismo seglar tan prepotente como la plutocracia sagrada del pasado. En ciertos sectores, se tachaba a Juárez ahora de contrarrevolucionario. «Juárez, indio de Guelatao, traicionó a los indios; pues, su falta de *visual* política y económica ha colocado a los indios bajo un amo que bien puede ser español, yanqui, francés o criollo, pero al fin *amo*. La Reforma era el movimiento económico-político de los criollos para apoderarse de la tierra. Los liberales no se equivocaron al poner en vigor la Ley de 25 de junio de 1856 que les convertía en ricos...». Y de ricos, en reos; porque la Reforma de 1856, que llevaba en su seno la simiente de la Revolución de 1917, no la sembró. Sentencia sumaria, pero las libertades ganadas y perdidas formaron los eslabones que ligaban los reformados antiguos y nuevos, y los pecados de omisión de los padres no fueron perdonados por los hijos que los compensaron con los progresos radicales y las preocupaciones corrientes de la nueva etapa. Los reformadores de 1857 recibieron su filosofía progresista de la burguesía liberal desarrollada en el extranjero por la democracia capitalista; los reformadores de 1917 estaban imbuidos de una fuerte infusión de socialismo incipiente, foránea también, pero fácilmente asimilable en el clima político de aquella época. Aunque Juárez dedicó una cierta atención, o una cierta curiosidad, al socialismo utópico de su tiempo, ni él ni sus colaboradores previeron la fuerza dinámica del socialismo en el futuro próximo, infiltrándose en México para contrarrestar la penetración del imperialismo extranjero y del capitalismo doméstico, refundiendo la Constitución al cabo de sesenta años, fechando su obra y postergándola implacablemente.

El viento fuerte del siglo XX vino cargado de tempestades, trayendo en su trayectoria guerras mundiales que englobaron al Nuevo y Viejo Mundo, y revoluciones y contrarrevoluciones en cuya succión la ideología del siglo XIX sufrió una profunda transformación. Los ideales que inspiraron a Juárez y su generación pasaron a la historia, olvidados mediante su realización o borrados por las nuevas fuerzas que procrearon y

que las eclipsaron. Republicanismo y Monarquía pasaron al índice de las etapas superadas; la separación de la Iglesia y el Estado quedó reconocida como un principio normal de la civilización moderna. Las luchas formidables del siglo se apagaron con la difusión de la libertad, y sus ganancias engendraron nuevos y más cruentos conflictos La conquista de la libertad política, conservando intacta la desigualdad económica, puso de manifiesto el engaño de la decantada soberanía popular, y las instituciones republicanas no resultaron la panacea soñada para la lucha de clases que llevaba en sus entrañas. Las plutocracias se mostraron los verdaderos dueños y dirigentes de las sociedades modernas, lo mismo que de las antiguas; y la ciencia de conciliar la libertad política con el privilegio económico vino a ser la prueba de fuego de la autodeterminación de los pueblos contemporáneos. El egoísmo sagrado del patriotismo ya no garantizaba a ningún pueblo contra el mundo del cual formaba parte integral, y la falacia de la independencia nacional quedó clara con la expansión de los imperios económicos, precipitando las guerras que repartieron y remoldearon el mundo, y provocando las revoluciones y contrarrevoluciones que generaron o arruinaron la civilización actual. *Urbi et orbi*, las ganancias incompletas sufren la revisión de lo incumplido. La lucha por la democracia total ha creado un cisma mundial y una época de transición universal; la transformación de todos los valores ha producido dictaduras democráticas y democracias despóticas, y las mismas palabras han perdido el sentido, con la razón, que tenían ayer. Recitar hoy en día las luchas seminales del siglo XIX es conmemorar la evanescencia de sus evangelios y la persistencia de las mismas fuerzas en otras formas. Repúblicas, monarquías, teocracias, democracias, nacionalismos —¿de todo eso qué es lo que permanece ahora? El nacionalismo, sin duda, es todavía un dogma indiscutible, pero destinado a revelarse en breve una ficción internacional, como lo decía ya en 1866 Victor Considérant —y nada prematuramente— al afirmar que «el campo de las guerras y de las revoluciones ya no es tal o tal país, ni siquiera tal y tal continente; hoy, como dijo el Apóstol, el campo es el mundo». La fusión del mundo es un hecho consumado después de dos guerras mundiales, provocadas por un paroxismo de nacionalismo económico, sintomático de su decadencia: su misma violencia, causada por el fermento insoluble de fuerzas sociales ajenas a ningún país, acusa su disolución; y la solidaridad superior de los intereses de clase, evidente en la colaboración de nacionales enemigos durante la guerra, se manifiesta en la reconstrucción del mundo de la

posguerra, disputada por la lucha de clases global: la próxima etapa de la democracia creadora. La democracia, dividida contra sí misma por la ascensión de la primera gran potencia socialista, está desmembrada y la batalla por la república universal, pendiente entre las democracias revolucionarias, rutinarias y reaccionarias. La contienda, borrando las fronteras nacionales, abarca los destinos de la humanidad entera; y en tal contexto, la figura de Juárez resiste al tiempo y reviste su verdadera importancia para la posteridad. La Oposición del Tiempo, deshaciendo lo transitorio, conserva el elemento indestructible de su obra. Su inmortalidad trasciende las vicisitudes mutables del destino humano y sobrevive, de generación en generación, perpetuado por el progreso que supera al suyo, porque en el suyo se cimienta. Su obra perdura precisamente por ser inacabada, por ser un paso hacia adelante, y porque el adelanto es interminable; y Juárez subsiste, como todos los héroes de la humanidad, transustanciado por el transcurso del tiempo en la circulación de su sangre cordial. Por alejado que sea su mundo, y trasnochada su obra, y trasmutada la forma de sus ideas, el espíritu que lo inspiraba no es anacrónico y no puede perecer por completo. Juárez pertenece hoy a una época que vuelve a ser heroica, y siempre que retoman los ciclos adversos y que se repiten los esfuerzos colectivos para crear la comunidad del hombre, se evoca su presencia entre los pioneros de la democracia humana que, padeciendo con constancia las penas del porvenir en su propio tiempo, demuestran su ascendencia divina.

En la recreación del mundo de hoy, la misión que la religión cedió a la revolución, de hacemos miembros los unos de los otros, requiere su fe, su fe religiosa, de que, aunque la voluntad de Dios, al igual que la voluntad del hombre, se manifiesta con dinámica imperfección y con revisiones catastróficas del error original, la divinidad cautiva del hombre acabará por triunfar. Esta fe, el futuro la encontrará siempre en el pasado, y no hay mejor prueba de su fuerza que la vida de aquel oscuro aborigen que en el breve curso de sus días terrenales cubrió una etapa tan larga de la experiencia de la raza. Porque tenía fe en la capacidad de superación del hombre, su vitalidad póstuma sigue siendo siempre viva y tan tenaz como el progreso incansable de la humanidad; y no es en vano, pues, que regresemos a San Pablo Guelatao en busca del hombre que se fue. El mundo primitivo que lo vio nacer, el mundo feudal que venció, el mundo moderno que lo sumergió, todo le es igual ahora; pero todo es uno, sin principio ni fin, aquí donde la estatua se

levanta, como la humanidad misma de su cuna, contemplando la soledad eterna del horizonte, y las civilizaciones que conoció son polvo del camino, y el rumor de los tiempos es quieto, y el hombre se ha inmovilizado, convertido en bronce perenne, insensible para siempre a lo que fue de Pablo Benito Juárez.

BIBLIOGRAFÍA

Alamán, Lucas. *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. México, 1849-52. 3 vols.

———. *Semblanzas e ideario*. Ed. por Arturo Arnáiz y Freg. México, 1939.

Altamirano, Ignacio M. *Obras*. México: 1889. 1 vol.

———. *Biografía de Ignacio Ramírez*. México: 1889.

Alvensleben, Barón Maximilian von. *With Maximilian in Mexico*. Londres, 1867.

Anónimo: *Apuntes biográficos del ciudadano Jesús González*. México, 1861.

Archivos privados de don Benito Juárez y *don Pedro Santacilia*. México, 1928.

Arias, Juan de Dios. *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de Ejército del Norte durante la intervención francesa, sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*. México, 1867.

Arias y Ulna, Margil. *Apuntes históricos para la biografía del traidor Almonte*. México, 1862.

Arrangoiz [y Berzábal], Francisco de Paula de. *México desde 1808 hasta 1847*. Madrid, 1871-72. 4 vols.

Ayala, Miguel de. *Benito Juárez, el indio sublime*. Santiago de Chile, 1939.

Aznar, Marcial. *Observaciones histórico-políticas sobre Juárez y su época*. México, 1887.

Balbas, Manuel. *Los detractores de Juárez; refutación a la obra del señor ingeniero Francisco Butnes titulada «Juárez y las revoluciones de Ayutla y de reforma»*. México, 1916.

Bancroft, Hubert Howe, *History of Mexico*. San Francisco, 1883-88.

———. *Vida de Porfirio Díaz*. San Francisco, 1887.

Barail, General François Charles du. *Mes Souvenirs*. París, 1869.

Basch, S. *Maximilien au Mexique*. París, 1869.

Baz, Gustavo. *Vida de Benito Juárez*. México, 1874.

Beals, Carleton. *Porfirio Díaz, Dictador of Mexico*. Nueva York, 1932.

Belly, Félix. *A travers l'Amérique Centrale*. París, 1867. 2 vols.

Bencomo, Diego. *Juárez. Ensayo épico*. México, 1875.

Beyens, Barón Napoleón. *Le Second Empire vu par un diplomate*

belge. Paris, 1925-1926. 2 vols.

Blairet, Louis. *Le Général Prim*. Paris, 1869.

Blanchot, Charles. *Mémoires. L'Intervention française au Mexique*. París, 1911. 3 vols.

Blasio, José-Luis. *Meximiliano íntimo, el emperador Maximiliano y su corte; memorias de un secretario particular*. México, 1905.

Boulenger, Marcel. *Le Duc de Morny, prince français*. París, 1925.

Bourdeau, Coronel. *La Guerre au Mexique*. París, 1906.

Boussingault, Jean-Baptiste. *Conversation de J. B. Boussingault avec l'Empereur Napoleon III au sujet de l'expédition du Mexique*. Antibes, 1927.

Brioso y Candiani, Manuel. *La evolución del pueblo oaxaqueño desde 1821 a 1855*. México, 1939.

Buenrostro, Felipe. *Historia del primer congreso constitucional de la República Mexicana que funcionó en el año 1851*. México, 1874.

Buffin, Baron Camille. *La tragédie mexicaine; les Impératrices Charlotte et Eugénie*. Bruselas, 1925 (?).

Bulnes, Francisco. *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*. Paris, 1904.

———. *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*. México, 1905.

———. *La Guerra de independencia*. México, 1910.

Burke, Ulick Ralph. *A Life of Benito Juarez, Constitutional President of Mexico*. Londres, 1894.

Bustamante, Carlos María de. *Diario histórico de México, 1822-1823*. Zacatecas, 1896.

Butler, Pierce. *Judah P. Benjamin*. Filadelfia, 1907.

Cabañas, J. R. *El Dr. Mora. Homenaje*. México, 1939.

Callahan, James M. *Evolution of Seward's Mexican Policy*. West Virginia University Studies in American History, Serie J, núms. 4, 5, 6.

———. «The Mexican Policy of Southern Leaders under Buchanan's Administration», *American Historical Association Annual Report, 1910*. Washington, 1912.

Callcott, Wilfrid Hardy. *Church and State in Mexico, 1822-1857*. Durham, N. C., 1926.

———. *Santa Anna*. Norman, Okla.: 1936.

Cambre, Manuel. *La guerra de Tres Años en el Estado de Jalisco*. Guadalajara, 1892.

Cañedo, Estanislao. *La Vérité sur la revolution actuelle au Mexique*. París, 1860.

Carriedo, Adalberto. *El único Juárez*. Oaxaca, 1904.

Case, Lynn M. (ed.). *Trench Opinion on the United States and Mexico, 1860-1861; extracts from the Reports of the Procureurs-Généraux*. Nueva York, 1936.

Castex, General. *Ce que j'ai vu*. Paris, 1902.

Castillo, José R. del. *Juárez* y *la Intervención y el Imperio*. México, 1904.

Castro, Ana María. *Juárez*. México, 1897.

Chávez Orozco, Luis. *El sitio de Puebla, 1863*. México, 1942.

———. *Historia económica y social de México*. México, 1938.

Chevalier, Michel. *Le Mexique ancien et moderne*. Paris, 1864.

[Considérant, Victor]. *Quatre lettres sur le Mexique*. Bruselas, 1868.

Correspondance de Juarez et de Montluc, ancien consul général du Mexique. Publiée par M. Léon de Montluc. Paris, 1885.

«Correspondence Respecting the Affairs of Mexico», presented to both Houses of Parliament by Command of Her Majesty, 1862, in *Accounts and Papers* of Great Britain. Vol. LXIV.

Corti, Count Egon Caesar. *Maximilian and Charlotte of Mexico*. Nueva York, 1928. [Trad, al esp.: *Maximiliano y Carlota*. Fondo de Cultura Económica, 2.ª ed., 1971.]

Cosmes, Francisco G. *El Verdadero Bulnes y su falso Juárez*. México, 1905.

Cox, I. J. «Monroe and the Early Mexican Revolutionary Agents», en *American Historical Association Report, 1911*. Vol. I.

Creelman, James. *Díaz, Master of Mexico*. Nueva York, 1908.

Cuevas, Luis G. *Porvenir de México, o juicio sobre su estado político en 1821 y 1851*. México, 1851.

Cuevas, Mariano. *Historia de la nación mexicana*. México, 1829.

D., E. A. *Los Indios quieren ser libres y lo serán*. México, 1829.

Daran, Víctor. *El general Miguel Miramón*. México, 1887.

Dawson, Daniel: *The Mexican Adventure*. Londres, 1935.

Doblado, Manuel. *La guerra de Reforma según el archivo de don Manuel Doblado*. Ed. de Carlos E. Castañeda. San Antonio, Tex., 1930.

Documentos de la Independencia. Publicación de la Secretaría de Educación. Tomo I. México, 1928.

Documentos relativos a la Intervención francesa. Papeles de la familia imperial encontrados en las Tullerías. Traducidos por Gabriel Zárate. México, 1873.

Domenech, Emmanuel. *Histoire du Mexique*. París, 1868.

———. *L'Empire au Mexique et la candidature d'un prince Bonaparte au tróne mexicain*. Paris, 1862.

———. *Le Mexique tel qu'il est*. Paris, 1867.

Donaldson, Sir Stuart A. *Mexico Thirty Years Ago*. Londres, 1866.

Duchátel, A. *La Guerre de 1870-1871*. Paris, 1889.

Dunbar, Edward E. *The Mexican Papers*. Nueva York, 1860-1861.

Elton, J. E. *With the French in Mexico*. Londres, 1867.

Estrada, Genaro. *Don Juan Prim y su labor diplomática en México*. Publicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1928.

Expédition du Mexique, V. París, 1864.

Fernández Mac Gregor, Genaro. «La última aventura de Su Alteza Serenísima», *El Universal*, 7 de junio de 1943 [México].

Figueroa, Francisco. *Biografía del benemérito Benito Juárez*. México, 1906.

Flores, Jesús Romero. *Melchor Ocampo, el filósofo de la Reforma*. México, 1944.

Frías y Soto, Hilarión. *Juárez glorificado y la Intervención y el Imperio ante la verdad histórica*. México, 1905.

———. *México y los Estados Unidos durante la intervención francesa*. México, 1901.

Galindo y Galindo, Miguel. *La gran década nacional, o relación histórica de la guerra de Reforma, intervención extranjera y gobierno del Archiduque Maximiliano, 1857-1867*. México, 1904-1906.

García, Genaro. *Juárez. Refutación a don Francisco Bulnes*. México, 1904.

———. *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*. México, a partir de 1909. Tomos 1 al 34.

García Granados, Ricardo. *La Constitución de 1857* y las *Leyes de Reforma en México*. México, 1906.

———. *Historia de México desde la restauración de la República en 1867 hasta la caída de Porfirio Díaz*. México, 1923-1928. 4 vols.

García, Pedro. «Memoria sobre los primeros pasos de la independencia», en Colección de documentos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, Vol. IV; *Documentos de la Independencia*, Tomo I. México, 1928.

Gaulot, Paul. *La Vérité sur l'expedition du Mexique d'aprés les*

documents inédits de Ernest Louet. París, 1889-1890. 3 vols.

Gobineau, Conde José Arturo de. *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Barcelona, 1937.

González Ortega, José. *El Golpe de Estado de Juárez, rasgos biográficos del general Jesús González Ortega*. México, 1942.

Gruening, Ernest. *México and Its Heritage*. Nueva York, 1928.

Guzmán y Raz, Jesús. *Bibliografía de la Reforma, la Intervención y el Imperio*. Imp. de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1930-1933.

Hall, Frederic. *Life of Maximilian I. Late Emperator of Mexico*. Nueva York, 1868.

Hans, Alberto. *Querétaro. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano*. México, 1869.

Henestrosa, Andrés. *Benito Juárez, textos políticos*. México, 1944.

Héricault, Charles d'. *Maximilien et le Mexique; histoire des derniers mois de l'Empire mexicain*. París, 1869.

Hidalgo, José-María. *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en México desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del Emperador Maximiliano*. París, 1868.

Iglesias Calderón, Fernando. *El egoísmo norteamericano durante de Intervención francesa*. México, 1905.

———. *Las supuestas traiciones de Juárez*. México, 1907.

Iglesias, José-María. *Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México*. México, 1868.

Iturribarría, J. F. *Breve historia de Oaxaca*. México, 1944.

———. *Historia de Oaxaca, 1821-1861*. México, 1935-1939.

Jecker, J. B. «La créance Jecker. Réponse á M. de Kératry». *Revue contemporaine*, 10 de enero de 1868 [París].

Juárez, Benito. *Exposiciones*. México, 1902.

———. *Miscelánea*. México, 1906.

Kératry, Conde Émile de. *La créance Jecker, les indemnités françaises et les emprunts mexicains*. Paris, 1868.

———. *L'Empereur Maximilien, son élévation et sa chute*. Paris, 1867.

Kollonitz, Paula. *The Court of Mexico*. Londres, 1868.

La France, le Mexique, et les Etats Confédérés. Paris, 1863.

La Gorce, Pierre de. *Histoire du Second Empire*. Paris: 1895-1905. 7 vols.

———. *Napoleón III et sa politique*. Paris, 1933.

Lalanne, Jesús. *Zaragoza y Puebla*. México, 1904.

Lally, Frank E. *French Opposition to the Mexican Policy of the Second*

Empire. Baltimore, 1931.
Lano, Pierre de. *La Cour de Napoléon III*. Paris, 1895.
———. *Le Secret d'un empire. L'Impératrice Eugénie*. Paris, 1894.
Laurent, P. L. M. *La Guerre du Mexique de 1862 á 1866*. Paris, 1867.
Leal, José Román. *México constitucional*. México, 1886.
Lefévre, Eugéne. *Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano; historia de la Intervención francesa en México*. Bruselas y Londres, 1869.
———. *Le Mexique et l'intervention européene*. México, 1862.
Lempriere, Charles. *Notes on Mexico in 1861; politically and socially considered*. Londres, 1862.
Leonardon, H. «Prim et la candidature Hohenzollern», *Revue historique* (1900), Vol. 74. [París.]
Lerdo de Tejada, Sebastián. *Memorias*. Puebla, sin fecha.
Lissagaray, Hippolyte Prosper Olivier. *Histoire de la Commune de 1871*. Buenos Aires, 1944.
Loizillon, Pierre Henri. Lettres sur l'expédition du Mexique. Paris, 1890.
Magdaleno, Mauricio. *José Maria Luis Mora, el civilizador*. Pachuca, 1935.
Mancisidor, José. *Miguel Hidalgo*. México, 1944.
Manning, William R. *Early Diplomatie Relations between the United States and Mexico*. Baltimore, 1916.
———. (ed.) *Diplomatie Correspondence of the United States: Inter-American Affairs, 1831-1860*. Washington, 1932-1939.
Mariscal, Ignacio. *Juárez y el libro de Bulnes*. México, 1930.
Márquez, Leonardo. *Manifiestos. El Imperio y los imperialistas*. México, 1904.
———. *Refutación hecha al libelo de don Manuel Ramírez de Arellano*. Nueva York, 1869.
———. *Reminiscencias sobre el fusilamiento de don Melchor Ocampo*.
———. *Mentís al general don Félix Zuloaga*. La Habana, 1900.
Márquez de León, Manuel. *Don Benito Juárez a la luz de la verdad*. México, 1885.
Martin, Percy F. *Maximilian in México*. Londres, 1914.
Marx, Adrien. *Révélations sur la vie intime de Maximilien*. París, sin fecha.
Marx, Karl, y Engels, Friedrich. *The Civil War in the United States*. Nueva York, 1937.
Masseras, E. *Un Essai d'Empire au Mexique*. París, 1879.

Metternich, Princesse Pauline de. *Souvenirs*. París, 1929.

Molina Enríquez, Andrés. *La Reforma y Juárez*. México, 1906.

Monterde, Francisco. *Ignacio Ramírez, «El Nigromante»* México, 1944.

Mora, José María Luis. *Méjico y sus revoluciones*. París, 1836.

———. *Obras sueltas*. París, 1837.

Morelos y Pavón, José María. *Documentos inéditos o poco conocidos*. Publicación de la Secretaría de Educación Pública. México, 1927.

Muñoz, Rafael F. *Santa Anna, el que todo lo ganó y todo lo perdió*. Madrid, 1936.

Niox, Gustav León. *L'Expédition du Mexique*. París, 1874.

Ocampo, Melchor. *Obras*. México, 1900. 3 vols.

Ocaranza, Fernando. *Juárez y sus amigos*. México, 1939-1942. 2 vols.

Ollivier, Emille O. *L'Empire libéral*. París, 1899.

Orellana, F. P. de. *Historia del general Prim*. Barcelona, 1871. 2 vols.

Palavicini, Félix F. *México, historia de su evolución constructiva*. México, 1945. 4 vols.

Parra, Porfirio. *Estudio histórico-sociológico sobre la Reforma en México*. Imp. Gaceta de Guadalajara, 1906.

Parthe, Ernst. *Die Intervention in Mexico und das neue Kaiserreich*. Leipzig, 1864.

Payno [y Flores], Manuel. *Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857 y enero de 1858*. México, 1860.

———. *México y el señor embajador don Joaquín Francisco Pacheco*. México, 1862.

Peña y Reyes, Antonio de la. *El Tratado Mon-Almonte*. Publicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1925.

Pereyra, Carlos. *Juárez discutido como dictador y estadista a propósito de los errores, paradojas y fantasías del señor don Francisco Bulnes*. México, 1904.

———. *Tejas*. México, 1935.

Pérez, José T. *Bulnes a espaldas de Juárez*. México, 1904.

Pérez Martínez, Héctor. *Juárez el impasible*. Madrid, 1934.

Peza, Juan de Dios. *Epopeyas de mi patria*. México, 1904.

Planchet, Regis. *La cuestión religiosa en México, o sea, vida de Benito Juárez*. Roma, 1906.

Poinsett, Joel R. *Notes on Mexico*. Londres, 1825.

Portilla, Anselmo de la. *México en 1856 y 1857*. Nueva York, 1858.
Praviel, Armand. *La Contre-guérrilla au Mexique, souvenirs inédits*. París, 1931.
Prida, Ramón. *Juárez; como lo pinta el diputado Bulnes y como lo describe la historia*. México, 1904.
Prida Santacilia, Pablo. *Siguiendo la vida de Juárez*. México, 1945.
Prieto, Guillermo. *Lecciones de historia patria*. México, 1901.
———. *Memorias de mis tiempos*. México, 1944.
———. *Viaje a los Estados Unidos (1877) por Fidel.* México, 1877-1878.
Proudhon, P. J. *Napoleón III*. París, 1900.
Pruneda, Pedro. *Historia de la guerra de México, 1861-1867*. Madrid, 1867.
Puig Casauranc, José Manuel. *Juárez, una interpretación humana*. México, 1928.
Quinet, Edgar. *L'Expédition du Mexique*. Londres, 1862.
Rabasa, Emilio. *La evolución histórica de México*. París, 1920.
Ramírez de Arellano, Manuel. *Últimas horas del imperio*. México, 1903.
Ramírez, Ignacio. *Obras*. México, 1889.
Ramos Pedrueza, Rafael. *La lucha de clases a través de la historia de México*. México, 1936.
Reinach-Foussemagne, Condesa Héléne de. *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique*. París, 1925.
Reyes, Bernardo. *Benito Juárez*. Monterrey, 1906.
Reyes, Rodolfo. *Benito Juárez, ensayo sobre un carácter*. Madrid, 1939.
Richardson, James D. A. *Compilation of the Messages and Papers of the Presidents*. Washington, 1897.
Rippy, J. F. *The United States and México*. Nueva York, 1936.
Riva Palacio, Mariano, y Martínez de la Torre, Rafael. *Memorándum sobre el proceso del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria*. México, 1867.
Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos*. México, 1887-1889. 5 vols.
Rivera, Agustín. *Anales mexicanos. La Reforma y el segundo Imperio*. Lagos, 1891.
Rivera Cambas, Manuel. *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del Estado de Veracruz*. México, 1867-1871.
———. *Los gobernantes de México*. México, 1873.

Romero de Terreros y Vinent, M. (comp.). *Maximiliano y el Imperio según correspondencias contemporáneas*. México, 1926.

Romero, Matías. *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868*. México, 1870.

———. *Historia de las intrigas europeas que ocasionaron la intervención francesa en México*. México, 1868.

———. *Mexico and the United States*. Nueva York, 1898.

Rostovsky, S. N. *Nueva Historia de la América Latina*. Buenos Aires, 1940.

Ruiz, Eduardo. *Biografía del C. Melchor Ocampo*. México, 1882.

———. *Historia de la guerra de Intervención en Michoacán*. México, 1940.

Rydjord, John. *Foreign Interest in the Indépendance of New Spain*. Durham, N. C., 1935.

Salado Álvarez, Victoriano. *Refutación de algunos errores del señor don Francisco Bulnes*. México, 1904.

Salomon, Henry. *L'Ambassade de Richard de Metternich á Paris*. París, 1931.

Sánchez, Juan. *Honor a Juárez*. Oaxaca, 1905.

Santibáñez, Manuel. *Reseña histórica del cuerpo de Ejército de Oriente, escrita con acopio de datos*. México, 1892-1893.

Santovenia y Echaide, Emeterio S. «México y España en 1861-1862», *Revista de Historia de América*, diciembre de 1939, núm. 7 [México].

———. *Prim, el caudillo estadista*. Bilbao, 1933.

Schefer, Christian. *La Grande Pensée de Napoleón III; les origines de l'expedition du Mexique, 1852-1862*. París, 1939.

Schmit von Tavera, Ernst Ritter. *Geschichte der Regierung des Kaisers Maximilian I und die Französische Intervention in Mexiko, 1861-1867*. Viena y Leipzig, 1902.

Schrynmakers, Arséne de. *Le Mexique; histoire de l'établissement et de la chute de l'empire de Maximilien*. Bruselas, 1882.

Sender, Ramón J. *El problema religioso en Méjico. Católicos y cristianos*. Madrid, 1928.

Serra y Caussa, Nicolás. *Juárez, instantáneas y películas*. México, 1912.

Sierra, Justo. *Juárez, su obra y su tiempo*. México, 1905-1906.

———. *México, su evolución social*. México, 1901-1902.

Smissen, Baron A. L. A. G. van der. *Souvenirs du Mexique, 1864-1867*. Bruselas, 1892 (?).

Smith, J. T. *The War with Mexico*. Nueva York, 1919. 2 vols.

Sosa, Francisco. *Biografía de don Benito Juárez*. México, 1884.

Sprague, William F. *Vicente Guerrero, Mexican Liberator*. Chicago, 1939.

Strode, Hudson. *Timeless Mexico*. Nueva York, 1944.

Teja Zabre, Alfonso. *Historia de México*. México, 1935.

Terán, Jesús. *La Misión confidencial de don Jesús Terán en Europa, 1863-1868*. Publicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1943.

Testory, l'Abbé. *L'Empire et le clergé mexicain*. México, 1865.

Thoumas, Général Charles Antoine. *Les Français au Méxique*. Paris, 1890 (?).

Toledo y J., Domingo P. de. *México en la obra de Marx y Engels*. México, 1939.

Toro, Alfonso. *La Iglesia y el Estado en México*. México, 1927.

Torres, Rafael L. *Estudio histórico sobre la traición de Querétaro*. México, 1914.

Troncoso, Francisco P. *Diario de las operaciones militares del sitio de Puebla en 1863*. México, 1909.

Tucé, Adrien de. *Cinq Ans au Mexique, 1862-1867*. París, sin fecha.

Valadés, José C. *Alamán, estadista e historiador*. México, 1938.

Valdés, Manuel. *Memorias de la guerra de Reforma*. México, 1913.

Vallier, Emmanuel. *Historique des truopes coloniales, campagne du Mexique*. París, 1908.

Valori-Rustichelli, Príncipe Henri François de. *L'Expédition du Mexique, réhabilitée au triple point de vue religieux, politique, et commercial*. Paris, 1864.

Vanson, Emile. *Crimée, Italie, Mexique, Lettres de campagnes, 1854-1867*. Paris, 1905.

Vasconcelos, José. *Breve Historia de México*. México, 1937.

Velázquez Bringas, Esperanza. *Hombres de la independencia*. México, 1910.

Vicarte, Alberto. *Biografía de Benito Juárez*. Chihuahua, 1906.

Vidaurri, Santiago. *Correspondencia particular de Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo León (1855-1864).* Prologada y anotada por el Lic. Santiago Roel, Monterrey, 1946. Tomo I.

Vigil, José María. *México a través de los siglos*. México, 1887. Vol. V.

Villaseñor y Villaseñor, Alejandro. *Obras*. México, 1897-1910.

Viramontes, Leonardo. *Biografía popular del Benemérito de América, Benito Juárez*. México, 1906.

Ward, Sir JJenry George. *Mexico*. Londres, 1829.

Wellesley, Sir Victor, and Sencourt, Robert E. *Conversations with Napoleón III*. Londres, 1934.

Weyl, Nathaniel and Sylvia. *The Reconquest of Mexico*. Nueva York, 1939.

Yriarte, Charles E. *Les Portraits contemporains*. París, 1870.

Zamacois, Niceto de. *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*. Barcelona y México, 1877-1882.

Zarco, Francisco. *Comentarios de Francisco Zarco sobre la Intervención francesa, 1861-1863*. Prólogo de Antonio de la Peña y Reyes. Publicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1929.

———. *Historia del Congreso extraordinario constituyente de 1856 y 1857*. México, 1857.

———. Varios artículos en *El Siglo XIX*.

Zavala, Lorenzo de. *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*. París, 1831-1832.

Zayas Enríquez, Rafael de. *Benito Juárez, su vida, su obra*. México, 1906.

Zerecero, Anastasio. *Memorias*. México, 1869.

Fuentes diversas, Museo Nacional de Historia y Antropología, México, D. F. Archivo de recortes y periódicos en la Biblioteca de Hacienda, México, D. F.

NOTAS

[1] «La vida en los amigos», en *El Universal*, México, 14 de junio de 1946. <<

[2] Ralph Roeder, *The Man of the Renaissance*. Nueva York, Time Reading Program. Special edition. Time Incorporated, 1966. «Introduction» by the Editor. <<

[3] Salomón de la Selva, *La ilustre familia. Novela de dioses y de héroes*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1954, p. XII. <<

[4] *Op. cit*., «Introduction» by the Editor. <<

[5] Nueva York, The Viking Press, 1933. <<

[6] Ralph Roeder, *Juárez y su México*. Versión castellana del autor. México, Imprenta Nuevo Mundo, 1952; *Juárez y su México*. Prólogo de Raúl Noriega. México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1958; y *Juárez y su México*. Tercera edición. Prólogo de Raúl Noriega. México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1967. <<

[7] Ralph Roeder, en carta al licenciado Joaquín Cisneros, secretario privado del Presidente Gustavo Díaz Ordaz, México, sábado 19 de octubre de 1969. <<

Índice

Juárez y su México 3
Ralph Roeder 6
Prólogo a la edición anterior 14
Primera parte. Educación 21
1 22
2 26
3 31
4 38
5 73
6 85
7 122
8 130
9 145
10 170
11 187
12 200
13 222
Segunda parte. La guerra civil 262
1 263
2 278
3 298
4 320
5 339

6 386
7 407
Tercera parte. El año 1861 415
1 416
2 426
3 440
4 449
5 478
6 499
7 509
8 529
9 547
10 566
Cuarta parte. La Intervención 595
1 596
2 610
3 627
4 640
5 650
6 658
7 671
8 706
9 723
10 744
11 753
12 778

Quinta parte. El Imperio 781
1 782
2 806
3 833
4 840
5 848
6 859
7 869
8 878
9 891
10 897
11 917
12 924
13 928
14 944
15 970
16 976
17 992
18 1013
Sexta parte. La oposición 1019
1 1020
2 1033
3 1058
4 1067
5 1076
6 1085

Bibliografía 1104
Notas 1115